RECUÉRDALO TÚ Y RECUÉRDALO A OTROS

RONALD FRASER

Hace ahora veintiocho años se publicó por primera vez este libro que venía a ofrecernos una narración distinta de la guerra civil española. Hasta entonces, habíamos dispuesto de memorias personales, testimonios y recuerdos, por un lado, y obras de erudición y ensayos académicos, por otro, que, en su inmensa mayoría, estudiaban el conflicto desde la historia política y militar. El libro de Fraser, que significaba una aproximación al conflicto desde la historia social, nos brindaba el «testimonio colectivo» de quienes participaron en la contienda o la sufrieron en sus carnes. Para el autor, lo que hacía sobresalir a su libro de entre la enorme riqueza bibliográfica a que ha dado lugar la guerra civil española, era su carácter subjetivo, la recreacion de un ambiente, de un clima, de una memoria personal no siempre coincidente con la «verdad» histórica, pero que nos acercaba a la «realidad» del conflicto con una viveza estremecedora. Esa aproximación dotaba al libro de una fuerza y un frescor que se mantienen intactos casi treinta años después, cuando tantos otros libros sobre la guerra civil nos parecen irremediablemente condenados al olvido.

Ronald Fraser

Recuérdalo tú y recuérdalo a otros

Historia oral de la guerra civil española

Título original: *Blood of Spain. The Experience of Civil War, 1936-1939*

Ronald Fraser, 1979

Traducción: Jordi Beltran

El Sudaméricano

https://elsudamericano.wordpress.com

HIJOS

La red mundial de los hijos de la revolución social

Para RvdB.

TOMO I.

AGRADECIMIENTOS.

Deseo expresar mi gratitud a las personas entrevistadas que, en número superior a 300, han hecho posible el presente libro. Más aún que la ayuda que me prestaron, su amabilidad hizo que la tarea me resultase más fácil y a la vez más agradable. Contando con su permiso, la mayoría aparece con su nombre verdadero y, por consiguiente, no es necesario darles las gracias individualmente. A los que participaron en la guerra civil pero no aparecen en el libro les ofrezco mis disculpas: las exigencias del espacio son las únicas responsables.

Dada la naturaleza del libro, quiero hacer hincapié en que el hecho de aparecer en él no entraña responsabilidad por la forma definitiva del mismo. De los posibles errores de hecho o de interpretación soy yo el único responsable. Toda vez que no aparecen en el libro (por no haber vivido los acontecimientos) los nombres de otras muchas personas que me ayudaron, especialmente sugiriéndome testigos de interés, me gustaría aprovechar esta oportunidad para dar las gracias a las siguientes:

Rafael Abella, Jesús Aguirre, Manuel Andújar, Julián Ariza, Emilio Barbón, Pedro Beltrán, Marta Bizcarrondo, Manuel Blanco Tobío, Francesc Bonamusa, Jaime del Burgo, Asunción Candína, Eduard Castellet, Carlos Castilla Plaza, María Clemente, Alfonso Comín, Matilde Escuder, Antonio Elorza, Fernando Estrada, Eloy Fernández Clemente, Manuel Fernández Fernández, Ricardo Fuente, Enrique Fuster, Paulino García Moya, Víctor Gómez Ayllón, Luis Gómez Llorente, María Victoria Goñi, Vicente González Giner, Miguel González Urién, Barón de Güell, Paulino Garagorri, Alfonso Guerra, Susan Harding, Manuel Hidalgo, Pedro Ybarra, José Jiménez Lozano, Carmen Keller, Faustino Lastra, Carmelo Lisón, César Lorenzo, Manuel Luna, Félix Maíz, Luis Mapelli, Antonio Masip, Juan Martínez Alier, Victoria Martínez, Isidre Molas, Santiago Montero Díaz, Salud Moreno, Ricardo Muñoz Suay, José Naredo, Francisco Núñez Larraz, Francisco Pérez González, Juan Antonio Pérez Mateos, Antonio Pinto, padre Joaquín Pitarch Carbó, César Pontvianne, Javier Pradera, Rafael Pujol, Luis Retolaza, padre Juan José Rodríguez, Juan Luis Rodríguez-Vigil, Luis Romero, David Ruiz, Silverio Ruiz, A. Ruiz de Galarreta, Ramón Ruiz Fornells, Ramón Salas Larrazábal, Ángela Sanfrancisco, Francisco Sanmiguel, Luys Santamarina, Gabriel Santullano, Manuel San Martín, J. A. Sarazá, Regina Taya, Santiago Udina, Juan María Uriarte, José Vicente, Mercè Vilanova, José Villar Sánchez.

He contraído una deuda especial de gratitud con Rosalind van der Beek, quien me ha ayudado a llevar a cabo este proyecto desde el principio al fin, para lo cual ha transcrito y mecanografiado muchos millones de palabras, haciéndome numerosas sugerencias de gran valor; y con Margarita Jiménez, quien se encargó de la transcripción y traducción de diversas entrevistas importantes. Asimismo, deseo dejar constancia de que la idea de este libro se la debo a Alastair Reid.

Finalmente, quiero expresar mi agradecimiento a quienes leyeron partes del borrador o la totalidad del mismo: doctor Michael Alpert, Mark Fraser, Susan Gyarmati, Fred Halliday, Mirén Lopategui, Juan Martínez Alier, Maxime Molyneux y Gareth Stedman-Jones. Todos ellos hicieron comentarios críticos de valor incalculable que han mejorado el libro, pero nuevamente debo poner de relieve que en modo alguno son responsables de los errores que puedan quedar en él.

PRINCIPALES ORGANIZACIONES

Y PARTIDOS POLÍTICOS

A continuación se indican los principales partidos y movimientos políticos, así como sindicatos, que se citan en el libro. Los señalados con un asterisco firmaron el pacto del Frente Popular de 1936; los señalados con dos asteriscos se unieron al Frente Nacional o Contrarrevolucionario que participó en las elecciones generales del mismo año.

CENTRO Y DERECHA

**AP (Acción Popular), denominación que adopta desde 1932 Acción Nacional (constituida en abril de 1931 como un frente político de Acción Católica). Será el principal partido de entre los integrantes de la CEDA.

**CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas), católica, fundada en 1933.

*Lliga Catalana, partido nacionalista catalán de la gran burguesía, fundado en 1933 como sucesor de la Lliga Regionalista.

Partido Agrario, aliado de la CEDA, que representaba principalmente a los terratenientes castellanos.

Partido Republicano Radical, el más antiguo de los partidos republicanos (1908) y principal partido gubernamental en 1933-1935. De él se desgajarán en 1929 el Partido Radical-Socialista y en 1934 Unión Republicana.

PNV (Partido Nacionalista Vasco), principal partido de los nacionalistas vascos, fundado en 1895.

EXTREMA DERECHA

**Comunión Tradicionalista, denominación que adopta el partido político del movimiento carlista a partir de 1931.

FE (Falange Española), fascista, fundado en 1933 por José Antonio Primo de Rivera.

JONS (Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista), fascista, fundado en 1931, fusionado con la Falange en 1934.

**Renovación Española, monárquico, fundado en 1933.

UME (Unión Militar Española), organización de militares derechistas.

IZQUIERDA

*ANV (Acción Nacionalista Vasca), escisión del PNV, fundado en 1930.

*Esquerra Republicana de Catalunya, partido nacionalista catalán, republicano y de izquierdas, fundado en 1931.

Estat Català, organización nacionalista catalana fundada en 1922. Se integró en 1931 en Esquerra Republicana de Catalunya pero siguió funcionando de manera autónoma, dirigido por Badia y por Dencàs. En 1931 se separó de él el Estat Català Proletari (más tarde Partit Català Proletari) de Jaume Compte.

*IR (Izquierda Republicana), formado bajo Azaña en 1934 con la fusión de Acción Republicana (1925), Partido Radical-Socialista (1929) y las MAOC (Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas).

ORGA (Organización Republicana Gallega Autónoma).

*PCE (Partido Comunista de España), partido comunista oficial, fundado en 1921.

*PSOE (Partido Socialista Obrero Español), el partido socialista español fundado en 1879.

PSUC (Partit Socialista Unificat de Catalunya), formado al estallar la guerra con la fusión de *Unió Socialista de Catalunya, *Federació Catalana del PSOE,

*Partit Comunista de Catalunya y *Partit Catalá Proletari, afiliado al Comintern, por lo que era de hecho el partido comunista de Cataluña.

UMRA (Unión Militar Republicana Antifascista), organización de militares opuestos a la UME.

*UR (Unión Republicana), escisión, encabezada por Martínez Barrio, del Partido Republicano Radical, fundada en 1934.

EXTREMA IZQUIERDA

BOC (Bloc Obrer i Camperol), bloque de obreros y campesinos, partido comunista disidente de Cataluña, formado en 1931 tras la escisión del PCE y la fusión con el Partit Comunista Catalá, encabezado por Joaquín Maurín.

FAI (Federación Anarquista Ibérica), federación militante de grupos anarquistas, fundada en 1927.

IC (Izquierda Comunista), escisión trotskista del PCE, dirigida por Andreu Nin.

*POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), partido comunista disidente, fusión del BOC y la IC en 1935, dirigido por Maurín y Nin.

SINDICATOS

AET (Agrupación Escolar Tradicionalista), sindicato estudiantil carlista.

CNT (Confederación Nacional del Trabajo), anarcosindicalista.

FNTT (Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra), dirigida por los socialistas; formaba parte de la UGT.

FOUS (Federación Obrera de Unidad Sindical), dirigida por el POUM.

FUE (Federación Universitaria de Estudiantes), fundada en los años veinte para combatir a la dictadura, en los años treinta se decantó progresivamente hacia la izquierda.

GEPCI (Gremis i Entitats de Petits Comerciants i Industrials), sindicato organizado por el PSUC para los artesanos, pequeños comerciantes e industriales catalanes.

SEU (Sindicato Español Universitario), sindicato estudiantil falangista.

STV (Solidaridad de Trabajadores Vascos), sindicato nacionalista vasco.

*UGT (Unión General de Trabajadores), socialista.

ORGANIZACIONES JUVENILES

FIJL (Federación Ibérica de Juventudes Libertarias), juventud anarquista. JAP (Juventudes de Acción Popular), católica.

JC (Juventudes Comunistas).

JCI (Juventud Comunista Ibérica), movimiento juvenil del POUM.

*JS (Juventudes Socialistas).

JSU (Juventudes Socialistas Unificadas), formadas en 1936 con la fusión de las JS y las JC.

RELACIÓN DE PERSONAS ENTREVISTADAS

NOTAS:

El asterisco indica seudónimo.

La N, detrás de la filiación política o sindical de algunos personajes, indica MILITANCIAS, esto es, que la opinión de dicho individuo es expuesta de forma más extensa en un apartado del libro.

La ocupación profesional se refiere a la que el entrevistado ejercía al estallar la guerra. La filiación política y sindical corresponde a antes de la guerra y durante ella.

JSU-S y JSU-C indica pertenencia a las JSU (Juventudes Socialistas Unificadas) tras pertenecer antes a las Juventudes Socialistas y a las Juventudes Comunistas, respectivamente.

PSUC-S indica que el individuo en cuestión pertenecía antes o bien a la Unió Socialista de Catalunya (USC) o a la Federació Catalana del PSOE; PSUC-C indica que previamente pertenecía o bien al Partit Català Proletari o al Partit Comunista de Catalunya.

Dos puntos entre distintas filiaciones de partido indican cambio de partido durante la guerra. Así, JSU-S: PCE significa miembro de las Juventudes Socialistas Unificadas, que antes lo era de las Juventudes Socialistas y que posteriormente ingresa en el Partido Comunista de España.

Los topónimos se refieren al lugar donde se halla el entrevistado cuando aparece en el libro.

Francisco Abad, soldado (PCE) Madrid / Cataluña Ana María Adarraga, hija de pagador de la marina mercante Vizcaya Koni Aguirre, hija de herrero Vizcaya Manolita Aguirre, hija de herrero Vizcaya *Paulino Aguirre, estudiante Madrid / Castilla V. Juan Ajuriaguerra, ingeniero (PNV) Vizcaya *José Alfaro, jornalero Castilla V. Juana Alier, esposa de industrial Cataluña Mariano Alquézar, gran propietario rural Aragón *Jesús Álvarez, farmacéutico Castilla V. José

Álvarez, repartidor de colmado (UGT) Asturias Ramón Álvarez, panadero (CNT-FAI) Asturias Juan Andrade, funcionario y periodista (POUM). (M) Madrid / Cataluña Josep Andreu Abelló, diputado de la Generalitat (Esquerra) Cataluña Isidro Antuña, farmacéutico (radical-socialista) Andalucía *Fernando Aragón, jornalero (CNT) Aragón *Francisca de Aragón, ama de casa Aragón Pere Ardiaca, director de periódico (PSUC-C) Cataluña Jordi Arquer, empleado de comercio (POUM) Cataluña *Concha Arrazola (Emakume-PNV) Vizcaya *Jaime Ávila, mediano propietario rural Aragón *José Ávila, labrador Andalucía *Padre Dionisio Axúnguiz Vizcaya *Padre José Antonio Axúnguiz Vizcaya *Margarita Balaguer, costurera Cataluña Dolores Baleztena (carlista) Navarra José Bardasano, pintor y grafista (PSOE) Madrid *Padre José María Basabilotra Vizcaya *Pedro Basabilotra, jefe de oficina (PNV) Vizcaya *José Besaibar, mecánico Castilla V. Jacinto Borrás, periodista (CNT) Cataluña *Carlos Bravo, teniente de la guardia civil Andalucía Adolfo Bueso, impresor (POUM) Cataluña Tomás Bulnes, abogado (FE-JONS) Castilla V. Carmen Caamaño, archivera (PCE) Madrid *Francisco Cabrera, hijo de aparcero (JSU-C) Andalucía Ramón Calopa, maestro (CNT-FIJL) Cataluña Eugenio Calvo, minero (PCE) Vizcaya Saturnino Calvo, minero (JSU-C) Vizcaya Juan Campos, ebanista (PSOE) Andalucía *Alfredo Cancer, maestro Aragón *Marcel Canet, fabricante textil (Esquerra) Cataluña Ignacio Cañal, abogado (FE) Andalucía Andreu Capdevila, obrero textil (CNT). (M) Cataluña Manuel Carabaño, estudiante (FIJL) Madrid *Miguel Caravaca, jornalero Andalucía Asunción Caro, (hija de capitán de marina mercante) Vizcaya Saturnino Carod, delegado de propaganda de la CNT (M) Aragón Félix Carrasquer maestro (CNT-FAI) Cataluña / Aragón Jesús-Evaristo Casariego, estudiante (carlista) Asturias *Petra Casas, obrera de la confección (PCE) Madrid Ernesto Castaño, diputado parlamentario (CEDA) (M) Salamanca Carlos Castilla del Pino, estudiante Andalucía *Manuel Castro, hijo de panadero Andalucía Florentín Cebrián, jornalero Aragón Josep Cercos, metalúrgico (CNT-FIJL) Cataluña / Aragón Sebastiá Clara, funcionario (CNT) Cataluña Pedro Clavijo, estudiante (JSU-C) Andalucía José María Codón, estudiante (carlista) Castilla V. *Miquel Coll, obrero textil (POUM) Cataluña Josep Costa, contramaestre textil (CNT) Cataluña Juan Crespo, estudiante (monárquico). (M) Salamanca Manuel Cruells, estudiante (Estat Catalá) Cataluña Álvaro Delgado, recadero y estudiante de arte Madrid *María Díaz, estudiante (IR: PCE) Madrid Fulgencio Diez Pastor, diputado parlamentario (UR) Madrid Josep J. Doménech, secretario del sindicato de trabajadores del vidrio (CNT) Cataluña * Padre Luis Echebarría Vizcaya Juan Manuel Epalza, ingeniero industrial (PNV) (M) Vizcaya Mariano Escudero, abogado (CEDA) Castilla V. *Trifón Etarte, estudiante (Jagi-Jagi) Vizcaya Eladio Fanjul, obrero siderúrgico (CNT-FAI) Asturias Alberto Fernández, panadero (UGT-PSOE) Asturias *Padre José Fernández Castilla V. Nicolás Fernández, joven Asturias Progreso Fernández, fabricante de cedazos (CNT-FAI) Valencia Ramón Fernández, carpintero (POUM) Cataluña Federico Fernández de Castillejo, diputado parlamentario (Derecha

Liberal Republicana) Andalucía Joan Ferrer, secretario del sindicato de empleados de comercio (CNT) Cataluña Mariano Franco, pequeño propietario rural (CNT) Aragón *Paulino García, estudiante (PCE) Madrid Pedro García, hijo de veterinario Toledo Salvador García, agente de publicidad Asturias Trinidad García, jornalero (PCE) Toledo Carmen García-Falces, obrera de panadería (carlista) Navarra Rafael García Serrano, estudiante (FE) Navarra *Antonio Giner, gran propietario rural Castilla V. Pedro Gómez, tornero (UGT) Madrid Sócrates Gómez, periodista (JSU-S) Madrid *Rafael González, estudiante Andalucía Miguel González Inestal, funcionario sindical (CNT-FAI) Guipúzcoa / Madrid Joan Grijalbo, empleado de banca (UGT) Cataluña Francisco Gutiérrez del Castillo, estudiante (FE) Castilla V. Eduardo de Guzmán, periodista (CNT) Madrid Mario Guzmán, fogonero (POUM-CNT) Asturias *Ignacio Hernández, estudiante Castilla V. Rafael Hernández, ferroviario (UGT-PSOE). (M) Asturias / Cataluña Arturo del Hoyo, estudiante (FUE) Madrid Ignacio Iglesias, estudiante (POUM) Asturias / Cataluña Juan Iglesias, dependiente (JSU-S) Vizcaya Lorenzo Íñigo, secretario del sindicato cenetista de metalúrgicos (FAI-FIJL) Madrid Antonio Izu, campesino (carlista). (M) Navarra David Jato, estudiante (SEU-FE) Madrid *Pedro Juárez, funcionario (FE) Castilla V. Narciso Julián, ferroviario (PCE) Madrid / Cataluña Laura Keller, esposa de militar Madrid Francisca de León, obrera del vidrio (JSU-C) Andalucía *Pepa López, esposa de diputado parlamentario Andalucía * Salvador López, funcionario (UGT) Madrid José López Rey, historiador del arte (PSOE) Madrid / Cataluña Eugenio Lortán, estudiante (FE) Madrid César Lozas, estudiante Salamanca *Alfredo Luna, director de periódico (UR) Madrid *Juan Málzaga, industrial Vizcaya Joan Manent, fabricante de lejía (CNT) Cataluña Marqués de Marchelina, militar retirado (carlista) Andalucía *Ernesto Margeli, ebanista (CNT) Aragón Juan Marín, obrero de la construcción (CNT-FAI) Andalucía Andrés Márquez, funcionario (Juventud de IR) Madrid Lázaro Martín, mediano propietario rural Aragón *León Martín, mecánico (CNT) Andalucía Padre Alejandro Martínez (M) Madrid / Asturias Doctor Carlos Martínez, exdiputado parlamentario (radical-socialista) Asturias *Juan Martínez, mediano propietario rural Aragón Misael Martínez, minero (UGT-PSOE) Asturias Régulo Martínez, maestro (IR). (M) Madrid *Eulalia de Masribera, estudiante de bibliotecaria Cataluña José Mata, minero (UGT-PSOE) Asturias *Jon Maururi, estudiante (PNV) Vizcaya Rafael Medina, duque de Medinaceli, industrial (FE) Andalucía José Mera, maestro (UGT: PCE) Madrid Luis Mérida, abogado (CEDA: FE) Andalucía *Joan Mestres, subdirector de compañía de seguros (CEDA) Cataluña Luis Michelena, oficinista (PNV) Guipúzcoa / Vizcaya *Álvaro Millán, agente de ventas (PSOE) Andalucía José Millán, pequeño propietario rural (UGT-PSOE) Castilla N. Jaume Miravitlles, diputado de la Generalitat (Esquerra) Cataluña Enrique Miret Magdalena, estudiante (Juventud Católica) Madrid Tomás Mora, ayudante de farmacia (UGT-PSOE) (M) Madrid *Josefa Morales, secretaria Madrid *Anita Moreno, costurera (JSU-C) Andalucía *Fernando Moreno, fiscal Madrid Juan

Moreno, jornalero (CNT). (M) Andalucía José María Moutas, diputado parlamentario (CEDA) Asturias *Pablo Moya, tornero (UGT) Madrid *Juan Narcea, hijo de ingeniero de minas Asturias Gonzalo Nárdiz, político (ANV) Vizcaya Ángel Navarro, pequeño propietario rural (CNT) Aragón Miguel Núñez, estudiante (FUE: JSU: PCE). (M) Madrid María Ochoa, hija de sastre Cataluña Urbano Orad de la Torre, militar retirado (PSOE) Madrid Ignacia Ozamiz, ama de casa Vizcaya Mario Ozcoidi, funcionario (carlista) Navarra *Justina Palma, fabricante de pastas (JSU-C) Madrid Anselmo Pañeda, minero (UGT-PSOE) Asturias 'Francisco Partaloa, fiscal Madrid / Andalucía Alberto Pastor, agricultor (FE-JONS). (M) Castilla V. *Sevilla Pastor, mediano propietario rural (CNT-FIJL) Aragón Antonio Pérez, estudiante (JSU-S: PCE). (M) Madrid / Levante José Antonio Pérez, hijo de funcionario Valencia Albert Pérez Baró, funcionario Cataluña Encarnación Plaza, hija de médico Madrid Jesús de Polanco, hijo de director empresa productos lácteos Madrid Eduardo Pons Prades, hijo de maderero (CNT) Cataluña Luis Portela, impresor (POUM) Madrid / Valencia *Felipe Posadas, hijo de arrendatario Andalucía *Juan Posadas, panadero Andalucía *Maximiano Prada, impresor (JAP) Castilla V. Marqués de Puebla de Parga, estudiante (monárquico) Madrid Prudencio Pumar, abogado Andalucía *María del Carmen Quero, hija de diputado parlamentario Andalucía *Pedro Quintanar, industrial Andalucía Mario Rey, carpintero (FE-JONS) Madrid *Pere Riba, funcionario (PSUC-S) Cataluña Antonio Ribas, obrero (UGT-PSUC) Cataluña Dionisio Ridruejo, estudiante (FE). (M) Castilla V. Manuel Robles, impresor (STV-PNV) Vizcaya Josep Robusté, tenedor de libros (Partido Sindicalista) Cataluña *Paulino Rodríguez, minero (UGT-PSOE) Asturias Ricardo Rodríguez, estudiante (PCE) Madrid / Levante Juan Rodríguez Ania, hijo de policía Asturias *Joan Roig, gerente de fábrica Cataluña Tomàs Roig Llop, abogado (Lliga Catalana). (M) Cataluña *Victoria Román, estudiante (FUE) Madrid Antonio Rosado, cantero (CNT) Andalucía Antonio Rosel, fundidor (PCE) Aragón Macario Royo, pequeño propietario rural (CNT) Aragón Ramón Rubial, tornero (UGT-PSOE) Vizcaya Timoteo Ruiz, hijo de pequeño propietario rural (JSU-S: PCE). (M) Toledo / Madrid Pedro Sáinz Rodríguez, diputado parlamentario (monárquico) Madrid / Castilla V. Pedro Salazar, militar (monárquico) Castilla V. *Ricardo Saler, estudiante (JSU-C) Madrid Juan Saña, mecánico ajustador (CNT) Cataluña *Faustino Sánchez, estudiante (FE) Asturias *Fernando Sánchez, labrador Castilla V. *Juana Sánchez, esposa de ferroviario Andalucía Manuel Sánchez, ebanista (PCE) Asturias Rafael Sánchez, profesor de arte Madrid José Sandoval, delineante (PCE) Madrid *Juana Sangroniz (carlista) Vizcaya *Francisco Sampedro, estudiante (FUE) Madrid *Luis Santacana, obrero textil (CNT) Cataluña Ricardo Sanz, obrero textil (CNT-FAI) Cataluña *Emilio Segovia, fabricante de sandalias (PSOE) Aragón Maurici Serrahima, abogado (Unió Democràtica) Cataluña *María Solana, herbolaria (JSU-C) Madrid Wilebaldo Solano, estudiante (POUM) Cataluña Josep Solé Barberà, abogado (PSUC) Cataluña *Marisa Soler, maestra (PCE) Madrid

*Jaime Solera, comandante de estado mayor Madrid *Roberto Solís, estudiante Andalucía *Pedro Suárez, oficinista (JSU-C, MAOC) Madrid Joaquín Suñer, hijo de abacero (FE) Castilla V. *Fernando Tafalla, estudiante (PCE) Madrid Julio de la Torre, teniente de la Legión Melilla *Doctor Antonio Torres Cataluña Profesor Josep Trueta, cirujano Cataluña *Carmen Tudela, secretaria (PCE) Castilla N. Felisa Unamuno Salamanca Rafael Unamuno Salamanca Ricardo Valgañón, fundidor (PCE) Vizcaya Edmon Vallès, estudiante Cataluña Julián Vázquez, sastre (PCE) Madrid Ricardo Vázquez-Prada, periodista (FE) Asturias *Rosa Vega, maestra (PCE) Madrid Eugenio Vegas Latapié, director de *Acción Española* (monárquico) Madrid / Castilla V. Dionisio Venegas, maestro (UGT) Andalucía José Vergara, delegado del IRA, funcionario del Ministerio de Agricultura Toledo / Madrid *Alejandro Vitoria, funcionario (JSU-S: PSUC) Cataluña Pilar de Vivancos, hija de pequeño propietario rural (CNT) Aragón Juan Zafón, agente de publicidad (CNT) Aragón

Recuérdalo tú y recuérdalo a otros,

Cuando asqueados de la bajeza humana,

Cuando iracundos de la dureza humana:

Este hombre solo, este acto solo, esta fe sola.

Recuérdalo tú y recuérdalo a otros.

LUIS CERNUDA, «1936», Desolación de la quimera

La historia procede de tal modo que el resultado final nace siempre de los conflictos entre muchas voluntades individuales y éstas, a su vez, son lo que son a causa de un gran número de condiciones particulares de la vida. Así, hay innumerables fuerzas que se entrecruzan, una serie infinita de paralelogramos de fuerzas, que dan origen al único resultado: el acontecimiento histórico. También a éste cabe considerarlo como el producto de una fuerza que actúa como un todo *inconscientemente* y sin volición. Porque lo que cada individuo desea es obstruido por todos los demás y lo que surge es algo que nadie quería.

ENGELS a JOSEP H BLOCH

(Londres, septiembre de 1890).

PREFACIO

El aspecto subjetivo, el «ambiente» de los acontecimientos es también una condición de la realización de la Historia. ¿Dejaremos el monopolio a los novelistas? Esto sería, por parte del historiador, una manera de renunciar.

PIERRE VILAR[1]

La aparición hoy día de un libro sobre la guerra civil española de 1936-1939 requiere una explicación. Durante los últimos quince años una serie de importantes obras históricas han estudiado las características principales de dicho conflicto, por lo que resultaría vana la esperanza de añadir algo nuevo a lo que se sabe sobre el tema. Sin embargo, dentro de los conocimientos generales e incluso detallados que sobre dicha guerra se poseen, un aspecto ha quedado inédito. Me refiero al aspecto subjetivo, a la experiencia vivida por las personas que participaron en los hechos. Éste es el propósito del presente libro.

La historia oral, tal como aquí se concibe, constituye un intento de revelar el ambiente intangible de los acontecimientos, de descubrir el punto de vista y las motivaciones de los participantes, voluntarios o involuntarios, de describir cómo sintieron la guerra civil, la revolución y la contrarrevolución quienes la vivieron desde ambos campos. Las causas de la guerra civil tenían raíces profundas en la configuración de la sociedad española. Aunque se internacionalizó rápidamente, fueron las clases y sectores de dicha sociedad los protagonistas principales de la guerra. Así, pues, este libro se basa en la experiencia española. En las épocas de aguda crisis social es cuando el ambiente cobra toda su fuerza como factor determinante de la reacción de la gente ante los acontecimientos. En efecto, por muy intangible que sea, el ambiente nunca es abstracto o distante. Es lo que siente la gente. Y este sentir constituye la base de sus actos.

Lo que acabo de decir resulta especialmente constatable en una guerra civil. Adaptando a las circunstancias la famosa máxima sobre la guerra, cabría decir que la guerra civil es la continuación de la política —la política interna de clases— por otros medios. Una de sus condiciones es la movilización política de grandes masas de gente «corriente» (o bien el ensanchamiento de una movilización previa ocasionada por la crisis social que provocó la guerra).

Esta observación es lo que ha dado forma a la pauta esencial que sigue el presente libro. Sólo de esta forma podemos utilizar la disposición del individuo para luchar y morir por una causa con vistas a comprender algunas de las realidades y contradicciones de los movimientos históricos, más amplios e impersonales. En este contexto, el ambiente no es algo que flota sobre los acontecimientos, al igual que el éter, sino que es una emanación social, el resultado de luchas terrestres.

Es en este clima (ideológico), más que en la articulación no mediada de los intereses clasistas, donde se encuentran muchas de las claves de la conducta social e individual en este conflicto. Es en él donde, al parecer, se halla la explicación de, por ejemplo, por qué individuos pertenecientes a una misma clase social lucharon en bandos opuestos; por qué un hombre empuñó las armas en un campo que estaba asesinando y encarcelando a sus familiares; por qué el hermano luchó contra el hermano.

La creación de un «mosaico» inteligible partiendo de más de trescientos relatos personales ha trascendido esta esfera, como era inevitable. Recurriendo a las narraciones de testigos oculares, he tratado de describir los principales contornos de la guerra. A su vez, esto ha requerido una estructura narrativa y analítica especial. Por consiguiente, hay que poner de relieve las limitaciones de este tipo de historia oral, especialmente de este libro concreto. Nombraré las más importantes. Tal como aquí se aplica, la historia oral no sustituye a la historiografía tradicional, sino que la complementa y llena sus intersticios[2]. Por sí misma, la suma de microexperiencias no da por resultado una macrototalidad objetiva Tal como he indicado, el ambiente no explica el subsuelo, sino que es más bien al contrario.

Por este motivo, además del ya expuesto, el presente libro no se propone ser una historia general de la república y la guerra civil en España. Sin embargo, sí se concentra en lo que, con la perspectiva de cuarenta años, vemos que fueron algunos de sus aspectos principales. Otra serie de limitaciones específicas se nos presenta dentro de este marco. La primera es de índole territorial. Deliberadamente busqué a los testigos presenciales en cinco regiones: dos del bando republicano, dos del nacional y una (que en realidad eran dos) correspondiente a ambos bandos[3]. Por consiguiente, quedan excluidas del libro dos zonas importantes: Galicia en la nacional y Levante en la retaguardia republicana.

En segundo lugar, el libro no se ocupa exclusivamente de la guerra en el frente. Transcurridos los primeros meses, durante los cuales fue importantísima la participación directa de los milicianos, la lucha se sigue preferentemente desde retaguardia. Puede que, dadas las circunstancias, ello resulte curioso. Lo cierto es que se basa en el convencimiento de que la guerra civil se ganó tanto en la retaguardia como en el frente, y que fue en aquélla donde con mayor claridad se expresaron las cuestiones sociales y políticas en liza.

En tercer lugar, la dimensión internacional del conflicto queda excluida en gran parte. De ello es responsable la decisión de presentar la guerra en sus raíces españolas y tal como la «vivieron» los españoles. Dejando aparte el anatema rutinario sobre la intervención de las potencias fascistas y la no-intervención anglofrancesa, la gente del bando republicano con la que hablé recordaba pocas cosas sobre la situación internacional: la ayuda soviética, los espectaculares procesos de Moscú y, en algunos casos, Munich. La situación no era muy distinta en el bando opuesto, a pesar de la presencia de los italianos y los alemanes. Aunque en ningún momento fue posible olvidarse por completo de los aspectos internacionales —la propaganda cuidaba de que así fuese—, para la mayoría de los españoles la guerra era algo que a ellos les tocaba resolver.

En cuarto lugar, el libro no concentra su atención en la política a nivel de gobernantes o líderes. Cabe decir, en este sentido, que es un ejemplo de la historia vista desde la base. Sin embargo, sí se ocupa de las principales fuerzas sociopolíticas que actuaban en las zonas seleccionadas. Puede que por esto el libro parezca excesivamente político. Así, pues, repetiré que la guerra civil tuvo sus orígenes en cuestiones profundamente políticas, y la crisis que la precedió había polarizado y politizado a amplísimos sectores de la opinión pública.

La historia oral, a mi modo de ver, debe brindar una vía de expresión para las experiencias de personas que de lo contrario —históricamente hablando— no dispondrían de ella, personas a las que sólo en este sentido cabe calificar de «corrientes». En principio, por tanto, busqué personas que no hubiesen ocupado puestos dirigentes, que no hubiesen escrito sus memorias y que no tuvieran una reputación pública o política que defender. Mal que bien, pensé que esta clase de personas darían una idea más directa e inmediata de cómo fueron los acontecimientos. Por regla general, si pertenecían a algún partido político o sindicato, eran militantes de nivel intermedio. A veces, cediendo ante las posibilidades o acuciado por la lectura de material testimonial, hice caso omiso de mis propias reglas, como el lector podrá ver. Casi siempre me alegré de haberlo hecho. Pero, por lo general, preferí atenerme al concepto inicial.

En poco menos de dos años de entrevistas grabé alrededor de 2.750 000 palabras. Al recoger el material para este libro (en el que he utilizado menos del 10 por ciento del material recogido) y posteriormente al seleccionarlo, di preferencia a la experiencia personal concreta sobre la opinión global, deseché la difamación y —con un par de excepciones— los rumores, y solicité una autocrítica política más que la crítica dirigida a otros partidos u organizaciones. Cito esto último porque es la fuente de otra deficiencia. Con frecuencia la polémica política adquiría un tono de aspereza que, ahora lo veo, no queda fielmente reproducido en el libro. Para hacerse una idea de ello, el lector no tiene más que consultar las citas de periódicos y otras fuentes que jalonan el libro. Ello se debe en parte a que el tono se ha suavizado con el paso de los años, pero también obedece a que a la sazón (por motivos

que más adelante se harán evidentes) creí que poco se ganaría volviendo a entablar polémicas de un estilo que confiaba que ya hubiese quedado superado. Sigo creyendo que así es, pero he querido señalar su ausencia del libro[4]

Sin duda el lector se formulará otra pregunta que viene muy al caso: ¿cómo sabemos que los entrevistados dicen la verdad? La pregunta está justificada y es posible contestarla sin impugnar la buena fe de los participantes: no siempre podemos saberlo. A veces la memoria gasta jugarretas y, además, ha transcurrido mucho tiempo. Resultó imposible comprobar cada afirmación, cada experiencia, a menos que existiera evidencia documental. En los casos que despertaron mis dudas y cuando tenía alguna fuente documental para apoyarlas, volví a entrevistar al testigo. Si el asunto seguía siendo dudoso después de ello, por lo general lo excluía. Sin embargo, a veces una afirmación palpablemente falsa constituye parte del ambiente. En tales casos, no la he suprimido, pero su veracidad es puesta en entredicho poco después de aparecer. En otros casos, he respetado afirmaciones que no entran en ninguna de estas categorías. Lo hice guiado por la impresión de que, aunque la duda tuviera cierta cabida, la afirmación respondía a un clima general de sentimientos que era importante captar en estas páginas. Como he dicho anteriormente, mi propósito no fue escribir otra historia de la guerra civil, sino hacer un libro sobre cómo la gente vivió la guerra. Era su verdad, la verdad de la gente, lo que deseaba reflejar. Y lo que la gente pensaba —o pensaba que pensaba— también constituye un hecho histórico[5].

Finalmente, con toda justicia, el lector puede preguntarse si un extranjero era el más indicado para indagar en asuntos tan hondamente españoles. A menudo me preguntaba lo mismo, especialmente en vista de que mucho de lo que se ha escrito sobre la guerra civil ha sido, por fuerza, obra de extranjeros. La respuesta, a mi juicio, hay que buscarla en las desigualdades del desarrollo: a la sazón un editor español no podía permitirse el riesgo comercial y político que entrañaba el dar su apoyo a un proyecto que, tras cuatro años y medio de dedicación plena, tal vez no obtuviera permiso para su publicación. El carácter más avanzado de las economías norteamericana y británica, así como el hecho de que mis editores en ambos países estuvieran dispuestos a correr el riesgo, me permitieron llevarlo a término. Confío que en la España de hoy esta situación ya no exista, ya que en el ínterin se ha producido el fin de una época y el comienzo de otra nueva.

Estas entrevistas se grabaron en el crepúsculo de la era franquista, entre junio de 1973 y mayo de 1975. El 95 por ciento de ellas se registraron en España, el resto en Francia. No me pusieron obstáculos. Dejando aparte cierta cautela en las zonas rurales, especialmente en Andalucía, donde todavía había miedo, la gente me habló abiertamente. Era un momento privilegiado para captar recuerdos de un período lo bastante lejano como para ser historia y, pese a ello, también lo bastante cercano como para que lo recordase vívidamente una sección representativa de los participantes. A los seis meses de grabarse la última entrevista Franco moría y empezaba a desmantelarse el régimen dictatorial creado

por el vencedor de la guerra civil. Una nueva era se abría para España.

R. F.

Londres, septiembre de 1978.

PRÓLOGO

DESARROLLO DESIGUAL

La guerra civil de 1936-1939 fue la tercera (algunos dirán la cuarta) habida en España en el transcurso de un siglo. Las luchas del siglo XIX giraron en torno a problemas fundamentales de la sociedad española que, en gran parte, fueron los mismos que llevaron al estallido del conflicto a mediados de los años treinta. Así, pues, daremos un breve repaso a los citados problemas con el fin de comprender mejor la última y más total de estas guerras civiles.

No hay duda de que el principal de estos problemas subyacentes era la precariedad del desarrollo capitalista. Las guerras civiles que en el siglo XIX enfrentaron a carlistas y liberales formaban parte de la larga lucha por el derrocamiento del absolutismo y la consolidación de un estado burgués. De la fuerza relativa de los dos bandos sociales opuestos nos dará una idea el hecho de que estas guerras se libraron de modo intermitente durante un período de más de cuarenta años, de los cuales se luchó con mayor o menor intensidad en dieciséis. En nombre de la pasada unidad católica de España —en contraposición a una futura unificación capitalista del mercado nacional— y en nombre de una monarquía católica tradicional —en contraposición a una monarquía constitucional —, la resistencia de las zonas rurales del norte dio pábulo a la contrarrevolución carlista ante el avance del liberalismo. Resulta significativo que la primera de estas guerras, la de 1833-1840, despertase la conciencia de Europa, que creyó, como volvería a hacerlo en 1936, que en los campos de batalla de España se estaban dirimiendo las grandes cuestiones de la civilización europea. Tal como ha señalado Raymond Carr, en ambos casos la proyección europea del conflicto hizo que se tergiversara y simplificara en exceso lo que estaba en juego[1].

El liberalismo resultó ser más fuerte (inicialmente y en no poca medida gracias a la ayuda británica y francesa, incluyendo el envío de fuerzas de voluntarios) y la causa carlista fue vencida. Pero no se resolvieron del todo los problemas de fondo. En la vida política española siguió siendo un factor importante la resistencia a los conceptos liberalizadores de una democracia

burguesa plenamente desarrollada. Así volvió a verse en la década de los treinta, cuando no sólo resurgieron con renovada fuerza los carlistas, sino que también aparecieron otras fuerzas antidemocráticas. Además, esta resistencia infectó a los que habían ganado las guerras, la nueva clase dirigente del siglo XIX.

La desigualdad del desarrollo capitalista hizo que, en el mejor de los casos, resultase problemática la introducción de una democracia burguesa avanzada. Impidió, por ejemplo, que una burguesía *nacional* llevase el timón del estado decimonónico. A su vez, ello fue una de las causas que obstaculizaron la creación de un estado burgués moderno partiendo de una nación que, desde su nacimiento en el siglo XV, había sido propensa a las tendencias centrífugas. Éstas se vieron reforzadas por el avance del desarrollo industrial en la periferia geográfica representada por las regiones del norte y nordeste del país, avance que coincidió con el crecimiento de los sentimientos nacionalistas de catalanes y vascos dirigidos contra la clase dirigente, agraria y centralista, de Madrid.

Tres instituciones «nacionales» españolas intentaron compensar esta deficiencia de desarrollo: todas fracasaron. La monarquía nunca logró granjearse el respeto de las masas, nunca se convirtió en un «símbolo útil de la comunidad», como dice Pierre Vilar[2]. Tampoco la iglesia se hallaba en mejor situación para desempeñar este papel al terminar el primer tercio del siglo XIX. La identificación de la ortodoxia católica con la «cohesión» nacional española, forjada en el siglo XV con el fin de la Reconquista, ya no resultaba válida para nadie salvo para los carlistas (aunque más adelante la clase dirigente, a falta de otra ideología, volvería a renovarla). Habiendo ocupado una posición dominante —económica, pero sobre todo ideológica— bajo el *ancien régime*, la iglesia adoptó una postura inmovilista y reaccionaria ante el liberalismo que la amenazaba por ambos lados. A partir de este período, el anticlericalismo declarado se repetiría periódicamente en la historia de España. En 1835 tuvieron lugar las primeras masacres de curas y quemas de iglesias, motivadas por los rumores de que los frailes habían envenenado el agua potable, provocando con ello una epidemia de cólera. (La persistencia del anticlericalísmo nos la demuestra el hecho de que, cien años más tarde, el rumor de que los frailes habían dado caramelos envenenados a los niños todavía fue capaz de empujar a las turbas a quemar iglesias).

La última de estas tres instituciones, el ejército, empezó el siglo XIX siendo una fuerza liberal. Su importancia como poder político se debía en gran parte al papel que desempeñó en la derrota de la contrarrevolución carlista. Sin embargo, a medida que transcurrió el siglo, fue haciéndose cada vez más conservador. Se convirtió en un «estado dentro de otro estado» y llegó a considerarse la encarnación de la voluntad nacional, el baluarte del orden moral y social, el defensor de la *unidad* territorial. Como tal, no era la expresión de la voluntad

popular, sino una fuerza centralizadora dispuesta a sustituir a una clase dirigente que todavía no estaba definida. La presencia del oficial del ejército en la política reflejaba la ausencia en ella del hombre de negocios. Cuando en el último cuarto del siglo los militares abandonaron su intervención directa en la política, lo hicieron con el fin de ocupar la posición de poder último detrás de la nueva alianza política que se adueñó del control del estado: la formada por la antigua clase terrateniente y la alta burguesía. De hecho fue un pronunciamiento lo que introdujo esta nueva alianza, tras derrocar a la inestable república que duró escasamente doce meses (1873-1874). Anteriormente, al derrocar a la monarquía borbónica en 1868, el ejército había desencadenado un proceso revolucionario. El general Prim intentó contenerlo instaurando una nueva monarquía constitucional, pero fracasó. También fracasó el subsiguiente régimen republicano, cuyos líderes pertenecían a la pequeña burguesía. Durante las últimas etapas de la revolución y debido en gran medida a la influencia anarquista, en varias ciudades se proclamaron «cantones» soberanos, lo que representaba una amenaza tanto para la unidad nacional como para el dominio de la clase dirigente. La alta burguesía se asustó y para poner fin a todo ello selló su pacto con la antigua clase terrateniente. El ejército restauró la monarquía borbónica en la persona de Alfonso XII.

Se había desaprovechado la oportunidad de lograr una democracia burguesa plenamente desarrollada. El nuevo bloque gobernante, que en esencia se basaba en los intereses agrarios, controlaría el estado español durante los siguientes cuarenta y ocho años, de 1875 a 1923. Durante la anterior lucha de los liberales contra los cimientos económicos del *ancien régime*, se habían producido cambios fundamentales en las pautas de propiedad de la tierra. Tras su desamortización, se pusieron a la venta las tierras propiedad de la iglesia, de los nobles y también las comunales. Los principales compradores de estas tierras fueron la burguesía y parte de la antigua clase terrateniente. Durante este período se crearon muchos de los latifundios del sur y del sudoeste. Durante un siglo la burguesía siguió aumentando sus propiedades hasta que, al llegar la década de los treinta, aproximadamente el 90 por ciento de la tierra cultivable de España se hallaba en sus manos. El resto era propiedad de la alta nobleza. La esperanza de los liberales de mediados del XIX (que no fue la única motivación de sus leyes de desamortización), en el sentido de que podía crearse una clase nueva formada por pequeños y prósperos campesinos, se vio frustrada.

En vista de que la burguesía era propietaria de gran parte de la tierra, no era de extrañar que el nuevo bloque gobernante estuviera dominado por una oligarquía agraria. La manipulación del sistema electoral la mantuvo en el poder bajo la monarquía restaurada, a la vez que privaba de representación al campesinado y al proletariado. Dado que el Parlamento no expresaba siquiera formalmente la voluntad de la nación, la clase gobernante no podía apoyarse ni

siquiera en una forma atenuada de consenso, como medio de evitar las graves crisis relacionadas con aquellos que se hallaban políticamente excluidos. En su lugar, tenía que recurrir a métodos más directos y policíacos. Como es lógico, no consiguió proponer una ideología que «integrase» a estas clases marginadas. En gran medida, la actitud «apolítica» tan extendida entre la clase trabajadora y a la que apelaba el anarquismo nacía de esta exclusión o era reforzada por ella.

Esta democracia pseudoparlamentaria compró una paz social temporal para la clase gobernante, pero tuvo que pagar un precio por ella. El dominio de los intereses agrarios y su negativa a «modernizar» la agricultura fueron un obstáculo para el desarrollo industrial. Siguiendo la pauta de sus predecesores, los nuevos terratenientes capitalistas no invertían en sus fincas. «La psicología del régimen señorial sobrevivió a su desaparición jurídica»[3]. La falta de inversión y los bajos jornales que se pagaban en las fincas del sur y del sudoeste, donde las masas de jornaleros sin tierra propia pasaban meses y meses sin trabajo, no facilitaban la expansión del mercado para las manufacturas nacionales. Los latifundios y el malestar social se hicieron sinónimos. Fuera de la región latifundista, la agricultura, en su mayor parte, no pasaba de ser una búsqueda secular y precaria de autosuficiencia. «[…] Sólo en la periferia norte y mediterránea de la península existen condiciones geográficas y sociales favorables para la agricultura. […] Estas regiones favorecidas constituyen menos del 10 por ciento de la superficie del país»[4].

Así, pues, España entró en el siglo XX sin haber dejado de ser una nación predominantemente atrasada y agraria, una nación que, por si fuera poco, había perdido sus colonias y que, en no poca medida, ella misma se veía «colonizada» por el capital extranjero. El desarrollo seguía siendo desigual y débil. Esto se reflejaba en las diferencias de desarrollo cultural y social entre la ciudad y el campo, entre las regiones y entre las clases[5]. España no era un país, sino una serie de países y regiones señalados por su desigual desarrollo histórico.

Sin embargo, durante la siguiente generación se produjo un avance significativo del desarrollo industrial. Dicho avance se vio ayudado por la prosperidad económica que se registró durante la primera guerra mundial, en la que España se mantuvo neutral, y por el alza de la economía mundial durante los años veinte. «En 1930 España había recorrido la mitad del camino hacia el desarrollo capitalista»[6]. Un nuevo factor comenzó a hacer que se notase su presencia en la política: el proletariado. Entre 1910 y 1930 la clase obrera industrial aumentó en más del doble, alcanzando más de dos millones y medio de personas. (Ello representaba un poco más del 26 por ciento de la población trabajadora en comparación con el 16 por ciento de veinte años antes. Durante el mismo período, el porcentaje de trabajadores agrícolas bajó del 66 al 45 por ciento). Al mismo

tiempo, la burguesía industrial, concentrada especialmente en Cataluña, demostró su pretensión de hacerse cargo del estado y «renovarlo», utilizando para sus fines la fuerza que le daba el nacionalismo catalán.

Bajo estas presiones empezó a desintegrarse el sistema político forjado en 1875 con el fin de mantener en el poder a una oligarquía agraria. La clase gobernante monárquica fue incapaz de encontrar nuevas fórmulas políticas y sociales que le permitieran integrar al proletariado (así como a ciertos sectores, principalmente nacionalistas, de la pequeña burguesía) en un sistema político que legitimizaría su poder y le aseguraría la continuidad de su dominio. Es decir, la continuidad del capitalismo sin la amenaza de la revolución (o de la secesión nacionalista).

El año 1917 señaló el comienzo de la crisis. A los cinco meses de la revolución de febrero en Rusia, los socialistas y los anarcosindicalistas convocaron una huelga general de carácter revolucionario. Aunque la huelga fue aplastada por el ejército, durante los seis meses siguientes el viejo sistema poco más pudo hacer que ir dando traspiés de una crisis a otra. Durante el mismo período Andalucía se vio sacudida por el «trienio bolchevista», tres años de agitación revolucionaria anarcosindicalista que parecía amenazar el orden social existente en el sur.

Cabe recordar que el anarquismo llegó a España en 1868, antes que el socialismo. (En sus orígenes y durante varios años después, la Federación Española de la Primera Internacional *fue* anarquista). Su éxito fue inmediato en lo que se refiere al reclutamiento de seguidores. Desde el principio Cataluña y Andalucía fueron los dos polos de máximo reclutamiento; es decir, la región industrial más avanzada y la más atrasada de las agrarias respectivamente. En el resto de la Europa occidental, con la excepción de Portugal, el anarquismo como fenómeno de masas desapareció después de la primera guerra mundial. En España creció[7]. En 1911 se fundó en Barcelona la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), que era anarcosindicalista. «La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos». El sindicalismo era «la lucha entre dos clases antagónicas». Las huelgas generales tenían que ser revolucionarias. Ocho años más tarde, en 1919, la CNT, tras paralizar Barcelona durante una quincena con una huelga general, se declaró abiertamente en favor del comunismo libertario, la abolición de la propiedad privada y del estado, y la organización de la producción mediante asociaciones libres de productores. Por aquella época afirmaba tener 700 000 miembros, de los cuales más de la mitad estaban en Cataluña.

En un país predominantemente agrario, donde la clase media tenga poco peso social y la clase gobernante padezca una crisis política, un proletariado que, si bien numéricamente sea reducido, esté concentrado en una serie de núcleos

específicos puede jugar un papel decisivo. En 1917 esto había sido demostrado en Rusia. Lenin veía en España a un país destinado a la revolución.

La clase dirigente española no ignoraba los paralelos existentes entre su país y Rusia. La respuesta ante el miedo a la revolución y ante la crisis política general fue que, por primera vez en cincuenta años, el ejército actúo decisivamente. Con la aprobación del rey, el general Primo de Rivera tomó el poder.

Siendo cual era el problema fundamental, no es de extrañar que el programa social del general se basara en «la supresión de la lucha de clases». La CNT fue declarada ilegal. El sindicato socialista Unión General de Trabajadores (UGT), que contaba con unos 200 000 miembros, fue tolerado, sin embargo, y su secretario general, Largo Caballero, colaboró con la dictadura (aunque durante poco tiempo). El antiguo cisma entre anarquismo y socialismo se vio reforzado, con lo que se mantuvo la escisión de la clase trabajadora. En estas circunstancias se constituyó la Federación Anarquista Ibérica (FAI) en 1927. Su objetivo fundacional consistía en federar a los grupos anarquistas que hasta entonces se hallaban esparcidos por toda España. Siendo una federación anarquista (cuya existencia como organización clandestina no fue anunciada durante dos años) no podía tener una «línea política» general. Pero, especialmente en Cataluña, durante los años treinta siguió una política ultraizquierdista e insurreccional.

El general Primo de Rivera imitó el fascismo superficialmente. La dictadura medró con el auge de la economía en los años veinte y se derrumbó con ella en 1930, despachada en gran parte por las fuerzas conservadoras que se había propuesto defender. Durante quince meses se hicieron esfuerzos por salvar el viejo sistema, a la cabeza del cual se hallaba el rey.

Mientras tanto, en el verano de 1930, republicanos representantes de todos los matices de la opinión se reunieron y formaron un comité revolucionario con el objeto de derrocar la monarquía. Dos miembros del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) asistieron, a título personal, a la reunión de San Sebastián y dos meses después el ejecutivo del partido socialista acordó participar en un futuro gobierno republicano. El mayor de los partidos políticos de clase obrera (hay que tener en cuenta que el movimiento anarquista *no* era un partido) se disponía a unir su suerte a la de los republicanos de la pequeña burguesía.

En diciembre de 1930 fracasó un levantamiento republicano, pero hubo huelgas generales en la mayoría de las principales ciudades, a excepción de Barcelona y Madrid, donde las huelgas generales habían tenido lugar un mes antes[8].

Con la esperanza de poder gestionar un regreso a la constitución de antes de la dictadura y para comprobar de qué lado soplaba el viento, en abril de 1931 se celebraron elecciones municipales. El voto de las grandes ciudades —pero no el de las zonas rurales— se decantó abrumadoramente por los candidatos republicanos. Las elecciones se interpretaron como un plebiscito contrario a la monarquía. Dos días después, el 14 de abril, el rey —al que el jefe de la guardia civil, el general Sanjurjo, había advertido de que sus fuerzas no le apoyarían— abandonó el país y se proclamó la segunda república.

Al caer la tarde las multitudes se congregaron en la Puerta del Sol, en el corazón de Madrid. Entre la gente estaba una joven de 15 años, estudiante de la escuela secundaria, que se llamaba Victoria Román. Había acudido a la Puerta del Sol en compañía de numerosos condiscípulos y maestros suyos, con el propósito de presenciar el histórico momento. Como por arte de magia, las banderas republicanas habían aparecido por toda la ciudad. En otras partes la república ya había sido proclamada, a menudo mientras sonaban los compases de *La Marsellesa*. Desde lejos vio cómo los líderes de los partidos se acercaban a la puerta del Ministerio de Gobernación. Entre ellos estaban Largo Caballero, Azaña, Alcalá Zamora. Los políticos entraron en el edificio. Victoria vio cómo la barbuda figura de Fernando de los Ríos se acercaba a otra puerta y llamaba a ella con su bastón. La puerta se abrió y Fernando de los Ríos la cruzó. Por lo visto, bastaba con llamar a la puerta para hacerse con el poder.

«"¡La república ha llegado sin derramamiento de sangre!", dijo uno de mis maestros. "Sí", replicó otro, "sin derramamiento de sangre… y viviremos para lamentarlo". Me escandalicé al oírle hablar así, pero luego habría de preguntarme si acaso no tenía razón…»

En Barcelona hubo una parecida concentración multitudinaria en la plaza de San Jaime. Un nuevo partido catalán, republicano y de izquierdas, Esquerra Republicana de Catalunya, había ganado las elecciones, pese a que su formación apenas databa de un mes antes. Su líder, Francesc Macià, proclamó la República Catalana[9]. En la plaza la gente alentaba a un prominente miembro de la CNT para que dirigiese la palabra a la multitud. Subiéndose a los hombros de un par de hombres, Josep Robusté pronunció un discurso señalando que la república no era más que una palabra. Nadie le hizo caso.

«Estaban borrachos con la idea de la república. Creían que era un milagro, una panacea para todos los problemas del pasado… incluida la dictadura, que había desencadenado una represión brutal en Barcelona. Me bajé de mi improvisada tarima. No me hubiese extrañado que me hubieran atacado de haber seguido hablando…»

El entusiasmo popular de los grandes centros urbanos no se repitió en todos los lugares de provincias. Juan Crespo, por ejemplo, recuerda que en el colegio religioso donde estudiaba, en Salamanca, el día de la proclamación de la república fue declarado día de luto. El director del colegio predicó un sermón sobre la tragedia que representaba la partida del rey.

«Criticó la ingratitud de los españoles para con el rey, alabó el servicio que la monarquía había prestado al país, recordó el ejemplo de los Reyes Católicos, que habían unido a la nación. Al final casi lloraba, y nosotros también…»

Las lágrimas de alegría que se derramaban en público se mezclaban con las de tristeza que se vertían en privado. Ni unas ni otras servían como medida adecuada de la envergadura de la tarea con que se enfrentaba el nuevo régimen republicano. Se trataba, ni más ni menos, de dar a luz a lo que en cien años de historia no se había logrado jamás, a pesar de los esfuerzos hechos con tal fin: un estado democrático, burgués y avanzado. Dado que la burguesía había fracasado en la tarea (o, mejor dicho, ni siquiera lo había intentado), ésta se hallaba ahora en manos de los dirigentes de lo que un historiador ha llamado «una entidad frágil pero muy activa políticamente: la clase media baja de las ciudades»[10]. Los republicanos de la pequeña burguesía contaban con las simpatías de la mayor parte de las clases profesionales, intelectuales, maestros de escuela y periodistas de las ciudades. Era la clase que había llevado la iniciativa en todas las revoluciones habidas durante los pasados setenta y cinco años, pero que jamás había retenido el poder, dejando aparte algunos breves períodos revolucionarios. Al proclamarse la república, los republicanos liberales se hallaban organizados en agrupamientos políticos inconexos cuya lealtad iba dirigida más hacia una figura política determinada —Manuel Azaña, Alcalá Zamora, Marcelino Domingo— que a un complicado programa político e ideológico. La creación de un partido político coherente no tuvo lugar hasta abril de 1934, fecha en que se formó Izquierda Republicana, cuyo jefe era Azaña.

En esencia, la tarea del nuevo régimen consistía en reformar las estructuras socioeconómicas del estado español con una dualidad de objetivos que, en realidad, se complementaban mutuamente: «modernizar» el capitalismo y, al mismo tiempo, impedir la revolución proletaria (o la secesión nacionalista). Ello entrañaba la búsqueda de nuevas formas para legitimizar la acumulación capitalista que —gracias a las reformas que se harían— serviría para integrar al proletariado (y a la pequeña burguesía nacionalista) en el nuevo sistema político. La coalición republicano-socialista esperaba conseguirlo concentrando sus principales reformas en tres sectores: la «aristocracia latifundista», la iglesia y el ejército. Por si la tarea no comportase ya grandes dificultades, iba a emprenderse en plena crisis económica mundial, cuando, a escala internacional, parecía que la

democracia parlamentaria se batía en retirada ante el avance del fascismo. ¿Qué se podía conseguir en tales circunstancias? ¿Cuánto se había hecho?

El régimen republicano cometió un error capital de buen principio, a juicio de Juan Andrade, miembro fundador del partido comunista español y más tarde líder de los comunistas disidentes del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). Andrade opinaba que al régimen se le había escapado la iniciativa, que no había sabido aprovechar el entusiasmo popular con el fin de consolidarse.

«Sólo de una manera puede consolidarse un movimiento revolucionario que suba al poder mediante las elecciones y que se vea empujado hacia delante por las masas: tomando medidas radicales *inmediatamente*. Fue esto lo que no se hizo. Las fuerzas burguesas estaban desmoralizadas y habrían podido tomarse en seguida medidas para reformar las estructuras básicas del estado, el ejército, la tierra. Al no hacerse así, la burguesía tuvo tiempo de reorganizarse, de iniciar el contraataque…»

Si bien la coalición poseía el poder político, se le escapó el poder económico. Es cierto que la Asamblea Constituyente adoptó las clásicas medidas de toda revolución burguesa avanzada: separación de la iglesia y el estado, implantación de un sufragio verdaderamente universal (incluyendo a las mujeres y a los soldados), de un gabinete responsable ante el Parlamento (de una sola cámara), secularización del sistema de enseñanza… Sin embargo, es significativo el hecho de que se hallase ausente de la asamblea la clase obrera revolucionaria, representada por la CNT, y también, casi sin excepción, la anterior clase gobernante, esto es, los representantes del capital. Por consiguiente, la nueva constitución tenía pocas probabilidades de satisfacer a una y a otra. Con todo, puede que esto no tuviera tanta importancia como el hecho de que la coalición no llevase a cabo las reformas básicas citadas anteriormente. La reforma agraria amenazó en grado considerable la propiedad privada de la importante burguesía rural, es decir, la tierra. Pero no pasó de la amenaza, lo que dejó insatisfechos a los que no tenían tierras. La política religiosa atacó con aspereza innecesaria a un campo importante del dominio ideológico de la burguesía —la educación religiosa — y obsequió a la reacción con un terreno fértil que le sirvió para reclutar y reorganizar sus fuerzas. La reforma militar permitió que muchos oficiales abandonasen el ejército cobrando la paga completa, pero no afectó de forma fundamental la estructura del poder militar ni la posición de los militares monárquicos (y después falangistas) incluidos en ella. De forma parecida, poco hizo la coalición por cambiar el viejo aparato del estado monárquico a través del cual tenía que gobernar y, mientras respetó la ortodoxia financiera, poco o nada pudo hacer ante el poder económico de la burguesía (fuga de capitales, negativa a las inversiones). De forma temporal integró a la mitad de la clase obrera, gracias a

la colaboración de los socialistas, dejando de hecho fuera de la ley a la otra mitad: la CNT, que estaba decidida a proseguir la «guerra abierta» contra el estado y que en menos de dos años fue protagonista de tres insurrecciones. Concedió un estatuto de autonomía a Cataluña, pero no al País Vasco. «Como tantos otros antes y después», dice Hugh Thomas, «Azaña había asustado a la clase media sin satisfacer a los trabajadores»[11]. Finalmente, tras dos años en el poder, la coalición se disolvió en 1933.

Saltaba a la vista que la consecuencia de una democracia burguesa avanzada iba a tener que llevarse a cabo sin la burguesía, si es que se llevaba a cabo de algún modo. Quizás esto no tuviese nada de extraño. Lo que sí resulta más insólito, al parecer, es que tuviera que llevarse a término *contra* la burguesía.

La reacción no tardó mucho en reorganizarse. Respuesta del golpe que para ella representó la caída de la monarquía, reorganizada en la oposición a las leyes «anticlericales y separatistas» de la coalición, la derecha inició el contraataque. Una oleada de quema de iglesias que desde Madrid se extendió al sur, transcurrido apenas un mes desde la proclamación de la república, movilizó a gran parte de la opinión católica. Sin embargo, antes de que transcurriese un año, un levantamiento militar de cariz monárquico encontró poco apoyo, quedando así demostrado que las soluciones «extraparlamentarias» aún no estaban a la orden del día.

Antes bien, fue una organización católica de masas que acababa de fundarse, la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), la que durante los dos años siguientes constituyó la primera línea de la derecha dentro del marco de la república parlamentaria. Sus líneas maestras eran la defensa de la religión, de la familia, de la propiedad, del orden social al servicio de España[12]. Bajo el liderazgo de Gil Robles, joven y dinámico abogado, la CEDA obtuvo una importante victoria en las segundas elecciones generales, celebradas en noviembre de 1933, pasando a ser el partido con mayor representación parlamentaria. Su negativa inicial a declararse abiertamente republicana y su política antiizquierdista la hicieron muy sospechosa a ojos de la anterior coalición gobernante. Con su apoyo en las Cortes, un gobierno de centro bajó los salarios e hizo caso omiso, o deshizo, las reformas llevadas a término durante los primeros dos años de la república.

El partido socialista emprendió un marcado viraje hacia la izquierda. La creciente militancia obrera —1933 fue el año en que la depresión alcanzó su mayor dureza en España— y la desilusión causada por su experiencia en el poder se hallaban entre las causas del viraje a escala nacional. A nivel internacional, la suerte que poco antes había corrido su partido hermano de Austria, en manos de un régimen corporativo católico que se parecía sospechosamente a la CEDA, fue un factor importante entre los que llevaron a los socialistas a organizar un

levantamiento sin contar con la preparación adecuada. La elección del momento fue motivada por el deseo de impedir que la CEDA entrase en el gobierno. El levantamiento arraigó solamente en Asturias, donde, durante una quincena, la clase obrera ocupó el poder en las cuencas mineras. El mes de octubre de 1934 marcó una línea divisoria. Se rompió el inestable equilibrio social que había sido la razón fundamental de la crisis de la monarquía y al que la república había dado expresión política. La derecha obtuvo una victoria temporal sobre la izquierda, pero la desaprovechó al mostrarse incapaz de aportar soluciones coherentes para los problemas del país. La izquierda sufrió un revés temporal, aunque sangriento, que muy pronto pudo aprovechar. La crisis no se había resuelto, sino que tan sólo se había anunciado.

Después de octubre, la cruel represión que se desencadenó, especialmente en Asturias, radicalizó a la clase obrera y a la pequeña burguesía liberal. Siguiendo el reciente ejemplo francés (y el cambio de postura del Comintern), llevó a la formación del Frente Popular, alianza entre los partidos políticos con base en la clase obrera y los republicanos de izquierdas[13], y a su victoria en las elecciones. (Bajo la ley electoral existente a la sazón, únicamente las alianzas tenían probabilidades de ganar las elecciones.)

El pacto del Frente Popular fue un programa mínimo de orientación republicana destinado a continuar las reformas emprendidas cinco años antes, al nacer la república. En él se hacía mención de los socialistas, y los republicanos de izquierda rechazaron explícitamente las llamadas de los socialistas para que se nacionalizasen la tierra y los bancos, se instaurase el subsidio de paro y el control de la industria por parte de los obreros. En vez de ello, contrapusieron una república dirigida no por «motivos de clase sociales o económicos, sino más bien un régimen de libertad democrática impulsado por motivos de progreso público y social». La victoria electoral del Frente Popular en febrero de 1936 ante la coalición antirrevolucionaria derechista encabezada por la CEDA fue mínima en términos de votos populares[14]; cinco años de régimen republicano habían polarizado al país. El temor y la angustia cundieron en la derecha después de su derrota. Ante ella aparecía el espectro de la revolución.

«Todavía me acuerdo, aunque sólo tenía seis años. Mi madre obligó a mi padre a que fuese a votar. Él era director de una compañía de productos lácteos de Madrid y no estaba de acuerdo ni con la derecha ni con la izquierda. Pero ella dijo que todo el mundo debía votar, así que él votó por la derecha —recordaba Jesús de Polanco—. Al perder, fue como si el mundo se nos hubiera caído encima…»

Para la otra mitad del electorado, la que apoyó al Frente Popular, la victoria significaba la esperanza de que por fin se abordasen seriamente los problemas que

se le planteaban a la república desde su nacimiento.

Si bien ninguna de las organizaciones de izquierda planeaba una revolución, hacia ésta se encaminaban las masas, a juicio de Luis Portela, otro de los miembros fundadores del partido comunista español que había ingresado en el POUM de Madrid.

«Querían ir hacia delante, no se daban por satisfechos simplemente con que se pusiera en libertad a los presos políticos y se readmitiera a todos los que habían sido despedidos a resultas de la insurrección revolucionaria de octubre de 1934. Avanzaban instintivamente, no necesariamente para conquistar el poder o para crear soviets, sino para que prosiguiera la revolución que había empezado al proclamarse la república…»

Y en verdad que así parecía. Se produjeron huelgas en casi todas las industrias y comercios. En el campo, la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra (FNTT) organizó la apropiación por parte de las masas de grandes extensiones de terreno, con el fin de instalar en ellas a decenas de millares de trabajadores agrícolas. En los dos meses y medio que precedieron al estallido de la guerra civil el 17-18 de julio, las huelgas en el campo alcanzaron casi la mitad de las habidas en 1933, uno de los peores años en este sentido[15]. En Madrid y en el sur la violencia callejera y el asesinato político se convirtieron en algo corriente. En estos hechos jugó un papel destacado la Falange, variante española del fascismo, fundada en 1933. Las Juventudes Socialistas (JS) y las Juventudes Comunistas (JC), que se hallaban en proceso de fusión en las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU), eran los principales antagonistas de la Falange en la calle. Bajo la presión de su ala izquierda, encabezada por Largo Caballero, el partido socialista se negó a renovar su experiencia de participación en el gobierno. Ello dejó al gobierno en manos de Izquierda Republicana. Azaña pasó a ocupar el puesto de presidente de la república. «Parecía como si su presidencia ofreciera una garantía doble: contra la reacción y contra la revolución»[16].

Con la excepción del reducido espectro que formaban las clases medias urbanas y nacionalistas, la burguesía no tenía fe en ninguna garantía y dudaba de la capacidad del gobierno para contener la avalancha de la clase obrera. Tenía puesta su confianza en el ejército, su constante defensor durante los pasados setenta y cinco años, y en el «ejército de reserva» que formaban los falangistas, carlistas y monárquicos. Gran número de los militantes del movimiento juvenil de la CEDA —Juventudes de Acción Popular (JAP)— se pasaron a la Falange.

En el otro campo, amplios sectores del proletariado rechazaban los límites estrictos impuestos por el pacto del Frente Popular y ejercían presión con el fin de

lograr lo que les habían negado cinco años de régimen republicano. El gobierno de Izquierda Republicana no fue capaz de satisfacer los intereses de ninguno de los dos campos, a los que en vano trató de contener.

Al producirse la victoria electoral del Frente Popular, el general Franco, jefe del estado mayor, había tratado, sin éxito, de hacer que el gobierno declarase el estado de excepción. El nuevo régimen lo relevó de su puesto, al mismo tiempo que relevaba del suyo a otra amenaza en potencia: el general Mola, que ostentaba el mando en Marruecos. Franco fue destinado a las islas Canarias, donde estaba más cerca del ejército de África, en cuyas filas había ganado su fama. Mola, a cuyas manos varios generales confiaron los planes para un levantamiento militar, fue enviado a Pamplona, capital de la carlista Navarra y centro de ferviente oposición al régimen. El desacierto de estas disposiciones se vio agravado al negarse el gobierno, en los meses siguientes, a tomar medidas concretas contra el alzamiento militar, de cuya inminencia era alertado constantemente.

Ningún pronunciamiento del siglo XIX había dado por resultado una guerra civil (como tampoco la había producido el del general Primo de Rivera en el siglo XX). Otras habían sido las causas de las guerras civiles. Pero ahora la situación había cambiado radicalmente. En poco más de un año, desde el desorganizado y desorientado intento de conquistar el poder en octubre de 1934, la clase obrera había pasado a una actitud defensiva en espera del estallido de una contrarrevolución que la victoria del Frente Popular había hecho absolutamente cierta. Se hallaba en grave desventaja, pero las cosas habían ido demasiado lejos para esperar de ella que aceptase pasivamente un golpe militar. Si una crisis sociopolítica no podía resolverse *políticamente*, habría que resolverla por otros medios, del mismo modo que la lucha de clases debería resolverla una guerra civil[17].

JULIO DE 1936.

La calle es la que manda. Ahora sí que puede decirse que España se ha echado a la calle… Todos los días una manifestación. Y a gritar todos los gritos que se quieran… ¡Viva esto! ¡Viva lo otro! Pero ¿qué significan esos vivas? Todo el que tiene el oído del alma bien despierto comprende que, al gritar ¡viva!, la multitud quiere decir ¡muera! Muerte para el adversario, ultraje y persecución para el contrincante.

Editorial de *ABC*, monárquico

(Sevilla, 4 de marzo de 1936).

La CNT, siguiendo las orientaciones de la Primera Internacional, dice hoy nuevamente a las masas insurrectas: «No confiéis en la acción de nadie; los caudillos, en las horas supremas de la historia, aconsejaron siempre templanza y disciplina»… Al fascismo, que es el crimen de las castas poderosas elevado a sistema, sólo podréis abatirlo destruyendo en sus fundamentos la sociedad capitalista…

Solidaridad Obrera, CNT

(Barcelona, 2 de junio de 1936).

El gobernador civil dijo a los periodistas que no tenía noticias de interés que comunicar.

Respecto a la publicación de noticias sobre movimientos militares, no se autorizan ningunas.

Tan sólo se pueden publicar las notas que el ministro dé por radio.

Defensor de Córdoba, católico

(Córdoba, 17 de julio de 1936).

Viernes, 17 de julio

MADRID

El telegrama, conteniendo palabras banales felicitando el santo, acababa de llegar de Tetuán, Marruecos español, e iba firmado por Fernando Gutiérrez.

Contó las palabras —diecisiete— y se apresuró a transmitir el mensaje al general Mola, que se hallaba en Pamplona: el ejército de África se sublevaría a las 17.00 horas.

MELILLA (Marruecos español).

El teniente Julio de la Torre, de la Legión, miró a sus compañeros de armas y observó que también ellos habían visto a los policías armados que estaban fuera. El teniente coronel Seguí, jefe de los conspiradores en Marruecos, estaba dando las últimas órdenes, pero se interrumpió a media frase. Se produjo un breve silencio durante el cual los conspiradores se dieron cuenta de que los habían traicionado.

Los oficiales cargaron las pistolas y prepararon las granadas de mano. Mientras el coronel Gazapo hablaba con el teniente de la policía en la puerta de la sala de mapas, el teniente De la Torre se abalanzó hacia el teléfono.

«"Preséntese inmediatamente con algunos legionarios en la Comisión de Límites", le dije a un sargento, que se encontraba en el puesto cercano. "Estamos en peligro"…»

El temor a la traición ya les había empujado a adelantar la hora del alzamiento, fijándola para aquella noche. Pero ¿ahora?

En unos pocos minutos el sargento y unos ocho legionarios irrumpieron en el patio, donde sólo vieron a los policías armados. Durante unos momentos se quedaron indecisos.

«Salí corriendo y de un empujón aparté a los que estaban en la puerta. El

corazón me latía con violencia y noté que me temblaba todo el cuerpo. "¡Tened fe en mí! ¡Carguen! ¡Apunten!", grité, mirando a mis hombres. En momentos así las órdenes se dan más con los ojos que con la voz. Los legionarios apuntaron a los policías; mi pistola encañonaba directamente el corazón del teniente de la policía. Los agentes vieron la determinación reflejada en nuestros ojos. Cuando me disponía a dar la orden de hacer fuego, uno de los policías, con el terror pintado en el rostro, dejó caer su fusil. "¡No disparen, teniente! ¡Que tenemos familia!" "¡Rendíos! ¡Tirad las armas!" Las tiraron. Ni nosotros ni ellos podíamos imaginarnos todas las consecuencias de nuestra primera victoria. Después de aquello, no tardamos mucho en capturar la ciudad. Hubo cierta resistencia, pero la gente huyó cuando trajimos más tropas…»

MADRID

En pleno calor de media tarde, un calor tan opresivo como la situación política durante la semana anterior, los informadores fueron a buscar noticias a las Cortes, que a la sazón estaban de vacaciones. De pronto, mientras los periodistas conversaban, apareció la figura de Indalecio Prieto, el líder socialista. «Se ha sublevado la guarnición de Melilla», dijo escuetamente. «Están haciendo una matanza de obreros…» Los periodistas echaron a correr hacia las cabinas telefónicas. Algunos trataron de poner conferencia con Melilla. «La línea no funciona», les contestaron.

Alfredo Luna, director de un periódico republicano moderado, escuchó con sorpresa las palabras de uno de sus periodistas, que acababa de llamarle a su despacho. La gravedad de la situación se le había escapado. «¡Qué error! ¡Peor aún! ¡Qué metedura de pata del gobierno! ¡Mira que no haberse dado cuenta y no haber tomado las medidas oportunas!»

A medida que los lugares de trabajo iban cerrando, grupos de jóvenes comunistas y socialistas, unidos ahora en las JSU, se presentaban en sus secciones locales. Pedro Suárez, oficinista de 25 años, llevaba muchas semanas sin dormir en su casa. Él y los demás miembros de las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas (MAOC) fueron movilizados. «Todo el mundo sabía que iba a producirse el levantamiento». Tenían unas cuantas pistolas, pero nada más. Sin embargo, aunque estuviesen desarmados, debían permanecer alerta, noche tras noche, durmiendo sobre los bancos de sus secciones locales.

En la casa del pueblo, Tomás Mora, miembro del comité nacional de la UGT, dio la noticia a los otros líderes sindicales y del partido socialista. Pero decidieron

no comunicarla a los asistentes al acto cultural que Mora se disponía a iniciar. No querían alarmar a la gente.

Tampoco apareció la noticia en los periódicos del día siguiente. El gobierno republicano impuso una censura absoluta. «Los lectores creerán que vivimos en el mejor de los mundos posibles», gruñó un periodista. «Eso no se lo va a creer nadie. Y ya se sabe, a falta de noticias oficiales, la gente da crédito a cualquier rumor», replicó otro.

Sábado, 18 de julio

SEVILLA

Al amanecer el calor cedió un poco. Del este soplaba una brisa que refrescaba las calles mientras Rafael Medina se encaminaba hacia el café Sport de la calle de Tetuán. Su cuñado, capitán de aviación, había sido enviado a casa bajo arresto domiciliario unas horas antes por haber hecho fuego contra un avión enviado desde Madrid para bombardear a los militares insurgentes de Marruecos; él y el capitán Vara del Rey lo habían inutilizado a golpes en tierra. Dispuesto a morir por sus ideales, su cuñado acababa de escaparse para volver al campo de aviación de Tablada.

Las calles estaban casi desiertas. «La calma de antes de la tormenta que inevitablemente estallará», pensó. Las cosas no podían seguir así. El asesinato de Calvo Sotelo al comenzar la semana, «en el que el gobierno del Frente Popular había tenido que ver», había sido la gota que desborda el vaso[1]. El ejército no esperaría más.

Al doblar la esquina, recordó lo que su padre le había dicho poco tiempo antes, al pasar junto a un grupo de jornaleros en el campo. Al ver las miradas de rencor y desprecio que lanzaban hacia el coche, su padre comentó: «Por desgracia, Rafael, esto no hay quien lo remedie».

Y así era. Los de arriba, los terratenientes, no habían sabido entenderlo y se negaban a seguir el ejemplo que diera su padre al montar industrias en el pueblo y repartir tierras entre los jornaleros del lugar. Los de abajo estaban llenos de

envidia. Era comprensible.

Y el resultado de todo ello era el mayor odio de clases que cupiera imaginar, una ruptura total entre aquellos que se autocalificaban de derechas y los que se decían de izquierdas. En ninguna parte las diferencias sociales eran tan grandes como aquí, en Andalucía. La izquierda estaba preparando una revolución y, según tenía entendido, entraban en el país líderes comunistas extranjeros. En el otro bando, los que podían se marchaban del país. Estaban al borde de la guerra de clases.

Entró en el café. Su amigo Pepe «El Algabeño», el rejoneador, le estaba esperando. El alzamiento en Sevilla tenía que empezar aquella noche o al día siguiente, por la mañana. El general Queipo de Llano se pondría a la cabeza del mismo.

«¡Queipo! Un republicano, un hombre que había conspirado contra el rey, que había luchado contra José Antonio Primo de Rivera, el fundador de la Falange, a la que yo pertenecía desde la victoria del Frente Popular en las recientes elecciones. ¿Qué cariz tomaría el golpe si él era su jefe? No me gustaba la idea, y a Pepe tampoco…»

SAN SEBASTIÁN

El gobernador civil alzó los ojos al entrar él en el despacho. «¡Cómo! ¿Otra vez por aquí?» «Pues claro», replicó el funcionario de la CNT. «Se supone que es usted el mediador en la huelga de los pescadores, así que he venido a ver qué hacía al respecto».

Miguel González Inestal, uno de los pocos funcionarios a sueldo y plena dedicación que tenía el sindicato anarcosindicalista, era secretario de la federación regional del norte de sindicatos de pescadores de la CNT. Sus afiliados de Pasajes, el gran puerto pesquero próximo a San Sebastián, estaban en huelga desde mayo para conseguir jornales más altos y mejores condiciones de trabajo. Él y el gobernador Artola, republicano de izquierdas, hablaron de la huelga durante un rato. Al ver la expresión del gobernador, González empezó a comprender que todavía no lo *sabía*…

«"Me parece que no está usted al tanto de lo que acaba de pasar". "¿Cómo? ¿Qué ha pasado?" "Los militares de Marruecos se han sublevado y se ha declarado el estado de excepción". "¡No lo creo!", exclamó el gobernador. "¿Por qué no llama

por teléfono y lo comprueba?"…»

El gobernador alargó la mano para coger el aparato. En aquel instante anunciaron la llegada del comandante militar de San Sebastián; los dos conferenciaron. Se presentó un comandante de estado mayor, que estaba pasando las vacaciones en San Sebastián, e instó al gobernador a que inmediatamente tomase medidas para impedir que se sublevasen los militares del cercano cuartel de Loyola. «Yo soy de derechas, pero he jurado lealtad a la república…»

«Luego ese oficial, el comandante Garmendia, se volvió hacia mí. "¿De qué lado está la CNT?" "De quienquiera que se oponga al levantamiento", repliqué. "¿Y la huelga de los pescadores?…" "Se desconvocará inmediatamente. Señor gobernador civil", dije, volviéndome hacia Artola, "lo primero que debería hacer es retener al comandante militar aquí en calidad de rehén". Vi que la idea no le hacía gracia; era un hombre débil. Le volví la espalda. Su esposa se me acercó. "Debe usted animarlo para que resista. Haga todo lo que pueda, que mi marido es muy pasivo y no se da cuenta de la gravedad de la situación". Hizo una pausa. "Usted es hombre decidido. Se le nota. Coja el teléfono y llame desde aquí, haga todo lo que sea necesario". Cogí el aparato y llamé a la central de mi sindicato. Les dije a los compañeros que se preparasen para lo que se nos venía encima. Las voces del otro extremo del hilo parecían complacidas…»

SEVILLA

La noticia se extendió por la ciudad como un reguero de pólvora. León Martín, mecánico y afiliado a la CNT, la oyó en el garaje mientras trabajaba. El clima era tenso desde hacía semanas y todo el mundo sabía que iba a ocurrir algo. «Pero cuando ocurrió, fue tan aprisa que nos pilló a todos por sorpresa». Intentó reunir a los noventa hombres que formaban la sección de la CNT a la que él pertenecía y de la que era secretario. Sólo se presentó una docena más o menos. Todos juntos, con el propósito de asaltarlo, se encaminaron hacia el cuartel que los guardias de asalto tenían en la Alameda[2].

«"¡Armas! ¡Armas!", gritaba la gente. Éramos varios centenares los congregados delante del cuartel, pero no conseguimos las armas. En las calles había algunas patrullas de guardias de asalto, acompañados por unos cuantos civiles armados con pistolas. Pero ¿qué podían hacer?…»

Después de almorzar en un hotel del centro, el general Queipo de Llano se puso el uniforme y se dirigió en automóvil al cuartel general de su división. Sin

más oposición que la verbal, arrestó al general Villa-Abrille y asumió el mando. Luego hizo lo mismo en el cuartel de infantería que había al lado. Ordenó que formase el regimiento y vio que tenía bajo su mando a 130 hombres. Al igual que en todas partes, los cuarteles sevillanos estaban semivacíos a causa de los permisos de verano. El general dio orden a un capitán para que se trasladase al centro de la ciudad, a la cabeza de sus hombres, y proclamase el estado de guerra.

En el barrio de la Ciudad Jardín, el ebanista Juan Campos oyó tiros. No estaba seguro de quién era el que disparaba ni de por qué lo hacía. Se encaminó hacia el centro. Tenía tiempo de sobra, ya que la fábrica de muebles donde estaba empleado trabajaba solamente tres días a la semana. «Mis patronos, al igual que tantos otros, le estaban haciendo el boicot a la república. Daban trabajo sólo cuando querían». Ante el edificio del gobierno civil se encontró con una multitud que clamaba pidiendo armas. Pero nadie se las suministraba. Alguien empezó a gritar diciendo a la gente que fuesen al parque de artillería, que estaba en el paseo de Colón, a la orilla del río.

«Nos pusimos en marcha. Por lo menos éramos 2000. Ya no contaban las antiguas divisiones entre las organizaciones obreras de Sevilla —relataba Francisco Cabrera, hijo de un aparcero y afiliado a la juventud comunista—. Si no nos daban armas era porque las autoridades republicanas tenían más miedo a la clase obrera que a los militares. Nosotros, los comunistas, no compartíamos la confianza del gobierno en el sentido de que el levantamiento sería sofocado en veinticuatro horas. El partido había ordenado que todos los militantes fuéramos a Sevilla…»

Queipo había actuado con rapidez: un capitán de ingenieros al frente de 60 hombres se había apoderado del parque de artillería, donde se guardaban 25 000 fusiles. Los obreros fueron recibidos a tiros. Varios hombres cayeron al suelo, heridos o muertos. Los demás se dispersaron.

El ebanista, que era del partido socialista, emprendió la retirada hacia la casa del pueblo, sede central de su partido. La encontró desierta. Llegó un capitán de guardias de asalto en busca de los dos diputados socialistas. Dijo que se había convocado una huelga general y que los necesitaban. Pero no aparecieron.

«Se quedaron en sus casas y allí los encontraron los militares. Cuando llegó el momento de la verdad, no hubo ningún líder político o sindical que diera muestras de poseer dotes de mando…»

Regresó a la Plaza Nueva, en el centro de la ciudad, y se cruzó con grupos que gritaban: «¡Que todos los obreros vuelvan a sus barrios!». «Qué equivocación —reflexionó—. La gente debería quedarse en el centro de la ciudad, para

defenderlo». Pero la gente, obedeciendo la orden, empezaba a regresar a los barrios obreros del oeste y del sur, al otro lado del río.

«La clase obrera sevillana no era el proletariado organizado de Barcelona —se lamentaba León Martín—. Le faltaba cohesión, le faltaba conciencia. Sevilla era una ciudad subdesarrollada y su clase obrera incluía un número enorme de subproletarios. De haber tenido la piel de otro color, nosotros habríamos sido los negros…»

La escasez de soldados la suplió Queipo de Llano a base de cañones. Sin ninguna dificultad instaló una pieza de campaña en el centro. Bastaron unos cuantos cañonazos para que se rindiesen los guardias de asalto que ocupaban la Telefónica, en la Plaza Mayor. Luego volvieron el cañón hacia el hotel Inglaterra, detrás del cual se alzaba el edificio del gobierno civil.

El abogado falangista Ignacio Cañal cruzó la plaza en dirección al hotel. Observó que muy pocos civiles se habían unido al levantamiento, a lo sumo 25 o 30 en las primeras seis horas. Claro que la mayoría de sus camaradas falangistas seguían en la cárcel, pero había pensado que tendrían más voluntarios… Un obús pasó silbando por encima de su cabeza, rasgó la pantalla del cine al aire libre instalado en la plaza, entró por una ventana del hotel y estalló en el gobierno civil…

«Mandados por un comandante de artillería, penetramos corriendo en el edificio. El gobernador y otras autoridades bajaron con las manos en alto. Resultaba extraordinario lo normal que parecía todo aquello que estaba sucediendo, lo provinciano que parecía…»

«De vez en cuando tenía que frotarme los ojos para convencerme de que no estaba soñando», diría más adelante Queipo. En unas pocas horas se había apoderado del centro de la ciudad que, por su importancia, era la cuarta de España, la «roja» Sevilla, mediante un golpe dado sin más apoyo previo que el de dos comandantes y un puñado de capitanes, con quienes ni siquiera había hablado. A la media hora de tomarse la emisora de radio, Queipo daba su primera charla radiofónica:

«Sevillanos: ¡A las armas! La patria está en peligro y, para salvarla, unos hombres de corazón, unos cuantos generales, hemos asumido la responsabilidad de ponernos al frente de un movimiento salvador que triunfa por todas partes. El ejército de África se apresta a trasladarse a España para tomar parte en la tarea de aplastar a ese gobierno indigno que se había propuesto destruir a España para convertirla en una colonia de Moscú… ¡Sevillanos!, la suerte está echada y

decidida por nosotros, y es inútil que la canalla resista y produzca esa algarabía de gritos y tiros que oís por todas partes. Tropas del Tercio y Regulares se encuentran ya camino de Sevilla, y en cuanto lleguen, esos alborotadores serán cazados como alimañas. ¡Viva España! ¡Viva la República!».

MADRID

Durante el día el gobierno hizo públicos dos comunicados llamando a la calma y asegurando a la nación que «nadie, absolutamente nadie», se había unido al alzamiento en la península. Corrían rumores de que el gobierno estaba a punto de dimitir. Los partidos socialista y comunista hicieron una declaración conjunta en apoyo del gobierno liberal de la república, pero instando a la clase obrera a que se dispusiera para luchar en las calles. ¿Con qué? El gobierno se negaba a armar al pueblo.

Urbano Orad de la Torre, capitán de artillería retirado, bajó al parque de artillería. Pensó que no valía la pena quedarse en el Ministerio de la Guerra, donde reinaba el caos. Casares Quiroga, presidente del gobierno y a la vez ministro de la Guerra, estaba anonadado y era incapaz de tomar decisiones… Ya en el parque de artillería, estaba hablando con el teniente coronel Rodrigo Gil, socialista como él, cuando llegó la noticia de que los obreros se estaban preparando para tomar el parque por la fuerza y apoderarse de las armas.

«"¿Qué voy a hacer?", preguntó Rodrigo Gil. "Sólo nos quedan 500 fusiles y nada de munición". "Entregarles los fusiles que le queden y decirles que esperen hasta que lleguen las municiones". En un camión fui a decirles a los obreros que tuvieran paciencia, que las armas estaban al llegar. Luego cogí los fusiles y, en una esquina de la calle Atocha, me puse a repartirlos entre quienes me enseñasen un carnet de izquierdas. No sabía a quién los entregaba (podía tratarse de bandidos y asesinos), pero en aquel momento había que armar al pueblo…»

Horas antes ya se habían entregado más armas, unos 4500 fusiles, principalmente a los miembros de las MAOC, encabezadas por los comunistas. En el parque se guardaban fusiles en número diez veces superior a los ya entregados, pero a todos ellos les faltaba el cerrojo. Debido al temor de que el pueblo asaltase los arsenales militares, los fusiles y los cerrojos se guardaban por separado desde hacía dos años. En aquellos momentos, en el cuartel de la Montaña, cerca del que fuera Palacio Real, se guardaban unos 45 000 cerrojos. Hacía apenas unas horas que el oficial al mando del regimiento de infantería destinado en el cuartel se había negado a obedecer una orden, firmada por el presidente del gobierno, para que

entregase los cerrojos. Por consiguiente, se consideraba que el cuartel de la Montaña, en el corazón de Madrid, se había unido al levantamiento; en él estaba la llave que permitiría armar al pueblo.

NAVARRA

Al ponerse el sol, cuatro muchachos en mangas de camisa, campesinos carlistas[3] todos ellos, se encontraban apostados en la cuneta vigilando la carretera de Pamplona. Hacía calor. Tres de ellos llevaban pistola y el otro una escopeta de caza. Su jefe, Antonio Izu, se había pasado la mañana segando trigo en los campos de la familia y no había oído la noticia del levantamiento hasta regresar a casa. Al poner la radio, se había enterado de que la revuelta militar de Marruecos estaba aplastada. A pesar de ello, Esteban Ezcurra, terrateniente local y comandante requeté del valle de Echauri, había ordenado a Izu y a los demás que permanecieran vigilantes y detuviesen a los coches que pasaran.

Mario Ozcoidi, capitán de requetés, esperaba en el círculo tradicionalista de Pamplona. Aquella mañana, al recibirse un mensaje del cuartel general de Mola, él, que era el único oficial requeté disponible, se había presentado rápidamente en capitanía general. Mola, principal organizador del alzamiento, se hallaba reunido con el recién nombrado jefe de la guardia civil, conocido por su lealtad hacia la república. Mientras Ozcoidi esperaba el final de la entrevista, el mismo Mola salió de su despacho y dijo: «Tenemos que liquidar a ese hijo de puta». Ozcoidi había regresado corriendo al círculo para disponer la detención, o la muerte, del oficial de la guardia civil que se disponía a bajar con sus hombres hasta Tafalla, a orillas del Ebro, para preparar la resistencia contra el alzamiento que sabía era inminente.

«De pronto oí disparos en el cuartel de la guardia civil. No sabíamos qué había pasado. Pero la noticia no tardó en extenderse rápidamente: los guardias habían abatido a tiros a su jefe cuando éste trataba de hacerlos salir del cuartel…»

Ningún coche había llegado por la carretera en toda la tarde. Antes de terminar su guardia, Izu informó a su comandante. Ezcurra le dijo que tuviera a sus hombres preparados a primera hora de la mañana y se dirigieran a Pamplona en el autobús local.

«"Ya estamos en guerra", me dijo. "Ah, eso es bueno", repliqué. Y me marché a casa la mar de contento. Aquella noche no pegué ojo pensando en la que íbamos a armar…»

MADRID

Al caer la noche, el gobierno dimitió y se formó otro nuevo bajo la jefatura de Martínez Barrio, líder de Unión Republicana, que de los partidos que formaban el Frente Popular era el que se hallaba más a la derecha. El presidente de la república, Manuel Azaña, deseaba la formación de un gobierno nacional, que incluyera de los comunistas a los republicanos de derechas, con el fin de aplastar la rebelión militar. Presionados por Largo Caballero, líder del ala izquierda del partido, los socialistas se negaron a formar parte de dicho gobierno y en su lugar exigían que se armase al pueblo. El gobierno que quedó formado a última hora de la tarde se componía exclusivamente de republicanos que, en general, se hallaban más a la derecha que los miembros del gabinete que acababa de dimitir.

La Puerta del Sol estaba llena de gente, que no había dejado de afluir allí desde primeras horas de la tarde. La multitud gritaba pidiendo armas. De repente, un sastre comunista que se llamaba Julián Vázquez vio que una figura aparecía en el balcón del Ministerio de la Gobernación. Se hizo el silencio y todo el mundo quedó esperando. El del balcón empezó a leer la lista del nuevo gabinete. Mientras leía comenzó a surgir un clamor entre la multitud hasta que un grito pasó de boca en boca.

«"¡Traición! ¡Traición!" El ambiente era explosivo. Si en aquel momento nos hubieran dado armas, habríamos sido capaces de conquistar el mundo…»

A Régulo Martínez, maestro de escuela y republicano de izquierda, le pareció que el nuevo gobierno constituía una medida prudente. Los militares se estaban sublevando al grito de «muera el comunismo». Pues aquí tenían una prueba de que no existía tal amenaza. Pero la gente recibió mal la noticia.

«Incluso miembros de mi propio partido, que era el de Azaña, comenzaron a romper sus carnets. Las masas querían venganza, revolución. Olvidándose de toda cautela, comenzaron a actuar con valor y resolución…»

VALLADOLID

El levantamiento tenía el éxito asegurado en esta ciudad, corazón del catolicismo castellano, cuna de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS) fascistas, escenario de su unificación con la Falange Española dos años antes

solamente. Pero ¿serían los falangistas los primeros y desdichados mártires? Encerrados en celdas que parecían los corrales donde encierran a los toros antes de echarlos al ruedo, los gritos de «fascistas, asesinos» llegaban a oídos de los falangistas desde el otro lado de los muros de la prisión. ¿Irrumpiría la turba en el recinto?

Tomás Bulnes, abogado y compañero de Onésimo Redondo, cofundador de las JONS, había conseguido persuadir a uno de los guardianes para que no cerrase con llave la puerta de la celda. Pero la precaución resultó innecesaria. A los guardianes de la prisión empezó a alegrárseles la cara; uno de ellos dijo a los falangistas que las tropas del regimiento de caballería Farnesio y los guardias de asalto estaban tomando posiciones en las calles. «Entonces supimos que los militares se habían sublevado».

Antes del amanecer, un grupo de jóvenes falangistas, armados por los militares, ponían en libertad a sus correligionarios. «¿De qué sirve que os marchéis?», preguntó el alcaide a Alberto Pastor, agricultor falangista que había sido encarcelado tras una escena violenta en su pueblo natal. «Mañana volveréis a estar aquí de todos modos».

«Pero no me quedé para seguir escuchándole. Por fin había llegado el momento que estábamos esperando…»

Domingo, 19 de julio

BURGOS

La noticia del éxito obtenido en Valladolid no la conocían los requetés que se habían pasado toda la noche esperando en su cuartel general. Bajo los retratos tradicionales de los reyes carlistas, ante la mirada de un octogenario veterano de la última guerra carlista, los requetés estaban rezando el rosario cuando llegó un muchacho de 15 años llamado José María Codón. Debajo del impermeable se notaba el bulto de las armas que acababa de desenterrar de la panadería de su padre. Empaquetadas y engrasadas cuidadosamente, las armas habían permanecido escondidas bajo los mismos pies de los trabajadores socialistas de la panadería. El veterano carlista pronunció una arenga: «Hijos míos, estáis a punto

de salir, como yo y otros doscientos burgaleses salimos en 1872, para la Cartuja y la guerra en el norte…».

Pero ¿iban realmente a salir? La noche iba pasando sin que llegasen noticias. ¿Sería otra falsa alarma como la de mayo? El día antes, sin ir más lejos, el gobierno había arrestado al general González de Lara y otros oficiales que debían encabezar la sublevación en Burgos… De pronto en el silencio de la noche resonaron gritos de «Aña».

«"Aña…" "¿Qué están gritando? ¿Será ¡Viva Azaña!, o ¡Viva España!?" No esperamos a averiguarlo, sino que salimos corriendo a la calle. A lo lejos oímos las trompetas del destacamento militar que había salido a proclamar el estado de guerra. Desplegamos la bandera roja y gualda de España que tanto habíamos anhelado ver ondear de nuevo durante los años de la república. ¡Qué error cometió la república al cambiar la bandera! La hermana de uno de mis compañeros se postró de rodillas ante la bandera, rasgándose las medias para poder besarla…»

Enarbolando la enseña, se dirigieron hacia la catedral, cuyas campanas doblaban ya llamando a la gente a un servicio de acción de gracias. Mujeres con mantilla y escapulario sobre el pecho, hombres luciendo la camisa azul de la Falange, oficiales del ejército, requetés tocados con sus boinas rojas, todos acudían a la catedral para cantar una «salve».

«Había centenares de personas allí. Sin embargo, me sorprendió que las masas no se uniesen a nosotros inmediatamente. Estábamos en una ciudad que siempre había elegido diputados monárquicos, carlistas y agrarios durante la república. Y era aquél un momento en que, de haber tenido que luchar, el apoyo de la gente o la falta del mismo habrían resultado absolutamente decisivos…»[4]

Pero dicho apoyo resultó innecesario y Burgos fue conquistada casi sin disparar un tiro. La clase obrera de la ciudad, cuyo número era reducido, no se hallaba organizada ni preparada y los guardias de asalto se pusieron en seguida al lado de los militares, quienes, al mando de un general de brigada retirado que se llamaba Dávila, dominaron la situación. El general Batet, jefe de la 6.ª división, fue arrestado. Hacía solamente dos días que el general Mola, principal organizador de la sublevación en Pamplona, le había dado su palabra de que no se sublevaría. También fueron detenidos el jefe de la guardia civil y el gobernador civil.

BILBAO

Se habían pasado toda la noche pegados a los aparatos de radio instalados en la redacción del periódico del partido. Horas antes Juan Ajuriaguerra, un joven ingeniero de la fábrica Babcock and Wilcox y presidente del Partido Nacionalista Vasco (PNV) en Vizcaya, había regresado de una reunión del ejecutivo del partido en San Sebastián. En ella no se había tomado ninguna decisión, ya que había pocas noticias concretas que lo permitieran. Lo único que sabían era que el ejército se había sublevado en Marruecos.

«En las últimas elecciones habíamos luchado solos, sin unirnos a ningún bloque de derechas o de izquierdas. La derecha nos había atacado violentamente y la izquierda no parecía tener ninguna prisa por presentar nuestro estatuto de autonomía ante las Cortes. Estábamos completamente solos…»

Había regresado a Bilbao en coche. El PNV era el más importante en las dos provincias vascas del norte. Todavía no se había producido ningún levantamiento militar en el País Vasco, aunque en Álava —al igual que en Navarra— el que se produjese era cuestión de horas solamente. Algunos nacionalistas vascos estaban dispuestos a abogar por la neutralidad en el conflicto que se avecinaba. Otros, al igual que Manuel Irujo y José María Lasarte, los dos diputados que habían hecho una declaración de lealtad a la república, eran partidarios de apoyar al gobierno legal.

Por las calles de Bilbao patrullaban socialistas, comunistas, anarcosindicalistas y republicanos de izquierdas. Gran número de mineros llegaban a la ciudad. Nadie sabía a ciencia cierta qué haría el regimiento de infantería del cuartel de Garellano.

Ricardo Valgañón, comunista y obrero en una fundición, sabía que mientras él montaba guardia los partidos del Frente Popular se hallaban reunidos en el edificio del gobierno civil. Entre ellos no estaba el PNV. «No contábamos con ellos para nada. Para serle franco, ni siquiera pensábamos en ellos…»

En la redacción del periódico, Ajuriaguerra siguió escuchando la radio llanta el último momento.

«Tenía la esperanza de escuchar alguna noticia que nos ahorrase el tener que tomar una decisión: que uno u otro bando ya hubiese ganado la partida. A medida que avanzaba la noche, algo iba quedando bien claro: el alzamiento militar lo había organizado la oligarquía derechista cuyo eslogan era la unidad, una agresiva unidad española apuntada hacia nosotros. La derecha se oponía ferozmente a cualquier estatuto de autonomía para el País Vasco. Por otro lado, el gobierno legal nos lo había prometido y sabíamos que acabaríamos consiguiéndolo. A las seis de

la mañana, tras una noche en blanco, lomamos una decisión unánime. Promulgamos una declaración dando nuestro apoyo al gobierno republicano. Tomamos esa decisión sin mucho entusiasmo, pero convencidos de haber elegido el bando más favorable para los intereses del pueblo vasco; convencidos también de que, de habernos decidido por el otro bando, nuestra base se nos habría opuesto…»[5]

MADRID

Al amanecer, Fulgencio Diez Pastor, diputado parlamentario y secretario de Unión Republicana, se dirigió en coche al domicilio del jefe de su partido. Por el camino tuvo que esquivar una impresionante manifestación socialista que bajaba por la calle de Fuencarral protestando contra el nuevo gobierno que Martínez Barrio, su jefe, acababa de formar. Se hacía cargo de lo que sentían las masas. Un gobierno semejante habría sido posible cuatro meses antes, cuando todavía hubiera podido evitar todo aquello, pero ahora significaba solamente la rendición. El día antes había asistido a una reunión urgente del comité del Frente Popular, en la que unánimemente se había pedido que se armase al pueblo. Horas después, el presidente electo del gobierno llamaba por teléfono a Pamplona en un vano intento de asegurarse el apoyo del general Mola. El general se lo negó[6].

Martínez Barrio estaba en la cama cuando él llegó a su domicilio.

«Le obligué a levantarse. "Ha anunciado usted por radio que a las seis de la mañana tomaría posesión como presidente del gobierno. ¿Dónde se proponía hacerlo? ¿En el despacho del presidente del gobierno? Está rodeado por miles de personas. Lo mismo el Ministerio de Marina. El Ministerio de la Guerra… ni siquiera podrá acercarse a él. Jamás ha habido un gobierno más impopular…" Nos miró. Había aceptado la presidencia del gobierno sin consultar con el ejecutivo del partido. Levantó el teléfono. "Manolo, diles a esos caballeros de mi parte que dimito. Sí, no puedo encabezar un gobierno contra el cual el Frente Popular se está manifestando en la calle…" Eso fue todo. Sin dar más explicaciones, dimitió. Llevaba tres días sin lavarme ni dormir. Me marché a casa…»

El gobierno formado al encenderse los faroles de las calles se desvaneció cuando los mismos faroles fueron apagados. Con el amanecer vino otro gobierno constituido totalmente por republicanos y encabezado por José Giral.

«Para todos los que estábamos en la Puerta del Sol, esa noticia fue más agradable —recordaba Julián Vázquez, el sastre comunista—. Creíamos que Giral

se mostraría más duro que los demás.

Y hasta cierto punto no nos equivocábamos, ya que dio orden de que se armase al pueblo…»

Su partido no había cumplido su misión histórica. «Ningún partido había sido capaz de conducir las masas hacia delante», pensó. «Ahora ya era demasiado tarde, pero iba a costarles caro».

Sócrates Gómez, hijo de un destacado sindicalista socialista, había huido de Segovia, donde estaba cumpliendo su servicio militar. Al ver los preparativos que se estaban haciendo en la Academia de Artillería, se había quitado el uniforme de soldado raso y le había pedido a un taxista amigo suyo que lo llevase a Madrid. Como miembro destacado de las JSU que era, no se hacía ninguna ilusión sobre cuál sería su suerte si se quedaba. Pertenecía al ala izquierda del partido socialista, el mayor de los partidos de clase obrera de España.

Cinco meses antes, pensó, al ganar las elecciones el Frente Popular, el pueblo había esperado pacientemente, lleno de esperanzas de que esta vez, en el segundo intento, iban a satisfacerse sus exigencias inmediatas. Tras dos años de gobierno reaccionario, creyeron que ante ellos se abría un nuevo período democrático. En vez de ello, el gobierno, de constitución enteramente republicana, no presentó un programa social coherente, una reforma agraria eficaz, una solución a los numerosos problemas sociales del país, ni desmanteló las fuerzas hostiles al régimen. La desilusión había cundido. La derecha recurría a constantes provocaciones y a la violencia callejera para sabotear los intentos de crear un régimen democrático. En aquellos meses, el partido socialista había cometido un tremendo error. Debería haber ingresado en el gobierno. Ahora lo comprendía, aunque antes había estado en contra de ello.

«Formando parte del gobierno, el partido podría haber desarticulado el complot, arrestando a los elementos derechistas que ahora se estaban sublevando, los más ciegos y apasionadamente obtusos de todo el mundo. Sin renunciar por un solo momento a su objetivo de conquistar el poder, el partido socialista, el más marxista de los de Europa, podría haber compartido el poder gubernamental con el fin de asegurarse, en la medida en que ello era posible dentro de un régimen capitalista, de que las fuerzas institucionales y económicas de coacción siguiesen firmemente en manos del gobierno…»

La oportunidad se había presentado, pero el ala izquierda la había bloqueado. Fue un grave error. Al no entrar a formar parte del gobierno para asegurarse de que se atendiera las exigencias del pueblo, el partido socialista había

aumentado los temores de que no se satisficieran tales demandas. Con ello se había iniciado un fermento prerrevolucionario. El miedo era su fuerza motriz, y el miedo, reflexionó, no era buen consejero para la revolución. «Antes bien era el estado anímico del hombre desesperado». Víctima de divisiones, el partido socialista no había podido canalizar o encabezar este fermento. Había fracasado en ambos sentidos…

Acababa de escaparse por un pelo. Los milicianos lo habían detenido cuando trataba de entrar en el cuartel de la Montaña para unirse a los militares y lo habían llevado a la sede de un partido de izquierdas para comprobar su identidad. Por suerte, los milicianos no habían reconocido a David Jato, uno de los fundadores del Sindicato Español Universitario (SEU), el sindicato estudiantil falangista. Se quedó esperando. Desde la victoria del Frente Popular —no, mejor dicho, desde la revolución de octubre de 1934—[7] veía claramente que sólo la violencia resolvería los problemas del país. Los republicanos habían subido al poder demasiado pronto, históricamente hablando, antes de tener una base en el país. Su tradicional anticlericalismo, su negativa a dejar que la derecha gobernase tras ganar las elecciones tres años antes, exacerbó los problemas fundamentales. El liberalismo se batía en retirada en todas partes. La alternativa estaba entre el fascismo y el comunismo, las ideologías dominantes que estaban decidiendo el destino de Europa.

«Ambas creían en la violencia, especialmente en España. Ambas, dada la situación internacional, disfrutaban de gran influencia, especialmente entre la juventud. La creciente decepción producida por la república empujaba a los jóvenes hacia los extremos de ambos bandos…»

No es que temiera que los comunistas pudieran llevar a cabo su revolución; todavía eran demasiado débiles para ello. Pero sí podían llevarla a cabo en conjunción con el ala izquierda de los socialistas, que formaba el grueso del partido socialista dirigido por Largo Caballero. Era esto lo que temía. Desde la victoria del Frente Popular los socialistas aumentaban la fuerza de su milicia. Cada día había intentos de asesinato.

«Catorce miembros del SEU habían perdido ya la vida cuando se celebraron las elecciones. Y ahora el asesinato de Calvo Sotelo. Era la prueba definitiva de que sólo una situación violenta podría salvar a España…»

Oyó un ruido, algunos gritos. Una manifestación relámpago irrumpió en la sede del partido protestando contra la formación del efímero gobierno Martínez Barrio. Aprovechando la confusión, se mezcló entre la gente y salió de allí. Más fácil no podría haber sido. Se encaminó hacia el domicilio de un primo suyo,

socialista, que sin duda lo ampararía.

TREN MADRID -BARCELONA

La Olimpiada Popular, organizada en oposición a la Olimpiada nazi de Berrlín, iba a inaugurarse hoy domingo en Barcelona. Muchos jóvenes madrileños se habían inscrito para participar en ella. A pesar de la inminencia del levantamiento, el partido comunista había dado permiso a sus miembros para que asistieran a la olimpiada, dado que ésta iba a ser una gran manifestación antifascista. Los ferroviarios —entre los que se hallaba Narciso Julián, miembro del partido comunista— estaban bien representados entre los asistentes, ya que podían viajar gratis en tren.

Julián sabía que la amenaza del fascismo era el foco de la atención de todo el mundo. A la tarea vital de forjar una sólida alianza antifascista había que subordinarlo todo, incluso la necesidad de seguir adelante con la revolución democrática burguesa que en España no había llegado a completarse bajo el Frente Popular.

Desde las elecciones el país atravesaba un período de gran efervescencia política y social a la que cabía calificar de prerrevolucionaria. Los campesinos se habían apoderado de la tierra al ver que la república no llevaba a término una reforma agraria a fondo para resolver aquel eterno problema. Algunos habían muerto a manos del tradicional defensor de los terratenientes: la guardia civil. La clase obrera convocaba huelgas en demanda de mejores condiciones, aumentaba la fuerza de los sindicatos y partidos políticos a medida que la lucha se hacía más abierta.

«El partido comunista pedía la creación de una milicia armada y advertía de la amenaza de una sublevación militar. Para todos era visible que el gobierno republicano se mostraba muy débil ante la amenaza. Los pistoleros de la Falange estaban en la calle, entregados a la guerra abierta, asesinando a los policías bien conocidos por su republicanismo. Durante la última quincena ninguno de los militantes comunistas habíamos dormido en casa, ya que sabíamos que los militares iban a sublevarse…»

Pero nada de esto, pensó, podía justificar el alzamiento militar. No se trataba de un período revolucionario que condujera al socialismo. Nada de eso. Éste era el pretexto de los fascistas para justificar su rebelión. No era verdad, especialmente entre las masas campesinas: la agitación no iba dirigida al logro del socialismo. Lo

que querían los campesinos era que la república se enfrentase a los problemas fundamentales del país. Y la tierra era uno de ellos, por no decir que *el* más grave.

Cuando el tren pasó por Valencia e inició el largo trayecto entre dicha ciudad y Barcelona, no sabía la suerte que había tenido al elegir esta ruta en vez de la alternativa. Los que viajaban por la ruta de Zaragoza jamás llegarían a su destino…

Contra el fascismo, sí; pero también contra cualquier clase de dictadura, porque la dictadura es también el fascismo, la ejerza quien la ejerza.

Solidaridad Obrera (Barcelona, 18 de julio de 1936).

DECRETO

De acuerdo con el Consejo de Ministros y a propuesta del de la Guerra, vengo a decretar lo siguiente:

Quedan licenciadas las tropas cuyos cuadros de mando se han colocado frente a la legalidad republicana.

Dado en Madrid a dieciocho de julio de mil novecientos treinta y seis.

MANUEL AZAÑA SANTIAGO_____ CASARES QUIROGA

Ministro de la Guerra

y presidente del Consejo de Ministros

Gaceta de Madrid (19 de julio de 1936).

Don Francisco Franco Bahamonde, general de división, jefe superior de las Fuerzas Militares de Marruecos y alto comisario,

Hago saber:

Una vez más el ejército, unido a las demás fuerzas de la nación, se ha visto obligado a recoger el anhelo de la gran mayoría de españoles que veían con amargura infinita desaparecer lo que a todos puede unirnos en un ideal común: ESPAÑA.

Se trata de restablecer el imperio del orden dentro de la república, no solamente en sus apariencias o signos exteriores, sino también en su misma esencia; para ello precisa obrar con justicia, que no repara en clases ni categorías sociales, a las que ni se halaga, ni se persigue, cesando de estar dividido el país en dos grupos: el de los que disfrutan del poder y el de los que eran atropellados en sus derechos… El restablecimiento de este principio de *autoridad*, olvidado en los últimos años, exige inexcusablemente que los castigos sean ejemplares, por la seriedad con que se impondrán y la rapidez con que se llevarán a cabo, sin titubeos ni vacilaciones …

Para llevar a cabo la labor anunciada rápidamente,

Ordeno y mando:

Artículo 1 º Queda declarado el estado de guerra en todo el territorio de Marruecos español, y como primera consecuencia, militarizadas todas las fuerzas armadas…

Tetuán (18 de julio de 1936).

BARCELONA

El reloj de la fábrica señalaba las cinco de la madrugada y unos minutos. El militante anarcosindicalista de la CNT se apeó del coche para dar la noticia a sus compañeros. Casi en el mismo instante las sirenas de la fábrica comenzaron a aullar en el aire limpio y silencioso de la madrugada del domingo: el aviso, tanto tiempo esperado, que del alzamiento militar daban las fábricas del Poble Nou.

En su piso cerca de la Diagonal el profesor Josep Trueta fue despertado por las sirenas, a las que no tardaron en seguir los disparos. Era lo que se temía: el levantamiento militar, del que había tenido la primera noticia la noche antes cuando él y su esposa iban al cine, se había extendido. Se acercó a la ventana,

desde la que se divisaba una parte de la Diagonal, la larga avenida que cruza la ciudad. Algunos soldados venían de los cuarteles de Pedralbes. Oyó más tiros.

Aquello no tenía excusa, los militares no tenían por qué sublevarse aquí. El profesor Trueta, liberal convencido, se sentía indignado.

La violencia que había barrido algunas partes de España desde las elecciones celebradas cinco meses antes —y que, a su juicio, a muchos les interesaba fomentar — había brillado por su ausencia en Barcelona. A pesar del crecimiento del movimiento anarcosindicalista, con su base de inmigrantes y que preocupaba a las personas como él, la paz había reinado en Barcelona. La causa de ello, según creía, estaba en el estatuto de autonomía de Cataluña. Pensó en una marquesa española que recientemente le había suplicado que fingiera que la fractura del brazo de su hijo era grave, así su marido tendría una excusa para abandonar Madrid. El profesor, nombrado recientemente jefe de cirugía del Hospital de la Santa Creu i Sant Pau, el mayor de la ciudad, había titubeado antes de atender la solicitud de la marquesa. «Pero es que en Madrid vas por la calle, pasa un coche lleno de falangistas o comunistas y te pegan cuatro tiros», insistió la señora. Más tarde, cuando el marido fue a darle las gracias, dijo algo que el profesor Trueta no había oído antes: «No es de extrañar que a Barcelona la llamen "un oasis de paz"; es gracias al cuerpo de policía de ustedes…».

Al igual que durante las últimas semanas, los militantes de la CNT y de la FAI habían permanecido alerta toda la noche. El comité de defensa de la CNT, centrado en torno a hombres del grupo «Nosotros», como Durruti, Francisco Ascaso, García Oliver, Ricardo Sanz, llevaba tiempo preparándose para este momento[8].

En cuanto oyó las sirenas, Ricardo Sanz cogió su pistola «parabellum» y salió a la calle. Él y los demás se habían pasado toda la noche yendo de un lugar de la ciudad a otro. Entre su armamento había una ametralladora con el trípode serrado para que cupiera en una maleta. Procedía de una fábrica de armas de Asturias, de donde la habían sacado de matute. No se habían trazado ningún plan concreto. «Sabíamos que en todos los barrios había excelentes grupos de defensa de la CNT y la FAI y contábamos con ellos…»

En la jefatura de policía, Frederic Escofet, comisario de orden público, oyó el aullido de las sirenas con sentimientos opuestos. Él y Lluís Companys, presidente de la Generalitat, habían acordado no armar al pueblo. A sus ojos, la CNT representaba para el régimen republicano un peligro tan grande como el de la revuelta militar. ¿Y qué pasaría, además, si la presencia de la CNT en las calles hacía que a la rebelión se uniese la guardia civil, cuya actitud no estaba definida[9]?

La desconfianza era recíproca. La CNT no tenía fe en que la Generalitat fuese capaz de enfrentarse al levantamiento. ¿Acaso, durante la abortada rebelión de octubre de 1934, las autoridades catalanas no habían capitulado en unas pocas horas ante una pequeña fuerza militar? ¿Acaso no habían tratado, el día anterior por la noche sin ir más lejos, de desarmar a los militantes de la CNT que acababan de apoderarse de las armas que transportaba un buque surto en el puerto? Los 200 y pico grupos de defensa de la CNT y la FAI, que totalizaban unos 2000 hombres, estaban decididos a impedir una repetición de la derrota de octubre. Entonces no habían luchado en las calles, pero ahora lo harían.

El tranvía 22, que funcionaba toda la noche, subía traqueteando por el paseo de Gracia. El cielo empezaba a clarear para dar paso a otro día caluroso. Josep Cercós, metalúrgico de la CNT y miembro de las juventudes libertarias, había dejado a un amigo la pequeña pistola que compartían entre ambos, después de la noche de vigilia. Todo parecía tranquilo. Cuando el tranvía pasó por el Cinc d'Oros, el cruce del paseo de Gracia y la Diagonal, vio que una compañía de guardias de asalto salía del café Vienés gritando «¡Viva la república!». Miró Diagonal arriba, vio a los soldados, oyó un disparo y saltó del tranvía.

«Regresé corriendo en busca de mi compañero. "Vamos, me toca a mí. Dame la *pipa* [pistola]. Tú ve por la dinamita…" Se había apoderado de varios cartuchos en una cantera y los teníamos guardados para el día en que los fascistas se sublevasen. No es que creyéramos que se atrevieran, porque íbamos a aplastarlos si lo hacían…»

En las Ramblas un joven pelirrojo, con los pelos de punta como si cada uno de ellos fuese una antena, pedaleaba su bicicleta furiosamente gritando en catalán: «¡Los soldados están en la plaza de la Universidad!». Josep Robusté, un tenedor de libros que pertenecía al Partido Sindicalista, le oyó. La gente empezó a correr. «Era como si el muchacho llevase una enorme escoba delante de la bicicleta y a su paso barriera la gente de las Ramblas y la empujase hacia la Universidad…»

Desde una azotea Ramón Fernández vio que los soldados entraban en la plaza de la Universidad gritando «¡Viva la república!». No lo entendía. Las tropas, acompañadas por falangistas vestidos con pantalones de paisano y guerrera militar, continuaron avanzando al mismo grito. Militantes de la CNT y del POUM abandonaban sus posiciones en las azoteas para unirse a los soldados que marchaban hacia la plaza de Cataluña. Aunque al carpintero del POUM acababan de licenciarlo del ejército, se dejó engañar como los demás. De pronto, al llegar al centro de la plaza, un oficial viejo y gordo gritó: «¡Desarmad a todos los paisanos!». Fernández echó a correr.

«Las balas silbaban a mi alrededor, así que di un salto y aterricé de cabeza junto a la pequeña estatua de mujer esculpida en mármol que hay en el lado de la plaza que da a las Ramblas. Los guardias de asalto empezaron a disparar contra la tropa. Me parapeté detrás de un quiosco de periódicos y con mi pequeña pistola hice fuego contra los soldados…»

Al regresar al Cinc d'Oros, donde antes había saltado del tranvía, Josep Cercos se encontró con que allí se había entablado un fuerte tiroteo. Los guardias de asalto, armados con carabinas, eran los que más disparaban, pero detrás de cada grupo había media docena de militantes de la CNT a quienes los guardias habían entregado sus pistolas si aquéllos no tenían armas.

Por las calles ya empezaban a levantar barricadas de adoquines cuando Eduardo Pons Prades, de 16 años, corría hacia el sindicato cenetista de trabajadores de la madera en el Poble Sec. El joven militante vivía delante de los cuarteles de infantería de Pedralbes y había estado llamando cada hora para informar a los líderes del sindicato de los movimientos de tropa que se observaban dentro de los cuarteles. Él había dado la alarma al salir los soldados a la calle.

«"Ahora que la CNT ha sacado a sus hombres, ya no habrá otra derrota como la de octubre", decían todos los que estaban en la sede del sindicato. En todas partes se tenía una confianza total en que el levantamiento militar sería aplastado en Barcelona…»

En el Cinc d'Oros, escenario del primer encuentro decisivo de la jornada, el regimiento de caballería de Santiago, con su coronel a la cabeza, fue repelido con fuertes bajas. Pero un nuevo peligro se cernía en el horizonte: tres baterías del 1.º de artillería de montaña avanzaba hacia el puerto. Si llegaban allí, se volverían hacia el casco antiguo mientras la infantería situada en la plaza de Cataluña ejercía presión desde el otro lado con el fin de capturar la Generalitat, sede del gobierno catalán.

Cerca del puerto, la Barceloneta, barrio eminentemente obrero, se estaba movilizando. «¡Armas! ¡Armas!¡ Otro 6 de octubre, no!» Un comandante de la policía empezó a canjear fusiles por carnets de sindicato y de partido. De repente —nadie sabe de quién partió la idea— los portuarios empezaron a mover unas balas de papel que hace poco se habían descargado allí. Con ellas formaron una barricada. Las carretillas eléctricas iban de un lado para otro y, finalmente, la avenida de Icaria quedó cortada por 500 toneladas de papel que formaban una barricada de dos metros de alto. El comisario Escofet observó que sus fuerzas estaban recibiendo ayuda de los paisanos, «cuyo inesperado refuerzo era agradecido por los guardias y contribuyó a desmoralizar al enemigo»[10].

La aviación, que seguía fiel al gobierno, bombardeaba y ametrallaba los cuarteles de artillería, desmoralizando a los rebeldes y dando ánimo a los defensores. A las diez de la mañana las baterías de artillería estaban derrotadas. En el último asalto los paisanos, muchos de ellos desarmados, avanzaron con el propósito de capturar las piezas de campaña. En medio de un estallido de júbilo popular, hombres, mujeres y niños arrastraban los cañones por la avenida…

PAMPLONA

Luciendo la boina roja de los carlistas, la gente acudía en masa hacia la plaza del Castillo. En la entrada de la ciudad, la guardia civil había dado el alto al automóvil, y el sobrino de Dolores Baleztena, un chico de 19 años, prudentemente se había quitado la boina roja. «Ah, muy bien», había dicho el guardia, saludando. «Adelante…» Por fin: la boina roja era un salvoconducto.

Al entrar en la plaza con el coche, las lágrimas afluyeron a sus ojos. Al reconocerla, pues era la hermana del presidente de la junta regional carlista de Navarra, la gente le tendía las manos. Soltó el volante para estrecharlas. La gente gritaba: «¡Viva la religión!», «¡Viva el rey!», «¡Viva la valiente Navarra!». Aquello era el delirio.

«Gritos de alborozo, rostros felices. Venía gente de todo el reino. Camiones, tractores, carros cargados de boinas rojas entraban en la plaza por todos lados: La mayoría lucía sus mejores galas domingueras, Un hombre en mangas de camisa saltó de un camión y exclamó: "¡Aquí estamos, confesados y comulgados, para lo que Dios quiera!". Aquél era el pueblo verdadero, el auténtico, dispuesto a defender sus ideales. El pueblo que amaba su tierra, sus alquerías, que se enorgullecía de su raza, aunque el orgullo no fuese una virtud…»

Entre los que habían llegado se encontraba Antonio Izu, el muchacho carlista que no había pegado ojo en toda la noche a causa de la alegría que le embargaba al saber que la marimorena estaba a punto de empezar. Se había levantado al amanecer, ya que todavía quedaba un campo de trigo por segar Después, «como buenos campesinos», él y sus hermanos regresaron a casa, desayunaron, se lavaron, se afeitaron y se pusieron el traje de los domingos. El menor de los hermanos se quedaría a vigilar la granja, ya que sus padres habían muerto. Pensó que, de haber vivido, su padre sin duda alguna habría ido con ellos, ya que era un ferviente carlista. Poco se imaginaba, al abandonar la granja, que pasarían tres años antes de que pudiera volver a trabajar la tierra.

En la plaza del Castillo se ordenó formar a los requetés. La bandera roja y gualda, suprimida por la república, fue izada en el edificio del gobierno provincial y en el ayuntamiento en medio de los frenéticos vítores de la multitud, y poco después el general Mola ordenó que la arriasen. Izu había enviado recado a doce hombres de su pueblo para que se reuniesen con él en Pamplona, pero sólo siete lo habían hecho. Los demás se habían excusado de una u otra forma. Seguidamente se ordenó a los requetés que se presentasen en los cuarteles de la ciudad, donde fueron equipados con uniformes del ejército y fusiles, tras lo cual les dijeron que se fuesen a almorzar fuera de los cuarteles, ya que en las cantinas militares no había comida suficiente para ellos.

SAN ROQUE (Cádiz).

Era el mediodía. El chico de 13 años se asomó a la ventana de su casa, en la Plaza Mayor de la pequeña población situada a unos ocho kilómetros de Gibraltar y a dos veces esa distancia de Algeciras, y vio tropas marroquíes. Pasaron corriendo por delante de su casa, hacia el cuartel de Infantería que había al otro lado de la plaza. Con sus pantalones caqui atados en la pantorrilla y sus turbantes, se apostaron detrás de los árboles, hincando una rodilla en tierra y apuntando sus armas. Carlos Castilla del Pino vio que entraban en el cuartel tras un breve parlamento. No se había disparado un solo tiro.

Pata él fue una sorpresa. Dos días antes, al ir a La Línea para comprar un libro de anatomía, había oído decir que los moros se habían sublevado en Marruecos. «¿Invadirían España como hicieron los moros hace doce siglos?» «No, no, no es nada importante», le contestó el amigo de su padre.

¡Y ahora estaban aquí! Habían desembarcado en Algeciras aquella mañana[11].

«No se quedaron mucho tiempo. Se nombró un nuevo ayuntamiento. Mi tío Pepe, monárquico como toda mi familia, fue nombrado miembro del consistorio. Una vez los moros se hubieron marchado, el levantamiento pareció algo pasajero. Mi tutor particular me dijo que volveríamos a las elecciones al cabo de unos pocos días. Todo parecía haber vuelto a la normalidad…»

BARCELONA

Los militares seguían resistiendo en la plaza de Cataluña. Al capturar el edificio de la Telefónica, había quedado cortada la comunicación entre el comisario de orden público Escofet y algunas de sus unidades, incluyendo las que se hallaban en la plaza de España. Allí los guardias de asalto habían permitido que la caballería insurgente ocupase la plaza. Los trabajadores levantaron una barricada en la entrada del barrio obrero de Sants y empezaron a disparar.

Miquel Coll, obrero textil del POUM, vio que un destacamento de caballería desmontaba y comenzaba a bajar por el Paralelo, así que salió de casa. Si se les dejaba pasar, lograrían llegar al puerto y al casco antiguo. Cruzó la plaza con las manos en alto. A los soldados que le ordenaban detenerse les decía que se iba a la playa. Echó a correr hasta llegar a las Ramblas. En la esquina de Femando vio que estaban saqueando Beristain (tienda de deportes y armería) en busca de armas. Entró rápidamente y se apoderó de una escopeta de caza. Un hombre de la CNT abrió la caja fuerte y empezó a sacar fajos de billetes.

«Luego encendió una cerilla y les pegó fuego. Quemó hasta el último billete. Resultó asombroso, una verdadera prueba del honor que demostraron tener tantos militantes de la CNT como él. Eché mano de dos cartucheras y me las puse en bandolera. Las llené de cartuchos y salí de allí. Parecía uno de esos bandidos mexicanos que salen en las películas. Tenía solamente 20 años…»

En las Ramblas vieron a un hombre cargado con multitud de objetos fruto del pillaje, y estuvieron a punto de fusilarle allí mismo. En vez de ello, decidieron arrojar todos los objetos a la alcantarilla. Mientras Coll corría hacia la plaza del Teatro, los francotiradores empezaron a hacer fuego. Alzó su escopeta y apretó el gatillo. El retroceso le arrebató el arma de las manos y lo derribó al suelo. Mientras se levantaba, oyó que un hombre gritaba «¡Atarazanas!», y echó a correr hacia el cuartel. Allí vio que Durruti salía con un sargento que llevaba varias ametralladoras. Entró a empujones —en aquella parte había solamente un cabo y unos cuantos soldados—, cogió un par de mosquetones y empezó a correr hacia la sede del POUM, ubicada en las Ramblas.

Las tropas procedentes de la plaza de España habían recorrido tres cuartas partes del Paralelo, el Montmartre barcelonés. No había fuerzas de policía apostadas para detenerlas. Al darse cuenta del peligro, Durruti, García Oliver, Ascaso y otros líderes de la CNT-FAI reunieron a sus grupos de defensa y se encaminaron hacia allí. El grupo de García Oliver se apoderó de la cárcel de mujeres, que era una buena posición a la que replegarse en el caso de que el ataque fallara, y pusieron en libertad a todas las presas, que salieron llorando, nadie sabe si de alegría o de histeria. Los grupos de defensa de la CNT obligaron al escuadrón de caballería a replegarse hacia «El Molino», pero, al cargar hacia la otra acera del

ancho Paralelo, los anarcosindicalistas sufrieron grandes bajas por efecto de una ametralladora insurgente y tuvieron que retirarse. Los militantes de la CNT irrumpieron en el bar Chicago, instalaron su propia ametralladora y, cubriéndose con el fuego de la misma, volvieron a cargar. Las tropas, que ya estaban diezmadas, se rindieron con sus armas, entre las que había tres ametralladoras.

Josep Robusté oyó que alguien gritaba: «¡Están disparando desde el tejado de la iglesia de Santa Madrona!». Hacia allí se encaminó. Su esposa iba con él. Al regresar a casa en busca de su pistola, ella le había rodeado con sus brazos.

«"Voy contigo". "¿Qué, mujer?" "Adonde tú vayas…" No tuve más remedio que llevármela conmigo. Cuando llegamos a la iglesia, vimos que unos hombres sacaban los bancos y trataban de pegarles fuego. Dos veces los rociaron con gasolina y dos veces ésta fue lo único que ardió, aunque la madera era vieja y seca. En aquel momento llegó un sacerdote vestido de paisano. "Muchachos, ¿por qué tratáis de pegarles fuego? Puede que os sean útiles…" Me volví hacia mi compañera. "Ese hombre tiene razón, no nos metamos en esto", y empezamos a subir por las Ramblas…»

El comisario Escofet había trazado sus planes cuidadosamente. Los teléfonos intervenidos se habían encargado de tenerle al corriente de los planes de los rebeldes. Había informado a Madrid, pero allí no habían hecho nada al respecto. A pesar de sus esfuerzos, sin embargo, los insurgentes resistían en la plaza de Cataluña, tras el fracaso de los intentos de desalojarlos de allí. Decidió dar un paso arriesgado. Ordenó que dos compañías de guardias de asalto se dirigiesen a la plaza utilizando los túneles del metro. A la una del mediodía los guardias irrumpieron en la plaza. Los rebeldes no habían tomado la precaución de ocupar las entradas del metro. Alejandro Vitoria, socialista y funcionario de la tesorería, los vio surgir de ellas. Desde su posición en el sindicato de empleados de banca, en la calle Vergara, donde había permanecido atrapado toda la mañana a causa de la granizada de balas que caía en la plaza, apenas podía dar crédito a sus ojos al ver que un oficial de los guardias de asalto conducía a sus hombres hacia delante sin otra arma que una fusta de jinete. «Empecé a darme cuenta de cuán decisivo había sido el que las fuerzas de policía se hubiesen mantenido fieles al gobierno».

No lo bastante decisivo, sin embargo, como para traer la victoria. La batalla por la posesión de la plaza se estaba librando encarnizadamente desde hacía casi ocho horas. El centro estaba lleno de cadáveres de soldados y paisanos, caballos muertos y material abandonado bajo los fuertes rayos del sol. Tendido detrás de un parapeto bajo de adoquines en la confluencia de la Puerta del Ángel con la plaza, un universitario que era nacionalista catalán comenzaba a pensar que ninguno de los dos bandos ganaría. Los guardias de asalto hacían progresos, pero

los rebeldes seguían manteniéndose fuertes en el hotel Colón y en el casino militar, en el otro lado de la plaza.

En cuanto oyó los disparos, Manuel Cruells había saltado por una ventana de su casa para escapar de su madre e ir corriendo a la universidad. «¡Coged a ese del pelo largo!», oyó que alguien gritaba. Empezó a correr hacia las Ramblas para salvar la vida. A su alrededor silbaban las balas disparadas por los insurgentes, que se habían apoderado de la universidad. En la parte alta de las Ramblas tropezó con dos muchachos, uno comunista y el otro libertario, y se unió a ellos. Los dos llevaban pistola, pero él iba desarmado. A sus espaldas, la ancha avenida bajaba hacia el puerto, el corazón del casco antiguo, la Generalitat. A pocos pasos estaba una de las dos emisoras de radio de la ciudad. ¡Eran el único refugio! «Parecía un tanto simbólico que los tres estuviéramos juntos allí: un comunista, un anarquista y un joven nacionalista catalán con ideas revolucionarias no muy claras…»

Al cabo de un rato en una comisaría de policía le habían dado un fusil y seguidamente, en compañía de un guardia de asalto y de otro joven, se había apostado en la posición que ahora ocupaba. Parapetados detrás de un mulo, unos soldados cruzaban la plaza en dirección a la Telefónica. El guardia de asalto gateó para cambiar su puesto por el de Cruells y así poder afinar la puntería. El mulo cayó derribado y los soldados se retiraron. Casi en el mismo instante sonó un disparo y el guardia se dobló sobre sí mismo, herido en el estómago. Un francotirador le había dado…

Cruells trataba de seguir los progresos que en la plaza hacían los guardias de asalto. Tenía la sensación de que ambos bandos se hallaban a la defensiva y temía que a ellos los atrapasen. De vez en cuando abandonaba la barricada para echar un vistazo a los alrededores de la plaza. En una de tales ocasiones vio que una nutrida formación de guardias civiles subía por Vía Layetana en orden de combate. El sol hacía brillar sus tricornios. Cubrían la calle hasta donde la vista alcanzaba. Avanzaban en silencio, marcando perfectamente el paso.

«"¿Qué va a pasar ahora?", pensé. Durante toda la mañana me había estado temiendo una trampa. Los civiles… ¡el enemigo histórico del pueblo! Si se ponían en contra nuestra…»

Observó, esperando lo peor. Los uniformes verdes seguían avanzando. A su cabeza iba el coronel. Llegaron a la jefatura de policía. Vio que se detenían. El coronel se volvió hada el balcón, donde se hallaba el presidente Companys, saludó y gritó: «¡A sus órdenes, señor presidente!».

«Entonces supimos que se habían puesto de nuestro lado. Fue algo

inolvidable. Nadie puede imaginárselo sin haber vivido aquel momento. La apoteosis del 19 de julio: ¡La guardia civil al lado del pueblo! Ya no podíamos dudar de la victoria…»

Durante toda la mañana, al igual que en los días anteriores, el comisario general de orden público Escofet había albergado dudas sobre de qué lado se pondría la guardia civil. Sus mandos superiores eran fieles a la república, pero ¿y los capitanes y comandantes? Los oficiales de estas graduaciones eran los que formaban la espina dorsal del levantamiento militar. A pesar de algunas defecciones, el grueso de la fuerza se había mantenido leal.

Cientos de paisanos irrumpieron en la plaza de Cataluña mientras los dviles reducían los últimos focos de resistencia. Lleno de júbilo, Cruells se fue con dos muchachos de la CNT que le invitaron a comer en la Barceloneta, donde horas antes habían obtenido una gran victoria detrás de su barricada de papel. Les colocaron una mesa en la estrecha callejuela del barrio pescador y encima pusieron comida y bebida en abundancia.

«Me trataban como a un héroe, sencillamente porque, siendo estudiante, por fuerza tenía que ser de "buena" familia y, pese a ello, había empuñado las armas en su favor… Fue un momento de gran fraternidad. A partir de entonces de lo que se trató fue de hacer la revolución…»

Josep Cercos, metalúrgico de la CNT, abandonó el Cinc d'Oros, donde había estado luchando y se dirigió apresuradamente al local que su sindicato tenía en Gracia. El coronel y otros supervivientes del regimiento de caballería insurgente se habían refugiado en el convento de los carmelitas de la calle Lauria; estaban rodeados y no escaparían… En la oficina vio a un grupo de hombres que a todas luces estaban detenidos. Parecían monjes o seminaristas. Unas mujeres se estaban mofando de ellos y bromeando. Les dijo que lo que hacían no estaba bien, que aquellos hombres serían juzgados y sentenciados si se demostraba su culpabilidad. Mientras tanto había que dejarlos en paz. Mientras hablaba se oyeron disparos procedentes de la plaza Bonanova. Hacia allí se encaminó. En la plaza unos hombres habían capturado a un cura vestido de tal y se lo llevaban a un local de la CNT. Bueno, pensó, en un momento así a los sospechosos no podemos llevarlos a la comisaría. Se trataba de defenderse o morir, especialmente cuando sabías que aquella gente era tu enemigo.

«Y no eran sólo los militares, el clero, los grandes terratenientes los que eran nuestros enemigos. Lo era también la misma gente que había traído la república al país, los representantes del capital…»

Él y un compañero decidieron «expropiar» un coche. En él bajaban de la plaza Bonanova cuando vieron a un grupo de mujeres jóvenes. «Para el coche». A Cercos las mujeres le parecieron monjas vestidas de seglar; cada una de ellas llevaba una maleta pequeña Bajó rápidamente del coche. Las mujeres empezaron a correr.

«"¡Alto! ¡Alto! Quiero ver qué lleváis en la maleta". "No llevamos nada… nada de nada". Las abrieron para enseñarnos el contenido: sostenes, paños higiénicos, un poco de maquillaje, eso era todo. Al ver que no llevaban armas, las dejamos ir. Estaban muy asustadas. Después seguimos nuestro camino, dirigiéndonos hacia donde se oían tiros…»

Los militares aún no estaban derrotados. A mediodía, el general Goded había llegado en avión de las Baleares para tomar el mando. Ya era tarde. Los insurgentes no habían conseguido capturar ninguno de sus objetivos estratégicos, ni siquiera las dos emisoras de radio, cada una de las cuales estaba a unos pocos centenares de metros de la plaza de Cataluña. Durante toda la mañana la radio había estado dando noticias destinadas a animar a los defensores. Las unidades de artillería se habían sublevado sin el apoyo de la infantería y habían sido derrotadas antes de que pudieran tomar posiciones; las unidades insurgentes no habían logrado establecer contacto entre ellas; no se les había dado un plan global satisfactorio. La guardia civil había entrado en liza, poniéndose del lado inesperado, y ahora el ataque iba dirigido contra capitanía general.

Los obreros movían a brazos una de las piezas de campaña capturadas al enemigo y con ella hacían fuego sobre el edificio de capitanía general, donde Goded había instalado su puesto de manilo. El cañón patinaba violentamente cada vez que lo disparaban, ya que no había nada que lo mantuviera en posición. Otros obreros, entre los que estaba Ramón Fernández, se arrastraron por detrás de una verja de hierro hasta colocarse directamente en frente del macizo edificio del paseo de Colón. Cuando el edificio llevaba ya una hora sometido a un intenso tiroteo, vieron que desde él agitaban una sábana blanca. Los obreros saltaron la verja y cargaron contra capitanía.

Los oficiales fueron obligados a salir, protegidos de la ira popular por las fuerzas de policía. El general Goded fue llevado a presencia del presidente Companys, quien le persuadió para que radiara una declaración reconociendo su derrota. Aunque los militares todavía resistían en tres puntos aislados, el levantamiento en Barcelona estaba aplastado.

OVIEDO

De pie en la calzada de la calle Uría, la principal de la ciudad, el repartidor de colmado vio que se acercaban varios camiones cargados de guardias civiles, que saludaban con el puño cerrado y gritaban «¡Viva la república!». A su lado, un viejo de clase media empezó a quejarse con enojo: «Es intolerable. Esto es una traición. ¿Dónde se ha visto cosa parecida?». Alarmado y ultrajado, el hombre se alejó. El muchacho apenas podía dar crédito a sus ojos. La guardia civil, sólo dieciocho meses después de la revolución de octubre, saludando con el puño cerrado aquí, ¡en Oviedo! «¡Cómo han cambiado!», oyó que decía un transeúnte.

En el gobierno civil, cerca del Campo de San Francisco, los políticos del Frente Popular se encontraban reunidos con el gobernador civil, nombrado recientemente. El doctor Carlos Martínez, exdiputado a Cortes por el Partido Radical-Socialista, llegaba en coche a la ciudad procedente de Gijón, su ciudad natal, situada en la costa a 27 kilómetros de distancia, con el objeto de asistir a la reunión. Observó que la guardia de la fábrica de armas «La Vega» llevaba casco de acero en lugar de boina como el día antes. Entonces el ambiente había estado relativamente tranquilo. En el gobierno civil se había encontrado a los diputados socialistas y a los líderes del poderoso Sindicato de Mineros Asturianos reunidos con los republicanos en torno al coronel Aranda, comandante militar de Asturias. En un enorme mapa Aranda iba señalando las rutas por las que podían enviarse contingentes de mineros hacia el sur para cortar el paso a las posibles fuerzas militares rebeldes que marchasen sobre Madrid. A instancias de Prieto, el líder socialista de la capital, y con la aprobación de Aranda, se había formado una columna de mineros para enviarla a Madrid.

Durante la reunión, un joven republicano había abierto la puerta y llamado por señas a uno de los políticos, susurrándole al oído que era necesario arrestar inmediatamente a Aranda: el coronel era un traidor.

«Nadie estaba dispuesto a creérselo. Recordé una conversación que había sostenido con Aranda hacía sólo un par de meses, cuando durante unas semanas había ocupado el puesto de gobernador civil interino. Había protestado con gran vehemencia al preguntarle si no esperaba un levantamiento militar. "Ni pensar en una catástrofe tan sangrienta", me había contestado. Aranda era un hombre inteligente, tranquilo y culto que me había causado una buena impresión…»

El joven republicano repitió su gesto varias veces. Pasada la medianoche, Aranda había regresado a su puesto de mando. En tren y en camión, más de 2000 obreros, la mayoría de ellos desarmados, se dirigían desde Oviedo y los pueblos mineros a Madrid, a pesar de las protestas de los representantes de la CNT y del

partido comunista, quienes habían dicho que a Aranda no debía permitírsele abandonar el gobierno civil. El doctor Martínez regresó a Gijón, decidido a volver algo más tarde el mismo día, promesa que ahora estaba cumpliendo.

«Al llegar al gobierno civil vi gente que corría de un lado para otro, conversando apresuradamente. Aranda se había sublevado. ¿Estaban los militares a punto de hacer una incursión sobre el gobierno civil? Nadie lo sabía…»

PAMPLONA

Carmen García-Falces había ido a despedirse de su novio, el capitán de requetés Mario Ozcoidi. La columna se disponía a emprender la marcha.

«Dijo que salían todos para Madrid, lo dijo como si se fueran de excursión. Uno de sus amigos llevaba puesta la ropa de cada día y unos zapatos blancos. En aquel momento ninguno de nosotros dudaba de que pronto estarían de vuelta…»

El general Mola había pasado revista a la columna, formada por requetés y falangistas. «Hala, muchachos, vamos a salvar a España», le oyó decir Antonio Izu, campesino requeté, mientras pasaba sonriente por delante de las filas con el brazo en alto.

«"No desenvainéis la espada sin razón ni la envainéis sin honor", agregó, citando una vieja máxima del ejército español —contaba Rafael García Serrano, uno de los voluntarios falangistas—. Luego nos dijo que salíamos para Madrid. Ésa era la idea que siempre habíamos tenido nosotros los falangistas: el momento decisivo. La marcha de Mussolini sobre Roma había ejercido gran influencia sobre nosotros…»

Mario Ozcoidi no compartía el optimismo de su novia en el sentido de que pronto regresarían. Aunque tomasen Madrid en un par de días, haría falta mucho más tiempo para organizar el nuevo régimen. Los carlistas se habían levantado para defender la religión; no habría habido ningún levantamiento si los republicanos no hubiesen perseguido a la religión, pensó.

«Ni las cuestiones políticas, ni las económicas, ni las dinásticas tenían peso suficiente para justificar el comienzo de una guerra. La ley y el orden, la unidad de la patria, la amenaza de una insurrección comunista (que debía tener lugar una quincena más tarde, yo había visto los planes) eran los factores. Pero la religión era lo esencial del asunto; en Navarra la guerra era una cruzada…»

Al ponerse en marcha la columna, las madres colgaban crucifijos del cuello de sus hijos. «No te manches las manos de sangre si puedes evitarlo, no robes, sé bueno…» Como era domingo, la mayoría de los oficiales de carrera lucían el uniforme de gala. Al comandante de Ozcoidi pronto empezaron a dolerle tanto los pies por culpa de las botas de gala, que tuvo que cortárselas. Todos los camiones y autocares habían sido requisados para transportar a los hombres. El general Mola desconfiaba de los reclutas, asturianos en su mayoría, por lo que se alegró de contar con los requetés y los falangistas.

BARCELONA

Al caer la noche, la euforia de la victoria se convirtió en un festival, un festival organizado por las masas en las calles de la ciudad. Los coches expropiados, con las iníciales CNT-FAI pintadas en la carrocería, recorrían velozmente las calles haciendo consonar los *claxons* —ta-ta-ta-taa— con las iníciales pintadas apresuradamente en los vehículos. Aquí y allí se veía a algún guardia de asalto, o incluso algún guardia civil, que con la guerrera desabrochada o en mangas de camisa conducía el coche con una mano mientras con la otra saludaba con el puño cerrado.

El comisario general Escofet vio el peligro que se avecinaba. Temeroso de que el control de la situación se le escapase, envió una compañía de guardias civiles al parque de artillería de Sant Andreu, donde estaban guardados 30 000 fusiles y material de guerra de otro tipo. Poco después el capitán que mandaba la compañía volvió para dar el parte. Tenía los ojos llenos de lágrimas: era demasiado tarde.

Andreu Capdevila, militante de la CNT y obrero textil, y otros libertarios habían asaltado el cuartel de artillería situado al lado del parque, al que habían estado hostigando durante todo el día y que también había sido bombardeado por la aviación leal. La mayoría de los oficiales del parque había logrado escapar al rendirse por radio el general Goded. Al penetrar en el recinto los libertarios, la masa los había seguido.

«Empezaron a apoderarse de cuantas armas tenían a mano. De todos los puntos de la ciudad llegaba gente y más gente, en coche, en camión, utilizando cualquier forma de transporte. Todo el mundo estaba loco por conseguir armas…»

Cuando Josep Cercos, el metalúrgico, llegó al parque, el pillaje estaba en pleno apogeo. Salió un hombre dando traspiés y acarreando una caja que colocó en

un coche muy pequeño. Luego otra…

«"Son míos todos", nos dijo. En aquel momento, el peso de la carga reventó el piso del coche y las cajas cayeron al suelo. Una de ellas se rompió y pudimos ver lo que contenía: ¡cerrojos de fusil! Eso es lo que con tanto cuidado estaba sacando del parque de artillería: cerrojos para unos fusiles que no tenía. Lo que es yo, no sabía mucho de armas, pero me fijé muy bien en lo que me llevaba: cinco fusiles. Con uno de ellos partí tres días después hacia Aragón…»

La situación se estaba desmandando, creía Capdevila.

«"No sabemos quiénes son esa gente", les dije a mis compañeros. "Puede que sean fascistas sin que lo sepamos". Ya no sólo eran armas lo que se estaban llevando, sino también máquinas de escribir y todo lo que podían acarrear. El desorden era total. Formamos una comisión y en lo sucesivo sólo se entregaron armas a las organizaciones revolucionarias. Calculo que se llevaron 10 000 fusiles así como algunas ametralladoras. Aquél fue el momento en que el pueb1o de Barcelona se armó; en consecuencia, aquél fue el momento en que el poder cayó en manos de las masas. Los de la CNT no nos habíamos echado a la calle para hacer la revolución, sino para defendernos, y para defender a la clase trabajadora. Pensábamos que harían falta otros diez años por lo menos para hacer la revolución social, detrás de la cual tenía que estar la totalidad del proletariado español. Pero al proletariado catalán se le había inculcado tan a conciencia la propaganda revolucionaria anarcosindicalista, durante tantas décadas se había grabado en la mente de los obreros la necesidad de aprovechar cualquier oportunidad para hacer la revolución que, cuando esta oportunidad se presentó, se asieron a ella. Pero no fuimos nosotros quienes elegimos el momento, sino que nos fue impuesto por los militares, que éstos sí estaban haciendo la revolución y querían liquidar a la CNT de una vez por todas…»

MADRID

Orad de la Torre, capitán de artillería retirado, había instalado en la calle Bailén las dos piezas de campaña de 75 mm. A menos de 500 metros surgía de la oscuridad la masa rectangular del cuartel de la Montaña, situado sobre un leve promontorio. La noche antes, a la misma hora, mientras la radio transmitía la rendición de Goded desde Barcelona, despertando con ello el júbilo de las multitudes madrileñas, su hermano y un oficial del ejército habían ido a buscarle a casa. Le habían dado noticias sobre el levantamiento, sus éxitos y sus fracasos. Sevilla, Córdoba, Cádiz en manos de los insurgentes; Pamplona, Burgos,

Valladolid, igual, como era de esperar. Zaragoza, la plaza fuerte de la CNT, también, lo cual era una sorpresa; y ahora Oviedo, donde Aranda se había sublevado. Barcelona era segura; no se luchaba en Bilbao; Valencia era incierta, pero las tropas no se habían movido. En el cuartel de la Montaña, delante de él, se guardaban 45 000 cerrojos de fusil que los militares se habían negado a entregar.

Habían surgido problemas al solicitar permiso del Ministerio de la Guerra para sacar las piezas de campaña a la calle. Había tenido que ir al Palacio Nacional —que ahora quedaba detrás de él y de los cañones— en busca del permiso del presidente Azaña.

«"Pero ¿qué baterías?", preguntó Azaña. "Me han dicho que no hay piezas de campaña dotadas de telémetro". "Mi presidente", repliqué, "eso no importa. Voy a instalar la artillería aquí mismo, en la calle Bailén, y apuntaré directamente. No puedo fallar el tiro. Además, eso animará a la gente". "¿Y la gente?", preguntó él. "¿Cuál es su estado? ¿Qué está haciendo? ¿Qué pasará si los militares se sublevan en Campamento?" Lo tranquilicé. El coronel Mangada ya había apostado milicianos detrás de los árboles. "Todo el mundo resistirá tanto como pueda". "Entonces muy bien", replicó Azaña, estrechándome la mano. No parecía anonadado, aunque sí se le veía lleno de preocupación. Todos lo estábamos, todos teníamos la impresión de que ya habíamos perdido…»

MILITANCIAS 1

RÉGULO MARTÍNEZ, maestro (IR).

Unas horas antes el presidente Azaña, fundador de Izquierda Republicana, le había recibido a él y a una delegación de madrileños miembros del partido en el Palacio Nacional. Había sido una visita casi familiar, sin protocolo. Azaña les dio las gracias por haber ido a verle y expresó la confianza que le merecía su opinión como miembros del partido y no dudó en decirles inmediatamente que le horrorizaba la idea de una guerra. No quería armar al pueblo; en vez de ello propuso que la tarea de luchar contra el enemigo se encomendase a los oficiales y tropas leales, a los que podían unirse los paisanos que quisieran hacerlo. Tenía miedo de que la gente, una vez armada, aprovechase la oportunidad para asesinar y saquear.

«"Recuérdenlo, el pueblo español tiene grandes virtudes, pero también grandes defectos. Desde el tiempo de los romanos tenía fama de ser un pueblo que, cuando no estaba en guerra, como dijera Plinio, inventaba guerras para poder luchar. No olviden que las naciones tienen miedo tanto del fascismo como del comunismo y que la propaganda sobre los crímenes que aquí se cometan causará un daño indecible a la república. Estoy convencido de que a estas alturas muchos republicanos habrán caído ya allí donde los militares hayan triunfado. Pero se habrá hecho fríamente, metódicamente, con un aire de legalidad". Ya había recibido una llamada telefónica informándole de lo que estaba sucediendo en cierta ciudad tomada por los insurgentes. "Hay cosas que es mejor no decirlas", prosiguió. "La gente se enterará, por supuesto, pero si se enteran ahora, sólo servirá para que se inflamen las pasiones y puede provocar reacciones criminales"…»

Vio que los ojos de Azaña se llenaban de lágrimas.

«Normalmente era un intelectual frío, pero en aquel momento era incapaz de contener las lágrimas, no podía ocultarlas, mientras examinaba las perspectivas que se abrían ante la nación. No estaba asustado, sino simplemente horrorizado. Una guerra podía ser larga y encarnizada; tomando por la fuerza algunos cuarteles, en medio del júbilo popular, no se sofocaría el levantamiento. Conocía de sobras la fuerza de que disfrutaban los militares en ciertas regiones del país y el apoyo que les prestaría la iglesia. La nación constituía toda su preocupación; incluso llegaba a decir: "Si la solución estriba en instaurar una democracia sin república, no me opondré a ello, y eso a pesar de que tengo el deber y la obligación de defender a la república. De no haber creído que la democracia en España era imposible bajo la monarquía, no habría luchado por traer la república…". Preveía la probabilidad de una intervención extranjera. "Eso es lo que temo, intervendrán a favor de *ellos*. Y tanto más aprisa si en éste bando se cometen crímenes. Por eso me opongo a armar al pueblo". "No hay otra solución", dije. "Don Manuel, ya no lleva usted sobre sus espaldas la responsabilidad de la república. Los enemigos de la república, esos que no han querido esperar la suerte que les deparasen las elecciones, le han arrancado la responsabilidad. Son ellos los responsables históricos de lo que ahora vaya a suceder. El pueblo es el único amigo de la república. Y usted es el representante de ese pueblo que, gracias a su gran popularidad, le eligió para su cargo de responsabilidad. Usted nunca los ha engañado, nunca ha tratado demagógicamente de darles gato por liebre. En este momento su popularidad le obliga a…" "Probablemente tiene usted razón", replicó, inclinando la cabeza. Añadí que también nosotros nos temíamos que al armar al pueblo se dieran casos de venganza personal y crímenes…, pero ¿acaso el enemigo no se lo había merecido? Tal vez las medidas represivas no fuesen legales rigurosamente hablando, pero representarían una justicia histórica. "Dejemos que

pase el tiempo y ya veremos…”»

Se despidió del presidente. El país estaba acorralado contra la pared y la única esperanza residía en el pueblo. Hasta el momento éste había reaccionado heroicamente. Él no tenía miedo, siempre había estado del lado del pueblo. Pensó en su padre, médico de un pueblecito de Toledo, y en una frase suya que le había impresionado vivamente cuando era joven: «Debería extender recetas para la panadería y la carnicería en vez de para la farmacia». Los campesinos vivían de unas cuantas aceitunas y un mendrugo de pan. Cuando él, Régulo, fue ordenado sacerdote y enviado a una parroquia rural de la provincia de Guadalajara en 1918, su primera medida había sido fundar un sindicato agrario católico para ayudar al campesinado, cuya explotación por parte de usureros y caciques le llenaba de indignación. La casa donde vivía, con su amplia sala de estar, no tardó en convertirse en una especie de casa del pueblo, adonde acudían los campesinos para fumar un pitillo y charlar después de trabajar en los campos.

Aunque su fe en el sacerdocio se había debilitado cuando todavía era estudiante de teología, había permanecido en Guadalajara durante cuatro años, creyendo que estaba llevando a cabo una útil labor de apostolado. Pero cuando se le presentó la oportunidad de hacerse maestro en una escuela madrileña para huérfanos de médico, en cuya fundación había intervenido su padre, y cuando sus padres regresaron a la capital, aprovechó para marcharse. El cardenal Segura, primado de España y arzobispo de Toledo, le ordenó que regresara a su parroquia. Él se negó. El cardenal le amenazó con suspenderle *a divinis*. Él se enfrentó al prelado cara a cara y le dijo que santo Tomás de Aquino afirmaba que la ley natural tenía precedencia sobre la eclesiástica y divina, y que la ley natural le exigía que permaneciese al lado de sus padres. Además, su estado espiritual no le aconsejaba volver a su parroquia. A pesar de nuevas amenazas, el cardenal no hizo nada concreto en contra suya.

En lugar del sacerdocio, la política… Primero, la organización denominada Intelectuales al Servicio de la República, que antes del advenimiento de ésta habían fundado intelectuales y escritores prestigiosos como Ortega y Gasset, el doctor Marañón, Pérez de Ayala.

Pero, al proclamarse la república, empezó a creer que el interés de aquellos hombres por ella era más platónico que real. Después de oír hablar a Manuel Azaña, se dio cuenta de que se hallaba ante un gran político y un gran español, de manera que ingresó en su partido. No lamentó su decisión, a pesar de los acontecimientos que estaba presenciando. Su partido había cometido errores, entre los que ocupaba un lugar destacado el tratamiento de la cuestión religiosa[12]. Pero también los habían cometido otros partidos, el socialista, por ejemplo. El

levantamiento de octubre de 1934 había sido uno de ellos: la violencia no podía hacer más que dar armas al enemigo del pueblo. Los demócratas sinceros debían mostrarse dispuestos a recuperar en las elecciones lo que hubiesen perdido en las elecciones. ¿Acaso el mismo Azaña, durante la reciente campaña electoral del Frente Popular, no había dicho, ante la reunión de masas celebrada en Comillas, que si el pueblo esperaba avanzar hacia el poder por medio de la violencia, él sería el primero en oponérsele?

Después de las elecciones, el ala izquierda del partido socialista, bajo Largo Caballero, se había declarado partidaria de la revolución, lo cual no había servido más que para inflamar el ambiente. El «Lenin español», llamaban a Largo Caballero. Además, la UGT y la CNT, los sindicatos socialista y anarcosindicalista, respectivamente, estaban de punta y sus militantes andaban a tiros unos contra otros. La Falange era responsable de asesinatos políticos que le habían sido pagados en especie. El mundo estaba cada vez más dividido entre los que temían al fascismo y los que temían al comunismo. Aunque en España había pocos comunistas, a él le parecía que a raíz de la elección del Frente Popular reinaba un ambiente comunistoide de compañeros de viaje. Desde el día antes, en medio del desorden provocado por el levantamiento militar, la gente mostraba ansias de revolución y venganza, y se dejaba llevar por los partidos y sindicatos que prometían la luna. ¿Quién, sino los comunistas, eran los que más probablemente se beneficiarían de todo ello?

De regreso a la sede del partido —a la sazón era presidente *de facto* del mismo en Madrid—, se enteró de que el nuevo presidente del gobierno, José Giral, de Izquierda Republicana, había ordenado que se armase al pueblo.

Lunes, 20 de julio

MADRID

En el interior del cuartel de la Montaña reinaba cierta confusión. Los planes y la coordinación de los insurgentes madrileños habían resultado deficientes. Los planes de Mola no preveían la posibilidad de que en la capital el éxito fuese inmediato: la guarnición de Madrid debía permanecer a la defensiva hasta que, mediante una ofensiva relámpago, llegasen columnas de otras partes del país para

ayudarla. Prácticamente en el último minuto —mediodía del día anterior— el general Fanjul, uno de los principales conspiradores, se había trasladado al cuartel para arengar a los 1200 oficiales y soldados de los regimientos de infantería e ingenieros y de una unidad especializada acuartelada por separado en la parte posterior del recinto. Además, unos 250 falangistas habían conseguido entrar en el cuartel, donde les proporcionaron armas y uniformes.

A medida que avanzaba la noche, aumentaba la preocupación de algunos de los falangistas: ¿por qué no salían a conquistar la ciudad? Al parecer se habían marchado los grupos de milicianos que antes impedían acercarse al cuartel. «¿Qué hacemos enjaulados aquí?», preguntó Eugenio Lortán, estudiante falangista.

«La mayoría de nosotros jamás había tenido un fusil en las manos —contaba Mario Rey, un carpintero que había sido miembro de las JONS antes de que éstas se fusionaran con la Falange—. Pero teníamos la moral tan alta que habríamos salido a la calle en cuanto se nos hubiera dado la orden. No entendíamos por qué estábamos esperando. Pero eso mismo era lo que nos pasaba desde las elecciones del Frente Popular…»

No todos los que estaban en la Montaña se sentían dispuestos a apoyar el levantamiento. Una organización de soldados y cabos había cobrado fuerza allí. Tenía su propio periódico clandestino, *Soldado Rojo*, y afirmaba contar con más de 200 miembros en el regimiento de infantería acuartelado en la Montaña. Los insurgentes habían arrestado a cierto número de suboficiales y oficiales en el cuartel. Francisco Sampedro, republicano de izquierda, estudiante y zapador, no durmió en su camastro aquella noche, ya que, aunque no pertenecía a ninguna organización de soldados, tenía miedo de que lo arrestasen. Como todos los simpatizantes republicanos, estaba asustado; temía que los derechistas adivinasen lo que pensaba.

«Al amanecer empezaron lo tiros. Pero no recibimos órdenes; a nadie de la compañía se le ordenó ocupar posiciones defensivas. Estábamos completamente desorientados…»

Con el brazo en cabestrillo por haberse roto un dedo al caerse por una escalera cuatro días antes, el capitán Orad de la Torre ajustó sus piezas de artillería para hacer fuego a la distancia de 400 metros. Luego miró por encima del cañón. El blanco era tan enorme que no podía fallar el tiro. Había querido iniciar el fuego tres horas antes, pero no había recibido ninguna orden. Con la primera luz varios aviones habían sobrevolado el cuartel, arrojando octavillas en las que se pedía su rendición. En todas las casas alrededor del cuartel había altavoces que pedían lo mismo. Los aviones no tardarían en volver con bombas. Miles de civiles, la

mayoría de ellos sin armas, se mezclaban entre los guardias de asalto y los guardias civiles. Se envió un emisario al cuartel para que exigiera la rendición en el plazo de 20 minutos. El hombre regresó con el mensaje de que los militares nunca se rendirían.

«A las siete de la mañana di orden de hacer fuego. La primera descarga fue en recuerdo del capitán Faraudo, la primera víctima del fascismo, asesinado en las calles de Madrid hacía sólo un mes. La segunda, en recuerdo del teniente Castillo, abatido a tiros sólo una semana antes… La tercera en nombre de la república española. Todas se dispararon directamente contra el cuartel. Sólo tenía 138 obuses y no podía permitirme el lujo de desperdiciar uno sólo…»

La primera andanada hizo impacto en la puerta principal. Los muros del cuartel eran tan gruesos que, para tener efecto, los obuses tendrían que penetrar por una puerta o ventana. Ordenó fuego rápido para que pareciese que había el doble de piezas de campaña. De servir los cañones, se encargaban voluntarios del cuerpo de técnicos auxiliares y exartilleros que se encontraban presentes entre el gentío. Cuando necesitábamos moverlos, la gente lo hacía a fuerza de brazos.

«La gente se comportaba heroicamente. No eran muchos los que tenían armas. La noche antes, al hacer que sacasen los cañones, ordené que el camión pasase por la Puerta del Sol y allí arengué a la multitud, instándola a acompañarme a poner sitio al cuartel. Un gran gentío echó a correr detrás del camión gritando "¡Viva la república!", y "¡Vivan los oficiales honrados del ejército!"…»

Desde el alba los defensores sabían que estaban sitiados. Eugenio Lortán vio que los guardias de asalto tomaban posiciones en las azoteas de las casas de la calle Ferraz, mientras otros colocaban colchones en los balcones. De haber dependido de él, habría disparado contra ellos. Pero nadie dio la orden. Jamás en la vida había disparado un fusil y su ignorancia de los asuntos militares era tan grande que, al ponerse la guerrera del uniforme de campaña, embutió los faldones en los pantalones como si fuera una camisa, en vez de dejarlos colgando por fuera. «Había mucho entusiasmo, mucha determinación, pero poca experiencia».

Entre los sitiadores pudo ver a los guardias civiles. «Con ellos y los guardias de asalto y los milicianos no hay mucha esperanza de que podamos ganar», pensó. Pero ¿por qué no intentaban una salida?

A 200 metros escasos del cuartel, el teniente Vidal colocó una pieza de campaña de 155 mm «¡Qué par de cojones los suyos! —explicaba el capitán Orad de la Torre—. A esa distancia podrían haberle dado con una pistola. Infundió un

verdadero pánico en los del cuartel…»

Un obús penetró en el recinto e hirió al general Fanjul y al coronel de infantería. Sin haber recibido órdenes aún, el zapador republicano, Francisco Sampedro, se encontraba junto a la puerta principal del cuartel de ingenieros cuando, ante su sorpresa, ésta se abrió. Sin dudarlo un instante, echó a correr.

«Sólo pensaba en escaparme. Salté a la calle desde lo alto del muro de contención, que tenía cuatro metros. Al saltar, desde dentro del cuartel dispararon contra mí. Pero, pese a ello, pude ver que alguien había colgado una sábana blanca en una ventana…»

De entre los atacantes surgió un grito: «¡Bandera blanca! ¡Se rinden!». El capitán Orad de la Torre oyó que el teniente Moreno de los guardias de asalto gritaba que nadie se moviese. Sin hacerle caso, la gente empezó a correr hacia adelante…

«De pronto cesaron los disparos desde el cuartel. Sin duda fue una coincidencia, pero resultó fatal para los defensores…»

Como una liebre corría hacia el cuartel un joven libertario de 15 años, Manuel Carabaño. No llevaba armas. Las balas comenzaron a silbar a su alrededor. Consiguió llegar al muro de contención antes de que una ametralladora abriese fuego desde el interior del cuartel. La gente que venía corriendo de la plaza de España se detuvo, luego se retiró. Vio muertos y heridos en el suelo. Un guardia de asalto le empujó hacia atrás, preguntándole qué hacía allí. Otro guardia le dijo al primero que dejase al muchacho en paz, que para llegar allí se había jugado la vida. Manuel se quedó pegado a ellos. Ellos estaban en la primera línea del ataque, ellos eran los que tenían armas. Pedro Suárez, de las MAOC, echó a correr hacia adelante y vio el cadáver de «Manías», miembro de la juventud comunista, que se había ganado el apodo a causa de su manía por vender periódicos de izquierdas.

«Todo el mundo había visto la bandera blanca. Entonces vi a "Manías" tendido en el suelo. Estaba muerto. Siempre gritaba: "¡Abajo los carcas y el clero!"… Y ahora ellos lo habían matado. Me arrojé al suelo, me parapeté detrás de un quiosco de refrescos y allí me quedé hasta el asalto final, que se produjo media hora después más o menos…»

Al mediodía los oficiales ordenaron a los falangistas que se retirasen al interior del cuartel. Eugenio Lortán no había visto ni oído hablar de la bandera blanca.

«Sin duda fue un intento de contragolpe por parte de los que se oponían al levantamiento, reflexioné más adelante. Al retirarnos hacia el interior, ordenaron a unos cadetes militares que desmontasen la ametralladora con la que habían estado disparando. Luego nos ordenaron que dejásemos las armas; parecía absurdo…»

«"¡El cuartel está perdido, será mejor que escapéis!", oí gritar a alguien —contaba Mario Rey—. A lo lejos se oía un vocerío. Me quité la guerrera del uniforme de campaña y salí mezclándome entre el gentío. Después del asalto la gente había irrumpido en el cuartel, que había sido tomado por los guardias civiles. Había hombres que se ponían cascos de soldado y cogían los fusiles abandonados y gritaban como críos. Nadie se fijó en mí…»

Manuel Carabaño había entrado detrás de los guardias de asalto. Lo primero que vio fue un fusil. Lo cogió. ¡Por fin estaba armado! Salió y vio a un grupo de hombres en mangas de camisa que gritaban «¡Viva la república!», para ocultar el hecho de que eran oficiales. Un grupo de milicianos los rodeó gritando «¡Fascistas!».

«Entonces vi que una mujer malcarada que estaba con un chico herido los apuntaba con una pistola y hacía fuego. Empezaron a sonar tiros por todos lados y los hombres del grupo cayeron segados como un campo de trigo. Era la primera vez que veía morir a alguien y para mí sigue siendo la peor experiencia de toda la guerra…»

«Gracias a la divina providencia», Eugenio Lortán había conseguido salir del cuartel sin que nadie reparase en él. La radio acababa de anunciar que todos los soldados estaban desmovilizados, de modo que a nadie le sorprendía ver a jóvenes sin uniforme saliendo del cuartel. Se encaminó hacia su casa. Dos veces lo detuvieron las patrullas de milicianos. La segunda estaba compuesta por mujeres armadas con pistolas. Le preguntaron dónde había estado.

«"En la Montaña". "¿Qué ha pasado?" "Hemos matado a todos los fascistas". Todavía llevaba puestos los pantalones del uniforme. Pero, por suerte, no se fijaron en que calzaba mocasines. No es eso lo que suelen calzar los soldados…»

El capitán Orad de la Torre entró en el cuartel; el patio estaba lleno de cadáveres. Habían hecho una carnicería con los defensores. Pensó que ellos mismos habían tenido la culpa, a causa de la bandera blanca. Siguió adelante y, al pasar por delante de una sala de suboficiales, vio que alrededor de la mesa había varios oficiales sentados.

«Entré. A la cabecera de la mesa había un comandante con el corazón atravesado por un balazo. Todos los demás estaban desplomados sobre las sillas y presentaban heridas parecidas. Supuse que, al ver que todo estaba perdido, se habían sentado allí y que el comandante, sacando el revólver, se habría suicidado. Los otros oficiales habían seguido su ejemplo. Entre ellos había algunos a los que conocía, compañeros míos de armas…»

En total, de los 145 oficiales del cuartel de la Montaña, 98 murieron en combate, ante el pelotón de fusilamiento, abatidos sin contemplaciones o suicidados.

Tras la caída del cuartel de la Montaña, no fue mucha la resistencia que opusieron el de Campamento, en Carabanchel, donde estaban acuartelados un regimiento de artillería montada y un batallón de zapadores, y el regimiento n.º 1 de infantería, que se hallaba en un cuartel situado al sur del parque de El Retiro. Entre las bajas registradas en el ataque contra Campamento se hallaban un hermano y un sobrino de 15 años del capitán Orad de la Torre, ambos, al igual que él, miembros del partido socialista.

Por toda la ciudad se habían oído disparos de cañón y de ametralladora. Fernando Tafalla, estudiante de arquitectura, se levantó apresuradamente, se puso la ropa de diario y salió a curiosear. El entusiasmo, la bravura y la espontaneidad de la gente resultaban increíbles; lo mismo su falta de experiencia. Le dijo a un obrero que no estaba manejando bien su fusil y el hombre lo miró de los pies a la cabeza y, viéndolo vestido de señorito, puso cara de preguntarse «¿Qué hace aquí un tipo como éste?».

Simpatizante del partido comunista como era, comprendió la reacción del otro. La burguesía había estado haciendo todo lo posible para crear una situación que obligase al ejército a sublevarse. Habían estado boicoteando a la república. «Que la república os dé trabajo», les decían a los obreros, quienes, para defender sus legítimos intereses, se habían visto forzados a tomar medidas. A veces, ante el boicot o el *lock-out* no habían tenido más remedio que ocupar las fábricas. Pero de eso a pedir la revolución había un largo trecho.

En la otra punta de la ciudad el marqués Puebla de Parga, un joven monárquico, también despertó a causa de las detonaciones. No se sorprendió. El día antes, tras asistir a misa, se hallaba sentado con unos amigos en el café Roma cuando a toda velocidad pasó un coche lleno de milicianos armados con pistolas ametralladoras. «¡UHP!»[13], gritaron al ver a los jóvenes sentados en el café. «Ya ha empezado», les dijo a los demás.

Desde las elecciones había existido un clima de predestinación, de que estaba a punto de producirse una catástrofe. En los círculos comerciales y financieros que él frecuentaba, el desánimo se había convertido en desespero, no solamente por la situación económica, sino debido a la creciente agitación social «Une certaine idée de la patrie», como decían los franceses, se veía amenazada: la religión era objeto de ataques desde la proclamación de la república; el patriotismo, la unidad de España, amenazados por los nacionalismos catalán y vasco. En realidad, pensó, la guerra ya había empezado en 1932. No se había respetado la legalidad constitucional, la ley y el orden se habían convertido en un problema casi inmediatamente, se habían incendiado conventos y suprimido la enseñanza religiosa. Ambos bandos no habían tardado en convencerse de que la situación no podía tener más salida que la guerra. Recientemente, su compañero de piso, uno de los agregados de la embajada británica, le había dicho de forma rigurosamente confidencial que en la embajada tenían información de que estaba a punto de estallar una revolución izquierdista. La UGT y la CNT estaban reuniendo armas. Su amigo le había instado a que se fuese con él a Pamplona, pero, ocupado con la herencia de su padre, no había podido marcharse de Madrid. Con los disparos resonando aún en sus oídos, se encaminó hacia la embajada británica en busca de la autorización para izar la Unión Jack en el balcón y poner un letrero en la puerta diciendo que el piso era propiedad de un diplomático británico.

En la Puerta del Sol los autobuses militares tenían dificultades para atravesar el gentío. Andrés Márquez, funcionario público y miembro destacado de la juventud de Izquierda Republicana, acababa de abandonar la sede del partido en la Calle Mayor por primera vez desde hacía dos días. Vio a los oficiales rebeldes, pálido el rostro, que eran conducidos presos en los autobuses y oyó que la muchedumbre gritaba «¡traidores!, ¡traidores!». La escena era tumultuosa. Temió que la gente se tomase la justicia por su mano. Cinco años antes, en el mismo sitio había presenciado el júbilo popular ante la proclamación de la república. Ahora esto… Pero, al igual que tan a menudo hiciera antes, la multitud demostró poseer espíritu cívico: a los autobuses les fue permitido el paso.

«¿Qué habría pasado si en aquel momento se hubiese sabido que en las ciudades donde los militares habían triunfado se perseguía como a animales a republicanos cuyo único crimen era el de haber querido ser libres? En nombre de la defensa de la patria y de la religión, la derecha española estaba dispuesta a cometer cualquier crimen para retener sus privilegios. Su falso concepto de la religión le daba un frío sentido de indiferencia. Más que una oligarquía militar, financiera o política, la derecha española tenía sus raíces en el clericalismo. Pero una religión que nada tenía que ver con el cristianismo…»

A su modo de ver, lo que más miedo daba a la derecha era que la república

tratase de introducir en el país una mentalidad política nueva y moderna; si se permitía que el proceso evolutivo siguiera un año más, sería ya irreversible. Por desgracia, la izquierda socialista había tratado de alienar a los trabajadores respecto de dicho proceso. El mejor organizado, el de mayor importancia numérica de los partidos del país, el que al principio fuera el más firme apoyo de la república, había cometido un grave error…

¿No serían más bien los republicanos liberales de la pequeña burguesía quienes, al no satisfacer las necesidades más elementales del pueblo, habían cometido el más grave de los errores?, reflexionó Antonio Pérez, un estudiante, miembro de la juventud socialista. «Un régimen que, en su constitución, se había declarado "una república de todos los trabajadores", había permitido que el jornalero andaluz viviese sin trabajo seis meses al año, alimentándose de pan y vinagre». El pueblo español pasaba hambre. Ésa era la situación que había que remediar. Era preciso ejercer una presión constante sobre los republicanos para tener la seguridad de que tomasen medidas. No se trataba de hacer una revolución: a la juventud socialista le faltaba una teoría revolucionaria coherente; de lo que se trataba era de atender una serie de necesidades elementales, de combatir la violencia que iba en aumento. En la escuela de comercio, donde él estudiaba, había una lucha permanente entre los miembros de la Federación Universitaria de Estudiantes (FUE) y la Falange. De las peleas a puñetazos se pasó a las pedradas, a las porras y finalmente a las pistolas. Dos de los estudiantes falangistas de la escuela murieron en un tiroteo cuando, al parecer, trataban de atacar el edificio donde estaba instalado el periódico del partido comunista. «Desde las elecciones se veía claramente la inminencia de la lucha; no era posible volverse atrás…»

La violencia estaba en el aire desde hacía aún más tiempo, desde la insurrección de octubre de 1934; había empezado a nivel verbal, enseñoreándose de la política española, tanto la oficial como la personal, pensaba otro estudiante llamado Paulino Aguirre. Estudiante de artes liberales en la universidad e hijo de un político de la monarquía, no se había visto envuelto en los frecuentes choques; pero no se hacía ilusiones acerca de las honduras de la violencia…

«La idea de que era necesario matar, destruir para defenderse, la expresaban constantemente personas normales de ambos bandos. Era una idea nacida del tipo de mentalidad que se niega al diálogo y al compromiso. La violencia verbal era un hecho social. Sin embargo, a la mayoría se le antojaba inconcebible que debiera cruzarse la barrera entre las palabras y los actos. Cuando una pequeña mayoría lo hizo, cuando se pusieron en práctica cosas que se habían dicho, surgió una situación nueva. La violencia verbal prefiguró una guerra que en general no se esperaba, condicionó su estallido, incluso lo precipitó…»

FEBRERO-JULIO DE 1936.

¡¡Españoles!!

100 000 millones de propiedad agrícola y ganadera

50 000 millones de propiedad urbana

25 000 millones de valores mobiliarios privados

20 000 millones de valores mobiliarios del estado

50 000 millones de «outillage» y la organización de la industria y el comercio

15 000 millones de valores de capital bancario, reservas y cuentas corrientes

5000 millones de valores de ferrocarriles

3500 millones de las cajas de ahorros y similares.

Toda esta riqueza de 300 000 millones de pesetas, de la fortuna de España, se nacionalizaría y sería incautada o destruida por el comunismo soviético.

Todo el mundo se quedaría en la calle, sin más que la ropa puesta, de no perder también la vida. ¡Obreros, empleados y funcionarios: seríais esclavos, trabajando sólo por la mala comida y peor vestido, si votáis al bloque comunista-socialista-izquierdista-revolucionario! ¡Españoles, si tenéis un adarme de buen sentido, si tenéis un átomo de instinto de conservación, votad con férrea disciplina las candidaturas del frente antirrevolucionario!

¡¡Por la salvación de España!!

La Nación, monárquico de derechas

(Madrid, 15 de febrero de 1936).

TRABAJADORES, CIUDADANOS DEMÓCRATAS

La CEDA y sus cómplices piden vuestros votos para continuar la obra de terror, de injusticia y de robo del bienio negro.

El Frente Popular reclama vuestra ayuda y vuestros votos para libertar a 30 000 hombres, devolver a su trabajo 70 000 y exigir responsabilidades a los torturadores y a los ladrones.

¡VOTAD AL FRENTE POPULAR!

El problema de España no es de sucesiones políticas, sino de transformación de la economía.

En las elecciones, el proletariado se pone del lado de los partidos burgueses, olvidando su misión esencial de capacitarse y organizarse para transformar las bases sociales.

Solidaridad Obrera (Barcelona, 14 de febrero de 1936).

En febrero la victoria del Frente Popular en las elecciones generales había sido obtenida por un escaso margen de votos[1].

Inmediatamente después, el desarrollo desigual de España empezó a patentizarse en la forma dispar en que se extendió la violencia y la agitación después de los comicios. En las periferias avanzadas de los litorales catalán y vasco —ocupadas respectivamente en las fases primaria (textiles) y secundaria (metalurgia) de la industrialización— había una calma relativa. En Cataluña, el Front d'Esquerres había obtenido el 59 por ciento del voto popular. La Lliga Catalana, representante de la burguesía, había aceptado su derrota, pasando a desempeñar el papel de leal oposición. La Esquerra, el partido de la izquierda republicana de la pequeña burguesía y principal vencedor en las urnas, se había vuelto más moderado. Tomàs Roig Llop, abogado nacionalista catalán y miembro destacado de la Lliga, creía que en Cataluña no había motivos para que nadie viese con buenos ojos una sublevación militar, y mucho menos el temor a una revolución proletaria. «Un golpe militar no podía hacer más que amenazarnos con la pérdida de lo que tanto esfuerzo nos había costado ganar: nuestro estatuto de autonomía».

La calma relativa que reinaba en Cataluña —«oasis de paz»— no significaba forzosamente que la clase trabajadora se sintiera satisfecha con el estado de cosas existente. En especial, los militantes de la CNT criticaban a la república por no satisfacer las necesidades de la clase obrera. A pesar de ello, la CNT, a diferencia de lo que hiciera en 1933, no había dicho a sus militantes que se abstuvieran en las recientes elecciones. Sus votos, destinados a poner en libertad a los miles de presos políticos encarcelados desde octubre de 1934, habían contribuido a la victoria del

Frente Popular. A juicio de Andreu Capdevila, obrero textil de la CNT, el pueblo votó para dar carta blanca al gobierno republicano con el fin de que sofocase la amenaza del fascismo.

«Todo el mundo sabía que la oficialidad del ejército estaba conspirando. ¿Por qué no tomaba medidas el gobierno? ¿Por qué no creaba un nuevo ejército que fuese leal a la república? En su defecto, ¿por qué no pedía a la clase obrera que, dirigida por oficiales de confianza, levantase barricadas alrededor de todos los cuarteles de España? Había un 80 por ciento de probabilidades de que la tropa, ante la visible oposición de la clase trabajadora, no se sublevase… Pero los republicanos le tenían más miedo a la clase obrera que a los militares…»

No había un clima especial de violencia, aunque sí de hostilidad generalizada, en las regiones que formaban un amplio arco al este y al oeste de Madrid, y en las que predominaban los medianos y pequeños propietarios agrícolas. La república no había hecho nada para mitigar las dificultades de un campesinado predominantemente católico; a decir verdad, la derecha podía argüir que la república había empeorado su situación. En lo que se refiere a los productores de trigo, en el mejor de los casos su producción permitía solamente un superávit magro y fluctuante. Dos cosechas excelentes se habían unido a la importación de trigo extranjero y a la depresión económica para hacer que cayeran los precios. Entre los campesinos católicos estaba muy extendida la opinión de que «la república representaba el desorden». «Lo que necesitábamos era ley y orden, paz y bienestar. Los que apoyaban al régimen republicano constantemente se declaraban en huelga e impedían trabajar a la gente», decía el hijo de un campesino importante del pueblo castellano de Castrogeriz.

Antonio Giner no pertenecía a ningún partido político. Como patrono, apoyaba el derecho de los trabajadores a tener un sindicato que defendiera sus intereses, pero no cuando los líderes del mismo exigían a sus afiliados que abjurasen de sus creencias religiosas, «de una fe que para nosotros era querida y tradicional», lo cual denigraba el concepto mismo de sindicato. Deseaba un precio justo para el trigo; en la finca tenían almacenadas las cosechas de dos años con la esperanza de poder venderlas a un precio razonable. «Teníamos la suerte de disponer de espacio y dinero. La mayoría de los agricultores más pequeños tuvieron que vender a los precios ridículos que les ofrecían». Con todo, le parecía que sus verdaderas necesidades podían resumirse sucintamente: «Yo era agricultor y quería solamente tres cosas: familia, religión y trabajo. Nada más». Secundando este punto de vista, Fernando Sánchez, un labrador local, expresó por qué era de derechas.

«Era partidario del orden. Me gustaba trabajar honradamente. Nos pagaban

poco, comíamos ajo y mendrugos de pan y sin nada más en el estómago trabajábamos todo el día… y vivíamos de lo que ganábamos. No pertenecía a ningún partido político, sino que pertenecía a la tierra…»

Castrogeriz[2] había votado por la derecha por una mayoría de 570 a 270, proporción que era superior incluso a la de la totalidad de la provincia de Burgos. No sólo se hizo evidente que la izquierda no había sabido organizar al campesinado castellano, sino que se veía claramente que ello tendría consecuencias dramáticas en el futuro. Así pensaba un mecánico simpatizante de la CNT que vivía en la capital de la provincia. José Besaibar era consciente de que la clase obrera necesitaba tener al campesinado de su parte, si quería evitar el triunfo de la contrarrevolución capitalista. Si los campesinos se pasaban al bando capitalista —como era casi seguro que harían si no se les organizaba—, formarían el grueso de la carne de cañón de los capitalistas. A su modo de ver, el fracaso de la izquierda se debía sobre todo a una cosa.

«Al hecho de que las organizaciones obreras se negasen a dejar en paz la cuestión religiosa. En vez de unirse en torno a sus verdaderos intereses, hacer la revolución, se ocupaban de si la gente iba o no a la iglesia. Fue una equivocación fatal en lo que respecta al campesinado…»

La derrota electoral de la derecha, encabezada por la CEDA, el partido católico de masas, desilusionó a muchos de los seguidores de dicho partido: la vía parlamentaria hacia el estado corporativo y autoritario estaba bloqueada. La desilusión fue especialmente grande en el seno del mayor movimiento juvenil de derechas católicas, las Juventudes de Acción Popular (JAP), muchos de cuyos afiliados desertaron para ingresar en la Falange. Un obrero burgalés que pertenecía a las JAP tenía la impresión de que Gil Robles, el líder de la CEDA, había cometido una equivocación fatal al no hacerse con el poder aprovechando su presencia en el gobierno unos meses antes. Desde la quema de conventos en mayo de 1931[3], a Maximiano Prada, impresor y socio del Círculo de Obreros Católicos de Burgos, le parecía evidente que las cosas iban mal. La victoria del Frente Popular no hizo más que confirmárselo. Antes había creído, incluso esperado, que la paliza recibida por los mineros asturianos tras su insurrección en octubre de 1934 calmaría las cosas; en vez de ello, parecían haber empeorado. «Queríamos una república fuerte, una república que impusiera la ley y el orden en el país, que permitiera los partidos políticos, pero prohibiese la persecución religiosa. Gil Robles era demasiado blando». La visión que de la situación tenía Prada se vio agudizada por el creciente desempleo provocado por el boicot a las inversiones declarado por el capital tras las elecciones.

«Los capitalistas hacían el boicot al trabajo y los sindicatos izquierdistas nos

lo hacían a los obreros católicos. Las cosas se pusieron tan mal que tenían que pagarnos el sábado al mediodía, ya que, si nos pagaban por la tarde, los izquierdistas sin trabajo quizá nos habrían robado el jornal…»

La radicalización de la juventud del país, a derecha e izquierda, fue un fenómeno característico de la crisis política. La huida hacia la Falange de los miembros de las JAP anunció la suerte que el partido madre, la CEDA, correría durante la guerra. En Valladolid, la principal ciudad de Castilla la Vieja, Mariano Escudero, destacado miembro de la CEDA, trató vanamente de cortar la huida hacia la Falange. Abogado y secretario local de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, así como exteniente de alcalde, comprendía los motivos de su fracaso: «Todo el mundo estaba convencido de que iba a producirse una revolución comunista; los militantes de las JAP creían que nos estábamos comportando todos como cobardes ante la amenaza». La Falange, que en la localidad era fuerte, era la única organización dispuesta a afrontar el peligro. Incluso él, muy a su pesar, había llegado a la conclusión de que por la vía parlamentaria ya se podría restaurar la legalidad republicana, a la que los socialistas habían asestado el primer golpe devastador con su insurrección en octubre. La verdadera causa del fracaso del régimen residía en el hecho de que no se hubiese entablado el diálogo entre la CEDA y el partido socialista. A la CEDA le correspondía su parte de la culpa. Había atraído a gente cuyo único motivo para ingresar en ella era el miedo, y esa gente había alcanzado fuerza suficiente dentro del partido para poder bloquear la legislación reformista como la que propusiera su propio ministro de Agricultura[4]. A su modo de ver, los católicos tenían la obligación de poner en práctica una justicia social que impidiera a la gente «pensar en soluciones de extrema izquierda». Dollfuss en Austria era quien más se acercaba al ideal. Pero la CEDA a menudo se había mostrado retrógrada. Los socialistas habían recurrido a la violencia. No se había podido entablar ningún diálogo. Y ahora se veía venir la violencia.

«Me reía, pero por dentro no tenía ganas de reírme. Pasara lo que pasara, no había duda de que el resultado sería muy cruel…»

Su colega Ernesto Castaño se había desplazado a Valladolid para hablar del alzamiento con miembros de la guarnición. Se trataba de uno de los principales organizadores del Bloque Agrario de Salamanca[5] y en las elecciones había resultado reelegido diputado a Cortes por la CEDA, pero, al igual que otros dos colegas de su provincia natal, había sido privado de su escaño bajo la alegación de dudosas irregularidades electorales. A su juicio, la república había fracasado irremediablemente y por razones muy parecidas a las que antes provocaran el fracaso de la monarquía: el no permitir que el espectro político se ampliase hasta sus límites, tanto a diestra como a siniestra. Los republicanos de izquierda no

estaban dispuestos a tolerar competencia alguna, afirmaban que Gil Robles estaba dominado por la iglesia y que quería «entrar a formar parte de la república para hundirla». Nada más lejos de la verdad. «Si la CEDA hubiera ganado las elecciones de 1936, no hubiésemos cambiado ni un ápice de la república. Gil Robles jamás soñó en hacer aquello de lo que le acusaban sus enemigos: tratar de conquistar el poder para instaurar un régimen fascista. No había mayor enemigo del fascismo…»[6]

Castaño se encontró con que la guarnición de Valladolid era indiferente a la idea de un levantamiento, cosa que no cambiaría hasta mayo. En cuanto a los líderes falangistas de la localidad, mantenían la «absurda posición» de que el levantamiento debía tener lugar sin participación de los militares. Obrando sin conocimiento de Gil Robles o de otros líderes de la CEDA, continuó sondeando la opinión en otras partes del país con vistas al levantamiento que ahora era la única solución.

Valladolid era el lugar de nacimiento de las JONS, el movimiento nacionalsindicalista que en 1934 se había fusionado con la recién creada Falange en la misma ciudad. Sus afiliados se reclutaban principalmente entre los universitarios, empleados de servicios (camareros, taxistas), artesanos y pequeños agricultores. Onésimo Redondo, cofundador de las JONS, dirigía un sindicato de remolacheros que había conseguido mejorar la suerte del pequeño campesinado de este sector. Tomás Bulnes, su colaborador íntimo, creía que el campesinado era antirrepublicano no *a priori*, «sino debido a lo que la república había resultado ser: antirreligiosa, tolerante con la anarquía en todo lo que representaba la ruina para el labriego. Castilla, sobre todo, era religiosa, patriarcal. No era casual que del campesinado castellano procedieran la mayoría de los religiosos de España: sacerdotes, frailes, monjas…».

MILITANCIAS 2

ALBERTO PASTOR, agricultor (FE).

En el pequeño pueblo de Tamariz de Campos, al noroeste de Valladolid, Alberto Pastor, miembro de las JONS desde 1932, ayudaba a su tío a cultivar la finca de su familia, cuya extensión era de 400 obradas (poco más de 200 hectáreas).

Tamariz —«pueblo donde unos pocos poseían mucho»— alardeaba de 100 pares de mulas (y, por consiguiente, de otros tantos jornaleros encargados de ellas), pero sus habitantes, entre los 800 y los 900, no gozaban de calles empedradas o de agua corriente en sus casas, muchas de las cuales estaban hechas de adobe. A pesar de todo, era un lugar de prósperos productores de trigo, dos o tres de los cuales poseían el doble de tierra que Pastor. La Tierra de Campos era buena para plantar cereales.

Llevaba dos meses languideciendo en la cárcel de Valladolid. Las cosas habían cambiado desde la misma llegada de la república. Recordaba que antes había existido un sentimiento de camaradería entre los jornaleros y los agricultores. Aunque él era hijo del amo, trabajaba codo a codo con ellos en los campos, comía lo mismo que ellos y, durante los descansos, con ellos se sentaba para fumar y hablar de lo que fuese. «En realidad no había ninguna diferencia entre nosotros». Pero la república lo había echado todo a perder. Los jornaleros habían cambiado, llegaban agitadores para soliviantarlos y se hizo peligroso salir a los campos. Cuando iba a trabajar llevaba una pistola en el bolsillo; hombres que antes de la república eran casi hermanos apenas le hablaban ahora. Pero le conocían, sabían que iba armado.

Siempre había preferido estar con los obreros en vez de con gente de su propia clase. Su padre, que era médico, y su madre le habían educado así; de niño sus mejores amigos habían sido los chiquillos más pobres. Uno de sus hermanos fue de los primeros que ingresaron en las JONS. Hacía menos de un año de su creación cuando también él ingresó. Se sintió atraído hacia la organización por la injusticia social que veía a su alrededor y porque las JONS luchaban contra el terrorismo y la subversión. Tal vez otras naciones estuvieran preparadas para la democracia, pero él estaba firmemente convencido de que «la raza latina solamente podía vivir bajo la dictadura». La democracia era un ideal, pero en España la libertad pronto se convertía en libertinaje. La revolución nacionalsindicalista que las JONS proponían sería algo distinto.

«Significaba redistribuir parte de la riqueza del país de una manera nueva, más justa; significaba que todo el mundo tendría que trabajar, pero trabajar junto a los demás, en pura armonía; era puro evangelismo, la doctrina de Jesucristo en el sentido de que todo el mundo debía vivir mejor, no que unos fuesen ricos y otros pobres…»

Ello no quería decir que debiera expropiarse a todos los que poseyeran riqueza. Lo que significaba era que los ricos tenían que sacrificar una parte de su riqueza con el fin de que los pobres viviesen mejor. Un terrateniente propietario de 2000 hectáreas que se negase a cultivar la tierra como es debido no tenía derecho a

poseer tanta cuando había dos millones de españoles que pedían tierra; se expropiarían las tierras del latifundista y a éste se le compensaría, aunque no se le pagaría un precio muy alto. Pero no se expropiaría al terrateniente que pagase salarios justos, aunque tal vez fuese necesario pedirle que sacase un beneficio del 7 por ciento en vez del 10 por ciento para que otros pudieran vivir mejor.

«Nuestras ideas eran revolucionarias, no evolutivas. Pero la revolución que nosotros ofrecíamos no era sangrienta y destructiva, sino constructiva. No éramos de izquierdas ni de derechas ni de centro. Éramos un movimiento con espíritu propio y nos proponíamos no defender a los ricos, pero tampoco poner a los pobres por encima de ellos. En muchos puntos estábamos de acuerdo con los socialistas. Pero ellos eran revolucionarios materialistas y nosotros lo éramos espirituales. Lo que más nos diferenciaba era que nosotros carecíamos del odio al capitalismo del que ellos daban muestra. Los marxistas declaraban la guerra a todo el que poseyera riqueza; nuestra idea era que la derecha cediera una parte con el fin de permitir a otros vivir mejor…»

En marzo de 1934 asistió en Valladolid a la reunión en la que quedaron unificadas las JONS y la Falange Española de José Antonio Primo de Rivera. A su modo de ver, las JONS eran más revolucionarias, la Falange «menos dictatorial, más filosófica»[7]. No en vano las JONS se autocalificaban de sindicalistas; «a veces éramos capaces de utilizar las mismas tácticas que los anarcosindicalistas». La reunión terminó con tiros por las calles de Valladolid.

De vuelta a su pueblo natal, donde era el único falangista y prácticamente no podía salir de casa por la noche a causa del peligro, intentó volar con un cartucho de dinamita la casa del pueblo de los socialistas; las amenazas de los jornaleros se estaban haciendo intolerables[8]. Hasta parecía que las mujeres fuesen las peores. En cierta ocasión disolvieron una procesión religiosa bailando y gritando en torno a la misma mientras discurría por las calles. Un hombre orinó públicamente en la puerta de la iglesia La justicia divina cuidó de que un año después muriese de un cáncer en el ano… El cartucho de dinamita explotó, pero, como no tenía experiencia en estas cosas, no lo colocó correctamente y los daños que causó no fueron importantes.

Su novia a veces tenía que llevarle la pistola escondida en el seno cuando bajaban al pueblo, ya que los guardias civiles siempre estaban registrando a la gente para ver si iba armada. No es que a él le quedase mucho tiempo libre para salir. Debido a la jornada de ocho horas impuesta por la república, cultivar la tierra se estaba haciendo imposible. Tenía que dormir en los establos para poder alimentar a los cinco pares de mulas y tenerlas preparadas para salir al campo a las ocho de la mañana, y volverlas a traer por la noche, y así aprovechar al máximo la

jornada, que antes era de la salida a la puesta del sol.

Si las cosas estaban mal antes, a partir de la victoria del Frente Popular en los comicios, se habían puesto aún peor. Uno de los jornaleros amenazó con una pistola a su tío en el campo. «¡Me cago en la leche! ¡Vamos a eliminar a todos estos carcas!», exclamó. Su tío era gordo, cobarde y no se había atrevido a desmontar del caballo en los campos desde la proclamación de la república; daba pena al llegar a casa.

«Sentí que me hervía la sangre. Recuerdo que estaba cosiendo cabezadas para las mulas. Cuando los trabajadores volvieron de los campos, desarmé al sujeto y entregué su pistola al juez de paz. A la mañana siguiente, cuando mi tío fue a abrir la puerta para que entrasen los trabajadores, uno de ellos volvió a amenazarle con matarlo…»

Con la pistola en el bolsillo, acompañó a su tío al ayuntamiento. Desde lejos vio que la plaza del pueblo estaba abarrotada de gente: los jornaleros se habían declarado en huelga. «No corras», advirtió a su tío. Él se cubrió detrás de una columna; en aquel momento la gente comenzó a moverse hacia ellos. Asustado, su tío echó a correr, perseguido por un jornalero en cuya mano Pastor vio brillar un cuchillo. Su tío tropezó y cayó al suelo.

«Saqué la pistola. "Veremos si son capaces de matarme", pensé. Comencé a disparar. La gente huyó. Mi tío estaba muerto de miedo, pero ileso. Entré en el ayuntamiento, donde se hallaba reunido el consistorio socialista. "¡Manos arriba!" Los hice salir a punta de pistola. "Dame esa pistola", dijo el juez de paz. "Si la quiere, cójala por el cañón", repliqué. No iba a entregársela cuando fuera en la plaza 100 hombres estaban esperándome para matarme…»

Echó un vistazo a la sala del consistorio y descubrió la pistola del jornalero que el día antes había entregado al juez. Iba a necesitar dos para salir vivo de allí. Pudo ver que en la plaza había hombres armados con horcas de madera y escopetas de caza dispuestos a ir por él. Mientras tanto, revolviendo algunos papeles, encontró «las listas negras de todos aquellos de nosotros a los que iban a asesinar». Su tío no era el único al que se proponían matar. Volvió a mirar por la ventana y vio que habían llegado guardias civiles de Medina de Rioseco. Ya no habría más tiros. Antes de abandonar el ayuntamiento, mandó que le trajesen el mejor puro que hubiera en el estanco del pueblo.

«Salí y levanté el cigarro con las manos esposadas, por encima de la cabeza, y grité: "¡Arriba España!". El escándalo que se produjo fue tremendo. Me habrían linchado de no haberme protegido los civiles. No se veía ni a uno sólo de los

agricultores terratenientes; aunque pensaban igual que nosotros, todos se habían encerrado en sus casas…»

Su abogado defensor quería evitar que el juicio se politizara. Pastor se opuso a esta defensa, llegó al juzgado vistiendo su camisa azul de falangista, la corbata roja y negra, e hizo el saludo fascista. «¡Arriba España!», exclamó. Lo sentenciaron a varios meses de cárcel, donde pronto se encontró en compañía de la mayoría de los jefes falangistas locales, quienes se hallaban bajo arresto preventivo.

A raíz del intento de asesinato de un destacado profesor y diputado socialista de Madrid, los jefes falangistas de la capital habían sido arrestados y clausurada la sede del partido. José Antonio Primo de Rivera siguió dirigiendo el movimiento desde la prisión. En Segovia el jefe local de la Falange, un estudiante llamado Dionisio Ridruejo, seguía en libertad. Estaba convencido de que las elecciones generales de febrero habían sido las últimas y se sentía igualmente seguro de que, si el Frente Popular se establecía en el poder, iba a producirse una revolución: los socialistas se harían con el poder.

«No hay duda de que ésa era la impresión de la burguesía y a mí me parecía que no se equivocaba. Desde la calle los socialistas ejercían una presión constante sobre el gobierno. Las masas estaban tomando la iniciativa, aun cuando no se estuvieran encaminando deliberadamente hacia la revolución. La burguesía estaba asustada. Como jamás había hecho su propia revolución, ésta les infundía mucho más miedo que a sus equivalentes franceses. En lo que a la burguesía se refería, una revolución era el fin del mundo. La burguesía española nunca tuvo confianza en sí misma y durante toda su historia se apoyó en la fuerza armada para mantenerse en el poder…»

Después de las elecciones se hicieron frecuentes las luchas callejeras, los intentos de asesinato, los entierros que se convertían en disturbios y generaban nuevos choques, nuevos entierros. Observó que, mientras que antes de las elecciones había sido generalmente la izquierda la que provocaba tales luchas, ahora los falangistas comprendían instintivamente que necesitaban prolongar la lucha para alcanzar sus objetivos. Era improbable que un súbito levantamiento militar colocase el poder en manos de la Falange.

«Pero, en general, la burguesía no demostraba mucho entusiasmo por la respuesta falangista. Lo que estaba esperando era que los militares se sublevasen; no quería que siguiera la lucha, el desorden: quería que se les pusiera fin. "No se puede permitir que las cosas sigan así", era una frase que se oía constantemente. Se insultaba públicamente a los oficiales, tachándolos de cobardes por no sublevarse. La causa aparente era la creciente ausencia de ley y orden. (A decir verdad, el

desorden era más o menos el que cabe esperar en un país democrático durante un momento crítico de huelgas y agitación estudiantil). La verdadera causa era el temor a que las organizaciones de la clase obrera fuesen a hacer su propia revolución. La prueba está en que el complot militar no comenzó realmente a cobrar forma hasta después de las elecciones. Ya lo habían intentado antes, desde la proclamación de la república; pero sin éxito. Ahora se apostaba sobre quién sería el primero en sublevarse…»

Varios generales planeaban levantamientos en abril y otra vez en mayo; la Falange tomaría parte en uno de los segundos. Los carlistas, que llevaban los levantamientos «en las entrañas» y habían estado entrenando a sus requetés durante los últimos dos años, también planeaban sublevarse por su propia cuenta: en Andalucía. Desgraciadamente para la república, todos estos intentos fueron desconvocados en el último momento, ya que su éxito resultaba dudoso.

Desengañaos, señores diputados, un país puede vivir en monarquía o en república, en sistema parlamentario o en sistema presidencialista, en sovietismo o en fascismo; como únicamente no vive es en la anarquía. Y España hoy, por desgracia, vive en plena anarquía… tenemos que decir hoy que estamos presenciando los funerales de la democracia.

JOSÉ MARÍA GIL ROBLES, líder de la CEDA

(discurso parlamentario, 16 de junio de 1936).

Hay huelgas en España. Esto es natural y lógico… Sabemos que el espíritu de renovación del proletariado no compagina con los intereses de una república que aspira a conservarse y a conservar las instituciones que la modulan.

Solidaridad Obrera (Barcelona, 2 de junio de 1936).

La convulsión de una revolución, con un resultado u otro, la puede soportar un país; lo que no puede soportar un país es la sangría constante del desorden público sin finalidad revolucionaria inmediata… Yo os digo que eso no es revolución… Porque el fascismo necesita de tal ambiente …

INDALECIO PRIETO, líder socialista

(discurso en Cuenca, 1.º de mayo de 1936).

No más huelgas, no más *lock-outs*, no más intereses usureros, no más fórmulas financieras abusivas del capitalismo, no más sueldos de hambre, no más salarios políticos ganados por feliz accidente, no más libertad anárquica, no más pérdida criminal de la producción, porque la producción nacional está por encima de todas las clases, de todos los partidos y de todos los intereses.

Muchos llaman a eso el estado fascista. Si lo es, entonces yo, que comparto esa idea del estado (integrante) y creo en ella, me declaro fascista.

JOSÉ CALVO SOTELO, líder monárquico

(discurso parlamentario, 16 de junio de 1936).

El proletariado no debe limitarse a defender la democracia burguesa, sino que debe asegurar por todos los medios la conquista del poder político con el fin de hacer la revolución social. La forma de gobierno en el período de transición entre la sociedad capitalista y la socialista será la dictadura del proletariado.

Resolución de la Agrupación del Partido Socialista

de Madrid (a la izquierda, de Largo Caballero),

(21 de mayo de 1936).

La agitación y la violencia empezaron a ir en aumento, extendiéndose desde Madrid, que estaba escasamente industrializado, hacia el sur, penetrando en las regiones latifundistas de Castilla la Nueva, Extremadura y Andalucía, en las que se

hallaba concentrada más de la mitad de los dos millones de personas sin tierra que había en el país. A la violencia callejera que en las ciudades protagonizaba la Falange, reforzada por los exmilitantes de las JAP, y la juventud socialista, unida ahora a la comunista en las JSU, se unió una agitación rural renovada. Los republicanos de izquierda que ocupaban el poder dependían (como había sucedido durante toda la república) del apoyo de la clase obrera, apoyo que en su mayor parte les era negado; al proletariado revolucionario no podía contenérsele dentro del moderado programa del Frente Popular. De derecha a izquierda, los partidos republicanos burgueses veían el peligro y trataban de cerrar filas venciendo momentáneamente su anterior antagonismo[9]; ya era demasiado tarde.

Aunque la tranquilidad reinaba en numerosos pueblos y ciudades menores, en otros la hostilidad acumulada durante años entró en erupción en cuanto se supieron los resultados de las elecciones. Esto fue lo que sucedió en Fuensalida, un pequeño pueblo no muy lejos de Toledo. Pedro García, hijo del veterinario local, se asomó a una ventana de su casa y vio que un hombre, escopeta de caza en mano, mantenía a raya a una multitud que avanzaba hacia él en la plazoleta, arrojándole piedras. El hombre de la escopeta era un rico terrateniente de derechas, el único que se había atrevido a dejarse ver. Pensó que parecía una escena del lejano oeste americano. La tensión llevaba años creciendo de volumen en el pueblo. Los jornaleros, que formaban el grueso de los habitantes, se mostraban cada vez más violentos, y los terratenientes les pagaban en la misma moneda. En 1932, la guardia civil hizo fuego contra una manifestación de campesinos, matando a un hombre y a su hijo de corta edad e hiriendo a varios más[10]. Todavía recordaba que los jornaleros habían trazado una cruz enorme en el suelo de la Plaza Mayor.

«La tensión nos afectaba incluso a los niños. Los Pioneros, que así se llamaba la organización juvenil socialista, nos aterrorizaban en la escuela. Nos llamaban hijos de parásitos (la palabra "fascista" aún no estaba de moda), los señoritos que comían chuletas. Había un abismo insalvable entre "ellos" y "nosotros", entre los que comíamos chuletas y los que no podían permitirse semejante lujo…»

La victoria del Frente Popular galvanizó al campesinado de las regiones latifundistas. Al mes escaso de las elecciones, 60 000 campesinos de Badajoz, organizados por la Federación de Trabajadores de la Tierra, dirigida por los socialistas, se apoderaron de 3000 fincas seleccionadas previamente y comenzaron a arar en ellas. De un solo golpe los campesinos ocuparon más tierras de las que les había concedido la reforma agraria durante los anteriores tres años y medio.

José Vergara, agrónomo y republicano liberal, que había ocupado el puesto de delegado de la reforma agraria para la provincia de Toledo, creía que la situación había cambiado dramáticamente en los dos años que llevaba fuera de

allí… «En el campo se estaba cociendo una revolución, la burguesía estaba asustada. La república no podía resolver el problema de ningún modo. La Ley de Reforma Agraria resultaba impracticable como tal[11]. A falta de ella, los campesinos mismos se estaban apoderando de la tierra…»

En la expropiación de tierras participaba activamente el partido comunista, uno de los principales partidos obreros que formaban el Frente Popular, así como uno de los más destacados proponentes de dicho frente. La expropiación de las grandes fincas caía dentro de los confines de la revolución democrática burguesa, cuya misión consistía en abolir los vestigios «semifeudales» del campo; era tarea del Frente Popular cuidar de que la revolución burguesa —«que jamás se había llevado a cabo en España»— se llevase a término hasta su conclusión[12].

Trinidad García, hijo de jornalero y miembro del comité provincial toledano del partido comunista, había estado diciendo a los campesinos, durante la campaña electoral, que si «los encargados de ella» no llevaban a cabo la reforma agraria, «la haremos nosotros mismos». La tierra constituía el problema clave. En algunos pueblos los campesinos incluso se adelantaron a las elecciones y se apoderaron de las fincas de los grandes terratenientes, formando cooperativas o colectividades por propia cuenta. En otros, como La Villa de Don Fadrique, plaza fuerte de los comunistas, hicieron falta las elecciones para que se pusiera en marcha el proceso de expropiación. El alcalde comunista convocó en asamblea a los 10 000 habitantes del lugar y les explicó la política del partido: allí donde ello fuera posible los campesinos pobres y los jornaleros sin tierra debían llevar a término la reforma agraria sin esperar al Instituto de Reforma Agraria (IRA).

«Acto seguido propuso que todas las grandes fincas de la localidad fuesen expropiadas y explotadas colectivamente por los jornaleros. Los pequeños propietarios agrícolas recibirían más tierra, que se sacaría de las grandes fincas; de esta manera sus propiedades se convertirían en unidades viables de explotación familiar. Pero instó a los pequeños propietarios a que trabajasen toda su tierra colectivamente, haciendo hincapié en las ventajas sociales y económicas de ello —contaba Julián Vázquez, comunista y obrero de la confección, al que un semanario madrileño del partido había enviado para que informase del acontecimiento—. La propuesta fue aprobada unánimemente. Los tres propietarios mayores eran hermanos. Recuerdo que cada uno de ellos pertenecía a un partido republicano distinto. ¡Hay que ver la inteligencia política de los ricos! No les sirvió de nada: los expropiaron a todos, ¡incluyendo al que era de Izquierda Republicana!…»

Los vestigios «semifeudales» del campo se estaban liquidando a expensas no sólo de la aristocracia, sino también de la burguesía. Era inevitable, ya que la nobleza poseía poco más del 10 por ciento de la tierra cultivable, cosa que era poco

conocida a la sazón, pero que iba a tener sus repercusiones en la burguesía rural.

Las huelgas agrícolas aumentaban de mes en mes; en los dos meses y medio inmediatamente anteriores a la guerra hubo casi tantas huelgas como en 1933, el año más conflictivo. Los salarios de los cosecheros subieron al doble, los gastos reales de mano de obra correspondientes a la tierra probablemente se triplicaron[13].

Para José Ávila, labrador de Espejo, población rural agrícola de la provincia de Córdoba, las cosas se habían puesto tan mal que ya no sabía si valía la pena sembrar, ya que no estaba seguro de poder recoger la cosecha. La mayoría de los labradores estaba en igual situación. Ya no se cultivaban especies que no pudieran dejarse en el campo una vez maduras. Los jornales eran la causa aparente del conflicto, pero cuando se trataba de reivindicaciones siempre habían acabado por llegar a un acuerdo. ¿Qué era lo que realmente querían estos jornaleros? ¿Cuál era la causa de las frecuentes huelgas relámpago?

«La política, ahí era donde estaba el problema. Todo el mundo leía mucho, todo el mundo tenía su propio punto de vista, todo el mundo iba a lo suyo. Si hubiese habido solamente dos clases de política, la de izquierdas y la de derechas, las cosas habrían ido mucho mejor. Pero había tantas ideologías, especialmente en la izquierda: republicanos, socialistas, comunistas, anarquistas. No sé qué querían realmente los jornaleros. No creo que ellos mismos lo supiesen. Pero fuese lo que fuese, no era bueno para nosotros los labradores… En el trabajo empezaban a hacer comentarios delante de nuestras propias narices. "No hay que dejar vivo a un solo fascista". Vivir en los cortijos se hizo arriesgado para nosotros. Los jornaleros hablaban del reparto, pero ¿era eso lo que verdaderamente querían? Cuando la república expropió las tres fincas que el duque de Medinaceli tenía por aquí cerca[14], la gente no pareció darse por satisfecha con la tierra que obtuvo. Quería algo más. Si al menos hubiese existido una organización política fuerte, de izquierdas o de derechas, republicana o no republicana, las cosas no habrían llegado adonde llegaron. Garantías, derechos… ¡De perlas! Pero también ley y orden. Eso era lo que faltaba…»

MILITANCIAS 3

JUAN MORENO, jornalero (CNT).

«¿Que qué queríamos? Pues no la clase de reforma agraria que la república estaba tratando de hacer. El estado y el capitalismo son los dos peores enemigos de los obreros. Lo que queríamos era la tierra, para que fuese de los trabajadores y la explotasen colectivamente, sin intervención del estado…».

A sus 43 años, había sido militante sindicalista durante 20 o más en su población agrícola natal de Castro del Río, incluyendo el «trienio bolchevista» de 1918-1920, cuando en el espacio de 18 meses él y sus compañeros habían convocado seis huelgas generales. Habían conseguido algunas ventajas notables, aunque no hubiesen derrocado ni al estado ni al capitalismo. Castro, con una población de 10 000 habitantes, se había convertido en uno de los principales centros anarcosindicalistas de la Andalucía occidental.

Los anarcosindicalistas de Castro, que eran la fuerza dominante entre la clase obrera, se negaron a tener nada que ver con la reforma agraria, a diferencia de la vecina población de Espejo, donde los trabajadores participaron en la expropiación de las fincas del duque de Medinaceli por parte del Instituto de Reforma Agraria. La actitud de los militantes de Castro se había visto determinada muchos años antes, durante el «trienio bolchevista», cuando un congreso sindicalista había decidido «no mendigar tierras a los gobernantes, puesto que somos enemigos irreconciliables de la autoridad y la propiedad; si queremos tierras, hagamos lo que los bolcheviques rusos»[15].

Más recientemente, durante su primer congreso nacional celebrado bajo la república, la anarcosindicalista CNT había manifestado su hostilidad a la reforma agraria: la tarea de los sindicatos agrarios no radicaba en la obtención de tierras mediante la cooperación con la reforma agraria del gobierno, sino en trabajar por la «preparación revolucionaria de las masas rurales» y el día en que, en colaboración con el proletariado, derribarían al capitalismo y tomarían la tierra. Seguidamente el congreso había declarado que la CNT seguía en estado de «guerra abierta» contra el estado y que el régimen republicano, que entonces contaba dos meses de edad, era a todos los efectos un poder tan «opresivo» como cualquier otro.

«Los reformistas, los socialistas de estado, querían la reforma agraria, pero que el estado lo controlase todo. Cuando el estado decía "alto", pues hacían alto; cuando decía "a rendir cuentas", rendían cuentas; cuando se recogía la cosecha, allí estaban pidiendo su liarte. Nosotros no queríamos eso. La tierra debía estar en manos de los trabajadores, debía ser explotada y dirigida colectivamente por ellos. Ésa era la única forma de que ellos pudieran controlar sus propios asuntos, asegurándose de que el fruto de su trabajo siguiera siendo suyo y pudieran hacer con él lo que libremente decidieran. No quiere decir que cada colectividad pudiera permanecer aislada, ser una unidad independiente. ¡No! Cada uno de ellos sería

responsable ante la organización local de la CNT, ésta ante la regional, la regional ante la nacional… Pero cada una de ellas sería dirigida por un comité elegido por las mismas colectividades, y a fin de año cada una repartiría el superávit producido entre los colectivistas…».

Otro factor que, a su modo de ver, desaconsejaba la reforma era el temor de que la distribución de la tierra entre los trabajadores individuales, aunque éstos decidieran trabajarla colectivamente, significase la continuación de la «propiedad privada» y la eventual recreación de las desigualdades en el reparto de la riqueza. «Volveríamos al punto de partida; mañana volveríamos a encontrarnos con una burguesía. Y si algo no nos hacía falta, era la burguesía»[16].

Era esta clase la que formaba el grueso de los 200 terratenientes y de todos los labradores —de éstos había más que de los otros— de Castro. Unas cuantas fincas eran propiedad de aristócratas absentistas, pero éstos las arrendaban a labradores importantes, a los que imponían condiciones fáciles, como era costumbre que hiciera la nobleza. La extensión media de las fincas era de unas 300 hectáreas; pocas llegaban a las 550. (Dadas las condiciones existentes en el sur latifundista, se consideraba que una finca de 100 hectáreas era grande; 250 hectáreas constituían un latifundio y 500 hectáreas eran una propiedad gigantesca). En Castro, debajo de esta burguesía había una «clase media» bastante nutrida formada por pequeños hortelanos que cultivaban regadíos a la vera del río, artesanos, arrieros. Los jornaleros sin tierra propia eran el grueso de la población.

Tras la muerte de su padre a causa de la tuberculosis, Juan Moreno, que a la sazón tenía 10 años, empezó a trabajar en una finca. Su primer recuerdo era el del día que perdió uno de los cerdos que le habían encargado que vigilase y regresó a la finca llorando. El capataz le rebajó la «ración», es decir, el pedacito de tocino que echaban al potaje de los jornaleros y que prácticamente era «la única cosa nutritiva que en él había». Juan había empezado su aprendizaje.

Pronto salió a trabajar en los campos. Araba, sembraba y segaba con la hoz en las fincas donde los jornaleros contratados pasaban temporadas fijas, «siempre hambrientos a causa de lo poco que nos daban para comer, delgados como esqueletos», durmiendo sobre paja en el suelo de tierra de los cobertizos, «todos juntos como en un cuartel». La paja era la que los bueyes y mulas no querían como forraje. Los hombres se quitaban las botas y el chaleco para dormir. «En primavera nos mudábamos a los corrales, ya que en el dormitorio las pulgas no te dejaban dormir». Si el año era bueno, el empleo te duraba ocho meses tal vez, pero si era malo, quizá no durase ni seis. No existía ningún subsidio de paro.

En 1919 un anarquista de Castro declaró que el problema era «no sólo de

pan, sino de odio»[17]. Transcurrida una década y media, el problema seguía siendo el mismo.

«Odiábamos a la burguesía, que nos trataba como a animales. Los burgueses eran nuestros peores enemigos. Cuando les mirábamos creíamos estar viendo al mismo diablo. Y lo mismo pensaban ellos de nosotros. Había odio entre nosotros, un odio tan grande que no hubiese podido ser peor. Ellos eran burgueses, ellos no tenían que trabajar para ganarse la vida, ellos vivían cómodamente. Nosotros sabíamos que éramos trabajadores y que teníamos que trabajar, pero queríamos que ellos nos pagasen un jornal decente y que nos tratasen como a seres humanos, con respeto. Sólo había una forma de conseguirlo: luchando como ellos…»

Se oponían al trabajo a destajo, que era «amoral» porque obligaba a un hombre a trabajar como una bestia para ganarse otra peseta. Luchaban para que se pusiera fin a la costumbre de que los niños se levantasen en plena noche para dar el pienso a las mulas; luchaban para que la comida fuese mejor. Luchaban por más dinero. Pero nada menguaría su odio hacia los burgueses y el capitalismo hasta que se aboliera la explotación del hombre por el hombre. «Los burgueses no hacían falta. Que los trabajadores se hicieran cargo de las fincas y pronto se vería cuán cierto era eso…» Cuando la propiedad fuese colectivizada y todo perteneciera a los trabajadores, no habría capitalismo, no haría falta el estado, no habría necesidad de que existiera el dinero.

«Todo el mundo haría su trabajo de costumbre, todo el mundo trabajaría. Si te hacía falta algo, unos pantalones o un par de zapatos, la colectividad los obtendría de otra colectividad a cambio de sus productos. El dinero no se necesitaba para nada. El dinero es la soga que llevamos al cuello, el mayor peligro que pueda correr un pueblo. Si la gente necesita dinero, no será más que esclava y habrá miseria en todas partes. Ahí está el gran terrateniente cargado de millones: manda más que el estado, la guardia civil o quien sea. No, no necesitábamos dinero, lo único que nos hacía falta eran los medios para poder vivir…»

En 1936 el odio hacia la burguesía no había disminuido. Incluso cabría decir que la república lo había agudizado. «Más y más burgueses ingresaban en la Falange, haciéndose fascistas». Tampoco la república había traído beneficios para los trabajadores, como algunos de ellos, que eran republicanos, se habían figurado.

«Los que no creíamos en la política simplemente nos reíamos. Sabíamos que la política no era más que eso… política. Bajo la república, bajo cualquier sistema político, nosotros los trabajadores seguiríamos siendo esclavos de nuestro pedacito de tierra, de nuestro trabajo. A los políticos les importa un bledo que el pueblo coma o no, si vamos a mirar. Claro que un régimen podrá dar un poco más de

libertad que otro, un poco más de libertad de expresión; pero la mayoría de las cosas no las puede cambiar. En muchos sentidos estábamos peor bajo la república que bajo la monarquía; la derecha era cada vez más agresiva, más reaccionaria, y nosotros teníamos que defendernos…»

La ley y el orden casi habían suplantado a la cuestión religiosa como factor aglutinante de grandes sectores de la burguesía provinciana fuera de la «periferia avanzada». Implícita, aunque no explícitamente, la petición de ley y orden expresaba la exigencia de que se defendiera una forma de vida tradicional, los privilegios e intereses materiales de aquellos que, como siempre, tenían a bien autocalificarse como «la gente de orden». Se trataba de una clase que ideológicamente se sentía unida por la religión, especialmente por la lucha en defensa de la iglesia[18]. A ojos de esta burguesía, la república había «atacado a la religión» y ahora se mostraba incapaz de velar por la seguridad de los ciudadanos burgueses y la integridad de su propiedad.

La república, en resumen, se había convertido en símbolo del desorden. «Palabra tan infame entre las clases medias», recordaba el hijo de un maestro liberal de Córdoba, «que a cualquier desorden o confusión se le denominaba sin más "una república"».

Roberto Solís, estudiante de derecho, se había alegrado de la proclamación de la república, pero al cabo de un mes, tras la quema de conventos, era contrario a ella. El «ingenuo anticlericalismo» de gran parte de la izquierda se le antojaba diabólico. Se hizo de la CEDA. La noche de las recientes elecciones había recorrido los colegios electorales cordobeses; en un barrio obrero unas chicas le habían hecho poner pies en polvorosa, insultándolo de la forma más soez que imaginarse quepa. El hecho de llevar corbata bastaba para identificarle.

«Había una sencilla distinción social: los que llevaban corbata y los que no la llevaban. Era un símbolo, el uniforme de la clase media…»

Una pequeña burguesía que pocos lujos conocía —en casa carecían de cuarto de baño, entre otras cosas— pero que disfrutaba de un privilegio abrumador: «la clase obrera estaba allí para servirnos». Porque así había sido siempre, la clase media creía que así debía seguir siendo. Cualquier desviación de la norma era considerada «comunista».

De poco consuelo servía el hecho de que el «fantasma» de la burguesía —el partido comunista— no compartiese la creencia de que la república se estaba yendo a pique en medio del desorden, amenazando su propiedad. Al igual que la mayoría de los militantes comunistas, Pedro Clavijo, secretario general de la

Federación Andaluza de las Juventudes Comunistas, estaba convencido de que la situación no sobrepasaba los límites tolerables en una república democrática. No existía un deseo universal de «salir a apoderarse de la tierra de la burguesía»; las invasiones habidas en las fincas de Andalucía eran mucho menos importantes de lo que a menudo se alegaba. Los campesinos —los pequeños propietarios, por ejemplo, que habían sido expulsados injustamente de sus tierras durante los dos años de gobierno de centroderecha— no hacían más que remediar las injusticias que con ellos se habían cometido. La gente confiaba en que la república conseguiría avanzar hacia la reforma social dentro del marco de la democracia burguesa, «y al mismo tiempo dudaba de la forma en que estaba avanzando». Los partidos socialista y comunista ejercían una presión constante sobre el gobierno para lograr la democratización más amplia posible… de la democracia burguesa. «Era lo que, poniendo un ejemplo contemporáneo, Allende trataba de hacer en Chile».

Un diputado republicano conservador por la provincia de Córdoba era de la misma opinión. Federico Fernández de Castillejo, cofundador con Alcalá Zamora (quien, tras la victoria del Frente Popular, había sido depuesto de la presidencia de la república) de Derecha Liberal Republicana, consideraba que el programa del Frente Popular era «sumamente conservador» y clara expresión del deseo del electorado de impedir que los enemigos de la república conquistasen el poder.

«No existía la amenaza de que los comunistas tratasen de hacerse con el poder; dejando aparte todo lo demás, el partido era demasiado pequeño. Indiscutiblemente, las masas obreras y campesinas anteponían sus intereses de clase a cualquier otra lealtad y esto hacía difícil, por no decir que imposible, convencerlas para que "esperasen y se aguantasen el hambre" con el objeto de no ponerle difíciles las cosas a un gobierno que trataba de ayudarlas. Tanto más cuando el proletariado sabía por larga experiencia que a los capitalistas las concesiones económicas se les podían arrancar sólo por la fuerza…»

Había presenciado cómo desde el primer día de la república la oligarquía reaccionaria empleaba el boicot económico, la huida de capitales, el cierre de fábricas, la negativa a invertir y explotar la tierra como armas terribles con las que derribar el régimen. «Y cuando los trabajadores, especialmente en las infames zonas latifundistas de Andalucía, invadieron las fincas en busca de comida o para labrar la tierra, a veces eran recibidos a tiros en lugar de con pan. La república defendía la propiedad privada, la ley y el orden…»

Demasiado bien, pensaba Juan Marín, obrero de la construcción, militante de la FAI y sevillano. Pero la victoria del Frente Popular puso en peligro los privilegios de la clase gobernante, del mismo capitalismo.

«El pueblo creía que habría que realizar reformas socialistas para resolver los problemas que la república se había mostrado incapaz de solucionar: el problema agrario en particular. La situación era prerrevolucionaria…»

Bajo presión constante y continuas amenazas de nuevas y masivas invasiones de fincas (de hecho no hubo más después de la invasión de tres mil fincas en Extremadura), el gobierno se hizo cargo de casi 600 000 hectáreas de tierra arable e instaló a 100 000 trabajadores agrícolas en cuatro meses. Para la burguesía rural, el que el problema agrario se resolviese mediante una revolución «democrática» o una «socialista» no importaba demasiado, ya que en ambos casos perdería una gran cantidad de tierra, suponiendo, como muchos temían, que no perdiesen también la vida. La democracia, a la que jamás habían visto con buenos ojos, no era *su* solución. La solución había que buscarla en las fuerzas que estuvieran dispuestas a poner fin a la amenaza.

La agitación iba, pues, constantemente en aumento; casi todas las industrias y comercios se veían sacudidos por una huelga tras otra, culminando en la huelga madrileña de la construcción que todavía continuaba al estallar la guerra. En Madrid, Sevilla y Málaga los militantes de la UGT y de la CNT se asesinaban unos a otros en las calles.

El 1.º de mayo Indalecio Prieto, líder del centro socialista, previno al país de que la violencia estaba preparando el terreno para el fascismo y señaló al general Franco como probable jefe de un levantamiento militar. El mismo día en toda España hubo manifestaciones de masas.

SALAMANCA

«Los manifestantes bajaban por la calle hacia el ayuntamiento, encabezados por cerca de un centenar de mujeres que lucían pañuelo rojo al cuello. Una de ellas conocía a mi amigo, un falangista alto y fuerte que se hallaba a mi lado; me parece que él se la había tirado. La mujer agitó el puño ante el rostro de mi amigo y gritó: "¡Viva Rusia, fascista!". También gritando, él le contestó: "¡Viva España, puta!". Se nos echaron todas encima y empezaron a golpearnos hasta que empezamos a echar sangre por la nariz y las orejas. Todo por gritar "¡Viva España!". Eso se había convertido en un grito subversivo…»

Juan Crespo, estudiante monárquico que simpatizaba con la Falange, fue a curarse las heridas. «Todos anhelábamos que los militares se sublevasen, ansiábamos una dictadura que pusiera fin al caos. No es que creyéramos que lo

hicieran…»

MADRID

«Los miembros de las MAOC marchábamos a la cabeza con nuestros uniformes y correajes de cuero, saludando con el puño cerrado. Bueno fue el susto que se llevó la burguesía, la aristocracia, que nos miraba desde los balcones de sus casas a lo largo de la Castellana… La tarea de la milicia consistía en defender la república ante el ataque fascista que todo el mundo veía venir y no organizar la revolución —según Pedro Suárez, oficinista de la juventud comunista—. Ésa era la estrategia del partido. De hecho, pensaba que, de haber tratado de organizar la revolución, se habría armado una muy gorda: los militares se hubiesen alzado antes. El período postelectoral era de consolidación de la república democrática que acababa de reconquistarse en las urnas…»

A pesar de todo, las nuevas JSU, a las que él pertenecía, utilizaron las consignas de «gobierno de obreros» y «ejército rojo» en la manifestación del 1.º de mayo que *Claridad*, el periódico de Largo Caballero, describió como «el gran ejército de trabajadores en marcha hacia la cima del poder». El líder socialista del ala izquierda, al que entonces apodaban el «Lenin español», pedía constantemente la revolución, la dictadura del proletariado, diciendo a los obreros que no se abstuvieran de actuar revolucionariamente por miedo a un golpe militar. En junio *invitó* a los republicanos de izquierda que formaban parte del gobierno a «ceder su sitio a la clase obrera», y *pidió* al presidente Azaña que armase a los obreros. No se hizo ni lo uno ni lo otro, cosa que no es de extrañar. De hecho, el partido socialista, que era con mucho el mayor de los de la clase obrera, estaba paralizado. Las posturas revolucionarias de Largo Caballero, el deseo de Prieto de volver a establecer la coalición republicano-socialista de los primeros dos años, los ataques de Besteiro contra los «bolchevizadores», habían desgarrado al partido ideológica, táctica e incluso personalmente.

A lo que parecía, no iba a avanzar hacia la toma del poder la revolución que el ala izquierda del socialismo llevaba más de dos años predicando. El partido se mantuvo firmemente dentro de la política del Frente Popular.

ASTURIAS

José Mata, minero socialista y veterano de la insurrección revolucionaria de

octubre que durante una quincena tuvo el poder en sus manos en los pueblos mineros, se dijo que la clase obrera estaba a la defensiva.

«Esperando que los otros se sublevasen. Recuerdo que uno de nuestros líderes sindicales, Antuña, dijo que de las 25 guarniciones 23 eran hostiles a la república. "¿Quieres decir que sabes que van a sublevarse?", pregunté. "Sí…"»

Pero no se había hecho nada. El gobierno envió a Franco a las Canarias, donde estaba más cerca de Marruecos y del ejército de África; y Mola a Pamplona, donde podía conspirar en medio de reconocidos enemigos de la república: los carlistas. La culpa no era de los socialistas, según Mata: Prieto había advertido al gobierno varias veces. La culpa era de los republicanos de la pequeña burguesía.

Otro veterano del levantamiento de octubre, Alberto Fernández, panadero socialista, me dijo que, a su modo de ver, su partido había cometido una tremenda equivocación al dejar el gobierno exclusivamente en manos de los republicanos de izquierda. Ante la amenaza del fascismo, la política que seguía el Frente Popular era la correcta; la fase revolucionaria de octubre de 1934 había terminado. Con la participación de los socialistas, tal vez el gobierno no hubiese conseguido impedir el levantamiento, «pero hubiese podido tomar las precauciones necesarias para sofocarlo antes de que se extendiese».

MADRID

El partido comunista advertía insistentemente del peligro de un golpe militar; toda su política iba dirigida a mantener el Frente Popular, y a la pequeña burguesía inserta en el mismo, como única alianza eficaz contra el fascismo. El partido había crecido rápidamente desde la insurrección de octubre, a la que había secundado en el último momento y en la que sus militantes habían jugado un papel significativo. La unidad de acción con las demás organizaciones obreras le estaba dando la influencia en la política de la clase obrera que antes le negara su aislamiento sectario. La necesidad de que se unieran la clase obrera y todas las «clases y capas sociales antifascistas» deseosas de encontrar una solución democrática para los problemas del país significaba que, a ojos del partido, la alianza antifascista y la búsqueda de la revolución democrática burguesa estuvieran vinculadas. Pero no había duda de cuál de las dos tenía prioridad. Era preciso, especialmente en el campo, que las masas presionaran al gobierno para que prosiguiera la revolución, pero, al mismo tiempo, había que impedir todo lo que pudiera poner en peligro al Frente Popular.

«Lo primero tenía que ser la lucha de la democracia contra el fascismo», dijo José Díaz, secretario general del partido comunista.

Los comunistas disidentes del POUM, cuya principal fuerza se hallaba en Cataluña, opinaban que la política correcta era la contraria. «La única lucha antifascista es la lucha revolucionaria de la clase obrera para conquistar el poder e introducir el socialismo», escribió por aquel entonces Andreu Nin, el líder del POUM.

Un estudiante de medicina de 20 años llamado Wilebaldo Solano, que pronto pasaría a ser secretario de la Juventud Comunista Ibérica (JCI), movimiento juvenil del POUM, trazó los acontecimientos acaecidos desde la victoria del Frente Popular: el pueblo había votado por la izquierda porque en las elecciones veían una de las muchas batallas que habría que librar; estaba preparado a votar un día y a luchar con las armas en la mano al día siguiente. Las masas avanzaban y la victoria electoral dio nuevo ímpetu al proceso revolucionario.

«Y sucedió que, mientras las masas avanzaban, el partido socialista y la juventud unificada, presionados por los comunistas, retrocedían. Casi podría trazarse en un gráfico. Retrocedían hacia el refugio que les brindaba un programa exclusivamente pequeñoburgués y del Frente Popular, dejando el poder en manos de Izquierda Republicana…»

Pero, como reconocería Nin, a falta de un partido revolucionario de masas y de organismos proletarios que asegurasen la unidad de acción de la clase obrera, el momento no estaba maduro para la conquista del poder[19]. Mientras tanto, en la situación prerrevolucionaria, había que hacerlo todo para crear las armas revolucionarias necesarias.

La CNT, algunos de cuyos elementos habían hecho tres intentos insurreccionales para establecer el comunismo libertario en 1932 y 1933, se hallaba ocupada ahora en reparar la escisión entre las tendencias anarquista y sindicalista que la venía dividiendo desde hacía cuatro años. En su congreso extraordinario, iniciado en Zaragoza el 1.º de mayo, se descartó, casi despreciativamente, en nombre de su tradicional antimilitarismo, la propuesta de crear una milicia libertaria para aplastar un posible levantamiento militar. En su lugar, se empleó mucho tiempo en trazar un bosquejo de cómo sería la vida bajo el comunismo libertario[20].

Así, menos de dos años después de la rebelión de octubre de 1934, no había ninguna organización obrera dispuesta o capaz de repetir la experiencia y movilizarse en nombre de la revolución socialista o libertaria para adelantarse al

enemigo y tratar de hacerse con el poder. Era evidente que el inestable equilibrio social que antes subrayara la crisis de la monarquía, y al que la república diera expresión política (y que a su vez era la causa de que los gobiernos republicanos fueran relativamente débiles), no podía seguir mucho tiempo sin resolverse. Pero las vacilaciones de las organizaciones obreras eran reflejo de una realidad dominante: la situación no era revolucionaria[21]. Carecía de una de las dos condiciones fundamentales. Al mismo tiempo que las «clases bajas» (especialmente las rurales) no querían continuar «viviendo al modo antiguo», las «clases altas» todavía no eran incapaces de seguir viviendo «al modo antiguo». El temor a que su poder para hacerlo se viera amenazado las condujo a tomar medidas para recuperar plenamente no el «modo» de los últimos cinco años, sino el de la dictadura que las había precedido: un estado autoritario que redujese a la impotencia a las fuerzas de la clase trabajadora. Los medios para restaurar el «modo antiguo» estaban a mano. En lugar de las fracasadas fuerzas parlamentarias estaba el ejército y, al lado de éste, el «ejército de reserva» que constituían los falangistas, los carlistas y los monárquicos, unidos por su determinación de aplastar la amenaza de la revolución socialista y del separatismo (y, en grados diversos, por el concepto de democracia orgánica)[22], aunque estuviesen desunidos en otras esferas. El hecho de que cinco años de proceso prerrevolucionario no cristalizasen en una situación revolucionaria iba a ser la medida del éxito de la contrarrevolución.

En Pamplona, el general Mola planeaba la operación definitiva. En junio, sus planes ya estaban muy avanzados. Entre los que conspiraban con él en su cuartel general existía la firme creencia de que iba a tener lugar un golpe, planeado por el Comintern, encaminado a instaurar un régimen soviético bajo Largo Caballero[23]. Mola fijó la fecha para el 12 de julio, pero surgió un grave obstáculo. Los líderes carlistas cortaron sus relaciones con él porque no se habían satisfecho las condiciones mínimas para su participación en el levantamiento, a saber: que se les diera la responsabilidad política de la reconstrucción «orgánica y corporativa» del nuevo estado y que el levantamiento tuviera lugar bajo la bandera monárquica en vez de bajo la republicana. Mola, cuyos planes consistían en conservar un régimen republicano bajo un directorio militar, no podía permitirse poner en peligro la alianza con otras fuerzas derechistas hipotecando políticamente el levantamiento con el carlismo. Sin que todavía se hubiese llegado a un acuerdo, el 12 de julio envió a un oficial de la Legión a Marruecos con el mensaje: «Desde las 0000 horas del 17». El plan consistía ahora en que el ejército de África fuese el primero en sublevarse, secundado luego por levantamientos en la península escalonados a partir de veinticuatro o treinta y seis horas más tarde.

El mismo día fue asesinado en Madrid el teniente José Castillo, oficial izquierdista de los guardias de asalto. La respuesta fue inmediata. Calvo Sotelo, el

principal político monárquico de derechas, fue sacado de su casa por camaradas del oficial asesinado y asesinado a su vez.

El responsable era la Unión Militar Republicana Antifascista (UMRA). Dos meses antes, cuando el capitán Faraudo fue abatido en la calle, bajo el pretexto de que adiestraba a la milicia socialista, el capitán de artillería retirado Orad de la Torre había redactado una declaración por cuenta de los militares antifascistas.

«En ella se expresaba nuestra consternación. Si volvía a tener lugar otro atentado semejante, replicaríamos con la misma moneda, pero no en la persona de algún oficial del ejército, sino en la de algún político. Pues eran los políticos los responsables de semejante estado de cosas. Enviamos la declaración a la derechista Unión Militar Española (UME)…»

La amenaza se cumpliría ahora. Una camioneta cargada con unos quince guardias de asalto partió en busca de Goicoechea, el líder monárquico, o de Gil Robles. No dieron con ninguno de los dos. Al bajar por la calle Velázquez alguien comentó que allí era donde vivía Calvo Sotelo. «El gobierno no estaba involucrado en modo alguno; fuimos los de la UMRA…»[24]

El capitán Orad de la Torre, que había contraído matrimonio recientemente, no jugó ningún papel en el asesinato; pero no creyó que hubiese sido una equivocación. ¿Acaso la derecha no había asesinado a dos oficiales de izquierdas?

Condenado inmediatamente por el gobierno, el asesinato levantó una oleada de pasmo e indignación entre la derecha y los republicanos moderados.

Alfredo Luna, director de periódico (UR): «Fue horrible. Hizo temblar al gobierno. Responder a un asesinato con otro, al de Castillo con el de un político destacado… ¿Qué justificación podía tener?».

Padre Alejandro Martínez: «Un transeúnte se me acercó cuando me dirigía a dar clase en el seminario. "Han hecho bien en matarle, diga usted lo que quiera. ¡Deberían matar a toda la derecha!", me gritó. "Bien, hijo", repliqué, "cada cual administra su propio bolsillo y su propia conciencia", y seguí caminando».

David Jato, líder estudiantil falangista (SEU): «En aquel momento un asesinato más o menos no habría causado mucho impacto. Pero el hecho de que se tratase de Calvo Sotelo y de que lo hubiesen asesinado policías del gobierno hizo que la gente adoptara finalmente una postura contra el gobierno. Muchas guarniciones, muchas personas que una semana antes dudaban o incluso se oponían, ahora vieron la necesidad de una solución violenta. Estoy convencido de

que sin el asesinato el levantamiento militar habría fracasado».

Antonio Pérez, estudiante (JSU): «Nos pareció uno más de la larga cadena de asesinatos. Las implicaciones políticas no parecían importantes: era otra muerte más».

De no haber sido por la intransigencia de los carlistas, la sublevación ya habría tenido lugar. El asesinato hizo que resultase más fácil llegar a un acuerdo. El general Sanjurjo, que debía ponerse a la cabeza del levantamiento en cuanto pudiera regresar de su exilio en Lisboa, envió una carta piadosa sugiriendo un compromiso que fue aceptado tanto por Mola como por los carlistas. Acompañada por su hermano Joaquín, presidente de la junta carlista de Navarra, Dolores Baleztena se trasladó en coche a la población francesa de San Juan de Luz. Allí Fal Conde, el líder carlista, le dio unos papeles. «Escóndelos donde mejor te parezca. No deben encontrarlos al pasar la frontera». Dolores los escondió en sus sandalias. Al emprender el regreso a Pamplona, su hermano le dijo que los papeles contenían instrucciones del rey para que los requetés se uniesen al alzamiento.

Las fiestas están alegres

y las chicas guapas son,

mas yo me voy pues me llama.

Alfonso Carlos Borbón[25].

«Cuando oí a un grupo carlista entonar esta canción por las calles a mi regreso a Pamplona, me embargó una intensa sensación de angustia y penetré en un portal para llorar…»

En el cine de Pamplona se proyectó en la pantalla el anuncio de una semana de la Paramount que iba a comenzar el 19 de julio. Media docena de las mejores películas del año de la Paramount. Rafael García Serrano, un estudiante falangista, sintió un placer anticipatorio. Una de las películas era *Tres lanceros bengalíes*.

«Una película de heroísmo, de aventura imperial, de guerra; una película que gustaba a nuestro fundador, José Antonio Primo de Rivera, y que él nos recomendaba. "¡Coño, qué peliculaza!", dije a mi compañero. "¡Qué combates tan formidables!" "No será una mala película de guerra lo que vamos a vivir nosotros mismos a los diecinueve años", replicó él en la oscuridad…»

JULIO DE 1936.

¡Alea jacta est!

El ejército se alza contra el gobierno del Frente Popular.

Declara que su programa es salvar a España de la anarquía.

El general Franco jefe militar del movimiento.

Titulares del *Defensor de Córdoba*

(Córdoba, 20 de julio de 1936).

¡VIVA LA REPÚBLICA!

Titular de *ABC* (Madrid, 21 de julio de 1936).

La victoria es de los trabajadores

Todos los depósitos de cadáveres permanecen llenos de proletarios que han sido barridos por la canalla militarista… Pero no hay ningún ministro ni exministro, ni hay ningún exconcejal de aquellos que se enriquecieron… No hay más que carne proletaria, carne de obreros y soldados …

¿Pretenderán los ministros y exministros, los colaboradores del ejército traidor, administrar la victoria que ha conseguido el proletariado?

Que no lo intenten. El proletariado está en la calle arma al brazo. El proletariado sabrá, pase lo que pase, mantener las conquistas que tanta sangre le han costado. La CNT no se rendirá mientras quede un enemigo de la libertad frente al proletariado.

Solidaridad Obrera (Barcelona, 24 de julio de 1936).

Lunes, 20 de julio

Al caer la tarde, la situación se estaba aclarando. La España industrial y urbana —cinco de las siete ciudades más grandes del país— se hallaba en manos republicanas: Madrid, Barcelona, Valencia (donde, confinadas las tropas en los cuarteles, la victoria del gobierno aún no era definitiva), Málaga y Bilbao. Sevilla y Zaragoza (en las cuales se seguía resistiendo) eran las excepciones.

La España campesina estaba en manos insurgentes. El amplio arco que va de Zaragoza a Salamanca, pasando por el este y el oeste de Madrid y cruzando las tierras donde predominaban los pequeños y medianos campesinos católicos, se había levantado contra la república, adentrándose en Galicia por el noroeste.

La España latifundista estaba dividida. En las 14 provincias que eran las primeras en las que debía aplicarse la reforma agraria, siete capitales provinciales, cuatro de ellas andaluzas[1], habían caído en manos de los militares (aunque todavía no el campo que las rodeaba).

La lucha continuaba por doquier; la situación del litoral norteño seguía siendo incierta mientras proseguía la resistencia de los militares en San Sebastián y Gijón. Sin embargo, pese a la fluidez de la situación se advertían claramente los contornos de los dos bandos opuestos: a un lado estaban la clase terrateniente y la pequeña burguesía de provincias (a las que se unía la burguesía industrial en los casos en que se hallaba en zona insurgente o podía llegar a ella); al otro lado, el proletariado industrial y rural, aliado con la pequeña burguesía urbana. La fractura se había producido siguiendo las líneas previas de división social. Aunque ello tenía poca importancia para un golpe rápido, su correspondencia con una escisión entre la ciudad y el campo tendría una importante consecuencia en una guerra prolongada: el abastecimiento de alimentos en los dos campos opuestos.

El golpe había producido fisuras en el régimen republicano, pero no lo había aplastado. En este sentido era un fracaso. Dejando aparte un par de excepciones notables, los militares habían capturado solamente lo que era de esperar que capturasen y ante ellos se alzaba la tarea de conquistar el resto. Ello significaba la guerra.

La resistencia civil había jugado un papel importante. Pero, contrariamente a la creencia popular, en ninguna de las ciudades importantes había sido el pueblo

sólo quien había aplastado la revuelta militar. La lealtad de las fuerzas de seguridad fue esencial para la victoria. Sin embargo, cabe decir también que las fuerzas de policía no habían luchado *con éxito* en ningún sitio sin un fuerte apoyo por parte de los paisanos. La fusión de ambos en el *ataque* dio por resultado la victoria en Barcelona, Madrid, Málaga, Gijón y —en breve— Valencia y San Sebastián[2]. Esto lo veían claramente los militantes obreros en la mayoría de las ciudades, especialmente en Barcelona.

«La combinación fue decisiva. A pesar de su combatividad, de su espíritu revolucionario, la CNT sola no habría podido derrotar al ejército y a la policía *juntos* —opinaba Jacinto Borrás, periodista de *Solidaridad Obrera*—. De haber tenido que luchar contra ambos, en unas pocas horas no habría quedado ni uno de nosotros…»

Pere Ardiaca, representante del partido comunista en el comité barcelonés del Frente Popular y al poco tiempo director de *Treball*, periódico del recién formado Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), comprendió que se trataba de algo más que de una combinación. En la acción de los guardias de asalto y de las masas se había desarrollado una dialéctica cuyo resultado había sido decisivo.

«Las masas impulsaron a los guardias a defender sus posiciones y los guardias dieron a las masas el apoyo organizado que hacía falta. No obstante, dentro de esta dialéctica, la actitud de la CNT y de sus líderes resultó extraordinaria, virtualmente decisiva al fusionarse con la de las fuerzas de policía…»

Sin embargo, a juicio de Manuel Cruells, el estudiante nacionalista catalán, hablar de «masas» no resultaba acertado. Los paisanos lucharon y murieron heroicamente; pero, a juzgar por lo que él vio, fueron los *militantes* de las distintas organizaciones —especialmente los grupos de defensa de la FAI y de la CNT, el POUM, los escasos comunistas, socialistas y miembros de Estat Catalá como él, los partidos republicanos— quienes participaron directamente en los combates. Las masas no habían hecho acto de presencia hasta primeras horas de la noche, cuando la victoria era ya segura; «entonces las masas hicieron suya la victoria».

De la misma opinión era Félix Carrasquer, militante de la FAI, que con su grupo de defensa había sitiado el cuartel de Pedralbes, forzándolo a capitular.

«Si éramos 2000 los libertarios que acudimos a sofocar el golpe fascista (y no, que quede bien claro, a hacer una revolución libertaria), a las ocho de la mañana siguiente había 100 000 personas en la calle…»

En Madrid, Juan Andrade, quien pronto sería llamado a Barcelona para formar parte del comité ejecutivo del POUM, sacó ciertas conclusiones revolucionarias de los acontecimientos.

«La izquierda jamás habría destruido la disciplina del ejército si las masas no hubiesen *atacado*. Sólo cuando algún regimiento se vio en verdadero peligro (como sucedió en el cuartel de la Montaña de Madrid o en las calles de Barcelona) se negaron los soldados a luchar contra la clase obrera de la que ellos mismos procedían. Hasta tales momentos, la disciplina militar no se resquebrajó. Pero, cuando se vieron atacados por todos lados, soldados y suboficiales se desmoralizaron, la disciplina se vino abajo y se negaron a obedecer a la oficialidad. Entonces las unidades militares perdieron su eficacia para la lucha, sin que los oficiales pudieran sacar a la calle nuevas unidades… Con todo, hay que decir que los guardias de asalto desempeñaron un papel absolutamente crucial al que en la mayoría de los casos no se dio la importancia que merecía. Los guardias de asalto eran el único cuerpo policíaco eficiente creado por la república y en Madrid constituían una fuerza revolucionaria integrada casi exclusivamente por jóvenes socialistas y de otras filiaciones izquierdistas. Igualmente decisiva fue su importancia en los combates que iban a producirse; ellos fueron quienes; virtualmente salvaron Madrid en el primer par de meses de la guerra…»

Aquel día habían tenido lugar tres acontecimientos decisivos que condicionarían el curso de los acontecimientos futuros. El primero era que aquella mañana en Sevilla habían aterrizado dos bombarderos Fokker con 20 legionarios procedentes de Marruecos; por la tarde pasaron a la península otros 24 legionarios y 20 soldados marroquíes. Era el principio del primer «puente aéreo» de la historia…

«En cuanto llegaron las tropas, Queipo de Llano hizo que recorrieran incesantemente la ciudad para que la gente creyese que el número de soldados llegados a Sevilla era muy superior al real. Las tropas marroquíes llegaron muy mareadas del viaje en avión», recordaba Rafael Medina, hombre de negocios y falangista.

Los 25 000 hombres que formaban el ejército de África —única fuerza de combate profesional con que contaba el ejército español— se encontraban bloqueados en sus bases por varios navios de guerra cuyas tripulaciones se habían sublevado, dando muerte a sus oficiales al tratar éstos de unirse al levantamiento. Sólo dos tabores (batallones) de regulares habían logrado cruzar por mar antes de que el estrecho de Gibraltar quedase bloqueado. Pero en la península se necesitaba desesperadamente a esta fuerza de élite, compuesta por legionarios y soldados marroquíes, para encabezar la marcha sobre Madrid. En el curso de los dos meses

siguientes, dicha fuerza sería transportada a la península gracias principalmente a los aviones alemanes e italianos[3].

Al día siguiente, Rafael Medina, que posteriormente sería duque de Medinaceli, participó al lado de un grupo de legionarios, en el ataque contra el barrio obrero sevillano de San Julián.

«Entonces fui testigo de su espíritu combativo. Avanzamos tras un par de andanadas disparadas por una pieza de campaña emplazada junio a la famosa puerta de la Macarena. Los revolucionarios empezaron a hacer fuego. Sufrimos bajas. Un legionario cayó muerto. El hombre que iba detrás suyo saltó por encima del cadáver gritando "¡Viva la muerte!", y avanzó calle abajo. Alcanzamos nuestro objetivo, pero, como estaba haciéndose de noche, recibimos orden de replegarnos. Lanzando sus gritos de batalla, los legionarios nos condujeron a lugar seguro. Eran magníficos. Al día siguiente el barrio rojo fue capturado sin disparar un tiro…»

Fue el final de la resistencia obrera en Sevilla.

BURGOS

Destacados monárquicos se habían reunido en el aeródromo de Gamonal, en las afueras de Burgos, para dar la bienvenida al general Sanjurjo, líder nacional del alzamiento, quien regresaba de su exilio lisboeta. Dos días antes del levantamiento, los monárquicos habían sido prevenidos con el fin de que abandonasen Madrid por la seguridad que Burgos y Vitoria les ofrecían. Eugenio Vegas Latapié, director de *Acción Española*[4], la revista teórica de los monárquicos, creía que el levantamiento había tenido lugar sin suficiente preparación ideológica.

«Era como estar en una casa incendiada sin medios de escape. Te tiras por la ventana sin saber si caerás de cabeza o de pies…»

Albergaba el temor de que los militares no tuvieran una idea clara del tipo de régimen político que el país necesitaba. Aunque en modo alguno podía decirse que el levantamiento fuera puramente militarista; era más bien un «típico movimiento nacional» que iba más allá de una clase determinada.

«El ejército, los pocos miembros de la aristocracia que seguían en España (la mayoría abandonó el país al proclamarse la república) y la clase media, ésos eran los componentes del movimiento. La clase media era la dominante, ya que ella formaba el ejército y abandonó el hogar y las propiedades para luchar por motivos

ideológicos. Sus ideas se habían configurado y endurecido a través de cinco años de persecución republicana, especialmente a partir de las elecciones del Frente Popular. El asesinato de Calvo Sotelo fue la chispa que causó la explosión…»

Mientras escudriñaba el cielo en busca del aeroplano ligero, Pedro Sáinz Rodríguez, diputado monárquico a Cortes, recordó los planes políticos que para la nación tenía el general Sanjurjo. Al principio gobernaría una junta militar, cuya permanencia en el poder dependería de la rapidez del éxito del levantamiento. Luego se celebraría un plebiscito para ver si la nación quería una monarquía o una república.

«Sanjurjo me había hablado de estas ideas y, por medio de un íntimo amigo suyo, había enviado a Burgos las notas de una proclama sobre el plebiscito. Se esperaba, desde luego, que el plebiscito, al celebrarse tras el éxito de un golpe militar, resultase favorable a la restauración de la monarquía. La forma de la monarquía deberían decidirla unas Cortes constituyentes. Dado que el antiparlamentarismo estaba en boga, dado que todos nos hallábamos bajo la fuerte influencia de los ejemplos alemán e italiano, la forma habría podido ser muy bien la de una democracia "orgánica", en vez de la democracia "pura" que la república había desacreditado…»

Durante toda la tarde esperaron en vano. Aquella noche oyeron con gran consternación que la radio de Madrid daba la noticia de que el avión se había estrellado al despegar y Sanjurjo había perecido en el accidente. Fue un golpe muy duro; tanto si el «plan» de Sanjurjo se hubiera puesto en marcha como si no[5], los monárquicos acababan de perder casi todas sus esperanzas de que la monarquía se restaurase al finalizar la guerra civil. Y lo que era más importante: el movimiento había perdido a su líder.

BARCELONA

El tercer acontecimiento decisivo del día tuvo lugar en Barcelona.

Jordi Arquer, miembro del comité ejecutivo del POUM, entró en la Generalitat en busca de noticias. Había regresado a Barcelona a última hora de la tarde anterior. Encontró a varios consejeros de la Generalitat, quienes le pidieron noticias. Les dijo que no tenía ninguna. Le preguntaron si había visto a Durruti. Dijo que no. «Bueno, pues si lo ves, le dices que queremos hablar con él…» Al salir del edificio, vio a Durruti, García Oliver y Ricardo Sanz, tres de los anarquistas que habían conducido a los grupos de defensa de la CNT-FAI en el aplastamiento de la

rebelión.

«Me acerqué a Sanz. Le conocía mejor que a los otros dos, ya que habíamos sido del mismo sindicato cuando yo estaba en la CNT. Las relaciones entre el POUM y la CNT no eran demasiado amistosas. La FAI había expulsado a un montón de gente de la CNT y nos hacía la vida imposible… Sea como sea, le dije que los consejeros estaban buscando a Durruti. "Si nos quieren decir algo, que vengan directamente", replicó altaneramente, como diciéndome que no me metiera en aquellas cosas. Luego entraron en la Generalitat; probablemente ya se dirigían allí cuando los encontré…»

Aquella mañana se había tomado el último bastión rebelde: el cuartel de las Atarazanas. El ataque había sido frontal, pero, en realidad, el cuartel había sido tomado mediante un audaz asalto a cargo de un pequeño grupo de libertarios, quienes habían penetrado por los muros laterales. El asalto había costado muchas vidas, entre ellas la de Francisco Ascaso, uno de los libertarios más conocidos. Ricardo Sanz había levantado su cadáver, colocándolo sobre el capó del camión de hielo desde el que estaba disparando contra el cuartel. Antes del asalto Durruti detuvo a una compañía de guardias civiles que bajaba por las Ramblas y les preguntó qué órdenes tenían. «Os lo agradecemos», le dijo al capitán, «pero nos bastamos para tomar las Atarazanas. Por favor, informad a vuestro comandante de que Durruti os ha pedido que volvierais…» «No seas tan tonto, que son guardias civiles», le dijo a Durruti un militante del POUM. «Que sean ellos los primeros que ataquen…» Pero los líderes de la CNT querían reservarse aquel honor.

Unas horas más tarde, llevando todavía las armas y cubiertos por el polvo de la batalla, el reducido grupo de líderes libertarios entró en la Generalitat con el fin de ver al presidente Companys. A éste ya le había informado el comisario general Escofet de que los mandos de la guardia civil y de los guardias de asalto ya no podían garantizar que sus hombres restaurasen el orden en la calle. Tratar de hacerlo habría significado una batalla tan importante como la que acababa de ganarse. Escofet aconsejó a Companys diciéndole que la única solución radicaba en contener la situación políticamente. Al marcharse, el comisario general se dijo que nunca había visto a Companys tan hondamente preocupado, tan angustiado[6].

Los límites impuestos al poder coactivo del estado constituían la verdadera medida de la profundidad de la revolución: la policía, incluso la disciplinada guardia civil, había abandonado a sus antiguos amos.

«Cuando en la plaza de Cataluña vi a un civil sentado en un coche con la guerrera desabrochada, el tricornio echado hacia atrás y fumándose un puro, comprendí que la ley y el orden se habían terminado, comprendí que a la guardia

civil la había infectado el populacho», contaba Juana Alier, esposa del dueño de un molino.

Cuando los dirigentes libertarios fueron introducidos en la Generalitat, Companys les estrechó la mano. Les dijo que la CNT y la FAI siempre habían sido tratadas severamente, incluso por aquellos que antes las habían defendido (como él mismo hiciera con frecuencia) ante los tribunales. «Hoy sois dueños de la ciudad y de Cataluña… Habéis vencido y todo está en vuestro poder: si no me necesitáis o no me queréis como presidente de Cataluña, decídmelo ahora. Si, por el contrario, creéis que en mi puesto, con los hombres de mi partido, mi nombre y mi prestigio, puedo ser útil en esta lucha…, podéis contar conmigo y con mi lealtad, de hombre y de político; de hombre que desea sinceramente que Cataluña marche a la cabeza de los países más adelantados en materia social…»

«Su discurso nos cogió por sorpresa —recordaba Ricardo Sanz—. Él veía la situación con mayor claridad que nosotros porque él no había estado directamente implicado en los combates callejeros. Uno de nosotros le replicó: "No hemos tomado ninguna decisión sobre esto, por consiguiente no podemos concretar absolutamente nada". Tendríamos que ir a informar a la CNT. Esto daba un nuevo giro a los acontecimientos. Luego otro de nosotros (no recuerdo quién, pudo ser cualquiera de los tres ya que en el grupo "Nosotros'' nadie trataba de mear fuera del tiesto) dijo que Companys gozaba de la confianza de Cataluña y de la CNT y que esperábamos que continuara como presidente de la Generalitat… Fue una respuesta puramente condicional; ni por asomo nos impedía volver al cabo de un par de horas y decirle que nos hacíamos cargo del poder. Eso era lo que nosotros tres, nuestro grupo, éramos partidarios de hacer. Pero la organización tenía que decidirlo…».

Fuera, en otra sala, esperaban representantes del Frente Popular, al que no pertenecía el movimiento libertario. Por indicación de Companys, los líderes libertarios se entrevistaron con los citados representantes y acordaron crear un comité de milicias antifascistas de Cataluña, el cual no sólo organizaría las fuerzas armadas, sino que sería una «organización adecuada para proseguir la revolución hasta la victoria final».

Mientras tanto, la federación local de la CNT discutía su postura. El movimiento libertario, que había predicado e intentado la revolución para liberar a las masas trabajadoras de toda forma de coacción, que era antiautoritario, antiestado y antigobierno, así como apolítico, por no decir antipolítico, ¿tomaría el poder? ¿Haría la revolución?

Asistía a los debates Félix Carrasquer, maestro y anarquista, que aquel

mismo día había sido nombrado miembro del comité peninsular de la FAI, el cuerpo dirigente de dicha organización. Sin ir más lejos, el viernes anterior, el día en que el levantamiento comenzara en Marruecos, Carrasquer proponía al comité regional catalán de la CNT la necesidad de crear una Escuela o Universidad Popular para formar a los cuadros revolucionarios de la CNT. La violencia, tanto tiempo predicada en el seno del movimiento, no servía como sustituto de líderes revolucionarios. ¿Dónde estaban los militantes entrenados capaces de sostener la revolución? Los líderes más influyentes del movimiento, los revolucionarios más animosos y decididos, carecían de la formación y preparación necesarias para administrar la revolución. Y si eso pasaba en Cataluña, la vanguardia del movimiento, y en Aragón, ¿qué pasaría en las regiones menos desarrolladas? Según él, en Cataluña, con sus tres millones y medio de habitantes, harían falta mil militantes adiestrados para ocupar los puestos estratégicos en las fábricas, empresas, ayuntamientos y en la universidad. Estos militantes deberían poseer la imaginación y la capacidad necesarias para administrar, orientar, dirigir; en caso contrario, resultaría imposible hacer la revolución. Y ¿dónde estaba este millar de militantes? En el mejor de los casos, a su modo de ver, probablemente no habría más que un par de docenas…

Cuando García Oliver y los demás regresaron de la Generalitat y comunicaron a los reunidos los comentarios de Companys, la perspectiva de la revolución se abrió ante ellos.

«Nos dimos cuenta de nuestra fuerza. Podíamos instaurar el comunismo libertario en Cataluña. Pero Cataluña no era toda España. García Oliver argumentó que el movimiento debía tomar el poder, debía imponer el comunismo libertario como dictadura. Llevaba mucho tiempo defendiendo esta postura. Le dio su apoyo un compañero que había pasado muchos años en la Unión Soviética, que siempre había combatido la dictadura bolchevique, y que ahora defendía la imposición del comunismo libertario. ¡Qué contradicción! ¡El comunismo libertario no podía imponerse! ¡La dictadura era la antítesis del libertarianismo!…»

Carrasquer se opuso a García Oliver. Una revolución libertaria no era posible mientras fuesen minoría en toda España. No había duda de que se estaba iniciando una guerra civil; si el movimiento libertario no colaboraba a todos los niveles con las demás fuerzas opuestas al levantamiento, sería eliminado, «del mismo modo que en Rusia los anarquistas habían sido eliminados por los que luchaban en nuestro bando». El movimiento debía cooperar en la defensa de la república: en las calles, en los ayuntamientos, en las fábricas y lugares de trabajo, dondequiera que hiciese falta; incluso en la política.

Abad de Santillán, el influyente escritor libertario, adujo argumentos

parecidos. La dictadura era la liquidación del comunismo libertario, que solamente podía lograrse por medio de la libertad y la espontaneidad de las masas; imponerlo significaría enrolar por la fuerza a la pequeña burguesía y ejercer una autoridad implacable sobre ella, así como sobre los partidos políticos, los cuales acabarían atacando a la CNT, su bestia negra. Nada podía estar más alejado del anarquismo que el imponer su voluntad por la fuerza. Sería un suicidio moral… Además, si el resto del país no seguía a la CNT catalana hacia la revolución total, Cataluña quedaría aislada, el capital internacional aplicaría un boicot despiadado y, a menos que estallase una revolución internacional, el movimiento libertario sería aplastado…

«Como grupo —recordaba Ricardo Sanz— no insistimos en el asunto… Sabíamos que la organización se oponía a la dictadura. Y dictadura habríamos tenido de haberse aceptado nuestra postura. Desde el instante en que el movimiento se hubiese responsabilizado de todo, todo el mundo habría tenido que obedecer nuestras órdenes. ¿Qué es eso sino dictadura? Ciertamente, la dictadura no formaba parte del programa anarquista, pero era la fuerza de las circunstancias lo que había dictado nuestra propuesta, que en aquel momento nos parecía una salida. Pero no podía ser… ¿Por qué no? Pues porque la CNT se oponía. Creo, y es solamente una hipótesis, que a los del grupo "Nosotros" nos tenían miedo. Temían que, si imponíamos una dictadura, no estarían en condiciones de tomar decisiones; temían que antes o después algunos de ellos fuesen eliminados por traidores a la revolución, que tal vez se impusieran métodos estalinistas. Justamente por aquel entonces Stalin empezaba a eliminar a toda una serie de revolucionarios que, como todo el mundo sabía, no eran traidores… Pero en cualquier caso no intentamos forzar el asunto, ya que teníamos otras cuestiones urgentes: Companys había sugerido que Durruti condujese una fuerza de milicianos hacia Zaragoza, que estaba en manos enemigas…»

La opción colaboracionista salió triunfante. La discusión, aunque a veces cobró un tono violento, no duró mucho. La mayoría estaba a favor, de modo que no hubo que someterlo a votación. No se hablaría de comunismo libertario hasta que no se hubiese ganado la guerra.

JULIO-SEPTIEMBRE DE 1936.

¿De quién pueden estar las mayores posibilidades de triunfo en una guerra? De quien tenga más medios, de quien disponga de más elementos. Esto es evidentísimo… Pues bien: todo el oro de España, todos los recursos monetarios válidos en el extranjero, todos, absolutamente todos, están en poder del gobierno… La guerra es hoy, principalmente, una guerra industrial. Tiene más medios de vencer aquella parte contendiente que disponga de mayores elementos industriales… Todo el poderío industrial de España… está en nuestras manos… Con los recursos financieros totalmente en manos del gobierno; con los recursos industriales de la nación, también totalmente en poder del gobierno, podría ascender hasta la esfera de lo legendario el valor heroico de quienes impetuosamente se han lanzado en armas contra la república, y aun así, aun cuando su heroísmo llegara a grados tales que pudiera ser cantado ensalzadoramente por los poetas que pudieran adornar la historia de esta época triste, aun así serían inevitable, inexorable, fatalmente vencidos.

INDALECIO PRIETO, líder socialista

(alocución por radio Madrid, 8 de agosto de 1936).

Nosotros hemos ido al movimiento seguidos ardorosamente del pueblo trabajador y honrado, para librar a nuestra patria de la anarquía, caos que desde que escaló el poder el llamado Frente Popular iba preparándose con todo detalle… Sólo un monstruo, y un monstruo con la compleja constitución psicológica de Azaña, pudo alentar tal catástrofe. Monstruo que parece más bien la absurda experiencia de un nuevo y fantástico Frankestein, que fruto de los amores de una mujer. Al final de nuestro triunfo, pedir su desaparición me parece injusto. Azaña debe ser recluido, para que escogidos frenópatas estudien su caso, quizás el más interesante de degeneración mental, ocurrido desde Crostand, el hombre primitivo de nuestros días.

General EMILIO MOLA

(alocución por radio Burgos, 15 de agosto de 1936).

Sabemos exactamente lo que la patria quiere recobrar en estos instantes, que

no es menos que recobrarse a sí misma. Había dejado de existir España y éramos una dependencia humillada de toda la escoria, de toda la escuela de ideologías fracasadas y groseras. Éramos una colonia de Rusia, que es como decir colonia de la barbarie organizada …

Para ello llevan impregnadas sus doctrinas y relleno su programa [de la Falange] de la preocupación más profunda y extensa: la de redimir al proletariado… España se halla prácticamente dividida en dos mitades, y ocupa una, de modo casi total, el inmenso ejército de los que sacan su pan cotidiano del trabajo físico de sus manos, y el proletariado, en gran parte, no quiere a España; no tiene alegría de formar parte de esta ilustre nación… Devolvamos a los obreros este patrimonio espiritual que perdieron, conquistando para ellos, ante todo, la satisfacción y la seguridad del vivir diario: el pan …

España debe proletarizarse. Debe ser pueblo de ancha prole… Serán traidores a la patria, miembros indignos del estado, los capitalistas, los ricos que, asistidos hoy de una euforia fácil, que levantando acaso el brazo como si saludasen el advenimiento de la nueva era social, se ocupan como hasta aquí, con incorregible egoísmo, de su solo interés, sin volver la cabeza a los lados ni atrás, para contemplar la estela de hambre, de escasez y de dolor que les sigue y les cerca …

El pan para todos y la justicia para todos es nuestro lema, y será pronto nuestra obra.

¡España, una! ¡España, grande! ¡España, libre! ¡Arriba España!

ONÉSIMO REDONDO, líder de la Falange

(alocución por radio Valladolid, 19 de julio de 1936).

GUADARRAMA

Desde ambos bandos milicianos y soldados se dirigieron apresuradamente hacia los estratégicos pasos de la sierra de Guadarrama, cuya posesión era de vital

importancia para avanzar hacia Madrid desde Castilla la Vieja.

A bordo de uno de los rojos autobuses madrileños de dos pisos, que habían sido requisados, el joven Pedro Suárez, comunista y miembro de las MAOC, se dirigía hacia el Alto del León, el paso por el que cruzaba la carretera principal de Madrid a Valladolid. Desde esta última ciudad, otro joven, falangista éste, llamado Francisco Gutiérrez del Castillo, que acababa de salir de la prisión, se dirigía hacia el mismo sitio.

La esposa de Suárez le acompañaba en el autobús, ya que había insistido en marchar al frente. Al llegar a un punto situado justo debajo del paso, se apearon del autobús y Pedro le dijo a su esposa que se uniera a los milicianos del flanco derecho mientras él hacía lo propio con los del izquierdo.

«Así que ella se unió a las fuerzas de "El Campesino" y yo a la columna del coronel Mangada. Yo no quería que los dos estuviéramos en el mismo grupo. Luego avanzamos hacia lo alto del paso…»

Cuando Gutiérrez llegó al paso desde el otro lado, los de su bando ya lo habían tomado y vuelto a perder.

«Lo reconquistamos en una tremenda batalla, con la artillería disparando a quemarropa. Un sacerdote jesuíta iba delante de nosotros portando la cruz y alentándonos a avanzar. Le seguíamos como locos. ¡Qué valor demostró sin ni siquiera tener un fusil! Estoy convencido de que su ejemplo fue lo que nos dio la victoria…»

Desde Salamanca, Juan Crespo, estudiante monárquico, llegó al paso en el momento culminante de la batalla. Estaba de guardia en su ciudad natal cuando tropezó con un primo suyo que era militar y que a gritos le dijo que subiera al camión. «¿Adonde vais?» «A tomarnos un café en Madrid. Estaremos allí para el día de Santiago». La fiesta del patrón de España era el día 25 de julio. Subió al camión. Cuando llegaron a la parte inferior del paso, bajaban herido al coronel Serrador, el comandante de las fuerzas militares. Antes de que alcanzase la cima, una bala perdida mató al nuevo comandante.

«¡Imagínese cómo nos sentiríamos los reclutas novatos! La artillería de Valladolid disparaba a quemarropa. No había trincheras, sólo rocas. Estaba aterrorizado. El ruido de los disparos de mi fusil me producía una aguda sensación de malestar físico. No podía ver al enemigo. Instintivamente, la cabeza se me hundía entre los hombros…»

Gutiérrez pensó que estaban de suerte al ver que algunas unidades del ejército republicano desertaban y se pasaban a sus líneas. «Muy pocos de nuestros soldados hicieron lo mismo».

«Así que tomamos el paso y lo retuvimos —recuerda Crespo—. Pero al cabo de tres o cuatro días empecé a hartarme. La mayoría de los milicianos adjuntos al batallón de infantería sentíamos lo mismo. La excursión había terminado. Teníamos pulgas. Pasábamos frío. Echábamos de menos la caña de cerveza de las tardes. Llegó un camión de suministros de Salamanca. Montamos en él y nos fuimos a casa. Mi madre se alegró mucho al verme. "Con que ya habéis terminado todo este asunto, ¿eh?", dijo…»

A primera hora de cada mañana y a última de cada tarde los milicianos de Madrid, organizados por partidos, sindicatos y grupos locales, salían de la capital y regresaban a ella tras pasar el día en la sierra de Guadarrama. Un chico de 14 años, del barrio obrero de Lavapiés, tenía grabada en la memoria aquella escena cotidiana.

«Por la mañana se oían gritos: "¡Pablo! ¡Pedro! ¡Manolo!", y los hombres salían de sus casas con el fusil en la mano. Debajo del otro brazo llevaban la comida que la esposa les había preparado. Salían para la sierra como quien sale de excursión el domingo, a cazar conejos. A menudo iban acompañados por mujeres, algunas de ellas politizadas, pero las más de las veces no. Putas, aquel tipo de prostituta tan típico del Madrid de la época, con unas tetas y nalgas enormes. ¡Qué asombroso era —dice Álvaro Delgado— verles regresar al caer la tarde para pasar la noche en casa! Al día siguiente la escena se repetía…»

Una vez más, fue la *fusión ofensiva* de la policía y las fuerzas populares la que, aunque no siempre resultara victoriosa, mantuvo al enemigo a raya. Con gran rapidez habían tomado la iniciativa al salir apresuradamente de la capital para conquistar y retener no sólo los pasos, sino las provincias vecinas: Guadalajara, Cuenca, Toledo, Ciudad Real.

«En cuanto a los combates, una vez más fueron los guardias de asalto los que llevaron la peor parte; tanto es así que puedo decir sin miedo a equivocarme que al cabo de seis meses virtualmente ni un solo guardia u oficial de asalto de Madrid seguía vivo», cuenta Juan Andrade, del POUM.

Desde el punto de vista militar, al principio la milicia era algo caótico. Heterogénea, sin entrenar, desorganizada a menudo, la milicia, sin embargo, cumplió su finalidad inmediata de reforzar a las unidades en los combates contra las fuerzas igualmente bisoñas que se les oponían, entre las que la fusión de

unidades militares con falangistas y paisanos requetés surtía más o menos los mismos efectos. Las cosas cambiaron cuando entraron en escena los profesionales del ejército de África.

Además, la guarnición de Madrid no había sido desmembrada por completo a causa del levantamiento. Debido a los permisos de verano, fomentados deliberadamente por el gobierno, la guarnición no contaba con todos sus efectivos el 20 de julio. Luego, cuando el gobierno promulgó el decreto desmovilizando a los soldados, muchos quintos sencillamente se esfumaron. A pesar de todo, varios miles de soldados y suboficiales fueron enviados a luchar. El comunista Francisco Abad, soldado y promotor de la organización clandestina de soldados y cabos en el único regimiento de infantería que no se había sublevado en Madrid, ayudó a enviar al frente, bajo el mando de oficiales de su regimiento o de otros oficiales de probada lealtad, a los restos de los demás regimientos.

«Sin embargo, no contábamos con muchos oficiales de confianza para mandar a los 6000 hombres que enviamos a luchar. La mayoría de los de mi propio regimiento fueron arrestados al caer el cuartel de la Montaña. Fue una equivocación. Muchos de los oficiales jóvenes habrían podido servir a la república. La sospecha y la desconfianza se combinaron para hacernos perder una fuerza que en potencia nos era útil. A los oficiales de carrera no se les trató con justicia ni se les utilizó apropiadamente durante aquellos primeros meses…»

El comandante Jaime Solera, oficial de estado mayor en el Ministerio de la Guerra, era uno de éstos. Se decía demócrata liberal sin afiliación política y creía que el deber de un oficial del ejército era servir al gobierno legalmente constituido. Al mismo tiempo, sabía que su hermano, oficial como él, se hallaba en la zona insurgente.

Creía que la mayor parte de la oficialidad de Madrid compartía su punto de vista. Pero el pueblo, temiendo que su lealtad no fuese más que un truco, sospechaba de todos los oficiales.

«No dejaba de ser natural. Aquéllos eran días de terrible confusión y no podía echársele la culpa a nadie; pero muchos oficiales no sólo corrían peligro de muerte, sino que llegaron a morir. Vivían atemorizados y trataban de escapar…»[1]

Mientras el comandante Solera permanecía en el Ministerio de la Guerra, esperando en vano las órdenes que nunca llegaban —«no se llevó a cabo ninguna planificación para resolver el levantamiento a nivel nacional; el estado mayor no podía hacer planes porque le faltaba su brazo ejecutivo: el ejército mismo»—, otros oficiales se fueron a la sierra en calidad de consejeros militares de las columnas

formadas apresuradamente. Entre ellos estaba un coronel de tanques que había arrestado a los oficiales desleales de su regimiento. De pie entre sus propios hombres, les vio palidecer. Se oyó un disparo. El coronel giró sobre sí mismo y dijo: «Disparadme cara a cara, y no por la espalda como cobardes».

TIERRA DE NADIE

En un balneario a orillas del Ebro, allí donde las aguas discurren siguiendo los límites de las provincias de Burgos y Álava, un joven madrileño de 20 años llamado Paulino Aguirre, estudiante de filosofía, pasaba las vacaciones con sus padres. Su padre, político liberal en tiempos de la monarquía, se había negado a creer que la guerra fuese inevitable. Se trataba de o: ro pronunciamiento —el golpe militar incruento típico de la España del siglo XIX— que terminaría en cuestión de días o, a lo sumo, semanas.

Atrapado en el hotel, sin saber qué estaba pasando, Paulino Aguirre comprendió que era esencial que definiese su postura.

«Poca cuenta me daba del papel que la geografía iba a jugar, de cómo el *sitio donde te encontrases* se encargaba de definir tu propia postura. Veía gente que abandonaba el balneario para regresar junto a sus parientes de las poblaciones cercanas. No me daba cuenta de que, en realidad, lo que hacían era cruzar de una zona a otra y que a algunos de ellos el hacerlo les costaría la vida…»

Las zonas carecían de fronteras definidas, de primera línea; todo resultaba fluido, ambiguo; y pese a ello —¿quién iba a decirlo?— iban a pasar años antes de que pudieran cruzarse otra vez las fronteras que se estaban creando invisiblemente. El aislamiento se veía acentuado por las noticias que daban las radios de ambos bandos, tan descaradamente propagandísticas que resultaban increíbles.

Un día aparecieron cadáveres flotando en el río. Llevaban piedras atadas y flotaban por debajo de la superficie, pero como las aguas estaban limpias, se veían claramente. Procedían de Miranda de Ebro, el cercano centro ferroviario, donde los socialistas habían tenido mucha fuerza y los militares estaban haciendo una purga.

«El horror de la guerra se hizo entonces evidente, pero en el hotel la vida siguió transcurriendo en medio de una tranquilidad muy poco natural. Todo el mundo ocultaba sus verdaderos sentimientos, decidido a impedir que la tensión aumentase. Escuchábamos fascinados las charlas radiofónicas que daba Queipo de

Llano desde Sevilla. Su brutalidad, grosería y violencia expresaban mejor que ninguna otra cosa la verdadera naturaleza de la guerra… Solamente cuando oíamos que una ciudad había cambiado de manos, cuando uno u otro bando avanzaba y tomaba territorio que antes no era suyo, sentíamos psicológicamente que estábamos atrapados en una de las dos zonas. Sólo cuando la primera línea se movió —cosa que sucedió pronto, cuando los requetés navarros empezaron a invadir Guipúzcoa— nos percatamos de que *había* una línea, de que decididamente estábamos en la zona insurgente…»

BARCELONA

Al bajar por el paseo de Gracia, Josep Cercos, metalúrgico de la juventud libertaria, vio que se estaban agrupando camiones, hombres y unos cuantos militares. Era la columna Durruti que se disponía a salir con el objetivo de capturar Zaragoza.

Cercos no sabía nada de ello y ni en sueños se le habría ocurrido partir para el frente aquel día. Los camiones ya estaban llenos. Sin pensárselo dos veces, decidió ir a la estación de Francia. Estaba seguro de que otra columna haría el viaje en tren. Llevaba el fusil que había conseguido en el parque de artillería de Sant Andreu y le quedaban 25 o 30 cartuchos. Al poco rato de llegar a la estación, un tren entró en ella, como se había imaginado, y todo el mundo subió a él, abarrotándolo sin formar grupos ni organizarse de ninguna manera. Antonio Ortiz, del grupo «Nosotros», iba al mando, al parecer, llevando consigo a un comandante y un par de capitanes del ejército en calidad de consejeros. Trabó amistad con un asturiano que no llevaba ninguna arma de fuego y que no consiguió una hasta que un compañero cayó muerto en Aragón.

«Todos éramos obreros. Había una fiebre tremenda por llegar a Zaragoza y conquistarla. La CNT siempre había sido fuerte allí y los militares también…»

Utilizando transportes improvisados, miles de hombres salían de Barcelona hacia el oeste. Hombres que en la mayoría de los casos jamás en la vida habían manejado un fusil y que, si tenían la suerte de haber conseguido uno, partían con el propósito de «liberar» Zaragoza, Huesca y Teruel, las tres capitales provinciales de Aragón, que habían caído en manos de los militares. «Ni siquiera teníamos mapas, y no me refiero a mapas militares, sino a un simple mapa Michelin de carreteras», cuenta Jordi Arquer, uno de los líderes de la columna del POUM.

«El instinto revolucionario del pueblo era asombroso —opina Wilebaldo

Solano, también del POUM—. Sabía que tenía que infligir una derrota tras otra, que tenía que progresar a cada minuto. No había un momento que perder. La gente gritaba: "¡A Zaragoza!". Recuerdo que el sargento Manzana, que más tarde se haría famoso al lado de Durruti en la columna de éste, me dijo: "¿A Zaragoza? Pero si aquí todavía estamos rodeados de fascistas. Primero tenemos que consolidarnos…". Tenía razón, desde luego; pero la gente tenía aún más. Se daban cuenta de que Barcelona no era lo más importante en aquel momento de lucha a vida o muerte. Había que tomar Zaragoza. El afán de ponerse en marcha, que a los militares les parecía una locura, salía de las calles, del tumulto revolucionario, sin que nadie supiera de quién ni cómo. Nadie sabía siquiera cuál era la situación de las poblaciones que jalonaban la ruta. El grito de "¡A Zaragoza!", era general…»

Las columnas penetraron en Aragón en busca del enemigo. La mayoría de los pueblos habían caído en manos de la derecha y la izquierda había huido al campo. Pero, en general, los insurgentes se retiraron ante el avance y se dirigieron a las ciudades. Cuanto más avanzaban las columnas, más dura era la resistencia que encontraban. Zaragoza era el punto central de la defensa, el blanco principal de la ofensiva. Desde el punto de vista militar, su captura colocaría a los atacantes, catalanes en su mayoría, en las carreteras que llevaban a Madrid y al País Vasco, amenazando el flanco de Mola en Navarra y enlazando las dos áreas industriales principales del Frente Popular. Desde el punto de vista político, una victoria en Zaragoza confirmaría la fuerza abrumadora de la CNT (profundamente preocupada por la pérdida de uno de sus bastiones) y permitiría a los libertarios llevar triunfalmente su revolución más allá de los confines de Cataluña y Aragón.

Josep Cercos salió de la estación de Caspe, en el bajo Aragón, a la que el tren había llegado sin encontrar resistencia. Se quedó sorprendido al ver que en la plaza de la estación había una compañía de la guardia civil. Cada guardia llevaba un pañuelo rojo al cuello.

«"¿Qué pasa aquí?", le pregunté al "Asturiano". Uno de los civiles se me acercó: "Ah, amigo mío, cuando veas un guardia civil sin uno de estos pañuelos al cuello, pégale un tiro. Sólo los que lo llevan están en el bando republicano". Aquello no me impresionó demasiado. Nos importaba un comino la república. Lo único que nos importaba era la revolución. No habría ido al frente de no haber sido para hacer la revolución. En Barcelona nos habíamos echado a la calle para luchar porque no teníamos otra opción, pero ir a luchar contra los militares en Aragón… no, no habría ido allí solamente para eso. La fiebre revolucionaria era lo que nos empujaba. Llevábamos tantísimo tiempo predicando el antimilitarismo, éramos tan fundamentalmente antimilitaristas, que no habríamos ido simplemente para hacer la guerra. Eso ni pensarlo. Hoy día, sin arrepentirme un solo instante, me doy cuenta de que queríamos ir demasiado aprisa, de que en unos días queríamos

saltar de un siglo hacia el futuro…»

No todas las columnas tenían su origen en Barcelona. Una de ellas, que subía de la costa catalana, concretamente de Tortosa, iba al mando de Saturnino Carod, un líder de la CNT de Zaragoza que había huido de la ciudad poco después del amanecer del 19 de julio. En un bosque situado a orillas del Ebro, en las afueras de Zaragoza, miembros de la federación local y del comité regional de la CNT se habían reunido la noche anterior, acordando enviar delegados con la misión de levantar a las masas rurales. Carod, secretario de propaganda de la regional (Aragón, Rioja y Navarra) había recibido el encargo de levantar a las gentes del bajo Aragón, su región natal, donde había pasado gran parte del mes anterior dando una serie de charlas.

Al hallarse ausente de la ciudad, se sentía incomunicado y los demás miembros del comité regional parecían mal informados, sin saber a punto fijo qué planes había para enfrentarse al levantamiento militar, cuando regresó apresuradamente a Zaragoza. Se dijo que, contrariamente a lo que a menudo se creía, el movimiento libertario de la ciudad no era muy fuerte y no poseía la conciencia revolucionaria que se le atribuía. Una delegación conjunta de la CNT y la UGT fue a ver al gobernador civil para pedirle armas. Éste les prometió 10 000 fusiles que nunca recibieron. Miembros de la CNT, principalmente obreros de la construcción, se congregaron en masa en la plaza de San Miguel, esperando… Había tratado de hacer que los republicanos tomasen medidas y se los había encontrado jugando a las cartas en su ateneo. Cuando volvió a verlos para insistir con mayor fuerza, vio que se los llevaban detenidos los guardias de asalto que se habían unido a los militares. Las masas empezaron a disolverse y desaparecer. «Más que a los militares, los republicanos temían armar a las masas de la CNT…» Al salir de la ciudad, se cruzó con patrullas militares y civiles que controlaban las calles.

Desde una plataforma improvisada delante de la oficina local de la CNT en Tortosa pronunció un discurso pidiendo voluntarios. Respondieron de 3000 a 4000, campesinos la mayoría.

«Les dije claramente cuáles eran los objetivos: derrotar al enemigo en campo abierto, aplastar la sublevación militar, luchar por la república… no hacer la revolución, que quede bien claro…»

No llores, madre, no llores,

porque a la guerra tus hijos van.

¡Qué importa que el cuerpo muera

si al fin el alma triunfará

en la Eternidad!

Antigua canción carlista

SOMOSIERRA

Cuatro piezas de campaña disparaban desde los camiones a los que estaban atadas por medio de sogas, con los cañones apoyados sobre el techo de las cabinas. Otras cuatro habían sido descargadas y disparaban desde el suelo en Somosierra, el principal paso del Guadarrama entre Burgos y Madrid. La columna que seis días antes saliera de Pamplona con destino a Madrid había dado media vuelta para tomar el paso. Antonio Izu ya no se sentía tan animoso. ¿Volver atrás? Lo que él y sus camaradas requetés querían era avanzar, avanzar siempre. ¿Qué importaba que los rojos hubiesen tomado Guadalajara, situada en la ruta que seguía la columna? La tomarían por la fuerza… Pero el general Mola pensaba de modo distinto.

Habían pasado un día en Aranda de Duero. Rafael García Serrano y sus camaradas falangistas habían recibido órdenes de ir a buscar comida en un convento. «Come todo lo que quieras, hijo mío», le había dicho un fraile, «porque vas a morir por la religión y por nosotros los pobres frailes». «Sí, padre, y por la revolución». Eso no le había gustado al fraile y los dos se habían enzarzado en una discusión. No estaba dispuesto a negar la revolución falangista. Se había sentido triste al ver cómo llevaban presos a varios obreros y campesinos de la CNT a un cuartel de Logroño, donde se habían hecho disparos contra la columna. Se preguntó por qué aquellos obreros no estarían de su parte, como lo estaba el campesinado navarro. Era a ellos a quien representaba la Falange y no a aquellos partidarios de la CEDA que desde sus balcones aplaudieron la llegada de la columna. Pero los obreros no lo habían comprendido y algunos incluso tuvieron redaños para gritar «¡Viva la república!», al ser conducidos al interior del cuartel. Los falangistas echaron mano de los fusiles y cuidaron de que gritasen «¡Arriba España!».

Izu había dormido en el camión de carbón en el que saliera de Pamplona. Después de misa se dirigió con sus compañeros a un bar. Al acercarse, vieron que

lo estaban saqueando. A estas alturas ya no se sorprendía tanto como hacía unos días al ver espectáculos de aquella clase. «Otra vez los camisas azules», pensó, recordando una escena desagradable acaecida cuando la columna tomó Alfaro, baluarte socialista de Logroño, sin sufrir pérdidas, durante el segundo día de marcha. El día antes habían matado a dos derechistas de la localidad. A él le habían ordenado que escoltara al cabo de la guardia civil, el cual debía conducir a un detenido Mientras iban con éste por la calle la gente del pueblo gritaba «¡Matadlo! ¡Es el peor de todos!». En la plaza el cabo había cogido un palo descargando con él un golpe tremendo sobre la cabeza del preso. El hombre cayó muerto. «Las cosas que allí pasaron fueron vergonzosas… Los camisas azules eran los principales responsables. Iban buscando gente de casa en casa». Doce de los habitantes del pueblo habían sido fusilados.

Los cañones tronaban. Fuerzas procedentes de Burgos —falangistas, requetés e infantería— atacaban conjuntamente con la columna de Pamplona. Entre los requetés había chicos de 14 años y abuelos de 60. Se dio la orden de avanzar.

Rafael García Serrano oyó unos silbidos extraños.

«"Rafael, ¡cómo cantan los jilgueros esta mañana!", me dijo un amigo requeté. "¿Jilgueros?" Era cierto que el ruido recordaba un poco el canto de un jilguero. "¿Hay jilgueros por aquí?" El requeté se echó a reír. Entonces me di cuenta de qué se trataba. Casi en el mismo instante, un soldado que avanzaba a mi lado recibió una bala en el estómago. Hicimos corro a su alrededor mientras un médico requeté le prestaba los primeros auxilios. Le preguntamos si se salvaría. Era la primera baja y nos impresionó. Murió. Seguimos avanzando».

MILITANCIAS 4

ANTONIO IZU, campesino (carlista).

La barrera gris del Guadarrama se alzaba ante él. Decían que ni siquiera Napoleón había podido tomar el paso en un ataque frontal. Oyó el silbido de las balas perdidas y recordó lo que decían los carlistas veteranos. No había soñado en otra cosa desde que tenía uso de razón. Su abuelo había luchado en la última

guerra carlista y le había contado cómo hacía correr a los liberales. Aquella guerra la habían perdido, las tres guerras carlistas habían terminado con la derrota. Ahora por fin se presentaba la oportunidad de vengarse. Llevaban mucho tiempo esperándola.

«Llevábamos la necesidad en nuestros corazones y almas, esperábamos la oportunidad. Cuando se presentó, empuñamos el fusil y gritamos "¡Manos a la obra!"».

Llevaba el carlismo en la sangre, era ya carlista al ser concebido y al nacer. La mayoría de la gente, cuando le preguntaban por qué era carlista, respondía: «Porque lo soy». Era la gente corriente, las clases bajas de Navarra, la que era carlista. Los ricos y los intelectuales no lo eran. El carlismo era un movimiento popular.

Su padre creía fervientemente en la causa y era uno de los que pensaban que todo militar de rango superior al de sargento y todo cura que estuviera por encima de un canónigo debía ser despojado de su cargo por parásito. Antonio pensaba que en el fondo su padre tenía algo de anarquista. En Echauri, su pueblo natal, a 14 kilómetros de Pamplona, la familia poseía 45 hectáreas de tierra, una yunta de bueyes, un par de caballos y una vaca. Estaban bien situados. La mayoría de los 540 lugareños la formaban pequeños propietarios dueños de seis o diez hectáreas. Había un solo republicano, el veterinario, que pronto se sintió desilusionado. El pueblo era carlista de manera casi unánime…

Delante suyo un escuadrón de caballería insurgente apareció en la carretera, galopando junto al borde hacia Somosierra. En la cabeza del paso se oía tronar a la artillería; las cosas empezaban a ponerse feas. Parecía que las guerras carlistas hubiesen vuelto a empezar.

¡Viva el follón!

¡Viva el follón!

¡Viva el follón bien organizado!

Porque con él

pide justicia todo el requeté.

Así era cómo iban a hacer la revolución carlista. La gente decía que el carlismo, con su lema de «Dios, patria y rey», era ultraderechista. ¡Qué equivocación! El carlismo no era de derechas ni de izquierdas, era sencillamente

carlista, católico y revolucionario. Iban a animar las cosas, a armar follón. No a hacer una revolución izquierdista o derechista, ni a hacer una revolución política, no. Pero sí una revolución que, tras un siglo de opresión, satisficiera la necesidad innata de explotar que todos los carlistas sentían. Habían partido para la guerra con los ideales propios de una cruzada religiosa. El campesinado no esperaba ningún otro beneficio de la causa. Era un movimiento defensivo[2].

«Lo que veíamos era el daño que los otros nos harían si el carlismo no existiera. Defensivo, era un movimiento de indignación y desagrado ante la forma en que se estaba conduciendo la política. Una cuestión de tradición. Pero no de volver atrás, de colocar en el trono a un monarca absolutista. ¡Ni pensarlo!»

El rey al que se restauraría sería como un gerente; las leyes las decidiría el pueblo. El rey representaría un ejecutivo estable mientras el pueblo eligiera unas Cortes que legislaran y demarcasen sus poderes. «Quiero un rey que beba de la bota conmigo», decían los requetés. Nada de protocolos y de ir de un lado a otro montado en una carroza. «Un rey tiene que ser como uno más de los habitantes del pueblo…»

El pueblo debía ser libre; ésa era la esencia, el significado popular de los fueros[3] de Navarra. Ellos expresaban la negativa a someterse que era innata del pueblo; la libertad respecto del centralismo español, pero no respecto de España.

A su modo de ver, la política social del carlismo era sana; lo malo era que casi nadie la conocía. En esencia consideraba que en la producción había dos factores fundamentales: el capital y el trabajo. El capitalista aportaba el primero, el obrero el segundo. Como la producción era compartida, también los beneficios (tras deducir la depreciación y el interés sobre el capital) debían ser igualmente compartidos. Lo vergonzoso era que nadie tratase de practicar la doctrina…

Delante suyo un soldado de caballería cayó herido; había varios caballos muertos. Las cosas empezaban a tomar mal cariz; el avance continuaba sin pausa.

Era curioso: la república contra la que estaba luchando había sido muy bien recibida en Navarra. ¡Por fin había caído la monarquía alfonsina! Pero al cabo de un mes, la república ya era un fracaso. En lo que a ellos se refería, la quema de iglesias y conventos fue el final. Los navarros eran profundamente religiosos. Rara era la familia que no tenía uno o más miembros en la iglesia o en una orden religiosa. En Navarra no se había quemado ninguna iglesia; pero con bastante frecuencia los curas y los frailes eran insultados por las calles. No hacía mucho que, al llevar el viático a un moribundo del pueblo, el párroco de Alsasua había sido insultado por un grupo. El cura entregó la eucaristía al sacristán diciéndole:

«Tú cuida de esto, que yo cuidaré de ésos». Pronto los puso en fuga.

«No es que los carlistas defendiéramos al clero por tratarse del clero. ¡Oh, no! Los carlistas éramos capaces de expulsar a los curas a pedradas si se hacían amigos de los ricos y no cumplían sus obligaciones para con los feligreses. El carlista defendía la religión y no al cura por el hecho de llevar sotana…»

Pronto comprobaría que no era así en otras partes. En otras regiones el odio hacia la iglesia tal vez fuese en parte obra de la intelectualidad local, pero era mayor la parte de culpa que correspondía al mismo clero.

«No era sencillamente una diferencia lo que había entre el clero vasco y navarro y el clero del resto de España. El abismo entre ambos era tan amplio que iba más allá de ser una diferencia. Los comunistas navarros eran más religiosos que los curas castellanos. ¿Le parece un chiste? Pues era cierto. En Navarra el comunista iba a misa, confesaba y comulgaba al menos una vez al año, que es lo que exige la iglesia. En Castilla, como comprobamos durante la guerra, la persona que no iba a misa era el cura…»

El hecho fue tema de comentarios entre los requetés destinados a Castilla la Vieja y Castilla la Nueva. Cuando hablaban con algún cura local, como hacían a menudo, había una cosa que siempre les sorprendía: nunca se jactaba de su iglesia, nunca mostraba orgullo por lo bien cuidada que la tenía. Y con razón: por lo general las iglesias eran destartaladas, pobres, sucias y mal cuidadas.

«Pero casi en todas partes el cura tenía su casa y su jardín bien regado. Era de esto de lo que se jactaban y de las cosechas que cultivaban y recogían. De cosas espirituales no hablaban, pero de sus parcelas tenían mucho que decir…»

En tales circunstancias, allí donde el cura no hacía ningún esfuerzo por atraer a la gente a la iglesia, lo único que cabía esperar era indiferencia. Y eso era lo que encontraba, La otra causa era la falta de cultura de los habitantes de los pueblos. En el suyo propio había un solo joven analfabeto; en Castilla la cosa era distinta. Le parecía que en lo tocante a educación, agricultura, a todo, Castilla llevaba de cincuenta a cien años de retraso con respecto a Navarra. Aunque la gente fuese indiferente ante la iglesia, era muy capaz de odiar al clero. «Por lo que pude ver durante la guerra, el clero no cumplió en absoluto su misión de ser guía espiritual…» Descubrimientos deprimentes que le aguardaban en el futuro.

El rugido de la artillería se oía más cerca, más fuerte. Apretó con fuerza el fusil, estaban cerca de la cima. No había disparado ni un tiro. Agotado, sediento, se puso a buscar agua, metiendo la alpargata entre los juncos para beber el agua

enfangada que salía de ellos. Los rojos habían cometido una gran equivocación al defender solamente la carretera que cruzaba el paso y un par de elevaciones en vez de toda la sierra. Llegaron a la cima.

Al darse cuenta de su error, el enemigo se apresuró a atacar. Los requetés, parapetándose detrás de los crestones rocosos, contuvieron el ataque. El capitán agitó una mano. De un salto se pusieron en pie y avanzaron corriendo, persiguiendo a la docena de milicianos enemigos durante un par de kilómetros hacia el paso. La oscuridad impidió que siguiesen avanzando y se instalaron en terreno abierto para pasar la noche. Su compañía no había sufrido ni una sola baja en el ataque.

El paso había sido capturado. Al día siguiente los insurgentes consolidaron su victoria avanzando sobre el flanco de la sierra que correspondía a Madrid y en el que tomaron varios pueblos. En uno de ellos, La Acebeda, Antonio Izu se sintió deprimido ante la pobreza que se ofreció a sus ojos cuando le ordenaron registrar las casas. Camas sin sábanas, cubiertas solamente con mantas viejas, dinteles tan bajos que tenía que agacharle para entrar; la prosperidad relativa de Navarra le parecía lejana, penosamente lejana. Como si la miseria les hubiese afectado, los requetés bajaron del paso padeciendo diarrea y uno de los médicos diagnosticó escorbuto incipiente. Durante casi diez días, desde su salida de Pamplona, vivían a base de víveres fríos, sardinas y pan. Ahora comenzaron a subir al frente alimentos calientes y jugo de limón.

Los insurgentes llegaron hasta unos 300 metros del depósito que abastecía de agua a Madrid antes de verse contenidos. Cada vez que trataban de seguir avanzando caía sobre ellos un fuego intenso desde el otro bando.

«Un año más tarde, cuando hacía calor de noche, solía bajar al depósito y nadar en él. Por lo que pude ver, se habría podido interrumpir el suministro de agua o envenenarla, pero nunca se hizo ningún intento en este sentido…»

Los insurgentes tenían en su poder dos de los tres pasos principales del Guadarrama, pero les era imposible avanzar hacia Madrid. El golpe relámpago había fracasado y ahora era necesario tomar medidas con vistas a una ofensiva más larga. Tres días después del alzamiento, el general Mola advirtió a los monárquicos de Burgos que las municiones de fusil que les quedaban bastarían solamente para unas semanas. Dijo que la más pequeña ayuda que la república recibiera de Francia sería suficiente para inclinar la balanza[4]. Necesitaba urgentemente diez millones de cartuchos. Se despacharon emisarios monárquicos a Alemania e Italia; mientras tanto, ordenó a su estado mayor que trazara planes para una posible retirada hacia el norte.

En Marruecos, Franco se había movido más aprisa y había llegado más arriba. A las pocas horas de llegar allí el 19 de julio, un emisario partió para Italia y el 23 de julio, mientras los emisarios de Mola salían de Burgos por carretera, la misión de Franco salía para Alemania a bordo de un avión requisado perteneciente a Lufthansa. Tras hacer alto en París, los hombres de Mola llegaron a Berlín el 28 de julio y se encallaron ante la poco servicial burocracia del Ministerio alemán de Asuntos Exteriores; la misión de Franco fue recibida sin trabas por el partido nazi y el 25 de julio, al día y medio escaso de su salida de Marruecos, se entrevistó con Hitler. Un hombre de negocios alemán, cuyo nombre no se conoce y que era el jefe del diminuto partido nazi del Marruecos español —ningún español se hallaba presente— presentó la petición de Franco al Führer. Tras reflexionar brevemente, Hitler se mostró de acuerdo en enviar secretamente ayuda a Franco —una ayuda superior a la que éste pedía— y a nadie más que a Franco, ya que probablemente Hitler creía que Franco acabaría por ser el líder de la insurrección. El 28 de julio Franco tenía ya la seguridad de contar con ayuda alemana; dos días más tarde llegó la primera ayuda italiana[5].

El emisario de Franco tuvo menos suerte en Roma; hizo falta que llegasen los dos representantes de Mola, los monárquicos Antonio Goicoechea y Pedro Sáinz Rodríguez, para ultimar las negociaciones. Eran estos emisarios quienes, junto con representantes carlistas, dos años antes habían obtenido de Mussolini la promesa de armas y dinero para un levantamiento. Las promesas iban a cumplirse ahora.

Sáinz Rodríguez, que se quedó en Roma para negociar, no encontró otro problema que el de hallar una fórmula legal para que los italianos les prestasen ayuda militar. Si bien estaban totalmente dispuestos a suministrar armas y aviones, les preocupaba que ello pareciese contravenir el pacto de no-intervención que acababan de firmar las principales naciones europeas y la Unión Soviética.

«Si se les veía contravenir el pacto, temían la intervención abierta de Francia y Gran Bretaña. Insistieron en que ello iría en detrimento de nuestra causa. Por esta razón era preciso encontrar alguna forma de camuflar la ayuda, aunque todo el mundo sabía que la prestaban…»

Como parte del camuflaje, el conde Ciano, ministro italiano de Asuntos Exteriores, puso en marcha un curioso procedimiento. Sáinz Rodríguez debía visitarle en su despacho a las siete de la mañana, con el máximo secreto, a fin de hablar de la guerra de España…

«Pero por la noche, cuando yo iba a cenar al casino, venía él con numerosos amigos y se sentaba abiertamente conmigo a beber champán. Un día le pedí que se

explicase. “Ah”, me dijo, “la gente cree que es usted simplemente un profesor español y no le presta la menor atención”. “Caramba”, le dije, “extraña idea del secreto es ésa”…»

Los italianos despacharon inmediatamente 12 Savoias-18 a Marruecos con el fin de ayudar a trasladar el ejército de África a Sevilla. Mientras tanto, Franco envió un carguero, el *Montecillo*, a Vigo con munición de fusil para Mola. El buque consiguió burlar el bloqueo de la flota republicana.

El gobierno de la república había solicitado casi al mismo tiempo ayuda del Frente Popular que gobernaba en Francia. El resultado final fue muy distinto. Al principio, los franceses —tanto el gobierno como los comerciantes de armamento particulares— suministraron unos 70 aviones, pero luego, temerosos de causar una escisión en el Frente Popular y molestar a Inglaterra, el gobierno francés propuso un pacto de no-intervención el 2 de agosto. Ante el rearme alemán —hacía cuatro meses escasos que Hitler había ocupado Renania sin encontrar oposición—, el primer ministro francés, el socialista Léon Blum, temía que Francia quedase aislada. Al mismo tiempo, no podía permitirse que en su flanco sur hubiese un aliado de Italia y Alemania. El 31 de julio Gran Bretaña ya había prohibido unilateralmente la venta de armas a España; el 8 de agosto, sin esperar a ver cuáles eran las intenciones de Alemania, Italia o Portugal, Francia cerró al tráfico militar su frontera con España. El efecto fue negarle al gobierno español el derecho que le daba la ley internacional a comprar armas en el extranjero para su autodefensa. El orden capitalista —los Estados Unidos predicaban la no-intervención pero permitían que grandes cantidades de petróleo (material «no bélico» según la ley de la neutralidad) llegasen a poder de los insurgentes— ya había hecho su elección: de momento, la contrarrevolución «fascista» era menos peligrosa para él que la revolución «comunista». La democracia parlamentaria no quería enfrentarse al fascismo internacional a causa de un colega inestable cuyo orden burgués se veía amenazado desde abajo.

Son varios los pueblos de que tengo noticias que tienen prisioneros a elementos derechistas, con los que piensan cometer actos de barbarie. Debo dar a conocer en este aspecto mi sistema. Por cada hombre que maten, yo mataré diez y quizá rebase esta proporción.

Los directores de esos movimientos que creen que con huir se salvan se engañan. Han de esconderse debajo de la tierra y de allí los he de sacar. Y aunque estuvieran muertos los volvería a matar. Les aplicaré la justicia.

General QUEIPO DE LLANO

(alocución por radio Sevilla, 25 de julio de 1936).

El movimiento que preconizamos no tiene nada que ver con la pequeña política; es un movimiento nacionalista español hecho sólo para salvar a España.

Se ha dicho que este movimiento es contra la clase trabajadora, y precisamente es todo lo contrario. Estamos en favor de la clase humilde y de la clase media… Nada temas, pueblo español que trabajas. No es para el obrero peligroso este movimiento. Lo es para el que tiene una vida de príncipe, regalada, para el que utilice los fondos del sindicato de los que nunca rinde cuenta, para quien, llegado el momento, no se cuidó de otra cosa sino de atacar a la república. Hay que hacer algo para salvar a la república y pronto.

General FRANCO

(alocución por la radio de la guardia civil,

Tetuán, 22 de julio de 1936).

A propósito de huelgas y coacciones, ordeno y mando que todos los que caigan en poder de fuerzas realizando coacciones, sean inmediatamente pasados por las armas.

No tened miedo.

Si alguno trata de coaccionaros, os autorizo para que lo matéis como a un perro y quedaréis exentos de responsabilidad …

General QUEIPO DE LLANO

(alocución por radio Sevilla, 22 de julio de 1936).

ANDALUCÍA

Los insurgentes tenían en su poder las ciudades de Sevilla, Córdoba, Cádiz y Granada, pero no los pueblos y poblaciones del campo que las rodeaba, donde la situación todavía era más que incierta para su causa. En algunos pueblos se estaba librando una guerra civil secreta de la que nada sabían las fuerzas de uno y otro campo.

BAENA (Córdoba).

Con sus casas de paredes enjalbegadas encaramándose por la ladera de una montaña, Baena era una gran población agraria situada a unos 20 kilómetros de Castro del Río[6] en la misma carretera de Córdoba a Granada. Su topografía, elevándose desde los flancos inferiores de la montaña, donde vivían los 8000 y pico de jornaleros, hasta la Plaza Mayor situada en la parte de arriba, donde, a la sombra de las ruinas de un castillo y de la iglesia principal, tenían sus casas los terratenientes acomodados, representaba la pirámide social de sus 21 000 habitantes. En muchos sentidos era una población típica de la Andalucía latifundista.

El 19 de julio, el teniente de la guardia civil, siguiendo las órdenes del gobernador militar de Córdoba, proclamó la ley marcial. La población se encontraba paralizada por la segunda huelga de jornaleros —que duraba ya cuatro semanas— desde el mes de abril. La cosecha de trigo permanecía en los campos sin segar. Pronto llegaron noticias en el sentido de que los jornaleros estaban asaltando los cortijos en busca de armas, e incitando a los braceros a unírseles.

«"Los fascistas han tomado la ciudad. Tenemos que atacarles por sorpresa", nos dijeron —recuerda Miguel Caravaca, bracero al que habían forzado a unirse a ellos—. Todos los que tuvieran alguna herramienta de trabajo, una hoz, un azadón, una horca de madera, tenían que quedarse con ellos en el campo. Los que no tuvieran nada, tenían que entrar sigilosamente en la ciudad, conseguir un hacha, un palo o lo que fuese y regresar…»

En el momento en que salían camino de la ciudad, apareció un camión y un par de automóviles llenos de guardias civiles y paisanos voluntarios. El encuentro

fue rápido pero sangriento. Resultaron muertos tres trabajadores y heridos tres guardias, incluyendo el teniente. Miguel Caravaca emprendió la huida: «No quería tener nada que ver con todo ello».

Aquella noche los 90 guardias civiles y los paisanos que apoyaban el levantamiento comenzaron a fortificarse en la parte alta de la ciudad: en la Telefónica, el cuartel de la guardia civil, el castillo y el hospital, así como en uno o dos puestos avanzados situados en los flancos occidentales de la población. En los meses precedentes el teniente de la guardia civil, exoficial de la Legión, en colaboración con la asociación de terratenientes y agricultores, había estado armando a cuanta gente de «orden» había podido. Recientemente, por consejo suyo, la asociación había comprado 4000 cartuchos de fusil.

No tardaron mucho en verse atacados. Cuando los jornaleros se encontraron con que el fuego de los defensores les impedía avanzar calles arriba, abrieron boquetes en las paredes interiores de las casas e iniciaron el ascenso a través de aquella especie de túnel. Eran muy pocos los que tenían armas de fuego.

«Y las que tenían eran tan viejas que debían ser de la guerra de Cuba de 1898. La mayoría llevaba cañas de bambú con una punta de metal, hachas, hoces, horcas de madera, azadones… Uno de ellos, al encontrar un sable viejo, salió con él como si fuera a conquistar el mundo…»

En cuanto oyó los primeros tiros, Manuel Castro, hijo de un panadero, abandonó la pequeña parcela de la familia para regresar corriendo a casa y atrancar la puerta desde dentro. Sabía que las cosas iban a ponerse feas. Eran los trabajadores contra los amos. El odio había alcanzado su punto de ebullición. Durante el último año o año y medio los jornaleros habían estado exigiendo aumento de jornales y muchos terratenientes habían dejado de explotar sus tierras, alegando que la vida estaba imposible. Fue entonces cuando empezaron las discusiones y de éstas nació la violencia. Bastaba el odio hacia todo el que llevase corbata. La prenda señalaba a quien no tenía que ganarse un jornal cada día. Los jornaleros pensaban que todo el mundo debía ganarse la vida trabajando, que todo el mundo debía ser igual. Por esto luchaban…

«Durante tres días siguieron ascendiendo por medio del túnel. Estaban como locos al ver que ganaban terreno y creían que la victoria era suya. Las mujeres eran las peores. Gritaban a los hombres acuciándoles a subir a la cima. "A por los granujas fascistas, que han matado a uno de los nuestros". Al cuarto día alcanzaron nuestra casa…»

Ordenaron a la familia que saliese con las manos en alto. Un disparo rasgó el

vestido de su madre, pero sin herirla. Se los llevaron entre filas de hombres y mujeres que empuñaban todo tipo de armas imaginables. Había banderas rojas por todas partes, clavadas en trozos de caña y colocadas en ventanas y balcones. Observó que el rojo predominaba sobre el rojo y el negro de los anarquistas. Su padre no era de izquierdas ni pertenecía a ningún sindicato, pero tampoco se le conocía como derechista. La muchedumbre quería llevarlos al convento de San Francisco, edificado en el siglo XVIII, donde habían instalado su cuartel general y donde tenían encerradas como rehenes a muchas de las esposas, hijos y parientes de los derechistas sitiados.

«"¡A San Francisco!", gritaban algunos. "¡Es una buena mujer!", gritaban otros que conocían a mi madre. "¡Dejadla que se vaya adonde quiera!" Intervino en nuestro favor un porquero que, según supe más tarde, pertenecía al comité revolucionario. Finalmente nos dejaron en libertad…»

Tras cinco días de lucha, los jornaleros llegaron a la cima y pegaron fuego a la iglesia, pero un ataque con granadas de mano los hizo retroceder. Sin embargo, la situación de los derechistas era desesperada. Los sitiadores les habían cortado el agua, la electricidad y el teléfono, y su moral se resentía al saber que sus esposas e hijos estaban en manos de los atacantes. El teniente intentó enviar un mensaje, pero fue interceptado. Los atacantes mandaron una nota exigiendo la rendición de los defensores. Fue en vano. Despacharon a un grupo de las rehenes hacia la plaza, seguidas por hombres armados; antes de que las mujeres tuvieran tiempo de abrir la boca, el teniente disparó su revólver y las balas rebotaron a los pies de las rehenes. Las mujeres comenzaron a chillar y volvieron corriendo al convento de San Francisco.

A empujones unos hombres conducían a un cura calle abajo. El cura llevaba un ronzal al cuello y los hombres le insultaban mientras le obligaban a caminar. Al cabo de unos minutos, Manuel Castro, que había presenciado la escena, oyó un disparo. Uno de los hombres había disparado su escopeta de caza en la cara del sacerdote, dejándole ciego. Se lo llevaron a San Francisco, donde volvieron a pegarle un tiro y luego lo quemaron.

«¿Por qué mataron al cura? Porque los curas estaban unidos a los ricos, aunque sólo fuese porque necesitaban el dinero de los ricos para poder dar limosnas a los pobres. Pero éstos creían siempre que parte del dinero, tal vez la mayor parte, se la quedaban los curas. Había muchos curas que nada sabían de la vida que llevaban los jornaleros, que vivían distanciados del pueblo…»

Pero sabía que la mayoría de los trabajadores no quería que matasen a los curas. En los primeros dos días de lucha los jornaleros mataron sólo a una docena

de los ricos de la ciudad.

«Y tenían toda la razón para matarlos, puesto que eran los más severos entre los terratenientes derechistas que formaban parte de la clase gobernante, los 40 o 50 a los que los jornaleros debían acudir, gorra en mano, a pedirles trabajo… Y estoy seguro de que no habría habido más muertos si los guardias civiles y los ricos no se hubiesen resistido. Fue esto lo que enloqueció a los jornaleros. Estaban decididos a conquistar la población y hacerla suya…»

Al amanecer del 28 de julio, tras nueve días de lucha, los atacantes alcanzaron las alturas y capturaron el hospital, desde el que podían hacer fuego sobre los defensores. El teniente convocó una reunión de los hombres más influyentes entre los defensores: resistir significaba encontrar una muerte honrosa, rendirse equivalía a morir ignominiosamente. Habló del patriotismo, del valor y preguntó quién estaba de su lado. Todos los presentes se mostraron de acuerdo; con lágrimas en los ojos el oficial los abrazó.

Los atacantes no se aprovecharon inmediatamente de la ventaja conseguida, sino que se pusieron a escoger posiciones desde las que reanudar la ofensiva. Era ya mediodía. Desde la Telefónica los defensores vieron que en los altos de la sierra aparecían tropas marroquíes, legionarios y guardias civiles. Se trataba de una fuerza expedicionaria procedente de Córdoba, enviada no a auxiliar a la ciudad, sino a conquistarla, ya que, al no tener noticias, en Córdoba creían que estaba en manos de los izquierdistas. Al ver que en ella se seguía luchando, el coronel Sáenz de Buruaga ordenó que dos cañones hiciesen fuego sobre la ciudad. Cesó el tiroteo y los atacantes, que de pronto se habían convertido en defensores, empezaron a retirarse. Las tropas marroquíes acorralaron a los jornaleros y los condujeron a la plaza que había en la cima.

«El hijo de nuestro patrón respondió por nosotros —recuerda Miguel Caravaca—, el teniente nos selló el pañuelo y nos lo atamos al brazo para demostrar que estábamos libres…»

No todos tuvieron tanta suerte. Según un relato de los hechos, 38 hombres fueron ejecutados en la plaza aquella tarde[7].

«Los moros fusilaron a los hombres. Algunos estaban comiendo sardinas en lata cuando les ordenaron hacer fuego. Aunque no fueron muchos los hombres fusilados en la plaza, quizás una docena o así. A los demás —cuenta Castro— se los llevaron al muro del cementerio. Conté siete camiones, cada uno con ocho o diez hombres. En total fusilaron a cerca de 100…»

Las represalias fueron fulminantes. Aquella noche, sabiendo que todo estaba perdido, los defensores que quedaban en el convento de San Francisco, cuya toma por los militares se había aplazado debido a que ya era de noche, dieron muerte a sus rehenes. Fue una masacre indescriptible. Mataron a 81 personas, incluyendo mujeres y niños…

«No fueron masacrados por la masa de jornaleros del pueblo —opina Castro—, sino por un puñado de hombres, posiblemente forasteros, que consiguieron escapar durante la noche…»

Anonadados por la tragedia, los insurgentes, sus simpatizantes y los no comprometidos intentaron sobreponerse. La columna regresó a Córdoba, dejando 27 guardias civiles de refuerzo en la ciudad. Durante una semana pareció que Baena estaba a salvo.

«Entonces, al amanecer del 5 de agosto, despertamos y nos encontramos con que el pueblo estaba rodeado por la milicia republicana, que lo estaba atacando. Las fuerzas del general Miaja habían avanzado desde Jaén y, tras consolidar sus posiciones en la cercana Castro del del Río, ocupaban las alturas que rodeaban Baena. Rápidamente tomaron las ruinas del castillo, desde las que podían disparar sobre los defensores, que nuevamente se hallaban concentrados en la Plaza Mayor. Uno de ellos le pidió a un amigo que le pegase un tiro antes que dejarle caer en manos de los "rojos"…»

Se combatió desesperadamente cuerpo a cuerpo y los republicanos fueron contenidos momentáneamente. Al día siguiente, cuando los sitiados se preparaban para morir luchando, las cornetas de los republicanos tocaron a retirada. Los insurgentes de Córdoba habían lanzado un ataque sobre Castro y la milicia republicana acudía rápidamente a defenderla. Baena se salvó por segunda vez. Aunque durante el resto de la guerra el frente nunca estuvo a más de unos pocos kilómetros del pueblo, Baena permaneció en manos de los insurgentes a partir del 6 de agosto.

El coste en vidas humanas de las tres semanas de lucha fue de 22 sitiados «derechistas» y 59 sitiadores «izquierdistas». Comparada con los 81 en combate, la represión desencadenada por ambos bandos costó la vida a un mínimo de 119 personas o a un máximo de 180.

ARAGÓN

Al mismo tiempo que tenía lugar el segundo ataque contra Baena, la columna de Saturnino Carod libraba su primera batalla encarnizada en Muniesa, a 80 kilómetros de Zaragoza por carretera. Soportando el calor abrasador del verano, la columna había avanzado a través del bajo Aragón, recogiendo nuevos miembros en cada población liberada, librando escaramuzas con un enemigo que, en lugar de defender los pueblos aislados, prefería replegarse hacia Zaragoza. Una serie de incidentes iba señalando el avance. En el pueblo de Calaceite alguien pegó fuego a la iglesia después de que Carod depositase las llaves en el ayuntamiento, diciendo que el templo pertenecía ahora al pueblo. Ordenó que la columna y los habitantes compareciesen en la plaza.

«"Estáis quemando las iglesias", les dije, "sin pensar en el dolor que causáis a vuestras madres, hermanas, hijas y padres, por cuyas venas corre sangre cristiana, católica. No penséis que quemando iglesias vais a cambiar esa sangre y que mañana todo el mundo se sentirá ateo. ¡Al contrario! Cuanto más violéis sus conciencias, más a favor de la iglesia estarán. En el fondo, la inmensa mayoría de vosotros sois creyentes…"»

Exigió que se respetase toda la propiedad —no sólo la católica— y todas las vidas. La misión de la columna no era tomarse la justicia por su mano, sino luchar contra el enemigo en combate abierto.

Alcañiz, Calanda, Alcorisa —tomadas mediante una llamada telefónica ordenando a los derechistas que salieran del pueblo con banderas republicanas—, Montalbán… El avance era ininterrumpido. Rebautizó su columna llamándola Carod-Ferrer en honor de un teniente de la guardia civil que se había unido a la columna con unos 80 guardias, pasando a ser su consejero militar. En Montalbán estuvo a punto de ejecutar a dos de los hombres de la columna por ladrones. Se trataba de dos presos comunes a los que habían soltado de la cárcel junto con los presos políticos. Los dos hombres se salvaron gracias a las súplicas de las mujeres a las que habían robado. La columna torció hacia el norte y se dirigió directamente a Zaragoza. La situación cambió en el pueblo de Muniesa. Una batalla que duró dos días causó grandes bajas a la columna…

«Hizo que me diera cuenta de que no podíamos seguir luchando así. Hacía falta más organización. La columna iba muy mal armada: escopetas, unos cuantos rifles de caza, pistolas, cuchillos. Aunque tampoco el enemigo estaba mucho mejor armado. A decir verdad, los ricos, los derechistas defendieron sus posiciones de Muniesa con gran coraje, retirándose sólo cuando les hubimos infligido grandes bajas. Los de los dos bandos éramos españoles, teníamos el mismo orgullo y la misma arrogancia, la misma determinación de defender el honor con la vida…»

Comenzó a reorganizar la columna, a «militarizarla», dividiéndola en unidades más pequeñas y dotándola de una estructura de mando. El resultado casi fue un desastre: los milicianos abandonaron la columna y casi sólo le quedó la guardia civil.

«Era comprensible. Durante muchos años les había estado hablando a los campesinos aragoneses no sólo de sus problemas (problemas que conocía por haberlos vivido yo mismo), sino también de ideas. De oposición al capitalismo, al estado, a la iglesia, a los militares. Se bebieron estas ideas y ahora, cuando la revolución estaba en marcha, no entendían por qué les hablaba de la necesidad de militarizarse, de la necesidad de respetar las instituciones republicanas y los partidos políticos, de organizar nuevos ayuntamientos en los pueblos, nuevos órganos de autoridad. Abandonaron la columna, sencillamente. Pero en sus pueblos natales les presionaron mucho para que volvieran. Así lo hicieron muchos de ellos. Les dirigí una alocución: "Podéis reingresar en la columna, pero antes tendréis que hacer unas dos semanas de instrucción. Y vuestros instructores serán los guardias civiles". ¡Imagínese! ¡Decirle a un militante de la CNT que debía aceptar órdenes de un civil! Pero no pensaba echarme atrás. "Si aceptáis, demostraréis que estáis dispuestos a ser buenos combatientes…" Aceptaron la instrucción…»

Tras la difícil victoria obtenida en Muniesa, la columna sólo consiguió avanzar aproximadamente otros 30 kilómetros hacia el norte antes de verse detenida cerca de Belchite. Ante los milicianos se hallaba ahora un ejército que había fortificado una serie de poblaciones estratégicas cortando las rutas que llevaban a Zaragoza. Belchite era una de tales poblaciones. Carod consultó con la retaguardia y se le ordenó establecer un frente, atrincherarse. Le costó mucho persuadir a los milicianos para que cavasen trincheras a lo largo de los 100 kilómetros de frente que debían defender. La perspectiva de no avanzar les irritaba y a menudo organizaban por cuenta propia asaltos contra las fortificaciones enemigas que, por ambos lados, formaban una serie irregular de puntos fortificados que cubrían lo mejor posible el abrupto terreno. Mirando por los binoculares desde los puestos avanzados, Carod podía ver su casa en los arrabales de la población. En ella estaban escondidos su esposa y sus dos hijos pequeños[8].

Era inevitable que la falta de experiencia militar influyese desfavorablemente en los milicianos al luchar en una batalla abierta. La mayoría de ellos era la primera vez que lo hacía. «"¡Vamos, adelante!", gritábamos, tratando de avanzar sin cubrirnos, en grupos —contaba Josep Cercos, recordando su primer ataque importante en el pueblo de Azaila—. Detenido en el avance por una ametralladora emplazada en la torre de la iglesia, me di cuenta de lo necesarias que eran la organización y la táctica…» Sin embargo, más que los reveses en tierra, lo

que desmoralizaba a los milicianos eran las incursiones aéreas. Así lo descubrió Narciso Julián, un ferroviario comunista de Madrid que se había enrolado en una columna catalana mandada por los comunistas.

«Éramos tan ingenuos que cuando llegaron los aviones nos figuramos que eran de los nuestros y nos pusimos de pie para saludarlos con la mano. Empezaron a caer bombas. Íbamos en vagones descubiertos cargados de dinamita. Todos, incluyendo el anarquista de la ametralladora, saltamos para ponernos a cubierto. Nunca volví a verle. El maquinista fue el único que demostró serenidad. A gritos me dijo que me tumbase de espaldas y disparase contra los aviones mientras él sostenía el trípode de la ametralladora. Los aviones viraron y se alejaron…»

Fueron tantos los milicianos que abandonaron la columna tras la incursión aérea que tuvieron que quedarse en el pueblo de Grañén con el fin de reorganizarse. Del Barrio, el jefe de la columna, anunció que muchos de los anarquistas que había entre los milicianos querían marcharse. Julián, al que el levantamiento había pillado en Barcelona, en donde asistía a la Olimpiada Popular, recibió el odioso encargo de decirles que no podían marcharse llevándose consigo sus armas. Emplazó dos ametralladoras en una casa situada delante del ayuntamiento.

«Nos quedamos descorazonados al ver cuántos eran los que se presentaban para marcharse. No eran solamente los anarquistas, ni mucho menos, ni se marcharon todos los anarquistas. Sin excepción, los que querían irse se negaron a entregar las armas, incluso cuando se les decía que había cientos y cientos de campesinos esperando para poder utilizarlas. Finalmente señalé las dos ametralladoras. Pese a ello, uno amenazó con pegarme un tiro. "Adelante, no quedará vivo ni uno sólo de vosotros". Trueba, el comisario político, les soltó una arenga y al final entregaron las armas. Seguidamente los hicieron subir a dos trenes y los mandaron de vuelta a Barcelona…»

Al parecer, fue también una incursión aérea la que detuvo el peligro más directo que se cernía sobre Zaragoza: la columna Durruti, que avanzaba por la carretera principal de Barcelona y cuya vanguardia llegó a 20 kilómetros de la ciudad[9].

Todas las columnas de las distintas organizaciones políticas tuvieron que hacer alto ante el endurecimiento de la oposición que hallaban a su paso. En Barcelona Ricardo Sanz, compañero de Durruti, era el encargado de abastecer el frente de Aragón. Cada noche los jefes de columna le llamaban por teléfono.

«Todos ellos tenían más hombres que armas, más heridos que ambulancias,

más escaseces que suministros. Escaseaban las armas, las municiones, los vagones de abastecimiento, todo lo necesario para hacer la guerra. Empezamos a recoger las armas que quedaban en la retaguardia. ¡Armas, armas, armas! Aquellos cabrones, los franceses, con su no-intervención impedían que las armas llegasen a nosotros…»

La columna del POUM y la de Carod recibieron una partida de fusiles rusos. Procedían de la guerra de Crimea y tras disparar dos o tres veces el cañón se rajaba. Los armeros serraron las puntas dejando el fusil cinco o diez centímetros más corto. ¿Había suministros importantes de armas guardados en la retaguardia mientras en el frente los hombres luchaban y morían con estas armas anticuadas? La columna Durruti despachó un grupo a Sabadell, el Manchester español, cerca de Barcelona, donde se apoderó de 400 o 500 fusiles y dos ametralladoras [10] que encontraron en las sedes de los sindicatos y de los partidos políticos. Ni Carod ni Jordi Arquer, comisario político de la columna del POUM en la sierra de Alcubierre, creían que las armas retenidas en retaguardia bastasen para cambiar significativamente la situación. Había una escasez general de toda clase de armas.

«Fue ésa la principal razón por la que no se pudo lanzar una ofensiva importante. Pero no fue la única. No había un plan global, ni creo que hubiese en Cataluña un oficial del ejército capaz de trazarlo. Entre las columnas no existía una coordinación apropiada y a veces no había ni siquiera comunicaciones —recordaba Arquer—. A menos que el coronel Villalba convocase una reunión de todos los jefes de columna, nadie sabía lo que el vecino tramaba…»

Sucedía algo peor: había rivalidad entre las columnas. Fernando Aragón, un campesino de mediana edad afiliado a la CNT, observaba con desagrado las rivalidades en el pueblo de Angüés, a escasos kilómetros de la línea del frente de Huesca. La columna anarquista «Roja y Negra» se encontraba a un lado del pueblo y la milicia del POUM estaba en el otro.

«Cuando la primera entraba en acción, los de la otra se sentaban con las manos en los bolsillos y se echaban a reír. Cuando eran los del POUM los que entraban en combate, los anarquistas hacían lo mismo. Tengo que reconocerlo. Así no se hace una guerra, y mucho menos se gana. Deberían haberse unido para combatir contra el enemigo común…»

Aunque no habían conseguido capturar sus objetivos principales —las capitales provinciales de Aragón—, las columnas habían tomado cerca de las tres cuartas partes de la región y avanzado 100 kilómetros más allá de las fronteras de Cataluña. Era un logro mayor del conseguido en unas cuantas semanas por otras fuerzas de milicianos. Pero ahora, como si el ímpetu se les hubiese agotado, las

columnas se atrincheraban, echaban raíces y no se movían. Durante cerca de un año no hubo ninguna ofensiva importante en los 600 kilómetros del frente que se extendía de los Pirineos a Teruel. Lo mismo podría decirse de algunos de los otros frentes; pero era aquí donde se hallaba el mayor peso de la CNT, apoyado por los recursos de la industria catalana (los recursos que había, claro). ¿Tendrían razón aquellos milicianos que por instinto se oponían a «atrincherarse»? ¿No significaría que el «pueblo en armas» estaba perdiendo la iniciativa? Al adoptar la estrategia del enemigo, ¿no sería inevitable que dejase de desarrollarse una estrategia alternativa, forzosamente revolucionaria, que se basara en la movilidad, en el hostigamiento, en la erosión —en la *guerra irregular*, en suma— en lugar de en una guerra de posiciones? Al parecer, se había olvidado el ejemplo de su héroe ucraniano Nestor Makhno, cuyos partisanos lucharon contra ejércitos blancos y rojos por separado, y a veces simultáneamente, durante tres años. Era la única esperanza de los libertarios y no la aprovecharon. En la práctica, la prioridad entre la guerra y la revolución la resolvieron —antes incluso de que se entablase la polémica— a favor de «la guerra primero» las columnas de Aragón. Decir esto no es más que decir que la revolución y la guerra siguieron siendo, si no dos conceptos aparte, sí dos prácticas separadas. En el frente «la guerra», en la retaguardia «la revolución». Tal era la paradoja, como podremos ver.

SÓLO HACIENDO LA REVOLUCIÓN SOCIAL SE APLASTARÁ AL FASCISMO.

Titular de *Solidaridad Obrera*

(Barcelona, 17 de julio de 1936).

La revolució, companys, és triomfant. Cal, amb tot, estar alerta perquè cap de les conquistes obtingudes amb la nostra sang i amb el nostre sacrifici no ens siguin escamotejades per voler-les encabir prematurament en las normes laberíntiques d'una juridicitat capciosa.

No és hora de respectes a la Ilei clàssica i al dret clàssic. La Ilei, el dret, la justicia i la historia l'ha d'anar estructurant la revolució en marxa. Gairebé res de l'existent no és digne de respecte. Per contra, gairebé tots els tresors morals avui són patrimoni exclusiu de la classe obrera. Per això, aquesta és la que ha d'administrar la revolució triomfant, dret al qual no vol renunciar. A més, està disposada a defensar-la amb les armes.

Declaración del recién formado PSUC,

Treball (28 de julio de 1936).

BARCELONA

En las calles el fermento revolucionario era incesante, algo «alucinante, como un sueño». Así lo recordaba Alejandro Vitoria, tesorero de la juventud socialista, cuando le entrevisté.

«Todos nosotros, sin importar a qué organización pertenecíamos, sentíamos unas ganas tremendas de participar. No recuerdo exactamente cómo fue, pero el caso es que me encontré en una oficina de la Vía Layetana devolviendo boletos de empeño. Las mujeres obreras entraban sin parar, les poníamos el sello en el boleto y salían en busca de sus objetos, máquinas de coser principalmente. Fue un gran momento de mi vida. Me sentía muy feliz. Estábamos derribando los valores del capitalismo burgués…»

En la sede del sindicato cenetista de trabajadores de la madera se decía que el pueblo era el dueño de la situación, que ya era segura la victoria de la causa proletaria. Mientras escuchaba a sus mayores, el joven de 16 años Eduardo Pons Prades se le antojaba que de pronto era fácil alcanzar aquel mundo nuevo, aquel paraíso terrenal del que tan a menudo le hablara su padre. Bastaría con cambiar las banderas, entonar nuevas canciones revolucionarias, abolir el dinero, la jerarquía, el egoísmo, el orgullo; las columnas sobre las que se apoyaba el imperio del dinero. «No era yo solo, joven inexperto, quien así pensaba. Eran también los hombres, los militantes de la CNT que tanto habían luchado en la vida…»

Tampoco eran solamente los anarcosindicalistas quienes experimentaban la sensación de hallarse en plena sacudida revolucionaria. Narciso Julián, el ferroviario comunista madrileño, se sintió arrebatado por aquella oleada.

«Era increíble, era la prueba práctica de lo que uno conoce en teoría: el poder y la fuerza de las masas cuando se echan a la calle. De pronto todas tus dudas se esfuman, dudas sobre cómo hay que organizar a la clase obrera y a las masas, sobre cómo pueden hacer la revolución en tanto no se hayan organizado. De repente sientes su poder creador. No puedes imaginarte cuán rápidamente son

capaces de organizarse las masas. Inventan formas de hacerlo que van mucho más allá de lo que jamás hayas soñado o leído en los libros. Lo que ahora hacía falta era aprovechar esta iniciativa, canalizarla, darle forma…»

Por toda la ciudad aparecieron banderas de color rojo y negro, pañuelos del mismo color, pancartas, eslóganes. Casi nadie llevaba sombrero y corbata y la burguesía salió a la calle vestida con la ropa vieja. El mono era la prenda del día. Para ir de un barrio obrero a otro hacía falta tener pases distintos; los militantes anarcosindicalistas que habían ocupado sus barrios no aceptaban más pases que los suyos propios. En el sindicato de trabajadores de la madera, a poca distancia del Paralelo, con sus *music-halls*, clubs nocturnos y bares, Pons Prades presenciaba cómo los hombres discutían sobre lo que había que hacer.

«"Oíd, ¿qué hay de toda la gente que trabaja en estos nidos de iniquidad?" "Tenemos que redimirla, educarla para que tenga la oportunidad de hacer algo más digno". "¿Les has preguntado si quieren ser redimidos?" "¿Cómo puedes ser tan estúpido? ¿A ti te gustaría que te explotasen en un garito semejante?" "No, claro que no. Pero después de estar años haciendo la misma cosa, es difícil cambiar". "Bueno, pues tendrán que cambiar. El primer deber de la revolución es limpiar el lugar, limpiar la conciencia del pueblo…" "¿Y qué me dices de los clientes?" "Oye, tú, ¿es que me has tomado por el profeta Isaías o tratas de llevarme la contraria?"…»

Los líderes libertarios catalanes (la federación local y el comité regional de la CNT) habían decidido, tras la oferta de poder que les hiciera el presidente Companys, que la revolución libertaria tenía que cederle el sitio a la colaboración con las fuerzas del Frente Popular con el fin de derrotar al enemigo. El dilema que se les planteaba (como más tarde escribiría García Oliver, justificando un resultado al que se había opuesto rotundamente) consistía en «colaboración y democracia» por un lado o, por otro, «revolución totalitaria, una dictadura de la CNT». Se había optado por lo primero, olvidando o descartando como muestra de retórica periodística el precepto que la víspera del levantamiento publicara su propio periódico, a saber: que sólo la revolución social podría aplastar al fascismo. Aunque no se notase inmediatamente, los líderes libertarios catalanes habían adoptado de hecho la misma postura que el partido comunista: colaboración, victoria en la guerra primero, «revolución» después… El verdadero dilema —revolucionario—, como pronto se vería, era el concepto equivocado que del «dilema» real tenían los libertarios.

Fuera, en las calles, lugares de trabajo y fábricas, se estaba haciendo la revolución. Recién salido de la reunión de la federación local que había determinado la elección libertaria, Félix Carrasquer, que acababa de ser nombrado

miembro del comité peninsular de la FAI, regresó a su barrio de las Corts y se encontró con que la CNT lo controlaba.

«Aunque éramos antiautoritarios, de pronto nos convertimos en la única autoridad que allí había. El comité local de la CNT tuvo que hacerse cargo de la administración, el transporte, los suministros de víveres, la sanidad… en resumen, nos tocó dirigir el barrio…»

En seguida tuvo que poner manos a la obra. El principal hospital de maternidad de la ciudad estaba en su barrio y la Generalitat envió guardias de asalto a él con el fin de que llevasen a lugar seguro a las monjas que hacían de enfermeras en el hospital. A él acudió volando Carrasquer, tras haber llamado a todos los militantes armados de la CNT que había en el barrio y decirles que hicieran bajar a las monjas de los autobuses a punta de fusil y las obligasen a volver al hospital.

«No iba a permitir que 2000 recién nacidos se quedasen sin que nadie cuidara de ellos. "Estas monjas sólo saldrán de aquí cuando haya enfermeras que las sustituyan". Que yo supiera, bien podrían ser falangistas, pero tenían que continuar trabajando…»

Se hizo cargo de la administración del hospital. No le disgustaba haber abandonado el comité peninsular de la FAI, donde «cada quisque hacía lo primero que se le ocurría, sin ninguna orientación; la misma falta de siempre». Era maestro en una escuela libertaria de su barrio y ahora se instaló en lo que antes era el cuarto del cura del hospital. De noche, desde su cuarto, oía rezar a las monjas. Se reía. Un libertario con otro temperamento tal vez hubiese mandado fusilarlas, pero él sabía que no eran más que unas infelices…

A cada día que pasaba, la ciudad caía más bajo el control de la clase obrera. El transporte público funcionaba, las fábricas trabajaban, las tiendas estaban abiertas, los abastecimientos de víveres llegaban sin novedad, el teléfono funcionaba también, el suministro de agua y gas igualmente, todo ello organizado y llevado, en mayor o menor medida, por los propios trabajadores. ¿*A* qué se debía que así fuera? Los principales comités de la CNT no habían dado ninguna orden en tal sentido.

Luis Santacana, militante de la CNT, trabajaba en La España Industrial, que, con sus 2500 obreros, era una de las empresas textiles más grandes de Cataluña. El día después de que cesaran los combates su sindicato les dijo a él y a unos cuantos militantes más que regresaran a la fábrica. Al llegar a ella, se encontraron con que la gerencia y los directores no estaban; sólo se habían presentado unos cuantos

oficinistas y contables.

«Se nos planteó el problema de volver a poner la fábrica en marcha. Hicimos una llamada a la fuerza laboral, compuesta principalmente por mujeres, para que volviese al trabajo y en cuatro o cinco días la producción se reanudó. Pronto tuvimos que tomar medidas más drásticas…»

Aquel mismo día, Manuel Hernández, del sindicato cenetista de trabajadores de la madera, encargó al joven Eduardo Pons Prades que cogiera la bicicleta y fuese a hacer un reconocimiento en las oficinas de la Asociación de Fabricantes de Madera —la organización patronal— y que regresara inmediatamente para informar del resultado.

«"¿Estás seguro de que allí no hay nadie, peque?" "Ni una mosca". "Muy bien, pues, vamos allí y la ocuparemos oficialmente". Y eso hicimos. Así fue el comienzo de la Industria Socializada de la Madera de la CNT que, aunque todavía no se llamaba así, pronto reorganizaría y controlaría la industria, desde la tala de árboles al producto acabado».

Aquel jueves, cuando Joan Roig, el único gerente que se presentó, llegó a La Maquinista Terrestre y Marítima, la mayor fábrica de locomotoras y de ingeniería de España, se encontró con que los obreros ya estaban amontonando planchas de acero cerca de los camiones, con el fin de utilizarlas a guisa de blindaje rudimentario, en los que la columna Durruti iba a partir para Aragón.

Hasta los grandes almacenes estaban abiertos, bajo el control de la CNT. Joan Ferrer, tenedor de libros que en breve pasaría a ser secretario del sindicato cenetista de empleados de comercio, me explicó que la CNT mandó hombres armados a vigilarlos, especialmente El Siglo y El Águila, los dos más grandes, debido a que en los primeros momentos de la revolución se habían registrado intentos de saqueo. Cuando la CNT pidió la vuelta al trabajo, el personal se encontró con que los propietarios habían huido. «El sindicato de empleados de comercio, que incluía a todo el mundo desde dependientes a tenedores de libros, se hizo cargo de los almacenes y nombró a un gerente para que los dirigiera…»

La iniciativa revolucionaria no había surgido de los comités directivos de la CNT —eso era imposible toda vez que la revolución había sido oficialmente «aplazada»—, sino de los sindicatos cenetistas individuales, impulsados por sus militantes más avanzados. Incluso así tal vez no hubiese ido más lejos que el simple control de las funciones directivas por parte de los trabajadores. La defección a gran escala de propietarios, directores y gerentes, temerosos por su suerte, condujo al siguiente paso en muchas fábricas.

«No tardamos en recibir instrucciones del sindicato para que nos hiciéramos cargo de nuestras fábricas respectivas en la industria textil —explicaba Santacana, el empleado de La España Industrial—. Convocamos una asamblea general de los 2500 trabajadores de la compañía. Se celebraría en un cine de barrio. El par de docenas de militantes de la CNT que había entre nosotros se reunió de antemano para trazar las propuestas que íbamos a presentar…»

Comunicó a la asamblea que era necesario hacerse cargo de la fábrica, ya que los directores y gerentes habían huido. De los muchos que tomaron la palabra nadie se opuso a la propuesta. Cerca del 80 por ciento de los obreros pertenecían a la CNT y el 20 por ciento restante a la UGT. El contable de la compañía, que no formaba parte de la gerencia, informó a la asamblea de que en las cuentas bancarias de la empresa no había más de 300 000 pesetas, apenas suficiente para pagar los sueldos de dos semanas. La asamblea coincidió en que resultaba una cantidad reducida en comparación con la importancia de la empresa; pero nada podía hacerse al respecto.

Mediante una votación a mano alzada la asamblea eligió un comité de 12 miembros que se encargaría de llevar la fábrica. En él se hallaban representados obreros, técnicos y personal administrativo e incluía a dos mujeres de las secciones de hilado y tejido, que es donde trabajaban la mayoría de las obreras. Todos los miembros del comité eran cenetistas; más tarde la UGT hizo una propuesta de representación que fue aceptada.

«"La unión hace la fuerza", dije. Eran trabajadores igual que nosotros. "La tarea más importante es enfrentarnos juntos al enemigo común". Así que se les dio una representación proporcional…»

Josep J. Doménech, secretario del sindicato de trabajadores del vidrio de la CNT, estaba tomando parte en una discusión entre los militantes en la sede del sindicato.

«"Deberíamos pedir un aumento de salarios y una reducción de la semana laboral. Ahora es el momento", dijo uno de ellos. "¿Es que no sabes que hemos hecho la revolución?", le pregunté. "Sí, por esto queremos pedir estas cosas". "No, hombre, no. Lo que tenemos que hacer es librarnos de los patronos y conservar los talleres para los obreros", repliqué. "Ah… ¿y eso cómo vamos a hacerlo?" "Aguarda un minuto y te lo diré"…»

Domènech había abandonado momentáneamente su puesto en el comité de suministros, al que le correspondía la tarea de abastecer a Barcelona[11]. Pero como trabajador del vidrio y secretario del sindicato le preocupaba su industria «ahora

que la revolución nos estaba mirando cara a cara». Dijo a los militantes que convocasen una reunión con la patronal. Antes dispuso que dos «gorilas» armados con fusiles se colocasen detrás de la silla desde la que presidiría la mesa de las negociaciones.

«No lo hice con la intención de que interviniesen, sino, ¡coño!, ¡porque aquello era la revolución! "Bueno, señores", dije, iniciando la reunión, "ustedes son los patronos y nosotros, de momento, estamos en plena marea revolucionaria. Si quisiéramos, ahora mismo los meteríamos en un camión y se acabó lo que se daba". ¡Debería haber visto cómo se les puso el culo! "Pero no, lo que tenemos que hacer ahora mismo es tomar medidas para proteger sus intereses y los nuestros". "Sí, sí, desde luego", replicaron todos. "Pues bien, está claro que ustedes los patronos se hacen la competencia desleal unos a otros. Hacen descuentos no oficiales para quitarse los respectivos clientes, compran grandes cantidades de vidrio para que les hagan descuento y luego a menudo aceptan trabajo que no les hace ninguna falta. Todo esto no puede continuar así. Hace ya mucho tiempo que deberían haber formado una asociación de patronos". "Sí, sí" dijeron algunos de ellos, asintiendo con la cabeza. "Muy bien", proseguí, "vamos a hacer algo ahora mismo. Redactaremos un documento creando una asociación: la Sociedad de Fabricantes de Espejos y Vidrio". Redactamos el documento y uno a uno lo fueron firmando, sin decir palabra. "Ahora vamos a redactar otro documento cediendo al sindicato todos los derechos de la sociedad". "¡Hombre! ¡No! ¡Hombre!" Ahora todos gritaban. "Sí, sí", dije con mucha insistencia. Dada la situación, terminaron firmando. "No se pongan así", proseguí. "Lo primero que vamos a hacer es un inventario de todas las existencias que hay en cada uno de sus talleres y a comprobar el correspondiente balance financiero. A los que tengan un saldo positivo cada tres meses les pagaremos el 10 por ciento del superávit; si el saldo es negativo… ¡mala suerte! Además, cada uno de ustedes seguirá en su puesto como miembro del sindicato y trabajará en calidad de técnico cobrando el sueldo correspondiente". Ya empezaban a demostrar un poco más de entusiasmo. Los animé aún más descubriéndoles una fantasía futurista en la que, según les dije, pronto construiríamos casas de vidrio, todos los rótulos callejeros serían de vidrio y así sucesivamente. "Nunca se les habría ocurrido algo parecido, pero esto es lo que vamos a hacer". "Hombre, sí, sí". Finalmente abandonaron la reunión la mar de contentos. Y así es cómo colectivizamos la industria del vidrio…»

Las revoluciones se mueven aprisa: «El tiempo es tan distinto como cuando tienes dolor de muelas; no comes, apenas duermes, te olvidas de dónde has estado, de lo que has hecho. Los días son como horas y los meses como días…», comentó un militante del POUM. La marcha veloz del presente hacia el futuro no se libra del peso del pasado: medio siglo de ideología anarquista contra el estado no desapareció de la noche a la mañana. El estado burgués catalán había desaparecido

virtualmente, y lo mismo el estado central madrileño[12]. En la zona del Frente Popular, los comités se habían hecho cargo de la organización de los asuntos locales en todas partes. Los comités revolucionarios estaban fragmentados, diferenciados y localizados; hacían caso omiso del poder del estado y pasaban de largo ante él como si fuese un cadáver. Parecía sin vida, aunque todavía respiraba.

«En cuarenta y ocho horas la relación de fuerzas en Cataluña, especialmente en Barcelona, cambió de cabo a rabo. El estado desapareció. El presidente Companys expuso la situación: para poder desempeñar sus funciones necesitaba gente que funcionase. Apretaba un botón para llamar a su secretario y el timbre no sonaba porque la electricidad estaba cortada. Se dirigía a la puerta para hablar con su secretario y no lo encontraba en su puesto. Entonces descubría que, aunque el timbre hubiese funcionado, aunque su secretario hubiese estado en su puesto para llamar al jefe de negociado al que quería ver, la orden no habría tenido sentido: el jefe de negociado no estaba en su sitio. Toda la administración se había desmoronado…»

Jaume Miravitlles, exmiembro de la organización comunista disidente llamada Bloc Obrer i Camperol (BOC), pertenecía ahora a la Esquerra, el partido republicano de la pequeña burguesía que durante la república había dominado la política catalana. Se sentía atónito ante el espectáculo de la «fauna humana» que súbitamente había hecho acto de presencia en las calles de Barcelona, una «fauna» que no hablaba catalán y que iba armada. Vio a un hombre que desfilaba por las calles con un caballo tirando de un cañón adornado con la bandera roja y negra de los anarquistas. El hombre iba gritando «¡Viva la anarquía!», y daba la impresión de que el caballo y el cañón fuesen suyos. Barcelona no era sólo una importante ciudad industrial, sino también un puerto mediterráneo.

«En la ciudad se había criado un lumpenproletariado que ahora, súbitamente, había hecho acto de presencia sobreponiéndose a la CNT y a la misma FAI. Ésta no podía rechazarlo porque representaba la filosofía misma de los anarquistas: la espontaneidad de las masas. El gobierno de Madrid había cometido la fatal equivocación de licenciar a todos los soldados y no había forma de hacerles volver a los cuarteles. Los anarquistas se lo impedían cuando trataban de hacerlo. ¿Qué podía hacerse?…»

Surgió la idea de traer a todas las unidades de la guardia civil que seguían en los pueblos. Los anarquistas se enteraron del plan. Él y Tarradellas, en representación de la Generalitat, se entrevistaron con Durruti, García Oliver y Mariano Vázquez de la CNT, que se presentaron armados.

«“Si tratáis de traer a la guardia civil, convocaremos una huelga general en

el acto. Habrá una masacre de líderes de la Generalitat y de la Esquerra". Los de la CNT eran plenamente conscientes de que el plan iba dirigido contra ellos, de que los civiles serían utilizados para combatirlos, para recuperar el control de la situación, y estaban dispuestos a cumplir su amenaza. Naturalmente, jamás se dio la orden a la guardia civil…»

Miravitlles fue nombrado representante de su partido —había otros dos: Artemi Aiguader y Joan Pons— en el Comitè Central de Milícies Antifeixistes de Catalunya. Se trataba del comité en el que los líderes libertarios habían acordado ingresar durante su famosa conversación con Companys el 20 de julio, cuando el presidente les ofreciera el poder. Un día después de la entrevista, decretó la creación del comité, afirmando así un poder que la Generalitat no tenía en aquellos momentos pero del que tampoco había abdicado[13].

El Comité de Milícies Antifeixistes se instaló en la Escuela Náutica, cerca del puerto. Las paredes y ventanas del edificio mostraban las huellas de las luchas callejeras del 19 de julio. Formaban el comité cinco libertarios, cinco republicanos y cinco «marxistas»[14], designados todos ellos por sus respectivas organizaciones. Se nombró a Miravitlles secretario general del comité.

«El título significaba muy poco. Mi papel era el de coordinador. Por desgracia, era poco lo que podía coordinar…»

El comité se hallaba reunido de forma casi permanente y en Barcelona (aunque en modo alguno en toda Cataluña) todo dependía de él: transportes, comunicaciones, hospitales, abastecimientos, las milicias, la seguridad.

«Desde el punto de vista de organización era caótico… no podía ser otra cosa. Cada "secretario" hacía más o menos lo que le daba la gana; aunque la sesión era constante, nunca estábamos todos reunidos a la vez. Fueron muy pocos los acuerdos que se tomaron en el comité, al que sencillamente se le presentaban los *hechos consumados*… El edificio que ocupábamos era una especie de barricada con paredes. Justamente la clase de ambiente que les gustaba a los libertarios. No recuerdo cuando comía o dormía, y ciertamente tengo la impresión de que jamás abandonaba el edificio para irme a casa. Dormía en un colchón colocado en el suelo o en una silla y lo mismo hacían los demás. Todos éramos unos sonámbulos…»

A su modo de ver, los libertarios *creían* haberse hecho con el poder por medio del comité y eso era lo que parecía desde dentro. Se presentaban a las reuniones con las cartucheras repletas y colocaban la pistola o la metralleta sobre la mesa. Daban puñetazos sobre la mesa y gritaban «¡Así es cómo ahora se van a hacer las cosas! ¡Por cojones!… ¡Sois un hatajo de pequeños burgueses! ¡Tratáis de

contener la revolución en vez de darle ímpetus! Todo funciona perfectamente sin que los burgueses intervengan para nada, las fábricas trabajan normalmente».

«Pusieron en marcha una serie de reformas que parecían infantiles (yo siempre había dudado de que una sociedad anarquista pudiera funcionar) y luego nos quedábamos asombrados al ver que parecían funcionar. Todo se hacía en una atmósfera de exaltación alucinante. Los libertarios controlaban los "secretariados" más importantes, pero en realidad el poder seguía estando en la calle. El comité funcionaba espontáneamente, enfrentándose con los problemas a medida que iban surgiendo. Me gustaría poder decir que representaba una nueva forma de organización a través de la cual las masas (concepto harto abstracto) podían expresarse; pero no era así. No era más que un expediente para llenar un hueco. Lamentablemente, no estuvo a la altura de las exigencias que la historia le hacía…»

El comité se dio cuenta de que no podía estar en todo, de modo que creó un comité de suministros para que se encargase de abastecer a la ciudad. La CNT eligió a Josep J. Domènech, el secretario del sindicato de trabajadores del vidrio, como uno de sus representantes. «Pero si no sé nada sobre el abastecimiento. Yo soy trabajador del vidrio». «Eso no importa, vete a ocupar tu puesto en el comité que se está creando», replicó «Marianet», el secretario del comité regional de la CNT.

Le hicieron pasar a una habitación pequeña en la que había bancos y pupitres de escuela. Los representantes de las otras organizaciones y partidos ya le estaban esperando. En el nuevo comité la representación sería la misma que en el de la milicia. Al cabo de un rato se abrió la puerta y entró Abad de Santillán, representante de la FAI en el comité principal. Apoyándose en la mesa del maestro, anunció que ellos eran el comité de suministros.

«"De ahora en adelante tenéis que aprovisionar a las columnas milicianas, a los hospitales y a toda la población. Buenas tardes. Ah, sí", añadió, como si acabase de ocurrírsele, "para pasado mañana antes del mediodía necesitamos 5000 raciones frías para la columna de milicianos que va a lanzar un ataque en el frente de Aragón. Eso lo organizaréis vosotros. Buenas tardes"…»

Los hombres se miraron unos a otros. Tenían veinticuatro horas. ¿Por dónde empezar? Un hombre que estaba sentado en la mesa del maestro se sacó un papel del bolsillo y en voz alta comenzó a leer una serie de instrucciones.

«"¿De dónde has salido tú?", le pregunté. Yo siempre he tenido mis rarezas y lo último que nos esperábamos encontrar al acudir allí era que alguien nos diese órdenes sobre cómo debíamos cumplir nuestro cometido, aunque de eso no

tuviéramos la más ligera idea. "Del POUM", respondió. "Bueno, pues, ¿sabes qué es lo primero que vas a hacer? ¿No? Pues yo te lo diré. Te vas a bajar de ahí, te sentarás entre los demás y luego decidiremos quién va a presidir…»

Doménech resultó elegido para el puesto. Como ya eran las 10 de la noche, decidieron aplazar la sesión hasta primera hora del día siguiente, momento en que fueron a buscar al hombre al que la Esquerra había encargado de los mercados de Barcelona.

«"Somos el comité revolucionario de suministros", le dije. Puso cara de susto. Para entonces ya llevaban gente a dar el paseo. "Ah, ah… Pero si a mí me ha nombrado el ayuntamiento". "Me parece muy bien", repliqué. "Si quieres puedes ser el presidente de nuestro comité y yo seré tu secretario. Estos compañeros nos ayudarán". La fórmula pareció satisfacerle y cada mañana se presentaba a las 9 o a las 10, con su traje y su corbata. A esa hora yo ya llevaba dos o tres trabajando, vestido con mi mono. Al cabo de una quincena el hombre no tenía la menor idea de lo que estaba pasando y dijo que no veía de qué servía el que siguiese en su puesto. Le dije que podía ir a Francia y organizar allí nuestras compras de alimentos. Y a Francia se fue… para no regresar nunca…»

El primer problema importante que se le planteó a Domènech fue el de controlar las existencias de alimentos disponibles. La revolución le proporcionó los medios. Cuando las patrullas de obreros armados creadas por el comité de milicianos «confiscaban» una tienda llena de jamones —«¡coño, después de todo eran ellos los que habían hecho la revolución!»— el dueño, desesperado, iba a dar cuenta al comité de suministros y éste enviaba unos hombres a la tienda para que colocasen este letrero: «Requisado por el comité de suministros» o «Bajo control de la CNT». Esto impedía que saqueasen el comercio, que seguía funcionando con los alimentos proporcionados por el comité. Se instaló un almacén especial para abastecer a las patrullas de obreros a fin de que no siguieran «confiscando» alimentos, así como otros almacenes para la milicia, los hospitales, los pobres. Pese a ello, delante de la oficina del comité se formaban largas colas. Domènech se encargó del asunto: apostó a un hombre en la puerta y le dio órdenes estrictas de que dejase entrar sólo una persona a la vez.

«En cuanto entraban, empezaban a contar una historia larga y complicada. Un hombre cuya esposa acababa de dar a luz pedía un pollo, pero no había forma de que fuese al grano. "¡Dígame sólo lo que quiere!", le gritaba yo como un general. "Un pollo". "Coja este papel y vaya a la ventanilla tal o cual. Allí le darán uno. ¡El siguiente!" Así en una hora más o menos despachaba a toda la cola…»

El comité de suministros abolió el dinero —«una idea muy anarquista»— y

para sustituirlo organizó un sistema de intercambio: los comestibles de los pueblos a cambio de los artículos manufacturados de la ciudad. Desde Barcelona se enviaron listas indicando los excedentes de camisas, sandalias, medias de seda, etcétera, que estaban disponibles para su cambio por garbanzos, aceite de oliva, trigo o cualquier otro producto agrícola del que hubiera excedente. El trigo y la carne eran las dos preocupaciones principales de Domènech, ya que Cataluña no podía abastecerse a sí misma de ninguno de los dos y gran parte del trigo tenía que traerse de fuera, especialmente de Aragón. Sin embargo, se hicieron intercambios con pueblos muy lejanos, incluso con algunos de Andalucía.

«Decían que querían zapatos, por ejemplo. Localizábamos al delegado de la CNT para la industria del calzado y le decíamos: "Para mañana necesitamos 700 pares de zapatos". Y al día siguiente los teníamos. Confiábamos en los delegados que se encargaban de llevar las distintas industrias. No nos hacían falta los informes, las listas de existencias y las estadísticas. La buena fe guiaba a la gente. Eso era lo que contaba. De todas formas, en aquellos primeros meses no existía el aparato estatal que hubiese podido proporcionar tales cifras. Estábamos en una situación revolucionaria. E incluso si hubiésemos tratado de que nos rindieran cuentas y demás, la gente que teníamos en las fábricas probablemente no habrían sabido cómo hacerlo. La buena fe valía mucho más…»

Los intercambios se hacían en base al valor que los distintos productos tenían en el mercado antes de la guerra. Tantos pares de zapatos valían tanto y ese tanto serviría para comprar cierta cantidad de trigo; luego tantos pares de zapatos equivalían a tal o cual cantidad de trigo. Se abolió la circulación de dinero, no el dinero como expresión de un valor para el cambio.

«En dos o tres meses cambiamos artículos por valor de unos 60 millones de pesetas sin que nadie tocase ningún dinero. El comercio exterior lo organizamos de la misma manera. Necesitábamos más trigo. Empaquetamos todo el excedente de cebollas, el champán (que no nos servía de nada en la guerra), naranjas de Valencia y otros productos y despachamos un buque mercante para Odessa. Puse el envío en manos de uno de esos aventureros que siempre se presentan en tiempo de guerra y al que creí capaz de organizarlo. Se hizo cargo de un mercante surto en el puerto y bajó por la costa hasta

Andalucía, comprando todo lo que sabíamos que sería de utilidad para la URSS. Cuando el buque estuvo bien cargado, se hizo a la mar… Para entonces, Antonov-Ovseenko, el viejo bolchevique que encabezó el asalto al Palacio de Invierno, ya era el cónsul soviético aquí. Creo que veía con buenos ojos nuestro experimento. "Cataluña será la nueva Ucrania de España", dije en un discurso ante su presencia. Para serle sincero, en realidad no sabía qué era la Ucrania, pero mis

palabras le impresionaron. A partir de entonces, solíamos cambiar puntos de vista y él me decía qué productos hacían falta en la URSS y yo le informaba de nuestras necesidades. Así se hicieron los primeros intercambios de suministros. Recibimos siete buques cargados de trigo excelente, carne, leche condensada y alimentos. En octubre, al llegar el primer envío, se le tributó una bienvenida monumental. Las siete transacciones las llevé a cabo yo; guardaba los recibos extendidos en ruso y francés. Pero fueron los comunistas quienes se atribuyeron el mérito por los otros seis, como le explicaré…»

Jaume Miravitlles seguía sin salir de su asombro al ver que semejante sistema funcionaba. Los precios estaban controlados y la gente tenía dinero para comprar cosas. «Este sistema funciona», le dijo a Josep Tarradellas, su colega de la Esquerra en el comité de milicias.

«De lo que no nos dábamos cuenta era de que, para que funcionase, se estaban consumiendo las existencias dejadas por la burguesía. En cuanto se agotaron, la situación se hizo trágica, el sueño empezó a desvanecerse… Pero esto seguía perteneciendo al futuro y de momento la atención de sus colegas se concentraba en una situación cuyo dramatismo era más inmediato: los asesinatos que se estaban perpetrando… Día a día, en el comité nos preguntábamos el porqué de tales asesinatos. Por la noche habían matado a un hombre de la Esquerra. ¿Por qué? A otro lo habían asesinado sólo por tener una hermana monja. ¿Por qué? Estaban cometiendo una terrible equivocación. Veían en la burguesía a su principal enemigo. Tildaban de fascista a un hombre solamente porque iba a misa. El presidente Companys me dijo que estaban ahogando la revolución en sangre. "Perderemos la guerra por culpa de esto". Los libertarios se pusieron pálidos. Cuando Companys se presentaba en el comité, cosa que hacía de vez en cuando, los de su partido nos poníamos de pie; los comunistas se levantaban a medias; los libertarios permanecían firmemente sentados. "Decidle a Companys que no vuelva a presentarse por aquí", nos dijo Durruti a mí y a Tarradellas. "Si lo hace, lo llenaré de balas"…»

¡Ojo por ojo, diente por diente!

Si es verdad que nuestros camaradas han sido fusilados en Zaragoza por orden del bandido uniformado Cabanellas, Goded y toda la canalla fascista pagarán con su vida el crimen vandálico cometido en la persona de nuestros compañeros zaragozanos.

Solidaridad Obrera (Barcelona, 24 de julio de 1936).

¡CAMARADAS…! ¡Que la revolución no nos ahogue a todos en sangre! ¡Justicieros conscientes, sí! ¡Asesinos, nunca!

Manifiesto de la CNT

(Barcelona, finales de julio de 1936).

Constituye el aspecto más original de la revolución que estamos estructurando el papel que está desempeñando la pequeña burguesía… Esta modesta capa social burguesa, que en los comienzos de la revolución proletaria se sintió seriamente amenazada, se tranquilizó al darse cuenta de nuestra comprensión y de nuestro respeto.

Editorial de *Solidaridad Obrera*

(Barcelona, 15 de noviembre de 1936).

BARCELONA

De lejos, al bajar por la calle Princesa, la esposa de un industrial molinero vio una casa que tenía abiertas las ventanas, las puertas y los postigos. En la calle había un montón de muebles. ¿La habrían saqueado? Eran tantas las cosas terribles que estaban sucediendo, Pocos días antes, al bajar por las Ramblas y pasar por delante de la iglesia de Belén, a la que habían quemado, vio que una multitud entraba en tropel en el portal de una casa y casi inmediatamente un hombre apareció en uno de los balcones. ¿Saltó o lo empujaron? Fuese lo que fuese, lo cierto es que había caído a la calle, a poca distancia de donde ella estaba, y se había matado. Las escenas como aquélla eran difíciles de olvidar. Al acercarse a la casa, Juana Alier vio que encima de los muebles había un magnífico piano de cola, del que sobresalía el mango del hacha que habían clavado en la tapa. Apretó el paso, abrumada por la angustia.

«Estaban destruyéndose cosas por el gusto de destruirlas. ¿Por qué? Los templos incendiados, aquellas maravillosas cristaleras de color de la basílica de Santa María del Mar que jamás podrían reponerse… Cada vez que pasaba por allí sentía renacer la angustia…»

El recuerdo de un grabado en el que se veía una carreta de las que utilizaban en tiempos de la revolución francesa volvió a la mente de Joan Roig al ver el pequeño camión que, decorado con banderas rojas, se acercaba a la puerta principal de La Maquinista, la gran fábrica de ingeniería y locomotoras. En la parte posterior los obreros habían colocado una silla en la que debería sentarse el director gerente. Roig, el único directivo que había regresado a la fábrica, donde encontró a los obreros blindando camiones para la columna Durruti, no tardó en ver venir el drama que se produciría el sábado si no había dinero para pagar a los hombres. Tras grandes esfuerzos, había logrado persuadir al director gerente para que se presentase en la fábrica. Ahora iban a llevárselo al banco escoltado por hombres armados.

«"No me deje", suplicó. "Poned otra silla en la parte de atrás", dije a los del comité, "que yo también voy". No tenía idea de lo que podía pasar. Llegamos al Banco Hispano-Americano y sacamos el dinero necesario. No tuvimos ningún problema en ese sentido. Entonces los obreros armados comenzaron a rodearnos. No sabía dónde estaba el problema cuando de pronto me encontré metido en un taxi con el director y un par de miembros del comité, camino de vuelta a la fábrica. Sólo más tarde me enteré de la suerte que habíamos estado a punto de correr…»

Una vez recogido el dinero, algunos de los miembros del comité habían dicho que sus vidas ya no les eran de ninguna utilidad. Si se salvaron, a su modo de ver, fue porque en los años anteriores, debido a la depresión económica, no habían entrado obreros nuevos en la fábrica y, por consiguiente, todos los miembros del comité conocían a los directivos. «De haber habido obreros nuevos, sin duda algunos de ellos habrían sido extremistas y hubiesen tomado el asunto en sus manos». Así y todo, al cabo de unos días encontraron asesinado a uno de los miembros del consejo de administración. Al parecer, el crimen era obra de ferroviarios, ya que la víctima había sido director de una compañía ferroviaria.

Roig, católico practicante, hombre de centro y acérrimo nacionalista catalán que creía que el alzamiento militar contra un gobierno elegido por el pueblo era totalmente injustificable, pronto empezó a pensar que igualmente injustificable era la reacción ante el levantamiento. Especialmente los asesinatos. Un día, estando en la barbería, oyó cómo un hombre al que estaban afeitando le hablaba al barbero de los «canarios» que él y otros sacaban a dar un paseo cada noche para matarlos. Roig apartó la cara con repugnancia al ver la expresión de gozo, de placer que se

reflejaba en la cara de aquel hombre mientras describía con detalle cómo los prisioneros suplicaban por sus vidas. Al parecer, fingía que los iba a poner en libertad y luego les pegaba un tiro por la espalda. «Lo peor vino cuando invitó al barbero a acompañarle aquella noche para presenciar el espectáculo…»

La quema de iglesias y los asesinatos habían empezado casi inmediatamente. En el mayor de los hospitales de la ciudad, el profesor Josep Trueta seguía tratando a los heridos en las luchas callejeras con un método innovador creado por él mismo[15]. Una vez lo llamaron para que viera algo. Fuera de la sala, junto a una pared, yacían tres cadáveres. «Es obra de la FAI», le dijeron[16]. Poco después murió en el hospital el hermano de un destacado anarquista. Once compañeros del muerto se presentaron en el hospital y detuvieron al profesor Trueta y a una enfermera, acusando al doctor de haber ordenado a aquélla que administrase la inyección causante de la muerte de su compañero.

«"Debe ser fascista", dijeron de mí, "y ella debe trabajar con él". Entonces alguien dijo: "Pero si es una monja". "Ah, conque además proteges a monjas". Nos sometieron a juicio allí mismo…»

Sumamente asustado, el profesor Trueta no podía por menos de sentirse maravillado al ver que el jefe del grupo anarquista era un cirujano que, antes de la guerra, había recurrido a una serie de amenazas, incluyendo la exhibición de una foto dedicada de Alfonso XIII, para que él le diese un empleo.

«"Aquí mando yo", me dijo. "Vais a ser juzgados. Justamente. Si se demuestra que en la inyección había algo, seréis ejecutados"…»

El «juicio» estaba comenzando cuando irrumpieron en la clínica once hombres de la UGT armados con fusiles. Un ordenanza socialista había conseguido escabullirse del hospital para ir a su sindicato a dar cuenta de lo que estaba pasando. El jefe del grupo socialista, ordenanza también, soltó un discurso diciendo que, si probaba la acusación, Trueta debía ser ejecutado para dar ejemplo; si no se probaba, sería un crimen atroz ponerle la mano encima, «a un cirujano cuyas manos han contribuido a salvar las vidas de tantas personas». El cirujano «anarquista» empezó a dar muestras de temor. De una caja sacaron una inyección de muestra y la llevaron a un laboratorio municipal para que la analizasen. Nadie podía estar seguro de que la inyección hubiese salido precisamente de aquella caja, pero alguien tomó la precaución de llamar a un amigo que Trueta tenía en el laboratorio para ponerle al tanto de lo que estaba en juego. «Nos tuvieron bajo arresto hasta que por fin llegó el informe: las inyecciones no estaban contaminadas».

Al profesor Trueta le parecía que muchos de sus temores se estaban haciendo realidad. El crecimiento del anarcosindicalismo en Barcelona hacía tiempo que era motivo de ansiedad para los catalanes liberales como él. A su modo de ver, había en él una mezcla explosiva: el ex«siervo» rural que ahora vería que el mito de la libertad parecía hacerse realidad ante él y el anarquista individualista catalán.

«La situación de los inmigrantes rurales se parecía bastante a la de los irlandeses en Inglaterra, como más tarde tendría ocasión de ver. A ambos les tocaban los peores trabajos, la paga más baja y formaban el sector más deprimido de la sociedad. Individualmente eran gente espléndida, pero imagínese una situación en la que los inmigrantes irlandeses ejercieran el poder en Londres. Así era la situación con la que nos enfrentábamos aquí…»

La pequeña burguesía catalana, que durante los anteriores cinco años republicanos había tenido el poder político en su país, sufría ahora la pérdida no sólo de su dominio político, sino también de sus medios de ganarse la vida y, en algunos casos, la pérdida de la vida también. Más que cualquier otra parte del estado español, Cataluña era la tierra del pequeño negocio familiar, transmitido de padres a hijos o creado de la nada por obreros especializados o artesanos, donde la posibilidad de ascender en la escala social no era una simple quimera. La sociedad anónima era algo relativamente raro. Desde el punto de vista político, la pequeña burguesía urbana recibía el apoyo de un campesinado relativamente próspero que explotaba tierras distribuidas con cierta equidad. Eran estas clases medias las que formaban la espina dorsal del sentir nacionalista catalán. Aunque nada tenía de revolucionario, el grueso de esta clase era «antifascista». Obviamente, ello no se debía al hecho de ser pequeñoburguesa, ya que era esta misma clase la que en otras partes representaba la base del fascismo, sino porque era catalana y nacionalista. El triunfo de la reacción militar en nombre de la unidad indivisible de España no podía hacer otra cosa que amenazarla al amenazar también la autonomía catalana dentro de la cual había establecido su dominio político.

Pero pronto la revolución se convirtió en una amenaza aún mayor. Los obreros se estaban haciendo con el control de los negocios y empresas de la pequeña burguesía, de sus tiendas de venta al por menor, de sus talleres textiles, madereros y metalúrgicos, de sus taxis y de sus barberías. Por su calidad de patrona de mano de obra, aunque se tratase únicamente de un puñado de hombres, se identificaba a la pequeña burguesía con la clase capitalista, cuyos representantes, tanto si se les odiaba personalmente por explotadores como si no, debían ser expropiados, hostigados e incluso asesinados[17]. Poco importaba que destacados militantes de la CNT, como era el caso de Joan Peiró, tronasen abiertamente contra tales acciones; tampoco importaba que tanto la CNT como la

FAI hicieran declaraciones condenando categóricamente los asesinatos. «Tenemos que poner fin a tales excesos», declaró la segunda. Se fusilaría a quien se demostrase que había infringido los derechos de la gente, amenaza que se llevó a cabo cuando se ejecutó a unos militantes anarcosindicalistas.

Inevitablemente, las revoluciones producen «excesos». La misma revolución es, por definición, un «exceso» para los que ayer gozaban del poder. Asegurar la retaguardia contra la vuelta al poder de los enemigos de clase era una de las tareas urgentes que debían emprender los revolucionarios. Pero los excesos de la represión y la expropiación se estaban desbordando al azar, arbitrariamente, sin que se pensase en las consecuencias revolucionarias. ¿Quién era el enemigo de clase? ¿La pequeña burguesía? Evidentemente no, ya que sus representantes, Jaume Miravitlles entre ellos, formaban parte del comité de milicias por elección de los libertarios.

«Sus líderes en el comité decían que el movimiento libertario no era responsable de los asesinatos. "Son las patrullas de control[18]. Algunos de los que las integran son asesinos". Pero, a mi juicio, no podían enfrentarse con aquella gente que representaba a su propia ideología. Con la notable excepción de Durruti en el frente, la eterna plaga de la CNT era la indisciplina dentro de sus propias filas, sin que la organización supiera qué hacer al respecto…»

Eduardo Pons Prades, de la juventud libertaria, se encontraba en el sindicato cenetista de trabajadores de la madera cuando se presentó allí la familia de un patrono para ver si los líderes del sindicato sabían dónde estaba. Él y otro hombre eran los propietarios de la firma. El otro hombre, que era un patrono despiadado, había conseguido escapar a Francia inmediatamente, pero el primero, conocido por su bondad y que nada tenía que temer, se había quedado. Hernández, el líder del sindicato, inició las indagaciones y pronto arrestaron a tres obreros. Resultó que habían asesinado al hombre confundiéndolo con su odiado socio. Hernández interrogó a uno de los detenidos, un joven cordobés.

«"¿Cuántas veces habías visto a este hombre?", preguntó severamente. "Sólo una…" "¿Quieres decir… que te atreviste a matar a un hombre al que habías visto una sola vez? ¡Como a un perro! Era uno de nuestros mejores patronos. Todo el mundo sabía que era un buen hombre". "No podía ser bueno, te lo digo yo", replicó el cordobés. "¡Esto es el colmo! Y tú ¿cómo lo sabes?" El cordobés titubeó, como si estuviera buscando las palabras. Al final dijo: "Porque tenía la misma facha que el señor de mi pueblo… el granuja que arruinó la salud de mi padre, que lo llevó a la tumba y nos obligó a emigrar a Cataluña…" De repente sentí que el mundo se me venía abajo. ¿Qué podía ser lo que había pasado en su pueblo? El cordobés tenía sólo 20 años y llevaba diez viviendo en Barcelona. ¿Qué podía

haber pasado para que desde los 10 años conservase vivo tanto odio, tanto rencor hacia un hombre, que fuese capaz de matar, matar a otro por el solo hecho de parecérsele? Al final Hernández le ofreció una sola posibilidad: unirse a la milicia que luchaba en el frente de Aragón, donde lo más probable era que le pegasen un tiro… los del bando enemigo…»

Manuel Cruells, el estudiante nacionalista catalán que se había propuesto «hacer la revolución» él sólo una vez aplastados los militares, pensó que demasiadas soluciones revolucionarias de las que ofrecían los anarcosindicalistas resultaban primitivas, ingenuas. Pero la revolución que se estaba haciendo se debía más a la influencia anarquista que a la sindicalista y era más rural que industrial, más apropiada para un pueblo andaluz que para una ciudad industrial con una gran clase media influida por la cultura europea. En la universidad, donde él era miembro destacado del comité revolucionario creado por la Federació Nacional d'Estudiants de Catalunya, recientemente habían recibido una visita inesperada. Se presentó una comisión de intelectuales y estudiantes anarquistas, a los que jamás habían visto. Llevaban un paquete enorme y lo depositaron sobre la mesa. Luego se sacaron las pistolas y las colocaron junto al paquete.

«"Hemos venido aquí a izar la bandera anarquista en la universidad de Barcelona", anunciaron. Huelga decir que a la sazón la universidad era coto cerrado de la burguesía y la pequeña burguesía y que la mayoría de los estudiantes pertenecían a partidos o grupos nacionalistas catalanes. Saqué mi pistola (por regla general ninguno de nosotros iba armado) y la puse sobre la mesa. "Muy bien, cuando nosotros podamos izar la bandera de la universidad en vuestros edificios"…»

Entonces la escena comenzó a ponerse violenta, pero los estudiantes consiguieron que las cosas se calmasen y todo acabó en abrazos y vasos de vermut. Pero cierto efecto sí lo tuvo. A los pocos días, la Federació Nacional d'Estudiants de Catalunya decidió afiliarse a la UGT; más adelante volvió a desafiliarse, «pero lo importante es que nuestra reacción no fue algo aislado. Ante la irresponsabilidad y la aparente violencia de tantos anarcosindicalistas, la mayor parte de la clase media barcelonesa reaccionó del mismo modo».

Entre las clases medias el temor al anarquista no catalán —murciano, aragonés, andaluz— solía ser mayor que el miedo al libertario indígena. Además de la fuerza laboral necesaria para crear la prosperidad de la burguesía, los inmigrantes rurales que había en la ciudad eran también el espectro de una violencia agraria que derrocaría al orden burgués[19]. Pero la política de la CNT de dar cabida a todos en la organización, la puesta en libertad de gran número de delincuentes comunes que estaban en la cárcel con los presos políticos, el «peligro

de darle a un hombre una pistola y ponerle un certificado de impunidad en la otra mano», como dijo Jacinto Borrás, periodista de la CNT, todo ello hacía difícil, por no decir imposible, mantener el orden revolucionario que los líderes anarcosindicalistas pedían[20].

«Había una oleada profunda, muy profunda, de furia popular a resultas del levantamiento militar acaecido tras tantos años de opresión y provocación. Si querías salvar vidas, como yo y tantos otros hicimos, tenías que estar dispuesto a jugarte la tuya. Pero hay que decir que mucha gente que, de haber sido arrestada seis o nueve meses más tarde, habría sido sentenciada a uno o dos años de cárcel, fue fusilada en aquellos primeros días…»

Poca duda podía caber del odio profundo que inspiraba la iglesia, especialmente los religiosos, gran parte de cuyos esfuerzos estaban dedicados al mantenimiento de escuelas para los hijos de la burguesía mientras que los hijos de los obreros se veían privados de la enseñanza secundaria. Se calcula que en Barcelona murieron asesinados 277 sacerdotes y 425 religiosos[21]. Se quemaron numerosas iglesias y conventos también, aunque algunos se salvaron gracias a la intervención de la Generalitat. Por encima de todo lo demás, lo que al principio más asustaba a las clases medias era el primitivismo de la persecución anticlerical[22].

Una chica de 13 años, hija de un sastre de la CNT, vio cómo sacaban a la calle bancos y objetos religiosos de una iglesia que había delante de su casa, en Gracia. Luego les pegaron fuego. Ella y su madre iban a la iglesia regularmente y su padre no se oponía. La quema le pareció innecesaria. Luego los hombres entraron en un convento cercano y empezaron a sacar camas y muebles para quemarlos. María Ochoa vio un bastidor para hacer bordados que parecía demasiado bueno para que lo quemaran, de modo que lo cogió. Su padre se enfadó; dijo que aquello era robar y le ordenó que lo devolviera para que lo quemasen.

«Era un hombre muy dogmático, un hombre que creía en sus principios anarquistas, un hombre que creía que todo el mundo tenía que pensar igual que él. Protesté, pero no sirvió de nada. Tuve que regresar y echar el bastidor a las llamas… También desenterraron los cadáveres de las monjas y expusieron los esqueletos y las momias. Eso me pareció muy gracioso, igual que a todos los críos, Cuando nos aburríamos de mirar las que había en nuestro barrio, nos íbamos a otros para contemplar las que habían desenterrado allí. En el paseo de San Juan estaban expuestas en la calle. No lo estuvieron mucho tiempo, pero sí el suficiente para que fuéramos a verlas. Los pequeños solíamos hacer comentarios sobre los distintos cadáveres… que si éste estaba bien conservado, aquél descompuesto, el

de más allá parecía más viejo… Nos divertíamos mucho con todo aquello…»

En las calles se notaba el entusiasmo propio de día festivo. La pequeña pensó que la guerra era algo bueno. En casa su padre hablaba más de política local que de la guerra. No es que la guerra estuviera olvidada, sino que lo que pasaba en Barcelona parecía más importante. Se mostraba especialmente hostil hacia las masas de gente que ingresaban en la UGT: «oportunistas sin ninguna formación política», los llamaba. Pronto, sin embargo, un nubarrón negro se cernió sobre el festejo. Una patrulla de control se instaló en la casa de la esquina de su calle. Dos milicianas hacían la guardia. Cada noche llegaba un coche y tocaba el claxon.

«Pronto descubrimos de qué iba la cosa. Se llevaban gente para matarla a tiros al otro lado del Tibidabo. Era algo horripilante, opresivo. El coche empezaba a ir cuesta arriba y sabíamos qué suerte esperaba a sus ocupantes. A mi padre no le gustaba. Le parecía totalmente normal que se liquidase a una docena de peces gordos, burgueses explotadores. Pero no que llevasen a la muerte a todos estos otros…»

La persecución contra el clero y la quema de iglesias habían impresionado hondamente a Maurici Serrahima, abogado y destacado miembro de la Unió Democrática, el pequeño partido cristianodemócrata catalán, debido a la larga tradición que en España tenían los sucesos de tal índole. Se acordó de una antigua tonada callejera que decía: «Van sortir set toros, / tots van ser dolents: / això va ser la causa / de cremar els convents».

«Siempre mantuve que en el fondo eso de quemar las iglesias era un acto de fe. Es decir, un acto de protesta porque la iglesia, a ojos del pueblo, no era lo que debía ser. El desengaño de alguien que cree y ama y es traicionado. Surge de la idea de que la iglesia debería estar al lado de los pobres y no lo está, como en verdad no lo había estado durante muchos años, exceptuando algunos de sus miembros. Una protesta contra la sumisión de la iglesia a las clases acomodadas. Aunque esto no rezaba del todo con la situación en Cataluña, donde en el curso de los anteriores veinte años, junto al crecimiento del catalanismo, dentro de la iglesia había surgido un movimiento encaminado a abrirla al mundo…»

Serrahima brindó refugio a 11 capuchinos del cercano convento de Sarria. Temiendo que su domicilio fuese registrado, consiguió esconderlos en otra parte y luego ayudó a sacar del país al cardenal Vidal i Barraquer de Tarragona, al que la Generalitat había salvado *in extremis*. Al regresar de su misión —el consulado británico lamentaba no poder ayudarle debido a que tanto el cónsul como el vicecónsul estaban de vacaciones— se encontró su casa ocupada por una «patrulla de la FAI». A su padre, acusado de haber escondido el dinero de los capuchinos, se

lo habían llevado con uno de sus hermanos, que se había ofrecido voluntariamente para compartir su suerte. Serrahima vio que los obreros armados habían destrozado una serie de cuadros e imágenes religiosas.

«"Si destrozamos esto", le dijo el jefe a mi padre, cogiendo un San Francisco, copia de una estatua famosa, "es porque sabemos que es una reproducción en yeso. Si fuera el original de madera, puede estar bien seguro de que no lo romperíamos, porque es una obra de arte". Entretanto, mi madre, que era ciega desde hacía muchos años, estaba abrumada por aquella súbita irrupción en nuestro domicilio. El cabecilla envió a uno de sus hombres, armado con una pistola, a la farmacia del barrio en busca de agua de rosas para calmar los nervios de mi madre. ¡Un típico gesto libertario! ¡Qué mezcla la suya!…»

Ante la sorpresa de la familia, padre y hermano fueron puestos en libertad, aunque les amenazaron con volver a detenerles si no revelaban el paradero de los frailes antes del mediodía siguiente. Tras un largo tira y afloja con el provincial de los capuchinos, que también estaba escondido, Serrahima consiguió llegar a un acuerdo en el sentido de que uno de los frailes se entregase. En cuanto a los demás, dirían que les habían perdido la pista. Al día siguiente, viendo que habían tomado medidas, la patrulla no insistió en el asunto y el fraile fue rápidamente puesto en libertad por la policía, aunque sólo sirvió para que luego lo matase a tiros alguien que le reconoció.

Libre ya de la patrulla, Serrahima comprobó que la tensión nerviosa era demasiado fuerte para quedarse en casa. Estaban en juego todos los ideales catalanes que él defendía. Acudió a la policía para ver si podían brindarle protección contra las patrullas de control. «Márchese… es lo único que puede hacer», le aconsejaron. «Pero no podemos marcharnos *todos*», dijo su padre. Así que acordaron quedarse.

Para no permanecer enjaulado en casa, empezó a dar vueltas por la ciudad vestido con el uniforme propio de la época: mangas de camisa y alpargatas. El espectáculo de las iglesias incendiadas le deprimía, pero había otras cosas que le impresionaban aún más.

«En ninguno de los muchos paseos que di por los distintos barrios vi a un solo borracho. Y eso que era un tiempo propicio a los excesos. Tampoco se cometieron delitos sexuales. Sólo una vez me hablaron de uno, aunque sin darme detalles reales. Aunque, si se quiere, el desorden social era total, no era desorden moral. Se estaban cometiendo asesinatos, aunque en número muy inferior al que posteriormente diría la propaganda. De hecho, creo que hubo relativamente menos asesinatos que en otras ciudades republicanas como Madrid. Pero al mismo tiempo

no se produjo la descomposición total que uno podía haber esperado…»

A pesar de ello, no cabe ninguna duda de que los libertarios perdieron irreflexivamente la lucha por granjearse el apoyo de las clases medias catalanas. Lo cual tuvo graves consecuencias para ellos, para su revolución y para la guerra.

Repitamos ahora las palabras pronunciadas tantas veces por el ilustre general Queipo de Llano. Del diccionario de España tienen que desaparecer las palabras «perdón» y «amnistía».

ABC (Sevilla, 1 de septiembre de 1936).

Luchamos íntegramente por España y por la civilización. No luchamos solos; veinte siglos de civilización occidental y cristiana están movilizados detrás de nosotros. Peleamos por Dios, por nuestra tierra y por nuestros muertos …

La misión providencial e histórica de España ha sido siempre ésta: redimir al mundo civilizado de todos sus peligros: expulsar moros, detener turcos, bautizar indios… Ahora unos nuevos turcos, unos nuevos asiáticos rojos y crueles, vuelven a amenazar a Europa. Pero por Occidente, España opone su pecho y salva y redime la civilización… Porque ésta es guerra santa y cruzada de civilización…

JOSÉ MARÍA PEMÁN, poeta monárquico

(alocución por radio Sevilla, 15 de agosto de 1936).

¡SANGRE Y ORO PARA LA SALVACIÓN DE ESPAÑA!

La sangre generosa de la juventud debe estar dispuesta a derramarse para la causa sagrada de España.

El oro de los poderosos es preciso para la misma causa …

Defensor de Córdoba (15 de septiembre de 1936).

ANDALUCÍA

En los primeros días de agosto, mientras las columnas catalanas veían interrumpido su avance en el frente de Aragón, una columna motorizada del ejército de África, integrada por legionarios y regulares marroquíes, partía de Sevilla con destino al norte. La casi totalidad de sus 8000 hombres habían llegado por aire desde Marruecos. Entre ellos se encontraba el teniente Bravo de la guardia civil, quien se sintió impresionado por la recepción que les tributaron. La gente se les acercaba por las calles y les regalaba medallones religiosos, vino, sandías, cualquier cosa que les sirviera para demostrar su gratitud.

«Aún había suboficiales de la Legión que dudaban del alzamiento. Muchos de ellos habían desertado al principio. Pero cuando vimos cómo nos acogían, les dije: "Ahora no podéis dudar de que esto es un movimiento popular". Porque esto es lo que era. Las tropas marroquíes se escandalizaron al enterarse de que los rojos estaban profanando las imágenes religiosas. Las muchachas prendían escapularios en el uniforme de los moros y oí que un viejo regular les decía: "No santo, no Jesús… pero Dios, ¡sí!"…»

Viajando en camiones requisados y avanzando principalmente de noche, la fuerza avanzó 200 kilómetros en una semana, llegando hasta Mérida, en Extremadura. Delante de ella, a 350 kilómetros se hallaba su objetivo final: Madrid.

Detrás dejaba una retaguardia que en modo alguno era segura: Granada y Córdoba todavía no eran más que puestos avanzados, la primera aislada, la segunda conectada con Sevilla únicamente por un estrecho corredor a lo largo del río Guadalquivir. Al sur, en la costa contigua a Gibraltar, seguía siendo muy real el peligro de un ataque de las fuerzas del Frente Popular de Málaga (donde el levantamiento había fracasado).

EPISODIOS I

ATAQUE

Carlos Castilla del Pino, de 13 años de edad, seguía inmerso en la somnolencia propia de las vacaciones escolares de verano. Una vez las tropas

marroquíes hubieron tomado San Roque[23], su pueblo natal cerca de Gibraltar, la vida pareció volver a la normalidad. Carlos esperaba reanudar pronto las clases con su tutor.

La noche del 26 de julio dio al traste con sus ilusiones. Procedentes de Málaga, llegaron a las cercanías del pueblo camiones llenos de milicianos del Frente Popular. A las siete de la mañana siguiente se oyeron disparos. Llenos de nerviosismo, el tío del muchacho y otras personas colocaron colchones ante las ventanas de la casa. Pronto llegó a la puerta un grupo de milicianos.

«Nueve escopetazos… Los conté… Así fue cómo llamaron. Mi tío abrió la puerta. Entraron tres hombres. Dos llevaban escopeta y vestían camisa blanca con mangas subidas, pañuelo rojo al cuello y un brazal también rojo. El otro hombre llevaba casco de acero, el primero que yo veía, y galones de sargento. Con la izquierda empuñaba un sable y con la derecha una pistola grande…»

Los hombres registraron la casa y el muchacho les siguió. Los dos anarquistas, pues esto se imaginó que eran, parecían muy nerviosos, más por encontrarse en una casa de gente acomodada y ante señoras que por cualquier otra razón, le pareció a Carlos. Uno de ellos soltó un grito al encontrar algo escondido debajo de unas prendas en el interior de un armario. Era un crucifijo grande y no el arma que creía haber descubierto. Volvió a dejarlo donde estaba. Permanecieron en la casa media hora y luego se llevaron a sus tres tíos y un primo como rehenes. Todos sus familiares eran monárquicos y su padre, ya fallecido, había sido alcalde del pueblo durante la dictadura de Primo de Rivera.

Fuera seguía el tiroteo. Aunque él no lo sabía, sus tíos y su primo habían sido llevados al cuartel, donde les ordenaron que pidieran la rendición del destacamento del ejército y de los guardias civiles. Los cuatro se negaron a ello. Al mediodía volvieron a llamar a la puerta. El chico la abrió y se encontró delante de un teniente de los regulares marroquíes. El oficial le comunicó que sus tíos y su primo habían sido fusilados.

«Las mujeres de la casa, mi madre y mis tías, empezaron a chillar y a gemir. Al amparo de sus llantos, me escabullí. El teniente había dicho que mi tío Pepe, aunque malherido, seguía con vida en el hospital. Yo le quería mucho…»

Cruzó las calles a todo correr. En la calle de la Plata vio tres cadáveres cerca de la acera. Dos hombres y una criatura. Más tarde se enteró de que uno de los hombres había salido de su casa para ver qué pasaba y un marroquí le había pegado un tiro; entonces salió su hermano y recibió otro tiro. Llorando de dolor, salió el hijo y el marroquí le pegó otro tiro también.

Seguían oyéndose tiros, así que, sin que nadie se lo ordenara, levantó las manos. Mientras corría vio que en una camilla improvisada se llevaban el cuerpo de su tío Juan, envuelto en una bandera republicana. En el hospital, el médico, al que conocía bien de acompañarlo en sus rondas, ya que el chico quería ser médico, le dijo que podía ver a su tío Pepe. «Pero está muy malherido. No llores…» Lo encontró tendido en un corredor. El hospital no disponía de más de media docena de camas y todas estaban ocupadas por carabineros heridos. Tras ser herido en la calle, su tío había logrado arrastrarse hasta la puerta de un republicano y allí había sido herido otra vez. Tenía en el cuerpo 21 heridas de bala, una de ellas en los dedos de los pies.

«Al verle, al ver los vendajes ensangrentados que llevaba, rompí a llorar. Creo que me reconoció. No tardó en morir…»

Salió del hospital. Su otro tío y su primo yacían muertos en la calle. Al caer muerto, el rostro del tío Miguel había chocado con tanta fuerza contra el suelo que no pudieron borrar el rastro de sangre y tuvieron que cambiar el adoquín por otro. Entonces vio a un moro al otro lado de la calle.

«"¡Hala, paisa, corre, corre!", gritó. Levantó el fusil e hizo fuego. No vi caer al hombre, pero más tarde supe que se trataba de un conocido anarquista local. Los moros estaban registrando las casas en busca de milicianos y luego los mataban. Desde lo alto de un lugar de las afueras llamado La Hasa los moros y los guardias civiles disparaban sobre los milicianos que, a sólo 200 o 300 metros, trataban de escapar en sus camiones. Fue una masacre… Regresé a casa. No me sentía afectado por lo ocurrido como si fuera una gran tragedia personal. En vez de ello, mientras relataba lo que había visto tenía la sensación de ser un héroe. Ninguno de los de casa soñó siquiera en comer algo, pero yo tenía hambre, de modo que sin que me vieran me metí en la cocina. No encontré más que una lata de leche condensada, que me bebí a grandes tragos…»

La familia pasó la noche en el cuartel de infantería por si volvían los «rojos». Sus tíos y su primo eran los únicos derechistas a los que habían fusilado. A otras 20 personas más o menos se las habían llevado al cementerio, pero los marroquíes habían llegado a tiempo. A juzgar por la posición de sus cadáveres, a sus parientes les habían pegado un tiro los milicianos al retirarse, en vez de caer en una ejecución en toda regla.

En el cuartel alguien dijo que media docena de hombres había sido ejecutada contra el muro trasero. Carlos y varios otros fueron a ver. Vieron los cadáveres de seis republicanos que habían muerto fusilados. Uno de los cadáveres todavía tenía la pipa en la boca.

Al día siguiente él y sus primos fueron al cementerio a enterrar a sus muertos. Sus ojos se encontraron con una escena infernal. El cementerio estaba alfombrado de cadáveres, al menos habría 200. Se abrieron paso entre ellos, buscando a sus parientes. Tras amortajarlos con las sábanas que llevaban consigo, los enterraron ellos mismos en el panteón de la familia, sin ataúdes. No reconoció a ninguno de los demás cadáveres. Lo más seguro es que fueran de los milicianos que habían tratado de escapar.

Los derechistas siguieron ejecutando gente aquella noche.

«A una pareja de anarquistas, cuyo hijo era compañero mío en la escuela, se la llevaron a un pueblo que estaba a 25 kilómetros y allí la fusilaron. Más tarde, un falangista que presenció la ejecución me contó que, antes de ser ejecutada, a la mujer la habían violado todos los moros que formaban el pelotón de fusilamiento… Los cinco carabineros heridos que había en el hospital fueron sacados en camilla. Los moros los iban cogiendo por los brazos y los pies y los arrojaban a la parte de atrás de un camión. El practicante del pueblo, que tuvo que acompañarlos con un farol, me contó lo sucedido. Cuando salieron a la carretera, no hubo forma de que los heridos se tuvieran en pie para fusilarlos, así que los moros los mataron a bayonetazos…»

La familia de Carlos decidió marcharse, refugiarse en Gibraltar. San Roque caía virtualmente en plena línea de fuego. Emprendieron la marcha al día siguiente y recorrieron la pequeña distancia sin dificultad.

Pequeñas columnas volantes procedentes de Sevilla y Córdoba intentaban «pacificar» las poblaciones y pueblos de los alrededores, donde vivían numerosos jornaleros sin tierras. La misma pauta se repetía pueblo tras pueblo: ataque, defensa rudimentaria, matanza de algunos o todos los presos derechistas ante la inminencia de la derrota, captura del pueblo y ejecución sumaria (tras consejo de guerra sumario de todos los presos a la vez) de todos los que habían «ayudado a la rebelión», es decir, de los que habían defendido su pueblo y, por ende, al gobierno legal, contra los militares rebeldes que, al declarar la ley marcial, afirmaban que ahora las autoridades legales eran ellos. Todos los que se veían denunciados por los «ciudadanos de orden» como asesinos, izquierdistas, agitadores, descreídos, podían tener la seguridad de verse sometidos a un consejo de guerra. No había que tomarse a la ligera las amenazas de Queipo de Llano[24].

Rafael Medina, de 30 años, falangista y hombre de negocios, a veces mandaba una columna volante que operaba en su región natal al oeste de Sevilla. Lo esencial, a su juicio, era tomar los pueblos rápidamente para impedir el asesinato de los derechistas locales que «los rojos, furiosos ante la perspectiva de

perder sus pueblos, llevaban a cabo en el último momento antes de que nuestras fuerzas se acercasen». Pero ¿quién podría negar que también había violencia en el bando insurgente?

«Yo me oponía a la represión, hacía cuanto podía para impedirla. Sin embargo, se había declarado la ley marcial, la disciplina militar estaba en juego y corrían noticias sobre las atrocidades que se estaban cometiendo en la otra zona. Nuestra situación era precaria y, de haber mostrado alguna debilidad, podíamos habernos encontrado en un apuro. "El miedo guarda la viña", como dice el refrán. Pero hubiese preferido que esta dureza, este temor, no existieran en nuestro bando…»

El marqués de Marchelina, oficial retirado de artillería que cinco años antes había ingresado en los carlistas de Sevilla y mandaba un tercio de requetés en la reconquista de Andalucía, estaba escandalizado por las ejecuciones. En los ideales carlistas no había lugar para actos semejantes y siempre protestaba al respecto. Sin embargo, reconoció que su actitud no era la normal.

«La represión era una táctica militar que, desgraciadamente, se ha repetido en todas las guerras, un medio de afirmar la autoridad, una triste ley de guerra. Para los militares el problema consistía en que al principio sus fuerzas eran reducidas, por lo que tenían que imponer disciplina. Al principio, el resultado de la guerra no parecía tan seguro y la más leve vacilación habría podido resultar fatal; podrían haber empezado los sabotajes, las bombas, incluso las guerrillas. Inevitablemente, se cometieron injusticias, como sucede en todas las guerras…»

La represión no quedó restringida a los pueblos y poblaciones en los que se habían perpetrado asesinatos. En un pueblo ferroviario situado entre Sevilla y Córdoba pegaron fuego a la iglesia durante la quincena en que el lugar estuvo en manos de los obreros, pero no se asesinó a nadie. Entonces llegó una expedición de castigo desde Sevilla y en su avance fue incendiando las chabolas de los pobres que había camino de la estación de ferrocarril. El marido de Juana Sánchez se puso el uniforme de ferroviario y se fue a la estación, que estaba a su cargo. Lo arrestaron y volvieron a llevarlo a su casa, despertando a su mujer y a sus cinco hijos.

«Cuando se lo llevaban en el camión corrí tras él gritando "¡Por Dios! ¡Por Dios!", y uno de ellos me dijo a gritos "¡si no te vas morirás antes que él!"…»

Empezó a pensar qué habría hecho su marido para que lo arrestasen. Estaba afiliado a la UGT, pero sin militar activamente, y recordaba su participación en un solo acto político: antes de la guerra había tomado parte en una manifestación del

Primero de Mayo. Se había presentado en casa preguntándole si tenía un trapo rojo. Aunque el padre de la mujer era un republicano de la vieja escuela, ella guardaba siempre en casa una colgadura roja para ponerla en el balcón cuando se celebraba alguna fiesta religiosa. Su marido dijo que la utilizaría como bandera si ella cosía las tres letras UHP. La mujer no sabía qué querían decir. Él se lo dijo: «Unión de Hermanos Proletarios». Le preocupaba que fuera a la manifestación, pero ésta transcurrió sin ningún incidente…

A los dos días del arresto, se fue al pueblo, que estaba a una hora de camino de la estación, y descubrió que su marido se hallaba retenido con otros muchos hombres en la casa del pueblo. Al poco lo trasladaron a la cárcel. Cada día iba andando hasta el pueblo para llevarle la comida, hasta que su pequeño de diez meses cayó enfermo. Entonces una familia derechista del pueblo le ofreció refugio. Fue a ver al cura del pueblo y éste intentó aplacar sus temores, pero cuando ella insistió en que le diera alguna seguridad, él dijo que no podía hacer más. «"Me han dicho que no meta las narices". "Don Jerónimo, huelo a pólvora alrededor de su cabeza", fue lo que le dijo uno de ellos».

Un mes más tarde, su marido le dijo que su nombre estaba en una lista y le pidió que hablase con el jefe de la guardia civil y con el de la Falange. Ambos le dijeron que ellos no sabían nada.

«"Que digan lo que quieran", me dijo mi marido, "pero los que estamos aquí ya somos hombres muertos. Cuando oigas cantar el gallo, será cuando nos saquen". Me dijo que me quedase en el pueblo y que a primera hora de la mañana siguiente le llevase tabaco. "Pero temprano, muy temprano"…»

Volvió a casa de la familia de derechas con la intención de pasarse la noche en vela en el portal, pero la señora de la casa la persuadió para que se acostase, diciéndole que no podían hacerle nada a su marido, ya que no le habían juzgado. Durante la noche, en sueños o despierta, oyó el ruido de un camión y que cantaban el *Cara al sol*, el himno falangista. Se fue corriendo a la cárcel. Con un gesto el policía de guardia le ordenó detenerse.

«"No hace falta que venga por aquí. Su marido ha sido trasladado a Sevilla". Sentí que las piernas me fallaban, me senté y rompí a llorar. Nadie me consoló. Finalmente, me fui como pude al casino de los terratenientes y esperé al jefe de la Falange, que estaba en misa. "Recomienda tu alma a Dios", fue lo único que se le ocurrió decirme. Y se acabó… Nunca volví a oír ni a recibir noticias concretas de mi marido…»

Estaba convencida de que a su marido lo fusilaron junto a la tapia del

cementerio de Sevilla. El suegro de otro hombre al que habían fusilado junto a su marido trató de sobornar al sepulturero para que le dijese a quiénes habían fusilado allí y en qué día. El sepulturero le contestó que era imposible, ya que se limitaban a llevar a la gente allí y a ejecutarla sin dar nombres. Pero recordaba a un hombre alto que llevaba zapatos verdes y que había sido fusilado aquel día. Antes de morir, el hombre había gritado: «¡Criminales! ¡Soy padre de cinco hijos!». Estaba segura de que ése había sido su marido.

«Cuando iba a Sevilla en tren, desde la ventanilla miré la tapia del cementerio. Estaba llena de agujeros de bala. Entonces pensaba: "Una de ésas mató a mi marido", y una sensación terrible se apoderaba de mí. Pero no podía dejar de mirar…»

Sabed todos los habitantes de esta admirable capital y dignos pueblos adheridos a ella, que, como dice la ley de Justicia, yo seré la imagen fiel y fría de ella y que poniéndome por encima de toda maldad y cobardía trabajaré sin descanso para que no quede en nuestra capital ni en sus pueblos ningún soldado traidor que trate de algún modo de entorpecer la admirable obra que nuestro abnegado ejército, cuerpos y milicias están realizando para hacer una nación educadora y próspera en paz y trabajo, procurando igualarnos a las naciones más civilizadas que con ciega fe cristiana están llenas de esperanzas sin ambiciones.

¡Todo por España! La patria lo quiere y lo necesita, y los que no sientan el amor que todo buen hijo debe tener a la idolatrada madre patria, no son dignos de vivir en ella y deben marcharse o desaparecer para siempre del terreno español…

BRUNO IBÁÑEZ, comandante de la guardia civil

(alocución al pueblo cordobés al ser nombrado jefe

de orden público, 23 de septiembre de 1936).

CÓRDOBA

Las grandes ciudades andaluzas sintieron todo el rigor de la represión, tanto

si ofrecían resistencia a los militares como si no. Córdoba, con una población cercana a los 100 000 habitantes, había caído en manos de los militares en unas pocas horas y casi sin resistencia el 18 de julio. Un artillero había resultado muerto y se decía que habían encontrado en la calle, asesinado, a un destacado miembro de la CEDA. Éstas fueron las únicas muertes.

El comandante Bruno Ibáñez no contradijo las palabras de la alocución que dirigiera al pueblo cordobés al hacerse cargo de su nuevo puesto de jefe de orden público. Durante los primeros seis días fueron arrestadas 109 personas, más de las detenidas en cualquier período equivalente desde el 18 de julio. Sin embargo, la represión había comenzado al mismo tiempo que el levantamiento.

Luis Mérida, abogado cordobés de 25 años, se unió a los militares en cuanto oyó los cañonazos que forzaron la rendición del gobierno civil. Esperaba que el golpe de estado «restaurase el orden a la república». El Frente Popular no había traído más que desorden, los dolores, a su modo de ver, propios del nacimiento de la revolución social. Lo que él deseaba era un golpe militar que suspendiera la constitución durante un par de meses y reestableciera la autoridad.

En vez de un golpe rápido, se había encontrado en una ciudad aislada, en «una isla en un mar de anarquismo», que no tenía armas suficientes para defenderse. Tomó parte en una expedición a Sevilla en busca de armas. Por el camino, el grupo se encontró con una docena de cadáveres, jornaleros a todas luces, a juzgar por sus ropas y alpargatas. Los habían fusilado. Él y un amigo rezaron un padrenuestro.

«Los que iban con nosotros nos escucharon con asombro y hostilidad. "¡Esos perros malditos! ¡Deberían matarlos a todos!", dijeron. Les costaba creer que alguien fuese capaz de rezar por los "rojos"…»

Sus camaradas eran falangistas, ya que a los pocos días de producirse el levantamiento había ingresado en la Falange, creyendo que era imposible no pertenecer a una organización que uniera a todos los que estaban combatiendo. Al mismo tiempo, sentía cierta atracción hacia José Antonio Primo de Rivera, el fundador de la Falange.

Al regresar de Sevilla con un camión cargado de armas y munición, los hombres oyeron decir que su líder, miembro de la prominente familia cordobesa de los Cruz Conde, había sido interrogado por Queipo de Llano al dar cuenta de la situación.

«"¿A cuántos de ellos habéis fusilado en Córdoba?", preguntó Queipo. "¡A

ninguno!" "Pues bien, hasta que no hayáis fusilado a un par de centenares no habrá más armas para vosotros", dijo con su voz ronca. No habría sido necesario que se preocupase, porque la ciudad pronto empezó a vivir bajo el reino del terror…»

Cada mañana, al salir de la ciudad por la carretera de Málaga, veían en un olivar los cuerpos de hombres y mujeres, unos cara arriba, otros bocabajo, resultantes de las ejecuciones llevadas a cabo al amanecer.

«El sótano del cuartel general de la Falange en el que encerraban a la gente era como un globo que se hinchase por la tarde y volviera a estar vacío a la mañana siguiente. Y eso no era más que una parte. A diario había ejecuciones en el cementerio y en las demás carreteras que salían de la ciudad. Podían matar a quien les diera la gana…»

Al ver bajar por la calle a un conocido verdugo local, con una puta en cada brazo «y esperando el amanecer», se dijo que aquel hombre no creía en ninguna de las cosas por las que él y sus camaradas estaban combatiendo.

«En la ciudad había dos clases de gente, como sin duda las había también en la otra zona: los que iban al frente a combatir y los criminales que se quedaban en la retaguardia. Yo no me había unido al movimiento para esto…»

Desde el comienzo de la guerra los periódicos de Córdoba daban cuenta cada día de las detenciones oficiales practicadas por la policía. De las detenciones «extraoficiales» no daba cuenta nadie, como sucedía también con las ejecuciones, dejando aparte unas pocas excepciones. A veces se explicaba el motivo de la detención: un hombre por «vender novelas marxistas»; una mujer por «sacar una bandera blanca durante la incursión aérea del pasado lunes»; el inspector de un asilo de niños «por enseñar a éstos a saludar con el puño cerrado»; una mujer de 36 años, «conocida extremista que cada día va al cementerio a ver los cadáveres y cuando regresa a su barrio hace comentarios contra el movimiento»; un sepulturero que «protestó contra las órdenes militares en el cementerio de Nuestra Señora de la Salud»… Del 18 de julio al 31 de diciembre se dio la noticia de 1049 detenciones de esta clase, 53 de ellas correspondientes a mujeres. Una pequeña proporción del total, sin duda.

Dos días después de su nombramiento, el comandante Ibáñez —al que en la ciudad llamaban siempre don Bruno— anunció públicamente que iba a librar a Córdoba y a la provincia de «todo libro pernicioso para una sociedad sana». Toda persona que poseyera obras «pornográficas, revolucionarias o antipatrióticas» debía entregarlas inmediatamente o se arriesgaría a que la sometieran a consejo de

guerra. A las dos semanas pudo dar cuenta de la destrucción de 5450 libros.

«Mi padre, que era profesor de matemáticas, vivía en constante terror —recuerda Roberto Solís, estudiante católico de derecho—. Era un hombre culto, republicano de centro, hablaba inglés y francés y era aficionado a la lectura. Le vi destruir *La sagrada familia* de Marx y Engels, una obra de Bakunin, el *Quinto Plan* de Molotov…»

Su padre tenía un ayudante, un joven de 22 años, simpático y serio, al que tenía gran afecto. Un día el ayudante se jactó de que tomaba parte en las ejecuciones nocturnas. Dijo que lo hacía «por deporte».

«"Anoche fusilamos a ocho". Mi padre se quedó anonadado. Por si no bastase con esto, mi padre se enteró al poco de que un catedrático de la universidad llevaba a su hijo de 14 años a presenciar las ejecuciones. El hijo, Pedro, solía hablarme de ellas. Recuerdo que a primera hora de la mañana mi madre, que era católica y enormemente piadosa, exclamaba "¡Ay, por Dios!", cuando oía las descargas del pelotón de fusilamiento…»

Si la ciudad ya vivía bajo el reino del terror antes de la llegada de don Bruno, se convirtió en una pesadilla durante el tiempo en que él fue jefe de orden público. Luis Mérida le vio en una corrida de beneficencia.

«Al salir él de la plaza, la gente se encogía. Tenía los ojos azules. Nunca los olvidaré. Con tal de apartarse de su paso, la gente, de haber podido, se habría incrustado en las paredes. Todo el mundo estaba electrizado de terror y miedo. Don Bruno hubiese podido fusilar a Córdoba entera: lo enviaron a la ciudad con carta blanca. Se decía que toda su familia había sido borrada del mapa por los rojos en alguna ciudad de La Mancha. Fuese o no cierto, era un hombre lleno de prejuicios, amargado…»

También era sumamente piadoso y asistía a misa regularmente. Avisó a la gente de que utilizaría todos los medios a su disposición para «exiliar de esta sagrada tierra» el vicio maligno e irracional de la blasfemia. «Todas las naciones grandes, prósperas y cultas han sido siempre profundamente religiosas; España, en la intimidad de su ser, no es más que veinte siglos de lucha por el cristianismo». Característicamente, su siguiente blanco fue el cine. Prohibió todas las películas de índole «inmoral y antimilitarista»; todas las películas rusas, «incluso las de tema antiguo o de los zares» y permitió que se exhibieran solamente películas de elevado carácter patriótico y religioso. Los cines no tardaron en proyectar *Maniobras militares en Nuremberg*, cinta que había sido rodada en presencia de Hitler y constituía una «formidable demostración del potencial bélico del estado

alemán».

Pero nunca olvidó el propósito fundamental de su cargo: sus represabas fueron fulminantes. Una noche un grupo de saboteadores del Frente Popular voló un tramo del tendido ferroviario Sevilla-Córdoba. Al día siguiente mandó ejecutar sumariamente a toda la brigada de ferroviarios que aquella noche estaban encargados de patrullar la línea.

Los métodos que empleaba tenían sus inconvenientes. Al cabo de un mes de tomar posesión de su cargo, se vio obligado a reconocer que escaseaba la mano de obra en el ramo de la construcción, las canteras y las minas. Todavía no resultaba imposible huir de la ciudad.

Álvaro Millán, un agente de ventas que fue detenido dos veces, se preguntaba qué necesidad había de fusilar a tanta gente en una ciudad que se había sometido desde buen principio y en la que no se habían perpetrado asesinatos. ¿Sería porque Córdoba quedaba cerca del frente?

«No. El mismo terror existía en todas partes. Crearon un estado basado en la mentira y el terror. No fue sólo la clase obrera la que sufrió. Antes de la guerra pertenecía yo a una tertulia de la que formaban parte unas 40 personas de clase media: maestros de escuela, abogados, políticos, agentes de ventas. Sólo cuatro o cinco, incluyéndome a mí, sobrevivieron a la represión…»

Millán era un hombre que se había labrado una posición por esfuerzo propio, tras comenzar vendiendo cordones de zapato por las calles de Córdoba. Se libró de ser ejecutado gracias solamente a la rápida intervención de dos amigos. El principal librero de la ciudad y un médico que compartían su celda fueron fusilados los dos. Al ser puesto en libertad, fue a ver a su amigo. «Mi vida ya no me pertenece, es tuya. Permíteme por favor ingresar en la Falange…» Socialista moderado de toda la vida, no veía otro medio de obtener protección personal y se trataba de un favor que su amigo no podía negarle.

«Nunca creí que se pudiera matar a la gente como allí lo hacían…»

Pedro Quintanar, hombre de derechas y fabricante de maquinaria agrícola, había visto con buenos ojos el levantamiento, pero la represión que vino después iba más allá de todas las proporciones imaginables. Un día, estando cerca del obispado, vio salir a un fraile…

«El cura del cementerio de San Rafael se le acercó y oí que le decía: "¿Cuántos hay esta noche?". "Setenta y seis", replicó el fraile. El cura, que era

hombre muy religioso, se llevó una mano a la cabeza y exclamó: "¡Setenta y seis! ¡Ay, por Dios! ¡Qué atrocidad!". El otro le contestó: "¿Setenta y seis? Setecientos deberían ser". Lo oí todo. Era asombroso…»

Algunos vieron claramente desde el principio la relación que había entre la represión y la religión, por no decir la iglesia. El 15 de agosto, festividad de la Asunción, se convirtió en un día sangriento en distintas partes de la zona insurgente. En Sevilla los cadáveres de los ejecutados aparecieron junto a la pared de la piscina que a la sazón había en el lugar donde hoy se encuentra la plaza de Cuba. Los parientes volvían los cadáveres boca arriba para identificarlos. «Dejaban los cadáveres en la calle para aterrorizar a la población», recordó Anita Moreno, de la sección femenina de la juventud comunista.

«Se llevaban a la gente y la fusilaban sin preocuparse siquiera de comprobar su identidad. Le pasó a un hombre de mi calle: lo fusilaron antes de darse cuenta de que no se trataba del hombre al que andaban buscando. La víctima no tenía nada que ver con la política o los sindicatos…»

Su marido, secretario del Socorro Rojo para Andalucía, murió fusilado. Le ofrecieron la libertad a cambio de empuñar un fusil c ingresar en la Falange, pero él se negó. «No quiero matar a nadie, primero que me maten a mí… Fíjate cómo odian a los que nunca hemos odiado». La ejecución y el temor por su propia vida la impresionaron tanto que se le secó la leche y no pudo seguir amamantando a su pequeña. Se escondió y no salió hasta al cabo de ocho años. Su hija creció creyéndola su tía. Un guardia civil que fue a buscarla anotó en su bloc: «No está en su casa. Se cree que le fue aplicado el edicto del general Queipo de Llano».

«Mientras estaba escondida, fusilaron a la novia de mi hermano. Era miembro del partido comunista y la arrestaron pronto. El guardián de la prisión entregó a la madre el reloj que su hija había dejado, Estaba parado a las cuatro y media de la madrugada. Antes de que se la llevasen para ejecutarla, la muchacha había golpeado el reloj contra el muro para que su madre supiera la hora de su muerte…»

La noticia de las ejecuciones habidas en Pamplona en el día de la Asunción llegó rápidamente al frente de Somosierra, donde seguían estacionados los requetés y falangistas navarros que habían tomado el paso en la sierra del Guadarrama. La prensa controlada por los insurgentes daba noticias sensacionalistas sobre la represión en la zona del Frente Popular, pero apenas mencionaba la represión que tenía lugar en su propia zona. Y mucho menos hablaba de la masacre perpetrada por el ejército de África los días 14 y 15 de agosto en Extremadura, durante su avance hacia Madrid después de tomar

Badajoz. A Antonio Izu y a sus compañeros requetés les impresionaron las noticias que trajeron de Pamplona dos hombres de su compañía.

«"¡Cabrones!", exclamaron algunos. "A esos que se han quedado en la retaguardia deberían traerlos al frente para combatir. ¡Que vengan aquí a enfrentarse con el fuego!" Las noticias me impresionaron a mí de forma especial, ya que uno de los fusilados era mi tío favorito. En realidad era un primo de mi padre que se había hecho socialista, la oveja negra de la familia. Y por hacerse socialista le habían fusilado, a sus 60 años y pico…»

«"Esto es una barbaridad", dijo un abogado carlista que era amigo mío —recuerda Rafael García Serrano, estudiante falangista que se hallaba en el mismo frente, al enterarnos de que el 15 de agosto habían fusilado a unas quince personas—. "Si permitimos las atrocidades, nos pondremos en el mismo nivel y perderemos la guerra". Lo que nos trastornó fue que las ejecuciones hubieran tenido lugar en el día de la patrona de Navarra. Los fusilaron por ser miembros destacados del Frente Popular. Es lo que pasa en todas las revoluciones; lo que también estaba pasando en el frente. Ninguno de los dos bandos hacía prisioneros, aunque, por suerte, eran muy pocos los enemigos capturados… Poco después nos enteramos de la muerte de Lorca. De cómo recibimos la noticia no me acuerdo, ya que ningún periódico de nuestra zona la publicó. Nos la tomamos mal, aunque pensamos que había sido debida a la homosexualidad del poeta. No podíamos imaginarnos que se tratara de un asesinato político. "Sí, claro, le han fusilado porque era maricón…»[25]

Sin embargo, como Antonio Izu no ignoraba, la represión no estaba restringida a la retaguardia. En un pueblo de la sierra del Guadarrama en donde estuvo acantonado, el que mandaba la compañía, falangista de Pamplona y oficial de carrera, arrestó a las 31 personas que habían votado al Frente Popular; habían encontrado los resultados electorales del pueblo: la derecha había ganado por siete votos. Tras interrogar a los votantes del Frente Popular, a 13 de ellos los hicieron subir a un camión.

«Las mujeres se apiñaban en torno al vehículo, llorando. Los falangistas las hicieron retroceder a patadas y culatazos. El pueblo era terriblemente pobre, los campesinos eran unos infortunados medio muertos de hambre. El camión partió para la retaguardia y me imaginé que se los llevarían a Aranda de Duero…»

No mucho después descubrió casualmente la suerte de los presos. A raíz de un ataque, los requetés se retiraron a una posición en la que se sintieron abrumados por una tremenda pestilencia. Cerca de un pequeño arroyo descubrieron 13 cadáveres. Los habían enterrado con tantas prisas que la punta de

las sandalias asomaba a la superficie.

Los requetés los volvieron a enterrar. Al levantar del suelo uno de los cadáveres, la calderilla que llevaba en el bolsillo cayó al suelo.

«Era el barbero del pueblo que nos había afeitado a todos, cobrándonos sólo 25 céntimos. Era tan poco que siempre le dábamos el doble. Hicimos unos toscos crucifijos y nuestro capellán rezó los responsos… Más tarde le plantó cara al oficial falangista y le dijo lo que pensaba. El capitán se puso a maldecirlo y lo amenazó con fusilarle si no cerraba el pico…»

En estos días en que la justicia militar cumple la triste misión, al dar cumplimiento a sus fallos, de dar satisfacción a la vindicta pública, se ha podido observar una inusitada concurrencia de personas al lugar en que se verifican estos actos, viéndose entre aquéllas niños de corta edad, muchachas jóvenes y hasta algunas señoras. Son públicos, es verdad, tales actos, pero la enorme gravedad de los mismos, el respeto que se debe a los desgraciados víctimas de sus yerros, en tan supremo trance, son razones más que suficientes para que las personas que por sus ideas, de las que muchas hacen ostentación, deban abrigar en sus pechos la piedad, no asistan a tales actos, ni mucho menos lleven a sus esposas y a sus hijos. La presencia de estas personas allí dice muy poco en su favor; y el considerar como espectáculo el suplicio de un semejante, por muy justificado que sea, da una pobre idea de la cultura de un pueblo.

Nota del Gabinete de Censura y Prensa

del Gobierno Civil

(Valladolid, 24 de septiembre de 1936).

SEGOVIA

Dejando aparte unas pocas excepciones, la jerarquía eclesiástica mantenía un prudente silencio, pero algunos sacerdotes dieron rienda suelta a sus pasiones. Dionisio Ridruejo, jefe de la Falange en Segovia, escuchaba con asombro el sermón

que uno de tales sacerdotes predicó en la catedral.

«"La patria debe ser renovada, toda la mala hierba arrancada, toda la mala semilla extirpada… No es éste momento para escrúpulos…" Evidentemente el sermón iba dirigido a las tres o cuatro personas que intentaban evitar la represión en Segovia, incluyéndome a mí…»

Durante una quincena lo consiguieron. Los izquierdistas fueron detenidos pero no se fusiló a ninguno. El asesinato de tres o cuatro personas perpetrado por militantes de Acción Popular y falangistas causó una conmoción. Surgieron dos tendencias: una legalista que creía que la gente debía ser arrestada y sometida a juicio; la otra mantenía que había que crear cierto grado de terror por medio de ejecuciones sumarias. La segunda tendencia se salió con la suya cuando la Falange de Valladolid se hizo cargo de la región y mandó un delegado a Segovia para que organizase la represión.

«Se formó una brigada especial, bajo el mando de un falangista muy religioso y siniestro que era de Valladolid. En lugar de borla, en la boina llevaba un crucifijo. Oficialmente, la misión de la brigada consistía en arrestar a la gente y conducirla a la prisión, pero pocos detenidos llegaron a su destino. Los dejaban muertos en las carreteras. Yo y otros atacamos al jefe de la brigada diciéndole que no podía hacer de juez y de verdugo a un tiempo. "No, me cuido bien de esta gente", respondió con una seguridad total. "Todos tienen oportunidad de confesarse antes de morir y, por lo tanto, pueden ir al cielo…"»

La situación se vio agravada al bombardear la ciudad los republicanos. La incursión causó pocos destrozos, pero hubo heridos y surgieron las inevitables exigencias en el sentido de que se tomasen represalias con los presos. Otro agravante era la proximidad del frente, que distaba 35 kilómetros.

«Mirándolo fríamente, podría justificarse el terror. Un movimiento guerrillero, un levantamiento en retaguardia, podrían haber desarticulado nuestra precaria posición en el frente del Alto del León. Pese a ser monstruoso, el criterio de represión sostenido por los militares tenía su lógica. Mola opinaba que la purga debía ser rápida, Franco que tenía que ser metódica y exhaustiva; en esencia, ambos compartían la misma idea…»

La represión en Castilla la Vieja alcanzó su máximo rigor en Valladolid, donde los obreros socialistas de los talleres ferroviarios de reparación habían presentado resistencia y donde la Falange era fuerte. «La limpieza», como la denominó un funcionario falangista llamado Pedro Juárez, «fue muy concienzuda. Las cocheras de la compañía de tranvías fueron convertidas en prisión y estuvieron

llenas durante mucho tiempo…»

Juárez hubiese querido ir al frente, pero, por ser padre de dos hijos menores, le destinaron a misiones de vigilancia en la retaguardia. Valladolid era bombardeada por un avión casi a diario y corrían rumores de que iban a envenenar los depósitos de agua de la ciudad. Lo pusieron de centinela en los depósitos del Campo de San Isidro.

«Una mañana nos ordenaron formar un cordón. Los espectadores se estaban acercando demasiado a los pelotones encargados de las ejecuciones públicas en el Campo. Teníamos que mantenerlos a una distancia de 200 metros por lo menos y nos dieron órdenes estrictas de que impidiéramos que entre los espectadores hubiese niños… A los presos los traían de las cocheras de tranvías. Entre la docena del primer día en que estuve allí de centinela reconocí a algunos habitantes de un pueblo próximo al mío. ¡Imagínese cómo me sentiría! Todos ellos, incluso una mujer, se negaron a que les vendasen los ojos. Al igual que varios otros, la mujer alzó el puño cerrado y gritó "¡Viva la república!", al sonar los disparos… Mientras seguí allí de guardia el resto de la semana cada amanecer fusilaban a una docena de personas, entre ellas otras tres mujeres. Al apuntar los del pelotón, dos de ellas se levantaron las faldas hasta cubrirse la cara, enseñándolo todo. ¿Un gesto de desafío? ¿De desesperación? No lo sé. Eran escenas así las que atraían a la gente allí… Y luego, al regresar a la ciudad, las calles estaban completamente desiertas. Todos los espectadores habían regresado a sus casas, a sus camas. La ciudad estaba silenciosa…»

«No era una chusma analfabeta la que iba a ver el espectáculo —relataba Jesús Álvarez, farmacéutico liberal y republicano—. En el casino la gente se decía: "No olvides ir allí mañana…". Se trataba de gente de posición, hijos de familias distinguidas, hombres que habían recibido una educación, gente que se decía religiosa… No se trataba de un lumpenproletariado sin trabajo, sin educación ni bienestar como el del otro bando. Pero bien hubiese podido serlo, porque aquellos burgueses demostraban que su educación, su cultura, su religión no eran nada… eran sólo superficiales. Iban tantos a ver el "espectáculo", pues esto era para ellos, que se instalaron puestos de churros y café para que pudieran comer y beber mientras miraban…»

Se dio cuenta de que el terror era una parte importante de la contrarrevolución, una parte a la que la Falange no le hacía ascos. Aunque no sentía ninguna admiración por la Falange, tenía que reconocer que, por lo general, los idealistas iban a combatir al frente. Los que se quedaban en la retaguardia eran la «escoria» que cometía los asesinatos, y los peores de ellos eran los que habían cambiado de chaqueta, los izquierdistas que habían ingresado para salvar el

pellejo.

Debido al terror, la gente se delataba y denunciaba unos a otros…

«El instinto de conservación. Imagínese lo que debe ser salir a la calle un día tras otro, encender un pitillo, dar un paseo hasta el café y actuar como si nada estuviera pasando. Porque si no te dejas ver, alguien puede pensar que es por algo y te puedes convertir en blanco de sospechas. Sólo comportándote como si todo fuese perfectamente normal te es posible demostrar que estás por encima de toda sospecha. El temor a que si ocultas lo que sabes sobre alguien te ejecuten; la esperanza de denunciar a otro para que respeten tu vida. Convirtiéndose en parte de la "normalidad", el terror contribuía a mantener una apariencia de normalidad. Más que las venganzas personales, de las que había bastantes, era el terror lo que más contribuía a su propia perpetuación…»

Se hicieron algunas protestas. La más famosa fue la de Unamuno, la figura intelectual de mayor prestigio en la zona insurgente[26]. Pero no fue el único. Eugenio Vegas Latapié, director del periódico monárquico *Acción Española*, se sintió lo bastante indignado como para llevar el asunto a las más altas esferas. Al tener la oportunidad de acompañar al poeta José María Pemán a ver a Franco, quien había llegado a la península desde Marruecos poco antes, sacó a colación el tema de los asesinatos.

«Su inmediato cese era de importancia absoluta. Constantemente corrían rumores sobre si sacaban a gente de la cárcel y la fusilaban sin juicio previo. Los falangistas incluso me sugirieron liquidar a mis enemigos políticos. Era algo increíble, horripilante y un grave descrédito para la causa. Insistí ante Franco sobre la necesidad de tomar medidas para que no se fusilase a nadie sin antes someterlo a juicio, por muy sumario que éste fuera, y sin darle oportunidad de que se defendiese… Franco no me hizo el menor caso. En lo que se refería a la represión, sabía muy bien lo que estaba pasando y le importaba un bledo… Actuando de acuerdo con información que le di posteriormente, Pemán habló directamente con Franco del caso de la gente que se pasaba un año o más bajo sentencia de muerte. Franco le explicó que era necesario hacerlo para poderla canjear por presos que se encontrasen en circunstancias parecidas en la zona roja. Ésa fue su explicación. Pero durante la guerra el régimen de Franco apenas autorizó ningún canje de este tipo. Además, cuando la guerra terminó y no tenía siquiera esta excusa, la situación continuó exactamente igual que antes: la gente permanecía bajo sentencia de muerte durante un año, si no más. Franco dio muestras de una crueldad simple y fría por la que era bien conocido en la Legión…»

A nivel local era posible que el resultado de la situación dependiera de un

solo hombre. En el pueblo de Tamariz de Campos (Valladolid), el pueblo natal de Alberto Pastor, no fusilaron a nadie a pesar de la violencia de anteguerra en la que él había participado[27].

«Yo no lo habría tolerado. De buenas a primeras dije: "Responderéis con vuestras vidas de las posibles muertes que haya". Tamariz debió de ser el único pueblo de estos contornos en el que no se cometieron atrocidades. A veces los asesinatos se debían a viejas enemistades entre gentes del lugar en que ocurrían y yo estaba decidido a que en mi pueblo no pasaran estas cosas. Se arrestó a algunas personas y una de ellas murió en la cárcel de enfermedad, pero no se fusiló a nadie…»

En Pamplona, pocos días después del levantamiento, el jefe regional de los carlistas dio orden de que ninguno de sus hombres llevase a cabo actos de violencia, añadiendo que debían hacer cuanto fuese posible para evitar que se perpetrasen en su presencia… «Para nosotros las únicas represalias permitidas son las que ordenen las autoridades militares, que son siempre justas y circunspectas», decía la orden, firmada por Joaquín Baleztena.

«El obispo Olaechea de Pamplona y el cardenal Gomá, primado de España, quien estaba pasando las vacaciones en Navarra, felicitaron a mi hermano por adoptar tal postura. Pero la nota no cayó bien en el cuartel general de Mola. Mi hermana se presentó allí para gestionar la puesta en libertad de un preso y unos oficiales le dijeron que la "nota de vaselina" de nuestro hermano había empeorado las cosas —recuerda Dolores Baleztena—. No creo que hubiese complicidad entre el puñado de asesinos falangistas que llevaban a cabo el trabajo sucio en la retaguardia y los militares; pero sin duda había connivencia. En aquel momento los militares eran las autoridades supremas y, como es lógico, de haber querido poner fin a la represión, habrían podido hacerlo…»

Mola, cuyos planes originales para el levantamiento incluían el arresto y «castigo ejemplar» de todos los líderes políticos y sindicales que se opusieran a los militares, envió un telegrama desde Burgos el 20 de agosto de 1936. En él prohibía a los «falangistas y fuerzas parecidas» cometer actos de violencia en Pamplona. El telegrama siguió a la nota que en el mismo sentido diera semanas antes el comandante local. El 15 de septiembre, el nuevo gobernador civil recordó a los alcaldes que las detenciones arbitrarias estaban prohibidas. Tras una masacre de presos sacados a rastras de la cárcel de Tafalla, el obispo Olaechea pidió que se pusiera fin al derramamiento de sangre. «No más sangre excepto la que dispongan los tribunales de justicia… No debemos ser como ellos… Ni una gota de sangre por venganza». En noviembre, el nuevo comandante militar tuvo que repetir una vez más las órdenes contra la violencia cometida por gente que afirmaba pertenecer a

la milicia…

«La represión fue la gran pena de la guerra. Me alegré cuando el obispo Olaechea protestó; el clero debía denunciar lo que estuviera mal hecho. "¿Cómo pueden seguir haciéndose cosas así? ¿Cómo pueden permitirlo?" —preguntaba a sus amigos Carmen García-Falces, que era carlista—. La represión nos dolía porque creíamos estar luchando por Dios. Conocíamos a muchos de los que morían fusilados y a nosotros nos parecían buenas personas. ¿Por qué los ejecutaban? Los habían juzgado, de acuerdo, pero fusilarlos, ¿por qué? Nuestro bando defendía la causa de Dios y Dios jamás condonaría semejantes atrocidades. Los asesinatos de sacerdotes que se perpetraban en el otro bando eran terribles, pero allí los asesinos no eran creyentes. No era lo mismo…»

A pesar de todas las órdenes, prohibiciones, admoniciones y advertencias, los asesinatos prosiguieron. No era sorprendente ni se trataba de un problema restringido a Navarra. La finalidad a corto plazo de pacificar una retaguardia que era hostil en potencia —problema mucho más agudo en otras zonas— coincidió con el objetivo a largo plazo de aplastar a la clase obrera y a sus aliados, líderes y militantes, para, de una vez por todas, exorcizar la amenaza de disturbios, levantamientos y revolución proletarios[28].

MILITANCIAS 5

JUAN CRESPO, estudiante (monárquico).

La guerra le estaba resultando paradójica. Apenas hubo abandonado el frente del Alto del León porque «ya estaba harto»[29], regresando a Salamanca, volvió a partir para el combate. Esta vez bajo el mando del comandante Doval, el oficial de la guardia civil que organizó la represión en Asturias tras el levantamiento de octubre de 1934. El comandante Doval mandaba ahora una fuerza expedicionaria cuyo objetivo era bloquear una ofensiva enemiga que, flanqueando el Guadarrama, amenazaba Ávila. Hacía apenas unos días que Onésimo Redondo, el líder falangista de Valladolid, había muerto en una emboscada a 40 kilómetros detrás de las líneas. La retaguardia no estaba segura ni mucho menos.

«Una vez más íbamos a tomar café en Madrid. Cuando llegamos a Navalperal, en la carretera de Ávila, sufrimos una emboscada. Nos disparaban desde todos los lados. Nos echamos al suelo y desde aquel momento fue cosa de sálvese el que pueda. Tiré mi fusil y eché a correr. Sólo los guardias civiles opusieron cierta resistencia con dos ametralladoras. Empecé a correr a las once de la mañana y llegué a Ávila, a 40 km, sin dejar de correr, a las seis de la tarde. ¡Qué maratón…!»

Regresó a Salamanca. Allí recibió otra mala noticia referente a su familia. Antes de partir para el frente por primera vez, habían detenido y asesinado a su tío, alcalde de Salamanca, eminente catedrático de la universidad, médico y diputado de Izquierda Republicana. Su cadáver había sido encontrado junto al de un diputado socialista llamado Manso a 30 kilómetros de allí, en la carretera de Valladolid. Ahora, durante su segunda ausencia, habían detenido a otro tío suyo. Había llegado a Salamanca desde el pueblo de Morasverdes, donde era secretario del ayuntamiento, con el fin de comprar un par de guantes blancos para su hija mayor, que iba a casarse. Lo arrestaron «por ser pariente de mi otro tío, el doctor Casto Prieto». Lo metieron en la cárcel y allí estuvo hasta mayo de 1937, sin ser juzgado. Salió moribundo a causa de una dolencia de la vejiga para la que no recibió ninguna clase de tratamiento en la cárcel.

«Decidí ir al pueblo para visitar a mi tía, que me había criado durante tres años después de la muerte de mi padre. Me pidió que me quedase y ocupara el puesto de mi tío hasta que nombrasen un nuevo secretario para el ayuntamiento…»

Nada había pasado en el pueblo, que era pequeño y relativamente próspero y estaba situado al sur de la provincia de Salamanca, donde había buenos regadíos. El médico de la localidad se hizo cargo. Durante la dictadura había pertenecido a la Unión Patriótica del dictador; durante los comienzos de la república había sido de Izquierda Republicana gracias a su amistad con el tío que Crespo tenía en Salamanca; durante el período siguiente, celoso porque el tío de Crespo ocupaba en Izquierda Republicana un puesto más prominente que el suyo, ingresó en la CEDA. Ahora, al cambiar los tiempos, se hizo falangista. Pero en el consistorio del pueblo, que había sido nombrado por él, las cosas no salían como deseaba: el alcalde suplente no dejaba de pedir votos y las propuestas del médico salían derrotadas.

«Así que un día se fue a Ciudad Rodrigo, la ciudad que caía más cerca, y regresó con tres o cuatro falangistas. Hicieron sonar la campana del ayuntamiento para que acudiese la gente a una reunión que se iba a celebrar en la escuela. El jefe de los falangistas se sentó en la silla del maestro. "En este pueblo están pasando

cosas extrañas. Quizá no se dan ustedes cuenta de que la democracia ya no existe. La única democracia es ésta…", y desenfundó la pistola. "En vista de ello, tengan cuidado. El consistorio queda disuelto…"»

Nombraron uno nuevo y expulsaron al fastidioso suplente de alcalde. El 15 de agosto, festividad de la Asunción, se presentaron unos falangistas a cumplir una misión siniestra: «coger a unas cuantas personas». Como un par de ellos eran excompañeros de escuela de Crespo, le enseñaron la lista que llevaban consigo. Había en ella cinco personas. Una de ellas, la única mujer, era prima suya e hija del tío al que habían arrestado recientemente. Al ver los nombres, comprendió que la lista la había redactado alguien del pueblo: «El hermano del exsuplente del alcalde, de hecho… otro renegado político, un hombre sin una onza de ideología. Mi tía y mi tío eran sus padrinos y he aquí que ahora denunciaba a su hija».

Aparte de detener a los de la lista, los falangistas tenían intención de dar un «buen susto» a unos cuantos más. El alcalde les informó de a quién le hacía falta tal medicina. Uno de ellos era Juan, el hijo del cazador furtivo del pueblo. Juan y su hermano, socialistas ambos, se habían alistado voluntariamente cuando se produjo el levantamiento, pero Juan tuvo la mala suerte de estar en el pueblo de permiso. «¡Soy tan patriota como vosotros! ¡Más que vosotros!», le oyó gritar Crespo mientras le daban una paliza en el ayuntamiento… «Llevo uniforme… ¿Por qué me pegáis?»

«El futuro demostraría la ironía que había en todo ello. En efecto, los dos únicos habitantes del pueblo que murieron en la guerra fueron Juan y su hermano. Ellos, que habían cazado furtivamente en tierras de todos los demás habitantes, que habían sido socialistas, se convirtieron en héroes del Movimiento. Sus nombres se esculpieron en monumentos y se pronunciaron en una misa por los caídos a la que yo asistí en el pueblo. Ahí estaba el cura, que siempre los había denunciado porque le robaban las gallinas y los huevos, diciendo misa por ellos; y el cabo de la guardia civil, que siempre los estaba arrestando, cerraba la guardia de honor; mientras que el alcalde, que había organizado la paliza a manos de los falangistas, daba los gritos de ritual… ¡Qué momento de deliciosa ironía en la historia local…!»

Entretanto los falangistas proseguían la tarea de detener a los de la lista, a la que el alcalde añadió unos cuantos nombres. A Crespo no le gustaba cómo se estaban poniendo las cosas…

«Delante del ayuntamiento estaba la casa del párroco. A nadie le caía simpático. Había tenido un asunto con la esposa del sacristán y se habían hecho muchas gestiones ante el obispo para librarse de él. Entré en su casa. Estaba durmiendo la siesta. Le dije a su hermano que lo despertara y le puse al corriente

de la situación. Me escuchó hasta el final y luego fue conmigo al ayuntamiento. En cuanto vio a los falangistas y al alcalde, dijo: "¡Nadie saldrá de este pueblo. Yo soy el párroco y sólo yo conozco las conciencias de las gentes del lugar. Puede que haya algunos que no vayan a la iglesia, pero de criminales no hay ni uno!". El jefe falangista le miró. "Bueno, padre, ésa es su opinión porque usted es el párroco y tiene la obligación…" Lo que pasó entonces nos dejó asombrados a todos. El cura se arrojó al suelo delante de la puerta. "Antes de que alguno de mis feligreses salga de aquí, tendréis que pasar sobre mi cadáver". El jefe de los falangistas se conmovió. "Vamos a ver si esto podemos arreglarlo. Levántese, padre, por favor. Le prometo que no morirá nadie. Le doy mi palabra de católico de que llevaré a esta gente al gobernador civil y nada más. No la meteré en la cárcel. Si quiere, puede venir con nosotros…" Detuvieron al carrero y al maestro, ya que este último era el jefe de los socialistas locales. Otro de los que debían ser detenidos ya había huido al monte y el médico no les permitió llevarse a mi prima porque tenía fiebre de Malta. Al llevarse al maestro hacia el coche, su hija, una chica de 12 años, muy bonita, se arrojó a los pies del jefe falangista y se los besó. Éste se conmovió tanto que le dijo que se levantase y le devolvió a su padre. Así que solamente se llevaron al carrero… que volvió al día siguiente en autobús. Se salvaron por el cura y, en verdad, por el jefe de los falangistas, que en el fondo era un hombre decente. De los que le acompañaban, sólo uno ya era falangista antes de la guerra… uno de los 33 que había en Salamanca. El resto se había puesto la camisa azul después del levantamiento…»

Crespo se enteró de que Renovación Española, el partido monárquico, estaba organizando un batallón de voluntarios en Burgos y por tercera vez en poco más de un mes salió voluntariamente para el frente. Detrás suyo dejaba a un tío en la cárcel, a otro tío asesinado y a un tercer tío escondido. (Este último, que pertenecía a la CEDA, era el alcalde del municipio donde encontraron el cadáver del doctor Casto Prieto, el tío de Salamanca. También él empezó pronto a recibir llamadas de muerte y, cruzando la provincia a caballo, llegó a una aldea cerca de Morasverdes y se escondió en la choza de un carbonero. Cuando se entregó, lo metieron en la cárcel al instante).

«Era una guerra civil. El frente era una línea sinuosa que separaba al amigo del amigo, al hermano del hermano, que atravesaba más de una casa e incluso más de un dormitorio. En mi familia había carlistas, liberales, republicanos. Mi situación no era única ni mucho menos. Hice cuanto pude por aliviar el sufrimiento de mis parientes del otro bando, por sacar a mis tíos de la cárcel, pero seguí luchando por mis ideales. No por intereses materiales, porque no tenía ninguno, sino por mis ideales: poner fin al caos que habían provocado la izquierda y la CEDA; restaurar la ley y el orden, la autoridad y el espíritu nacional. Gritar "¡Viva España!", se había convertido en un crimen. Los estatutos de autonomía

catalán y vasco fueron el colmo de todo. Conducirían sencillamente a su independencia y al final de la unidad española. Cada vez que en España se produce una situación revolucionaria, el "cantonalismo" se extiende como un hongo. Primero Cataluña, después el País Vasco, seguidamente Galicia… y al final quiere la independencia hasta un pueblo como Morasverdes. Comités y juntas en cada pueblo. Es el cuento de nunca acabar. En cuanto desaparece un poder fuerte, España se disuelve. El español sólo hace lo que quiere. Se tiene por un rey que quiere ser rey de todos los demás. El español no puede ser democrático… no porque carezca de educación o de cultura, no, sino porque sencillamente es incapaz de serlo. Los republicanos que creían lo contrario eran los más imbéciles de todos. Sin un papel en el mundo, España había perdido lo que Ortega y Gasset llamó "el estímulo de un programa común"; sin tal programa, las rivalidades y los problemas internos no podían superarse. España estaba perdida…»

Aunque monárquico, sus simpatías estaban con la Falange. Desde que leyera el discurso fundacional de José Antonio Primo de Rivera, se había sentido conmovido por su «prosa poética» que, combinada con el recuerdo histórico de la pasada grandeza de España y, en menor grado, con el programa social de la Falange, le influyó fuertemente. Con todo, por motivos sentimentales seguía siendo monárquico y creía que Franco también lo era porque el rey le había favorecido en el pasado. Creía que la guerra terminaría en una dictadura porque «eso era lo que todo el mundo quería». A nadie le importaba qué clase de dictadura fuese mientras devolviera la autoridad y el espíritu nacional.

«La única cosa por la que no estaba combatiendo era la iglesia. Luchaba al lado de Franco sin creer en Dios. A los 13 años, en el pensionado religioso de Salamanca al que me enviaron, tuve una crisis religiosa y dejé de creer. Allí estábamos saturados de religión. No había nada más que santos, día tras día. Lo primero que me llamó la atención en los curas fue la diferencia entre lo que predicaban y su conducta personal. Muchos de los jóvenes que estudiaban para cura tenían tendencias homosexuales y a los alumnos nos dividían en "guapos" y "feos". La disciplina era feroz, exactamente igual que en un cuartel. Más tarde, ciando me hicieron oficial y tuve bajo mi mando tropas marroquíes (tropas de choque que, al igual que la Legión, estaban llenas de aventureros y criminales), me sentí como pez en el agua gracias a ni entrenamiento en la escuela… Empecé a sentir hostilidad hacia la función social de la iglesia. España ha estado dominada por la religión, una religión impuesta desde arriba y utilizada para metas sociales. A causa de ello, el español jamás ha tenido creencias religiosas profundas. Intransigentemente, muchos españoles se han creído que eran el brazo derecho de Dios; la religión ha sido un emblema que la gente llevaba, como se lleva la insignia de un club de fútbol. Nos hemos pasado la vida construyendo iglesias y quemándolas. Y a veces los que hacían una de estas cosas eran los mismos que

hacían la otra… Yo combatía para crear una España mejor. Para ello harían falta sacrificios. Las cosas que estaban pasando en la retaguardia eran uno de estos sacrificios necesarios para que la justicia triunfase. Aunque fuese dolorosa, era una parte necesaria de la guerra. Pero, al mismo tiempo, era consciente de que nosotros necesitábamos demostrar que éramos *mejores* que los rojos, cuyas atrocidades llenaban las páginas de nuestros periódicos. Por lo tanto, cuando mi tío fue asesinado, no pude dejar de preguntarme por qué, por defender sus ideales, habían matado a un hombre que no había hecho daño a nadie, un médico eminente y catedrático de la universidad, un hombre que había sido elegido para su cargo de diputado. ¿Cómo podíamos hacer una España mejor si nos comportábamos exactamente igual que los del otro bando?… Pero seguí luchando. La guerra prosiguió. No pensaba demasiado en la retaguardia, era mejor no hacerlo. Si lo hacías, podían entrarte ganas de hacer alguna tontería, como arrojar el fusil. Lo que tenías que hacer era disparar a matar…»

MADRID

Régulo Martínez, presidente de Izquierda Republicana en Madrid, andaba ocupado tratando de encontrar habitaciones para los refugiados que llegaban a la ciudad huyendo de Extremadura y Toledo ante el avance del ejército de África, que había llegado al valle del Tajo, a 180 kilómetros de Madrid. En tres semanas había avanzado casi el doble de esa distancia desde Sevilla, sin apenas encontrar resistencia digna de tener en cuenta. Las columnas de milicianos no podían con las unidades de la Legión y de marroquíes.

Las calles de la capital estaban abarrotadas de carros, rebaños de cabras y ovejas, familias campesinas. La semana anterior había caído Badajoz. Empezaban a llegar a Madrid rumores sobre la sangrienta masacre que se había perpetrado con los defensores y la población civil de la capital extremeña inmediatamente después de su captura. Dos días antes los aviones insurgentes habían bombardeado la capital.

A las nueve de la noche Martínez volvió a la sede central del partido. Sonó el teléfono: era Marcelino Domingo, el presidente nacional del partido.

«"La gente ha tomado por asalto la cárcel Modelo, que está ardiendo", me dijo. "Los embajadores de Inglaterra y Francia nos han informado de que si no se controla inmediatamente la situación, reconocerán a Franco…" "Entiendo… Pero…" "Sí", dijo él. "En Madrid usted es más conocido que yo. El gobierno ha pedido que todos los partidos del Frente Popular envíen representantes a la cárcel

Modelo y se entrevisten con el general Pozas, ministro de la gobernación, para resolver el problema…"»

Hacia allí se dirigió inmediatamente. La incursión aérea había causado grandes destrozos en el barrio de Argüelles, en el que se hallaba enclavada la cárcel. Era la primera incursión aérea sobre Madrid[30]. Hubo bajas civiles; entre los muertos había una niña que llevaba una muñeca en brazos. Acababa de empezar la época moderna de la guerra. La capital no disponía de defensas antiaéreas (más tarde se instalarían proyectores cinematográficos en los tejados para que hicieran las veces de reflectores) ni de protección contra los bombardeos. Martínez comprendió que la gente quería vengarse. Si la mataban desde el aire, ella mataría a algunos de los derechistas que estaban en la cárcel.

Le costó mucho llegar a la cárcel, ya que se habían montado puestos de control por todas partes. Al llegar, se encontró con que habían asesinado a más de veinte de los destacados líderes derechistas que estaban encerrados en ella; pero el incendio ya no era tan intenso.

En cuanto el general Pozas terminó su alocución a los representantes del Frente Popular allí congregados, Martínez pidió la palabra.

«"Izquierda Republicana dice que es inadmisible que se haga algo que perjudique a la república. Y esto es lo que hoy se ha hecho aquí…" "¿Qué quiere decir esto?", le preguntaron a gritos. "Si lo que quieren es matar gente", repliqué, "permítanme que les diga una cosa. Mucho antes de que ustedes se hiciesen demócratas o lo que sea, yo ya servía a la causa republicana…" De nuevo se oyeron gritos Comprendí que debía enfocar el asunto desde otra perspectiva. "Exijo la máxima pena para los enemigos de la república. A cambio, exijo también el máximo sentido común de los que afirman ser amigos de la república. Los actos de esta clase no pueden tolerarse. Todos saben las amenazas que se ciernen sobre la república a causa de este asalto y de estos asesinatos…" "¿Entonces qué es lo que propone?", exclamaron. "Lo siguiente. Que nadie salga de esta habitación hasta que hayamos llegado al acuerdo de instaurar tribunales en los que, *de ¡acto* y *de jure!*, el pueblo esté representado a través de sus partidos políticos y organizaciones. Así se estará seguro de que los tribunales no son blandos al aplicar la ley. El pueblo vigilará que así sea. Al mismo tiempo, la ley servirá de contrapeso a los excesos populares. Las organizaciones del Frente Popular deben nombrar inmediatamente sus representantes y letrados en este tribunal popular…" "Muy bien", dijo Pozas. "Daré cuenta al gobierno de que debe instituirse un tribunal popular". Oí un silbato; la gente empezó a apagar el fuego…»

Cuando se disponía a salir, se le acercó un militante de la FAI. «Es usted un

hombre de buena fe», dijo. «¿Vamos a echarles un vistazo a los *fiambres*?» Martínez asintió. Pensó que era necesario divulgar la historia de que habían muerto a tiros al tratar de fugarse. De esta manera se justificaría en cierta medida un crimen que jamás debería haberse cometido.

El primer cadáver que encontraron era el de un exalumno suyo. El hombre de la FAI le miró. «¿Se encuentra mal?» Martínez le explicó que había sido profesor del joven desde los ocho años hasta que entró en la universidad. Era uno de los poquísimos alumnos suyos que habían ingresado en la Falange y hacía apenas unos meses se había visto envuelto en un intento de asesinato contra Jiménez de Asúa, destacado diputado socialista y catedrático.

«"Me doy perfecta cuenta de que se lo tenía merecido. Pero estoy afectado…" Continuamos recorriendo la cárcel. Vimos el cadáver de Melquíades Álvarez. "Pero si este hombre era un demócrata", protesté. "Es usted demasiado honrado", replicó un viejo socialista que se encontraba por allí cerca. Seguidamente evocó una vez, antes de la república, en que Álvarez, fundador del Partido Reformista y uno de los consejeros del rey, había sido acogido con un pétreo silencio en una reunión política en Bilbao hasta que aludió a Pablo

Iglesias, fundador del PSOE, que se hallaba en la misma plataforma. Todos los presentes prorrumpieron en vítores mientras los dos hombres se abrazaban. "¡Si traicionas ese abrazo, el pueblo te exigirá cuentas!", había gritado el viejo socialista, que se hallaba entre la multitud. "Y lo traicionó[31], y aquí le ven ahora…"»

Se dijo que el pueblo tenía memoria de elefante. Se acordaba de todas las traiciones, de todos los insultos, de todas las injurias de que se le hacía objeto, especialmente por parte de sus patronos. Y cuando se encontraba armado, se tomaba la venganza, no sólo en la persona causante, sino también en el padre y en el abuelo de ella, porque era una venganza histórica.

«A las nueve de la mañana siguiente empezó a funcionar el primer tribunal popular. Su creación puso fin a la oleada general de *paseos*. Siguieron cometiéndose asesinatos esporádicos, pero ahora la gente veía que sus enemigos comparecían a juicio. Antes tenía la impresión de que la república era demasiado indulgente…»

El gobierno dio instrucciones a la población en el sentido de que echase la llave a la puerta después de las once de la noche y llamase a la policía si trataba de entrar alguien que no estuviera autorizado. También estas medidas contribuyeron a poner fin a los asesinatos indiscriminados. Uno de éstos estuvo a punto de costarle la vida a Pablo Neruda, que a la sazón era embajador de Chile en Madrid.

Una noche, mientras cenaba en el restaurante Carmencita, se presentaron unos «milicianos» para arrestarle. Se salvó gracias a la rápida intervención de su amigo el catedrático de arte Rafael Sánchez, quien se fue corriendo a la cercana Dirección General de Seguridad (DGS) y avisó a la policía, que procedió a detener a aquellos hombres y a deshacerse en excusas ante el poeta chileno.

Aquí, al igual que en Barcelona, la necesidad de asegurar la retaguardia se había ensuciado al mezclarse con venganzas personales y asesinatos arbitrarios.

«Durante aquellas primeras semanas oía gente en las colas o incluso en la calle que gritaba: "¡Acabamos de volver del Manzanares! ¡Hoy son diecisiete!" —recordaba Álvaro Delgado, hijo del encargado de un comercio que vivía en el barrio obrero de Lavapiés—. Hombres, mujeres y hasta niños iban a ver los cadáveres. Era un espectáculo. "Hoy había una que llevaba medias de seda. Le levanté las enaguas y vi que llevaba ropa interior muy bonita…" Ése fue uno de los muchos comentarios que oí casualmente…»

Entre otros partidos, el comunista tomó medidas. Pedro Suárez, el oficinista comunista que había partido con su esposa en un autobús de dos pisos a luchar en el paso del Alto del León, recibió del partido la orden de quedarse en Madrid —adonde había ido a ver a su esposa, herida tras un par de días en el frente— a causa de los asesinatos. La retaguardia estaba abandonada y se estaban cometiendo toda clase de crímenes, según le dijeron. Con el fin de tratar de ponerles fin, él y otros servirían en una fuerza auxiliar a las órdenes de la DGS. Montaron puestos de control en las calles. Cuando hacían detenerse a un coche, pedían a los ocupantes que mostrasen sus documentos de identidad.

«Entonces uno de nosotros decía: "Si en este coche hay alguien que no desee ir en él, que lo diga ahora y que salga". Lo hacíamos por si llevaban a alguien a dar un *paseo*. Sucedió una vez, que yo recuerde. Cuando desarmamos a los ocupantes y comprobamos su identidad, resultaron ser delincuentes comunes. En el plazo de tres meses pusimos fin a los *paseos*. No podíamos impedir que de vez en cuando se produjera algún asesinato, es cierto. La policía era la única que ahora estaba autorizada a llevar a cabo registros, para los que debía tener una orden especial de la DGS, una tarjeta blanca de día y otra roja de noche. Además, era obligatorio que algún vecino o el portero estuviera presente durante el registro y firmase el parte de lo que se había encontrado…»

Cuando al jurado se le explicaba la ley, raramente se producía un error judicial. Así lo comprobó un fiscal público no político que fue nombrado para uno de los tribunales populares. Su misión no consistía solamente en presentar los cargos contra el acusado, sino que debía actuar también como «defensor de la ley».

«Las injusticias se daban cuando no se les explicaba la ley a los del jurado, cosa que sucedía con frecuencia, bien porque los jueces eran inexpertos o porque eran de derechas…»

De hecho, había dos clases de tribunales. La primera, a juicio de Fernando Moreno, era perfectamente constitucional y se había creado para juzgar los casos de rebelión, sedición y otros delitos contra la seguridad del estado. A los 14 miembros del jurado los designaban los siete partidos y organizaciones del Frente Popular. El tribunal lo presidía un juez profesional asistido por otros dos jueces y la misión del jurado consistía sencillamente en fallar a favor o en contra del acusado. Los tres jueces eran los responsables de dictar sentencia.

Existían también unos tribunales de urgencia, creados al mismo tiempo pero mucho menos conocidos. Moreno pensaba que éstos eran «anticonstitucionales, ilegales y flagrantemente políticos». Podían juzgar a los acusados de «desafección a la república» y declarar culpable a alguien retroactivamente. «Haber votado por los monárquicos o por la CEDA eran motivos suficientes para ser sentenciados». Estos tribunales no podían dictar sentencias de más de cinco años de cárcel, mientras que el tribunal popular podía sentenciar a muerte. No había apelación en ninguno de los dos tipos de tribunal.

«El principal problema lo presentaba la falta de jueces dignos de confianza y de magistrados investigadores. El cuerpo judicial había quedado virtualmente desmantelado después del levantamiento, los jueces habían sido encarcelados, asesinados o habían huido. Pero no se había desposeído del cargo a todos los derechistas. Como temían por sus vidas, actuaban con extrema severidad para demostrar su lealtad o bien tenían tanto miedo que no querían jugarse el cuello. En cierta ocasión le dije a un colega fiscal: "Debemos actuar imparcialmente, comprobar que se hace justicia". "No, actuaremos tan severamente como podamos y caiga quien caiga…" Ésa era la actitud de muchos derechistas. Era una negación de la justicia…»

Mario Rey, carpintero falangista que había estado en el cuartel de la Montaña, logrando escapar mezclado entre la multitud cuando ésta tomó el cuartel por asalto, fue juzgado por un tribunal popular (a los que también se llamaba tribunales de urgencia). Después de escapar del cuartel de la Montaña, había permanecido oculto en casa de un amigo hasta que, al tratar de regresar a casa (sus padres creían que había sido asesinado), fue detenido en la calle por la que se titulaba a sí misma «brigada de investigación criminal». Su jefe era García Atadell, hombre de triste reputación que pronto se fugaría con un botín considerable y sería capturado y ejecutado en Sevilla por los insurgentes. Rey fue puesto en libertad al cabo de dos días, pero poco después volvieron a detenerle por carecer de papeles

de identidad.

Se dijo que peor que la prisión y que la espera del juicio había sido el estar escondido. Compañeros de la escuela, amigos del barrio y de toda la vida iban a buscarle a su casa.

«Amigos con los que había jugado al fútbol, con los que había hecho novillos y travesuras de estudiante pocos años antes, ahoru querían matarme. ¿Cómo se explica semejante cambio? De la noche a la mañana me encontraba convertido en una bestia salvaje a la que había que localizar y matar. ¡Coño! Eso era lo que resultaba tan brutal, tan absurdo, lo más aberrante de una guerra civil…»

En contraste, ni estando detenido ni en la cárcel fue objeto de malos tratos[32]. En el juicio lo acusaron de ser falangista. Se defendió él mismo —el hombre designado para ello no abrió la boca— afirmando que la Falange había sido una organización perfectamente legal antes de la guerra y que, debido a su edad, era demasiado joven para entender realmente de política.

«La vista duró unos veinte minutos Me absolvieron. Que yo sepa, fui el único falangista absuelto por un tribunal popular. No sabían, desde luego, que había estado en el cuartel de la Montaña…»

A su debido tiempo salió de la cárcel de Porlier. Al cruzar la puerta, un policía dio unos pasos hacia él.

«"Tú… sube ahí". Señaló el camión y a él me subí. Ya había otros en él. No sé si los habían sentenciado o no. Nos llevaron a un campo de concentración donde, junto con otros 500 o 600, nos tuvieron durante los dos años siguientes, hasta que terminó la guerra…»

Toda dictadura es odiosa, toda violencia debe sernos repugnante, pero a ella, sin embargo, nosotros, revolucionarios de sentimientos pacifistas, tenemos que recurrir casi siempre para imponer nuestras ideas… Una revolución realizada a base de la intervención decisiva de la organización sindical, tomando ella la responsabilidad del movimiento y encargándose, a su vez, de consolidar su triunfo, organizando la producción y dándole estos fundamentos económicos, sin los cuales toda conquista política resulta estéril y vana, sólo puede tener como instrumento de violencia la dictadura del propio pueblo armado, que no consiente que se estabilicen gobiernos de ninguna clase…

ELEUTERIO QUINTANILLA, líder libertario asturiano

(intervención oral en el debate sobre la revolución rusa

en el congreso nacional de la CNT, Madrid, 1919).

BARCELONA

Todo seguía envuelto en la ambigüedad. Los anarcosindicalistas catalanes habían «aplazado» la revolución libertaria y, pese a ello, en Barcelona la revolución echaba diariamente raíces en las colectividades de la CNT y en las industrias dirigidas por los sindicatos. Impulsados por la hostilidad que sentían hacia el poder, los líderes libertarios se habían negado a tomarlo, cuando, de hecho, la CNT era el único poder que había en Barcelona. Habían optado por «colaborar» en el Comitè de Milícies Antifeixistes, al que dominaban al mismo tiempo que se negaban a convertirlo en la verdadera expresión de su poder[33].

El poder, al igual que la naturaleza, aborrece el vacío. Tanto más en el crisol de una guerra civil, que es la política de la lucha de clases elevada al extremo de conflicto armado. La mayor parte de los medios de producción se hallaban en manos de la clase obrera catalana, pero el poder político se encontraba atomizado en una miríada de comités: compartido, aunque desigualmente, en Barcelona entre el Comitè de Milícies Antifeixistes y la Generalitat; dividido dentro del mismo comité; dividido también entre éste y otros comités de Cataluña; dividido entre Cataluña y Madrid. Semejante poder dual (si no múltiple), que era normal en una revolución no acabada, no podía permanecer estático.

«La CNT-FAI se hizo con el poder *de facto* sin reconocer o asumir la responsabilidad del mismo. Deberían haber asumido el poder políticamente, como lo habían hecho en las calles —opina Sebastià Clara funcionario de la CNT y uno de los treinta signatarios del famoso manifiesto treintista que cinco años antes había causado una escisión en la CNT—. Deberían haberse apoderado de la Generalitat y llamarla consejo o comité si la palabra "gobierno" les parecía inaceptable, asegurándose para sí la representación mayoritaria. Si se producían crisis políticas, *ellos* las habrían precipitado, *ellos* habrían propuesto las soluciones. Ésa era la clase de liderato que las masas esperaban y que sólo un gobierno podía proporcionar…»

En su oleada revolucionaria para hacerse con los medios de producción —lo cual es la finalidad de la revolución anarcosindicalista y la base del comunismo libertario[34]—, a los libertarios catalanes se les había pasado por alto un elemento muy «material» del poder: las finanzas. La Generalitat nunca perdió el control de las instituciones bancarias y financieras de Cataluña, que se encontraban bajo el control del sindicato de empleados de banca de la UGT. Desde el principio la Generalitat nombró delegados en cada banco, de conformidad con el sindicato, para que controlasen las operaciones e impidieran la fuga de capitales. El sindicato cumplió al pie de la letra todas las instrucciones dadas por el consejero de Economía de la Generalitat y el gobierno central, según recuerda Joan Grijalbo, destacado miembro del sindicato y presidente de la delegación catalana del Montepío de Banca.

«No planeábamos socializar o colectivizar los bancos: la colectivización de los bancos es incompatible con la marcha de un sistema bancario. Al principio se habló de *nacionalizar* los bancos, pero se dio carpetazo al asunto cuando la Generalitat se opuso a ello y nos dimos cuenta de que era imposible discutir con la única autoridad capaz de dirigir el sistema bancario…»

Además, como él sabía muy bien, a la sazón el sistema bancario catalán era relativamente débil. Los principales bancos de Cataluña no eran catalanes. Intentar nacionalizar los bancos de Cataluña hubiese creado serios problemas Generalitat-gobierno central.

Puede que el «despiste» de los libertarios catalanes tuviera menos Importancia de lo que a menudo se suponía. La Cataluña de antes de la guerra nunca había podido «sacar partido» de su peso industrial para llevar la dirección política del estado español. La burguesía carecía de un requisito: apoyo y capital financiero. Ahora, por una razón muy parecida, la revolución no podía «sacar partido» de su peso específico; no controlaba los recursos financieros; era Madrid quien lo hacía[35]. No obstante, el «despiste» revela algo de la ambigüedad de la revolución libertaria, ya que la banca y el oro son para el capitalismo lo que la coacción organizada —la policía, la judicatura, el ejército— son para el estado: el poder último. De momento la república había perdido lo segundo, pero conservaba lo primero. La revolución libertaria no se había hecho con ninguna de las dos cosas.

Desde su puesto en el comité de milicias, Jaume Miravitlles, el político de la Esquerra, veía crecer su pesimismo. A su modo de ver, imperaba el caos. Si las cosas seguían de aquel modo, él —«y los demás representantes de la pequeña burguesía, es decir, de una clase que no podía empuñar el timón de la revolución»— temía que acabarían perdiendo la guerra. Dalí le escribió desde

París: quería instalar en Barcelona un departamento, del que él sería el jefe, que se llamaría La Organización Irracional de la Vida Cotidiana. Un proyecto histórico.

«"Salvador", le contesté en mi carta, "no te necesitamos, ya está perfectamente organizada ahora…" Hay momentos históricos en los que el eslogan "libertad" es el apropiado para movilizar a la gente, como sucedió al traer la república. Pero hay otros en los que el eslogan "orden… orden revolucionario" es el que corresponde a las necesidades objetivas de la situación. Y éste era el eslogan que proponía el partido comunista. Nos dábamos cuenta de que los comunistas comenzaban a cobrar fuerza. El hecho de que el poder se estuviera deslizando hacia sus manos resultaba perfectamente comprensible. Pero no había forma de hacérselo entender a la CNT…»

El dilema no consistía en un «todo o nada», en «dictadura de la CNT o colaboración», que era como se lo planteaban los líderes libertarios. Era un problema político de poder. La colaboración era condición previa del poder de la clase obrera. Hacía sólo dos meses que el congreso de la CNT en Zaragoza había pedido una alianza revolucionaria de la clase obrera; ahora era el momento de ponerla en práctica. (Es casi seguro que, debido al cambio de las circunstancias, tal alianza habría incluido forzosamente una representación *minoritaria* de la pequeña burguesía, pero la CNT habría llevado la voz cantante.)[36] La decisión se tomó cuando ya era demasiado tarde. Los anarquistas no creían en la *toma* del poder, sino en su *destrucción*. Su negativa a tomarlo estuvo en un tris de causar su propia destrucción.

El 19 de julio el PSUC aún no existía. El levantamiento precipitó la fusión, que ya se estaba planeando, de cuatro pequeños partidos, entre los que se contaban la Unió Socialista de Catalunya y el Partit Comunista de Catalunya. El PSUC empezó con unos 6000 miembros, de los cuales 2500 estaban en Barcelona[37]. El nuevo partido, que controlaba a la UGT, se afilió al Comintern inmediatamente: así, pues, era en realidad el partido comunista de Cataluña.

Tanto el PSUC como la UGT se desarrollaron espectacularmente. Era el mismo fenómeno que se registraba en el resto de la zona del Frente Popular: afiliaciones en masa, la determinación —gracias al peso numérico no a la «calidad»— de imponer el dominio de una organización sobre la otra. En Cataluña el fenómeno resultó más agudo debido a que era obligatorio (por imposición de la CNT) ser de uno de los dos sindicatos principales. Casi todos los sindicatos treintistas reingresaron en la organización; lo mismo hicieron multitud de individuos en busca de la protección que concedía el hecho de tener carnet de un sindicato. El temor a la CNT empujó a otros sindicatos, incluyendo el del POUM, hacia la UGT; el miedo a la revolución empujó en la misma dirección al grueso de

la pequeña burguesía. En noviembre el número de afiliados a la UGT en Cataluña —que cuatro meses antes apenas representaban la décima parte de los de la CNT— superaba levemente a los del sindicato anarcosindicalista. Resultaba una situación increíble si se la comparaba con la anterior y venía a recordar la importancia numérica de la pequeña burguesía. Mientras tanto, la fuerza del PSUC aumentó casi diez veces, llegando a los 50 000 afiliados. Esta invasión masiva del sindicato socialista —y la amplitud de su acogida— por parte de tenderos, oficinistas, empleados que habían perdido la fe en sus partidos tradicionales como la Esquerra, molestó y escandalizó a los libertarios, que veían en ella una maniobra patentemente «contrarrevolucionaria[38]»

Pere Ardiaca, un comunista que ya lo era antes de la fusión y que pasaría a dirigir *Treball*, no albergaba la menor duda sobre lo que exigía la situación: un gobierno que fuera capaz de gobernar.

«Era necesario imponer un orden revolucionario en la retaguardia. El comité de milicias nunca fue, ni se propuso ser, el gobierno. Queríamos un gobierno del Frente Popular en el que estuvieran representadas todas las fuerzas antifascistas…»

Según el PSUC, para alcanzar la victoria era esencial mantener unidos en la causa común a los sectores antifascistas de la burguesía. Semejante estrategia no representaba un obstáculo para la consecución de la hegemonía del proletariado y la prosecución de la revolución; al contrario.

«Creíamos que todas las medidas que se tomasen para ganar la guerra reforzarían tal hegemonía en vez de debilitarla (especialmente tal como la misma quedaba expresada en la unión entre la UGT y la CNT) de tal manera que, una vez conseguida la victoria, la revolución se consolidaría… Porque aquí la revolución no se había hecho. Una cosa es apoderarse de los medios de producción y otra asegurarse de que estén consolidadas las bases de la revolución, de que, ideológicamente, el pueblo esté con ella. Todo estaba vuelto cabeza abajo, pero eso por sí solo no garantizaba nada, porque hubiese sido muy posible que la burguesía regresara al poder. Todo dependía de quién consiguiera la hegemonía mientras se proseguía la guerra hacia su conclusión victoriosa. Para ello era imprescindible cierto orden… La CNT y el POUM nos criticaban tachándonos de contrarrevolucionarios por organizar a la pequeña burguesía en un sindicato, el GEPCI (Gremios y Entidades de Pequeños Comerciantes e Industriales), que creamos para defender sus intereses. Creíamos que debía protegerse a esta clase social, que podía ayudar considerablemente a la economía del país hasta que se crearan las condiciones para una economía socialista y dicha clase desapareciese como tal. No era una medida contrarrevolucionaria, sino una forma de engrosar

las filas de los que luchaban por la revolución…»

Como era lógico, Juan Andrade, del comité ejecutivo del POUM, veía la situación de modo algo distinto. El PSUC buscaba su apoyo en la pequeña burguesía, a la que el POUM, al igual que la CNT, no tenía en cuenta porque carecía de peso específico entre la clase obrera.

«Pero no creo que ésta fuese la única causa importante del crecimiento del PSUC. La causa era la CNT. Ésta aterrorizaba a tanta gente que, por reacción, muchos llegaron a considerar a los comunistas como un partido de orden…»

Pero el PSUC aún no era lo bastante fuerte como para chocar de frente con la CNT. A pesar del crecimiento del PSUC, los libertarios seguían siendo los amos de Barcelona.

«La CNT tenía un poder real, pero no sabía qué hacer con él. Poseía una gran voluntad revolucionaria, pero carecía de consistencia revolucionaria —dice Ardiaca—. Aunque se hubiese hecho con el poder, no tenía un programa que le granjeara el apoyo de la mayoría del pueblo catalán. Mientras tanto, siguió actuando casi siempre como si se hubiese adueñado del poder (sin llegar a decirlo clara mente), al mismo tiempo que, en apariencia, compartía ese poder con los partidos de la pequeña burguesía catalana y con nosotros… Era sin duda una situación de poder dual, pero un poder dual entre una parte del proletariado y otra, no entre el proletariado y la burguesía. Por eso la situación representaba tamaño obstáculo, por eso era necesario resolverla…»

Al llegar de Madrid Juan Andrade para ocupar su puesto en el ejecutivo del POUM, se sintió desanimado al ver que ni la CNT ni su propio partido planteaban la cuestión del poder. Entre las dos organizaciones «representaban la fuerza real de la clase obrera de Cataluña». Redactó un manifiesto pidiendo una asamblea constituyente de obreros, campesinos, guardias y soldados. La propuesta encontró fuerte oposición dentro del ejecutivo de su propio partido, cuyo programa en aquel momento iba encaminado exclusivamente a aumentar los salarios y mejorar las condiciones de trabajo. Finalmente fue aprobada y el manifiesto fue hecho público en toda Barcelona por medio de carteles y folletos.

«Era una llamada dirigida a la creación de un soviet, desde luego. Pero no podías utilizar esa palabra, ya que los anarquistas le hubiesen puesto inmediatamente la etiqueta de comunismo autoritario… La verdad es que los anarquistas no sabían lo que querían. Siempre habían pedido la revolución y dicho que ésta era necesaria, pero nunca se pararon a pensar en lo que sucedería una vez se hubiera hecho. Iban de concesión en concesión…»

Observando la situación catalana desde Asturias, donde la CNT adoptó una postura totalmente distinta[39], Ignacio Iglesias reflexionó y se dijo que la CNT catalana, que desde hacía tanto tiempo dominaba al movimiento libertario, padecía un «complejo de superioridad».

«Habiendo demostrado su fuerza en las calles, creía que podía hacer lo que le diera la gana, incluyendo seguirles la corriente a sus oponentes políticos. No se daba cuenta de que los papeles estaban trastocados: en última instancia, sin poder político no gozaría de poder ni en las fábricas ni en las calles. Como no padecían semejante complejo, la CNT de Madrid y la de Asturias actuaban con una conciencia mucho mayor de las realidades políticas…»

Pero los militantes de la CNT que se habían apoderado de fábricas y negocios en Barcelona seguían confiando en su organización, la cual, «fuerte como un león», encarnaba sus aspiraciones y tradiciones revolucionarias: la transformación libertaria de la sociedad, que se llevaría a cabo mediante la administración de la economía por parte del proletariado y la abolición del estado. El viento se llevó o desgarró los folletos y carteles del POUM. La CNT determinaría sus propias decisiones[40]. Así lo hizo a finales de agosto. De nuevo reclamó García Oliver: «¡O colaboramos o imponemos nuestra dictadura! ¡Escoged!». De nuevo la mayoría optó por la «colaboración», pero con una diferencia: esta vez sería para aceptar la invitación, formulada repetidamente por el presidente Companys, para participar en el gobierno de la Generalitat.

«Esperaba que si la CNT aceptaba ingresar en un gobierno, las mismas piedras de la Generalitat, el ambiente histórico, los sillones, los retratos, su presidencia, contribuirían a estructurar la explosión amorfa que había tenido lugar», creía Miravitlles, quien, al igual que el líder de su partido, Companys pensaba que sólo una solución política de tal índole restauraría la situación…

Nadie, ni siquiera la CNT, ponía en duda la necesidad de alguna forma de organización para fundir los poderes dispares que existían. A mediados de agosto, con el fin de estructurar y racionalizar la economía catalana revolucionaria, se había creado un Consejo de Economía semidependiente de la Generalitat y con participación de la CNT. Pero era evidente que no bastaba. Había que elegir entre el poder de la clase obrera y el del Frente Popular. No había más alternativas.

La decisión favorable al segundo se tomó en una reunión secreta y fue tomada —de acuerdo con la ideología libertaria— por los libertarios catalanes solos. Ellos eran los únicos que podían decidir algo que afectaba a su región, aunque su impacto fuera nacional. La decisión se mantuvo en secreto. Al cabo de unos días, en Madrid, Largo Caballero, el líder socialista de izquierdas, formó el

primer gobierno del Frente Popular. La CNT todavía no estaba preparada para formar parte del mismo. En vez de ello, propuso lo que no había propuesto en Cataluña: un gobierno de clase obrera (llamado Consejo de Defensa Nacional para evitar el nombre de «gobierno») con participación republicana[41]. Siguiendo una pauta que se haría persistente, la CNT, más que actuar de acuerdo con ellos, reaccionaba ante los acontecimientos políticos. Era demasiado tarde: existía ya un nuevo gobierno.

Hasta entonces, durante las seis semanas anteriores, los republicanos de la pequeña burguesía habían gobernado solos en Madrid. El dominio del gobierno no iba mucho más allá de la capital e incluso en ésta su poder era tenue y requería la constante aprobación del comité del Frente Popular[42]. Cada vez se hacía más aparente que esta situación de «poder dual», en la que el poder real se hallaba muy fragmentado, obraba en detrimento tanto de la guerra como de la revolución. El hecho de que la miríada de comités no se fundiera en un poder revolucionario para derrocar los restos del estado burgués y movilizar todas las energías de la población en la tarea revolucionaria de ganar la guerra debía conducir por fuerza —si no se quería perder la guerra rápidamente— a la restauración de un poder alternativo[43]. Éste, para ser eficaz, debía dar cabida a las fuerzas de la clase obrera y «controlar» la revolución fragmentada y fragmentaria que había tenido lugar, centralizar y controlar las milicias, planificar y organizar un esfuerzo bélico coherente. Juan Andrade se percató en seguida de la verdadera naturaleza de este nuevo poder. Saludó la formación del gobierno frentepopulista de Largo Caballero, en el que había socialistas, comunistas (la primera vez que un partido comunista formaba parte de un gobierno semejante en la Europa occidental) y republicanos, como «el gobierno de la contrarrevolución». (Por lo cual el ejecutivo del POUM le prohibió escribir editoriales en *La Batalla*, el periódico del partido).

El gobierno, cuya creación se hizo respetando las normas legales republicanas, representaba —en los complicados momentos del inicio de la no-intervención— una opción basada en tratar de conseguir la ayuda de las democracias burguesas a cambio de frenar el pleno desarrollo de la revolución proletaria. Muy pronto Largo Caballero, quien en su calidad de líder de los socialistas de izquierdas había reclamado insistentemente la revolución durante los meses anteriores a la guerra, diría: «Primero debemos ganar la guerra y después podremos hablar de revolución».

La iniciativa de la CNT de formar un gobierno de clase obrera se veía dificultada, a juicio de Eduardo de Guzmán, periodista madrileño de la CNT, por el hecho de que los libertarios no hubiesen tomado el poder en Barcelona. En su opinión, se había desperdiciado una ventaja importante, un momento muy prometedor. Aunque por de pronto fuera imposible la revolución libertaria total,

se habría podido avanzar hacia la fase de «gobierno proletario, de una democracia totalmente obrera en la que todos los sectores del proletariado —pero del proletariado sólo— estarían representados».

«Para hacer una revolución hay que conquistar el poder. Si la CNT lo hubiese hecho en Cataluña, nuestra posición minoritaria en Madrid habría salido beneficiada, no perjudicada. Pero creían que bastaba con ser los dueños de la calle y tener armas. Se les escapó por completo la importancia del aparato estatal que, con o sin armas, sigue pesando mucho. En parte este error se debió a la politización insuficiente de la CNT. Ser apolítico no significa carecer de sentido político; significa sencillamente que uno no participa en las farsas electorales. La política existe y la política revolucionaria existe aún más…»

Mientras las discusiones acaloradas proseguían en Madrid, la CNT catalana daba su sorpresa: tres consejeros (ministros) de la CNT iban a ingresar en el nuevo gobierno de la Generalitat. Iba a disolverse el comité de milicias y con él todos los comités locales, que serían reemplazados por nuevos ayuntamientos. El siguiente e inevitable paso se decidió tres semanas después, a mediados de octubre, y se hizo público a principios de noviembre: cuatro ministros de la CNT iban a entrar en el gobierno central. La opción del Frente Popular había triunfado[44].

En apariencia, la cuestión del poder estaba resuelta; en realidad, la lucha no hacía más que empezar.

En el nuevo consejo de la Generalitat (llamado así en vez de «gobierno» para satisfacer a los libertarios), formado el 27 de septiembre, Josep J. Domènech, trabajador cenetista del vidrio, ocupó el cargo de consejero de Abastecimientos. Junto a él se sentaban otros dos libertarios, cinco republicanos, dos representantes del PSUC y un miembro del POUM.

Domènech no asistió a la reunión libertaria en la que se decidió el ingreso en la Generalitat. Temía que su presencia como jefe del comité de suministros pareciese una forma de coacción, ya que podía esperar que le nombrasen para el mismo cargo en el nuevo gobierno. Sin embargo, le pareció correcta la decisión de ingresar. A su modo de ver, la historia se hacía cuando se presentaba la oportunidad y no tratando de forzarla. La guerra hacía inevitable tal decisión. La CNT no podía permitir que los partidos políticos la pisoteasen. Tenía que entrar a formar parte del gobierno. Aunque esto no significa que los militantes de la CNT estuvieran preparados para las tareas gubernamentales.

«¿Cómo íbamos a estarlo? Nuestra revolución la habíamos concebido siempre como la abolición de todos los gobiernos. Ahora todos nos veíamos en la

necesidad de aprender. Los ministros de la CNT no teníamos una "línea" como los comunistas. Mientras no se nos presentaban grandes problemas, la CNT se imaginaba que cada uno de nosotros cumplía su tarea. La organización no discutía nuestro trabajo. Sólo cuando surgía algún problema grave, cosa que apenas ocurría, se convocaba una reunión de militantes para tratar de la postura de la organización…»

Desde luego que la CNT habría sido mucho más fuerte si hubiese tenido una línea definida. Pero en tal caso a él le parecía que habría dejado de ser la CNT. La CNT era así: la querías con todos sus defectos o la dejabas. No podía existir una «disciplina de partido» porque cuando ingresabas en la CNT como obrero nadie te preguntaba qué pensabas ni en qué creías. Un carpintero ingresaba en el sindicato de trabajadores de la madera, un barbero en el de barberos y eso era todo.

«Ciertos grupos de la FAI, aunque no la FAI en su totalidad, trataron de imponer una de esas tiranías a la CNT, pero cada vez que lo intentaban, la base reaccionaba. "Hasta aquí y nada más", decían. "Si no os gusta, venid y matadnos… pero en las calles, no aquí en la misma CNT…"»

El nombramiento de Domènech ya era de esperar; pero la forma en que se nombró a los otros dos consejeros de la CNT fue reflejo de la espontaneidad de la organización. Uno de ellos, Antoni G. Birlan, había sido de la CNT durante un breve período veinte años antes. Más tarde fue miembro de la FAI (que, como tal, se negó a participar en el gobierno). Casualmente pasaba por allí cuando se estaban eligiendo los nombres y le fue ofrecido el puesto. El otro, Joan P. Fàbregas, no había ingresado en la CNT hasta después del 19 de julio. Anteriormente había estado estrechamente relacionado con el mundo de los negocios y con la Lliga derechista. Pero su experiencia financiera y económica iba a jugar un papel importante en la definición del status legal de las colectividades industriales.

OTOÑO DE 1936.

Ley. —Título primero: Disposiciones generales.

Artículo 1.º Con arreglo a la constitución de la república y al presente estatuto, Álava, Guipúzcoa y Vizcaya se constituyen en región autónoma dentro del estado español, adoptando la denominación de «País Vasco» …

Madrid, 4 de octubre de 1936

PAÍS VASCO

El 3 de septiembre una fuerza compuesta por militares insurgentes y requetés de Navarra capturó la población fronteriza de Irún, cerrando la frontera entre el País Vasco y Francia. En lo sucesivo las comunicaciones del norte con el resto de la zona del Frente Popular sólo pudieron efectuarse por mar o por aire. Antes de abandonar Irún, algunos de sus defensores pegaron fuego a ciertas partes de la ciudad. Diez días más tarde los nacionalistas vascos rindieron San Sebastián al enemigo sin disparar un tiro. Una fuerza de gudaris (soldados nacionalistas vascos) se quedó en la ciudad para asegurarse de que las fuerzas en retirada no le prendieran fuego, como había ocurrido en Irún. Anteriormente ya habían desarmado a la milicia anarquista, que era partidaria de resistir. Las encarnizadas luchas callejeras que culminaron en el aplastamiento de la insurrección militar en la ciudad, el prolongado asedio del cuartel de Loyola, que no se había rendido hasta el 28 de julio, sólo sirvieron para que Guipúzcoa permaneciese en la zona del Frente Popular durante menos de dos meses.

A pesar de que el Partido Nacionalista Vasco (PNV) declaró su apoyo a la república el 19 de julio y a pesar de su participación en la junta de defensa creada en San Sebastián, transcurrieron casi tres semanas antes de que en Guipúzcoa[1] se formasen las primeras milicias de nacionalistas vascos, llamadas Euzko Gudarostea. Luis Michelena, a la sazón oficinista en Rentería, cerca de San Sebastián, y militante del PNV desde los 15 años de edad, se apresuró a alistarse en la nueva milicia. Participó en su primer combate a los dos días de la caída de Irún. El hecho de que su partido fuese leal a la causa republicana se le antojaba absolutamente natural, pero pensaba que el PNV padecía de una mentalidad excesivamente pacifista.

«Constantemente nos decíamos que en realidad no queríamos tener nada que ver con la guerra, que la guerra era un invento bárbaro que había que abolir. Fueron los marxistas y los anarquistas los primeros que se organizaron, los primeros que comprendieron qué era lo que en realidad estaba pasando. Tenían la experiencia de la revolución de octubre de 1934 y sabían que la cosa iba en serio…»

Mientras socialistas, anarquistas, comunistas y republicanos de izquierda trataban de contener al enemigo en el frente, el PNV, que no había logrado proveerse de armas en cantidad, permanecía en la retaguardia. Telesforo Monzón, destacado miembro del PNV, fue enviado a Barcelona en busca de armas. La Generalitat y el gobierno central no pudieron suministrar más que mil fusiles y seis piezas de campaña[2]. Cuando Miguel González Inestal, líder del sindicato de pescadores de la CNT y delegado de la junta de defensa, se enteró de lo ocurrido, dijo a los miembros del PNV que su partido carecía de credibilidad entre sus compañeros de Barcelona. «Habría sido mejor enviar un socialista, incluso un comunista». La junta le delegó a él para que se trasladase a Barcelona, donde se entrevistó con García Oliver, Abad de Santillán y Companys.

«"El PNV ha mostrado siempre gran hostilidad hacia la CNT, pero ahora que se ha comprometido a luchar, las cosas son distintas", le dije a García Oliver. "Debemos asegurarnos de que sigan cooperando con nosotros". Todo el mundo se mostró de acuerdo: se recogieron armas y se organizó un tren. Llegó hasta la ciudad francesa de Hendaya, donde fue retenido por los franceses, que habían cerrado la frontera anticipándose a la no-intervención. Mientras tanto, Irún cayó…»

El PNV, cuya base la formaba la pequeña burguesía de arraigados sentimientos católicos y nacionalistas, se enfureció ante la represión que tenía lugar en San Sebastián y ante la subsiguiente quema de Irún. Hubo un asesinato en masa, especialmente brutal, de prisioneros derechistas, a raíz del cual dimitió Monzón, el miembro del PNV encargado de asuntos interiores en la junta de defensa de Guipúzcoa. A juicio del PNV, los asesinatos eran un grave descrédito para la república. Las relaciones con la CNT eran malas. La opinión de la CNT sobre el PNV reflejaba la que éste tenía de ella. Según González Inestal, el PNV fue siempre un partido reaccionario.

«Se mostraba irremediablemente hostil hacia todo cuanto amenazaba con cambiar la situación política o social. Aunque no había tiempo ni oportunidad de colectivizar nada, desde el principio teníamos al enemigo encima. Pero a los nacionalistas vascos les preocupaba mucho más proteger a los derechistas y a las iglesias y combatirnos a nosotros que defender los intereses de la república…»

La rendición de San Sebastián hizo que de la noche a la mañana el frente se desplazase unos 60 kilómetros hacia el oeste en dirección a las fronteras de Vizcaya, la única provincia vasca que seguía en la zona del Frente Popular. De no haber sido porque su atención se hallaba concentrada totalmente en el avance hacia Madrid, los insurgentes habrían podido aprovechar la ventaja para llegar a las puertas de Bilbao. Algunos tenían la impresión de que la mayoría de la ciudadanía de clase media de ese gran centro industrial no se percataba de la gravedad de la situación.

«Un amigo mío que estuvo allí poco antes de que cayera San Sebastián, regresó asombrado tras haber visto que la gente seguía paseando por la Gran Vía con el sombrero puesto como si no hubiese pasado nada en el mundo, mientras que en San Sebastián el ambiente era caótico, por no decir más —recuerda Michelena—. Pero en Bilbao hubo siempre cierta normalidad, incluso en los momentos más difíciles, próximo ya el final. Las iglesias permanecían abiertas, los curas se paseaban por la calle con sotana y la gente continuó manteniendo su reputación de vestir bien, al estilo inglés…»

Michelena recuerda también que el fracaso sufrido en la defensa de San Sebastián suscitó varios enfrentamientos violentos en el seno del PNV, por no hablar de los demás partidos. El Biskai-Buru-Batzar (dirección del PNV de Vizcaya) creía que si acudía a la defensa de Guipúzcoa, donde abundaban los hombres pero no las armas, la provincia caería igualmente y la defensa de Vizcaya saldría perjudicada.

En la misma Vizcaya, el PNV (a diferencia de los otros partidos) no envió milicias al frente hasta los últimos diez días de septiembre, cuando el enemigo estaba casi en sus fronteras. Hasta entonces no pudo recibir un envío de armas. A pesar de su categórica declaración de adhesión a la república —declaración que hizo del PNV el único partido no adscrito al Frente Popular que jugó un papel destacado en la zona republicana durante la guerra (haciendo con ello que la guerra se librase no sólo entre españoles, sino también entre vascos)—, algunos de sus miembros eran dudosos, por no decir más. Juan Manuel Epalza, ingeniero industrial, creía que, por encima de todo, la adhesión del PNV a la república significaba que el partido tenía la intención de mantener la ley y el orden en la retaguardia e impedir que la izquierda lo considerase su enemigo.

«Hasta la noche antes, *nuestro* verdadero enemigo había sido la izquierda. No porque fuese la izquierda, sino porque era española y, como tal, intransigente. Vacilamos durante dos semanas o más, titubeando sobre si aliarnos con nuestros anteriores enemigos. De haber sido posible, nos hubiéramos mantenido neutrales…»

A su modo de ver, la guerra no era cosa de los vascos: era un problema español que debían resolver los españoles. Pero luego, cuando los militares invadieron Guipúzcoa al grito de «¡Muera Euskadi!», y asesinaron a nacionalistas vascos, no hubo otra alternativa que la de empuñar las armas para defenderse.

Vicepresidente de los Mendigoixales (el movimiento juvenil del PNV) de Bilbao, Epalza, bajo órdenes de Ramón Azkue, quien luego sería jefe de la milicia nacionalista vasca, ya había procedido a formar una milicia embrionaria con el fin de controlar la retaguardia.

«Estábamos decididos a impedir las atrocidades, a asegurarnos de que los de izquierdas no asesinaran, robaran ni incendiaran iglesias. Estábamos entre la espada y la pared. Era algo absurdo, trágico: teníamos más cosas en común con los carlistas que nos atacaban que con la gente con la que de pronto nos encontramos aliados…»

Pedro Basabilotra, secretario del jefe de la milicia del PNV, también opinó que los vascos deberían haberse mantenido neutrales. Porque si un bando era malo, el otro era peor. La situación sólo cambió al conocerse la noticia del asesinato de nacionalistas vascos en Navarra y Guipúzcoa.

«La derecha, de momento, era aún peor que la izquierda. Los asesinatos cometidos por los que se decían creyentes, por gente su puestamente instruida, resultaban aún más imperdonables que los perpetrados por los pobres y desheredados de la izquierda…»

Estaba convencido de que, si el PNV no hubiese controlado la retaguardia desde el principio, se habrían producido los mismos asesinatos que en el resto de la zona del Frente Popular. A causa de tales asesinatos, la república perdería la guerra. El capitalismo era astuto y sabía que no iba a ganar nada interviniendo a favor de los republicanos, tanto más cuando la Unión Soviética intervino.

«Pero, de todos modos, la izquierda siguió siendo para nosotros un peligro tan grande como los fascistas. Sabíamos que en caso de ganar la guerra habría que librar un segundo asalto…»

Juan Manuel Epalza ya se estaba preparando para ese «segundo asalto». Sin ningún género de duda, la izquierda se volvería contra los nacionalistas vascos si salían victoriosos. Él y otros crearon un estado mayor paralelo con el propósito de aprestarse para combatir a la izquierda. Cuando al País Vasco le fue concedido el autogobierno, pudieron prescindir de dicho estado mayor, ya que a partir de entonces existió una sola autoridad y el PNV la controlaba.

Careciendo de armas, al PNV le resultaba imposible adiestrar a una milicia[3]. Tras una reunión de la juventud del PNV celebrada a principios de agosto, Basabilotra recorrió los pueblos pidiendo voluntarios. Finalmente, el 20 de septiembre, llegó a Bilbao una partida de armas adquirida por el PNV en Checoslovaquia. Parte del trayecto fue a través de la Alemania nazi. Algunos de los fusiles eran de un solo tiro. La milicia del PNV llegó al frente con el tiempo justo para ayudar a mantener la línea tras la rendición de San Sebastián. En el seno del nacionalismo vasco había dos sectores que no compartían las dudas y vacilaciones de algunos de sus colegas del PNV. El sindicato nacionalista vasco, Solidaridad de Trabajadores Vascos (STV) se declaró «inmediatamente al lado del pueblo», según su presidente, Manuel Robles. «La clase obrera no albergaba ninguna de las vacilaciones de las que daban muestras ciertos elementos del PNV». En cuanto a la Acción Nacionalista Vasca (ANV), la cual (a diferencia del PNV) había formado parte de la alianza electoral del Frente Popular, ingresó inmediatamente —representada por Gonzalo Nárdiz, uno de sus fundadores— en la junta de defensa del Frente Popular en Bilbao, y los militantes de la ANV partieron en seguida para el frente.

A principios de septiembre, Manuel Irujo, diputado a Cortes por el PNV, propuso, en nombre de la junta de defensa de Guipúzcoa, la formación de un gobierno vasco sin aguardar la aprobación por parte de Madrid del estatuto de autonomía vasco, que estaba pendiente. El gobierno central, del que estaba a punto de hacerse cargo Largo Caballero, no desconocía las intenciones del PNV. Ofreció a Irujo un puesto en el gabinete a cambio del estatuto. El 1 de octubre, las Cortes aprobaron el estatuto y el 7 del mismo mes, en Guernica, José Antonio Aguirre, de 32 años, fue elegido presidente del nuevo gobierno vasco. El PNV ocupaba los puestos clave del gabinete. La CNT, que en breve entraría a formar parte del gobierno central, se vio excluida del gobierno vasco con el pretexto de que éste estaba formado por partidos políticos y no por sindicatos. (A sabiendas de que la respuesta sería negativa, Aguirre dijo que aceptaría a la FAI en el gobierno).

Ahora que, después de tantos años, les habían concedido el estatuto[4], ¿para qué lo necesitaban? Esto era lo que pensaba Juan Manuel Epalza. «Ahora teníamos las armas en la mano y no necesitábamos que nadie nos concediera la autonomía… Así pensaba entonces, aunque hoy me doy cuenta de que estaba equivocado».

Trifón Etarte, de Jagi-Jagi (Arriba-Arriba), el movimiento juvenil que se había separado del PNV antes de la guerra, declarándose partidario de un estado vasco independiente, había ido a ver a Aguirre para sugerirle que el Jagi-Jagi se apoderase de la primera partida de armas antes de que pudieran descargarla. De este modo quedarían aseguradas la superioridad de los nacionalistas y la causa de la independencia vasca.

«Aguirre se mostró horrorizado. “Eso sería traicionar al Frente Popular”. Yo, que tenía sólo 25 años, repliqué: “La única traición que conozco es la traición a mi país”. Pero Aguirre era demasiado honrado para aprovecharse de tal oportunidad. Siempre habíamos creído que el estatuto era una trampa, una trampa muy parecida a aquélla en la que Irlanda había caído después de la primera guerra mundial…»

En general, sin embargo, la aprobación del estatuto suscitó una prudente alegría. Jon Maururi, estudiante de medicina y miembro del PNV, resumió la acogida dispensada al estatuto: la gente estaba contenta aunque un poquito suspicaz. De no haber sido por la guerra, ¿la república habría concedido el estatuto?

«¿Y se arrepentiría la república y nos abandonaría?… como de hecho lo hizo. ¿Pensaría que podía dejar que nos derrotasen y pese a ello ganar la guerra con el fin de utilizar la victoria para volvernos a aplastar? ¿Quién podía decirlo, quién podía hacer algo más que decir que a la sazón todos eran enemigos nuestros?…»

Concha Arrazola, hija de uno de los primeros concejales nacionalistas de Bilbao y líder ella misma de la organización nacionalista de mujeres, Emakume Abertzale Batza, tenía pocas dudas al respecto. ¿Que cuál era el principal enemigo?

«Los españoles, desde luego. “Rojos” o “blancos”, ellos eran hermanos. Nosotros éramos “primos” y al decir “primos” nos referimos a la persona que paga las consecuencias. Pero era tanta la confianza que nos inspiraban nuestros líderes, éstos eran tan caballeros, que nuestra aprensión al encontrarnos aliados con estos españoles de izquierda no duró mucho tiempo…»

A decir verdad, la aprensión tenía pocos fundamentos. Vizcaya era la parte menos revolucionaria de la zona del Frente Popular. La industria permaneció en manos de la propiedad privada aunque la producción fuese «militarizada» con vistas al esfuerzo bélico. Las iglesias permanecieron abiertas.

«La clase trabajadora no exigía nada. No había reivindicaciones salariales. La clase trabajadora sabía de sobras qué era lo que estaba en juego en la lucha —dice Ramón Rubial, tornero y miembro del comité ejecutivo del sindicato de metalúrgicos de la UGT—. Si era necesario que hicieran horas extras, los obreros las hacían cobrando por ellas igual que cobraban por las horas normales. Se crearon comités de empresa para controlar y estimular la producción, tomándose a menudo como norma al obrero más rápido y creando estajanovistas…»

Después del PNV, los socialistas eran la principal fuerza de Vizcaya. Sus

miembros los reclutaban principalmente entre los inmigrantes que trabajaban en las minas. Pero era también en Vizcaya donde el partido comunista contaba con una de sus mayores concentraciones de fuerza, como atestiguaron los jefes nacionalistas del partido: tres de las más destacadas figuras del partido (Uribe, Hernández y Dolores Ibárruri) eran de Vizcaya. A pesar de que el partido comunista mantenía la postura de que era necesario procurar por todos los medios que la pequeña burguesía antifascista no abandonase la lucha —incluso dejando que sus líderes llevasen el timón de la misma—, los miembros del partido (y posteriormente el propio partido) criticaban la forma en que se estaba llevando la lucha. Saturnino Calvo, un joven minero comunista que había conseguido trabajo por primera vez ahora que sus mayores estaban en guerra, opinaba que se estaba permitiendo la continuación de las condiciones existentes antes de la guerra, hasta tal punto que, durante los primeros meses, parecía casi que no hubiese ninguna guerra. En las minas todo seguía igual: los mismos jefes, los mismos capataces, el mismo horario. Sólo el jornal subió hasta quedar igualado con las diez pesetas de los milicianos. A su modo de ver, faltaba espíritu combativo.

«El gobierno vasco no sabía cómo sacar el máximo partido del potencial humano e industrial que se hallaba a su disposición. Y eso se debía a que no era un partido revolucionario. Temía que en caso de ganar la guerra se produjera un avance del socialismo, al que era hostil… Y, pese a ello, una guerra civil se gana o se pierde tanto en la retaguardia como en el frente. Quizá más en la retaguardia…»

Ricardo Valgañón, fundidor comunista, había estado en una columna que salió de Bilbao el 19 de julio para ayudar a aplastar el levantamiento en San Sebastián. Ahora se hallaba en el frente, en Orduña, y tenía la impresión de que se habían olvidado de la revolución.

«Nuestro único deseo era ganar la guerra. Todo lo demás se dejaba para más tarde. La clase obrera, el Partido Comunista de Euskadi no presentaban reivindicaciones al gobierno vasco. Incluso cuando *Euzkadi Roja*, el periódico del partido, trató de señalar que no estábamos luchando solamente por la libertad nacional, sino para cambiar la estructura de la sociedad, el PNV se las arregló para que lo censurasen…»

A su modo de ver, el partido comunista estaba excesivamente cambiado. En aquel momento, la liberación nacional era, por supuesto, la mayor conquista social para el pueblo de Euskadi. Si ganaban los fascistas, los vascos perderían su libertad y su democracia. A pesar de todo, el hecho de no conseguir conquistas sociales representaba inevitablemente «hacerle el juego a la burguesía vasca».

Sólo se nombraron nuevos consejos de administración y gerentes en aquellas

empresas cuyos directores se habían colocado al lado de los insurgentes o habían desaparecido. Un decreto del gobierno prohibía que una persona ocupase un puesto en más de un consejo de administración. Al igual que en otras partes de la zona del Frente Popular, los alquileres se redujeron en un 50 por ciento. Para un fabricante como Juan Málzaga, cuya compañía de ventanas metálicas había conseguido un contrato importante antes de la guerra debido a la construcción de la ciudad universitaria de Madrid, el trabajo seguía siendo en su mayor parte igual que antes de la guerra. En lugar de ventanas metálicas, ahora fabricaba camas de hospital, también metálicas. Los sindicatos no hicieron ningún intento de apoderarse de la fábrica. Cerca del 60 por ciento de su fuerza laboral pertenecía a la STV, el 30 por ciento a la UGT y el 10 por ciento —«un 10 por ciento muy agresivo»— a la CNT. Pero no había ningún problema.

«La razón de que no lo hubiese eran los nacionalistas vascos, por supuesto. En su mayoría eran de clase media, religiosos y conservadores en el sentido inglés de la palabra. El gran drama del País Vasco fue la decisión del PNV de aliarse con los partidos que abogaban por la destrucción de la clase de la sociedad en la que él creía. La decisión creó tremendos conflictos de conciencia de los que, a mi juicio, este país todavía no se ha recuperado del todo…»

Aunque su padre había pertenecido en vida al PNV y pese a que la totalidad de su familia era vasca, las simpatías de Málzaga estaban con los insurgentes: ellos representaban la ley y el orden, así como el medio de llevar una «vida normal». Él, que nunca había tenido fe en la política, que creía que el grado de civilización de un país podía medirse por su capacidad para el compromiso más que por la «típica idea española de que uno debe defender sus ideales hasta la muerte», estaba convencido de que una victoria republicana no podía llevar más que a una dictadura comunista. «Dejando completamente aparte la ideología política de cada uno, la gente como yo sentíamos la necesidad de defender nuestros intereses fundamentales…»

EPISODIOS 2

HUIDA

MADRID

Encerrado en el minúsculo camerino y separado de los dos amigos que horas antes habían sido detenidos con él, aguardaba el momento de su juicio sumarísimo y posterior fusilamiento.

Sin hacer caso de la Union Jack y del documento de tono enérgico que la embajada británica le había autorizado a colocar en su puerta, tres milicianos habían llamado violentamente a ella. Adoptando un leve acento extranjero, el marqués de Puebla de Parga, de 22 años, les había dicho que el piso era de un diplomático, dando así tiempo a escapar por la escalera de servicio a un joven falangista al que tenía escondido. Luego abrió la puerta.

Los milicianos, que iban armados hasta los dientes y lucían pañuelos rojos y negros, registraron el piso. «No sois extranjeros, sino españoles fascistas», dijeron al encontrar un mapa Michelin que el marqués había extendido sobre la mesa señalando con banderitas las victorias de los insurgentes. Peor aún, en un armario encontraron una escopeta de caza. «¡Además armas! ¡Hemos hecho un buen botín!»

En el coche en que se los llevaron detenidos pensó: «Si giran a la izquierda es que nos llevan a dar un *paseo*. Nos dirigiremos a los descampados que hay detrás de la plaza de las Ventas. Si giramos a la derecha es que vamos hacia el centro, a alguna checa, y no nos fusilarán inmediatamente…».

El automóvil giró hacia la derecha y se detuvo ante el edificio de Bellas Artes en la calle Marqués de Cubas. «La checa de la FAI», pensó. En el interior hombres, mujeres y niños se apiñaban bajo la vigilancia de los milicianos. En la sala de baile del primer piso se presentó ante sus ojos una escena que le hizo recordar la revolución francesa: hombres de todas las edades y algunas mujeres de aire aterrorizado se hallaban sentados en el suelo entre pilas de cálices, candelabros, objetos religiosos, maletas… algunas abiertas y cerradas otras. Uno de los milicianos señaló a un hombre de camisa sucia que parecía haber sido maltratado por ser sacerdote. En cuanto él y los dos compañeros a los que tenía refugiados en el piso se quedaron sin que nadie les vigilara se acercaron al hombre de la camisa sucia y, sin asegurarse de que efectivamente se trataba de un sacerdote, se confesaron.

Mientras esperaba en el camerino, el marqués iba recordando los sonidos que ya se habían hecho cotidianos en las noches del verano madrileño: el coche que llegaba a toda velocidad, el chirrido de los neumáticos al frenar, el motor acelerando. Luego el ruido de una puerta golpeada con fuerza y a los pocos momentos el motor que volvía a ponerse en marcha. Sentados a oscuras en el comedor del piso, él y sus amigos sabían entonces que otra víctima se dirigía hacia

su destino.

La puerta del camerino se abrió. Un miliciano lo llevó al teatro donde se hallaba reunido el tribunal. Salvo el escenario, habían sacado todo lo demás.

«En medio de la sala ahora había una enorme mesa cubierta con una bandera roja y negra, o, mejor dicho, un paño negro y otro rojo colocados uno encima del otro, con muy buen gusto. Detrás de la mesa había cinco personas. Una de ellas era una mujer que parecía tener unos 30 años, morena y bonita. Me llevaron hasta la mesa…»

Dos de los hombres procedieron a interrogarle. ¿Por qué no estaba en el frente defendiendo a la república? Había tenido tiempo para pensar en las respuestas que daría a las preguntas de esa clase. Debido a la vista, le habían declarado inútil para el servicio militar. Además, era estudiante, vivía en Francia y se encontraba en Madrid por casualidad. «Eres un fascista». «Claro que no lo soy». Estaba decidido a defenderse con argumentos descarados. El interrogatorio no duró mucho. En conjunto, las preguntas resultaron poco comprometedoras. Cuando lo llevaban de nuevo a su improvisada celda, vio que sacaban de la suya a su amigo Enrique.

Al amanecer volvió a abrirse la puerta de su camerino. Él, sus dos compañeros y unas cuantas personas más fueron sacados por una puerta lateral y obligados a subir a un camión. De nuevo se sintió convencido de que se lo llevaban para fusilarlo. Pero su destino resultó ser el Ministerio de la Gobernación, en la Puerta del Sol. Una vez los metieron en las celdas, soltó un suspiro de alivio. Ya no estaban «en manos de la FAI, en manos de la fuerza más despiadada y sanguinaria de los rojos». Al día siguiente, sintió renacer su desánimo al ver que los hacían subir a otro camión, esta vez para llevarles a un edificio de la calle General Porlier, que antes era una escuela religiosa y ahora utilizaban como prisión. Llevaba quince minutos escasos en el aula que iba a ser su celda común cuando aparecieron tres milicianos y lo cogieron del brazo. «Síguenos». Convencidos de que se lo llevaban a la muerte, sus compañeros de celda se apiñaron en torno al grupo y empezaron a protestar. Entre juramentos, los milicianos se abrieron paso y lo hicieron salir a empellones.

«Bajamos dos o tres pisos y llegamos a un sótano sin ventanas e iluminado solamente con bombillas sin pantalla. De allí me llevaron a una sala de calderas. Me preparé para morir. Desde el mismo momento de la detención me había resignado a mi suerte. Las enormes calderas en un rincón, una gran pila de carbón en frente… era un lugar ideal para una ejecución… "¡Canalla! Ahora vas a morir, tú y todos los de tu clase…" Uno de ellos me sujetó por los hombros y me empujó

hasta la pared de enfrente. Dieron unos pasos hacia atrás y levantaron las armas, apuntándome. Aunque había recibido una educación profundamente religiosa, ningún pensamiento religioso cruzó por mi mente. Antes bien, sentí una gran oleada de indignación. No sé si ello resultaba especialmente español, pero mi instinto de conservación se manifestó por medio de la indignación. Di unos cuantos pasos al frente y empecé a insultarles. "¡Canallas, vais a matar a un inocente!" Lo que dije era una banalidad, pero al menos no resultaba del todo indigno… Todo esto sucedió en mucho menos tiempo del que hace falta para contarlo. De repente los hombres bajaron las armas y uno de ellos empezó a reír. "Esta vez estás de suerte, no vas a caer. Pero ya morirás…" Se me acercaron. Llevaba la camisa desabrochada por el cuello, en torno al cual llevaba una cadena de oro de la que colgaban dos o tres medallones religiosos, como entonces era costumbre. Uno de los hombres alargó la mano y me arrancó la cadena. No dije nada. A empujones me obligaron a dirigirme a la escalera…»

Al llegar al aula, los demás prisioneros le rodearon para consolarle, acto de solidaridad que podía haberles costado caro. En los días siguientes no se repitió aquella comedia brutal y sin sentido. En el aula había pedazos de tiza con los que el marqués improvisó fichas de ajedrez para jugar con un compañero de cautiverio. Por los corredores patrullaban dos perros lobos que lucían collares rojos y negros. De ellos cuidaba un miliciano que era aficionado a explicar teoría anarquista a todo quien quisiera escucharle. Todas mis explicaciones terminaban con el ejemplo de las hormigas. «Veréis», decía con tono triunfal, «las hormigas no tienen jefes, pero su sociedad es perfecta».

Sin embargo, si los días los pasaban en una seguridad relativa, las noches eran algo distinto. A veces, después de apagarse las luces, aparecían en la puerta uno o dos milicianos, volvían a encenderlas y comenzaban a leer en voz alta los nombres de una lista. A menudo daban la impresión de no saber en qué sitio estaban encerrados los presos, de manera que en cada celda leían la lista entera. El «suspense» era horripilante.

«Quien oía pronunciar su nombre respondía "presente". Era inútil tratar de esconderse. Cuando el interesado se ponía en pie, los demás (éramos 30 o 40 los que nos hallábamos apretujados en el aula), le mirábamos, tratando de brindarle consuelo y aliento con los ojos. Todos los que vi sacar de allí salieron con un coraje y una serenidad tremendos. Es una de las cosas de las que los españoles podemos sentirnos orgullosos, algo que aumentó mi percepción de la vida: la forma en que se comportaban al encaminarse hacia la muerte. Luego oíamos los camiones que se alejaban. Las ejecuciones no tenían lugar en la prisión de Porlier…»

Una mañana de septiembre entraron los milicianos en el aula y

pronunciaron tres nombres. El marqués supo por instinto que no pasaba nada malo, que aquella hora no era peligrosa. Les ordenaron liar el petate y se los llevaron a la planta baja, donde encontraron a un hombre de poca estatura, vestido con un traje oscuro, de cara vivaz y unos 50 años y pico. Se llamaba Juliá «Soy de la sección económica de la embajada británica. He venido para acompañarles a la estación de Atocha. Creo que les va a ser posible escapar…»

Sin apenas poder dar crédito a sus oídos, salieron de la prisión por una puerta lateral y subieron a un pequeño automóvil negro que llevaba una Union Jack en el parabrisas. Sin más preámbulos, Juliá arrancó hacia la estación de Atocha. Al llegar a ella, les acompañó a una sala y les dijo que esperasen. «No se asusten, aquí no entrará nadie…»Al cabo de varias horas volvió a presentarse. «Síganme. No pueden marcharse. Ha habido una equivocación…» Los llevó en el coche a una oficina de la sección económica de la embajada británica donde permanecieron escondidos varios días. Juliá era hombre de pocas palabras y no daba muchas explicaciones. Por lo que pudieron sacarle, se enteraron de que la embajada británica había actuado con energía al llegar a su conocimiento que los habían arrestado en el piso que el marqués compartía con un diplomático británico amigo suyo que había abandonado la capital antes de que estallara la guerra. El gobierno, preocupado por sus relaciones con Gran Bretaña, consideraba que las detenciones eran un error. Al parecer, los de la checa de Bellas Artes llegaron a pensar lo mismo. «Durante toda la guerra el piso fue el único lugar en que le protección británica fue violada».

Desde el momento en que se supo su caso la probabilidad de que los ejecutasen disminuyó sensiblemente. Pero la huida era otra cuestión. Sacaron la impresión de que el embajador británico en funciones estaba enterado de las iniciativas de Juliá y las aprobaba mientras la embajada no se viera envuelta en ellas de ningún modo. Oficialmente, la embajada se había mostrado reacia a ayudar a escapar a nadie.

Un día Juliá irrumpió en la oficina: «Venga, que nos vamos». Los llevó a casa del embajador del Perú —Enrique, el amigo del marqués, era pariente del embajador, quien a la sazón se encontraba en Lima— y una vez en ella Juliá, con cara sonriente, les entregó carnets de identidad falsificados.

«Era evidente que esta iniciativa la había tomado por su propia cuenta. Durante los días que permanecimos escondidos en su oficina le cogimos una simpatía tremenda. Era de origen catalán, republicano y masón. "Sus vidas corren peligro y la obligación de un masón es ayudar a quien esté en peligro". Más tarde supimos que se las había arreglado para salvar a un número considerable de personas. Pero al examinar los carnets de identidad (el mío decía que yo era

delegado de la FUE y que estaba cumpliendo una misión en Alicante) exclamamos: "Pero ¿qué vamos a hacer en Alicante? ¿Pretende que nos vayamos nadando a Francia?". "No me entienden. En Alicante hay buques de guerra alemanes e italianos. Las relaciones entre Alemania, Italia y la república todavía no han sido suspendidas. Pero lo serán dentro de pocos días. Si ellos no pueden ayudarles, también hacen escala allí buques ingleses… No veo otra solución…" Evidentemente, era todo lo que Juliá podía hacer. Decidimos intentarlo…»Lo echaron a suertes y le tocó al marqués ser el primero en tratar de llegar a la estación de Atocha. Vestido con un mono, consiguió pasar el control sin ninguna dificultad y encontró un asiento en un vagón situado inmediatamente detrás del coche-cama. Fue un golpe de suerte que pronto le salvaría la vida. Como le sobraba tiempo, se puso a pasear por el andén. De pronto vio horrorizado que una pequeña figura se abría paso entre la multitud de milicianos, soldados, heridos de guerra… La reconoció inmediatamente.

«Nellie Cunningham, mi vieja niñera irlandesa. Desde varios metros de distancia Nellie exclamó: "¡Mi querido pequeño!". Llevaba en la mano una botella de *whisky* y dos cartones de cigarrillos. "Vete en seguida, Nellie", le dije susurrando. "Estás poniendo mi vida en peligro, ¿no lo comprendes? Da la vuelta y piérdete entre la multitud. No digas ni una palabra…" Nellie se volvió e hizo lo que le dije. ¡Pobre Nellie! Debía de haberse enterado de que me iba. ¡Qué escena más inglesa! Un hombre que huía para salvar la vida ¡y se presenta su niñera!…»

Al parecer, nadie se había dado cuenta del incidente. A los pocos minutos, llegó a la estación su amigo Enrique, pero el otro compañero no apareció. Más adelante se enterarían de que sus papeles habían despertado sospechas en el puesto de control e inmediatamente se había refugiado en la embajada argentina… El tren se puso en marcha y la noche transcurrió sin contratiempos. Por la mañana, ya cerca de Alicante, el marqués contemplaba por la ventanilla aquel paisaje que jamás había visto antes cuando por el rabillo del ojo vio que por el pasillo se acercaba un hombre que llevaba chaqueta y corbata. El hombre se detuvo ante él y se levantó la solapa de la chaqueta para mostrar una placa: policía republicana.

«Y entonces dijo unas palabras que nunca olvidaré. "Usted es el hijo de la exduquesa de Mandas, ¿no es así?" Fuese por el cansancio o porque pensé que el juego se había acabado, le contesté que sí. "Queda detenido"…»

Había un miliciano en cada vagón. El policía llamó al que había en el suyo y le dijo que le vigilase.

El policía era joven y más bien gordo. Más adelante, estrujándose la memoria, el marqués consiguió identificarle: había sido dependiente en una

librería donde él compraba todos los libros para la universidad y le conocía muy bien.

«Nada más cierto que aquello que dijo el doctor Johnson sobre que la mente se te agudiza cuando vas camino de la horca. El mecanismo de conservación…»

Percibiendo que el miliciano no albergaba ninguna hostilidad especial hacia él, trató de ganarse su confianza y le dijo que el policía era un emboscado que estaba empeñado en ponerle las cosas difíciles. La única esperanza de salvación estaba en el coche-cama, en el que, según les había dicho Juliá, viajaba el embajador argentino. Al verse las primeras casas de Alicante, el marqués decidió probar suerte. «Tengo que ir al retrete». El miliciano no puso ninguna pega. Cruzó el pasillo, entró en el retrete, hizo ruido con el pestillo, abrió la puerta y de un salto cruzó la plataforma y se metió en el coche-cama. El revisor, que todavía llevaba el clásico uniforme marrón de Wagon Lits, le cortó el paso, pero el marqués lo apartó de un empujón. Tuvo la suerte de ver al embajador argentino, que en aquel momento estaba en el pasillo. Corrió hacia él y le informó de quién era. «Corro un gran peligro». Sin dudar un solo instante, el embajador le hizo entrar en su compartimiento y cerró la puerta. No sin motivo le llamaban «la Pimpinela Escarlata de Madrid». Tras decirle al marqués que se quedara allí, salió de nuevo al pasillo. Fue la última vez que le vio. Porque en aquel momento el tren tuvo que aminorar la marcha debido a que en la entrada de la estación se estaba desarrollando una enorme manifestación de bienvenida a los heridos. Una riada de gente pasaba por debajo de la ventanilla. El marqués comprendió que era su oportunidad. Abrió la ventanilla y saltó por ella.

Confundido entre la multitud, consiguió salir de la estación y cruzó la pequeña ciudad hacia el hotel donde, según les dijera Juliá, se reunían los oficiales de los buques italianos y alemanes. Enrique, que había presenciado la escena en el tren y creía ser el único superviviente, llegó casi simultáneamente al hotel. Decidieron entrar.

«Fue un momento más espantoso incluso que estar en la checa o en la prisión. Allí estábamos tan seguros de que íbamos a morir que casi nada nos preocupaba. Pero ahora se nos ofrecía una oportunidad de escapar, y el dilema entre la vida o la muerte era lo único en lo que podíamos pensar. Además, la policía me andaba buscando…»

Desde el vestíbulo vieron una sala grande. Viviendo en Madrid, el suelo emparquetado, las macetas con palmeras, las mesas de mimbre blanco y los camareros de chaquetilla blanca les parecieron increíblemente limpios y elegantes. Justo en el otro extremo de la sala se hallaban sentados cinco oficiales de la marina

italiana; algo más cerca, alrededor de una mesa, había un grupo de oficiales alemanes.

«"¿Qué hacemos?", preguntó Enrique. No lo dudé ni un segundo. "Ir a decirles a los italianos que tu padre es el cónsul general de Franco en Genova. Nos ayudarán, ya lo verás". Enrique titubeó unos instantes. "Pero es que si se niegan todo estará perdido. Nos habrán visto y…" Tenía razón, desde luego. Pero debíamos arriesgarnos. Recurrí a toda mi fuerza de persuasión para hacerle recorrer los 40 metros que nos separaban de los italianos. Vi cómo se acercaba a los oficiales (todavía puedo verle a estas alturas) y cómo éstos dejaban de hablar. Enrique se inclinó sobre la mesa, musitando algo. Inmediatamente uno de ellos se puso en pie y acompañó a Enrique hasta donde yo estaba esperando. Sin dar ninguna explicación, hizo una seña indicándome que les siguiera… Salimos por la puerta y pasamos junto a los milicianos que había en la calle. A poca distancia vi una tienda que parecía una mezcla de juguetería y camisería. "Casa Rossi", decía el letrero. Entramos en ella y el oficial habló con el propietario. Éste, sin perder un segundo, abrió una puerta que había en la trastienda y descendimos varios peldaños hasta el sótano. Rossi regresó a los pocos instantes para decirnos que no nos moviéramos, que el oficial volvería para darnos explicaciones… "De ahora en adelante se olvidarán ustedes por completo de su verdadera identidad", dijo el oficial al volver. "Se convertirán en dos marineros que han desertado de los buques de guerra anclados en la bahía. Eso es lo que haremos para sacarles de aquí…" La propuesta se nos antojó increíble. Nos dijo que ya estaban preparando nuestros papeles. Todavía me acuerdo de mi nombre italiano: Parodi…»

Al amanecer del día siguiente fue a buscarles un suboficial italiano. Los trató brutalmente, como se merecían unos desertores. Ya les habían advertido de que así los tratarían. Los condujeron a un coche de la policía republicana que los llevó a un embarcadero fuera de Alicante en el que se encontraba amarrada una lancha con bandera italiana. Al parecer, los carabineros republicanos de servicio allí ya los estaban esperando. Vigilados de muy cerca, embarcaron en la lancha y ésta zarpó. El marqués volvió la cabeza y, al ver a los carabineros que con cara de aburrimiento se encontraban apoyados en la barandilla del embarcadero, sintió unas ganas tremendas de gritar «¡Arriba España!». «Pero en seguida me lo pensé mejor».

Llegaron a La Spezia a bordo de un destructor italiano. Para ellos era el final de la huida, pero no el de la guerra. El marqués volvió a la España nacional en 1938 y se alistó en la Legión, donde sirvió como alférez provisional hasta la victoria del año siguiente.

Horas inmortales de epopeya nacional y de frenético entusiasmo. Nunca

España ha vibrado así. La noticia de la conquista de Toledo la dimos desde este micrófono… La recibieron sin duda nuestros radioyentes, como se reciben, como se deben recibir estas cosas: de rodillas…

JULIO GONZALO SOTO

(alocución por radio Castilla,

Burgos, 28 de septiembre de 1936).

¡¡CAPITALISTAS!!

El Movimiento Salvador de España te permite en estos momentos seguir disfrutando de tus rentas.

Si vacilas un solo momento en prestar tu ayuda moral y material, con largueza y desprendimiento, a más de un mal patriota serás un desagradecido indigno de convivir en la España fuerte que empieza a renacer.

Tu oro, tus alhajas y una parte de tu capital que tu patriotismo ha de fijar, deben pasar a engrosar inmediatamente el tesoro nacional del gobierno de Burgos.

Diario de Burgos (21 de septiembre de 1936).

¡ATENCIÓN! ¡ATENCIÓN!

En la noche de hoy, en esta emisión memorable para radio Castilla, vais a escuchar la voz auténtica de España en la plenitud de su poder… La voz del caudillo, del jefe, del guía, de la figura cumbre del estado español… Españoles y extranjeros, el general Franco va a hablar. ¡Viva Franco! ¡Viva Franco! ¡Viva Franco!

JULIO GONZALO SOTO

(alocución por radio Castilla,

Burgos, 1 de octubre de 1936).

El 27 de septiembre Toledo fue conquistada por las fuerzas de Franco que se habían desviado de su avance directo sobre Madrid para auxiliar al Alcázar, tras resistir éste durante setenta días el asedio republicano. Medio en ruinas, situada en un alto desde el que dominaba Toledo, la academia de infantería, que parecía una fortaleza y estaba bajo el mando del coronel Moscardó, había resistido el asedio del mismo modo que la capital de Asturias, Oviedo, iba a hacerlo en breve. La fortaleza se había convertido en la obsesión del Frente Popular, que había dedicado mucho tiempo y esfuerzo a intentar reducirla mientras las columnas enemigas iban acercándose a la ciudad. (A la milicia del Frente Popular —y posteriormente al ejército— nunca le resultó fácil dejar un reducto enemigo en su retaguardia). A pesar de haberse desviado, el ejército de África se hallaba a sólo 70 kilómetros de las puertas de Madrid.

Dos días después se produjo un acontecimiento aún más importante: la Junta de Defensa Nacional nombró al general Franco jefe del gobierno del estado español y «generalísimo» de las fuerzas armadas.

Hasta aquella fecha la España insurgente había sido gobernada por la Junta de Defensa, creada rápidamente al estallar la guerra y compuesta exclusivamente por militares bajo la jefatura del anciano general Cabanellas. La misión fundamental de la junta consistía en coordinar el esfuerzo militar e iniciar la creación de un aparato estatal que, a primera vista, era más administrativo que político.

«Los militares no tenían una clara idea política de lo que había que hacer. Se oponían al desorden público, el caos producido por la revolución bajo la república; pero nada más…»

Convencido de que había que hacer algo, Eugenio Vegas Latapié, director del periódico monárquico *Acción Española*, se desplazó a Francia con la intención de regresar con don Juan, heredero del trono español, y visitar el frente en su compañía. Estaba seguro de que los militares expulsarían al príncipe sin darle siquiera tiempo de llegar al frente. Y así sucedió efectivamente. «Mola, que era

hombre recto, partidario de la ley y el orden pero no monárquico, se sentía preocupado por las repercusiones que la visita de don Juan podía tener entre los carlistas, que no aceptaban a la dinastía alfonsina». A resultas de su acción, el mismo Vegas Latapié estuvo a punto de ser expulsado de España.

Tal vez los militares no tuvieran «claras ideas políticas» sobre lo que querían, pero sí las tenían sobre lo que no querían. El 24 de septiembre, la Junta de Defensa anuló todas las disposiciones de la reforma agraria efectuada tras las elecciones del Frente Popular y devolvió la tierra a sus propietarios originales[5]. Al día siguiente declaró fuera de la ley a todas las actividades políticas y sindicales en la zona bajo su jurisdicción. «El marcado carácter nacional del movimiento, iniciado por el ejército y apoyado, entusiásticamente, por el pueblo, exige que se arrincone la política de partido, ya que todos los españoles de buena voluntad, sean cuales sean sus ideologías particulares, se hallan fervientemente unidos detrás del ejército, símbolo efectivo de la unidad nacional», afirmaba el preámbulo del decreto. La represión no se limitó a la liquidación de los oponentes políticos, sino que alcanzaba a la política misma, incluso cuando la practicaban los partidarios de los militares.

Mucha gente de la zona rebelde, incluyendo al monárquico Vegas Latapié, criticaron el hecho de que Franco se hubiese desviado para auxiliar a Toledo. Según los críticos, Toledo era un objetivo «sentimental» que habría caído automáticamente una vez tomado el objetivo principal: Madrid. A consecuencia del desvío, la república pudo organizar sus defensas, hubo tiempo para que llegasen a Madrid la ayuda soviética y las Brigadas Internacionales «y el resultado fue que la guerra duró dos años y medio más».

Poco antes de ello, el coronel Juan Yagüe, jefe de la Legión, tuvo que dejar el mando de la columna que avanzaba sobre Madrid a causa de una enfermedad y fue destinado al cuartel general de Franco en Cáceres, donde hacía poco Vegas Latapié había protestado ante aquél por los asesinatos indiscriminados que se cometían en la retaguardia. Luego el coronel Yagüe relató al joven monárquico su intervención en el nombramiento de Franco como comandante supremo.

«Un día, Nicolás Franco, hermano del general, se presentó ante Yagüe y le tuteó por primera vez. "Juanito, eres el único capaz de persuadir a mi hermano… Acabo de regresar de Lisboa y tanto el embajador alemán como el italiano afirman que debe haber un solo mando, un mando unificado. La actual situación en la que hay dos mandos, uno para el ejército del norte y otro para el del sur, no puede continuar. Resulta especialmente importante para las relaciones con el extranjero, pero también para todo lo demás. Todo el mundo piensa que la persona más indicada es mi hermano. Pero él no querrá aceptar. Tú eres el que más influencia

tienes sobre él, el que puede convencerle…" Yagüe, que era un hombre con una fuerza natural increíble, se acercó a la puerta de Franco (no se andaban con muchas formalidades por aquel entonces), llamó y dijo: "Mi general, ¿da usted su permiso? Los embajadores de Alemania e Italia dicen que necesitamos un solo mando Que es necesario para alcanzar la victoria. Todos pensamos que tiene que ser usted. Si no acepta, tendremos que pensar en designar a otro". Seguidamente Yagüe abandonó el despacho de Franco. Al cabo de un par de minutos, Nicolás fue a verle. Estaba emocionadísimo. Cogió a Yagüe, le abrazó e incluso le besó. "¿Qué le has dicho? ¿Qué has hecho? Ha aceptado…" "Le dije sencillamente que si no aceptaba tendríamos que designar a otro"… Aquella noche, para celebrar la caída de Toledo, Yagüe pronunció un discurso después de que Franco dirigiera la palabra a la multitud desde el balcón de su cuartel general. "Hoy es un gran día", empezó diciendo Yagüe, "pero mañana será un día aún más grande. Mañana, o dentro de muy poco, tendremos un general que nos conducirá a la victoria. Y este general es… el general Franco"…»

A los dos días, los generales se reunieron en un aeródromo de las afueras de Salamanca y se aprobó el nombramiento, aunque no sin oposición. Yagüe (que asistió a la reunión, aunque sin derecho al voto por no ser general) señaló con elocuencia que sus legionarios y marroquíes querían a Franco como comandante supremo. El nombramiento militar encontró menos oposición que el político. En la zona nacionalista había cierta confusión sobre el nombramiento concedido a Franco: si era el de «jefe del estado» (como le llamaba el *ABC* de Sevilla) o el de «jefe del gobierno del estado español», como correctamente le llamaba el *Diario de Burgos*. Estas confusiones —aumentadas por el decreto en virtud del cual se le conferían «todos los poderes del nuevo estado»— pronto quedaron aclaradas: su primera ley, hecha pública en el día de su nombramiento y destinada a establecer una nueva administración estatal, en dos ocasiones hacía referencia a su cargo de jefe del estado.

«La noche en la que tomó oficialmente posesión, el general Franco habló por radio y fijó los objetivos del nuevo estado. En términos sociales, se garantizaría el trabajo y se aseguraría el jornal, pero no se permitiría a los obreros organizarse como clase y todas las "actividades combativas" serían castigadas. Los obreros tenían obligaciones además de derechos y estas obligaciones consistían en "colaborar en todo lo que constituya la producción normal de riqueza"… En materia de religión, el nuevo estado, sin ser confesional, "concordaría con la Santa Iglesia Católica". En agricultura, se prestaría una "ayuda constante y generosa" al campesino para asegurar su independencia económica. La voluntad nacional se expresaría no mediante el sufragio universal, que estaba desacreditado, sino a través de aquellos órganos y corporaciones técnicos que "representaran auténticamente los ideales y necesidades de la nueva España"…»

De los tres generales que aspiraban a la jefatura del estado, Franco, ahora que Sanjurjo había muerto, era, indudablemente, el que tenía más probabilidades de resultar elegido. Su prestigio militar, unido a su aparente falta de postura política definida, le daba ventaja sobre los generales Mola y Queipo, ambos con inclinaciones republicanas.

«"Además, si hubiésemos nombrado a Mola, habríamos perdido la guerra", me dijo más adelante el general Queipo de Llano —recuerda Vegas Latapié—. A Mola se le consideraba un administrador magnífico, pero un mal jefe en el campo de batalla. "A mí no podían nombrarme porque estaba desacreditado, así que quedaba sólo Franco", agregó. Queipo estaba desacreditado no sólo a causa de su pasado (tratando de derrocar a la monarquía un día y a la república al día siguiente), sino por la reputación que tenía entonces. El triunfo fue para Franco…»

La nueva administración estatal —la llamada «Junta Técnica»— creada por Franco comprendía siete comisiones. El generalísimo, que aparentemente no había hecho el menor caso al joven e impetuoso monárquico que le había hablado de la necesidad de parar los asesinatos en la retaguardia, así como de «limpiar» ésta de todas las ideas revolucionarias que en ella había, le nombró miembro de la nueva comisión de cultura y educación, una de cuyas principales tareas era la de purgar a los maestros. La comisión, encabezada por el poeta monárquico José María Pemán, dictó unas normas bien claras: los maestros que «profesional y moralmente eran irreprochables» pero que habían simpatizado con los partidos nacionalistas vascos, catalanes o gallegos sin participar en la subversión «comunista-separatista» serían trasladados de región; los que hubiesen militado o simpatizado con los partidos del Frente Popular o con las sociedades secretas (esencialmente la masonería) serían expulsados. Se crearon comisiones provinciales para llevar a cabo las purgas, las cuales, según decía una circular, constituían una «sagrada misión».

«Las purgas se llevaron a término con considerable severidad; estábamos en medio de una guerra. Una cosa era que se fusilase a la gente sin ton ni son y otra muy distinta que se purgara la educación, que forma la futura conciencia de una nación y cuyo control es vital…»

A pesar de todo, gran número de las acusaciones contra maestros que llegaban a la mesa de Vegas Latapié eran «absurdas». Una de ellas iba dirigida contra una maestra, a la que se acusaba de ir a misa sólo los domingos y de hincar una sola rodilla en el suelo en el momento de la elevación. «Como es lógico, no se hizo ningún caso de una acusación tan ridícula».

A un maestro andaluz que había enseñado en Burgos se le denunció por no haber ido a misa ni una sola vez durante el año que pasó allí. Replicó a la

acusación diciendo que en Andalucía no era costumbre que los hombres fuesen a misa, pero que, de haber sabido que en Castilla sí lo era, desde luego hubiera ido. «Una respuesta ingeniosa… Hubo tal inflación de creencias religiosas durante la guerra que aquellos que antes no creían en un solo Dios ahora juraban que creían en siete».

A una maestra asturiana de un pueblo de Castilla la denunciaron por haberles enseñado a los niños una conocida canción que empieza así: «Asturias, patria querida, Asturias de mis amores…». Según la acusación, dado que en 1934 se había producido una «revolución comunista» en Asturias, el hecho de haberles enseñado tal canción a los niños demostraba que la maestra era comunista.

«Salieron a la luz estupideces increíbles como ésta. Pero algunas no eran tan ridículas. Un día vino a verme un catedrático de universidad que era requeté. Me dijo que a su sargento de requetés (un tipo maravilloso que aquella mañana había comulgado a su lado) lo acusaban de haber cometido un crimen terrible cuando era maestro rural durante la república. Al igual que en todas las escuelas estatales, se recibió la orden de quitar el crucifijo de las aulas y el maestro lo tiró al retrete, de tal modo que los niños tenían que orinar y defecar sobre la cruz… Si bien mucha gente buscó refugio alistándose en la Falange, también hubo quien se refugió en los requetés. Designé un juez especial, catedrático de medicina, para que investigase el caso. Las pruebas resultaron ser incontrovertibles y aquel maestro "requeté" fue expulsado».

En Salamanca, los informes de la comisión provincial los recibía el rector de la universidad, Miguel de Unamuno, que a la sazón tenía 72 años. A menudo en el informe había un comentario del párroco del pueblo diciendo que el maestro en cuestión no iba a misa. Muchísimos maestros eran socialistas o de Izquierda Republicana. Según su hijo Rafael, a menudo Unamuno trazaba una línea al margen y debajo escribía: «Yo tampoco». Los informes, que iban luego al gobernador civil, probablemente poca simpatía le granjeaban entre las nuevas autoridades. Pero no podían hacer mucho, ya que Unamuno era una de las figuras intelectuales más prestigiosas de España. Además, había celebrado el levantamiento militar y se le había nombrado miembro del nuevo consistorio salmantino. En 1931 había sido diputado republicano en las Cortes Constituyentes, pero pronto comenzó a criticar abiertamente muchas de las cosas que hacía la república. Fue el primero en expresar algo que más tarde se convertiría en un tópico. En efecto, consideraba que el levantamiento era necesario para salvar a la «civilización occidental, la civilización cristiana que se ve amenazada…». Sin dejar de ser republicano, apoyaba a los militares porque creía que se habían sublevado para defender «una república honorable». El asesinato del alcalde de Salamanca, el doctor Casto Prieto[6], que era íntimo amigo suyo; el asesinato en Granada de

Salvador Vila, catedrático de árabe y hebreo en la universidad granadina y al que Unamuno había logrado sacar de la cárcel de Salamanca; el asesinato de García Lorca… Todas estas muertes le llenaron de indignación y tristeza. Pese a ello, en unas declaraciones a un periódico extranjero atacó duramente al gobierno de Madrid, el cual, a modo de respuesta, lo destituyó de su cargo de rector vitalicio de la universidad. Al enterarse de la noticia, Felisa Unamuno, su hija, pensó que los militares no tardarían mucho en hacer lo mismo.

«Mi padre estaba furioso por lo que pasaba en esta zona. No era lo que él esperaba. Estaba convencido de que lo que más odiaban los militares y sus seguidores era precisamente lo mejor que tenía España: Cataluña y el País Vasco. "Veamos si no se hacen independientes y entonces nos iremos a Bilbao", le dije a mi padre, que había nacido en esa ciudad. "No sería mala idea", replicó…»

Pronto empezó a revelarse la suerte que inevitablemente aguardaba a un crítico impetuoso en una situación en la que se exigía obediencia. Salamanca era ahora el cuartel general de Franco, que se había instalado en el palacio del obispo, delante de la vieja catedral, casi inmediatamente después de su proclamación el 1 de octubre. Doce días más tarde debía celebrarse la Fiesta de la Raza, en conmemoración del descubrimiento de América por Colón, y la apertura del nuevo año académico. El acto iba a tener lugar en la universidad bajo la presidencia de Unamuno, que representaría a Franco. En el último momento, doña Carmen Polo, la esposa de Franco, decidió asistir también.

Juan Crespo, el estudiante monárquico que recientemente había regresado del frente para ingresar en la guardia de honor que su partido tenía en el cuartel general de Franco, aquella mañana estaba de servicio con el resto de la guardia y dio escolta a doña Carmen hasta la universidad. Al llegar, vio que se habían retrasado y hubo que hacer sitio para la recién llegada, que se sentó en la tarima a la derecha de Unamuno. Crespo admiraba a José María Pemán, el poeta civil de la causa nacionalista y, como éste tenía que hablar durante el acto, se quedó junto a la puerta para escucharle. Eugenio Vegas Latapié, que había acompañado a Pemán, se encontraba en la tarima. Felisa Unamuno se hallaba entre los espectadores.

«El primer orador, el catedrático de historia José María Ramos Loscertales, citó al escritor del siglo XVII Gracián, quien se había referido un tanto despectivamente a vascos y catalanes —cuenta Vegas Latapié—. Al terminar dicha cita, vi que Unamuno se sacaba un sobre del bolsillo y empezaba a escribir en el dorso. Me pregunté qué estaría haciendo, ya que no estaba previsto que él tomara la palabra…»

Juan Crespo: «Me imaginé que iba a dibujar algo o a hacer una flecha de

papel con el sobre azul. Era un buen dibujante. Siguió haciendo algo con el lápiz, pero me volví para escuchar al orador…»

Pocos —por no decir ninguno— de los que se hallaban en la sala podían saber que el sobre azul que Unamuno tenía en la mano contenía una nota escrita por la esposa de un pastor protestante de Salamanca, al que habían arrestado y a quien Unamuno trataba de ayudar. La nota decía que a su marido, Atilano Coco, lo acusaban de ser masón, lo cual era cierto, ya que había ingresado en la masonería unos quince años antes, en Inglaterra. Unamuno le aconsejó que fuese a ver al obispo católico, pero ella le había dicho que el obispo se negaba a recibirla. Al sacar el sobre, sabía que prácticamente no había ninguna esperanza de salvarle.

Felisa Unamuno: «Cuando Pemán terminó de hablar, mi padre se puso súbitamente de pie y dijo que tenía que hablar, ya que un vasco —él mismo— y un catalán —el obispo Pla y Deniel— estaban en el estrado. Aunque no formaba parte del programa, el gesto de mi padre no me sorprendió. De hecho, lo que me habría sorprendido es que no hubiera hablado, ya que aprovechaba todas las oportunidades para hacerlo. Tanto más en aquel momento, en que era necesario protestar…».

Vegas Latapié: «Dijo que uno de los oradores había hablado en términos despectivos de los vascos y los catalanes. Ello era una descortesía enorme… La guerra civil era una guerra incivil. En España se estaban cometiendo muchos actos de crueldad. "Vencer no es convencer"….».

Felisa Unamuno: «"Hay odio pero no hay compasión". Y el odio sin compasión no podía convencer. Conquistar no era convertir. España y la anti-España estaban tanto en un bando como en el otro. En ambos eran las mujeres las que estaban dando un ejemplo lamentable: las de un bando iban al frente a disfrutar del espectáculo de la muerte; las del otro, luciendo a veces insignias religiosas, iban a ver las ejecuciones públicas[7]. Se odiaba la inteligencia…».

Juan Crespo: «"Habláis de los vascos y de los catalanes", prosiguió aludiendo a los comentarios sobre la España y la anti-España, "pero tenéis aquí a vuestro obispo, que es catalán, para enseñaros la doctrina cristiana que no queréis aprender, y a mí, que soy vasco, que me he pasado la vida enseñándoos a leer y a pensar en la lengua española que desconocéis"…».

Felisa Unamuno: «Apenas llevaba unos minutos hablando cuando el general Millán Astray, que también estaba en el estrado, se puso a gritar "¡Dejadme hablar! ¡Dejadme hablar!". Mi padre no se había dirigido al general en ningún momento…».

Juan Crespo: «Desde la puerta vi que el general, fundador de la Legión, se ponía en pie y se volvía hacia Unamuno. Como siempre, los modales de Millán Astray eran exagerados. Todo el mundo huía de él cuando le veían venir por la calle… con su único brazo, su única pierna, su único ojo. Se hacía pesado con sus arengas patrióticas. Te cogía por el brazo y hablaba y hablaba sin parar. Pero en aquel momento se le veía claramente enojado y tartamudeante…».

Felisa Unamuno: «Empezó diciendo cosas que resultaban imposibles de seguir. Estaba loco. Eso lo sabía cualquiera que le hubiese oído en la Plaza Mayor gritando "¡Todos a besarse! ¡Todos a abrazarse!". Pero entonces, inesperadamente, gritó "¡Mueran los intelectuales! ¡Viva la muerte!"…»[8].

Vegas Latapié: «"¡Muerte a los intelectuales traidores!" Se armó un griterío espantoso, tanto que, pese a estar cerca de él, no pude oír lo que dijo a continuación. Los oficiales del ejército desenfundaron las pistolas. Estaba claro que todo el mundo pensaba que el grito iba dirigido a Unamuno. De pronto pareció posible que la vida de Unamuno corriera peligro…».

Juan Crespo: «El guardaespaldas de Millán Astray, un suboficial legionario panzudo y bajito, que estaba dando cabezadas detrás del general, se levantó de un salto al oírle gritar. Automáticamente apuntó a Unamuno con su metralleta…».

Vegas Latapié: «Millán Astray volvió a gritar: "¡Unamuno, coge del brazo a la esposa del jefe del estado!"…».

Juan Crespo: «La esposa de Franco se levantó con una altivez, una elegancia, que dudo que pudiera repetir. Con una mano hizo un gesto indicando al legionario que dejase de apuntar con la metralleta y con la otra mano cogió a don Miguel del brazo. Unamuno parecía al borde del colapso. Tenía la cabeza hundida entre los hombros. Con la otra mano ella hizo un gesto que supusimos era para llamar a su guardia. Formamos alrededor de la pareja. Nuestro teniente, quizás siguiendo instrucciones de doña Carmen, se colocó al otro lado de Unamuno y le rodeó los hombros con el brazo. Tuvimos que utilizar las culatas de los fusiles para contener la avalancha de espectadores. Se oían gritos y exclamaciones por doquier. "¡Rojo! ¡Cabrón!" La esposa de Franco abrió la portezuela de su automóvil oficial y le dijo al teniente que llevase a Unamuno a su casa, que ella regresaría al palacio andando…».

Felisa Unamuno: «Sentía una rabia tremenda dentro de mí. Oír que insultaban a mi padre, oír que, en la mismísima universidad, alguien gritaba "¡Mueran los intelectuales!", y que una sola persona, el profesor Bermejo, protestaba… Pero no me preocupó la posibilidad de que el incidente tuviera

repercusiones serias para mi padre. A tanto no se atreverían. Ya llevaban en las manos el estigma del asesinato de Lorca…».

A la hora del almuerzo Unamuno estaba excitado y nervioso. La familia trataba de no contarle demasiadas cosas de lo que sabían que estaba ocurriendo porque él no quería oírlas. «No hay nada que yo pueda hacer», decía. No hacía mucho que había sido llamado a presencia de Franco y había protestado por los asesinatos y las ejecuciones. Visitaba casi a diario a la hija de Filiberto Villalobos, que había sido ministro de Educación en el gobierno de centroderecha de antes de la guerra y que ahora estaba en la cárcel. «Los rojos», le dijo un día, según ella me contó más tarde, «son del color de la sangre, dicen; pero esta gente es del color del pus… y no sé cuál de las dos cosas es peor».

Después de almorzar, Unamuno, como de costumbre, se fue al casino para participar en la habitual tertulia con sus amigos. Su aparición provocó gritos entre los socios: «¡Rojo! ¡Traidor! ¡Echadle de aquí! ¡No es español!»… Su hijo, Rafael, oyó los gritos e inmediatamente acudió al lado de su padre para acompañarle fuera. El anciano insistió en salir por la puerta principal. Durante los dos meses y medio siguientes, hasta su muerte, Unamuno se quedó en casa. Colocaron un policía de guardia, según dijeron para protegerle. El casino tachó su nombre de la lista de socios. El claustro de la universidad se reunió y le «retiró su confianza», acordando pedirle al general Franco que designase un nuevo rector. A los dos meses de su expulsión por el gobierno republicano, fue expulsado por los nacionalistas.

Felisa Unamuno: «Moralmente, si no físicamente, le mataron. Cuando mis dos hermanos que estaban en Madrid supieron la noticia de su muerte se imaginaron que los nacionalistas le habían matado. Ambos se alistaron voluntariamente en el ejército rojo. Uno de ellos resultó herido casi al llegar al frente y perdió un ojo…».

Los falangistas pidieron permiso a la familia para llevar a hombros el féretro. Cuando éste fue colocado en el nicho, un falangista hizo el saludo fascista y gritó "¡Camarada Miguel de Unamuno!". "¡Presente!", contestaron los otros, saludando.

Rafael Unamuno: «Creo que lo hicieron para demostrar que el nuevo régimen, especialmente la Falange, no era responsable de la muerte de mi padre. Había falangistas que se consideraban de izquierdas y eran conscientes de la estatura intelectual de mi padre. En mi opinión, quisieron mostrar solidaridad con él e impedir que su muerte fuese utilizada contra el régimen…»

De todos modos, fue una ironía final. Durante los últimos meses de su vida poco o nada había procurado ocultar su odio a la Falange, a la que tenía por principal responsable de los asesinatos en la retaguardia.

En dos cartas dirigidas a un mismo corresponsal durante el mes anterior a su muerte llamaba al nuevo estado «régimen estúpido de terror», a la guerra «militarización imperialista-pagana al estilo africano» y «campaña contra el liberalismo, no contra el bolchevismo». Si bien conservaba su fe en Franco, temía que la dictadura, al igual que en Italia, llegase a representar «la muerte de la libertad de conciencia, de la libertad de investigación, de la dignidad del Hombre»[9].

Decreto de colectivizaciones

Y CONTROL OBRERO

La criminal sublevación militar del 19 de julio ha producido un trastorno extraordinario en la economía del país… La acumulación de riqueza en manos de un grupo de personas cada vez mayor iba seguida de la acumulación de miseria en la clase trabajadora, y por el hecho de que aquel grupo por salvar sus privilegios no ha dudado en provocar una guerra cruenta, la victoria del pueblo equivaldrá a la muerte del capitalismo.

Barcelona, 24 de octubre de 1936.

JOAN P. FÀBREGAS JOSEP TARRADELLAS Consejero de Economía Consejero Primero *Diari Oficial de la Generalitat de Catalunya*

(28 de octubre de 1936).

El colectivismo que vivimos en España no es el colectivismo anarquista, es la creación de un nuevo capitalismo más inorgánico que el viejo sistema capitalista que acabamos de destrozar… Está hoy plenamente comprobado que no existe dentro de nosotros ningún ajuste, ningún apego, ningún respeto a la moral libertaria que nosotros decimos defender o sustentar; y no existe porque las

colectividades ricas se desentienden en absoluto de toda clase de deberes y de toda clase de obras mancomunadas y solidarias con aquellas colectividades pobres; y no existe porque nadie entiende de economía en general, de complejos económicos, de la dependencia de unas industrias con otras …

HORACIO PRIETO ,exsecretario

del comité nacional de la CNT

(6 de enero de 1938).

El que cal no és proclamar el fracás de les col-lectivitzacions, ans fer tot el que calgui per tal que el profund sentit socialitzant que informa el Decret esmentat i les altres disposicions complementàries sigui compres per la majoria dels treballadors, i s'adaptin i es capacitin per a dirigir per ells mateixos llurs propis destins …

ALBERT PÉREZ BARÓ,

artículo inédito(noviembre de 1937).

BARCELONA

La revolución —palabra a la que tan a menudo se le atribuye un solo significado— era objeto de diversas definiciones durante su organización cotidiana en Cataluña. Los militantes, cuyo empuje en la toma de fábricas y empresas había hecho que Barcelona funcionase «normalmente» en unos pocos días, interpretaban a su modo el momento revolucionario. Colectivización, socialización, cooperativización… Pocas eran las personas capaces de dar una definición precisa del significado de los distintos términos que se empleaban. Pero una cosa dominaba la revolución libertaria: la práctica de la autogestión, es decir, la

administración de fábricas e industrias por parte de los propios obreros. Haber tratado de desposeerlos de ese derecho, reflexionaba Albert Pérez Baró, funcionario políticamente independiente y con un largo historial en el movimiento obrero, habría sido igual que colocarse indefenso ante una inundación.

«Pero, al mismo tiempo, no era posible dejar que cada fábrica y empresa fuese dirigida según el capricho de los obreros que se habían hecho cargo de ella o por sus propietarios particulares: ello no habría producido más que el caos. Había que dotar de una estructura a lo que había ocurrido…»

Esta estructura se obtendría con el Decret de Col. lectivitzacions i Control Obrer d'Indústries i Comerços, aprobado el 24 de octubre de 1936. El decreto era algo único en la zona del Frente Popular. Fuera de Cataluña, en ninguna parte se dio una situación legal a las empresas colectivizadas.

Al amparo de la nueva ley, quedaban automáticamente colectivizadas sólo las industrias y firmas comerciales (la ley no era aplicable a los bancos y a la tierra) en las que trabajasen más de 100 obreros o cuyos dueños hubiesen huido o hubiesen sido declarados insurgentes. Las empresas con menos trabajadores podían optar por colectivizarse si se llegaba a un acuerdo entre la mayoría de los trabajadores y el propietario o propietarios. En las firmas en las que trabajaban de 50 a 100 obreros era necesario que la decisión la tomase el 75 por ciento de la fuerza laboral. Unos consejos de empresa, elegidos por una asamblea de los trabajadores que representara a todos los sectores de la empresa, administrarían la fábrica colectivizada, «asumiendo las funciones y las responsabilidades de los antiguos consejos de administración». De acuerdo con los obreros, se elegía un interventor de la Generalitat en cada consejo. Las empresas colectivizadas (y las firmas particulares bajo el control de los obreros) en cada sector de la industria estarían representadas por una Federación Económica, por encima de la cual habría un Consejo General de Industria que controlaría estrechamente la totalidad de la industria. El 50 por ciento de los beneficios de una firma colectivizada iría a una Caja de Crédito Industrial y Comercial que tendría que financiar a toda la industria catalana. El 20 por ciento pasaría al fondo de reserva y depreciación de la empresa colectivizada. El 15 por ciento se destinaría a atender las necesidades sociales de la colectivización y el 15 por ciento restante sería destinado a lo que los obreros decidieran en asamblea general. Las pequeñas empresas no serían colectivizadas; un comité obrero de control estaría encargado de controlar la producción, las condiciones de trabajo y las finanzas.

El decreto, a juicio de Pérez Baró, no hacía otra cosa que legalizar la situación existente, toda vez que las colectivizaciones ya eran un hecho. Trató de coordinar, codificar y unir en una sola práctica lo que anteriormente dependía de

la interpretación de cada uno de los sindicatos o comités obreros.

«Y había tantas interpretaciones como se quisiera. La actitud de muchos obreros no cualificados de la CNT podría resumirse con las palabras "*Ja está bé*[10]". "La revolución está hecha". Y se quedaban esperando el maná del cielo. Luego estaban los comités obreros más militantes que dirigían las empresas como si fuesen suyas, mientras que otros dejaban el control virtualmente en manos del propietario, limitándose a cambiar este título por el de "gerente". Había también comités que, empleando una medida demagógica decretada por la Generalitat y por la que ésta se comprometía a pagar a los obreros los jornales correspondientes a los días de huelga a raíz del 19 de julio, se limitaban a presentar sus listas semanales de salario a la Generalitat, que a su vez seguía pagándolos en vez de procurar poner las empresas en marcha[11]. Cuando se aprobó el decreto, a los tres meses del inicio de la revolución, gran número de pequeñas empresas (de tipo artesanal principalmente) ya habían pasado a poder de la CNT (e incluso de la UGT). Estas empresas no fueron devueltas a sus propietarios, lo que posteriormente conduciría a fuertes ataques por parte de los representantes de la pequeña burguesía. Estos ataques obstaculizaron seriamente la aplicación del decreto…»

Pérez Baró, que fue nombrado secretario de la comisión encargada de supervisar la aplicación del decreto, creía que la nueva estructura debía buscar el consenso entre los anarquistas, los comunistas y los pequeños burgueses.

«Ni colectivización total, ni socialización ni nacionalización. La propiedad de la industria no estaba en manos de los sindicatos, los obreros o el estado. Pertenecía a la sociedad en general. El capitalismo no fue abolido por completo, pero su papel quedó muy minimizado. La premisa básica del decreto era que la clase obrera debía ser suprema…»

Desde el principio la CNT había dejado entrever ciertas ambigüedades, a nivel tanto local como nacional. A nivel nacional Madrid había invocado la línea anarcosindicalista «clásica» de *socialización* de la gran industria, el comercio y los transportes. Con ello quería decir que tales sectores debían ser dirigidos por los sindicatos (aunque no propiedad de éstos) y que debía existir un control obrero de las empresas privadas y de la planificación de la gran industria. Barcelona, por otro lado, proponía la *colectivización* de todas las empresas sin distinción, con la entrega de los beneficios a un fondo común administrado por el Consejo de Economía de Cataluña, que había sido creado a mediados de agosto bajo los auspicios del Comité de Milícies Antifeixistes con el fin de poner orden en la economía catalana.

Era dudoso que antes de entonces la CNT hubiese contemplado seriamente

la colectivización de la industria (en contraposición con la agricultura). Joan Ferrer, quien en calidad de secretario del sindicato de empleados de comercio de la CNT había participado en la absorción y dirección de los grandes almacenes de la ciudad, asistió a un pleno del comité regional de la CNT en septiembre, en el que se produjo una acalorada discusión entre los que abogaban por la *socialización* y los que lo hacían por la *cooperativización*. Los sindicatos mayores y más poderosos, tales como el de los trabajadores de la madera, del transporte y de espectáculos, todos los cuales ya habían socializado sus industrias, querían extender su solución al resto de la industria. Los sindicatos más débiles y pequeños querían formar cooperativas, argumentando que éstas conservarían la identidad de cada empresa.

«Dado que la reunión no pudo llegar a una decisión, se formó un comité *ad hoc*, del que yo era miembro, con el fin de resolver el problema. Nos pasamos treinta horas sin descansar ni dormir y, finalmente, se sugirió el concepto de la colectivización. Creo que fue Fàbregas quien lo hizo. Hasta entonces nunca había oído decir que la colectivización fuese una solución para la industria: los grandes almacenes eran dirigidos por el sindicato. Lo que significaba el nuevo sistema era que cada una de las empresas colectivizadas conservaría su carácter individual, pero con el objetivo último de federar a todas las empresas dentro de la misma industria…»

Fábregas, que era uno de los tres representantes de la CNT en el Consejo de Economía y que pronto sería consejero de Economía en el gobierno de la Generalitat, presentó la propuesta como una especie de «terreno neutral» en el que todos pudieran estar de acuerdo, según Ferrer. El éxito le acompañó en este sentido, pero no impidió que los sindicatos que ya habían socializado —entre los que se contaban los barberos y panaderos, que habían cerrado los comercios pequeños y reagrupado su industria en grandes comercios bajo su dirección— siguieran adelante con su socialización en vez de hacer caso al decreto de colectivizaciones.

«Sería decir mucho afirmar que alguna vez la CNT tuvo una política general sobre lo que había que hacer en la nueva situación. Se mostró ambigua con respecto al mismo decreto de colectivización —opinaba Pérez Baró—. Si bien mandó sus representantes al Consejo de Economía (algunos de los cuales, como fue el caso de Andreu Capdevila, hicieron cuanto pudieron para que se cumpliera el decreto), la CNT, al mismo tiempo, siguió persiguiendo sus propios objetivos unilaterales, que eran distintos[12]. "Colectivización sindical" o "colectivizaciones sindicalizadas", los llamaría yo. Es decir, empresas colectivizadas dirigidas por los sindicatos respectivos, como si a ellos perteneciesen. Así, pues, la política de la CNT no era la que el decreto perseguía, y ello causó innumerables problemas[13]. Sin embargo, al dar una estructura legal a la colectivización, Cataluña se embarcó

en una experiencia social revolucionaria cuyos únicos antecedentes eran la Comuna de París y la revolución rusa de 1917…»

MILITANCIAS 6

ANDREU CAPDEVILA, obrero textil (CNT).

Andreu Capdevila, que trabajaba como obrero en la fábrica barcelonesa de la Compañía de Hilaturas Fabra y Coats, había sido llamado por el comité regional de la CNT para que ocupase un cargo político en el Consejo de Economía de Cataluña, el cual estaba elaborando el borrador del decreto de colectivización. Él, que jamás había tenido el menor contacto con ningún partido político, que en las jornadas electorales tenía por norma invariable salir de la ciudad al amanecer y emprender una excursión a pie por las montañas «para evitar la farsa, el soborno y la coacción, el engaño al pueblo que estaba siendo utilizado por los partidos políticos», ahora se veía requerido a formar parte de una organización oficial.

Contestó al comité regional que en su puesto de trabajo hacía una labor mejor que la que podría llevar a cabo en el consejo. En la fábrica empezaban a surgir problemas a causa del marcado descenso de las ventas, ya que gran parte del país —y del mercado— había caído en manos de los insurrectos… Se continuaba trabajando la jornada completa, pero el grueso de la producción quedaba en reserva. Aunque la fuerza laboral había ingresado en el sindicato durante los últimos dos años (antes los miembros de la CNT en la sección de tintes no pasaban de los 125), los 2000 trabajadores de la fábrica eran conocidos por su «conservadurismo» y no querían oír hablar de colectivización. Sabía que las condiciones eran relativamente mejores que en otras plantas textiles, ya que la compañía, que era de propiedad británica, había hecho concesiones: una semana laboral de 55 horas en vez de 60, guarderías para las mujeres con sus hijos pequeños, regalos de Navidad para los hijos de todos los obreros. Existía una larga tradición de padres e hijos que iban sucediéndose como obreros de la compañía, lo cual hacía que la fábrica fuese una especie de gran familia.

«Conocía la psicología de mis compañeros de trabajo y podía ser útil allí. Deseaba satisfacer sus aspiraciones, por lo que no quería que se colectivizase la fábrica. Habíamos creado un comité obrero de control al principio, mediante el

cual se habían resuelto varios problemas, pero el aspecto técnico seguía en manos de la antigua dirección. Sin embargo, con las ventas reducidas a la mitad y la cuenta bancaria de la compañía casi vacía, teníamos que hacer frente a la necesidad imperiosa de asegurar el jornal de los obreros. Los propietarios ingleses no daban señales de vida. Acudimos a la dirección local y se nos comunicó que la compañía madre de Inglaterra esperaba que en lo sucesivo trabajásemos sólo tres días a la semana…»

El comité obrero convocó una asamblea general que decidió enviar a dos de los directores locales a Marsella, donde se entrevistarían con representantes autorizados de la compañía-madre a los que presentarían tres alternativas: que la fábrica trabajase tres días y a los obreros se les pagase la semana entera; que se siguiera trabajando la semana completa y poniendo la producción en reserva; o que el sobrante de lo producido durante la semana completa se enviase a Inglaterra para su reexportación. Fuese cual fuese la solución que se eligiera, mientras durase aquella situación anormal la compañía debía estar de acuerdo en pagar los jornales enteros.

«Regresaron los dos directores. La compañía-madre se mostraba intransigente. Hizo una sola concesión: que trabajásemos tres días y cobrásemos cuatro…»

Se convocó otra asamblea general El comité obrero dejó bien claro que la actitud de la compañía le parecía absurda. Los obreros reunidos decidieron que no estaban dispuestos a pasar apuros en provecho de la compañía y los accionistas, los cuales habían estado obteniendo beneficios considerables durante años. Si alguien debía sacrificarse, tendrían que ser los capitalistas. Los obreros decidieron por aclamación colectivizar la fábrica.

«Mientras estaba pasando todo esto me llamó el comité regional para que ocupase el cargo. Mis conocimientos de economía eran muy limitados. Yo era obrero. Nunca había sido partidario de que la CNT entrase en alguna clase de organización oficial o en el gobierno. O hacíamos nuestra revolución total o seguíamos en la oposición. Todas las mejoras sociales nacen de la presión que ejercían las masas en la calle y de ninguna otra parte. La política corrompe, el poder corrompe…»

Mientras tanto, se había creado un consejo de empresa que ahora se encargaba de dirigirla, aunque los antiguos directores seguían en sus puestos. Uno de los primeros pasos que se dieron fue abolir el trabajo a destajo, objetivo por el que llevaban mucho tiempo luchando los sindicatos textiles de la CNT. Durante la primera semana la producción bajó en un 40 por ciento.

«Habíamos calculado que si no bajaba en más de un 25 por ciento sería posible fijar un salario justo para todos. Pero con un descenso del 40 por ciento era imposible. Anunciaba el derrumbamiento de la colectivización. Convocamos asamblea general, pedimos a los obreros que no defraudasen los intentos colectivos que el proletariado español estaba realizando para alcanzar la justicia social. Durante varias semanas no hubo ningún incremento de la producción. Teníamos que recorrer la fábrica arengando a los obreros. Al final consiguieron aumentar la producción hasta un 70 por ciento de su nivel anterior…»

A raíz de la colectivización observó una gran diferencia en los obreros. Antes de la guerra ninguno de ellos «sabía hablar». Si había que hacer una reivindicación, él, Capdevila, o alguno de sus compañeros del sindicato tenía que entrevistarse con la dirección. Mientras funcionó el comité obrero de control, el grueso de la fuerza laboral siguió sin decir palabra. Pero en cuanto se colectivizó la fábrica y se celebraron asambleas generales, todo el mundo empezó a hablar.

«Era asombroso. Todo el mundo se convirtió en un loro, todo el mundo quería decir lo que pensaba y sentía. Evidentemente, ahora eran conscientes de estar a cargo de las, cosas y de que tenían derecho a hablar por sí mismos…»

El comité regional de la CNT volvió a telefonearle. Había poquísimos cuadros dignos de toda la confianza de la CNT y le necesitaban.

«Pasé varias horas preso de un nerviosismo terrible. Sabía que no tenía formación suficiente para hacerme cargo de la economía. Sabía también que, en la situación revolucionaria que estábamos viviendo, en la que los trabajadores tenían que hacerse cargo de la economía, los problemas como el mío surgirían inevitablemente, sobre todo habida cuenta de que la mayor parte de la clase obrera era analfabeta. Yo había empezado a trabajar sin apenas saber leer o escribir y me había revelado al ver las injusticias que se hacían a los obreros, especialmente a las mujeres. Había ingresado en el sindicato de tintoreros, como se llamaba entonces, y trabé amistad con anarcosindicalistas, vegetarianos, nudistas. Crecí en esta clase de ambiente. No fumé jamás, nunca probé el alcohol y pasé la vida trabajando y estudiando pacíficamente con mi compañera… Tuve oportunidad de hacerme hombre de negocios, capataz, pero siempre me negué. Vivía de mi trabajo, nunca exploté a los demás. Era anarquista, pero a pesar de ello aborrecía la violencia. Antes de la guerra, siempre me opuse a los pequeños grupos que trataban de hacer la revolución libertaria por medios violentos. No era treintista[14], pero creía que la revolución tenía que surgir del proletariado entero y que era necesario hacer un gran esfuerzo para aumentar el nivel de comprensión del proletariado para que estuviera preparado para la revolución… Desde los 13 años, que eran los que tenía cuando entré en la CNT, creía que, para que el hombre viviera de conformidad con

las leyes de la naturaleza, para que viviera en el mutuo respeto, había que poner fin a la explotación del hombre por el hombre. Para vivir sanamente, para disfrutar de una conciencia tranquila, un hombre debe vivir sobriamente…»

Cuando llegó al Consejo de Economía, Joan P. Fàbregas le comunicó que sería su presidente en funciones. Al cabo de un mes presentaba a debate el borrador del decreto de colectivización. El debate duró hasta las tres de la madrugada. Fue acalorado.

«El PSUC y la Esquerra lucharon con extrema dureza para reducir el número de empresas colectivizables, mientras que la CNT-FAI defendían un decreto lo más radical posible[15]. Si la CNT se había mostrado conforme con la colectivización era porque no podiamos *socializar*, como teníamos por objetivo. Los obreros se habían hecho cargo de las fábricas como cuestión de vida o muerte, pero la victoria no correspondía exclusivamente a la CNT. Por consiguiente, no podíamos encargarnos de controlar a toda la economía española, no podíamos socializar…»

La colectivización, a su juicio, puso orden en la caótica situación en la que los sindicatos se hacían cargo de las empresas por su propia cuenta. Todos los partidos y organizaciones acordaron solemnemente respetar la letra y el espíritu de la nueva ley, «pero a los tres meses los partidos republicanos la obstruían sistemáticamente y, poco después, los comunistas la saboteaban».

¿Por qué la CNT, que pretendía la colectivización total de la economía catalana, había hecho concesiones?

«Debido a nuestra concesión originaria. Desde el momento en que Companys ofreció el poder a la CNT y ésta lo rechazó, la posición de la CNT se hizo trágica. Companys era un político mucho más listo que cualquiera de nosotros. A sabiendas de que no podíamos hacer nuestra revolución total, aceptamos un compromiso y a partir de entonces cada uno de los partidos políticos se sintió capaz de maniobrar y conspirar contra nosotros. No podían vernos, porque nos oponíamos a la política. Cuando la guerra comenzó a ir mal, cuando los aspectos sociales de la revolución asustaron a Inglaterra y Francia, que nos impusieron su comité de no-intervención, también nosotros, poco a poco, empezamos a perder poder… El capitalismo internacional estaba decidido a hacer cuanto pudiera para que fracasara la economía colectivizada de Cataluña. No lo digo porque sí. Un día, hablando con uno de los exdirectores españoles de mi propia compañía, le dije que no alcanzaba a comprender por qué la compañía-madre de Inglaterra había mostrado tal intransigencia, una intransigencia que había conducido a la colectivización de la fábrica. "Es usted un hombre de buena fe, Capdevila", me dijo, "pero un poco ingenuo. Lo que a usted se le antoja

absurdo a mí me parece completamente natural. El consejo de administración de la Coats reconoció la justicia de las propuestas de los obreros. Pero no se trata de una disputa entre la compañía y sus obreros; lo que está en juego es la vida o la muerte del capital internacional mismo. Todos los monopolios capitalistas han llegado a un acuerdo para boicotear la zona roja y prestar su apoyo incondicional a Franco, que representa la continuidad del capitalismo. Lo que ha hecho la compañía ha sido, sencillamente, cumplir con dicho acuerdo'… No se equivocaba. Traté de llegar a un acuerdo con otras dos compañías internacionales y rehusaron discutir el asunto o llegar a un acuerdo con sus obreros»[16].

Como miembro del Consejo de Economía, Capdevila cobraba 1000 pesetas mensuales. El comité regional de la CNT decidió que todo aquel de sus militantes que ingresara en una organización oficial y cobrase más de lo que le pagaban en su anterior empleo entregase el saldo al comité. Al cobrar la primera paga, se dirigió a entregar el saldo al comité, pero le dijeron que no se preocupase, que «era simplemente un acuerdo, pero no iba a ponerse en práctica».

«Eso no era lo más importante. El verdadero problema eran las posibilidades de corrupción que un puesto oficial brindaba: el caso del hombre de Reus que me ofreció un tanto por litro de aceite de oliva si le conseguía una licencia de exportación; las mujeres que venían a verme tratando de salvar al marido o a los hermanos y que me decían: "Bueno, si no podemos resolver el asunto aquí, venga a mi casa…". Y de sobras sabías en qué consistía la proposición. Las arrojaba de mi despacho. Si te comprometes una vez, la cosa no tiene fin. Todas esas jugadas sucias, asquerosas, que la política lleva consigo y que no hacen más que estafar al pueblo. Habría podido hacer millones, pero llegué a Francia sin un céntimo en el bolsillo al terminar la guerra. Nunca me permití perder mi personalidad moral».

Con o sin la bendición del decreto de colectivizaciones, en Barcelona la revolución lo estaba colectivizando o socializando todo, desde la industria textil a las carreras de galgos.

La industria textil, base de la riqueza de Cataluña, daba trabajo a más de 200 000 obreros (casi el triple de los que trabajaban en la ingeniería, que era la segunda industria en orden de importancia). Ante ella se alzaban problemas graves. El grueso de sus materias primas dependía de la importación, a la vez que dependía del resto de España para la venta del producto acabado. Y aproximadamente un tercio del resto de España se hallaba en manos de los sublevados. La industria ya estaba en apuros antes de que estallase la guerra. Cuando los obreros se hicieron cargo de La España Industrial, una de las mayores plantas textiles de Cataluña, se encontraron con que en la cuenta bancaria de la compañía sólo había dinero para pagar a los 2500 obreros durante una quincena[17].

Luis Santacana, el militante de la CNT que trabajaba en la empresa y que en una asamblea general de trabajadores había propuesto que éstos se hicieran cargo de la fábrica porque los directores y gerentes habían huido, sabía que la empresa dirigida por los trabajadores se había salvado gracias a haberse descubierto en la fábrica una cantidad considerable de existencias, que fueron vendiendo poco a poco a medida que se necesitaba dinero para pagar los salarios.

«Eso y el trabajo para la industria bélica[18]. Durante los tres años que duró la guerra ni una sola vez dejó de pagarse el salario semanal completo a los obreros, incluso cuando solamente se había podido trabajar tres días…»

Aunque la fábrica pasó a manos de los obreros durante los primeros momentos de ardor revolucionario, no fue colectivizada hasta la publicación del decreto. A su modo de ver, era poca la diferencia interna entre las dos situaciones: el comité obrero se convirtió en el consejo de empresa en el cual, contrastando con el pasado, había un supervisor de la Generalitat que cada tres meses informaba sobre el estado de las finanzas, existencias, producción, etc. La diferencia más importante radicaba en que la conquista revolucionaria de las fábricas por parte de los trabajadores recibió ahora una situación legal al amparo del decreto.

Los miembros del comité obrero y posteriormente los del consejo de empresa siguieron, sin ninguna excepción, haciendo su trabajo normal. Las reuniones las celebraban los sábados después del trabajo. La excepción la constituía un miembro delegado permanentemente para que estuviera de servicio en la oficina.

«Algunos han dicho que la colectivización significaba que donde antes había un solo jefe ahora había una docena. Los que dicen eso no dicen la verdad. Yo me consideraba un servidor de la empresa colectivizada. No pedía ni esperaba ninguna recompensa económica. A nivel técnico sabía que no estaba suficientemente capacitado para ser uno de los que llevaban la fábrica. En toda mi vida sólo había ido seis meses a la escuela. Pero en lo relativo a las cuestiones sociales y económicas, y en cierta medida incluso las administrativas, me consideraba lo bastante capacitado. Creo que mis posibles deficiencias las compensaba con voluntad, entusiasmo y buena fe…» [19]

Para los problemas técnicos, estaban los 20 técnicos de la fábrica que permanecían en sus puestos y a ninguno de los cuales se le había despedido. «El sindicato había dicho que "cada cual en su lugar y a lo suyo". Sabíamos muy bien que nos hacían falta los técnicos si queríamos que la fábrica siguiera produciendo. Se les dieron dos puestos en el consejo de empresa. Hicieron algunas mejoras en la maquinaria anticuada y construyeron duchas para los obreros». El personal

administrativo también tenía dos representantes en el consejo, mientras que los trabajadores manuales tenían ocho. Con frecuencia los técnicos y los administrativos perdían las votaciones por ocho a cuatro.

Las diferencias salariales se redujeron, aunque no se eliminaron. Debido a las dificultades económicas, era imposible subir los salarios de los obreros. En vez de ello, se pidió a los técnicos y administrativos que bajasen los suyos. A modo de respuesta propusieron una reducción del 20 por ciento.

«Eso fue algo magnífico. Se consiguió sin ninguna violencia por nuestra parte. El dinero ahorrado lo utilizamos para pagar pensiones a los obreros que deberían haberse retirado mucho tiempo antes, pero que no podían hacerlo porque no existía la seguridad social ni subsidios de retiro. Al retirarse se les pagaba el sueldo completo…»

Santacana creía que el salario debía ser «único» porque así era «lo más perfecto en términos de justicia económica». Si las necesidades eran iguales, ¿por qué no debía serlo el salario?

«Nosotros los libertarios tenemos una máxima que es obligatoria: cada cual producirá de acuerdo con su capacidad, cada cual consumirá de acuerdo con sus necesidades… La producción es como un reloj: cada una de sus piezas es interdependiente y, si una de ellas falla, el reloj deja de indicar la hora. Siendo tantas y tan distintas las tareas que ejecutan los obreros, es muy difícil determinar cuál de ellos es el más importante. ¿El minero que extrae el carbón? ¿El trabajador que lo transporta a la fábrica? ¿El fogonero que lo echa en el horno de la fábrica? Si fallase alguno de ellos, el proceso quedaría detenido. A todos debería pagárseles igual y la única diferencia debería depender de si el hombre es soltero o está casado y tiene familia dependiente… El dinero, al fin y al cabo, sólo tiene un valor representativo; el valor real es lo que se produce…»

Pero en su fábrica no fue posible introducir el salario «único» porque éste no se generalizó en la industria. Las mujeres de la fábrica siguieron cobrando del 15 al 20 por ciento menos que los hombres, y los trabajadores manuales menos que los técnicos.

«Como era inevitable, la colectivización no pudo resolver todos los problemas. Había gente que carecía de autodisciplina, de una conciencia de lo que se le pedía. En cierta ocasión un mecánico robó una llave inglesa. Le dije que aquello ya no era robar a los capitalistas, sino robarse a sí mismo y a sus compañeros. Bajo el antiguo régimen lo habrían puesto de patitas en la calle inmediatamente. "Por favor, por favor, no vuelvas a robar"…»

A los quince días el hombre volvió a robar y Santacana tuvo que tomar medidas disciplinarias. Le dijo que la colectividad no lo echaría porque tenía hijos pequeños y necesitaba el sueldo semanal. En vez de despedirle, lo trasladarían a otra sección: la de limpieza. Pero eso habría que notificarlo públicamente.

«"Escribirás tu nombre completo en la pizarra, debajo escribirás que has robado dos llaves inglesas y que por esto se te ha trasladado a una sección en la que no tendrás ocasión de robar más"… "¡No, no!", exclamó. "¡La pizarra no!" "Sí", le dije. "No te hará ningún daño escribir tu nombre en ella". No hubo más casos de indisciplina. La amenaza de la pizarra resultó suficiente…»

El consejo de empresa convocaba asambleas bimensuales o trimestrales[20]. A ellas asistían todos los trabajadores y se celebraban en algún cinc o teatro. Su finalidad era explicar el estado actual de la producción, existencias, recursos, etc. Tres o cuatro meses después de que los trabajadores se hicieran cargo de la empresa, la factoría se vio reducida a trabajar tres días a la semana a causa de la escasez de materias primas, cuyo precio había subido al doble en algunos casos debido a la caída de la peseta republicana. Además de la escasez del algodón y de colorantes, también el carbón escaseaba. Las dificultades para recibirlo de Asturias eran casi insuperables y a veces la fábrica tenía que alimentar las calderas con madera. El sindicato textil de la CNT cuidaba de las ventas y de la importación de materias primas para la fábrica, aunque las empresas colectivizadas más pequeñas podían tratar directamente con otras empresas colectivizadas e incluso con individuos.

Al amparo del decreto, se consideraba que los consejos de empresa «asumían las funciones y responsabilidades de los antiguos consejos de administración». Los consejos eran responsables ante los trabajadores de la colectividad. Cada consejo designaba un director gerente para que llevase la planta día por día. El primer director nombrado por el consejo de empresa de La España Industrial no cumplió bien su cometido, de modo que se pidió a la sección técnica que presentase un nuevo candidato. Sugirieron que se nombrase a un técnico de tejidos que era hombre de ideas liberales; a su debido tiempo fue aceptado.

También al amparo del decreto, el consejo de empresa podía ser destituido por los obreros reunidos en asamblea general, o por el Consejo General de Industria en el caso de «incompetencia manifiesta». De hecho, raras veces sucedió así.

«Si alguna vez se hubiese producido en mi fábrica uno de estos votos de censura, yo habría sido el primero en renunciar a mi puesto y estoy seguro de que igual habrían hecho todos los demás. El comité no era una dictadura, sino que era

elegido por la base. Y era justo que pudieran destituir aquellos que tenían derecho a elegir. Al final de cada una de las asambleas generales se reservaba tiempo para "otros asuntos", por si algún obrero quería criticar la forma en que se estaban llevando las cosas o presentar un voto de censura. No se dio ningún caso de éstos en mi fábrica, y no sé de casos en ninguna otra fábrica. De todos modos, al amparo del decreto, cada año se elegía a la mitad del consejo…»

A juicio de Santacana, surgió cierta confusión relativa a la representación sindical de los trabajadores dentro de la empresa colectivizada. Antes de la guerra, en cada fábrica había un comité sindical. En muchas fábricas, al encargarse de ellas los obreros, dicho comité en bloque fue elegido para desempeñar el papel de comité obrero de control o consejo de empresa. Con frecuencia no se creaba luego un nuevo comité sindical…

«Debería haberse hecho, para que los trabajadores siguieran teniendo su representación sindical directa a la que acudir en caso de alguna queja laboral. Fue un fallo muy común en el área de Barcelona, un fallo consciente en no comprender cuál era la nueva situación creada por el hecho de que un sindicato pasara de la fase de lucha de clases a la autogestión, una confusión entre los dos papeles…»

Los obreros de una sección determinada de la fábrica elegían a sus propios capataces, a los que no se les permitía ganar más de lo que percibían antes. Sin embargo, su misión consistía en supervisar y no tenían que trabajar. Los capataces hacían de enlace entre la lección y el consejo de empresa para las cuestiones de índole técnica.

Hacia el final, cuando la fábrica apenas podía trabajar nada, los obreros se presentaban los viernes para cobrar su paga. Luego eran pocos los que acudían a las asambleas generales —«no tanto por apatía como por la necesidad de buscar comida»— hasta que el consejo de empresa anunció que los que no asistieran perderían un día de jornal…

Pero estos días sombríos eran aún cosa del futuro. Algunos de los problemas que surgían ante las empresas colectivizadas recién formadas fueron experimentados en los grandes almacenes. Joan Ferrer, secretario del sindicato de empleados de comercio de la CNT, tuvo ocasión de observarlos de cerca.

«Para algunos obreros era un *shock* psicológico el verse súbitamente libres de la tutela capitalista. Cambiando un individualismo por otro, a menudo creían que, ahora que los propietarios se habían marchado, ellos eran los nuevos amos. Aunque en este caso el problema afectase a los trabajadores no manuales, en modo alguno cabe decir que fuera exclusivamente de ellos…»

En cuanto el decreto entró en vigor su sindicato se retiró de la dirección de los almacenes, ya que el concepto de colectivización no aceptaba, en principio, la dirección por parte del sindicato. Esto, a juicio de Ferrer, era una ventaja, ya que los empleados, que tenían que elegir a su propio consejo de empresa, ahora se sentían más directamente implicados en la marcha de los almacenes. Para él, estar a las órdenes de un sindicato venía a ser casi lo mismo que estar a las órdenes del estado. Aunque a menudo los trabajadores se sentían los propietarios, también defendían a la empresa como si fuera suya.

«Los de la CNT opinábamos que todo debía partir del obrero y no, como piensan los comunistas, que todo debe ser dirigido por el estado. A tal efecto queríamos crear federaciones industriales (textiles, ingeniería, grandes almacenes, etc.) que estarían representadas en un consejo económico global encargado de dirigir la economía. De esta manera todo, incluyendo la planificación económica, permanecería en manos de los obreros»[21].

Se hizo un intento de federar los grandes almacenes; fracasó. Los consejos de empresa se opusieron por considerar que las empresas eran suyas y que no deseaban entrar en una federación.

«Era comprensible. Hacía sólo unos meses que se había echado por tierra la tradicional relación entre el patrono y el trabajador. Ahora se pedía a los trabajadores que dieran un nuevo salto hacia el concepto de la propiedad colectiva. Esperar que ello sucediera de la noche a la mañana era pedir mucho…»

En las asambleas generales se plantearon otros problemas relacionados directamente con los grandes almacenes: la fricción entre dependientes y gerentes, la discriminación sexual…, dependientas que se quejaban del donjuanismo de sus colegas masculinos. «Esto último era algo que las mujeres se tomaban muy en serio en aquel fervor revolucionario de la época».

Los beneficios no presentaban ningún problema: no los había, al menos no los hubo hasta mediados de 1937, fecha en que Ferrer ingresó en el ejército. Los superávits que hubiera se reinvertían en los almacenes. Se subieron los sueldos, se mejoraron las condiciones de trabajo y otras cosas. Esto en sí resultó un éxito: lo importante, a su modo de ver, es que los almacenes siguieron abiertos durante toda la guerra.

En las empresas más pequeñas, las que tenían de 50 a 100 empleados y en las que la colectivización era voluntaria, una de las cuestiones que surgían invariablemente era la del papel que le tocaba desempeñar al expropietario. En su calidad de miembro del consejo sindical adjunto al Consejo de Economía, Ferrer

asistió a numerosas asambleas convocadas para tratar de la colectivización de su empresa, cosa que él les alentaba a hacer mediante un discurso.

«Muy a menudo el propietario también dirigía la palabra a la asamblea, haciendo prácticamente que a todos se les llenasen los ojos de lágrimas al hablar de los sacrificios que había hecho para levantar el negocio, sólo para verlo ahora bajo la amenaza de la colectivización. En estos casos yo siempre sugería a la asamblea que nombrasen al dueño director-gerente, ya que de todos modos el consejo de empresa tenía que nombrar a uno. Mi idea consistía en que el anterior propietario era la persona más indicada, ya que, movido por su egoísmo capitalista, vigilaría la empresa y cuidaría de que todo funcionase lo mejor posible, sin duda con la esperanza de que algún día volviese a ser suya. Mi propuesta era aceptada casi siempre…»

No cabe ninguna duda de que los expropietarios se oponían a que sus empresas se uniesen a otras con el fin de racionalizar la industria, ya que ello iba en contra de sus intereses individuales. Pero, al mismo tiempo, no todos los expropietarios eran contrarios a la colectivización de sus empresas. Debido a las dificultades económicas, muchas empresas pequeñas no podían seguir funcionando con igual número de empleados a la vez que con salarios más altos: la colectivización era la única respuesta, ya que con ella los trabajadores «no tenían otro remedio que restringir sus ingresos hasta el límite necesario»[22].

El asunto de los beneficios no recibía una atención desmesurada en la mayoría de las empresas colectivizadas. A juzgar por la experiencia de Eduardo Pons Prades en el sindicato de trabajadores de la madera, «a nadie le hubiese parecido bien que el sindicato se comportara simplemente como una empresa capitalista».

«El concepto que predominaba era que la clase obrera tuviera a su alcance muebles buenos a un precio barato. Las pérdidas y beneficios eran algo aparte, secundario, y no creo que los precios de venta se estudiasen muy seriamente en relación con los costos por unidad. Era como si la revolución fuese lo único importante…»

A diferencia de la industria textil y los grandes almacenes de Barcelona, en los que cada empresa colectivizada era una unidad autónoma, el sindicato de trabajadores de la madera había socializado su industria y se ocupaba y lo dirigía todo, desde la tala de árboles en el Valle de Arán a las tiendas de venta de muebles al público. A causa de esta política el sindicato había estado a punto de escindirse. Una de sus secciones, dominada por la FAI, mantenía que la autogestión anarquista significaba que los obreros debían crear centros de producción

autónomos y explotarlos, con lo que se soslayaría la amenaza de la burocratización. Así, según este punto de vista, si un carpintero deseaba unirse con otro carpintero o con un barnizador para instalarse por su cuenta, tenía derecho a hacerlo. «Un concepto de la autogestión que era anterior al capitalismo, en efecto». Se impuso la socialización: el sindicato lo dirigía todo.

Montó dos grandes talleres, con más de 200 trabajadores en cada uno, donde se dio empleo a los que antes trabajaban en los talleres pequeños, que constituían el 75 por ciento de todas las carpinterías de Barcelona. Un delegado del sindicato iba visitando los pequeños talleres para indicar a los trabajadores que las condiciones eran insalubres y peligrosas, que la revolución estaba cambiando todo esto. Asimismo, buscaba su conformidad con el cierre de los talleres y el traslado al Doble X y al 33 EU, es decir, a los montados por el sindicato. El 33 EU ya existía antes de la guerra, pero el sindicato añadió dos plantas para las secciones de acabado. Producía muebles, principalmente mesas y aparadores; el sindicato importó mucha maquinaria de Francia para él. El sindicato tenía que emplearse a fondo para conseguir de la Generalitat las divisas extranjeras. Pons Prades recordaba haber visto al líder del sindicato, Hernández, saliendo de estampida hacia el Consejo de Economía y diciendo que, si no se disponía de divisas, el sindicato no trabajaría más para el esfuerzo bélico. Pons Prades calculó que cerca de un tercio de la fuerza laboral trabajaba en la industria de guerra, fabricando hangares para las fuerzas aéreas, barracones para el ejército, pontones, carrocerías de camión, etc.

En las tiendas de venta pública de muebles, que también solían ser muy pequeñas y estar a cargo del propietario, su esposa y un dependiente, había un delegado nombrado por el sindicato. Muy a menudo el expropietario era nombrado delegado de ventas en otra tienda pequeña. Lo mismo sucedía con los propietarios de los talleres pequeños, que pasaban a ocupar el cargo de capataces de un taller más grande cuando aquéllos eran cerrados.

«En efecto, una de las sorpresas más grandes que me llevé fue ver que muchos de los que acababan de ser nombrados jefes administrativos de las secciones del sindicato eran expropietarios o hijos de éstos —observa Pons Prades—. Pero era lógico, ya que el sindicato había perdido por lo menos la mitad de sus mejores militantes entre los que habían muerto en las calles de Barcelona y los que ahora estaban en el frente de Aragón, que eran los más. Por si fuera poco, cuando la movilización se hizo oficial, la industria perdió a todos los trabajadores de edad comprendida entre los 21 y los 32 años. Por consiguiente, aún fue más notable el éxito obtenido por el sindicato no sólo en racionalizar y coordinar la industria entera, sino también en tenerla funcionando durante toda la guerra, en unos tiempos en que las dificultades económicas eran muy grandes…»

Inevitablemente hubo fracasos, la mayoría de los cuales había que atribuirlos a la falta de preparación de los militantes. Era «el gran sueño —y cada cual tenía su propia idea sobre lo que debía hacerse—, pero eran demasiados los que no estaban suficientemente capacitados para ponerlo en práctica».

El principal fracaso, según la opinión de Pons Prades y de otros miembros —opinión que confirmaba la objeción planteada originariamente por los anarquistas—, fue que el sindicato se transformó en una especie de gran empresa, con una estructura progresivamente rígida. «Visto desde fuera, empezó a parecerse a un *trust* americano o alemán». Desde dentro, si bien los obreros tenían la posibilidad de expresar sus críticas y necesidades, resultaba difícil efectuar los cambios que querían.

«Tenían la impresión de que no participaban directamente en la toma de decisiones. Si el "estado mayor" decidía que se cambiase la producción en dos talleres, no se informaba a los obreros del porqué. La falta de información (que habría podido remediarse fácilmente produciendo una hoja informativa, por ejemplo) engendró descontento, especialmente si se tiene en cuenta que en la CNT era tradicional discutirlo y examinarlo todo. Las reuniones quincenales de delegados pasaron a ser mensuales y creo que terminaron siendo trimestrales…»

A pesar de todas estas objeciones, en la primera asamblea general anual casi todos los cargos fueron prorrogados por unanimidad. Puesto que, a otro nivel, los que ahora criticaban los esfuerzos del sindicato tenían poca base moral para tratar de cambiarlo todo, ya que la mayoría de ellos había optado desde el principio por no ocupar cargos de responsabilidad, diciendo que se daban por satisfechos con trabajar ocho horas diarias y «dejar a otros la ingrata tarea de crear la nueva estructura. "No, no soy persona para dar órdenes", era la respuesta que se daba con frecuencia. Entre los militantes cenetistas era frecuente la postura ideológica de que dar órdenes a alguien era degradarlo. Pero significó también una pérdida para el sindicato».

Por otra parte, los líderes tenían siempre la última palabra: estaban en guerra, la socialización funcionaba bien, era esencial mantener las cosas como estaban.

«Era la lógica de los tiempos, una lógica no muy afín a la ideología en la que había bebido la mayoría de los miembros de la CNT. A pesar de todo, la inquietud que reinaba entre los miembros jamás condujo a una huelga o siquiera a una plataforma conjunta de exigencias. Pero creo que, a medida que fue pasando el tiempo, habría sido difícil corregir la estructura cada vez más rígida del sindicato…»

El sindicato también asumió la tarea de velar por el bienestar físico y moral de sus miembros. Organizó un sistema propio de intercambio con una empresa colectivizada agrícola de Valls con el fin de tener abastecida su cooperativa alimentaria. Construyó una piscina olímpica, un gimnasio y un solario en su fábrica Doble X y dispuso una forma para «unir a un hombre y a una mujer *libremente y sin coacción*». Se trataba de una especie de ceremonia matrimonial destinada a contrarrestar la tendencia de las parejas que, «creyendo que la revolución lo hacía todo posible», empezaban a vivir juntas y a separarse con demasiada facilidad.

El sindicato de espectáculos, al igual que el de los trabajadores de la madera, socializó su industria e hizo público un ambicioso programa. Cerró algunos cines de barrio que no resultaban rentables —al estallar la guerra había 112 cines en la ciudad— y empleó al personal en el cine Durruti, la flamante sala que construyó el sindicato en la Gran Vía (hoy cine Dorado), y en el cine Ascaso (hoy Vergara) que se estaba construyendo ya.

Al amparo de la socialización, en la industria cinematográfica los sueldos se calcularían según una tarifa diferencial acordada para cada tipo de trabajo. Se establecieron el subsidio de enfermedad y las pensiones para la vejez, se concedieron seis semanas de vacaciones al año, se montarían una clínica y una escuela, las entradas de cine bajarían de precio y se abolirían los impuestos (cosa que, resulta interesante observar, se dejó en manos de la Generalitat para que lo determinase y pusiera en práctica). Sin embargo, en el teatro habría una sola tarifa salarial. «Como demostración de los esfuerzos que se están haciendo, téngase presente que los más grandes cantantes de ópera, como Hipólito Lázaro… y los trabajadores más humildes van a cobrar el mismo jornal…»

Un destacado militante cenetista llamado Marcos Alcón llamó a su cuñado Juan Saña, mecánico ajustador de profesión que había estado trabajando en la famosa cooperativa del vidrio de Mataró, para que le ayudase a reorganizar la unidad de producción cinematográfica que estaba rodando documentales y noticiarios bélicos. Saña, desde los 18 años también militante de la CNT y hombre que había visto 38 cárceles por dentro, puso como condición que se rodasen también películas de largo metraje. La unidad comenzó la producción de una versión cinematográfica de la obra teatral *No quiero, no quiero*, de Jacinto Benavente, el dramaturgo español galardonado con el premio Nobel. Para Saña esto se hizo con el fin de hacer todo lo posible para contribuir al esfuerzo bélico. La república necesitaba divisas extranjeras para comprar armas y suministros fuera de España y una película de largo metraje era una forma de conseguirlas.

«Todo lo que la república pudiera mostrar en el extranjero sería comprado

inmediatamente y a buen precio. Había que hacerlo todo para ganar la guerra. Si bien en Cataluña las colectivizaciones, en conjunto, fueron un éxito, demasiados militantes cenetistas dedicaron demasiado tiempo y esfuerzo a organizarías en un momento en que todo esfuerzo era necesario para la guerra. Deberíamos haber dirigido lodos nuestros esfuerzos a ganar la guerra, en base a las conquistas revolucionarias que ya se habían logrado, con preferencia a hacer la revolución…»

El error fundamental, a su modo de ver, era no hacer lo que estaban haciendo los del otro bando: superar todas las diferencias políticas y buscar el tipo de unidad que permitiese ganar la guerra. Intentando personalmente evitar las «divisiones y disputas escandalosas de aquí» se aplicó a la producción del único largometraje patrocinado por la CNT y realizado por la industria colectivizada del espectáculo. A medio rodaje, el galán fue arrestado por alta traición y espionaje y nunca volvieron a verle. En cierta ocasión, toda la compañía fue a parar a la cárcel. En otra, los negativos tenían que llegar de Francia y el «PSUC, cuando empezó a llevar ventaja, puso toda clase de trabas a la financiación de exteriores», pero al final se terminó la película.

Hubo casi un solo problema con el que Saña no tuvo que vérselas: el del salario «único» introducido en el teatro y que rápidamente llegó a su fin en circunstancias dramáticas cuando el famoso tenor Hipólito Lázaro se presentó en el teatro Tívoli, donde el sindicato estaba dando un ciclo de óperas a precios populares. Lázaro tenía que cantar el papel principal. Antes de que el público empezara a llegar, subió al escenario y dirigió la palabra a la compañía.

«"Ahora somos todos iguales", dijo, "y para demostrarlo, todos cobramos el mismo sueldo. Estupendo, ya que somos iguales, hoy voy a recoger las entradas en la puerta y uno de ustedes puede subir aquí y cantar el papel principal". Eso dio en el blanco, por supuesto. Anteriormente ya había habido varias protestas. Aquella noche varios líderes del sindicato nos reunimos y de buen principio acordamos no salir hasta haber dado con una solución digna…»

No tardaron mucho. A los actores y cantantes de primera fila, como Lázaro y Marcos Redondo, se les pagarían 750 pesetas por función, es decir, un aumento del 5000 por ciento sobre las anteriores 15 pesetas diarias. Los artistas de segunda y tercera categoría recibirían aumentos grandes pero diferenciados. Incluso a los acomodadores se les aumentó el sueldo.

«El salario único no funcionó. Las seis semanas de vacaciones acordadas en principio nunca se hicieron, obviamente. Pero se redujeron los precios de las entradas de cine, se abolieron las propinas, los teatros estaban siempre llenos a rebosar… Azaña iba al Liceo con frecuencia a escuchar ópera. Conseguimos

limpiar o cerrar los *music-halls* (donde lo importante no era lo que se hacía en el escenario, sino lo que pasaba en los palcos de los espectadores), convirtiéndolos en vodeviles, en los que el arte radicaba en la palabra hablada, en los equívocos, y espectáculos de variedades… Cualquiera de los que venían del frente con permiso habría creído que Barcelona estaba constantemente de fiesta en lo que se refería a los espectáculos…»

La industria colectivizada del espectáculo fue de las poquísimas que resultaron rentables. Las carreras de galgos, junto con el cine, fueron una de sus facetas más rentables. Josep Robusté, uno de los líderes del Partido Sindicalista y presidente de la sección de carreras de galgos en el sindicato de espectáculos, así como tenedor de libros en uno de los canódromos, ayudó a colectivizar la industria antes de partir para el frente de Aragón. A su juicio, todo funcionaba a la perfección. No se despidió a nadie y los antiguos directores, entrenadores y empleados siguieron en sus puestos. Todo el mundo cobraba lo mismo: 15 pesetas diarias. Las carreras eran populares, siguió apostándose como de costumbre y los canódromos ganaban mucho dinero: se hizo un préstamo de 100 000 pesetas a la sección cinematográfica, que necesitaba dinero para adquirir películas extranjeras.

«La autogestión por parte de los trabajadores significaba participar en las decisiones sobre comprar nuevos perros, etc. Los perros siempre habían pertenecido a las compañías propietarias de los canódromos y nos hicimos cargo de ellos. Eran nuestros medios de producción y reproducción: criábamos partiendo de ellos. Por lo demás, las cosas funcionaban igual. El único cambio que produjo la colectivización fue que el producto de nuestro trabajo se repartía de modo distinto a antes; fuera de esto, el trabajo siguió exactamente igual. En una fábrica colectivizada los obreros hacen funcionar las máquinas como siempre, los oficinistas hacen el mismo trabajo, los técnicos cumplen su labor acostumbrada: no hay el menor problema cuando se pasa de un régimen capitalista a otro socialista…»

Al parecer, la «administración de la economía» por parte de los obreros entrañaba el ocupar el puesto de los propietarios capitalistas y dirigir las empresas sin ellos. Entre un sistema y el otro, ¿había continuidad en vez de ruptura? ¿Las industrias autogestionadas debían seguir produciendo lo mismo y de igual modo que durante el régimen capitalista? El movimiento anarcosindicalista pronto tendría que responder a estas preguntas[23].

En un campo, el de los armamentos, la respuesta ya estaba dada: no existía tal industria en Cataluña y hubo que improvisarlo todo. La maquinaria para recargar cartuchos que había en el arsenal de Sant Andreu resultó destruida cuando dicho lugar fue tomado por asalto. Incluso desaparecieron los cianotipos

para la fabricación de obuses. Gracias a la iniciativa de un grupo de metalúrgicos de la CNT, asociado con un experto militar de la fábrica de armas de Oviedo, se improvisaron los comienzos de una industria de armamentos y a principios de agosto la Generalitat creó una Comisión de Industrias de Guerra. En un par de meses tuvo bajo su control a 24 importantes fábricas de ingeniería y productos químicos que producían obuses, explosivos y vehículos blindados, entre otras clases de equipo. A tal fin se adaptaron las máquinas de amasar de la industria pastelera y las de fabricación de tapones para las botellas de cerveza, así como otras. Se compró en Bélgica la maquinaria para dos plantas completas de producción de cartuchos. El gobierno belga denegó las licencias de exportación y, tras nuevas demoras, se adquirió la maquinaria en Francia. En octubre de 1937, más de 50 000 obreros repartidos en 500 fábricas intervenían directamente en la producción bélica, mientras que otros 30 000 trabajaban en industrias auxiliares[24].

La Maquinista, la principal fábrica de locomotoras de España, de la que los obreros se habían hecho cargo al principio, fue declarada industria de guerra por la comisión. Sin embargo, la fábrica era dirigida como venía siéndolo desde su incautación: como una empresa colectivizada. Joan Roig, el único director que permanecía en su puesto, fue nombrado director adjunto de la empresa tras estar a punto de perder la vida al acompañar al director al banco para sacar el dinero de los jornales en la primera semana de la revolución. Era liberal, catalanista y creía entender a los obreros cuando éstos hablaban de la necesidad de igualdad, libertad y protección de sus puestos de trabajo. No se oponía a la colectivización y no veía ninguna razón por la que el experimento no tuviera que salir bien.

A su modo de ver, teniendo en cuenta el potencial de la fábrica, la producción bélica de la misma era un desastre. La iniciativa de los obreros era algo indisputable, pero no podía compensar su falta de experiencia técnica, a la que había que añadir la falta de una gestión adecuada en lo relativo a las materias primas.

«El comité obrero y luego el consejo de empresa nunca lograron imponer un orden de producción eficiente. Los miembros originarios, cuyo primer presidente fue un peón, gran orador al estilo cenetista, no estaban calificados técnicamente para dirigir la fábrica, y no digamos para convertirla en una fábrica de armas. Se dejaban demasiadas cosas a la suerte, demasiadas cosas dependían de la voluntad individual de un grupito de gente en lugar de depender del esfuerzo conjunto de toda la fuerza laboral. La mayoría de los técnicos no simpatizaba con la colectivización. Recuerdo que un ingeniero de la Generalitat dijo que ello se debía a que ninguno de los técnicos había sido fusilado. En cierto sentido tenía razón. En conjunto, no creo que la producción llegase jamás al 50 por ciento de su potencial…»

Además, la fábrica nunca recibió pedidos del tipo de material bélico para cuya producción era más adecuada: tanques pesados, por ejemplo. No se instalaron nuevas máquinas herramientas. La fragua que había en la fábrica, sus fresadoras y tornos no eran idóneos para producir obuses, granadas y cargas de profundidad antisubmarinos. Según Roig, de habérsela dotado de equipo apropiado, podría haber alcanzado el 75 por ciento de su potencial.

Al finalizar el primer año, ayudó a preparar el balance de la empresa colectivizada, consiguiendo que éste no indicase ni beneficios ni pérdidas.

«En efecto, de haberse indicado la verdadera situación, el balance habría mostrado un desastre financiero. La Generalitat pagaba los Nucidos contra nuestras entregas facturadas; la única condición era que éstas cubrieran más o menos aquéllos. Al terminar la guerra, cuando los propietarios volvieron a hacerse cargo de la fábrica, hicieron nuevas cuentas y resultó que la fábrica había sufrido una pérdida de nueve millones de pesetas en los tres años de guerra. A la sazón esto representaba casi el 50 por ciento del capital suscrito de la compañía…»

Sacó la conclusión de que la autogestión solamente podía dar buenos resultados si toda la industria colectivizada, desde el proceso de extracción hasta el de transformación, funcionaba apropiadamente. Y evidentemente no era éste el caso. A su juicio, las cosas no empezaron a mejorar hasta que el gobierno central se hizo cargo de La Maquinista en noviembre de 1937. Fue nombrado director un ingeniero joven e inteligente, se contrataron más ajustadores y fundidores, y se inauguraron algunas instalaciones nuevas. «Pero nunca me fié de los especialistas militares que llegaron cuando el gobierno se hizo cargo de la fábrica. Estaba convencido de que no ponían a nuestra disposición toda su experiencia técnica…»[25]

A decir verdad, en su opinión, la fábrica no comenzó a producir de acuerdo con los niveles de antes de la guerra hasta que, finalizada ésta, el antiguo consejo de administración volvió a hacerse cargo de todo. La masa de los trabajadores siguió en sus puestos.

«No eran más de 100 los que se habían mostrado verdaderos revolucionarios y huyeron. Cuando éstos se fueron, los demás hicieron lo que sin duda habían querido hacer desde el principio: trabajar y ganarse la vida. A los pocos días de terminada la guerra, la fábrica trabajaba a pleno rendimiento…»

Según los cálculos de Albert Pérez Baró, al amparo del decreto se legalizó y registró un total de por lo menos 2000 colectivizaciones industriales y comerciales. A pesar de que el decreto se refería a toda Cataluña, era un error creer que lo que

pasaba en Barcelona se repetía necesariamente en otras partes. «Los que entonces no vivíamos en Barcelona nos hemos quejado siempre de que los historiadores han concentrado su atención en la capital y deducido que en lugares como Tarragona, Reus, Valls, las cosas eran iguales. No lo eran», afirma Josep Solé Barbera, abogado y militante del PSUC en Reus, ciudad de unos 30 000 habitantes, en la provincia de Tarragona.

Con el fin de sustituir al consistorio municipal, se había creado un comité de milicias antifascistas, del que él formaba parte. Pero aquí terminaba la comparación con Barcelona, toda vez que la CNT no era la fuerza dominante o siquiera el sindicato dominante en la localidad. Una organización sindical autónoma, la Federación Obrera Local, superaba numéricamente tanto a la CNT como a la UGT y no dependía de ninguna de las dos. Al estallar la guerra las principales fuerzas políticas de izquierdas eran la Federación Catalana del PSOE, que casi inmediatamente se unió a otros para formar el PSUC, seguido por el POUM, que se había «granjeado un apoyo considerable al atacar al Frente Popular tachándolo de alianza reformista».

«El equilibrio relativo entre las diferentes fuerzas, debido principalmente a la Federación Obrera Local, hacía de Reus un lugar muy distinto de Barcelona; un lugar mucho más equilibrado, con un espíritu de unidad mucho mayor, como sucedió en todos los sitios donde había cierto equilibrio. Por supuesto que existían tensiones. El dominio de la CNT en Barcelona provocó una reacción que se reflejó Incluso en Reus. Pero no era el factor político que dominaba en la ciudad…»

Había allí importantes fábricas metalúrgicas y textiles que, por tener más de 100 obreros, deberían haberse colectivizado al amparo del decreto.

«Pero ninguna de ellas lo fue. En todas las empresas industriales había comités obreros de control, pero el decreto no fue puesto en práctica. Había tal situación de indisciplina, se promulgaron tantos decretos, que nadie obedecía. Por regla general, en Cataluña, dejando aparte Barcelona, diría que había muchas más industrias que, aunque entraban en las disposiciones del decreto, se negaron a colectivizarse y permanecieron bajo el control de los obreros…» [26]

Ni el mandato revolucionario de Barcelona ni el de la Generalitat alcanzaron a todos los puntos de Cataluña. Había un gobierno local del Frente Popular en Reus; dominio de la CNT-FAI en la cercana Tarragona; un gobierno sindicalista —sin representación de la pequeña burguesía ni vínculo con la Generalitat— en Lérida, bajo Inspiración del POUM; incluso en una ciudad dominada por la CNT como Badalona, a las puertas de Barcelona, el proceso revolucionario presentó sus características distintivas.

A los pocos días del levantamiento militar, las 37 fábricas textiles de la ciudad volvían a trabajar. El sindicato textil de la CNT, del que era secretario Josep Costa, capataz especializado, había ordenado que propietarios y directores volvieran a sus puestos, cosa que hicieron con la excepción de una media docena.

«En aquel momento no teníamos la menor intención de ocupar, expropiar o colectivizar ninguna fábrica. Pensábamos que el levantamiento sería aplastado rápidamente y que todo quedaría más o menos igual que antes. ¿De qué iba a servir entusiasmarse con las colectivizaciones si todo iba a terminar otra vez en manos del anterior sistema capitalista?…»

A pesar de todo, el sindicato empezó a dar órdenes —«lo cual es impropio de la tradición anarcosindicalista, cierto, pero eran momentos de excepción»— al comité sindical de cada fábrica para que crease un comité obrero de control integrado por técnicos, administrativos y obreros. El comité se encargaría de supervisar y controlar la producción de acuerdo con la gerencia. El sindicato fijó un «impuesto de guerra» para las empresas con beneficios con el fin de ayudar a los 500 hombres de la ciudad que estaban en el frente, así como para financiar las compras de materias primas para las empresas económicamente débiles, las cuales, como pronto se pudo comprobar, eran la mayoría. Sólo media docena de fábricas de la ciudad, cuya población era de 80 000 habitantes, obtenía beneficios. A pesar de que en Barcelona, a sólo ocho kilómetros, la colectivización estaba en auge, el sindicato no siguió el ejemplo de la capital.

«No nos pareció que las colectivizaciones textiles de Barcelona pudieran servirnos de modelo. Desde el principio, las fábricas colectivizadas allí funcionaron como si fuesen unidades completamente autónomas, que sacaban sus productos al mercado como mejor podían y prestaban poca atención a la situación general. Ello causó un problema horrendo. Era una especie de capitalismo popular…»

Los líderes del sindicato textil de Badalona titubeaban, incapaces de decidirse por la colectivización. Faltaba aún mucho para que el decreto se convirtiera en ley. Las noticias que llegaban del frente no eran muy alentadoras, que digamos. En la retaguardia ya empezaban a escasear las materias primas y a notarse la inflación. A escala internacional, el capitalismo no estaba dispuesto a permitir que en España se repitiese la revolución rusa. Costa estaba convencido de ello. Por si fuera poco, las divisiones en el campo antifascista eran visibles desde los primeros días y —suponiendo que antes no fuese aislada y aplastada por una intervención internacional— la revolución libertaria se vería en peligro a causa de las luchas políticas internas. ¿De qué servía, pues, seguir adelante con la revolución?

«Estoy seguro de que había miles de militantes cenetistas como yo que se daban cuenta de que todo el asunto no tenía sentido. Pero la presión salía de la base, de la masa de obreros a la que durante años la CNT había estado imbuyendo ideas revolucionarias. Nosotros los militantes no podíamos tomarnos ahora a broma la ideología y la práctica de la emancipación de la clase obrera que llevábamos tanto tiempo profesando. La revolución era como un perro que se sacude el cuerpo al salir del agua: el pueblo español que se sacudía de encima 400 años de injusticia. A los militantes no nos quedaba otra alternativa que seguir adelante o pegarnos un tiro…»

La decisión final se tomó cuando se enteraron de la represión que tenía lugar en la zona insurgente. «Los asesinatos, las ejecuciones, nos demostraron que el capitalismo estaba jugando su última carta… y teníamos que adelantarnos a él. Teníamos que destruir ese capitalismo». Y así empezó un experimento que fue quizás el más cercano a una revolución sindicalista pura. Se evitaron los peligros del gran «trust sindical» y los de la empresa colectivizada atomizada. Cada empresa colectivizada era gobernada por su dirección elegida, vendía su propia producción, recibía el producto y, como la mayoría trabajaba para la industria bélica, obtenía sus propios pedidos. Pero todo lo que hacía cada empresa colectivizada era comunicado al sindicato, que se encargaba de llevar la cuenta de los progresos y de preparar estadísticas. Si al sindicato le parecía que determinada fábrica no funcionaba del modo más beneficioso para los intereses de la industria colectivizada, informaba a dicha empresa y le pedía que cambiase el rumbo. «El sindicato funcionaba más como un control socialista de la industria colectivizada que como un ejecutivo directo y jerarquizado».

Se abolió el trabajo a destajo, se redujo la semana laboral a 40 horas (y pronto a muchas menos debido a la escasez de materias primas), se creó el «primer sistema de seguridad social de España»: retiro con la paga completa, asistencia médica gratuita, medicinas gratuitas, subsidio de enfermedad, subsidio de maternidad (dos días libres y pagados para el marido cuando su esposa estaba de parto), una clínica para servicios especializados y partos. El sistema era financ iado mediante una leva impuesta a cada obrero en las empresas colectivizadas que disponían de los fondos. Se creó un fondo de desempleo y a parte de los parados se le encontró trabajo fuera de la industria textil.

«La única cosa de la que el sindicato tenía que asegurarse era de que los obreros pudieran ganarse su salario semanal. Creamos un fondo de compensación para que las empresas colectivizadas económicamente débiles pudieran pagar a sus trabajadores. La cantidad aportada por cada empresa colectivizada se hallaba en proporción directa al número de obreros que en ella trabajaban…»

Había cerca de una docena de fábricas textiles con más de 100 obreros. En la mayor de ellas trabajaban casi 1000. Al amparo del decreto, las otras dos docenas de fábricas ya colectivizadas debían volver al control obrero[27]. «Pero, francamente, no nos preocupaba demasiado el decreto. Los comités obreros de control cumplían las instrucciones del sindicato y, en lo que a nosotros se refería, las fábricas podían darse por colectivizadas».

La producción bajó de un 20 a un 30 por ciento a causa de la reducción de las horas de trabajo, pero volvió a subir «tras la explicación de que el éxito de la autogestión dependía de cada trabajador». Al disminuir el suministro de materias primas —antes de la guerra había que importar la totalidad menos un 2 por ciento de los casi 100 millones de kilos de algodón que necesitaba la industria textil catalana—, se intentó racionalizar la industria de Badalona, cerrando dos o tres fábricas pequeñas y antieconómicas, y distribuyendo su fuerza laboral entre las plantas más grandes

«No podíamos hacer más. Aunque tales racionalizaciones eran legales al amparo del decreto, nos encontrábamos invariablemente con la oposición de la UGT, que también invariablemente invocaba a la Generalitat, especialmente después de que el secretario general del PSUC, Comorera, pasara a ocupar el cargo de consejero de Economía. La Generalitat podía bloquear muy fácilmente la racionalización: a los dos años de empezar la guerra, al menos la mitad de las empresas colectivizadas se habían hipotecado con la Generalitat a cambio del pago de sus salarios. La Generalitat nombró un inspector a través del cual se hizo cargo de la fábrica en realidad. Las empresas colectivizadas perdieron la libertad económica que habían ganado al principio. Hicimos cuanto pudimos por limitar el número de los que acudían al "banco de empeños", pero en aquellas circunstancias difíciles no pudimos hacer lo suficiente…»

Desde el principio había creído que los esfuerzos de colectivización estaban condenados al fracaso. Al igual que otros muchos militantes de la CNT habría estado dispuesto a invertir el curso de la corriente revolucionaria, pero para ello hacían falta dos prerrequisitos:

«Por un lado la garantía de que recibiríamos un suministro ininterrumpido de armas de algún país capitalista, y, por otro, que nosotros mismos dejáramos de ser tan susceptibles acerca de nuestros principios y nos mostrásemos dispuestos al compromiso. El primero era el más importante. La ayuda de un país capitalista habría cambiado nuestro modo de pensar, ya que habríamos tenido que demostrar a dicho país que actuábamos en defensa de la democracia y nada más. Pero no nos llegó tal ayuda. Las únicas armas que se recibían las enviaba la Unión Soviética, lo cual reforzó la posición del partido comunista…»

Por consiguiente, el dilema con el que se enfrentaban los anarcosindicalistas consistía en saber si debían seguir adelante con la revolución libertaria, pasara lo que pasara, o bien debían renegar de ella, lo cual, a su modo de ver, significaba dejar el movimiento atado de pies y manos frente al partido comunista y la Unión Soviética.

«Esto último habría equivalido a quitarnos las tripas, a vaciarnos el cerebro, a negar todo lo que habíamos estado predicando a las masas. Habría significado devolver las fábricas a sus propietarios diciéndoles "Aquí no ha pasado nada…", lo cual era el objetivo *político*, si no el social, del partido comunista, que con ello quería demostrar al mundo que lo que se jugaba en España era una cuestión de regímenes políticos y no del cambio del orden social. Cuando el partido comunista vio que no podía dominarnos, se propuso destruirnos. De lo que no se dio cuenta fue de que, al destruirnos, se estaba destruyendo a sí mismo. Lo que nosotros hacíamos era lo que los comunistas deberían haber hecho y, al destruirnos, destruían una base de masas fuerte, poderosa, dinámica…»

La CNT pronto se percató de los peligros y los errores de la Colectivización, especialmente en la industria textil de Barcelona. En febrero de 1937, cuatro meses después de la aprobación del decreto, una conferencia del sindicato textil conjunto de la CNT-UGT acordó que la experiencia ya había demostrado que la colectivización de plantas individuales había sido un error, y que era necesario proceder rápidamente hacia una socialización total de la industria si se quería evitar que la posesión de los medios de producción condujera, una vez más, a la explotación del hombre por el hombre. En la práctica, los consejos de empresa no sabían qué hacer con los medios de producción y carecían de un plan para toda la industria. En lo que se refería al mercado, el decreto no había cambiado ninguno de los defectos básicos del capitalismo «a excepción de que, mientras que antes eran los propietarios los que competían entre sí, ahora eran los obreros». Sin los Consejos Generales de Industria, el cuerpo supremo previsto por el decreto para cada industria, resultaba imposible racionalizar, eliminar la competencia entre las empresas colectivizadas de una misma industria y «superar la desorientación existente en todas las ramas de la industria». Tres meses más tarde, en mayo, una comisión de la CNT criticó duramente el «deseo exorbitante de colectivizarlo todo, especialmente las empresas con reservas monetarias, que ha despertado entre las masas un espíritu utilitario y pequeñoburgués… Las empresas colectivizadas han pensado solamente en sus deudas, creando así un desequilibrio en el estado financiero de otras empresas»[28].

El sindicato de trabajadores de la madera intervino haciendo una crítica del estado de cosas, alegando que colectivizar las empresas rentables al mismo tiempo que se dejaba que los talleres pequeños e insolventes se las compusieran como

pudiesen conducía «nada menos que a la creación de dos clases: los nuevos ricos y los eternos pobres… Rechazamos la idea de que debería haber colectividades ricas y pobres.

Y ése es el verdadero problema de la colectivización». En el sector no colectivizado, según el sindicato, los comités obreros de control eran responsables de multitud de errores entre los que se incluían: el aumento de salarios y la reducción de las horas de trabajo en medio de una guerra; la aceptación de «vastas sumas» de dinero a cuenta de fondos imaginarios procedentes del «banco de empeños» de la Generalitat: «millones de pesetas no gastados en la producción que han arruinado la economía»; la creación de un número enorme de parásitos burocráticos y de comités que a menudo eran «mil veces más materialistas que la burguesía» en sus tratos comercializados con la industria socializada de la madera[29].

Si bien miles de obreros contribuyeron con sus aumentos salaria les al apoyo de las milicias que luchaban en el frente, otros ideológicamente menos comprometidos llegaron a considerar que la autogestión o el control obrero significaba únicamente la garantía de cobrar cada semana. En el gran sector privado controlado por los obreros ello dio un resultado inesperado. El crédito se agotó virtualmente.

«Los comités obreros de control a los que se había dado el derecho de firmar conjuntamente con el dueño o representante de la empresa en todas las transacciones monetarias, frecuentemente se negaban a firmar cualquier cosa que no estuviese estrictamente relacionada con los salarios. Denegaban el crédito. El resultado fue que todos los tratos entre las empresas muy pronto se vieron reducidos a transacciones en metálico», recuerda Albert Pérez Baró.

Estas dificultades se habrían podido paliar si se hubiese creado rápidamente la Caja de Crédito Industrial y Comercial prevista por el decreto[30], ya que uno de sus fines era canalizar los fondos desde las colectividades ricas a las pobres. Se financiaría mediante una leva del 50 por ciento sobre los beneficios de la empresa colectivizada.

«Esta medida, que era verdaderamente revolucionaria aunque raras veces o nunca se aplicó, no fue bien recibida por numerosos obreros, lo cual demuestra, desgraciadamente, que su comprensión del alcance de la colectivización era muy limitada. Sólo una minoría entendió que la colectivización significaba la devolución a la sociedad de lo que, históricamente, se habían apropiado los capitalistas…»

Eran tantas y tan variadas las formas de colectivización que es imposible generalizar[31]. Algunas empresas colectivizadas funcionaban bien, otras mal. Se veían obstaculizadas por numerosos factores: ningún partido u organización las apoyaba incondicionalmente (o al menos apoyaba al decreto de octubre) y algunos trataron de dar marcha atrás al experimento. El mismo decreto —debido en parte a las rencillas políticas— no aportó rápidamente la estructura global (Consejos Generales de Industria, Caja de Crédito Industrial y Comercial) que habría articulado el esfuerzo colectivo convirtiéndolo en una totalidad coherente y planificada. A todo esto hay que añadir la hostilidad oficial y constante que el gobierno central demostró hacia el experimento, en el que veía un ejemplo más de que Cataluña estaba decidida a «obrar independientemente».

A juicio de Pérez Baró, el experimento duró demasiado poco para emitir un juicio definitivo. En su calidad de secretario de la comisión encargada de aplicar el decreto, se hallaba bien situado para tener una visión global del asunto.

«Pero creo que si se le hubiese permitido continuar, sin tirar de él hacia la izquierda o la derecha, y si se hubiese llegado a un nuevo acuerdo por consenso común entre los partidos políticos y las organizaciones sindicales, el régimen colectivista habría tenido éxito…»

«La clase obrera demostró poseer un sentido espléndido de la iniciativa —confirma Sebastiá Clara, viejo militante de la CNT y líder treintista—. Pero esto no quiere decir que no hubiese colectivizaciones estúpidas. Ahí está el caso de las barberías. ¿Qué era lo que en realidad se colectivizaba? Unas tijeras, una navaja de afeitar, un par de sillones de barbero. ¿Y cuál fue el resultado? Pues que todos aquellos pequeños propietarios que, de habérseles dejado tranquilos, habrían apoyado la lucha contra el fascismo se volvieron contra nosotros. Peor que tener al enemigo delante tuyo es tenerlo en medio. Esta gente pasó a engrosar la quinta columna, el GEPCI[32], y fue la CNT la que pagó el pato…»

Juan Andrade, del ejecutivo del POUM, criticó mucho el experimento. Los obreros anarcosindicalistas se habían hecho los amos de todo lo que colectivizaban. A las empresas colectivizadas se las trataba como propiedad privada y no como propiedad social. Tal como la practicaban los sindicatos de la CNT, la socialización no era más que capitalismo sindical.

«Aunque no se hizo aparente en seguida, la economía, tal como la llevó la CNT, resultó un desastre. De haber continuado así, más tarde habrían surgido problemas enormes, con gran disparidad de salarios y formación de nuevas clases sociales. También nosotros queríamos colectivizar, pero de forma completamente distinta, con el fin de que los recursos del país fuesen administrados socialmente y

no como propiedad individual. Como pude comprobar en los primeros días de la guerra en Madrid, en una revolución aflora siempre a la superficie esa clase de mentalidad que cree que la revolución se hace con vistas al beneficio inmediato de un sector concreto de la clase obrera en vez del proletariado en conjunto…»

Uno de los primeros hombres que murieron en el frente de Madrid fue un militante del POUM. Su entierro fue una enorme manifestación. Antes de celebrarse, el sindicato de pompas fúnebres, adscrito a la CNT, presentó la factura al POUM. Llenos de asombro, los militantes jóvenes del POUM le enseñaron la factura a Andrade. Éste llamó a los representantes de las funerarias.

«"¿Qué es esto? Conque queréis cobrar vuestros servicios mientras los hombres mueren en el frente, ¿eh?" Di un vistazo a la factura. "Encima habéis subido los precios. Esto es muy caro". "Sí", contestaron, "es que queremos hacer mejoras…" Me negué a pagar y más tarde, cuando dos miembros del comité sindical se presentaron para insistir, los pusimos de patitas en la calle. Pero el ejemplo me hizo reflexionar sobre una actitud determinada de la clase obrera ante la revolución…»

Joan Grijalbo, empleado de banca y representante de la UGT en el Consejo de Economía, se mostró más optimista. Si las colectivizaciones hubiesen funcionado tan mal, si hubiese habido tanto desorden como a veces se decía, la guerra no habría durado 32 meses. La UGT catalana no se oponía a la colectivización como tal, pero, al igual que el PSUC, se oponía resueltamente al poder sindical (o al poder de la clase obrera autónoma).

A sus 25 años, Grijalbo era el miembro más joven del consejo y se sintió menos impresionado ante la despreocupación con la que los libertarios enfocaban las cuestiones administrativas. En cierta ocasión, cuando la Generalitat no disponía de fondos suficientes para pagar la nómina porque no llegaban los fondos que regularmente suministraba el Banco de España de Cartagena. Abad de Santillán, cenetista, consejero de Economía, le dijo a Josep M.ª Miró Buronat, segundo *cap-lletrat* de la Consejería de Economía, que extendiera un recibo y que él ya había hablado con la CNT para que prestara a la Consejería 500 000 pesetas que se necesitaban. Y así se hizo, pudiendo atender la Consejería de Economía los compromisos de fin de mes.

«¡La CNT prestándole dinero a la Generalitat! He aquí un ejemplo de cómo hacían las cosas los anarquistas, de su concepto equivocado de la administración. Además, si la CNT tenía en sus arcas medio millón de pesetas para prestarlas, ello significaba que tenía más y que el dinero forzosamente procedía de las confiscaciones…»

Pero, dejando aparte la actitud de la CNT ante estas cuestiones, constantemente se intentaba que la gente fuese consciente de sus responsabilidades en la gestión de la economía colectivizada. Según sus cálculos, por lo menos 5000 directores y gerentes de compañías asistieron a un gran mitin organizado para celebrar la aprobación del decreto de colectivizaciones. Dados los gravísimos problemas económicos ocasionados por la guerra, el experimento colectivizador resultó bastante afortunado, a su modo de vez.

Aunque es imposible cuantificar acertadamente los logros de las colectivizaciones, sí pueden expresarse estadísticamente algunos de los problemas económicos que las empresas colectivizadas —y sus obreros— soportaron. Como se muestra en los índices que aquí se incluyen, durante el primer año de la guerra, la producción global catalana descendió en un 30 por ciento. El porcentaje fue doble en el sector algodonero de la industria textil. El paro global (completo y parcial) subió en casi una cuarta parte durante el primer año y ello a pesar de la movilización militar decretada en septiembre de 1936[33]. El coste de la vida se cuadruplicó en poco más de dos años. Los salarios (en la medida en que es posible constatarlo) sólo se duplicaron. Inevitablemente, a la clase obrera le tocó soportar la carga más pesada de la guerra civil. Es en este contexto donde debe verse la insistencia relativamente frecuente y el orgullo con que se saca a colación el hecho de que las colectivizaciones se las arreglaron para pagar los salarios sus obreros incluso cuando no había trabajo. Los precios industríales subieron de forma menos marcada que el coste de la vida y a ritmo más lento que el índice de materias primas al por mayor. Ello hace pensar que las colectivizaciones hicieron caso al Consejo de Economía y posteriormente a la comisión especial de precios. También es indicio de que crearon poco o ningún superávit visible, tanto menos si pagaban salarios «improductivos». Esto significa a su vez que salía perjudicado el dinero que debía ingresar en la Caja de Crédito para financiar a las empresas colectivizadas y eliminar las disparidades entre ellas.

Índices catalanes, 1936-1939

Período	Coste de la vida en Barcelona (julio 1936 = 100)	Producción industrial en Cataluña (enero-junio 1936 = 100)	Precios industriales al por mayor en Cataluña (enero-junio 1936 = 100)	Precios de las materias primas al por mayor en Cataluña (enero-junio 1936 = 100)	Paro global (completo y parcial) en Cataluña (enero-junio 1936 = 100)
Diciembre 1936	147,1	71,1	119,8	120,3	135,7
(Febrero 1937) *	(164,2)	—	—	—	—
(Abril 1937) *	(185,4)	—	—	—	—
Junio 1937	196,4	70,1	160,6	166,9	123,6
Diciembre 1937	357,8	59,8	196,8	207,3	(Nov.) 120,1
Junio 1938	367,1	32,9	—	—	—
Noviembre 1938	453,3	(Sept.) 34,0	—	—	—
		Producción industrial: productos de algodón (enero-junio 1936 = 100)		Producción industrial: ingeniería-maquinaria (enero-junio 1936 = 100)	
Diciembre 1936		59,0		160,9	
Junio 1936		36,6		122,9	
Diciembre 1937		13,7		41,7	
		(no hay más datos)		(no hay más datos)	

FUENTE: Bricall, *op. cit. La* producción industrial, lo precios y el paro han sido recalculados para dar como base el promedio enero-junio.

* Incluido para mostrar el aumento de la inflación inmediatamente antes de los sucesos de mayo (véase pp. 106-114 del tomo II).

A pesar de los errores cometidos en la práctica, el decreto de colectivizaciones (el cual, según creencia muy extendida en Cataluña, habría influido en la experiencia yugoslava de después de la guerra) se alza como un monumento a un experimento revolucionario en la autogestión industrial. A través de todas las dificultades, incluyendo las encarnizadas luchas entre los partidos, la clase obrera catalana mantuvo en marcha la producción colectivizada durante treinta meses de guerra.

Sin embargo, ante el experimento no hay que formularse la acostumbrada pregunta sobre si las colectivizaciones fueron un éxito revolucionario. Lo que sí cabe preguntarse es si fueron la respuesta revolucionaria adecuada a las necesidades del momento: ganar la guerra. Para consolidar la revolución y ganar la guerra, ¿era necesario hacerse cargo de algo más que de las grandes industrias y empresas, el transporte y los bancos? ¿La revolución catalana se servía a sí misma y al esfuerzo bélico al permitir que, dentro de un sistema colectivizado, continuasen existiendo una economía de mercado, falta de controles y varios tipos de autogestión? ¿Dirigiendo empresas colectivizadas deficitarias? ¿No asegurando la redistribución revolucionaria del trabajo, la rápida racionalización de la industria textil (donde, al cabo de un año, el paro parcial había subido de 6000 a

36 000)? Un defensor acérrimo del decreto de colectivizaciones como era Albert Pérez Baró se ocupó de la esencia de estas preguntas siete meses después de que empezara la revolución. Echó la culpa de las dificultades surgidas a todos los sectores, sin olvidar a los mismos obreros:

«… La inmensa mayoría de los trabajadores ha pecado con exceso: se ha apoderado de ellos la indisciplina; en el trabajo, la producción ha bajado de manera alarmante y ha llegado en muchos casos a la caída vertical; el alejamiento del campo de batalla ha hecho que para ellos la guerra no haya sido vivida con la intensidad necesaria, rota la disciplina anterior, nacida de la coacción patronal, y sin una conciencia de clase que les autoimpusiese otra disciplina en bien de la colectividad, han caído en el infantilismo de creer que todo está ganado ya… cuando en realidad la verdadera revolución social empieza precisamente en el período de construcción de la economía»[34].

Dura respuesta; pero lo cierto es que estas preguntas no las formulaban a menudo aquellos que afirmaban que la guerra y la revolución eran inseparables. Quienes sí las formulaban demasiado a menudo —empleando el negativo— eran los que creían que la revolución debía esperar hasta que la guerra fuese ganada. La polarización de esta polémica oscureció gran número de problemas reales[35].

Fuego, fuego,

entrar a Oviedo coger a Aranda

y echarlo al agua.

Canción que cantaban los niños de Gijón

con la tonada de un anuncio de chocolate

Compañeros—. Los trabajadores españoles están forjando con su acción de guerra y de trabajo una España que ha de diferir fundamentalmente de aquella que venía soportando hasta el día en que la sublevación fascista precipitó los acontecimientos… Sabemos que no es éste el momento de una revolución social totalitaria… ni en el sentido de comunismo libertario ni en el del estatal. Esta declaración en ningún modo significa que quede en suspenso la presión proletaria

para el logro de la revolución social completa… cuyo proceso se encuentra en etapa ya decisiva, garantizada en su fin por la alianza de ambas centrales sindicales.

En consecuencia con el acuerdo anterior, se reconocen como realidad histórica presente las siguientes formas de propiedad:

A. Nacionalizada

B. Sometida a intervención o incautación del estado

C. Cooperativa

D. Privada.

Pacto entre la CNT y la UGT asturianas

(14 de junio de 1937).

Asturianos: El gobernador civil ha resignado el mando. Yo, el coronel Aranda, tan vuestro, tan asturiano, tan amante de su Patria y la República, saluda a todos con emoción. A todos ruego que cooperen en esta labor de salvación de la Patria; que cada hombre vaya por un fusil; que todos cumplan con su deber… Los que hemos hecho con anterioridad el sacrificio de nuestra vida por el honor de la República y por salvar la vuestra, tenemos que cumplir con nuestro deber para que, de una vez para siempre, termine la era de crímenes sin cuento, perpetrados al amparo de un amor a la Democracia y a la República que no sentían y que se nos venía imponiendo …

Coronel ARANDA

(primera alocución por radio, 19 de julio de 1936).

ASTURIAS

A algunas de las cuestiones planteadas por la revolución catalana se les estaba dando respuesta en las condiciones distintas de Asturias. A menos de dos años de la insurrección de octubre, la región minera e industrial volvía a hallarse en plena revolución. Al principio, fue en muchos aspectos una repetición de la comuna de octubre. En los pueblos mineros los obreros se hicieron cargo de las minas, enviaron hombres al frente, que distaba sólo unos kilómetros, organizaron la distribución de alimentos y crearon sus propias patrullas obreras. Como en toda la zona del Frente Popular, el poder estaba disperso en docenas de comités locales, pero en Asturias actuaba una tradición proletaria especial. No sin motivo al grito de UHP («Unión de Hermanos Proletarios»), socialistas, anarquistas, comunistas disidentes del BOC, trotskistas y comunistas del PCE se habían levantado para luchar juntos en octubre.

Oviedo, la capital, había caído, sin luchar, en manos de los militares el 19 julio, gracias a la estratagema del coronel Aranda, el comandante militar. Sin embargo, había fallado el intento de repetir la jugada en Gijón, el puerto atlántico y baluarte de la CNT. La combinación formada por obreros armados y fuerzas de policía rechazó una incursión mal ejecutada por las tropas del cuartel de Simancas, que se vieron obligadas a replegarse. Sitiados en el convento transformado en cuartel, 200 defensores resistieron durante más de un mes. Pero el resto de esta mini-Barcelona del Atlántico, con sus 60 000 habitantes, se hallaba en manos de los obreros bajo un Comité de Guerra dominado por los anarcosindicalistas.

Al sur, en los valles mineros, un comité del Frente Popular dominado por los socialistas gobernaba en Sama de Langreo. Durante un par de meses, estas dos organizaciones proletarias distintas —en las que se hallaban representados los mismos partidos y sindicatos— gobernaron sus respectivas zonas, separadas por 40 km escasos. La clase obrera había tomado el poder. La ausencia (a diferencia de Cataluña) de una pequeña burguesía con influencia política en las afueras del asediado Oviedo y en la zona rural del occidente asturiano daba a la cuestión del poder una respuesta más fácil. Entre las dos zonas proletarias se encontraba atrapado el coronel Aranda a la cabeza de los insurgentes de Oviedo, en medio de la concentración obrera más densa de toda España.

MILITANCIAS 7

RAFAEL HERNANDEZ, ferroviario (UGT-PSOE).

En cuanto la CNT creó su Comité de Guerra en Gijón, Hernández había sido nombrado secretario del mismo y representante laboral. Los anarcosindicalistas no habían dudado ni un solo momento de la necesidad de que estuvieran representadas todas las fuerzas políticas que se oponían al levantamiento militar. El Comité de Guerra se encargó de todo. Lo primero que hizo Hernández fue convocar una reunión de todos los representantes de todos los sindicatos. Les dijo que cada industria debía designar un delegado y que éstos deberían formar una especie de consejo económico que se encargaría de controlar toda la producción, que a su vez estaría en manos de los sindicatos.

La respuesta sindicalista, poco ortodoxa según el pensamiento socialista, no fue, pese a ello, excepcional entre los sindicatos socialistas. Y quizás aún lo fuera menos en una ciudad tan fuertemente anarcosindicalista como Gijón, donde predominaban los talleres pequeños y las empresas artesanales. Hernández había sido alumno de una escuela dirigida por Eleuterio Quintanilla, el gran líder anarquista. En ella había trabado amistad con muchos que posteriormente serían destacados militantes de la CNT. Aunque hijo de un ferroviario afiliado a la UGT, no por ello cambiaron sus relaciones con los anarcosindicalistas.

«Si bien había luchas entre los dos sindicatos, a nivel personal todos nos llevábamos bien. Debido a las constantes batallas con los patronos, en Asturias siempre fuimos conscientes de la lucha de clases y del enemigo en común que nos hacía frente. De esto nació una tradición de unidad…».

En Gijón se le conocía por su combatividad al organizar a los trabajadores del ferrocarril minero Gijón-Langreo. A los 20 años y pico había ingresado en la compañía tras cumplir el servicio militar en la aviación. Durante su permanencia en filas participó en el frustrado levantamiento militar contra la monarquía de diciembre de 1930, en el campo de aviación de Cuatro Vientos, en las afueras de Madrid. Fue sometido a consejo de guerra y sentenciado a doce años en un batallón disciplinario. Al cabo de sólo cuatro meses, con motivo de la proclamación de la república, fue puesto en libertad nada menos que por Ramón Franco, el hermano aviador del general Franco, que había participado en el levantamiento. Regresó a Gijón y, ante la imposibilidad de encontrar trabajo allí, pensó en volver a la Argentina, donde había pasado cinco años desde los 15. Cuando ya estaba a punto de emigrar le salió un trabajo en la línea ferroviaria de las minas. De los 2000 trabajadores de la compañía, que se oponían fuertemente a los sindicatos, 12 pertenecían a la UGT, 8 a la CNT y 30 al sindicato de la propia compañía. Había

luchado contra ello y junto con otros había conseguido sindicar la línea y afiliar el sindicato a la UGT. Era a causa de esta lucha por lo que a los 27 años de edad era bien conocido por los anarcosindicalistas y ocupaba un puesto en el Comité de Guerra.

«La revolución fue fabulosa. En los primeros días surgieron comités en todos los barrios, espontáneamente, montando comedores comunales, requisando comida, extendiendo vales y así sucesivamente. Demostraron el sentido instintivo de la iniciativa nacido de tantos años de lucha proletaria. Pero resultaban un poquitín caóticos. Estuvimos en un tris de que hubiese un comité en cada casa…»

Aunque en lo fundamental estaba a favor de la iniciativa de los comités, tuvo que irlos visitando para decirles que el Comité de Guerra se encargaría de los asuntos de la ciudad y que su existencia no hacía más que aumentar la confusión. Al mismo tiempo, el Comité de Guerra restableció el cuerpo de policía, expulsando del mismo a los jefes y agentes de los que desconfiaba, pero, por lo demás, dejando el cuerpo intacto. Se incautó de los 17 o 18 millones de pesetas que había en el Banco de España en Gijón con el fin de impedir que los robasen.

«El pillaje fue un problema al que tuvimos que hacer frente inmediatamente. Recuerdo que se contó y cotejó el dinero antes de entregarlo al comité del Frente Popular de Sama de Langreo. Los Otros bancos fueron puestos bajo nuestro control y nombramos delegados en cada uno de ellos…»

Entre sus iniciativas revolucionarias se incluyó cierta renovación urbana. Hizo derribar y quemar las casetas de baños que pertenecían a un hacendado local y que bloqueaban el tráfico en el frente. La misma suerte corrió la totalidad de los viejos quioscos de madera en los que se vendían periódicos. Luego le tocó el turno a un bloque de casas propiedad del dueño de las casetas de baño y que estorbaba el tráfico. Después le tocó al viejo hospital y finalmente a la iglesia de San José.

«Durante toda la vida había oído contar que las autoridades municipales querían que la iglesia se construyera a un lado para que no bloquease la calle. Pero las todopoderosas autoridades eclesiásticas se habían opuesto y la habían construido en mitad de la calle. Así que mandé derribarla…»

Las clases gobernantes españolas, a su modo de ver, nunca habían sido capaces de ver más allá de sus intereses inmediatos. Vistos desde una perspectiva histórica, eran unos enanos, unos pigmeos que no habían sabido cumplir su misión: cuidar del futuro de la nación. No habían sabido ver lo que hacía falta, sobre todo una reforma agraria que diera tierra a los campesinos hambrientos. Deberían haber tomado la tierra de la nobleza para repartirla entre los jornaleros

que pasaban hambre. Deberían haber modernizado la agricultura para ponerla al nivel de la francesa y la inglesa. Pero las clases gobernantes siempre se negaron a ello. «Octubre de 1934 fue el despertar de las dos grandes fuerzas que librarían la guerra civil…»

Al igual que otros miles de militantes, había estado en la cárcel de octubre de 1934 a febrero de 1936 a consecuencia de haber participado en la insurrección. Entonces la revolución había sido algo transitorio. Ahora era el momento de demostrar de qué era capaz la clase trabajadora.

Siendo ferroviario, resulta apropiado que de sus innovaciones revolucionarias la más inventiva estuviera relacionada con los ferrocarriles. En España existían tres anchos de vía: el internacional, que se utilizaba sólo en dos ferrocarriles, uno que salía de Barcelona y el de la línea minera donde él trabajaba. Luego estaba el ancho principal, que era el mismo que el de Rusia. Finalmente, había trenes de vía estrecha en las líneas costeras e interprovinciales, como la que iba de Oviedo a Bilbao. En aquel momento, esta última constituía un importante enlace ferroviario, ya que era necesario transportar el carbón asturiano a Bilbao para hacer funcionar las acerías.

«Ello significaba que había que cargar el carbón en la línea de la mina, que tenía el ancho internacional. Después descargarlo vagón por vagón para cargarlo nuevamente en el de vía estrecha, que lo llevaba a Bilbao vía Santander utilizando el único enlace ferroviario directo. Esta carga y descarga a mano resultaba costosa, lenta e ineficiente. Vino a verme el jefe del departamento de talleres ferroviarios, al que había nombrado yo, y me dijo que había una posible solución: colocar un tercer rail dentro del tendido de ancho internacional para convertirlo en uno de vía estrecha…»

Inmediatamente se percató de las posibilidades que ello ofrecía y se apresuró a ponerlo en práctica. Fue necesario fabricar puntos y agujas especiales. Se tendió el tercer raíl y los vagones de vía estrecha pudieron llegar directamente a la bocamina de Langreo. El sistema funcionó bien y más tarde, en Barcelona, pensó introducir una solución parecida.

Mientras tanto, a pesar de los ataques constantes, seguían resistiendo en Gijón el cuartel de Simancas y el de ingenieros de El Coto. Tanto, por no decir más, como a organizar la revolución los principales esfuerzos del Comité de Guerra iban dirigidos a reducir dichos focos de resistencia. Finalmente entró en acción la artillería. Las piezas se instalaron tras parapetos de sacos terreros en un descampado que hacía las veces de campo de fútbol y que estaba a tiro de ametralladora del cuartel de Simancas. Desde allí abrieron fuego a quemarropa.

Desde el tejado del hotel Asturias el doctor Carlos Martínez, exdiputado a Cortes, vio disparar varias andanadas que no causaron ningún efecto. Luego un obús cayó sobre el tejado y muy pronto empezaron a subir las llamas. «Fue un golpe de suerte que pegara fuego a las vigas de madera…»

Antes Rafael Hernández había hecho una osada salida y, acercándose a un transformador que se hallaba a plena vista del cuartel, había cortado la corriente eléctrica. Luego, en compañía de los militantes anarquistas Carrocera, Onofre García y otros, había salido corriendo desde las últimas casas en frente del cuartel y con dinamita había volado un nido de ametralladoras que lo protegía, abriendo luego agujeros en los muros del exconvento.

«Ante el fuego que se les hacía a ras de suelo y el que ardía encima de sus cabezas, los defensores se retiraron al interior. Empezamos a atacarles a través de los agujeros abiertos en los muros…»

En un último gesto heroico, los defensores pidieron al crucero insurgente *Almirante Cervera* que hiciese fuego sobre el mismo cuartel. «La defensa es imposible, el edificio está ardiendo y el enemigo está entrando. Disparad sobre nosotros», decía el último mensaje que enviaron por radio. En poco tiempo el cuartel cayó y se produjo una matanza. Era el 21 de agosto. Durante más de un mes un par de centenares de defensores habían tenido ocupados a los milicianos de Gijón, impidiéndoles participar en el sitio de Oviedo o combatir contra las columnas que desde Galicia se dirigían a auxiliar a Oviedo. Se había ganado y vuelto a perder un tiempo precioso.

En los valles mineros, donde predominaban los socialistas, la revolución no siguió la misma trayectoria que en Gijón. El poderoso sindicato minero de los socialistas no reivindicó las minas[36]. En vez de ello, los comités mineros controlaban el trabajo en los pozos a las órdenes de los mismos capataces y técnicos de antes.

«Las funciones de los comités de control eran lo que su nombre da a entender. Su misión no consistía en explotar las minas. No disputamos el derecho de técnicos y capataces a dirigir el trabajo, la mayor parte del cual, de todos modos, era de conservación —rememora Paulino Rodríguez, un minero socialista de Sotrondio, en el valle del Nalón—. En las bocaminas había grandes existencias de carbón. El *dumping* hecho por los ingleses antes de la guerra significó que el carbón asturiano no podía competir en su propio mercado…»

Finalmente, se encargaron de dirigir las minas comités mixtos de técnicos, administradores y mineros. Las decisiones que tomaba el gerente responsable de

dirigir la mina tenían que ser aprobadas por los delegados obreros nombrados por el sindicato de mineros[37].

En la vecina ciudad de La Felguera, conocida por sus acerías y por ser reducto tradicional de la CNT, los anarcosindicalistas no intentaron en ningún momento colectivizar la fábrica de hierro y acero Duro-Felguera, en la que trabajaban casi 4000 obreros. Al igual que en octubre de 1934, se creó un comité de control obrero compuesto en su totalidad por militantes de la CNT. Pronto se dio cuenta el comité de que sin los ingenieros que habían huido o estaban escondidos la falta de experiencia técnica impedía producir. Dos ingenieros que no estaban comprometidos políticamente fueron localizados en Bilbao. Regresaron a la fábrica a petición del comité obrero, el cual, si bien no dirigía técnicamente la planta, ejercía un peso considerable sobre quienes lo hacían.

«No hicimos ningún intento de introducir el comunismo libertario, no queríamos colectivizarlo todo —cuenta Eladio Fanjul, destacado militante de la FAI y obrero siderúrgico—. Luchábamos en la guerra y hacíamos nuestra revolución al mismo tiempo. Pero no hicimos nada que creyéramos susceptible de perjudicar la victoria final en la guerra…»

Pero mientras se perseguía la victoria era necesario sentar las bases de la revolución que, una vez conseguida aquélla, habría que completar. No había ninguna duda de que era necesario que los obreros tuvieran la sensación de luchar para dar forma a su propio destino, de estar haciendo la revolución al mismo tiempo que la guerra, si quería que aportasen todo su esfuerzo para la victoria final.

Mario Guzmán, fogonero en la fábrica y presidente en La Felguera del sindicato cenetista de metalúrgicos, a la vez que militante del POUM —combinación que ya no resultaba aceptable para la CNT barcelonesa— era del mismo parecer. La clase obrera no se movilizaría para defender a líderes pequeñoburgueses como Azaña y Companys. El proletariado tenía que saber que, después de la guerra, la revolución se consolidaría de una manera que no era posible mientras la contienda siguiera en marcha y la victoria aún no fuera segura.

«Pero eso no significaba tratar de conseguir la revolución total, lino sentar las bases de la misma. La CNT catalana cometió una gran equivocación, y lo mismo hizo mi propio partido, al querer hacer la revolución inmediatamente en Barcelona. La CNT de aquí no era de esa manera…»

Si bien la colectivización de la industria, las minas y la tierra no estaba a la orden del día —de todos modos, la CNT asturiana era partidaria de la

socialización de todos los medios de producción y no de la colectivización—, fue más bien esta última la que afectó al mundo del consumo. En Sama de Langreo, donde el comité del Frente Popular, encabezado por los socialistas, se había establecido originariamente, la vida cotidiana se estaba organizando siguiendo una líneas muy parecidas a las de la comuna de octubre. Era una especie de comunismo de guerra, a juicio de Ignacio Iglesias, estudiante y militante del POUM que había sido llamado del sitio de Oviedo para ocupar en el comité revolucionario de suministros el mismo puesto que había ocupado durante la revolución de octubre de 1934. Se hicieron cargo de todos los comercios y se los combinó en un solo almacén.

«Los suministros estaban racionados. Aunque el dinero no fue abolido oficialmente, perdió su utilidad cuando no quedó nada que comprar, ya que se habían hecho cargo de las tiendas de comida y ropa, y en aquellos tiempos no eran muchos los demás artículos de consumo que existían. Los bares cerraron. Ser visto bebiendo en uno de ellos habría sido considerado contrarrevolucionario. A nadie se le habría ocurrido hacerlo, habría sido traicionar moralmente a la revolución. Y como nadie los frecuentaba, cerraron…»

Este comunismo de guerra no alcanzó a los productores de alimentos: los campesinos asturianos. No se hizo ningún intento de colectivizarlos.

«Haber tratado de hacerlo en plena guerra habría resultado totalmente contra productivo —recalcaba Fanjul, el militante de la FAI—. Los pequeños propietarios agrícolas son celosos de sus tierras, quieren trabajarlas ellos mismos, ser sus propios amos. Aquí la tierra estaba bien repartida, no había grandes problemas en este sentido. Todos los esfuerzos tenían que estar dirigidos a ganar la guerra…»[38]

La centralización del poder en manos del comité provincial del Frente Popular, que en septiembre se trasladó de Sama a Gijón y dos meses después adoptó el título de consejo, se consiguió con fricciones relativamente escasas. Aunque durante un par de meses el Comité de Guerra de Gijón se resistió a disolverse, otros comités locales fueron reemplazados por nuevos consistorios municipales. A diferencia de sus colegas catalanes, aragoneses y madrileños, la FAI no titubeó en entrar a formar parte de lo que en realidad era un gobierno bajo un presidente nombrado por el gobierno central como delegado suyo.

Aunque las diferentes posturas revolucionarias causaron tensiones en el seno del consejo, éstas fueron menos acentuadas que en Cataluña. Al igual que en Barcelona, surgió el problema de la expropiación de los pequeños comerciantes y tenderos, especialmente en Gijón, que era ciudad de comercio e industria a

pequeña escala. El partido socialista salió en defensa de la pequeña burguesía y trató de que se devolvieran a sus dueños los comercios como las panaderías, de las que se había hecho cargo la CNT[39]. Aunque la polémica fue enconada, la CNT procuró resolver el conflicto mediante la persuasión en vez de a la fuerza.

«No queríamos una confrontación de fuerza con los socialistas a pesar de que no estábamos de acuerdo con ellos. Nuestra política se basaba en mantener la situación hasta que se ganara la guerra; entonces ya veríamos», comentó Ramón Álvarez, el exsecretario del Comité regional de la CNT que ahora ocupaba el cargo de consejero de Pesquerías.

En efecto, el Consejo de Asturias, encabezado por los socialistas, en el que después de diciembre la juventud libertaria se había unido a la representación de la CNT y la FAI, formaba un cuerpo de gobierno que supervisaba el control sindical de todas las industrias localizadas de acuerdo con las pauta, anarcosindicalistas. La industria pesquera, que después de la ganadera era la fuente de riqueza más importante de Asturias, seguida en tercer lugar por la del carbón, era un ejemplo que hace al caso. En su calidad de consejero de Pesquerías, Álvarez supervisaba la industria, de la que se habían hecho cargo los sindicatos para dirigirla como una empresa socializada.

«No colectivizada, como se ha dicho a menudo. Aunque la CNT era con mucho el sindicato mayoritario, formamos una comisión de tres delegados de la CNT y tres de la UGT para que dirigiese y administrase la industria. Cada uno de ellos era responsable de una faceta distinta. Mi misión consistía en supervisar la administración de una industria que, básicamente, era dirigida por los sindicatos…»

Consiguió convencer al consejo para que la industria conservera fuese integrada a la industria pesquera socializada con el fin de que los beneficios —«las conservas eran el capítulo más rentable»— fuesen a parar a manos de quienes eran su fuente legítima: la industria pesquera en su totalidad.

A pesar de la fricción, a pesar de las diferencias entre las posturas anarcosindicalista y socialista, la CNT y la UGT consiguieron llegar a un acuerdo sobre lo fundamental: la naturaleza del control obrero, el alcance y los objetivos de la revolución en aquel momento (ni comunista libertaria, ni socialista ortodoxa basada en la dirección estatal), los tipos de propiedad que reconocerían («nacionalizada; sometida a intervención o incautación del estado; cooperativa; privada») y la necesidad primordial de una presión proletaria dirigida a la consecución de la «revolución social completa» que no debía aplazarse. El problema del poder ya estaba resuelto: las organizaciones proletarias controlaban

el Consejo de Asturias, en el que la pequeña burguesía se hallaba representada solamente por dos de los quince consejeros. Gracias a las posturas revolucionarias de las masas socialistas y comunistas[40], así como al realismo revolucionario de los libertarios asturianos, quedaron definidos tanto la necesidad de la revolución para ganar la guerra como el alcance factible de la revolución dentro de los límites de la guerra.

Sin embargo, en dos asuntos cruciales la revolución asturiana no pudo aportar respuestas más rápidas y adecuadas de las que se habían aportado en otras partes: la organización de la guerra y el medio para superar el localismo. En ambos aspectos el partido comunista disintió de la revolución.

A mediados de septiembre, dos columnas insurgentes relativa mente pequeñas habían cruzado la mitad de Asturias y se hallaban a 25 km de Oviedo, que seguía estando sitiada. En el terreno montañoso del interior, donde las únicas carreteras que había serpenteaban al lado de profundos barrancos y cruzaban pasos elevados, los mineros revolucionarios no habían podido detener el avance de las dos columnas procedentes de Galicia y León. En octubre de 1934 habían tenido a raya a las tropas gubernamentales durante una quincena en la Vega del Ciego. Allí había resultado herido Alberto Fernández, miembro de la juventud socialista. Pero la hazaña no iba a repetirse. Enfermo de pleuresía, Fernández había abandonado el lecho para luchar contra la columna que avanzaba desde Galicia. En un combate librado en los altos que había enfrente de Candamo, él y los milicianos lucharon a pedradas cuando se les terminaron las municiones. Pero nada, ni siquiera el paso de los ríos Narcea y Nalón, podía detener el avance del enemigo hacia Oviedo. Los milicianos luchaban bravamente, pero tendían a retirarse cuando corrían peligro de verse aislados. En la defensa resultó herido también otro veterano de octubre, el minero socialista José Mata.

«Todos éramos voluntarios. No había disciplina militar. Nos desmoralizamos al ver que el enemigo avanzaba constantemente. No dejábamos de decirnos "que avancen, cogeremos barcas y desembarcaremos detrás de ellos". Pero no lo hicimos. Para ello habría hecho falta un ejército de verdad…»

El Frente Popular asturiano se veía obstaculizado por el hecho que la falta de fuerzas armadas entrenadas era mayor que en otras partes: ni una sola unidad del ejército o de la guardia civil había permanecido fiel a la república y la mayoría de los guardias de asalto estaban con los insurgentes en Oviedo. Había gran escasez de municiones y también, aunque menor, de armas. La resistencia del cuartel de Simancas en Gijón había tenido ocupados a milicianos que deberían haber estado combatiendo al enemigo que avanzaba. Cuando por fin el cuartel cayó el 21 de agosto, Rafael Hernández, el ferroviario socialista y miembro del Comité de

Guerra de Gijón, pensó que debería haberse lanzado inmediatamente un ataque a fondo contra Oviedo. A su juicio, aunque careciesen de organización militar, habrían podido tomar la ciudad lanzando un ataque *en masa*, una oleada tras otra.

«Pero se argumentó que nos habría costado demasiadas bajas. Los sitiados estaban organizados y nosotros tendríamos que organizamos también. Vino a verme en el Comité de Guerra el teniente Gállego, un oficial del ejército que estaba de vacaciones en Gijón, c hizo hincapié en la necesidad de organización militar. A un nivel eso era correcto. Pero un oficial del ejército vale lo que el material de que dispone; se le ha adiestrado para mandar una unidad estructurada militarmente. Si le falta eso, es como un chófer al que le hayan dado un carro para conducir…»

El problema presentaba otro aspecto, como no tardó en ver el doctor Carlos Martínez, exdiputado a Cortes que ahora hacía las veces de «enlace extraoficial» entre el Comité de Guerra y el teniente Gállego. Aunque el comité tenía confianza en Gállego, entre los milicianos despertaban cierta suspicacia todos los oficiales del ejército Nada desanimaba más a un oficial que saber que no se fiaban de él los hombres a los que pretendía mandar. «Necesitaba apoyo, quería que yo, como republicano, diera fe de su conducta, su lealtad y su valor, todo lo cual era notable…»

A falta de un núcleo formado por unidades militares entrenadas, los revolucionarios iban a tener que inventar nuevas tácticas, nuevas formas de combatir. El problema era común a todos los frentes y en ninguna parte pudieron resolverlo las unidades milicianas *ad hoc* formadas en los primeros días. Ni siquiera lo resolvieron en Asturias, donde se contaba ya con cierta experiencia y donde, lo que es más importante, el terreno resultaba apropiado para la defensa.

«Lo único que teníamos eran guerrillas. Quiero decir grupos de hombres cada uno de los cuales iba adonde quería. Alguien gritaba "¡Eh, una mujer dice que los gallegos están ahí abajo y que estamos rodeados!". Cogían sus trastos y se largaban —recuerda Ramón Álvarez, que representaba a la FAI en el Comité de Guerra de Gijón—. Por eso podían avanzar las columnas insurgentes[41]. No obtuvimos algunas victorias hasta que abandonamos la lucha de guerrillas y formamos un ejército, por muy malo que fuese y por mucho que hubiéramos tardado en formarlo…»

Los comunistas venían presionando mucho a favor de la militarización. El concepto de la guerra de guerrillas estaba desacreditado. La mayoría de la CNT, aunque no la de los militantes de La Felguera, estaba de acuerdo en que era necesario formar un ejército regular. Pero antes de que se consiguiera, se decidió lanzar un asalto en toda la regla contra Oviedo, desoyendo los consejos de los

comunistas, los cuales creían que todas las fuerzas debían emplearse contra las columnas gallegas.

Diez mil milicianos, quizá más, tenían sitiada la ciudad que, con su fábrica de armas, había sido el objetivo natural de la revolución de octubre. Entonces no habían podido capturarla totalmente y ahora estaba en manos de los insurgentes gracias a la astucia del coronel Aranda. Por todo ello la ciudad se estaba convirtiendo en una obsesión. Esta vez tenía que caer. Pero la lógica de una situación no era necesariamente la de la siguiente. Dejando aparte las armas que allí se consiguieran, la captura de Oviedo revestía poca importancia estratégica. A modo de revancha revolucionaria por lo sucedido en octubre de 1934, habría sido más apropiado un bloqueo que neutralizase la pequeña fuerza que Aranda mandaba en la ciudad. Ello habría relevado a miles de hombres del asedio y les hubiese permitido atacar a las columnas que avanzaban o lanzarse contra la retaguardia del enemigo. (¡Qué miedo habían inspirado los mineros asturianos en Castilla la Vieja durante los primeros días de la guerra! Su frustrado intento de llegar a Madrid no iba a repetirse. Su atención se concentró en Oviedo durante siete de los quince meses que duró la guerra en el norte y no lanzaron más *ofensivas* importantes que las que tuvieron la capital por objetivo.)[42] Una vez más iba a quedar demostrado que el localismo era el *leitmotiv* de la revolución española.

Desde su nombramiento como gobernador militar de Asturias tras la insurrección de octubre, el coronel Aranda había tenido el convencimiento de que una vez más debería defender Oviedo contra los revolucionarios que se lanzarían sobre la capital desde los pueblos mineros. Rodeada casi completamente de montañas, Oviedo no era ciudad de fácil defensa. Además, Aranda se había llevado un chasco (como también les sucediera a otros en las ciudades donde la victoria de los insurgentes había resultado fácil) al ver que, en los primeros momentos, el número de voluntarios era relativamente pequeño. El centro de la ciudad era burgués y predominantemente derechista[43]; el recuerdo de octubre de 1934 no se había borrado. El coronel había esperado que se le unieran más voluntarios que los 856 que se presentaron en los cuarteles de Pelayo, Rubín y Santa Clara.

En total disponía de unos 3000 hombres para defender una ciudad de 60 000 habitantes. De los 3000 casi 900 eran guardias civiles llegados a la ciudad desde sus puestos en la provincia. Pero Aranda tenía un plan de defensa cuidadosamente estudiado y basado más en la potencia de fuego que en los efectivos humanos. Tenía casi 100 ametralladoras Hotchkiss y las dispuso en cinco núcleos estratégicos, situados en los 15 km del perímetro, con el fin de tender «cortinas de fuego». Al principio no hubo escasez de municiones para ametralladoras y fusiles: en los arsenales se guardaban dos millones de cartuchos. (A raíz de la insurrección

de octubre, el gobierno había reforzado las guarniciones de Oviedo y Gijón). «Las tácticas de Aranda eran algo absolutamente nuevo en aquella época», recordaba uno de sus oficiales. «Una ciudad tan vulnerable como Oviedo podía defenderse contra una fuerza muy superior numéricamente mediante la potencia de fuego más que por medio de los efectivos humanos». Sin embargo, la escasez de defensores significaba que no po día dominar la totalidad del monte Naranco, que se alza sobre la ciudad hasta una altura de 600 metros y brindaba una posición privilegiada a los sitiadores.

Durante todo el mes de agosto, mientras en la ciudad la vida se desarrollaba con normalidad, Aranda mejoró sus posiciones por medio de una serie de ofensivas que llenaban a los sitiadores de dudas sobre cuáles eran sus intenciones, aunque nadie creía en la posibilidad de que rompiera el cerco. A pesar de todo, como pudo descubrir José Álvarez, repartidor de colmado, el perímetro distaba mucho de ser impenetrable. Habiéndose encontrado de la noche a la mañana en una ciudad insurgente, separado de su novia, que se hallaba en un pueblo de la zona del Frente Popular situado a 5 km, decidió no permitir que los caprichos geográficos de la guerra civil le impidiesen cortejar a la muchacha. Durante más de dos meses estuvo cruzando las líneas con frecuencia. No era difícil.

«La primera vez incluso pasé junto a un puesto de ametralladoras de la guardia civil, a plena luz del día y con el carnet de la UGT en el bolsillo, por si fuera poco. Nadie me dijo una sola palabra. Volvía de Colloto por otro camino, atravesando el barrio de Mercadín, que era por donde solía cruzar las líneas más adelante…»

Reconoció que sus motivaciones eran más sentimentales que políticas. Nunca llevó mensajes políticos ni se encargó de misiones de espionaje. De vez en cuando los sitiadores republicanos le hacían preguntas, pero ya parecían estar bien informados por las numerosas personas que cruzaban las líneas.

En el monte Naranco las posiciones estaban separadas por poco menos de 200 metros. Al caer la noche los de uno y otro bando se llamaban a gritos.

«"¡Aquí radio Panchito!", decíamos a través de los megáfonos que nos habíamos fabricado. "Llamando a Arturín de La Felguera… ¿Qué queréis?" "Arturín, ¿te gustaría un poco de pastel?" "¿Qué pastel? Si sois un hatajo de muertos de hambre…" "Coño, Arturín, tú eres un buen hombre, pásate a nuestro bando". "Me cago en la madre que te parió". "No habléis de esa manera, hijos de puta". "Y vosotros… os decís católicos y habláis peor que nosotros". "Bueno, cantadnos una canción, entonces", les gritábamos. Y empezaban a cantar baladas asturianas…»

Un día, según recordaba Ricardo Vázquez-Prada, periodista falangista, su bando sugirió un intercambio de periódicos en tierra de nadie. Al día siguiente se pasaron media hora charlando mientras intercambiaban periódicos. Entre los atacantes había conocidos. Aranda puso fin a la costumbre.

Desde los primeros días los sitiadores habían cortado el suministro de agua a la ciudad, dejando solamente el contenido del depósito que formaba uno de los puntos fuertes del perímetro. El agua estaba estrictamente racionada y no la había para fines higiénicos. Fue necesario volver a abrir viejos pozos, cuya agua tenía que hervirse. Pero ni siquiera esta precaución resultó suficiente. A pesar de todo, ésta fue la única privación seria hasta principios de septiembre. Los combates eran escasos, los cafés seguían abiertos, la gente podía dar su paseo vespertino por la calle Uría. Los almacenes de Oviedo, que tradicionalmente abastecían a gran parte de la provincia, estaban llenos. No hubo escasez inmediata de alimentos.

A partir de principios de septiembre, no obstante, las incursiones aéreas y los bombardeos de la artillería se hicieron intensos. Según cálculos de los defensores, el 4 de septiembre cayeron sobre la ciudad 1500 bombas; quedaron cortados el gas, la luz y el teléfono, y sumida en la oscuridad la ciudad. Cuatro días más tarde, apoyados por una apisonadora blindada, los sitiadores lanzaron el primero de sus fuertes ataques contra San Esteban de las Cruces, el puesto más alejado, que se hallaba en la carretera que conducía a los valles mineros del Nalón y el Caudal. En un intento de ahuyentar a la aviación del Frente Popular, los defensores instalaron una pieza de campaña sobre sacos terreros a guisa de antiaéreo. Tras doce horas de lucha, el ataque fue rechazado.

Jesús-Evaristo Casariego, estudiante, periodista y requeté, había salido de casa, enfundado en su uniforme de oficial de la reserva, en cuanto supo que Aranda acababa de sublevarse. Al salir de casa para presentarse en el cuartel, su madre le abrazó.

«"Me duele tener que decirte adiós sabiendo adónde vas, pero más me dolería ver que te quedabas en casa". Entonces mi esposa, que recientemente me había dado una hija, dijo: "Preferiría que mi hija quedase huérfana a que su padre resultara un cobarde"…»

Al decir eso, pensó Casariego, su esposa había cumplido las palabras de la Biblia, las palabras de Ruth: «Tu Dios será nuestro Dios y tu pueblo será nuestro pueblo», ya que el padre de ella era socialista, aunque moderado. En bandos opuestos, ambos fieles a sus ideas respectivas, aquélla era una más de las numerosas familias divididas políticamente.

Casariego tenía confianza en Aranda, a pesar del supuesto republicanismo del coronel, de su amistad con Prieto y de los rumores de que era masón. Durante toda su permanencia en Asturias se había comportado como un oficial fiel al honor del ejército. En realidad, nunca había existido la menor duda de que se sublevaría. Pero, de no haberlo hecho él, los requetés y los falangistas se habrían alzado en armas. «Sabíamos que de todos modos nos matarían si los rojos tomaban la ciudad. Moriríamos peleando…»[44]

Sucedió que las incursiones aéreas y los bombardeos de la artillería no afectaban a los que defendían el perímetro, sino a la población civil de la ciudad. Subió muy considerablemente la mortalidad entre niños y ancianos debido a que tenían que vivir en sótanos insalubres sin adecuado saneamiento debido a la escasez de agua. Sin embargo, los bombardeos no dieron el resultado que los atacantes esperaban. «En vez de disminuir la moral de los defensores, reforzó su voluntad de resistir y despertó odio contra los que bombardeaban blancos sin valor militar…» Vázquez-Prada vio cómo gente que él sabía que apoyaba al Frente Popular cogía el fusil y se unía a los defensores después de una incursión aérea. En especial un socialista cuya familia había sido barrida por las bombas.

«"Ésos no son revolucionarios, sino criminales", dijo al unirse a nosotros. Luchó con mucha bravura Resultaba más peligroso estar en la ciudad que en el frente. Pero fue contraproducente para los rojos: nunca tuvimos miedo a un levantamiento entre la población civil…»

A juicio de Casariego, una gran masa de los habitantes era neutral. De ello podía tenerse una idea aproximada si se calculaba que unos 2000 de los 10 000 hombres que probablemente había comprendidos entre los 16 y los 40 años se ofrecieron como voluntarios durante el asedio. Los izquierdistas más militantes habían huido o estaban en la cárcel. «Los que todavía tenían la esperanza de que la izquierda triunfase eran demasiado pocos para que temiéramos una insurrección; los tiempos no estaban maduros para algo parecido…»

José Álvarez, el repartidor de colmado, creía que si no había ninguna amenaza de insurrección era más bien debido a la falta de organización. En la ciudad se habría podido organizar una insurrección que, aprovechando alguna ofensiva lanzada por el Frente Popular, habría tenido resultados decisivos.

«La mitad de la población deseaba que la ciudad fuese bombardeada para que los defensores tuvieran que rendirse y así se acabara todo el asunto. Una vez te habías acostumbrado a ellas, las incursiones aéreas eran poco de temer. Era el bombardeo de la artillería lo que, por ser más acertado, causaba mayor mortandad. Pero no había una organización interior ni creo que el espionaje se hubiese

organizado sistemáticamente…»

A finales de septiembre ya le resultaba más difícil salir de la ciudad para ir a ver a su novia. Seguía trabajando en el colmado, ya que no se había hecho ningún intento por obligarle a presentarse voluntariamente para la defensa de la ciudad (aunque los militares obligaron a todos los no voluntarios a que pasaran dos o tres días al mes trabajando en las fortificaciones, si sus condiciones físicas se lo permitían). Los suministros escaseaban. Carne, patatas, huevos, leche, sidra —es decir, los elementos básicos de la dieta asturiana— eran ya imposibles de obtener. En los laboratorios de la universidad unos catedráticos empezaron a emplear carbón para hacer gasolina y abastecer los vehículos militares. La fiebre tifoidea alcanzó proporciones de epidemia y José Álvarez cayó enfermo. Para los que gozaban de buena salud la epidemia no era especialmente peligrosa, pero los ancianos y los débiles no tenían tanta resistencia. Durante los noventa días que duró el asedio la enfermedad se llevó a 1000 civiles, número igual al de los que murieron en los bombardeos aéreos y de la artillería. Pero Oviedo fue casi la única ciudad en la que no se registró cierta clase de muerte: a pesar de los bombardeos, a pesar de los recuerdos de octubre, no se ejecutó a ningún político, no hubo *paseos* ni se cometieron asesinatos por venganza durante el transcurso del asedio. Teniendo en cuenta lo que estaba sucediendo en otras partes —y lo que más adelante sucedería en el propio Oviedo éste fue quizás el logro más notable de la defensa de una ciudad donde la lealtad de una parte de la población no podía darse automática mente por cosa segura.

«No era momento para ejecutar a la gente —dijo Salvador García, agente de publicidad y uno de los pocos hombres no adscritos a ningún partido que se presentó voluntario desde el primer día. Nuestro objetivo era defender la ciudad y no fusilar prisioneros. Ni siquiera se castigó con la muerte un caso de sabotaje que se dio en mi cuartel de artillería, en el que un soldado fue acusado de haber volado un almacén de municiones…»

García había pasado la revolución de octubre en Oviedo. Era hombre al que «le gustaba la ley y el orden», pensaba que la política era fuente de divisiones y que la dictadura de Primo de Rivera había sido un «período perfecto». Bajo la república no había más que desorden, el cual había empeorado incluso tras la victoria electoral del Frente Popular. Iba a estallar otra revolución. Él había visto los planes. Aunque en toda su vida jamás había pertenecido a un partido, no titubeó cuando llegó el momento. «Sabía qué tenía que hacer».

Al amanecer del domingo 4 de octubre comenzó la ofensiva del Frente Popular contra Oviedo. Al día siguiente se cumpliría el segundo aniversario de la insurrección de octubre. Las columnas gallegas, que habían sido reforzadas con

unidades legionarias y marroquíes y que ahora eran mandadas por el coronel Martín Alonso, estaban a solo 25 km. Pero desde hacía quince días se hallaban detenidas en el mismo lugar a causa de una resistencia que por fin empezaba a unirse. El Frente Popular se proponía tomar Oviedo antes de que las columnas pudiesen avanzar. Al mando de un grupo —no había mandos militares de tipo convencional—, José Mata, el minero socialista que ya había resultado herido en los combates contra las columnas gallegas, creía que era importante capturar la ciudad para hacerse con numerosos fusiles y ametralladoras y levantar la moral de los milicianos.

La ofensiva había sido organizada apresuradamente, a juicio de Manuel Sánchez, un ebanista de Oviedo. Era miembro del partido comunista y había estado entre los que, siguiendo la sugerencia de Aranda, partieron para Madrid el 19 de julio. Fue una equivocación, como ya se lo había advertido el camarada Lafuente, militante también del partido. ¿Era la ofensiva de ahora un nuevo error?

«No se nos había dado virtualmente ninguna instrucción; todos seguíamos siendo voluntarios y vistiendo el mono. Nos lanzamos al ataque con unos fusiles checos antiquísimos que acabábamos de recibir. Había que cargarlos cada vez que disparábamos…»

La ofensiva se desplegó desde San Esteban de las Cruces, al sudeste, hasta el monte Naranco, al nordeste. La potencia en hombres y municiones de la primera línea de Aranda ya había quedado reducida a la mitad a causa de los encarnizados combates del mes anterior. La Loma del Canto, que así se llamaba la posición avanzada que había en el monte Naranco, cayó tras cuatro días de dura lucha y una nutrida cortina de fuego, a cargo de las piezas de campaña del Frente Popular, emplazadas a 1000 metros escasos ladera arriba, junto al sanatorio. Entre unas posiciones y otras se hallaba la bella iglesia de Santa María del Naranco, que databa del siglo IX.

Al retirarse de la Loma del Canto hacia nuevas posiciones en torno a la iglesia de San Pedro de los Arcos, Vázquez-Prada, el periodista falangista, vio que junto a la iglesia yacía un guardia de asalto con una herida en la cabeza. «Sácame de este infierno», le suplicó el herido. «Lo llevé a unos pasos más allá, a un puesto de primeros auxilios instalado en la Calle Mayor. A esas alturas ya luchábamos en la ciudad, pero ni por un instante se me ocurrió pensar que los rojos la tomarían».

«"¡Están aquí! ¡Están aquí!", exclamaron dos guardias de asalto al entrar corriendo en mi casa. Iban cubiertos de harapos, sin fusil y estaban casi muertos de agotamiento. A los pocos momentos, las calles paralelas a la estación del Norte, a unos 200 metros de mi casa, eran barridas por el fuego de los republicanos»,

recuerda José Álvarez, el repartidor de colmado…

Después de una semana de intensos combates, los defensores se habían visto obligados a retirarse de todas las posiciones en el perímetro que tan bien les habían servido: el depósito de agua, la ermita de Cristo Encadenado, el cementerio, el manicomio de La Cadaliada. No había una segunda línea defensiva, se habían agotado las municiones para las ametralladoras y sólo quedaba un décima parte de las municiones para fusil que tenían una semana antes. Los mineros avanzaban desde el sudeste, cruzando el barrio obrero de San Lázaro, y desde el oeste, cruzando La Argañosa.

«Abríamos boquetes en las paredes de las casas para subir por la calle Magdalena. Los defensores estaban tan cerca que tuvimos que instalar espejos para poder montar la guardia sin ponernos a tiro. Los combates se libraban principalmente con granadas de mano, pero su fuego de mortero era devastador. Sufrimos muchas bajas…»

Anselmo Pañeda, minero de la juventud socialista, se consideraba afortunado por ser el único herido leve. Los mineros aguardaban al amparo de la oscuridad, escuchando el fuego artillero, antes de atacar, según cuenta su compañero Misael Martínez. «Una vez habían explotado 30 obuses, nos lanzábamos al ataque. No hacía faltar estar entrenado… sólo saber contar».

En La Argañosa y en la calle Marqués de Gastañaga los defensores incendiaron bloques de casas para impedir el avance de los mineros[45]. Jesús-Evaristo Casariego, que mandaba uno de los grupos de asalto de los defensores, sabía que era cuestión de vida o muerte.

«Éramos como bestias acorraladas. Estábamos dispuestos a quemar la ciudad, a levantar barricadas de fuego entre nosotros y el enemigo. Luchábamos calle por calle, casa por casa, piso por piso, habitación por habitación. No estábamos dispuestos a rendirnos bajo ninguna condición. Ganar o morir, no había otra elección…»

Su hogar, sito en la calle de la Independencia, cayó en manos del enemigo. Su esposa y su hija de seis meses huyeron al sótano de una casa del centro. Hija de un socialista y esposa de un nacionalista, dijo que quería morir junto a su marido. La abuela de Casariego, que era octogenaria, su madre, sus hermanas y dos hermanos pequeños permanecieron en manos de los atacantes. «Los rojos no maltrataron a nadie. De hecho, uno de sus oficiales incluso dio a los niños un poco de leche condensada que llevaba en el macuto». Apenas quedaban municiones.

«Quince cartuchos de fusil era todo lo que nos quedaba. "Bueno, todavía tenemos bayonetas y cojones", dijimos…»

La aviación nacionalista dejó caer 30 000 cartuchos para fusil. Sólo quedaban 500 hombres capaces de empuñar un arma, incluyendo los heridos leves y los enfermos. Los atacantes estaban casi en el centro de la ciudad y se estaban haciendo preparativos para retirarse a baluartes escogidos previamente donde la resistencia podría seguir hasta el fin.

A los tres días de ser herido en la garganta, Salvador García, el agente de publicidad que se había ofrecido como voluntario en cuanto empezó el levantamiento, insistió en que le dejasen volver al servicio activo. En el hospital había tantos heridos que ningún médico había tenido tiempo de examinarle. Un practicante que era buen amigo suyo se ofreció para proporcionarle ropas de paisano y extender un certificado diciendo que había sido herido en un tiroteo callejero. Había vivido la revolución de octubre, estaba convencido de que los mineros iban a tomar la ciudad.

«"Ya sabes lo que eso quiere decir…" Sus palabras me convencieron de que mi sitio estaba al lado de mis compañeros que combatían hasta la muerte. El primer médico se negó, pero el siguiente se hizo cargo y me dio de alta. Llevaba la garganta vendada, apenas podía hablar. Pero podía manejar un fusil y para disparar no hace falta que hables…»

Al acabársele las municiones, su unidad de artillería pasó a ser de infantería. Capturaron la planta generadora de electricidad de Fresno y dejaron la ciudad a oscuras. Sólo las llamas de los edificios incendiados iluminaban el cielo nocturno, a la vez que las lámparas de aceite eran la única iluminación en los sótanos donde la población civil llevaba casi una quincena sin poder salir. Aranda trasladó su puesto de mando de la fábrica de armas al cuartel de Pelayo. Utilizando una radio alimentada con la batería de un coche, mandó un mensaje a los defensores exhortándoles a luchar hasta el fin como españoles. Un mensaje radiofónico dirigido a la columna gallega decía que las municiones se habían agotado pero que Oviedo resistiría hasta el último hombre[46].

La ofensiva del Frente Popular se había prolongado y estaba resultando costosa en hombres y municiones. En el sector sudeste José Mata se encontraba bloqueado en la calle Campomanes. El avance hacia el interior de la ciudad resultaba difícil, sangriento. Maldijo el día en que habían partido para Madrid hacía ahora tres meses. De haberse quedado, como hiciera la CNT de Gijón, las cosas habrían sido distintas. Había que destruir cada casa antes de que los defensores quedasen fuera de combate.

«Los defensores de la guardia civil no se rendirían. Habría que matarlos. Una sola ametralladora instalada en una casa nos tenía bloqueados y antes de seguir avanzando fue necesario que la artillería dejase la casa reducida a un montón de escombros. El número de bajas era enorme… 5000 heridos tuvimos en ambos frentes…»

En el flanco oeste el avance había penetrado con mayor profundidad; se luchaba en la plaza de América y casi junto a los muros del hospital. La unidad de Manuel Sánchez había avanzado por los boquetes abiertos en las casas, flanqueando la Casa del Jabonero, uno de los baluartes de los defensores. Manuel estaba tratando de dormir un poco cuando le despertaron para decirle que el jefe de un grupo y varios de sus hombres se habían emborrachado y se dirigían hacia el centro. Salió tras ellos Los alcanzó no muy lejos de la calle Uría, que era la principal de Oviedo. Estaban cantando a grito pelado. Comprendió que aquella noche las fuerzas del Frente Popular habrían podido llegar virtualmente al centro.

A la mañana siguiente, Sánchez y otros jefes sostuvieron una reunión con el jefe de la columna, el comunista Damián Fernández, quien les dijo que ahora podía tomarse Oviedo, pero que la columna gallega avanzaba rápidamente para socorrer a la ciudad. Era de vital importancia proteger la cercana fábrica de artillería de Trubia, que se veía amenazada. «Su pérdida sería un grave revés, mientras que Oviedo podría tomarse más tarde. Además, se estaban acabando las municiones…»

En la ciudad, Vázquez-Prada se hallaba apostado con una ametralladora en la cúpula del edificio del Banco Asturiano. El 17 de octubre había amanecido soleado. La ofensiva entraba en su decimo cuarto día. El frente, era imposible decir la «línea de fuego», estaba casi en el centro de la ciudad. Al igual que todos los demás defensores, tenía los nervios hechos polvo. Sólo el recuerdo de octubre de 1934 le mantenía firme en su determinación. Periodista deportivo en el periódico local derechista *Región*, los revolucionarios le habían golpeado las costillas con las culatas de sus fusiles y habían estado a punto de fusilarle. Salvó la vida gracias a la rápida intervención de un líder comunista que había mandado que lo trasladasen a otra sala del hospital donde había ingresado sin conocimiento. Al ver que había desaparecido, sus perseguidores creyeron que lo habían fusilado y su muerte fue registrada en los libros del hospital. Cuando se repuso, ingresó en la Falange, rechazando tanto el marxismo como el capitalismo, ya que los había padecido a los dos. Había empezado a trabajar a los 12 años en un taller de máquinas al morir su padre, que era abogado…

Al menos en la cúpula, al lado de la ametralladora, podía tomar el sol. Eran los últimos momentos. Sólo se podía morir peleando.

«Si los rojos tomaban la ciudad, nos asesinarían a todos. Me empapé bien de sol. En el edificio de la seguridad social había un puesto de observación antiaérea. Aparecieron nuestros aviones y empezaron a atacar las posiciones enemigas. De pronto vi a don José Rubio en el puesto de observación. Estaba gesticulando. Llevaba su enorme capa extendida y la cabeza descubierta. Oí que gritaba "¡Moros en la cuesta!". Parecía casi que gritase la vieja señal de alarma "¡Moros en la costa!". Eché mano de los prismáticos y enfoqué el monte Naranco: había moros en la cresta. "¡Estamos salvados!", grité. A los pocos instantes se produjo una enorme explosión en la ladera. Los rojos estaban volando sus depósitos de municiones. Entonces supimos con certeza que se retiraban…»

Al caer la noche, la niebla se hizo espesa. La columna de socorro no entraría en la ciudad hasta el día siguiente. Los combates proseguían. Jesús-Evaristo Casariego se encontraba en una posición próxima a la plaza de América cuando oyó gritos: «Somos la columna gallega. ¡Viva España!». A su lado un soldado gritó «¡Es mentira!», creyendo que se trataba de una treta del enemigo. Casariego avanzó en compañía de un capitán. Aranda, que había sido informado, ordenó que se tomasen toda clase de precauciones. La identidad de los recién llegados quedó confirmada gracias a que uno de los oficiales defensores reconoció al que mandaba la avanzadilla de la columna, el capitán Jacobo López.

«Los gallegos, voluntarios en su mayor parte, entraron con las bayonetas chorreando sangre. Antes de romper el cerco habían sostenido un combate encarnizado en la estación del ferrocarril. Aranda recibió al capitán López a la luz de los faros de un coche, en la puerta del cuartel de Santa Clara. El capitán saludó militarmente. "A sus órdenes, mi general[47]. La avanzadilla de la columna de socorro procedente de Galicia ha llegado. Sin novedad"…»

Al otro lado de la ciudad, en la calle Magdalena, los minero', socialistas vieron que desde el centro disparaban proyectiles de iluminación y bengalas. Sospecharon lo peor. Al día siguiente recibieron la noticia junto con órdenes de replegarse a sus posiciones iníciales.

«Yo no era más que un simple miliciano, así que no sabía el motivo de tales órdenes —dice Anselmo Pañeda, minero de la juventud socialista—. Pensaba que, de haber continuado, podríamos haber tomado la ciudad. En vez de ello, nos retirábamos abandonando todas las posiciones que habíamos capturado. A los pocos días, nos ordenaron que volviéramos a tomar algunas de ellas…»

En medio de gran derramamiento de sangre y mucho heroísmo, el intento de arrancarle a la historia una revancha revolucionaria por lo ocurrido dos años antes había fracasado gracias a las lecciones que los defensores aprendieron en

octubre de 1934. Habían resistido el asedio de noventa días y los nacionalistas habían conseguido abrir un estrecho corredor para llegar a la ciudad, que seguiría sitiada hasta el final de la guerra en el norte un año más tarde[48].

MADRID SERA LA TUMBA DEL FASCISMO.

¡No pasarán!

Cada casa una fortaleza, cada calle una trinchera, cada barrio un muro de hierro y combatientes …

Imitad a Petrogrado. El 7 de noviembre debe ser tan glorioso en el Manzanares como en el Neva.

ESPOSAS, MAÑANA DEBÉIS ESTAR PREPARADAS PARA LLEVARLES EL ALMUERZO A VUESTROS MARIDOS NO A LA FÁBRICA, SINO A LAS TRINCHERAS.

Mundo Obrero, PCE (7 de noviembre de 1936).

VIVA MADRID SIN GOBIERNO.

MILITANCIAS 8

TIMOTEO RUIZ, hijo de campesino (JSU-S: PCE).

Desde el camión que lo transportaba herido —no había ambulancias— vio que las calles de Madrid estaban llenas de hombres, mujeres y niños que trabajaban afanosamente, llenando sacos terreros, levantando barricadas. Los

altavoces llamaban insistentemente a resistir. Aquella noche, en el hospital, se durmió feliz, convencido de que la capital resistiría.

A sus 17 años de edad era cabo en el 5.º regimiento, organizado por los comunistas, y había luchado con las tropas que se retiraban ante el avance del ejército de África hacia la capital durante los pasados dos meses. Resultó herido durante el último tramo, entre Toledo y Madrid. Por no haber cumplido aún la edad reglamentaria, no debiera haber estado en el frente.

«Cuando llegué de mi pueblo de la provincia de Toledo con unos cuantos chicos más que, al igual que yo, querían pelear, nos encontramos con un chico del pueblo que había ingresado en la juventud comunista de Madrid. Nos dijo que la mejor unidad era el 5.º regimiento, que estaban formando los comunistas. Por ser demasiado joven, necesitaba el permiso de mis padres. Un día, cuando estábamos haciendo la instrucción, me llamaron por los altavoces, ordenándome que me presentara en el despacho del comandante. Mi padre me estaba esperando allí. No hice caso de la orden. Sabía que nunca me encontrarían…»

Fue ascendido a suboficial casi inmediatamente. A cada recluta se le preguntaba si había recibido alguna instrucción militar. En Los Navalmorales de Pusa, su pueblo, un exlegionario había dado cierto entrenamiento militar —sin armas— a los de la juventud socialista, antes de la guerra. De modo que respondió «Sí». «Muy bien, pues eres cabo».

«Tenía una idea muy vaga de lo que estaba en juego. Lo único que sabía era que deseaba hacer lo que pudiera. En el pueblo era uno de los que tres años antes habíamos creado las Juventudes Socialistas. No sabía mucho de socialismo (tenía sólo 14 años), pero cuando me enteré de lo sucedido en la revolución rusa, que los grandes terratenientes habían desaparecido y dieron la tierra a los campesinos, se me encendió la imaginación. Poco tiempo después yo y unos cuantos más fuimos detenidos por escribir "¡Viva Rusia!", en las paredes del pueblo. Éramos demasiado jóvenes para que nos sometieran a juicio, así que el alcalde y el comandante de puesto de la guardia civil acordaron que, a guisa de castigo, nos encerrarían en el ayuntamiento todos los domingos, el único día de descanso y diversión, hasta que hubiesen terminado los festejos del día. El castigo duró más de cuatro meses. Ésa era la clase de feudalismo bajo el que vivíamos… El pueblo era prácticamente propiedad de cinco grandes terratenientes. Aparte de unos 500 pequeños propietarios rurales como mi padre, los demás 4000 habitantes eran jornaleros sin tierra que cada mañana iban a la plaza del pueblo esperando que los capataces de las grandes fincas los escogieran para ir a trabajar. Trabajo para todo el mundo sólo lo había durante la cosecha y la recolección de la aceituna. El único medio que tenían los jornaleros sin tierra para mantener a sus familias consistía en

cortar leña en la tierra comunal que había en las montañas. Pero esto estaba prohibido y la guardia civil, si los pillaba, les confiscaba la leña…»

Para que el dinero les llegase, su padre tenía que salir a trabajar para los grandes propietarios. Cuando la reforma agraria había recibido algo de tierra, pero era tan mala que no la labró[49]. La familia tenía cuatro hijos y vivían de gazpacho y garbanzos. Un pollo para Navidad era un «gran acontecimiento», y la carne, un festín desconocido.

El 18 de julio estaba regando la pequeña propiedad de su padre cuando, a las dos del mediodía, sus hermanos llegaron del pueblo para decirle que los militares se habían sublevado. Regresó corriendo a la sede de la juventud socialista.

«"¿Qué vamos a hacer, si no tenemos armas? Tenemos que defendernos y defender a la república". Lo único que se nos ocurrió fue ir a la casa señorial del pueblo que pertenecía a don Tomás, el hermano de Joaquín Costa. Allí guardaba una colección de armaduras antiguas. Recuerdo con qué orgullo recibí la lanza con la que iba a defender a la república. Otros llevaban espadas antiguas, rodelas, petos… En una camioneta partimos para el pueblo de al lado, a ver qué pasaba allí. Vimos que habían cortado los árboles para bloquear la carretera. De entre el ramaje surgían los cañones de un par de viejas escopetas de caza. La escena era propia de otra época, de una guerra de hacía mucho tiempo…»

Después de un mes de instrucción, su compañía, la n.º 10, llamada «Acero», abandonó el cuartel del 5.º regimiento, instalado en un antiguo convento madrileño, con destino al frente de Talavera, que caía no muy lejos de su pueblo natal, aunque al otro lado del Tajo. Mientras tanto, ingresó en las JSU y más adelante se haría miembro del PCE. La compañía llevaba viejos uniformes militares e iba armada con fusiles mexicanos. Los hombres habían sido adiestrados en el manejo de fusiles y granadas de mano. La compañía no tenía ninguna ametralladora, pero sí había camilleros en ella, así como equipo sanitario, cosa rara en la milicia[50].

«Al acercarnos al frente, quedé sorprendido al ver coches y camiones que venían de las líneas, muchos de ellos ostentando las letras CNT-FAI. Los hombres decían que regresaban a Talavera para dormir. ¿Era esto posible en tiempo de guerra? Cuando llegué al frente, comprobé que las únicas unidades en las que había cierta disciplina, impuesta por ellas mismas mayormente, eran las del 5.º regimiento…»

Al principio se encontró con que las tropas que había enfrente eran moras y

de la Legión. Pudo comprobar que bastaba con que alguien gritase que los moros atacaban para que cundiera el pánico. Su unidad les plantó cara y libró con ellos combates cuerpo a cuerpo en las trincheras de las afueras de Talavera durante un par de días. Pero luego, tras un fuerte bombardeo artillero, vino el descalabro. «La facilidad con que bombardeaban nuestras posiciones fue lo que más nos impresionó. Era la demostración de su fuerza y de nuestra debilidad, porque, al parecer, no teníamos ningún cañón con el que contestarles. Era desmoralizador…»

Arracimadas en la carretera, las unidades de milicianos quedaban fácilmente aisladas o, temiendo verse cercadas, se retiraban. La retirada se prolongó durante dos meses, hasta llegar a las mismas puertas de Madrid. Sin embargo, para recorrer los últimos 70 km desde Toledo, tardaron un mes.

Cada vez que su unidad se retiraba se producía un gran desorden y resultaba fácil perder el contacto con la compañía. Ello creaba un grave problema. Su compañía estaba armada con fusiles mexicanos; la compañía «Acero» que había al lado lo estaba con fusiles rusos. Ambos tipos utilizaban distinta munición. El hombre que se extraviaba de su compañía corría el riesgo de quedarse sin munición si se veía obligado a integrarse en otra unidad. Pero lo peor era siempre sentirse solo, expuesto.

«Nunca podías estar seguro de que la columna que debía estar a tu derecha o a tu izquierda estaba efectivamente allí, o de si corrías peligro de encontrarte rodeado. Las cosas podían continuar de esta manera. Necesitábamos un mando único. Me llevé una gran alegría cuando supe que las milicias iban a ser militarizadas. No porque supiera algo sobre problemas militares, sino porque desde hacía tiempo sabía lo que significaba el no poder contar con las unidades que había en un flanco o en el otro…»

Un amigo suyo, que era un chico muy valiente, se alejaba un poco cada vez que la compañía ocupaba una nueva posición. Cuando le preguntaron adónde iba, contestó: «A ver adonde nos retiraremos esta vez».

«Tenía razón. Cada vez que ocupábamos una nueva posición podíamos estar seguros de que al día siguiente volveríamos a retirarnos. Pero cuando llegamos a Madrid; le dije: "Esta vez no hará falta que mires qué tenemos detrás. Ya no podemos retirarnos a ninguna parte"…»

La milicia madrileña había tenido que enfrentarse con dos pruebas que eran desconocidas para la milicia catalana que luchaba en Aragón: una fuerza de combate integrada por profesionales como era el ejército de África y, en segundo lugar, la amarga experiencia de ser derrotadas constantemente. Ninguna de las

unidades milicianas, incluyendo el 5.º regimiento, pudo resistir el asalto del ejército de África. En cuanto a la derrota constante estaba logrando que, aunque poco a poco, se viera la necesidad de concebir la guerra de otro modo. La revolución estaba fracasando en dos aspectos relacionados entre sí: no se había creado ningún poder proletario y ningún Valmy revolucionario había podido derrotar a la principal fuerza enemiga, aunque fuera temporalmente. En las milicias se manifestaba el vacío creado por el «poder dual»: cada partido y cada organización tenía su propio cuartel general militar, sus propios servicios de abastecimiento, sus propios transportes, los cuales atendían a las necesidades de sus columnas y hacían poco caso de las demás. No había un estado mayor central que formulase un plan de acción común y que siguiera una pauta eficaz para la distribución de los hombres y las municiones. Entre las distintas columnas había rivalidad, por no decir hostilidad declarada. Al no haberse creado un poder proletario capaz de movilizar todas las energías de la población en la tarea revolucionaria de ganar la guerra, renació un poder distinto (y no proletario) sin el cual la guerra se habría perdido rápidamente. Esta opción la ofrecía el partido comunista, en cuyos planes históricos no se hallaba la revolución socialista, aunque ésta ya estuviera en marcha[51]. El partido comunista se daba perfecta cuenta de que el Frente

Popular se enfrentaba con una guerra civil a gran escala y no con la simple secuela de un golpe militar. Por ello, era el único partido capaz de brindar una alternativa coherente al vacío de poder que parecía conducir inevitablemente a la derrota. «Disciplina, Jerarquía y Organización», tronaba *Mundo Obrero*, el órgano del partido, sólo dos días después de que en Madrid se hubiese aplastado el levantamiento. La tarea estaba resultando lenta y antes de que el cambio quedase plenamente consumado, los defectos de la revolución dieron súbitamente paso a la manifestación más dramática de su potencial no realizado: la defensa de Madrid.

El fragor de la guerra llegaba claramente a Madrid desde hacía algún tiempo. El enemigo estaba más cerca cada día. Los primeros tanques rusos utilizados en una contraofensiva no consiguieron detener su avance[52]. El 6 de noviembre, el ejército de África ya había alcanzado los arrabales de la capital. Era una fuerza relativamente reducida, de unos 20 000 hombres, que en tres meses se había abierto paso luchando a lo largo de unos 400 km desde Sevilla y que ahora estaba listo para tomar una ciudad de más de un millón de habitantes. Una población cuya aparente despreocupación había sorprendido a un militante de la CNT-FAI al regresar éste de San Sebastián en septiembre. Miguel González Inestal pensó que Madrid estaba loco tras su experiencia en el País Vasco[53], donde «todo el mundo vivía virtualmente en primera línea, donde todo esfuerzo se dedicaba a la guerra». En Madrid, a principios de septiembre, el frente aún parecía muy lejano, y la guerra otro tanto. La gente no se había dado cuenta de lo que se le

venía encima.

«Dejando aparte unas pocas excepciones (para hablar de mi propia organización —y las demás eran lo mismo—), la gente no se tomaba la guerra en serio. El puñado de miles de militantes que estaban en el frente sabían qué era lo que estaba en juego, pero la mayoría se quedó en Madrid, la mar de satisfecha con lo que se había hecho, contenta con su papel de espectadores complacidos…»

El 6 de noviembre, víspera de la ofensiva nacionalista contra la capital, las cosas ya habían cambiado. En un gesto dramático ejecutado en el último momento, el gobierno de Largo Caballero, en el que acababan de entrar los anarcosindicalistas, abandonó Madrid aquel día y se trasladó a Valencia. Con él se marcharon los jefes de los partidos y organizaciones políticos. El silencio se apoderó de la ciudad. La gente se retiró a sus casas, confusa ante lo que parecía ser la franca confesión de que era imposible defender la capital.

José Vergara, funcionario del Ministerio de Agricultura, salió aquella noche del ministerio, sito en la plaza de Atocha y se fue a su casa caminando por el centro de la calle Sagasta. No se veía ni un alma. Algunas casas tenían la puerta abierta y todo parecía abandonado. El fuego de la artillería se oía claramente. Pensó que nada podría evitar que las tropas de Franco entrasen en Madrid.

«La guerra estaba perdida, ya hacía algún tiempo que me parecía que lo estaba. La jefatura militar era patentemente absurda; las luchas políticas internas, salvajes; era imposible ganar con semejante confusión, con semejante falta de medidas decisivas. Todo había terminado…»

Otros no compartían este punto de vista. En la azotea de la nueva sede de Izquierda Republicana, en el Círculo Mercantil de la Gran Vía, Régulo Martínez, el presidente del partido en Madrid, se dirigía a la población por un altavoz instándola a que acudiese a la defensa de la capital. El comité madrileño de Izquierda Republicana se había negado a marcharse con el gobierno, cuya precipitada partida se le antojaba un desastre a Martínez. Pero se hablaba de crear una junta de defensa y mientras había vida había esperanza. Lorenzo Íñigo, secretario del sindicato metalúrgico de la CNT en Madrid, tenía la impresión de que, a medida que pasaban las horas, la gente se iba recuperando de la conmoción de los primeros momentos. Surgió un sentimiento general de indignación. La gente se preparaba para combatir.

«Los de la juventud libertaria nos sentíamos escandalizados ante el espectáculo de un gobierno que huía ante el enemigo. Los milicianos de Cipriano Mera cortaron la huida de algunos miembros del gobierno y quisieron obligarles a

regresar…»

Victoria Román, estudiante universitaria, vio que unos niños de corta edad arrastraban adoquines hacia el sitio donde hombres y mujeres estaban levantando barricadas. Tenía previsto salir de la ciudad, pero de pronto se sintió incapaz de hacerlo.

«Me sentí completamente identificada con el pueblo de Madrid. "Yo me quedo", les dije a los encargados de la evacuación que querían que acompañase a Levante a los niños a los que había estado cuidando. No pertenecía a ningún partido político, era una típica española indisciplinada que ahora estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para impedir el triunfo del fascismo. "Nadie puede abandonar Madrid en un momento como éste", les dije…»

Los comunistas fueron casi los únicos que defendieron la acción del gobierno, argumentando que no podía quedar sitiado en la capital y seguir gobernando efectivamente. Narciso Julián, ferroviario comunista que había regresado a Madrid desde Aragón y mandaba ahora la brigada de trenes blindados, criticó a las numerosas personas que salieron o trataron de salir detrás del gobierno.

«Esa gente no tenía ninguna excusa para huir mientras las masas comenzaban a prepararse para defenderse en medio de una desesperada escasez de armas. Organizamos un batallón de ferroviarios y fuimos a buscar armas al Ministerio de la Guerra, pero allí no las había y tuvimos que ir a la Casa de Campo y armarnos con las de los muertos y desertores…»

El ejército de Franco, que ya estaba en posición de lanzar su primera ofensiva el día de la partida del gobierno, retrasó el ataque en veinticuatro horas. La población empezaba a acudir a las llamadas que por doquier se hacían pidiendo a los sindicalistas que se presentasen para ser movilizados.

«"¡No pasarán! ¡No pasarán!" De pronto no oías ni veías otra cosa que estas palabras —recuerda Pedro Gómez, tornero de la UGT—. Era como un anuncio de esos que dicen "use crema instantánea de afeitar" y vas y lo haces. Todo el mundo creía en ellas…»

Horas antes, mientras el gobierno salía de la ciudad, los obuses enemigos empezaban a silbar por encima de la fábrica donde Gómez trabajaba. Era la fábrica donde antes de la guerra se montaban los famosos autobuses ingleses de dos pisos y que ahora estaba dedicada a la producción de municiones. El comité obrero dio la señal de que se evacuasen todas las máquinas y herramientas.

«“No capturarán nada de esto”, dijimos. Nosotros éramos los encargados de la fábrica. No había visto a ninguno de los antiguos jefes, ya que cuando entré a trabajar en ella, a los tres o cuatro días del levantamiento, el comité de fábrica ya había sido elegido. Mi hermano mayor trabajaba en ella de tornero y me enseñó el oficio; antes yo trabajaba en un pequeño taller donde fabricábamos peines de concha. Así que amontonamos toda la maquinaria y el equipo en camiones y nos trasladamos al norte de la ciudad, fuera del alcance de la artillería. Luego mi hermano y yo nos fuimos a casa. Mi madre miró a mi hermano. “Anda, hijo”, dijo, “que hay que luchar”. “Espera un minuto. Veamos si pasa”. Pero cuando vio que no iba a pasar, salió de casa. No tenía que ir muy lejos para llegar al frente…»

Desde hacía un mes, Julián Vázquez, líder del sindicato comunista de trabajadores de la confección, estaba organizando un batallón de sastres. Él y otro líder compraron algunos libros, entre ellos un manual de infantería francés y se pusieron a adiestrar a los hombres. La mayoría de los sindicatos organizaron batallones por el mismo estilo. El 7 de noviembre, el partido comunista dio orden de que sólo las mujeres permanecieran en la retaguardia.

«El partido comunista ya pedía que se organizara la defensa de la capital cuando el ejército de Franco estaba aún en Extremadura. Un socialista me dijo: “Sois unos alarmistas, estáis tratando de atraer nuevos miembros”. “Si lo ha dicho el partido, me cago en la leche, tiene que ser verdad”, le repliqué. Tenía una fe ciega en el partido. Y ahora se había hecho realidad. Pero nuestro batallón de sastres no tenía armas. Así que los líderes del sindicato comunista nos fuimos a una trinchera de Carabanchel a esperar que algún fusil quedase libre. El batallón se quedó atrás…»

«En la sede del sindicato los hombres estaban callados, con las manos en los bolsillos, esperando el momento de partir —cuenta Pablo Moya, un tornero de la UGT—. Había más hombres que fusiles. Se presentó una pareja entrada en años. El presidente del Círculo del Este del partido socialista les preguntó qué querían. “Hemos acudido a la llamada, hemos venido a hacer lo mismo que hacen los demás…” Les dijo que se marchasen a casa; se negaron. Tuvimos que sacarlos casi a la fuerza… Cuando llegaron algunos fusiles, los hombres salieron para el frente, no cantando, sino callados, plenamente conscientes de lo que estaba en juego. Sabían qué era lo que podía pasar y preferían morir antes que permitirlo…»

«Mi madre cogió un poco de leña y unos cuantos litros de aceite. Estaba dispuesta a hervirlos y arrojarlos sobre las cabezas de los soldados enemigos si entraban en la ciudad. Era como el 2 de mayo[54] —recordaba Josefa Morales, secretaria—. Pero al mismo tiempo era distinto. Por un lado estaba el miedo a lo que ocurriría si entraban; nos acordábamos de Asturias después de la insurrección

de octubre, por otro lado, había una fe total en que la ciudad resistiría…»

En el secretariado del sindicato de trabajadores de la confección las afiliadas permanecieron toda la noche en sus puestos. Oían los tiros que llegaban de los barrios de Usera y Carabanchel y veían el reflejo de los fogonazos en el cielo. En la estación del Norte, María Díaz acompañó a su padre, que era maquinista, cuando se dio orden de que el batallón ferroviario se dirigiera a la Casa de Campo porque las fuerzas de Franco acababan de iniciar el ataque. El batallón acababa de formarse y los hombres no tenían armas.

«Reinaba el caos, la confusión. No sabíamos dónde estaba el enemigo, no sabíamos si nos había aislado o no. Nos mandaban de refuerzo por si la línea había cedido; las armas teníamos que obtenerlas de los muertos…»

A las pocas horas, los ferroviarios recibieron la orden de volver a la estación del Norte. María Díaz se asomó a la ventanilla y vio que unos aviones les estaban sobrevolando. «Eso deben ser bombas. ¿Qué otra cosa si no?», se dijo a sí misma al ver los objetos que caían. Las explosiones derribaron a la gente. Pensó que nadie estaba preparado para lo que estaba pasando. Al iniciarse el alzamiento, su padre, republicano de toda la vida, había roto su carnet de Izquierda Republicana al negarse el gobierno a armar a los obreros. Al igual que él, ella se consideraba republicana. Pero ahora, en la estación, vio que, si bien todos los ferroviarios estaban dispuestos a defender a la república, había algunos que eran distintos, que se destacaban por su disciplina, su seriedad, su respeto por los demás.

«Me enteré de que eran comunistas. Les dije que quería ingresar en el partido. "No", me dijeron. "Sólo tienes 16 años. Tendrás que inscribirte en el movimiento juvenil". Pero no era eso lo que yo quería; insistí y al final me permitieron ingresar en el partido…» El cielo era gris y hacía frío. La ciudad parecía reflejar el color del cielo. Así se lo pareció a Álvaro Delgado, el hijo del encargado de una tienda, el mismo muchacho de 14 años que en los primeros días de la guerra solía ver cómo los hombres partían para la sierra por la mañana. Ahora veía cómo los hombres salían en fila india de un local que el partido comunista tenía en Atocha. Otros hombres salían de una sucursal del partido socialista en la calle Valencia. Llevaban sus ropas de diario y empuñaban fusiles. Algunos llevaban latas de conservas llenas de dinamita.

En el cielo se oía el ruido característico de las «Tres Marías» —nombre popular de los Junkers alemanes de tres motores— que sobrevolaban la ciudad casi cada día para cumplir sus misiones de bombardeo. Adultos y niños, olvidándose del riesgo, se apiñaban en las calles para verlos pasar. Pero aquel día el muchacho vio que unos pequeños aeroplanos de nariz chata que nunca había visto antes

empezaban a atacar a las «Tres Marías». ¿Que serían? Llevaban el emblema republicano y entablaron batalla con el enemigo, algunos de cuyos aparatos cayeron derribados. La gente prorrumpió en vítores. Hasta entonces la aviación republicana raras veces había tratado de enfrentarse al enemigo. Eran los cazas rusos, los «chatos», como rápidamente fueron bautizados. La situación parecía haber cambiado repentinamente.

«Cuando el gobierno se marchó, nos sentimos traicionados. La gente hablaba abiertamente por las calles diciendo que el enemigo estaba ya en Carabanchel. Todo el mundo esperaba que de un momento a otro tomase la ciudad. Pero no la tomaron. El clima empezó a cambiar. Por todas partes se llamaba a la defensa de la ciudad. "Es mejor morir de pie que vivir de rodillas", decía Pasionaria…»

«Éste fue el momento en que los rusos nos cayeron simpáticos —recordaba Pablo Moya, el tornero de la UGT—. Era maravilloso ver aquellos cazas rusos derribando a los aviones alemanes. Las calles estaban llenas de gente que aplaudía y vitoreaba. Los rusos habían venido a defendernos, sentíamos una gran simpatía hacia la URSS. Más tarde, las cosas cambiaron…»

En tierra, el mando nacionalista se sorprendió ante la tenaz resistencia de los republicanos. Temiendo un ataque contra sus extendidos flancos, el primer día, el 7 de noviembre, había lanzado sólo 3000 soldados en el asalto principal a través de la Casa de Campo, al mismo tiempo que otros 2000 llevaban a cabo una serie de ataques de diversión. Aquella noche, la suerte favoreció al apurado mando republicano, que Largo Caballero había puesto en manos del general Miaja: sobre el cadáver de un oficial de tanques enemigo se encontró el plan de operaciones de los nacionalistas. El improvisado estado mayor republicano tuvo así la oportunidad de reorganizar la defensa. Mientras tanto se había creado una Junta de Defensa bajo el general Miaja. La componían miembros de las organizaciones del Frente Popular, con la excepción del POUM, vetado por los comunistas, y de la FAI, pero incluyendo otras dos ramas del movimiento libertario. Esta junta pasaría a ser el órgano revolucionario de poder en Madrid. El grueso de sus miembros lo formaban militantes poco conocidos, muchos de los cuales todavía no habían cumplido 30 años de edad. La fuerza dominante la representaban los comunistas y las JSU, la mayoría de cuyos miembros, incluyendo a Santiago Carrillo, el secretario general, ingresaron en el PCE.

Durante este período crucial tuvo lugar la mayor masacre aislada de presos derechistas en la zona republicana. En Paracuellos de Jarama y en Torrejón de Ardoz, dos pueblos situados al nordeste de Madrid, unos 1000 presos fueron asesinados por sus guardianes cuando oficialmente estaban siendo trasladados de

la cárcel Modelo a otros centros penitenciarios…

Al igual que muchos otros, José Mera, maestro y miembro de la UGT, pasó la noche del 7 al 8 de noviembre esperando que lo llamaran para ir al frente. Pasó la noche en un edificio de la Castellana, en compañía de varios catedráticos de la universidad, maestros y bedeles que habían respondido a la llamada de su sindicato. Nadie se había presentado allí para decirles qué tenían que hacer y además carecían de armas.

«Antes del amanecer del 8 de noviembre oí un ruido que me pareció un milagro: tring-tring-tring. Era el tranvía 8 que hacía su trayecto normal. Apenas podía dar crédito a mis oídos. "Entonces es que no han entrado", me dije a mí mismo…»

Al cabo de poco rato, en la plaza de Antón Martín, Álvaro Delgado oyó una canción que no le era conocida y vio a un grupo de soldados bien uniformados y tocados con grandes boinas azules que tiraban de ametralladoras con ruedas de caucho. No se parecían en nada a los milicianos vestidos con monos que el chico estaba acostumbrado a ver. Éstos llevaban botas, casco de acero colgando del cinto, fusil a la espalda y algunos llevaban metralletas con el tambor de municiones encima. Iban cantando la *Internacional*, pero en una lengua extranjera. Le dieron la impresión de gran fuerza.

«La llegada de las Brigadas Internacionales nos impresionó a todos —recuerda Eduardo de Guzmán, periodista cenetista—. Y aquella que era la primera, la número XI, era la mejor de todas. Eran revolucionarios que luchaban magníficamente, con una organización y una disciplina militares que las milicias en su conjunto no tenían. En cierto modo enseñaron a las milicias a luchar. Hicieron algo que antes no se le había ocurrido a nadie: cavar hoyos de protección…»

A su modo de ver, nadie en Madrid podría jamás decir una sola palabra contra los brigadistas, aunque la mayoría de ellos fuesen comunistas al igual que sus mandos. En aquel momento todo el mundo estaba unido frente al peligro común. No había rivalidades partidistas, sino un espíritu revolucionario que impulsaba a todos a luchar codo a codo, haciendo caso omiso de organizaciones o creencias políticas. Jamás olvidaría al sindicato cenetista de la construcción que ordenó a sus afiliados que se presentasen con la cesta del almuerzo porque el sindicato no era el responsable de alimentarlos.

«La población civil fue lo más impresionante. En todas partes adónde iba había gente levantando barricadas. Muchas de ellas no tenían ningún valor militar,

pero elevaban la moral de la población, que alcanzó alturas eufóricas, tremendas. Un día Koltsov, el corresponsal de *Pravda*, me dijo que no entendía a los españoles. "En cuanto ven la caballería mora echan a correr. Y entonces uno le dice a otro: "Eres un cobarde" y el otro le contesta: "Tengo más cojones que tú" y se queda donde está y se deja matar. ¿Cómo te explicas eso?". Koltsov tenía razón: ¿Cómo te lo explicas?…»

En la calle de los Embajadores, un grupo de mujeres increpaba a dos o tres milicianos que venían del río Manzanares y de Usera. «¡Cobardes, gallinas! ¿Adónde vais?», les oyó gritar Lorenzo Íñigo, del sindicato de metalúrgicos de la CNT. «Si no tenéis valor para quedaros en primera línea, dadnos vuestros fusiles, que no tenemos armas. Nosotras bajaremos a ocupar vuestros puestos».

Victoria Román, la universitaria que se había negado a que la evacuaran, se hallaba trabajando en el cuartel general de la brigada motorizada cuando llegó un correo.

«"Están en la calle Ferraz", dijo. Llevaba un cochinillo que habría encontrado en alguna parte. ¡La calle Ferraz! No supe qué hacer. Si me hubiesen dado una ametralladora, habría salido con ella a la calle. No sentía nada salvo el deseo apasionado de defender la ciudad contra el enemigo. Aquel enemigo que había rechazado la libertad del pueblo para elegir el gobierno que quisiera. Ésa era la causa de mi profunda indignación, lo que justificaba cualquier sacrificio que sirviera para impedir su victoria…»

Vestido con un impermeable, cuello y corbata y llevando una manta bajo el brazo, José Mera partió para el frente. Al poco de oír el agradable tintineo de la campanilla del tranvía, se había presentado un médico al que conocía y le había dicho que necesitaba un delineante para su batería de artillería. El médico sólo llevaba dos días en el ejército, pero, como además de médico era matemático, le habían puesto al mando de una batería. Mera salió con él hacia el Pardo. Allí encontró a otro maestro y a un ingeniero industrial que formaban parte de la batería, que estaba adjunta al batallón «Commune de Paris» de la Brigada Internacional. Un francés, el coronel Dumont, mandaba el batallón. Los brigadistas impresionaron profundamente a Mera. El hecho de que hombres de todas partes del mundo hubiesen acudido para luchar por la república elevó la moral de la población. La disciplina de los brigadistas le dejó maravillado.

«Los veía pasarse el día entero tendidos en el suelo bajo la lluvia torrencial, completamente callados, sin hacer otra cosa que esperar al enemigo. Todos los que habíamos sufrido ante la falta de disciplina de nuestro bando, ante aquellos asesinatos tan desagradables que se estaban cometiendo, que estábamos

convencidos de que de aquella manera no podía ganarse una guerra, veíamos en los brigadistas cómo tendría que ser un ejército de verdad…»

Arturo del Hoyo, universitario, tomó prestadas de su padre una chaqueta de cuero, botas de cazador, polainas y una gorra, «una de esas gorras blandas que son clásicas de los alemanes, como la que llevaba Dimitrov en las fotos tomadas a raíz del incendio del Reichstag». Bajó hasta la plaza de Cibeles y cogió un tranvía 37, que lo llevó al frente junto con el recién formado batallón del Frente Juvenil. Unos días antes les habían dado armas: unos fusiles que se parecían a los de los abisinios en la guerra contra los italianos. «El cañón medía casi dos metros». Al llegar al suburbio de Usera vieron que su misión consistía en relevar a un batallón de la CNT.

«Ellos tenían buenos fusiles y no querían entregarlos. Hubo cierto forcejeo. Las órdenes eran que las unidades entregasen sus armas al abandonar el frente. Al final nos salimos con la nuestra y ocupamos nuestras posiciones armados como es debido. No puedo decir lo mismo de nuestra indumentaria. Mi padre, que era ferroviario, me había prestado la ropa que llevaba para ir a cazar, pero uno de mis compañeros llevaba camisa, corbata, impermeable y zapatos y así siguió vestido durante los dos meses que pasamos en el frente…»

Pero lo que más le sorprendió fue la reacción de su madre: no había dicho una sola palabra para impedirle que se fuese a luchar. Normalmente, habría corrido tras él por la calle para cerciorarse de que llevaba impermeable y no pillara un resfriado. «Ahora le parecía natural, como si saliera de casa para ir a la oficina a trabajar. ¡Cómo cambió la actitud de las madres en aquellos días!»

«"¡Al frente… cinco céntimos!", empezaban a gritar los cobradores de los tranvías». José Bardasano, pintor y grafista, vio que un tranvía salía de cerca de la Plaza Mayor en dirección a la Puerta de Toledo, que ahora quedaba cerca del frente. «Iba lleno de barberos que ni siquiera habían tenido tiempo de quitarse la bata blanca y todavía llevaban sus peines…»

Bardasano nunca había creído que el enemigo pudiera tomar Madrid y había diseñado un cartel que llevaba por título *7 de Noviembre*. En él se veía a un chico gritando «¡A las armas!». Para entonces en el taller que había montado ya tenían unos enormes carteles dispuestos para ser instalados en las casas dañadas por los bombardeos aéreos y los obuses. «El fascismo golpeó aquí», «el terror alcanzó aquí», proclamaban los carteles, Al estallar la guerra había ganado un concurso de carteles organizado en la Plaza Mayor. Delante de cada una de las obras concursantes había una urna con el fin de que la gente pudiera votar por el cartel que más le gustase. El suyo, titulado *1936* y mostrando a un miliciano

partiendo el yugo y las flechas de la Falange sobre su rodilla, había conseguido el único premio. A partir de entonces recibía tantos encargos que, para atenderlos, había instalado el taller de La Gallofa, que funcionaba como un colectivo…

A Régulo Martínez no le cabía ninguna duda de que los comunistas y las JSU contribuyeron en gran medida a levantar la moral de la población, a exhortarla a defender la ciudad. Durante la celebración comunista del aniversario de la revolución bolchevique, en la sede de su partido, Izquierda Republicana, se recibió una llamada telefónica. Les dijeron que el embajador soviético lamentaba la ausencia de un representante de Izquierda Republicana. Martínez, en su calidad de presidente del partido en Madrid, fue elegido para asistir a los actos. Al llegar al teatro Monumental vio que Dolores Ibárruri (Pasionaria) estaba dirigiendo la palabra a la multitud. Los discursos eran transmitidos por radio al extranjero.

«Estaba alabando a los comunistas, afirmando que eran los únicos que defendían la ciudad. Me puse en pie para hablar. Dije que no eran los comunistas, sino el *pueblo* quien estaba luchando. A los comunistas no les sentó demasiado bien, pero la gente se levantó y empezó a proferir aclamaciones mientras yo les hablaba de las veces en que los madrileños se habían levantado en defensa de su libertad…»

Día tras día continuaba la ofensiva nacionalista; día tras día resistían desesperadamente las milicias, respaldadas por 3500 hombres de las Brigadas Internacionales, a las que pronto se uniría un número algo inferior de hombres de la columna Durruti de Aragón, bajo el mando del propio Durruti. La batalla ya no se libraba a campo abierto, sino en las calles de los barrios obreros, que tan bien conocían los defensores. El factor más importante fue la entrada en liza de varias de las primeras brigadas mixtas del Ejército Popular. Pese a estar medio formadas, escasamente entrenadas y mal pertrechadas, las nuevas brigadas constituían una fuerza más coherente que las anteriores columnas de milicianos. A ello se añadía la ayuda soviética: aviones de caza, tanques, artillería y consejeros, por no hablar de comida y ropas. En la brigada mixta de Lister, la primera que se formó, las tropas comían jamón ruso y llevaban *jerseys* y pantalones de la misma procedencia. Pero incluso las milicias habían dejado de ser las unidades autónomas de antes. Manuel Carabaño, el joven libertario de 15 años, veterano del asalto al cuartel de la Montaña y de la retirada hacia Madrid, luchaba en la columna anarquista del Rosal. Instintivamente la columna empezó a aceptar sin discutirlas las órdenes del estado mayor militar. Llegaban las órdenes y eran obedecidas sin que nadie preguntase de dónde venían. Pero, a su juicio, la defensa fue obra del pueblo. Desde el punto de vista militar, la participación del pueblo quizá no fue muy importante, pero resultaba vital cuando se trataba de la moral y de los suministros. Durante las dos primeras semanas él y sus compañeros vivieron de lo que los

civiles les traían.

«Vino, bocadillos, pan, chocolate, paellas, estofados… nos traían lodo lo que tenían. Muchos de ellos murieron. No sabían qué era el miedo. Mi centuria ocupó posiciones en las casas que había al otro lado del río. Cuatro o cinco hombres y un chico de 14 años nos trajeron una lata de atún y un poco de pan. Les pedimos que nos trajesen municiones. Al día siguiente se presentó otro grupo con comida y cajas de cartón que contenían 50 balas de fusil. Nos abastecieron durante una semana…»

Los civiles no se limitaban a pertrechar a los combatientes, sino que recogían los fusiles de los que habían caído y se unían a la lucha. Carabaño recordaba a un albañil de 45 años que ingresó en su unidad y siguió combatiendo en ella durante el resto de la guerra. «Era el clásico albañil madrileño, de los que echaban una partida de cartas y se emborrachaban cada sábado, pagaban la cuota del sindicato y se acabó».

José Sandoval, un delineante que pronto sería el secretario del partido comunista de la 1.ª brigada mixta mandada por Líster, estaba convencido de que la población civil jugó un papel crucial en el mantenimiento de la moral de los combatientes. Hombres, mujeres y niños estaban dispuestos a hacer lo que fuese para apoyar a las tropas.

«Creo que el partido comunista jugó un papel vital en infundir ánimo en el pueblo, ya que sin ningún titubeo el partido decidió hacer una llamada a la defensa incondicional de la capital. Había verdadera comprensión entre el partido y el pueblo de Madrid…»

Tras ocho días de lucha encarnizada se produjo la rotura del frente: legionarios y moros consiguieron cruzar el río y llegar a la Ciudad Universitaria. Era el 15 de noviembre. La Brigada Internacional lanzó una serie de contraataques furiosos y reconquistó la facultad de filosofía, pero no consiguió obligar al enemigo a volver a cruzar el río. Dos días después los nacionalistas volvieron a atacar y ocuparon el hospital Clínico, que se alzaba al borde mismo de Madrid. No conseguirían penetrar más.

«"Necesitamos hombres en el Parque del Oeste", dijo la voz del otro lado del hilo telefónico. "Muy bien", repliqué, "contad con nosotros". —Salvador López, funcionario afiliado a la UGT, se puso en marcha con algunos compañeros—. Cuando llegamos al Parque del Oeste, que estaba al lado de la Ciudad Universitaria, encontramos a una sección de hombres que nos dijeron: "Aquí tenéis la trinchera. Meteros en ella, que nosotros tenemos que defender esto". Me dieron

un fusil italiano. Estaba lleno de tierra. Me puse a limpiarlo con lo único que tenía: una lata de crema Nivea que conservaba desde una excursión a la sierra antes de la guerra…»

La trinchera era rudimentaria, apenas era algo más que una zanja con unos cuantos sacos terreros. Y todos sus defensores eran civiles. No se movieron de allí en cinco días. Cada una de las organizaciones enviaba raciones frías. Más adelante, al pensar en ello, López se preguntaría si él y los otros como él no estarían locos al meterse en una trinchera sin tener ninguna clase de entrenamiento.

«Pero en aquellos momentos nos dominaban el entusiasmo, la convicción política, la decisión de defender Madrid. La defensa fue un esfuerzo popular. De haberse dado semejante ejemplo ya de buen principio, otro gallo nos habría cantado…»

Carmen Caamaño se encontraba con otras mujeres en la iglesia de San Francisco. Estaban catalogando las pinturas por cuenta de la comisión gubernamental encargada de proteger las obras de arte de la nación. De pronto oyó que en la calle gritaban: «¡Los moros! ¡Los moros!». Salió corriendo del templo. Unas mujeres gritaban: «¡Subid arriba con el aceite, coged los cuchillos!…». Miró a su alrededor pero no vio soldados, aunque la iglesia caía bastante cerca de la Casa de Campo.

«Entonces cesaron los gritos y corrió la voz de que no eran "los moros" sino "los toros". Se habían escapado del matadero y corrían enloquecidos por las calles…»

Sin embargo, algunos vehículos blindados de los nacionalistas, en los que iban tropas moras, lograron llegar a las calles de la ciudad antes de ser repelidos. Un periodista norteamericano fue a ver a Régulo Martínez. Quería que le confirmase el rumor de que los milicianos habían descubierto una nueva forma de luchar contra los tanques. El presidente de Izquierda Republicana en Madrid se brindó a acompañar al periodista al escenario de los hechos. Al llegar a la Cuesta de San Vicente, Martínez encontró a un miliciano que había presenciado la voladura de un carro blindado.

«"¿Querrás contarle a este periodista cómo lo hicisteis?" "Oh, no fue nada casi". Yo ya sabía que los milicianos habían rechazado a los blindados con latas llenas de dinamita. "Pero ¿cómo consiguieron rechazar a los blindados si no tenían armas adecuadas para ello?", insistió el periodista. "Oh, pues verá", contestó el miliciano, "echándole cojones al asunto". El periodista me preguntó qué había dicho el miliciano y lo anotó cuidadosamente. Al cabo de una semana me

enseñaron un periódico americano en el que se decía que los milicianos de Madrid habían inventado un nuevo dispositivo antitanques llamado "*echando cojones al asunto*"…»

La descripción no resultaba inexacta. Al no disponer de armas antitanques, el valor personal era lo único que podía detener lo que más temían los milicianos —«tanto como los romanos debieron de temer a los elefantes de Aníbal»—: los tanques del enemigo. Julián Vázquez, el jefe comunista de los trabajadores de la confección, se acordó de *Los marineros de Kronstadt* ,la película soviética que había visto hacía poco, cuando presenció cómo un destacamento de ordenanzas navales saltaba de la estrecha trinchera que ocupaban en el suburbio de Usera y se lanzaba a la carga. Pero luego vio un espectáculo aún más asombroso. Uno de los marineros, que después sabría que se llamaba Antonio Coll, se arrojó al suelo delante de tres tanques enemigos que avanzaban, esperó hasta que ya casi estaban sobre él y entonces arrojó sus bombas. Dos saltaron en pedazos y el tercero dio media vuelta y huyó.

«Coll murió, pero los tanques dejaron de parecemos monstruos invencibles…»

Un campesino imitó al marinero. En un mitin de masas Pasionaria le pidió que contase cómo había volado los tanques. Narciso Julián, el comunista que mandaba la brigada del tren blindado, oyó su contestación.

«"Bueno, pues… es muy fácil. Te echas al suelo con una bomba en la mano y dejas que el tanque llegue a unos tres metros de donde estás y le arrojas la bomba a las orugas. Si explota, el tanque vuela por los aires allí mismo. Y si no… si no explota…", se detuvo sin saber cómo continuar. "Si no", añadió finalmente, "el tanque te aplasta"…»

Julián se dijo que todo dependía de la iniciativa popular. Cuando recibieron los primeros tanques soviéticos, hubo que preparar rápidamente a sus dotaciones. Era una tarea especializada que en la Unión Soviética a veces requería todo un año. Se encargó la misma a los taxistas madrileños. «Esto es exactamente lo mismo que llevar un taxi, sólo que en vez de un volante tenéis dos palancas…» Para manejar los telémetros hacía falta gente con conocimientos de trigonometría; se eliminaron los telémetros. Igual se hizo con los receptores de radio, que fueron sustituidos por banderas de señales. En el lugar que antes ocupara la radio quedaba espacio para tres obuses más. A los consejeros soviéticos les resultaba difícil creer que estuvieran entrenando a las dotaciones de los tanques en cuarenta días Los taxistas aprendieron a maniobrar los tanques en perfecta formación, pero los soviéticos no se daban por satisfechos: querían presenciar una prueba de tiro. Escogieron un

tanque al azar y ordenaron que se detuviera y disparase contra una serie de blancos colocados a diversas distancias. Julián presenció la prueba.

«Primer disparo: en el centro del blanco. Asombro general. El oficial soviético corrió a felicitar al jefe del tanque. "¿Cómo lo ha hecho?" "Oh, pues, ya sabe…" El tanquista hablaba en español y alguien iba traduciendo sus palabras al ruso. "¡Vamos a ver!", exclamó el soviético, metiéndose dentro del tanque. El artillero abrió el cerrojo, miró el blanco por el cañón, metió el obús e hizo fuego. Otra vez en el centro del blanco. ¡Imagínese lo que diría el soviético! Tuvieron que hacerse a la idea de que no podíamos perder tiempo. La iniciativa popular tuvo que compensar buen número de deficiencias…»

Los combates cuerpo a cuerpo siguieron librándose durante varios días en los edificios de la Ciudad Universitaria, que todavía no estaba terminada. El desprecio por la vida era total. También aquí, *in extremis*, pueblo y soldados se combinaron para contener al enemigo. Aunque ninguno de los dos bandos ganó terreno, el resultado hubo que considerarlo una victoria republicana. Durante cuarenta y ocho horas Madrid soportó el constante bombardeo de los aviones nazis de la Legión Cóndor. La capital de España fue la primera ciudad que experimentó lo que más tarde sufrirían Londres, Dresde, Coventry, Hamburgo. Pero los bombardeos no pudieron con el espíritu de la población.

«Sabiendo que en cualquier momento podían matarte desde el aire, te decías que daba lo mismo morir combatiendo —opinaba Josefa Morales, secretaria de profesión—. Los bombardeos no le sirvieron de nada al enemigo. Sólo ponían furiosa a la gente, aumentaban su decisión de resistir. Se crearon comités de casa para controlar los movimientos de los residentes, para impedir los saqueos durante las incursiones aéreas. Era una forma de control civil, aunque no pasó de eso. Al cabo de un tiempo te volvías fatalista. Yo me negaba a bajar al refugio cuando sonaba la sirena…»

El 19 de noviembre, mientras inspeccionaba las líneas alrededor del hospital Clínico, donde, al parecer, una de sus unidades se estaba retirando en contra de las órdenes recibidas, Durruti cayó mortalmente herido. Al instante empezaron a circular rumores sobre quién era el autor del disparo.

«Lo primero que se dijo es que lo habían matado los comunistas —según Eduardo de Guzmán, el periodista de la CNT—. Lo negamos categóricamente. Luego empezaron a decir que lo había matado uno de sus propios hombres. Esto era igualmente falso. Recientemente se ha dicho que se mató él mismo, al disparársele la metralleta accidentalmente. Tampoco esto es cierto. En realidad, la verdad era muy sencilla. Cometió la imprudencia de apearse del coche en un sitio

que distaba 500 metros escasos del hospital Clínico, cerca de donde algunos de sus hombres estaban apostados detrás de una caseta de vigilante nocturno. El enemigo disparó una ráfaga desde el hospital. En cuanto supe la noticia me fui al hotel adonde lo habían llevado y hablé con los que estaban con él al ser alcanzado…»

Manuel Carabaño, el chico de 15 años que pertenecía a la juventud libertaria, había oído a Durruti dirigirse poco tiempo antes a una reunión conjunta de la Junta de Defensa de Madrid y el estado mayor. Recordaba que Durruti había dicho que la contribución de la CNT a la guerra sería total y absoluta. Los representantes de los libertarios en la junta expresaron su conformidad en voz alta.

«Cuando murió, muchos pensamos que la causa de su muerte era su declaración, que era repetición de su famosa frase en el sentido de que la CNT renunciaba a todo menos a la victoria en la guerra. No hablábamos de ello abiertamente, ya que eso habría resultado demasiado arriesgado, pero su muerte la atribuimos a un grupo de la FAI…»

Durruti murió a primera hora de la mañana siguiente, 20 de noviembre, casi a la misma hora en que José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange, que había sido juzgado en la prisión de Alicante, era sacado de su celda y ejecutado en el patio de la prisión[55].

El general Miaja, al que el gobierno Caballero había encargado *in extremis* de organizar la defensa de la capital, se convirtió rápidamente en símbolo de la resistencia popular.

«"Era como alguien que estuviera en la orilla del mar y viera a un hombre a punto de ahogarse" —le oyó decir Régulo Martínez durante la defensa—. "De repente el espectador recibe un empujón, cae al agua y, para salvarse, empieza a nadar. El hombre que se estaba ahogando se agarra a él y se salva. "¡Usted me ha salvado!", grita el hombre. Pero lo que yo quiero saber", agregó Miaja, al que le gustaba hablar utilizando símiles, "es quién me ha empujado"…»

Martínez asistía a una cena dada en honor de José Giral, su colega de Izquierda Republicana y expresidente del gobierno. Observó que a Giral le resultaba imposible comprender cómo la población madrileña había acudido a defender la ciudad. Evidentemente, en Valencia, donde Giral seguía ocupando un puesto en el gobierno, la resistencia de Madrid había producido una gran sorpresa. Mientras tanto, Miaja seguía hablando:

«"Yo soy el hombre al que empujaron, pero aquí están los verdaderos tácticos: Rojo y Casado. Éstos son los oficiales que han hecho posible el milagro, si

de un milagro se trata, que han realizado la planificación de estado mayor tan eficazmente pese a la falta absoluta de confianza en los militares"…»

Miaja fue convertido en ídolo y esto, reflexionó Martínez, era lo que hacía falta en aquellos momentos desesperados. Además, en diversas ocasiones en que el enemigo amenazaba con penetrar en el corazón de la ciudad, Miaja, pistola en mano y dando muestras de un gran valor personal, había conseguido que mantuvieran sus posiciones las tropas que estaban a punto de abandonarlas precipitadamente. Aunque hay que decir que el valor no andaba escaso aquellos días de noviembre, y no sólo entre los habitantes de la capital, sino también entre los campesinos que se habían refugiado en ella tras huir de Extremadura y Toledo. Aquella gente que había sufrido toda la vida, que sabía lo que para ella significaría la derrota de la república, se convirtió en magnífica defensora de Madrid.

Al llegar la última semana de noviembre, la lucha se encontraba en un punto muerto. En el ínterin, Hitler y Mussolini habían reconocido al régimen nacionalista y el Frente Popular había recibido ayuda soviética justo a tiempo. La defensa de Madrid había confirmado lo que ya se viera claramente en los primeros días de la guerra: la fusión de unas fuerzas de combate disciplinadas con una población civil dispuesta a cualquier sacrificio era capaz de detener al enemigo. Quedaba por ver qué conclusiones se sacarían de ello, especialmente por parte del partido comunista, que tan decisivamente había contribuido a la defensa de Madrid. «Para que la gente luche, para que luche con un frenesí exaltado, es esencial que crea en algo, que sepan que la lucha tiene un sentido», comentó el corresponsal de *Pravda*, Mijail Koltsov, en Madrid el 7 de noviembre[56]. Las lecciones que se sacasen de lo sucedido podían condicionar el curso futuro de la contienda.

En la zona nacionalista, en la que ya estaban preparados los altares, consejos de guerra, suministros de alimentos y festejos para celebrar la caída de Madrid, se produjo el inevitable desengaño. «Madrid sigue siendo una obsesión general», escribió *El Defensor de Córdoba* el 23 de noviembre. «Hay quien cree que tomar una gran ciudad es lo mismo que tomarse una taza de chocolate», dijo el general Queipo de Llano en una de sus emisiones nocturnas desde Sevilla, agregando que él nunca había creído que la tarea resultara fácil.

En torno a Madrid, en los veintiocho meses siguientes, debían lucharse aún encarnizadas batallas —el Jarama, Guadalajara, Brunete— al tratar los nacionalistas de cercar la capital, y los republicanos de cortar el avance del ejército sitiador. Pero la primera línea seguiría siendo casi la misma que habían trazado los combates de noviembre.

EPISODIOS 3

REPRESIÓN.

Como si el asalto final a la capital fuese el preludio de la total extinción del enemigo, en noviembre se intensificó la represión en algunas partes de la zona nacionalista. El 7 de noviembre, primer día de la ofensiva nacionalista, Francisca de León llegó a las puertas del convento de Jesús del Gran Poder, de los jesuitas de Sevilla. Los guardias le dijeron que se fuese.

«"Vete, hija, vete, que a tu madre ya no le hacen ninguna falla el café y la comida", dijeron. Sabía lo que ello significaba…»

Su madre, hermana de José Díaz, secretario general del PCE había sido fusilada. Dio media vuelta y se marchó, sin soltar la cesta de comida… «No sé cómo me las arreglé para llegar a casa…»

Habían tratado de huir en cuanto el levantamiento estalló en Sevilla: ella, sus cuatro hermanos y hermanas, su madre, una tía y los dos hijos de ésta. Yendo con tantos pequeños, no habían conseguido llegar muy lejos, apenas más allá de las puertas de la ciudad, donde una mujer les brindó refugio. Llegó la policía en su busca y amenazó con fusilar a un muchacho allí mismo si no les revelaba su paradero. Al ver lo que pasaba, su madre exclamó: «¡No hace falta que matéis a nadie! ¡Yo soy la hermana de Pepe Díaz!».

Las detuvieron a ella, a su madre y a su tía y las llevaron al cine Jáuregui, que hacía las veces de prisión. Estaba lleno hasta los topes. Habría más de 2000 personas y, aunque habían quitado todas las butacas, no había sitio donde echarse a dormir. Francisca, que a la sazón tenía 18 años, fue interrogada durante toda una noche. Trataban de sonsacarle los nombre y el paradero de otros miembros del partido. Vio sacar a muchas de sus compañeras, atadas unas con otras. Se las llevaban a fusilar. Recordaba que uno de los grupos lo formaban chicas de las que trabajaban en una fábrica de aceite.

«Cuando por la noche se presentaba el hombre y empezaba a leer en voz alta los nombres de una lista, el pánico cundía como un incendio. Pero las mujeres siempre contestaban cuando oían su nombre. Conservaban la esperanza hasta el último momento…»

Al día siguiente del interrogatorio la pusieron en libertad y se fue en busca

de sus hermanos y hermanas, que se habían quedado en casa de la desconocida, más allá de las murallas de la ciudad. Con ellos y sus dos primos volvió a casa. Al llegar se encontró con que la habían revuelto de arriba abajo y habían destrozado muchas cosas. «Durante los primeros días a las mujeres les rapaban la cabeza, las obligaban a beber aceite de ricino y luego las paseaban en paños menores por las calles de la ciudad, para sembrar el terror en los barrios obreros. Por la mañana veías a mujeres que lloraban porque habían fusilado a sus hijos o maridos. Los cadáveres, en vez de enterrarlos, los dejaban tirados por las calles. La clase obrera estaba completamente aterrorizada a causa de la represión…»

Volvió a su puesto de trabajo en la fábrica de vidrio, donde por 2,50 pesetas diarias pintaba sobre el vidrio los dibujos trazados por otros. Volvió a ella para poder mantener a sus hermanos, hermanas y primos mientras su madre y su tía siguieran encarceladas. Su madre, que tenía 43 años, nunca había pertenecido al partido comunista. Su marido había fallecido de accidente, dejándola con cinco hijos que criar. Había tenido que trabajar muy duro.

«Se ganaba la vida vendiendo pan por las casas. Era una mujer muy buena, pero no tenía ninguna creencia política. Lo más que decía era que los comunistas debían de ser buenos, ya que su hermano era bueno y era comunista…»

Cada día Francisca llevaba la comida a las dos mujeres. Hasta el 7 de noviembre.

Al día siguiente volvió a la cárcel para ver qué había sido de su tía. La habían trasladado a otra celda. Consiguió entrar y hablar con ella un minuto. La mujer le contó la tragedia. Los guardias habían llegado para llevárselas a las dos, pero el pequeño de nueve meses, al que su tía seguía dando el pecho, se despertó y empezó a llorar.

«"Dejaremos a ésa y nos llevaremos solamente a la otra", dijeron los guardias. Entonces mi madre y su hermana, es decir, mi tía, empezaron a discutir. Mi tía quería que se la llevasen a ella. "Deja que me fusilen a mí, que tú tienes más hijos que *yo*". Mi madre replicó: "No, que me fusilen a mí, que tus hijos son aún muy pequeños…". Y se adelanto y la cogieron. Querían vendarle los ojos antes de fusilarla, pero rehusó. Moriría con la cabeza bien alta, porque José Díaz, su hermano, se lo merecía. "Fusiladme, pero fusiladme aprisa", dijo…»

A su tía la tuvieron en la cárcel otros dieciocho meses. A sus hermanos menores los echaron de la escuela y a los dos pequeños de su tía, que no estaban bautizados, los bautizaron a la fuerza. Escogieron un padrino y una madrina y a los pequeños les pusieron nuevos nombres cristianos.

A principios de 1938, ella, sus hermanos y hermanas, su tía y los hijos de ésta fueron canjeados por dos de las hermanas del general Queipo de Llano que estaban en la zona del Frente Popular. Fue uno de los escasos canjes de este tipo que tuvieron lugar durante la guerra. Francisca se reunió con su tío en Valencia…

INVIERNO DE 1936.

La igualdad social es un disparate. Fijaos en la naturaleza, en la obra de Dios, y fijaos en que no hay dos cosas iguales… Es imposible la igualdad entre los hombres.

QUEIPO DE LLANO (discurso al inaugurar

unas viviendas baratas para obreros, marzo de 1937).

El campo, dice nuestro punto 17: «Es el vivero permanente de España». De esta riqueza han vivido muchos que jamás han tenido sobre su frente una gota de sudor. Otros estuvieron de continuo pegados a él y han logrado un producto que después hubieron de malvender …

Azul, falangista (Córdoba, agosto de 1937).

TRABAJADOR: Ahora eres tú el que triunfa… Sólo se te pide que rindas honradamente lo que hayas de ganar. En cambio se te ofrece la verdadera independencia y una defensa rabiosa contra tu enemigo eterno: el cacique de izquierdas o de derechas.

Todavía no lo crees, pero el tiempo te convencerá.

Guión (Córdoba, enero de 1937).

EPISODIOS 4

REGRESO

Francisco Partaloa, fiscal del Tribunal Supremo de Madrid, pasó de Gibraltar a La Línea, en la zona nacional. Lo hizo empujado por el patriotismo. No tuvo problemas en la frontera. El oficial nacionalista que mandaba las fuerzas de

seguridad acudió a darle la bienvenida. Ahora, sólo un día después, el mismo oficial le estaba diciendo que quedaba detenido. «Es usted una persona muy peligrosa, según tengo entendido…».

No era esto lo que el general Franco le había dado a entender en su carta. Él había escrito al general desde París para decirle que era justamente la clase de persona que necesitaban los nacionalistas. Éstos incluso habían publicado un panfleto propagandístico en el que utilizaban su caso como ejemplo de las ilegalidades que se cometían en la zona «roja»: que lo habían desposeído de su cargo, que le habían forzado a huir a Francia. Cuando regresó a Madrid desde Almería, donde estaba pasando las vacaciones al estallar la guerra, se escandalizó al ver que se cometían asesinatos por las buenas, que había checas funcionando, que reinaba «un alboroto incontrolado». No había tardado mucho en tener un altercado con un dirigente sindical comunista que trataba de expropiar las joyas que una marquesa tenía depositadas en un banco madrileño.

«"¿Se da cuenta de lo que su actitud puede significar?", me dijo el comunista. "Sí, que puede costarme la vida. Pero como fiscal público en este caso, es mi deber oponerme a usted". No creía que hubiese ninguna justificación para privar a la marquesa de sus derechos. Pero aquella noche no dormí en casa. E hice bien, porque fueron por mí…»

Desde aquel momento supo que tendría que huir. El ministro republicano de Justicia fue informado del caso y dijo que, lamentándolo mucho, no podía garantizar su seguridad. Nada menos que el director general de las fuerzas de seguridad lo escondió en su despacho y allí lo tuvo hasta que consiguió un pasaje de avión para salir de Madrid. El avión era alemán y se dirigía a París. «No sólo me consiguió el billete, sino que además me dio tres libras de oro que escondí en mis zapatos…» La última noche en Madrid la pasó en la cárcel Modelo. Se presentó allí voluntariamente ya que le parecía el lugar más seguro. Al día siguiente, en el asalto a la prisión[1], murieron asesinados varios amigos suyos.

A los dos meses de permanecer en París, decidió volver a España, concretamente a la zona nacionalista. Escribió a Franco y a Queipo de Llano, que era buen amigo suyo. Él no pertenecía a ningún partido político. Aunque en otros tiempos había sido amigo del presidente Azaña, había roto sus relaciones con él cuando éste empezó a intervenir activamente en política. Creía que su carrera judicial le obligaba a no meterse en política. La decisión de regresar a España la tomó impulsado por el sentido del patriotismo y porque estaba convencido de que «no se puede apagar un incendio huyendo de él».

«A los españoles les tocaba resolver los problemas de España. Mi esposa me

aconsejó que no volviera. “Los nacionalistas son tan brutales como los rojos”, solía decir. Pero me acompañó, y el día de Año Nuevo de 1937 embarcamos en Marsella con destino a Gibraltar…»

La mañana después de su llegada a La Línea, que está frente a Gibraltar, al otro lado de la frontera, su esposa dijo que quería volver a Gibraltar para hacer unas compras allí. Necesitaba unas medias de seda. Fue a ver al jefe de las fuerzas de seguridad para que le diera un pase para su esposa. El oficial leyó una hoja de papel que tenía sobre el escritorio y dijo a continuación: «Lo siento, señor, esto para mí es muy desagradable. Este papel me comunica que debo arrestarle…».

«“En tal caso, será mejor que cumpla usted con su deber”, repliqué. Me llevaron a un cuartel militar donde un capitán llamado Manuel Jiménez me dijo: “Prepárese usted, porque esta noche será ejecutado”. Lo dijo como sin darle importancia, allí sentado en su despacho. No había ni que pensar en que me celebrasen juicio. Yo no perdí la compostura. “¿Por qué van a fusilarme?” “Usted lo sabe tan bien como yo”. “No tengo ni idea. Pero una cosa si la sé: si me fusilan esta noche, mañana lo lamentarán. ¿Es que no saben de dónde vengo? Si tuviese algo que ocultar, no habría venido”…»

Desgraciadamente para él, no llevaba encima las cartas de Franco y Queipo de Llano. El capitán se negó a que utilizase el teléfono para llamar a Sevilla. Pero su esposa, siguiendo su propia iniciativa, ya había hablado con Queipo de Llano, que se disponía a partir para el frente de Marbella, donde se estaba desarrollando la ofensiva costera hacia Málaga. Antes de partir, el general dio orden de que Partaloa fuese trasladado a la prisión de Sevilla y retenido allí hasta que él regresara. Fue un golpe de suerte.

Sólo más tarde se enteró Partaloa de que la causa de su arresto era la alegación de que se había presentado como candidato comunista en las elecciones parlamentarias. La denuncia la había presentado un hombre de Almería que ahora se hallaba en Algeciras, en la zona nacionalista, al que Partaloa había ayudado en diversas ocasiones y que se había enterado de su llegada…

Trasladado a Sevilla, Partaloa llegó a la prisión a las dos de la madrugada. La esposa de Queipo había llamado por telefono para anunciar su llegada y decir que debían tratarlo con toda cortesía. Le dijeron que podía pasar la noche en un cuarto donde había un fuego encendido. Se acomodó en una silla, pero al poco entraron unos soldados moros. Nunca le habían gustado los moros, así que pidió que lo trasladasen a una celda. Cuando el guardián abrió la puerta de la celda, vio que dentro se apretujaban unos 20 hombres que intentaban dormir en el suelo a pesar del poco espacio disponible. Los presos comenzaron a protestar.

«Les dije que me hacía cargo, pero que no quería pasar la noche en la misma habitación que los moros. En cuanto oyeron la palabra "moros", se pusieron en pie y comenzaron a proferir exclamaciones. Tenían razón. A los diez minutos volvió a abrirse la puerta de la celda. "Todos los que llame que se levanten y den un paso al frente. No sirve de nada tratar de esconderse". El guardián leyó tres nombres en voz alta. Los presos dieron un paso al frente. Nunca olvidaré al último: no tendría más de 16 o 17 años y estaba liando un cigarrillo. Siguió haciéndolo hasta terminarlo, se levantó y se volvió hacia nosotros: "Os deseo a todos mejor suerte", dijo y salió. La escena se me quedó grabada en la memoria. Sacaron a los tres hombres, sin chaqueta, con las manos atadas a la espalda con cuerdas o alambre, y se los llevaron para fusilarlos… No los habían juzgado. Según la ley española, no se puede sentenciar a muerte a un menor de 18 años. Pero, como más adelante vería en Córdoba, bastaba con que el jefe de orden público trazase una cruz al lado de los nombres de una lista…»

Tras salir de la prisión de Sevilla, donde a él le habían tratado bien, se fue a ver a Queipo. Su intención era encargarse de los asuntos sociales en la zona del general y, entre otras cosas, pensaba incautarse de todas las grandes fincas y dividirlas entre el campesinado. Estaba seguro de que Queipo habría estado de acuerdo, pero, tras la acogida que le habían tributado en la zona nacionalista, no se sintió con ánimo para ello.

«"Mire usted, don Gonzalo", le dije a Queipo, "un perro es el único animal al que se le puede pegar y luego vendrá a tenderte la pata. No he tenido una buena acogida aquí. Lo siento, pero no puede usted contar con mi ayuda". "Ha dicho usted muy bien y su decisión es muy justa", replicó él. Así que me fui a Córdoba, donde en otra época había ejercido en calidad de fiscal público…»

Sin embargo, no volvió a ejercer como tal. En efecto, a su destitución por parte de las autoridades republicanas, motivada por ser «fascista», la siguió ahora su destitución por los nacionalistas, por no haber apoyado el levantamiento militar. Las dos destituciones fueron hechas públicas oficialmente en ambas zonas con escasos días de diferencia. A él le satisficieron igualmente, ya que demostraban que no apoyaba el «fascismo» ni el «comunismo». Odiaba ambos sistemas por totalitarios.

«Pero que quede bien claro: tuve la oportunidad de ser testigo de la represión en ambas zonas. En la nacionalista, era planificada, metódica, fría. Como no se fiaban de la gente, las autoridades imponían su voluntad por medio del terror. Para ello, cometieron atrocidades. En la zona del Frente Popular también se cometieron atrocidades. En eso ambas zonas se parecían, pero la diferencia reside en que en la zona republicana los crímenes los perpetró una gente apasionada, no

las autoridades. Éstas siempre trataban de impedirlos. La ayuda que me prestaron para que escapara no es más que un caso entre muchos. No fue así en la zona nacionalista. Allí fusilaron a más gente, estaba organizado científicamente…»

Día tras día asistió a consejos de guerra en Córdoba, observando la justicia nacionalista en acción. A su modo de ver, los consejos de guerra no eran más que una «máscara de legalidad». En un solo día se juzgaban y sentenciaban a 30 o 40 personas, sin que en un solo instante se tratase de corroborar que las acusaciones contra ellas fueran ciertas. «Sentencia de muerte, sentencia de muerte, sentencia de muerte».

«Los oficiales que integraban los tribunales eran hombres honorables, pero sabían muy poco de leyes y veían la sedición por todas partes. Con frecuencia me pedían consejo. Me complace recordar que conseguí salvar a 18 personas de ser ejecutadas. Mi situación me obligaba a permanecer callado día tras día, presenciando las atrocidades que se estaban cometiendo, sin poder intervenir a menos que me lo pidieran. De haber intervenido por mi propia cuenta, mi reputación de "rojo" me habría hecho perder la escasa autoridad moral que podía esgrimir ante ellos y que de vez en cuando me permitía hacer algo…»

Pero cuando el comandante Ibáñez —don Bruno—, el oficial de la guardia civil que había sido nombrado jefe de orden público en Córdoba[2], le habló orgullosamente de la purga que estaba llevando a cabo, Partaloa se sintió demasiado asustado para decirle claramente lo que pensaba. «Fue la experiencia más humillante de mi vida». Don Bruno justificó la represión afirmando que había que librar a España de «aquella mala gente». ¿Mala gente?

«Llegó a sus manos una lista con los nombres de los representantes obreros en el comité conjunto de patronos y trabajadores que hubo en Córdoba durante la dictadura. Los mandó fusilar a todos. Lo sé a ciencia cierta, ya que en 1930 fui presidente de siete de estos comités y conseguí algo que creo fue único en las relaciones laborales en Córdoba: que la totalidad de los siete comités se mostraran unánimemente de acuerdo con los nuevos índices salariales. Los representantes obreros, unos 100 en total, eran buena gente. En aquellos comités superaron la lucha de clases para llegar a un acuerdo con la patronal. ¡Y él los fusiló a todos!… Atrocidades tremendas. Otro ejemplo nada más. Me lo contó personalmente cierto conde que era buen amigo de don Bruno. Un día el conde se enteró de que aquella noche iban a fusilar a un amigo suyo. Cogió un coche y se fue corriendo tras el camión que llevaba a los condenados al lugar de ejecución. Como su amistad con don Bruno era bien conocida, consiguió detener el camión y ordenó que hicieran bajar a su amigo. El jefe del pelotón se negó, diciendo que tenía órdenes de entregar 18 cadáveres (cadáveres, no prisioneros) en el cementerio. Entonces el

conde echó mano de un hombre que pasaba por allí, le ordenó que subiera al camión y se fue con su amigo. El infortunado transeúnte fue ejecutado con los demás…»

SEVILLA

El general Queipo de Llano gobernaba la zona nacionalista andaluza y extremeña como si se tratase de un virreinato. Atemorizados los supervivientes de la clase obrera, abolidos los sindicatos y devueltos los jornales a los niveles anteriores al Frente Popular, se dispuso a introducir un régimen que asegurase la «coexistencia armoniosa del capital y el trabajo».

«Yo os pregunto, trabajadores, ¿acaso el desorden, la anarquía y el *gangsterismo* os van mejor que un gobierno que impone la libertad desde arriba? ¿La verdadera libertad, la que termina allí donde empieza la del vecino?», preguntó Queipo en la ceremonia inaugural de las obras para la construcción de viviendas baratas para obreros. El capital y el trabajo dependían el uno del otro, pero, si bien entre ellos existía una igualdad aparente, tal igualdad no existía entre los hombres, puesto que no era «natural». Sin embargo, prometió que en lo sucesivo no se harían grandes fortunas mientras otros morían de hambre. En prueba de ello, prohibió los despidos sin «previa autorización de la oficina regional de empleo» y abolió las asociaciones patronales, ya que «no es justo que desaparezcan las organizaciones obreras mientras que los patronos tienen asociaciones para defender sus intereses, intereses que deben ser abolidos».

Convencido de que la mayor parte de los males que afligían a España tenían su origen en el «estado de abandono de la agricultura», puso en marcha varios proyectos. Uno de ellos consistía en desecar y dedicar al cultivo 100 000 hectáreas de las tierras pantanosas que flanqueaban el Guadalquivir desde Sevilla hasta el mar. Con ello se obtendría trabajo y vivienda para varios miles de familias. A los terratenientes afectados por el proyecto les dijo en una reunión que, dado que el estado no podía gastar grandes sumas de dinero, ellos tendrían que contribuir en proporción a la extensión de sus propiedades. Ninguno de ellos contestó al preguntárseles su opinión. El ingeniero encargado del proyecto informó a los propietarios que el costo del mismo, cifrado en cuatro millones de pesetas, podía reducirse a sólo un tercio de dicha cantidad mediante «la utilización de personal que el general pondrá a disposición del proyecto»[3]. Ya más tranquilos, los propietarios dieron su conformidad.

«Con el resultado de que una zona donde apenas se cultivaba arroz

anteriormente ha pasado a ser la zona productora de arroz más importante de España, incluso que la de Valencia», explicó Prudencio Pumar, un abogado que intervendría en un proyecto aún más ambicioso bajo los auspicios del general.

Un día de octubre de 1936, hablando con unos amigos, llegaron a la conclusión de que la industria era necesaria en Sevilla, «cuna y corazón del movimiento nacional». Uno de ellos comentó que en Andalucía se cultivaba con éxito el algodón, pero que no existía una industria para el tratamiento del mismo. Formaron un comité y expusieron su idea a Queipo de Llano. Éste la apoyó con verdadero entusiasmo.

«Toda iniciativa valiosa que fuese sugerida de buena fe encontraba siempre su apoyo. Nos pusimos en contacto con la junta técnica de la recién formada administración de Burgos y tropezamos con una resistencia considerable: los catalanes que había en la junta no querían ver una planta textil en Sevilla. Por aquel entonces, aparte de una viejísima fábrica de tejidos, la única industria que había en la ciudad era la dedicada a la transformación de los productos agrícolas, aceitunas principalmente».

Al cabo de menos de un año se creó HYTASA con una capitalización de 100 millones de pesetas. Con la ayuda de Queipo se superaron las dificultades que surgieron al pedir a la administración de Burgos divisas extranjeras para la adquisición de maquinaria en Suiza —«queríamos únicamente lo mejor»—. A cambio de un desembolso inicial de 700 000 pesetas la nueva compañía pudo comprar maquinaria por valor de 10 millones. Al principio, a los propulsores de la compañía les resultó difícil encontrar gente dispuesta a suscribir acciones. «Los sevillanos no estaban hechos a la idea de empresas industriales. Hubo que hacer grandes esfuerzos para vender pequeños paquetes de acciones con un valor nominal de 1000 pesetas y conseguir capital de esta manera. Pero al final también lo logramos…»

HYTASA[4] era la única fábrica textil integrada que había en Andalucía. Se fijaron precios para la adquisición del algodón en rama a los cultivadores. Los precios se calcularon de acuerdo con los equivalentes garantizados para el maíz y los garbanzos. También se regularon los precios para los productos textiles acabados. Dada la escasez de textiles en la zona nacionalista —debida a que el grueso de la industria se hallaba en Cataluña—, HYTASA tenía virtualmente garantizado el éxito inicial. Durante los primeros años la producción alcanzó un promedio de 50 a 60 millones de pesetas anuales. Pero, a juicio de Pumar, el éxito obedecía a causas más profundas: el secreto de la economía nacionalista residía en el hecho de que en dicha zona imperaban la ley y el orden.

«Orden público, seguridad y confianza. Yo no era un hombre politizado, pero apoyaba el levantamiento porque la vida se había hecho imposible. No podías ir por la calle tranquilamente. Uno de los mayores éxitos de Queipo fue librar esta zona de huelgas. La gente sabía que la autoridad existía y que podía pasar algo desagradable si trataba de declararse en huelga. Queipo no habría tolerado algo semejante ni por un momento…»

Con tanta tranquilidad era natural que se contase con la confianza del mundo de los negocios y que las nuevas autoridades consiguieran ayuda del extranjero, especialmente de Alemania, Italia y Portugal. «Ayuda que era concedida a los que respetaban la ley y el orden, que inspiraban verdadera confianza, a un ejército que siempre estaba avanzando…»

La confianza que inspiraba la zona nacionalista no se hallaba en modo alguno limitada a los regímenes fascistas de Europa. El capital internacional se apuntó decididamente al esfuerzo bélico de los nacionalistas, convencido de que era en éste bando donde se hallaban sus intereses verdaderos.

Dado que la insurrección había tenido éxito sólo en las provincias agrícolas, que en 1935 aportaban al estado menos de una tercera parte de los impuestos, los nacionalistas empezaron la guerra con una considerable desventaja económica. Se tomaron medidas tales como aplazar los pagos sobre la deuda nacional y sobre el 60 por ciento de todos los suministros bélicos, al mismo tiempo que se creaban nuevos impuestos, pero aun así quedaban por reunir más de las dos terceras partes de las finanzas necesarias. Sin la ayuda italiana y alemana, cuyo total se calcula en más de 116 millones de libras esterlinas (570 millones de dólares), no habrían podido seguir con la guerra. Pero además de dicha ayuda, los nacionalistas pudieron adquirir suministros relacionados con la guerra por valor de 15 millones de libras (76 millones de dólares) en los países del dólar y la esterlina[5]. La Texas Oil Company suministró casi dos millones de toneladas de petróleo con un crédito a largo plazo y sin garantías entre 1936 y 1939. Las compañías mineras británicas no protestaron cuando el régimen de Burgos exportó la mitad de su mineral a la Alemania nazi, fijando para la peseta un tipo de cambio artificialmente bajo. Las exportaciones florecieron: las ventas de jerez, principalmente a Gran Bretaña, alcanzaron casi dos millones de libras en 1937, el nivel más alto en muchos años, y los Estados Unidos firmaron un contrato para la adquisición de cuatro millones de dólares de la cosecha de aceitunas de 1938[6]. En los almacenes se guardaba todavía el excedente de trigo de las dos cosechas anteriores: se exportó a Alemania. En 1937 los nacionalistas pudieron exportar al área de la libra esterlina productos por valor de 12 millones de libras y aproximadamente la mitad de dicha cantidad a Alemania. Dos años antes, cuando España no estaba dividida, las exportaciones habían alcanzado un total superior únicamente en un 20 por ciento[7].

Queipo no se ocupó exclusivamente de la economía de su zona, sino que también dedicó atención a los problemas del bienestar. Decidió dar viviendas baratas a los habitantes necesitados de Sevilla. Poca duda cabía de la necesidad de tal proyecto: de los 267 000 habitantes de la ciudad, se calculaba que 90 000 vivían en pensiones, a razón de cinco personas por habitación, mientras que otros 20 000 vivían en chabolas de la periferia[8]. «El hogar es la sede de la familia y la familia cristiana es la base fundamental de una nación fuerte y vigorosa», declaraba el preámbulo del decreto sobre la vivienda que promulgó Queipo en diciembre de 1936. Catorce meses después, se dijo que se habían construido o se estaban construyendo 360 casas, cifra que en diciembre de 1938 subiría a 1000.

Sin embargo, la principal preocupación de Queipo la constituía la tierra. A las seis semanas del alzamiento ya había creado una junta de comercialización encargada de fijar los precios mínimos del trigo, la harina y el pan. En el otoño decretó que ningún agricultor podía sembrar trigo en proporción inferior a su media de los cinco años anteriores y tomó medidas para que se dispusiera de simientes. En marzo de 1937 fundó una caja de ahorros provincial para «redimir al pequeño agricultor de la usura, haciendo posibles los préstamos a un modesto interés del 5 por ciento anual en lugar del 5 por ciento mensual que exige cierta gente». De invalidar los asentamientos hechos por la reforma agraria no tuvo que encargarse él: la Junta de Defensa Nacional de Burgos se ocupó de ello[9].

Cerca de la aldea de Santa Cruz, a unos 25 km de Córdoba, la familia de José Ávila pasó a ser arrendataria de una de las fincas del duque de Medinaceli que, al amparo de la reforma agraria, había sido expropiada y distribuida entre los colonos[10]. Éstos habían huido sin recoger el trigo. El levantamiento había empezado cuando iba a iniciarse la recolección y se había dejado que el ganado pastara en los trigales. El arriendo fue ofrecido a la familia de Ávila porque el arrendatario anterior había sido asesinado en la vecina población de Espejo, una de las 60 personas más o menos que habían corrido la misma suerte en dicha población agrícola. «Arrendatarios en su mayoría, ya que nosotros formábamos la espina dorsal de esa clase de poblaciones». Ávila y su familia huyeron de la población y se refugiaron en Córdoba, desde donde regresaron a Espejo cuando ésta fue conquistada. Su hermano mayor llevaba la finca, ya que su padre había muerto. Él y sus dos hermanos menores eran los capataces. Ninguno de ellos cobraba un jornal. Los domingos, su madre, que era la arrendataria legal, les daba una propina. «Así es cómo vivíamos entonces. A la sazón tenía yo 29 años».

Pero pudo comprobar que en otros aspectos las cosas habían cambiado radicalmente. No había disputas laborales ni problemas de ninguna clase; todo funcionaba tranquilamente, como una seda.

«¡Qué contraste con lo de antes de la guerra! Las huelgas desaparecieron, ni siquiera fue necesario declararlas fuera de la ley. ¿Quién iba a organizar una huelga ahora que ya no había partidos políticos? Esto me convenció de que las huelgas de antes obedecían a motivaciones políticas, de que los trabajadores se declaraban en huelga obedeciendo órdenes ajenas y sin saber realmente por qué lo hacían. Era un laberinto del que por fin habíamos conseguido escapar…»

La finca resultaba grande para la época. Según sus cálculos, cultivar sus 1000 fanegas (650 hectáreas) sin mecanización equivalía a cultivar 2000 hectáreas con tractores y cosechadoras. Durante la cosecha, en la finca se necesitaban hasta 120 hombres; en otras épocas entre 40 y 50, aparte de 24 yuntas de mulas. Aun así representaba un cultivo extenso, en el tiempo como en el espacio: cada año, siguiendo un sistema de rotación, un tercio de la finca se dejaba para pastos, otro tercio se dejaba en barbecho para legumbres o maíz y en el tercio restante se cultivaba trigo. Para recoger la cosecha se necesitaban dos meses, comparados con las dos semanas que se hubiesen tardado empleando medios mecanizados. Lo mismo cabe decir de la labranza.

Según recordaba Ávila, además de la paz laboral, durante la guerra los precios y los beneficios permanecieron bastante estables. En Espejo se consideraba afortunado a quien tuviera arrendada tierra del duque de Medinaceli, que con sus 79 000 hectáreas era el noble terrateniente más grande de España.

«Solíamos decir que arrendar tierra suya era mejor que tenerla en propiedad, ya que otros propietarios cobraban el doble. Pagábamos 30 pesetas anuales por fanega. Recuerdo que es el mismo arriendo que pagábamos en mi juventud. El duque de Fernán-Núñez también arrendaba barata su tierra y ambos permitían que sus arrendatarios transmitieran el contrato de arriendo a sus hijos. Supongo que podían permitírselo porque tenían tanta tierra y cobraban tantas rentas…»

Aunque los ingresos fluctuaban de año en año, calculaba que, una vez deducidos todos los costos, incluyendo los jornales, el arriendo y los impuestos, el promedio de beneficios era de unas 20 pesetas por fanega de tierra de la finca. «El arriendo era un buen barómetro para medir los beneficios».

Quienes no podían contar con tales beneficios eran el campesinado pequeño y medio de la zona nacionalista, especialmente los productores de trigo de Castilla la Vieja. Consciente de la importancia que para su causa tenía esta base social, el régimen de Burgos dio un paso importante hacia la solución de uno de los grandes males rurales: la falta de una salida y precios garantizados para la cosecha de trigo. El campesinado vio con buenos ojos la creación de un Servicio Nacional del Trigo

destinado a alcanzar tales objetivos. No sin razón escribió un periódico nacionalista que «el trigo ha sido una de las principales armas de combate de nuestra lucha».

«Antes de que se creara el Servicio Nacional del Trigo, un agricultor que careciese de medios financieros para almacenar su cosecha de trigo se veía obligado a venderla inmediatamente. Eso quería decir que le pagaban precios bajos —comentaba Antonio Giner, hijo de un granjero propietario de 120 hectáreas de tierra triguera en un pueblo de Castilla la Vieja llamado Castrogeriz, no lejos de Burgos—. Al estallar la guerra, mi padre tenía almacenadas dos cosechas. Por suerte tenía recursos para hacerlo. El Servicio Nacional del Trigo acabó con todo esto al anunciar por adelantado cada año los precios que se garantizaban para el trigo (precios un poco más altos que los de antes) y al comprar el trigo en cuanto era cosechado…» [11]

El Servicio Nacional del Trigo era un aspecto integrante del control global de la economía por parte del nuevo régimen, así como de su determinación de garantizar la producción y la distribución (la cosecha de trigo de 1937 fue declarada de «utilidad nacional» por Franco y cualquier persona que obstaculizara la recolección era declarada culpable de rebelión bajo la ley marcial). Para ayudar al campesinado se tomaron otras medidas, especialmente en lo relativo a la concesión de préstamos. ¿Qué había ofrecido la república antes de la guerra? Muy poco. Se les había quitado fuerza o no se habían aprobado las nuevas leyes de arriendo y la creación de un banco agrario que hubiese ayudado a este campesinado. Habían subido los costos de la mano de obra a la vez que bajaban los precios del trigo. Sólo el Sindicato Agrario Católico, que seguía el modelo existente en Bélgica, prestó una ayuda importante al campesino de Castilla la Vieja, facilitándole abonos artificiales, simientes y otros suministros más baratos que los que le vendían los comerciantes particulares. Asimismo, montó graneros en cada pueblo para que sus afiliados pudieran almacenar el trigo si el precio que le ofrecían era bajo; y en Castrogeriz, cuando la situación se hizo especialmente mala durante la república, pagó a los agricultores entre un 60 y un 70 por ciento del precio en el mercado por su cosecha. Se lo pagó en metálico para que pudieran subsistir. Dado el bajo nivel de mecanización, los campesinos medianos también tenían asalariados, aunque sólo fuese en época de recolección. Por ello acusaban los efectos de las reivindicaciones salariales y de las huelgas tanto o más que los grandes terratenientes. La paz laboral, la ley y el orden, eran algo importante.

«A los dos días de empezar la guerra ya me sentía feliz —recordaba un jornalero de Castrogeriz—. La vida volvió a ser pacífica y tranquila. ¡Qué suerte que saliera este hombre, Franco!…»

José Alfaro era uno de los 150 jornaleros que había en el pueblo, la mayoría de los cuales vivían en las cuevas que había debajo del castillo[12]. Los dirigentes del sindicato de jornaleros habían sido detenidos en Burgos el primer día del levantamiento. Se les sometió a consejo de guerra y fueron fusilados. Otros miembros del sindicato huyeron a los montes cercanos, pero en éstos no había dónde esconderse y tuvieron que volver al pueblo. Los consejos de guerra sumarios se encargaron de hacer el resto: 23 lugareños fueron ejecutados. No todos ellos se merecían este fin, según Alfaro. «Eran trabajadores como los demás a los que habían engatusado los dirigentes». Éstos, a base de coacciones, habían obligado a los jornaleros a afiliarse al sindicato. Al igual que otros muchos, Alfaro no había querido hacerlo porque los del sindicato atacaban a la religión y a todos los que iban a la iglesia.

«Mi madre me enseñó a creer. Era analfabeta, pero me enseñó la religión cuando, siendo niño, la acompañaba a los campos donde ella trabajaba. Yo iba a misa. Los jefes del sindicato me llamaban esquirol y los patronos escoria. Querían la revolución, querían cobrar sin tener que trabajar. Yo no quería eso. Mi misión en la vida es trabajar y no cobrar por no hacer nada…»

No era el único que tenía la impresión de que la guerra trajo paz y tranquilidad. Fernando Sánchez, labrador, compartía la opinión de que la guerra fue algo bueno.

«Una vez la izquierda hubo desaparecido, de nuevo todos pudimos trabajar pacíficamente para ganarnos el jornal. Abundaba el trabajo y todos trabajábamos tan duro como podíamos. Como los jóvenes estaban en la guerra, nosotros los viejos teníamos que trabajar aún más duro, pero éramos felices…»

«Fue antes de la guerra cuando tuvimos guerra —explica Antonio Giner—. Una vez la guerra hubo estallado, todo quedó en paz. De nuevo pudimos dedicarnos a cultivar la tierra. Sufríamos muy poco, ya que los frentes quedaban muy lejos. Todo el mundo se ayudaba; incluso los señoritos, que nunca habían trabajado en la tierra, echaban una mano. Alguna tierra dejó de producir porque los agricultores perdieron a sus hijos en el frente, la producción descendió un poco, pero no mucho…»

«Había un espíritu tremendo en el pueblo, todo el mundo arrimaba el hombro —recordaba Joaquín Suñer, hijo de un abacero local—. Todos sabíamos que había sólo dos alternativas: ganar la guerra o perderla, y la gente estaba decidida a ganarla…»

A sus 18 años, Suñer pronto se alistó voluntariamente en la milicia de la

Falange. Que él supiera, antes de la guerra en Castrogeriz no había más de media docena de falangistas. Pero ahora había que alistarse a algo o ser objeto de sospechas. Uno no podía permanecer neutral. Su padre era miembro de la CEDA.

«Pero yo, al igual que la mayor parte de los jóvenes de mi edad, ingresé en la Falange. Por una sencilla razón: la Falange iba por los pueblos diciendo a la gente que tenía que alistarse como voluntarios para la guerra. En realidad, no era cosa de elegir, lo esencial era defender la causa…»

Y en esencia la causa era defendida por el campesinado de Castilla la Vieja, León, Galicia y Navarra. Eran ellos (especialmente los oriundos de las dos regiones citadas en último lugar) los que constituían las fuerzas de choque del ejército nacionalista[13].

Las contradicciones inherentes a tal situación no pasaban por alto a algunos de los del bando nacionalista. Tal era el caso de Dionisio Ridruejo, el jefe falangista.

«De hecho, el campesinado luchaba en defensa de los derechos de los grandes terratenientes, los grandes productores de trigo, los propietarios de las fábricas remolacheras que los explotaban. ¿Cómo era posible que aquellos campesinos empobrecidos defendieran unos intereses totalmente opuestos a los suyos? Pues a través del mecanismo de la ideología religiosa que les hacía identificar la causa nacionalista con la suya propia. La ideología, las estructuras espirituales y mentales eran más importantes que los intereses materiales en este caso. Aquellos pequeños propietarios eran antisocialistas, anticomunistas y les repugnaba la idea de la revolución marxista que estaba teniendo lugar en la otra zona…»

Paulino Aguirre, el estudiante de filosofía al que el estallido de la guerra pillara en el limbo de un hotel a la orilla del Ebro, fue llamado a filas por el ejército nacionalista a principios de 1937. Se encontró con que sus compañeros de armas eran campesinos pobres de la Rioja. Tras un mes en el cuartel, su compañía de infantería fue enviada al frente vasco. Cuando las tropas se disponían a subir al tren, ordenaron que todos los estudiantes diesen un paso al frente. Los dos o tres que así lo hicieron fueron nombrados cabos allí mismo. Al llegar al frente, se hizo una nueva selección y Aguirre se encontró ascendido a sargento. Durante su breve período de instrucción y ahora, al entrar en acción, se preguntó por lo que pensaban los soldados que estaban a sus órdenes. ¿Tendrían alguna idea clara sobre lo que la guerra significaba?

«No lo parecía. Quizá la tuvieran muy en el fondo, aunque me temo que ni eso. De lo único que parecían ser conscientes era de la obediencia, de obedecer sin

pensar las órdenes que se les daban. Y lo mismo pasaba con buen número de oficiales, especialmente los que habían surgido de entre los soldados rasos y que jamás se habían imaginado que tendrían que hacer una guerra…»

Pero si, como le parecía, no había una verdadera conciencia de lo que se dirimía, sí existió siempre en el bando nacionalista la fuerte impresión de que la victoria estaba asegurada. Nacía de la convicción de que en España los golpes militares solían verse coronados por el éxito, así como del hecho de que la victoria resultaba normal para la derecha, ya que estaba acostumbrada a estar en el poder. Dos años más tarde, hacia el final de la guerra, ya no podía decirse que los soldados desconocieran los objetivos por los que luchaban. «Para entonces habían leído y oído propaganda suficiente para decidirse…»

Obedecer las órdenes no era un asunto que pudiera tomarse a la ligera: la zona nacionalista estaba bajo la ley marcial. Y nadie podía olvidar la represión que se estaba llevando a término.

Un simpatizante republicano respondió a su llamada a filas por las fuerzas nacionalistas a sabiendas de que tendría que luchar por el bando que no era el suyo. Pero temía que su padre fuese objeto de más represalias: era un médico republicano de Salamanca que ya había sido detenido, juzgado y multado. César Lozas, estudiante de ingeniería, tenía un pretexto válido para negarse a servir: la nacionalidad doble hispanofrancesa, pero decidió no valerse de ello, ya que tal vez el nuevo régimen no lo considerase suficiente. No había otra salida que ingresar en filas. Y eso era lo que, a su juicio, sentían la mayoría de los campesinos reclutados por su compañía de infantería, en la que él era el único estudiante. Ninguna motivación política los empujaba a luchar.

«Se veían arrastrados por los acontecimientos, carecían de la conciencia ideológica necesaria para tratar seriamente de desertar. Además, cualquier intento en este sentido podía costarte la vida y, aun en el caso de que lo lograses, podían tomar represalias contra tu familia. Había mucho terror en la retaguardia…»

A otro republicano salmantino que servía en el ejército nacionalista como médico le parecía que los campesinos eran buenos soldados, duros, habituados a una vida sin comodidades.

«Carne de cañón, ovejas que se dejaban conducir. No eran nadie ni sabían nada. Los que habían participado en política estaban en la cárcel o habían sido liquidados. En la retaguardia lo "limpiaron" todo. La prueba está en que no hubo actos de violencia ni sabotajes en la retaguardia nacionalista. Esto demuestra lo eficaz que era la purga…»

Con todo, y a pesar de la propaganda republicana en sentido contrario, el terror no bastaba para mantener unido un ejército triunfante. La disciplina militar era rigurosa, pero, en última instancia, el soldado campesino que luchaba al lado de los nacionalistas no iba al frente empujado por una coacción mayor que la que soportaban los reclutas republicanos. Rafael González, un estudiante que servía en el frente andaluz, pudo comprobar que la mayoría de los campesinos de su batallón se sentían contentos de estar en el ejército. La mayor parte de ellos había llevado una vida muy dura trabajando la tierra, mientras que en el ejército les daban de comer gratis, sin tener que hacer nada. Esta opinión estaba especialmente extendida entre los soldados que se hallaban en los frentes donde la lucha era escasa.

«Solían recordar que en casa lo habrían pasado mucho peor. El único adoctrinamiento ideológico que recibían, si así podía llamarse, era el de tipo militar, el que decía que España estaba en peligro, que había que salvar a la patria. Dado que la resistencia era imposible, ingresaban en filas resignadamente, con esa actitud que la gran masa demuestra siempre en estas ocasiones…»

A su modo de ver, había una cosa que aliviaba esa resignación. Los campesinos se consideraban parte de un ejército victorioso. A resultas de ello, su objetivo personal era participar en la conquista de alguna capital: Madrid, Barcelona, Valencia… «Para muchos de ellos, que jamás habían salido de su aldea antes, esto les brindaba una luminosa esperanza para el futuro…»

Religión, represión, miedo a las represalias… Pero ciertamente había otras razones por las que combatía a favor de la contrarrevolución aquel campesinado cuyo nivel de vida a menudo en poco se diferenciaba del de los jornaleros sin tierra. «Evidentemente, sus propios intereses de clase», observó un estudiante que a los 17 años de edad se alistó voluntariamente en las fuerzas nacionalistas, con la ambición de hacer carrera en el ejército. Ignacio Hernández, alférez provisional, mandó tropas campesinas en el norte, en Teruel, en el Ebro, fue herido siete veces y condecorado otras tantas. Recordó que los campesinos sabían de sobras que en la zona republicana a los pequeños propietarios rurales se les «obligaba a punta de pistola» a integrarse en colectividades, a pesar de los esfuerzos que para impedirlo hacía el partido comunista.

«El campesinado "nacionalista" luchaba en defensa de su propiedad, de su tierra. Si esto significaba identificarse en primera instancia con la causa de la oligarquía terrateniente, las grandes finanzas, los militares, pues bien, aun así era mejor que la alternativa de verse privado de su pequeña propiedad, de su parcela…»

Mientras a toda mujer se la considere un objeto y se la impida desarrollar su personalidad, la prostitución, de hecho, sigue existiendo.

MERCEDES COMAPOSADA, directora, *Mujeres Libres*

(diciembre de 1936).

La prostitución presenta un problema de índole moral, económica y social que no puede resolverse jurídicamente. La prostitución será abolida cuando las relaciones sexuales se liberalicen, cuando la moral cristiana y burguesa se transforme, cuando las mujeres tengan profesiones y oportunidades sociales de asegurarse el sustento y el de sus hijos, cuando la sociedad se establezca de tal forma que nadie quede excluido, cuando la sociedad pueda organizarse para asegurar la vida y los derechos de todos los seres humanos.

FEDERICA MONTSENY, exministro cenetista

de Sanidad y Bienestar Social (1937).

En Cataluña la mujer ha sido siempre el centro de la familia… El hombre, aquí, al terminar la semana entrega el jornal a su esposa… Las mujeres han conquistado no sólo la igualdad en la vida pública y en el trabajo, sino que la han tenido desde hace mucho en el seno de la familia.

FEDERICA MONTSENY

(interviu con H. E. Kaminski, 1937).

MADRID Y BARCELONA

Las mujeres estaban desempeñando un importante papel en el esfuerzo bélico del Frente Popular, trabajando en las fábricas, en las granjas, en los hospitales, en las colectividades industriales y rurales. A un nivel, la profundidad de la revolución no tuvo mejor reflejo que el cambio de actitud hacia las mujeres que se registró en una sociedad tradicionalmente machista. Rosa Vega, una directora de escuela que se quedó en Madrid, pensó que el cambio era notable. Durante el asedio, cuando de noche la ciudad se hallaba a oscuras por precaución, regresaba a casa caminando tras dedicar largas horas de su tiempo libre a la tarea de empaquetar suministros médicos.

«La oscuridad era tan intensa que a menudo chocaba con otros transeúntes. Pero ni una sola vez fui molestada ni se me hizo ver de otra forma que era una mujer. Antes de la guerra me habrían dedicado comentarios de una u otra clase, pero eso había desaparecido por completo ahora. Las mujeres ya no éramos objetos, sino seres humanos, personas a la misma altura que los hombres. Hubo muchas cosas malas en la zona del Frente Popular, sin duda, pero el hecho de que los dos sexos fueran humanamente iguales constituyó uno de los avances sociales más notables de la época…»

«La guerra hizo que en la gente naciera un nuevo espíritu, fue asombroso —recuerda María Solana, miembro de las JSU—. A menudo me enviaban de gira por los pueblos en misiones de propaganda con otros jóvenes del partido y no había camas suficientes. Yo, que era la única mujer, solía dormir en una misma cama con dos o tres muchachos sin que pasara nada, absolutamente nada. Había un nuevo sentido de las relaciones humanas…»

Al estallar la guerra, fueron muchas las mujeres que se pusieron un mono, cogieron la pistola y se marcharon al frente. «Entre ellas había gran número de prostitutas que causaron entre nuestros hombres más bajas que las balas enemigas», recordaba una enfermera, Justina Palma, también miembro de las JSU. Tras la batalla de Guadalajara en marzo de 1937 se ordenó que las mujeres abandonaran el frente.

«Dolores Ibárruri, Pasionaria, vino al frente a decirles a las mujeres que su sitio estaba en la retaguardia, donde podían ser más útiles para el esfuerzo bélico. Llegaron camiones para llevarse a las mujeres, pero una amiga mía de la infancia, y algunas otras, no se marcharon. Nunca supe lo que le pasó a mi amiga, pero creo que murió combatiendo…»

En Barcelona las mujeres gozaban también de nuevas libertades. A Margarita Balaguer, una modista de 18 años que trabajaba en una casa de alta costura que en vano ella había tratado de colectivizar, le pareció que la liberación

de las mujeres era la más valiosa de todas las conquistas revolucionarias. Desde que tenía uso de razón venía luchando contra la idea preconcebida de que «los hombres y las mujeres nunca podrían ser amigos». Ahora tenía mejores amigos entre los hombres que entre las mujeres. Había nacido una nueva camaradería.

«Éramos como hermanos y hermanas. Siempre me había molestado que los hombres de este país no considerasen a las mujeres como seres con todos los derechos humanos. Pero ahora hubo este gran cambio, que surgió espontáneamente del movimiento revolucionario».

Hija de un ebanista y exmiembro de la CNT, solía ir a un centro anarquista después de trabajar en el departamento de facturación de la colectividad de lampistas y electricistas[14]. En el centro se montaban obras de teatro en beneficio de las viudas de guerra, las mujeres tejían suéteres para los soldados y se carteaban con algún combatiente. También se daban clases de educación sexual. Una anarquista de 20 años y pico explicaba las funciones reproductivas masculinas y femeninas, «hablaba del contacto físico entre hombres y mujeres». Nada parecido había existido antes de la guerra.

«A mí me parecía algo excelente. Las clases eran mixtas y creo que a los hombres y a las mujeres nos enseñaron a comprendernos tanto como a obtener información. Era una forma de librarse de todos los viejos tabúes. Una verdadera liberación…»

Se legalizó el aborto controlado, se abrieron centros para las mujeres, incluyendo las prostitutas y las madres solteras; se divulgó información sobre el control de la natalidad y se instituyó el «matrimonio de hecho» en virtud del cual se consideraba matrimonio la cohabitación durante diez meses, o menos si la mujer quedaba en estado[15]. A pesar de estas importantes conquistas, la revolución no alteró fundamentalmente los papeles tradicionales ni, salvando raras excepciones, las acostumbradas desigualdades salariales. Las mujeres siguieron lavando la ropa, cocinando, llevando la casa y cuidando de los niños, así como cobrando menos que los hombres.

«Seguimos lavándoles la ropa a los hombres. Nos parecía normal, especialmente cuando teníamos que hacer todo lo que pudiéramos para ayudar a los que estaban en el frente —comentaba María Solana—. Yo solía ir a un cuartel de la milicia socialista. A causa de ello tuve complicaciones con mis correligionarios comunistas. No porque fuera allí a lavar la ropa, sino porque trabajaba para los socialistas. Querían saber por qué lo hacía. "Porque no tienen gente suficiente, mientras que sí la tiene nuestra milicia. Iré adonde haga más falta". La respuesta no les satisfizo en absoluto…»

En una colectividad anarcosindicalista de un pueblecito del bajo Aragón, una muchacha de 16 años, hija de un pequeño propietario rural de la CNT, experimentó la liberación de la revolución tanto como la frustración que producía ver la inamovilidad de los papeles masculino-femenino.

BECEITE

«¡Qué alegría, qué entusiasmo sentíamos! La revolución se había convertido en realidad. Hay que vivirla para saber cómo es. Ahora todos éramos libres, nadie tenía que trabajar por cuenta ajena, cuando ibas a labrar los campos no lo hacías pensando en el cacique…»

Según Pilar Vivancos, era maravilloso vivir en una colectividad, en una sociedad libre donde una podía decir lo que pensaba, donde, si el comité del pueblo te parecía insatisfactorio, podías decirlo. El comité no tomaba ninguna decisión importante sin consultarla con todo el pueblo reunido en asamblea general. Todo esto era maravilloso. Pero el papel de las mujeres… eso no había cambiado. Se hablaba mucho, pero se actuaba poco.

«Los hombres se hallaban entregados sinceramente a proseguir la revolución, pero no comprendían que la revolución había que hacerla en profundidad, a todos los niveles. La revolución tiene que empezar en casa. A decir verdad, el asunto de la liberación de la mujer no se planteaba como parte del proceso revolucionario, al menos que yo sepa. A lo mejor las cosas eran distintas en Cataluña, pero en Aragón el lugar de la mujer estaba en la cocina o trabajando la tierra…»

No había mujeres en el comité del pueblo. Cuando éste necesitaba más brazos para los campos, el delegado les decía a unas cuantas mujeres que se presentaran al día siguiente. En caso contrario, Pilar se quedaba en casa. A veces las mujeres echaban una mano en las colectividades vecinas. De esta manera, un grupo de chicas de su pueblo trabó amistad con las muchachas de la juventud socialista del cercano Valderrobres. «¡Hay que ver cómo nos criticaron y atacaron en el pueblo a causa de ello! La FAI se mostró especialmente intransigente, sectaria. No quería que tuviéramos nada que ver con una organización que no fuese anarquista».

Con todo, a su modo de ver, las mujeres tenían parte de la culpa por no insistir en su liberación.

«Nosotras, las que teníamos que hacer la revolución de las mujeres, la verdad es que entendíamos muy poco lo que entrañaba la emancipación de la mujer. Carecíamos de la educación y la cultura necesarias…»

El puritanismo aumentó a resultas de la revolución anarcosindicalista. Un primo suyo se fue a vivir con una mujer del pueblo y la gente del lugar le criticó mucho. Decían que no casarse era «vivir como los animales». (El comité del pueblo oficiaba matrimonios y entierros, inhumando a los difuntos en el cementerio del pueblo sin ninguna ceremonia religiosa). «Eran incapaces de ver que mi primo y la mujer vivían juntos porque así lo habían decidido libremente. ¡Y pensar que los anarquistas predicaban la *unión libre*!»

«¡La de críticas que debía soportar la esposa o compañera de un anarquista si usaba lápiz de labios! ¡Uf! Y el marido… decían que no era hombre porque dejaba que su mujer se pintase. Yo nunca usé lápiz de labios hasta cumplir los 20 años. Recuerdo que una vez fui al frente y una militante anarquista que allí estaba, una mujer muy hermosa, me dijo: "No hagas ningún caso de lo que *ellos* digan del maquillaje. Aquí los hombres sólo van tras las mujeres que se pintan los labios"…»

Pilar pronto tuvo que enfrentarse personalmente con este puritanismo. Uno de los compañeros de Durruti en el grupo «Nosotros», Miguel García Vivancos, mandaba la 25.ª división, formada por las milicias anarcosindicalistas, incluyendo la columna Carod-Ferrer[16]. El cuñado de Pilar, que servía con el comandante Vivancos, de 42 años, invitó a su jefe a comer en casa. Pilar sirvió la mesa.

«Yo era simplemente una chica de pueblo. Vivancos me estuvo mirando todo el rato. Me puse roja como un tomate. "No te ruborices", me dijo, y eso empeoró las cosas, aumentó aún más mi rubor. Vivancos era muy guapo: alto, delgado, moreno, con unos ojos muy azules. Poseía una gran vitalidad humana. Después de comer, se marchó. Un día, al cabo de algún tiempo, mi cuñado volvió y dijo que Vivancos quería venir a comer a casa. "No vendrá por mí o por ti", le dijo a mi hermana. "Vendrá por Pilar". La noticia corrió por el pueblo y empezaron los chismorreos. Vino Vivancos y dijo que quería hablar conmigo[17]. Accedí. Estaba enamorada de él. Mis padres se escandalizaron, pero ¿quién le iba a decir que no a Vivancos?… El comité nacional de la CNT le llamó la atención y le preguntó qué hacía con una chica tan joven. "Por lo menos, sé discreto", le dijeron. "¡Discreto! ¡Sois un hatajo de reaccionarios!", les contestó. "Eres peor que los bolcheviques. Estás loco", le dijeron. "Loco… claro que estoy loco. ¿Es que nunca habéis estado enamorados? Estoy loco por ella y no tengo por qué esconderlo". Sabía que todos ellos tenían queridas, por lo que sus críticas eran un ejemplo de puritanismo. Vivancos atacaba lo que ello representaba en realidad: hipocresía… Siempre que tenía unas cuantas horas libres, me lo hacía saber y nos veíamos. Me liberé, me

emancipé. Nos acostábamos juntos, nos convertimos en la pareja que seguiríamos siendo toda la vida, ya que nunca nos casamos. Creo que la gente se respeta más cuando no se casa. El no estar casados es una forma de libertad, no una libertad para hacer lo que te dé la gana, sino para formar parte de una relación humana…»

MADRID

Muchos miles de mujeres y niños fueron evacuados de Madrid, pero también fueron muchos miles los que se quedaron. Entre éstos había muchísimos sirvientes domésticos que se habían quedado en la ciudad cuando sus señores se fueron a veranear, algo antes de lo habitual. Con el fin de darles trabajo y, de paso, contribuir al esfuerzo bélico, la Organización de Mujeres Antifascistas, encabezada por los comunistas, montó nuevos talleres de confección de uniformes y prendas de vestir para las milicias y el ejército. Al mismo tiempo, todos los trabajadores a destajo fueron «concentrados» en estos nuevos talleres, en el mayor de los cuales trabajaban de 2000 a 3000 mujeres. Funcionaban como colectividades, autogestionadas por los trabajadores, con el pleno consentimiento de los líderes del sindicato comunista de la confección.

«Insistíamos siempre en que los trabajadores dirigiesen sus propios talleres, a diferencia de la CNT, que trataba de imponer el control del sindicato —explicaba Petra Casas, secretaria comunista del sindicato de trabajadores de la confección de la UGT—. La autogestión era el principio por el que se regían nuestras colectividades. No era el sindicato quien daba las órdenes. Cada taller elegía su propio consejo de dirección y cada consejo estaba representado en un comité de coordinación sindical donde se discutían los problemas comunes. Pero cada taller era autónomo. El partido comunista estaba totalmente de acuerdo con esto; creía que cada colectividad tenía que ser libre para llevar sus propios asuntos…»

En cuanto comenzaron a funcionar con éxito, las colectividades de la confección recibieron instrucciones para que abriesen sus propias cuentas bancarias y se encargaran de negociar sus propios contratos con el departamento de compras del ejército. Todo el dinero que sobrase después de pagar a los trabajadores y las compras de materias primas debía ser ingresado en el banco para que pudiera utilizarse en el esfuerzo bélico. Las colectividades obtenían beneficios suficientes para montar sus propias cantinas y bibliotecas y para pagar subsidios de enfermedad. Cada cantina tenía su propia camioneta, la cual iba de pueblo en pueblo buscando comida para complementar el racionamiento…

Un día Petra Casas fue llamada a la mayor de estas colectividades, que

estaba en la calle Abascal: se había declarado una huelga. En la colectividad trabajaban muchas adolescentes. Éstas se habían declarado en huelga diciendo que la comida era mala y que a una mujer enviada por el sindicato se le había visto llevar un medallón religioso. Al inaugurarse la colectividad, Casas había dicho a las obreras que ellas eran las propietarias y que no había más jefes.

«Ahora llegaban tarde a trabajar, se tomaban vacaciones cuando querían… todo porque se creían los jefes. Les dije que estaban en huelga cuando en el frente morían los hombres para salvar al país del fascismo, que si hubiesen estado trabajando para un jefe capitalista, no habrían podido tomarse tiempo libre…»

Agregó que la fábrica era de ellas y les preguntó que cómo podían saber quién se había ganado el jornal si algunas de ellas se tomaban tiempo libre cuando les apetecía. Tenían que batir el récord de horas trabajadas. En cuanto a la mujer del medallón religioso, era miembro del secretariado del sindicato, una obrera católica y excelente que gozaba de toda la confianza del sindicato. Finalmente, las obreras tenían que comprender que cada fábrica era la responsable de organizar su propio aprovisionamiento y que, en tiempo de guerra, éste tenía por fuerza que ser irregular. «Aceptaron lo que les dije y volvieron al trabajo».

Al principio el sindicato se hizo cargo de todas las fábricas y lugares de trabajo cuyos dueños hubieran desaparecido hasta que los trabajadores eligieran un comité obrero y un director. Luego estas fábricas, que solían ser las mayores, funcionaban, según los líderes sindicales, con una autonomía muy parecida a la de las colectivizadas, aunque no se les llamaba así. En aquellas empresas cuyos dueños no habían huido, los talleres quedaban bajo el control de los obreros, que el partido comunista interpretaba estrictamente como *control* y no como dirección; ésta estaba en manos de los propietarios.

«El partido comunista nos dio instrucciones estrictas desde el principio —recordaba Julián Vázquez, miembro comunista de la jefatura del sindicato—. El sindicato no debía practicar ninguna detención, que eso era cosa de la policía. Ni debía encargarse de la totalidad de la industria, que eso le correspondía al estado. Tampoco debía incautar el negocio de los pequeños propietarios, ya que ello sería expropiar a la pequeña burguesía. Estas instrucciones se cumplieron fielmente…» [18]

MILITANCIAS 9

MIGUEL NÜÑEZ, estudiante de comercio (FUE: JSU).

El cambio de percepción revelado por las nuevas actitudes hacia las mujeres se reflejó también en otro campo. De la noche a la mañana, como si la revolución hubiese desatado las esperanzas reprimidas durante generaciones, la educación se convirtió en un asunto urgente, incluso en la línea de fuego.

«Era sorprendente ver cómo campesinos y obreros, incluso bajo el fuego enemigo, dedicaban tiempo y energía a aprender a leer y escribir. ¡Con qué atención escuchaban nuestras lecturas de poesía y literatura! Lo más notable de todo eran las preguntas que nos hacían…»

Pese a no haber cumplido aún los 16 años al estallar la guerra, se había ofrecido voluntariamente en seguida. No pertenecía a ninguna organización política, solamente a la FUE, pero no tardó mucho en hacerse de las JSU (y más tarde del partido comunista). Como era demasiado joven para luchar, lo destinaron a un servicio auxiliar que, en poco tiempo, se convirtió en la milicia de cultura o educación, en la que pasó a ser no sólo un maestro sino también un miliciano combatiente. Tanto el maestro como los estudiantes eran combatientes.

«La fusión entre la cultura y el ejército del pueblo era completa. El aprender no era algo ajeno a los hombres o a la lucha en la que estaban metidos. Al principio solía preguntarme a mí mismo por qué luchaban realmente los obreros y campesinos, por qué arriesgaban sus vidas. La única respuesta que pude encontrar fue que luchaban por las cosas que desde hacía tanto tiempo les había negado el enemigo, las fuerzas reaccionarias de este país. Y el acceso a la cultura era una de ellas…»

No era una revolución que pretendiese únicamente la justicia, un ajuste de cuentas con los explotadores, sino que era una revolución que pretendía conquistar todo aquello que se le había negado al pueblo. Por fin el pueblo se había puesto en pie. El movimiento de las masas fue algo magnífico.

Una vez todos los hombres de su unidad hubieron aprendido a leer y escribir —«cosa que a algunos les costó un esfuerzo tremendo»—, a Núñez le conmovía verles coger un periódico y leerlo, presos de excitación, casi leyendo letra por letra. Era como si hubiesen salvado una tremenda barrera: la de la educación. Luego se sentaban para escribir dos cartas. La primera era para sus esposas, para decirles que habían aprendido a escribir. La segunda iba dirigida a Pasionaria y en ella, casi invariablemente, le daban cuenta de la buena noticia. «No

estamos solamente luchando contra el enemigo, también estamos aprendiendo, puedes contar con nosotros…»

Las clases se daban cuando y donde era posible, normalmente por la mañana y en los toscos refugios improvisados por los hombres. Si estaba de suerte, encontraba un trozo grande de pizarra y un poco de tiza, pero si no era así, utilizaba hojas grandes de papel sobre las que dibujaba o pintaba. Cada vez que la unidad cambiaba de posición, era necesario abandonar el equipo, por muy rudimentario que fuese. Una y otra vez los hombres demostraban su iniciativa, la cual fue para Núñez una de las grandes revelaciones de la revolución. Uno daba con un par de sillas, otro encontraba un poco de tiza, éste un trozo de madera que podía servir de banco, aquél un pedazo de pizarra que permitía montar de nuevo la escuela.

«No había que esperar que un superior diera la orden o que llegasen instrucciones de algún oficial o líder político. No, todo salía del pueblo. Era fabuloso. De repente la revolución reveló todas las cualidades y capacidades que el capitalismo impide desarrollar. Campesinos que jamás habían oído música escuchaban los conciertos con un silencio impresionante, o a los grandes poetas como Alberti y Miguel Hernández leyendo sus poesías. La inmensa fuerza del pueblo, su valor, su fraternidad, su camaradería, aparecieron con una potencia abrumadora…»

Su unidad fue visitada por una delegación internacional de escritores y periodistas que querían asistir a las clases. Se mostraron impresionados por lo que vieron y sugirieron que, después de la guerra, sería necesario proseguir el experimento y hacer que las milicias de educación recorrieran las zonas rurales hasta que no quedase un solo analfabeto.

Cuando uno de sus compañeros resultó muerto, los demás milicianos culturales reunieron a sus unidades para dar una lección conjunta, la que se proponía dar el muerto. Se trataba de una conferencia preparada partiendo de las notas dejadas por el caído y versaba sobre la «edad de oro» de la historia de España, la época de Felipe II.

«Fue un análisis del período que en la escuela siempre nos habían presentado como "dorado", pero, como demostraba la conferencia del muerto, se había basado en la explotación y la miseria de otros pueblos. Algo que nunca se había dicho… Pero dijimos que la mejor lección que había dado el compañero caído era su ejemplo personal: en su muerte en combate había encontrado su verdadera expresión, la fusión de la cultura con el pueblo en armas…»

Uno de los milicianos de educación de su unidad era todo un misterio. Enseñaba gramática y geografía, pero se negaba a tocar la historia, que a los demás les resultaba apasionante. Un día se descubrió que era un cura que había huido de su parroquia al estallar la guerra y que había conseguido ocultarse en la unidad. Causó cierta conmoción entre los hombres. Los milicianos culturales decidieron tomar el caso como tema de una lección, subrayando dos aspectos: la responsabilidad de la jerarquía eclesiástica al ponerse al lado de la reacción fascista contra el pueblo; y que ellos, personalmente, no sentían ningún odio hacia este sacerdote. Los temas fueron recibidos no sin discusiones. No todo el mundo se daba por convencido.

«Sin embargo, al cura le ayudó mucho su propia actitud. En cuanto supo que le habíamos descubierto, se mostró dispuesto a tratar del asunto abiertamente, francamente, y mostró también una falta de miedo que le granjeó cierta simpatía. Por si fuera poco, como el resto de nosotros había luchado fusil en mano contra el enemigo. Y siguió diciendo que la historia estaba del lado de los pobres, no de los ricos. Salió bastante bien librado; de hecho se libró del temor bajo el que había estado viviendo. Pero nunca quiso dar clases de historia. Decía que no sabía nada del tema…»

Lo que más le impresionó fue la profunda democracia de las masas que la revolución había iniciado. Cuando pensaba en una sociedad sin explotadores y explotados, sin los fallos que se habían cometido en nombre del socialismo, era en esa democracia que pensaba.

«Las masas en movimiento, cuando todo se pone al servicio de la revolución. Siendo, como era, un pequeñoburgués, lo aprendí todo de mi contacto con las masas durante la guerra. Si hoy estoy donde estoy, en primera línea de la lucha[19], es porque mi experiencia durante la guerra fue decisiva. No vale la pena vivir la vida para nada más. Sólo se puede vivir para el pueblo…»

No es que hubiera que idealizar la revolución. Él lo sabía. Hubo fallos, mezquindad, egoísmo, cobardía, incluso en la mejor hora de la revolución, al principio, cuando había que improvisarlo todo, cuando un obrero se encontraba de pronto al mando de una fuerza militar, cuando el pueblo se estaba convirtiendo en dueño de su propio destino. En una revolución no había solamente luz, sino que también había sombra.

«Fango, cobardía, miseria, estas cosas existían también. Pero ninguna de ellas era lo que más te impresionaba. Una revolución es un proceso. Es difícil ser cobarde cuando tus compañeros se están comportando valientemente. O al menos es difícil serlo durante mucho tiempo. Para nosotros los marxistas la lección

consiste en no olvidar jamás al pueblo y lo que el pueblo lleva dentro de sí. Ésa es la fuente de donde sale todo…»

MADRID

Al igual que en el frente, la revolución en la retaguardia estaba dando nuevo ímpetu a la expansión y reforma de la educación, que era el campo en el que la república había alcanzado sus mayores logros. La transformación de las actitudes tradicionales, de las pautas de percepción establecidas mucho antes y desfasadas respecto del rápido cambio socioeconómico, sólo se conseguiría como resultado de las nuevas formas de experiencia abiertas por la revolución. La educación era un campo de vital importancia; en la retaguardia se estaban cambiando radicalmente muchas de las viejas actitudes pedagógicas[20].

Marisa Soler formaba parte de un grupo de maestros madrileños que, atendiendo a la llamada de su sindicato al estallar la guerra, se hizo cargo de los cerca de 300 alumnos de clase obrera de una escuela que había sido abandonada por la orden religiosa que la dirigía. Los cambios que introdujeron no se llevaron a cabo sin una resistencia considerable por parte de los escolares.

«Cambiamos todos los libros de texto. Bajo el viejo sistema, a las niñas se les enseñaban labores de aguja y plegarias; a los niños, trabajos manuales y plegarias. Todos los libros de texto eran religiosos, siendo el principal el catecismo…»

Una vez eliminada la religión del plan de estudios, el principal problema relativo a la enseñanza con el que se enfrentaban los maestros no surgía de los alumnos, sino de la falta de libros de texto. Con todo, los verdaderos problemas se presentaron cuando trataron de introducir cambios en otras esferas. Por ejemplo, durante el régimen anterior las niñas tenían que ponerse una camisa para ducharse.

«"Para lavarse lo único que hace falta es jabón", dije. "¡Pero, señorita!", protestaron. Les señalé que cada ducha estaba aislada por completo y que las de los niños estaban separadas de las de las niñas; lo primero que se habían imaginado era que los chicos utilizarían las suyas. A pesar de todo, no estaban contentas, especialmente las mayores. "Usted hace que nos echemos agua por todo el cuerpo y que nos desnudemos del todo, y eso es pecado". "Os han inculcado la idea del pecado y no sois capaces de distinguir lo que es pecaminoso de lo que no lo es", repliqué…»

Otro cambio que levantó protestas entre las niñas fue que se suprimiera la separación sexual en la escuela, que a los niños y a las niñas se les permitiera jugar juntos en el recreo. Los maestros eran partidarios de estimular una relación sana entre los sexos, de decirles a las niñas que los chicos no eran sus enemigos y a éstos que no debían maltratar a las niñas, porque todos eran compañeros.

Las duchas, la supresión de la separación sexual, la falta de religión… estos «pecados» eran causa de complicaciones con las mayores.

«"Ustedes no son creyentes", nos decían. Los maestros que tenían antes eran buenos, nosotros no lo éramos. El comprensible afecto y admiración que sentían por sus maestros anteriores lo utilizaban para luchar contra nuestros cambios. Al final decidí dar un paso que hubiese preferido evitar. Les dije a tres o cuatro de las niñas mayores que me acompañasen al despacho de la anterior directora…»

Una vez allí puso sobre la mesa una serie de fotografías. En ellas se veía a una mujer desnuda, salvo por unas medias negras, que hacía diversas poses ante un espejo. Hoy día las fotos darían risa, pero en aquellos tiempos resultaban marcadamente pornográficas.

«"¿Reconocéis a esta mujer?" Una de las niñas rompió a llorar. "Sí, es nuestra directora". Yo no hubiese deseado ir tan lejos. Otra de las niñas pidió perdón, diciendo que no lo sabía. "Nadie lo sabía", le contesté. "Pero recordadlo, las fotos las tomó alguien. Ya lo veis, ésta es la clase de falsa virtud contra la que tenemos que luchar con el fin de alcanzar la virtud verdadera…"»

Lo más importante de todo, en su opinión, era tratar por todos los medios de evitar que los niños resultaran traumatizados por la guerra. En particular los varones, muchos de cuyos padres estaban en el frente. Ella y los demás maestros les dijeron que la guerra se estaba librando para que en el futuro sus padres siempre tuvieran trabajo, para que sus familias nunca más volvieran a estar necesitadas. Poco a poco, tanto los niños como las niñas se fueron tranquilizando hasta que, debido al asedio, los niños fueron evacuados y hubo que cerrar todas las escuelas. Más tarde volvieron a abrirse algunas para los niños cuyos padres no querían que se marchasen.

A unos pocos centenares de metros de la línea de fuego, una revolución estaba cambiando la faz de Madrid, aunque de modo menos perceptible que en Barcelona. La capital, que antes de la guerra era esencialmente un centro administrativo, estaba escasamente industrializada: 25 000 metalúrgicos, casi todos los cuales trabajaban en pequeños talleres, y unos 40 000 obreros de la construcción componían el grueso de la fuerza laboral (comparados con los 200 000 obreros

textiles, 70 000 metalúrgicos y otros tantos obreros de la construcción que había en Cataluña). No obstante, se estaba montando una importante industria de municiones.

Unas tres semanas después de su creación, en la misma víspera de la ofensiva nacionalista contra la capital, se produjo un reajuste de la Junta de Defensa y la CNT cedió el departamento de Información y Propaganda a cambio del de la Industria de Guerra. Lorenzo Íñigo, de 24 años, secretario del sindicato de metalúrgicos de la CNT y miembro de las tres ramas del movimiento libertario, empezó a reorganizar la industria de ingeniería con vistas a las necesidades de la guerra.

De buen principio comprendió que la ingeniería no podía seguir en talleres pequeños y desparramados. Para que fuese eficiente, había que concentrarla en un solo lugar. Al mismo tiempo, se evitaría que la producción se resintiera de los constantes bombardeos aéreos y artilleros.

«La colectivización que se estaba llevando a cabo en Barcelona era un lujo que no podíamos permitirnos, como tampoco podíamos permitirnos su autonomía en la producción y la administración, ni el lujo de actuar de acuerdo con un espíritu comercial como el suyo. Nosotros vivíamos en primera línea…»

Se le ocurrió una idea sencilla: toda la industria metalúrgica de la ciudad se instalaría en un túnel del metro de unos 7 km de longitud que al empezar la guerra se estaba construyendo entre la estación de Atocha y los Nuevos Ministerios. Fue a ver al general Miaja y éste se mostró conforme, aunque dijo que tendría que consultar con el gobierno, que estaba en Valencia. Al día siguiente Prieto, el líder socialista que como ministro de Obras Públicas antes de la guerra había planeado el túnel, envió un mensaje preguntando quién era el loco al que se le había ocurrido la idea.

«"Bueno, a veces a los locos se les ocurren buenas ideas", le dije a Miaja. "Si usted no tiene ningún inconveniente, seguiremos adelante sin esperar más permisos del gobierno". Y eso es lo que hicimos…»

Los técnicos consiguieron impermeabilizar el túnel y disponer su interior de modo que los camiones pudieran circular por un lado mientras que en el otro se montaban las naves de trabajo. Seguidamente hubo que convencer a los propietarios para que trasladasen sus talleres al túnel.

«Como buen libertario, no podía mandar hombres armados a todos los talleres y ordenar que la maquinaria fuese enviada al túnel. Convoqué una reunión

con todos los propietarios. "Señores, estamos en guerra. Necesito toda su maquinaria para la producción bélica. También les necesito a ustedes…"»

Les dije que los propietarios estarían al cuidado de su propio equipo, en calidad de capataces u obreros especializados al frente de un equipo. Se haría un inventario de toda la maquinaria y su propiedad quedaría garantizada. Cuando terminara la guerra, serían libres de llevársela del túnel. Todos estuvieron de acuerdo. En cosa de dos meses toda la producción ingeniera de la capital funcionaba dieciséis horas al día bajo tierra, sin ser estorbada por los bombardeos aéreos.

Técnica y administrativamente, el «túnel» era controlado por el departamento de Íñigo, que también se encargaba de pagar a los trabajadores. «Era una especie de autogestión desde arriba». Para Pedro Gómez, tornero de la UGT, trabajar en el «túnel» era como trabajar en una fábrica del estado. Las normas de producción venían de arriba, del comité del taller y los técnicos. Las condiciones de trabajo eran excelentes. Existían diferencias salariales, pero no eran grandes. No había huelgas. Una vez se organizaron las cosas, se trabajaban veinticuatro horas al día en tres turnos.

«No era necesario hacer cumplir las normas. Si el turno de noche había producido 300 obuses, el de día hacía todo lo posible para producir más. Nunca tuvimos que interrumpir el trabajo por escasez de materiales, solo, más entrada la guerra, por culpa de los cortes de electricidad. Sobre nuestras cabezas teníamos seis metros de tierra: no había que temer a las bombas y los obuses. Sólo había un problema: no existía suficiente unidad entre los de arriba. Los de los talleres estábamos bastante unidos, no había grandes problemas entre los obreros de la UGT y los de la CNT. Pero, si queríamos ganar la guerra, hacía falta alguien que pusiera fin a las discusiones de los de arriba…»

Un día el general Miaja, presidente de la Junta de Defensa, se negó a firmar el cheque para el pago de los jornales semanales, alegando que el gobierno de Valencia le había ordenado que no dedicase más fondos a la producción bélica. Íñigo se fue a Valencia a ver a Prieto. «A la sazón Miaja era un instrumento de los comunistas, que sabían que no podrían librarse de nosotros los libertarios sin echarnos de la industria de guerra». Prieto le aseguró que el gobierno no había dado tal orden y dictó un mensaje para Miaja. También leyó el informe sobre la producción de armamento que Íñigo llevaba consigo. ¿Cómo era posible que Madrid produjera obuses cuyo costo por unidad resultaba inferior al de Barcelona o Valencia?

«"Por una razón muy sencilla, señor ministro. Los metalúrgicos de Madrid

trabajan todas las horas que hagan falta sin cobrarlas como extras". Prieto preguntó si podríamos producir obuses para otros frentes. Le expliqué que todavía no podíamos producir los suficientes para cubrir nuestras propias necesidades…»

En vez de ello, Íñigo pidió permiso a Prieto para comprar el equipo necesario para producir municiones de fusil, explicándole que cada mañana grupos especiales de milicianos recogían los casquillos esparcidos en las líneas de fuego para su posterior reacondicionamiento. En Madrid sólo podían producirse las balas de plomo, pero aun así no podían recuperarse todos los casquillos y la capital dependía por completo de lo que el gobierno suministrase. Le mostró al ministro un catálogo belga y le dijo que los catalanes estaban comprando equipo de tal clase.

«En la producción de armas los catalanes nos llevaban la delantera a los de Madrid. Yo ya había recibido 7000 obuses producidos en Barcelona a cambio de varias toneladas de cobre. "Vosotros los catalanes sois muy comerciantes", le había dicho a mi colega de la CNT. "No os venderé este cobre, sino que os lo cambiaré". Prieto dijo que el gobierno no tenía la menor intención de gastar un céntimo en maquinaria para Madrid. Si se compraban máquinas, sería para instalarlas en Valencia o Cataluña…»

El gobierno de Valencia se encontraba con que la Junta de Defensa que como último recurso dejara en Madrid se había convertido en el gobierno de la capital. A varios de los de Valencia les parecía que Miaja, que era un héroe popular aunque no fuese político, se estaba comportando como si fuera el jefe del gobierno español. Desde su puesto de subsecretario del Ministerio de la Gobernación en Valencia, Sócrates Gómez, miembro de las JSU, expresó la preocupación que sentía un sector del gobierno.

«Surgió cierta dualidad de poder. Miaja, que era fácilmente manipulado por los comunistas, interpretaba con cierto capricho las instrucciones que recibía de Valencia. Hubo que reprenderle severamente y decirle que obedeciese las instrucciones…»

Detrás de esa preocupación se encontraba el creciente poder del partido comunista. La defensa de Madrid, el peso de la ayuda soviética y las Brigadas Internacionales organizadas por el Comintern, que habían llegado justo a tiempo, la determinación de organizarlo todo para el esfuerzo bélico y su oposición a que se prosiguiera la revolución socialista (por no hablar ya de la libertaria) le estaban granjeando al partido comunista mucho prestigio entre los que opinaban que los demás partidos y organizaciones carecían de una política clara o representaban una amenaza para sus intereses. De todos los órganos de gobierno que había en la

zona del Frente Popular, la Junta de Defensa de Madrid era el único en el que los comunistas ocupaban una posición dominante. Ellos fueron quienes dieron al gobierno el pretexto para disolverla.

De forma casi inevitable, la junta se vio hendida por los conflictos internos entre comunistas y libertarios. Como anticipo de lo que pronto llevaría a una dramática confrontación en Barcelona, un consejero comunista fue herido a tiros por los libertarios encargados de un control de carreteras en las afueras de Madrid. Más tarde, guardias de asalto a las órdenes del consejero comunista de Orden Público desarmaron a unos 50 militantes de la CNT por carecer de permiso de armas. Finalmente, en abril de 1937, Melchor Rodríguez, el anarquista que ocupaba el cargo de director de prisiones en Madrid, hizo público un minucioso informe sobre las torturas que se llevaban a cabo en las cárceles comunistas que sin autorización había en la capital y nombró como responsable a José Cazorla, que ocupaba el cargo de consejero de orden público que antes ocupara Santiago Carrillo. Largo Caballero, jefe del gobierno, aprovechó el escándalo subsiguiente para reafirmar la autoridad del gobierno y disolver la junta.

Íñigo recuerda la última de las reuniones de la junta. Miaja comunicó a los consejeros la decisión de Largo Caballero.

«Carreño España, el representante de Izquierda Republicana, miró por encima de la mesa a Cazorla y dijo: "Vosotros" (utilizando el plural para indicar que se refería a los comunistas y no sólo a Cazorla) "sois el Juan Simón de la Junta de Defensa". Juan Simón es el sepulturero que entierra a su propia hija en una canción popular española. Tenía razón. Aunque para entonces los frentes que rodeaban Madrid se habían estabilizado, la junta habría podido seguir jugando un importante papel político y moral en la capital…»

Un papel que hubiese podido detener la solapada desmoralización que se registraría meses más tarde, al hacerse sentir los rigores del segundo invierno de la guerra y que tal vez hubiese impedido los trágicos acontecimientos que, a los dos años de su disolución, pondrían fin a la guerra.

EPISODIOS 5

ESCONDIDO

Desde el levantamiento en Madrid no se había movido de casa, temiendo ser detenido o enviado al frente. Milicianos de la checa de Bellas Artes se habían presentado en el piso con una orden de registro y detención y él no había negado nada, ya que desde hacía tiempo estaba decidido a decir siempre la verdad. Sí, era miembro de la organización de la juventud católica, lo era desde hacía varios años. Sí, tenía muchos libros religiosos, pero la república garantizaba la libertad religiosa. Uno de los milicianos quería detenerle, pero el otro se opuso a ello tan resueltamente que al final se marcharon para dar cuenta en la checa. El miliciano que se había opuesto a su detención era un mecánico que con frecuencia acudía al taller de su padre en busca de piezas de recambio. Aunque no era de ningún partido, su padre, hombre de negocios, simpatizaba con la derecha, mientras que él, Enrique Miret Magdalena, era estudiante de química en la universidad, un «católico clerical» muy influido por el tipo de democracia cristiana cuyo mejor representante era Giménez Fernández, el exministro de Agricultura de la CEDA. Antes de la guerra, había tenido la intención de irse al extranjero y estudiar para jesuita.

Un día le dijeron que, en un registro de la casa provincial de los jesuitas, los milicianos habían encontrado una lista donde aparecía su nombre. Le aconsejaron que se ocultase. A su padre le indignó la estupidez del provincial al guardar semejante lista y se mostró de acuerdo en que era mejor que se escondiese. Se pusieron a buscar un lugar apropiado. Muy pronto aprendió su primera lección.

«Ninguna de las personas que yo esperaba que me ayudasen se mostró dispuesta a hacerlo, mientras que, inesperadamente, me brindó refugio la menos pensada: nuestro casero, que vivía en el mismo edificio. Al cabo de un mes las cosas se le pusieron demasiado difíciles y tuve que buscarme otro lugar. Otra vez quien me ayudó fue una mujer a la que no conocía, la amiga de una amiga. Me llevó a la embajada cubana, a cuyo portero conocía y llegó al extremo de acompañarme personalmente, pese al riesgo que ello representaba, ya que yo no tenía papeles y si nos paraban por la calle…»

Después de tres semanas en la embajada cubana, fueron expulsados de ella todos los que no tenían permiso oficial para refugiarse allí. Refugiado en casa de otro conocido, al final consiguió que lo aceptasen en un edificio del que se había hecho cargo la embajada paraguaya. Era el mes de marzo de 1937 y permanecería allí durante los dos años que transcurrirían hasta el fin de la guerra.

En el edificio las condiciones eran primitivas. Seis refugiados dormían en colchones colocados en el suelo de una habitación infestada de chinches que medía unos 15 metros cuadrados. De día enrollaban los colchones para hacer sitio y vivían en los corredores. Nunca veían la luz del día, ya que las persianas estaban

perpetuamente echadas para que nadie pudiera ver el interior desde la calle y descubriera cuánta gente se hallaba allí refugiada. Se veían obligados a conversar en susurros para que no pudieran oírles los milicianos que hacían guardia fuera. No había calefacción y, debido a la gran escasez de comida, pasaban frío. El día de Navidad de 1937 desayunaron café hecho con cebada y sin azúcar, y a la hora de comer tomaron una escudilla de agua caliente especiada con un poco de pimienta roja y unos granos de arroz y un trozo de pan de alrededor de un centímetro de grueso; por la noche comieron lo mismo.

«Calculamos que diariamente consumíamos menos de 600 calorías en total. Éramos 50 o 60 personas, pero la embajada solicitó sólo 25 cartillas de racionamiento. De ellas, la suegra del encargado de negocios vendía la mitad en el mercado negro y se quedaba lo que le pagaban. Algunos se las apañaban bastante bien con esta dieta, pero otros, antes que seguir comiendo tan poco, preferían marcharse de la embajada y afrontar los riesgos de fuera…»

En su mayoría los refugiados eran católicos conservadores y monárquicos, aunque también había un puñado de falangistas y carlistas. Como católico clerical, se había creído los consejos del clero y simpatizaba con el levantamiento militar. El problema empezó cuando comenzó a vivir en la embajada con gente que decía pensar igual que él. Lo primero que le llamó la atención fue que los más religiosos entre ellos eran también los más conservadores en todo, desde la religión a la política.

«Por otra parte, a la mayoría le importaba un bledo la iglesia o el catolicismo. Eran católicos, pero su catolicismo venía a ser una especie de seguridad social para la otra vida. Empecé a sentirme como un pez fuera del agua. Nunca había sido capaz de entender cómo tantos católicos emparejaban la monarquía con su fe. Yo me sentía republicano. Pero, al mismo tiempo, me daba cuenta de que la república era anticlerical. Ahora, en la embajada, el clero nos había hecho objeto de un gran engaño al afirmar que ser católico significaba ser conservador y que ser anticatólico era estar a la izquierda. Incluso el anticlericalismo de la república empezó a antojárseme una cosa sana al observar a la gente que me rodeaba…»

Vio que sólo les preocupaba una cosa: la venganza. Sus fantasías, expresadas día tras día —«porque hablar era una enfermedad endémica»— giraban sobre lo que harían cuando salieran de esta situación: «matar, matar, matar… a todos los obreros, a todos los republicanos, a todos los rojos». Todo lo que oliera a progreso social era condenado automáticamente; y pese a todo, que él pudiera ver, no tenían una base religiosa en la que pudieran apoyar esas actitudes.

Entre los refugiados había un sacerdote cuarentón, un hombre ejemplar que cada mañana a las cinco celebraba en secreto una misa a la que sólo asistía Miret Magdalena. Le hacía pensar en las catacumbas, en la misa auténtica y sencilla. Era una experiencia que nunca olvidaría. Pero el sacerdote no les gustaba a los demás refugiados.

«Resultaba curioso, pero en el fondo parecía que aquellos españoles clericales albergaban cierto resentimiento anticlerical. Lo demostró claramente en la embajada su forma de tratar al sacerdote. Cuando vieron que los chistes e historietas sexuales le disgustaban, insistieron en contarlas delante suyo, reservaban para él sus comentarios vulgares y en general le trataban con falta de respeto… Dado que tenía que permanecer en la embajada con esta gente, decidí que me aferraría a mis principios católicos pero sin discutir con nadie. También eso tuvo un resultado curioso: los demás me respetaban porque se daban cuenta de que mi convicción era absoluta. Esto, a su vez, tenía unas ventajas tangibles. Mi maleta fue la única de la que jamás se robó nada. No había ni pizca de solidaridad, incluso entre gente cuyas vidas corrían peligro. En aquel lugar se desató el egoísmo más feroz. Con frecuencia me preguntaba qué significaría para ellos su religión cuando cada uno no pensaba más que en salvarse él mismo sin que le preocupase lo más mínimo el vecino…»

Algunos de los refugiados afirmaban mantener contactos con la quinta columna, pero Miret Magdalena sospechaba que era pura palabrería. Los republicanos, sin embargo, infiltraron agentes provocadores en la embajada. Un hombre que «se había refugiado allí» hizo saber, poco a poco, que tenía confianza con algunos milicianos y que era posible escapar pagando cierta suma.

«Sin tratar de corroborar sus afirmaciones, algunos pusieron sus nombres en una lista, tan grande era su deseo de huir a la otra zona. Los primeros cinco que se marcharon acordaron que, una vez llegasen a la zona nacionalista, harían que la radio transmitiera determinada contraseña. Nunca la oímos. Más tarde nos enteramos de que habían pasado por el famoso "túnel de la muerte". Se suponía que éste era un túnel secreto que había en Carabanchel y que llevaba de las líneas republicanas a las nacionalistas. En realidad era una trampa. En la embajada había tanto miedo que nadie se atrevió a plantarle cara a aquel hombre, que todos estaban convencidos de que era un agente republicano. Se tomó sencillamente la decisión de expulsarlo…»

Se calcula que, en un momento u otro, en las embajadas de Madrid se refugió un total de 20 000 personas, especialmente durante los primeros meses de la guerra. Sólo un 10 o un 15 por ciento de ellas seguían allí al terminar la contienda. Muchas fueron evacuadas, aunque en modo alguno todas las que lo

deseaban. Algunas, como David Jato, líder del sindicato falangista de estudiantes, buscaron refugios más seguros cuando, al no conseguir tomar Madrid los nacionalistas, se hizo evidente que la guerra continuaría durante meses, por no decir años. Mirando las cosas con la perspectiva del tiempo, la idea de atacar frontalmente una ciudad de un millón de habitantes con una fuerza de choque de sólo unos miles de hombres le parecía una verdadera locura. A no ser que hubiera una razón más profunda que él desconociera.

«A juzgar por lo que dijo Franco después de la guerra, muy bien podría ser que hubiese sacado la conclusión de que terminar la guerra rápidamente dejaría la mitad del país, la mitad de la población, con sus ideas políticas intactas. Dijo que una guerra civil era completamente distinta de una guerra internacional. Ésta termina con la conquista del territorio enemigo, pero en una guerra civil la ocupación militar del territorio enemigo no es el objetivo final…»

La embajada finlandesa se había hecho cargo de varios edificios, y uno de ellos, en el que Jato se hallaba refugiado, tuvo que permitir la entrada de la policía republicana, que arrestó a varios refugiados. A causa de ello, Jato decidió marcharse cuanto antes. Salió gracias a la amistad que su familia tenía con un francés; se fue a vivir con él. Las embajadas daban a sus súbditos un documento para que lo colocasen en la puerta de sus casas.

«Una vez pasados los terribles días de noviembre y diciembre de 1936, estos documentos demostraron su eficacia. Los dos peores momentos en lo que se refiere a asesinatos fueron de julio a septiembre y noviembre-diciembre. Después, aunque nunca cesaron por completo, su número se redujo considerablemente…»

Consiguió documentos falsos según los cuales tenía 16 en vez de 19 años. Siempre había parecido más joven de lo que era. A medida que iba pasando el tiempo, resultaba más fácil obtener documentación falsa.

«Al menguar la represión, se abrió una especie de brecha en la administración republicana y se hicieron posibles toda clase de cosas. Había otra razón. A los seis meses de estallar la guerra, ya había muerto la mayoría de los mejores militantes de la zona roja. Ellos habían sido los primeros en ir al frente, los primeros en morir. Los que se quedaron en la retaguardia no eran los mismos hombres, ideológicamente hablando…»

EPISODIOS 6

LIBERACIÓN

María del Carmen Quero, de 9 años, miró por una rendija de la ventana de la clínica malagueña en la que llevaba casi seis meses escondida. Era la mañana del 8 de febrero de 1937. En la calle vio a dos moros agazapados y dispuestos a disparar contra las ventanas del piso de arriba. Entonces en el balcón de enfrente apareció una bandera roja y gualda. «¡Ay, mamá, allí está!», gritó. Rápidamente abrieron los postigos y aspiraron el aire fresco. Abajo en la calle la gente se abrazaba. Empezaron a pasar tanques en los que iban soldados de casco emplumado que llevaban ramas de olivo. Iban cantando una hermosa canción.

«"¿Quién es esa gente, mamá?" "No lo sé", contestó, pero luego, de pronto, dijo: "¡Italianos!". Las calles estaban llenas de camisas azules y de gente que saludaba al estilo fascista. ¿De dónde habían salido tantos falangistas de repente? …»

La noche antes habían oído gritar por las calles y niños que lloraban, ruido de mulas, bueyes, carros. Parecía que pueblos enteros de los alrededores estuvieran pasando por la ciudad siguiendo la única ruta de escape que llevaba a Almería. «Era como el éxodo de los judíos de Egipto». Su madre, doña Pepa, se preguntó tristemente por qué huían.

Doña Pepa López era oriunda de uno de aquellos pueblos. Su marido, abogado y exdiputado parlamentario de la CEDA, se había escondido tan pronto como oyó que la turba se encaminaba hacia su casa el día que empezó la guerra. Un par de minutos después, guiada por un instinto nacido de tantos años de vivir en el campo cerca de los campesinos, doña Pepa se despojaba apresuradamente de sus ropas de señora y se ponía un delantal viejo. Los zapatos se los cambió por unas alpargatas, cogió tres brazaletes que había heredado de su madre y los metió en un cesto debajo de un montón de tomates, pimientos y otras hortalizas. Sujetando a sus hijos, salió rápidamente de la casa. Parecía una vendedora callejera.

«Una vez en la calle, me fui corriendo a casa de un primo mío. Desde allí vi que arrojaban nuestros muebles a la calle y les pegaban fuego. Mi primo estaba aterrorizado. Antes de veinticuatro horas tuvimos que buscarnos otro refugio…»

«Los parientes nos fueron defraudando uno tras otro —comentaba María del Carmen—. Se les ponía la cara pálida cuando les pedíamos refugio. Hubo un momento en que nadie quería acogernos. Fue la experiencia más triste de mi

vida…»

Tras vagar por las calles en mangas de camisa y tocado con una boina, a su padre le había brindado refugio un practicante. Ya estaba a punto de entregarse, con la esperanza de que sus amigos de izquierdas acudieran en su ayuda. La hija del practicante se negó a que llevase a cabo su plan y le hizo refugiarse en casa de la familia de su novio. «Tras ser rechazado por los parientes, se salvó gracias a gente a la que no conocía…»

Doña Pepa se trasladó a la pobre casa de un guardia civil cerca de la cárcel de mujeres. La acompañaban el chófer y la doncella. Un día el portero de su casa consiguió sacar a escondidas un poco de ropa, entre la que había un tricornio nuevo que se parecía a los de la guardia civil. En cuanto lo vio, se acercó a la ventana y lo arrojó a la calle.

«"¡Pero, mamá, es tu sombrero!", grité. "¡Bah, es sólo un sombrero!", replicó severamente. Vi cómo daba tumbos en el aire. Con él toda una época desaparecía para mí. Aquel sombrero que desaparecía lo evocaba todo…»

Pocos días después, el chófer las previno de que uno de los vecinos había reconocido a María del Carmen. Tenían que marcharse a otro sitio. Su último recurso era una tía que vivía en las afueras de la ciudad. Rehusó acogerlos. Sugirió que doña Pepa tratase de meterse en la clínica que dirigía un destacado ginecólogo, el doctor José Gálvez. «Era un devoto católico de derechas, un santo adorado por todas las clases sociales de Málaga». La acogió a condición de que no se pusiera en contacto con ninguno de sus familiares[21]. También acogió a María del Carmen. La pequeña dormía en un sofá en el cuarto de su madre. La clínica estaba llena de refugiados: la anciana priora de un convento de carmelitas que había llegado vestida con sus hábitos después de que el convento fuera incendiado; una hermana del arzobispo, las esposas de varios políticos, curas a los que nadie veía…

María del Carmen se levantaba rezando y se acostaba rezando. Nunca en la vida había rezado tanto. Rogaba por su tía y por su sobrina, las cuales, según leyó en el periódico, habían sido arrestadas. La sobrina era de las JAP. Cada vez que había una incursión aérea, los rojos sacaban prisioneros y los fusilaban. Más tarde se enteró de que un día a su tía ya la estaban atando para llevársela cuando desde la puerta alguien gritó: «¡Ya basta por hoy!». Se puso pálida y su madre se quejaba de que no hacía bastante ejercicio. El doctor Gálvez se sacó un cordel del bolsillo. «Salta a la comba veinte veces al día y harás ejercicio», dijo con voz bondadosa. Los postigos de las ventanas permanecían cerrados constantemente, para que nadie pudiera ver el interior de la clínica.

Un día oyeron gritos en la calle. Las hermanas enfermeras ordenaron que todos bajasen al sótano. En la calle los gritos iban acercándose, haciéndose más fuertes. «¡Entremos a por ellos!» María del Carmen era lo bastante mayor como para saber qué significaba eso.

«En aquel momento me parecía haber nacido sólo para morir. Todos nos arrodillamos y empezamos a rezar. Incluso don José creía que los rojos iban a entrar. "Mientras no duela demasiado", me dije a mí misma…»

Doña Pepa recordaba que los gritos eran iguales a los que profería la chusma mientras quemaba casas el primer día de la guerra. «¿Alguna vez ha oído gritos así? ¿No? Bueno, pues es mejor que no los oiga…» Las mujeres eran peores que los hombres. Esta guerra fue terrible, una guerra entre las clases bajas y las altas es mucho peor que una guerra entre naciones. Ella apoyaba al ejército en su deseo de restaurar el orden. Pero, al mismo tiempo, tenía que reconocer que para las clases bajas se trataba de un ejército invasor.

«Y cuando se provoca a las masas… sssh… es entonces cuando las cosas se ponen peligrosas. Las pasiones se desbordan y no hay modo de contenerlas. Ocurren cosas aterradoras. Las clases bajas odiaban a los que tenían poder. ¿No es lo que hacen siempre cuando hay tanta desigualdad como la que entonces las dividía?…»

Los gritos parecían perder intensidad. ¿Sería posible que la chusma se estuviese alejando? Sin acabar de creerlo, se levantaron…

Hasta más tarde no se enterarían de lo ocurrido. Una madre y su hijo habían sido arrastrados por las calles. La madre, que era vieja, llevaba un braguero de metal para la hernia y alguien se había figurado que era una radio secreta. Se formó un tumulto alrededor de los dos y la mujer murió a consecuencia de los malos tratos.

La clínica se hallaba enfrente de la catedral. Doña Pepa vio que unos hombres sacaban objetos religiosos y los arrojaban a un camión. Al parecer, con un hacha habían partido la cabeza de las imágenes. La escena le recordó la quema de iglesias de mayo de 1931, un mes después de la proclamación de la república. Al poco tiempo, la gente que había tomado parte en la quema sacaba las imágenes sagradas en procesión o aplaudía al verlas pasar. «¿Cómo se explica eso? ¡Dios mío! La misma gente que destruye imágenes sagradas las besa…»

Comenzaron a instalarse en la catedral los refugiados que llegaban de los pueblos. María del Carmen podía ver que en cada rincón había una familia

cocinando en una fogata, durmiendo sobre colchones, defecando en el Patio de los Naranjos.

«De noche todas las luces permanecían encendidas y en el interior había como una niebla espesa. Veía gente que se sentaba en el púlpito y fumaba y charlaba como si estuvieran en un club. Dentro moría gente y la sacaban a la calle en ataúdes…»

Un día la doncella que hacía la cama y limpiaba la habitación llegó en un estado terrible. «¡Vienen para aquí y van matando a su paso!» «No seas estúpida», replicó doña Pepa, «no matan a nadie que no haya cometido ningún crimen». Entrado ya el día, oyeron fuego de artillería. El frente se estaba derrumbando rápidamente. Estaban asustadas, no sabían cómo iba a terminar todo. «Sí, lo sé», dijo el doctor Gálvez a doña Pepa, «es nuestra tierra, la tierra que amamos…»

No ocurrió ninguno de los temidos asesinatos de última hora perpetrados por gentes empecinadas o angustiadas. Los defensores huyeron como mejor pudieron. Encabezada por los tanques italianos, la ofensiva directa contra la ciudad apenas duró tres días. La captura, conseguida a muy poco coste, dio a los nacionalistas su primer puerto mediterráneo y barrió un importante territorio del Frente Popular en el sur. Las repercusiones de la pérdida se hicieron sentir a los más altos niveles. Aunque todavía no era lo bastante fuerte como para atacar directamente al jefe del gobierno, Largo Caballero, el partido comunista atacó al general Asensio, su ministro de la Guerra. El general fue depuesto.

María del Carmen salió a la calle. Tenía la sensación de que sus pies estaban muertos, de que el suelo de la acera fuese de corcho y ella se hundiese en él. Doña Pepa la cogió de la mano. «Ven, hija mía, vamos a ver a tu padre…»

Pocos minutos antes una señora alta y hermosa se había presentado en la clínica con su hijo. Le dijo a doña Pepa que su esposo estaba sano y salvo en su casa. Hacia allí se encaminaron. En la sala de recibo, en lo alto de una escalinata de mármol, se encontraba un hombre barbudo que llevaba boina y una chaqueta de cuero. María del Carmen pensó que parecía un miliciano.

«Pronto comenzaron nuestros problemas. Mi padre dijo que se sentía deprimido por estar vivo. Casi todos los políticos a los que conocía habían muerto asesinados. Luego, la gente acudía a él para que acusara a los izquierdistas. La purga ya estaba en marcha. Él se negó. Empezamos a tener noticias de los consejos de guerra, de las ejecuciones. Cada día había centenares de casos. "¡Veinte sentencias de muerte!", exclamaba mi padre. "¿Qué es lo que está pasando?" Él era abogado criminalista. Antes de la guerra, cuando tenía una sentencia de muerte en

las manos, no podía comer ni dormir. "No me habléis de los consejos de guerra, que me hielan la sangre", decía. Al igual que a todas las personas de mi edad, mi juventud no me parece nada más que desastres y violencia, tragedia y horror: a veces por causa de los rojos, otras debido a los blancos…»

En Málaga la proscripción fue feroz. El gobierno italiano ordenó a su embajador que abordase directamente el asunto con su aliado nacionalista español como una «cuestión moral que afectaba a la reputación de España tanto como a la de Italia». En una charla radiofónica dada al mes de la captura de la ciudad, el general Queipo de Llano no se anduvo con chiquitas. «… Nos vemos forzados a fusilar a mucha gente en Málaga, pero siempre tras ser juzgada en consejo de guerra… Hay que tener presente que los que son condenados a muerte son ejecutados inexorablemente ¡porque no tenemos la intención de imitar a los débiles gobiernos de 1934!»[22]

EPISODIOS 7

SALVADO

Dos frailes se hallaban sentados en el tren que los llevaba a través de la campiña andaluza. Uno de ellos, el superior de una comunidad de misioneros para Tierra Santa y Marruecos, había hecho especialmente el viaje a Granada. Siendo, como era, un eclesiástico importante, no había tenido ninguna dificultad en obtener los pases y salvoconductos necesarios, incluyendo uno extendido personalmente por el general Queipo de Llano. Tal vez las autoridades nacionalistas se habrían llevado una sorpresa de haber visto el hábito de recambio que el superior llevaba en su equipaje y que, al llegar a Granada, entregó en una casa del centro de la ciudad. La sorpresa habría sido aún mayor de haber sabido que el hombre que estaba sentado a su lado en el tren, disfrazado de fraile, era el maestro socialista y abogado de 28 años al que, tras recorrer media Andalucía, había salvado de la ciudad que ya había sido testigo del asesinato de su hijo más distinguido: García Lorca.

Era la segunda vez que un eclesiástico salvaba a Dionisio Venegas desde el levantamiento militar en Granada. Socialista moderado, miembro del sindicato de maestros de escuela de la UGT, se había enterado muy pronto de la represión de la que estaban siendo objeto sus colegas. Un día su suegra cruzó la calle y habló con un cura en la catedral.

«Un santo varón, aquel don Francisco. Al amanecer del día siguiente crucé la Gran Vía, entré en la catedral y él me escondió en una de las torres. Cada día mi esposa me traía comida en un cesto que dejaba al pie de la escalera. Permanecí escondido allí tres semanas…»

Con unas ganas desesperadas de hablar con alguien, envió un mensaje al sacerdote y éste contestó que no podía visitarle porque era demasiado peligroso: otro sacerdote era uno de los principales instigadores de las ejecuciones que se estaban llevando a cabo en Granada y que iban particularmente dirigidas contra los intelectuales.

Un día se presentó su hermana y le dijo que el superior de la orden franciscana de Chipiona, su ciudad natal, había venido para llevárselo. Le trajo el hábito de fraile en el cesto. Él se lo puso. Debajo llevaba únicamente el pijama. Luego salió al recinto de la catedral y un fotógrafo callejero se presentó para hacerle una foto. La pegaron en un papel que tenía el superior y luego se presentó ante las autoridades militares para pedir un pase para el hermano lego al que había venido a buscar.

Nada de todo esto habría podido pasar de no haber sido por la quema de conventos en mayo de 1931, que había causado un impacto desastroso en la opinión católica[23]. El padre de Venegas, que era liberal republicano y jefe de fareros en Chipiona, había ido al convento para ofrecer refugio a los frailes en su residencia oficial. Aunque no había sido necesario aceptar el ofrecimiento, el superior, fray Agustín Zuluaga, jamás había olvidado el gesto. Cuando después del levantamiento el padre de Venegas había tratado inútilmente de averiguar la suerte de su hijo (el nuevo gobernador civil de Granada, Valdés, había contestado lo siguiente a su colega de Cádiz: «paradero desconocido, probablemente con el enemigo»), el superior se había ofrecido inmediatamente para localizarle.

«La primera noche la pasamos en un convento que nos caía de paso. El superior de la orden que lo ocupaba le preguntó a fray Agustín quién era yo. "Oh, es un hermano lego rojo. Me lo llevo conmigo", le oí contestar, aterrado. Los dos se echaron a reír. Al reconvenirle, me contestó que no tenía nada, que temer, que ahora me hallaba en su territorio y que todo estaba tranquilo. Yo no me sentía tan seguro: en el tren había visto a un guardia falangista, un hombre al que conocía desde niño, y él me miró fijamente; creo que me reconoció, aunque no dijo nada…»

A pesar de sus temores, llegaron sin novedad al pequeño pueblo costero de Chipiona. A Venegas le asignaron una celda del convento mientras estudiaba lo que debía hacer a continuación. Él y un par de frailes que habían logrado escapar de Málaga, que seguía estando en la zona del Frente Popular, se consolaban

mutuamente. Los tres eran víctimas de las circunstancias y habían tenido la suerte de escapar de uno y otro bando. Le dijeron que no era prudente que de pronto volviera a dejarse ver en la ciudad —aunque fuera para visitar a su padre— en tanto no se hubiesen tomado precauciones. Persuadió al superior para que hablase con el nuevo gobernador civil de Cádiz, Eduardo Valera Valverde, que era oficial retirado de caballería y había sido gobernador civil de Sevilla cuando la abortada insurrección de Sanjurjo en 1932. Se le había sometido a juicio alegando que no había conseguido sofocar la rebelión. Tras ser absuelto, se había retirado a Chipiona, donde había trabado conocimiento con Venegas, al que trataba como a un hijo.

El superior regresó con un mensaje de Valera diciendo que todo iba bien y le entregó un paquete que contenía un uniforme de falangista y una camisa azul. Se lo puso y le pidió al superior que avisara a su padre. Éste quedó abrumado por la alegría. Tras pasar un par de días en casa, salió a la calle convertido en un falangista de pies a cabeza. Eludía como mejor podía las constantes preguntas que le hacían, ya que la gente se había quedado atónita al verle regresar de pronto vestido de falangista. La situación no le pareció segura del todo, así que Valera le sugirió que se trasladase a Cádiz. Allí será miembro de la familia del gobernador civil. Le dio al joven un empleo poco definido como secretario privado suyo, pero en realidad no tenía que hacer nada. Durante cinco meses, hasta fines de febrero de 1937, se dedicó a divertirse en Cádiz.

Un mes antes, los periódicos cordobeses anunciaron que el comandante Ibáñez —don Bruno—, el jefe de orden público de Córdoba, había sido ascendido al cargo de gobernador civil de la ciudad. Al cabo de poco tiempo, anunciaron que iba a ser sustituido por Eduardo Valera Valverde.

«Queipo de Llano vino a Cádiz y le dijo a Valera que don Bruno lo había hecho tan desastrosamente que él, Valera, debía reemplazarle. Valera no quería ir a Córdoba, pero no le quedó más remedio. Yo fui con él. En Córdoba todo continuó sin problemas hasta el verano de 1937, cuando de repente la tranquilidad saltó en mil pedazos. Yo me daba cuenta de que en el edificio del gobierno civil estaban pasando cosas que no alcanzaba a entender…»

Desde hacía algún tiempo y sin que él lo supiera, las autoridades de Granada le habían estado diciendo a Valera Valverde que le entregase, pero éste se había negado repetidas veces; incluso había enviado a su secretario privado, jefe de la Falange gaditana, a Granada para que averiguase qué estaba ocurriendo. El secretario regresó sin ninguna respuesta satisfactoria. Finalmente, el gobernador civil recibió orden oficial de entregarle. «No pasará nada», le dijo, «haré todo lo necesario para protegerte». Dado que le era imposible acompañar personalmente a

Venegas a Granada, mandó con él a su secretario privado. Se alojó en un cómodo hotel granadino, cerca de la Alhambra, y durante dos o tres días esperó mientras el secretario mantenía conversaciones con Pelayo, el equivalente de don Bruno. Pelayo le aseguró que probablemente habría que expulsar a Venegas de Granada durante un año, pero que nada peor le ocurriría.

«Eso me venía bien, ya que podría irme a Sevilla y ejercer la abogacía. Fuimos al despacho del gobernador militar para confirmar los detalles. Me pasé varias horas esperando mientras el secretario hablaba con el gobernador. Al salir dijo que lo sentía: el gobernador se negaba a aceptar aquella solución. Iba a ser arrestado inmediatamente y se me haría consejo de guerra…»

Lo encerraron en seguida en la cárcel. En octubre de 1937 fue sometido a consejo de guerra con otros veinte, acusados de ayudar a la rebelión (es decir, de defender al gobierno republicano legalmente constituido), de defender la educación laica, de haber ejercido influencia sobre el gobernador civil republicano de Granada y de ser masón. La sentencia fue de cadena perpetua.

«Ni una sola de las acusaciones era cierta. No era masón, como más adelante reconocería el Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo; nunca había entrado en el edificio del gobierno civil, no hablemos ya de influir en el gobernador; éste se había negado a distribuir armas entre el pueblo el 18 de julio y ciertamente no había tomado parte en ninguna resistencia contra el alzamiento militar. No, lo que pasaba es que era víctima del rencor particular de alguien a quien nunca he podido identificar…»

Al terminar la guerra, su sentencia fue rebajada a 12 años y en 1941 fue puesto en libertad, tras cumplir cuatro…

CÓRDOBA

Destituido de su puesto de jefe de orden público a los cinco meses de ocuparlo, expulsado del cargo de gobernador civil al mes escaso de su nombramiento, al comandante Bruno Ibáñez le fue entregado el mando del 18.º tercio de la guardia civil en Córdoba. Apenas había pasado una semana cuando fue relevado del mando.

«En los bares la gente celebraba abiertamente, ante las narices de la policía, el hecho de que se hubiese marchado. Se creía que lo habían fusilado, cosa que no era cierta —contaba un panadero local llamado Juan Posadas—. Decían que si le

hubiesen permitido seguir en el cargo, habría hecho fusilar a toda Córdoba. Había tanto miedo que cada noche huía gente de la ciudad. De haber seguido él mucho tiempo en ella, no habría quedado nadie para trabajar…»

«Una vez les hubo hecho el trabajo sucio, se libraron de él —razonaba Roberto Solís, estudiante católico de derecho—. El verdugo sólo es útil durante cierto tiempo…»

Francisco Partaloa, el fiscal público de Madrid cuya llegada a la zona nacionalista procedente de Francia había estado a punto de costarle la vida, se enteró por el propio Queipo de Llano que éste era el responsable de la destitución del infame comandante.

«Me dijo personalmente que, cuando averiguó lo que don Bruno había estado haciendo, deseó no sólo destituirle sino dar a los cordobeses la satisfacción de hacerlo fusilar públicamente en Las Tendillas, la plaza principal de la ciudad. Pero el general Mola requirió sus servicios en el norte. Córdoba estuvo de suerte al librarse de él. Eduardo Valera Valverde, su sucesor en el puesto de gobernador civil, era un hombre humanitario…»

TOMO II.

PRIMAVERA DE 1937.

El buen Estado Nacionalsindicalista descansa en la familia: y él será fuerte si la mujer, en la casa, es sana, fecunda, laboriosa y alegre, abiertas las ventanas del hogar y del alma a la dulce amanecida imperial que nos trae el sol de la Falange.

Azul, editorial sobre el II Consejo Nacional

de la Sección Femenina de la Falange

(febrero de 1938).

¡Ningún hogar sin lumbre, ningún español sin pan!

FRANCISCO FRANCO

Lo que no haremos nunca es ponerlas [las mujeres] en competencia con ellos [los hombres], porque jamás llegarán a igualarlos y, en cambio, pierden toda la elegancia y toda la gracia indispensable para la convivencia.

PILAR PRIMO DE RIVERA, discurso inaugural

ante el Consejo Nacional de la Sección Femenina

de la Falange (febrero de 1938).

UNA PATRIA, UN ESTADO, UN CAUDILLO.

Las Margaritas de Tafalla

prometen solemnemente al Sagrado Corazón de Jesús… cuatro cosas:

La modestia en el vestir como uniforme: manga larga, escote cerrado, falda hasta el tobillo, traje holgado en el pecho y falda holgada.

No leer novelas, periódicos, revistas sin la licencia eclesiástica.

No acudir al cine y teatro sin contar con la censura de Acción Católica, y no bailar ni en público ni en cerrado los bailes salidos en este siglo y estudiar y aprender los regionales antiguos no sólo de Navarra, sino de España entera.

Mientras dure la guerra no usar pinturas ni cosmético alguno.

¡Viva Cristo Rey! ¡Viva España!

Si bien en las perspectivas ideológicas de la zona nacionalista, las mujeres eran «complementarias» a los hombres, aspirando «ni al voto ni a la igualdad de derechos, sino más bien a la igualdad de sacrificios y deberes», lo cierto es que la mujer participaba plenamente en el esfuerzo bélico. La guerra «ha sacudido a la mujer española de su aparente letargo cívico en el hogar y la ha lanzado al trabajo en los hospitales, los talleres de confección y, sobre todo, en el maravilloso Auxilio Social», comentaba un periódico falangista[1].

Auxilio Social empezó en Valladolid y cabe decir que fue el ejemplo práctico más importante de la labor social emprendida por la Falange durante la guerra. A juicio de Dionisio Ridruejo, poeta y orador que desde Segovia había sido ascendido a jefe de la Falange en Valladolid, Auxilio Social ilustraba el idealismo y la politización que estaban teniendo lugar en la zona nacionalista.

«El comprometerse políticamente alcanzó su nivel más alto en la historia reciente de España durante la guerra y en ambas zonas. La gente se ofrecía gustosamente como voluntaria para el trabajo abnegado. Los que pusieron en marcha el Auxilio Social, que al principio se llamó Auxilio de Invierno y era copia exacta, incluyendo el emblema, de la organización alemana del mismo nombre, demostraron un gran idealismo. La causa inmediata de que la crease en Valladolid la viuda de Onésimo Redondo fue que la represión dejó sin padre a gran número de niños…»

Lo primero que hizo la nueva organización fue abrir comedores públicos

para los niños necesitados. Allí no sólo eran alimentados, sino que también se les facilitaba ropa y medicina. El ejemplo pronto se extendió de Valladolid a otras provincias. La financiación seguía el modelo alemán: colectas semanales, huchas, banderitas. Poco a poco la organización creó orfanatos de estilo familiar donde chicas jóvenes se encargaban de un grupo de niños que, generalmente, no tenían más de 15 años y que vivían, en régimen familiar, en una casa.

«El concepto básico subyacente a la organización era que la caridad pública sustituyese a la solidaridad pública, y la organización funcionó bien mientras fue relativamente pequeña y conservó su intenso espíritu público. Después las cosas cambiaron…»

Además de los niños, la organización cuidaba de los ancianos. Al año de su fundación, alimentaba diariamente a más de 4000 pequeños y ancianos en la provincia de Córdoba.

Las Margaritas carlistas dirigían una organización dedicada a los hospitales y las primeras líneas. Algunas de sus líderes tenían la impresión de que no se prestaba atención suficiente a su organización, lo cual es indicio de la tensión que sobre los objetivos y el resultado político de la guerra había dentro de la zona nacionalista.

«A la Sección Femenina de la Falange se le prestaba toda la ayuda posible con vistas a su desarrollo y expansión —observaba Dolores Baleztena, jefe de las Margaritas de Pamplona—. Nosotras queríamos jugar un papel positivo en la postguerra. Al final se confirmaron nuestras sospechas de que dicho papel nos estaba siendo deliberadamente negado. Se nos toleró únicamente mientras duró la guerra…»

Pero mientras durase la guerra, había trabajo importante que hacer. Carmen García-Falces, una de las Margaritas y obrera en una panadería de Pamplona, se encontró con que cada día hacía horas extras sin cobrar. No sólo había que hacer más pan para el frente, sino que, al salir del trabajo, se iba a confeccionar vendas, ya que, al igual que tantas otras cosas necesarias para la guerra, éstas escaseaban.

«No sé cómo ganamos la guerra con tantas escaseces como padecíamos. Las chicas iban a fabricar granadas de mano en una pequeña fundición familiar que, antes de la guerra, producía aperos de labranza. La fabricación de granadas sencillamente la improvisaron unas cuantas personas y las chicas trabajaban allí en su tiempo libre, sin cobrar nada. Todo el mundo hacía cuanto fuera necesario para la guerra sin pensar en la recompensa…»

La evidencia de la guerra pronto se hizo visible en las calles de Pamplona, al igual que en las de las demás ciudades, cuando empezaron a llenarse de heridos de guerra: hombres sin piernas, sin brazos, ciegos. Jóvenes de su misma edad, a muchos de los cuales conocía. Era horrible. Y, pese a todo, las madres a menudo no lloraban al morir sus hijos.

«La guerra era una cruzada; sus hijos habían ido al cielo y eso las consolaba. "Chica, qué suerte tienes, ya tienes un hijo en el cielo", era un comentario que se oía con frecuencia…»

En el hospital donde trabajaba, una enfermera le dijo a Dolores Baleztena que jamás había visto a nadie morir con la fe y la resignación con que lo hacían los requetés.

«"Un día pasaba junto a la cama de un hombre que estaba gravemente herido", me dijo. "El herido me llamó y, entre gemidos de dolor, me pidió que le extendiera los brazos en forma de cruz. Así lo hice, pensando que esa postura le aliviaba el dolor. "No, hermana, no es por eso", replicó. "Es porque quiero morir como Cristo en la cruz…"»

Dolores Baleztena a veces acompañaba a los heridos de guerra a sus casas cuando los daban de alta en el hospital. Pudo comprobar que muchos de los voluntarios eran pobres, no poseían nada salvo «el aire que respiraban y el sol que brillaba sobre ellos». Se acordaba de uno en particular. Había perdido un brazo. Al llegar a su casa, un lugar muy pobre, la madre del herido apenas pudo contener las lágrimas. El padre le miró tristemente, pensando que ya no podría ayudarle en los trabajos agrícolas.

«"Bueno, ¿acaso no me queda otro brazo para ayudarles?", preguntó el herido. Y salió a dar de comer a las gallinas… A mí me parecía que cuanto más pobre era la casa, mayor el sacrificio. Si el comunismo hubiera triunfado, estos héroes anónimos no habrían perdido nada; de hecho, materialmente habrían salido ganando. La patria, por la que este requeté había dado un brazo y tantos habían dado la vida, no le debía más que una diminuta parcela con la que, trabajando duro, podría ganarse el sustento diario. Pero espiritualmente lo habría perdido todo y era por esto, para defender sus creencias religiosas, sus ideales, por lo que había ido a la guerra… Qué bien recuerdo a otro herido de guerra, un hombre al que le habían amputado una pierna y que en el hospital, cuando le estaba atendiendo, me dijo: "De no haber sido por Dios, no habríamos ido"…»

En la zona nacionalista se estaba formando conscientemente un nuevo estado que, pensado para llevar la guerra entre dos clases hasta sus consecuencias

últimas, sería mejor instrumento que el de antes para hacer una guerra civil.

«La guerra lo había trastocado todo, pero también surgió una sensación de impermanencia, de provisionalidad, debido a que todo el mundo era consciente, y el régimen procuraba que así fuese, de que estaba naciendo una nueva vida, un nuevo país, de que se estaba produciendo un cambio total —recordaba Paulino Aguirre, estudiante liberal de filosofía—. En cierta medida, esta novedad concordaba con la realidad: la derecha había roto con el régimen legítimo y estaba inventando un nuevo orden que, por ser nuevo, resultaba mucho más frágil. La novedad no te daba libertad, ésa sería una palabra demasiado noble, pero te daba la sensación de vivir dentro de un proceso de creación, así como la consiguiente sensación de elasticidad social de la que la gente podía aprovecharse. Por supuesto, había dureza; el matiz político era falangista. Pero incluso esta dureza era algo exterior: los aspectos ornamentales y espectaculares del fascismo adoptados por el régimen…»

A la clase media la satisfacía la sensación de participar y experimentar la creación de una nueva estructura social que resolvería los conflictos de clase de los pasados cinco años. La vida en la retaguardia era pacífica y, sobre todo, no había una escasez notable de comida. Un patriotismo exaltado, un fervor religioso, una ardiente convicción de que se ganaría la guerra, se encargaban de mantener la moral de la clase media. El fracaso de la toma de Madrid se acusó, pero se le quitó importancia, y se recibió con risas la derrota sufrida por los italianos en Guadalajara, que fue el último de la serie de intentos para rodear Madrid en marzo de 1937. Mientras tanto, Málaga había sido capturada y comenzaba la campaña para conquistar el norte.

«Todo el mundo tenía una fe absolutamente ciega en la jefatura de Franco; hubo batallas encarnizadas, desde luego, pero la gente nunca perdió la fe en la victoria final. El otro bando parecía tener todas las ventajas: las grandes ciudades, la industria, los principales puertos, las reservas de oro… Pero carecía de nuestra moral de victoria. Siempre tuvimos la seguridad de que ganaríamos», reflexionaba Tomás Bulnes, el colaborador de Onésimo Redondo en el sindicato de remolacheros de Valladolid.

Incluso los «derrotados» sentíanse aliviados a veces. Un farmacéutico de Málaga llamado Isidro Antuña, republicano de toda la vida, miembro del Partido Radical-Socialista y masón, opinó que tras la conquista por parte de los nacionalistas la vida volvió a la normalidad.

«¿Qué quiero decir con "normalidad"? Que todo el mundo podía hacer lo que quería mientras no dijese nada que ofendiera a las autoridades. Éste era el

secreto: *silencio*. Los pensamientos era mejor guardárselos para uno mismo. Aparte de eso, no había ninguna complicación. Podías hacer lo que te diera la gana. Después del caos de anteguerra, después de la temible dominación roja durante siete meses de guerra, aquello era un alivio Siempre me había dado más miedo una revolución proletaria que un alzamiento militar que desde hacía años sabía que iba a producirse inevitablemente…»

El *silencio* encubría muchas cosas, especialmente en Málaga, donde la represión nacionalista alcanzó nuevas cotas de ferocidad. Pero para los que participaban en la creación del nuevo estado la aparente «elasticidad» de las estructuras sociales ofrecía oportunidades revolucionarias.

MILITANCIAS 10

DIONISIO RIDRUEJO, líder falangista

Habiendo encontrado en la variante falangista del fascismo una solución para su situación personal, estaba decidido a que se sentaran ahora las bases de la revolución falangista. Joven, dinámico, orador poderoso y poeta —había escrito una de las estrofas del himno falangista *Cara al sol*—, su rápido ascenso a la jefatura de la Falange vallisoletana le colocó en posición de intentarlo. La base, a su modo de ver, estaba en los principios sindicalistas de la Falange. Ello quería decir que la firma o empresa comercial se organizaría *sindicalmente*: los sectores directivo, técnico y laboral debían formar parte de una comunidad que estaría estructurada jerárquicamente según las funciones de cada uno y no según las funciones de la propiedad o la no propiedad. Sabía que su interpretación del sindicalismo corporativo de la Falange no gozaba de aceptación general; el sindicalismo corporativo o vertical podía significar la sujeción de los obreros a los patronos o la de directivos, técnicos y obreros a los superiores intereses económicos de la nación en su conjunto.

«A decir verdad, gran parte de estas ideas tuve que inventármelas, ya que en la ideología de la Falange estaban más implícitas que explícitas. El sindicalismo como forma de autogestión de la economía no se mencionó hasta la segunda fase del pensamiento de José Antonio Primo de Rivera y sólo se había desarrollado plenamente en lo relativo a la tierra. En dicha fase, José Antonio se esforzaba por ir

más allá de un fascismo tipo Mussolini, el cual se basaba en el estado corporativo cuyo modelo era el pensamiento católico, para descubrir una forma en la que el sindicalismo utópico, ese tradicional fenómeno español, pudiera utilizarse para colectivizar la economía. Según mi modo de entenderlo, esto quería decir que la economía debía ser dirigida por una vasta federación de sindicatos que representasen las distintas ramas de la producción, lo cual conduciría a unas industrias autogestionadas dentro de una economía planificada…»

José Antonio, hijo del exdictador, creía que los modelos italiano y alemán no podían ir más allá de las dictaduras personales existentes en dichos países. El fascismo debía crearse de nuevo en cada país.

«José Antonio nunca se sintió completamente cómodo en su papel de líder fascista. Carecía del fuerte resentimiento que caracterizaba a los líderes fascistas de la pequeña burguesía. En el fondo era un hombre más bien tímido que se metió en política para defender el recuerdo de su padre, ya que pensaba que el dictador había sido traicionado por su propia clase, la clase alta. Aunque la criticaba, José Antonio sabía de sobras que, en la medida en que su clase deseaba un fascismo domesticado, en ciertos sentidos él era el instrumento de dicha clase. Esto le hacía sentir aún más hostilidad hacia ella. Al mismo tiempo, se sentía atraído por el sistema parlamentario y creía que el imperio británico era magnífico. En su mesita tenía siempre un ejemplar de *If*, el poema de Kipling. Pero, como España no podía ser una nación imperialista y parlamentaria, a él le tocaba abogar por una nueva solución…»

Aunque criticase el fascismo italiano y el nazismo, resulta claro que Primo de Rivera era fascista[2]. De hecho, y aunque pocos de ellos lo reconocerían así hoy día, todos los falangistas se sentían fascistas y se habían visto atraídos hacia la política por modelos fascistas.

«Hablábamos como los fascistas, saludábamos como los fascistas, llevábamos uniformes fascistas y aspirábamos a ideales fascistas. Al mismo tiempo, creíamos que el fascismo tal como existía era un tipo excesivamente limitado de reacción nacionalista ante la situación surgida al final de la primera guerra mundial y no era una doctrina suficientemente sustantiva como para convertirse en la tercera fuerza entre un liberalismo trasnochado y un marxismo inaceptable…»

Era esa tercera fuerza lo que le había atraído hacia el falangismo y lo que había resuelto su contradicción personal. Nacido en una pequeña ciudad castellana, había recibido una «educación católica y patriótica tradicional». Era el único varón de la familia, ya que su padre había fallecido. Su madre vivía de renta

y él creció sin tener una idea firme de la relación entre el dinero y el trabajo. En casa recibían pocos periódicos, por lo que no estaba bien informado. «En resumen, procedía de lo que yo acostumbro a llamar la "clase tradicional"»[3].

Tenía 18 años al proclamarse la república y su crisis personal comenzó al ingresar en la universidad del Escorial que dirigían los agustinos. En medio de una comunidad conservadora y católica, había un grupo socialista reducido pero muy activo, compuesto principalmente por obreros de la construcción. Empezó a sentirse atraído por el socialismo. Al mismo tiempo, albergaba reservas de índole religiosa sobre comprometerse inequívocamente con la izquierda. El hecho de que grandes sectores de la izquierda fuesen violentamente hostiles a la iglesia y entablasen polémicas que a él le parecían innecesariamente crudas influyó en él y, a su juicio, en gran número de miembros de la pequeña burguesía. Estaba convencido de la validez del catolicismo tradicional, aunque algunos de sus aspectos se le antojasen criticables.

Incómodo en esta situación contradictoria, atrapado entre el tradicionalismo y una postura social no conformista, su crisis terminó, y se resolvió su problema, cuando la Falange entró en escena.

«Te permitía ser revolucionario y pese a ello conservador, no conformista y al mismo tiempo conformista. No hacía ninguna falta rechazar tu educación tradicional, especialmente el nacionalismo. De hecho, el nacionalismo formaba parte de la nueva ecuación: el estado disminuido en que se encontraba la sociedad española, la pobreza de grandes sectores de sus habitantes, iba cogido de la mano de la pérdida de poder que como nación había sufrido España. La causa era en gran parte el hecho de que España fuese un país pobre, semiindustrializado, dominado por el capital extranjero, especialmente el británico y el francés…»

Comprobó que le resultaban aceptables las categorías críticas del fascismo. Las interpretaba como la respuesta de los países derrotados en la primera guerra mundial o insatisfechos con el reparto colonial consolidado por dicha contienda. El imperialismo nacional británico había demostrado a estos países que existía una equivalencia entre la prosperidad interna y la expansión colonial. Dicho de otro modo, el proletariado metropolitano podía satisfacerse a expensas del proletariado colonial. Las otras razones eran obvias: la reacción de la burguesía ante la revolución soviética y la crisis capitalista internacional de 1929 y también, a su juicio, ante una especie de «contagio dogmático de una tesis bolchevique, a saber, que las revoluciones eran obra de una minoría que sustituía a las masas».

«Todo esto lo acepté sin ninguna crítica: sólo una minoría iluminada puede transformar al país. Una revolución proletaria destruye los elementos tradicionales

de la sociedad, deja a ésta aislada de su propia historia. Sólo la expansión territorial puede aportar las condiciones que producirán prosperidad general en el país metropolitano, reduciendo así las diferencias de clase y eliminando finalmente la lucha de clases…»[4]

Una vez dentro de la Falange, se sintió integrado en la extrema izquierda del movimiento. De ahí su preocupación por hacer que se llevase a cabo la revolución falangista durante la guerra. El campo era lo que más le preocupaba y era también el tema con respecto al cual Primo de Rivera había elaborado más sistemáticamente sus ideas, que se basaban en la creación de grandes cooperativas de pequeños propietarios rurales. La Falange defendía a los pequeños propietarios, fuesen industriales, agrícolas o artesanales, ya que creía que esta forma de propiedad aportaba unos incentivos que por otra parte no existían. Sin embargo, su intento revolucionario no se vio favorecido por el rápido crecimiento de la Falange, que de los 75 000 miembros que tenía al estallar la guerra pasó a varios cientos de miles en pocos meses y a cerca de un millón al terminar el conflicto. Los recién llegados que ingresaban en masa eran derechistas.

«Los falangistas, como yo mismo, que estábamos más comprometidos ideológicamente, empezamos a favorecer la entrada de izquierdistas en el movimiento. Al fin y al cabo, en el campo nacionalista la Falange representaba la más posible de las posturas izquierdistas. La Falange representaba una solución aceptable para sectores del proletariado que antes no estaban sindicalizados, por ejemplo gran número de jornaleros castellanos. Además, había un argumento poderoso para que ingresaran los que al principio mostraban hostilidad: la represión. En la Falange a un hombre se le ofrecía una oportunidad: o era aceptado o fusilado… Los casos de izquierdistas que ingresaban en la Falange alcanzaron tal notoriedad que la derecha empezó a llamarla la FAIlange. En primer lugar porque nuestra bandera era también roja y negra, en segundo lugar debido a nuestra demagogia pseudorrevolucionaria y, finalmente, porque aceptábamos a todo el mundo…»

A pesar de sus numerosísimos afiliados, la Falange no fue nunca un partido de masas, a juicio de Ridruejo. Le faltaban los líderes y la dinámica interna. Era un partido jerárquico, mucho más parecido a un ejército que a un partido de masas «y nada se parece menos a un partido de masas que un ejército». La soberanía del partido jamás residió en la base, sino que residía en el «liderato» y, como no existía un liderato verdadero, la soberanía no se encontraba en ninguna parte. De haber sido un partido de masas, la base habría producido sus propios líderes.

La Falange se había quedado sin líder cuando la república encarceló a José Antonio Primo de Rivera y posteriormente lo ejecutó. No había nadie que tuviera

la estatura suficiente para sustituirle. Otros líderes en potencia, tales como Onésimo Redondo o Ruiz de Alda, también habían muerto. Se propagó el mito de que José Antonio seguía vivo, mientras que provisionalmente se hacía cargo del mando una junta colegiada presidida por Manuel Hedilla, un obrero santanderino. Según Ridruejo, el mito resultó tan decisivo como perjudicial.

«Decisivo por cuanto mantuvo la moral y aplazó la lucha de las mediocridades en pos de la jefatura. Perjudicial por cuanto hizo que resultara más fácil hacerse con la jefatura desde fuera. Sin un líder obvio, la Falange se quedó sin cabeza y resultaba mucho más fácil ponerle la soga al cuello y estrangularla…»[5]

Con el fin de trasladar a la práctica los principios falangistas-sindicalistas, empezó a organizar el sindicato. Se enfrentó con la resistencia pasiva de los trabajadores.

«Encontraban en el sindicato un lugar donde refugiarse, y más o menos eso era todo. En cualquier caso, no duró mucho, ya que después de que Franco se hiciera cargo del mando, se produjo una capitulación total y tuvimos que aceptar dos sindicatos dentro de la estructura nacional-sindicalista: uno para la dirección, otro para los obreros. Esta dualidad, con el importante papel asignado a los burócratas sindicales, venía ya a presagiar lo que de hecho sucedió: los sindicatos verticales franquistas… Lo que no vi entonces fue que los militares (a los que, políticamente hablando, habría calificado como fuerza neutral) se verían influidos por las viejas fuerzas conservadoras hasta el punto de que la guerra terminaría con la negación de todos nuestros esfuerzos y con las clases acaudaladas dominando de nuevo. Ya estaba en marcha durante la guerra (la contrarrevolución a nuestra revolución) y, creyendo que podíamos ganar, luché constantemente contra ella…»

El «estrangulamiento» de la Falange, citando las palabras de Ridruejo, pronto se llevaría a cabo públicamente. Dos meses antes se habían celebrado conversaciones entre falangistas y carlistas con vistas a la fusión de los dos movimientos, sin que se llegase a ningún resultado concreto. Franco decidió efectuar la unificación por decreto[6], y con ella la supresión definitiva de los otros partidos políticos que quedaban. La jefatura del nuevo movimiento la ejercería nada menos que el jefe del estado. Los viejos partidos no respondían a las necesidades del momento, arguyó su cuñado Serrano Súñer, exdiputado de la CEDA que recientemente había escapado de la zona del Frente Popular. El alzamiento militar había sido un movimiento *contra* el desorden republicano y la amenaza que pesaba sobre la unidad de la nación. La situación que ahora se planteaba era parecida a la que encontraron los Reyes Católicos al comenzar su reinado en el siglo XV. Se estaba ante la posibilidad de fundar un nuevo estado…

Había otra dimensión importante en la maniobra de unificar a todas las organizaciones políticas en un solo cuerpo bajo su mando, lo cual, a un nivel, era la continuación lógica del decreto prohibiendo la actividad política y sindical emitido antes de que Franco fuese nombrado jefe del gobierno. Al ponerle la soga al cuello a la Falange, más que estrangular a ésta, se estrangularía a sus elementos populistas y anticapitalistas. Las «revoluciones» como la que Ridruejo proponía iban a recibir un golpe de muerte.

Aprovechando la situación confusa surgida a causa de la lucha por la jefatura en el seno de la Falange, Franco impuso su decreto el 19 de abril de 1937. Manuel Hedilla, a quien Franco felicitara el día antes por haber ganado la batalla por la jefatura, era arrestado una semana más tarde, sometido a consejo de guerra y condenado a muerte. Aunque la sentencia fue conmutada, Franco había aplastado al principal elemento populista de la Falange[7]. A los nueve meses de empezar la guerra, Franco era jefe del estado, generalísimo de las fuerzas armadas y jefe del único movimiento político autorizado en la zona nacionalista[8].

Juan Crespo, el joven monárquico, estaba de guardia en el cuartel general de Franco en Salamanca al ser anunciado el decreto de unificación, por lo que pudo oír hablar al Caudillo. Al ser relevada la guardia, se marchó a casa, se quitó el uniforme hecho a la medida y la capa, los empaquetó y fue a devolverlos en el cuartel.

«"No estoy de acuerdo con la afirmación hecha por su excelencia el Generalísimo", le dije a Miralles, nuestro jefe. "Por la presente dimito de las milicias". Como esperaba que me arrestasen, en vez de regresar a casa me fui al cuartel de infantería, ya que era el sitio en el que con menor probabilidad me buscarían. Me sentía disgustado. No alcanzaba a ver por qué de pronto debíamos creer todos lo mismo, por el simple hecho de que un hombre diera un puñetazo sobre la mesa…»

Quería saber cómo podían unirse partidos de ideología tan distinta. Una cosa era defender los intereses comunes y otra verse obligado a ser de un partido único. Aunque discrepaba fundamentalmente con esto último, seguía creyendo que lo primero era lo bastante importante como para seguir haciendo la guerra. Al cabo de dos semanas, al ser llamada su quinta, volvía a estar en el frente.

Cuando se enteró de la noticia, Ridruejo se preguntó si no sería su deber tomar Salamanca militarmente. De haber encontrado tres o cuatro mandos que le apoyasen, habría ocupado la ciudad y detenido a Franco.

«Naturalmente, al día siguiente se habría presentado la Legión Extranjera y

nos habría capturado. Pero había algo más importante: un acto semejante por nuestra parte habría detenido la guerra. No me atreví a dar el paso. ¿Quién se hubiese atrevido? En otras circunstancias, si no hubiéramos estado en guerra, la Falange hubiese matado a Franco. Ninguno de nosotros podía aceptar nuestra capitulación forzosa, una unificación en la que nosotros no habíamos dicho ni palabra…»

Se encontraba con Hedilla redactando un memorándum exigiendo que la medida de Franco fuese reconsiderada, cuando se presentó la policía para arrestar al líder de la Falange. Acompañando a Pilar Primo de Rivera, hermana del fundador de la Falange, Ridruejo fue a ver a Franco. A sus 23 años, parecía aún más joven, por lo que le tomaron por un guardaespaldas y no le permitieron entrar. Finalmente Serrano Súñer aclaró el equívoco. Ya en presencia de Franco, Ridruejo descargó una catarata de quejas.

«Le dije que un partido político no era un regimiento y no se le podía tratar como si lo fuera; que si se proponía convertirse en líder político tendría que interpretar los deseos de la base del partido. La peor manera de inspirar confianza en los miembros de un partido era encarcelar a sus líderes. Lo escuchó todo con mucha calma, dejando entrever su nerviosismo sólo con un leve movimiento de los labios. Pilar estaba visiblemente asustada, pensando que nadie debía hablarle a Franco de aquella manera. Al parecer, cuando ya nos habíamos marchado, le dijo a Serrano Súñer que yo parecía un chico avispado. Al cabo de una hora, al llegar a casa, recibí aviso de que estaba a punto de ser arrestado. Parece ser que después de su acogida relativamente amistosa, Franco había llamado a la policía…»

Se refugió en el cuartel general de la milicia falangista, bajo el mando del general Monasterio, y esperó a ver qué pasaba. Pronto salió de allí sin ningún percance.

Igualmente opuestos a aquella unificación eran también otros falangistas de antes de la guerra, como Rafael García Serrano, que trabajaba en el periódico falangista *Arriba España* de Pamplona, su ciudad natal. A su juicio, la unificación significaba que la Falange había perdido su posición dominante. La unificación podía justificarse desde el punto de vista militar, pero jamás políticamente. García Serrano llevó su oposición hasta el extremo de no ingresar jamás oficialmente en la nueva organización.

«Había muchos como yo. Ya no podíamos estar seguros de que nuestros ideales inspirasen el futuro. Aunque a Franco le admiraba mucho como general, sabía que no se hallaba imbuido de los ideales falangistas. Se estaba convirtiendo en realidad la amenaza que José Antonio había visto tan claramente y contra la que

nos había advertido: el peligro de vernos abrumados por los derechistas tras el éxito de un levantamiento. Serrano Súñer había sido diputado de la CEDA y esto bastaba para descalificarlo totalmente a mis ojos. Los carlistas eran unos reaccionarios. "Una manada de leones conducidos por corderos", había comentado acertadamente en una ocasión un canónigo carlista. En sus líderes se advertían solamente los aspectos más derechistas del carlismo, movimiento que, al fin y al cabo, tenía en sus profundas raíces españolas ciertas afinidades con el anarcosindicalismo…»

Si bien se encontraron algunos políticos carlistas dispuestos a servir en la organización unificada de Franco, el grueso del movimiento carlista se opuso a ella. El marqués de Marchelina, que mandaba un tercio de requetés en el sur, consideró que se trataba de un golpe de estado de signo totalitario.

«Expulsamos de nuestras filas a todos los que colaboraban con la nueva organización. Desde el momento en que Franco se hizo cargo del poder político y militar fue evidente que el estado se estaba haciendo falangista. La Falange la considerábamos una prolongación de los fascismos alemán e italiano. Nada podía estar más lejos de nuestros ideales que el totalitarismo…»

Pero ¿qué podían hacer? De haberse alzado contra la unificación, los habrían fusilado o, lo que era peor, tal vez se habría perdido la guerra. Consternados, preocupados, siguieron colaborando. Vio que, en vez de la justicia social por la que estaban luchando, el viejo orden capitalista cobraba nuevos ímpetus al amparo de la nueva organización.

En el frente del Guadarrama, Antonio Izu, el campesino requeté, le dijo a su capitán que, si le ordenaban llevar la camisa azul de la Falange (que, con la boina roja de los requetés, era el uniforme del nuevo movimiento), la arrojaría al fuego. Así sucedió en la compañía de su hermano en el batallón América, que luchaba en el frente de Guadalajara. Un alférez requeté fue arrestado por ser el principal oponente a la unificación, tras lo cual sus tropas se negaron a lanzarse al ataque.

«Se amotinaron. Trataron de desarmarlas, pero dijeron claramente que resistirían. Sólo depusieron su actitud cuando soltaron al alférez. La Falange nunca me inspiró confianza. Era un movimiento totalitario, centralista, sin respeto por los fueros. Y su forma de llevar a cabo la represión durante la guerra… bueno, su mentalidad era distinta de la nuestra…»

Si bien la unificación no satisfizo ni a carlistas, ni a falangistas ni a los monárquicos, los tres movimientos compartían una arraigada postura antiliberal, antimarxista, un concepto de «democracia orgánica[9]» y una lealtad al

levantamiento que habían ayudado a precipitar. El principal enemigo estaba al otro lado de las líneas; y en las trincheras, a pesar de fricciones esporádicas, la unidad era un imperativo de la guerra.

«Estábamos allí para combatir al enemigo común. Cuando hubiéramos ganado la guerra ya habría tiempo para resolver nuestras diferencias —opinaba Alberto Pastor, agricultor y falangista de Valladolid—. La unificación era la continuación lógica de lo que ya me había parecido necesario cuando mandaba las milicias falangistas en el Alto del León en septiembre de 1936. Aunque el mando de la Falange en Valladolid se me opuso, yo impuse la colaboración con las unidades de requetés. Era la única manera de ganar la guerra…»

No es que estuviera ciego ante lo que estaba pasando. Recordando que en 1931 la república se había declarado en «república de trabajadores de todas clases» en la constitución, acuñó una frase para describir la zona nacionalista. «El nuestro es un estado nacionalsindicalista de todos los alféreces provisionales[10] bajo el mando de los militares y el clero».

Pero cada día que pasaba traía consigo una nueva decepción para los falangistas «utópicos» como Ridruejo; sus esperanzas no iban mucho más allá de poder ejercer aún algo de influencia en la situación política.

«Me estaba dando cuenta de la imposibilidad de la revolución que esperábamos llevar a cabo. El 80 por ciento de los ejecutados en la retaguardia eran obreros. La represión tenía por fin diezmar a la clase obrera, destruir su poder. Al eliminar a aquellos que se habrían beneficiado de nuestra revolución, se eliminaba también el propósito de la misma. El razonamiento que había detrás de la necesidad de la purga era el sofisma (compartido, además, por ambos bandos) de que el enemigo era una *minoría* que obligaba a luchar a la gran masa del bando contrario. Destruyendo dicha minoría, se restauraría el orden. En la zona nacionalista la represión se llevaba a término a sangre fría, deliberada y metódicamente, para destruir a dicha "minoría". Era una guerra de clases, aunque no lo reconociera así todo el mundo, y mucho menos la pequeña burguesía de la zona nacionalista. En caso contrario, habría estado en el otro bando. Pero lo que sí es seguro es que la clase gobernante lo sabía. Franco era su exponente más lúcido; su cruzada no era más que otra forma de expresarlo…» [11]

Nos motiva exclusivamente el deseo de defender la república democrática establecida el 14 de abril de 1931 y revivida el pasado 16 de febrero.

JESÚS HERNÁNDEZ, miembro del Politburó del PCE

(Madrid, 8 de agosto de 1936).

¿Es que la clase obrera, que tiene las armas en la mano en los momentos presentes, ha de defender la república democrática? ¿Es que la clase trabajadora de Cataluña, es que la clase trabajadora de España está realizando enormes sacrificios, está derramando su sangre para volver a la república del señor Azaña? (*¡No!, contesta el público a coro*)… Compañeros, todos los objetivos concretos de la revolución democrática han sido realizados no por la burguesía liberal, que no lo había podido hacer en cinco años, sino por la clase trabajadora, que lo ha resuelto en pocos días con las armas en la mano. (*Aplausos*).

ANDREU NIN, líder del POUM

(Barcelona, 6 de septiembre de 1936).

Primero debemos ganar la guerra y después ya podremos hablar de la revolución.

LARGO CABALLERO, presidente del gobierno

(30 de octubre de 1936).

Es, sobre todo, preciso asegurar para el gobierno el apoyo de Azaña y de su grupo, haciendo cuanto sea posible para ayudarles a vencer sus dudas. Esto es necesario para impedir que los enemigos de España la consideren como una república comunista, y para prevenir, así, su abierta intervención, que constituye el mayot peligro para la España republicana.

Carta de STALIN, MOLOTOV y VOROSHILOV

al presidente del gobierno Largo Caballero

(21 de diciembre de 1936).

Los hay que dicen que a estas alturas deberíamos luchar por la revolución socialista y hay otros que dicen que estamos engañando, que estamos maniobrando para ocultar nuestra verdadera política cuando declaramos que estamos defendiendo a la república democrática. Sin embargo, camaradas, estamos luchando por una república democrática y, además, por una república democrática y parlamentaria.

SANTIAGO CARRILLO, secretario general de las JSU:

discurso ante la I Conferencia Nacional de las JSU

(enero de 1937).

Que quede bien entendido que no estamos luchando por la república democrática. Estamos luchando por el triunfo de la revolución proletaria. La revolución y la guerra son inseparables. Todo lo que se diga en sentido contrario es *contrarrevolución reformista*.

Boletín de Información de la CNT-FAI

(enero de 1937).

¿De qué nos acusan los camaradas de la CNT? Según ellos, nos hemos desviado del camino del marxismo revolucionario. ¿Por qué? Porque defendemos la república democrática… Pues, nuestra república es de un tipo especial. Una república democrática y parlamentaria de un contenido social como no ha existido nunca …

Mundo Obrero (Madrid, marzo de 1937).

Siendo la guerra civil la continuación por otros medios de la política de clases, era inevitable que la política condicionase los medios y los fines en ambos bandos. En la zona del Frente Popular la revolución proletaria no consiguió consolidarse política y militarmente en las dificilísimas condiciones de los tres primeros meses, hecho que ocasionó la aparición de una nueva opción política. La cual quedaba expresada en este eslogan: Ganar primero la guerra como garantía de que se hará la revolución.

Si no se ganaba la guerra, afirmaban los comunistas (en armonía con los republicanos y los socialistas de derechas), la revolución no podría triunfar. Perder la guerra significaba perder la revolución. ¿Quién podía disputar esta proposición elemental? Sólo poniéndola al revés: si la revolución no triunfaba, la guerra no podía ganarse. Perder la revolución era lo mismo que perder la guerra. En ambos casos había una polarización. Guerra-y-revolución, revolución-y-guerra.

Y en tal caso, ¿qué revolución? ¿Democrática? ¿Socialista? ¿Libertaria? ¿Centralizada, descentralizada, autogestionada, dirigida por el estado? La respuesta determinaría el curso de la guerra. En la lucha a vida o muerte que se estaba librando contra el enemigo común se perderían muchas vidas —asesinadas — en la amarga polémica que dicha pregunta levantaba entre las organizaciones de la clase obrera.

«Era el gran problema teórico y concreto de la guerra —reconoce Josep Solé Barberà, abogado comunista catalán—, ¿Era posible la coexistencia de la revolución con la lucha antifascista, o debía ésta dominar sobre los problemas políticos hasta el fin de la guerra? ¿Luchaba el pueblo para defender la república de febrero de 1936, una república abierta, liberal y democrática, o luchaba para transformar dicha república en otra socialista, sindicalista o de algún otro tipo? Nosotros los comunistas estábamos por lo primero…»

De acuerdo con la línea política seguida por el partido comunista antes de la guerra[12], el vendaval revolucionario que se dejaba sentir por toda la zona del

Frente Popular estaba llevando a cabo la revolución democrática burguesa. Ésta debía completarse antes de emprender la revolución socialista. A juicio de Francisco Abad, soldado comunista, la transformación de la sociedad que indiscutiblemente se estaba produciendo eliminaría el feudalismo en la tierra y en la economía. Había que pasar por todas las fases del desarrollo político y económico de una sociedad. El paso al socialismo debía ir precedido por la revolución democrática burguesa. Mientras tanto, no podía permitirse que la situación revolucionaria fuese utilizada para tomar medidas opuestas a dicha revolución, como, por ejemplo, que los obreros se apoderasen de las fábricas y las dirigieran.

«Eso no era una medida revolucionaria. Es más, no era llevada a cabo por el gobierno, sino por las organizaciones políticas. Nosotros éramos contrarios a ella. Nos encontrábamos metidos en una guerra civil en la que tenía que movilizarse todo el potencial de la república. Si empezábamos despojando a ciertos capitalistas de sus fábricas y talleres, se desorganizaría la producción, quedaría paralizada. El pueblo no estaba preparado ni quería estas medidas llamadas revolucionarias. Nuestro partido no podía ir en contra de la voluntad del pueblo…»

Aun mientras perdía fuerza ante el gobierno frentepopulista de Largo Caballero, la resistencia que esta revolución multiforme e incompleta presentaba ante los esfuerzos gigantescos para encajarla en su fase histórica correcta hizo necesario que el partido comunista explicase cuál era su definición de la etapa revolucionaria. A principios de marzo de 1937, en un pleno ampliado del comité central del partido, celebrado en Valencia, se dijo que la lucha había ido más allá de la república de febrero de 1936 hasta culminar en una «república democrática y parlamentaria de nuevo tipo y con profundo contenido social». No sería una república democrática como la de Francia o de cualquier otro país capitalista, según dijo José Díaz, el secretario general del partido. «Estamos luchando para destruir los cimientos materiales sobre los que descansan la reacción y el fascismo, pues sin su destrucción no puede existir ninguna democracia política verdadera…» Los grandes terratenientes, la oligarquía financiera e industrial, el poder político-económico de la iglesia y el ejército eran las bases que había que destruir.

«Y ahora pregunto: ¿Hasta qué punto han sido destruidas? En cada una de las provincias que controlamos ya no existen los grandes terratenientes. Del mismo modo ha dejado de existir la iglesia como poder dominante. El militarismo ha desaparecido también para no volver jamás. Tampoco hay grandes banqueros e industriales». La garantía de que estas conquistas nunca se perderían estaba en el hecho de que «el verdadero pueblo antifascista» —los trabajadores, campesinos, intelectuales y pequeños burgueses— estaba armado. «Y precisamente por esto, porque tenemos la garantía de que nuestras conquistas no se perderán, no

deberíamos perder la cabeza… tratando de introducir experimentos de comunismo libertario y socialización[13]».

Tal como observara José Díaz, ya se había logrado la destrucción del viejo orden gobernante. La revolución no se había limitado a «defender a la república instaurada el 14 de abril y revivida el pasado 16 de febrero», como mantuviera el partido comunista al comenzar la guerra. De la profundidad de la explosión popular eran bien conscientes los militantes comunistas que, al igual que Miguel Núñcz, miliciano cultural, se encontraban en primera línea alrededor de Madrid.

«Era una revolución a fondo. El pueblo luchaba por todo aquello que desde hacía tanto tiempo le habían negado las fuerzas reaccionarias de este país. Tierra y libertad, el fin de la explotación, el derrocamiento del capitalismo. El pueblo no luchaba por una democracia burguesa, que esto quede bien claro…»

«Es cierto que en nuestro programa no entraba la revolución socialista —refiere Narciso Julián, jefe comunista de un tren blindado—. Pero lo que estaba claro era que la lucha por la democracia y por el socialismo estaban relacionadas. No había una muralla china entre las dos, como dijo Lenin. Con increíble rapidez se estaban alcanzando conquistas democráticas que la república no había podido llevar a cabo. No todas ellas estaban orientadas hacia el esfuerzo bélico. Muchas se hicieron con una visión más amplia de las perspectivas futuras. Seguíamos luchando por el socialismo, pero no creíamos, como creían los anarquistas, que todo se pudiera conseguir de un solo golpe…»

Al modo de ver de Núñez, se había producido una profunda ruptura revolucionaria. La primera reforma agraria real, más de cinco millones de hectáreas distribuidas, las principales industrias y los bancos bajo el control de los trabajadores —«un control que, reconozcámoslo, a veces iba demasiado lejos»—, la oligarquía barrida a un lado. «Era una guerra revolucionaria nacional, como la de Vietnam del Sur. Nacional porque era esencial integrar a la pequeña burguesía antifascista, a la que debían ofrecerse ciertas garantías, una perspectiva democrática».

¿No habría sido apropiada la creación de estructuras revolucionarias que condujesen esta revolución democrática? ¿Soviets, quizá?

«No, de haberlo hecho habríamos cambiado la fase histórica. Habría supuesto que dábamos por sentado que lo que estábamos haciendo era la revolución socialista. En vez de ello, se estaban creando ciertas "formas de ser", como yo las llamaría; no para organizar el poder, sino para alcanzar la victoria en la guerra. El Ejército Popular, cuya creación absorbió nuestras energías aun en

detrimento de otras cosas, fue el mejor ejemplo de ello. Además, si nos hubiésemos declarado en favor del socialismo, al fascismo le habría resultado más fácil encontrar aliados. Tal como estaban las cosas los países democráticos ya habían impuesto la no-intervención a la república. ¿Qué habrían hecho si inmediatamente nos hubiéramos declarado a favor del socialismo? Le habrían dejado las manos aún más libres al fascismo…»

Estaba convencido de que el camino que seguía el partido comunista era el que conducía al socialismo. Pero, en vez de pasarse el tiempo discutiendo sobre en qué debía consistir la transformación revolucionaria de la sociedad, era más importante sacrificarlo todo en aras de ganar la guerra. Era ya suficientemente revolucionario repeler el fascismo, salvar la democracia. «Si salvábamos la democracia, el pueblo daría la respuesta final…»

Según este punto de vista, la dicotomía entre primero la guerra y más tarde la revolución representaba un falso dilema.

«Un juego de palabras —comentaba José Sandoval, organizador de la 11.ª división y miembro del partido comunista—. Por un lado, porque se estaba haciendo una revolución profunda; por otro, porque era de sentido común que dedicar todas las energías a hacer la revolución cuando el enemigo estaba en la puerta era como ponerse a cuidar el jardín sin hacer caso del elefante que está a punto de pisotearlo todo…»

El verdadero problema, según él, no radicaba en el hecho de que un sector estuviera empeñado en hacer la revolución y el otro en dedicar todos los esfuerzos a la guerra. El verdadero problema era cómo hacer la revolución, qué clase de revolución debía ser y de qué modo; dado que el poder de la anterior clase gobernante había sido destruido, dicha revolución contribuiría a ganar la guerra. «De no haber habido ninguna revolución, habría sido imposible sostener la guerra durante tres meses, y no digamos tres años».

La revolución que el partido comunista perseguía, a su juicio, se estaba haciendo durante el curso de la guerra contra el fascismo, Tenía que hacerse con todas aquellas fuerzas dispuestas a defender las libertades democráticas dentro y fuera del país. Ningún comunista creyó jamás que Francia o Inglaterra interviniesen directamente, pero, para proteger su retaguardia, Francia, por ejemplo, podría permitir que pasaran por su territorio las armas adquiridas por la república en la Unión Soviética y en México. La pasividad británica y francesa fue lamentable, pero aun así, fue correcta la estrategia del partido comunista de buscar alianzas con las fuerzas democráticas para luchar contra el fascismo.

«Respondía a las necesidades del movimiento comunista internacional [14] y a las necesidades internas de la España republicana. Contradecía el mito de que nosotros los comunistas españoles éramos unos bolcheviques empeñados en hacer la revolución comunista. Se estaba haciendo una revolución, pero era una revolución de nuevo cuño, una que abría perspectivas para hacer una revolución socialista más tarde. No era la revolución de un solo partido. Nuestra revolución buscaba vías nuevas y pluralistas hacia el auténtico socialismo…»

En los primeros ocho meses de la guerra, el partido comunista aumentó más del doble, hasta llegar a tener 250 000 miembros. Su composición social revelaba la procedencia de sus nuevos adeptos. Al lado de 87 000 obreros industriales, artesanos y tenderos y de 62 000 trabajadores de la tierra, había 76 000 propietarios rurales, 15 500 personas de clase media y 7000 intelectuales y miembros de las profesiones liberales. La pequeña burguesía representaba el 40 por ciento del partido[15], y el 55 por ciento correspondía a la base rural, formada bien por propietarios rurales o por trabajadores de la tierra.

La fuerza del partido comunista residía en el hecho de tener una política coherente allí donde otros no tenían ninguna, en hallarse monolíticamente unido allí donde otros estaban escindidos[16]. «El partido sabe lo que quiere y adonde va», como dijera José Díaz. Su éxito en la captación de afiliados e influencia se debía a que estaba decidido a ajustar la revolución a la fase histórica correcta que, al mismo tiempo, abría «perspectivas democráticas» para una pequeña burguesía aterrorizada ante la revolución libertaria. De esta manera hacía que dicha clase no se desentendiera de la lucha antifascista. Junto a la ayuda soviética y a la indisputable dedicación del partido al esfuerzo militar, a la defensa de la pequeña propiedad, especialmente la rural, había un factor decisivo. El partido comunista proponía la libertad total del campesinado. Incluso veía con malos ojos la medida tomada por la Esquerra pequeñoburguesa, en virtud de la cual todos los campesinos catalanes debían ingresar en un solo sindicato con el fin de vender sus cosechas y controlar los precios, ya que dicha medida «suprimía la total libertad de los campesinos para vender sus productos y borraba todos los estímulos para producir más»[17] Se proponía dar en propiedad al campesinado las fincas confiscadas a los terratenientes que se habían puesto de parte de los rebeldes militares.[18]. La guerra y la revolución debían hacerse con la libre empresa en la retaguardia rural.

La defensa de la república democrática reportaría mayores beneficios al partido comunista de los que habría obtenido si, en los primeros meses de la guerra, hubiese decidido que esta etapa ya estaba completa y se había iniciado una nueva fase histórica, toda vez que este terreno ya lo ocupaban los libertarios y los socialistas de izquierdas. La revolución proletaria, por contra, perdió mucho. Sin

embargo, en su condición de sección española de la Tercera Internacional (bajo una jefatura relativamente nueva y joven, ya que José Díaz, el secretario general, hacía sólo siete años que era miembro del partido), al PCE le habría resultado difícil seguir unas opciones que no contaran con la aprobación del Comintern. Y éste, que había enviado a España a algunas de sus principales figuras, se mostró categórico. Citando las palabras de Stalin, era «necesario impedir que los enemigos de España la considerasen como una república comunista…»[19] Prescindiendo de cuán lejos hubiesen llegado las masas, adelantar la etapa histórica era inapropiado por diversas razones, unas externas (el deseo de la Unión Soviética de forjar una alianza antihitleriana con las democracias burguesas de Inglaterra y Francia) y otras internas (el deseo del partido comunista de mantener a los demócratas burgueses dentro de una amplia alianza antifascista y asegurarse la benevolencia de Inglaterra y Francia).

La política que representaba esta opción del Frente Popular se tradujo en una serie de normas concretas y específicas que determinaban la conducta de la guerra. La teoría y las etapas históricas se convirtieron aquí en realidades de vida o muerte, como bien sabían los combatientes. Entre ellos Timoteo Ruiz, el joven campesino que había empezado la guerra con una lanza en su pueblo natal y que después ingresó en el 5.º regimiento y en el partido comunista, opinaba que no todo estaba bien.

«Se estaba cometiendo un tremendo error al pensar que la guerra podía hacerse siguiendo estrategias clásicas. No era una guerra tradicional, sino una guerra civil, una guerra política. Desde luego, era una guerra entre la democracia y el fascismo, pero era una guerra *popular*. Pese a ello, no se permitió el desarrollo de todas las posibilidades e instintos creadores de un pueblo en revolución…»

En primer lugar ello, a su juicio, se debía a que algunos de los líderes del gobierno no tenían fe en la victoria final; y, en segundo lugar, a que algunos líderes socialistas no estaban tan preocupados por ganar la guerra como asustados de un triunfo revolucionario que habría significado un avance importante de los comunistas. En esencia, el gobierno lo componían elementos burgueses que representaban intereses capitalistas y que siempre albergaron la esperanza de que Inglaterra y Francia intervinieran para asegurar la victoria y devolverles en bandeja la república burguesa. En efecto, mientras se esperase ayuda de Inglaterra y Francia no podía admitirse que se estaba haciendo una revolución.

«Era como si tuviéramos que avergonzarnos de la revolución, como si tuviéramos miedo de que en el extranjero se la olieran. Se suponía que aún existía la república de antes de la guerra. Era una manera vergonzante de hacer la revolución; un intento de convertirnos en unos "buenos chicos" que no se

proponían más que restablecer el estado democrático burgués. El principal factor que lo condicionaba todo era, a mi modo de ver, la espera de ayuda de Inglaterra y Francia. Ello significaba las limitaciones impuestas a la legalización de las conquistas revolucionarias, el respeto hacia ciertos tipos de propiedad (algunos de los cuales, por supuesto, tenían que respetarse), el empleo de una estrategia militar tradicional, la creación de un nuevo ejército siguiendo las pautas convencionales…»

Hasta el final de la guerra, cuando cruzó la frontera catalana y, al entrar en Francia, vio los trenes cargados de armas retenidos por el comité de no-intervención, creyó firmemente que Inglaterra y Francia ayudarían a la república, aunque sólo fuese por egoísmo. Pero, al ver aquellos trenes, empezó a pensar que la república debería haberse apoyado exclusivamente en sus propios esfuerzos.

«Debería haber encontrado otras formas de hacer la guerra y de hacerla para ganar. Porque, de no haber estado convencidos de que los países democráticos acudirían a auxiliarnos, se habrían desarrollado formas distintas de lucha. Si desde el principio nos hubiéramos dado cuenta de que estábamos solos, de que incluso las democracias burguesas se nos oponían y boicoteaban, la contienda se hubiese convertido en una guerra popular, revolucionaria…»

Una de las formas de la guerra popular habría sido la guerra de guerrillas. ¿Cómo era posible que en un país que había inventado la palabra «guerrilla» no se hubiese organizado una guerrilla apropiada, coordinada y coherente en la retaguardia enemiga? A menudo se hizo esta pregunta durante la guerra. Era un serio fallo de los revolucionarios. La única explicación que se le ocurrió fue que la guerra se hacía al estilo militar tradicional en vez de llevarla como una guerra civil y política. Una guerra irregular, con el ímpetu de una revolución popular en vez de batallas encarnizadas, habría reducido considerablemente la eficacia de la ayuda que alemanes e italianos prestaban a Franco, ayuda que contribuía en gran manera a las estrategias tradicionales.

Asimismo, no le cabía la menor duda de que la energía y el espíritu revolucionarios necesarios para hacer una guerra como aquélla se resintieron del hecho de que, aparte de la reforma agraria, no se aprobasen leyes institucionalizando la revolución.

«Luchando y muriendo, a veces pensábamos: "Todo esto… ¿y para qué?". ¿Era para volver a lo de antes? Si así era, no valía la pena luchar por ello. Aquella forma vergonzante de hacer la revolución desmoralizó al pueblo, que no la entendía. Pienso que el partido comunista fue el que mejor entendió de qué iba la guerra…»

Mucho más no podía haber hecho, a su juicio, ya que carecía de fuerza. Librarse de los elementos burgueses que había en el gobierno y desarrollar todo el potencial de la revolución habría significado una alianza con los sectores revolucionarios del partido socialista, «habría significado hacerse cargo del gobierno y desplazar a todas las demás fuerzas». Pero el crecimiento del partido se debió en gran parte a su postura respecto de cómo debía conducirse la guerra: como continuación de la política del Frente Popular. Y creía que esto era correcto porque era esencial retener a la pequeña burguesía dentro de la alianza antifascista.

«En última instancia, hacía falta un líder revolucionario capaz de comprender el sentimiento popular, un líder que no se tomase la guerra como un ejercicio militar. Alguien que no creyera que podía ganarse la guerra creando el mismo tipo de ejército que tenía el enemigo, haciendo la misma clase de guerra tradicional…»

El hecho de que no se hiciera una guerra de tipo revolucionario formaba parte de una problemática más amplia. Así pensaba Paulino García, un estudiante comunista que había sido uno de los primeros comisarios políticos del 5.º regimiento y que apoyaba la llamada de su partido para la creación de un ejército que sustituyera a las milicias. Dicha problemática consistía en la necesidad de que mandase la política.

«Era fácil decir que estábamos perdiendo la guerra porque Alemania e Italia ayudaban a Franco, mientras que Inglaterra y Francia no hacían lo propio con la república. ¿Quién podría negar la importancia de esto? Sin embargo, no era la única explicación. Tendríamos que habernos preguntado qué podíamos hacer *nosotros*, qué posibilidades habíamos dejado de aprovechar, qué era lo que no habíamos hecho…»

En primer lugar, era evidente la necesidad de movilizar la energía popular en un esfuerzo unido para ganar la guerra y para esta movilización era esencial que el pueblo trabajador pudiera ver que sus sacrificios conducirían adonde él quería llegar. Esto, a su modo de ver, significaba que había que hacer la revolución para ganar la guerra.

«"Pero emprender un rumbo más revolucionario no hará más que asustar a las democracias", decía la gente. ¡Qué tontería! Las democracias capitalistas ya estaban lo bastante asustadas ante lo que pasaba en España. "Stalin no estará de acuerdo", decían otros. Pero ¿acaso era así? ¿Acaso Stalin no habría tenido que hacer lo que hizo de todos modos, y quizá mucho más, si hubiéramos emprendido un rumbo más revolucionario? ¿Podía permitirse el lujo de que le vieran traicionar

una revolución proletaria?…»

En este punto, según él, el partido comunista no había cumplido su misión, no había sabido hallar el modo de superar la tragedia histórica de la clase obrera española: sus divisiones ideológicas y de organización. Al inclinarse hacia los sectores reformistas del partido socialista y de la UGT, el partido comunista envenenó sus relaciones con la CNT y menguó las posibilidades de alcanzar la unidad. Y los sectores más combativos y revolucionarios de la clase obrera española se hallaban en la CNT. Pasarlos por alto, hacer caso omiso del mayor potencial humano que un partido revolucionario podía esperar, fue un error de consecuencias incalculables.

Este error, en su opinión, estaba condicionado por la excesiva dependencia del partido comunista respecto de la Unión Soviética. Ésta (no viene al caso si correcta o incorrectamente) seguía una política de alianza con las democracias burguesas para hacer frente al fascismo. Era correcto que en todas partes los partidos comunistas *enlazasen* su política con la de la Unión Soviética, pero no era correcto que subordinasen su política nacional a los supuestos intereses internacionales de la URSS. Los chinos, que defendían sus propios intereses nacionales y revolucionarios y los de la Unión Soviética, mostraron el camino.

«¿No podríamos haber hecho algo parecido? El problema español era tan enorme que, aun así, Stalin se habría visto obligado a enviar armas. Pero no lo hicimos, porque, a mi juicio, no teníamos unos líderes que poseyeran una profunda comprensión teórica de la situación. Esta falta de teóricos, común a todo el movimiento obrero español, llevó a que el partido comunista obedeciera ciegamente a la Unión Soviética. Esto a su vez reforzó la hostilidad contra la CNT…»

En el seno del movimiento libertario había un amplio sector con el que habría podido llegarse a un entendimiento. Era necesario explicar a sus sectores más politizados (así como a los sectores revolucionarios de la UGT) que en aquel momento no eran posibles ni el comunismo libertario ni el socialismo[20]. Ante ellos se alzaba un enemigo poderoso y eran muchas las fuerzas democráticas dispuestas a combatirlo.

«Teníamos que explicar que había que tener en cuenta estas limitaciones, pero que, *al mismo tiempo*, debíamos emprender firmemente un rumbo revolucionario… a largo plazo. Teníamos que conquistar posiciones que después no se nos pudieran quitar. De haberse hecho así, habríamos evitado la situación en la que el partido comunista anteponía la guerra a todo lo demás a la vez que los libertarios hacían de la revolución su principal objetivo. Una política semejante

habría neutralizado tanto a los elementos extremistas como a los reformistas. En vez de ello, el partido comunista planteó el problema de un modo que imposibilitó su solución, eso cuando no optó por otro procedimiento todavía peor: ahogar a sus oponentes, en sangre las más de las veces…»

El Ejército Popular se estaba formando a tenor del molde del régimen antifascista del Frente Popular, el cual, dirigido por los socialistas y con la participación de otras fuerzas obreras (menos el POUM), estaba «dominando» la revolución. Como reacción a las milicias no coordinadas que luchaban bajo sus distintos mandos políticos, el nuevo ejército sería una fuerza regular, disciplinada y jerarquizada bajo el mando de profesionales. Como tal luchó con mucho valor, ganando algunas batallas importantes, pero ninguna victoria decisiva. Representaba al pueblo en armas, pero no desarrolló una estrategia de guerra popular[21]. El fallo fue político. Este desarrollo revolucionario se vio impedido por la puesta en práctica de las normas complementarias del Frente Popular encaminadas a poner de su lado, en la lucha antifascista, a la pequeña burguesía a nivel nacional y, a nivel internacional, a las democracias burguesas[22].

En ausencia de las anteriores clases dirigentes, resultaba patente que el régimen que estaba naciendo no era la república burguesa de antes de la guerra, aunque seguía en vigor la constitución republicana. A excepción de las primeras seis semanas, cada uno de los gabinetes que se formaron durante la guerra estuvo dominado por organizaciones obreras encabezadas por los socialistas. A medida que ganaron terreno las opciones e influencia del partido comunista (y especialmente después de que Largo Caballero fuera depuesto de la presidencia del gobierno) el régimen podía denominarse «república democrática» con cierta justificación: un régimen inestable en el que, a pesar del dominio gubernamental de la clase obrera, ninguna clase dominaba aún de manera total. A juicio de los comunistas, todavía no había llegado el momento decisivo de rellenar los contornos de la revolución democrática.

Lo primero era la victoria en la guerra. El empeño comunista en construir el instrumento que permitiera alcanzar dicha victoria —el Ejército Popular— no era ajeno a su postura ante la revolución. Con el fin de consolidar ésta una vez se hubiese obtenido la victoria, era necesario que el proletariado se convirtiera en el poder hegemónico en el curso de la guerra.

«Un elemento importante del poder lo constituyen los militares. Teniendo un ejército proletario formado en la guerra y mandado por oficiales proletarios, teniendo una policía proletaria, la hegemonía estaba asegurada, siempre y cuando no se produjera una intervención extranjera —explicaba Pere Ardiaca, director del periódico del PSUC *Treball*—. Creíamos que la total identificación del pueblo con

este proceso bastaría como obstáculo a tal intervención. Con las fuerzas militares y policíacas en manos proletarias, el gobierno podría emprender la marcha hacia el socialismo…»

Muy pronto las mejores fuerzas del Ejército Popular se vieron mandadas por los comunistas, que dominaban también el comisariado político[23] La ayuda e influencia soviéticas eran un hecho político.[24]. Cuando llegó el momento de embarcarse en la siguiente etapa revolucionaria —la marcha hacia el socialismo, la cual, según el Comintern, sólo podía conducirla una de sus secciones nacionales—, el dominio de estas fuerzas por los comunistas sería un factor crítico. De no ser por esto, la hegemonía del proletariado habría podido consolidarse en las primeras semanas de la revolución[25].

El énfasis casi exclusivo en la guerra en el frente, en la victoria militar, ocasionó algo que ningún ejército popular puede permitirse en una guerra civil: el descuido de la retaguardia.

«El partido comunista mandaba a sus mejores militantes al frente y su dedicación al esfuerzo bélico era admirable. Pero a resultas de ello, y creo que éste fue su error principal, en ciertos períodos el partido perdió sus importantísimos lazos con las masas de la retaguardia —recuerda José Sandoval, organizador de la 11.ª división Líster y miembro del partido comunista—. Esto resultó particularmente notable hacia las postrimerías de la guerra en Madrid, donde se deshicieron los vínculos forjados por el partido y la población de la capital en los gloriosos días de noviembre de 1936. Gran parte de la retaguardia se veía socavada por el derrotismo. El partido comunista prestaba tanta atención a la guerra que no pensó lo suficiente en la posibilidad de la derrota…»

En el frente la moral seguía siendo alta. La derrota parecía imposible. Pero en última instancia, el no entender la amenaza de la retaguardia equivalió a no comprender las condiciones para la victoria en el frente. Representaba apoyarse en la fuerza técnica de un ejército (que siempre careció de los medios técnicos del enemigo) y no en la fuerza de las masas: la fusión revolucionaria de civiles y fuerzas armadas. Representó pasar por alto las lecciones aprendidas en Madrid, y en las que el partido comunista había jugado un papel tan importante, y consagrar la dicotomía que colocaba a «la guerra» por encima de todo. En medio de las terribles privaciones de la retaguardia, reflejaba el modo en que se había obligado a retroceder a la revolución. La reacción ante los excesos de la revolución ultraizquierdista, que había aportado lo suyo a la desmoralización de sectores de la retaguardia, condujo ahora a una forma distinta de desmoralización: el derrotismo despolitizado.

«La política no existía virtualmente en la retaguardia —refiere Antonio Pérez, militante socialista de las JSU, que en los últimos días de la guerra ingresó en el partido comunista—. Nuestras tareas en el frente nos absorbían de tal modo que en la retaguardia sólo unos cuantos líderes políticos expresaban los puntos de vista de sus partidos. Entre las masas casi no había participación en la política. Ello nos hacía muy vulnerables. La descomposición de nuestras filas ocurrió en la retaguardia, no en el frente…»

La prueba verdadera de ello todavía no había llegado. Había otros motivos, como reconocieron algunos militantes comunistas.

«Cualquier cosa que el partido comunista dijera que había que hacer era vista como una amenaza por las demás organizaciones, que siempre tenían miedo de que tratásemos de hacernos con el poder, de que la ayuda soviética tuviera por fin fortalecernos, cuando en realidad era para la defensa de la república —explica Francisco Abad, soldado comunista—. Este temor pervivió durante toda la guerra y produjo un anticomunismo feroz, reflejo del odio acumulado contra la Unión Soviética. Todos éramos responsables de este estado de cosas, que menguó las posibilidades de resistencia y defensa. En semejante momento crítico de la historia fuimos incapaces de arrinconar nuestros intereses políticos y personales por el interés común del pueblo…»

No habían sido capaces de hacer lo que hiciera el enemigo, que disponía de menos recursos materiales y humanos: ponerlo todo al servicio del esfuerzo bélico. En su lugar, se lamentaba Abad, se habían entregado a una constante lucha interna de signo político. Pero incluso cuando el partido comunista hacía concesiones, éstas eran interpretadas como algún turbio complot tramado por la URSS para conquistar el poder. «Y debido a la presencia directa en España de la Unión Soviética, esta desconfianza aumentaba día a día».

Sócrates Gómez, camarada de Antonio Pérez en la juventud socialista de Madrid, llegó a la conclusión de que, paradójicamente, la causa de la desmoralización en la retaguardia era el hecho de que el partido comunista no lo subordinase todo a las imperiosas necesidades de la guerra.

«El partido comunista intentaba absorberlo, monopolizarlo todo, actuando con el más desenfrenado sectarismo. En lugar de unidad, había lo contrario. La guerra se estaba haciendo por la libertad de España, no en pos de una victoria que pondría el país en manos de los comunistas, los cuales, a su vez, servían los intereses de otra nación. Pero a causa de la propaganda, de los cartelones con la efigie de Stalin, etcétera, existía la impresión de que España estaba en manos de los soviéticos. Eso no hacía más que alienarnos a grandes sectores de la población y

ayudar al enemigo…»

Él no era anticomunista, de serlo no habría podido decirse marxista. Creía que, como marxistas, era necesario encontrar los puntos de convergencia con el partido comunista para empezar la marcha hacia el socialismo. Pero cuando creyó que tal colaboración era tan posible como necesaria durante la guerra, se encontró con lo contrario.

«Ser socialista allí donde dominase el partido comunista o las JSU equivalía virtualmente a ser un criminal. En vez de unidad, cualquiera que protestase (como yo hice ante el control de las JSU por parte del partido comunista) era calumniado, desacreditado y a veces eliminado físicamente. El partido comunista nunca trató de tener en cuenta, calmada y fríamente, las diferencias de opinión política. En vez de ello, recurría a los insultos, las calumnias, las difamaciones…»

Según él, el partido comunista cobró fuerza porque abrió sus puertas virtualmente a todo el mundo. El partido socialista, por el contrario, excluyó a los nuevos miembros durante un período considerable, ya que creía que la guerra no era el momento adecuado para «edificar el partido». La formación del Ejército Popular significó que había puestos y cargos que repartir.

«Aceptando el carnet del partido comunista ya tenías el ascenso. No lo digo a la ligera. Sé de qué estoy hablando. El partido comunista creció gracias a este procedimiento. Un carnet del partido equivalía a un puesto. Ello causó gran impacto entre la gente que no sentía ninguna lealtad política particular. Si los comunistas hubiesen actuado con sentido y lealtad, no habría habido problemas, creo yo. Incluso algunos de los líderes del partido (y no me refiero a los renegados) más tarde reconocerían que el sectarismo del partido había sido escandaloso. El frente de la "moral", que es tan importante o más que el frente de combate propiamente dicho, se vino abajo a causa del partido comunista…»

Ricardo Saler, miembro comunista del comité nacional de las JSU y líder de la FUE, corroboró algunas de estas acusaciones. Si bien creía firmemente en la transformación revolucionaria de la sociedad durante la guerra, más tarde llegó a convencerse de que las constantes llamadas que hacía el partido comunista en pro de la unidad en el campo republicano respondían más a razones tácticas que de otra índole.

«No creo que alguna vez creyéramos sinceramente que un socialista o un republicano pudiera pensar como nosotros. Mucho menos un anarquista o, aún peor, un trotskista. Nuestro propósito real consistía en absorber a los demás partidos. Tanto es así que en las organizaciones juveniles teníamos miembros que,

aunque oficialmente representaban a partidos republicanos, de hecho eran miembros del partido comunista o estaban muy cerca de nuestras posiciones…»

Un socialista moderado, el historiador del arte José López Rey, que había sido trasladado temporalmente al Ministerio de Estado en Valencia, creía que existía un deseo general de librarse de los rusos e incluso de los comunistas. Éstos luchaban valientemente y se hallaban entregados al esfuerzo bélico. Pero, a su juicio, una gran mayoría de republicanos no habría aceptado un régimen incondicionalmente comunista.

«Si la república hubiera ganado, estoy sinceramente convencido de que Juan Negrín, sucesor socialista de Largo Caballero en la presidencia del gobierno, se habría librado inmediatamente de los comunistas. Nada de esto podía decirse, desde luego, por la sencilla razón de que no podíamos permitirnos el lujo de alienar al único país que nos estaba ayudando. Había muchas opiniones sobre la ayuda soviética, pero no debemos olvidarnos de una cosa: en Moscú se estaban celebrando los grandes procesos. A la mayoría estos procesos nos parecían repugnantes…»

También los militantes republicanos liberales compartían la irritación, por no decir la indignación, causada por la «monopolización» política comunista. Andrés Márquez, líder de la juventud republicana de izquierda y comisario político, pensaba que la continua e insistente propaganda sobre las principales figuras comunistas, los «símbolos ostentosos», los grandes retratos de Stalin y Lenin, creaban un clima en el que parecía existir solamente el partido comunista. A su modo de ver, la política comunista de respetar la propiedad de la pequeña burguesía era una táctica dirigida a atraer esta clase a un partido que, al mismo tiempo, «hablaba siempre del triunfo de la revolución y del comunismo» en sus mítines y periódicos.

«Si ganábamos la guerra, no me quedaba ninguna duda de que los comunistas, por encima de todo y de todos, se declararían favorables a una "segunda Rusia" de tipo estalinista…»

Renunciamos a todo excepto a la victoria.

DURRUTI (agosto de 1936).

Queremos la revolución aquí, en España, ahora y no quizá mañana después de la próxima guerra europea.

DURRUTI (septiembre de 1936).

Estamos haciendo la guerra y la revolución al mismo tiempo.

DURRUTI (Madrid, septiembre de 1936).

Los reformistas, los republicanos, dicen que también quieren hacer la revolución. Pero os dicen que quieren una revolución ordenada, bien hecha; Lenin también se tropezó con esta gente que quería en Rusia una revolución hecha por obreros cultos y limpios. Es que se cree que la revolución es como un tren que llega puntualmente a la estación, y que entonces el jefe de la estación dice: «señores, hemos llegado a la revolución social».

La revolución no es, no puede ser eso …

ANDREU NIN (Barcelona, abril de 1937).

El único dilema es éste: o la victoria sobre Franco a través de una guerra revolucionaria, o la derrota.

CAMILLO BERNERI, anarquista italiano

(Barcelona, noviembre de 1936).

Los libertarios carecían de las certezas rigurosas que sobre la cuestión crucial de la guerra y la revolución tenía el partido comunista. La afirmación de Durruti en el sentido de que «renunciaban a todo excepto a la victoria» a menudo se interpretaba como la necesidad de sacrificar la revolución para ganar la guerra. Dadas las otras afirmaciones hechas por él entonces, era dudoso que se propusiera ir tan lejos. Más bien, siendo el primer líder anarquista que se dio cuenta de que la clase obrera se enfrentaba a una guerra civil, Durruti era consciente de que habría que sacrificar parte de las aspiraciones tradicionales de los libertarios con el fin de ganar la guerra.

Dentro del movimiento libertario coexistía toda una gama de opiniones, desde aquellos que, como Eduardo de Guzmán, periodista madrileño de la CNT, creían que sólo haciendo la revolución era posible ganar la guerra, a aquellos que interpretaban que el «todo» de Durruti incluía el avance de la revolución. Guzmán estaba convencido de que el ímpetu revolucionario del pueblo era lo único que había aplastado a los militares en Barcelona y Madrid, y salvado la capital en noviembre. «Sacrificar la revolución para ganar la guerra fue la grave equivocación que cometieron todas las organizaciones obreras, incluyendo la CNT». Los libertarios de Barcelona habían incurrido en un grave error al no tomar el poder desde el principio, en no tener en cuenta que el aparato del estado tenía un peso considerable, incluso estando desarmado.

«Inevitablemente, la pequeña burguesía se oponía al proletariado. Los comunistas hacían proselitismo entre dicha clase y, aliados con los republicanos de la misma, inevitablemente ganarían fuerza si se reconstituían la Generalitat y el gobierno central…»

La CNT no había sabido imponer la creación de un gobierno sindicalista durante los dos primeros meses, cuando no había ningún gobierno efectivo. Según Guzmán, se había desaprovechado un momento revolucionario muy prometedor. Tal vez se debiera a la insuficiente politización de la CNT. Ser apolítico, antipolítico, no significaba carecer de sentido político. Significaba sencillamente no participar en la farsa de las elecciones. «Gustase o no, la política existía ¡y la política revolucionaria existía por partida doble!»

A su juicio, ninguna de las organizaciones obreras había estado a la altura de las exigencias de la historia. En la clase trabajadora había un gran deseo de unidad, un deseo de «llevar a término la revolución total». Por lo menos, una democracia obrera total, en la que todos los partidos y organizaciones obreras habrían participado en términos de igualdad.

Desde el momento en que los anarquistas catalanes aceptaron colaborar con las fuerzas frentepopulistas de Barcelona, Lorenzo Iñigo, miembro de la juventud libertaria y consejero de industrias de guerra en la Junta de Defensa de Madrid, opinaba que no se podría llevar a cabo la revolución libertaria. Pero lo que sí creyó era que sería posible hacer conquistas revolucionarias parciales de signo libertario que, una vez terminada la contienda, imposibilitarían la vuelta al poder del régimen republicano pequeñoburgués de antes de la guerra. Mientras tanto, la defensa de una «república democrática» hecha por el partido comunista no le parecía más que un eslogan político.

«Pensado para atraerse a la pequeña burguesía y mantenerla dentro de las

filas del partido, para atraer a las potencias democráticas burguesas y combatir el experimento autogestionario a que estábamos entregados los libertarios…»

En Barcelona las opiniones libertarias estaban tan divididas como en otras partes. Andreu Capdevila, presidente cenetista en funciones del Consejo de Economía, expresó la opinión de que «habiendo hecho media revolución, nosotros los de la CNT queríamos terminar de hacerla y ganar la guerra, mientras que los comunistas decían: "ganar la guerra y nada más…"». En opinión de Joan Manent, extreintista y alcalde cenetista de Badalona, ni siquiera el más extremista de los militantes de la FAI en Cataluña creía que pudiera hacerse la revolución social total mientras se hacía también la guerra. Una vez ésta empezó, la voluntad del pueblo se concentró en ganarla, no en hacer la revolución.

«El primer objetivo tenía que consistir en ganar la guerra; la revolución ya vendría después. Las colectividades creadas por los libertarios eran la pica revolucionaria que éstos tenían clavada en el futuro, cuando la república saliera victoriosa de la guerra…»

Ricardo Sanz, compañero de Durruti y líder de la columna de éste, estaba convencido de que la guerra había que hacerla y ganarla lo más rápidamente posible antes de que pudiera hacerse la revolución.

«He perdido la cuenta de las veces que me rebelé contra aquellos que en la retaguardia querían disfrutar de los frutos de la revolución sin pensar en los que estaban en el frente. Casi desde el mismo principio, la gente que triunfó en la retaguardia era aquélla a la que le importaba un comino el futuro de un pueblo, de una nación. Y con ella triunfó no la desorganización, sino el desaliento, la desmoralización de todos aquellos que podían contribuir al triunfo de la revolución social. ¡La retaguardia! Los combatientes que se iban de permiso volvían, si es que volvían, asqueados de la vida que allí se llevaba. La vida de perros que llevaba el pueblo era mucho peor que la que existía bajo el régimen capitalista…»

Las corrientes contradictorias que había en el seno del movimiento libertario las resumió un líder libertario aragonés, Macario Royo, que había experimentado la colectivización que se llevaba a cabo en su región natal y que estaba a punto de formar parte del comité nacional de la CNT.

«Sabíamos (era tan obvio que todos lo decíamos) que si se perdía la guerra, se perdería todo. La afirmación de Durruti no es más que un ejemplo y no tiene más importancia que ésa. Por el contrario, si los de la CNT decíamos que hacer la revolución no era cosa nuestra, se habría perdido por completo el entusiasmo que

ponían los libertarios en hacer la guerra. ¿Por qué? Porque ideológicamente todos los libertarios eran antimilitaristas convencidos. Tener que servir en un ejército era la mayor contradicción que podía presentárseles. Su única esperanza, por consiguiente, era que, si la guerra se ganaba gracias a su sacrificio, se transformase la sociedad. Todos nosotros teníamos, dos imágenes metidas en la cabeza…»

Fue en el campo militar donde con mayor rapidez se reveló la distancia que separaba estos dos conceptos simultáneos pero no sintetizados. ¿Había que «militarizar», convertir en el Ejército Popular que exigía el partido comunista, aquellas milicias que no habían sido capaces de contener al ejército de África en el frente de Madrid ni de avanzar en el de Aragón? Miguel González Inestal, el líder del sindicato cenetista de pescadores que había regresado a Madrid de San Sebastián poco después del comienzo de la guerra, no tenía ninguna duda: la militarización era una necesidad inevitable[26]. En el País Vasco, donde tenían el enemigo encima desde casi el primer día y donde se oía claramente el fuego de la artillería, no había ni tiempo para discutirlo. Las milicias libertarias podían estar bien abastecidas de comida, medicamentos y armas ligeras gracias a sus poderosos sindicatos, pero no recibirían armas pesadas, las cuales procedían de la Unión Soviética y eran controladas por otras fuerzas políticas, incluyendo los comunistas, a menos que dichas milicias formasen parte de un ejército organizado… El comité nacional de la CNT aceptó la militarización y se designó a González Inestal para que visitase todos los frentes y convenciera de dicha necesidad a las columnas de la CNT. En todas partes presentaba el mismo argumento.

«"No podéis esperar que se os equipe con ametralladoras pesadas, artillería, etcétera, cuando vuestra columna no está capacitada para utilizarlas y carecéis de personal para manejar estas armas. No podéis preparar ofensivas sin una planificación global y sin tales ofensivas, ¿cómo pensáis proseguir la guerra?" Cuando les hablaba de hombre a hombre, de camarada a camarada, lo entendían. Me costó convencer a la columna Durruti en Aragón y a la del Rosal en Madrid, y fracasé ante la columna "Hierro", que estaba delante de Teruel…»

La columna del Rosal, que había tratado de hacer volver a Madrid a algunos de los ministros del gobierno al abandonar éste la capital el día antes de que las fuerzas de Franco lanzasen su ofensiva contra la ciudad, aceptó la militarización, pero sólo bajo grandes presiones. Manuel Carabaño, el joven libertario de 15 años que había participado en el asalto del cuartel de la Montaña y luchado en la defensa de Madrid, estaba entre los que se opusieron. Aunque la columna hubiese aceptado órdenes del mando militar durante las luchas en la capital, convertirse en una unidad militar era algo completamente distinto. Carabaño se opuso a ello con todas sus fuerzas: el antimilitarismo era un aspecto esencial de la ideología libertaria, algo reverenciado y respetado por la organización.

«Un ejército profesional, además, conduciría a la creación de un estado y todo estado era opresor. La militarización andaba cogida de la mano de la organización comunista de tipo jerárquico. Nosotros no defendíamos la república democrática, que en esencia era una república burguesa, sino que luchábamos contra ella. Para nosotros la contienda era una guerra revolucionaria contra el fascismo y contra la república burguesa…»

Las discusiones sobre el asunto prosiguieron en la columna hasta febrero de 1937. Entonces, un día se presentaron fuerzas militares, les hicieron desalojar sus posiciones en el frente de Teruel y en camiones se los llevaron a Cuenca. El comité nacional de la CNT amenazó con expulsarlos si seguían negándose. Cipriano Mera, el destacado anarquista que formaba parte del comité de guerra de la columna, había aceptado la militarización tras oponerse primero a ella. (Aunque su amargo sarcasmo había contribuido, en el congreso de Zaragoza celebrado antes de la guerra, a la derrota de la propuesta de García Oliver en el sentido de que se crease una fuerza de milicias libertarias para aplastar un posible levantamiento militar, luego se convirtió en uno de los más destacados —y disciplinarios— jefes militares de los anarquistas durante la guerra). A los hombres les dieron pases de permiso en los que se decía que a su regreso quedarían «totalmente militarizados». Aceptaron porque ya lo había hecho la mayoría. Carabaño, además, ya empezaba a pensar que su lucha estaba mal dirigida: debería haberse concentrado en pedir un Ejército Popular disciplinado y *político*.

«No estábamos haciendo una sencilla guerra militar, no podíamos formar un ejército puramente militar. Dentro del contexto revolucionario en el que luchábamos, el ejército tenía que ser político. Pero tenía que ser disciplinado. Al movimiento libertario le costó mucho tiempo entenderlo así. No nos parecía necesario recibir órdenes de un estado mayor central; creíamos que la estrategia y las tácticas podían decidirlas nuestras propias organizaciones…»

Añadió tres años a su edad para alcanzar los 18 y fue nombrado teniente, sin duda uno de los oficiales más jóvenes del Ejército Popular. Cuando él y sus compañeros regresaron de permiso y acudieron a un hotel de Madrid para recibir sus nombramientos, el primer nombre que oyeron fue el de un hombre que había sido camarero: lo habían nombrado mayor. «¡Mayor de la madre que te parió!», gritó. «¡Yo soy un buen anarquista!» Se armó un gran escándalo. El hombre rechazó su nombramiento, pero fue ascendido a teniente en el campo de batalla más adelante. También muchos otros se negaron a ser oficiales. Sin embargo, hubo pocas deserciones para no ser militarizados, a diferencia de lo que sucedió en la columna Durruti, gran parte de cuyos hombres abandonaron el frente, muchos de ellos llevándose las armas.

«Al final aceptamos con bastante entusiasmo. Lo que nunca aceptamos fue la disciplina normal del ejército. Yo rehusé llevar uniforme. Cogí mis insignias de oficial y las cosí en una chaqueta de cuero que usaba para ir de caza; los pantalones que llevaba eran de pana. Nunca saludábamos militarmente; decíamos "hola" y "adiós". Los oficiales y los soldados continuaron siendo amigos y tuteándose. Un oficial siempre tenía que recordar que sus actos serían juzgados por la organización. El sentido de la justicia estaba muy desarrollado…»

Tal como Carabaño había intuido, la lucha contra la militarización resultaba un callejón sin salida al no poder proponerse una alternativa revolucionaria efectiva y concreta. En ésta, al igual que en otras esferas, los libertarios reaccionaron ante unos acontecimientos que los comunistas ya empezaban a moldear. El hecho de que se rehusara la militarización (y los puestos en el ejército) hizo que la CNT perdiera casi todas las oportunidades de influir seriamente en la configuración de aquel Ejército Popular que al final tuvo que aceptar. Macario Royo, representante aragonés en el comité nacional, creía que éste era el principal error de los libertarios. Los puestos que ellos rechazaban eran aceptados por otros, no sólo en el ejército, sino en todas las nuevas organizaciones.

«Los libertarios hacían la revolución, seguían haciendo la guerra, pero se negaban a ocupar puestos de responsabilidad. No supieron comprender que la teoría era una cosa y la práctica otra en tiempo de guerra. Ningún miembro de la CNT aprobó los primeros exámenes para cubrir los puestos de comisario político. Los que se presentaron eran analfabetos; la CNT carecía de hombres con educación…»

Los analfabetos podían ser unos revolucionarios excelentes, pero no servían para leer mapas en el frente. Algunos dijeron que se había discriminado contra la CNT, pero no era así. A causa de ello, la organización puso en marcha una «escuela de capacitación Durruti» con maestros de la CNT; pronto salieron de ella militantes capaces de aprobar los exámenes.

En Barcelona los comunistas disidentes del POUM afirmaban que la guerra y la revolución eran «inseparables». El partido se oponía a la creación del Ejército Popular. Ignacio Iglesias, director político de *La Batalla*, el periódico del POUM, desde principios de 1937 y veterano de la insurrección de octubre de 1934 en Asturias, expresó la postura del partido. No podía haber una revolución triunfante a menos que se ganara la guerra, pero ésta no se ganaría a no ser que la revolución triunfase. «Nadie en el POUM (o en la CNT, si vamos a mirar) dijo jamás que la revolución tenía prioridad sobre la guerra». La oposición del POUM al Ejército Popular se basaba en postulados revolucionarios: era incorrecto crear un ejército regular, ya que ello representaba plantear la guerra en los mismos términos que el

enemigo. Esto era lo que hacía el partido comunista. Pero la guerra no era de tipo clásico, la situación no exigía un ejército regular con mandos jerarquizados, cosa que inevitablemente mataba el espíritu revolucionario de la clase obrera. Lo que hacía falta era un ejército popular revolucionario. Si se aceptaba la premisa de que la guerra podía hacerse solamente del modo tradicional empleado por el enemigo —motivo por el cual nunca se estudió debidamente la cuestión de la guerra de guerrillas—, por fuerza se llegaba a la conclusión simplista pero cierta de que el enemigo ganaría inevitablemente. El enemigo tenía un ejército, soldados adiestrados, armas superiores. Además, dicha premisa no tenía en cuenta lo importante que era confiar en sí mismos. Los que eran partidarios de hacer la guerra y la revolución simultáneamente no podían esperar ayuda de Inglaterra y Francia.

«¿Cómo podíamos esperar tal cosa? Como es lógico, el capital internacional estaba más cerca de Franco que de nosotros; y, dentro de la zona republicana, más cerca de los republicanos y comunistas que de los anarquistas y el POUM. Pero los anarquistas, con su utopismo y su actitud condescendiente hacia los políticos republicanos de la pequeña burguesía, a los que siempre habían favorecido por encima de los partidos políticos obreros, no supieron comprenderlo así…»

La hostilidad a la creación del Ejército Popular[27] nacía también del temor de que el mismo fuese dominado por el partido comunista. Al mismo tiempo, el POUM era consciente de que el sistema de milicias no habla conseguido crear la fuerza revolucionaria bajo un mando único que tan necesaria era para ganar la guerra. El partido propuso la formación de un «ejército rojo» siguiendo el modelo bolchevique, con comités de soldados que «controlasen a los oficiales y preparasen políticamente al ejército», como dijo Juan Andrade. A diferencia del partido comunista, que disolvió su 5.º regimiento y lo integró en el naciente Ejército Popular, del cual formó entonces el núcleo político, el POUM siguió manteniendo su milicia propia. A la propuesta de creación de un «ejército rojo» se opuso la CNT catalana, ya que para ésta la milicia era una prolongación de los grupos anarquistas de acción que tanta eficacia habían demostrado en la lucha urbana (aunque no tanta en campo abierto). Además, la CNT no necesitaba recibir lecciones revolucionarias de un partido «marxista autoritario» que antes de la guerra había sido su principal rival en la captación del apoyo de las masas obreras catalanas.

Sin atraer a un gran sector del movimiento anarcosindicalista hacia su postura general de que era prioritario que la clase obrera tomase el poder para consolidar la revolución y ganar la guerra, el POUM y la revolución forzosamente iban a quedar aislados. No era tarea fácil ganarse a los libertarios, con su aversión visceral por el «marxismo autoritario» y su hostilidad hacia el «poder». Las

relaciones entre el POUM y la CNT eran frías. En tiempos recientes había sido expulsado todo sindicato de la CNT que estuviera amenazado de caer bajo el dominio de los comunistas disidentes; en respuesta, el POUM había creado su propia federación de sindicatos, la Federación Obrera de Unidad Sindical (FOUS). Pero era la CNT la que contaba con la gran masa de los trabajadores.

A pesar de ser el mayor de los partidos obreros y tener la segunda organización sindical en orden de importancia (después de la CNT) en Cataluña, al empezar la guerra, la CNT asignó al POUM un solo puesto en el Comitè Central de Milícies Antifeixistes de Catalunya, igual que al naciente PSUC[28]. En pocas semanas el POUM aumentó diez veces hasta contar con casi 40 000 miembros. Sin embargo, no se trataba únicamente de una cuestión numérica —el PSUC pronto tuvo el mismo número de afiliados—, sino de peso *político*. A nivel nacional, el partido, que al comenzar la guerra sólo hacía diez meses que había sido creado, no había tenido tiempo para desarrollarse. A excepción de en Cataluña, carecía de una base real, por lo que a escala nacional no podía ejercer la misma influencia política que ejercían los demás partidos. Y dentro de Cataluña, tenía que probar ante los militantes de la CNT que sus posiciones eran las únicas capaces de defender la revolución que aquéllos habían hecho en contra de la decisión original de su propia organización.

A juicio de algunos de sus principales militantes, el POUM cometió varios errores políticos. El primero, subrayado por Iglesias, fue el de disolver su propio sindicato e integrarlo en la UGT en vez de en la CNT cuando esta última ordenó que en Cataluña hubiera sólo dos organizaciones sindicales —ella misma y la UGT — y decretó la obligación de pertenecer a una o a otra[29]. El partido perdió su base sindical sin la correspondiente ventaja de llegar a la masa de los trabajadores de la CNT y de los militantes de sus sindicatos.

El POUM entró detrás de la CNT en el gobierno de la Generalitat, obligado, a pesar de una larga batalla en contra, a mostrarse de acuerdo con la liquidación del Comitè de Milícies Antifeixistes. Esto último fue una equivocación aún mayor, a juicio de Wilebaldo Solano, secretario del movimiento juvenil del partido. Fue un error tremendo permitir que la Generalitat se hiciera cargo del comité de milicias, cuando era este comité el que debería haberse convertido en gobierno obrero y haberse hecho cargo de la Generalitat.

«La CNT fue la responsable. Nosotros solos no teníamos suficiente peso para impedirlo, necesitábamos su ayuda…»

Juan Andrade, el «único miembro ejecutivo» que expresó su oposición a que el POUM colaborase con un gobierno burgués, sabía que sería expulsado del

partido si votaba en contra. Un editorial que acababa de escribir en *La Batalla*, tachando de «contrarrevolucionaria» la formación del gobierno frentepopulista de Largo Caballero, había levantado una tempestad de protestas en el partido y un pleno del comité central había decidido que no se le permitiera seguir escribiendo editoriales. No obstante, en su decisión sobre si unirse o no al gobierno de la Generalitat, el verdadero problema con que se enfrentaba el POUM se refería a su propia legalidad.

«Si rehusábamos entrar en el gobierno, los estalinistas lo habrían aprovechado como pretexto para declararnos fuera de la ley y no habríamos podido mantener nuestras fuerzas milicianas. Esto hubiese sido una razón de más para negarnos el reconocimiento como partido antifascista. No teníamos ninguna intención de autoproscribirnos en una situación revolucionaria, de privarnos, en cierta medida, de ejercer influencia sobre las masas. Sabíamos la suerte que nos aguardaba a medida que creciera la influencia rusa, pero, mientras fuese posible hacerlo, queríamos seguir dando a conocer nuestras posturas a los obreros…»

«El POUM ya se veía atacado por varias razones —relata Solano—. Muchos militantes temían que nos quedásemos aislados, especialmente de la CNT, si no ingresábamos. Una vez metida en la Generalitat, a la CNT se le escapó por completo que podía utilizarla como instrumento para desarrollar la lucha de masas encaminada a la creación de un verdadero gobierno obrero. Sin una línea política, la CNT estaba perdida. Le propusimos la formación de un bloque con el POUM, y no nos contestó. Pero no creo que los acontecimientos hubiesen sido necesariamente distintos si no hubiéramos ingresado; no estoy seguro de que hubiésemos podido convencer a la CNT para que cambiase de rumbo. Contaba con la masa obrera, era una tremenda fuerza popular, una mezcla de primitivismo e idealismo. No había evolucionado hacia la revolución; era una organización surgida de las entrañas del país con un espíritu revolucionario combativo. Un coloso… con cabeza de barro…»[30]

Al cabo de menos de dos meses, cuando el POUM fue expulsado de la Generalitat bajo presión de los comunistas, según observaba Andrade, la CNT se refirió al hecho como una «querella entre dos partidos marxistas» y dijo que no quería tener nada que ver con semejantes disputas.

«Poca cuenta se daban de que nuestra suerte sería la suya a su debido tiempo. Era a ellos a quienes querían liquidar los estalinistas. Pero con su amor por la retórica, la CNT se limitó a contestar: "Nadie puede atacar al león de la CNT"…»

Si los líderes cenetistas siguieron mostrándose intratables, ¿qué hacían sus militantes? ¿Sería posible hacer que gran parte de ellos se mostraran de acuerdo

con las posturas del POUM? De un fenómeno se dio cuenta Andrade: los obreros de la CNT no veían ninguna necesidad de ingresar en un partido marxista revolucionario porque, cuando contrastaban las posturas (superficialmente) revolucionarias de su propia organización con las sencillamente democráticas de los socialistas y los comunistas ortodoxos, creían que las tácticas de su organización seguían garantizando el desarrollo ininterrumpido de la revolución. Dicho de otro modo, los anarcosindicalistas creían que su organización, al igual que su revolución, se bastaba a sí misma. Sin embargo, ¿se hizo lo suficiente para criticar abiertamente estas posturas revolucionarias *superficiales* ante los militantes de la CNT? ¿O acaso el POUM andaba cogido a los faldones de los líderes de la CNT?

«Creo que a veces así era, porque teníamos miedo de romper con la CNT —explicaba Solano—. Deberíamos haber seguido una política más dura. Antes de la guerra, cuando teníamos que luchar contra los anarquistas para poder celebrar mítines en ciertos barrios de Barcelona que ellos dominaban, nuestra actitud de dureza daba dividendos. Eso lo respetaban ellos. Si Maurín hubiera estado con nosotros, quizá las cosas habrían sido distintas, porque él era mucho más correoso que Nin. La CNT prefería a Nin y criticaba más a Maurín, pero este último tenía más peso ante ellos…»

Para imponer la política del POUM, en opinión de Ignacio Iglesias, hacía falta algo más que seguir la «línea política correcta»: se necesitaba fuerza. Lo primero no era garantía de lo segundo. Y era la CNT la que tenía la fuerza. Además, para apelar a su base estaba la cuestión del lenguaje; un idioma aceptable para quienes se habían formado, o al menos habían sido influidos, por otro lenguaje, éste anarcosindicalista.

«No tuvimos éxito. Éramos demasiado demagogos, como la mayor parte de los partidos minoritarios. Nos dedicábamos a lanzar eslóganes en vez de ocuparnos de problemas reales de un modo que los anarcosindicalistas pudieran entender…»

Pero había una cuestión aún más crucial: ¿*qué* era lo que se explicaba? Haciendo un llamamiento a la clase obrera para que ocupase el poder —«expulsad a los ministros burgueses»—, Nin les dijo a los libertarios, seis semanas después del levantamiento, que si estaban preparados para tomar el poder, el poder de la burguesía sería destruido. Sin duda, la cuestión de la dictadura del proletariado separaba a marxistas y anarquistas, pero, según el líder del POUM, dicha dictadura incluía a «toda la clase obrera. Era la dictadura de las masas populares. Ninguna organización, fuese política o sindical, tiene derecho a ejercer su dictadura sobre las demás organizaciones en nombre de la revolución». El monopolio del poder

por parte de la clase obrera abolía los derechos y libertades políticos del enemigo de clase.

«Si la dictadura del proletariado es eso, compañeros», prosiguió, haciendo hincapié en la importancia de que los anarquistas sacasen sus conclusiones prácticas del hecho de que, en aquel momento, la burguesía no ejercía ninguna libertad ni derechos políticos, «entonces puedo aseguraros que hoy día la dictadura del proletariado existe en Cataluña».

Esto era patentemente falso. En aquel mismo instante y a un kilómetro escaso de allí, se encontraba reunido un gobierno catalán compuesto exclusivamente por pequeños burgueses, por muy desprovisto de poder que pudiera parecer. (Además, antes de que transcurrieran tres semanas el POUM entraría a formar parte del mismo, junto con las demás organizaciones obreras). Si bien había resultado gravemente dañado, el poder de la burguesía no había sido destruido. No obstante, tal como Wilebaldo Solano lo entendía, Nin trataba de explicar didácticamente a los libertarios que estaban equivocados en su visión de la dictadura del proletariado, de lo que había sucedido en Rusia. Intentaba hacerles entender la necesidad de crear un gobierno obrero, de hacerles superar su hostilidad hacia la dictadura, que habían repetido recientemente, con el fin de que estableciesen el poder político que sirviera para articular y consolidar el poder económico y armado que ya habían conquistado.

«Le entendieron mal entonces, del mismo modo que le entendieron mal cuando en abril de 1937, haciendo una llamada para la creación de un gobierno de obreros y campesinos, afirmó que la clase obrera aún estaba a tiempo de tomar el poder sin tener que recurrir a la insurrección armada. Lo que quería decir era que el peso de la clase obrera seguía siendo tan grande que, contando con una voluntad política suficiente, todavía podía derrocarse el poder burgués. La fuerza de la CNT y del POUM en las fábricas y en el ejército era tal que la insurrección era innecesaria, *dado que los trabajadores estaban armados*. Les bastaría anunciar a la Generalitat que se habían hecho con el poder. Probablemente el gobierno habría cedido sin derramamiento de sangre. Pero para ello hacía falta una voluntad política decidida… Esto tenía muy poco que ver con la acusación formulada contra Nin en el sentido de que estaba en favor de la vía pacífica hacia el poder revolucionario. ¿Cómo podía pensarse eso cuando, de hecho, la clase obrera estaba armada?…»

Ignacio Iglesias también opinaba que Nin tenía razón, pero sólo en la medida en que se refiriese a Cataluña. «La verdad del asunto es que había disminuido mucho la importancia de Cataluña en relación con el resto de España. Para entonces el estado republicano había sido creado de nuevo». A su modo de

ver, de haberse actuado de acuerdo con el punto de vista de Nin, se habría producido la secesión o independencia de Cataluña respecto del resto de España. En todo movimiento revolucionario tendía a haber una pérdida de perspectiva debido a que la atención se concentra en lo inmediato. Nin había sufrido de esta pérdida de perspectiva y también del «españolísimo defecto de hacer afirmaciones categóricas y ver las cosas en términos locales en vez de nacionales». En los primeros tres meses de la guerra habían existido posibilidades reales de hacer una revolución y ganar la guerra, pero éstas se habían esfumado con la formación del gobierno de Largo Caballero y la intervención de la Unión Soviética.

Estaba todavía por ver en qué medida estos errores políticos afectarían el curso del desarrollo de la CNT. A pocos de sus militantes, incluso entre el creciente número de ellos que temían por su revolución, les parecía concebible la alianza con un partido político; antes bien creían en la vuelta a los principios anarquistas puros o en la consolidación del poder sindical[31]. Incluso los más «politizados» entre los militantes de la CNT consideraban inconcebible una alianza con el POUM. «El POUM era un partido político, la CNT no lo era», dijo Joan Manent, extreintista, para explicarlo. Es más, el POUM criticaba las colectividades anarquistas —«capitalismo sindical»— y se oponía a la colectivización «forzosa» de la tierra, al igual que el partido comunista[32]. Puede que muchos libertarios estuvieran de acuerdo, pero no se sentían atraídos hacia el marxismo tal como lo planteaba el minoritario POUM.

En el único nivel en el que el POUM podía esperar la comprensión y solidaridad de la CNT —su inquebrantable antiestalinismo y su denuncia de los espectaculares procesos que a la sazón tenían lugar en Moscú— el partido se encontró con que la reacción del movimiento anarcosindicalista consistía en «no hacer ruido».

«"¿Qué pasa en *La Batalla?*", me preguntó el director de *Solidaridad Obrera*, el periódico cenetista un día que me encontró en la calle —recuerda Solano—. "¡Estáis matando trotskistas cada día!" Me puse furioso. "Recibís las noticias de la agencia Havas igual que nosotros. Nosotros las publicamos y vosotros las tiráis a la papelera. Ahí está la diferencia". "¡Ahí!", dijo él, "no te preocupes por Rusia. Aquí tenemos ya bastantes problemas" "¡Cómo! Lleváis años reprochándonos lo de Kronstadt y el terror en Rusia", dije, "y ahora que está sucediendo realmente y están fusilando líderes revolucionarios, todos cerráis el pico. De hecho sois *vosotros* los que ayudáis a fusilarlos al no publicar las noticias"…»

Los líderes cenetistas estaban dispuestos a hacer muchos sacrificios con el fin de no enemistarse con su principal proveedor de armas. Incluso su tradicional «anticomunismo» no era una causa para el acercamiento al POUM. Y, en última

instancia, por muy de mala gana que lo hiciera, la «base» de la CNT seguía a sus líderes, como en breve demostrarían los acontecimientos de Barcelona.

Al igual que los líderes de la CNT, el POUM se había visto abrumado por la revolución al principio. Para él la cuestión del poder obrero no estaba a la orden del día y cuando lo estuvo a causa de la fuerza de los acontecimientos, el partido concentró su atención en ella olvidándose de otros muchos problemas. De ellos tal vez el más importante fuera la cuestión de la pequeña burguesía. Así pudo constatarlo con sorpresa Ignacio Iglesias cuando volvió a Barcelona. En una serie de artículos publicados en *La Batalla* trató de formular la postura del partido.

«Hasta el momento las organizaciones obreras no han practicado la estrategia revolucionaria correcta con respecto a la pequeña burguesía… En nombre de un revolucionarismo intransigente e infantil, la pequeña burguesía ha sido rechazada; si no es esto, es que las organizaciones obreras han caído bajo el dominio, hegemonía y liderato de dicha clase. Eso es lo que significa la política del Frente Popular en el presente, una política que liga incondicionalmente la clase obrera a las organizaciones y partidos de la pequeña burguesía y, a través de ellos, a la gran burguesía. La política correcta no va por este camino, sino que consiste en atraer a la pequeña burguesía hacia el movimiento revolucionario».

Para conseguirlo, escribió, era necesario «demostrar que la clase obrera no se opone a la pequeña burguesía o a sus intereses particulares. Ni las herramientas del pequeño carpintero ni la máquina de coser del sastre son objetos socializables que les deban ser arrebatados a sus dueños. Debemos destruir la leyenda de que el proletariado revolucionario se opone al pequeño industrial».

La expropiación de la pequeña burguesía emprendida en los primeros momentos y justificada por la necesidad de imponer una especie de «comunismo de guerra» era la antítesis del socialismo. «El paso al socialismo no puede efectuarse de un modo brusco y repentino, saltándose las etapas intermedias… De momento solamente deberían socializarse la gran industria, el transporte, las grandes empresas comerciales y los bancos. Con esto hay más que suficiente para que [la clase obrera] conserve el poder. La socialización de las pequeñas industrias y talleres no interesa…»

Pero quedaba por poner de relieve un punto importante. «Nosotros, el proletariado revolucionario, queremos ganarnos a la pequeña burguesía para la revolución, la cual resolverá nuestros problemas y los suyos. Pero nos oponemos a que la pequeña burguesía ejerza la hegemonía política. Favorecemos sus demandas económicas y la solución de sus intereses, que solamente pueden satisfacerse en el marco de la revolución y el socialismo; pero le negamos la jefatura [política],

porque cuando goza de ella cae inevitablemente bajo el dominio de la burguesía»[33].

«Cuando escribí los artículos ya era demasiado tarde. Debería haberse hecho al principio. Porque si no conseguíamos atraer a la pequeña burguesía hacia la revolución solucionándole sus problemas (en vez de criticándola o descuidándola como se hizo al principio), se pondría detrás de quienquiera que lo hiciese, y en este caso se trataba del partido comunista…»

Guerra y revolución; revolución y guerra. Con qué frecuencia se utilizaron estas tres palabras, ya fuese recitándolas de un modo o del otro. El triunfo de la revolución para asegurar la victoria en la guerra, la victoria en la guerra para asegurar el triunfo de la revolución. Las palabras pueden representar una trampa terrible. Los términos de cada eslogan se veían tan separados como unidos por la sencilla palabra «y». Cuán pocas veces se eliminó la conjunción para formar una frase adjetival: *guerra revolucionaria*, que diera respuesta a las preguntas gemelas: ¿qué tipo de revolución? ¿Qué clase de guerra? Las dos eran más que «inseparables»; había que fusionarlas en un nuevo conjunto.

«Pero nadie trató de hacer la síntesis; o si alguien lo hizo, no dio con una respuesta efectiva —comenta Albert Pérez Baró, de la comisión catalana de colectivizaciones—. En vez de ello, la lucha política se polarizó en torno a dos eslóganes, alrededor de la cuestión de la ayuda soviética, que el partido comunista utilizó para reforzar sus posiciones continuamente en toda la zona del Frente Popular…»

No resultaba del todo ocioso especular sobre si habría podido alcanzarse tal fusión, como sugería Paulino García. Habría hecho falta un movimiento del partido comunista hacia la alianza con un sector de los libertarios y de los socialistas revolucionarios. ¿Era totalmente imposible tal solución, particularmente en Cataluña, donde habría servido de ejemplo para el resto de la zona? Josep Solé Barbera, abogado y militante del PSUC, creía que el no haber hecho nada en tal sentido era uno de los dos errores principales cometidos por su partido durante la guerra. En la política del PSUC pesaba demasiado la influencia del Comintern.

«Las perspectivas políticas del Comintern, condicionadas por situaciones y problemas totalmente ajenos a los problemas e intereses de la república, deformaron muchas de las posturas del PSUC. Donde ello se hizo más evidente fue en la línea seguida por el partido en relación con el POUM y la CNT. Durruti no era ningún anarquista ucraniano que hubiese levantado a los pequeños propietarios rurales en contra de la revolución y, pese a ello, a menudo lo denunciábamos del mismo modo que Lenin había denunciado a Makhno en la

década de los veinte. El POUM no era una organización trotskista, como sabía muy bien cualquier persona que se preocupase por la política. Trotski era hostil a la política seguida por Nin y el POUM. Pero el PSUC actuó como si lo fuera…»

Según él, el PSUC tendría que haber hecho el máximo esfuerzo para atraerse a posiciones más próximas a la suya al sector de la CNT que había comprendido la famosa frase de Durruti sobre sacrificarlo todo excepto la victoria. Solé Barbera creía que esto podía haber sido posible.

«En vez de ello, el PSUC cometió el pecado capital de hacer lo contrario. Hizo acusaciones que no eran ciertas, acusó a militantes de la CNT y del POUM de ser traidores virtuales, colaboradores del enemigo… Sus opiniones sobre el aventurismo e infantilismo de los sectores más extremistas de la CNT debería haberlas formulado como acusaciones *políticas*, dando ejemplos demostrados a medida que surgieran, más que como cualquier otra cosa. Pero no fue así como se hicieron las cosas. El partido aplicó una política demasiado mecanicista a sus relaciones con la CNT y el POUM…»

El resultado condujo a dos guerras civiles dentro de la guerra civil, a la victoria comunista en la primera de ellas y a su derrota en la segunda. Y con ella, finalmente, a la derrota final.

DECRETO

Artículo 1.º Se acuerda la expropiación sin indemnización y a favor del estado de las fincas rústicas, cualesquiera que sea su extensión y aprovechamiento, pertenecientes el 18 de julio de 1936 a las personas naturales o sus cónyuges y a las jurídicas que hayan intervenido de manera directa o indirecta en el movimiento insurreccional contra la república.

VICENTE URIBE, ministro de Agricultura, PCE

(Madrid, 7 de octubre de 1936).

El Consejo hará respetar la voluntad del campesino para trabajar la tierra individual o colectivamente, a fin de evitar el descontento que pudo crearse acaso por las rápidas transformaciones de los primeros momentos, pero aunque el

Consejo de Aragón será defensor de la pequeña propiedad, habrá de mantener incólumes los acuerdos de las dos sindicales UGT-CNT, para evitar que se pueda volver al sistema despreciable anterior al 19 de julio.

JOAQUÍN ASCASO

presidente del Consejo de Aragón, CNT

(alocución por radio, 19 de julio de 1937).

En cuanto a las colectividades se refiere, diremos que no hay un solo campesino aragonés que no haya sido forzado a entrar en las mismas. El que resistió sufrió en su carne y en su pequeña propiedad la sanción terrorista… Se les incautaron sus tierras, se les obligó a trabajar de sol a sol en sus propias tierras en jornada agotadora, recibiendo un salario de noventa y cinco céntimos. Al que resistió se le privó del pan, del jabón y de lo más indispensable para vivir. Se incautaron de todos los alimentos de consumo privado. En los consejos municipales se instalaron los fascistas conocidos y calificados …

Frente Rojo, órgano del PCE

(Valencia, 14 de agosto de 1937).

ARAGÓN

La cuestión de la tierra fue la causa de las diferencias más acusadas, y Aragón el marco de la polémica más encarnizada.

En los primeros días de la guerra las columnas milicianas —dirigidas principalmente por la CNT— que avanzaban hacia Zaragoza y Huesca se habían apoderado de unas tres cuartas partes de la tierra aragonesa. Había algunas zonas

fértiles, pero en general la tierra capturada correspondía a las zonas agrícolas más pobres[34]. En condiciones relativamente difíciles como éstas, la colectivización rural libertaria empezó a arraigar y extenderse: en febrero de 1937 había 275 colectividades con un total de 80 000 miembros; tres meses más tarde las colectividades ascendían a 450 y sus miembros a 180 000[35]…

¿Se imponía por la fuerza la colectivización al campesinado, como afirmaban los comunistas, o era espontánea, como a menudo argüían los libertarios? ¿Era contraria al esfuerzo bélico, al hacer que los pequeños y medianos propietarios rurales se pusieran en contra del Frente Popular, o era consecuente con las aspiraciones revolucionarias y las necesidades de la guerra? Éstas eran las preguntas que había que contestar. Para satisfacer las necesidades del creciente Ejército Popular y de las tres ciudades más grandes de la nación, era esencial tomar medidas con el fin de asegurar la producción de alimentos, ya que dos tercios del trigo del país estaban en manos de los nacionalistas.

Aragón era una región de pequeñas y medianas propiedades rurales. Las grandes fincas de 100 o más hectáreas cubrían cerca de una quinta parte del total de tierra[36], es decir, menos del promedio global de España. La proporción de pequeñas propiedades rurales superaba la media.

Aunque la CNT gozaba de una fuerza considerable en la ciudad de Zaragoza, era mucho menos fuerte en gran número de zonas rurales, como bien sabía Saturnino Carod, exsecretario de propaganda del comité regional de la CNT, gracias a su trabajo en los pueblos. En algunas florecía la CNT, en otras la UGT era más fuerte y en demasiadas no había la menor sindicalización.

Carod, que era hijo de un pobre trabajador de la tierra, estaba capacitado para comprender la situación del campesino y, como líder de una columna, no vaciló en argüir que no era el momento de introducir la colectivización total, ya que a su juicio, podía perjudicar al esfuerzo bélico. Era esencial conservar la lealtad del campesinado en la lucha.

«Sabía de sobras de qué modo el campesino se aferra a su tierra. Si quería conservar su propia tierra, no debía forzársele a ingresar en una colectividad. Mantuve la tesis de que solamente debían colectivizarse las tierras de los que habían huido y las tierras comunales de los pueblos, y a las colectividades había que reconocerlas legalmente…»

No hicieron caso de su consejo. Con gran rapidez empezaron a surgir colectividades, en las cuales no sólo estaban socializados los medios de producción, sino que también lo estaban los de consumo. Las colectividades no se

crearon siguiendo las instrucciones de los líderes de la CNT; no en mayor medida en que lo habían sido en Barcelona. En Aragón, al igual que en Barcelona, la iniciativa salió de los militantes de la CNT. Del mismo modo, el «clima» de revolución social en la retaguardia nació de la fuerza armada de la CNT: el dominio de las calles barcelonesas por parte de los anarcosindicalistas se vio duplicado por las columnas de milicianos de la CNT que penetraban en Aragón, la mayor parte de cuyos componentes eran obreros anarcosindicalistas catalanes. En los pueblos donde ya existía un núcleo anarcosindicalista, éste aprovechaba el momento para llevar a cabo la esperada revolución y colectivizaba espontáneamente. En los que no lo había, las milicias ejercían considerable presión sobre las gentes del lugar para que colectivizasen, aunque fuera por razones distintas, No hacía falta obligarles a punta de pistola: bastaba con el clima de coacción existente, en el que se fusilaba a los «fascistas». Las colectividades «espontáneas» coexistían con las «forzosas», del mismo modo que dentro de ellas coexistían colectivistas voluntarios y otros que lo eran por la fuerza.

La colectivización forzosa era contraria a los ideales libertarios. Si una cosa se imponía por la fuerza, dejaba de ser libertaria. Para algunos libertarios, la colectivización obligatoria quedaba justificada por un razonamiento que estaba más próximo al comunismo de guerra que al comunismo libertario: la necesidad de alimentar a las columnas del frente. Macario Royo, líder cenetista aragonés, creía que las colectividades eran la organización más apropiada para controlar la producción y el consumo y para tener la seguridad de que el frente dispusiera de un excedente.

«Todo estaba desorganizado. Las columnas dependían de los pueblos, no tenían otra fuente de suministros. Si no hubiese habido colectividades, si cada campesino se hubiera guardado lo que producía para disponer de ello a su antojo, el asunto de los suministros se habría puesto mucho más difícil…»

Aboliendo el mercado libre y, de hecho, racionando los artículos de consumo, principalmente los alimentos, las colectividades controlaban la economía local. El hecho de que se alimentara a las columnas sin pagar se convirtió en fuente de orgullo o de resentimiento, según la ideología del campesino. Pero para Royo, al igual que para la mayoría de los libertarios aragoneses, el asunto no terminaba aquí. El propósito fundamental que guió la fundación de las colectividades fue la igualdad social.

«Que cada cual produjera de acuerdo con su habilidad, consumiera según su necesidad. Igualdad en la producción, igualdad en el consumo. Abastecer igualmente a todo el mundo en la colectividad, así como a las columnas en el frente: he aquí el principio y la utilidad de las colectividades…»

Sin embargo, aun en los casos en que la iniciativa había surgido espontáneamente, la colectivización no careció de su momento coactivo. A juicio de Royo, ello era inevitable, ya que se estaba haciendo una revolución. Y la revolución significaba siempre la imposición de la voluntad de una minoría armada: «En este caso, una minoría anarcosindicalista compuesta esencialmente por los militantes más jóvenes e idealistas, los únicos que realmente podían conseguir que se hicieran cosas»[37].

La oportunidad que en Cataluña se había perdido la aprovecharon los libertarios en Aragón: el consejo de la CNT llenó el vacío de poder allí existente (ya que las tres capitales provinciales, y su correspondiente aparato estatal, estaban en manos nacionalistas). En septiembre, Royo fue convocado a una sesión plenaria que se celebraría en Bujaraloz, donde Durruti tenía instalado su cuartel general. La sesión tenía por objeto estudiar el asunto y redactar un informe sobre la proyectada constitución del Consejo. Royo estaba convencido de que el Consejo era necesario, ya que, en su opinión, los catalanes y valencianos trataban a Aragón como si fuera una colonia. Un representante de la Generalitat había recorrido Aragón cuando fueron llamadas las primeras quintas y, a juzgar por su modo de hablar, hubiérase dicho que Aragón pertenecía a Cataluña. «Si teníamos que pertenecer a un gobierno, no queríamos que fuese el de la Generalitat. Preferíamos pertenecer al gobierno central»[38].

Los líderes de las columnas cenetistas, catalanes en su mayoría, se opusieron a la creación del Consejo.

«Hablaron amenazadoramente de la retaguardia; eran hostiles. Su comportamiento era más propio de delincuentes que de idealistas. Pensé que las armas brutalizaban a los hombres. A lo que parecía, los representantes sindicales de los pueblos no tendrían voz ni voto. Entonces llegó Durruti. "Todos estos años he estado esperando la revolución. Ahora se ha producido. Los 14 000 hombres de mi columna están conmigo, creo, porque están de acuerdo conmigo. Mis hombres y yo estamos a la disposición de los pueblos y sus sindicatos…" Yo no era partidario de Durruti, no lo soy de nadie, pero en aquel momento estuvo perfecto. Hizo callar a todos los demás jefes de columna…»

El cenetista Consejo de Aragón fue el único cuerpo gubernativo dominado por los libertarios que existió en la zona del Frente Popular[39]. Su delegado de propaganda, Juan Zafón, el único catalán en un consejo cuyos miembros eran designados —«contrariamente a la tradición cenetista de que todos los puestos fueran elegidos por la base; pero estábamos en guerra y teníamos que improvisar»— lo veía como cuerpo regulador de las colectividades más que como gobierno. Su objetivo era fomentar nuevas colectivizaciones «como parte del

esfuerzo bélico»; al mismo tiempo, las colectividades representaban el intento de crear un modelo, un ejemplo para el futuro de cómo sería una nueva sociedad libertaria una vez se hubiese ganado la guerra[40]. Pero primero había que ganar la guerra. Él y sus compañeros estaban de acuerdo con la famosa afirmación de Durruti.

«Mientras llevábamos a cabo nuestro experimento revolucionario, toda nuestra propaganda giraba en torno a la defensa del gobierno republicano legalmente constituido. Tal vez parezca contradictorio, pero no era así para nosotros. El pueblo había expresado su voluntad en las elecciones de 1936 y nosotros teníamos que defender esa voluntad, al mismo tiempo que la colectivización servía al esfuerzo bélico tanto como a nuestra visión del futuro. Tratábamos de poner en práctica un comunismo libertario del que, por desgracia, ninguno de nosotros sabía realmente nada…»

El municipio libre e independiente, la colectividad que abolía la explotación del hombre por el hombre, la estructura federal que unía a los pueblos a nivel regional y de distrito y a través del cual el excedente producido, una vez satisfechas las necesidades de los pueblos y del frente, era canalizado hacia el Consejo para que lo vendiera o intercambiara con otras regiones o con el extranjero. «De todo esto se había hablado y escrito, pero hasta entonces no había pasado de ser un eslogan…»

MAS DE LAS MATAS (Teruel).

Con una población de 2300 habitantes, Mas de las Matas era un pueblo relativamente próspero de pequeños y medianos propietarios rurales. Mientras que otros pueblos del bajo Aragón vivían del trigo y de las cosechas de aceitunas, Mas de las Matas gozaba de extensas tierras de regadío al lado del río Guadalope. En ellas se cultivaban grandes cosechas de verduras y frutas. Había un factor más importante: la tierra de secano era buena y retenía la humedad. Ni siquiera en los años secos fallaba la cosecha de trigo, como más o menos cada cinco años fallaba en otros pueblos. Había un factor aún más importante: la tierra estaba bien repartida y todo el mundo tenía un poco de tierra de regadío y un poco de secano. «La igualdad significaba realmente algo aquí», para citar las palabras de alguien que se autocalificó de derechista. «Nadie podía vivir sin trabajar, nadie tenía que pasarse la vida buscándose un jornal». Quizá resulte sorprendente, pero lo cierto es que el pueblo era un baluarte anarcosindicalista que en el tercer levantamiento libertario de anteguerra (diciembre de 1933) se había declarado partidario del comunismo libertario, había obligado a la guardia civil a rendirse e incendiado los

archivos y el registro de tierras locales. El levantamiento fue sofocado rápidamente y unos 130 habitantes del pueblo fueron detenidos y encarcelados…

Al producirse el alzamiento militar, muchos libertarios, siguiendo instrucciones del comité regional de la CNT, abandonaron el pueblo y se trasladaron a la ciudad fortificada de Morella. Luego se unieron a la columna de Carod, que iba penetrando en su región. Entre ellos había un ebanista de 26 años que había ingresado en la CNT en Barcelona y participado en la insurrección de diciembre y que ahora iba a convertirse en uno de los protagonistas de la colectivización. Antes de llegar a su pueblo natal, que no ofreció resistencia, Ernesto Margeli y sus compañeros habían tomado una decisión importante: no se iba a encarcelar a nadie, y mucho menos fusilar. Margeli nunca había concebido que en una revolución «hubiera que matar a medio mundo para que la otra mitad pudiera vivir. Que ellos nos metieran en la cárcel no era razón para encarcelarlos». Les dijo a sus compañeros que cada persona muerta representaba media docena de nuevos enemigos irreconciliables de la revolución, miembros de la familia y amigos del muerto.

En el pueblo formaron un comité antifascista, la mitad compuesta por milicianos de la CNT (elegidos todos e incluyendo un miembro del partido comunista) y la otra mitad por republicanos, que en el pueblo tenían una larga tradición. Sin embargo, a medida que iban llegando más fuerzas milicianas, que el problema de abastecerlas se hacía más agudo y en vista de que la desorganización del período inicial no daba paso a algo mejor, varios miembros de la CNT, incluyendo a Margeli, se dieron cuenta de que había que hacer algo.

«Vivíamos un momento revolucionario. Nos lo habíamos encontrado en las manos y aunque la gente no estuviera preparada, teníamos que hacer la revolución ahora…»

Convocaron una asamblea y propusieron la formación de una colectividad. Era algo de lo que siempre habían hablado. Explicaron que si se colectivizaba la tierra, si de todas las distintas parcelas se hacía una gran extensión, se podría racionalizar e incrementar la producción con menos esfuerzo gracias a la utilización de maquinaria. Hablaron de sus ideales revolucionarios de transformar la sociedad. Querían «la forma más pura de anarquismo». La asamblea se mostró conforme.

Era septiembre, unas seis semanas después del estallido de la guerra. Para entonces ya se habían formado colectividades en otros pueblos, principalmente al norte del Ebro. y el ejemplo se extendía. Los casi 200 cenetistas de Mas de las Matas estaban «moralmente obligados» a ingresar en la colectividad Ello significaba

entregar las tierras y aperos, el ganado (a excepción de uno o dos cerdos que cada familia engordaba anualmente), las existencias de trigo y otros productos de la tierra. La tierra colectivizada se dividió en unos 20 sectores, cada uno de los cuales fue asignado a un grupo de trabajo formado por cerca de una docena de hombres, vecinos de la misma calle, que elegían a su propio delegado o líder. El dinero fue abolido inmediatamente. Todos los productos de la tierra colectivizada irían a engrosar «la pila» para el consumo comunal. Cada cual produciría de acuerdo con su capacidad y consumiría según su necesidad.

«Me sentía tan entusiasmado, tan fanático, que cogí todo lo que había en casa de mis padres… todo el grano, la docena de ovejas, incluso las monedas de plata… y lo entregué a la colectividad —contaba Sevilla Pastor, de la juventud libertaria, que procedía de una próspera familia campesina propietaria de dos casas y de mas tierra de la que podían trabajar los miembros de la familia—. Así que, como puede ver, no era de la CNT para defender mi jornal, sino que pertenecía a ella por razones idealistas. Mis padres no estaban tan convencidos como yo, de eso no hay duda…»

Margeli entregó a la colectividad su taller de ebanistería con todas las herramientas y maquinaria, ya que la colectividad que se había formado no era exclusivamente agrícola.

«¡No, no! Era una colectividad general del pueblo. En un garaje de las afueras del pueblo instalamos un taller colectivizado de carpintería, donde los siete u ocho carpinteros del pueblo fabricaban muebles para la colectividad, hacían reparaciones, todo gratis para la casa de un colectivista, y trabajaban en proyectos de construcción con los albañiles, que también estaban colectivizados. Montamos una barbería en la que trabajaban todos los barberos del pueblo, una carnicería colectivizada, y así sucesivamente…»

Elegido secretario de la colectividad, Margeli arguyó desde el principio para que no se obligase a ingresar en él a los miembros del Partido Republicano. En la vecina población de Alcorisa se había hecho algo parecido con tan malos resultados que habían tenido que dar marcha atrás. Sin embargo, seguía existiendo un problema: debido a que las propiedades eran tan numerosas y las parcelas estaban tan espaciadas, si eran muchos los campesinos que se negaban a ingresar en la colectividad, la racionalización del trabajo resultaría difícil. Sería imposible utilizar maquinaria a menos que se cultivase extensivamente.

«Nuestro siguiente paso fue un error, el mayor de los que cometimos. Ahora me doy cuenta. Obligamos a todos los derechistas a ingresar. Los coaccionamos moralmente, no físicamente, pero de todos modos fue una coacción…»

Poco antes se había producido un desagradable incidente. De Alcañiz, la ciudad grande más cercana, llegó una banda de hombres armados para «limpiar el pueblo en nombre de la CNT». Lo primero que hicieron fue detener al comité antifascista local, incluyendo a Margeli, y encerrar a sus miembros en el ayuntamiento. Dijeron a los del comité que eran unos «cobardes» por haberse negado a llevar a cabo una purga. En el plazo de un par de horas fusilaron a seis hombres en la carretera que salía del pueblo. Margeli opinaba que ello no tenía absolutamente ninguna justificación. Los asesinados no se habían alzado contra ellos y de mejor o peor grado se habían sometido a las órdenes del comité. «El asesinato fue una forma de comportarse absolutamente antianarquista. Por desgracia, no todos los compañeros tenían la educación suficiente para comprenderlo así». Al día siguiente el comité antifascista convocó una reunión de todo el pueblo y se ofreció a presentar su dimisión en bloque por no haber podido impedir los asesinatos, que condenó unánimemente. Varios habitantes del lugar hicieron uso de la palabra y expresaron su confianza en el comité, que finalmente recibió un voto unánime de confianza.

El suceso, al que había precedido el incendio de la iglesia por unos «incontrolados» el día en que el pueblo había sido tomado por los libertarios que regresaban, representó un considerable factor coactivo. ¿Quién podía asegurar que no se repetiría? De hecho, aunque pocos se enterasen de ello, estuvieron a punto de repetirlo unos habitantes del pueblo que servían en la columna Carod. Pero el comité, avisado a tiempo, pudo tomar medidas preventivas. La violencia estaba en todas partes. En poco tiempo, 2000 de los 2300 habitantes del pueblo ingresaron en la colectividad.

El padre y el hermano mayor de Lázaro Martín estaban entre los seis asesinados. La familia era una de las más acomodadas del pueblo y poseía dos hectáreas de tierras de regadío y doce de secano. Antes de la guerra su padre había pertenecido a un sindicato agrario, «el sindicato del orden», lo llamaban en el pueblo. Pero, a juicio de Martín, la causa de los asesinatos no era la política, sino los odios y las venganzas personales. «Bastaba que una familia estuviera en mejor posición que la de al lado para que hubiese envidia…» Cuando se puso en práctica la colectivización, Martín tuvo que ingresar. Al principio trabajó en el almacén, después en la tierra.

«Al principio todos pensábamos que "muy bien, acataremos el nuevo orden. Si luego las cosas cambian, tanto mejor". En tiempo de guerra hay que esperar cosas así. Mala suerte si te expropian la tierra. No sirve de mucho preocuparse por ello. Si eso hubiese sido todo lo que estaba en juego, lo habríamos soportado y hubiésemos trabajado en la colectividad sin ningún problema, como si en realidad nada hubiera cambiado. Pero matar era algo distinto. Fue su gran equivocación. De

no haber sido por los asesinatos, no nos habríamos enterado de que había guerra…»

Aunque los campesinos conservadores aceptasen la colectivización como «medida de guerra», Margeli seguía convencido de que las colectividades deberían haber sido voluntarias. El asunto de la división de la tierra se habría podido resolver mediante acuerdos para el cambio de propiedades de modo que las tierras de los colectivistas formasen un todo continuo. La gente que había ingresado forzosamente no trabajaba a gusto, trabajaba lo menos que podía. El campesino era muy individualista y había que persuadirle con el ejemplo.

Pronto se vio que tampoco era viable otro de los experimentos colectivistas, el más avanzado. Aunque fuese posible que una persona produjera según su capacidad, no lo era dejar que la gente consumiera según sus necesidades. El salto de una sociedad capitalista de escasez a una comunista de abundancia, allí donde no existía ni el capitalismo ni la abundancia, estaba condenado al fracaso.

«La gente tiraba el pan porque era gratis —recordaba Macario Royo, el líder de la CNT que había nacido en Mas de las Matas pero pasó la mayor parte de la guerra cumpliendo misiones fuera del pueblo—. Era trágico para los que habíamos aspirado a una sociedad libertaria, pero teníamos que reconocerlo. No podíamos permitir el despilfarro. Teníamos que fijar un salario para el trabajo de la gente y un precio para los productos. De hecho tuvimos que introducir el racionamiento…»

Al mismo tiempo que algunas colectividades introdujeron su propio papel moneda (ya que se había abolido el nacional) y pagaron un sueldo familiar a los colectivistas, otros inventaron una forma de racionamiento sin dinero. Ambos métodos estaban pensados para controlar el consumo. La eliminación del dinero (o su sustitución por una divisa sin valor fuera de la colectividad) iba dirigida a impedir la acumulación de capital en manos privadas. Si bien se daba por sentado que el dinero que sobrepasase cierta cantidad era sinónimo de capital, y se pasaba por alto la elasticidad de elección que el dinero permitía, no se ignoró el valor real en dinero de los productos: se utilizaron los precios de anteguerra para fijar el valor de los intercambios entre las colectividades y también el valor de algunos productos que las colectividades suministraban a sus miembros.

«Creíamos que aboliendo el dinero curaríamos muchos males —observaba Margeli—. Desde pequeños habíamos leído en los pensadores anarquistas que el dinero era la raíz de todos los males. Pero no teníamos idea de las dificultades que nos causaría. Resultó uno de los errores más gordos que cometimos. Además, el lío fue aún mayor porque en cada pueblo circulaba dinero distinto…»

En Mas de las Matas no pusieron dinero en circulación, pero sí crearon un sistema de racionamiento. Cada familia tenía su cartilla: 100 gramos de carne, 500 gramos de pan, tanto azúcar, arroz, vino por cabeza y por día. A cada varón adulto se le asignaba una cuota para el vestir de 200 pesetas por cabeza y por año, que no podía gastar de una sola vez. Según recordaba Margeli, el sistema resultaba engorroso pero funcionaba. Un sueldo familiar habría sido preferible[41]. Según Martín, el joven derechista que durante algún tiempo trabajó en el almacén de la colectividad, al principio las raciones se fijaron a un nivel demasiado alto y, al agotarse las existencias, hubo que reducirlas. Sin embargo, los habitantes del pueblo no pasaron hambre.

Todas las tabernas fueron cerradas. «Los libertarios siempre fuimos hostiles a los bares porque eran fuente de vicio, discusiones y peleas», recordaba Sevilla Pastor, el que había entregado los bienes de sus padres. Sólo quedó abierta la sala grande del centro de la CNT. Allí la gente podía tomar café o bebidas no alcohólicas. El vino era distribuido como parte del racionamiento para el consumo privado en casa. El juego fue suprimido.

Trabajando en la colectividad, Pastor se sentía más feliz que nunca. Gran parte de su felicidad se debía a que era consciente de que él y sus compañeros trabajaban por el bien de todo el pueblo. Se daba cuenta de que otros no compartían su entusiasmo porque sabían que trabajaban para los demás en lugar de trabajar para sí mismos. Pero en la colectividad los jóvenes libertarios comprometidos trabajaban más que antes de la guerra, convencidos de que ésta así lo exigía.

«Sabíamos que no estábamos preparados para alcanzar nuestro verdadero objetivo: el comunismo libertario. El propósito de la colectividad era aumentar la producción para el esfuerzo bélico e impedir la especulación y el beneficio privado. Recuerde que al empezar la guerra todo el comercio estaba en manos de particulares. Ahora lo controlaba la colectividad. Pensábamos que, cuando ganáramos la guerra, seguiríamos nuestra senda colectivista, pero todo el mundo sería libre para decidir si quería o no seguir en ella…»

Aunque odiaba a los que habían matado a su padre y a su hermano, Lázaro Martín comprobó que vivir y trabajar en la colectividad «no era en absoluto penoso». Su trabajo era menos duro que el de antes, cuando salía al campo al amanecer y no regresaba hasta el crepúsculo.

«Pero ahora no salíamos hasta que el sol ya estaba muy alto y también terminábamos mucho antes. Hasta cierto punto, cada grupo de trabajo cuidaba de sus propios intereses. Si nos tocaba escardar una melonera, cada uno de nosotros

se quedaba uno o dos melones, sabiéndolo nuestro delegado. Era como en todo: los ideales son una cosa y los intereses personales otra…»[42]

Pero quienes le daban más lástima eran los republicanos y socialistas que no ingresaron en la colectividad. Mientras trabajasen su tierra ellos mismos, no tenían problemas; pero éstos empezaban con sólo que les echase una mano algún pariente o vecino. Se suponía que los «individualistas» tendrían solamente la tierra suficiente que pudieran trabajar ellos mismos y los demás se les echaban encima cuando cometían la infracción de dar trabajo a extraños.

Otro hijo de mediano propietario rural, Jaime Ávila, que trabajaba en la colectividad, no le encontraba ninguna pega al trabajo —«trabajar es una obligación de todos modos»— y estaba contento porque había conseguido una chaqueta y unos pantalones nuevos en el almacén de la colectividad, algo que antes no se había podido permitir. Tampoco le parecía demasiado extraño trabajar sin cobrar. Los hijos de muchas familias de agricultores no percibían ningún salario.

«Y los padres tampoco, por supuesto. No obtenían dinero por su trabajo en tanto no se hubiera vendido la cosecha. Así era la vida en el campo. El trabajo no se valoraba en términos de un jornal. Cuando hay que hacer algo, la gente del campo sale y lo hace. Y eso hacíamos nosotros. No era un régimen de terror. No puede decirse que lo fuera. De todos modos, veíamos cosas que nunca habíamos visto. ¿Qué clase de cosas? Pues que fusilaban a gente, alguna después de juzgarla y otra sin juicio. Así que todo el mundo tenía que hacer lo que *ellos* decían…»

En su opinión, si el experimento hubiese durado más, habrían visto si realmente daba buenos resultados. ¿Qué sucedería cuando se agotasen las existencias? ¿Podrían reponerlas? De hecho, la cosecha de trigo en Aragón había sido muy buena aquel año y la de aceitunas iba a ser igualmente excelente. Mientras hubiera comida y ropa la gente estaría más o menos contenta. Pero ¿y en un mal año? En los grupos de trabajo había siempre un gandul y en cuanto uno de sus compañeros le veía tomarse las cosas con calma, el ejemplo se extendía. ¿Por qué trabajar más que los demás?

«No quiero decir que fuese mejor trabajar por cuenta propia, no; pero hacía falta tener un estímulo, un incentivo, y eso era lo que nos faltaba. Los de aquí no éramos la clase de gente más indicada para que el experimento saliera bien. Para eso hacía falta algo más que el respeto mutuo… Y mientras tanto, ¿qué pasaba en el resto de la nación? En un lugar mandaban unos y en el otro lado de las líneas mandaban otros. Los más fuertes obligarían a los más débiles a abandonar su sistema y les impondrían el suyo. Era un lío y una confusión que jamás he

entendido…»

El padre de Florentín Cebrián se había resistido a ingresar en la colectividad. Era de derechas y poseía solamente media hectárea de tierra que resultaba insuficiente para mantener una familia de cinco hijos. Florentín, que tenía 21 años, trabajaba de jornalero. Cuando su padre ingresó finalmente en la colectividad «por la fuerza de las circunstancias o por miedo, nunca lo he sabido», también él tuvo que ingresar. No le importaba el trabajo, pero le molestaba no cobrar. «A todo trabajador le gusta saber por qué y para quién trabaja». Cuando salíamos a trabajar era para ganarnos un jornal. En vez de esto, ahora le daban de comer.

«Pero estábamos en guerra. Había que tenerlo presente. Solía decirme a mí mismo: "Esto no va a durar eternamente. Nada es eterno". Había oído hablar de la guerra de Cuba. Esa guerra había terminado y me imaginaba que la de ahora también terminaría algún día…»

La colectividad trató de que los campesinos se reconciliasen con el nuevo sistema permitiendo que cada colectivista tuviera una pequeña parcela de regadío para que cultivase verduras para su propia casa. Los hombres trabajaban en ellas los domingos. De modo parecido, a todo el mundo le estaba permitido tener dos gallinas y criar conejos en casa. Se expropiaron las dos o tres motocicletas que había en el pueblo y que antes pertenecían a pequeños comerciantes. Las dieron a los pastores que cuidaban de los grandes rebaños formados juntando las cabezas que antes eran de propiedad particular. «Pensamos que ya era hora de mejorar la situación de los pastores. Su vida siempre había sido la más dura y oprimida, así que ahora les libramos de tener que caminar largas distancias», opinaba Sevilla Pastor.

En casi todas las colectividades existía un deseo general que, cuando era realizado, producía una satisfacción inmensa: la introducción de maquinaria agrícola allí donde antes no la había. En muchas colectividades, como en Mas de las Matas, la maquinaria consistía en una trilladora que puso fin a la laboriosa tarea de trillar con mulas y aventar a mano. La colectividad se procuró una máquina checa impulsada por un motor eléctrico a tiempo para utilizarla en la cosecha de 1937. Fue «pagada» con productos de la colectividad: judías, fruta y ganado, que estaban en el haber de la cuenta de la colectividad con el Consejo de Aragón. Éste se había encargado de obtener las divisas extranjeras.

Como pueblo principal de un distrito rural en el que había otros 18 pueblos, Mas de las Matas era responsable del intercambio de productos del distrito. En el almacén del distrito cada pueblo tenía abierta una cuenta, expresada en pesetas y conforme a los precios de antes de la guerra. Los intercambios se llevaban a cabo a

través del Consejo de Aragón.

«No había inflación y los precios eran fijos. ¡Sin darnos cuenta habíamos creado una dictadura económica! Iba en contra de nuestros principios y andando el tiempo tendríamos que cambiar las cosas —explicaba Margeli—. Pero llegué a la conclusión de que alguien tenía que ser el responsable de dar las órdenes Las cosas no podían funcionar dejando sencillamente que cada cual hiciera lo que quisiese…»

Empezó a caer en la cuenta de que las asambleas, en las que muchos anarquistas depositaban toda su confianza, no siempre eran el mejor vehículo para seleccionar a los que debían encargarse de las cosas, ya que a menudo los que asistían a ellas no tenían lo bastante en cuenta que el escogido fuese psicológicamente adecuado para el puesto. Y elegir a la persona idónea era lo más importante.

«Celebrábamos asambleas de pueblo solamente para tratar cuestiones especiales, como fijar la ración de pan o las escuelas. Las mujeres asistían a ellas, desde luego. Ellas, por ejemplo, querían seguir haciendo su propio pan. La colectividad suministraba pan recién hecho cada día, mientras que tradicionalmente las mujeres hacían una hornada solamente cada diez días o así, por lo que el pan se hacía rancio. Pero a ellas les gustaba lo que siempre se había hecho y no querían cambiar. La asamblea decidió en contra suya. Se hablaba mucho en las asambleas, demasiado. ¡Deberíamos haber hablado menos y trabajado más!…»

Los colectivistas sentían una preocupación característica por la enseñanza. Las escuelas volvieron a abrirse al comenzar la guerra para tener a los niños alejados de la calle. Los maestros que estaban de vacaciones fueron sustituidos por estudiantes. Margeli hizo un viaje especial a Barcelona para regresar con un camión lleno de libros racionalistas para la escuela. También consiguió agenciarse una multicopista, un proyector de cine y algunas películas infantiles. En una casa de labranza se montó una escuela nueva para los niños de zonas alejadas que jamás habían podido ir a la escuela. La enseñanza pasó a ser mixta, se fundó una revista escolar y un grupo de teatro. Una vez a la semana el comité de la colectividad se reunía para tratar con los maestros e insistía en que a las escuelas no les faltara nada.

«Una maestra joven dijo que nunca había visto nada parecido. Antes era imposible conseguir fondos para la enseñanza. En todas las esferas de la vida colectiva, siempre estábamos dispuestos a adaptar nuestras ideas si las cosas no iban bien. Ésa era la ventaja que nuestras colectividades tenían sobre las creadas

por el estado, como las de Rusia. Nosotros éramos libres. Cada pueblo podía hacer lo que mejor le pareciera. Había un estímulo local, un incentivo local. Es cierto que existía el problema de la desigualdad de recursos; había colectividades ricas y colectividades pobres. Había que hacer algo para resolver este problema. Y se hizo en la conferencia especial que la CNT celebró en Valencia en 1938 para tratar asuntos económicos. Se propuso la creación de un banco sindical ibérico. Mientras tanto, sugerimos que en los pueblos pobres donde sobrara la mano de obra, se enviara a los del pueblo a trabajar en otras colectividades más prósperas. Pero la gente era tozuda y no le gustaba la idea de desplazarse…»

Sin duda, la colectividad de Mas de las Matas fue una de las que más éxito alcanzaron. Al modo de ver de Macario Royo, ello se debía a la existencia de un campesinado independiente y relativamente próspero. «A resultas de ello, muchos jóvenes tenían una buena educación, una buena base en el pensamiento libertario. No era un pueblo de jornaleros pobres…» Un socialista de un pueblo vecino de la provincia de Castellón, Emilio Segovia, que por negocios viajaba mucho por Aragón y era opuesto a la colectivización total que se estaba llevando a término, admiraba la colectividad de Mas de las Matas. Contó que una vez había ido a ver a uno de los hombres más ricos del pueblo, el cual había ingresado en la colectividad.

«"¿Y cómo es que ahora es usted comunista?", le dije. Tenía tierra, vino y aceite de oliva en cantidad más que suficiente para vivir bien. "¿Por qué? Pues porque éste es el sistema más humano que hay". En Mas de las Matas funcionó realmente bien. Había un hombre que padecía úlcera y recuerdo que lo enviaron a Barcelona para que le curasen. Les costó 7000 pesetas, que entonces era mucho dinero. Era más de lo que el enfermo habría podido reunir por cuenta propia…»[43]

ALLOZA (Teruel).

A unos 30 km de Mas de las Matas, en un pequeño promontorio que hay en el centro de una extensa cuenca de tierra arable, se alza el pueblo de Alloza. En los años treinta, Alloza era a la vez más pequeño (1800 habitantes) y menos próspero que Mas de las Matas. Su economía se basaba en lo tradicional: trigo, aceitunas y vino. Un año sin lluvia significaba un año sin cosecha de trigo. Aunque un puñado de lugareños había ingresado en la CNT, en Barcelona, en el pueblo no había sindicato. La política funcionaba de una forma bastante común en la España rural: los liberales y conservadores del tiempo de la monarquía se convirtieron en los republicanos de izquierda y los cedistas de la república. El poder siguió en las mismas manos. El cambio de régimen a nivel nacional se tradujo en un simple

cambio de camisa a nivel local. Como dijo el juez de paz, el pueblo era como una balsa de aceite: «Tan tranquilo que parece que aquí la república no haya sido proclamada».

Al estallar la guerra y ante los rumores de que los insurgentes avanzaban desde Zaragoza, que se hallaba unos 100 km al noroeste, y que de Barcelona, que estaba al este, salían columnas anarcosindicalistas, los habitantes del pueblo recurrieron a una ingeniosa estratagema: crearon un comité compuesto por elementos de derechas y elementos de izquierdas que se protegerían mutuamente según el bando que llegase antes al pueblo. «Una forma de ayuda mutua para impedir un baño de sangre. Fue el miedo a lo que pudiera pasar lo que lo hizo posible, por supuesto», explicó Mariano Franco, miembro de la CNT e hijo de un pequeño propietario rural. De él había surgido la iniciativa.

A los pocos días, un grupo armado que decía ser de la CNT llegó al pueblo, saqueó la iglesia y prendió fuego a las imágenes religiosas, incluyendo unos relieves en bronce de fama local que se guardaban en la capilla del Calvario, fuera del pueblo. Mariano Franco, por fin, consiguió que se marchasen.

«Fue una lucha desigual, ya que ellos estaban armados y yo no. Pero había ingresado en la CNT a los 16 años de edad y durante casi la mitad de mi vida había estado luchando por unos ideales que, evidentemente, ellos no compartían. Pude plantarles cara con la fuerza moral que ello me daba…»

Al cabo de unos días, la columna Carod llegó al pueblo y prosiguió su marcha hacia Muniesa. Franco, que había conocido a Carod en la CNT de Barcelona, ya había partido para unirse a la columna. Alloza quedaba ahora, y así seguiría durante los siguientes dieciocho meses, a sólo unos kilómetros detrás de primera línea. Apenas había transcurrido una semana cuando llegaron al pueblo milicianos de dos pueblos vecinos para practicar cuatro detenciones. Los prisioneros, entre los que estaban un cura y un teniente de la guardia civil, fueron trasladados al cuartel general de Carod, donde un comité de milicianos los condenó a muerte. Uno de los cuatro detenidos era Mariano Alquézar, gran propietario rural, derechista y teniente de alcalde del pueblo. Fue acusado de ser el principal fascista del lugar. «De hecho, no era falangista, aunque lo hubiera sido de haber podido. Mi familia era tradicionalmente de derechas y mi padre había sido líder local de los conservadores. En el pueblo nos llamaban caciques». Como desde el momento de su detención estaba convencido de que iba a morir, no negó la acusación. Se quedó en su celda esperando tranquilamente que le llegase el momento.

«De pronto apareció Mariano Franco. Me di cuenta de que estaba muy

alterado. Era un idealista y completamente opuesto a que fusilasen a la gente. No era por lo que él luchaba. No mencionó al cura ni al teniente de la guardia civil, ambos oriundos de Alloza, que habían regresado al pueblo para esconderse. Franco no podía salvarles, pero consiguió que me soltasen a mí y al otro detenido. Volví al pueblo con mi compañero, que cayó enfermo inmediatamente y murió poco después…»

Ángel Navarro, pequeño propietario rural, había visto cómo se llevaban a los cuatro hombres. «Ahora va a empezar», se dijo, al tiempo que todo su cuerpo se estremecía. Había sido miembro de la CNT en Barcelona, adonde se había trasladado para trabajar en la construcción ya que la tierra de su padre era demasiado pobre para que de ella pudiera vivir toda la familia. Por recomendación de Carod y Franco, no tardó en ser nombrado presidente del comité del pueblo. Su única preocupación sería la de evitar derramamientos de sangre en Alloza, donde, como él sabía, la opinión general era más favorable a la causa de los insurgentes que a la causa del Frente Popular.

Cierto día llegó un coche y de él se apearon media docena de milicianos que traían una lista de personas a las que habían venido a detener.

«"Sí", dije. "¿Habéis cenado, compañeros? ¿No? Pues bien, vamos a cenar y después hablaremos del asunto". Fuimos a la fonda, que era de un pariente mío. Envié al pregonero en busca del hombre que tenía las llaves del almacén de la colectividad y le dije que volviera con un buen jamón y una garrafa de vino. Cuando los milicianos hubieron cenado, uno de ellos dijo: "Vamos, que tenemos prisa". Me temí lo peor. Sin embargo, uno de ellos me rodeó los hombros con el brazo. "Camarada, todo el mundo tendría que ser como tú, comportarse como tú lo has hecho". Se marcharon. Aquella noche en Alcorisa fusilaron a un montón de gente…»

Anteriormente ya se habían producido incidentes parecidos. Fue éste el clima en que se llevó a cabo la colectivización, en el otoño de 1936. En la tierra no cambió nada hasta el momento en que los representantes cenetistas del comité del distrito se presentaron para decirles que colectivizasen.

«Nos mostramos de acuerdo, simplemente para salvar vidas. Si hacíamos lo que nos decían, no tendrían motivo para represalias. De lo contrario, tenía miedo de lo que podría suceder, particularmente a los que formábamos parte del comité…»

Se convocó una asamblea de todo el pueblo. Navarro explicó que la iniciativa venía de fuera. «Han venido y nos han dicho que otros pueblos han

colectivizado y que quieren que todo el mundo sea igual». Los representantes de la CNT habían hecho hincapié en que no debía maltratarse a nadie y habían sugerido la forma de organizar la colectividad. Navarro propuso a la asamblea que se formasen grupos de trabajo compuestos por parientes y amigos y que cada grupo trabajase sus propias tierras, las mismas de antes, aunque todos los productos tendrían que ir a parar a «la pila», es decir, al almacén de la colectividad.

«La colectividad no se habría formado de no haber sido por el terror. De hecho, si hubiese podido elegir, yo mismo no habría ingresado en ella. Si todo el mundo fuera bueno y justo (en vez de ser egoísta y tener dos caras) sería bonito vivir y trabajar en una colectividad, porque la unión hace la fuerza. Pero yo sabía cómo éramos realmente…»

Una vez tomada la decisión, se dejó a los campesinos en libertad para que ingresaran voluntariamente. Mariano Franco vino del frente para celebrar un mitin y dijo que los milicianos amenazaban con apoderarse del ganado de todos los que permaneciesen fuera de la colectividad. Al igual que en Mas de las Matas, hubo que entregar todas las existencias de comida propiedad de particulares.

Juan Martínez, un agricultor mediano de 28 años que pertenecía a Izquierda Republicana pero se consideraba apolítico, poseía cantidades considerables de aceite de oliva, vino y trigo que tuvo que entregar junto con las existencias que había en la pequeña tienda de su esposa. Se quedó sin nada, «limpio».

«Pero me daba cuenta de que estábamos en guerra y de que todo el mundo tenía que hacer sacrificios. "Mira, chico, los intereses materiales no son la cosa más importante en este momento; de lo que tenemos que asegurarnos es de que no se asesine a nadie". Todo el mundo pensaba lo mismo…»

Los que formaban los grupos de trabajo se llevaban bien entre ellos. Los grupos habían sido formados por amigos, trabajaban su propia tierra y en ellos no eran necesarios la coacción, la disciplina ni los castigos. La gente trabajaba tanto como antes. Los dueños de la tierra sabían qué había que plantar en sus campos y todo el mundo sabía trabajar la tierra. Lo de la colectividad no resultó una mala idea.

«Trabajar en común no es ninguna estupidez. Significaba grandes concentraciones de tierra en vez de parcelas pequeñas y dispersas. De esta manera se ahorraba tiempo y esfuerzo. Después de la colectivización no vivíamos peor que antes, o al menos sólo en la medida en que la guerra lo hacía inevitable. Los que antes tenían menos, y había muchos de éstos, ahora comían más y mejor. Pero nadie pasaba privaciones…»

Sin embargo, compartía el desagrado general por tener que entregar todos los productos para «la pila» y a cambio no recibir nada más que sus raciones. Otro aspecto negativo era que las columnas de milicianos requisaban ganado de la colectividad y a cambio del mismo daban unos vales. Habiendo sido nombrado delegado de ganado, en un par de ocasiones se desplazó a Caspe para «cobrar» los vales, pero fue inútil.

Al igual que en otras partes, la abolición del dinero no tardó en llevar a la «acuñación» de moneda local. En tanto no pudo imprimirse papel moneda, el herrero se encargó de la acuñación haciendo agujeros en discos de hojalata. El «dinero» —1,50 pesetas diarias— era distribuido, según recordaba el director de la escuela local, a los colectivistas para que lo gastasen en sus «vicios», «siendo éstos cualquier cosa que se apartase de lo esencial para seguir viviendo». Con el dinero podía ir a uno de los dos cafés que seguían abiertos —uno para los colectivistas y otro para los «individualistas»— y tomarse una taza de café (no se servía alcohol, ya que se habían llevado las botellas) o bien su esposa podía comprar un cuarto de litro de leche o extras, como melocotones cuando era la temporada.

A juicio del director de la escuela, muchos de los campesinos independientes de la localidad no reaccionaron tan ecuánimemente como Juan Martínez. Alfredo Cancer, el director, fue colectivizado junto con el médico, el farmacéutico, el barbero, el zapatero, etc.

«A los campesinos no les gustaba el tener que entregar sus cosechas. "Mil dobles de mis aceitunas han ido a parar a'la pila'. ¡Virgen del Pilar! ¿Cuándo vendrán los fascistas?", me dijo uno de ellos. No era la Virgen lo que le preocupaba, sino las aceitunas…»

Más de la mitad de los pequeños y medianos propietarios pensaban lo mismo, a juicio de Cancer, que ahora recibía sólo comida y un vale de 1,50 pesetas diarias en lugar del sueldo de 250 pesetas mensuales que cobraba antes. Vivía de patatas, pan, lentejas y un poco de arroz. No criaba ningún cerdo.

«Fui al comité y me dijeron: "Vete a ver al tío Enselmo" (así es cómo pronunciaban Anselmo) "y él te dará medio cerdo, porque tiene dos". "Tío Enselmo", le dije, "he venido por medio cerdo…" "Y este cerdo,", dijo, mirándome, "¿quién lo ha criado?" "Tú". "Y si lo he criado yo, ¿de quién es?" "Tuyo". "Y si es mío, ¿por qué vienes por él?" "Pues porque me lo ha dicho el comité. Pero si no quieres dármelo, no lo cogeré. A mí me resulta más difícil tener que pedírtelo que a ti tener que dármelo. Pero es que a mi hermana le dan jaquecas de tanto comer patatas fritas y nada más. Me parece que tiene anemia y un poco de carne le sentaría bien". "Entonces llévatelo", dijo…»

La misma historia se repitió cuando, siguiendo las instrucciones del comité, fue por un saco de patatas. Los campesinos no querían entregar lo que consideraban suyo; «ésa era la única razón por la que iban a favor de los fascistas». Por el contrario, pudo observar que los pobres que antes vivían de poco más que pan, patatas y agua ahora estaban mucho mejor, ya que recibían aceite de oliva, arroz, salchichas, carne…

«De haber sido uno de ellos, es muy probable que hubiese pensado igual y deseado que el nuevo sistema continuase. No es que los ideales anarquistas fuesen malos… eran sencillamente utópicos. Yo no tenía propiedades y, por consiguiente, al no tener miedo de perderlas, no les era hostil. Tampoco me interesaba la política. Me parece bien que le diera clases gratis al hijo del zapatero y que éste me hiciera un par de zapatos sin cobrármelos. Pero lo que pasó en realidad fue que se perdió el incentivo. Es decir, a menos que fueras un don Quijote o un santo. Los aragoneses gustamos de la independencia y de la libertad y tenemos un orgullo sano. Si no hay libertad, ¿qué es lo que hay?…»

En lo que se refería a la escuela, la colectividad obtuvo gratis todo lo que los niños necesitaban y hacía que los padres respetasen la edad legal para dejar la escuela, que era a los 14 años. «Antes los sacaban a los 12 para que cuidasen del ganado». En general, mostraba una gran preocupación por la enseñanza.

La libertad es susceptible de ser definida de muchas maneras, pero no había duda de que para muchos campesinos significaba seguir del modo al que estaban acostumbrados.

«La inmensa mayoría de los habitantes de los pueblos de por aquí no quería ser colectivizada —reconocía Ángel Navarro, el presidente del comité cenetista del pueblo—. No creían que la colectividad funcionase con todo aquello de que todo fuera a parar a "la pila". Les parecía que tenían que mendigar lo que por derecho les pertenecía…»

Entre los que se oponían a la colectivización había miembros de la CNT y allegados de los mismos. En Alloza se hablaba mucho del hecho de que el padre de Mariano Franco se hubiese negado a ingresar.

«Ahí me tenías, el principal colectivista del pueblo, y ni siquiera podía persuadir a mi propio padre. Él decía que los colectivistas no trabajaban como es debido, que los líderes no sabían hacer las cosas. Prefería quedarse fuera y trabajar su propia tierra como un esclavo. La gente decía que ello había hecho mucho daño a la reputación de la colectividad. Yo le decía a mi padre que aquel año la colectividad había producido más trigo del que jamás hubiese tenido el pueblo. Él

decía que había sido un año particularmente bueno. Yo no podía obligarle a ingresar; no vivíamos bajo una dictadura…»

A su juicio, vistos en términos de la economía de guerra, las colectividades fueron un gran éxito. La mayoría de ellas fueron impuestas, no espontáneas, pues no se estaba haciendo la revolución.

«No teníamos otra opción. Nuestro único objetivo era combatir el fascismo y ganar la guerra, nada más. Desde luego, la colectivización obligatoria causó muchos problemas con los pequeños propietarios. Con el tiempo, tal vez con años de propaganda, hubiéramos podido demostrarles que podían producir más gastando menos energías. Las cooperativas no habrían servido igual: la tierra hubiese seguido dispersa en parcelas, con el consiguiente despilfarro de tiempo para ir de unas a otras… no eran ni mucho menos la solución económica correcta…»

Al igual que Mas de las Matas, la colectividad adquirió una trilladora canjeándola por aceite de oliva. Además, el pueblo administraba las minas de lignito locales, de las que se habían hecho cargo los obreros, y vendía el carbón a Barcelona. De esta forma tenía una útil fuente de ingresos para procurarse los alimentos que no producía la misma colectividad. Pero en Alloza quedó vívidamente demostrado un problema que padeció el experimento colectivista casi en todas partes: la escasez de administradores. Ángel Navarro recordaba que la mayoría de los nombrados para el comité de la colectividad eran derechistas.

«El hombre que llevaba las cuentas y se encargaba de todo el papeleo, el que compraba y vendía por cuenta de la colectividad, era un falangista. Cuando tomaron el pueblo, los nacionalistas le nombraron alcalde. ¿Qué otra cosa podía esperarse? Antes de la guerra, nosotros, los pobres, teníamos una sola preocupación: salir a trabajar la tierra, mientras los otros, los que tenían educación, dirigían el pueblo…»

MILITANCIAS 11

SATURNINO CAROD, jefe de columna (CNT).

El problema le preocupaba: entre la gente de los pueblos entregados al

experimento colectivista había tantos analfabetos que a menudo, cuando iba a comprobar qué tal funcionaba una colectividad y preguntaba si llevaban las cuentas, no sabían qué quería decirles. Le contestaban que, si necesitaban algo para el pueblo, cogían un camión —que frecuentemente les era prestado por los de la columna Carod— y hacían un intercambio con otro pueblo.

«Parecía casi imposible hacerles entender que era necesario llevar cuentas. Estas necesidades burocráticas eran contrarias a aquella forma romántica e idealista con que de buena fe hacían las cosas…»

Él había argüido en contra de la abolición del dinero, ya que la misma se basaba en la confusión entre el dinero y el capital. El error se vio pronto cuando los pueblos tuvieron que imprimir dinero propio. Y también insistió en la necesidad de llevar cuentas.

«"Sí, sí, ahora ya llevamos cuentas como tú sugeriste", me decían, enseñándome un trozo de alambre doblado en forma de gancho. En el alambre había clavados paquetes de cigarrillos, envolturas de otros productos o trozos de periódicos, en los cuales habían dibujado rayas o trazos. En algunos casos había alguien capaz de firmar con su nombre y a veces quizás encontrabas también el nombre de Alcañiz. Pero nunca el artículo o los productos a los que correspondían las señales. Aún más típica era una caña de bambú partida por el medio, longitudinalmente. En cada parte hacían unas muescas que indicaban lo que se había vendido y comprado, y la mitad correspondiente al comprador coincidía exactamente con la del vendedor. A pesar de su falta de educación formal, y gracias a su inteligencia natural, esta gente obtenía éxitos muy considerables. En lo que hace a organizar el trabajo, nadie podía hacerlo mejor que ellos, ya que, gracias a su larga experiencia en el cultivo de la tierra, sabían qué había que hacer y cómo…»

Hijo de un jornalero sin tierra del pequeño pueblo de Moneva (cerca de Muniesa, en donde estaba ahora el cuartel general de su columna), el mismo Carod había sido analfabeto hasta cumplidos los 20 años. Había comenzado a ganarse el sustento a los 6 años. A veces, para ayudar a mantener una familia de once hermanos y hermanas, había tenido que pedir limosna o dedicarse a buscar caracoles, hongos comestibles, hierbas o cualquier otra cosa que pudiera encontrar. A los 12 años labraba la tierra por cuenta de un campesino que poseía una propiedad mediana. Más tarde, fue siguiendo la cosecha de trigo a través de la meseta castellana, trabajando con una hoz. Al igual que otros muchos aragoneses, a los 18 años ya había tenido que abandonar el pueblo. Fue al acabar la primera guerra mundial. Atravesó Francia y en la frontera alemana, al ver las enormes cantidades de marcos que daban a cambio de un puñado de pesetas, se asustó y

regresó a España. Finalmente, llegó a Barcelona y empezó a trabajar en el ramo de la construcción. En Barcelona, también como muchos inmigrantes aragoneses, ingresó en la CNT. Asistía a las reuniones del sindicato, hablaba en ellas pero se esfumaba cuando advertía la posibilidad de que le eligieran para ocupar algún puesto sindical. Maurín, que a la sazón era de la CNT y que después sería secretario general del POUM, descubrió por qué lo hacía y sugirió a sus compañeros de trabajo que recortasen los titulares de los periódicos para enseñarle a formar sílabas y a pronunciarlas. Fue la peor época de la represión que el gobierno y los patronos descargaron sobre la CNT de Barcelona[44] y pronto tuvo que huir a Francia. Su grupo iba camino de dar muerte a un patrono cuando se cruzó en la calle con un sacerdote que llevaba el viático e iba acompañado por la policía.

«Nos negamos a arrodillarnos, como era costumbre hacer, o a obedecer las órdenes de la policía. El patrón tras el que íbamos era un malvado que se negaba a reconocer al sindicato o a atender las peticiones de los obreros. Al negarnos a hacer lo que la policía nos decía, se armó un tiroteo y nos dispersamos…»

A raíz de la amnistía decretada al proclamarse la república, regresó del exilio y se fue a vivir y trabajar a Zaragoza. Pronto fue elegido para el comité regional de la CNT. Aceptó con la condición de que el comité se encargase de organizar a los campesinos. Él siempre se había sentido campesino, pero sabía que dentro de la CNT, a pesar de la fuerza inmensa que tenía entre las masas rurales de Andalucía, había hostilidad no sólo hacia el terrateniente —cosa que era comprensible— sino también hacia el pequeño propietario rural. Como delegado de propaganda, inició una serie de mítines públicos en los pueblos aragoneses con el fin de organizar a los pequeños propietarios.

Al empezar la guerra se opuso a la colectivización total, ya que sabía que muchos de los que luchaban en su columna eran pequeños propietarios y que en la misma se hallaban representadas muchas tendencias distintas: republicanos, socialistas, liberales, católicos, libertarios. Colectivizar, arguyó en un pleno regional de la CNT, podía provocar disensión entre el campesinado no libertario y los que combatían en el frente. Sabía de sobras de qué modo los pequeños propietarios se aferraban a su parcela de tierra.

«Es parte de su ser, algo que le tiene esclavizado. Privarle de la parcela es como arrancarle el corazón. No debía obligársele a renunciar a ella para ingresar en una colectividad…»

Las colectividades, formadas con tierras comunales y las propiedades de los que habían huido, debían servir de ejemplo para el futuro. Más que obstaculizar a

los pequeños propietarios individualistas, debía ser una ayuda para estimularlos con el ejemplo[45]. Mientras tanto, lo que haría el pequeño campesinado sería formar cooperativas.

Pero una vez se hubieron formado colectividades, su deber consistía en hacer todo lo posible para apoyarlas. Al final se encontró con que suya era la responsabilidad de dirigir la guerra en su sector y ayudar a las colectividades de la retaguardia. Se valió de su influencia entre sus compañeros de la retaguardia misma para que las necesidades de los campesinos fuesen atendidas rápidamente y sin complicaciones burocráticas; prestó camiones y técnicos a las colectividades e hizo un viaje especial para hablar con el secretario del comité nacional de la CNT, Mariano Vázquez, al que sugirió que se enviase a las colectividades contables o personas capaces de llevar las cuentas.

Convencido de que el capitalismo favorecía a la megalópoli a expensas del pueblo rural aislado y estancado, y convencido también de que ni uno ni otro representaban el futuro postcapitalista, se entregó a la tarea de convertir en realidad una visión revolucionaria de su propia cosecha: la creación de una agrociudad. Su finalidad era tanto económica como social. Creando una economía rural viable, sería posible impedir que la gente emigrase de unos pueblos que ya no correspondían a la necesidad histórica, pero en los que la gente seguía llevando una existencia miserable, privada de los medios más elementales para satisfacer sus necesidades humanas.

Escogió el pueblo de Muniesa, donde tenía instalado su cuartel general, porque las comunicaciones por carretera eran buenas, y empezó a construir instalaciones para la cría de gallinas y conejos, y luego cerdos y ganado. Los albañiles y carpinteros que servían en su columna trabajaron en sus oficios respectivos, mientras que los milicianos sin oficio concreto y un puñado de campesinos trabajaron como peones.

«Al lado de la granja había un molino de harina en el que me gasté el equivalente de casi 200 000 pesetas para acondicionarlo y reequiparlo con el fin de moler los granos que se cultivaban en la región. Mi propósito era que todos los desperdicios del molino se utilizaran como pienso para el ganado de la granja. Pronto terminamos dos grandes bloques para la cría de conejos y una incubadora con capacidad para 24 000 gallinas cada veintiún días…»

Aquí encontraría trabajo el campesinado de las zonas remotas. Pero era necesario crear puestos de trabajo para las mujeres, ya que a menudo, cuando ellas emigraban, los hombres también lo hacían. Planeó desarrollar la apicultura de la región y utilizar la miel para la fabricación de dulces y turrones, con lo que habría

trabajo para las mujeres, así como montar una pequeña fábrica de conservas cárnicas.

«A pesar de todo lo que se dice sobre la liberación de la mujer, hay que tener presente el papel social de la misma, particularmente como madre, y evitar que haga trabajos para los que hace falta una gran fuerza física. No estaba bien que una mujer sola que necesitara ganarse la vida tuviera que trabajar la tierra igual que un hombre…»

El objetivo social de la agrociudad era dar a los pueblos las instalaciones educativas y recreativas que tanta falta les hacían. No se trataba de montar solamente escuelas, sino también teatros, cines, bibliotecas. Tenía presente que cuanto mayor era una ciudad, menos frecuentes eran las relaciones entre los habitantes y mayor su deshumanización.

«La solidaridad debería ser algo primordial en todas las sociedades humanas. En una ciudad de 15 000 a 30 000 habitantes, más o menos todo el mundo se conoce, respeta al vecino y gustosamente echa una mano cuando hace falta…»

El comité nacional de la CNT envió a unos técnicos extranjeros para que vieran lo que estaba haciendo. Según recordaba Carod, dichos técnicos valoraron el proyecto en nueve millones de pesetas.

«Apenas si habíamos gastado algo. Entonces me pidieron los planos. Les dije que lo sentía. Me aseguraron que sólo los utilizarían para estudiar lo que estábamos haciendo. Finalmente, tras un rato de tira y afloja, les dije: "Nadie puede ver los planos porque están aquí… en mi cabeza". Y era verdad. Cuando iba a la granja, les decía a los albañiles: "Aquí me hacéis una sección de tanto por tanto; la utilizaremos para criar gallinas". Las ideas generales eran mías, pero los que las llevaban a la práctica eran obreros especializados, milicianos y campesinos… Tal vez fuéramos unos soñadores. Unos utópicos. Sí, todos nosotros; pero recuerde que hasta el liberalismo fue una utopía antes de hacerse realidad, y entonces lo que pareció una utopía fue el socialismo. Estábamos, y estamos, convencidos de que algún día la utopía nuestra (quizá la más utópica de todas) se haría realidad, porque si no es así, el hombre no estará contento…»

Al igual que Carod, había otros a quienes preocupaba la falta de administradores capacitados. Félix Carrasquer, el maestro de la FAI que el día del alzamiento militar estaba exponiendo en Barcelona su plan para una escuela popular de la CNT, puso la idea en práctica en su Aragón natal. Por propia iniciativa, creó en Monzón un internado pura unos 60 estudiantes de 14 a 18 años.

Todos ellos eran hijos de campesinos y habían sido elegidos por sus respectivas colectividades para seguir los cursos de seis meses. El objeto de los cursos era prepararlos práctica y teóricamente para la administración de colectividades.

Cada domingo la escuela se desplazaba a otros pueblos. Carrasquer observó la diferencia entre los que habían colectivizado espontáneamente y los demás. Las cosas iban bien en los primeros, donde la CNT había organizado a los pequeños propietarios rurales, los cuales tenían experiencia en administrar sus propiedades. Pero allí donde las colectividades las formaron los milicianos de la CNT porque estaban cerca del frente o donde la colectivización se había hecho por la fuerza, las cosas solían ser muy distintas. En más de una ocasión le pidieron que resolviera disputas.

«"Tenéis que dejar en paz a la gente para que decida por sí misma lo que quiere hacer", les recordaba a los anarcosindicalistas fanáticos que querían imponer la colectivización a los pequeños propietarios. Pero no era un problema muy extendido, ya que aproximadamente no eran más de 20 los pueblos donde la colectivización era total y no se permitía a nadie quedar fuera de ella…»

En febrero de 1937, algo tarde en comparación con Cataluña o Levante, la CNT celebró un congreso extraordinario en Caspe con el fin de estudiar la creación de una federación regional aragonesa de colectividades. Carrasquer asistió en calidad de delegado. Estaba convencido de que una federación era necesaria. Cada colectividad tenía la costumbre de enviar sus propios productos en su propio camión a Barcelona u otra parte para intercambiarlos. Sin una federación, no podía haber solidaridad, sentido comunitario de la autogestión. Pero costó muchísimo convencer al congreso.

«Conociendo a nuestros militantes, sabiendo que cada uno de ellos querría pronunciar su discurso, dejé que primero hablasen todos. Luego me puse en pie. Dije que el "cantonalismo" de las colectividades presagiaba la ruina del movimiento. Una colectividad rica podía vivir bien, una colectividad pobre encontraría dificultades para alimentar a sus miembros. "¿Es eso comunismo? No, es todo lo contrario. ¿Quién es culpable si un pueblo tiene buena tierra y el de al lado la tiene mala?" El congreso quedó persuadido de la necesidad de crear una federación regional. Entonces formulé la necesidad de una federación nacional. "Pero si acabas de convencernos de que hace falta crear una federación regional y ya quieres destruirla", fue su reacción. Fue un ejemplo de los problemas con que se enfrentaba el movimiento…» [46]

En una colectividad, la autonomía autogestionada podía convertirse en la autonomía de los «administradores» sobre los «administrados». Por lo menos esta

era la experiencia de Fernando Aragón y de su esposa, Francisca, ambos fieles partidarios de la CNT, de la importante colectividad y centro de distrito de Angüés, a poca distancia del frente de Huesca, en el norte de Aragón. Aragón, que era pequeño propietario y jornalero, hacía casi veinte años que había ingresado en la CNT, en Barcelona, y habría dado la vida por defenderla, ya que odiaba a la burguesía desde que tenía uso de razón. «Una piedra en un camino no vale mucho, ¿verdad? Bueno, pues yo le digo que ni siquiera una piedra le daría a un burgués…»

La colectividad creada en Angüés era total. A nadie le estaba permitido quedarse fuera. Aragón recibió con agrado la creación de la colectividad. ¿No era éste el momento que esperaban desde hacía tanto tiempo? El momento en que por fin se habían librado de la burguesía, especialmente de la media docena de terratenientes que tenían hasta 200 hectáreas cada uno, de la mejor tierra, y que habían estado oprimiéndole a él y a sus compañeros de trabajo.

«Cuando recogimos la cosecha de trigo (que era excelente porque habíamos trabajado mucho y la lluvia había sido oportuna) supimos que teníamos razón: todo aquel grano que se había sembrado, recogido y trillado con nuestro trabajo, antes beneficiaba a los terratenientes que no daban golpe. Qué triste pensar en lo que antes nos hacían aquellos terratenientes. Qué felices nos sentíamos ahora al ver que el fruto de nuestro trabajo beneficiaría a la colectividad, a todo el pueblo…»

Tres o cuatro propietarios de fincas grandes trataron de abandonar la colectividad, pero el comité controlaba todas las fuentes de semillas y fertilizantes y, ahora que el dinero estaba abolido, no podían comprarlos en ninguna otra parte. Tuvieron que seguir en él. Pero trabajaban de mala gana, sin poner en el trabajo el corazón, las esperanzas que Fernando Aragón y sus compañeros ponían en el futuro. Sin embargo, pronto observó que no eran sólo estos campesinos los que no tenían ganas de trabajar: eran los 20 y pico de hombres —«habrían bastado tres o cuatro»— que formaban el comité del pueblo. Los más jóvenes se paseaban con la pistola al cinto. Ponían cara de revolucionarios, «pero no trabajaban como tales». Los de más edad que trabajaban en los campos comentaban que entre ellos había varios que ya no podían trabajar duramente, pero que podían encargarse de algún trabajo en el comité. (Aragón se excluyó del mismo porque era analfabeto y sabía que para ser del comité era necesario tener alguna instrucción.) Pero había algo aún peor: los del comité se estaban forrando los bolsillos y la totalidad de los mejores alimentos iba a parar a sus casas. La colectividad producía cantidades considerables, satisfacía todas las necesidades del pueblo, salvo en las ocasiones en las que el comité se negaba a distribuir las existencias. Francisca, la esposa de Aragón, dio a luz gemelos. Como esperaban un solo niño, no tenían ropa suficiente. Fernando fue al comité y les expuso su necesidad.

«Me rechazaron. "Si te damos algo, todas las preñadas vendrán a pedirnos cosas". "¿Eso es la revolución?", les dije. Sabía que hubieran podido darme algo, aunque sólo fueran unas cuantas prendas de vestir. "¿Para esto estamos luchando contra los fascistas? ¿Para esto trabajo yo en la colectividad? ¿Para que se me niegue lo poco que pido para un recién nacido? Hasta que no me deis ropa para el pequeño, no trabajaré un solo día". Eso no les gustó; sabían que yo llevaba mucho tiempo en la CNT. Al final cedieron…»

Pero la cosa no terminó aquí. Uno de los gemelos enfermó de los riñones. Como no tenía fe en el médico local, Francisca quería que al pequeño lo viera un médico de Barbastro, la ciudad que estaba más cerca, a 30 km. Fue a ver al comité.

«Siempre había media docena allí… todos hombres. Ni una sola mujer pertenecía al comité. Me negaron el transporte, diciéndome que lo necesitaban en el frente. Me dijeron que fuera andando. Tenían tres o cuatro coches expropiados a la burguesía y siempre se paseaban en ellos. Me enfadé y les pedí dinero para poder ir a Barbastro por mis propios medios. Me dijeron que no. "Vuestra fue la idea de abolir el dinero para que todos fuéramos iguales. ¿Qué clase de igualdad es ésta? Vosotros os paseáis en automóvil cuando yo necesito llevar a mi hijo al médico". Siguieron diciéndome que no…»

Era hija de un militante de la CNT, su primer marido había muerto violentamente durante una huelga en Barcelona, ella había ayudado a su cuñado, también cenetista, a escapar de un buque en el que era deportado, junto con otros, a raíz de la gran huelga de tranvías ocurrida en Barcelona en 1933. Pero no se sentía capaz de decir una sola palabra de alabanza para la revolución tal como ella la vivió en Angüés. Perdió a los dos gemelos: pillaron el sarampión y murieron.

«El descontento era grande. Las mujeres hablaban de ello. Nosotras salíamos a trabajar los campos, y así debía ser. Pero ¿por qué no tenían que ir las esposas de los del comité? Si las cosas seguían de aquella manera, tendríamos que librarnos del comité. Quería irme, pero no podía. No teníamos dinero ni medios. Por si fuera poco, el comité había apostado vigilantes en las carreteras. Era el terror, la dictadura…»[47]

«No había forma de quitarse de encima a aquellos miembros del comité. Ellos tenían las armas —recordaba Aragón—. No podíamos votar para echarlos. Sólo convocaban asamblea general cuando uno de ellos se hartaba y quería marcharse. O bien cuando había que tratar algo muy importante. De una cosa estoy convencido: si hubiéramos ganado la guerra, los trabajadores habríamos tenido que empezar otra para librarnos de esa gente que sólo se preocupaba de sí misma. Habríamos hecho otra revolución, no había otro modo. Mientras ello no

fuera posible, seguiría trabajando; nada podía quitarme la fe en la colectividad en sí. Hubiese luchado y dado la vida para defenderla. Pensábamos que sería necesario hacerlo cuando llegasen los comunistas. Porque, a pesar de todo, aquéllos fueron los mejores años de mi vida…»

A juicio de los detractores de las colectividades aragonesas, la experiencia de Fernando Aragón era más o menos típica; para sus partidarios resultaba excepcional, aunque innegable. Ciertamente era excepcional por tratarse de una de las pocas colectividades donde se obligó a ingresar a todo el mundo. Para Fernando, lo de total se convirtió en totalitario[48]. Lo que estaba en juego era una democracia interna que expresaba directamente la voluntad de la colectividad. La única forma de impedir que los elegidos se comportasen arbitrariamente era tomando las medidas necesarias para su destitución en el caso de que no cumplieran la voluntad de la mayoría. Pero tal dispositivo no formaba parte de la estructura de las colectividades y, por consiguiente, se dependía demasiado de la «buena» (o «mala») fe de los que ocupaban puestos de responsabilidad.

«Al intentar crear su sociedad libre, los anarquistas se vieron obligados a emplear la fuerza. He visto acudir a mí campesinos casi llorando de rabia que me decían que no estaban contra las colectividades, "pero me lo han quitado todo, me han obligado a ingresar y eso es dictadura". En algunas de las asambleas a las que asistía, había hombres que paseaban de un lado a otro, pistola en mano…»

Antonio Rosel, un fundidor comunista que gracias a la CNT había conseguido escapar de Zaragoza tres meses después de que comenzara la guerra, visitaba pueblos del bajo Aragón en representación de la UGT, para resolver problemas conjuntamente con un miembro de la CNT. (En Aragón los dos sindicatos habían firmado un pacto de «unidad en la acción» que, entre otras cosas, estipulaba que ambos «ayudarían y estimularían» a las colectividades libremente constituidas al mismo tiempo que respetarían la libertad de los pequeños propietarios rurales). Hizo hincapié en que el partido comunista *no* se oponía a las colectivizaciones como tales. El partido no ponía ningún reparo en los casos en que, tras la desaparición de un terrateniente, los jornaleros se habían hecho cargo de la finca porque querían trabajarla colectivamente.

«Si todo un pueblo decidía libremente formar una colectividad, pues muy bien. Lo malo era que cualquiera que conociese el bajo Aragón sabía perfectamente que eso de decidir libremente no ocurriría. El campesinado *en masa* no optaría libremente por tal solución, sino que prefería las cooperativas a las colectividades. Era distinto para los jornaleros sin tierra. A la gente había que darle la oportunidad de escoger. Pero los anarquistas quisieron imponer su revolución maximalista desde el principio, e imponerla entre un campesinado que carecía de la

comprensión y la conciencia necesarias para tal revolución. Era una dictadura anarquista…»

Rosel, que de joven había sido anarquista, no se tenía por detractor sistemático del anarquismo. Algún día, cuando el comunismo existiera desde hacía mucho tiempo, podría aparecer la base científica para avanzar hacia el comunismo libertario. Pero no de esta manera. En su opinión, los revolucionarios con una verdadera conciencia revolucionaria habrían entendido que la revolución que se estaba imponiendo en Aragón era contraria no sólo a los intereses de los campesinos, sino también a los de la guerra. Para él, al igual que para el partido comunista, era evidente que primero había que ganar la guerra; la revolución podría hacerse luego. Los anarquistas no sólo intentaban hacer primero la revolución, en detrimento de la guerra, sino que el Consejo de Aragón, como gobierno autónomo, era perjudicial para la conducta de la guerra, la cual, a su juicio, exigía un gobierno central fuerte. «A resultas de ello, nuestras diferencias con los anarquistas eran absolutas».

Unas diferencias absolutas que a la postre se dirimirían con sangre. Lo esencial del problema residía en encontrar una estructura que asegurase la lealtad del campesinado a la causa del Frente Popular *así como* la más alta producción agrícola posible. ¿La colectivización de campesinos a menudo reacios a ella, cuya lealtad podía perderse pero cuya producción, en teoría, podía racionalizarse y controlarse? ¿La empresa privada, que conservaba la lealtad de dichos campesinos (en la medida en que fueran leales a una república que había hecho poquísimo por ellos) pero les permitía acumular o apartar una parte de sus cosechas, parte que llegaba a las grandes ciudades solamente a través del mercado negro?

La dominación anarquista de Aragón fue derrocada a los trece meses de estallar la guerra, por lo que no duró lo suficiente para sacar de ella una respuesta concluyente. No podía considerarse prueba definitiva una producción a la que se había medido solamente en relación con la cosecha de grano de un año en una región que, como era el caso de Aragón, era conocida por las fluctuaciones de su rendimiento agrícola. (No obstante, conviene tener en cuenta que la única cosecha de trigo recogida en Aragón bajo la colectivización —la del año 1937— mostró un aumento del 20 por ciento sobre la del año anterior, que había sido buena, mientras que en Cataluña, donde la colectivización agraria estaba menos extendida, descendió en el mismo porcentaje[49]. Más importante es el hecho de que la tierra sembrada con trigo en Cataluña descendió hasta en un 30 por ciento en la provincia de Lérida y un 25 por ciento en la de Tarragona, en 1937, comparada con el año anterior.)[50]

La colectivización, llevada a cabo bajo el amparo general, si no

necesariamente la gestión directa, de las columnas de milicianos de la CNT, representó el intento que una minoría revolucionaria hizo para controlar no sólo la producción, sino también el consumo, por razones igualitarias y por las necesidades de la guerra. En esto las colectividades agrarias se diferenciaron radicalmente de las industriales, las cuales solamente regulaban la producción. Mucho antes de que en Barcelona se impusiera el racionamiento, las colectividades aragonesas se lo impusieron a sí mismas, aunque se beneficiaron de la cosecha de trigo recién recogida y que les sirvió a guisa de capital inicial. Fue un racionamiento con un efecto redistributivo: en general, la gente comía mejor. El control limitó la inflación, la especulación privada y la acumulación, y dio salida a la producción sobrante. A pesar de que la juventud iba al frente —la juventud que formaba el grueso de la minoría revolucionaria—, la productividad se mantuvo, cuando no se incrementó. Se mejoró la enseñanza y se introdujeron logros culturales muy queridos por los libertarios. Puede que para la minoría revolucionaria amaneciese un nuevo mundo, un mundo de conquistas revolucionarias que la movilizaban contra el enemigo común. Pero ¿era ésta la respuesta óptima a las necesidades de la guerra revolucionaria?

La falta de una estrategia libertaria en relación con la pequeña burguesía volvió a ponerse en evidencia. Coaccionar a los campesinos para que se unieran a las colectividades no sólo era contrario a la ideología revolucionaria, sino que tampoco era el modo de asegurarse su lealtad. Había otras formas de controlar la producción y el consumo[51]. Muchos libertarios aragoneses pudieron darse cuenta de que las colectividades funcionaban mejor cuando eran voluntarias.

El control igualitario resultante de la colectivización se vio viciado en parte por su localismo. Si bien el localismo era una fuente de identidad comunal, también era contrario al igualitarismo —coexistían colectivos «ricos» y «pobres»— e impidió la aparición de un poder revolucionario efectivo. (El intento del Consejo de Aragón para aportar una estructura coherente no tuvo éxito y, aparte de otros defectos, representó un «cantonalismo» corregido y aumentado). Los elementos utópicos del experimento, especialmente la abolición del dinero complicaron las cosas. La arbitrariedad de algunos comités indicaba los límites de la democracia libertaria, límites que sólo podían superarse mediante delegados elegidos y revocables que fueran responsables ante una asamblea general. Así, pues, la colectivización adolecía de serios defectos incluso como forma de comunismo de guerra.

Aragón debía dar ejemplo de anarcosindicalismo al mundo. Podría haberlo conseguido si la revolución en la retaguardia hubiese sido capaz de iniciar y sostener una guerra revolucionaria en el frente. Entonces la revolución y la guerra habrían encontrado su síntesis ejemplar. Pero esto no sucedió[52]. La revolución

libertaria no hizo lo único que podía haberle garantizado el éxito: derrotar al enemigo, hacerle retroceder.

Dentro del campo republicano, la principal lucha que se desarrollaba era la que pretendía el dominio político sobre el movimiento revolucionario popular. Siendo así, era de esperar que los anarcosindicalistas se viesen atacados en Aragón igual que en otras partes.

Mediante un Decreto de Reforma Agraria fechado en octubre de 1936, el ministro comunista de Agricultura expropió para el estado, sin compensación, toda la tierra propiedad de los involucrados en el alzamiento militar. A los pequeños arrendatarios asentados en la tierra expropiada se les concedió el usufructo perpetuo de su tierra, sujeto a ciertos límites de extensión. Allí donde no había tales pequeños arrendatarios, el usufructo se dio a las organizaciones campesinas y agrícolas, para que trabajasen la tierra colectiva o individualmente, según decidiera la mayoría.

La república no había llevado a término la reforma agraria. Pero los comunistas, al mes de entrar en el gobierno, ya la habían legislado. Dar tierra a los campesinos era algo que encajaba perfectamente en la fase histórica representada por la revolución democrática burguesa.

El periódico del partido en Valencia, *Frente Rojo*, saludó el decreto calificándolo de «la medida más revolucionaria que se ha tomado desde el levantamiento militar». Lo que al periódico se le escapó fue que esta «medida más revolucionaria» en buena parte ya la habían tomado los jornaleros y los campesinos militantes sin esperar a ningún decreto. Su verdadera importancia residía en el hecho de que daba al campesino un derecho *legal* a la tierra que él mismo había confiscado y en que fue el único reconocimiento *de jure* que en toda la zona del Frente Popular se dio a una conquista revolucionaria.

La aplicación del decreto dentro de los límites prescritos exigía, en opinión del partido comunista, una «lucha firme y tenaz contra los elementos incontrolados que, en nombre de la "revolución" y del "comunismo libertario", trataban de someter el campesinado a una nueva opresión»[53]. Al considerar expropiables sólo aquellos propietarios que hubieran intervenido en el levantamiento militar, el decreto no hizo nada en relación con los caciques locales y los propietarios rurales que tenían jornaleros a su servicio, elementos todos estos que, si bien no habían intervenido en el alzamiento, antes de la guerra habían participado activamente en la explotación y represión de jornaleros y campesinos. Los anarcosindicalistas y la Federación de Trabajadores de la Tierra, que era socialista de izquierdas, criticaron esta omisión. La federación la criticó de forma especial, exigiendo que se

subsanase. El partido comunista se negó rotundamente a hacerlo. La necesidad de formar una «retaguardia de acero», como dijo *Frente Rojo*, entrañaba la defensa del campesinado derechista al igual que la del republicano, pese a que la protección de los primeros por parte de los comunistas forzosamente exacerbaría las fricciones a nivel de pueblos, donde la gente tenía mucha memoria. Al control, por muy defectuoso que fuera, del consumo y la producción agraria propuesto por los libertarios, el partido comunista opuso la libre empresa campesina dentro de los límites de extensión impuestos por el decreto.

El realismo de los campesinos —su aceptación (mostrada por los pequeños propietarios rurales hostiles a la colectivización en Mas de las Matas y Alloza) de la inevitabilidad de los controles y restricciones en tiempo de guerra— dio a entender que la polarización comunista en defensa del campesinado era innecesariamente marcada. Cuando de libre empresa se trataba, los campesinos depositaban su confianza en los verdaderos capitalistas que estaban al otro lado de las líneas.

A partir de principios de 1937 hubo choques a causa de la colectivización y muertes en Castilla, Levante y Cataluña. En enero se registró un incidente particularmente sangriento en La Fatarella, población catalana cercana al río Ebro, donde fueron muertos unos 30 campesinos que se habían opuesto a la colectivización. Sin embargo, en junio, Vicente Uribe, ministro comunista de Agricultura, promulgó un decreto declarando legales todas las colectividades rurales «durante el año agrícola en curso». Ello fue necesario para tener la seguridad de que los trabajos agrícolas correspondientes a la estación se llevasen a cabo «tan satisfactoria y rápidamente como fuese posible» y para evitar «fracasos económicos que pudieran enfriar la fe de los trabajadores de la tierra en la forma colectiva de cultivo que libremente escogieron al confiscar las tierras de los explotadores rebeldes». Evidentemente, había ido demasiado lejos la amenaza de socavar las colectividades proferida cuando se acercaba la época de la cosecha[54].

¿Quiénes son los enemigos del pueblo? Los enemigos del pueblo son los fascistas, los trotskistas y los «incontrolables».

JOSÉ DÍAZ, secretario general del PCE

(marzo de 1937).

En una palabra: lo que interesa realmente a Stalin no es la suerte del proletariado español o internacional, sino la defensa del gobierno según la política de pactos establecidos por unos estados frente a otros estados.

La Batalla, órgano del POUM

(Barcelona, noviembre de 1936).

Una de las maniobras de la prensa vendida al fascismo internacional consiste en la calumnia de que son los representantes de la Unión Soviética acreditados ante el gobierno, quienes de hecho dirigen la política exterior de la república española… En su número del 24 de noviembre *La Batalla* intenta suministrar material para las insinuaciones fascistas indicadas.

Nota de prensa del Consulado General Soviético

(Barcelona, noviembre de 1936).

Los anarquistas hemos llegado al límite de las concesiones. Si proseguimos cediendo posiciones, no cabe duda que dentro de poco seremos desbordados, y la revolución pasará a ser un recuerdo más.

La Noche, libertario (Barcelona, marzo de 1937).

El momento es grave y decisivo. Todo el porvenir del proletariado está en juego. El POUM ha lanzado repetidamente la voz de alarma. ¿Será oída por las otras organizaciones revolucionarias?

ANDREU NIN, *La Batalla* (marzo de 1937).

BARCELONA

Sin embargo, no fue en el campo, sino en Barcelona, donde tuvo lugar el choque definitivo entre los puntos de vista contrapuestos sobre la revolución y la guerra. Barcelona no había experimentado la unidad de propósito surgida bajo el fuego enemigo: los amargos pero gloriosos días de la defensa de Madrid. Barcelona estaba más alejada del frente que cualquiera de las demás ciudades republicanas de importancia. La revolución libertaria encontraba resistencia. La tensión política fue en aumento durante la primavera de 1937 y se vio acentuada cuando se hicieron sentir las primeras privaciones ocasionadas por la guerra. La comida escaseaba y se formaban largas colas para comprar pan. En abril hubo una manifestación callejera de mujeres que protestaban por el coste de la vida, que acababa de sufrir un aumento del 13 por ciento sobre los demás aumentos que, desde el comienzo de la guerra, ya habían hecho subir en dos tercios el índice del coste de la vida. Cataluña nunca había sido autosuficiente en lo que a la alimentación se refería y antes de la guerra su densidad demográfica era casi el doble de la de toda España. La presión aumentó a causa de la masiva llegada de refugiados, especialmente a raíz de la caída de Málaga en febrero de 1937. Teniendo que alimentar a la ciudad más grande del estado, el asunto de la comida se hizo crítico. La organización cenetista de aprovisionamiento, basada en un sistema de intercambios, había sido suprimida «de un plumazo» cuando Joan Comorera, el líder del PSUC, pasó a ocupar la cartera de Abastecimientos del gobierno de la Generalitat en diciembre de 1936. «Idiotas», dijo a sus compañeros Josep J. Doménech, su predecesor de la CNT, «¿no veis que los que llenan los estómagos son los que influyen en las mentes? Con esta mezquina maniobra habéis destruido todo lo que hemos creado en los últimos meses»[55].

Comorera acusó públicamente de incompetencia a su predecesor. Doménech replicó. El líder del PSUC estaba aboliendo los controles que éste había creado y estableciendo un mercado libre de alimentos.

«Yo sabía que, si no se controlaban los suministros, surgiría un mercado negro. Yo practicaba una especie de dictadura sobre los suministros y los precios. Ya había organizado el envío de siete buques cargados de alimentos y otros artículos de primera necesidad desde la Unión Soviética. Diciendo que había escaseces, Comorera fue el causante de que las hubiera, ya que la gente se apresuró a comprar todo lo que podía. Dos meses más tarde tuvo que introducir el racionamiento, cosa que yo había querido evitar, aunque hice imprimir cartillas por si hacían falta. Y cuando llegaron los buques rusos, como llegaron todos menos uno, estando él en el cargo, los recibió como si los envíos los hubiese organizado él…»

Comorera replicó diciendo que su predecesor había contraído deudas por valor de 36 millones de pesetas, la mitad de las cuales él había pagado ahora. Había existencias de trigo para un mes y los retrasos en la distribución se debían a la lentitud de la descarga. Pere Riba, colaborador íntimo de Comorera, fue llamado al puerto de Barcelona. Una llamada telefónica le informó de que un grupo anarquista había incautado un cargamento de harina. Se enfrentó a ellos y les dijo que la harina pertenecía a la Generalitat. «No reconocemos a la Generalitat ni a nada que tenga que ver con ella». Se entabló una discusión, sonó un disparo y el ayudante del conductor del camión, que estaba al lado de Riba, cayó muerto.

«¿Cómo podías organizar, consolidar la revolución con gente como ésa? Comorera me envió a Londres y Marsella para que cerrase las oficinas comerciales de los libertarios[56]. Tal como la concebían los anarquistas, la exportación consistía en confiscar un cargamento de champán, otro de medias negras, otro de esto o de aquello, cargarlo en un mercante y enviarlo a Londres para venderlo. El propietario del champán, que había huido a Inglaterra, obtuvo una orden judicial sobre el cargamento, que fue embargado por orden de un tribunal inglés. Pero lo que más me llamó la atención fue la ingenuidad que representaba enviar medias negras a Inglaterra, donde con toda seguridad solamente las llevarían las camareras…»

Para el hombre de la calle, la discusión sobre los suministros de alimentos era algo «totalmente bizantino». Residente en Tarragona, Edmon Valles, izquierdista no afiliado y simpatizante de la CNT, recuerda haber pasado hambre bajo ambos sistemas. En Tarragona hubo caos desde el principio cuando la CNT colectivizó la distribución de alimentos. Si el sistema funcionó un poco, a juicio suyo, se debió a que justo entonces se estaba recogiendo la cosecha de trigo y había existencias del mismo. En el invierno de 1936-1937 la gente empezó a pasar hambre.

«Pero los comunistas no demostraron ser más capaces de organizar el aprovisionamiento de comida. Vivir de las raciones significaba pasar hambre. Además, la mala distribución te obligaba a comer sólo habas gruesas durante una quincena, lentejas durante los quince días siguientes, luego garbanzos y así sucesivamente. La falta de comida fue uno de los principales factores del cansancio de guerra que se apoderó de Cataluña. La república fue incapaz de resolverlo…» [57]

Detrás de este asunto, al igual que detrás de todos los demás, estaba la cuestión del poder, el hecho de que la CNT no hubiera consolidado *políticamente* su revolución durante las primeras semanas y meses de la guerra. Habiéndose negado a tomar el poder, los libertarios habían entrado a formar parte del gobierno

de la Generalitat, creyendo que ésta era la mejor forma de proteger su revolución. Con la firme convicción de que el factor determinante era el poder en las fábricas y en las calles, aceptaron tres puestos en un gabinete compuesto por seis liberales republicanos, dos miembros del PSUC y uno del POUM. Al cabo de una quincena, el gobierno decretó la disolución de todos los comités que hasta entonces tenían el poder local en Cataluña y su sustitución por administraciones con una composición política en la misma proporción que la Generalitat. Durante los dos meses siguientes fueron expulsados los comunistas disidentes del POUM (cuyo antiestalinismo les hacía blanco de la Unión Soviética, el Comintern y los comunistas españoles) sin que la CNT protestase. Al cabo de seis meses, los republicanos de la Esquerra y el PSUC se sintieron lo bastante fuertes como para ordenar la disolución de las patrullas de control creadas en los primeros días de la revolución. En el futuro, el cuerpo de policía no pertenecería a ningún partido u organización políticos. Junto con las empresas colectivizadas —muchas de las cuales ya las tenía «en prenda» la Generalitat[58]—, las patrullas de control eran vistas como el último vestigio del poder proletario.

«No más concesiones; no podemos retroceder más», proclamó la CNT, retirándose de la Generalitat. El POUM volvió a pedir un gobierno de obreros y campesinos. La crisis duró tres semanas. Al ser anunciado el nuevo gabinete, se vio que difería poco del anterior. Apenas duró quince días, cosa que no era de sorprender. Miquel Coll, poumista y miembro de las patrullas de control, advirtió las ambigüedades que había en la propuesta de «desarmar la retaguardia».

«Las patrullas, de hecho, ya no eran revolucionarias, ya no servían el fin para el que se las había creado. Sus miembros carecían de disciplina, no cumplían su deber, se habían vuelto negligentes. En términos revolucionarios, la Generalitat hubiese estado acertada al proponer su abolición. Pero la Generalitat (o mejor dicho, el PSUC, que andaba detrás de todo ello y que era un partido comunista sin una onza de comunismo) pensaba de modo muy distinto. Querían el control de todos los cuerpos de policía para así poder ocupar reductos estratégicos, como la Telefónica, que seguía en manos de la CNT…»

Una semana después de la formación del nuevo gabinete fue asesinado Roldán Cortada, destacado líder del PSUC-UGT (y extreintista). La CNT denunció el asesinato, que la UGT atribuyó a «incontrolados» de la FAI. El entierro se convirtió en una masiva demostración de fuerza por parte de los comunistas. Fuerzas del gobierno central ocuparon los puestos fronterizos hasta entonces en manos de la CNT y en Puigcerdà fueron muertos tres anarquistas. Andreu Capdevila, que de simple obrero se había convertido en presidente cenetista en funciones del Consejo de Economía, y que ahora era consejero de Economía de la Generalitat, se quedó horrorizado al ver que los obreros se mataban unos a otros.

Durante una reunión del gabinete, se dirigió a Comorera.

«"No debería permitirse que los obreros sean asesinados por sus hermanos". Sin apenas levantar la voz replicó: "Oh, esto no tiene una importancia especial". No era hombre que sintiese realmente algo por la clase obrera. Era un burgués frío y ambicioso y se había entregado a los comunistas en cuerpo y alma…»

El desfile del Primero de Mayo —que se celebraba por vez primera desde la revolución— fue prohibido por la Generalitat. Mientras en Valencia y otras partes se organizaban grandes concentraciones conjuntas de la UGT y la CNT, los barceloneses fueron a trabajar como de costumbre. Todas las organizaciones estaban alerta. En el sindicato cenetista de trabajadores de la madera, Eduardo Pons Prades oyó decir que el comité libertario de defensa del Poble Sec había ordenado retirar unas cajas que se guardaban en el sótano. Contenían granadas de mano y armas cortas. La chispa que provocó la explosión saltó el lunes 3 de mayo. A la hora de la siesta, fuerzas de policía bajo el mando de su jefe superior, un comunista, penetraron en la Telefónica, en la plaza de Cataluña, que desde el comienzo de la revolución estaba en manos del comité obrero de control dominado por la CNT (comité que, como tal, era reconocido legalmente por el decreto de colectivizaciones). Se produjo un tiroteo, los cenetistas de la Telefónica opusieron resistencia y la noticia se propagó como la pólvora en una ciudad donde ya reinaba la tensión. Pere Riba, el íntimo colaborador de Comorera, conocía la decisión desde hacía días, ya que se había enterado de ella poco después de una reunión del comité ejecutivo del partido.

«"Pedro" [Ernö Gerö[59], el consejero del Comintern cerca del PSUC] asistía siempre a estas reuniones. Quizá fue él quien sacó el asunto a relucir, aunque no puedo decirlo con seguridad, ya que yo no asistía a las reuniones. Ya iba siendo hora de que se diera tal paso. La CNT escuchaba todas las conversaciones telefónicas entre el gobierno central, la Generalitat y el extranjero. No podía permitirse que aquello continuase. Habíamos intentado sin éxito introducir un miembro en el comité de control para que pusiera fin a las escuchas. Así, pues, se decidió tomar medidas más enérgicas[60]. Claro que el PSUC, de haber podido hacerlo, también habría escuchado las conversaciones telefónicas. El partido siempre quiso estar bien informado…» [61]

Desde hacía meses, en los círculos internos del partido se decía sin disimulos que la situación con la CNT-FAI no podía seguir de aquella manera. «A esta gente habrá que eliminarla», le dijo Comorera en cierta ocasión.

Sin embargo, era poco probable que se considerase que había llegado el momento oportuno para tomar medidas tan drásticas. Era más probable que el

PSUC y su aliada la Esquerra esperasen que la CNT, como tan a menudo hiciera antes, protestase verbalmente por la ocupación de la Telefónica y luego la aceptase de mala gana. En vez de ello, la ocupación se convirtió en una prueba de fuerza. La lucha se prolongó intermitentemente durante cinco días. A un lado estaban el PSUC, la Esquerra, Estat Catala y la policía; al otro, la CNT y el POUM.

A los comunistas disidentes del POUM no les hacía gracia el giro de los acontecimientos. No habían querido que sucediera esto. Pero, según Juan Andrade, del comité ejecutivo, una vez hubo empezado, una vez los obreros estuvieron en la calle, «teníamos que apoyarles». Asimismo, el partido se dio cuenta de que la represión iba dirigida hacia él.

«La Generalitat dio un paso contrarrevolucionario al ocupar la Telefónica, pero lo que hizo fue también justo. La CNT actuaba como si fuera la *propietaria* de la Telefónica, controlando las llamadas, escuchando las conversaciones, incluso censurándolas. Semejante estado de cosas no podía seguir…»

Para el PSUC se trataba de un *putsch* llevado a cabo por un grupo de «incontrolados» entre los que había anarquistas y poumistas.

«Estos últimos aportaron la plataforma política para el *putsch* —cuenta Pere Ardiaca, director de *Treball*, el periódico del PSUC—. A mi modo de ver, el asunto presentaba dos aspectos: primero, había que hacer la revolución a toda costa, incluso sacrificando las fuerzas izquierdistas de la pequeña burguesía capaces de ayudar en la lucha antifascista. En segundo lugar, y ahí está para probarlo el periódico del POUM, *La Batalla*, la ayuda de la Unión Soviética estaba pensada para armar a los comunistas con el fin de liquidar a los anarquistas y al POUM e instaurar el comunismo estilo soviético en España… Hoy día creo que es necesario corregir algunas, aunque sólo algunas, de las ideas que los del PSUC teníamos entonces…»

Al amanecer del martes ya se habían levantado barricadas. Trabajadores de la CNT y del POUM tenían en su poder a casi toda la ciudad, con excepción de los alrededores de la Generalitat. Detrás de las barricadas, los compañeros cenetistas explicaron lo que estaba sucediendo a Eduardo Pons Prades, el joven libertario del sindicato de trabajadores de la madera, que acababa de llegar montado en su bicicleta.

«"Los chinos [así llamaban los libertarios a los comunistas] intentan sabotear la revolución. Van a apoderarse de las empresas colectivizadas, los trabajadores no podrán hacer más que trabajar y callar bajo su dominio". Parecía verdad. Un grupo de civiles me detuvo en la calle y cuando les enseñé mi carnet de la CNT gritaron

que era una mierda. "Ya veréis lo que va a pasar. Os pensáis que sois revolucionarios, pero no sois más que una tribu de derrotistas, como os llamó Comorera"…»

Pensó que el recuerdo de Kronstadt y de Ucrania, así como de la liquidación de los anarquistas por parte de los bolcheviques, seguía muy vivo. Dentro del sindicato de trabajadores de la madera el ambiente se parecía al de los primeros días de la guerra.

«"Sólo que esta vez vamos a hacer la revolución como es debido, para que eche raíces profundas y fuertes". En cuanto a los "políticos", su suerte ya estaba decidida: batallones de trabajo donde podrían redimir sus pecados "políticos", de contrarrevolucionarios…»

Destacados anarquistas, comunistas, socialistas y el presidente Companys hablaron por radio apelando para que se pusiera fin a las luchas. García Oliver, ministro cenetista en el gobierno central, que mucho tiempo antes había hecho un llamamiento para que la CNT se hiciera con el poder en Barcelona, llegó de Valencia inmediatamente. En una sensiblera alocución radiofónica proclamó que todos los que habían muerto eran sus hermanos. «Me arrodillo ante ellos para besarlos». Inmediatamente, en las barricadas llamaron a su discurso *La leyenda del beso*, título de una zarzuela.

«"¡Otro Judas!", exclamó Hernández, el líder de los trabajadores de la madera. "¿De qué sirve recordarnos que estamos en guerra?. Eso tendría que haberlo pensado mucho antes… y habernos dejado seguir con la revolución, que es lo nuestro. ¡Como si la guerra significase algo si no podemos hacer la revolución al mismo tiempo!"…»

Al otro lado de las barricadas hubo momentos de desmoralización. Manuel Cruells, nacionalista catalán, sentía el mismo temor que sintiera el 19 de julio cuando luchaba contra los militares: «Vamos a perder, estamos cogidos en una trampa». Desde una barricada de adoquines, pudo ver que los del PSUC resistían en el hotel Colón de la plaza de Cataluña. Ello le hizo concebir esperanzas en el sentido de que tal vez la trampa no se cerraría. En todo caso, él no luchaba para aplastar a la CNT.

«A decir verdad, en aquel momento yo era miembro de la CNT. Ser sindicalista era algo muy distinto de apoyar el anarquismo, la FAI. Yo luchaba para poner fin a la irresponsabilidad de la CNT. Me sentía desilusionado ante la revolución anarquista y sabía que, como nacionalista catalán, tenía que luchar al lado de la Generalitat. Pero no me hacía ilusiones acerca de los comunistas.

Comprendía que Companys no tenía más remedio que seguirles el juego, ya que no podía apoyarse en la CNT, aunque era ésta la que encajaba con la mentalidad de la clase obrera catalana, cosa que sin duda no podía decirse del PSUC…»

Companys anunció un nuevo gobierno formado por cuatro hombres. Cuando se dirigía a tomar posesión de su nuevo cargo como consejero de la Generalitat, fue muerto Antoni Sesé, el secretario general de la UGT. La lucha se intensificó y aumentaron los asesinatos. Camillo Berneri, anarquista italiano y uno de los pensadores libertarios más originales, fue detenido junto con su colaborador Barbieri y asesinado. El gobierno central de Valencia empezó a intervenir, enviando dos destructores al puerto y tomando de la Generalitat el control de la policía y la defensa. En Valencia la CNT contemplaba la situación con gravedad. Era una catástrofe, a juicio de Joan Manent, líder cenetista de Badalona y secretario particular de Peiró, ministro cenetista de Agricultura en el gobierno central. «La situación era tan mala como si hubiéramos ido a perder la guerra al día siguiente. Los comunistas montaron una provocación y la CNT, siempre dispuesta a morder el anzuelo, cayó en la trampa…»

«Pero ¿qué importaban todas estas maniobras y trampas —recordaba Josep Costa, líder del sindicato cenetista de la industria textil de Badalona— si poco a poco nos iban reduciendo a simples espectadores de nuestra propia matanza?. Nos hervía la sangre. Teníamos Barcelona rodeada y habría bastado una palabra para expulsar a los conspiradores comunistas y a sus lacayos de la pequeña burguesía intrigante y venida a menos que saboteaban la revolución. La guerra habría terminado antes, sin duda con la victoria de Franco. Pero nos habríamos ahorrado tener que llegar al mismo resultado dos años más tarde, nos habríamos ahorrado el papel de chivos expiatorios por tantas cosas que no hicimos y de las que luego nos acusaron. Pero la CNT no estaba dispuesta a dar la orden de retirar tropas del frente, puesto que entonces el enemigo habría sacado ventaja. Sólo un hombre hubiera sido capaz de poner fin a la provocación: Durruti. No hubiese vacilado ni un instante…»

Sin que apenas nadie lo supiera, la CNT tenía en Barcelona 500 hombres bien armados y equipados (los únicos que quedaban de los 3000 que habían ido a Madrid en la columna de Durruti). Ahora estaban bajo el mando de Ricardo Sanz, compañero y sucesor de Durruti. Regresaban al frente de Aragón, donde otras unidades de la división ya estaban preparadas para trasladarse a Barcelona. Habían telefoneado a Sanz para cerciorarse de sus intenciones. Replicó que estaba a las órdenes de la CNT, que la organización tendría que decidir. Fue a ver a García Oliver.

«"Escucha", le dije. "¿Qué son estas discusiones y regateos? ¿Qué hay que

hacer? La división…" "Ah, no, de eso nada", replicó. No necesité oír más. Ninguno de mis soldados intervino para decapitar al movimiento reaccionario que era causante de todo ello. En su lugar, nuestros representantes en el gobierno central pidieron un alto el fuego. Mis sentimientos personales no venían a cuento. Yo era un hombre disciplinado, un jefe militar…»

Los líderes de la CNT siguieron pidiendo que se pusiera fin a la lucha. Wilebaldo Solano, secretario de la JCI, movimiento juvenil del POUM, acompañó a Nin a ver a los líderes del comité regional de la CNT. El dirigente del POUM les explicó que se encontraban en un momento de ruptura: la clase obrera se había levantado en armas. El movimiento había empezado espontáneamente y una de dos, seguía adelante o retrocedía.

«Nosotros creíamos que debíamos iniciar la ofensiva, exigir la dimisión de la Generalitat, afrontar el problema de crear un gobierno de las organizaciones obreras… para conquistar el poder…»

Solano pensaba que los medios estaban a mano. En el norte de la ciudad, en el barrio de Gracia, no había habido ninguna dificultad para formar una columna CNT-POUM que estaba dispuesta para avanzar sobre el cuartel general del PSUC y la Generalitat.

«"Sí, todo eso es muy interesante", dijeron los líderes de la CNT. "Pero no hay que dejar que las cosas se compliquen demasiado". Sus miembros ya habían "enseñado los dientes", como dijo uno de ellos. "Ahora Companys reflexionará sobre la cuestión. Probablemente la situación cambiará, se hará más radical y entonces plantaremos cara al PSUC y a toda esa pandilla". Nin volvió a sus explicaciones. La revolución había llegado a una encrucijada. No se trataba de simples cambios en el gobierno. Estábamos en guerra con Franco y podía ser que en el resto de la España republicana no se entendiese la situación catalana. La revolución tenía que dar un paso hacia una fase más avanzada. Así había que explicarlo por radio y en la prensa. Era algo urgente. En efecto, propuso que se formara un comité de enlace que dirigiera la lucha, formulase programas, se ocupara de los problemas relacionados con el poder. Pero no insistió en ello, esperando ver cómo reaccionaban… Dijeron que no, que íbamos demasiado lejos. Nin siempre decía cosas interesantes y le apreciaban, ¡pero esto era dramatizar los acontecimientos! Rehusaron llegar a un acuerdo. Cuando nos levantamos para marcharnos, uno de ellos nos dio unas palmaditas en la espalda y dijo: "Hemos pasado una agradable velada juntos". No lo olvidaré mientras viva. En unas pocas horas había cruzado la ciudad dos veces, yendo de barricada en barricada, sólo para que me dijese lo agradable que había resultado la velada…»

Una pequeña organización anarquista que se llamaba los «Amigos de Durruti» se opuso abiertamente a los líderes de la CNT, pidiendo que se crease una junta revolucionaria y que el POUM participase en ella, ya que estaba del lado de los obreros. Hasta entonces, sus relaciones con el POUM habían sido marcadamente frías. La llamada tuvo poco eco[62]. Lo que de veras pesaba en la CNT eran los comités de defensa de barrio, los militantes de mediano nivel que habían hecho la revolución al apoderarse de fábricas y lugares de trabajo en los primeros días. Ahora tenían la sensación de que se estaba traicionando su revolución. Frustrados ante el auge de un partido comunista oficial allí donde antes les había desafiado seriamente, furiosos al ver que gran número de pequeños burgueses, sus enemigos, eran aceptados por los comunistas, estos militantes no luchaban en pos del poder político, sino para aplastar al PSUC y a sus aliados.

«Ellos eran los que habían movilizado al pueblo al ser atacada la Telefónica, ellos eran los que tenían armas, los primeros que guarnecieron las barricadas —recalca Solano—. Posteriormente, a los "Amigos de Durruti" se les ha pintado como el grupo perfecto de anarquistas que había evolucionado hasta el marxismo. Un mito seductor, pero mito al fin y al cabo…»

Solano sabía que los jefes del POUM no tenían ninguna confianza en ellos. En su barrio, el comité CNT-POUM se disponía a ordenar que su columna, en la que había cadetes de la escuela de oficiales, iniciara la marcha hacia el centro cuando llamaron por teléfono al líder de la juventud poumista.

«Era Nin. Me dijo que no diera la orden. Mientras la CNT se opusiera, podríamos tomar el poder militarmente, pero no políticamente. Nin temía, y con razón, que los acontecimientos fuesen interpretados torcidamente en el resto de España. ¡Eran tan enormes las disparidades entre Madrid, Valencia y Barcelona! Un gobierno revolucionaria apoyado por un ejército y que controlara la radio hubiese podido explicárselo a los que combatían en los frentes. Aun así, aunque la CNT hubiera estado unánimemente de acuerdo con nosotros, el asunto habría sido arriesgado. Las cosas eran completamente distintas estando solos con las comités de defensa de la CNT, que tenían poco peso fuera de sus respectivos barrios…»

Al POUM le faltaba la credibilidad política necesaria para poner de su lado a la masa de los obreros cenetistas, que, en definitiva, obedecía a sus líderes aunque protestase. Hubiese sido un gran salto romper con sus organizaciones en semejante momento («al fin y al cabo, no se trataba de un congreso sindical que pudieran abandonar para crear una nueva organización y luego proponer la reunificación»). A menudo se olvidaba la diferencia que existe entre ser la oposición dentro de una organización y romper con ésta… «No di la orden, no nos apartamos de las barricadas».

El asunto estaba casi concluido. Juan Andrade, del ejecutivo del POUM, consiguió llegar al seminario, donde el comité regional de la CNT tenía su cuartel general. Lo importante era terminar con la lucha del modo más ventajoso posible.

«"No se trata de tomar el poder, si es eso lo que os preocupa", les expliqué. Estaba convencido de que podríamos haber conquistado el poder, pero no retenerlo, ya que el gobierno central mandaría fuerzas. Pero si la Generalitat era tomada mediante una ofensiva rápida, podríamos utilizarla como palanca en las negociaciones para asegurarnos la inmunidad para todos los que se habían sublevado[63]. Los líderes de la CNT se negaron y me aseguraron que no pasaría nada. Pero ya estábamos convencidos de que cuando terminasen los combates la represión se desataría sobre nosotros…»

Mientras él se encontraba en el seminario, Federica Montseny, la ministro anarquista del gobierno central, hizo otro llamamiento por radio para que cesaran los combates.

«Los militantes de la CNT se enfurecieron tanto que sacaron las pistolas y acribillaron el aparato. Parece increíble, pero sucedió ante mis propios ojos. Estaban absolutamente furiosos y, pese a ello, obedecieron. Podían ser anarquistas, pero cuando se trataba de su propia organización, su disciplina era tremenda. En cuanto se lo ordenaron, empezaron a desmontar las barricadas, incluyendo las nuestras. "Alto, aún no ha llegado el momento de deshacer éstas", les dijimos…»

Al llegar el viernes, la ciudad casi había recuperado la normalidad: de Valencia llegaron 5000 guardias de asalto y se adueñaron de la situación «igual que un ejército conquistador». Los cinco días de luchas, que en conjunto habían sido defensivas, se cobraron un número de bajas desmesuradamente alto: 500 muertos y 1000 heridos. Las bajas aumentaron, después del cese de los tiroteos, a causa de los asesinatos, particularmente de militantes anarquistas.

Los vencedores fueron dos: el gobierno central y el partido comunista. Aprovechando que Largo Caballero se negó a suprimir al POUM por haber «organizado el *putsch* de mayo», el partido comunista, aliado con el ala derecha del partido socialista, consiguió su ya viejo propósito de derrocar al jefe del gobierno, por haber demostrado no ser el líder que los tiempos exigían. Largo Caballero se había mostrado conforme con la estrategia global de los comunistas dirigida a contener la revolución con el fin de seguir la guerra con la (esperada) ayuda británica y francesa, pero no se había conformado ante las exigencias comunistas relacionadas con la dirección de la guerra. Tres meses antes, la caída de Málaga había sacudido al Frente Popular. Al contener la revolución, perdió la base revolucionaria, que en potencia era una fuente alternativa de poder. Pero, al

negarse también a reprimirla, no consiguió hacerse con una base nueva. Simbólicamente, sólo los vencidos, es decir, los ministros anarquistas, le apoyaron en su última crisis.

El nuevo presidente del consejo, el socialista moderado Juan Negrín, no adolecía de ninguno de los titubeos de Largo Caballero. Proseguiría la guerra resueltamente para satisfacer a los comunistas, suprimiría cualquier agitación revolucionaria o autonomista y, al mismo tiempo, seguiría con sus propios y secretos sondeos de paz para negociar el fin de la contienda. Era un distinguido fisiólogo de la alta burguesía; su tremenda vitalidad personal ocultaba ciertas ambigüedades y no dejaba ninguna duda sobre sus calificaciones para ser la más alta expresión de la lucha democrática burguesa.

Los que estaban en el lado derrotado de las barricadas no fueron los únicos vencidos. La Esquerra se vio privada del control de su cuerpo de policía y del ejército por el gobierno central[64] y pronto perdió su *raison d'être* la autonomía catalana.

La CNT perdió su representación en el gobierno central y no tardaría en verse provocada para que se retirase de la Generalitat. Pero al principio fue sobre el POUM sobre quien cayó toda la fuerza del ataque comunista.

El domingo, después de que cesara la lucha, José Díaz, secretario general del PCE, pronunció un discurso en un concurrido mitin que se celebró en Valencia. «¿Quién, sino los trotskistas, inspiraron el *putsch* criminal de Cataluña?», preguntó. Los fascistas se hacían llamar de muchas maneras y una de ellas era trotskistas. «Ése es el nombre que utilizan muchos fascistas solapados para hablar de la revolución y así crear confusión. Todo el mundo lo sabe, el gobierno lo sabe. ¿Qué pretende el gobierno al no tratarlos como fascistas y exterminarlos sin contemplaciones? »

El POUM no era trotskista, como sabían numerosos militantes del PSUC que antes de la guerra habían sido miembros de uno de los dos grupos constituyentes del POUM, el Bloc Obrer i Camperol (BOC)[65]. Era antiestalinista.

«La revolución española empezó justo cuando comenzaban a conocerse los crímenes de Stalin. Se estaban celebrando los grandes procesos de Moscú —recuerda Andrade—. Había un sentimiento de terror e indignación entre la izquierda revolucionaria internacional. El POUM representaba la nueva corriente revolucionaria capaz de detener la marea estalinista, desafiaba al Comintern y a la Unión Soviética. Por eso Stalin tuvo que liquidar el partido…»

«Había militantes del partido que decían que era mejor dejar de criticar a la Unión Soviética. Estaban asustados. Pero nosotros seguimos. Uno de los méritos históricos del POUM es el de haber condenado la política de Stalin, los procesos de Moscú», afirma Solano.

Sin embargo, a juicio de Ignacio Iglesias, director político de *La Batalla*, el partido comunista se habría librado del POUM de todos modos, porque «no podía permitir la existencia de un movimiento comunista independiente».

«No tenía nada que ver con el trotskismo. Aunque hubiéramos sido reformistas situados a la derecha del PCE, nos habrían liquidado. Para nosotros, el partido comunista era burgués y conservador. Nos equivocábamos. No era "derechista" ni "izquierdista", sino que sencillamente actuaba de acuerdo con los intereses de la Unión Soviética…»

En otras partes de la zona del Frente Popular no entendían lo que había sucedido[66]. No obstante, en Madrid, Eduardo de Guzmán, periodista de la CNT, pensaba que se había perdido una gran oportunidad: la posibilidad de subsanar el error inicial cometido por la CNT en julio al no hacerse con el poder, cosa que era esencial para la revolución.

«En Barcelona hubiesen podido aplastar a los comunistas y republicanos y haber seguido adelante con la revolución en todas partes. Entonces la CNT podría haber conquistado el poder en Valencia y en Andalucía, cuando no en Madrid. Con el propósito, desde luego, de llegar a un acuerdo con los demás partidos, un acuerdo que hubiese sido mucho más favorable para nosotros y para la causa revolucionaria que entregarle el poder a Negrín…»

Las hipótesis históricas son interminables. No se hizo así. ¿Quién estaba dispuesto a aceptar la responsabilidad de desencadenar una guerra civil a gran escala dentro de la otra guerra civil cuando todavía quedaban esperanzas de derrotar a Franco? No eran muchos los que opinaban como Guzmán[67]. Era más frecuente una reacción de hostilidad y duda. Nin tenía razón. La antigua y generalizada suspicacia que Cataluña despertaba en el resto del estado español hizo que se interpretase erróneamente la revuelta, que tuvo lugar mientras el enemigo iba apretando el cerco de Bilbao. Se creyó que era una puñalada por la espalda, posiblemente con la intención de separar Cataluña de la república. «Si los anarquistas intentan romper la república, cuanto antes se envíen tropas para resolver el asunto, tanto mejor», pensó un militante de la juventud socialista, Antonio Pérez, que luchaba en el frente central. La correlación de fuerzas ya había obrado en contra de la revolución socialista, en contra de Cataluña.

Seis meses antes, el cónsul general soviético en Barcelona (el veterano bolchevique Antonov-Ovseenko, que había encabezado el asalto del Palacio de Invierno y que pronto sería llamado a Rusia y fusilado por Stalin) había negado que los rusos intervinieran en los asuntos de la república, como alegaba el POUM. Ahora se vio cuál era la verdad. El 16 de junio, tras una reunión semiclandestina del comité ejecutivo del POUM (el periódico del partido, *La Batalla*, había sido suprimido dos semanas antes), Andreu Nin cruzó las Ramblas hacia las oficinas del POUM, situadas encima del café Moka. Miquel Coll, uno de sus guardaespaldas y exmiembro de las patrullas de control, se disponía a acompañarle

«"No, no", dijo Nin, "sólo voy ahí enfrente". Yo insistí. Desde los sucesos de mayo teníamos orden de que ningún miembro ejecutivo abandonase sin escolta el Palacio de la Virreina en las Ramblas, donde vivían y celebraban sus reuniones. "No, coño, no vale la pena", repitió. No quería que me metiese en líos. Salió a la calle. Nunca más volvimos a verle…»

La policía había llegado de Madrid. Seis días después de su arresto bajo la falsa acusación de espionaje, Nin fue asesinado en Alcalá de Henares, cerca de Madrid. Era el único líder del POUM que había sido trasladado allí. Oficialmente, ni siquiera el nuevo presidente del gobierno, Juan Negrín, pudo averiguar el paradero de Nin. Luis Portela, miembro fundador del PCE que ahora formaba parte del comité provincial del POUM en Valencia, fue a ver al nuevo ministro de la Gobernación, que era socialista.

«"Si usted sabe dónde está Nin", dijo el ministro, "pondré automóviles y policías a su disposición para que pueda liberarle". Hubiese resultado cómico de no haber sido tan trágico. Era él, el ministro encargado de la policía y las fuerzas de seguridad, y no nosotros, quien debería haber conocido el paradero de Nin…»[68]

Jaume Miravitlles, el político de la Esquerra y exsecretario del Comité de Milícies Antifeixistes de Catalunya, se desplazó a Valencia por encargo de Companys. Su misión consistía en transmitir un mensaje verbal en el sentido de que el presidente de la Generalitat se sentía «enormemente sorprendido» de que se hubiera detenido a Nin bajo la acusación de ser un espía franquista. Quería que se supiera que, si se celebraba juicio, éste debía llevarse a cabo con absoluta imparcialidad y que las acusaciones tenían que ser probadas por completo. Miravitlles se entrevistó con Manuel Irujo, el vasco que acababa de ser nombrado ministro de Justicia, quien se mostró «muy preocupado y a todas luces no sabía nada del caso». Luego fue a ver al coronel Ortega, al que el mismo Negrín había nombrado director general de seguridad y que era miembro del partido comunista.

«“Sobre el cadáver de un conocido espía se ha encontrado un documento con las iníciales A. N. que revela gran número de secretos de guerra”, me dijo. “Las iníciales son las de Andreu Nin. A su debido tiempo el gobierno será informado de todos los detalles. Pero por el momento, tratándose de un gravísimo caso de espionaje…” “Ésta es la primera vez en la historia del espionaje en que un espía firma un documento comprometedor, aunque sólo lo haga con sus iníciales”, repliqué. “¿Y si A. N. significaba Amadeo Núñez o Andrés Nova? ¿Entonces, qué?” Ortega se levantó malhumorado y dijo que mi observación la consideraba insultante y que la tomaría como opinión personal mía y no del presidente Companys. “Así es”, dije…»

El atropello comunista, obra directa de la GPU (policía secreta soviética) demostraba claramente que la Unión Soviética estaba decidida a utilizar España para sus fines, costase lo que costara, aunque para ello tuviera que reducir el gobierno republicano a la impotencia en su propio territorio. Hasta el asesinato de Trotski cuatro años más tarde, fue el más atroz de los crímenes cometidos por Stalin *en el extranjero*, y causó un daño considerable a la imagen moderada del nuevo gobierno Negrín que la política comunista venía pidiendo desde hacía tanto tiempo[69].

El POUM fue puesto fuera de la ley y en el frente de Aragón los comunistas disolvieron por la fuerza la 29.ª división que el POUM tenía allí. Rovira, su jefe, fue arrestado, lo cual era completamente contrario a la ley militar, que prohibía la detención de los jefes de división sin la expresa autorización del ministro de Defensa. Los comunistas interpretaron la ley a su modo, la misma ley que, en los primeros meses de la guerra, tanto habían defendido contra los «incontrolados», cuyos asesinatos ellos repetían ahora. Los militantes del POUM, que eran los oficiales de la división, huyeron. Los oficiales poumistas conocían a muchos de los comunistas que disolvieron la división: eran militantes de antes de la guerra.

«“Somos antifascistas, bien lo sabéis. Llevamos mucho tiempo juntos en la lucha” —recordaba haberles dicho Ramón Fernández, carpintero poumista antes de la guerra y ahora capitán—. Pero no sirvió de nada. Tuve que huir a Barcelona, en donde conseguí alistarme como sargento en una brigada formada principalmente por vascos…»

A Adolfo Bueso, militante veterano e impresor, le brindaron refugio unos amigos que tenía en un pueblo cercano a la frontera francesa. «Que me persiga el enemigo, lo entiendo; pero que me persigan los que afirman estar al lado de la clase obrera, ¡no!»

MILITANCIAS 12

JUAN ANDRADE, miembro del comité ejecutivo (POUM).

Los policías que detuvieron a Nin rodearon también a otros 40 jefes del POUM. Pero no pudieron arrestar a Andrade, ya que éste, ante la insistencia de Nin, había ido a que le viera el médico.

«"La salud de un revolucionario es importantísima", me dijo Nin, reprochándome por no cuidármela como era debido. Acabábamos de salir del lugar donde celebrábamos nuestras reuniones clandestinas, y cuya existencia todo el mundo conocía, e íbamos de vuelta a las oficinas del comité ejecutivo. Fui a que me viera el médico. Se presentó la policía preguntando por Nin y por mí. Los comunistas nos odiaban a los dos por igual. Ambos habíamos sido del partido comunista y luego nos habíamos hecho trotskistas. Probablemente habría encontrado la muerte igual que él…»

En cuanto se enteró de la detención de Nin, la esposa de Andrade corrió a avisarle. Más tarde Andrade se enteró de que hacía sólo un par de horas que en el café Moka un par de oficiales republicanos de las Brigadas Internacionales al parecer habían advertido a un miliciano del POUM que la detención de Nin era inminente. El miliciano se lo dijo a Nin, pero éste no hizo caso. «Nadie creía que la situación fuese tan grave como para que se arriesgasen a detenernos».

Al llegar a su nuevo escondite, se encontró con que la policía le estaba esperando. Una mujer suiza que pertenecía al POUM y vivía allí era agente de la GPU. «Era uno de los dos únicos agentes que se infiltraron en el partido». Él y otros fueron trasladados a la jefatura de policía de Barcelona y a medianoche fue metido en un coche con Gorkín y Bonet, compañeros suyos en el comité ejecutivo. Los otros dos viajaban en coches separados. Tres convoyes se pusieron en marcha.

«A la cabeza del mío marchaba un coche en el que sólo iban extranjeros, creo que eran polacos. Detrás iba otro coche también con extranjeros. En el mío iban cuatro policías madrileños, exmiembros de la juventud socialista. Cada vez que nos deteníamos en la carretera, era por indicación del coche que marchaba delante. Los policías madrileños nos acompañaban a un bar a tomar café mientras los extranjeros se quedaban esperando fuera…»

Cuando llegaron a Valencia, los encerraron en celdas separadas. Los guardianes socialistas y de la CNT les daban noticias cuando sus jefes comunistas no estaban.

«"¿Sabéis qué ha pasado? Nin ha desaparecido. Los de la CNT hemos empezado una gran campaña al respecto…" La noticia me impresionó, pero debo reconocer que ni siquiera entonces temimos realmente que nuestras vidas corrieran peligro…»

Empezó una campaña internacional, especialmente en Inglaterra y Francia. El *Independent Labour Party* envió una delegación a Valencia para que investigase y la CNT prosiguió su campaña. Finalmente, Manuel Irujo, el ministro de Justicia, pudo ordenar que se les pusiera en libertad. Salieron de la cárcel, oficialmente libres, y se encontraron con que la policía les estaba aguardando en la entrada. Los metieron en un coche y se los llevaron a Madrid, primero a una checa comunista situada en los sótanos de un hotel, luego a otra instalada en una iglesia del paseo de Atocha. Allí fue interrogado por tres estudiantes que habían sido de la juventud socialista y ahora eran agentes comunistas.

«¿Qué pensaba de Trotski? ¿Y de Stalin? Me hicieron preguntas por el estilo. Fue un interrogatorio idiota, pero saltaba a la vista que sus intenciones no eran de las mejores. Les devolví golpe por golpe. Los gritos eran tremendos. Mis camaradas temían que me estuvieran dando una paliza. "No, no", les dije al volver junto a ellos, "esos interrogadores son tan imbéciles que les he dicho cuatro verdades"…»

A pesar de todo, seguía convencido de que la represión contra el POUM se había producido sin el consentimiento de los líderes del PCE.

«La GPU la llevó a cabo por su propia cuenta. Ante el hecho consumado, el partido comunista tuvo que mostrarse conforme, pero no había dado su consentimiento previo. De hecho, se dice que Pasionaria exclamó: "¡No, aún es demasiado pronto!…", lo cual es fácil de interpretar. Los jefes comunistas españoles conocían la situación en España y temían la reacción de la CNT y de los socialistas. Luego se vio que se habían equivocado, ya que no hubo ninguna reacción…»

Miembro fundador del Partido Comunista de España, funcionario del tesoro y periodista, se había convertido en uno de los líderes de la Izquierda Comunista, la sección española de la Liga Comunista Internacional (trotskista) hasta 1934, y seguía considerándose trotskista. Pero no desarrollaba labor de facción en el POUM, que contaba con toda su lealtad. Sin embargo, no estaba de acuerdo con los

trotskistas de Barcelona ni con muchas de las cosas que escribió Trotski sobre los hechos acaecidos allí. En particular con la acusación de que el POUM había capitulado durante los sucesos de mayo y que a la clase obrera le hubiese resultado fácil hacerse con el poder. El poder que hubiese conseguido rápidamente habría sido aislado y vencido por el gobierno central. Durante la lucha, cuando había salido de las sesiones virtualmente permanentes que celebrara el ejecutivo del partido, los trotskistas le habían dicho: «No puede seguir así, esto no tiene sentido…».

«Estaban aterrorizados. Les parecía que la situación se estaba poniendo fea. En eso lo único que hacían era demostrar su buen sentido: cualquiera podía ver que no había una salida verdadera, que el movimiento no tenía ni pies ni cabeza. Aquellos trotskistas no estaban planteando la cuestión del poder. Cuando el gobierno central anunció su intervención en la Generalitat, vino a verme Jean Rous, el delegado de la Cuarta Internacional. "No alcanzo a ver una solución para esta situación", le dije. Y él me contestó: "Tampoco yo. No hay ninguna". Hasta después de los sucesos no sacaron una conclusión distinta y escribieron a Trotski diciéndole que la situación estaba madura para que la clase obrera conquistara el poder. Lo malo era que Trotski se creía todo lo que le escribían los trotskistas de Barcelona, muchos de los cuales eran extranjeros, mediocres intelectualillos…»[70]

Varias semanas después, Andrade y sus camaradas fueron trasladados de la checa de Madrid a la prisión estatal de Valencia. Un jefe de policía madrileño que era de la FAI y al que él conocía fue a verle y le ofreció sus servicios para asegurarse de que el traslado transcurriera sin contratiempos. Al día siguiente volvió y le dijo que no podía hacer nada, que los comunistas no le permitían acompañarles a Valencia. Entonces el ministro de Justicia, Irujo, envió un capitán de los guardias de asalto, vasco como él mismo, para que escoltase a los prisioneros.

«Un campesina tosco pero efica2. "El ministro Irujo me ha enviada para garantizar que lleguen a destino sanos y salvos. No teman por sus vidas, que mis hombres les vigilarán". Nos sacaron y nos metieron en un coche celular. Delante iba un coche lleno de policías comunistas vestidas de paisano; detrás, igual. En realidad, resultó muy divertido. Tres o cuatro veces tuvimos que detenernos para orinar. Los policías comunistas nos rodeaban y los guardias de asalto rodeaban a los policías. Llegamos a Valencia sin novedad…»

A los dieciséis meses de su detención, él y otros militantes con cargos en el POUM fueron juzgados por el recién creado Tribunal Especial de Espionaje. Las acusaciones eran de espionaje y colaboración con el enemigo. Todos fueron absueltos de las acusaciones, ya que había quedado demostrado, como dijo el

tribunal, «que todos ellos eran probados veteranos antifascistas». A pesar de ello, fueron declarados culpables de haberse rebelado contra el gobierno constituido durante los sucesos de mayo en Barcelona. Él y otros tres miembros del ejecutivo fueron sentenciados a 15 años[71]; otro, Jordi Arquer, a 11 años, y absueltos los dos restantes. El POUM y su movimiento juvenil fueron proscritos oficialmente.

«Fue mi primer disgusto serio. Sencillamente no podía creer que Nin fuese un agente fascista», explicó un militante del PSUC que antes de la guerra había sido de la juventud socialista.

Al formarse el PSUC, Alejandro Vitoria había sugerido que se invitase al POUM a unirse al nuevo partido, ya que en sus filas, a su juicio, estaban los marxistas más militantes de Cataluña. Pero no le hicieron el menor caso. Peor aún, el PSUC se había afiliado inmediatamente al Comintern, lo cual lo había aislado del POUM, la CNT y los socialistas del resto de España, reduciendo así la posibilidad de un entendimiento ccn estas organizaciones.

«Y ahora esto. Obedecí lo que señaló el partido con respecto al POUM, pero lo hice sin convicción. Protestar habría sido empezar un forcejeo interno en el partido en un momento en el que la unidad y el ganar la guerra tenían la máxima prioridad. Pero me produjo remordimientos, personales y políticos…»

No era el único, pero estaba en minoría. El PSUC no intervino en el asesinato de Nin, afirma categóricamente Pere Ardiaca, director de *Treball*, el periódico del partido. El comité ejecutivo nunca habló de liquidar al POUM.

«Eso fue cosa del comité central del PCE y de los representantes recién llegados del extranjero. Ciertamente considerábamos traidores a los del POUM, espías y agentes enemigos cuya única misión consistía en destruir la unidad republicana para que no pudiéramos ganar la guerra. Esta creencia, que hoy debemos corregir, evidentemente determinó una actitud particular por nuestra parte, dejando completamente a un lado el que pudiera haber uno o dos agentes enemigos en las filas del POUM. Lo mismo podría decirse del PSUC. A decir verdad, tuvimos que expulsar gente, y gente que ocupaba cargos elevados dentro del partido, incluso en la jefatura. Antes de ingresar en el partido comunista, yo había sido del BOC (uno de los dos partidos que se unieron para formar el POUM), por lo que sabía que sus militantes eran honrados y sinceros en sus creencias revolucionarias, aunque éstas fueran distintas de las nuestras…»

Estaba convencido de que si su partido hubiese seguido con el POUM la misma política que con la CNT, celebrando reuniones conjuntas de vez en cuando, se habría podido influir en la política del POUM e impedir los sucesos de mayo.

Pero el hecho de que el PSUC mantuviera sus posiciones contribuyó en parte a que toda la base del POUM mantuviera sus posiciones originales, ya que se consideraban atacados por el PSUC.

«Mi partido no intervino en el asesinato de Nin. Esto lo puedo decir categóricamente. El asesinato se perpetró en Madrid. Todo el mundo sabe quién fue el responsable, pero no puedo dar nombres, ya que oficialmente no lo sé. Sin embargo, no puede haber ninguna duda sobre el hecho de que las acusaciones contra Nin deberían haberse formulado ante un tribunal, cuando menos. Su asesinato es en verdad una pesada herencia… Aunque no tuvimos arte ni parte en la persecución contra el POUM, la vimos con buenos ojos. Más adelante, al celebrarse el juicio contra los poumistas, nos quedamos estupefactos ante las declaraciones que allí se hicieron, pero, al mismo tiempo, en ningún momento se nos ocurrió protestar, ya que compartíamos la opinión de la parte acosadora…»

Dos meses después de la represión contra el POUM, Negrín, el presidente del gobierno, promulgó un decreto disolviendo el Consejo de Aragón: «las necesidades morales y materiales de la guerra exigen imperiosamente la concentración de la autoridad en manos del estado…». Aragón era el último baluarte de la CNT. Descargar un golpe contra él equivalía a descargarlo en la batalla por el control de Cataluña por parte del gobierno central, ya que Aragón era el frente de batalla de Cataluña y también, en cierta medida, su *hinterland* agrícola. La cosecha, la primera cosecha completa bajo la colectivización, estaba a punto para ser recogida.

Ahora se vio que era una promesa vacía, encaminada a asegurarse de que se recogiera la cosecha, el decreto mediante el cual el ministro comunista de Agricultura había legalizado las colectividades para un año más. La 11.ª división de Lister fue enviada a Aragón, y su jefe comunista recibió de Prieto, el ministro socialista de la Guerra, la orden de llevar a término el decreto de disolución promulgado por el gobierno. Las fuerzas de Lister recorrieron Aragón arrestando a los líderes de la CNT, incluyendo al presidente del Consejo de Aragón y otros consejeros, así como a los colectivistas de los pueblos. Antes de partir para Aragón, los delegados políticos de la división dijeron a los hombres que la CNT había montado el consejo con el fin de establecer un régimen comunista libertario, según contó Timoteo Ruiz, el muchacho campesino que había empezado la guerra con una lanza y ahora era oficial del estado mayor de la división.

«Nos dijeron que los campesinos eran hostiles al consejo y que con frecuencia se pasaban al enemigo Cuando llegamos allí, empezamos a ir de pueblo en pueblo desarmando a la gente. Les decíamos que estábamos en guerra, que luchábamos para defender a la república y asegurar el triunfo de la democracia y

que había que respetar a los campesinos. Lo que ellos hacían no estaba de acuerdo con las necesidades de la guerra. Los campesinos nos recibían como si fuéramos sus libertadores. Estaban encantados de que se les devolvieran sus tierras, aperos y ganado y de poder trabajar sus propiedades como quisieran…»

Se sintió abrumado ante los sufrimientos que al parecer habían padecido los campesinos y la colectivización se le antojó «la experiencia más contrarrevolucionaria de la guerra». Un campesino le dijo que cuando «esos hombres que llevan pañuelos rojos y negros e iban armados hasta los dientes pasaban por aquí, a mí me parecían guardias civiles, sólo que peores. Los guardias solían dictar la ley aquí, pero no nos decían cómo teníamos que trabajar nuestra tierra».

«A lo que estábamos decididos a poner fin era, no a las colectividades en sí, sino a la costumbre de obligar a los campesinos a ingresar en ellas. A las colectividades no nos oponíamos. ¿Cómo íbamos a oponemos cuando en otros sitios éramos nosotros los que estimulábamos su creación? No, era la colectivización forzosa, la abolición del dinero, lo que desmoralizaba al campesinado y le impedía trabajar, a lo que nos oponíamos…»[72]

Antonio Rosel, el fundidor comunista aragonés que tantas quejas de campesinos contra las colectividades había escuchado siendo miembro de una comisión conjunta UGT-CNT, fue arrestado por una patrulla militar comunista en las calles de Caspe. Les enseñó su carnet del partido y les dijo que era miembro del comité regional del partido comunista.

«"Nadie ni nada de aquí nos importa un comino. Nosotros somos los que mandamos y sanseacabó". Les traía sin cuidado. Líster fue proclamado libertador por el pueblo. Pero él se excedió en sus órdenes. Hacía falta mucho cuidado para asegurarse de que, al liquidar un mal experimento, no cayéramos en el extremo opuesto. Pero eso fue lo que sucedió. De una dictadura anarquista pasamos a otra comunista. Simplemente porque era hostil a la CNT, se daba aliento y apoyo a gente que siempre había sido, y seguiría siéndolo, enemiga de la clase obrera, porque sus intereses se hallaban fundamentalmente opuestos. Más tarde, esta misma gente volvió su hostilidad contra el partido comunista y el gobierno republicano…»

Era una clara acusación. Al mismo tiempo, pocos libertarlos estaban dispuestos a defender el Consejo de Aragón. En opinión de Ernesto Margeli, secretarlo de la colectividad de Mas de las Matas, todos sus miembros menos uno, el consejero económico, habían demostrado su inutilidad. Macario Royo, el miembro del comité nacional de la CNT que había formado parte de la comisión

creadora del Consejo, había perdido la confianza en su presidente, Joaquín Ascaso, y Ortiz, comandante de la 25.ª división. «Su cuartel general se parecía más a una casa de placer que a otra cosa», comentó tras visitarla para quejarse de que impedían a los colectivistas sacar fertilizantes de un almacén situado en una zona que ellos habían declarado de guerra. «Lo hubiese comprendido si los que trataban de sabotear las colectividades hubieran sido los comunistas o los republicanos. ¡Pero no! Eran los militantes de la CNT». Sobre algunos de los principales miembros del Consejo se cernía una nube de inmoralidad que resultaba ofensiva para los libertarios…

Ernesto Margeli fue uno de los detenidos. Fue llevado al puesto de mando de Líster, instalado en un olivar cercano a Caspe, y allí fue interrogado por un oficial.

«"No estáis defendiendo esta bandera", dijo, señalando la bandera republicana que había en la estancia. "¿Y vosotros qué?", repliqué. "¡Es la bandera rusa la que defendéis vosotros!" El oficial me gritó y siguió el interrogatorio. Estaban obsesionados con la idea de que la CNT tenía armas y municiones escondidas en alguna parte de Aragón…»

Una noche, él y otros prisioneros fueron alineados contra un paredón a la luz de los faros de los automóviles. Era un claro intento de aterrorizarles para que hablasen. Margeli daba siempre la misma respuesta. Él no sabía nada, pero aunque lo hubiera sabido, no se lo habría dicho. «Antes de la guerra ninguno de vosotros perteneció a un partido u organización obrera. Sois todos nuevos».

Fue puesto en libertad a los cinco días gracias a la intervención del comité nacional de la CNT. Regresó a Mas de las Matas la víspera de la llegada de las tropas de Líster al pueblo. Su arresto se había producido hallándose él ausente de allí. Lo detuvieron otra vez. A excepción de un compañero que ya había compartido su suerte, todos los demás miembros del comité local huyeron en busca de la seguridad que les brindaba una división de la CNT que estaba en la vecina población de Híjar.

Los hombres de Líster ordenaron que se designase un nuevo consejo local, compuesto por republicanos —«algo blandos, pero no eran derechistas»—. Examinaron las cuentas del municipio y de la colectividad e interrogaron a los hombres sobre las joyas recogidas por cuenta del Consejo de Aragón. No pudieron encontrar nada ilegal, así que pusieron en libertad a Margeli y su compañero. Les dijeron que convocasen una asamblea de colectivistas. A ella asistieron guardias de asalto.

«Dijeron que cada cual era libre de abandonar la colectividad si lo deseaba. Se lo preguntamos a los miembros uno por uno. Los derechistas, los que habían sido obligados a entrar en él, aprovecharon la ocasión para abandonarla. Puede ser que en algunos pueblos los hombres de Líster disolvieran las colectividades, pero no fue así en Mas de las Matas…»

Tampoco en Alloza, donde el mismo procedimiento fue puesto en práctica por un grupo de guardias de asalto. Juan Martínez, el mediano propietario rural que pensaba que las colectividades no eran una mala idea, recordaba el momento en que un capitán dijo a la gente del pueblo que era libre de elegir.

«La mayoría lo dejaron y se alegraron de hacerlo. Los que se quedaron en la colectividad, más o menos la cuarta parte de sus miembros, no fueron presionados para que lo hicieran. Nadie les molestó, nadie intentó desbaratarles la colectividad. De hecho, uno o dos de los campesinos más importantes dejaron sus tierras en la colectividad porque tenían miedo de que la situación volviera a cambiar…»

Varios centenares de cenetistas de los comités locales y regionales fueron arrestados. A algunos de ellos los mataron. Sin embargo, el propósito de la redada no parecía ser el de terminar con las colectividades, sino el de poner fin al dominio de la CNT en Aragón.

Es difícil calcular cuánta gente permaneció en las colectividades después de las medidas tomadas por los comunistas. Ernesto Margeli, que poco después se alistó en la 26.ª división (ex-Durruti), calculaba que llegaba hasta un 60 por ciento. En Alloza, donde antes de la guerra no había CNT, fue significativo que cerca de una cuarta parte de los colectivistas se negara a dejarla[73].

«Ahora la gente parecía más decidida a que sus colectividades siguieran funcionando, más solidaria. Campesinos de edad más avanzada, hombres de 45 o 50 años, muchos de los cuales nunca habían pertenecido a la CNT, expresaban su decisión de proseguir el experimento y pedían consejo —recordaba Félix Carrasquer— en su escuela de administradores colectivistas. De hecho, las cosas resultaban mucho más fáciles ahora que los militantes más jóvenes no estaban. Ya no se producían aquellas discusiones bizantinas de antes…»

Entre las tropas cenetistas que estaban en el frente había deseos de tomar represalias. Sevilla Pastor, el joven libertario de Mas de las Matas que servía en la 26.ª división, estaba dispuesto a abandonar el frente para decidir el asunto luchando. A él y otros como él se lo impidieron sus jefes diciéndoles que el problema había que resolverlo de otra forma, diplomáticamente.

«Muchas cosas distintas pasaron por mi cabeza. Pero al final siempre llegaba a la misma conclusión: el objetivo más importante era combatir contra el principal enemigo, el que estaba en las trincheras de enfrente. Así pensábamos muchos…»

A Saturnino Carod le costó mucho persuadir a sus tropas para que no abandonasen sus posiciones y se fueran a luchar contra los comunistas en la retaguardia. De haberlo hecho entonces, o tres meses antes, durante los sucesos de mayo en Barcelona, el enemigo habría tenido vía libre para penetrar en Aragón y Cataluña. La catástrofe se evitó sólo porque él y otros mandos como él lograron contener a las tropas. Pero su desánimo creció al ver los tanques, las ametralladoras y los fusiles de que disponía la división Líster. «Hasta entonces no nos habíamos percatado de la diferencia entre nuestras divisiones y las suyas. Ahora, con el corazón lleno de rabia, nos dimos cuenta de lo mal equipados que estábamos…»

Una vez concluida la operación, se celebraron reuniones de confraternización. Carod empezó a preguntarse si Líster (cuya división era utilizada como fuerza de choque y no para guarnecer las líneas) no se habría arrepentido de su acción, toda vez que comenzó a ofrecer sus servicios a varios pueblos y colectividades de la región. Mejoraron un poco las relaciones entre las unidades comunistas y anarquistas, aunque nunca en la medida que a Carod le parecía necesaria. Los anarcosindicalistas se pasaron la guerra con los ojos clavados en primera línea y volviéndose para mirar la retaguardia.

«Siempre esperando una puñalada por la espalda, siempre conscientes de que si creábamos problemas, el único beneficiario sería el enemigo. Fue una tragedia para el movimiento anarcosindicalista, pero también lo fue para algo mucho más grande: el pueblo español. Porque jamás podrá olvidarse que fueron la clase obrera y el campesinado los que, demostrando su habilidad para dirigir colectivamente la industria y la agricultura, permitieron que la república continuase la lucha durante treinta y dos meses. Fueron ellos los que crearon una industria bélica, los que mantuvieron el crecimiento de la producción agrícola, los que formaron las milicias y después el ejército. Sin su esfuerzo creador, la república no habría podido hacer la guerra…»

La última palabra sobre las colectividades podemos dejar tranquilamente que la digan los nacionalistas. Un año después de terminada la guerra, en un informe oficial sobre Levante hecho público por el ministro nacionalista de Industria y Comercio, se decía: «El número de industrias y empresas colectivizadas ha sido verdaderamente extraordinario; cabe decir que la casi totalidad de la industria y el comercio funcionaban de esta forma… Actualmente quedan grupos que no han sido totalmente descolectivizados; esto se debe a la pasividad mostrada

por los interesados, los cuales, viendo que su actitud no les hace correr ningún peligro, hacen todo lo que pueden para retrasar la descolectivización…»[74]. Ni siquiera la victoria del enemigo había aplastado aún al movimiento.

VERANO-OTOÑO DE 1937.

He decidido terminar rápidamente la guerra en el norte. Se respetarán las vidas y haciendas de los que rindan sus armas y no sean culpables de asesinatos. Pero si la rendición no es inmediata, arrasaré Vizcaya hasta sus cimientos, comenzando por sus industrias de guerra. Dispongo de medios para hacerlo.

General MOLA (proclama dirigida al pueblo

de Euskadi, marzo de 1937).

EUSKADI

Mientras en la retaguardia republicana se luchaba para dirimir la polémica entre la guerra y la revolución, el País Vasco y Santander iban cayendo en manos de las tropas de Franco.

Tras el fracaso sufrido en Madrid, los nacionalistas volvieron toda su atención sobre Vizcaya y empezaron su campaña a finales de marzo. La campaña se vio inmediatamente señalada por los bombardeos aéreos de ciudades abiertas situadas detrás del frente, que en su punto más distante se hallaba a sólo 40 km de Bilbao. La fanfarronada de Mola no fue una simple amenaza. En Durango, una población de 10 000 habitantes, 250 personas murieron a causa de los dos bombardeos aéreos del primer día de la ofensiva. Un capellán castrense voluntario, el padre José María Basabilotra, se apresuró a ir a la población, donde algunos soldados de su unidad se vieron atrapados al volver de permiso. Las bombas habían alcanzado dos iglesias donde se estaban celebrando comuniones y varias monjas habían resultado muertas en un convento cercano. El padre Basabilotra vio a los aviones de la Legión Cóndor de los nazis —«grises, bastante bellos y siniestros»— realizando su segunda incursión. Se dirigió al cementerio. La gente empezaba a salir de los nichos donde se había refugiado. Había hileras de cadáveres en el suelo, hombres, mujeres y niños. Se quedó aturdido. «Han hecho esto para desmoralizarnos a los del frente». Lo sucedido pasaría a ser un elemento importante en la estrategia del enemigo, como vería más adelante.

El gobierno vasco, en el cual la fuerza dominante era el PNV, había organizado su propio ejército. En el norte no se planteó el dilema entre la guerra y la revolución: no hubo ninguna revolución. En mayor medida que cualquier otra región republicana, Euskadi ejemplificó un enfoque del conflicto de signo burgués

y nacionalista. Para la mayoría de los nacionalistas vascos, la guerra se hacía para defender Euskadi de un agresor de fuera —«los españoles, fuesen blancos o rojos»—, para retener la autonomía de su país, no para llevar a cabo cambios revolucionarios en el estado y la sociedad españoles[1]. Cuando el gobierno central decretó la formación de un ejército del Norte (Asturias, Santander y Euskadi), el gobierno vasco afirmó que dicho ejército había sido creado «ilegalmente» y se negó a aceptarlo[2].

«Por supuesto que, desde el punto de vista militar, debería haber existido un mando único. Pero no había comprensión entre nosotros y los otros, los asturianos y los santanderinos. Nos costaba mucho sentirnos españoles. Guste o no guste, es la verdad», afirmó Juan Manuel Epalza, destacado militante del PNV.

Había un concepto distinto de la libertad y la democracia. A su juicio, la cuestión religiosa lo agravó todo. ¿Cómo se podían mezclar unidades en las que había gente que se gloriaba de su catolicismo, como era el caso de los nacionalistas vascos, mientras otros hacían lo propio con su anticlericalismo? Además, cuando el gobierno central nombró jefe del estado mayor del ejército del Norte al capitán Ciutat, miembro del partido comunista, Epalza y otros temieron que fuera el anuncio de «una infiltración completa por parte de los comunistas…».

Poco antes del comienzo de la ofensiva enemiga, los partidos del Frente Popular en Euskadi (en el que estaba incluido el pequeño partido nacionalista vasco ANV, pero no el dominante PNV) criticaron la forma nada revolucionaria en que el gobierno dirigía la guerra. Pidieron la fusión de las milicias existentes en un ejército popular bajo el mando único del ejército del Norte (sólo la ANV se opuso, afirmando que el mando debía ser «condicional»), el nombramiento de comisarios políticos, la «enérgica eliminación» del enemigo en la retaguardia, la nacionalización de toda la industria necesaria para el esfuerzo bélico y del sistema bancario, y el control y participación de los obreros en la dirección y administración de todas las empresas. Aunque el partido socialista era la principal fuerza obrera en Euskadi, el programa estaba bastante cerca de convertir en realidad las críticas que el PCE había estado lanzando contra los vascos, y en particular contra los líderes comunistas vascos por permitir que los términos de la guerra los dictara el PNV[3]. Con todo, los partidos del Frente Popular siguieron participando en el gobierno. Gonzalo Nárdiz, el ministro de Agricultura de la ANV, no recordaba que hubiese grandes diferencias políticas hasta la defensa de Bilbao[4].

Los batallones nacionalistas vascos, formados principalmente por campesinos, constituían el elemento con mayor representación en el ejército. Incluso sus oficiales jóvenes eran conscientes de que el jefe del estado mayor, el

coronel Montaud, un oficial de carrera que gozaba de la confianza del presidente Aguirre, era un derrotista. El teniente Luis Michelena, extenedor de libros de Rentería (Guipúzcoa) y militante del PNV, opinaba que deberían haberle fusilado. No se trataba de una cuestión de lealtad, sino de la forma en que el coronel concebía la guerra.

«Pensaba siempre que cualquier operación que planease saldría mal. Aunque, claro, había pocos oficiales profesionales que valieran algo en el ejército vasco. La mayor parte tenían mentalidad de funcionario, les faltaba iniciativa y comprensión de las fuerzas populares que tenían bajo su mando. Resumiendo, sospechaban del pueblo…»

Con excepción de una ofensiva lanzada el anterior noviembre en Villarreal, que no había conseguido cumplir su misión de desviar fuerzas de la ofensiva franquista contra Madrid, el ejército vasco no había lanzado ataques importantes desde su creación[5]. A juicio de los nacionalistas vascos, y no sin razón, en el norte se habían concentrado demasiados esfuerzos en Oviedo. El 20 de abril, tras quince días de calma provocada por el mal tiempo, se reanudó la ofensiva franquista. Al mismo tiempo, los nacionalistas, con la esperanza de rendir Bilbao por hambre, impusieron un bloqueo que el almirantazgo británico creyó eficaz hasta que fue burlado por un buque mercante británico, el *Seven Seas Spray*, que entró en el puerto con 3500 toneladas de alimentos. El 24 de abril el enemigo ya había avanzado mucho en las montañas de Inxorta. Cundió el pánico y pareció que nada podría detener el avance franquista hacia Bilbao. Dos días más tarde Guernica fue bombardeada por la Legión Cóndor.

«*Amatxu* [madre], las campanas de la iglesia están repicando», decía el hijo de 3 años de Ignacia Ozamiz desde que, a primeras horas de la mañana, las campanas doblaron para avisar que había aviones enemigos en las proximidades. El frente estaba a 20 km escasos hacia el este, en Marquina, volando en línea recta. Ignacia estaba embarazada de cuatro meses y después de comer había acostado a su hijo, el más pequeño de los cuatro, cuando su marido, herrero de la localidad, la avisó para que bajase al refugio. Un enorme avión —el «Abuelo»— había sido visto volando sobre las montañas.

Hasta hacía una semana, la guerra apenas había afectado a Guernica, con la excepción de la escasez de comida y los muertos que traían desde el frente para enterrarlos. Seis meses antes José Antonio Aguirre, el recién elegido jefe del gobierno autónomo de Euskadi, se había postrado de rodillas bajo el famoso roble ante el cual los reyes españoles o sus representantes antaño juraban respetar los fueros vascos. Guernica, una población de 6000 habitantes situada entre montañas a 30 km al nordeste de Bilbao, era un símbolo de libertad y tradición para los

vascos. En cuestión de unas horas se convirtió en símbolo universal del terror fascista.

El lunes 26 de abril era día de mercado. El mercado de ganado había sido suspendido mientras durase la guerra, pero Ignacia Ozamiz recordaba que el mercado normal continuaba como de costumbre. El padre Dionisio Axunguiz regresaba a su ciudad natal desde su parroquia de Aulestia, a medio camino de Marquina, con el propósito de pasar la tarde charlando y jugando a las cartas con otros sacerdotes. Le acompañaba uno de ellos, cuya madre aquella misma mañana les había ofrecido una copa de coñac a cada uno para que no fuesen a Guernica. Tras beberse el coñac, se habían puesto en marcha. Ni siquiera había hecho caso de las advertencias de su propio hermano. Éste, el padre José Antonio Axunguiz, había aconsejado a sus feligreses de Marquina que abandonasen su tradicional costumbre de acudir a Guernica los días de mercado.

«Para los jóvenes era una excursión. Venía gente en autobús desde sitios tan alejados como Lequeitio, en la costa. La gente no estaba preparada para la guerra. Yo culpo de ello a las autoridades vascas, que no deberían haber permitido que siguieran la tradición. Fueron responsables de muchas muertes. Los que vivíamos virtualmente en el frente, en Marquina, por ejemplo, sabíamos lo importante que era construir buenos refugios. Pero en Guernica no habían tomado las precauciones necesarias. Los refugios eran rudimentarios. Siempre le decía a mi madre: "Construya uno bueno". "Pobre hijo, pobre hijo", era todo lo que podía decirme…»

Al entrar el padre Dionisio Axunguiz en Guernica, un Heinkel-111 solitario pasó por encima de la población y dejó caer media docena de bombas. «Fue la salvación de mucha gente, ya que salieron corriendo de sus casas y se metieron en los refugios». Estaba aún a medio kilómetro del centro cuando vio aparecer nueve aviones que volaban bajo y venían del mar. Se arrojó al suelo cuando cayeron las primeras bombas.

Al oír las explosiones, Ignacia Ozamiz, que había seguido el consejo de su marido y había ido al refugio próximo a su casa, creyó que el fin había llegado. Lo mismo pensaron otras personas.

«"Ignacia, ¿adónde hemos venido a morir?", me preguntó el organista de la iglesia de mi pueblo natal. "Aquí…", le repliqué. El refugio estaba atestado. Por lo menos había 150 personas entre vecinos y gente que había venido al mercado. Las bombas alcanzaron el cercano hospital y mataron a 25 niños y dos monjas. Los escombros cayeron sobre el refugio y creíamos que una bomba había dado en él. El refugio era poco más que una zanja corta y estrecha, cubierta con sacos terreros, en

el patio de al lado. En seguida se llenó de humo y polvo. "*Amatxu*, sácame de aquí", empezó a decir mi hijo, llorando. "No puedo respirar…"»

Manolita Aguirre, su hija mayor, había ido con unas amigas a la llanura que empezaba al borde de la ciudad. No había escuela aquel día. Vieron venir los aviones mientras estaban jugando. Unos obreros les gritaron que se metieran en el refugio que había cerca de la fábrica de armas cortas. Mientras corrían oyeron el tableteo de las ametralladoras de los cazas. Un anciano se sacó una medalla religiosa y se la dio para que la besara. «Reza, pequeña, reza, los aviones nos están bombardeando…»

«Los cazas se lanzaron en picado y ametrallaron a la gente que corría por la llanura tratando de ponerse a salvo. Los bombarderos volaban tan bajo que podían verse a los que los tripulaban —recordaba el padre Dionisio Axunguiz—. Era una magnífica tarde de abril y el cielo estaba muy despejado después de los aguaceros de la mañana…»

Entre las oleadas de bombarderos, el sacerdote buscó un sitio más seguro que la cuneta. En medio de las explosiones de las bombas, Juana Sangroniz esperaba poder morir sin conocer la causa de su muerte. Al entrar corriendo en el refugio, los de dentro habían gritado «¡Que no entre!…». Era carlista y junto con otras había pasado tres semanas en la cárcel de Bilbao. La pusieron en libertad y desde entonces no había salido de casa, ni siquiera para ir a misa. Quería evitar la indignidad de que la vieran bajo vigilancia como las demás mujeres. Pero su novio la obligó a ir a una casa que había cerca de la iglesia de Santa María y en la que se había refugiado gente. Estaba segura de que iba a morir. Oyó el silbido de las bombas, las horrísonas explosiones. La gente exclamaba que tener la boca cerrada era peligroso…

«Había que meterse un palo o algo entre los dientes. Mi novio trató de que así lo hiciera, pero yo le decía "déjame en paz". Él era un hombre fuerte, pero estaba temblando de miedo…»

Dos casas comenzaron a arder, primero la que estaba a un lado del refugio y después la de Ignacia Ozamiz. El humo penetraba en el refugio. Alguien metió una vaca en él y el animal empezó a mugir.

«Todo el humo se nos metía dentro. Teníamos que mantener la boca cerrada y apenas podíamos vernos unos a otros. El hedor era espantoso —cuenta Koni, su hija de 7 años—. No pensé en la muerte. Quizá fuera porque era demasiado pequeña. Pero creí que íbamos a asfixiarnos…»

«Comenzó a cundir el pánico. "¡La casa está ardiendo! ¡Moriremos abrasados!", gritaba la gente. Los gudaris que vigilaban el refugio no dejaban salir a nadie. Un hombre trató de salir con su hijo de corta edad. "No me importa que me maten, pero no lo soporto más…" A empujones le obligaron a entrar otra vez. "¡Calma!", gritaban los soldados…»

La ciudad comenzaba a arder al incendiarse las vigas de madera. Después de lanzar bombas de gran potencia explosiva, las siguientes oleadas de aviones arrojaron bombas incendiarias.

Desde su refugio en una mina de hierro que había a cosa de un kilómetro de la población, el padre Dionisio Axunguiz vio cómo los tejados se incendiaban. Incluso a tanta distancia le resultaba difícil respirar debido al humo. Temía que al menos la mitad de la población hubiese muerto. «Y así habría sucedido si las incendiarias las hubieran arrojado al principio en vez de al final…»

Una gran humareda se alzaba en el cielo. Entre una oleada de bombarderos y la siguiente, Juan Manuel Epalza, que ahora servía en la sección química de las industrias de guerra y que casualmente estaba almorzando en una fábrica de las afueras de la ciudad, salió del refugio antiaéreo. Al ver el espectáculo pensó en Nerón. La intensidad del bombardeo era distinta de la de otros que había presenciado.

La incursión duró cosa de tres horas. Al salir del refugio con sus dos hijos, Ignacia Ozamiz vio que la ciudad estaba en llamas. «No llores», le dijo su marido, tratando de consolarla. «Nos quedan las manos, estamos ilesos, vivos». Pero ella no podía pensar más que en su hija mayor y en su madre, ninguna de las cuales estaba en el refugio con ella. Su casa en Asilo Calzado ardía por el tejado. Su marido entró rápidamente en ella para poner a salvo papeles y dinero.

«"¡Oh, ojalá hubieses sacado mi máquina de coser!", dije. Volvió a entrar. Cuando bajaba con la máquina, se encontró con que la escalera estaba ardiendo. Tiró la máquina por la ventana y apenas si le quedó tiempo para saltar por ella también. "Mujer, he sacado tu máquina, pero casi me ha costado la vida". "¿Por qué lo has hecho?" "Para complacerte". La máquina se rompió al caer sobre el refugio que acabábamos de abandonar, pero recogí el cabezal y todavía lo guardo…»

Manolita, la hija mayor de Ignacia, salió del refugio situado en el borde de la ciudad, ninguna de cuyas plantas industriales, incluyendo la fábrica de armas cortas, había sido alcanzada por las bombas. Una oleada de calor le golpeó el rostro. Le dijo a un hombre que tenía que reunirse con sus padres, que estaban en

las ruinas llameantes que se veían más allá de la estación del ferrocarril. Juntos rodearon la ciudad siguiendo la vía férrea hasta alcanzar la carretera principal. Un gudari se la subió en hombros para que pudiera alcanzar su casa, que era una de las primeras de la calle que llevaba al centro y que estaba ardiendo.

Por todas partes había gente que huía. La conducción de agua había reventado a causa del bombardeo y poco podía hacerse para apagar el fuego. El novio de Juana Sangroniz la sacó de la ciudad en llamas. Llorando sin poder contenerse, ella no quiso volver la vista atrás. El marido de Ignacia Ozamiz corrió a rescatar a su madre, que estaba impedida. Llegó demasiado tarde. Ella y otras tres ancianas habían muerto abrasadas. Dejando que su casa siguiera ardiendo, la familia se dirigió a las afueras de la población por un camino llamado El Agua Corriente. Era imposible pasar por la calle principal del centro. Al llegar a la parte alta, vieron que la zona alrededor del roble no había sido alcanzada. Aquella noche, refugiados en casa del conde de Arana, a uno de cuyos hijos su marido había podido sacar de la cárcel, Ignacia abortó. Luego, su marido la llevó al caserío de un pariente. Los cuatro pequeños quedaron en casa de su abuela materna. Poco se imaginaba que pasarían tres años antes de que volviera a verlos…

«"Y pensar que nos echarán la culpa a nosotros", le dije al doctor Junod, el representante de la Cruz Roja suiza, cuando unas horas más tarde caminábamos entre las ruinas que seguían ardiendo —recuerda Juan Manuel Epalza, que por aquel entonces acababa de regresar de Bilbao—. "No", replicó el doctor Junod, "eso es imposible". "No sabe usted qué clase de enemigo tenemos delante", le contesté…» [6]

La desmoralización de la retaguardia era un elemento importante de la guerra. Así pensaba el padre José María Basabilotra, capellán de una unidad nacionalista vasca que había estado en Durango tras el bombardeo aéreo de hacía casi un mes Su importancia creció a medida que los hombres casados eran llamados a filas. Preocupados por sus familias en la retaguardia, se desmoralizaban más fácilmente y a su vez desmoralizaban a los jóvenes, que eran los mejores combatientes.

«El efecto que lo de Guernica tuvo sobre los soldados de mi batallón de las JSU fue mucho peor que el de un combate en el que hubiéramos tenido bajas —reflexionaba Saturnino Calvo, un minero comunista de 17 años que se hallaba acantonado a 10 km escasos—. Veíamos las ambulancias en la carretera que pasaba por debajo de nuestras posiciones. Les desmoralizaba el saber que mujeres y niños estaban muriendo en la retaguardia. No diré que rebajara su espíritu combativo (el batallón estaba compuesto por vascos casi en su totalidad), pero les afectó profundamente…»

Durante siete semanas más, el ejército vasco —por fin se habían formado cinco divisiones regulares con los batallones que antes tenían afiliación política— defendió cada metro de los 30 km de terreno montañoso que llevaban a Bilbao. El coronel Montaud fue sustituido como jefe del estado mayor y el presidente Aguirre se convirtió en el jefe supremo. Gonzalo Nárdiz, ministro de la ANV en el gobierno, hizo hincapié en que la medida había sido sugerida por los comunistas, particularmente los consejeros soviéticos. «Comprendieron la gran importancia del nacionalismo en el ejército vasco. Dudo que sin él hubiese habido mucha resistencia».

En Bilbao, ciudad que en las guerras carlistas del siglo pasado había soportado tres asedios y ahora era defendida por un «cinturón de hierro», estaba muy extendido el temor de que se repitiera allí el bombardeo de Guernica. Cada vez que sonaban las sirenas, cosa que ocurría con frecuencia, la industria, los comercios y las oficinas quedaban completamente paralizados[7]. La gente veía despegar los cazas vascos que quedaban.

«"Sólo son cinco", decían los derechistas, frotándose las manos. Luego, un día, ya no eran cinco, sino cuatro; luego, tres… —contaba Ana María Adarraga, de 15 años, hija de un pagador de la marina mercante, que era una de los cientos de personas que se pasaban todo el día junto al túnel del ferrocarril que había cerca de su casa de Luchana, en la orilla derecha de la ría—. Recuerdo que los aviones enemigos bombardeaban con frecuencia, pero nunca los Altos Hornos y los astilleros que quedaban justo delante nuestro en la orilla opuesta. Seguramente pensaban que pronto los utilizarían ellos…»

Sus cuatro hermanos y hermanas habían sido evacuados a Inglaterra. Después de lo de Guernica, más de 13 000 niños habían sido enviados a Francia, Bélgica, Suiza, Inglaterra y Rusia. La comida había sido un problema desde el invierno. «Garbanzos, arroz, pan negro de centeno, pescado. Pasábamos hambre. El bloqueo era feroz…»

En enero la ración diaria por persona se reducía a 50 gramos de arroz, garbanzos y verduras, y 250 gramos de aceite. El problema de alimentar a la población —Vizcaya, al igual que Cataluña, no podía abastecerse a sí misma— se vio incrementado por los 100 000 refugiados de Guipúzcoa. La llegada fortuita de una gran partida de garbanzos procedentes de México poco antes de que empezara la guerra había paliado la escasez en cierta medida.

Los cuatro hijos de Ignacia Ozamiz llegaron a Bilbao desde Guernica sin que su madre lo supiera. Ella les estaba esperando en el caserío del pariente adonde su esposo la había llevado tras abortar en la noche del bombardeo. Un amigo de su

marido había recogido a los pequeños en su camión. Tres días más tarde, cuando los nacionalistas ocuparon Guernica, la familia se encontró dividida en lados distintos de la línea de fuego, ignorando si los del otro lado estaban vivos.

Después del bombardeo de su ciudad natal, ahora los pequeños vivieron el bombardeo de Bilbao. Vivían en el centro de la ciudad, en casa de una tía suya, y cuando oían las sirenas bajaban del tercer piso al primero, donde habían colocado colchones contra las ventanas. Era el único refugio que conocían.

Confusos y tristes, adondequiera que fuesen oían niños que preguntaban: «¿Han visto a mis padres?», y padres que preguntaban por sus hijos. Pasaban hambre y comían mondaduras de naranja, si tenían la suerte de encontrarlas en la calle, y algarrobas. Por fin, cuando el enemigo ya estaba en las puertas de la ciudad, su tío consiguió embarcarlos en el último buque que salió de Bilbao. En medio de un gran bombardeo aéreo, fueron al puerto en coche. Su tío subió a bordo y le dio al capitán un paquete conteniendo pistolas de la pequeña fábrica de armas cortas que poseía. El barco ya estaba lleno. Los pequeños subieron por la pasarela. En el muelle se apiñaba la gente que todavía trataba de embarcar a sus hijos. Empezaron a oírse gritos: «¡No debería estar permitido! ¡Son hijos de gente rica!». Los pequeños volvieron a quedarse solos, sin saber adónde les llevarían. El buque zarpó. A los tres días de navegación, oyeron decir que Bilbao había caído.

El «cinturón de hierro» había sido roto una semana antes, después de que la artillería y la aviación machacasen un punto cercano a Larrebezúa, donde las fortificaciones estaban por acabar. Las fuerzas franquistas sabían por dónde atacar[8]: al comenzar la campaña se había pasado al enemigo el ingeniero Goicoechea, que había trabajado en las fortificaciones.

«Habíamos confiado en él, lo considerábamos uno de los nuestros en el fondo porque procedía de una familia del PNV —recordaba Juan Ajuriaguerra, presidente del PNV de Vizcaya—. Puede que dé la impresión de que pretendo excusarle. Al contrario, considero que ello le hace más culpable…»

De hecho, se trataba de la segunda traición: el primer ingeniero que iniciara y planeara la línea defensiva había sido ejecutado por intentar pasar información al enemigo. Goicoechea, su ayudante, siguió trabajando en la línea. La tropa estaba perfectamente enterada de su defección. Tanto era así que bautizaron con su nombre un avión enemigo que venía en misiones de reconocimiento. Sin embargo, a juicio de Ramón Rubial, el cinturón de hierro era virtualmente inútil de todos modos. El tornero socialista, que ahora mandaba el 5.º batallón socialista, comprobó que los fortines de cemento no estaban camuflados y que las trincheras eran anchas y rectas. «No nos inspiraba confianza. Bilbao tenía que defenderse

mediante posiciones externas…»

«Si se podía —reflexionaba Pedro Basabilotra, secretario del jefe de las fuerzas del PNV—. El enemigo bombardeaba una y otra vez. Nosotros no teníamos cobertura aérea. Cada día el gobierno central nos prometía que llegaría el material de guerra… y cada día la promesa resultaba falsa».

La superioridad aérea resultó decisiva. La Legión Cóndor no repitió el bombardeo de Guernica. En vez de ello, experimentó con bombas incendiarias arrojándolas sobre los bosques de pinos que cubrían las laderas de las montañas y que se incendiaron. Tras varios intentos frustrados, el gobierno central consiguió hacer llegar a Bilbao siete cazas en vuelo directo desde Madrid. Entre los nacionalistas vascos había un resentimiento general por no haber recibido ayuda más efectiva. Volvía a decirse que todos los españoles eran iguales, que el gobierno central era tan hostil a los vascos como a los militares insurgentes[9].

Sin embargo, Ramón Rubial se daba cuenta de que Vizcaya no disponía de un *hinterland* suficiente para poder guardar material de guerra, incluidos aviones, a salvo de los ataques aéreos del enemigo. De hecho, los vascos ni siquiera podían utilizar de día su escasa artillería, ya que era localizada y bombardeada.

«Teníamos que luchar siempre de noche. Al amparo de la oscuridad, recobrábamos las posiciones perdidas de día…»

En el batallón de las JSU donde servía Saturnino Calvo se temía más a la artillería enemiga, especialmente al cañón alemán de 88 mm, que a los bombardeos aéreos, ya que, después del pánico inicial, se habían acostumbrado a éstos. A juicio del minero de 17 años, habrían podido contener al enemigo luchando en las montañas con una red adecuada de posiciones defensivas.

«Pero para ello hacía falta una política de guerra que el gobierno vasco no estaba dispuesto a adoptar. Una política de tierra quemada, una guerra revolucionaria como en Madrid. Teníamos una gran ventaja sobre los defensores de Madrid: lo accidentado del terreno…»

Roto el «cinturón de hierro», el centro de Bilbao quedaba a sólo 10 km, al alcance de la artillería pesada. El doctor Carlos Martínez, exdiputado parlamentario que acababa de regresar de París y se dirigía a su casa en Asturias, observó que en la ciudad reinaba la calma. El fuego de la artillería se oía claramente. No había ninguna duda de que la caída de la ciudad era inminente. Dio un paseo por la Gran Vía. Bajo el presidente Aguirre, el orden había reinado en Vizcaya durante toda la guerra y se había respetado a los sacerdotes y a la

propiedad. Entró en una tienda y compró dos chaquetas de paño inglés sin ninguna formalidad: ni tarjetas de racionamiento ni vales. En Asturias no hubiese podido hacerlo. Pensó que tal vez mucha gente esperaba la victoria franquista.

Los comunistas hicieron un llamamiento a la defensa total, afirmando que las palas, convenientemente utilizadas, eran tan eficaces como los cazas para hacer frente a las incursiones aéreas enemigas. Las desventajas de una guerra de posiciones, de una última línea de defensa, se hicieron evidentes: una vez abierta una brecha, ¿a qué otras posiciones podían retirarse[10]?

El gobierno vasco decidió defender la ciudad y, al mismo tiempo, evacuar a la población. Una ciudad sin su población no sería otro Madrid, por muy heroicos que fuesen sus soldados defensores.

La mañana del 19 de junio, una semana después de su avance inicial, el enemigo dominó las alturas que flanqueaban la ciudad. Se dio la orden de abandonar Bilbao. El enemigo dejó abierta para la retirada la carretera que llevaba a Santander. Desde el cuartel general instalado en el hospital civil de Basurto, Ramón Rubial emprendió la huida a pie. Mientras avanzaba por la carretera se sentía deprimido al ver las largas columnas de civiles que huían con todas sus pertenencias. ¿Por qué Bilbao no había sido otro Madrid? ¿Porqué no llegaron las Brigadas Internacionales para elevar la moral de la población? ¿Por falta del material de guerra que Madrid había recibido en el momento preciso? Resultaba difícil saberlo. Del frente central habían llegado jefes veteranos, se había recibido un envío de armas checas, se había llamado a filas a más hombres y nombrado un nuevo jefe del ejército, el general vasco Gámir Ulíbarri. Pero era ya demasiado tarde. La superioridad enemiga en el aire había sido abrumadora. Pese a todo, el enemigo había tardado setenta días en cubrir los 42 km para llegar a Bilbao.

Por la misma carretera por la que huía el jefe socialista de batallón, escapaba también Pedro Basabilotra en un coche protegido con colchones. En él llegó a Castro Urdíales, la primera población de Santander. Allí le plantó cara un comandante ruso.

«"¿Es usted vasco?", preguntó, hablando lentamente en español. "Sí". "Los vascos son unos cobardes". "Salga a la calle y repita eso. ¿Qué clase de soldado se ha creído que es?" El ruso tenía mentalidad de zapatero remendón, se dijo el secretario del jefe de las fuerzas nacionalistas vascas. "¿Destruir Bilbao? Era imposible defenderla. Era una estupidez morir allí cuando podíamos sacar nuestras fuerzas para seguir combatiendo"…»

La noche anterior, en un gesto característico, los nacionalistas vascos habían

soltado a todos los presos derechistas y a través de sus líneas los habían hecho pasar a la zona enemiga.

MILITANCIAS 13

JUAN MANUEL EPALZA, ingeniero (PNV).

Le había tocado a él la tarea de llevar los presos a las líneas enemigas. Si no lo conseguía, debía quedarse en la prisión de Larrínaga y defenderlos de cualquier ataque hasta que llegase el enemigo. Después debía escapar. ¿Cómo? «Nadando», le contestó el oficial. La misión que le habían encomendado era extraoficial. El gobierno vasco, que se había trasladado a Trucios, al oeste, estaba enterado del plan, pero no quería dar la orden oficialmente. Si las cosas salían mal, él sería el responsable, a él le echarían la culpa.

Se puso en marcha. Era una más de las muchas tareas que la guerra había echado sobre sus espaldas. A su juicio la guerra estaba pérdida desde el momento en que el ejército de África había logrado pasar a la península, desde el momento en que se había visto claramente que Alemania e Italia apoyaban a los insurgentes. Cuando estaba bien dirigido, el ejército español siempre daba lo mejor de sí. El pacto de no-intervención había sido el puyazo para la poca esperanza que le quedaba a la república. Trenes cargados de armas esperaban en Francia mientras caía Irún al otro lado del río que separa los dos países. La culpa de todo la tenía el gobierno de su gloriosa majestad… y Blum había llorado. ¡Qué escena!

¿Y la república? Anarquía. En lugar de asesinar, incendiar y expropiar, debería haberse organizado inmediatamente un ejército para contraatacar. El enemigo siempre había llevado la iniciativa. Bastaba con mirar a Cataluña. A pesar de su gran potencial económico, había sido incapaz de lanzar una ofensiva como es debido en el frente de Aragón. En vez de ello, reuniones y más reuniones de los comités, conversaciones, debates. *POUM-pim-pam*: incluso matándose entre ellos. Una semana después de lo de Guernica, se habían producido combates en las calles de Barcelona. ¿Cómo se podía ganar una guerra de esta manera?

Tenía 25 años y era licenciado en derecho, ingeniería industrial y administración de empresas; procedía de una de las pocas familias de clase alta

que en Bilbao habían abrazado la causa del nacionalismo vasco. Su padre, consejero del Banco de Bilbao —uno de los principales bancos españoles, en cuya fundación había participado su bisabuelo— había sido diputado del PNV. En casa la familia sólo hablaba en vasco. Su segunda lengua era el francés, la tercera el alemán y la cuarta el castellano.

«El amor por nuestra lengua era uno de los elementos esenciales del nacionalismo. Se mantenía viva gracias a los campesinos y a la iglesia, y era un baluarte de la religión, ya que en ella no había blasfemias. (En el confesionario uno le dice al sacerdote que ha usado "palabras españolas"). La lengua, la religión, el patriotismo vasco, la libertad y la democracia, ésos eran los elementos que constituían el nacionalismo. La clase alta bilbaína despreciaba el nacionalismo, considerándolo "rústico", provinciano. Sus miembros eran centralistas y liberales en el sentido inglés de la palabra…»

Los vascos eran vascos y Euskadi era su patria. No era ni más sencillo ni más complicado que eso. No eran españoles, aunque llevasen pasaporte español. Una vez se reconociera esto, se encontraría la forma de relacionar a los vascos con los españoles. Pero no antes. El PNV era como un movimiento de resistencia cuyo objetivo era librarse del opresor y ganar la libertad para Euskadi. Sus miembros procedían de todas las clases. Posiblemente, una vez conseguida la libertad, el partido se escindiría por clases. El espíritu vasco, a su juicio, era individualista, más próximo al anarquismo que al socialismo. Este último, que era declaradamente centralista, hallaba apoyo en Vizcaya casi enteramente entre los obreros que se habían trasladado allí desde otras regiones. Antes de la guerra, el partido socialista había sido el enemigo principal.

Juan Manuel era vicepresidente en Bilbao del movimiento juvenil del PNV: los Mendigoxales. Al principio de la guerra había pensado que ésta era un asunto de los españoles y que el PNV debía mantenerse neutral. ¿Cómo podían los nacionalistas vascos aliarse con sus principales enemigos: la izquierda[11]? Se habían visto obligados a ello al ser atacados. De todos modos, durante la guerra se había pasado tanto tiempo mirando por encima del hombro, temiendo que sus aliados le apuñalasen por la espalda, como mirando hacia el enemigo que estaba delante.

«Aunque ganásemos la guerra, ¿para qué permitir que el país cayera en manos de los comunistas y anarquistas?…»

No era una de esas personas que ven comunistas por todas partes, un cazador de brujas, pero no le gustaba el comunismo ni quería tener que elegir entre dos formas de dictadura. De haberse visto obligado a escoger, probablemente no

habría optado por el comunismo, toda vez que «su dictadura dura más que las otras».

Delante tenía la prisión. ¡Qué absurdo resultaba verse poniendo a salvo a los que eran sus enemigos en potencia! Los vascos valoraban la vida humana por encima de todo…

«Para nosotros el no ensuciarse las manos de sangre fue siempre un problema tan grande como el de ganar la guerra. Quizás hasta mayor…»

Cinco meses antes, a principios de enero, una multitud enfurecida había asaltado la prisión tras un bombardeo aéreo de los alemanes. Los soldados de un batallón de la UGT que habían sido enviados para repeler a la muchedumbre habían participado también en la matanza. Unos 200 presos fueron muertos antes de que llegase la Ertzaina, la recién formada policía vasca. La opinión nacionalista vasca quedó horrorizada[12]. Radio Bilbao dio los nombres de los asesinados y se estableció un tribunal especial para juzgar a los culpables, seis de los cuales fueron condenados a muerte. Después de dos asaltos a los buques prisión anclados en la ría, cosa que había sucedido el otoño anterior, lo ocurrido en la prisión había sido una tragedia. Estaba convencido de que los vascos no se sentían dispuestos a que los tomasen por españoles, ya fueran «rojos» o «blancos», que asesinaban a la gente. Los vascos eran distintos. De haberse producido otro asalto por el estilo, muchas unidades nacionalistas vascas habrían abandonado el frente Incluso ahora, en el último momento, no podían dejar abandonados a su suerte a los 900 presos encerrados en Larrínaga y en los conventos contiguos del Carmelo y los Ángeles Custodios, que habían sido habilitados como cárceles.

Encontró a los presos formados, aguardando órdenes. Les habían dado picos, palas y mantas para que los tomasen por un grupo de trabajo que iba a cavar trincheras. Acompañado por tres militares escogidos previamente, se puso en marcha por la carretera de Santo Domingo, cuyos altos habían sido tomados de nuevo el día anterior por dos batallones de nacionalistas vascos, que sufrieron muchas bajas. Al llegar al último recodo, indicó a los tres hombres que siguieran su camino. Antes de permitir que los presos cruzasen las líneas, debía asegurarse de que no hubiera ningún peligro.

«Los tres hombres servirían de prueba. Había luna y la calva del guardia civil relucía bajo la luz. Le di mi boina. Estaba decidido a que los presos cruzasen solamente por un punto defendido por tropas nacionalistas vascas. Me imaginaba la matanza que se produciría si alguna unidad de poco fiar avistaba a los presos y abría fuego…»

Mientras esperaba para dar tiempo a los emisarios a cruzar las líneas, llegó un teniente del batallón nacionalista vasco Itxasalde Estaba muy asustado y traía órdenes para que regresaran a la prisión, que estaba a un kilómetro carretera abajo. Un grupo de soldados de un batallón izquierdista había visto a los presos formados y, al parecer, tramaban algo. Los gudaris que vigilaban la prisión habían ordenado a los presos que salieran inmediatamente. Al bajar del alto encontró a los presos detrás de la basílica de Begoña. Formaban una larga columna y algunos de ellos iban armados. De esto se habían encargado los gudaris.

«Yo habría hecho lo mismo. Nuestros batallones habían sido diezmados, por lo que sólo disponíamos de gudaris suficientes para proteger la retaguardia de la columna. Ordené a los prisioneros que tirasen sus picos y palas. Nunca olvidaré el ruido que armaron. Luego, ordené a la columna que se pusiera en marcha y que los hombres que tenían armas se quedaran en los cruces. Fue una de las pocas veces que he blasfemado en mi vida: no andaban lo bastante aprisa…»

Entre los presos había varios enfermos que eran transportados en camilla. De la prisión a Santo Domingo había 3 km. Como que había luna llena, la columna de 900 hombres que subía por la carretera resultaba claramente visible para los que estuvieran en la retaguardia, entre los que se hallaba Ernesto Castaño, exdiputado de la CEDA por Salamanca. Pesaba 30 kilos en lugar de sus habituales 70 y sujetaba con fuerza el fusil ametrallador que un gudari le había dado. Poco sabían los prisioneros que justo en aquel momento, en la carretera que quedaba detrás de ellos, Epalza trataba de evitar un tiroteo entre los nacionalistas vascos y tropas socialistas que habían sido alertadas de que algo raro ocurría, aunque no estaban seguras de qué se trataba. Finalmente, a fuerza de insistir, consiguió que los jefes de ambas partes iniciaran conversaciones para apaciguar los ánimos.

«Yo trataba de ganar tiempo para que la columna avanzase todo lo que fuera posible. En medio de todo esto, descubrimos que se habían pasado al enemigo los prisioneros armados y gudaris a los que yo había ordenado vigilar los cruces. Yo no tenía ningún deseo de unirme a ellos. Puede que la guerra pareciese perdida desde el primer día, pero eso no era razón para dejar de combatir. Un amigo mío al que tenía escondido en mi casa sugirió que me quedase en Bilbao. "¡Cómo! ¿Para que tus amigos me puedan cortar la cabeza?" "Hombre", replicó, "¿qué quieres que hagan con alguien con unas ideas como las tuyas?" Así era la mentalidad de los de derechas…»

Veinte minutos después de que Epalza concluyera su misión con éxito y se retirara al centro de Bilbao cruzando el río, los puentes fueron volados. El gobierno central había ordenado que se destruyesen todas las plantas industriales si resultaba imposible defender la ciudad. En la orilla izquierda de la ría, yendo de

Bilbao hacia el mar, se hallaba el grueso de la industria pesada española. Se evacuaron totalmente tres plantas y de otras fábricas grandes se sacó algo de maquinaria[13], pero se dejaron intactas las plantas de cartuchos, morteros y explosivos, por no citar los astilleros, los talleres de ingeniería pesada y las fábricas siderúrgicas. De éstas, Altos Hornos, en Baracaldo, era la más importante de España. Las unidades izquierdistas que se retiraban de Bilbao esperaban que fuese destruida.

«¿A qué venía volar los puentes si Altos Hornos iba a dejarse intacta? —relataba Ramón Rubial, jefe del batallón socialista—. Habría bastado con volar el principal grupo electrógeno de la fábrica para dejar paralizada la producción de acero durante un par de años…»

Pocos sabían por qué no se había volado. Gonzalo Nárdiz, ministro de Agricultura de la ANV en el gobierno vasco, era uno de esos pocos, ya que había sido uno de los que contribuyeron a que la fábrica no fuese dañada. Dos o tres días antes de la caída de Bilbao, el presidente Aguirre le invitó a él y al general Gámir, jefe del ejército, a acompañarle a Baracaldo.

«Mandaba el batallón local un miembro de mi partido, Luis Urcullo. En el seno del gobierno nunca se había hablado de volar Altos Hornos. La cuestión nunca fue planteada. Hablamos con Urcullo e insistimos en que su misión consistía en defender Altos Hornos y hacer todo lo posible para impedir su voladura. No le dimos órdenes por escrito, ni siquiera tuvimos que decir con palabras lo que pensábamos. Quedó bien entendido a base de alusiones, *sotto voce*…»

Además, a juicio de Nárdiz, habría sido difícil dar órdenes en sentido contrario, ya que la mayoría de los que integraban el batallón eran de Baracaldo y dependían de la fábrica siderúrgica para ganarse la vida. El objetivó del presidente Aguirre era evitar toda destrucción que dejase a la gente sin trabajo y expuesta a las represalias del enemigo. Epalza, por ejemplo, creía que no había otra política posible.

«Si el primer y único gobierno vasco practicaba una política de tierra quemada, destruyendo la capacidad productiva del país, nuestro pueblo nunca lo entendería. Sabíamos que dejar las fábricas intactas era traicionar a nuestros aliados, pero más habríamos traicionado a nuestro pueblo si lo hubiéramos destruido todo, dejándole sin trabajo…»

Y en todo caso, cabía la posibilidad de que la derrota fuera efímera. Al igual que otros miembros de la jefatura del partido, Juan Ajuriaguerra, presidente del PNV vizcaíno, estaba convencido de que iba a estallar una guerra europea y el

régimen de Franco sería derribado.

«No queríamos volar una riqueza del pueblo de la que pronto volveríamos a hacernos cargo. Aunque las cosas no sucedieron como esperábamos, no quisiera decir categóricamente que fue una equivocación no volar Altos Hornos…»

No obstante, otros militantes del PNV creyeron que, desde el punto de vista militar, sí fue una grave equivocación.

«Pero la verdad de todo el asunto es que jamás conseguimos adquirir una mentalidad militar —afirmaba Luis Michelena, el militante guipuzcoano del PNV—. Nunca dejamos de ser unos civiles que se habían visto obligados a hacer la guerra…»[14]

Cuatro días después de la ocupación de Bilbao, los vencedores pusieron toda la industria de Vizcaya bajo control militar[15]. Por primera vez el régimen franquista disponía de una base industrial y minera. La producción estaba asegurada. En el plazo de seis meses, la producción de mineral de hierro, que había descendido bajo el régimen de Euskadi, superaba el nivel de antes de la guerra en casi un 6 por ciento mensual. Al no tener que sufrir un bloqueo, durante el año siguiente los nacionalistas pudieron exportar el 60 por ciento de dicha producción. Inglaterra (por acuerdo con la Alemania nazi) recibiría la misma proporción que antes de la guerra. Gracias a ello, los nacionalistas recibieron 1.700 000 libras más al año. Además de la producción bélica de Vizcaya, capaz de abastecer todos los frentes y no sólo el del norte, los nacionalistas obtuvieron una valiosa fuente de divisas extranjeras para importar más material de guerra[16].

Después de la batalla de Brunete en el frente de Madrid, planeada por los republicanos para aliviar la presión a que estaba sometido el norte y librada durante la mayor parte de julio, con grandes pérdidas humanas y pocos resultados, Franco quedó en libertad para reanudar la campaña del norte. En agosto Santander, la segunda de las tres provincias republicanas del norte, fue capturada en menos de quince días. La victoria fue principalmente de los italianos, a los que Franco les había concedido la oportunidad de desquitarse de su reciente derrota en Guadalajara.

En Santoña, al este de Santander, de acuerdo con lo negociado previamente, 25 000 hombres y 3000 oficiales nacionalistas vascos capitularon ante los italianos. Fue el desenlace de la participación en la guerra de los nacionalistas vascos.

Las unidades vascas, que habían hecho tanto como las otras para detener al enemigo a medida que la ofensiva italiana iba cobrando ímpetu, se replegaron

hacia Santoña en lugar de hacia Santander. Apoyado por un batallón nacionalista vasco y siguiendo órdenes del PNV, Juan Manuel Epalza depuso al gobernador militar de Santoña y se hizo cargo de la población.

«Entonces, medio en serio, medio en broma, proclamamos la única república vasca independiente que jamás haya existido. Se formó un gobierno en el que había todas las carteras normales salvo la de finanzas. Yo ocupé el cargo de vicepresidente del gobierno y ministro de Justicia… Para muchos de nosotros, nacionalistas vascos, la guerra había terminado al caer Bilbao. Era inadmisible, pero verdad. Habíamos pedido al gobierno central que enviase buques de guerra para transportar nuestro ejército a Cataluña, pero nos los negaron. Ya no estábamos en nuestro país. ¿Dónde estaban la libertad y la democracia por las que habíamos luchado en Euskadi? En ninguna parte; ni en la zona republicana ni en la franquista…»

Esta impresión estaba muy extendida y había sido la causa de que, quince días antes de la caída de Bilbao, los líderes del PNV celebrasen una reunión con sus mandos militares. Éstos coincidieron en que la rendición estaba descartada, pero que los políticos debían buscar una solución. Anteriormente se habían rechazado los sondeos de los italianos con vistas a la rendición de Vizcaya. Los contactos volvieron a establecerse. Juan Ajuriaguerra, que estaba convencido de que el ejército vasco no estaba en condiciones físicas ni morales para seguir combatiendo, se trasladó a la zona enemiga para negociar un pacto [17] con el general Roatta, jefe de las fuerzas italianas. Dos miembros del PNV salieron de las conversaciones sostenidas en Roma con Ciano, el ministro italiano de Asuntos Exteriores, convencidos de que Mussolini estaba dispuesto a cumplir lo pactado. El gobierno vasco no tuvo nada que ver. La iniciativa había salido exclusivamente del PNV, que esperaba recibir de los italianos un trato más humano que de los españoles.

Decididos a cumplir con el pacto los mandos nacionalistas vascos intentaron desarmar a las unidades comunistas vascas que, al igual que la de Eugenio Calvo en Santoña, querían seguir luchando, y a un capitán comunista enviado por el estado mayor del ejército del Norte le negaron el permiso para dirigir la palabra a los hombres.

Tras una segunda misión negociadora en Francia, Ajuriaguerra regresó en el avión de Haile Selassie, que había sido adquirido por el gobierno vasco, para rendirse con las fuerzas vascas. Cuando los italianos entraron en la cercana población de Laredo, fue conducido al puesto de mando del general Roatta, donde el jefe del ejército italiano le confirmó que se haría honor a lo pactado.

«Todo estaba en orden. Nada se dijo en aquel momento acerca del hecho de

que nosotros no habíamos cumplido los plazos de tiempo fijados[18]. No hubo dificultades de última hora…»

Muchos oficiales vascos embarcaron en el *Bobie* y en el *Seven Seas Spray*, dos buques ingleses que habían llegado a Santoña a petición de los vascos. Entre dichos oficiales se hallaban Pedro Basabilotra y su hermano, el padre José María. El primero habló con el capitán, quien le aseguró que zarparían con la marea. Los dos hombres bajaron a la bodega para dormir un poco. Unos tripulantes negros les dieron un poco de chocolate. Cuando despertaron al amanecer, vieron que el buque seguía en el mismo sitio.

«Entonces vimos que entraban en el puerto algunos buques de poco calado que enarbolaban la bandera española. Subieron a bordo soldados italianos y nos ordenaron desembarcar a todos. Dijeron que tenían que comprobar que no hubiera nadie que tuviese las manos manchadas de sangre…»

Según Ajuriaguerra, no había ninguna cláusula en el pacto que permitiera tal medida, aunque tal vez hubiese quedado tácitamente entendido entre ellos («aunque no recuerdo que así fuese») que no se permitiría marchar a nadie que hubiese cometido algún delito de sangre.

«Una vez hubieron desembarcado todos los oficiales, surgió el problema de qué hacer con ellos. Como la prisión del Dueso estaba vacía, ya que habíamos puesto en libertad a los presos derechistas, se decidió llevarlos allí, aunque no en calidad de prisioneros. La prisión serviría de alojamiento y durante varios días ni siquiera cerraron las puertas…»

En la prisión Epalza oyó decir al general Roatta que, si Franco seguía oponiéndose al cumplimiento del pacto, los italianos enviarían un crucero en busca de los oficiales vascos.

«Trataron de cumplir lo acordado, pero no tuvieron agallas suficientes. Un día alguien gritó: "¡Mirad, están arriando la bandera!". Hasta aquel momento sólo la bandera italiana había ondeado sobre la prisión. Entró una compañía de soldados españoles, acompañados por funcionarios de prisiones, para hacerse cargo de todo. Ajuriaguerra le echó tal rapapolvo al general italiano, le dijo tantas verdades sobre su país, su regimiento y él mismo, que el italiano no pudo hacer otra cosa que saludar y marcharse…»

Las puertas de la prisión fueron cerradas. Se había acabado el fingimiento. Empezaron los consejos de guerra en masa. Juan Ajuriaguerra fue condenado a muerte. Mientras esperaba la ejecución escribió una carta protestando de la traición

de los italianos. Una vez él hubiese muerto, la carta debía set entregada al general Roatta. (Sin que él lo supiera, la carta fue sacada clandestinamente de la prisión y entregada al cónsul italiano en San Sebastián, quien protestó ante Burgos por las ejecuciones, con lo cual posiblemente salvó algunas vidas.)[19]

Mientras tanto, en el resto de la zona republicana se lanzaban acusaciones de traición contra los nacionalistas vascos. Ajuriaguerra no estaba de acuerdo. El ejército vasco no se había rendido hasta después de la caída de Santander, donde la ofensiva enemiga se había convertido en un paseo militar.

«El gobierno central nos había dicho que no podía enviarnos aviones, y después de la pérdida de Bilbao, la moral estaba baja. Nuestro pueblo creía firmemente que no debía obligársenos a luchar fuera de Euskadi, del mismo modo que antes de la guerra los vascos no debíamos cumplir el servicio militar fuera de nuestro propio territorio. Éste era uno de los derechos forales de Vizcaya. El ejército de Santander tenía la moral baja. En Asturias estaba más alta, pero Asturias cayó poco después. De poco sirvió la constante propaganda en el sentido de que cualquiera que mirase hacia el mar era un cobarde. El Consejo de Asturias y el estado mayor del ejército huyeron finalmente por mar. En Santoña quedamos el secretario de la Guerra en el gobierno vasco, el jefe de las milicias vascas y otros cinco líderes del partido, incluyéndome a mí…»

Al modo de ver de Pedro Basabilotra, nadie podía poner en duda su integridad y valor personales. Pero, sin duda, otros elementos del nacionalismo contribuyeron a configurar la situación.

«Si Franco hubiese sido inteligente, les habría dicho a nuestras tropas que habían luchado valerosa y limpiamente y que se habían rendido honrosamente. Dicho esto, habría pedido voluntarios para su ejército con el objeto de tomar Madrid. Estoy convencido de que el 80 por ciento de nuestras tropas habría respondido a la llamada allí mismo. Así lo deduje de una serie de conversaciones que mantuve. Nuestros hombres tenían la sensación de haber sido traicionados por la república con sus constantes promesas de entregar armas, promesas que nunca cumplía, mientras que en Madrid, según oíamos decir, había armas y aviones…»[20]

La guerra es, pues, como un plebiscito armado… de un pueblo partido en dos tendencias: la espiritual, del lado de los sublevados, que salió a la defensa del orden, la paz social, la civilización tradicional y la patria, y muy ostensiblemente en un gran sector, para la defensa de la religión; y de la otra parte, la materialista, llámese marxista, comunista o anarquista, que quiso sustituir la vieja civilización de España con todos sus factores, por la novísima «civilización» de los soviets rusos.

Carta colectiva del episcopado español

(1 de julio de 1937).

Mi querido Iñaki:

Dentro de pocas horas seré fusilado. Muero contento, pues siento Jesús junto a mí y amo como nunca a la única patria de los vascos… Al acordarte de Esteban, quiere mucho a Cristo. Sé puro y casto, ama a Euskadi lo mismo que tus padres.

Visita a mi pobre madre y le besas en la frente.

Adiós hasta el Cielo. Una y mil veces te bendice,

Esteban

Carta del poeta vasco ESTEBAN DE URQUIAGA a su amigo

IÑAKI GARMENDIA poco antes de ser fusilado

(25 de junio de 1937).

MILITANCIAS 14

ERNESTO CASTAÑO, abogado (CEDA).

Sin saber la amenaza con que Juan Manuel Epalza se enfrentaba en su retaguardia, la columna de prisioneros de la cárcel bilbaína de Larrínaga caminaba bajo la noche hacia las líneas nacionalistas. A la luz de la luna, Ernesto Castaño intentó distinguir las líneas de su bando. Tenía la impresión de haber pasado su última noche en la tierra y de ya no estar preparado para este mundo. Detenido en el País Vasco, donde había estado ayudando a preparar el alzamiento, el exdiputado de la CEDA no había permitido que su moral decayera durante su permanencia en la cárcel y la terrible experiencia de su asalto por la multitud enfurecida. Creía que sus sufrimientos se veían más que recompensados por el idealismo renovador de que daba muestras la España de Franco. En sus visitas a la prisión, el cónsul de Bélgica les había dicho que en ambas zonas se estaban cometiendo los mismos crímenes y asesinatos. Los prisioneros se negaron a creerle y le odiaron por tratar de ponerlos contra Franco. «Estábamos seguros de que de los sacrificios como los nuestros iba a nacer una España mejor».

Desde la matanza ocurrida en la prisión el pasado enero, los nacionalistas vascos les habían protegido casi con atención paternalista. Habían dado gracias al director de la prisión y al jefe de los guardianes, diciéndoles que les considerarían como de la familia cuando fueran puestos en libertad y que harían por ellos todo lo que hiciera falta. Los dos hombres estaban ahora entre los prisioneros, ya que habían optado por escapar con ellos. Los prisioneros habían disipado sus temores a ser castigados por el régimen de Franco.

«"Estén tranquilos, que estamos creando una nueva España", les dijimos. "Las autoridades, civiles y militares, les agradecerán su conducta y todo cuanto han hecho"…»

A su juicio, el alzamiento había sido el único modo de avanzar. La república se había visto condenada al fracaso por su negativa a tolerar que la derecha accediera al poder, por lo necesaria que para el régimen era la lucha de clases, especialmente en el campo. Él había luchado contra la coalición republicano-socialista y se había convertido en uno de los principales organizadores del Bloque Agrario Salmantino, el cual, al mismo tiempo que afirmaba su lealtad a la república, había expresado la reacción de terratenientes y agricultores ante las leyes de la coalición, ante su reforma agraria[21]. Su encarcelamiento se debía a haber instado a los agricultores a no sembrar trigo allí donde las cosechas no resultaban rentables, y había sido sentenciado al exilio. La defensa de los intereses materiales y religiosos se había imbricado en la implacable lucha contra el nuevo régimen. Había sido necesario recurrir a todas las fuerzas posibles para luchar contra la guerra de clases de la república, contra su política agraria y su legislación

sectaria y antirreligiosa. Todo se había combinado, cada uno de ellos había estado en primera línea…

Desde su posición en la retaguardia de la columna, vio que la cabeza de ésta se detenía. Habían llegado. ¡Salvados! Les recibió un coronel de requetés. Tomaron nota de sus afiliaciones políticas y les dieron comida.

«Pero, a pesar de lo hambrientos que estábamos, apenas podíamos comer a causa de la alegría de respirar los nuevos aires, de estar donde deseábamos estar desde hacía tanto tiempo… Informamos a las autoridades de que los dos funcionarios de prisiones estaban bajo nuestra protección. Entonces llegaron líderes falangistas de Bilbao y abofetearon a los dos hombres. Nos quedamos horrorizados. Atacamos a los falangistas, les rasgamos la ropa. Pero se llevaron a los dos funcionarios y los metieron en el calabozo… Fue el primer indicio de lo que estaba pasando. Nuestra desilusión fue tremenda. Uno de mis camaradas de prisión dijo que prefería volver a la cárcel. Al principio creímos que era cuestión de brutalidad personal por parte de los falangistas, pero pronto nos dimos cuenta de que aquel estado de cosas era general, que era algo planeado y preparado antes del levantamiento…»

Los prisioneros, él entre ellos, dieron testimonio de la conducta de los dos funcionarios de prisiones y finalmente éstos fueron puestos en libertad y autorizados a volver a Bilbao. Pero no antes de que les hubieran hecho pasar malos ratos. Mientras tanto, anhelando estar con su familia, Castaño regresó a su Salamanca natal. Poco a poco, conforme iba enterándose de lo que había ocurrido, se dio cuenta de que los sentimientos de los que, al igual que él, habían estado encarcelados en la zona roja no eran compartidos por los que en la zona nacionalista habían gozado de libertad desde el primer día. Estos últimos, que vivían en plena euforia, habían aprovechado el triunfo para vengarse de sus enemigos personales, de las personas contra las que tenían algo. Las *vendettas* se estaban desarrollando a todos los niveles de la escala social, incluyendo la iglesia. Aún no habían transcurrido dos semanas de su salida de la cárcel y del fin de la resistencia vasca, con su engorrosa demostración de que la defensa del catolicismo no era sinónima con la Cruzada nacionalista, cuando su desaliento creció al leer la carta colectiva que el episcopado español dirigió a los obispos del mundo. En ella la jerarquía española justificaba su apoyo al levantamiento militar. La iglesia había sido víctima de ataques contra sus derechos, bienes y siervos bajo la república, pero siempre había aconsejado que se respetase a las autoridades establecidas. No había deseado ni buscado la guerra, pero ahora era la víctima principal de la furia de la zona republicana, donde miles de frailes, monjas y sacerdotes encontraban el martirio.

«Porque Dios provee los lazos más profundos que mantienen unida a una sociedad ordenada, como lo era la nación española, la revolución comunista tuvo que ser, por encima de todo, anti-Dios». El alzamiento «cívico-militar» había atraído a los elementos más sanos de la sociedad a la defensa de los «principios fundamentales de toda sociedad civilizada». La guerra era un «plebiscito armado» entre lo espiritual y el materialismo. Los obispos señalaban un futuro político que llevaba el sello ideológico de un estado nacionalista corporativo: «la patria implica paternidad; es un ambiente moral, como el de una vasta familia en la que el ciudadano alcanza su desarrollo total; el movimiento nacional ha creado una corriente de amor que se ha concentrado en el nombre y la sustancia histórica de España, contrario a los elementos extranjeros que nos han llevado a la ruina…».

La carta ensalzaba al nuevo estado al identificar oficialmente su causa con la de la iglesia. El orden —el orden de la clase propietaria— y la religión eran lo mismo. Poco después, el Vaticano (que había cuidado de no condenar ni amonestar públicamente a los vascos) reconoció al régimen de Burgos.

Para Castaño, el apoyo prestado por la iglesia a la derecha era deplorable. Conmovió su conciencia religiosa como no la habían conmovido siquiera los fuertes ataques recibidos por la iglesia bajo la república, y cambió su opinión sobre la jerarquía eclesiástica, a la que había defendido durante toda la república.

«Y creo que lo mismo le sucedió a la mayoría de católicos de verdad. Mitad por miedo, mitad por ambición, la iglesia no cumplió con su obligación de criticar abiertamente los crímenes que se estaban cometiendo. Su pasividad representaba la aprobación tácita de la represión, al mismo tiempo que aceptaba generosos beneficios del estado. La iglesia debería haberse pronunciado aunque ello la hubiese llevado al paredón…»

Ahora se daba cuenta de que en España la iglesia no había jugado un papel cristiano, educador. Había concedido más importancia a la aparatosidad externa. A causa de ello, los católicos habían bebido no del pozo de Cristo, sino del agua de una iglesia que daba muestras de un egoísmo indigno. «Nos educaron no en el amor de Dios, sino en la miseria y las cadenas del purgatorio. A Dios tuvimos que descubrirlo por nosotros mismos».

Antes le había sido imposible comprenderlo; también él había sido criado en las pompas externas, los «trucos y engaños». Ahora, en sus contactos cotidianos con la jerarquía eclesiástica, veía que los obispos le habían traicionado. Sólo él podría llenar el vacío de Dios…

Pese a todo, ninguna voz se alzaba para decir claramente lo que pensaba la

mayoría de católicos como él. Todo el mundo callaba por temor a equivocarse, a dañar el bien público. Había sido un grave error, un error cuyas consecuencias futuras eran incalculables.

Pero si hablar claramente era imposible, no lo era retirar todo apoyo posible al nuevo régimen, aunque se siguiera esperando su victoria militar para evitar la vuelta a la angustiosa situación de antes de la guerra. Rechazó una oferta de Serrano Súñer, cuñado del Caudillo y principal figura política del nuevo régimen, para dirigir la organización de sindicatos verticales. Aceptarla habría sido admitir que todos los que en el régimen nacionalista culpaban a la CEDA (y que ahora eran mayoría) por todos los fracasos de anteguerra tenían razón. Castaño no estaba dispuesto a reconocer tal cosa y se sentía orgulloso de haber pertenecido al partido. Le dijo a Serrano Súñer que no podía aceptar el principio sobre el que se basaba el sindicato vertical. El movimiento nacionalista, por el que había viajado por todo el país y pasado nueve meses en la cárcel, no era lo que había esperado. Su participación activa había terminado.

La carta colectiva de los obispos no fue la primera intervención de la iglesia en la guerra. Menos de tres semanas después del alzamiento los obispos Múgica y Olaechea, de Vitoria y Pamplona respectivamente, habían dirigido una pastoral conjunta a los vascos de sus diócesis en la que afirmaban que era «absolutamente ilícito» unir sus fuerzas con el enemigo, «esta monstruosidad moderna, el marxismo o el comunismo, hidra de siete cabezas, síntesis de todas las herejías…».

Entre los católicos vascos era ya una antigua tradición mostrar recelo ante la jerarquía eclesiástica española, por lo que no aceptaron fácilmente la pastoral. Teólogos y políticos coincidieron en negarle validez, ya que sus obispos estaban en manos insurgentes[22]. No tardó en llegar a Vizcaya la noticia de que los insurgentes, tras conquistar la vecina Guipúzcoa, habían fusilado a 14 sacerdotes vascos. Más o menos por aquellos días, el obispo Pla y Deniel de Salamanca expuso el concepto de «cruzada religiosa» en una pastoral. La relación entre los dos acontecimientos no se le escapó a la mayoría de los sacerdotes vascos. El padre José María Basabilotra, capellán de una compañía de gudaris, estaba convencido de que el eslogan «Por Dios y por España» no tenía sentido. Lo sucedido vino a reforzar su convicción. ¿Una cruzada?

«Ridículo. ¿Quién iba a creerse que unos generales que, como era bien sabido, al empezar la guerra no eran creyentes estaban ahora empeñados en una cruzada religiosa? Tratamos de elevarnos por encima de esta clase de cosas. Lo único en que pensábamos era en el daño que a los fieles les estaba causando una guerra que nosotros no habíamos empezado ni provocado…»

Otro sacerdote, el padre Luis Echebarría, director religioso de la Federación Vasca de Escuelas, se mostró tajante.

«Los capitalistas estuvieron al lado de Franco desde el principio. La religión no rechaza a los capitalistas; pero cuando son ellos los que corren a defender la religión, entonces todo lo que puedo decir es que Jesucristo sabe qué pensar de ello… El pueblo vasco, que probablemente es más católico que cualquier otro pueblo de la península, se oponía totalmente al concepto de cruzada. Afirmar que la causa de la guerra era la defensa de la religión es una falsedad…» [23]

Fuera del País Vasco, el apoyo clerical al levantamiento, aunque virtualmente inevitable, no siempre era un proceso lineal, ni siquiera en Castilla la Vieja. El padre José Fernández, que tenía a su cargo una parroquia vallisoletana, creía ser ejemplo típico de la mayoría del clero por cuanto al principio prestó su apoyo a un alzamiento que esperaba que restaurase la ley y el orden y el respeto a la religión, que, a su modo de ver, había sido duramente perseguida bajo la república. Durante los primeros días del levantamiento hizo cuanto pudo por ayudar.

«Pero muy pronto la mayoría de los sacerdotes nos retiramos. La causa fueron los asesinatos. Eran totalmente injustificables. Peor aún, eran ordenados y condonados, cuando no perpetrados, por gente que desde el primer día declaraba que el alzamiento era una cruzada, que se echó a la calle luciendo insignias religiosas, escapularios y detentes. Puede que en el otro bando la cosa fuera peor, pero los asesinatos no se cometían en nombre de la religión…»

A su modo de ver, la mayor parte del clero, a excepción de cuatro o cinco obispos, se mostraba ahora reservada sobre su postura, pero no protestó por las muertes violentas.

«No podíamos. Para empezar, ¿a quién podíamos acusar? Los asesinatos se perpetraban anónimamente, no había forma de señalar con el dedo a sus autores. Y haber protestado abiertamente, he aquí otra razón, habría sido interpretado como declararse partidario del enemigo en aquellos días apasionados…»

En lugar de protestas, silencio. Pero el clero empezó a mostrar su franco apoyo al régimen a medida que éste comenzó a derogar toda la legislación republicana referente a la religión, particularmente la relacionada con la educación, y a conceder nuevos privilegios a la iglesia, uniendo de hecho ésta con el estado en un nacionalcatolicismo. «Las cosas empezaban a volver a la normalidad, los asesinatos eran menos frecuentes y la iglesia se acostumbró a su nueva situación privilegiada».

Esto no significa necesariamente que la acción colectiva de los obispos fuese vista como algo más que propaganda de guerra, «simplista como tiene que ser la propaganda, una bobada de hecho», a juicio del padre Fernández. En un bando todo era blanco, todo el mundo era bueno, religioso…

«En el otro, no había más que negra antirreligión. Igualmente simplista era hablar, como hablaron los obispos, del nuevo fervor religioso que se manifestaba por doquier en la zona nacionalista. Efervescencia, nada más, un signo externo que les iba muy bien a los nacionalistas. No hubo ningún cambio real; los indiferentes siguieron siendo indiferentes y los religiosos lo que siempre habían sido…»

GIJÓN

Tales reflexiones resultaban insostenibles en la bodega del buque carbonero convertido en cárcel flotante donde el padre Alejandro Martínez estaba encerrado. El buque se hallaba anclado en el puerto asturiano de El Musel, cerca de Gijón. La «pureza de sentimientos» que Ernesto Castaño conociera durante todo su cautiverio en Bilbao, la convicción de que el sacrificio era necesario para crear una nueva España, era casi el único consuelo de que disponían los prisioneros. Pero el padre Martínez hacía tiempo que estaba convencido de que para salvarse sería necesario levantarse[24]. Estaba seguro de que la mayoría de los católicos veían en la guerra civil una cruzada de liberación, que casi todos aprobaban la carta colectiva de los obispos.

«Desde el principio la república había demostrado su odio a la religión. Por consiguiente, apoyamos el levantamiento de Franco desde el momento en que se produjo…»

MILITANCIAS 15

ALEJANDRO MARTÍNEZ, sacerdote

¿Acaso el pueblo español no había seguido siempre a su clero con un cirio o un garrote en la mano? En el seminario de Madrid, donde daba clases desde su ordenación en 1923, sus alumnos le preguntaban: «Padre, ¿por qué la iglesia

siempre ha estado al lado de la derecha?».

Y él les contestaba: «Porque a fuerza de golpes y patadas la izquierda siempre ha empujado a la iglesia hacia la derecha». El odio popular databa de mediados del siglo pasado, cuando la iglesia, privada de su riqueza en tierras, tuvo que buscar el apoyo de los ricos para poder proseguir su labor, «para fundar los numerosos colegios, sanatorios, hospitales y otras instituciones que había creado». El socialismo había alentado deliberadamente los sentimientos antirreligiosos en la clase obrera y la intelectualidad. La ignorancia y pasión de las masas había resultado un terreno fértil para ello. (Si cabía, las mujeres eran las más extremistas. Eran más religiosas que los hombres, pero también más apasionadas cuando perdían el control de sí mismas. Schopenhauer tenía razón: cuanto más largo era el cabello, más corta la inteligencia…)

Cien años antes, durante la matanza de sacerdotes, el alcalde de una población aragonesa había mandado un cable al gobierno: «La matanza de sacerdotes prosigue aquí en medio del mayor orden». La matanza había comenzado al dar crédito la gente a un rumor en el sentido de que los sacerdotes habían envenenado los pozos. Si eran capaces de creer eso, se creerían cualquier cosa, entre ellas que a la iglesia no le importaban los pobres. Al matar sacerdotes creían estar realizando una tarea muy importante, incluso ordenada por Dios: exterminar los parásitos. Se habían olvidado de las palabras de Napoleón: «El que come curas muere a causa del comer».

El día antes del levantamiento había cogido el último tren que salió de Madrid. Pensaba pasar las vacaciones de verano con unos amigos en la población costera de Luanco, no muy lejos de Gijón. Sus amigos habían sido arrestados y encarcelados y él había pasado siete meses bajo arresto domiciliario. Luego lo habían detenido y encerrado con otros presos en la iglesia local. Allí vivió un momento de gran peligro. De Gijón llegaron milicianos con una lista de gente para llevársela. Uno de los hombres era primo de un miembro del comité local. Éste protestó diciendo que a su primo no podían llevárselo. «Entonces danos otro. A mí me da igual. Tengo orden de llevarme 14», dijo el miliciano que llevaba la voz cantante.

«Así que despertaron al primer hombre que encontraron, un practicante que no había hecho absolutamente nada, y aquella noche lo fusilaron junto con los otros 13…»

Sin noticias de Madrid, ignoraba que en agosto habían asesinado a su hermano, que era sacerdote en El Pardo, en las afueras de la capital. Sólo más tarde se enteró por el sepulturero local de la suerte corrida por su hermano.

«Era un místico, un hombre completamente apartado del mundo. Los rojos (utilizando la terminología de la época) le llamaron enemigo del pueblo. Tenía muchos penitentes ricos y aristocráticos que le mandaba yo, que era rector de una pequeña iglesia del paseo de Recoletos, un barrio aristocrático de Madrid. Ésa fue su sentencia de muerte. Se presentaron en su busca una noche y se lo llevaron al cementerio situado en la cumbre de la colina donde, de cara a la sierra del Guadarrama, tan a menudo había leído a san Juan de la Cruz. "¿Me daréis cinco minutos para encomendarme a Dios?" Accedieron. Entonces se volvió hacia ellos. "En la oscuridad no podréis apuntar bien, ¿verdad? Pero si me coloco contra la pared enjalbegada del convento, podréis verme". Los primeros disparos no acabaron con él, aunque le derribaron. Desde el suelo les dijo: "Chicos, tendréis que darme el tiro de gracia, porque no me habéis matado"…»

En junio de 1937, el Consejo de Asturias decidió cerrar las cárceles improvisadas, por lo que el padre Martínez fue trasladado a la cárcel gijonesa de El Coto. Ni él ni los demás sacerdotes encarcelados con él fueron maltratados físicamente; tampoco ejecutaron a ninguno. Después de la caída de Santander, él y unos 200 presos más fueron trasladados al buque prisión surto en el puerto de El Musel. El traslado coincidió con el principio de la ofensiva nacionalista en Asturias: los presos que estaban a bordo del buque carbonero se vieron expuestos como rehenes a los bombardeos aéreos que sufría el importante puerto. (Conforme la ofensiva fue desarrollándose, el Consejo de Asturias protestó de los bombardeos ante la Sociedad de Naciones y amenazó con matar a los presos como represalia).

«Cada vez que sufrían un revés, éramos nosotros los que lo pagábamos. Una noche nos hicieron subir a cubierta, iluminada con una lámpara de acetileno. Inmediatamente me di cuenta de qué se trataba: una saca. Estaba seguro de que había llegado mi última hora. Sabían de sobras que yo era sacerdote. Escogieron 30 prisioneros, muchos de ellos buenos amigos míos, y los fusilaron. Todavía no comprendo por qué no fui uno de ellos…»

Un compañero de encierro ya le había denunciado por escuchar las confesiones que las prisioneras le susurraban a través de un agujero de remache que había en el mamparo que separaba las dos bodegas. («Por dicho agujero también pasaron una o dos cartas de amor, pero yo me cuidé de que no llegasen a su destino. Los carceleros hicieron bien en no encerrar hombres y mujeres juntos. Eso tengo que reconocérselo. La guerra acaba con la moralidad de la gente, y la guerra civil aún más»). Le despertaron en plena noche para que explicase cómo podía confesar a las mujeres. Mostró el agujero a los milicianos. «¡Bah!», exclamaron al ver lo pequeño que era, y le ordenaron que dejase de hacerlo. «Pero era yo el que más miedo tenía que pasar…» Temía correr la suerte de los tres o cuatro presos a los que, no hacía mucho, se habían llevado en un bote de remos

para fusilarlos en alta mar.

Pero si los sacerdotes no estaban destinados a morir, sí lo estaban a ser humillados. La primera vez que se dio cuenta de que estaba lleno de pulgas creyó que el mundo se acababa. Pero esto no era nada comparado con el evidente placer que a los carceleros les producía atormentar a los sacerdotes. Una vez que se estropearon las bombas de achique, le obligaron a limpiar las sentinas con las manos desnudas. Aún peor fue tratado el venerable párroco de Luanco, que había sido presidente de las hermandades de pescadores de toda la costa cantábrica.

«"Me acusan de ser el perseguidor de la clase obrera…", me dijo. "Eso es normal", le repliqué yo, "de eso me acusan a mí también". "Pero en estos periódicos", dijo, señalando un grueso paquete, "hay artículos que he escrito durante los últimos veinticinco años defendiendo los intereses de los pescadores. Estoy seguro de que servirán como pruebas a mi favor ante un tribunal popular"…»

En uno de los registros, un guardián le preguntó a don Faustino qué eran aquellos periódicos. Se lo explicó detalladamente. El guardián dijo que era muy interesante. Se sentó en un rollo de cuerda y con unas tijeras fue recortando cuidadosamente todos los artículos. Una vez hubo terminado, hizo una bola con ellos y los arrojó por la borda. «Y con lo que le queda se puede limpiar el culo…»

Al igual que don Faustino, el sacerdote, todos los presos que iban llegando afirmaban su inocencia al subir a bordo. «No he hecho nada», era el comentario que se oía incesantemente. El padre Martínez tenía una respuesta preparada: «Pregunte a los demás que hay aquí qué han hecho ellos».

«Y luego agregaba: "Haga un examen de conciencia y pregúntese si no será por eso por lo que estamos todos aquí: *por no haber hecho nada*. Si hubiéramos hecho lo que debíamos hace muchos años, quizá no estaríamos donde estamos ahora"…»

Pensó en que, por sorprendente que pareciese, la república había advenido con apoyo eclesiástico, particularmente en el País Vasco y en Cataluña. Al mes escaso de su proclamación, incendiaron los conventos[25]. La gente empezó a gritar: «¡Ya vienen! ¡Traen latas de gasolina!»… Al oír los gritos, salió del seminario y se escondió en casa de unos amigos que vivían cerca de allí. Por teléfono se aseguró de que no estuvieran atacando su iglesia. Se disponía a almorzar con sus amigos cuando llegó el sobrino de la señora de la casa y le dijo algo a su tía. No sabía lo que aquel hombre en apariencia devoto y fervoroso le habría dicho a la señora.

«Pero ella se volvió hacia mí y me dijo: "Don Alejandro, tendrá que irse

inmediatamente. Me dice mi sobrino que su presencia me compromete gravemente…". Encomendándome a Dios, salí de allí y regresé caminando a casa por las calles atestadas de gente, sin sufrir ningún percance. Pero ya sabía lo que podía esperar de la república, como lo sabían todos los creyentes. La república se suicidó aquel día…»

¿Quién podía negar que la quema de iglesias —según él, tolerada cuando no instigada por el nuevo régimen— había dividido al país? Luego la república había continuado su absurda e impetuosa persecución religiosa, encarnada en las leyes anticlericales, la disolución, una vez más, de la Compañía de Jesús, la ofensiva contra la educación religiosa. Nada podía lograrse por medios legales. La victoria electoral del Frente Popular, acaecida después de la terrible equivocación cometida por Gil Robles al creer que podría colaborar con la república, no había hecho más que confirmarlo.

«No es que yo tomase parte en algo. Cuando alguien me preguntaba si era de izquierdas o de derechas, sencillamente le contestaba: "Yo soy sacerdote". Pero la mayoría de los creyentes vimos en la guerra civil una liberación de aquella absurda persecución de que la iglesia era objeto. Los del clero español amábamos a España y no queríamos ver el país desmembrado por el separatismo. Por estas razones estaba justificado que apoyásemos el alzamiento. Y si de vez en cuando las cosas no resultaban como esperábamos, si el ejército de Franco no era la hueste de arcángeles que imaginamos cuando estábamos en la cárcel, la culpa no era precisamente nuestra…»

Ejército hallase situación moral derrota, careciendo medios hacerle pelear… Nosotros hacemos esfuerzos levantar moral… Régimen privaciones padecido forzado racionamientos cuidadosos. No vimos parte alguna gran volumen mercancías dicen enviadas… Municiones fusilería no tenemos. Materias primas fabricación escasean. Víveres precisamos urgencia garbanzos, arroz, alubias, aceite, patatas, harina y jabón cantidad para millón doscientos mil habitantes …

Telegrama de BELARMINO TOMÁS, presidente del Consejo

Soberano de Asturias, al gobierno central

(septiembre de 1937).

ASTURIAS

No iban a durar mucho los sufrimientos del padre Martínez. Tras seis semanas de encarnizada resistencia en terreno montañoso[26], las fuerzas asturianas comenzaron a desmoronarse ante la ofensiva nacionalista. Aislado en el último territorio que al Frente Popular le quedaba en el norte, el Consejo de Asturias se había declarado gobierno soberano y había destituido al general Gámir Ulíbarri, comandante supremo del ejército del Norte. El partido comunista se opuso a la declaración de independencia, pero los socialistas, respaldados por los libertarios y los republicanos, se mantuvieron firmes. Asturias se preparó para emular a Madrid. Nadie debía «mirar hacia el mar», única vía de escape.

La suerte cambió de bando durante una semana de mediados de octubre. El frente comenzó a venirse abajo, el pánico se apoderó de la retaguardia, cuya moral ya se había visto puesta a prueba por la escasez de comida y los bombardeos aéreos. El mando militar comunicó al Consejo que la resistencia era imposible. Los consejeros comunistas, de acuerdo con las instrucciones cablegrafiadas por Negrín el presidente del gobierno, pidieron una resistencia total. La mayoría decidió en contra.

La noche antes —debido a los bombardeos aéreos, sólo de noche se podía viajar por carretera— Paulino Rodríguez, minero y alcalde socialista de Sotrondio, en el valle minero del Nalón, sostuvo su última conversación con Belarmino Tomás. El presidente del Consejo y gobernador civil le aseguró que estaba a punto de iniciarse la evacuación de todos los que tenían responsabilidades políticas. Rodríguez regresó a su pueblo el 17 de octubre y se encontró con que había llegado un batallón con órdenes firmadas por el comandante en jefe del ejército del Norte para destruir todas las industrias y puntos estratégicos: minas, plantas generadoras de electricidad, puentes, etc.

«"Conforme con que debe volarse todo", le dije al que mandaba el batallón. "Pero antes hay que asegurar que se evacúe a la población. No podemos volar las minas de las que depende el sustento de la población. Si lo hacemos, la gente no hará más que maldecir a los pocos que hayan podido marcharse"…»

Rodríguez consiguió que el oficial se comprometiera a esperar tres días antes de cumplir sus órdenes. Pasó el plazo recogiendo pruebas que presentar ante el estado mayor en apoyo de su petición de evacuar a la población o dejar las minas intactas. El 20 de octubre por la noche se trasladó a Gijón con dos camaradas, uno de ellos miembro de la CNT. Al llegar, se encontró con que la gente corría

alocadamente por las calles. Se abrió paso como pudo hasta el despacho de Belarmino Tomás y resultó que éste se había ido y los que quedaban estaban metiendo papeles en cajas y sacos, desesperadamente. Vio gente que se dirigía presurosamente hacia el puerto. Estuvo a punto de hacer lo mismo. «Pero el jefe del batallón me estaba esperando en Sotrondio. ¿Qué pasaría en el pueblo? Decidí regresar…»

Durante toda la noche las embarcaciones de pesca zarparon de El Musel. El día antes una bomba había caído junto al buque carbonero convertido en cárcel flotante donde se hallaba confinado el padre Martínez, matando a 11 presos e hiriendo a otros 50. No se tomaron represalias por el bombardeo. En vez de ello, los presos fueron sacados del buque y trasladados a sus cárceles de origen siguiendo órdenes del coronel Franco, jefe de la fábrica de armas de Trubia, que se quedó para rendir Gijón a los nacionalistas.

«La divina providencia nos salvó Si los rojos nos hubiesen encontrado a bordo cuando empezaron a huir aquella tarde, seguramente nos habrían matado —dijo el padre Martínez, que, además, sabía que el mecanismo de dirección del buque había sido inmovilizado unos días antes para evitar la nada probable amenaza de que los prisioneros se apoderasen del navío y salieran del puerto—. Ahora ya no serviría para los que huían a todo correr…»

A bordo del queche de pesca *Toñín*, capaz de ocho nudos como máximo, el doctor Carlos Martínez, exdiputado a Cortes, trataba de dormir un poco. Cuatro meses antes había regresado de París, donde había formado parte de una comisión compradora de armas. Tras la caída de Bilbao, pocas dudas le habían quedado de que Asturias sería conquistada, pero se sintió incapaz de quedarse en el extranjero mientras hubiera gente luchando y muriendo por defender su país.

Había sido uno de los primeros 60 pasajeros que subieron al queche, que ahora estaba abarrotado. El capitán no había hecho acto de presencia. Por suerte, se había presentado un joven vasco que tenía cierta experiencia de navegante y habían podido zarpar…

De repente le despertó un haz de luz. El motor del *Toñín* perdió velocidad, luego se detuvo. Adivinó lo sucedido: habían sido atrapados por el crucero nacionalista *Almirante Cervera*.

Los pasajeros comenzaron a romper sus carnets de partido y a arrojar por la borda revólveres y otras armas. Todos los pasajeros fueron alineados en cubierta y registrados. Billeteros, papeles, armas de las que no se habían podido librar por falta de tiempo, pasaron de mano en mano, a escondidas, y fueron a parar al mar.

Presa de temor, un pasajero saltó por la borda, pero la tripulación del crucero, creyendo que se trataba de un accidente, lo sacó rápidamente del agua. Al parecer, lo que más les preocupaba era que el queche navegase sin luces de posición.

«Ante nuestra sorpresa, oímos que uno de los pasajeros exigía que se le permitiera subir a bordo del crucero. Al principio le dijeron que no, pero ante su insistencia acabaron por permitírselo. Cuando volvió, nos dijo lo que había sucedido…»

Había conseguido ver al capitán del navío y le había explicado que los pasajeros del queche eran personas de condición modesta que huían de los bombardeos aéreos de Gijón. Para demostrar que los fugitivos no eran partidarios del Frente Popular, se sacó del bolsillo un papel que indicaba que le había sido expropiada una partida de cacao que valía una suma considerable de dinero. Durante la conversación se dio cuenta de que el capitán no estaba enterado del éxodo masivo que se estaba produciendo aquella noche en Gijón, ya que de lo contrario no se habría entretenido tanto con el queche. Al volver al queche, ordenó al joven vasco que siguiera un rumbo determinado que llevaría al *Toñin* hasta un «bou», uno de los pesqueros armados de los nacionalistas.

«Al empezar a alejarnos, algunos pasajeros fueron presa de pánico al creer que el crucero iba a disparar sobre nosotros. Por supuesto que el momento era impresionante, con la mole del buque de guerra cerniéndose sobre nosotros y la inmensidad del mar y del cielo. Pero cuando se vio claramente que no iba a echarnos a pique, los pasajeros empezaron a discutir sobre si convenía intentar la huida. El marinero vasco no hizo caso. Yo decidí volver a dormirme. Me despertó un grito: "¡Estamos salvados!". El vasco había tomado un rumbo que, lejos de llevarnos hacia el "bou", se dirigía tan hacia el norte que hubiéramos llegado a Groenlandia si no hubiese virado hacia el este una vez estuvimos fuera de peligro…»

Muchos de los que zarparon después no tuvieron tanta suerte. Los navíos nacionalistas los atraparon y les obligaron a dirigirse hacia Galicia, donde los pasajeros fueron confinados en campos de concentración.

El 21 de octubre, cuatro días después del primer aniversario de la rotura del cerco de Oviedo, el ejército nacionalista entró en Gijón. El padre Martínez vio cómo el buque prisión que tan recientemente había abandonado volvía a llenarse con los que fueran sus guardianes, y tuvo la sensación de que se estaba haciendo cierta justicia. Pero se llevó una sorpresa cuando, antes de que hubiera transcurrido una semana, el coronel Franco, el oficial del ejército republicano que se había quedado para rendir la ciudad, fue detenido, sometido a consejo de guerra y fusilado[27].

Comenzó una represión que a él se le antojó de un «rigor inoportuno»; era como si hubiera que liquidar a «ciertas especies». Se hacían cosas que no deberían haberse hecho. El fiscal militar pidió tantas penas de muerte y con tanta rapidez que le pusieron el apodo de «Ametralladora». Muchos de los ejecutados no habían hecho más que cumplir las órdenes dadas por otros. Mientras, los verdaderos criminales se escapaban. Pero ni siquiera eran juzgadas muchas de las víctimas, ya que había *paseos*. Entre los que murieron sin haber sido juzgados estaba el preso que le había denunciado por confesar a las prisioneras a bordo del buque prisión. La policía, que le había detenido por alguna otra razón, preguntó al padre Martínez si deseaba hacerle una visita «antes de que se lo llevasen un poquito más allá».

«"Ya sé lo que van a hacer con él", repliqué. "No, no quiero verle". Se echaron a reír. Sabía que se lo iban a llevar *de paseo*, y esto estaba mal, desde luego. Pero, dadas las circunstancias, no hay duda de que del consejo de guerra también hubiese ido a parar al paredón…»

La iglesia no protestó abierta y oficialmente ante la represión. Hizo bien, a juicio del padre Martínez. De haber protestado, no habría hecho más que ayudar al enemigo.

«Las atrocidades obvias son una cosa y hay que protestar cuando se cometen. Pero esto era otra cuestión Una protesta hubiese facilitado la propaganda enemiga, aparte de quitarle autoridad al alzamiento. Hubiese sido arriesgado para todo el mundo. Por otro lado, sacerdotes individuales y la iglesia de modo extraoficial hicieron mucho para mitigar la represión. Estoy convencido de ello. En Gijón el fiscal al que apodaban "Ametralladora" no tardó en ser reemplazado por otro que era tan indulgente que le llamaban "Catapulta". La justicia es una cosa seria y debe hacerse con seriedad, sin llegar a estos extremos…»

No, el ejército de Franco no era la hueste de arcángeles embarcados en una cruzada que se había imaginado en la prisión. Las tropas saquearon Gijón, como si fuera una ciudad extranjera y no española. Estas cosas no deberían haber sucedido. Por el contrario, había un sacerdote «medio loco» que, al visitar Asturias el deán «rojo» de Canterbury, había saludado al clérigo inglés con el puño en alto, diciéndole que él era el «único sacerdote libre de Asturias». Pues bien, a este sacerdote su obispo le dio a elegir entre la cárcel o el manicomio. El obispo le dijo que en la cárcel «podía pasarle algo», mientras que en el manicomio estaría más seguro. El sacerdote optó por el manicomio, donde murió más tarde…

Mientras las tropas nacionalistas seguían entrando en Gijón, Paulino Rodríguez trató de localizar en Sotrondio al comandante del batallón que tenía órdenes de volar las minas de carbón. Al no poder encontrarle, ordenó a los

centinelas que vigilaban la mina donde estaba guardada la dinamita que no permitieran sacarla de allí. Después regresó al ayuntamiento para destruir papeles, especialmente acusaciones que habrían resultado peligrosas para los que las habían firmado. Habiendo sido torturado durante la represión que siguió al levantamiento de octubre de 1934, Rodríguez no se hacía ilusiones sobre la suerte que le aguardaba. El comandante del batallón no volvió a presentarse.

El frente estaba en calma alrededor de Oviedo, que seguía sitiada por las fuerzas del Frente Popular. José Mata, minero socialista y veterano de octubre de 1934, mandaba un batallón. No había querido acompañar al jefe de su brigada a Gijón para averiguar si debía seguir la resistencia. A las ocho y media de aquella tarde recibió un mensaje suyo diciéndole que a aquella hora debía estar en Avilés para ser evacuado. Ordenó quemar los documentos y papeles de la brigada. Luego se encaminó hacia Sama de Langreo, en el valle minero del Nalón. No podía abandonar a sus hombres. No se trataba de un acto de valor, sino que habría muerto de vergüenza si hubiese abandonado a los compañeros que se le habían unido el primer día de la lucha contra los militares. «Ahora eran capitanes y tenientes y tenían tanta responsabilidad política como yo».

En Sama de Langreo celebró una reunión con otros jefes, algunos de los cuales eran partidarios de resistir hasta el final.

«De todos modos iban a fusilarnos. No había ninguna esperanza. No habían olvidado lo de octubre de 1934, cuando nosotros no éramos más que soldados rasos. La prudencia salió triunfante. Hubiese sido una estupidez. No habríamos podido resistir más de veinticuatro horas. Les bastaba bombardear la ciudad desde los altos para arrasarla. Decidimos dirigirnos a las montañas…»

EPISODIOS 8

FUGITIVOS

Tras declarar disuelto el consistorio, Paulino Rodríguez y dos compañeros que eran concejales abandonaron el ayuntamiento de Sotrondio. Dejaron atrás todos los fondos municipales, cuidadosamente contabilizados, y la bandera blanca izada en el edificio. Los tres hombres se encaminaron hacia la granja de Rodríguez, en la que había una galería muy angosta que utilizaba para extraer su propio carbón. Mientras sus dos compañeros recogían hierba seca para improvisar un

colchón, fue a avisar a su madre de su llegada y a coger algunas mantas…

José Mata y 15 compañeros se dirigieron a las montañas de Puertos del Aramo, al sur de Oviedo, donde permanecieron escondidos quince días. Pero estaban en un terreno que no conocían bien. Se produjeron las primeras traiciones. Decidieron volver al valle del Nalón, donde la gente les conocía. A los pocos días de su regreso, gente que acababa de ingresar en la Falange comenzó a denunciar a los del pueblo. Empezaron las palizas y los asesinatos. «Tendremos que irnos a la sierra», se dijeron. Y así lo hicieron. Poco sabía Mata que le esperaban once años de vida de guerrillero…

Al oír las descargas de los piquetes de fusilamiento desde su escondrijo en la galería, Rodríguez y sus compañeros comprendieron que la cosa iba a ser peor de lo que se habían imaginado. Era el 27 de octubre y en el cercano pueblo de Blimeo habían fusilado a 15 personas, dejando sus cadáveres sin enterrar… Los tres hombres emprendieron la tarea de hacer más seguro su escondrijo, moviéndose sólo de noche. Un día oyeron que alguien movía las piedras y la tierra de la entrada. Eran unos muchachos del pueblo que buscaban un sitio donde esconderse y que, al darse cuenta de que allí se ocultaba alguien, volvieron a cubrir la entrada y se marcharon. Pero los fugitivos, temiendo haber sido descubiertos, decidieron marcharse. Sus dos compañeros se dirigieron a las poblaciones de Barredos y Laviana. Rodríguez creyó que su única esperanza consistía en echarse al monte. Primero fue a su casa para pedirle consejo a su madre. Allí se encontró con que su hermana había hecho un escondrijo debajo del heno del cobertizo, al lado del establo de las vacas, para su otro hermano y el jefe de la unidad del mismo. Ambos hombres estaban heridos.

«Ella dijo que fuera con ellos. Debajo del heno había cavado una especie de túnel ensanchándolo en uno de sus extremos. Allí nos escondimos…»

Se aplicó a hacer más seguro el escondrijo. Colocó planchas de madera en el techo para que no les alcanzasen las bayonetas si con ellas hurgaban en el heno. Sin embargo, pronto supieron que la policía quemaba los heniles para obligar a los fugitivos a salir. Rodríguez empezó a excavar un túnel desde el cobertizo hasta la cocina de la casa.

Durante la guerra no se habían hecho preparativos para la guerra de guerrillas. No les habían entrenado para ella ni había depósitos de suministros, armas o radios. Los hombres que se echaron al monte eran los restos de un ejército derrotado. Formaron grupos pequeños, independientes entre sí, de media docena a veinte hombres cada uno. No había organización ni un mando global.

«Resultaba muy difícil formar una verdadera guerrilla partiendo de un ejército derrotado. Muchos hombres estaban allí por la fuerza de las circunstancias y en modo alguno cabe decir que todos ellos estuvieran politizados. Había aventureros, gente sin ideales políticos que habían luchado en la guerra y que, por estar implicada en alguna cosa, no podía echarse atrás. Para formar una verdadera guerrilla, hace falta adiestrar a los hombres, no sólo militarmente, sino también políticamente; los guerrilleros deben luchar por sus convicciones y tienen que ser voluntarios. Hombres de acero, insensibles al desánimo, capaces de pasar días sin comer ni dormir, dispuestos a sembrar el terror. Para soportar semejante existencia, hay que tener un objetivo importante. En aquellas circunstancias, carecíamos de muchas de estas cosas…»

De hecho, estaban a la defensiva. De haber lanzado una auténtica guerra de guerrillas, saboteando la retaguardia del enemigo, todo habría terminado rápidamente. El enemigo hubiese replicado con una represión aún más feroz contra sus familias y camaradas. El pueblo no hubiese seguido apoyándoles. Eso es lo que pasó después de la victoria final del enemigo: sembraron el miedo. Por cada persona muerta por los guerrilleros, ellos mataban a 15 o 20. Por suerte para Mata, sus parientes más próximos habían conseguido marcharse, pero aun así asesinaron a sus primos en tercer grado. «Si mi madre se hubiese visto forzada a quedarse, yo me habría suicidado antes que dejar que ellos la matasen por mi culpa».

Al principio las guerrillas se movían con relativa impunidad, toda vez que vivían en chozas construidas en Peñamayor, una sierra sin carreteras situada al nordeste del valle del Nalón, y en los valles mineros. Podían fiarse de los mineros de los pueblos, que a menudo eran también campesinos. Los grupos guerrilleros limitaban sus acciones a vengarse de las represalias, con el fin de asustar al enemigo e impedir que cometiera otras. Se trataba más de sobrevivir que de iniciar una ofensiva. A juicio de Mata, sabotear las minas no hubiese hecho nada en bien de la causa republicana, por muy útil que al enemigo le resultara el carbón.

«Lo único que hubiéramos logrado hubiese sido perjudicar al pueblo, desacreditarnos ante sus ojos. Y en menos de un año las habrían dejado en condiciones de volver a producir. Mientras tanto, Franco habría podido comprar todo el carbón que le hiciera falta, del mismo modo que podía comprar petróleo…»

Durante el primer invierno se hicieron pocos intentos para cazar a los guerrilleros. La retaguardia del enemigo estaba guarnecida por reclutas recién incorporados al ejército franquista, guardias civiles y falangistas. Pero en la primavera siguiente enviaron a toda una división para liquidarlos. Los pastores de ganado mantenían informados a los guerrilleros. Cuando las tropas daban batidas por las montañas, la mayor parte de los guerrilleros se escondía en los pueblos y

ciudades. Cuando las tropas se iban, ellos regresaban a la sierra. «Hasta el final de la guerra no tuvimos ningún encuentro importante».

Más tarde tuvieron que vivir del producto de los atracos. El primero en el que participó Mata tuvo lugar en la mina de carbón San Vicente, antes propiedad del Sindicato Minero Asturiano, que la explotaba, y ahora expropiada por el enemigo. Las guerrillas se incautaron de la nómina. Después de los golpes de esta clase, que requerían tiempo para planificarlos y ejecutarlos, los grupos se disolvían y cada guerrillero se las apañaba solo.

«Yo solía desaparecer, sin que nadie supiera dónde estaba. Necesitaba descansar, recuperarme mentalmente. Había veces en que tenías que estar constantemente en guardia. Nunca sabías si uno de los hombres que estaban contigo se había ido a ver a su novia o a hablar con la guardia civil. Una vez, un amigo mío que era de la juventud socialista intentó asesinarme. Ya había matado a dos. Acabamos con él antes de que pudiera llevar a cabo su propósito… Aprendimos a desenfundar tan velozmente como los *cowboys* en las películas del oeste. Una vez fui a Mieres en pleno día para que me viera el médico y éste me dio un consejo. Yo había colocado cuatro granadas de mano y dos pistolas sobre la mesa, delante de él. "No tienes nada grave. Come mucha carne, que eso te hará reaccionar más rápidamente. Compara los leones y los tigres con los elefantes, que no son carnívoros". Tenía razón. Nos comimos muchas cabezas de ganado de los fascistas. Una noche, yendo por un sendero, me di de bruces con un cabo de la policía. No nos estaba buscando, sino que iba a ver a su esposa. "Buenas noches, ¿adónde van?", preguntó. Antes de que yo pudiera contestarle, mi compañero ya lo había matado de un tiro. "¿Por qué lo has hecho?", pregunté. "Le conocía. Era fulano de tal". "Yo no sabía quién era. Lo único que he visto ha sido un policía que llevaba fusil", replicó mi compañero…»

Cuando el túnel llegó hasta debajo de la cocina, Paulino Rodríguez se sintió seguro. Para no despertar sospechas, su hermana sacaba la tierra y la escondía debajo del estiércol. A ambos lados del fogón de la cocina había una especie de armario empotrado o alacena. Rodríguez excavó una habitación debajo de la cocina de tal modo que la alacena sirviera de entrada a la misma. Construyó una escotilla de hierro y acero que se parecía a las baldosas y la instaló en el suelo de la alacena. Quedaba por resolver el problema de la iluminación. La primera solución, un flexo de la cocina, resultaba peligrosa, ya que podían ver la luz. Excavó en el suelo hasta llegar a la conducción eléctrica de la granja y conectó una luz con ella de modo que el contador no la registrase. A partir de entonces, los tres fugitivos pasaban el día durmiendo y de noche leían o escuchaban la radio que su hermana les traía y que ellos envolvían con mantas. Así se pasaron veintiocho meses.

Su hermana le aisló por completo de la esposa y los hijos, a los que estaban persiguiendo severamente para hacerles revelar su paradero.

«Mi hija de 19 años murió a causa del tratamiento que recibió a manos de la policía. Mi hermana me dijo que había muerto, pero no de qué. Yo ignoraba el castigo que estaban sufriendo…»

Rodríguez seguía escondido cuando, en enero de 1939, pocos días antes de la caída de Barcelona, José Mata y 800 guerrilleros, formando distintas columnas, emprendieron la marcha hacia la costa y un posible escape. Los guerrilleros se comunicaban con Francia. Con agua de arroz escribían entre las líneas de cartas llenas de alabanzas para Franco. Indalecio Prieto, que ya no era ministro del gobierno central, había hecho gestiones para que un buque les esperase en el pequeño puerto de Tazones, en la ría de Villaviciosa.

Dispusieron que al punto de cita llegasen antes los hombres de mayor edad y los enfermos, hombres que habían permanecido escondidos en casas y otros refugios. Para llegar al lugar de concentración, situado en una pineda a dos horas del puerto, Mata y los hombres de Peñamayor no tenían que hacer otra cosa que marchar toda una noche a través de las montañas. Al amanecer se reunieron allí guerrilleros procedentes de Mieres, Langreo y todas las comarcas circundantes. Veinticinco de ellos llevaban uniforme del ejército franquista. Según el plan, tenían que presentarse ante la pequeña guarnición del puerto y hacer ver que iban a relevarla, con lo que ocuparían los puestos clave. Los uniformes los habían obtenido de hombres que, tras luchar en el ejército republicano, habían sido llamados a filas por los nacionalistas. Cuando Mata llegó a la pineda, se encontró con que la avanzadilla no estaba allí.

«Una patrulla enemiga que andaba a la búsqueda de unos desertores se tropezó con ellos por casualidad. Nuestros hombres hicieron fuego y el plan se fue a paseo. El enemigo trajo refuerzos e inició el ataque. Conseguimos mantenerles a raya durante todo el día y por la noche, al amparo de la oscuridad, empezamos a retirarnos sin dejar de luchar. Al día siguiente los guerrilleros de Langreo y Mieres libraron otra batalla. Resultaron muertos *51* hombres, la mayoría por haberse alejado de la columna. En una guerrilla disciplinada no se corre ningún peligro, a no ser que alguien te traicione o el enemigo sea muy fuerte. Volvimos a dividirnos en grupos pequeños y regresamos a la sierra…»

Uno de los dos compañeros con los que Paulino Rodríguez se había escondido al principio en la galería fue capturado y «cantó» antes de que lo fusilaran. Un pelotón se presentó a registrar la granja, pero el escondrijo subterráneo estaba tan bien construido que no los descubrieron. Los fugitivos

habían sido informados por sus contactos de la inminencia del registro. Al no encontrar nada, los policías y falangistas se encaminaron hacia la galería, llevándose con ellos a la hermana de Paulino. Su madre insistió en acompañarla. Nevaba copiosamente. Cuando llegaron a la boca de la galería, el jefe de los falangistas ordenó a la hermana que entrase. «Si disparan, las balas serán para ti… y las mías serán para tu madre».

«Sabiendo que no estábamos allí, mi hermana no tenía miedo. Había tenido la precaución de colocar algunas latas y botellas en la galería para que se viera que habíamos estado allí hacía poco. Incluso "encontró" un pedacito del forro de mi boina. Consiguió convencer a los falangistas de que habíamos estado allí poco antes, pero sin decir a nadie adonde pensábamos ir. Estuvieron registrando las montañas hasta el alba y luego lo dejaron…»

El 80 por ciento de los guerrilleros que había en las montañas pertenecía a la UGT y a la juventud socialista, según los cálculos de Mata. También había comunistas, anarcosindicalistas y hombres que no eran de ningún partido. Durante los primeros años hubo pocas diferencias por cuestiones políticas.

«Comíamos en el mismo plato, participábamos en las mismas acciones, estábamos todos en igual situación. Cuando las vidas corren peligro, no puede haber diferencias muy profundas. A menudo participaba en acciones al lado de los comunistas. Pienso que, fundamentalmente, la base siempre está unida. Es arriba donde surgen las desavenencias. Durante la guerra el comandante de mi división era un comunista y nos llevábamos bien. Era la clase de hombre que hubiese desobedecido a su partido si éste le hubiera ordenado tomar medidas contra mí. En todo caso, nosotros los socialistas somos distintos… si el partido me ordenase hacer algo a lo que yo me opusiera, les diría que se fueran al infierno…»

Cuando el partido socialista asturiano se reorganizó en la clandestinidad, formó un comité para que se encargara de la resistencia en las montañas. Los miembros del mismo eran Antonio Llaneza —hijo del que fuera líder del sindicato minero—, Antonio Flórez y Mata. Éste utilizaba el nombre de guerra de Tamayo: Yo Mata al revés. Durante el resto de la guerra las guerrillas no mantuvieron ningún contacto con el gobierno republicano; su único contacto —por medio de intermediarios— era Prieto[28].

EPISODIOS 9

SILENCIOS

Su simpatía por la causa nacionalista empezó a cambiar cuando vio que bajaban en carros de basurero los cadáveres de los fugitivos a los que habían atrapado.

Juan Narcea tenía 12 años. Su padre era ingeniero de minas en Pola de Lena (Asturias) y partidario del Partido Reformista de Melquíades Álvarez. Al comenzar la guerra, un minero socialista le avisó de que su vida tal vez corría peligro. Desechó la idea. En octubre de 1934 los mineros habían protegido su casa y su vida. El minero insistió diciéndole que ahora las cosas eran distintas: sus tres hermanos y dos de sus hijos, hermanos mayores de Juan, habían sido encarcelados. Finalmente, su padre consintió en trasladarse a una casa de campo que la familia tenía en un pueblo cerca de Teverga. El resto de la guerra en Asturias se lo pasó practicando su deporte favorito: la pesca.

Juan le acompañó. La vida en la casa de campo resultaba bastante agradable, más que en su ciudad natal de Pola de Lena, donde en las primeras semanas de la guerra dos chicos mayores que él le habían pegado con la manga de una bomba compresora cuando él estaba construyendo unas jaulas para pájaros. Mientras le propinaban golpes, le llamaron hijo de burgués.

«Me dieron una buena tunda. Por aquel entonces los niños estaban claramente divididos entre la derecha y la izquierda. Antes de la guerra, en la ciudad había dos equipos de fútbol, uno de derechas y otro de izquierdas. Mientras la cosa no salía del ámbito deportivo, no pasaba nada grave, pero ahora las diferencias se estaban haciendo mucho más marcadas…»

Las divisiones existían en el seno de su propia familia; la guerra tenía lugar entre sus propios hermanos. El mayor, José, era médico y hombre de creencias liberales que jamás tomó parte activa en la política y que probablemente votaba por la Izquierda Republicana. El siguiente, Francisco, licenciado en derecho y secretario del ayuntamiento, era sumamente conservador. El tercero, Timoteo, era dentista y miembro del partido comunista. Leopoldo, el cuarto, era farmacéutico y miembro de la Falange. Completaban la familia una hermana y dos hermanos más, de los cuales Juan era el más pequeño: eran demasiado jóvenes para tener ideas políticas bien definidas.

«En casa, antes de la guerra, todos los hermanos nos llevábamos muy bien, pero se entablaban violentas discusiones políticas. Mi padre hacía de árbitro, ya que era un hombre muy moderado…»

Al estallar la guerra, se presentaron los milicianos en casa y detuvieron a Francisco y Leopoldo. Nueve personas, incluyendo un exalcalde, fueron fusiladas en la población, pero la familia no temió por la vida de los dos muchachos. No tardarían los hermanos en sufrir distinta suerte.

«El mayor, José, el liberal, se dejó persuadir de que su obligación era ingresar en una columna de milicianos en calidad de médico, y sirvió en un batallón de la CNT, donde, al parecer, servían la mayoría de los derechistas. Francisco, el conservador, salió de la prisión y, a guisa de castigo, le obligaron a alistarse en un batallón (aunque éste no pertenecía a la CNT). Como era el más culto del batallón, pronto pasó a ocupar un puesto administrativo importante en su unidad y a mí me daba la impresión de ser uno de los que la mandaban. A Leopoldo, el falangista, lo llevaron a la cárcel de Gijón y después lo mandaron a un batallón disciplinario que construía fortificaciones. Lo pasó bastante mal… Timoteo, el comunista, se había marchado de Asturias antes de la guerra, en parte por motivos políticos, ya que la vida le resultaba muy difícil dado que mi madre era muy religiosa y fue presidenta de Acción Católica hasta que murió. Se fue a Algeciras vía Gibraltar y participó activamente en la política local. Según supimos más adelante, intentó organizar la resistencia al levantamiento militar. Fue ejecutado allí el 3 de agosto de 1936[29]. Mis hermanos mayores supieron de su muerte a través de la Cruz Roja Internacional, pero no se lo dijeron a mi padre…»

Más entrada la guerra, Juan se sintió partidario del bando nacionalista y esperaba que Asturias fuese «liberada». Un día se presentaron unos milicianos para registrar la casa. Sus parientes, creyendo que la cama de un enfermo era un buen escondite, metieron objetos religiosos a su lado, debajo de las sábanas. El jefe de los milicianos, un maestro, preguntó qué le pasaba al pequeño. Le dijeron que estaba resfriado. Le examinó la garganta, le dio unas píldoras y se sentó en la cama. Al instante se levantó de un salto. «¿Qué tienes ahí?» Creyendo sin duda haber descubierto armas, metió la mano en la cama y sacó un crucifijo. Puso cara de sorpresa y volvió a dejarlo donde estaba antes. «No digas nada de nada», advirtió al chico, y fue a decirles a sus familiares cómo debían tratarle el resfriado…

Por fin el frente se vino abajo y los nacionalistas avanzaron.

«El primer soldado nacionalista que vi era un hombre muy joven, tan joven que incluso a mí me pareció sólo un muchacho. Iba montado en un hermoso caballo y llevaba casco. Fue aquel día o al siguiente cuando mi padre se enteró de que a su hijo Timoteo lo habían ejecutado en Algeciras. Desde aquel momento hasta su muerte, siete años después, nunca volvió a levantar cabeza. Quedó completamente abrumado por el dolor…»

También Juan recibió un fuerte golpe. Quería mucho a su hermano. Todos los chicos de la población querían a Timoteo, que les contaba cuentos que muchos de ellos todavía recordaban cuarenta años más tarde. Los cuentos siempre contenían un mensaje social.

«Pero seguí simpatizando con los nacionalistas. Tal vez fuera por el clima de apasionamiento imperante tras la victoria nacionalista en Asturias, o quizá porque la muerte de mi hermano parecía una especie de mancha en la reputación de la familia que yo trataba de borrar, o puede que porque mis familiares procuraban no hablar de ello. Fue por alguna de estas razones o por todas ellas. De alguna forma conseguí borrar la relación entre el asesinato de mi hermano y los nacionalistas, cuyas campañas fuera de Asturias iba siguiendo en el mapa. Más tarde, cuando me enteré de otras cosas, fue cuando vi, de repente, la realidad…»

Una de tales cosas fueron los fugitivos muertos. Los militares y la gente de los pueblos organizaban cacerías de fugitivos.

«Cuando mataban algunos (gente que había huido, que vivía en las montañas como guerrilleros hasta cierto punto), daban una especie de fiesta para celebrar el éxito, con abundancia de comida y bebida. Recuerdo que uno de los muertos era vecino mío, hijo de burgués, que se había hecho socialista. Su padre fue asesinado cuando los nacionalistas tomaron Pola de Lena y su hijo, que se había casado en las trincheras (es decir, sin ceremonia religiosa), huyó a las montañas con su esposa y su bebé. Allí les dieron caza y los mataron en una choza: al padre, a la madre y al bebé. Después bajaron los cadáveres… Varios cientos de personas fueron muertas de esta manera. Yo era sólo un chiquillo, pero todavía recuerdo el nombre de 30 de ellas por lo menos…»

Durante la guerra, al igual que después de ella, los hermanos guardaron silencio acerca de la ejecución de Timoteo. Nadie hablaba del asunto.

«Nadie quería hablar de ello. Después de la guerra era por salvar la vida. Había muchísimo miedo. Mi hermano el falangista fue herido luchando con los nacionalistas en el frente de Aragón y murió en 1944. Francisco, el segundo en edad, también sirvió en el ejército nacionalista como oficial. La guerra dividió a la familia. Hasta hace poco, cuarenta años más tarde, yo y el hermano que vino al mundo antes que yo no hemos tratado de averiguar las verdaderas circunstancias de su muerte…» [30]

EPISODIOS 10

EVACUADOS

Cerca de un mes antes de la caída de Gijón el Consejo de Asturias, que anteriormente había prohibido la evacuación, dio permiso para que un gran número de niños fuera enviado al extranjero. Alrededor de 1200 pequeños cuyas edades oscilaban entre los dos y los doce años embarcaron en un carguero francés con destino a St. Nazaire durante la última semana de septiembre. En el puerto francés los recogió un buque soviético de pasajeros para llevarlos a Leningrado. Muchos de los evacuados tardarían más de veinte años en volver a ver su tierra natal.

A Nicolás Fernández, un niño ovetense de 12 años, la guerra le había pillado estando en un campamento de verano. Al terminar las tres semanas de vacaciones, a los niños les dijeron que no podían volver a sus casas debido a una huelga general. Tras una espera de 14 meses, todo el campamento fue evacuado a la Unión Soviética. Juan Rodríguez Ania, el hijo de 11 años de un policía de Oviedo que había conseguido sacar a sus seis hijos de la ciudad durante los primeros días del asedio y que posteriormente murió luchando al lado de las fuerzas del Frente Popular, se hallaba también a bordo con su hermano y dos hermanas. En el orfanato les habían dado a elegir entre Inglaterra, Francia o la URSS. Su tío, que era comunista, había optado por este último país.

Juan recordaba que la llegada a Leningrado fue «como llegar al paraíso después de haber estado en el infierno». Después de haber pasado un examen médico y bañarse, hicieron pasar a los niños a una enorme habitación en la que había gran profusión de prendas de vestir colgando de unos ganchos. Cada pequeño pudo escoger lo que quiso.

«Corríamos de un lado para otro, aquí cogiendo unos pantalones, allí una chaqueta. Los trajes quedaban desaparejados, pero a los rusos no parecía importarles. Luego nos llevaron al hotel Astoria, uno de los mejores de Leningrado. Nunca habíamos visto un hotel parecido. Al final tuvieron que quitar los teléfonos de las habitaciones, ya que nos pasábamos el día "llamando", sin hablar con nadie, desde luego. En el restaurante del hotel nos servían copiosas comidas y la orquesta tocaba para nosotros… ¡Siempre *La Cucaracha*!…»

Juan, su hermano y sus dos hermanas permanecieron varios meses en el hotel y después fueron trasladados a albergues infantiles de la ciudad. A Nicolás y otros niños, en cambio, los mandaron a la Casa n.º 1, que era una antigua residencia de descanso para obreros situada a unos 45 km de Moscú. Al principio,

lo que más les impresionó fue la comida: un enorme plato de caviar seguido por gachas de avena, huevos, pan con mantequilla y cacao para desayunar; medio pollo por cabeza para el almuerzo… «¡Era pasmoso!» Pero pronto empezó a darse cuenta de que la comida no era más que una pequeña parte de lo que les estaban dando. Los rusos estaban empeñados en que no les faltase de nada. No había que darles sólo las cosas de primera necesidad, sino lo mejor.

«A nuestro equipo de fútbol lo entrenaba un jugador de primera división de Moscú; una bailarina del Bolshoi se encargaba de nuestro grupo de danza y un maestro de la orquesta del gran teatro cuidaba de nuestra orquesta. Teníamos nuestro propio estadio de fútbol, pista de hielo, lanchas de motor en el embalse, cine… Una vez los del grupo dijimos que queríamos ir en aeroplano. Nos llevaron a una escuela de aviación que estaba a 200 km. Recuerdo que mi piloto era una mujer joven. Más tarde nos dieron un avión completo para que pudiéramos estudiarlo. Era un aparato de entrenamiento y estaba en perfectas condiciones para el vuelo…»

«Fue inolvidable —recordaba Juan—. Los rusos nos consideraban niños a los que había que mimar y cuidar con la mayor devoción. El hecho de que también ellos hubiesen pasado por una guerra civil les hacía ser aún más bondadosos con nosotros, aunque, en todo caso, los rusos destacan siempre por su gran amor a los niños. Nosotros, que en realidad éramos poco más que salvajes, nos dimos una vida de grandes señores…»

Un día los niños alojados en su casa visitaron la fábrica de bombones Mikoyan, donde cada uno de los obreros que les explicaba cosas sobre su trabajo también les daba dulces. Con los bolsillos repletos de golosinas, se preguntaron qué diría el director cuando les llevasen ante él. Pero en lugar de reprocharles, les contó que había tomado parte en la revolución, que antes de ser director de la fábrica había trabajado en ella como simple obrero y finalmente dio a cada niño dos cajas de bombones. Cargados a más no poder, cogieron un tranvía y empezaron a tirar dulces por las ventanillas.

«Quedamos muy sorprendidos al ver que los niños de la calle los recogían. "¿Por qué lo harán?", dijo el chico que iba a mi lado. Estábamos tan mimados que creíamos que todo el mundo vivía igual que nosotros. Aquello era el paraíso terrenal y no podíamos imaginarnos que fuéramos una excepción. Más adelante, cuando tuvimos que hacer frente a la realidad, más de uno se llevó una buena sorpresa…»

A juicio de Nicolás, no había comparación posible entre la enseñanza española y la rusa. En la Unión Soviética no se dejaba nada a la improvisación,

todo estaba programado y planificado. Durante los primeros años todas las enseñanzas se impartían en español, aunque de acuerdo con el plan de estudios ruso y utilizando libros de texto rusos que habían sido traducidos rápidamente al castellano. «Los maestros eran verdaderos esclavos de los alumnos». No se pasaba por alto el menor detalle. En invierno, cuando salían de casa para ir a clase, un hombre se colocaba en la puerta para comprobar que ningún niño se hubiese olvidado de ponerse los chanclos. Cada grupo tenía una instructora que estaba con ellos desde que se levantaban hasta la hora de acostarse. Su misión consistía en comprobar que se lavasen y vistiesen, fueran puntuales a las horas de comer y no faltasen a clase. También comprobaba que la ropa y el calzado de los niños estuviera en buen estado y vigilaba que hicieran sus deberes. Al comenzar el curso, cada grupo se reunía con su instructora y planeaba exactamente lo que harían todos los domingos y demás fiestas del año. Nunca se planteó el problema de qué hacer el domingo: el zoológico, el ballet, el teatro…, nada se dejaba al azar.

«Es increíble la paciencia que tuvieron con nosotros. De haber estado en manos de españoles, habríamos recibido más palizas de las que quisiera acordarme. Pero en manos de rusos, ¡eso nunca! No recuerdo un solo caso en que se castigara a alguno de los 500 niños de la Casa n.º 1. ¡Y eso que apenas estábamos civilizados! Nuestro temperamento era distinto, teníamos más brío, hacíamos las cosas más aprisa y corriendo, sin que nos importasen un bledo, comparados con los niños rusos. Éramos anarquistas puros y todo giraba en torno al individuo. Por si fuera poco, había problemas de adaptación a la comida, el idioma, el clima, por no hablar de la añoranza de los primeros tiempos… Con todo, hicimos el cambio sin traumas. Lo conseguimos gracias a la bondad y la persuasión de los rusos y a nada más. Ningún español hijo de potentado se dio jamás la vida que nosotros nos dimos aquellos primeros años…»

«¡Guardo unos recuerdos tan felices que, si fuera posible, me apuntaría para volverlo a vivir!», exclamó Juan.

Durante dos años muchos de los pequeños no recibieron noticias de sus padres. A los rusos les preocupaba la posibilidad de que los evacuados perdiesen el contacto con su cultura natal, de modo que trajeron maestros españoles desde España para que ayudasen a los que habían acompañado a los niños al ser evacuados. Entre los nuevos voluntarios estaba Rosa Vega, la maestra madrileña que como mujer tantos cambios había experimentado a causa de la revolución[31]. Ahora pertenecía al partido comunista, «a causa principalmente de mi entusiasmo por la Unión Soviética», y deseaba ir allí porque tenía entendido que la URSS estaba muy avanzada en materia de educación. En Valencia, adonde había sido evacuada, había tenido oportunidad de poner en práctica nuevas técnicas pedagógicas, especialmente el método de los «centros de interés»[32]. Opinaba que

era muy digna de alabanza la preocupación que mostraba la Unión Soviética por la cultura indígena de los niños, así que a inicios de 1938 partió para Moscú llena de esperanza. Una vez allí, fue destinada a una escuela rusa donde se daba clase a los niños españoles en una sección especial utilizando métodos rusos.

Su primera sorpresa fue la de ver que incluso a los niños más pequeños se les enseñaba por asignaturas: 50 minutos de aritmética, 50 de español, etc. Además, el contenido de cada clase estaba rigurosamente señalado de antemano. «Si nos pasábamos, se nos consideraba indisciplinados». Se hizo la reflexión de que evidentemente las lecciones estaban pensadas para niños que eran más lentos en aprender. Los niños españoles tendían a ser más despiertos que los niños rusos de su misma edad; éstos, en cambio, eran más meticulosos y estables, pero también más plácidos y dóciles. Al cabo de un tiempo, los maestros españoles consiguieron persuadir a sus colegas rusos para que permitiesen que a los niños españoles se les enseñase más aprisa. Algunos hicieron dos cursos en uno. No obstante, pronto se le plantearon otros problemas.

«Saltaba a la vista que la iniciativa individual despertaba muchos temores. En todas las clases de los niños mayores había un alumno que hacía de vigilante, como una especie de policía, y que iba de un lado a otro del aula comprobando que sus compañeros estudiaran. En Valencia solía dejar que los alumnos, incluso los que pasaban por ser difíciles, trabajasen solos, ya que les interesaba lo que hacían…»

Una mujer rusa que hablaba español fue nombrada supervisora de los maestros. Asistía a las clases y tomaba notas. En las sesiones de autocrítica que se celebraban los fines de semana, la rusa preguntaba por qué tal o cual niño en tal o cual clase se había pasado el rato rayando la mesa mientras la maestra escribía en la pizarra.

«"No podía ver qué *hacía* el niño a mis espaldas", replicaba yo. "Pero el niño estaba cometiendo una infracción contra la propiedad soviética", me contestaba ella, y no lo decía en broma. "Hace falta más disciplina". Las peculiares ideas que sobre la disciplina tenía aquella mujer ocupaban la mayor parte de las reuniones. Más que sesiones de autocrítica, trataba de convertirlas en sesiones de crítica al prójimo para tenernos asustados e inseguros. Aunque, claro, su misión no consistía en ser constructiva, sino en hacer de policía y vigilar que ninguno de nosotros hiciera comentarios hostiles a la ortodoxia comunista. Había mucho terror, mucho miedo, toda vez que estábamos en el momento culminante de los grandes procesos organizados por Stalin…»

De traducir los libros de texto rusos al español se encargaba un italiano que

solía pedirle a Rosa Vega que repasara sus traducciones. Sin embargo, cualquier sugerencia para que hiciera un cambio de estilo provocaba inmediatamente esta respuesta: «No importa que no quede demasiado bien. Lo que importa es que el sentido que se da en el original ruso no quede deformado». Todavía sucedería algo peor. Un día el italiano desapareció. «Creyendo que estaría enfermo, preguntamos dónde podíamos encontrarle y nos dijeron, de forma muy terminante, que no nos preocupásemos…».

Rosa cayó enferma y tuvo que hospitalizarse. Los médicos creían que padecía alguna dolencia nerviosa y ella, en secreto, pensaba que así era. Después de la propaganda que se hacía en España, la realidad de la Unión Soviética le había causado un gran *shock*. Se sorprendió al ver que la URSS era un país más pobre que el suyo, que la vida de los ciudadanos soviéticos era muy dura, que todavía se racionaba el vestido y que los alimentos parecían caros en comparación con los salarios. En cuanto a las condiciones políticas, eran patentemente severas.

«Pero contrastando completamente con todo esto, estaba el amor y el afecto extraordinario que la gente sentía hacia los niños, los inválidos, los viejos. Nunca en mi vida he sido tratada con tanto afecto como en el hospital de Moscú. Vi que todo el mundo recibía la misma atención y cuidados que yo. Me confirmó todo cuanto había comprobado referente a la preocupación que el ciudadano ruso corriente siente por el prójimo. A nivel humano era admirable. A nivel de enseñanza, ¡nada!…»

Al cabo de seis meses, utilizando su enfermedad como pretexto, regresó a España. Al saber que se marchaba, las mujeres querían comprarle la ropa y las medias de seda que llevaba. «¿Cómo es posible que los españoles, que justo empezáis a hacer la revolución, vistáis mucho mejor que nosotros, que ya la hemos hecho?», le preguntaban constantemente los otros maestros.

Una vez en España, no quiso saber nada más de la política. Se sentía desilusionada por lo visto en la URSS. En España, en vista de la ayuda que la Unión Soviética prestaba a la república, le había parecido normal ingresar en el partido comunista. Pero en la Unión Soviética había tenido la sensación de estar en la cárcel y había aprendido a valorar como nunca antes lo hiciera la libertad y la independencia.

«El partido me pidió que diera unas charlas sobre mis experiencias. Me limité a describir lo bien que cuidaban de los niños españoles, toda vez que ésta era una experiencia positiva. En cuanto al resto (y yo no era experta en enseñanza), guardé silencio porque no quería ofender a nadie…»

El mayor contingente de evacuados procedía del País Vasco, de donde habían salido casi 14 000 niños. De éstos, sin embargo, sólo una proporción relativamente pequeña estaba en la Unión Soviética. La mayoría había encontrado refugio en Francia, Bélgica e Inglaterra.

En un convento del sur de Francia aguardaban su destino final los cuatro pequeños Aguirre, separados de sus padres después del trágico bombardeo de Guernica. Habían embarcado en el último buque que salió de Bilbao. Los niños querían marcharse del convento porque allí se estaba mal. Pero cuando oyeron decir que todos los que quisieran ir a Rusia formasen cola y dieran su nombre, Manolita, que a sus 9 años cuidaba de los demás, no supo en qué cola meterse. «Rusia, Bélgica, Isle d'Oleron… a nosotros nos era igual; uno u otro lugar podría resultar maravilloso». Al final quedaron 30 niños. La CGT francesa se hizo cargo de ellos y los alojó en un castillo, situado a cosa de 80 km de París, que antes había pertenecido a Napoleón. Koni Aguirre, de 7 años, recordaba las tazas de café con leche, la mantequilla francesa…

«¡Qué excelente atención y cuidado recibimos! Nos daban clase de todas las asignaturas menos religión, Al principio echaba de menos las oraciones en vascuence que mi abuela me había enseñado. También echaba de menos a mis padres. A veces me apartaba de los demás y lloraba sólo de pensar en mi madre y en mi padre, en mi país.

No podía olvidarme del día del bombardeo. Para mí la vida parecía haber empezado aquel día. Apenas recordaba mi vida de antes, ni siquiera mi primera comunión a pesar de haberla recibido sólo quince días antes. Se me había borrado todo de la memoria, salvo el hecho de que no teníamos una casa a la que pudiéramos regresar. Lo último que recordaba de Guernica era mi casa envuelta en llamas…»

Pasaron ocho meses antes de que recibieran la noticia de que sus padres estaban vivos. Un francés casado con una mujer de Guernica se brindó para ayudar a su madre —que ahora vivía en el pueblo de Ibarranguelua, a unos 10 km al norte de Guernica— a que le devolvieran sus hijos. El francés, que simpatizaba con los franquistas, se ofreció para acompañarla y pagar los gastos. Ella se presentó ante la guardia civil de Guernica para tratar de conseguir los papeles. Se los negaron diciéndole que era una mujer peligrosa. «¿Yo? ¿Una mujer que ha perdido a sus cuatro hijos, que lo ha perdido todo, que no ha hecho daño a nadie? ¿Peligrosa?» A resultas de todo el asunto, su marido estuvo arrestado brevemente.

En la misma Guernica, un domingo trajeron una banda para que tocase en las ruinas. Muchos de los antiguos habitantes no habían regresado a la ciudad.

Algunas calles seguían estando intransitables y todavía estaban en pie los esqueletos ennegrecidos de muchas casas. La banda la trajeron con la intención de atraer a la gente para que regresara. «¿Saben lo que acabo de ver?», dijo un sacerdote que no era de la ciudad. «Acabo de ver gente bailando en un cementerio». «¿En un cementerio?» «Sí. Todavía hay gente enterrada debajo de los escombros…»

Enterado de que se estaban haciendo gestiones para el retorno de los pequeños, el director de evacuados de la CGT hizo llamar a Manolita y le preguntó si sus padres eran franquistas. No. ¿Comunistas? Tampoco. «Son nacionalistas vascos», dijo la niña. El director manifestó que no se permitiría regresar a ningún niño mientras Franco controlase alguna parte de la península.

«Así que nos quedamos confiando y esperando que ese caballero, Franco, se marchase de España para que nosotros pudiéramos reunirnos con nuestros padres…»

Mientras tanto, les cuidaban tan bien que Manolita pensó que de haber seguido allí tres años más, habrían acabado haciéndose comunistas.

—«Sí —dijo Koni, coincidiendo con su hermana—. Era como si aquel cuidado especial que dedicaban a los niños fuera un sustituto de la religión. Yo soy una persona religiosa, pero si tuviera que escoger entre las dos cosas, el cuidado me parecería más importante que la religión…» [33]

INVIERNO DE 1937-VERANO DE 1938.

Juventud del siglo XX

que preparas con ardor

un mundo libre de trabas

mundo del trabajador …

Juventud del siglo XX

Madrid está llenito

de fascistas «camuflaos»

cobardes y «enchufaos» …

Pero cuando la victoria

lleguemos a conseguir

a todos los emboscados

les haremos que trabajen

para que puedan vivir …

Letra puesta en Madrid al tango *Siglo XX*

Somos los hijos de Lenín

y nuestro padre es un cabrón

porque nos manda resistir

con las lentejas y el arroz.

Letra que los derechistas cantaban disimuladamente

cuando se interpretaba *La Joven Guardia,*

canción de la juventud comunista

El invierno de 1937-1938 fue crudísimo y nevó copiosamente en el frente

central y en el de Aragón. La moral de la zona republicana se vio levantada momentáneamente a raíz de la captura de Teruel, la única ciudad importante que ocuparía el Ejército Popular. Jaume Miratvilles, jefe de propaganda de la Generalitat de Cataluña, salió apresuradamente de Barcelona para entrevistarse con Prieto, el ministro socialista de Defensa. Su intención era proponerle una campaña de propaganda masiva para señalar la importante victoria conseguida por los republicanos, la mayor hasta la fecha. Prieto se negó; el ejército republicano no podría conservar la ciudad durante más de tres semanas.

«Entonces vi que la guerra estaba perdida. La ofensiva se había llevado a cabo solamente para intentar llegar a un acuerdo negociado que pusiera fin al conflicto…»

Una furiosa contraofensiva nacionalista hizo retroceder al Ejército Popular. La 25.ª división, mandada por los socialistas, que había resultado muy maltrecha en la ofensiva inicial, recibió orden de volver a primera línea. Saturnino Carod, comisario político de la división, rehusó refrendar la orden. Era inhumano hacer que entrasen en batalla unos hombres que carecían de equipo y armas apropiados. El comandante de la división, García Vivancos, montó en cólera y empezó a descargar puñetazos sobre la mesa.

«"¡Si no hay armas, lucharemos con palos, piedras y uñas! Esta orden tiene que cumplirse". Seguíamos discutiendo cuando llegó una nueva señal ordenando que la 118.ª brigada de la división se presentara ante el cuerpo de ejército de Galán. Nos pusimos en marcha…»

Caía una fuerte nevada. Al llegar, García Vivancos se quedó con los hombres en los camiones descubiertos mientras Carod entraba a presentarse. Se encontró a un grupo de hombres sentados alrededor de una estufa. Le ofrecieron café. Empezaron a hablar. «No tardó mucho tiempo en salir el eterno tema de la unidad entre el partido comunista y la CNT». Carod les dijo que el asunto debían tratarlo directamente los jefes de las dos organizaciones. Como miembro disciplinado de la CNT, obedecería cualquier decisión que tomase el comité nacional. Pero uno de los presentes insistió, diciendo que, como conocido militante, podía ejercer presión sobre la CNT para que aceptara.

«Tratando de persuadirme, arguyeron que el futuro de España dependía de la unidad del partido comunista y la CNT, que la guerra la ganarían las dos organizaciones. Propusieron que el partido comunista formase la organización política de la CNT y que la CNT fuera la organización sindical del partido…»

De nuevo les dijo que no era el momento de discutir el asunto. Sus hombres

se estaban helando fuera, necesitaba órdenes y especialmente las armas que, según las instrucciones, la brigada encontraría allí. Se estaba enojando por momentos y empezaba a levantar la voz cuando uno de los hombres se metió la mano en el bolsillo y sacó un carnet del partido comunista.

«"Coge esto o la 25.ª división no recibirá ninguna de las armas que ves ahí". Miré hacia donde me indicaba: en un cobertizo trasero había armas suficientes pata volver a equipar a los hombres. Entre ellas había ametralladoras Maxim, cosa que nosotros nunca habíamos tenido. "Haré que los hombres bajen de los camiones y recojan las armas". "Eso será sólo cuando aceptes el carnet del partido". Supongo que ya habrían rellenado el carnet, ya que no creo que esperasen que me sentara y lo hiciera yo mismo en aquel momento. Les canté las cuarenta. Uno de ellos me rodeó los hombros con el brazo y dijo: "Cálmate, Carod, no hace falta ponerse así. Los camaradas no te han planteado la cuestión correctamente. Vosotros los españoles sois todos iguales. No te preocupes, que todo se arreglará". Reconocí al hombre: era Ercoli. Hasta más tarde no supe cuál era su verdadero nombre: Togliatti, el líder comunista italiano…»

Sin dejarse convencer, Carod salió de la estancia lleno de furia y ordenó a sus hombres que se dirigiesen al cuartel general de otro cuerpo de ejército del frente. Desde allí habló por teléfono con el general que mandaba el ejército de Levante. Éste pareció enfadarse y ordenó a la brigada que se quedara donde estaba. Pero esto no resolvió el problema de las armas. El teniente coronel que mandaba el cuerpo de ejército le aseguró que cerca de allí había un depósito con armas suficientes para reequipar a toda la división. Aún no había terminado de hablar cuando llegó una señal del frente. Dando un puñetazo sobre la mesa, el teniente coronel exclamó: «¡Todo el depósito acaba de ser capturado por el enemigo!…»

Utilizando la reconquista de Teruel como trampolín, el ejército nacionalista prosiguió su avance arrollador y en abril de 1938 ya había alcanzado el Mediterráneo por Vinaroz, tomado todo el Aragón republicano y parte de la provincia de Lérida, y se disponía a avanzar hacia el corazón de Cataluña. La predicción de Prieto había resultado más que cierta. Tras la pérdida del norte el otoño anterior, el resto de la zona republicana quedaba ahora cortada en dos. Mientras tanto, Hitler entraba en Austria…

BARCELONA

En su avance los nacionalistas capturaron las plantas hidroeléctricas de

Tremp, en la provincia de Lérida, que abastecían a Barcelona. Hubo que poner en servicio las antiguas plantas generadoras de vapor que había en la capital catalana. La producción volvió a descender. Los bombardeos aéreos contribuían a empeorar las cosas, aunque algunas fábricas —como, por ejemplo, los nuevos talleres de La Maquinista Terrestre y Marítima— eran respetados, hecho notable que sin duda obedecía a las súplicas de sus propietarios. Pero en la ciudad ya habían sido destruidas más de 750 casas cuando comenzaron los peores bombardeos. A intervalos de dos o tres horas, de día y de noche, los Savoias italianos bombardearon la ciudad durante cuarenta y ocho horas a partir de la tarde del 16 de marzo. La gente huyó de la capital.

Al oír explotar unas bombas en la calle del Carmen, a poca distancia de las Ramblas, y el grito de socorro del hombre de la Cruz Roja, Eduardo Pons Prades, el joven libertario del sindicato cenetista de trabajadores de la madera, se metió en un coche a toda prisa. Había bajado de permiso del campamento de instrucción para ametralladores y era la primera vez en la vida que conducía un automóvil. Ante la puerta de una panadería yacían los cuerpos de una docena de mujeres. Metieron a tres heridas en el coche y arrancó con destino al hospital Clínico. Allí le enviaron a buscar a un par de cirujanos que estaban en sus casas. «Por la cara de miedo que pusieron comprendí que se me notaba que nunca había conducido y que se daban cuenta de que podían morir en el coche con tanta facilidad como a causa del bombardeo». Y el conductor novato, el mismo que en el frente estaba convencido de que no sufriría ningún daño, ahora estaba seguro de que le iba a matar una bomba.

Hacía frío y llovía y mucha de la gente que huía de la ciudad tenía que dormir en las montañas que la rodeaban. Pronto el centro quedó casi desierto, con las calles literalmente cubiertas de cristales rotos.

Mientras ponía gasolina en el coche en uno de los pocos garajes que seguían abiertos, cerca de la plaza de la Universidad, Pons Prades oyó que las bombas caían cada vez más cerca. Él y el encargado de la gasolinera se miraron; instantes después sintió que un remolino de aire caliente y polvo lo levantaba en alto y lo arrojaba al otro lado de la calle. Quedó aturdido en el suelo. La bomba había caído sobre el cine Coliseum y su onda expansiva golpeó con tanta fuerza los edificios próximos que éstos se derrumbaron como castillos de naipes. Lo llevaron corriendo a un dispensario y allí Pons Prades —al igual que otras muchas personas— oyó decir que la bomba había caído sobre un camión que transportaba explosivos de gran potencia y que casualmente pasaba por la Gran Vía en aquel momento.

Casi todas las víctimas de la tremenda explosión pasaron por las manos del

profesor Josep Trueta. El profesor era cirujano jefe del mayor hospital de Barcelona y su método para el tratamiento de las heridas de guerra ya había hecho historia. Fue uno de los grandes procesos innovadores que salieron de la guerra[1]. Desde hacía algún tiempo venía observando los bombardeos, a todas luces experimentales, que los italianos realizaban contra la ciudad y sus sólidas casas de piedra. Utilizaban una combinación de bombas de potencia normal, de gran potencia y penetrantes, tras las cuales arrojaban bombas incendiarias. También habían utilizado bombas antipersonal. Pero los bombardeos de marzo se llevaban a cabo a una escala distinta. A su juicio, sólo podían compararse con el de Guernica.

«El objetivo de los bombardeos era poner a prueba la capacidad de resistencia de la población. Cuando terminaron, en mi hospital había 2200 bajas…»

Al examinar a las víctimas de la «gran explosión», el profesor Trueta desmintió inmediatamente la historia de que la bomba había alcanzado a un camión cargado con explosivos de gran potencia. Los heridos que llegaron al hospital durante las cuarenta y ocho horas siguientes le confirmaron que en la ciudad se habían producido otras dos explosiones de magnitud semejante, aunque llamaron menos la atención porque causaron menos víctimas. El profesor estaba convencido de que se trataba de alguna clase de superbomba que los italianos estaban probando.

Los bombardeos se cobraron lo suyo en bajas y desmoralización. Pero la gente reaccionó protestando. Incluso personas de derechas a las que el profesor Trueta conocía se quejaron de la barbarie de las incursiones aéreas. «¿Cómo puede permitir semejante cosa el Caudillo?…» [2]

Hombre moderado, catalán liberal, pero no nacionalista, y admirador de Inglaterra —«siempre pensé que Cataluña habría podido ser como Inglaterra, a pesar de tener una historia distinta»—, el profesor Trueta siguió en su puesto a pesar de que desde hacía tiempo estaba convencido de que la guerra estaba perdida. La falta de organización, el no haber creado rápidamente un ejército, la mentalidad anarquista, extraña a las clases medias catalanas, todo ello había hecho que la derrota fuese segura. Nunca había sido neutral, sentía hostilidad hacia todo.

Entre la pequeña burguesía catalanista circulaba un chiste: «¿Qué día de la semana es el mejor? Respuesta: el día que esta pandilla se haya marchado y los otros no hayan llegado aún».

«Expresaba con exactitud nuestra situación como catalanes», opinaba Eulalia de Masribera, cuyo padre, hombre de negocios y liberal de la Esquerra, había tenido que esconderse al ser amenazado de muerte. Catalanista acérrima, desde el

principio se vio atormentada por la disyuntiva entre unos valores que anteriormente no habían sido contradictorios… Entre defender a una república constituida legalmente y una república de desorden, caos, asesinatos; entre ser catalana y española; entre la religión y la quema de iglesias; incluso entre miembros de la misma familia que optaban por bandos contrarios… «Los catalanistas liberales como nosotros nos vimos cogidos entre dos fuegos. No podíamos identificarnos con un bando ni con el otro. Ahí estaba yo, con mi padre corriendo peligro de que lo matasen los de un bando y, pese a ello, sabiendo que los del otro bando, los franquistas, estaban decididos a poner fin a la autonomía catalana. Fue todo esto lo que hizo que la guerra nos resultara tan desagradable…»

MILITANCIAS 16

TOMÀS ROIG LLOP, abogado (Lliga Catalana).

«Las clases medias simplemente nos retiramos a nuestras casas con la esperanza de que todo terminase cuanto antes y se restableciera la situación anterior al 18 de julio…»

Al principio había albergado la esperanza de que la república restaurase el orden y ganara la guerra. Aunque su partido, la Lliga Catalana, se había alineado con el bloque contrarrevolucionario en las elecciones generales de 1936, nada justificaba el levantamiento militar. No podía ser otra cosa que una amenaza para lo que tanto había costado conseguir: la autonomía catalana. Del mismo modo, ¿cómo podía justificarse la oleada de violencia que había barrido la ciudad una vez aplastada la rebelión? La violencia de la reacción popular le dejó horrorizado. Iglesias y conventos fueron incendiados, hubo asesinatos incluso antes de que alguien se percatase de que el levantamiento se había convertido en una guerra civil.

De no haber sido por la violencia contra la iglesia, Cataluña, a su juicio, habría representado un sólido bloque ante las fuerzas de Franco. La iglesia, por supuesto, no había sido todo lo que debiera haber sido, no se había preocupado lo suficiente por la gente corriente; pero, de todos modos, esto había sido menos acentuado en Cataluña y en el País Vasco. El ataque sufrido por la iglesia fue lo que más había encolerizado a las clases medias catalanas, que eran profundamente

religiosas[3].

Eran estas clases las que formaban la base del nacionalismo catalán; las profesiones liberales, los tenderos y los artesanos en las ciudades; el campesinado en el campo. La gente que vivía su cultura catalana, su lengua y sus tradiciones, de una manera profunda, cargada de sentido. Esta clase media aborrecía la violencia, que era algo que chocaba con la tradición catalana de la conciliación, de buscar los medios de establecer el diálogo en vez de la confrontación, el modelo inglés, el «ideal político». No era separatista. El separatismo, según él, encontraba apoyo sólo en una reducida minoría que jamás había jugado un papel dominante en los destinos políticos de Cataluña. A pesar de todo ello, en cuanto catalanes de distintas tendencias se unían para apoyar su personalidad histórica, los españoles empezaban a mirar el asunto con gran hostilidad. Pocas habían sido las excepciones a esta regla. El hecho era explicable por el temor de que Cataluña se separase de España, «cosa que, de hecho, era inconcebible: geográfica, económica, incluso mentalmente; era una imposibilidad».

Las clases medias tenían que interpretar un papel importante en el esfuerzo bélico. Se habían frustrado sus esperanzas de que se restaurasen la ley y el orden. Sólo quedaba una solución, a su modo de ver, pero se utilizó demasiado tarde. Contra el desorden, la violencia y la indisciplina de la FAI, que en última instancia, cuando no en la primera, había sido la responsable de la caída de la república, había que utilizar la violencia disciplinada de los comunistas. Sólo un partido bien organizado podía controlar una situación extrema que, en caso contrario, conducía automáticamente o bien a un empeoramiento del caos o a una reacción derechista. Pero no se puso fin a la violencia hasta que Negrín subió al poder y envió agentes del SIM[4] a la ciudad. Para entonces ya era demasiado tarde: las clases medias se habían retirado.

«Cuando vimos que no se iba a poner fin a los ataques (no sólo contra la religión, sino contra las empresas y talleres de la clase media a través de la colectivización), nos apartamos de la lucha. Podría decirse que nos hicimos neutrales. No nos entregamos al esfuerzo para ganar la guerra. Creo que esto resultó decisivo para el resultado de la misma. Nos retiramos, no le veíamos sentido a una guerra a la que nos habían arrastrado y que jamás habíamos querido…»

Sin embargo, para los catalanistas había peligros en una actitud de neutralidad que, en última instancia, no podía hacer sino favorecer a un enemigo que era resueltamente contrario a la causa catalana. Contrariamente a lo que decía el proverbio, el diablo conocido resultaba peor que el diablo por conocer.

«Nunca creímos que Franco impusiera un régimen que aumentara las divisiones entre los españoles. Nos imaginábamos que, después de su victoria, dejaría transcurrir un breve período y luego permitiría que los anteriores partidos restableciesen un orden político, ya que él tenía al ejército detrás suyo. Nos figurábamos que dejaría regresar a los exiliados. Nunca pensamos que sus fuerzas fuesen a aplastar Cataluña…»

Fue uno de los poquísimos miembros de la Lliga que se quedaron en Barcelona y se vio privado de ganarse la vida ejerciendo de abogado. Fue amenazado de muerte más de una vez, pero rechazó una oportunidad de huir al extranjero que Cambó, el líder de su partido, le propuso, ya que hubiese tenido que dejar en Barcelona a su esposa y a sus tres hijos. Encontró un empleo en el ayuntamiento que no le daba para vivir, así que, para hacerse un sobresueldo, iba recorriendo las zonas rurales y rellenando por cuenta de los payeses analfabetos los impresos oficiales que éstos no podían rellenar. Cuando le preguntaban cuánto le debían por el servicio, miraba a su alrededor y decía: «ese conejo», «aquella gallina» y luego volvía triunfante a casa.

Un empleado de correos al que conocía le dijo que tenía escondidos paquetes de tabaco canario, pero no se atrevía a venderlos. «¿Tienes miedo? Bueno, pues yo no», y así diciendo, metió el tabaco en una maleta grande y empezó a recorrer las carnicerías, las panaderías, los colmados…

«La gente se volvía loca por el tabaco y este empleado de correos recibía con regularidad partidas que, por algún fantástico golpe de suerte, nunca eran interceptadas…»

Debido a su trabajo, a veces tenía que ir a una oficina de la FAI y, para empezar, siempre iba sin corbata ni gorra.

«"¿Por qué te has quitado la gorra?", le decía el hombre de la FAI. "Eres un burgués podrido, podrido de cabo a rabo. ¿A qué viene intentar ocultarlo?" Así que volvía a ponerme la gorra. Luego iba al local de la Esquerra a ver si conseguía un poco de leche condensada para mis hijos. "¿Por qué no dejas de llevar gorra?", me decía, mirándome, el hombre que había allí. "Hoy día es una gran descortesía llevar sombrero o gorra. Especialmente cuando no estás en tu propia casa". La gorra o la boina (durante los primeros meses nadie osó llevar sombrero) se convirtió en el símbolo de las contradicciones de vivir en Barcelona… Si las fuerzas republicanas se hubiesen alineado contra Franco y hubieran dedicado todas sus energías a ganar la guerra, nada de esto habría sido inevitable. Franco no hubiese podido ganar, por mucha ayuda que recibiera. ¡Todas las grandes ciudades estaban en el bando republicano! Pero ahora ya era demasiado tarde…»

Sobre la burguesía catalana aún no se cernía la sombra de lo que vendría más tarde. La presencia hostil, visible de la revolución que amenazaba sus intereses sociopolíticos, su visión de la autonomía catalana, preponderaba sobre el espectro del enemigo que desde las fronteras amenazaba a la autonomía, pero no —al menos no lo parecía aún— a sus intereses fundamentales de clase.

Catalanista convencida, Juana Alier apoyó a las fuerzas de Franco durante toda la guerra, pese a ser perfectamente consciente de que se oponían irreconciliablemente a la autonomía de Cataluña. Estaba casada con uno de los principales molineros de la ciudad y deseaba la victoria de los militares para que «se pusiera fin a la clase de vida que nos veíamos forzados a llevar, para que comenzase una vida nueva». Tenía la sensación de que todo se desintegraba a su alrededor. No podían seguir de aquella manera.

No es que, en ciertos sentidos, hubiese tenido mala suerte. Aunque había votado a favor de la Lliga en 1936, siempre había podido contar con la protección de los militantes de la FAI que trabajaban en el molino de su marido. En otros tiempos su marido había cuidado de las familias de los trabajadores de la FAI que estaban en la cárcel. En cierta ocasión, cuando la habían denunciado por sacar papeles y objetos de valor de la torre de la familia, de la que la juventud socialista se había incautado, estos obreros de la FAI impidieron que los socialistas la detuvieran y enviaron un par de hombres armados a vigilar su piso. Durante los sucesos de mayo, ella y su esposo habían permanecido en el molino, ya que sabían que bajo la protección de la FAI estarían más seguros que en casa. Su marido, que en 1936 había votado por la Esquerra y que, a diferencia de ella, tenía sus orígenes en la pequeña burguesía, ingresó en la CNT y fue nombrado miembro del comité de molineros de harina de la ciudad. Él y su hermano —que, en realidad, seguían dirigiendo el negocio de la familia desde sus puestos de miembros del comité— cobraban lo suficiente para vivir y más que los trabajadores corrientes. El comité de molineros cuidó siempre de que los anteriores «amos» recibieran algo más que la parte correspondiente de los alimentos que se obtenían «vendiendo» los residuos del molino a los campesinos, que los utilizaban como pienso para el ganado. Hasta el mismo final no tuvo ninguna queja con respecto a la comida.

Su marido no estaba asustado. No habían matado a ninguno de los molineros que se habían quedado en la ciudad. Él decía que mientras hubiese trabajo se podía seguir viviendo.

«Si "todo esto" duraba poco, recuperaría su molino; si duraba mucho, ¿entonces qué más daba? Se tomaba las cosas con más filosofía que yo. Yo era más burguesa y necesitaba seguridad. Siempre me había dado miedo el no tener lo suficiente para vivir. Si se tenía un poco de capital, se gozaba de seguridad. Eso era

lo que echaba de menos…»

Después de recoger la cosecha de trigo, los trabajadores se habían hecho cargo de la finca de 100 hectáreas que poseía en la provincia de Tarragona. Antes de ello, cada semana enviaban al capataz y a un trabajador armado a Barcelona a buscar el dinero para pagar los jornales. La misma suerte corrió la fábrica de papel que su hermano tenía en Lérida. Pero esto lo había podido arreglar creando un comité en la oficina central de Barcelona para que se encargase de la parte comercial. ¡En aquellos días todo lo dirigían los comités! El suyo consistía en ella misma, un mozo de oficina y un oficinista, ambos fieles a ella sin ninguna reserva. Lo importante era evitar que otros se hicieran cargo de la empresa.

«Y asegurarse de que los obreros de la fábrica cobrasen sus jornales cada semana. Mientras cobraran no habría fricciones. Justamente cuando al comité se le estaba acabando el dinero, Lérida cayó ante el avance de los nacionalistas y ello puso fin al asunto…»

A pesar de su energía, de su voluntad de resistir, tenía la sensación de estar descomponiéndose, de verse desorientada en aquella vida totalmente transitoria, impermanente. La religión, que antes era una de las directrices más importantes de su vida, había desaparecido. Lamentaba muchísimo no poder ir a la iglesia. Consiguió que su primer hijo fuese bautizado clandestinamente, en 1937, por un sacerdote que acudió a su casa para ello. Sin embargo, el bautizo se hizo con agua sola. Al año siguiente, cuando las cosas resultaban algo más fáciles, el sacerdote volvió con los objetos sacramentales, comulgaron y el niño fue bautizado de nuevo.

«Pero ¿íbamos a seguir siempre así? ¿Habían abolido el culto mientras durase la guerra o para siempre? No lo sabía. Lo que se había perdido era una parte de un mundo. Rezaba para que ganasen los "blancos" y de esta manera pudiéramos comenzar una nueva vida. No para que ganasen como lo hicieron al final… aunque ¿quién lo iba a saber entonces?…»

Aunque la «ley y el orden» parecían haber triunfado en Barcelona tras los hechos de mayo, gran parte de la clase media catalana no se sentía reconciliada con el nuevo curso de los acontecimientos. El marido de Juana Alier se sentía amenazado por la creciente fuerza de los comunistas. Regresó desanimado después de las conversaciones que sostuvo con Joan Comorera, el líder del PSUC y consejero de Economía de la Generalitat.

«"No sé qué le pasará a la FAI", dijo. Ya no se sentía del todo seguro…»

Pero su parecer era una excepción. La opinión más corriente era que la revolución anarcosindicalista era «como estar en un avión que sabes que se va a estrellar». Así lo expresó Marcel Canet, hijo de un pequeño fabricante textil de Badalona cuya fábrica había sido incautada.

Dos días después del comienzo de la guerra, había respondido a la llamada que el gobierno hiciera a los reservistas y se había presentado en un cuartel de Barcelona. Los militantes de la FAI, que se habían apoderado de los cuarteles, le dijeron que se marchase, que no se iba a formar ningún ejército. Desde aquel momento pensó, como miembro de la Esquerra, que la respuesta de los libertarios a las necesidades de la guerra resultaba trágicamente caótica.

Volvió a la fábrica de su padre —en la que, siguiendo la costumbre típica de la burguesía catalana de entonces, había comenzado a trabajar a los 15 años, barriendo los suelos— y se encontró con que los trabajadores se habían hecho cargo de la misma obedeciendo las instrucciones del sindicato, nombrando presidente del comité a un fogonero.

«Éste decidió que mi padre hiciera su trabajo, que hiciera de fogonero. Mi padre era republicano, catalanista de toda la vida. Después de pasarse la vida trabajando y ahorrando, había conseguido montar la fábrica diez años antes. ¡Qué tontería considerar enemigo a alguien como él! La gran mayoría de la clase media catalana era hostil al levantamiento militar, pero una mayoría aún mayor llegó a odiar la revolución que la CNT trataba de poner en marcha…»

Su padre se negó a hacer de fogonero y se marchó a Barcelona, donde pasó algún tiempo escondido. Pero no le molestaron jamás, nadie fue a buscarle y pronto regresó para vivir en Badalona[5].

Con un sueldo de 10 pesetas diarias —la mitad del que cobraba antes— su hijo continuó en la fábrica en calidad de director. Se encargaba de supervisar la producción, atender las quejas de la clientela y tratar de encontrar clientes nuevos. Pero quien mandaba era el comité de empresa. Las relaciones eran mutuamente respetuosas.

«Entretanto, los obreros siguieron trabajando como siempre. Había unas 60 mujeres y 8 hombres. Bien mirado, a ellos lo mismo les daba que la presión saliera del comité o del dueño. Ellos eran los que sabían cómo había que hacer el trabajo. En realidad, donde empezaban las diferencias era más arriba. La situación económica general, las interrelaciones entre los distintos intereses económicos… ahí es donde ahora reinaba el caos…»

Canet no salía de su asombro al ver que el comité de empresa tomaba un taxi cuando tenía que ir a Barcelona. Antes de la guerra, él y su padre siempre iban en tren. No tenían coche.

No tenía la menor duda de que la empresa iba a hacer agua. A su modo de ver, los trabajadores daban muestras de una ingenuidad fantástica en lo que se refería a llevar un negocio.

«Es algo que no se aprende de la noche a la mañana, sino que sale de la experiencia, o quizás es una cosa innata. Tenía la sensación de ser el único que se daba cuenta de lo que iba a pasar…»

Anteriormente le había sugerido a su padre la posibilidad de huir. «Yo no he hecho nada, no tengo por qué marcharme», le replicó su padre. Así que se quedaron.

Debido a la escasez de materias primas, la fábrica redujo su horario y Canet se alistó voluntariamente en el regimiento pirenaico, formado principalmente por catalanistas. Los comités anarquistas locales que habían controlado las fronteras hasta los sucesos de mayo atacaron al regimiento cuando éste fue enviado a hacer prácticas en las zonas fronterizas. Varios mandos del regimiento fueron hechos prisioneros en calidad de rehenes. La Generalitat informó al regimiento que le era imposible intervenir.

«Si el gobierno no podía hacer nada, ¿qué íbamos a hacer nosotros? Decidí que no había más alternativa que largarse. Uno sólo lucha si tiene algo por lo que luchar. Yo no era anarquista ni comunista, la república de 1931, en la que creía, ya no tenía nada que ver con la república de después de julio de 1936. No alcanzaba a ver ninguna razón para seguir luchando por ella… No me habría marchado solamente por lo que sucedía en la fábrica. De haber sido así, me habría pasado al otro bando y luchado para recuperar nuestros derechos de propiedad. Eso no podía hacerlo. El dinero no era lo más importante; los ideales estaban por encima de él. Y, sencillamente, mis ideales políticos ya no se veían representados por Cataluña tal como era entonces…»

Él y un primo suyo, consumados montañeros ambos, prepararon sus mochilas, cogieron los esquíes, y se pusieron en marcha. En medio de una tremenda tormenta de nieve, cruzaron los Pirineos por un paso alejado de todos los puestos militares. Desde Francia, Canet partió para América y una nueva vida, transformado en un neutral ante la lucha…

Conforme la guerra fue avanzando, surgieron otras causas de descontento.

A consecuencia de los sucesos de mayo, el gobierno central fue haciéndose cargo de un número creciente de funciones que antes desempeñaba la Generalitat, especialmente las que estaban relacionadas con el esfuerzo bélico. Josep Andreu Abelló, diputado de la Esquerra y presidente del Tribunal de Cassació de Cataluña, era del parecer de que ello había sido un error importante que minó la resistencia catalana.

«Los poderes de la Generalitat fueron disminuyendo progresivamente hasta que al final quedaron reducidos virtualmente a cero. A resultas de ello, una gran masa de catalanes empezó a pensar que aquélla ya no era *su* guerra. De pronto comenzó a evaporarse el gran espíritu que movía a las masas en épocas de crisis. Una sensación de derrota se apoderó del corazón de la mayoría de los catalanes. A ello había que añadir los bombardeos aéreos, el hambre, el cansancio general producido por la guerra…»

Andreu Abelló observó que la clase obrera era mucho más optimista en cuanto a la posibilidad de ganar la guerra en comparación con personas que, como él, ocupaban puestos de indudable responsabilidad.

«Ahí estaba lo malo. Mientras nosotros probablemente estábamos mejor informados y, por ende, pocas razones teníamos para sentirnos optimistas, las masas, con su mayor sencillez, se estaban preparando para la revolución que vendría después del conflicto. Y en medio de esta confusión, estábamos perdiendo la guerra…»

No es que se estuviera perdiendo a causa de la revolución, sino que, en su opinión, se habría perdido de todos modos. Al no acudir en ayuda de la causa republicana, las democracias parlamentarias habían hecho que la derrota quedase asegurada desde el primer día. No había que sorprenderse ante la pasividad de dichas democracias. La guerra, que fue la última guerra ideológica, coincidió con el nadir de la ideología democrática. Ni Daladier ni Reynaud, a su modo de ver, tenían ni pizca de ideología. En cuanto a Chamberlain, éste dio muestras de un egoísmo de inglés que sólo busca su propia tranquilidad, lo cual revelaba que no comprendía qué era lo que en realidad estaba en juego… incluso para la propia prosperidad de Inglaterra.

«La mayoría de los ingleses y franceses vivieron nuestra guerra con una indiferencia y falta de generosidad que nos dejaron completamente abandonados a nuestra suerte. Esto fue algo realmente terrible…»

Para entonces, la comida ya representaba una constante preocupación. Nadie murió de inanición, pero la gente pasaba hambre. Según Joan Grijalbo, el

empleado de banca y ugetista, vocal-consejero del Consejo de Economía, de esta infortunada situación nacieron algunas ventajas curiosas. De vez en cuando se dejaba caer por el banco en el que antes trabajaba. Lo hacía para ver qué tal iban las cosas. Recordaba que en 1935, para celebrar el vigesimoquinto aniversario de su fundación, el banco había dado un banquete en el curso del cual él habló en nombre de los empleados. Estaban entregados en cuerpo y alma al futuro del banco, dijo, pero había muchas cosas que les preocupaban y el sindicato se estaba encargando de ellas: los aumentos de sueldo nunca se producían espontánea o milagrosamente. «Recomendé a la directiva del banco que tuviera presente el concepto de justicia social». Al decir esto, todos los directivos abandonaron la sala como un solo hombre. La burguesía española era la más reaccionaria de Europa. «Quería seguir viviendo bien impidiendo que el nivel de vida del proletariado se acercara a la altura del de los europeos…»

Al repasar las cuentas del banco, se quedó asombrado al ver que la gente seguía ahorrando. Según sus cálculos, el índice de ahorros per cápita de Cataluña durante la guerra fue uno de los más altos de Europa. Pero había una empresa que estaba al borde de la quiebra: una compañía fabricante de bicarbonato sódico.

«Ya no se vendía su producto, porque nadie padecía de indigestión…»

EPISODIOS 11

EMBROLLOS

Para Joan Manent, alcalde cenetista de Badalona, la ciudad industrial de unos 80 000 habitantes situada a 8 km de Barcelona, subiendo por la costa, el abastecimiento de comida representaba su mayor preocupación. La producción agrícola dentro de los límites de la ciudad estaba virtualmente paralizada. Una colectividad agraria creada por la CNT había resultado un fracaso. La media docena de jornaleros que pertenecían a la CNT —al sindicato de trabajadores del ramo alimenticio, ya que no existía un sindicato agrícola anarcosindicalista— había expropiado la mayor parte de la tierra perteneciente a los grandes terratenientes, de los que había una veintena y pico, y había tratado de hacer lo mismo con la tierra de los cerca de 400 pequeños propietarios, la mayoría de los cuales pertenecían al sindicato de *rabassaires* de la Esquerra. Los líderes sindicales de la CNT habían impedido que llevasen a cabo tal propósito.

«Pero no era sólo eso, sino que los jornaleros llevaron la colectividad tan mal que algunos *rabassaires* que pensaban ingresar en la CNT desistieron de hacerlo y se apuntaron a la UGT. Mandamos a un par de militantes bien preparados para que administrasen la colectividad, pero se negaron a quedarse en ella al ver que la cosa iba a terminar a tiro limpio. Incluso la FAI se opuso a la forma en que los jornaleros llevaban las cosas. Al final conseguimos que los echasen de la colectividad y los mandaran al frente, pero para entonces el daño ya estaba hecho…»

Por el contrario, a juicio de Manent, funcionó muy bien una colectividad agrícola de la UGT que se formó en parte con las grandes propiedades y en parte con las parcelas de los pequeños propietarios que quisieron entrar en ella. Esta colectividad la dirigieron un par de excenetistas que habían abandonado la colectividad de la CNT porque llegaron a las manos con los que la administraban. «Quizá resultara paradójico; pero así son todas las revoluciones…»

A pesar de todo, el problema de la alimentación siguió siendo agudo. Y se agudizó aún más por culpa de algunas empresas colectivizadas. Entre éstas se hallaba la importante fábrica de productos químicos Cros, que ahora estaba colectivizada y trabajaba plenamente para el esfuerzo bélico y la agricultura. Los de la Cros tenían montado un sistema de intercambio: sus 2000 obreros recibían una cantidad determinada de alimentos por cada tantas toneladas de productos químicos que producían.

«Además de sus raciones normales, cada quince días recibirían unos 15 kilos de alimentos extras, producto de sus intercambios. Lo mismo sucedía en las otras fábricas de productos químicos y metalúrgicos de la ciudad. Esta desigualdad provocaba gran descontento entre el resto de la población…»

Manent organizó una reunión de colectividades y cooperativas de consumidores e insistió en que todos los alimentos debían ser entregados al comité de abastecimientos de la CNT, que los distribuiría equitativamente entre la totalidad de la población.

«Los sindicatos de la CNT se mostraron de acuerdo, pero los obreros se negaron. No era la primera vez que me tropezaba con el egoísmo de las colectividades individuales…»

Le habían nombrado alcalde en julio de 1937, después de que los anarcosindicalistas se negasen a entrar en el nuevo gobierno central formado por Negrín. Hasta entonces había sido secretario particular de Joan Peiró, el ministro cenetista de Industria y Comercio. Al tomar posesión de su cargo en el

ayuntamiento, se encontró con que su situación financiera era muy seria. Los fondos no llegaban siquiera para pagar al personal municipal y hubo que pedir ayuda a la Generalitat.

«La razón era la falta de ingresos. Las colectividades se negaban a pagar impuestos. No había un alma dispuesta a soltar un céntimo. Ahí nos tenían intentando vivir el comunismo libertario mientras la gente se olvidaba de su deber para con la colectividad. Era una prueba de la irresponsabilidad de mucha gente. Pronto vi que con demasiada frecuencia cada colectividad pensaba ante todo en sus propios intereses…» [6]

Manent amenazó con dimitir a menos que la distribución de los alimentos se llevase a cabo en un plano de igualdad. Mariano Vázquez, secretario del comité nacional de la CNT, tuvo que ir personalmente a pedirle que siguiera en su puesto. No se consiguió introducir cambio alguno en la situación alimentaria.

La llegada a Barcelona del gobierno central trajo consigo un nuevo problema. En lo que antes fuera un monasterio, el municipio, encabezado por la CNT, tenía instalado un sanatorio para tuberculosos. La Generalitat había intentado hacerse cargo del mismo, pero su intento había sido rechazado sin demasiada dificultad. Pero el asunto se hizo más complicado cuando el gobierno central decidió hacerse cargo del sanatorio, en el que se hallaba internada una sobrina de Negrín.

La creación del sanatorio en el monasterio, que había tenido lugar durante la revolución, era algo que los anarcosindicalistas venían reclamando desde hacía mucho tiempo. Durante la república, los cartujos habían sugerido al municipio que ellos cuidarían de los tuberculosos de la ciudad, donde dicha enfermedad tenía una incidencia relativamente alta. Instalarían un sanatorio en un edificio en desuso que había en el monasterio si el municipio se mostraba dispuesto a pagar los gastos médicos. Una semana después de la insurrección de octubre de 1934, todos los pacientes fueron enviados de vuelta al hospital de Badalona sin previo aviso. La CNT organizó una manifestación y pidió que todo el monasterio se convirtiera en sanatorio.

En cuanto el levantamiento militar quedó aplastado, unas 2000 personas atacaron el monasterio. Pegaron fuego a su laboratorio farmacéutico y estuvieron a punto de hacer lo mismo con la biblioteca, que por sus incunables tenía reputación de ser la tercera en importancia de Cataluña. La CNT envió hombres para impedirlo.

«Pero no pudimos impedir que la muchedumbre trajese 38 monjes a

Badalona, incluyendo el prior, con el propósito de darles muerte. Por el camino mataron a dos e hirieron a otros tantos. Al ver entrar a los monjes conducidos por hombres armados con picas, la escena me recordó tanto la revolución francesa, que me imaginé ver en la plaza a la guillotina esperándoles…»

Él y otros líderes de la CNT habían tomado precauciones, reuniendo a 200 militantes en la plaza donde la muchedumbre amenazaba con matar a los monjes. Pistola en mano, los militantes detuvieron a los cabecillas de la chusma y acompañaron a los monjes otra vez al monasterio.

«"¡Os decís el comité antifascista que ha ocupado el ayuntamiento y les salváis la vida a los monjes! ¿Cómo podéis hacer algo así?" La multitud no lograba comprender lo que estaba pasando…»

Al cabo de unos días, el comité comprendió que no podía brindar la debida protección a los monjes, entre los que había numerosos extranjeros, franceses, ingleses, japoneses, etc. Fueron a ver a Companys y le pidieron que los repatriase con el fin de evitar un incidente internacional.

Una vez los hubieron repatriado, la CNT local se dispuso a llevar a la práctica su intención de convertir el monasterio en sanatorio. Derribando tabiques, de cada cuatro celdas salía una sala. Asimismo, trajeron camas nuevas y equipo, incluyendo un aparato de rayos X, y pusieron el lugar bajo la protección de vigilantes de la CNT, que además se encargarían de cultivar los huertos. De esta manera el sanatorio podría abastecerse a sí mismo de comida. Los alimentos sobrantes serían para los ancianos y huérfanos badaloneses.

Un día, mientras limpiaban un altillo lleno de paja, varios guardianes encontraron una trampilla. Al abrirla, vieron unos peldaños. Temiendo que alguien estuviera escondido allí, ya que dos o tres monjes habían escapado, empezaron a bajar. En un cuarto subterráneo hallaron un depósito de armas: unos 100 fusiles Mauser y Winchester, así como 100 000 cartuchos. Los fusiles estaban engrasados y rotulados.

«Fuimos a ver al prior, que había resultado herido y estaba en el hospital. Negó estar enterado de que hubiera armas escondidas. Pero un monje que también había resultado herido nos contó la historia. Los fusiles les habían sido entregados por cuatro hombres que los transportaron hasta el monasterio en cuatro carros tirados por burros poco antes de octubre de 1934. Las armas eran para la defensa del monasterio y para ser utilizadas por derechistas, pero no se habían utilizado. Localizamos a los hombres que las habían entregado y nos confirmaron la historia. El cargamento de fusiles lo habían recogido de un buque que los había descargado

en la costa, más arriba de Badalona…»

El intento que hizo la Generalitat para hacerse cargo del sanatorio fue rechazado mediante una propuesta según la cual, si la Generalitat subvencionaba los costos, se aceptarían pacientes de todo el distrito. Pero otra cosa fue el intento del gobierno central, que mandó a una compañía de guardias de asalto que se presentaron en el sanatorio, arrestaron a todos los guardianes y se hicieron cargo del mismo. Manent convocó inmediatamente a los jefes de todas las fuerzas de policía que se hallaban bajo su mando. Les informó de que los militantes de la CNT, apoyados por los policías, volverían a tomar el sanatorio.

«Hubo ciertos titubeos entre los jefes de policía. Sólo disponían de unos 50 hombres para enfrentarse a los guardias de asalto. Pero les aseguré que, con el apoyo de nuestros hombres, serían suficientes. El jefe de la policía sugirió que se llamase por teléfono al que mandaba los guardias de asalto. Éste replicó que tenía órdenes y que defenderían el sanatorio hasta la muerte…»

Al ver que se estaba en un punto muerto, un cenetista telefoneó a la Generalitat. Ante la posibilidad de una confrontación armada, el presidente Companys sugirió un compromiso.

«Los guardias de asalto se retirarían, pero la posición del sanatorio debía ser "legalizada". Podría celebrarse una reunión pública a la que no sólo asistirían Companys y otros cargos de la Generalitat, sino que también lo haría Negrín, el presidente del gobierno. "Tendrán que preparar un almuerzo para todos, desde luego", dijo. Cuando los concejales se enteraron del plan, todos dijeron que querían asistir al banquete. "Sí, todos asistiréis", les dije, "pero Manent no lo hará…" Cuando llegó el día señalado, me encerré en mi alcoba, le dije a mi esposa que dijera a todo el mundo que me había ido a Sabadell y me quedé allí hasta que hubo terminado el asunto…»

Fue una suerte, porque aquella tarde la juventud libertaria de Badalona organizó una enorme manifestación de mujeres. Se congregaron ante el ayuntamiento y protestaron ante el hecho de que se hubiese dado un banquete a los ministros del gobierno cuando la población civil estaba pasando hambre y sufrimientos.

«Hace falta mucha diplomacia para enfrentarse a una masa de mujeres enfurecidas. Les pedí que hicieran entrar a una delegación. Ésta recitó sus protestas. Les dije que yo no había asistido al banquete. "Ya lo sabemos. Pero da igual, en el almacén municipal hay alimentos que no se están distribuyendo…" Yo sabía cuál era el verdadero propósito de todo aquello: era un intento de librarse del

concejal encargado de los suministros, un miembro del PSUC que era amigo mío a pesar de todo. De repente tuve una idea brillante. "Iremos todos al almacén ahora mismo, yo y los concejales con vosotras, y haremos una inspección. Si hay un gramo más de comida de la que debería haber, podéis colgarme del árbol más próximo…" "Manent, ¿qué les has prometido?", me preguntó uno de los concejales. A decir verdad, yo mismo no estaba muy seguro de que todo estuviera en orden…»

Seguidos por la manifestación de mujeres, se pusieron en marcha. Cuando llegaron al almacén no había allí ni siquiera un bacalao, «por suerte para mí». Las mujeres quedaron convencidas y se dispersaron.

En vista de lo sucedido, Manent trató una vez más de llegar a un acuerdo para la distribución equitativa de los suministros de alimentos.

«Y una vez más fracasé. Todos los partidos y organizaciones estaban de acuerdo en principio, pero no hicieron nada concreto. Les daba miedo poner fin a los privilegios de sus miembros. Así que dimití del cargo de alcalde…»

A menudo los que llegaban con permiso a Barcelona después de luchar en el frente encontraban frívolo el ambiente que reinaba en la retaguardia. La guerra, al menos superficialmente, parecía muy lejana a pesar de la escasez de alimentos y de los bombardeos aéreos. Esta impresión de los que llegaban a Barcelona a veces se veía reforzada por su visión crítica de cómo se estaban llevando las cosas.

Rafael Hernández, el ferroviario socialista de Gijón[7] que había conseguido huir en barco de Asturias, fue nombrado jefe de la comisión de transporte de Barcelona. Comprobó que los ferrocarriles funcionaban pésimamente. «La razón era que nadie estaba a cargo de ellos». No había horarios y cada tren era «especial», lo que significaba que tenía que ir de estación en estación esperando que la línea estuviera despejada. Decidió que había que poner fin a aquel estado de cosas.

«Pero no había forma de hacerlo. Los jefes de estación ya no mandaban en sus estaciones. En vez de ellos, mandaba un comité, formado por jefes de tren y representantes de otros empleados ferroviarios, y un comité de maquinistas. Si este último, por ejemplo, se mostraba contrario a la decisión del otro comité para llevar un tren hasta la frontera, el tren no salía…»

Hernández opinaba que debía haber una sola persona encargada de la dirección. Encontró gente dispuesta a asumir la responsabilidad si contaba con el respaldo de alguna autoridad superior. Le preguntaron si él estaba dispuesto a dar

dicho respaldo. Contestó que para esto estaba allí. Convocó a los jefes y subjefes de estación y les dijo que su cometido consistía en dirigir un servicio ferroviario sujeto a un horario y bajo su mando. Quienquiera que se les opusiera sería metido en la cárcel. Si no cumplían con su deber, ellos serían los responsables.

Parecido desorden reinaba en los talleres ferroviarios. En uno de ellos los ingenieros y los técnicos se reían del calderero que había sido nombrado jefe, ya que no tenía la menor idea de lo que había que hacer.

«Ordené que regresara a la sección de calderería, volví a colocar en su puesto al anterior jefe de taller y le dije que ahora él era el responsable de que las reparaciones se efectuasen como era debido…»

Las cosas pequeñas le sorprendían. Por ejemplo, el gran número de asientos de vagón que la gente había arrancado para hacerse chaquetas de cuero. En Asturias no había pasado nada por el estilo. Los refugiados andaluces alojados en las elegantes villas veraniegas habían arrancado puertas para tener leña en invierno. No podía culpárseles a ellos, sino a los que habían organizado el alojamiento por no haberse molestado en decirles a los refugiados dónde encontrarían leña en las montañas. Desde luego, la causa fundamental de tanto desorden eran los militares que habían empezado la guerra. «Sin embargo, me quedé atónito ante la falta de cualquier sentido de la propiedad, la falta de cultura».

Entre los militantes de la CNT aumentaba la desmoralización debido al desenlace de los sucesos de mayo, la creciente fuerza del PSUC y las dificultades económicas con que se tropezaban las colectividades. Josep Costa, secretario del sindicato cenetista de la industria textil en Badalona y compañero de Joan Manent, creía que la masa general de obreros no se sentía tan afectada.

«Pero llegamos a la conclusión de que ya no sabíamos para qué estábamos luchando. Habíamos llegado a una situación en la que nada parecía valer la pena. Así que la mayoría nos fuimos al frente, a luchar y a que nos matasen…»

En el frente la moral estaba alta, especialmente entre los jóvenes, incluso aquellos que habían sido llamados a filas. Así pudo comprobarlo Pons Prades. Pese a no haber cumplido aún los 17 años, se había alistado voluntariamente en el ejército, mintiendo sobre su edad, poco después de los sucesos de mayo. Éstos habían tenido un efecto «catastrófico» sobre el sindicato cenetista de trabajadores de la madera. Aunque se seguía trabajando, por todas partes se registraba una sensación de derrota moral y material. Nadie hablaba de ello. «Era como lo que sucede ante una muerte inminente. Todos esperábamos que el sindicato falleciese

de un ataque al corazón». Pero en el frente las cosas eran muy distintas.

«Mientras la guerra no se hubiera perdido, no todo se había perdido tampoco. Así pensábamos todos. Y una vez hubiéramos ganado la guerra, podríamos replantear todos los problemas. Quizás hasta pudieran superarse las derrotas como la de mayo…»

Esperanzas que se frustrarían, pero cuyas sombras torturadas volverían a alzarse un año después, cuando dentro de la guerra civil estallase otra guerra civil que no quedaría resuelta pero que pondría fin a la primera al abrir las puertas de Madrid al enemigo…

MADRID

El invierno había sido durísimo. Había nevado copiosamente en la capital cuando las nevadas que cayeron sobre Teruel durante la ofensiva republicana. Diríase que la gente comenzaba a desanimarse. O, mejor dicho, la gente que no pensaba más que en «comer y vivir», que deseaba el final de la guerra, fuera como fuese dicho final. Régulo Martínez, presidente en Madrid de Izquierda Republicana, todavía tenía fe en la victoria. Pero veía claramente que esta fe ya no era compartida por grandes sectores de la población.

«Eran como arena, las masas: absorbían todo lo que les caía encima. Su moral estaba decayendo con gran rapidez. Los soldados que luchaban en el frente nunca se quedaban con el estómago vacío, pero sabían que sus familiares de la ciudad pasaban hambre y esto también era malo para la moral…»

Existía el problema de los refugiados. Cuando el pánico producido por el avance del enemigo había motivado la evacuación de las zonas rurales, en aquel otoño ya lejano de 1936, se habían refugiado en la ciudad muchas personas que eran partidarias de los caciques de los pueblos. Él les había encontrado alojamiento y al principio se habían entregado a la defensa de la ciudad, pero ahora eran de los primeros que se desmoralizaban.

La línea del frente seguía siendo la misma que había sido trazada con sangre durante la ofensiva de noviembre. Desde el cerro de Garabitas, en la Casa de Campo, la artillería nacionalista seguía bombardeando esporádicamente la ciudad, aunque ya no había asaltos directos. En el barrio de Argüelles, enfrente de la Ciudad Universitaria, pocas casas seguían intactas. Resultaba relativamente fácil esconderse en una zona tan cerca del frente. Desde el umbral de una casa un

hombre contemplaba los juegos de unos chiquillos detrás de una barricada de adoquines. Sólo dos familias vivían en las casas que todavía eran habitables. Una era la de un farmacéutico a cuyos hijos él daba clases para ganar dinero, ya que, como líder de la Falange clandestina, el trabajo particular resultaba más seguro… Mientras miraba a los niños, cartuchos vacíos procedentes de la Ciudad Universitaria rebotaron contra la barricada y las paredes de las casas. De repente tres proyectiles de mortero estallaron por encima de los tejados. La madre de los niños alzó los ojos. «Será mejor que entréis, que esto está arreciando». Era como si acabase de empezar a llover. «Así vivía la gente de Madrid…»

Las mujeres colgaban la colada en las alambradas de espinos. Los niños asistían a las escuelas instaladas en los refugios antiaéreos o iban a la Gran Vía a recoger metralla al rojo vivo. Éste era el deporte favorito de Álvaro Delgado, el hijo de 15 años del encargado de un almacén de ropa, hasta que su padre se lo llevó a trabajar en el taller. El bombardeo artillero no solía comenzar hasta las seis de la tarde. Los chiquillos esperaban en las travesías del extremo sur de la Gran Vía hasta que oían los cañones, el silbido del obús al surcar el aire y el ruido de la explosión al caer sobre la Telefónica. Entonces salían todos ellos corriendo a la calle para recoger el metal ardiente.

«A los chiquillos nos parecía algo precioso, digno de coleccionarse. Una noche en que las cosas se pusieron más calientes que de costumbre me refugié en la tienda de un zapatero. Al disiparse el humo, en la calle vi a un hombre al que la explosión acababa de arrancarle la cabeza…»

A la Gran Vía la llamaban la «Avenida de las Bombas». La gente solía bromear preguntando si el tranvía 17 había llegado. «No, la única cosa que pasa por aquí es el 15 y medio», era la respuesta de rigor. Se referían al calibre de los obuses enemigos.

Era la única ciudad en la que se podía ir al frente en tranvía. Las amigas y novias, a sabiendas de que sus novios tenían una o dos horas libres en el frente, cogían el tranvía para ir a verles.

«Y allí les veías haciéndose el amor detrás de barricadas y parapetos, mientras a su alrededor todo eran tiros. Cada dos por tres alguna pareja resultaba muerta y encontraban sus cuerpos apretándose en un último abrazo», recuerda Régulo Martínez.

La gente se acostumbraba a todo. Un día, para atajar, cruzaba la plaza de Bilbao, por detrás del edificio de la Telefónica, que era el más alto de la ciudad y el principal blanco del enemigo, cuando vio a dos críos de unos 8 años jugando a las

canicas. En la entrada de un cine había una vieja tomando el sol invernal. De repente, dos obuses cayeron sobre la plaza al no dar en la Telefónica. Uno de ellos explotó, el otro quedó enterrado en el suelo. Uno de los pequeños levantó la cabeza. «Abuela, están disparando. Váyase a casa, coño, que ahora sólo los hombres pueden estar en la calle». Volviéndose hacia su compañero, dijo: «Venga, que ahora te toca a ti…».

«Apenas podía dar crédito a mis oídos. Me acerqué a ellos y les dije: "Y vosotros iros también a casa, rápido, que es peligroso estar aquí". Me miraron y dijeron: "¿Irnos a casa? ¿Para qué?"…»

La gente se «vacunaba» con fragmentos de metralla y se iba al cine para olvidar. Los hermanos Marx; películas soviéticas. A muchos madrileños les parecía que el bombardeo enemigo coincidía con la hora de la salida de los cines «Al salir de noche de los cines de la Gran Vía murieron soldados que habían salido ilesos de los peores combates en el frente». Para muchos chicos como Álvaro Delgado la mitad de la diversión consistía en pensar si podrían ponerse a cubierto cuando comenzara el bombardeo. «Si lograbas llegar a la plaza del Callao esquina con la calle Preciados, sabías que estabas a salvo…»

Una noche estaba viendo una película americana, una que pasaba en México, cuando de repente los tiros de la pantalla parecieron estar más cerca y de pronto se apagaron las luces: un obús había alcanzado el cine.

El centro de la ciudad siempre estaba lleno de gente; pero, cuanto más cerca de la plaza de España, menos gente se veía. Allí empezaban las barricadas de adoquines y había centinelas que impedían que la gente se acercase al frente.

Álvaro cogía la carretilla de mano de su padre y hacía repartos por la ciudad. Le gustaba pararse en todas las oficinas de los partidos políticos y leer los periódicos murales. A menudo en ellos había poemas de Miguel Hernández, Lorca, Alberti, Machado. Él quería leerlos todos. En las plazas principales había grandes carteles con los rostros de héroes comunistas —Stalin, Lenin, Pasionaria, Líster— y también anarquistas como Durruti. «Pero nunca había carteles con el presidente del consejo, Negrín, y casi nunca de Azaña…»

La mayoría de los niños ya había sido evacuada. Algunos, como Jesús de Polanco y su familia, hasta habían conseguido llegar a la zona nacionalista. Su padre, director en Madrid de una compañía santanderina de productos lácteos, se había visto atrapado por el alzamiento en Santander. Su madre, que era de derechas y religiosa, se había quedado sola con los seis hijos y sin medios para cuidarles, ya que la cuenta bancaria de su marido estaba congelada. Los pequeños

empezaron a pasar hambre. Le prestaron ayuda los camareros de La Granja el Henar, el famoso café que en Madrid tenía la compañía para la que trabajaba su marido. Les daban comida e incluso dinero.

«La única doncella que nos quedaba tenía un novio miliciano. Era un hombre muy simpático que cuando estaba de permiso recogía sus raciones y nos las traía. Había una tremenda humanidad en medio de todo…»

De hecho, la izquierda ayudó mucho a la derecha durante la guerra. Ninguno de los que vivían en su casa fue acusado jamás por los republicanos de izquierda que vivían en la escalera. «En este sentido, la guerra civil no empezó hasta después de la guerra, cuando los derechistas empezaron a acusar a la gente de rojos…» No es, ni mucho menos, que se hubieran escapado de todo percance. La policía y los milicianos se habían presentado en busca de su padre. Al ver a los seis niños y a su madre con los nervios deshechos, uno de los policías se conmovió tanto que calmó a la mujer y le dio un papel que decía que el piso había sido registrado sin que se encontrara nada. Si alguien pretendía registrarlo otra vez, debían enseñarle el papel. Si insistía, que llamase a la policía.

«Cosa que hizo más adelante, al presentarse unos milicianos. Cuando oyeron que estaba llamando a la policía, desistieron de registrar el piso. ¡Lo que tuvo que pasar, mi pobre madre! Yo no la dejaba en paz. Tenía entonces sólo 6 años y llevaba un mono en el que me había hecho bordar "UHP". "Sois todos unos fascistas y os denunciaré", solía decirles. El chiste no les hacía demasiada gracia…»

Gracias a los buenos oficios de la embajada británica —su padre era amigo del cónsul—, la familia fue evacuada al año de estallar la guerra. En un convoy de autobuses 500 mujeres y niños partieron una noche con destino a Valencia, donde fueron recogidos por un buque hospital británico que los desembarcó en Marsella. Desde allí fueron a Hendaya en tren, para cruzar la frontera y entrar en la España nacionalista. Nunca en la vida olvidaría la escena que tuvo lugar cuando cruzaron el puente internacional.

«Toda la expedición se puso a cantar el *Corazón santo tú reinarás*. La gente se tiraba al suelo para besar tierra española. Otros empezaron a cantar el *Cara al sol*, el himno falangista, y recordé que unos días antes de que comenzase la guerra mi tía me había dado mis primeros cinco duros por cantárselo el día de su santo…»

El cambio resultó tremendo, abrumador. Del hambre a la abundancia, de la pobreza a una riqueza relativa. No había bombardeos aéreos, nada de qué preocuparse. En Burgos, donde se alojó con un tío y una tía, había un entusiasmo tremendo por la causa nacionalista. En el Espolón se encontró con un vecino

madrileño del piso de arriba. El vecino le dio un beso. Se trataba de un capitán de la armada que se había escapado por medio de una embajada y se llamaba Luis Carrero Blanco.

Santander caería dentro de poco. Un día llamaron a la puerta y al abrir se encontraron a un hombre que preguntaba si allí vivía su tío. De repente el desconocido rodeó al chico con sus brazos y exclamó: «¡Hijo mío!». «No tenía la menor idea de quién era…» Su padre había ido a Burgos en coche inmediatamente después de salir del sanatorio de Santander en donde le habían confinado después de que el director de la prisión y el doctor le hubiesen enseñado a fingir los síntomas de la tuberculosis.

A pesar de las derrotas, a pesar de todas las dificultades, los milicianos que acudían a la tienda que en Madrid tenía el padre de Álvaro Delgado siempre estaban de buen humor, jamás dudaban de que acabarían ganando la guerra.

«Al lado de la tienda, en la plaza Antón Martín, estaba el bar Zaragoza, conocido localmente como el bar de la sífilis. Los soldados, que iban allí a buscar putas, a menudo entraban con ellas en la tienda de al lado para comprar algo. Durante mucho tiempo no hubo escasez de ropa y trajes, y los soldados tenían dinero en abundancia. Mientras les atendían, los dependientes siempre les pedían noticias del frente. No importaba que acabasen de sufrir algún revés: los soldados siempre se mostraban optimistas. Y su fe se vio compartida hasta el fin por la clase obrera madrileña…»

La falta de comida producía debilidad. Las colas para el pan y la leche habían comenzado a principios de la guerra. Había que ponerse en la cola a las siete de la mañana para poder conseguir algo más tarde. Las familias se turnaban y cada uno de sus miembros se pasaba un par de horas haciendo cola. Allí era donde la gente hablaba, donde Álvaro había experimentado un nuevo tipo de fraternidad revolucionaria. Todo el mundo se tuteaba, nadie usaba corbata, no se veía ni un sombrero y todo el mundo calzaba alpargatas…

Pero aquellos días ya habían pasado y la escasez de alimentos no había hecho más que empeorar. Todo el mundo padecía insuficiencias vitamínicas. A Álvaro le salieron unos granos enormes en el cuello y en los brazos. Un plato de lentejas, a veces con un poco de arroz, animado con unas cuantas chirlas, farinetas… ésta era toda su comida. Jamás probaba la carne ni el café.

«A menudo he pensado que, a partir de 1936, me pasé diez años sin comer como es debido. A causa del hambre y del frío, la gente volvía a casa temprano y en aquellas noches oscuras la única iluminación la daba el reflejo de las

explosiones en el cielo…»

La falta de vitaminas estaba enviando a la tumba a la cuñada de Pablo Moya. El tornero de la UGT hizo un viaje especial a su pueblo natal para recoger un jamón que su hermana había conseguido. Se lo dio a su cuñada y a los hijos de ésta. Aunque casi todo el mundo se estaba muriendo de hambre, había un espíritu general de abnegación. Aunque nunca pasaba un día entero sin que se pudiese comer algo.

«Un poquito de pan, lentejas (las famosas píldoras del doctor Negrín, como las llamábamos), arroz y pare usted de contar. Y el frío… nunca he visto llover ni nevar como en aquel segundo invierno de la guerra. No teníamos nada para calentarnos. La gente arrancaba las puertas y las ventanas para hacer leña… Y, pese a todo, nunca perdí la fe en la victoria. En el trabajo tenía un compañero cuyo cuñado era comisario político en la división de "El Campesino". Cada mañana le preguntaba: "Cuéntame las últimas noticias, aunque sólo sean una sarta de mentiras". Parece ridículo, pero quería oírle decir que acababan de llegar tantos tanques nuevos, tantos aviones, tanta munición… aunque no fuese verdad. Tenía una fe ciega, loca, en que ganaríamos la guerra…»

Parecía imposible ser neutral si se permanecía en alguna parte del territorio español. Por mucho que se criticasen las cosas de un bando, cuando uno se enfrentaba a la perspectiva de que el otro ganase la guerra era inevitable elegir uno u otro. Pero no era imposible. José Vergara, exjefe de la reforma agraria en Toledo[8], dijo que lo imposible no era unirse a un bando, sino elegirlo: ambos le parecían igualmente repugnantes. Por mediación de la embajada británica, envió a su esposa, que era de origen mexicano, y a sus hijos a la zona nacionalista, donde estarían a salvo y podrían comer. Él se quedó con sus padres en Madrid. No quería tener nada que ver con los nacionalistas —«en todo caso, me habrían fusilado por haber trabajado en la reforma agraria»— ni con los republicanos. Los primeros parecían empeñados sólo en restaurar la vieja España; los otros eran un desastre, lo habían demostrado con aquella forma de llevar la guerra que evidentemente les conduciría a la derrota. Para un liberal, ni los unos ni los otros representaban un futuro viable. Rechazó la oferta de ocupar un cargo importante en el Ministerio de Comercio que le hicieron por sugerencia de Negrín. Contestó que estaba desilusionado con la república.

«"¿Y qué hará cuando termine la guerra, entonces?", preguntó el político que estaba telefoneando desde Valencia. "¿Y qué hará usted?", repliqué…»

Encontró trabajo en el Instituto de Investigación Científica, en el cual, entre otras personas, jugaba un destacado papel Julián Besteiro, el líder socialista

moderado. Cuando lo llamaron a filas, consiguió que un conocido le proporcionase un papel que le declaraba inútil para el servicio militar. Vestía siempre traje, corbata y sombrero, pero nunca lo detuvieron por la calle para comprobar su identidad.

«Al verme vestido de tal guisa, pensarían que era alguien importante. Un día iba en el metro cuando me di cuenta de que dos hombres estaban criticando la guerra. "Cállate, que nos están escuchando", dijo uno de ellos. El otro me miró y luego le dijo a su compañero: "No te preocupes, que ése es ruso y no nos entiende"…»

Vergara perdió 30 kilos. Una de las amigas de Encarnación Plaza llevaba cuatro faldas para parecer un poquito más gorda, ya que por aquel entonces no estaba de moda la delgadez. Su padre era coronel médico del ejército republicano y vivían en el distinguido barrio de Salamanca, que era respetado por la artillería nacionalista. Cuando salía a la calle, los otros niños hacían comentarios maliciosos a la chita callando sobre su padre, que era acérrimo republicano.

«Aunque todos pertenecíamos a la misma clase, los demás niños nos tenían manía por "ser del otro bando". Fue la primera vez que oí comentarios antirrepublicanos…»

Esta clase de experiencias no era una novedad para Álvaro Delgado, cuya familia, como tantas otras, estaba dividida. Por parte de madre eran «sumamente derechistas», mientras que el hermano de su padre era «prácticamente miembro fundador del partido comunista». Al empezar la guerra, la familia de su madre lo había pasado mal y ella había intentado conseguir ayuda de su tío el comunista. Si se la había prestado o no, era algo que el pequeño Álvaro ignoraba. De lo que sí estaba seguro era de que al poco tiempo los parientes de su madre estaban mejor que el resto de la familia. Se trasladaron a un piso grande en una zona alejada de donde caían los obuses. Otras dos familias compartían el piso. El cabeza de una de ellas ocupaba un puesto importante en el ayuntamiento y, al parecer, podía conseguir toda la carne que quería.

«Uno de mis primos era un prófugo que consiguió un empleo de oficinista en el SIM, el servicio de contraespionaje. Pertenecía a la Falange clandestina. Nosotros, que éramos de izquierdas, virtualmente teníamos que mendigar alimentos a la rama derechista de la familia, que siempre parecía estar bien provista de pan, jabón, leche… De hecho, yo solía ir al cuartel general del SIM, donde mi primo me daba jabón para lavar la ropa y leche condensada…»

Mientras recorría las calles empujando la carretilla de su padre se decía que

la derecha tal vez no fuese muy inteligente —«en España siempre se ha caracterizado por su incultura»—, pero, cuando se trataba de las realidades prácticas de la vida, los derechistas se organizaban mejor que los izquierdistas. En realidad no había motivo para sorprenderse si se tenía en cuenta que estaban más acostumbrados a administrar la propiedad y la riqueza, ya que la mayor parte de las mismas les pertenecía…

Sin victorias militares que sirvieran para compensar del hambre, el frío y los bombardeos aéreos, cada vez se hacía más difícil movilizar la retaguardia. Mientras que en el frente la moral era alta y la derrota parecía imposible, la retaguardia comenzaba a desmoronarse lentamente. «La preocupación política de las masas virtualmente ya no existía». El partido comunista estaba perdiendo los fuertes lazos con el pueblo madrileño que se había forjado en noviembre[9]. El fervor revolucionario se había esfumado. La política de alinear en la lucha antifascista a las democracias burguesas del extranjero y a la pequeña burguesía democrática del país hacía necesaria la continuación de la alianza con los socialistas de derechas y los republicanos liberales. (Entre estos últimos había muchos que, al igual que Régulo Martínez, el líder de Izquierda Republicana en Madrid, pensaban que la propaganda comunista constantemente intentaba demostrar que «sólo existían los comunistas» y temían que, en caso de ganar la guerra, «proclamasen otro régimen soviético de tipo estalinista»).

Sin duda no era accidental que *Mundo Obrero*, el principal órgano madrileño del partido comunista, protagonizase una rebelión en aquel momento. El pueblo español, según el periódico, no haría la revolución de acuerdo con los deseos del capitalismo. «El pueblo triunfará a pesar de la oposición del capitalismo. Sin pactos y sin intermediarios. Y dará a la revolución popular el rumbo que la voluntad del pueblo considere oportuno». Lo que es más importante, el periódico dijo que no creía que la «única solución de la guerra consistiera en que España no fuese ni fascista ni comunista porque Francia así lo quisiera».

Desde Barcelona, donde estaban instalados el gobierno y la sede central del PCE, José Díaz, el secretario general del partido, replicó a tal afirmación. Efectivamente, la postura del partido era entonces que España no fuese ni fascista ni comunista. La afirmación de *Mundo Obrero* en el sentido de que el pueblo triunfaría a pesar del capitalismo no respondía «ni a la situación, ni a la política de nuestro partido ni a la del Comintern. Queremos que los estados [democráticos] acudan en nuestra ayuda. Creemos que ayudándonos a nosotros defenderán sus propios intereses; tratamos de hacérselo ver así y pedimos su ayuda…»[10].

No se oyó decir nada más del asunto. Al mismo tiempo que reafirmaba que «continuaremos con los hombres de la pequeña burguesía hasta el fin», el partido

comunista reaccionó cuando el derrotismo se hizo demasiado visible. A principios de abril presionó para que se expulsara a Prieto, el cual, como ministro de Defensa, se mostraba notoriamente «pesimista» sobre la victoria final. Los motivos que tres meses antes le habían hecho lanzar la ofensiva de Teruel eran sobradamente claros: reforzar la posición de la república con vistas a unas posibles negociaciones de paz[11].

El 1 de mayo, Negrín expuso los objetivos de la república en la guerra, concretados en «trece puntos». La «república popular» que saldría de la victoria garantizaría la propiedad adquirida legalmente «dentro de los límites del supremo interés nacional»; llevaría a cabo una profunda reforma agraria para crear una sólida democracia campesina —«propietaria de la tierra que trabaje»—; afirmaría tanto la libertad de conciencia como las libertades regionales, así como el mantenimiento de la independencia política y económica de España.

Era una apelación dirigida a las democracias burguesas para que considerasen como suya la causa de España. Fracasó del mismo modo que habían fracasado todos los intentos semejantes.

MILITANCIAS 17

TOMÁS MORA, ayudante de farmacia (PSOE).

Tomás Mora, que era comisario-inspector del ejército del Este, estuvo a punto de dimitir cuando leyó los «trece puntos» de Negrín. ¿Quién iba a creérselo después de lo que ya había sucedido? ¿Quién iba a creerse, por ejemplo, que la libertad religiosa sería permitida en la zona republicana? ¡Propaganda! Un clérigo salvado de la muerte valía más que toda la propaganda del mundo.

Era secretario de la Federación Nacional de Ayudantes de Farmacia y, por consiguiente, miembro del comité nacional de la UGT. Había sido uno de los primeros cinco comisarios políticos nombrados en octubre de 1936, cuando, mientras el enemigo avanzaba hacia Madrid, se había creado el comisariado. Inmediatamente había partido para aquel frente inexistente con el fin de arengar a los milicianos. Luego le enviaron a Valencia para que ayudase a resolver la complicada situación que allí existía. En 1937, a raíz de la creación del ejército del

Este partiendo de los dos cuerpos de ejército que había ante Teruel, fue nombrado para el puesto que ahora ocupaba.

Sin embargo, su nombramiento no había sido ratificado oficialmente por Prieto, el ministro socialista de Defensa, el cual —por motivos que él sabría— le tenía por partidario de Largo Caballero, el socialista exjefe del gobierno. Así de profundo era el sectarismo entre las facciones del partido. En realidad, el ministro de Defensa estaba equivocado, ya que era partidario de Prieto, incluso antes de la guerra.

Prieto odiaba al comisariado. Y con razón, según Mora. Con algunas honrosas excepciones, los hombres que contribuyeron a crear el Ejército Popular, el exceso de comisarios constituía un estorbo. Trataban de dominar a los mandos militares, cosa que no era difícil si se trataba de oficiales de carrera derechistas. A causa de ellos, los oficiales se mostraban completamente inhibidos y un oficial en tal estado no podía mandar las tropas con eficacia. En este sentido, en el frente de Teruel se había mostrado «un poquito totalitario», insistiendo en que sus comisarios colaborasen sin reservas con los mandos militares, reforzándolos y apoyándolos. Si algún oficial era sospechoso de traición, debía denunciársele inmediatamente. Pero si no era así, había que dejarle que mandase a sus hombres.

Pero el problema principal era otro. Prieto estaba decidido a librarse de los varios centenares de comisarios nombrados por los comunistas, especialmente en el ejército del Centro. Según los estatutos, los nombramientos sólo podía hacerlos el comisario en jefe. El ministro de Defensa ordenó que todos los comisarios pusieran sus nombramientos a disposición suya, tras lo cual volvió a nombrar únicamente a los que merecían su aprobación. Ordenó que los miembros del secretariado del comisariado fuesen enviados al frente en servicio activo y dio una orden especial para que el comisario comunista del ejército del Centro, Antón, fuese reemplazado por un socialista. Antón fue nombrado comisario de una brigada del frente de Teruel, pero no ocupó su puesto.

«En vez de ello, al poco tiempo apareció como adjunto civil al general Rojo, jefe del estado mayor. ¿Cómo íbamos a ganar la guerra si la gente se mostraba tan absolutamente indisciplinada… y eso con el apoyo del partido comunista?…»

Eran tantas las acusaciones de que los comunistas hacían proselitismo en el ejército, especialmente en Madrid, que Mora había sido enviado a investigar. Había informado a Antón sobre las alegaciones sobre la influencia indebida que se ejercía para captar miembros y sobre la infiltración comunista en las unidades militares de los otros partidos. Había quejas en el sentido de que el único periódico que llegaba al frente era el comunista *Mundo Obrero*, al mismo tiempo que se

ponían obstáculos a la distribución de los otros, que se llevaba a cabo a través del comisario del ejército.

«En lo que a la prensa se refería, Antón me dijo que las quejas estaban justificadas, pero no así la causa. "He aquí los ejemplares de cada periódico que recibimos para su distribución. *Mundo Obrero*: 10 000; *El Socialista*: 500; *Castilla Libre* (libertario): 800; *Política* (Izquierda Republicana): 500. Esos camaradas tuyos que se quejan deberían mandarnos más ejemplares". Fui a la redacción de *El Socialista* y me dijeron que, a causa de la escasez del papel de prensa, primero había que atender a sus suscriptores regulares. Contesté que, si así era, no tenían motivos para quejarse. Tras hacer indagaciones en los demás periódicos, en los que más o menos me contestaron lo mismo, escribí un informe objetivo sobre la situación de la prensa. No sé cómo se las arreglaría *Mundo Obrero* para obtener papel con el fin de imprimir sus 10 000 ejemplares. En realidad, me habían enviado a Madrid para encontrar algo que permitiera expulsar a Antón, pero no pude acusarle de nada, ya que resultaba extremadamente difícil probar las otras acusaciones. Bien sabido era que los comunistas, aprovechando el prestigio de la ayuda soviética (ayuda bien pagada, como dijo Prieto) ofrecían mandos militares a cambio de ingresar en el partido. Pero, debido precisamente a tal ayuda, el gobierno se veía obligado a tolerar aquel estado de cosas…»

Recientemente, Negrín, jefe del gobierno, había asistido a una cena en honor de los mandos de los ejércitos del Este y Maniobra. A los postres pronunció un discurso en el que habló de los soviéticos.

«Recuerdo que dijo: "Sé que entre vosotros los hay que ven con malos ojos la presencia de consejeros soviéticos". Era bien cierto. Aparte de un par de consejeros que yo conocía, y que eran excelentes, el resto eran poco más que maestros armeros. Nunca comprendí cómo el gobierno soviético podía enviarnos semejante gente… "Pero", prosiguió Negrín, "quiero señalar lo que todos sabéis: la Unión Soviética es el único país que nos está mandando ayuda. El partido comunista es el partido que más contribuye al esfuerzo bélico. Sólo por estas razones os suplico que seáis tolerantes con los consejeros". El discurso me hizo hervir de rabia. Pienso que Negrín no era otra cosa que el instrumento del partido comunista. No sé si estaría sinceramente convencido de que los comunistas eran la única fuerza real en el esfuerzo bélico. Pero lo que sí está claro es que se hallaba bajo su influencia…»

Por consiguiente, a su modo de ver estaban totalmente justificadas las medidas de Prieto referentes a los comisarios. Los comunistas se habían aprovechado de Largo Caballero cuando éste era presidente del consejo y ministro de la Guerra. El mandato de Largo Caballero había resultado desastroso, no sólo durante la guerra, sino antes también. Era el más conservador de los líderes

obreros y no se había convertido en un revolucionario «verdadero» hasta el auge del fascismo. En octubre de 1934, y de nuevo en los primeros días de la guerra, cuando las masas madrileñas impidieron que Martínez Barrio formase su gobierno de conciliación[12], había demostrado cuán «verdadera» era su decisión revolucionaria. Demagogia pura y simple. En la segunda ocasión, en vez de aprovechar la oportunidad y la fuerza que indudablemente tenía para demostrar que era el «Lenin español», como le llamaban, y conquistar el poder, no hizo nada. Cuando seis semanas más tarde fue nombrado presidente del consejo, ya era demasiado tarde. La república ya estaba bajo la influencia de la ayuda soviética, cuando no dominada por la misma.

En efecto, de no haber sido por la división del partido socialista y de la UGT, puede que el levantamiento militar no hubiese pasado de ser un nuevo intento frustrado de dar un golpe, como en agosto de 1932. Examinando los acontecimientos con la perspectiva del tiempo, tenía que reconocer que la mayor responsabilidad por lo sucedido era la de su partido. Prieto, por otro lado, era un pragmático, un hombre de realidades. Julián Besteiro era el único líder socialista capaz de ver las cosas a largo alcance, pero Prieto era el único que entendía la política práctica. Debería haber sido jefe del gobierno en 1936, tras la victoria electoral del Frente Popular. «Había más sabiduría política en su dedo meñique que en todo el partido socialista». Ello no quería decir que no tuviera defectos grandes.

«Su sectarismo, sus fobias (en cuanto sospechaba que alguien era partidario de Largo Caballero, lo ponía en su lista negra), su pesimismo. Este último era desmoralizador. Creía que la guerra se perdió desde el momento mismo en que Alemania e Italia intervinieron. Permaneció en su puesto por orgullo personal o por lo que fuera, mas sin ninguna esperanza de alcanzar la victoria. Como era de esos que dicen lo que piensan, desmoralizaba a los demás. Era contraproducente tener un ministro de Defensa que no pensaba más que en la paz…»

Mora había acompañado a Hernández Saravia, su jefe militar, a ver a Prieto para decirle que la captura de Teruel sería un objetivo relativamente fácil para el Ejército Popular. «Hombre, me llenan ustedes de optimismo», había dicho Prieto.

Desde el punto de vista militar, la ofensiva había tenido éxito. Ejecutada con rapidez, había cogido por sorpresa a las reducidas fuerzas del enemigo. Pero el éxito inicial no había sido aprovechado. Mora se preguntaba si sería también por culpa de la falta de maniobrabilidad del Ejército Popular. A excepción del general Rojo, la república carecía de buenos estrategas militares, así como de buenos mandos intermedios, que tanta importancia tienen en una guerra de posiciones fijas. A cualquier analfabeto se le puede enseñar a manejar un fusil en poco tiempo,

pero otra cosa es enseñarles a los obreros las complejidades de mandar un cuerpo de hombres sobre el terreno. Su falta de educación les había perjudicado, a juicio de Mora. Los nacionalistas llevaban ventaja en ambos sentidos: tenían estrategas y mandos adiestrados, estudiantes que formaban el grueso de sus alféreces[13]… Pero no eran éstas las causas de que la ofensiva de Teruel no hubiese penetrado profundamente en territorio enemigo, como debiera haber hecho según Mora. La explicación había que buscarla en otra parte.

«Prieto deseaba un éxito militar para demostrar a las naciones extranjeras que la república había creado un ejército lo bastante fuerte para lanzar ofensivas importantes. De esta manera, conseguiría que en el extranjero se apoyase una paz negociada. En mi opinión, no era mala estrategia si se quería poner fin a la guerra. Desde el punto de vista humanitario, ya era hora de que el conflicto terminase. La guerra, sobre todo la guerra civil, es la más monstruosa experiencia que quepa imaginarse. Después de la caída del norte en el otoño anterior, creo que no teníamos ninguna esperanza de ganar. Y cuando el enemigo reconquistó Teruel y nos empujó hasta el mar, cortando la república en dos, comprendí que estábamos definitivamente derrotados. Pero por mi condición de comisario, no podía decir lo que sentía. Habría sido ridículo seguir en mi puesto sólo para propagar el derrotismo y el pesimismo…»

En medio de la batalla, cuando se rindieron los defensores nacionalistas que llevaban un par de semanas resistiendo en casas aisladas de la ciudad, recibió orden de sacar con vida al obispo de Teruel, que compartía la suerte de los defensores. Cuando le llevaba en su coche, preguntó al prelado si no había tenido en cuenta la posibilidad de aconsejar a los militares que aceptasen la oferta hecha antes por los republicanos para que se rindiesen y de esta forma ahorrar sufrimientos a los defensores civiles, especialmente a las mujeres y niños.

«"Sí, puede que tenga usted razón", replicó, "pero debe tener en cuenta que nadie se resigna fácilmente a la derrota". No me pareció una respuesta demasiado apropiada para un hombre de la iglesia. Cuando llegamos al tren que estaba preparado para él y los demás prisioneros prominentes, se pensó en preguntarle, en nombre del general Rojo, si estaba dispuesto a redactar una declaración sobre el trato que había recibido de los republicanos. Se mostró conforme y escribió: "A petición de su excelencia, el general Vicente Rojo, jefe del estado mayor, declaro que durante mi traslado de Teruel a… —"¿dónde estamos?" "En Mora de Rubielos"— he sido tratado con toda consideración y respeto por los responsables de velar por mi seguridad…". Cuando informamos a Rojo, el general se puso furioso, ya que parecía que la declaración hubiese sido escrita bajo coacción. Se pidió al obispo que la modificase, cosa que hizo eliminando las primeras palabras, que resultaban incriminantes…»

Mora creía que semejante declaración valía por tantos puntos de Negrín como se quisiera, toda vez que gracias a ella la opinión mundial vería que la república se había esforzado para salvar la vida de un obispo[14]. La propaganda de los hechos siempre sería superior a la retórica de los castillos en el aire. Lo que hacía falta eran más hechos como éste.

EPISODIOS 12

CRUZANDO LAS LÍNEAS

Una fría tarde de invierno cinco legionarios se abrieron paso hasta la primera línea nacionalista. Su unidad, la 16.ª bandera de la Legión, acababa de ocupar posiciones en la retaguardia, a un par de kilómetros, con vistas a la contraofensiva nacionalista para reconquistar Teruel.

Los legionarios traían consigo dos botellas de anís. Sabían que delante de ellos la línea estaba guarnecida por un regimiento de las

Canarias. Cuando llegaron allí, dijeron a los soldados que querían comprar tabaco. Charlaron un rato con el teniente y el sargento, diciéndoles que habían participado en la liberación del norte: Bilbao, Santander, Gijón. Por su acento se notaba que dos eran vascos y uno asturiano.

Uno de los vascos, Eugenio Calvo, preguntó al sargento dónde tenían sus posiciones los «hijos de puta». Con gran rapidez el sargento le indicó las líneas enemigas. Los legionarios se quedaron charlando con los soldados en sus refugios subterráneos, esperando que se hiciera de noche. Todos sabían el riesgo que corrían.

Calvo, de 23 años, era un minero comunista de Ortuella (Vizcaya). Desde el primer día había luchado contra los insurgentes, primero en las milicias y después en un batallón comunista del ejército vasco. Sitiado en Santander, había conseguido cruzar a rastras las líneas italianas antes de que la ciudad se rindiera y, vestido de paisano, había regresado a Bilbao en un camión del ejército italiano. Durante el tiempo que permaneció escondido en Bilbao libró una lucha consigo mismo: ¿debía tratar de llegar a la frontera francesa? «Pensé en mis camaradas, pensé que uno debía ser consecuente con sus ideales políticos y luchar hasta el fin». Hambriento y agotado, un día, en Bilbao, vio una oficina de reclutamiento de

la Legión. Pensó que en vez de arriesgarse cruzando la frontera, se alistaría en la Legión con la idea de pasarse al otro lado cuando se le ofreciese la oportunidad. Ahora, después de tres meses de entrenamiento intensivo en Talavera de la Reina y Zaragoza, acababa de llegar al frente: era la oportunidad que esperaba.

Durante el período de entrenamiento él y los cuatro que le acompañaban se habían estando sondeando poco a poco, dejando que las cosas pequeñas revelasen lo que en realidad pensaban. Uno de ellos era un camarada comunista de Santander, otro un cenetista de Logroño, el vasco era maestro de escuela… Todos ellos, siendo del norte, eran objeto de suspicacias como desertores en potencia. «Cuando lleguemos al frente», había dicho un sargento con mala baba, «tendremos que vigilar más a esta pandilla que a los rojos».

Hacía escasos días que la bandera había recibido la orden de formar para presenciar la ejecución de cinco legionarios del norte que habían intentado pasarse al otro bando. Tres de ellos murieron valientemente, gritando «¡Viva la república! ¡Viva el partido comunista!».

«Luego tuvimos que desfilar junto a los cadáveres. Muchos legionarios veteranos y falangistas escupieron sobre ellos. Más tarde el maestro de escuela me reprochó que no hubiese hecho lo mismo, por no haberme comportado con más cautela. Pero no podía escupir sobre los cadáveres de hombres que eran como yo…»

El grueso de los reclutas lo formaban campesinos de Galicia y Navarra, atraídos a la Legión porque la paga era más alta y la comida era excelente: pescado y carne cada día. Observó que eran hombres sin un ápice de conciencia política.

«Hombres a los que los curas habían convencido de que los rojos eran la encarnación del diablo, que atacaban a la iglesia y que les robarían sus parcelas y su ganado. Eso les impresionaba mucho. Recuerdo haberle oído decir a más de uno que si atrapaba a un rojo le cortaría las orejas como trofeo. Tenían la mentalidad propia del pequeño campesino: individualista, egoísta, atado a su tierra y a la iglesia…»

Cayó la noche. Los legionarios dijeron a los soldados que iban a volver a su unidad. Se habían fijado cuidadosamente en cierto punto de la alambrada de espinos situado entre dos puestos de centinela. Hacia allí se dirigieron a rastras, levantaron la alambrada y pasaron por debajo. Los centinelas vieron al maestro e hicieron fuego. Le alcanzaron en una nalga, pero su compañero el minero asturiano se lo cargó sobre la espalda y, arriesgando la vida, lo llevó hasta tierra de nadie.

Pasaron la noche al raso, perdidos y temerosos de ir a parar otra vez a las líneas nacionalistas. Hacía un frío espantoso. Al amanecer, con una pequeña granada italiana en cada mano, se acercaron a unas trincheras que vieron ante sí: «¡Camaradas! ¡Viva la república!» Apareció un soldado, luego otro…

«Pero no contestaron al grito. Se limitaron a hacer gestos indicándonos que nos acercásemos. No sabíamos en qué bando estábamos. Con las granadas escondidas en el puño cerrado y las manos en alto, empezamos a avanzar. Los soldados se acercaron a la alambrada, con los fusiles en posición de hacer fuego. Seguían sin decir nada. Yo trataba de distinguir sus insignias. A 30 metros todavía no podía verlas claramente. De repente, sin poder aguantar más, eché a correr hacia adelante. Estaba dispuesto a vender cara mi vida. No quitaba la vista de las insignias. Cuando llegué casi junto a ellos vi que no nos habíamos equivocado. Eran soldados republicanos, catalanes por más señas. No sabían una palabra de castellano ni nosotros de catalán. Les entregamos las granadas y buscaron a un oficial que hablaba un poco el castellano…»

Los «desertores» pudieron informar al mando republicano sobre las tropas que los nacionalistas tenían dispuestas. Durante su permanencia en la Legión, el maestro había tomado nota de los aeródromos, aviones y otras instalaciones militares, y Calvo se lo había aprendido todo de memoria. Pero su calvario todavía no había terminado.

Los trasladaron a Madrid y les interrogaron tan severamente que el comunista santanderino estuvo a punto de desanimarse. ¿De qué servía cruzar las líneas si luego te trataban de esta manera? «Pero me hice cargo. Podríamos haber sido espías». A Calvo le resultó más fácil. A raíz de la revolución de octubre de 1934 había permanecido escondido en Madrid y había gente que podía avalarle. Finalmente quedaron libres de toda sospecha. Tras unos días de permiso, en la oficina de reclutamiento de Barcelona les dijeron que serían destinados al ejército de Andalucía, que andaba escaso de hombres.

«"Los franquistas nos han pillado una vez, pero no volverán a hacerlo. Estando en Cataluña podremos pasar la frontera", dijeron los otros. "Estamos luchando por la república y debemos defenderla dondequiera que nos manden", repliqué "Tenemos que ser disciplinados". Estaba convencido de que ganaríamos la guerra. Tomé el tren para presentarme en mi nueva unidad Pero los otros no hicieron lo propio. Nunca volví a verles…»

EPISODIOS 13

EJECUCIÓN

Los hombres formaron en la Plaza Mayor de Bolea, en el frente de Huesca. El general Urrutia, jefe de las fuerzas nacionalistas, había ordenado que todo hombre que no estuviera de servicio en primera línea formase en la plaza. La noche anterior habían detenido a un vecino del pueblo del que se sospechaba que ayudaba a cruzar las líneas a los nacionalistas vascos que guarnecían el angosto corredor que penetraba en Huesca. El estado mayor estaba seriamente preocupado ante el gran número de vascos que se pasaban al enemigo, desertando del ejército en el que habían ingresado voluntariamente o a la fuerza tras la derrota de Euskadi. Sin duda en Bolea había civiles que colaboraban en las deserciones que tenían lugar cada noche. Los republicanos les incitaban a hacerlo utilizando altavoces desde sus posiciones, que estaban sólo a un par de kilómetros.

Al mediodía, mientras la tensión crecía entre los hombres formados en la plaza, el teniente Juan Málzaga, un industrial bilbaíno que se había alistado voluntariamente en el ejército nacionalista tras la caída de Bilbao, vio cómo el general llegaba galopando a la plaza. Montaba un espléndido caballo cuya crin estaba adornada con la bandera española y le acompañaba su estado mayor. Los recién llegados detuvieron sus monturas con gran ruido de cascos. El oficial que mandaba a los hombres formados en la plaza ordenó cuadrarse. Sin desmontar del caballo, el general mandó que sacasen al preso del cuartel de la guardia civil. El preso era un hombre viejo que vestía pantalones de pana. «¡Que dé un paso al frente el soldado que denunció a este hombre!», gritó el general. El soldado, un navarro cuyo padre había sido asesinado por los «rojos», se había presentado la noche anterior en la unidad del teniente Málzaga para denunciar al lugareño ante el oficial que mandaba su batería. El soldado dio un paso al frente. «A sus órdenes, mi general». El general bajó la vista hacia el soldado y el preso.

«"Soldado, ¿crees en Dios?" "Sí, mi general". "¿Juras por Dios?" (había un silencio sepulcral en la plaza, donde aparte de los soldados estaban todos los habitantes del pueblo)… "¿Juras por Dios que has dicho la verdad?" "Lo juro, mi general". "Que el preso sea ejecutado…"»

Inmediatamente se formó un piquete de ejecución. El oficial que mandaba la batería de Málzaga, un capitán falangista, se hizo cargo del piquete. La procesión se puso en marcha hacia el cementerio. Detrás iban todos los del pueblo, incluyendo a los parientes del preso, a cuyo lado caminaba el cura.

«Colocaron al viejo contra la pared blanca del cementerio. El piquete ocupó

su posición. De repente, el viejo reaccionó por primera vez. "¡Me cago en Dios! ¡Viva la república!", gritó. Sonó la descarga y el hombre se desplomó. Pero tan grande era su vitalidad que cuatro tiros de pistola que el oficial le disparó no consiguieron acabar con él. El viejo seguía haciendo esfuerzos para levantarse. Finalmente, el capitán consiguió rematarlo… No podía reponerme de la impresión que me había causado lo sucedido. Porque un individuo lo ordenase, a otro hombre se le podía colocar contra un muro y fusilarle. Entonces me acordé del cadáver de uno de nuestros soldados al que un par de días antes había matado una mina antipersonal. Cuando un soldado levantó el cadáver por los brazos y otro por las piernas, cada cual sostenía la mitad del cuerpo. Éstas son las dos imágenes que se me quedaron grabadas de esta guerra… esta increíble imposibilidad de hallar el medio de que la gente de este país se entienda y conviva.

La civilización se mide por la capacidad para el compromiso y no por la idea española de que uno debe defender sus ideales hasta la muerte…»

Había sido un juicio de Dios protagonizado por un general de caballería. Las deserciones terminaron…

La organización nacional-sindicalista del estado se inspirará en los principios de Unidad, Totalidad y Jerarquía.

El sindicato vertical es instrumental al servicio del estado…

El estado reconoce y ampara la propiedad privada… como fuente fecunda de la vida económica de la nación… Todas las formas de propiedad quedan subordinadas al interés supremo de la nación, cuyo intérprete es el estado.

Gradual e inflexiblemente se elevará el nivel de vida de los trabajadores en la medida que lo permita el superior interés de la nación.

Fuero del Trabajo (Burgos, marzo de 1938).

Hoy no es el gobierno el que necesita a la opinión pública, sino que, por el contrario, la opinión pública es la que necesita del gobierno, precisamente para no volver a los partidos …

PEDRO GAMERO DEL CASTILLO, gobernador civil de Sevilla

y consejero nacional de la

FET y de las JONS (abril de 1938).

Artículo 1.º Incumbe al estado la organización, vigilancia y control de la institución nacional de la prensa periódica …

Ley de Prensa (Burgos, abril de 1938).

Fue después de la derrota sufrida por los italianos en Guadalajara, en la primavera de 1937, cuando Franco unificó y se hizo cargo de las fuerzas políticas de su zona. Fue después de otro revés, la captura de Teruel por los republicanos, cuando formó su primer gabinete regular. Su composición era fiel reflejo de las fuerzas que había en la zona nacionalista: cuatro militares, incluyendo el propio Franco, cuatro del nuevo partido único (de los cuales sólo uno procedía de la Falange de antes de la guerra), dos monárquicos y dos técnicos que eran personas allegadas al Caudillo. El ministro de Orden Público era el general Martínez Anido, que a principios de la década de 1920 había sido responsable de la represión de la CNT en Barcelona. Se estaba dando nuevo ímpetu a la construcción del estado fuerte por el que había apostado la burguesía.

Entretanto, se había fundado un consejo nacional del partido único. La totalidad de sus 50 miembros fue nombrada directamente por Franco. Su misión, según los estatutos del partido, era considerar «todas las grandes cuestiones nacionales que el jefe del Movimiento le someta», las principales líneas de las estructuras del estado y de los sindicatos, las cuestiones internacionales de importancia… Tanto Dionisio Ridruejo, jefe de propaganda falangista, como Eugenio Vegas Latapié, exdirector de *Acción Española*, se encontraban entre los miembros recién designados.

«No tenía ningún objeto. España era gobernada por Franco y por su cuñado, Serrano Súñer —afirmaba Vegas Latapié—. Serrano Súñer se imaginaba que sería a Franco lo que Hitler o Mussolini habían sido a Hindenburg o Víctor Manuel, respectivamente. Los dos pensaban que nosotros no íbamos a hacer otra cosa que quedarnos sentados y aplaudir todo lo que se dijese. Yo, por el contrario, afirmaba que era necesario decir lealmente lo que pensase en realidad…»

Presentó una moción que habría hecho que todos los puestos importantes de la zona nacionalista quedasen reservados para personas que hubieran participado ideológica o prácticamente en la preparación del alzamiento. La moción iba dirigida contra Serrano Súñer, que no entraba en ninguna de las dos categorías citadas. «Aunque tenía asegurado el voto de 20 de los 50 consejeros, la moción nunca llegó a votarse. Simplemente me destituyeron».

Poco tiempo después, Vegas Latapié, al que Serrano Súñer había nombrado secretario general de prensa y propaganda, dimitió de su cargo y se alistó como soldado raso en una bandera de la Falange y después en la Legión.

Tras varias sesiones protocolarias, el consejo nacional comenzó a debatir el Fuero del Trabajo que el nuevo gobierno de Burgos se proponía adoptar. El borrador original era tan «pálido y paternalista» que fue rechazado por una comisión de la que formaba parte Dionisio Ridruejo. Se preparó un nuevo borrador.

«El Fuero tenía unos orígenes muy concretos: los italianos lo exigieron, afirmando que era necesario dar al nuevo estado un aire social más progresista y eliminar las sospechas en el sentido de que no era más que un régimen reaccionario. Fue una de las pocas veces en que los italianos intervinieron en la política interior del nuevo régimen, a diferencia de los alemanes[15]. A éstos lo que más les preocupaba era el pago de su ayuda. A Serrano Súñer le oí decir en privado que, en cierta ocasión, las presiones alemanas se hicieron tan fuertes que Franco dijo que prescindiría por completo de la ayuda alemana y, si hacía falta, haría la guerra a base de guerrillas. "Ganaremos la guerra como podamos, puesto que no estoy dispuesto a vender ninguna parte del territorio nacional"…»

Con respecto al Fuero del Trabajo, Ridruejo defendía una postura maximalista y trataba de que se pusieran en vigor sus ideas sindicalistas[16]. Sus propuestas —«por supuesto»— fueron derrotadas.

Tal como fue adoptado, el Fuero delineaba claramente la estructura de las relaciones laborales en el nuevo estado, basándolas en el mantenimiento de la propiedad privada y la intervención del estado en las normas laborales y en los salarios. La empresa comercial debía organizarse jerárquicamente bajo su propietario, que sería responsable ante el estado; quedaron prohibidos los sindicatos de clase; en su lugar se creó un sindicato vertical de tipo corporativo, que se basaba en los principios de «Unidad, Totalidad, Jerarquía» e incluía a obreros y patronos. Cualquier acto individual o colectivo que impidiera la «producción normal» (huelgas, trabajo lento, etc.) sería considerado una traición. El sindicato —«instrumento al servicio del estado»— tendría como líderes

únicamente a miembros del partido único.

«Por haberse negado a aceptar el borrador original del gobierno, el consejo nacional nunca volvió a ser convocado como órgano deliberante, sino sólo para que escuchase…»

Al mes siguiente, la prensa nacionalista fue «redimida» de su «servidumbre capitalista a una clientela reaccionaria o marxista» y declarada «auténtica y solemnemente libre» por la nueva ley de prensa de Serrano Súñer. Dicha ley daba al estado el derecho de determinar el número de periódicos y revistas que debían publicarse, a intervenir en la designación de directores, a supervisar todo cuanto se publicase y a establecer las reglas por las que se regiría la profesión periodística.

Se revisaron las normas de la escuela primaria. Bajo las rúbricas de *Religión, Educación patriótica* y *Educación civil*, se mandaron las siguientes circulares a los maestros de escuela:

«Saturad toda enseñanza de espíritu religioso. Inculcad en los niños la doctrina católica social que contienen las encíclicas *Rerum novarum* y *Quadragesimo anno*… Exaltad a la patria en el estudio de la historia. Impregnad la escuela de ambiente patriótico, con canciones populares e himnos patrióticos… Inculcad un concepto austero de la vida, cual es el arte militar. Desarrollad un espíritu de hermandad entre todos los españoles. Mostrad sin falta el retrato del Caudillo en el aula. En las escuelas para niñas cread un ambiente muy femenino, empleando las labores apropiadas para el hogar…» [17]

Si bien durante este Segundo Año Triunfal (como rezaba la nueva terminología) el aparato estatal fue reforzado y se definieron las bases ideológicas del nuevo estado, Franco no sacó provecho de las recientes victorias que habían llevado al ejército nacionalista hasta las fronteras de Cataluña. En lugar de avanzar hacia Barcelona —y hacia la victoria final, como pensaban muchos en la zona nacionalista—, ordenó a sus fuerzas que avanzaran en dirección sur hacia Valencia. La ofensiva se estrelló contra las fortificaciones de la línea XYZ construida en la sierra de Espadán[18]. Se alejó el final de la guerra, que tan próximo parecía durante la primavera. El descontento llegó hasta los niveles más altos del mando nacionalista. En un banquete falangista el general Yagüe, que había dirigido el avance del ejército de África hacia Madrid, alabó las cualidades combativas de los republicanos, atacó a los alemanes e italianos, tachándolos de «bestias de rapiña» y pidió que se revisara la política represiva que mantenía a miles de hombres en la cárcel «por haber pertenecido a algún partido o sindicato», hombres a los que se podía integrar en el movimiento nacionalista…

Muchos creían que Franco hacía la guerra con lentitud deliberada. Entre éstos se hallaba Ridruejo. En su opinión, Franco sabía que con una guerra rápida no podría destruir totalmente al enemigo ni establecerse sólidamente en el poder.

«Una guerra corta y rápida inevitablemente significaba negociaciones y concesiones para ponerle fin. Una guerra larga significaba la victoria total. Franco optó por la solución más cruel pero, desde su punto de vista, más eficaz también. La represión lo atestiguó así…»

Según Paulino Aguirre, el estudiante de filosofía al que el comienzo de la guerra había pillado en tierra de nadie, era indudable que en la zona nacionalista mucha gente creía ingenuamente que el ejército podía avanzar a su antojo y le criticaban por no hacerlo. En su calidad de oficial de dicho ejército, él sabía que esto era imposible[19]. A pesar de ello, no podía quitarse de la cabeza la idea de que Franco procedía con lentitud estudiada porque no quería verse forzado a absorber con demasiada rapidez nuevas zonas de territorio conquistado en las que hubiera una proporción de simpatizantes de la república. Deseaba la completa destrucción del régimen republicano, su rendición incondicional. Esto encajaba con su cautela innata, su decisión de pisar siempre terreno firme

«Es más, si el ejército nacionalista, cuyos recursos no eran ilimitados, hubiera sufrido algún revés serio, en la retaguardia la desmoralización habría sido muy grande. Mi opinión se vio confirmada por el hecho de que Franco insistiera siempre en la rendición incondicional, por la forma en que terminó la guerra…»

La noche del 24 al 25 de julio, el ejército republicano de Cataluña, que tres meses antes parecía al borde de la derrota, lanzó una de las ofensivas más ambiciosas de la guerra. Al amparo de la oscuridad el recién formado ejército del Ebro, mandado por los comunistas, cruzó el río del mismo nombre y estableció una amplia cabeza de puente en la orilla occidental. El objetivo consistía en desviar al enemigo que se dirigía a Valencia y, a ser posible, restablecer las comunicaciones por tierra con la zona central.

La ofensiva cogió por sorpresa a los nacionalistas. El alférez Juan Crespo, joven monárquico de Salamanca, recibió la orden de conducir la vanguardia de su tabor de regulares marroquíes a marchas forzadas para rechazar la cabeza de puente establecida por los republicanos en Mequinenza. Cubrieron en una noche los 50 km que había desde Gandesa. Ocho de sus soldados moros murieron de agotamiento. Su sargento se hallaba tendido en el suelo, incapaz de levantarse. Crespo alzó la fusta. El sargento giró sobre sí mismo y le enseñó los pies: la suela de cáñamo de sus alpargatas se había gastado y tenía los pies convertidos en una masa sanguinolenta. Crespo bajó la fusta; nunca había tenido que utilizarla en

plena batalla para obligar a sus hombres a levantarse y avanzar. «Mientras marchases erguido al frente de ellos y pudieran verte, te seguían. Por consiguiente, el índice de bajas entre los alféreces era alto. A los tres meses ya eras un veterano…»

Su compañía ocupó las nuevas posiciones. Al levantarse para iniciar el avance, Crespo recibió un balazo en el estómago. Era la segunda herida en tres meses…

EPISODIOS 14

SUPERVIVIENTE

Lo habían clasificado como «indiferente». «¿Cómo se podía ser indiferente en esta guerra?», pensó al presentarse en el ejército republicano. Era un síntoma más de la ingenuidad del régimen: te clasificaban o bien como «partidario», «enemigo» o «indiferente». Bueno, ¿que más daba si servía para mantenerle fuera de peligro? Lo único que estaba decidido a hacer en esta guerra era sobrevivir.

Hasta la fecha no le había resultado fácil. La guerra apenas había cumplido un mes cuando Joan Mestres fue arrestado en Barcelona. Era monárquico de nacimiento, admirador del catolicismo social de Dollfuss, miembro de la CEDA de Gil Robles antes de la guerra y subdirector de una compañía de seguros. Se había quedado en la calle cuando un comité se hizo cargo de la compañía. Su arresto se produjo poco después. Alguien le denunció. Su esperanza de sobrevivir, de salir sencillamente con vida de lo que pudiera pasar, se desvaneció antes de que hubiese podido trazarse planes para conseguir su objetivo.

Como esperaba que lo asesinasen en cualquier momento, no se sorprendió cuando un militante de la FAI se presentó en la cárcel exigiendo que le fuera entregado. El hombre llevó a Mestres en coche a la sede del sindicato cenetista de trabajadores de la madera. Por el camino le explicó que había visto llorar a los padres de Mestres, un matrimonio modesto que vivía en un barrio obrero, a causa de la detención de su hijo y había decidido tomar cartas en el asunto.

En la sede del sindicato el hombre de la FAI, que vivía en la misma parte de la ciudad que Mestres, se acercó al presidente del sindicato y empezó a increparle. Había rescatado a Mestres porque éste había nacido pobre y vivía en un barrio

pobre.

«Es un hijo del pueblo. Es un caso especial y es injusto que esté en la cárcel. Su única falta fue dejarse engañar por la propaganda religiosa; su único pecado fue la religión. No salió de casa el 19 de julio…»

El presidente me miró. «Súbete a esta mesa», dijo. No muy convencido, subí a la mesa. «¡Silencio!», gritó el presidente. Inmediatamente cesó el ruido y la confusión que reinaban en el lugar al entrar yo. El presidente comenzó a dirigirse a los presentes como si se estuviera celebrando un mitin político. «Este hombre no se alzó en armas contra el pueblo. Creemos que debería dársele una oportunidad para vivir. Una oportunidad para purificar su vida, librarse de sus equivocadas creencias religiosas». Los demás expresaron su conformidad a gritos y al instante pasaron a ocuparse de otras cosas. Sin que nadie me hiciera caso, bajé de la mesa y salí del local, «libre»…

Era una libertad relativa, sin embargo. Un tribunal popular quería juzgarle por rebelión. Se escondió. La única cosa que le hacía la vida soportable era el Socorro Blanco. Había empezado como un movimiento espontáneo entre los que se sentían amenazados de muerte[20]. En la casa donde se hallaba oculto las personas se ayudaban mutuamente con verdadero espíritu cristiano.

«La propiedad individual estaba descartada. Todo era compartido. Fue un ejemplo maravilloso de solidaridad humana. Todo se veía realzado por la inminencia de la muerte. Te hacías mucho más sensible a la religión y vivías constantemente en gracia de Dios. Era una especie de cristianismo primitivo como el de la época de las persecuciones. El pecado, el pecado de la vida corriente de cada día, no hacía al caso, si así puede decirse. Nunca en lo que duró la guerra toqué una mujer. Estoy seguro de que había muchos creyentes como yo…»

A medida que la guerra seguía sin una victoria decisiva de los nacionalistas, la supervivencia en Barcelona parecía cada vez más difícil. Se dijo que la única salida era huir. Por 1000 pesetas por cabeza —la mitad por adelantado y el resto al llegar a lugar seguro— los contrabandistas guiaban a un grupo de doce personas hasta Francia. Cada uno debía acudir por su propia cuenta al lugar de reunión.

Desde allí emprendían la marcha a pie, al amparo de la oscuridad. Ya habían avanzado bastante cuando oyeron el ruido de una patrulla. Eran carabineros y llevaban perros. El contrabandista que hacía de guía insistió en que retrocediesen. No había más remedio que volver a Barcelona. Era mejor esconderse que ser capturado. Fue a ver a Irujo, representante del gobierno vasco y hermano del ministro del gobierno central. La madre de Mestres era vasca y gracias a ello

consiguió un carnet de identidad vasco. Irujo le dio una carta de presentación para el director de una compañía exportadora de Valencia que necesitaba un ayudante que se encargase de escribir cartas comerciales en francés e inglés. En Valencia, donde no era conocido, le resultaría más fácil sobrevivir que en Barcelona. Allí se fue.

«Compré dos manuales de correspondencia inglesa publicados por Pitman y Macmillans. El francés no era problema, pero, ciertamente, el inglés sí lo era. Por la mañana tomaba la correspondencia en español y por la tarde sudaba traduciéndola. Pero al menos parecía estar fuera de peligro…»

Inesperadamente, el gobierno se hizo cargo de la compañía. De la noche a la mañana se encontró convertido en funcionario público en Valencia, a pesar de que en Barcelona todavía le reclamaba un tribunal. Por si fuera poco, lo ascendieron al puesto de jefe del departamento de exportación. Hacía su trabajo lo mejor que podía. Creía que había que ser minucioso en todo y, además, estaba decidido a sobrevivir. Las sorpresas desagradables se sucedieron sin parar: el gobierno decidió trasladarse a Barcelona. Él tendría que ir también, pero era imposible, ya que se arriesgaba a morir si iba. Decidió hablar francamente del asunto con su jefe, exdiputado socialista a quien en otro tiempo había hecho un favor.

«Me miró con cara de asombro. "No sé cómo ayudarle. Lo único que puedo sugerirle es que se quede aquí y busque otro empleo"…»

No tardó en encontrar trabajo en la compañía estatal de importación y exportación. Su misión consistía en tratar con los rusos, todos los cuales trabajaban bajo nombres españoles supuestos. Allí vio su primera máquina de sumar. La mujer sumaba con ella una larga columna de cifras y cuando terminaba las volvía a sumar mentalmente. Mestres se preguntó por qué lo haría. Le pareció que, si había que hacer dos operaciones, habría sido más lógico hacerlo al revés.

En 1938 llegaron sus papeles de movilización. Antes de la guerra era oficial de reserva en el ejército y fue destinado, como teniente, al cuerpo médico al que pertenecía. Con el fin de lograr su propósito de sobrevivir, fundó en el cuartel una escuela para suboficiales —«el ejército republicano se resentía enormemente de la falta de suboficiales y alféreces»—, pero el intento fracasó pronto a causa de su honradez. Descubrió que alguien había adulterado la leche destinada a los reclutas. Protestó por ello y resultó que la leche se la había apropiado el comisario de brigada. Al día siguiente fue destinado al frente y el comisario desapareció de la brigada.

Sus oportunidades de sobrevivir se vieron reducidas irremisiblemente. No le

habían destinado a una unidad normal de primera línea, sino a la recién formada brigada especial I. La batalla del Ebro estaba resultando desfavorable para la república. Negándose, como siempre, a permitir que un solo metro de territorio nacionalista permaneciese en manos del enemigo, Franco había lanzado una contraofensiva frontal contra las cabezas de puente establecidas por el enemigo en la orilla del Ebro. A mediados de noviembre los republicanos tuvieron que retirarse a la margen oriental, después de que ambos bandos hubieran sufrido grandes pérdidas. Los republicanos consideraron necesario efectuar un movimiento de diversión. En diciembre, la brigada especial I, compuesta por cuatro batallones de hombres seleccionados especialmente, debía desembarcar detrás de las líneas enemigas en Motril (Granada), y marchar sobre Málaga.

«Embarcamos en Almería una noche. Antes se habían provocado explosiones con el fin de que la población civil se asustase y se metiera en los subterráneos y refugios antiaéreos. De esta manera nadie nos vería partir. Yo era el segundo jefe del cuerpo médico. Embarcamos en unos viejos cascarones y estuvimos esperando hasta las dos de la madrugada. De pronto se oyó un grito. La operación había sido cancelada. Oímos decir que el oficial de la marina que mandaba la operación (que debía ser apoyada por ataques combinados contra los frentes andaluces) afirmaba que el desembarco era demasiado peligroso y que él no lo apoyaría…»[21]

Mestres fue destinado al frente de Granada, donde aún tendría que participar en un ataque republicano. La esposa del alcalde, en cuya casa se hallaba alojado, le consoló diciéndole que todos los que se alojaban allí siempre regresaban con vida. Era un pueblo pequeño y su marido, campesino, parecía ser comunista.

«"¡Lo ve!", exclamó cuando me vio regresar. "¿Qué le dije?" Y luego agregó: "Teniente, los señoritos no volverán, ¿verdad?"…»

Fue su última acción bélica: había logrado su propósito…

EPISODIOS 15

EN CAPILLA.

«La sala parecía ser el lugar destinado a los presos para que el domingo recibiesen a sus familias. Las ventanas eran altas y había algunos bancos y sillas.

Había una estatua de la libertad que se parecía a la de Nueva York, aunque quizá fuese la figura de la justicia sosteniendo las balanzas con los brazos extendidos. Algunos guardianes armados vigilaban en la sala. Al entrar en la prisión, oímos los gritos de los guardianes: "¡Centinela, alerta! ¡Alerta está!". Lo recuerdo tan vivamente como si ahora estuviera allí, aunque durante mucho tiempo creí que no lo recordaba, que eran historias que me contaron mi madre y mi tía. Pero no es así. Desde entonces he comprobado que mis recuerdos son ciertos, aunque a la sazón tenía sólo 5 años… Estábamos allí para acompañar a mi padre en su última noche en este mundo. Por la mañana iban a fusilarle… Era miembro en Valencia de la JOAC, la organización juvenil de obreros católicos. Al estallar la guerra, se quedó sin su empleo en el ayuntamiento por pertenecer a una organización derechista. Primero consiguió trabajo en un garaje y después como delineante en el despacho de un topógrafo. Con una sola excepción, toda mi familia era de derechas… Mi padre fue detenido en enero de 1938. Le acusaban de haber asistido a una reunión clandestina en la cual, según decían, se había propuesto hacer una llamada para que los jóvenes en edad militar no respondieran cuando los llamasen a filas. Nunca he podido averiguar si era verdad, o si la reunión la celebraron los despedidos del ayuntamiento para conseguir alguna compensación o su readmisión. Creo que lo más probable fue que trataran de establecer contacto con el Socorro Blanco. En el consejo de guerra fue declarado culpable y sentenciado a muerte. Nadie esperaba que se cumpliera la sentencia, ya que la guerra estaba muy avanzada; pero todas las apelaciones fueron en vano. Se decía que en la zona nacionalista había tenido lugar una matanza y que la república estaba decidida a demostrar que podía pagar con la misma moneda… El primer recuerdo de mi vida es el de cuando fui al cuartel general del SIM, en la calle Colón, de Valencia, a visitar a mi padre. Luego, lo trasladaron a la cárcel Modelo, donde solía ir sólo a visitarle y le llevaba los paquetes que mi madre le enviaba. Me habían enseñado a saludar con el puño en alto para que las cosas resultasen más fáciles. Los guardianes se reían: "Ahí viene el hijo del fascista". Un día alguien estornudó y yo dije "¡Jesús!". Todo el mundo se echó a reír: el saludo y la exclamación se contradecían. Es curioso, no recuerdo su cara de las veces que le vi en la cárcel; es como una sombra. Él me decía que estaba haciendo un trabajo muy difícil y especial, y que por esto estaba allí. Ni siquiera me daba cuenta de que estaba en la cárcel. Nunca tuve ninguna sensación de tragedia hasta aquella última noche… Dejaron que mi madre, que tenía 33 años, mi tía, dos años más joven, yo, que tenía 5, y mi hermano, que no había cumplido 2 aún, pasáramos la última noche con él. En cuanto oí el grito de los centinelas, en cuanto cruzamos el patio de la prisión, supe que iba a ocurrir algo horrible… Mi padre estaba perfectamente tranquilo y nos abrazó. Nos sentamos, miramos cómo mi hermano intentaba caminar solo y cómo jugaba, y todos nos reímos un poco. Luego, mi padre me contó la historia del Hermano Lobo. Algunos de los guardianes empezaron a soltar juramentos y mi padre se les acercó y les dijo que estaba a punto de morir por las cosas contra las que ellos blasfemaban. Les pidió

que se callaran. Entonces me dijo que yo tenía que dormir un poco para estar descansado por la mañana. "Yo también estoy muy cansado y voy a dormir un poco, porque tengo que decirte algo importante a ti y a tu madre más tarde, y quiero hacerlo con toda serenidad, sin sentirme cansado…" Se sentó en el banco que había contra la pared. Supongo que dormí un poco. Mi madre dice que ella no lloró nada, pero debía de tener un aspecto tan trágico, se le debía de notar tanto que luchaba por contener las lágrimas, que, a pesar de la serenidad de la que mi padre dio muestras durante toda la noche, sufría terriblemente todo el rato. Me parecía entender perfectamente lo que iba a pasar. No sólo al ver a mi madre, sino también al reo que se hallaba al otro extremo de la sala, cuya esposa e hija estaban histéricas de dolor. Por sus gritos y sollozos comprendí que no se trataba de una despedida antes de un viaje normal… Durante la noche hubo un bombardeo aéreo. Al caer las bombas, mi madre (ella misma me lo contó más tarde) le dijo a mi padre: "¡Ojalá cayera una bomba y nos matase a todos!". "¡Por el amor de Dios! No pienses esas cosas. Iré directamente al cielo y allí podré interceder por vosotros". Le aseguró que la muerte era un paso hacia el más allá, donde estaría esperándola. La muerte sería el pasaporte para una vida mejor… Su serenidad era impresionante. Nunca había sido un hombre muy decidido; tampoco exageradamente religioso. No iba a misa cada día; sólo los domingos. Nadie en la familia esperaba verle tan resuelto en sus últimas horas… Al fin nos dijo lo que quería que supiéramos: un mensaje de amor y fraternidad. Dijo que iba a morir por una España mejor, por una justicia social que nacería dentro de un marco de orden. Dijo que moría no sólo por nosotros, sino también por la gente como sus guardianes. Y porque así era, nos instó a no tener nunca ánimo vengativo, a no querer vengar su muerte, porque ello sería dividir España en dos campos opuestos una vez más y, por lo tanto, perpetuar todos los males que el país venía padeciendo. "Ellos creen que tienen razón y yo creo que también la tengo. Sería trágico que España se viera dividida otra vez. Nunca odiéis, nunca alberguéis sentimientos de enemistad"… Vinieron a buscarle a las cinco de la mañana. Al levantarse para salir, se quitó el reloj y me lo dio. También se quitó la chaqueta que llevaba sobre la del pijama. Fue ejecutado una hora después por un piquete de fusilamiento. El hermano de mi madre servía en el cuartel donde se había echado a suertes quiénes formarían parte del piquete. Por suerte no le tocó a él… Cogimos un tranvía para volver a casa. El trayecto me pareció que duraba una eternidad. El silencio de mi madre y mi tía sólo era roto por los sollozos. De vez en cuando me abrazaban. Yo miraba sus caras, entristecidas y atemorizadas, y el viaje parecía alargarse cada vez más. Cuando llegamos a casa de mi abuela me acostaron. Mi abuela no dejaba de decir: "Mañana vendrá papá, mañana…". Y yo sabía perfectamente lo que había sucedido…»

Hasta que cumplió 15 años, José Antonio Pérez creyó no haber vivido aquella noche, que su madre y su tía le habían hablado de ella después. Pero en

1949 tuvo ocasión de visitar la prisión, donde un tío suyo servía como oficial del ejército. Su tío no conocía bien la prisión, pero José Antonio fue capaz de localizar los puestos de los centinelas, la sala donde habían pasado la noche. «En aquel rincón estaba el banco bajo, allí estaba mi padre, en aquel extremo estaba el otro condenado. Los guardianes estaban sentados en torno a aquella mesa, ahí estaba la estatua de la libertad… Todas esas cosas las llevaba grabadas en la memoria desde aquella noche…»

INVIERNO DE 1938-PRIMAVERA DE 1939.

El Alzamiento Nacional significó en el orden político la ruptura con todas las instituciones que implicasen negación de los valores que se intentaba restaurar. Y es claro que, cualquiera que sea la concepción de la vida local que inspire normas futuras, el Estatuto de Cataluña, en mala hora concebido por la república, dejó de tener validez, en el orden jurídico español, desde el día diecisiete de julio de mil novecientos treinta y seis …

Pero la entrada de nuestras gloriosas armas en territorio catalán plantea el problema, estrictamente administrativo, de deducir las consecuencias prácticas de aquella abrogación. Importa, por consiguiente, restablecer un régimen de derecho público que, de acuerdo con el principio de unidad de la Patria, devuelva a aquellas provincias el honor de ser gobernadas en pie de igualdad con sus hermanas del resto de España.

Preámbulo de la ley firmada por el general FRANCO

aboliendo el Estatuto de Autonomía de Cataluña

(Burgos, 5 de abril de 1938).

BARCELONA

La ofensiva del Ebro, brillantemente concebida y ejecutada al principio, acabó siendo una demostración de cuán equivocado era tener un concepto tradicional de la guerra. En una confrontación directa de fuerza militar, lo más probable era que el ejército nacionalista saliera victorioso. Era una repetición, a escala más grande, de las anteriores ofensivas republicanas: Brunete, Belchite, Teruel. Primero un avance aprovechando la sorpresa del enemigo; luego, la ofensiva se veía detenida debido a la rápida movilización de refuerzos nacionalistas; finalmente, la contraofensiva nacionalista. La ofensiva del Ebro ganó tiempo e hizo que se perdieran vastas cantidades de material de guerra que la república no podía reponer. El hecho de que se luchase de espaldas al río no hizo más fáciles las cosas. La batalla comenzó en el momento culminante de la crisis internacional sobre Checoslovaquia, cuando parecía inminente el estallido de una guerra mundial, que casi inevitablemente habría hecho que las potencias

democráticas se viesen directamente envueltas en la suerte de la república; pero, a finales de septiembre, el pacto de Munich [1] le asestó un golpe de muerte. Seis semanas más tarde, al terminar la batalla, Francia había vuelto a cerrar su frontera con España.

Dos días antes de Navidad, con la promesa de una gran infusión de ayuda alemana, Franco lanzó su ofensiva contra Cataluña.

Timoteo Ruiz, de 19 años, campesino comunista de Toledo, había sido ascendido a teniente durante la batalla del Ebro. Tras ésta, fue destinado a Barcelona con órdenes de reunir una compañía con vistas a la defensa de Cataluña. Cuando vio los hombres que se presentaron en el cuartel Carlos Marx, se desanimó: todos eran hombres que habían sido declarados exentos del servicio militar por ser especialistas en algo y la mayoría estaban casados. Sus esposas e hijos fueron a despedirles cuando partieron para guarnecer la línea en el paso del Bruc. A Timoteo le dio la impresión de que los hombres no estaban demasiado entusiasmados con la perspectiva de luchar. Reinaba un espíritu de derrota y la gente estaba cansada de la guerra.

«"Oh, cuando esto acabe", me decían los campesinos, y lo que querían decir era que no les importaba de qué forma acabara, siempre y cuando acabase. No había un espíritu de defensa como en Madrid en noviembre de 1936. Las luchas políticas ocurridas en Barcelona habían desanimado al pueblo. Durante la defensa de Madrid las diferencias ideológicas no habían pintado nada…»

Pero cuando llegó al frente con sus hombres, el espíritu combativo de éstos creció. Era en la retaguardia donde reinaba mayor desmoralización.

Entre los que en la retaguardia fueron llamados a filas en esta última etapa se hallaba Tomàs Roig Llop, el miembro de la Lliga Catalana que se había quedado en Barcelona[2]. Tenía 36 años. Al presentarse en el grupo escolar Francesc Macià, se encontró con que en el tercer piso estaban reunidos 400 hombres, todos ellos cabezas de familia como él. Esperaron y esperaron, preguntándose qué iba a ser de ellos.

«Al cabo de tres horas de esperar, uno de los hombres se dirigió a los demás: "¿Queréis marcharos de aquí?". "Desde luego", contestamos todos a coro. "Pues bien, formad en columna de a cuatro. Yo haré de jefe y vosotros marcaréis el paso, gritando "uno-dos", "uno-dos", mientras marcháis…". Formamos y salimos del edificio, encabezados por aquel hombre, que iba dándonos órdenes y gritando como nos había indicado. Pasamos junto al centinela sin dejar de gritar "uno-dos", "uno-dos", y así seguimos hasta doblar la esquina. Entonces nuestro jefe, que era

un genio, un humorista, gritó "¡uno-dos!", y todos rompimos filas y echamos a correr. El ejército nunca nos volvió a ver el pelo…»

El año 1939 no era 1936, se dijo Josep Solé Barberà, el abogado comunista de Reus que ahora servía en el frente. En Madrid se habían escalado nuevas cumbres de heroísmo en las que se expresaba una verdadera unidad popular. Las fuerzas catalanas no carecían de moral ni de heroísmo, pero las circunstancias habían cambiado. El norte se había perdido, el comité de no-intervención había jugado su papel ayudando al enemigo, los acontecimientos políticos desde mayo de 1937 habían dejado sentir sus efectos. «Ya no existían las condiciones para una resistencia hasta la muerte».

En Barcelona, Adolfo Bueso, el impresor del POUM que había regresado tras ocultarse a raíz de los sucesos de mayo, no veía más que un espíritu de derrota. Nadie estaba dispuesto a luchar hasta morir para salvar la ciudad.

«Todo el mundo pensaba: "¿Cómo voy a escapar?". Si Barcelona hubiese sido sitiada en 1936, la gente hubiera reaccionado del mismo modo que los madrileños. Pero después de treinta y dos meses de guerra, el espíritu se había esfumado. La gente empezó a marcharse una semana antes de que la ciudad cayese…»

En el frente una tenaz resistencia contuvo el avance enemigo durante un par de semanas; luego, el peso de la fuerza militar se impuso y los nacionalistas avanzaron hacia Barcelona tan rápidamente como podían marchar sus columnas. «Habríamos podido llegar a la frontera francesa en un par de días si alguien hubiese tenido la idea de facilitarnos medios de transporte», me dijo Ignacio Hernández, el alférez provisional de 17 años encuadrado en la infantería nacionalista. «En vez de ello, cada día cubríamos 30 km a base de pies…»

El 26 de enero, al mes justo del inicio de la ofensiva, los nacionalistas entraron en Barcelona. El presidente Companys telefoneó a Josep Andreu Abelló, presidente del Tribunal de Cassació de Cataluña, y le dijo que quería abandonar la ciudad con él. Después de cenar juntos en la torre de Companys, en el barrio de Horta, subieron al coche de Andreu y bajaron al centro.

«Fue una noche que nunca olvidaré. El silencio era total, un silencio terrible, como sólo se advierte en el punto culminante de una tragedia. Fuimos a la plaza de San Jaime y nos despedimos de la Generalitat y de la ciudad. Eran las dos de la madrugada. La vanguardia del ejército nacionalista ya estaba en el Tibidabo y cerca de Montjuïc. No creíamos que volviésemos jamás. Solos en el coche, nos dirigimos hacia Sant Hilari Sacalm, cerca de Gerona, donde pasaríamos los tres o

cuatro días siguientes en la finca de un marqués…»

Eulalia de Masribera, estudiante de bibliotecaria, la que había visto dividir su sentido de lealtad, la que había pensado que el mejor día de la semana sería cuando «éstos» se hubiesen marchado y «aquéllos» aún no hubieran llegado, ahora contemplaba el éxodo masivo. De repente empezó a circular un rumor: «la gente se marcha…».

«Una trágica procesión de gente que pasaba por delante de nuestra casa, caminando fatigosamente, llevando consigo sus pertenencias. Algunos iban en carros tirados por mulas, incluso en automóviles. No cesó en todo el día y parte de la noche. Era como una de esas fotos en las que se ve a los sudvietnamitas huyendo con sus pertenencias a cuestas…»

En el otro extremo de la ciudad, un médico liberal republicano que había sido obligado a alistarse en el ejército nacionalista entró en automóvil. Llevaba órdenes de hacerse cargo del hospital Clínico. Al abrir la verja de hierro, un hombre que llevaba boina salió corriendo.

«"¡Ya están aquí!", gritó. "¿Quién?" "Los fascistas". "¡Sí, esos somos nosotros!", grité. "¡Viva España!", contestó él. "No sigas, que ya estoy harto de oír gritar eso", repliqué. Luego, entramos en el hospital. Quedé asombrado al encontrar un pabellón con todas las camas hechas, todo en orden, inmaculadamente limpio…»

Además, encontró a muchos derechistas que se habían refugiado allí y en la facultad de medicina. Al parecer, tenían comida en abundancia: carne, butifarra y vino. Aquella noche, después de una buena comida, celebraron un baile. El doctor Antonio Torres se dispuso a pasárselo bien; las chicas eran bonitas y los militares tenían comida abundante…

Eulalia de Masribera vio entrar a los soldados moros. De pronto advirtió que un oficial golpeaba a uno de ellos con la fusta que llevaba en la mano. Se estremeció. «¡Qué espectáculo más horripilante y deprimente!»

Las calles de la ciudad estaban cubiertas de papel: carnets de partido y de sindicatos hechos pedazos, documentos. En el puerto los mástiles de los buques hundidos afloraban a la superficie. Pero al menos todo había terminado por fin. Así pensaba Juana Alier, la esposa del molinero. La gente a la que conocía estaba loca de alegría. «Éramos felices porque la guerra había terminado, no porque hubiese ganado uno u otro bando».

En un par de semanas el ejército nacionalista llegó a la frontera francesa, con lo que completó la conquista de Cataluña. Casi medio millón de civiles y soldados marcharon al exilio y al confinamiento en las terribles condiciones de los campos de concentración franceses.

Timoteo Ruiz luchó durante todo el viaje hasta la frontera francesa. Su unidad, formada apresuradamente con hombres que hacía sólo unas semanas que habían sido llamados a filas en Barcelona, contenía al enemigo de día y de noche se replegaba a nuevas posiciones. Al cruzar la frontera, en vez de entregar las armas cortas a los franceses, él y otros muchos militantes las escondieron. Estaban convencidos de que al poco tiempo volverían a España para proseguir la lucha. Pero al marchar hacia el campo de concentración y ver los trenes cargados con material bélico ruso —piezas de recambio para aviones, artillería, municiones— que los franceses habían retenido, se sintió desmoralizado. Por primera vez se dio cuenta de hasta qué punto las democracias burguesas se habían negado a ayudar a la república. En medio de aquella crisis que se estaba fraguando desde hacía tiempo a causa del fascismo, ¿no se habían dado cuenta de que debían ayudarla por *propio interés*? Pero no, estaban ciegas. Y en vista de semejante negativa, había que replantearse la estrategia de la guerra, aprender a encontrar los medios que les permitieran depender solamente de sus propios recursos, de combatir para ganar[3] …

Las armas soviéticas enviadas a través de Francia y retenidas en la frontera llegaron demasiado tarde. A última hora se permitió que algunos cargamentos cruzasen la frontera. Francisco Abad, comunista que antes de la guerra había organizado en su regimiento el movimiento clandestino de soldados y cabos, era gobernador militar en funciones de la ciudad de Figueres y tuvo que ordenar que los trenes regresaran a Francia. De haberse quedado, no habrían hecho más que servir al enemigo. Figueres era la última ciudad importante antes de llegar a la frontera. En el último momento él y su suegro, el mayor Díaz-Tendero, pasaron a Port Bou y allí vieron más trenes detenidos en vías muertas. Al registrarlos, encontraron un vagón lleno de documentos del Ministerio de Defensa republicano referentes al Ejército Popular. Con cierta dificultad consiguieron destruirlos, creyendo que los habían dejado deliberadamente allí con el fin de que cayesen en manos del enemigo.

El último Ministerio de Estado de la república se instaló en la escuela de un pueblo cerca de la frontera. José López Rey, historiador del arte y durante la guerra jefe de la Oficina Política y Diplomática del ministerio, y Quero, el subsecretario, eran los últimos burócratas que quedaban. López Rey nunca había creído que pudiera continuar la resistencia —como Negrín afirmaba en público— hasta que estallase una segunda guerra mundial. Hitler y Mussolini no empezarían una

guerra mundial en tanto la guerra civil española no estuviera liquidada. Por su parte, Inglaterra y Francia no harían nada hasta que se vieran atacadas. No, la otra baza de Negrín —las negociaciones— era la única que debía jugarse, aunque resultara difícil. Sabía que en el pasado mes de mayo, tras el anuncio de los «trece puntos» de Negrín[4], se habían entablado negociaciones con la monarquía española en el exilio. La restauración de la monarquía iría de la mano de un intento de salvar cuanto se pudiera de la legislación progresista de la república. Ignorando los detalles, se preguntaba si acaso Negrín pensaba que, una vez hubiese estallado la segunda e inevitable guerra mundial, sería posible restaurar la república.

El 1 de febrero, cinco días después de la caída de Barcelona, el jefe del gobierno enunció tres condiciones para la paz: que se garantizase la independencia de España; que se garantizase el derecho del pueblo español para determinar su propio gobierno; y que no hubiera persecuciones. Todos los que oyeron su discurso, pronunciado en Figueres con motivo de una reunión de lo que quedaba de las Cortes, sabían que Franco no aceptaría tales condiciones; por consiguiente, Negrín recomendaba la continuación de la guerra.

López Rey se guardó en el bolsillo la llave de la escuela y se encaminó a pie hacia la frontera con su compañero. Padecía escorbuto, ya que en los últimos seis meses pasados en Barcelona no había comido más que arroz. Una lechuga llegaba a costar hasta 75 pesetas. Fue una de las pocas veces en su vida en la que le sobró dinero. Cruzó la frontera sin ningún problema gracias a su pase oficial y pensó que Francia e Inglaterra reconocerían al régimen de Burgos en cuanto la victoria de Franco pareciese cierta. La no-intervención había sido una farsa. Los gobiernos de Francia e Inglaterra eran cobardes. También Hitler lo era, pero todo dependía de su *bluff*.

En el restaurante Perpiñán encargó un menú para dos personas y cuando se lo sirvieron se lo comió todo, dejando atónito al camarero.

No fue tanta la suerte de las decenas de millares de refugiados civiles que durante quince días llenaron los 160 km y pico que separaban Barcelona de la frontera. Su única preocupación era llegar a lugar seguro. Rosa Vega, la maestra que había vuelto de la Unión Soviética, se encontraba entre ellos. Con ella iba una mujer joven y embarazada que, tras unos días de viajar por la carretera, dio a luz en una masía en la que no había ni luz ni agua. A los dos días del parto, la mujer, llevando el bebé en brazos, prosiguió la marcha hacia la frontera.

En el puesto fronterizo vio cómo los soldados tiraban sus armas al suelo. Se les veía pasivos, derrotados.

«Los franceses habían instalado unas grandes calderas donde calentaban leche. Al pasar, nos daban un tazón y un poco de pan. Fue el día más triste de mi vida. Parecía el fin de todo. Nos habían derrotado, ya no contábamos para nada…»

Las mujeres y los niños fueron separados de los hombres y enviados a distintos campos de concentración. Para el doctor Carlos Martínez, que había escapado de Asturias en un queche de pesca, ésta era la segunda vez en dieciséis meses que huía de España. Había tenido la suerte de salir ileso de un bombardeo aéreo que había destruido el hospital de Figueres donde prestaba sus servicios. Al llegar a la frontera, vio a los viejos, mujeres y niños que pasaban al exilio bajo la lluvia, con los hombros encorvados bajo el peso de la derrota. Se producían escenas terribles cuando las familias eran separadas y sus miembros partían hacia el destino incierto que les aguardaba en los campos de concentración.

«La impresión general era de que la derrota y el exilio durarían sólo tres o cuatro años. Al parecer, a estos optimistas se les había pasado por alto toda la dimensión de la guerra. Yo estaba seguro de que el enemigo no iba a dejar que le arrebatasen tan fácilmente su triunfo…»

En Barcelona, Dionisio Ridruejo, jefe de propaganda de la Falange, se disponía a poner en práctica un ambicioso programa. Previendo la caída de Cataluña, había llegado a la conclusión de que era necesario dar a los catalanes y a los sindicalistas la impresión de que no habían sido derrotados, por lo menos como catalanes y sindicalistas. Su proyecto, que contaba con la aprobación de Fernández Cuesta, el secretario general de la Falange, incluía la distribución de libros y manifiestos en catalán. Habiendo visto la alegría pintada en los rostros de los numerosos barceloneses de la pequeña burguesía que habían vitoreado a las tropas nacionalistas al entrar en la ciudad, creía que su decisión estaba justificada. A su juicio, podía sacarse provecho del alivio que sentían dichas personas al ver que la guerra había terminado, que por fin podrían satisfacer el hambre que les asomaba al rostro.

La Falange era antiseparatista y luchaba por la unidad de España. Pero para Ridruejo la derrota del separatismo no significaba la derrota de la autonomía cultural de Cataluña… En cuanto a la clase obrera anarcosindicalista, tenía preparados una serie de equipos que celebrarían mítines en los barrios proletarios con el fin de explicar que la nueva forma de sindicalismo no tenía por objeto enterrar la suya, sino sustituirla.

Fue a explicarle su plan al gobernador militar, el general Álvarez Arenas. El general apenas le dejó terminar.

«"Ésta es una ciudad que ha pecado en gran medida, y que ahora debe ser santificada. Hay que instalar altares en todas las calles de la ciudad y decir misas continuamente", me dijo… Ordenó la confiscación de todo mi material y prohibió que se hablase catalán y se celebraran mítines en los barrios obreros. Pronto aparecieron carteles en las paredes: "Hablad castellano, la lengua del Imperio". Los rótulos de las tiendas fueron cambiados por rótulos en castellano y se "nacionalizaron" todos los nombres extranjeros…»

Ridruejo permaneció en la ciudad solamente un par de semanas. Totalmente descorazonado, sufrió una crisis nerviosa y tuvo que ser hospitalizado.

Barcelona era una ciudad conquistada. La clase media catalanista iba a sentir ahora el peso de la represión cultural de la España franquista.

Artículo 1.º Se declara la responsabilidad política de las personas, tanto jurídicas como físicas, que desde el 1.º de octubre de 1934 y antes del 18 de julio de 1936 contribuyeron a crear o a agravar la subversión de todo orden de que se hizo víctima a España y de aquellas otras que, a partir de la segunda de dichas fechas, se hayan opuesto o se opongan al Movimiento Nacional con actos concretos o con pasividad grave.

Ley de Responsabilidades Políticas

(Burgos, febrero de 1939).

MADRID

El súbito derrumbamiento de Cataluña provocó el desánimo en el resto de la zona republicana, es decir, la zona nada despreciable —alrededor de un tercio del país— que se extendió desde Madrid a

Valencia y Almería por el sur y que era defendida por cuatro ejércitos no derrotados que totalizaban cerca de medio millón de hombres.

Negrín y algunos ministros del gabinete, acompañados por líderes políticos y militares comunistas, regresaron de Francia a la zona centro-sur. Sin embargo, se quedaron en Francia el presidente de la república, muchos miembros del gobierno,

los ejecutivos de los partidos políticos y sindicatos y algunos de los altos mandos militares de la república.

El 12 de febrero, dos días después de su regreso, el presidente del consejo se reunió con el coronel Casado, jefe del ejército del Centro, en Madrid. El coronel manifestó que era imposible continuar la resistencia: su ejército carecía de aviones, artillería y armas automáticas, y la tropa no tenía ropa para el invierno. Además, la población de Madrid pasaba hambre y se hallaba a un paso de la inanición. Reconociendo la gravedad de la situación, Negrín replicó que en Francia había armas soviéticas, que las negociaciones de paz habían fracasado y que Madrid recibiría provisiones. Casado le pidió que convocase una reunión de los jefes de las fuerzas armadas con el objeto de estudiar la situación. La reunión se celebró cuatro días más tarde. Los mandos militares, oficiales de carrera todos ellos, eran de la misma opinión, a excepción de uno de ellos: la guerra no podía continuar. El almirante Buiza informó de que las tripulaciones de la armada habían decidido abandonar las aguas españolas si no se iniciaban negociaciones de paz. Sólo el general Miaja, el «héroe de Madrid» y ahora jefe supremo, abogó por la continuación de la resistencia. Negrín afirmó que no había otro camino[5]. Llevaba casi un año intentando infructuosamente conseguir la paz mediante la negociación. Sin embargo, no hizo ninguna propuesta concreta con vistas a proseguir la resistencia.

Comenzó entonces una quincena colmada de maniobras oscuras y complicadas que culminarían en la tragedia.

Estaba clarísimo que la república no podía albergar ninguna esperanza de ganar la guerra sin ayuda. Pero había distintas formas de poner fin a la contienda. Conociendo la intransigencia de Franco, Negrín creía sin duda que sólo la resistencia le arrancaría concesiones. La inminencia de la guerra mundial podía cambiar la situación todavía y, mientras siguiese la resistencia, podría evacuarse a un número máximo de personas. El coronel Casado, que se convirtió en su principal antagonista, creía que el mayor obstáculo para conseguir concesiones del enemigo lo constituían la intransigencia de Negrín y el apoyo que le prestaban los comunistas. Ambos hombres estaban decididos a salvar cuanto pudieran de la guerra. Ninguno de ellos actuó resueltamente. Negrín nunca dijo claramente qué era lo que podía ganarse si se seguía resistiendo, aunque fuera de modo limitado. Casado, que se creía el único capaz de salvar la situación, ofreció al enemigo más de lo que en realidad podía darle, con lo que dejó que la quimera de una «paz honrosa» se impusiera sobre los propósitos de resistir.

El drama se vio acentuado por el cansancio que entre la población había causado la guerra y por el creciente sentimiento anticomunista[6]. Empezaban a

notarse los efectos de la falta de movilización política en la retaguardia, tan esencial en una guerra revolucionaria. El dominio del partido comunista en el ejército, la política y el comisariado político hacía que muchos no comunistas temiesen por el futuro. No se olvidaban en la derrota las encarnizadas luchas del pasado.

Mientras concentraban sus esfuerzos en el frente, los comunistas seguían implacablemente haciendo llamadas a la población civil de la retaguardia para que, a pesar del hambre, resistiera hasta el final. «Unidos empezamos la lucha, unidos debemos continuar hasta el final», escribió *Mundo Obrero*, el órgano madrileño del partido comunista. «Preparaos para la resistencia victoriosa». «Mientras haya un invasor en tierra española, el pueblo estará en pie de guerra…»

A pesar del hambre y del frío, la voluntad de resistir no había muerto del todo. En el «túnel», donde proseguía la producción de armamentos, Pedro Gómez, el tornero de la UGT, reflexionaba sobre la situación. Estaban cansados de la guerra y querían que terminase.

«Pero no con la rendición… y mucho menos con una rendición incondicional. Corrían rumores de que en Valencia había depósitos de armas que lo resolverían todo. No creíamos que pudiéramos perder la guerra completamente…»

Sin embargo, las exhortaciones no pudieron despertar un espíritu de resistencia como el de 1936. Hacía falta algo más, una finalidad. «¿Qué significa la resistencia?», preguntó *Mundo Obrero*. «Asegurar la paz y la independencia de España», se contestó a sí mismo. Para muchos tal explicación no bastaba. ¿Acaso no vendría antes la paz si no se luchaba hasta el final?

«Yo ya no creía en los comunistas. Su lenguaje, un lenguaje familiar, cotidiano, era al mismo tiempo estereotipado de cabo a rabo. Me recordaban demasiado a los curas; los mismos eslóganes día tras día», afirmaba Álvaro Delgado.

Durante el año pasado había descubierto que tenía aptitudes para el dibujo. Dejó su empleo de repartidor en la tienda de ropa de su padre y se matriculó en la Escuela de Bellas Artes, una de las pocas de la capital que siguieron abiertas durante toda la guerra. En la escuela le ofrecieron una beca para estudiar en la URSS, pero la rechazó impulsado por el desagrado que le causaba lo que del comunismo había visto…

«Ya no veía claro el ideal de una nueva España cuyo único soberano sería la

justicia social, el mismo ideal que nos había galvanizado al comenzar la guerra. Después de tres años, los izquierdistas moderados como nosotros lo veíamos todo confuso. Estábamos cansados de la guerra y empezábamos a albergar la esperanza de que una victoria derechista fuese lo que los nacionalistas afirmaban que sería y no, de hecho, lo que fue en realidad…»

La desafección existente en la retaguardia se reflejaba en la creciente fuerza de la quinta columna. «Lo que debe ser en el futuro tiene gran fuerza en el presente», opinaba David Jato, uno de los principales líderes de la milicia clandestina de la Falange. En cuanto se vio que la represión ya no era seria, la gente deseosa de servir en la quinta columna surgía de los lugares más inesperados.

«No diría que tuviéramos gente en el estado mayor de Casado, pero sí diré que la mayoría de los que lo formaban querían ayudarnos. Se nos unieron tantos médicos que los servicios de sanidad madrileños estaban virtualmente en nuestras manos. Nuestros hombres estaban infiltrados en los centros de reclutamiento. Incluso algunas organizaciones comunistas como Socorro Rojo acabaron en manos de la quinta columna…»

La Falange clandestina tenía en su haber un importante acto de sabotaje: la voladura de una prolongada sección del túnel del metro que se utilizaba como parte de la fábrica subterránea de municiones. Pero su principal misión era esencialmente defensiva: apoderarse de objetivos estratégicos durante las últimas etapas de la guerra, socavar la moral republicana.

Cada día tres falangistas clandestinos vestidos de soldado eran enviados por otro jefe falangista a un cuartel donde, por medio de un vale falsificado, recogían pan. «Para levantar la moral de nuestra milicia teníamos que proporcionarle lo que no tenía la mayor parte de la población: comida». Los jóvenes recogían el pan y se marchaban, contentos de haber cumplido su peligrosa misión.

«Lo que no sabían era que el cabo que les daba el pan pertenecía a nuestras milicias; que el capitán en cuyo despacho se extendía el vale (así como otros vales auténticos) trabajaba con nosotros. Tampoco sabían que el coronel que mandaba el cuartel estaba de nuestro lado. Yo mismo había ido a verle…»

El cuerpo médico y el de intendencia estaban tan llenos de quintacolumnistas que en Madrid la voz popular les llamaba las embajadas italiana y alemana.

Según informó la Comisión Internacional Cuáquera para la Ayuda a los

Niños Refugiados, las provisiones con que contaba la capital bastaban sólo para dos o tres meses. No había calefacción, agua caliente, medicamentos ni vendajes quirúrgicos[7]. Como si quisieran subrayar las diferencias, los nacionalistas bombardearon la capital con pan.

«Lo arrojaban en sacos envueltos con propaganda que decía: "Este pan os lo mandan vuestros hermanos nacionales" —recuerda Álvaro Delgado—. Era pan blanco, fino y hermoso. Un poco de pan entró por una de las claraboyas rotas de la Escuela de Bellas Artes y cuando no había nadie por allí yo y otros estudiantes nos lo comimos hasta ponernos malos…»

En la calle, sin embargo, la gente pisoteaba el pan furiosamente.

«Yo mismo lo hice. Estábamos casi muertos de hambre y, pese a ello, la gente gritaba: "¡No lo recojáis!". No estábamos desmoralizados. Lo del pan demostró que nuestro entusiasmo y apoyo por la causa seguían vivos», contaba Pablo Moya, tornero de la UGT.

El coronel Casado mantenía contactos con los agentes nacionalistas en Madrid desde antes del regreso de Negrín. El 20 de febrero, cuatro días después de celebrarse la reunión entre los jefes militares y el presidente del consejo, un oficial que se hallaba bajo su mando se presentó ante él como agente nacionalista y le entregó una declaración de Franco. En ella ofrecía ciertas concesiones a los hombres del ejército republicano que voluntariamente depusieran las armas. Si no habían cometido ningún crimen, se les trataría «generosamente» tanto más si en los últimos momentos de la guerra servían a la «Causa de España»[8].

Poco tiempo después, el coronel Casado pidió a Régulo Martínez, líder de Izquierda Republicana en Madrid, que se desplazara a París y le pidiera a Azaña que persuadiese al gobierno francés para que interviniera con el objeto de poner fin a la guerra. Martínez se mostró de acuerdo. Casado era un amigo personal, un demócrata y republicano auténtico que, como oficial del ejército, había jurado lealtad a la república y había cumplido su juramento.

«Ya había tenido varios choques con los comunistas, debido a que éstos tenían la costumbre de decir que lo negro era blanco y, al día siguiente, que lo blanco era negro, y debido a su servil disciplina ante las órdenes del partido… Sabíamos que la guerra estaba perdida, pero los republicanos nos temíamos que se produjese un enfrentamiento armado entre los comunistas y los anarquistas antes de que se resolviera algo. Los comunistas estaban obsesionados con la idea de proseguir la guerra hasta que estallase el futuro conflicto europeo. Gracias a la ayuda soviética, habían podido infiltrar a tantos de sus miembros en los puestos

importantes del ejército que nos temíamos que fuesen capaces de volar Madrid antes que rendirse…»

Casado quería evitar la lucha entre los que sabían que la guerra estaba pérdida —anarquistas, socialistas y republicanos— y los comunistas, según Martínez. Se mostró de acuerdo en que era inútil sacrificar más vidas en una lucha que a todas luces estaba perdida.

El pueblo estaba cansado de la guerra y, si bien hasta cierto punto había voluntad de resistir, faltaban los medios materiales para hacerlo.

Partió para París en compañía de otro miembro del partido. Cuando llegaron allí, a fines de febrero, Francia e Inglaterra ya habían reconocido al régimen de Franco, y Azaña había presentado su dimisión como presidente de la república. No consiguieron verle. En vez de ello, hablaron con Martínez Barrio, quien, como presidente de las Cortes, le había sucedido. Dijo que no había nada que hacer y que así se lo comunicara a Casado[9].

El reconocimiento del régimen franquista y la dimisión de Azaña fueron dos golpes más para aquella república que se estaba hundiendo. Al parecer, lo que más afectó a los oficiales de carrera fue que el general Vicente Rojo, arquitecto de la defensa de Madrid, de la captura de Teruel, de la batalla del Ebro, rehusara volver a la zona republicana. Su prestigio entre los oficiales de carrera era tan grande, según el coronel Jaime Solera, jefe del estado mayor de los cuatro ejércitos, que todos le habrían obedecido.

«Conociendo a Casado, estaba convencido de que no se habría sublevado de haber vuelto Rojo. No siendo así, Casado se creyó en libertad de actuar…»

El coronel Solera creía que rendirse era la única solución. Al volver de su reunión con Negrín, el jefe de su ejército se había mostrado absolutamente convencido de que estaban a punto de iniciarse negociaciones de paz y que había que comenzar los preparativos para la rendición del ejército.

En medio de este ambiente de incertidumbre y confusión, una curiosa inercia se apoderó de todas las organizaciones. Tagüeña, el joven y brillante jefe de un cuerpo comunista que había regresado de Francia, trazó planes para apoderarse de objetivos estratégicos en Madrid y arrestar a Casado. Cipriano Mera, el jefe del cuerpo anarquista en el frente madrileño, ya había propuesto que se secuestrase a Negrín y se le obligara a iniciar negociaciones de paz. Ambos planes fueron anulados por las respectivas organizaciones. Los libertarios, siguiendo instrucciones de sus líderes en Francia, se preparaban para poner fin a la guerra y

salvar a tantos de sus militantes como fuese posible. Los comunistas, posiblemente subvalorando la amenaza de Casado —tres de los cuatro cuerpos de ejército bajo su mando eran mandados por oficiales comunistas y de ellos cabía esperar que sofocasen cualquier intento de golpe—, no tomaron precauciones. La unidad del Frente Popular debía prevalecer ante todo. Mientras los militantes comunistas creían que la guerra podía y debía proseguir, el Comintern se disponía a liquidarla[10].

Desde el balcón de la sede de las JSU, Ricardo Saler contemplaba los destrozos causados en la ciudad por la guerra, y por primera vez temió que ésta estuviera perdida. Antes de la guerra había sido miembro de la juventud comunista y ahora formaba parte del ejecutivo de las JSU. Acababa de recibir el encargo de trasladarse a Valencia para organizar la resistencia estudiantil en caso de que Madrid sucumbiera ante la ofensiva franquista. A su lado se hallaba su camarada Azcárate.

«Se volvió hacia mí y con mucho énfasis dijo: "No hay problema si perdemos. Será sólo por muy poco tiempo". Y luego se puso a hablar de la necesidad de resistir todo el tiempo posible porque era inevitable que pronto estallase una guerra mundial. Cuanto más tiempo resistiéramos, mayor sería la posibilidad de enlazar nuestra causa con la guerra mundial. Creo que en aquel momento éramos un reflejo de lo que pensaba la dirección del partido comunista, quizá de lo que pensaba el mismo Negrín…»

Los que «no creían en los milagros», como era el caso de Sócrates Gómez, exmiembro socialista de las JSU, estaban convencidos de que Negrín no seguía ninguna política concreta. De ello era sintomático, a juicio de Gómez, el hecho de que en la capital los ministros del gobierno no pudieran localizar al presidente cuando le necesitaban. Negrín se había presentado en Madrid y, tras hacer una llamada a la resistencia, se había marchado inmediatamente a Alicante. Cuando conseguían verle, generalmente era por pocos momentos, apresuradamente y sin preparativos previos.

«Todo esto aumentaba la confusión. Además, al mismo tiempo que llamaba a la resistencia, Negrín había dado instrucciones para que le acelerase la concesión del pasaporte a cualquier persona que quisiera marcharse», contó Gómez, cuyo padre era gobernador civil de Madrid.

Negrín ascendió a Casado a general y le comunicó que pasaría a ocupar el cargo de jefe del estado mayor central, cosa que le habría obligado a abandonar Madrid. Dos días después, el 3 de marzo, la gaceta oficial del Ministerio de Defensa publicó el ascenso de una serie de oficiales comunistas incluyendo el

nombramiento para los puestos de mando de Alicante y Cartagena, puestos que serían vitales para la evacuación. Los planes de Negrín para la resistencia se pusieron de manifiesto al ver que buscaba el apoyo de sus únicos aliados posibles, aunque tanto él como ellos no estuvieran seguros del posible alcance de la resistencia. Se rumoreaba que estaban a punto de efectuarse cambios aún más radicales.

En Madrid, según contó Eduardo de Guzmán, periodista libertario, los demás partidos y organizaciones reaccionaron a causa del miedo que les infundía lo que podía ocurrir a continuación.

«Especialmente en vista de lo que había pasado en Barcelona en mayo de 1937. Si los comunistas conseguían monopolizar el poder, sería únicamente a costa de todas las demás organizaciones. Era imposible saber si los comunistas manipulaban a Negrín o éste los manipulaba a ellos. Nuestra reacción fue un puro movimiento defensivo contra la toma del poder por los comunistas…»

«Sin que hubiera absolutamente ninguna intención de vengarse de ellos —aseguró Sócrates Gómez—. Pero si el partido comunista conseguía ocupar todos los puestos clave, el resultado hubiese sido incalculable. Los nombramientos hechos por Negrín aceleraron la puesta en práctica de nuestros propósitos…»

Durante dos años y medio, el supremo objetivo de ganar la guerra había sido lo que, en última instancia, mantenía la unidad del campo republicano. Pero ahora, cuando sólo era de prever la derrota, las hostilidades políticas se manifestaron en un conflicto definitivo, confuso y sangriento. Empezó en Cartagena, donde la noche del 4 de marzo unidades de la importante base naval republicana se rebelaron contra el nombramiento de un nuevo comandante comunista. La quinta columna no tardó en secundar la rebelión. Amenazada por una batería costera (bajo el mando de un oficial que resultó ser nacionalista) y atacada por bombarderos enemigos, la flota zarpó al día siguiente y fue internada en Bizerta por los franceses. De un solo golpe la república perdió los medios de que disponía para evacuar a un número significativo de personas.

Aquella tarde (5 de marzo), en Madrid, Casado formó un Consejo Nacional de Defensa en el que estaban representados socialistas, anarquistas y republicanos. Su figura más destacada era Julián Besteiro, líder del ala derecha del socialismo, que durante la guerra, que pasó en la capital como concejal municipal, se había hecho cada vez más anticomunista. La radio retransmitió un manifiesto. «Como revolucionarios, como proletarios, como españoles, como antifascistas, no podemos seguir soportando la imprudencia y la falta de planificación del gobierno del doctor Negrín… No podemos tolerar una situación en la que se exige a la

población que resista encarnizadamente mientras continúan los preparativos para una huida cómoda y provechosa… Los que nos oponemos a la política de resistencia ofrecemos la seguridad de que ninguno de los que deberían quedarse en España saldrá del país hasta que lo hayan hecho todos los que deseen marcharse».

«Nuestro objetivo consistía en suplantar un gobierno que, en realidad, era inoperante, con el fin de salvar las vidas de los combatientes y militantes en una situación en la que la guerra estaba perdida y había pocas posibilidades de que las negociaciones tuviesen éxito», explicó Sócrates Gómez, que pasó a formar parte del nuevo consejo.

En Elda, cerca de Alicante, donde Negrín tenía establecido su cuartel general desde su regreso tres semanas antes, el gabinete se hallaba estudiando el texto de la alocución que el jefe del gobierno dirigiría por radio a la zona republicana al día siguiente. Negrín y otros ministros llamaron por teléfono a Casado, pero no consiguieron nada. Al amanecer del día siguiente el gobierno decidió abandonar España. Sin embargo, mientras esperaba el avión, Negrín consultó a los líderes comunistas. Un oficial comunista del estado mayor, Ricardo Rodríguez, se hallaba presente.

«Había mucha confusión. Más o menos todos asistíamos a las reuniones. Togliatti (el principal representante del Comintern en España) aconsejó a Negrín que enviara un mensaje al Consejo de Defensa de Casado diciendo que, si bien el gobierno deploraba la desastrosa situación, no podía ni debía discutirse con el fin de evitar un conflicto sangriento y llegar a un acuerdo con el enemigo común…»

Negrín preparó un mensaje a tal efecto y Rodríguez fue encargado de encontrar un télex para transmitirlo a Madrid. Se le ordenó que esperase contestación sólo durante cierto tiempo. Transcurrido el mismo, debía volver con la copia. No se recibió ninguna respuesta. «Regresé y entregué la copia del télex a Álvarez del Vayo, el ministro de Estado»[11].

Temiendo ser detenido por las fuerzas de Casado, el gobierno huyó a Francia y al norte de África. El recién nombrado jefe comunista de Alicante, a sólo 40 km, ya había sido detenido. Aquella tarde, el comité central del partido comunista celebró la que iba a ser su última reunión en España durante treinta y ocho años. Togliatti dijo que la responsabilidad de poner fin a la guerra habría que dejarla en manos del Consejo de Casado, el cual era en realidad la única autoridad que existía. Oponerse al mismo con las armas sería empezar una guerra civil dentro de la otra. Los comunistas, paladines de la unidad, no podían participar en una lucha de aquella índole. ¿Desconocía que desde las seis de la mañana de aquel

día fuerzas bajo mando comunista estaban atacando con éxito a Casado en Madrid? No mencionó el hecho[12]. Aquella noche y durante el día siguiente los líderes comunistas huyeron del país. Togliatti, Checa, Hernández y Claudín se quedaron para organizar la evacuación de tantos militantes comunistas como fuera posible.

MADRID

Se oyó un grito en el «túnel», donde estaba trabajando. «¡Que vienen los comunistas!» Casi todos los hombres que había en el taller de Pedro Gómez intentaron huir. Algunos lo hicieron a través del pozo negro que había debajo del despacho del jefe del gobierno.

«"¿Qué pasa aquí?", preguntaron los comunistas a los que se quedaron. "Nada". "Vosotros seguid trabajando, que nosotros estamos arriba y no pasará nada". Así que, mientras los combates seguían en la calle, nosotros continuamos trabajando bajo tierra. No tuvimos ninguna dificultad para acudir al trabajo durante la batalla…»

Después de dos días, las tropas comunistas que atacaban a las reducidas fuerzas de Casado eran virtualmente dueñas de la ciudad y tenían al enemigo sitiado en una serie de edificios aislados. El general Miaja, que otrora fuera el héroe de los comunistas y que apenas hacía una quincena había sido el único oficial de alta graduación que estaba de acuerdo con Negrín sobre la necesidad de resistir, cambió de bando y pasó a ser presidente del Consejo de Defensa. Otros oficiales ya habían demostrado que sus simpatías comunistas (e incluso su militancia en el partido) no eran más que un oportunismo momentáneo. Allí donde sus oponentes controlaban la situación los militantes comunistas eran acorralados en masa. Julián Vázquez, líder del sindicato comunista de trabajadores de la confección, fue detenido. A su modo de ver, la fe ciega en la victoria final había impedido a los militantes como él ver la realidad. Otros pensaban que los partidarios de Casado tenían una idea descabellada de la realidad que les aguardaba.

«Creían que el Ejército Popular se combinaría con el ejército nacionalista; que a los republicanos se les haría seguir un cursillo, Miguel Núñez, comisario político comunista y exmiliciano de la cultura, acusó de estar locos a los oficiales que había ordenado su arresto. Los fascistas no eran los liberales del siglo XIX[13]. Lo llevaron a la cárcel y en ella permaneció hasta el día en que los nacionalistas comenzaron a entrar en Madrid…»

Los combates duraron una semana. Con el fin de salvar la situación para el Consejo de Defensa, Cipriano Mera, el líder anarquista que había apoyado a Casado desde el principio, pidió refuerzos de la reserva de su cuerpo de ejército. Se propagó rápidamente la noticia de que el gobierno y los líderes comunistas habían huido del país. Las tropas mandadas por los comunistas empezaron a vacilar y después se retiraron. Durante todas las luchas, que causaron varios cientos de bajas, la vida civil prosiguió en un estado de animación suspendida. En medio de la desolación de dos guerras civiles simultáneas, Álvaro Delgado estuvo en la plaza de Colón hablando del *Werther* de Goethe con la chica de la que se había enamorado en la Escuela de Bellas Artes. Cayó un obús y mató al hombre que estaba delante de ellos, cuyo cerebro quedó aplastado contra un árbol. «Seguimos hablando de lo nuestro. Nuestra falta de preocupación por la guerra era total. Huíamos de la realidad refugiándonos en el romanticismo alemán y en la pintura…»

De todas maneras, las luchas le daban una excusa para que cada día demostrase su amor por Margarita. Cada noche, después de acompañarla a su casa, cruzaba las líneas para volver a la suya. «Por los periódicos que vendían por la calle sabías en qué zona estabas. Al ver a los soldados que, arrodillados en los portales, disparaban contra el Ministerio de Defensa, situado en el otro extremo de Alcalá, en el plaza de la Cibeles, te hacías una idea de dónde empezaban y terminaban los tiros». Una vez sano y salvo en casa, llamaba por teléfono a Margarita para decirle que todo había salido bien y ofrecerle su «heroísmo» como prueba de amor adolescente…

El 12 de marzo, la lucha ya había terminado y el Consejo de Defensa de Casado era la única autoridad de la zona republicana. Los tres comunistas que mandaban cuerpos de ejército en el frente madrileño fueron cesados y ejecutado uno de ellos. Posiblemente el conflicto había sido totalmente innecesario.

Durante los combates las fuerzas comunistas ocuparon el edificio del gobierno civil y arrestaron al socialista que ocupaba el cargo, Gómez Ossorio, a pesar de que éste no apoyaba al Consejo de Defensa. Al ser puesto en libertad, regresó a su despacho. Sócrates Gómez, su hijo, le vio buscar en los cajones de su mesa. Al no encontrar lo que estaba buscando, le dijo a su hijo que habían desaparecido dos hojas con notas escritas a mano que le había dado Negrín. Eran las notas de la alocución que el jefe del gobierno pensaba hacer por radio el día 6 de marzo. Se las había dado a Gómez tres días antes cuando, con motivo de uno de sus rápidos viajes a Madrid, dio instrucciones al gobernador civil para que preparase la retransmisión del mensaje desde su despacho. Al no encontrar las hojas, Gómez informó a su hijo de lo que las mismas contenían. Negrín iba a anunciar que la guerra estaba perdida.

«En el discurso había varias diatribas contra los gobiernos extranjeros, particularmente el británico y el francés, a los que tachaba de ser los culpables de la derrota. Hacía también grandes alabanzas al heroísmo y espíritu de sacrificio de los combatientes republicanos. Pero, según agregaba el discurso, no había manera de continuar la guerra. Ahora se trataba ya de un "sálvese quien pueda", por decirlo así…» [14]

MILITANCIAS 18

ANTONIO PÉREZ, comisario político (JSU-S).

Estaba manipulando los mandos de la radio del grupo de artillería tratando de encontrar música. Sintonizó con una emisora enemiga que radiaba desde Andalucía. Normalmente, para no perder la moral, no la escuchaba, pero esta vez no cambió de emisora. De repente el programa fue interrumpido para dar el anuncio de que en Madrid se había producido un levantamiento comunista. No se lo creyó. Sintonizó con Madrid y oyó la noticia del golpe de Casado. No tuvo que pensárselo dos veces para comprender que se trataba de la rendición, a la cual él se oponía de todo corazón. Sacó una de las válvulas de la radio y se fue corriendo a buscar al jefe del SIM, un comunista que compartía su habitación. Pensó que en aquel momento quizás era la única persona de su unidad que estaba enterada de lo que ocurría en Madrid.

«"Mira. Soy miembro del partido socialista y de las JSU. Estoy en total desacuerdo con la postura de mi partido y de acuerdo con la de las JSU". El jefe del SIM me dijo que echara mano de cuantos fusiles de recambio encontrase mientras él convocaba una reunión de militantes comunistas. "Muy bien", le dije. "También me gustaría presentar la solicitud de ingreso en el partido comunista". "Pues desde este mismo momento eres miembro. Puedes asistir a la reunión…»

En ésta se decidió que cada cual acudiese inmediatamente a las distintas baterías y grupos de artillería que hubiera en su sector del frente de Valencia con el fin de avisar a los militantes. Al volver, comenzaron a limpiar los fusiles con vistas a hacerse cargo de los puestos de radio y teléfono. De repente, la puerta fue abierta de una patada y entró un sargento pistola en mano seguido por unos soldados. Los recién llegados les detuvieron. Ante sus protestas, fue llevado a presencia del

oficial que ostentaba el mando. Éste le informó de que acababa de recibir un mensaje por el teletipo ordenándole detener a cualquiera que se opusiera al gobierno.

«"Por lo que acabo de oír", le dije, "es más bien usted el que se opone al gobierno. Yo sólo reconozco al doctor Negrín". "No pienso discutir de política contigo" replicó. Me ofreció la posibilidad de quedarme en mi cuarto si daba mi palabra de honor de que no me fugaría. Me negué. De modo que me pusieron bajo vigilancia. Me permitían leer los periódicos y de esta manera supe que mi padre había sido nombrado miembro del Consejo de Defensa de Casado en representación de la UGT…»

Parecía que hubiese transcurrido una eternidad desde que había partido para pasar el verano de 1936 en la casa que la familia tenía en las montañas, mientras su padre se quedaba en Madrid para atender sus obligaciones. Su padre era secretario general del sindicato socialista de ferroviarios y, cuando no estaba en la cárcel —a raíz de las elecciones del Frente Popular él y otros miles habían sido puestos en libertad tras permanecer en la cárcel desde octubre de 1934—, la familia podía permitirse el lujo de abandonar la capital en busca del frescor del Guadarrama. Vivían siempre modestamente, ya que, fuese cual fuese su fortuna en política, su padre daba muestras de la honradez absoluta, incluso excesiva, que era característica de todos los líderes socialistas. A su modo de ver era un partido muy obrero, formado según la imagen paternalista de su fundador, Pablo Iglesias. La mayor parte de sus líderes jamás habían leído una sola línea de Marx…

Cuando se enteraron del alzamiento por la gente que había huido de Segovia, decidieron que quedarse en la aldea no era seguro. Oyeron decir que en el pueblo grande más próximo había habido fusilamientos. Durante cinco días, su madre, una tía, las dos doncellas y tres chicos anduvieron por las montañas guiados por los pastores. En dirección opuesta, según les dijeron, marchaban sacerdotes y algunas monjas. Una noche, él y sus hermanos montaron guardia dentro de la cabaña de pastores donde dormían las mujeres. Sus armas eran los tirachinas que se habían hecho durante las vacaciones. Se echó a reír al recordarlo. De un mundo de adolescentes en el que tiraba piedras a los pájaros con un tirachinas había pasado a un mundo nuevo donde se empuñaban fusiles y mataban hombres…

Al llegar a Madrid, inmediatamente ingresó como voluntario en la milicia. Tenía 16 años justos y estudiaba comercio. Su hermano, que era un año menor que él, también se alistó. A los dos meses de servir en el frente, y tras seguir un cursillo de quince días, fue ascendido a sargento de artillería.

Estaba en el ejército para combatir al fascismo, para defender a la república y no para hacer la revolución, aunque no tenía ninguna duda de que una república victoriosa sería muy distinta del régimen de anteguerra. Ya se habían logrado importantes conquistas sociales y la existencia del Ejército Popular significaba que la defensa de dichas conquistas estaba en manos del pueblo. El partido comunista, que desde el principio era el que mejor entendía las necesidades de la guerra, y que se había trazado una estrategia política que se ajustaba plenamente a la realidad del momento, conocía muy bien la importancia de controlar el ejército cuanto le fuera posible. Cualquier partido con un ápice de coherencia política tenía que pensar no sólo en el presente, sino también en el futuro y en la relación entre ambos.

El partido socialista había sido una desilusión para él. El hecho de que de él hubiera surgido la mayoría del gobierno y los dos presidentes después de octubre de 1936 no podía ocultar que ya no era el principal partido obrero, como lo había sido al comenzar la guerra. En parte ello se debía a las contradicciones entre las tres tendencias existentes en el seno del partido. En tiempo de paz, el partido podía hacer caso omiso de ellas, pero en la guerra —cuando sus decisiones afectaban no sólo al partido, sino también a las vidas de cientos de miles de personas que ni siquiera eran miembros del mismo— la cosa era distinta. Largo Caballero había cometido equivocaciones graves en la dirección de la guerra. Parecía vivir en el pasado, sus métodos eran tradicionales, burocráticos. Hacía afirmaciones imprudentes, atacaba a los comunistas innecesariamente, perdía los estribos… Ya no era un guía.

Como partidario de Largo Caballero y miembro revolucionario de la juventud socialista, estaba cerca de las posturas comunistas y no podía por menos de ver que Largo Caballero no estaba a la altura de lo que se esperaba de él, cosa que podía resumirse en unos cuantos puntos.

«La necesidad de defendernos, de defender a la república; la necesidad de granjearnos el apoyo activo del grueso de la población para la lucha; sólo debían quedar excluidos los fascistas o los partidarios de los insurgentes; la necesidad de hacer cuantos esfuerzos hicieran falta para ganar la guerra. La gente no luchaba para hacer la revolución, no vivía la guerra como si ésta fuese una proyección del futuro; luchaba para defender a la república…»

El partido comunista así lo había comprendido. Había analizado el desarrollo español y veía que la situación no estaba madura para una revolución socialista. El partido no había «camuflado» la revolución, como a algunos les gustaba decir, no había decidido «apaciguar» a las democracias burguesas. No, la estrategia del partido respondía a una situación concreta en la cual haberse

declarado a favor de la revolución socialista inevitablemente habría puesto en peligro la alianza con grandes sectores de las masas que no estaban preparadas para la revolución, pero sí deseosas de luchar contra el enemigo común. Miles y miles de personas habían ingresado en el partido comunista sin pensar un solo instante en el socialismo; la mayoría no sabía qué quería políticamente hablando, salvo que deseaba estar en un partido fuerte y eficiente. El hecho de que la política comunista se ajustase más a la realidad explicaba en parte el declive del partido socialista.

No es que el partido comunista y las JSU no hubiesen cometido equivocaciones. Sin duda una de las mayores —sus efectos se estaban dejando sentir a través del golpe de Casado— era la falta de una labor política dirigida a las masas de la retaguardia. Les había dejado en una posición muy vulnerable en el frente, donde se habían preocupado demasiado por las cuestiones más inmediatas mientras a sus espaldas la retaguardia iba descomponiéndose. Los militantes comunistas y de las JSU habían dedicado todos sus esfuerzos a los problemas de la guerra. Mientras tanto, de los numerosos problemas del ciudadano corriente de la retaguardia se habían ocupado de forma global unos cuantos líderes políticos que expresaban la línea de su partido. En las próximas semanas tendrían que sufrir las consecuencias de tal equivocación[15].

Por suerte, un error que no se había cometido era el de dividir las JSU en sus partes constituyentes. A principios de la guerra se había opuesto a las considerables presiones que en tal sentido se le hicieran. Un sector del partido socialista argüía que el partido necesitaba tener de nuevo su propio movimiento juvenil. Según dicho sector, los miembros de las JSU tendían a ingresar en el partido comunista en vez de en el socialista.

A su modo de ver, tales argumentos carecían de validez. Si las JSU consideraban que la política del partido comunista era la correcta, entonces sus miembros —que ya eran más de un millón— debían apoyarla. Si pensaban que los comunistas representaban sus intereses mejor que los socialistas, era justo que ingresasen en el partido comunista. El partido cuya postura fuese correcta era el que debía ganar más adeptos.

«¿Qué les hubiera pasado a las masas juveniles que habían ingresado sin pertenecer antes a los movimientos juveniles comunista o socialista si las JSU se hubieran escindido? ¿Adónde habrían ido? Habían ingresado en las JSU porque era una organización bien dirigida que no exigía la previa adhesión a ninguna postura política determinada, salvo la de ser antifascista…»

Después de que, en la primavera anterior, el enemigo cortase la república en

dos, le habían nombrado comisario político. Un comisario debía encargarse de todo: tratar de mantener alta la moral de los soldados, atender a sus necesidades materiales, su comodidad y seguridad. Era una especie de consejero personal, un intermediario entre el soldado con sus problemas humanos y el jefe con sus obligaciones y órdenes militares.

«A veces surgía la tensión con el jefe militar, si éste era un hombre al que sólo le preocupaban las cuestiones militares o si pertenecía a una organización política distinta. Pero, a pesar de eso, era una tarea fascinante que valía la pena. El nivel de los comisarios variaba en gran medida. Algunos eran burócratas, otros se convertían en el secretario personal del jefe militar; otros vivían sin el menor contacto con sus hombres y otros, en cambio, estaban tan unidos a sus hombres que apenas se dejaban ver por el puesto de mando; y si lo hacían, se presentaban sucios y sin afeitar…»

Como ministro de Defensa, Prieto hizo cambios radicales en el comisariado político, tratando de eliminar a los comisarios nombrados por los comunistas. Los nuevos comisarios, que sustituyeron a hombres que eran muy queridos por los soldados, tendían a ser burócratas. De hecho, lo mejor hubiera sido que los comisarios los eligieran los mismos soldados. Eso hubiese evitado que el comisariado acabase siendo un cuerpo compuesto por mediocridades…

En un periódico leyó que su padre, consejero de Trabajo en el Consejo de Defensa de Casado, iba a realizar en breve un viaje a Valencia y pidió a su jefe que le permitiera verle. Éste se mostró de acuerdo y le acompañó en coche a Valencia, donde debía atender unos asuntos oficiales. Al detenerse delante del hotel, vio salir a su padre. Saltó del coche y echó a correr hacia él. Los dos guardaespaldas de su padre estuvieron a punto de abatirlo a tiros.

«"No podemos quedarnos aquí hablando", dijo mi padre. "Sube al coche". Al alejarnos, le dije: "Os habéis vuelto locos todos. Esto es monstruoso. Lo habéis perdido todo: la dignidad, el discernimiento político, el raciocinio. No ofrecéis más que la total rendición de todo aquello por lo que hemos estado luchando. Me opongo totalmente. He estado bajo arresto a causa de ello"… "Haré que Casado mande inmediatamente una orden para que se te ponga en libertad. Eso es lo primero. Lo segundo: ¿Tienes alguna foto tuya? ¿No? Pues háztela cuanto antes para que pueda conseguirte el pasaporte…" "¿Pasaporte? ¿Para qué?" "Para salir del país, naturalmente". "No pienso marcharme. ¿Qué derecho tienes tú para disponer de mi vida como militante y revolucionario?" "No es eso Una de las cosas que tratamos de negociar con el gobierno de Burgos es que todo el que quiera irse sea libre de hacerlo. Se están confeccionando listas. Me imagino que no querrás quedarte en España una vez el ejército se haya rendido". "En efecto. Pero me niego

a aceptar la forma en que se está resolviendo la cuestión. Tenemos la capacidad para resistir otros cuatro o seis meses; para entonces, puede que la situación internacional haya cambiado y que haya estallado una guerra mundial". "Vosotros los jóvenes no entendéis nada de estos asuntos…" "Si es así, me parece que empiezo a sentir asco de los adultos. Vosotros tenéis experiencia, sabiduría, títulos… pero a mí me parece que estáis completamente ciegos. Aunque a nosotros nos falta la experiencia y todo lo demás, somos los jóvenes los que entendemos cuál es la verdadera situación…" Mi padre se negó a seguir discutiendo, limitándose a decir que la guerra estaba perdida y que era preferible llegar a un acuerdo honroso con el enemigo. "¿Cómo puedes esperar que se llegue a un acuerdo honroso con fascistas? Es imposible. Por ahí es por donde falla tu teoría". "No, ya hemos establecido contactos con ellos…" Y siguió hablando de los ingleses, del mundo y no sé de qué más. Finalmente, me pidió que le presentara a mi jefe militar. Le pidió que me pusiera en libertad, diciéndole que por la tarde recibiría un teletipo de Madrid. Acepté que me pusieran en libertad, pero le dije que no podía prometerle nada acerca de mi conducta. "De acuerdo", dijo. "He hecho lo que he podido". Nos despedimos con un abrazo…» [16]

No tengo confianza alguna en la transacción. Todo se decidirá por las armas… Los rojos no aceptarán jamás las condiciones que yo les impondría. El estado que quiero constituir es la completa antítesis del que desean constituir ellos …

General FRANCO a ROBERTO CANTALUPO,

embajador de Italia (primavera de 1937).

Cuantos desean la mediación, consciente o inconscientemente, sirven a los rojos y a los enemigos encubiertos de España.

General FRANCO, discurso (verano de 1938).

La rendición debe ser sin condiciones… Si el jefe de Madrid se entrega, no combatiremos; si no lo hace, lo tomaremos por la fuerza, que no nos preocupa.

General FRANCO, telegrama al cuartel general de su estado mayor

(26 de febrero de 1939).

MADRID

Durante dos semanas, a partir del 12 de marzo, el Consejo de Defensa intentó «negociar una paz honrosa» con el régimen de Burgos. El 15 de marzo, Hitler entró en Praga y, a finales de mes, la garantía dada por ingleses y franceses a Polonia transformó la situación internacional. Si la república hubiese seguido intacta siquiera durante este breve espacio de tiempo, si hubiese tenido una política realista de resistencia para sus negociaciones con Burgos, puede que la situación hubiese cambiado. Pero tal como estaban las cosas, pocas ilusiones de éxito podía haber, a juicio de Sócrates Gómez. Era una ingenuidad imaginarse que podían arrancarse concesiones del enemigo cuando la derrota era inevitable, cuando todo el mundo sabía de qué forma se habían comportado los nacionalistas en su propia zona.

«¿Qué íbamos a hacer? Besteiro siempre creyó que no tendríamos éxito, pero que debíamos intentarlo. El objetivo fundamental del Consejo era salvar las vidas de los combatientes y de aquellos que, debido a su pasado político, estaban en peligro. No podíamos abandonar lo que quedaba de la zona republicana, dejar que cada cual se las compusiera como pudiese. Habiéndome enterado por mi padre de los detalles de la alocución que Negrín pensaba hacer por radio, me di cuenta de que el Consejo (al que tan a menudo se ha acusado de querer liquidar la guerra y nada más) no hacía otra cosa que lo que nosotros mismos habíamos planeado…»

Franco se mostraba tan inexorable como se había mostrado durante toda la guerra: sólo aceptaría la rendición incondicional. El 22 de marzo, el Consejo de Defensa ya había aceptado dicho principio, pero todavía intentaba conseguir una condición: la evacuación de los que quisieran irse.

«Si no lo lográbamos, la única solución era la guerra revolucionaria. Esto es lo que propuso el movimiento libertario. Todos éramos conscientes —recordaba Eduardo de Guzmán— de la suerte que nos aguardaba si caíamos en manos del enemigo. Málaga y el norte nos lo habían enseñado… Todavía teníamos en nuestro poder diez provincias y disponíamos de medio millón de soldados. Podíamos llevar a cabo una lucha desesperada durante varios meses, seguir una política de

tierra quemada, si hacía falta, mientras nos replegábamos luchando hacia Cartagena…»

Pero esta amenaza no se hizo con toda la fuerza necesaria. Dos enviados militares republicanos se trasladaron en avión a Burgos para «negociar». A su pregunta de si era posible la evacuación, sus interlocutores nacionalistas replicaron con la exigencia de que la aviación republicana se rindiera al día siguiente, 25 de marzo, y el ejército dos días más tarde. En el Consejo de Defensa, Wenceslao Carrillo, por los socialistas, y los representantes libertarios se negaron a aceptar la rendición a menos que Franco firmase un documento sobre los términos de la misma. Si no era así, la lucha continuaría. El 25 de marzo, los dos enviados volvieron a trasladarse a Burgos; pero esta vez las conversaciones fueron interrumpidas por el alto mando nacionalista. La aviación republicana no se había rendido y, por lo tanto, ya era demasiado tarde. La última ofensiva nacionalista estaba planeada para comenzar el amanecer del día siguiente, domingo 26 de marzo.

En Madrid, los libertarios acordaron poner en práctica su política de resistencia hasta el fin, según Guzmán, que recibió el encargo de redactar un manifiesto convocando a una lucha total y advirtiendo al pueblo de la suerte que le esperaba en caso de rendición incondicional. Los representantes libertarios en el Consejo, que de nuevo se hallaba reunido, aseguraron que éste apoyaría la postura libertaria. Se quedaron esperando. El manifiesto debía ser radiado al finalizar la reunión.

«Entonces llamaron por teléfono. No podíamos creerlo. El Consejo de Defensa había votado en contra y estaba de acuerdo con la exigencia enemiga en el sentido de que nuestras fuerzas debían izar bandera blanca ante el avance de las tropas nacionalistas…»

Al modo de ver de Sócrates Gómez, este plan de última hora presentado por los libertarios era pura retórica. No se podía tener la certeza de que las tropas, que estaban esperando el momento de rendirse, obedecieran órdenes en sentido distinto. La equivocación del Consejo de Defensa fue no haberse trazado él mismo un plan semejante mucho antes, no haberlo preparado debidamente y llevado a la práctica. «Pero ahora era demasiado tarde».

Al interrumpirse las negociaciones, Casado telefoneó al puesto de mando del coronel Jaime Solera.

«Me dijo algo de lo que, según creo, nunca se ha informado como es debido: que en su opinión ahora era necesario resistir a toda costa. Él mismo estaba

preparado a dirigir la resistencia… No sé si fue sincero o hablaba empujado por la desesperación… En todo caso, la orden de izar bandera blanca en todos los frentes también partió de él…»

Poco más podía hacerse, a juicio del coronel. En todas partes, a excepción de en el frente de Madrid, las tropas, sabiendo lo que les cabía esperar, habían empezado a desertar.

Evidentemente, era imposible organizar una resistencia total al mismo tiempo que se negociaba la rendición incondicional. Una vez más —y ahora por última vez— el movimiento libertario había reaccionado en vez de tomar la iniciativa. Con la salvedad de la defensa de Madrid dos años y medio antes, en ninguna parte se había hecho una guerra revolucionaria total. Ya era demasiado tarde para la fusión de combatientes entrenados y civiles, para la táctica de tierra quemada y el sabotaje. La revolución proletaria no había forjado sus propios instrumentos y estrategias revolucionarios para la guerra y, a causa de ello, había sido derrotada. La revolución democrática comunista había compensado tal deficiencia concentrándose en la creación de una máquina bélica igual, cuando no copiada, a la del otro lado de las líneas. A muchos dicha máquina les había parecido el instrumento del gobierno de un solo partido y no de un gobierno pluralista, proletario. El espectro de la dictadura estalinista obsesionaba al Frente Popular español. La revolución reprimida se había vuelto anticomunismo.

«Al izarse bandera blanca, los soldados arrojaban sus fusiles y abandonaban las líneas; algunos confraternizaban con el enemigo…»

Desde el camión que había confiscado, Antonio Pérez contemplaba los nutridos grupos de soldados que abarrotaban la carretera principal de Valencia. Había banderas blancas por doquier y un aire de fiesta. Cantaban y gritaban con alborozo: «¡La guerra ha terminado!».

«"Todos estos hombres regresan a sus pueblos y a una muerte cierta", le dije a mi compañero. Caí en una tremenda depresión. Tuvimos que desenfundar las pistolas para impedir que los soldados subieran al camión. Finalmente, conseguimos llegar a Valencia…»

Mientras el joven comisario político, convertido recientemente al comunismo en la hora de la derrota, se encaminaba hacia el edificio del gobierno militar de Valencia, los nacionalistas desencadenaban ofensivas alrededor de Madrid. Al día siguiente, 28 de marzo, en medio de un desesperado éxodo de última hora, a la capital le llegó el fin: lo que quedaba del ejército capituló.

A las ocho y media de la mañana del martes, un amigo de Pablo Moya se presentó en el taller y llamó al tornero ugetista.

«"Pablo. No irás a decirme que todavía dudas de que la guerra haya terminado, ¿verdad?" "Marcelino", repliqué, "hazme el favor de marcharte inmediatamente. Somos amigos y no quiero pelearme contigo". Fue el último día de la guerra. Imagínese qué ciego, qué lleno de entusiasmo y fe estaría yo aún. Pensaba que al Consejo de Defensa aún le quedaban algunas bazas, creía que los países democráticos dirían "justo es que ayudemos a suavizar la vía hacia las negociaciones ahora"…»

En la embajada donde llevaba dos años escondido, Enrique Miret Magdalena fue despertado por unos gritos: «¡Viva España!». El estudiante católico pensó que los demás refugiados se habrían vuelto locos. Durante la lucha entre los comunistas y las fuerzas de Casado habían estado al borde de la desesperación al pensar que su encierro iba a seguir eternamente. Salió al pasillo y vio que los demás tiraban las sábanas al aire. ¡Madrid era libre!

«De pronto todo el mundo empezó a repartir tabaco. No sé dónde lo habrían tenido escondido durante tanto tiempo. Abrimos los postigos. Fue la primera vez que vi la calle en dos años y nueve días. Salté por la ventana. Era verdad. En la calle había gente gritando: "¡Viva España!"…»

La quinta columna se estaba manifestando en la calle cuando María Díaz llegó en un camión del ejército. Hacía veintiocho meses desde el día en que había salido de la estación del Norte como miliciana, al lado de su padre, para enfrentarme al enemigo en las puertas de Madrid, y el mismo espacio de tiempo que era comunista. Oyó que los manifestantes gritaban histéricamente que habían sido liberados. Subió corriendo la escalera de casa de su tío y, sin poder contener su histeria, empezó a chillar: «¡Ay! ¡Hemos sido liberados, tío, liberados!».

«"¿Qué te pasa, muchacha?", dijo mi tío, mirándome. Entonces no pude aguantar más y empecé a llorar y llorar…»

La escena seguía grabada en su mente. Los alborozados derechistas recorrían en manifestación el barrio obrero, sin que los trabajadores les atacasen o replicasen a sus gritos. La expresión de odio y desesperación que se pintaba en las caras de los obreros era lo que jamás olvidaría José Vergara, el perito «neutral» de la reforma agraria. «Sabían que no podían hacer nada, que habían perdido la guerra».

Del frente llegaban soldados envueltos en sus capotes. Álvaro Delgado les

vio tirar sus fusiles en la calle. El sol brillaba con intensidad. Salió a la calle huyendo del clima de pesadumbre que se había enseñoreado de su hogar. Sus parientes de derechas acababan de telefonear para compartir el júbilo con su madre, pero a ésta no podía consolársela. No se había olvidado de su hermano, republicano moderado, ejecutado por los nacionalistas en Andalucía.

La plaza de España estaba abarrotada de manifestantes. Poco antes unos derechistas que iban en un camión habían detenido a su primo, que llevaba el uniforme militar republicano, y le habían obligado a hacer el saludo fascista. Por todas partes había gente que saludaba con el brazo en alto. Su amiga y la madre de ésta hacían lo mismo. Encarnación Plaza tenía miedo de que se fijaran en ella. Pero no era más que una niña y nadie le prestó atención. Hija de un republicano de toda la vida, se sentía incapaz de saludar de aquel modo. Había camisas azules por doquier. Le resultaba imposible creer que en Madrid se hubiesen escondido tantos falangistas. Las mujeres le llamaron la atención. Las señoritas de «buena» familia del barrio de Salamanca que gritaban: «¡Ya era hora!», y cantaban el *Cara al sol*.

«En todas las caras vi no sólo alegría, sino también odio y rabia. Odio hacia la población entre la que habían vivido, el pueblo trabajador y comente de Madrid…»

ALICANTE

En la zona portuaria se apretujaban 15 000 hombres, mujeres y niños. Muchos de ellos llevaban ya cuarenta y ocho horas allí, durmiendo al raso y esperando. Corrían rumores insistentes de que había barcos a punto de llegar. Desde la caída de Madrid el martes, Alicante se había convertido en la última posibilidad de escapar. Los refugiados que llegaban a Valencia, donde reinaba el caos, de todas las partes de la zona republicana recibían una sola palabra de esperanza: Alicante. Allí esperaba un barco. El miércoles por la mañana, cuando los primeros contingentes llegaron al puerto, lo encontraron vacío. El buque había zarpado al amanecer llevando un puñado de pasajeros solamente. Sin duda el capitán temía que miles de refugiados presos de angustia tratasen de subir a bordo, decididos a no ser abandonados a la suerte que les aguardaba en tierra.

A pesar de todos los esfuerzos que se hacían para mantener alta la moral, mucha gente comenzaba a desesperarse. La deserción de la flota republicana había sido un duro golpe. Ahora se veía. Durante la primera noche los refugiados vieron aproximarse al puerto dos barcos, separados uno del otro por varias horas. Era una promesa de que por fin había llegado el esperado socorro. Los ánimos crecieron de

pronto. Pero al acercarse más al puerto, los dos buques habían parado máquinas de repente y, tras virar en redondo, se habían alejado inexplicablemente. Era más de lo que podían soportar los que esperaban. Con el mar a sus espaldas y el enemigo enfrente, los refugiados pensaron que los habían dejado deliberadamente atrapados en el puerto, para que su captura y muerte resultase más fácil. Era lo único que faltaba.

«Después de la derrota, ahora nos traicionaban. Creo que no sería capaz de vivir aquello otra vez. Ver cómo llegaban los buques y luego se alejaban. Una persona no puede soportar tantas emociones…»

Carmen Caamaño, bibliotecaria, apretaba contra su cuerpo a su hijo recién nacido. Estaba segura de que era otra traición de los ingleses y los franceses. Había conseguido llegar a Alicante dos días antes y el capitán de un mercante inglés le había prometido llevarla. Pero al bajar la pasarela, de pronto habían aparecido 20 o más personas que también querían subir a bordo. El capitán les dijo que se alejaran, que sólo la embarcaría a ella. Los otros se negaron y el capitán dio orden de retirar la pasarela y zarpar. Carmen se quedó en el muelle, viendo cómo el mercante se alejaba…

Con los ojos fijos en el horizonte, buscando el más leve rastro de un barco, Saturnino Carod se imaginaba la terrible escena que tendría lugar si al fin llegaba algún navío. Se habían formado comisiones representantes de todos los partidos y organizaciones, se había hablado y hablado con los cónsules locales, especialmente el francés, que les aseguró que la armada francesa estaba en camino para ayudarles. Los buques de la Mid-Atlantic Company, que se habían encargado de la mayor parte del transporte republicano, se negaban a prestar ayuda. La compañía alegaba que su contrato era con Negrín y no con Casado, y que no le habían pagado aún. Se habían confeccionado listas y más listas de aquéllos cuya vida corría más peligro a causa de su pasado político. Cada partido y organización tenía su cuota, que serían las primeras a las que evacuarían los navíos franceses. El militante cenetista aragonés y comisario de división[17] estaba en la lista. Pero esto no significaría nada si llegaba un buque. Estallaría una batalla sangrienta —la mayoría de los que esperaban iban armados, eran militares como él— porque todo el mundo estaba decidido a embarcar. «Esperemos que no lleguen los buques», se dijo a sí mismo, incapaz de apartar los ojos del horizonte y la esperanza de divisar algún barco.

El hombre que permanecía a su lado con un pitillo en la boca se suicidó degollándose y cayó al suelo. Casi en el mismo instante, del otro lado del puerto le llegó la noticia de que un conocido se acababa de pegar un tiro. El suicidio se extendió como una epidemia. Cada vez que se volvía para mirar algunas personas

que corrían, era porque alguien acababa de tirarse al mar. Un hombre se encaramó a un farol y empezó a proferir incoherencias sobre los peligros que les esperaban. Al terminar de gritar, se tiró desde arriba y se mató al chocar contra el suelo.

«Por todas partes veías caras de desesperación. Las mujeres lloraban, los niños se agarraban a las manos de sus madres. Varios hombres parecían al borde de la locura…»

Apenas había sitio para tumbarse en el suelo. Algunos dormían de pie. María Solana y su marido, director de la escuela de mandos de las JSU en Madrid, no habían comido desde su precipitada huida de la capital, donde, como miembro destacado de la juventud comunista, él estaba bajo arresto. No había conseguido escapar hasta el último momento. A su alrededor había campesinos que comían de lo que sacaban de sus grandes cestos, impasiblemente, sin ofrecer nada a nadie. «Pero el terror de no saber lo que iba a suceder era aún más fuerte que el hambre. Nadie les pidió nada, y mucho menos intentó nadie quitarles la comida».

Al igual que Carod, Tomás Mora[18], comisario jefe del ejército de Extremadura, pensó que si llegaba algún buque no saldrían vivos. Todo terminaría en una carnicería. Pensó en suicidarse. Cuando uno de los dos buques viró tras acercarse al puerto, se le ocurrió subir a una de las grúas del puerto y arrojarse al mar desde lo alto.

«Pero entonces me acordé de mi madre, mi esposa y mis hijos y pensé: "Que me vean morir antes que eso"…»

Al día siguiente, cuando despertó, vio que a su lado uno de los demás comisarios yacía en un charco de sangre. Era pianista de profesión y había vuelto de América del Sur para luchar. Durante la noche se había abierto las venas de las muñecas. «Puedo soportar las trincheras, pero no la cárcel o los campos de concentración», le había dicho a Mora una vez.

Antonio Pérez, padre[19], fue el único miembro destacado del Consejo de Defensa de Casado que llegó a Alicante. Empezaron a circular rumores de que Casado y los demás, a los que se había visto salir de Valencia en una caravana de coches el miércoles 29 de marzo, habían resultado muertos durante el viaje. La verdad era que no habían partido para Alicante, sino para Gandía, más cerca de Valencia, donde un buque de guerra británico debía recoger a unos prisioneros de guerra italianos aquel mismo día.

Ciertamente, las autoridades republicanas estaban enteradas de la llegada de un navio de guerra, al que en breve se le unirían otros dos[20].

Poco después del mediodía, mientras los italianos eran embarcados bajo la escolta de soldados de la real infantería de marina, llegaron al puerto Casado y otros miembros del Consejo de Defensa, así como 200 refugiados más y otros tantos soldados armados. El contraalmirante Tovey, que mandaba el First Cruiser Squadron, dio su aprobación a la solicitud de permiso para embarcar a Casado, a condición de que éste y su estado mayor «comprendieran claramente que su destino final dependería de la decisión que tomase el gobierno de Su Majestad». Entretanto, el contraalmirante telegrafió pidiendo instrucciones sobre cuál debía ser dicho «destino». Aquel mismo día, antes de zarpar de Palma de Mallorca, el cónsul británico allí ya le había comunicado que la evacuación de líderes republicanos causaría un «intenso resentimiento» entre los nacionalistas.

Entre los miembros del Consejo se produjeron dramáticas discusiones sobre si había que aceptar la condición puesta por los británicos. Mientras Casado titubeaba, 15 miembros de su «séquito» embarcaron. Casado hizo saber que no aceptaba la condición y que partía para Alicante. Muchos de los hombres armados que le acompañaban se pusieron en marcha. Poco después el capitán que mandaba a los infantes de marina británicos destacados en el muelle recibió orden de impedir que Casado se marchase. Haciendo caso de lo que le recomendaron los miembros del International Committee for the Coordination of Assistance to Republican Spain, Casado reconsideró su decisión y finalmente, unas doce horas después de llegar al puerto, embarcó en el navío de guerra británico *Galatea*.

Antes, el cónsul británico en Valencia, Godden, que se hallaba a bordo del *Galatea*, había recibido instrucciones del Foreign Office en el sentido de que los buques británicos sólo podían evacuar a aquellos «cuyas vidas corrieran peligro inminente». Posteriormente, Godden recibió otro mensaje del Foreign Office diciéndole que las anteriores instrucciones sobre la evacuación las interpretase «del modo más amplio y generoso posible». De acuerdo con esto, bajó a tierra a primera hora de la mañana siguiente para gestionar la subida a bordo de otros 143 hombres, 19 mujeres y dos niños. «El tipo de personas que embarcaron», observó el contraalmirante, «variaba desde oficiales y funcionarios aparentemente respetables y de tendencias moderadas a los más bajos tipos criminales, incluyendo un número de prominentes anarquistas y miembros del SIM». La totalidad de los refugiados fue trasladada al buque hospital *Maine*, que zarpó rumbo a Marsella. Entretanto, el contraalmirante se dispuso a enviar un buque de guerra a Alicante. Aquella tarde recibió un mensaje del almirantazgo diciéndole que las últimas instrucciones del Foreign Office recibidas por Godden iban dirigidas exclusivamente al cónsul británico y no entrañaban ningún cambio en la política del gobierno británico. Ante ello, demoró la salida del buque con destino a Alicante y finalmente la canceló.

Unas horas antes de que Casado llegase al puerto, Narciso Julián, comandante comunista de una brigada blindada, y otros militares comunistas habían llegado a Gandía. Aún no había llegado allí ningún buque de guerra y les dijeron —el director del puerto, un británico llamado Apfel, insistió mucho en ello — que los buques aguardaban en Alicante en vez de en Gandía. Hacia allí se pusieron en marcha. Tampoco había buques en Alicante.

Pensó que era una locura quedarse en aquel puerto atestado de gente. Era una trampa. Había que escapar mientras fuera posible.

Cada vez eran más frecuentes los rumores de que los italianos estaban cerca. Ya era una suerte para Julián el haber escapado hasta allí. Las fuerzas de Casado le habían arrestado en Madrid y, tras ser puesto en libertad por un batallón de tanques que casualmente pasó por allí, llegó a Valencia y se encontró con que la policía secreta ya le andaba buscando. Su partido instaló un escondrijo en una casa de labranza. Desde allí, el día antes, él y varios miembros más fueron enviados a Gandía, donde, según les dijeron, esperaba un buque…

Uno de sus hombres, que era mecánico, trataba de habilitar una embarcación pesquera para hacerse a la mar en ella. Antes de su llegada, habían sido inutilizados los motores de las numerosas embarcaciones atracadas en el muelle alicantino. Apresuradamente seleccionaron a los hombres del cuerpo de tanques que escaparían. La embarcación resultaba claramente visible para la gente que se apiñaba en los muelles. Sacarla del puerto iba a ser un asunto peliagudo. Como no estaba seguro de si el motor funcionaría, el mecánico lo puso en marcha. Funcionaba. Al oírse el ruido del motor, los refugiados, como un solo hombre, se arrojaron de cabeza a la embarcación, que inmediatamente zozobró y se fue a pique. Nadie pereció ahogado, pero no hubo forma de salvar la embarcación.

Tendrían que recurrir a la idea que tenía en principio: llenar las mochilas con cuanto hallasen a mano y, provistos de armas cortas, encaminarse hacia las montañas. Algunos de los hombres habían conseguido llegar al puerto en sus tanques, pero ahora éstos ya no servían para nada. Si les resultaba imposible permanecer en las montañas, tratarían de llegar a los Pirineos y a Francia.

Se pusieron en camino. Ya era demasiado tarde. Apenas llegaron a la carretera se vieron rodeados por tropas italianas que ya empezaban a llegar y que les hicieron prisioneros.

Durante todo el jueves las fuerzas italianas fueron tomando posiciones sin entrar en el puerto. Se decía que su comandante, el general Gambara, estaba dispuesto a convertir los muelles en zona neutral. Los refugiados temían que

estuviera a punto de repetirse lo de la rendición de los vascos ante los italianos en Santoña. El viernes, Gambara dijo a los representantes de los refugiados que en interés de todos lo mejor era que pudieran marcharse aquel mismo día. Pero los capitanes de un crucero francés y de dos buques mercantes que se preparaban para entrar en Alicante exigieron que antes de embarcar los refugiados entregasen todas las armas. Tras muchas discusiones, las armas fueron amontonadas, arrojadas al mar o escondidas. Tres buques fueron avistados patrullando a poca distancia de la costa; desaparecieron, volvieron a aparecer y empezaron a dirigirse al puerto. La esperanza renació. Hasta que el buque que navegaba en cabeza estuvo cerca no vieron los refugiados que no se trataba de un buque francés, sino que era un minador nacionalista. Los del navío desplegaron una enorme bandera roja y gualda. De la cubierta, abarrotada de soldados, llegaban los sones de un himno nacionalista. No tardó en correr de boca en boca la orden dada por el militar que mandaba a los españoles: «Dentro de media hora tenemos que estar fuera del puerto».

Era el fin de tres días de esperanza y desánimo. Una ráfaga de ametralladora pasó por encima de las cabezas de los refugiados. La habían disparado desde el peñón de Santa Bárbara, el cual, cortado a pico, se alzaba por detrás del puerto. Los refugiados empezaron a tirar al mar las armas, los objetos de valor, las maletas. El agua se tiñó de rojo primero y después de amarillo al hundirse las cajas de azafrán, que valían una fortuna. Los refugiados empezaron a abandonar el puerto entre dos filas de soldados españoles. Eran tantos que al caer la noche aún no habían salido todos. Saturnino Carod y otros destacados militantes anarcosindicalistas de Aragón se quedaron. Dos de ellos propusieron que se suicidaran. Otro, Antonio Ejarque, comisario del cuerpo de ejército, parecía pensativo. Carod replicó que no era una solución.

«No voy a negarle al enemigo el gusto de fusilarme. Si debo morir, que sea en sus manos. Pero mientras esté vivo, haré cuanto pueda por escaparme. Nuestro deber es seguir luchando…»

No obstante, creía que era una suerte que no hubiesen ganado la guerra. La lucha entre las fuerzas conflictivas del bando republicano habría sido tan salvaje que al final todos hubieran perecido. La derrota, aun teniendo en cuenta las privaciones y sufrimientos que sin duda se infligirían a los vencidos, sufrimientos que, tal como resultó después, fueron incluso peores de lo que podía imaginarse, era preferible al conflicto interno que la victoria hubiese desencadenado inevitablemente. Llevaba demasiado tiempo vigilando que no le asestasen una puñalada por la espalda…

Sus argumentos no persuadieron a los dos compañeros que estaban con él,

Mariano Viñuales y Máximo Franco. Al acercarse la hora en que los últimos refugiados debían abandonar el puerto, los dos se pegaron un tiro.

La columna de refugiados prisioneros avanzaba por la carretera de San Juan. Los soldados nacionalistas les robaron cuanto pudieron. La columna se cruzó con un carro de basura que avanzaba en dirección contraria. Conducía el carro una mujer gorda y sucia. Entre los que lo vieron acercarse se hallaba Andrés Márquez, el líder juvenil de Izquierda Republicana de Madrid y comisario de brigada que el día del alzamiento, hacía ya tanto tiempo, había presenciado cómo la multitud lanzaba amenazas e improperios contra los autobuses que conducían a los oficiales insurgentes hacia las cárceles madrileñas. Al pasar junto a ellos, la mujer, con sus rodetes de grasa temblándole, empezó a gritarles: «¡Asesinos! ¡Rojos!». Márquez pensó que las cosas no habían cambiado. La hora del lumpenproletariado había llegado con la victoria de la reacción. La mujer del carro de basurero habría podido ser una de las personas que, más de cien años antes, al regresar Fernando VII, el último rey absolutista, lo habían recibido con el grito de «¡Vivan las cadenas!».

Los prisioneros fueron segregados e internados en un campo de almendros a poca distancia de Alicante. A las pocas horas empezaron a coger la fruta tierna y las hojas de los árboles para comer. Luego les tocó el turno a los retoños e incluso a la corteza. Después los cautivos recibieron orden de tender alambradas de espino alrededor del perímetro del campo. Mientras construían su propia prisión, a varios centenares de kilómetros hacia el norte, el general Franco redactaba un comunicado. Afectado por una gripe —la primera vez que durante la guerra estaba enfermo, siquiera levemente—, tachó varias palabras, cambió otra y por fin, satisfecho del resultado, firmó lo que acababa de escribir:

«*En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado. Burgos, 1 de abril de 1939*».

¡VAE VICTIS!

La guerra había terminado. En las abarrotadas prisiones y campos de concentración los sufrimientos de los vencidos no hacían más que empezar.

Desde el campo de los almendros, los presos capturados en Alicante fueron trasladados al campo de concentración de Albatera. En el campo, pensado para alojar a unos pocos centenares de presos, había 10 000 cautivos. La higiene y el alojamiento eran tan primitivos que casi podría decirse que no existían. La comida

y el agua escaseaban. De todas las partes de España llegaban falangistas, policías, civiles e incluso sacerdotes en busca de algún prisionero determinado. De los que se llevaron al principio muchos no llegaron jamás a sus pueblos y ciudades natales. Algunos prisioneros consiguieron escapar; otros, tras fracasar en el intento, fueron fusilados delante de los demás internados. En cierta ocasión, un alférez provisional que se hallaba inspeccionando los puestos de centinela volvió una ametralladora hacia los prisioneros e hizo fuego…

Narciso Julián y tres compañeros cavaron un agujero debajo de su tienda. En él se escondían cuando llegaban los grupos en busca de gente. Después de cuatro meses, un compañero al que habían propinado una paliza confesó que estaba en el campo y Julián tuvo que entregarse a un hombre que había llegado en su busca. Sin embargo, para entonces ya habían terminado los asesinatos no autorizados de prisioneros. Julián fue llevado a la prisión madrileña de Porlier, donde, en compañía de otros 16 hombres, fue sometido a un consejo de guerra que en total duró once minutos. (En los consejos de guerra los acusados eran considerados culpables mientras no se demostrase lo contrario). Tras ser sentenciado a muerte, pasó un año y diecisiete días aguardando la ejecución.

Cada noche mandaban formar a los reclusos. A veces, el funcionario de prisiones fumaba un puro mientras iba leyendo la lista.

«A menudo sólo leía el nombre de pila, Pedro, por ejemplo, y hacía una pausa que duraba varios minutos. Todos los que se llamaban así pasaban una verdadera agonía hasta que leía el primer apellido. Éste podía ser corriente y, por lo tanto, varios reclusos lo llevaban. Otra agonía. Hasta que, finalmente, leía el segundo apellido…»

Pudo observar que la mayoría de los hombres iban hacia la muerte valerosamente. Fingiendo ser pariente suyo, con frecuencia Julián acompañaba a algún amigo en su última noche antes de la ejecución. La pena de muerte era tan frecuente que le llamaban «la Pepa». Una noche, al entrar en la celda de los condenados a muerte, quedó asombrado al ver que los carceleros estaban de pie junto a la pared, con la cara blanca como el papel: en medio de grandes carcajadas, los prisioneros estaban representando la parodia de un consejo de guerra franquista.

«Uno de ellos, con el gorro echado sobre los ojos, interpretaba el papel de fiscal militar. Pedía la pena de muerte porque el defendido tenía un gato que se llamaba Franco… Mientras presenciaba la escena, me pregunté cuáles de aquellos hombres morirían en el plazo de unas pocas horas. A juzgar por sus caras, parecía que fuesen los guardianes. Cuando llegó la hora, marcharon al lugar de ejecución

con la cabeza alta y gritando "¡Viva la república!"…»

A Julián le fue conmutada la pena por 30 años de cárcel. Cumplió siete y luego fue puesto en libertad. Seis años más tarde, en 1952, fue detenido por actividades comunistas, sometido dos veces a consejo de guerra y condenado a 20 años, de los que cumplió 18.

Fiel a su palabra, Saturnino Carod se fugó tras una breve permanencia en el campo de Albatera. Pasó muchas noches caminando por las montañas y finalmente logró ponerse en contacto con su esposa, que le ayudó a alcanzar la frontera francesa. En Francia volvieron a confinarle en un campo de concentración. Cuando lo soltaron, regresó clandestinamente a España para reorganizar la CNT. Fue arrestado, sometido a dos consejos de guerra y sentenciado a muerte. La pena le fue conmutada por 30 años, de los que cumplió 18, siendo puesto definitivamente en libertad en 1960.

Tomás Mora, comisario jefe socialista del ejército de Extremadura, permaneció nueve meses bajo sentencia de muerte, ya que en el consejo de guerra sumarísimo se le había declarado culpable de ser un «general del ejército rojo». En 1944 su condena a cadena perpetua le fue reducida a 20 años de cárcel y fue puesto en libertad condicional a raíz de una amnistía de la que se beneficiaron los presos que cumplían sentencias de hasta 20 años de cárcel.

El padre de Sócrates Gómez, el último gobernador civil de Madrid, que se hallaba en el campo, fue ejecutado. Su hijo fue juzgado en consejo de guerra y condenado a 20 años. Antonio Pérez, padre, miembro del Consejo de Defensa de Casado, fue otra de las víctimas de los piquetes de ejecución de Franco. Su hijo, que en vez de dirigirse a Alicante se había dirigido a Madrid, llegó a la capital y permaneció escondido durante dos meses. Convencido de que la república sólo había sufrido un revés temporal —«básicamente, el país todavía era republicano»— y que, a lo sumo, la victoria fascista sólo duraría uno o dos años, localizó a viejos camaradas de las JSU y emprendió una labor clandestina. A los tres meses, el grupo fue desarticulado y detuvieron a la mayor parte de quienes lo formaban, uno de los cuales, murió a causa de las torturas. Antonio Pérez tuvo que huir de Madrid y refugiarse en provincias. (Más adelante sería encarcelado por actividades comunistas clandestinas).

No sufrieron solamente los líderes. José Mera, el maestro madrileño que, respondiendo a la llamada de su sindicato, había acudido a la defensa de la capital en 1936 y que más tarde se haría comunista, fue sometido a consejo de guerra en Alicante por «auxilio a la rebelión», que era la acusación de rutina. El fiscal pidió 12 años de cárcel; el defensor, al que nunca había visto antes —cosa que también

formaba parte de la rutina de estos consejos de guerra sumarísimos—, pidió que la pena le fuese reducida a 6 años. El tribunal dictó sentencia de 20 años de cárcel.

«Por lo menos yo tuve suerte. No formularon una acusación extra contra mí como le ocurrió a un republicano conocido mío que era catedrático de historia y derechista. Además de las acusaciones de costumbre, le hicieron la de "intelectualidad"…»

Mera había sido advertido de antemano. Durante la guerra había ayudado a proteger a un médico de extrema derecha y a la esposa de éste. A cambio de su ayuda, el médico le había prometido protegerle cuanto le fuera posible si alguna vez se presentaba la ocasión. Cuando así fue, la pareja se negó a ayudarle. Para consolarle, el médico le dijo: «No se preocupe, que a su esposa no pueden fusilarla hasta que su hijo haya cumplido un año».

En Madrid, el enemigo encontró en la cárcel a algunos militantes comunistas que habían sido detenidos; durante el golpe de Casado. El día en que los nacionalistas ocuparon la capital, Miguel Núñez, de 18 años, miliciano comunista de cultura y comisario, se las arregló para persuadir al teniente socialista, un albañil conocido suyo, para que le soltase a él y a otros 15 detenidos. Al igual que Pérez, estaba convencido de que la victoria fascista duraría poco, por lo que se puso a reorganizar su partido. Estableció contacto con un camarada de las JSU y juntos iban por una calle de Madrid cuando se cruzaron con un grupo de derechistas que hablaban de las penalidades que habían padecido durante la guerra. Vicente Goya, el amigo de Pérez, se detuvo para escucharles y de pronto se sintió incapaz de contenerse.

«"¡Pues eso no fue nada!", exclamó. Todos se volvieron hacia él. "¿Entonces qué le pasó a usted, joven?", le preguntó uno de los hombres. "Para salvarme de los rojos y de una muerte cierta, mi padre me tuvo tres años colgado de una percha y oculto bajo un abrigo". Los del grupo le miraron sin saber si hablaba en serio o bromeaba. "Vamos, chico, vámonos de aquí antes de que nos maten", le dije…»

A las tres semanas, Núñez fue detenido. Recibió una sentencia de 30 años de cárcel, posteriormente reducidos a 12, de los cuales cumplió 4. Su amigo Goya, que era aún más joven que él, fue condenado a muerte. Al regresar del consejo de guerra, saltó del coche de la policía y, pese a llevar las manos esposadas, consiguió escapar. Se dirigió a la casa de su abuelo en Segovia y cuando llegó a ella todavía llevaba puestas las esposas. El viejo, que se había pasado toda la guerra en la zona nacionalista, le expulsó gritándole: «¡Bandido! ¡Rojo!…». Goya se encaminó hacia la choza que su tío el peón caminero tenía en las montañas. Era un lugar excelente para esconderse. También su tío lo arrojó de allí. Demasiado agotado para poder

seguir, el joven se tumbó en la carretera y allí permaneció hasta que fue encontrado por la guardia civil. Volvieron a llevarle a la cárcel y fue ejecutado poco después…

Régulo Martínez, líder de Izquierda Republicana en la capital, que cuarenta y ocho horas antes de que Madrid cayese había vuelto de Francia, fue condenado a muerte por «traidor a la religión», «creador de los tribunales populares» y republicano. El vicario general de la armada, al que Martínez había salvado después de su detención en Madrid por unos anarquistas, removió cielo y tierra para salvarle. «Ahora veo que en su bando había mucha más bondad y generosidad que en éste», comentó el vicario. «Esta gente es fría, carece de generosidad de espíritu…» Sus ruegos se vieron coronados por el éxito. A Martínez la pena le fue conmutada por 30 años, de los que cumplió *5.* Más adelante volvió a estar en la cárcel por actividades antifranquistas.

Al ser puesto en libertad después de siete años de cárcel, durante los cuales había pasado nueve meses bajo sentencia de muerte, Francisco Sampedro, oficial de estado mayor del Ejército Popular, aprovechó la ocasión para preguntarle algo al capellán con quien había trabado conocimiento trabajando en las oficinas de la prisión.

«"Usted sabe que no maté a nadie, que no robé a nadie, que no cometí ningún crimen. ¿Puede decirme por qué, entonces, me he pasado siete años encerrado?" "Es muy sencillo y me alegro de que me lo pregunte", replicó el sacerdote. "Le puedo contestar. Estuvo a punto de ser fusilado, pero no lo fue; bien podría haberme pasado a mí lo mismo si las cosas hubiesen salido al revés. Pero perdieron los suyos y lo demás (lo de si mató y robó o no) no importa ni jota. Muchos que cometieron asesinatos siguen vivos, y muchos que no los cometieron han sido fusilados. Usted se ha pasado siete años en la cárcel porque perdió la guerra"…»

Podría haber dicho una «guerra civil». Porque el objetivo no consistía solamente en castigar a los vencidos, sino en aplastar para siempre la militancia de la clase obrera, la amenaza de la revolución socialista, para que así el capitalismo español pudiera prosperar. Lo peor de la represión continuó hasta 1943[21].

Muchos de los que consiguieron zafarse de la venganza inmediata de los nacionalistas y que, tras la caída de Cataluña, estuvieron en los campos de concentración franceses iban a experimentar la opresión del nazismo. Timoteo Ruiz, el muchacho que había empezado la guerra con una lanza, salió de un campo de concentración francés tras haberse ofrecido como voluntario para trabajar en las minas de carbón. Al producirse la invasión de Francia, los alemanes lo encerraron en un campo de concentración y posteriormente lo llevaron a trabajar en las

fortificaciones de Brest. Él y otros tres compañeros consiguieron huir a Burdeos con la ayuda de miembros del partido comunista. El único empleo que encontraron en Burdeos fue trabajar en las bases de submarinos de los alemanes. Debido a una pelea con el capataz nazi, huyeron y buscaron refugio en las filas del maquis francés, con el que combatieron a los alemanes hasta el fin de la guerra. Tras el fracaso sufrido por las guerrillas al tratar de invadir España, fue miembro de un grupo armado que el partido comunista español envió a Valencia. Cruzaron clandestinamente la frontera francesa y recorrieron media España a pie para llegar a su destino. Una vez en Valencia, el partido lo llamó a Madrid para que participase en la lucha clandestina que se desarrollaba en la capital. Fue detenido y condenado a 25 años de cárcel, de los que cumplió algo más de 11. Arrestado otra vez, cumplió 7 años más…

Josep Cercos, metalúrgico de la juventud libertaria que empezó la guerra armado con una pistola en las calles de Barcelona, salió de un campo de concentración francés para ingresar en un batallón de trabajo en el norte de Francia. Se retiró a Dunquerque con las fuerzas británicas y francesas y, acompañado por algunos italianos de las Brigadas Internacionales, se embarcó en un bote de remos cuando ya había sido evacuada la mayor parte de los británicos. Un buque británico los encontró navegando a la deriva en el Canal de la Mancha y los llevó a Dover; después fueron trasladados a una prisión de Londres cuyos guardianes, al llegar a ella, les llamaron «boches». Se dio cuenta de que los tomaban por prisioneros alemanes. Cercos quería irse a América y así se lo dijo al director de la prisión. Éste se limitó a sonreír. Al cabo de unos días, un capitán francés les dijo que tendrían que regresar a Francia porque trabajaban para los franceses. París todavía no había caído en manos de los alemanes. Llegaron a Cherburgo a bordo de un buque belga. Apenas hubieron llegado, las tropas británicas comenzaron a embarcar. Estaban en plena retirada. Sin comida y sin jefe, subieron a un barco carbonero lituano que los llevó a St. Nazaire. Allí se unieron a la avalancha de refugiados que se dirigían hacia el sur. Finalmente llegó a Perpiñán y al campo de concentración del que había salido al principio. A los seis meses, los alemanes le obligaron a ingresar en una brigada de trabajo que fue mandada a fortificar St. Nazaire. Después de otros seis meses, se fugó y llegó a Chartres, donde obtuvo documentos falsos que le permitieron hacerse pasar por francés y trabajar en varias fábricas de los alemanes mientras cooperaba con la resistencia francesa…

La suerte de los vencedores fue más amable, naturalmente. Pero no siempre lo fue tanto como cabía suponer. Alberto Pastor, agricultor falangista de Tamariz de Campos (Valladolid), terminó la guerra con el grado de teniente y se ofreció voluntario para la División Azul —la aportación de Franco a la causa nazi— que luchó contra los rusos en el frente oriental. Terminada la guerra mundial, volvió a

su vida de agricultor. De vez en cuando ocupó algún cargo en el sindicato vertical de agricultores, pero rechazó los beneficios y propinas burocráticos que el nuevo régimen dispensaba a sus partidarios de la pequeña burguesía rural. (Entre 1940 y 1950, la burocracia se duplicó numéricamente; el millón y medio de personas que la formaban —casi el triple de los que había en 1930— representaban el 25 por ciento de la población laboral y recibían el 40 por ciento de los ingresos nacionales).

Entre las numerosísimas personas que celebraron la victoria nacionalista y prosperaron gracias a ella no destacaban los carlistas. El requeté Antonio Izu, que volvió a la granja de la familia durante un tiempo, tenía la impresión de que la causa carlista había sido traicionada. En primer lugar por los propios líderes del movimiento: «Conservadores de cabo a rabo que ingresaron en él para proteger sus propios intereses y que manipularon el movimiento para tener sometido el verdadero carlismo de la gente corriente». Después por el nuevo régimen, en el que no había lugar para el carlismo auténtico, que lo había obligado a fusionarse con la Falange y que instituyó un totalitarismo que era anatema para el carlismo.

Muchos falangistas radicales —que eran una minoría entre la masa que había ingresado en la Falange durante la guerra, la cual, en la postguerra, encontró seguridad y bienestar en el nuevo régimen— también creían que su causa había sido traicionada. Entre ellos estaba Dionisio Ridruejo, jefe de propaganda de la Falange, que ya se sentía desilusionado al terminar la guerra. La represión, dirigida de modo casi exclusivo a la clase obrera, y el reforzamiento del capitalismo eran sintomáticos de la verdadera naturaleza del régimen. Con el fin de impedir que posteriormente se utilizase en su contra el hecho de no tener un historial de servicio activo, se alistó en la División Azul. Al volver de Rusia, escribió una carta a Franco dimitiendo de todos sus cargos. A causa de ella, fue desterrado. Su oposición al régimen, que más tarde le llevaría a la cárcel, hizo que políticamente se decantase hacia la socialdemocracia (a diferencia de otros muchos falangistas).

Herido tres veces en nueve meses, el teniente Juan Crespo, estudiante monárquico de Salamanca, se encontraba en un hospital militar cuando terminó la guerra. Había seguido combatiendo a la cabeza de sus tropas moras, pero sin ilusiones. La nueva España que había esperado ver nacer no iba a materializarse. El recuerdo de la suerte que habían corrido sus tíos no se borró durante el curso de la guerra. Al ver que médicos, enfermeras y ordenanzas salían corriendo del hospital para celebrar la victoria, comprendió que los combatientes ya no contaban. Se sentó y escribió una poesía: «Oración para los vencedores». Un año más tarde, hallándose en Madrid para someterse al último examen médico con el fin de ingresar en el Cuerpo de Mutilados del Ejército, que, con sus escalafones de ascensos y paga, le habría asegurado un porvenir confortable, se encontró en un café con un limpiabotas de una sola pierna. El limpiabotas le estaba lustrando los

zapatos. «Bien, teniente, veo que fue herido en la pierna. Yo perdí la mía en una batalla de tanques en esta zona». Empezaron a hablar e intercambiar experiencias de guerra. «¿Y qué compensación recibe por la herida?», preguntó Crespo finalmente. «Ninguna», replicó el republicano, «a los que luchamos en éste bando no nos dan nada de nada…»

Asqueado, Crespo no se presentó al examen médico y nunca fue admitido en el Cuerpo de Mutilados. El resto de su vida lo pasó en la pobreza. «¿Qué otra cosa podía hacer? Si el régimen iba a excomulgar a media España por haber luchado en el bando opuesto, ¿cómo llegaríamos jamás a curar nuestras heridas?»

PUNTOS DE RUPTURA.

LA REPÚBLICA, 1931-1936.

El propósito de las secciones siguientes es explicar en líneas generales las principales causas de conflictos antes de la guerra y, por ende, las causas de la contienda. No pretendo hacer en ellas un estudio exhaustivo de los diversos problemas, ya que ello exigiría un libro para cada uno de ellos. Al igual que el resto del libro, se trata más bien de un intento de captar el ambiente de la época.

A. LA TIERRA

En un país predominantemente agrario el problema principal era el de la tierra. Para «modernizar» España era necesario reformar la agricultura. El pleno desarrollo industrial era imposible si antes no aumentaba la productividad agrícola. Así se crearía un mercado nacional para los productos de consumo y convertiría un crecido excedente de tierra en inversiones industriales.

En la región latifundista del sur, donde un millar de terratenientes controlaba dos tercios de la tierra disponible, la explotación de cerca de tres cuartos de millón de jornaleros a base de pagarles salarios de subsistencia, así como el hecho de que los terratenientes rehusaran invertir en su tierra, impedía que así se hiciera. En lugar de ello, el bajo nivel de las técnicas agrícolas tenía inmovilizada en la tierra a la mano de obra acuciada por el hambre y ponía en peligro el desarrollo industrial capaz de absorber productivamente en las ciudades el excedente de mano de obra.

La propiedad no condicionaba solamente las técnicas agrícolas, sino también las relaciones sociales en el campo. Allí donde grandes terratenientes monopolizaban la tierra, era endémica la agitación campesina y la exigencia de ocupación de las fincas. La reforma de la agricultura no era sólo una necesidad económica para el desarrollo del capitalismo: era también una necesidad sociopolítica para el desarrollo de una democracia liberal, para retener al proletariado rural dentro del marco del sistema capitalista. La reforma agraria fue el medio elegido para ello[1].

Tal como fue aprobada en septiembre de 1932, a los dieciocho meses de la proclamación de la república, la Ley de Reforma Agraria constituía un compromiso complejo entre una serie de intereses conflictivos. Entrañaba pocas expropiaciones puras y simples, exceptuando la tierra perteneciente a la alta nobleza, y se basaba en las propiedades de un solo individuo en cada municipio, en vez de basarse en su conjunto de propiedades repartidas por el país. Según la zona, a los terratenientes se les permitiría retener entre 300 y 600 hectáreas de tierra productora de grano en cada municipio antes de verse sujetos a la expropiación

seguida de compensación. En efecto, a cada propietario le quedaría un latifundio en cada término municipal. Sin embargo, no sería así si la tierra era arrendada sistemáticamente, ya que toda la tierra definida liberalmente dentro de esta categoría debía ser confiscada en su totalidad.

A la sazón, e incluso más tarde, estaba muy extendida la creencia de que las grandes fincas pertenecían especialmente a una nobleza «semifeudal». La tarea histórica de la revolución democrática burguesa había consistido en abolir el feudalismo e introducir en la agricultura las relaciones capitalistas de producción. Se pensaba que expropiando las fincas de la alta nobleza (los grandes de España) se alcanzaría dicho objetivo histórico y millones de hectáreas quedarían disponibles para que se instalasen en ellas los campesinos sin tierra. Desgraciadamente, esta creencia estaba equivocada. La alta nobleza, de la que formaban parte los mayores terratenientes aristocráticos (y cuya expropiación fue, de hecho, añadida posteriormente a la ley, bajo el pretexto de que un par de miembros habían participado en el frustrado alzamiento monárquico de Sanjurjo contra la república, en 1932), poseía en total menos de 600 000 hectáreas de tierra cultivable en toda España. En modo alguno puede decirse, en términos absolutos, que fuese una cifra insignificante, ya que habrían podido asentarse en ella unos 60 000 jornaleros sin tierra. Pero sí era una cifra pequeña en relación con la envergadura del problema que, a la larga, exigiría unos 10 millones de hectáreas si lo que se deseaba era asentar al millón de trabajadores de la tierra. Las nueve décimas partes de esta tierra tendrían que salir de la burguesía rural, ya que era ésta la que poseía el 90 por ciento de la tierra de cultivo. Desde mediados del siglo XIX el capitalismo, por muy primitivo que fuese, había sido el modo de producción dominante en los latifundios[2].

Por consiguiente, lo esencial del problema de la reforma agraria residía, por un lado, en si los liberales, que eran principalmente republicanos de la pequeña burguesía urbana, eran capaces de obligar a la burguesía rural, conservadora y católica, a ceder grandes extensiones de propiedades privadas, a aceptar «sacrificios» en un plazo inmediato con el fin de beneficiarse, a largo plazo, evitando una revolución campesina[3]. Por otro lado, residía también en si serían capaces de persuadir a un gran sector del proletariado rural revolucionario, que se hallaba bajo la influencia anarcosindicalista, para que aceptase una reforma agraria que no «alteraba profundamente el sistema de propiedad de la tierra» y contribuía a reforzar la democracia liberal.

Un agrónomo republicano de 25 años, que se tenía por liberal, fue enviado a la provincia de Toledo y pronto descubrió que en la reforma había una serie de contradicciones internas. La aplicación de la reforma había sido retrasada durante un año después de su aprobación por las Cortes. El ministro de Agricultura,

Marcelino Domingo, mandó llamar a José Vergara y le dijo que la situación en el campo era muy seria, que los campesinos sin tierra estaban a punto de ocupar toda la tierra y que, si lo hacían, la república se vendría abajo. Pensaba tomar medidas inmediatas, enviando un delegado con poderes absolutos a cada una de las 14 provincias latifundistas que entraban en la primera fase de la reforma agraria[4]. Había que hacer algo en seguida, aunque la reforma no se aplicase hasta después de recoger la siguiente cosecha.

«"Sí, señor ministro. Pero ¿qué medidas se supone que debo tomar?" El ministro se sacó un sobre del bolsillo. Cogió la pluma y en el dorso del sobre hizo un dibujo. "Aquí, ve usted, hay una amplia zona de desempleo. Busque fincas que estén alrededor de ella y que puedan expropiarse y ponga la gente a trabajar. Haga lo mismo dondequiera que haya desempleo. Le deseo suerte"…»

Vergara partió para Toledo sin perder un minuto. Una vez allí, se puso a expropiar la tierra cuyo derecho de expropiación no ofrecía duda alguna: la de los grandes de España y las fincas ofrecidas voluntariamente por sus propietarios absentistas para su ocupación temporal, cosa que les proporcionaba una renta segura.

Al ver las masas de jornaleros sin tierra, no tardó en darse cuenta de que no iba a haber suficiente con las fincas de los grandes de España, en las que a menudo se hallaban incluidos pueblos enteros[5]. Además, el grueso de dichas fincas se hallaba en las tierras pobres y llenas de maleza que había al sur de la provincia. En la Ley de Reforma Agraria también se hablaba de ayudar a los jornaleros recién establecidos: créditos, asistencia técnica, aperos, etc. Nada de todo esto se llevó a la práctica.

«Pronto se hizo evidente que, dado que las fincas de los grandes terratenientes no iban a proporcionar suficiente tierra, también habría que hacerse cargo de las pertenecientes a los medianos propietarios. Pero ¿cómo podía hacerse? Lo que no veía yo, ni veían los republicanos, fue que la reforma agraria sin una revolución social era imposible, si por reforma entendemos la modificación de las estructuras existentes dentro del orden vigente. En un país predominantemente agrario la propiedad agraria, la riqueza del país, está en manos de los ricos. Los que tienen el poder gracias a poseer la tierra no van a cederlo como si tal cosa. Por medios democráticos no puede expropiarse la propiedad en un país abrumadoramente rural, donde el 45 por ciento de la población activa se ganaba la vida trabajando la tierra y cerca del 60 por ciento de la población total vivía en el campo. Hay que hacerlo por medio de la violencia. Y al decir esto no defiendo la violencia, sino que afirmo simplemente que es imposible llevar a cabo la reforma agraria mediante la legislación democrática. La reforma agraria es resultado de la

revolución y no al revés. Y una vez se ha hecho la revolución, el problema de la reforma agraria queda resuelto, ya que los terratenientes, como enemigos del nuevo régimen, son expropiados automáticamente…»

En todo caso, la ley nunca entró en vigor porque, a resultas de una serie de compromisos políticos, contenía un número de contradicciones internas que, a su juicio, impedían que fuera aplicada. La mayor de tales contradicciones era que la ley trataba de reconciliar la reforma con la estructura legal existente: se daba a cada propietario el derecho legal de demostrar por qué no debía expropiarse su tierra. Cada finca exigía su propio pleito, su propio expediente. «Las únicas tierras de las que nos hicimos cargo fueron las de los grandes de España o las ofrecidas voluntariamente».

Pero la parcelación de la tierra no satisfizo necesariamente al campesinado pobre[6]. En Naval morales de Pusa, uno de los pueblos situados al sur de Toledo, el padre de Timoteo Ruiz, que era un pequeño propietario rural, recibió dos parcelas.

«La tierra era tan mala que, cuando calculamos el trabajo que deberíamos llevar a cabo para sacarle un escaso rendimiento, llegamos a la conclusión de que era perder el tiempo. La misma conclusión sacaron muchos campesinos sin tierra y pequeños propietarios, por lo que dejaron la tierra sin cultivar. Sin aperos, crédito o simiente, la reforma agraria era inútil. Además, no se hizo nada por expropiar la tierra de los terratenientes importantes que no eran grandes de España…»

En potencia, la reforma agraria afectaba más a los medianos y pequeños propietarios que a los grandes terratenientes burgueses (cuando, posteriormente, se aplicara al resto de España). Ello se debía a una cláusula según la cual se habrían expropiado todas las tierras situadas dentro de un radio de dos kilómetros de algún pueblo y que no fuesen cultivadas directamente por propietarios que tuvieran más de 20 hectáreas de tierra productora de grano en el municipio. Los grandes propietarios burgueses encontraron aliados en su lucha contra la reforma. Ante la perspectiva de perder la tierra a cambio de una compensación que, en el mejor de los casos, les proporcionaría solamente dos tercios de su valor en el mercado[7], dichos propietarios no sentían ningún interés por pagar el coste de consolidar la democracia liberal, sistema político al que ya no habían sido favorables en el pasado. Otras cuestiones, especialmente el problema religioso, reforzaron su hostilidad. Ambas cosas representaban un ataque contra los que tenían el poder económico. Inevitablemente, como vio el abogado Ernesto Castaño, el hombre que más contribuyó a movilizar la reacción católica agraria de Salamanca, la defensa de una cosa comportaba la defensa de la otra.

«La reforma agraria de los socialistas aterrorizaba a los terratenientes. Les iban a quitar sus tierras, con o sin compensación. En cuanto se proclamó la república, empezó una propaganda subversiva y demagógica que encontró una audiencia bien dispuesta entre los jornaleros agrícolas. En muchos pueblos decían: "Este año las hoces no segarán trigo, sino cabezas de agricultor"…»

Ayudó a fundar el Bloque Agrario Salmantino, el cual, al mismo tiempo que proclamaba su lealtad a la república, pedía el fin de la lucha de clases en el campo, «la armonía entre el capital y el trabajo», convencido de que los intereses de ambos en la tierra eran lo mismo. La solución del problema de la tierra no consistía en la redistribución de la misma, sino en un cambio en las estructuras de la agricultura existente, una revaluación de sus niveles de precios, que el gobierno considerase que su importancia era igual a la de la industria y el comercio.

El Bloque Agrario fue uno de los núcleos de los que posteriormente saldría la CEDA, el partido católico de masas, si bien conservó su propia identidad en el seno de la misma. Gil Robles, el líder de la CEDA, era diputado por Salamanca y desde el principio contó con el apoyo del Bloque. Castaño, que en 1933 fue elegido diputado a Cortes por la CEDA, había estado en la cárcel el año anterior por incitar a los agricultores a no sembrar trigo «salvo en las tierras más productivas, ya que en otras partes resultaba completamente antieconómico, dado el precio del trigo fijado por el gobierno…». El gobierno republicano consideró que esto era un boicot por parte de los terratenientes y agricultores.

«La república necesitaba la lucha de clases. Hizo que el obrero combatiera al patrono, que el jornalero y el arrendatario luchasen contra el terrateniente. Y les dio los medios: el derecho de los arrendatarios a que sus rentas fuesen revisadas, el derecho de que un trabajador de un municipio determinado recibiera trabajo en el campo antes que un forastero. Esto quería decir que el agricultor tenía que contratar a un jornalero incompetente de la localidad, aunque no fuese un trabajador agrícola, antes que contratar a otro de fuera que fuese competente[8]. Si en vez de tomar medidas como ésta, el gobierno hubiese reformado las estructuras de la agricultura, la clase obrera se habría beneficiado de los mayores rendimientos obtenidos del cultivo de la tierra. Los jornaleros sin tierra no estaban capacitados, profesional o psicológicamente, para convertirse en agricultores. Habían vivido los problemas desde demasiado cerca, sabían que el agricultor tenía que trabajar más duramente que los jornaleros y no querían padecer los mismos quebraderos de cabeza. Un agricultor tiene que serlo de nacimiento. La reforma agraria chocaría contra ese escollo…»

En numerosos pueblos del país, el cambio de régimen había traído consigo el cambio de los nombres de los partidos políticos, pero poca cosa más. No

cambiaba la estructura del poder local cuando un cacique que antes era monárquico se convertía en el líder de algún partido republicano acabado de formar (o bien lo manipulaba entre bastidores). Fulgencio Diez Pastor, diputado radical en la comisión agrícola parlamentaria de 1933, y oriundo de un pueblo de Extremadura, conocía íntimamente el problema. En cada pueblo había dos o tres hombres que eran relativamente ricos «dada la pobreza general que existía entonces». Eran hombres que, por ser dueños de algunos olivares o pastos, no tenían que trabajar con las manos. Eran caciques, la gente que dirigía las vidas de los habitantes de los pueblos. Fue esta clase la que saboteó al régimen republicano.

«No sólo con su resistencia, sino también con su astucia, por tosca que fuese, al poder infiltrarse en los partidos políticos a nivel local. Las más de las veces, el mismo hombre organizaba los distintos partidos políticos de la localidad y colocaba a sus seguidores en los comités directivos. Así sucedió en mi propio partido y también en la CEDA. Con ello la situación política quedó completamente falseada…»[9]

Desde su posición estratégica, la burguesía rural luchó contra todas las reformas. De haberse intentado expropiarla —como de hecho hubiese sido necesario hacer bajo la reforma agraria—, se habría conseguido un solo efecto: «adelantar el estallido de la guerra civil. Porque, en el fondo, ésta fue la causa del levantamiento: la defensa de sus propiedades».

La hostilidad que la burguesía rural albergaba hacia la reforma era compartida por el único sector capitalista que más se beneficiaría a largo plazo: la burguesía industrial. En lo que se refiere a la industria textil catalana, los efectos de la depresión mundial se vieron paliados inicialmente en gran parte por el aumento del poder adquisitivo de las zonas rurales (gracias a los aumentos de salarios decretados por los socialistas). Sin embargo, es evidente que ello no compensaba las desventajas que para la burguesía catalana representaba el romper su alianza política con la clase terrateniente española. (Si esta última hubiese sido una nobleza «feudal» en vez de una burguesía rural, puede que la alianza hubiera sido menos sostenible). El sector capitalista más «avanzado políticamente» de la península fue aún más lejos: impidió que en su propia patria se llevase a cabo una reforma agraria capitalista. La Llei de Contractes de Conreu, aprobada por la Esquerra, el partido de la pequeña burguesía catalana, trató de resolver una vieja disputa garantizando a los arrendatarios (*rabassaires*) la seguridad de su tenencia y el derecho de comprar la tierra que hubiesen estado trabajando durante dieciocho años. La Lliga Catalana, representante de los intereses industriales y agrarios de la gran burguesía, consiguió que la ley fuese derrocada por anticonstitucional. Paradójicamente, fue la reforma agraria en la Cataluña industrializada (más que en el sur latifundista) lo que precipitó el mayor conflicto político en este campo: el

bloqueo de que fue objeto la reforma empujó a la Esquerra a chocar y levantarse contra el gobierno central en octubre de 1934[10].

La CEDA (cuya participación en el gobierno fue la causa inmediata de la insurrección de octubre) reveló cuán profunda era la oposición de la burguesía rural a cualquier reforma. Los representantes de la CEDA en las Cortes bloquearon el intento de su propio ministro de Agricultura para poner en marcha otra vez la reforma agraria, en particular la propuesta de una nueva Ley de Arrendamientos que hubiese dado a los arrendatarios el derecho de comprar su tierra al cabo de doce años ininterrumpidos de arrendamiento. Gil Robles, el líder de la CEDA, más tarde calificaría de «egoísmo suicida» a dicho bloqueo; los miembros de la CEDA llamaban «bolchevique blanco» a su ministro.

Así, pues, hasta los cambios más modestos se veían bloqueados. La oposición burguesa se veía complementada por otro factor: una parte del proletariado rural se negaba a aceptar la reforma propuesta. En los dos congresos extraordinarios que celebró bajo la república, la CNT declaró su oposición a la misma. En 1931 manifestó que la misión de los anarcosindicalistas no consistía en colaborar en la reforma de la tierra, sino en prepararse para el día en que las masas rurales, en colaboración con el proletariado, derribasen el capitalismo y se apoderasen de la tierra. Cinco años más tarde, en el congreso de Zaragoza, había un tono más defensivo en su advertencia sobre la reforma, lo cual, sin duda, era resultado de las recientes ocupaciones a gran escala de tierras llevadas a cabo por la Federación de Trabajadores de la Tierra, de signo socialista, así como de la aceleración de la reforma agraria producida por las presiones rurales tras la victoria electoral del Frente Popular. La reforma agraria, según admitió entonces la CNT, planteaba al movimiento anarcosindicalista «un problema serio, a saber: cómo no perder su control sobre las masas campesinas». Acto seguido pidió la expropiación sin compensación de toda propiedad cuya extensión superase las 50 hectáreas y que la tierra se entregase a los sindicatos campesinos para su explotación directa y colectiva[11].

Cuando se expropiaban buenas tierras cultivables, sus nuevos ocupantes veían su situación considerablemente mejorada, pero también se enfrentaban con una serie de problemas. El duque de Medinaceli, que con sus 79 000 hectáreas era el más importante de los nobles terratenientes de España, poseía tres fincas que abarcaban poco menos de 3000 hectáreas cerca de Espejo, junto a la carretera de Córdoba a Castro del Río. La más pequeña de tales fincas, La Reina, de 650 hectáreas, fue entregada a los habitantes de Santa Cruz, una aldea cercana. Felipe Posadas, hijo de un arrendatario de la localidad que no recibió tierra debido a que labraba más del mínimo necesario, recordaba el momento en que se hizo pública la noticia.

«¡Qué alegría hubo aquel día en Santa Cruz! El cortijo fue pronto ocupado por 62 colonos. A mí me interesaba mucho la reforma agraria, ya que estaba convencido de que la única solución consistía en trabajar la tierra colectivamente. Así que a menudo iba a La Reina para ver qué tal marchaban las cosas…»

El Instituto de Reforma Agraria (IRA) decidió que la finca fuese explotada colectivamente, ya que el año estaba muy avanzado y convenía arar y sembrar cuanto antes. El delegado del IRA seleccionó y compró 62 mulas de las 400 o más que los tratantes llevaron al cortijo. Los labradores que habían perdido sus fincas arrendadas recibieron una compensación por su ganado, paja y cosechas; «uno de ellos sacó lo suficiente para pagar parte de la compra de una finca de 350 hectáreas». Los colonos se sortearon las mulas, para cada una de las cuales se fijó un precio. Éste debería devolverse al IRA a su debido tiempo. El IRA proporcionó una yunta, un arado y una trilladora a cada dos colonos. Cada uno de éstos podía elegir a quien quisiera para arar la tierra conjuntamente. Por lo general escogían a un pariente.

«Algunos de los colonos estaban contentos porque antes habían trabajado con sus mulas. Pero otros no lo estaban. Entonces empezaron a arar. Muchos colonos comenzaron a decir que a las mulas de los demás las hacían trabajar menos que a las suyas y que había favoritismo. Un día fui a la finca. Faltaba una hora para que terminase la jornada. Había 25 yuntas arando, si es que se le podía llamar así, ya que cada una seguía casi exactamente el surco de la de delante… El error, desde luego, fue distribuir las mulas individualmente y luego esperar que trabajasen en común…»

Mientras la tierra se trabajaba colectivamente, cada colono recibía un jornal del IRA como adelanto de su parte de la cosecha. A cada uno se le había asignado una parcela cuya extensión variaba levemente según la calidad del terreno. Pronto hubo quejas en el sentido de que los dos *cabezaleros* —capataces o directores de las colectividades, elegidos por los colonos— no trabajaban igual que los demás.

«Las quejas eran ridículas. El cabezalero trabajaba cuando podía, pero u nía que atender a las otras obligaciones, ya que para ello le habían elegido. Tenía que llevar las cuentas, informar a los agrónomos del IRA que venían de Córdoba una o dos veces a la semana, etc. Además, si no les gustaban, podían elegir otros. En vez de hacerlo, preferían gruñir. Lo malo era que todo el mundo quería ser el jefe…»

Cosa que al año siguiente fue institucionalizada por los colonos. Decidieron explotar sus parcelas individualmente. El IRA se mostró conforme. Los colonos dejaron de cobrar un jornal; algunos tenían mejor tierra que otros; algunos, debido al sistema de barbechos, no pudieron sembrar trigo aquel año; otros tenían tierra

en la que no podía sembrarse trigo, sino, a lo sumo, cebada…

«Lo cierto es que todos estaban peor que antes. Aún más ridículo resultaba el hecho de que los especialistas en las distintas facetas de la agricultura (la siembra, el ganado, etc.) ahora lo tenían que hacer todo en su propia parcela. "Si trabajaseis en común, si cada uno hiciera lo que mejor sabe hacer, todos estaríais mejor", solía decirles. Pero no hubo forma de convencerles, al menos en este pueblo…»

Según Posadas, La Reina fue la única de las tres fincas que se explotó de forma completamente individual. En otra coexistían individualistas y colectivistas, y la tercera, que había sido entregada al pueblo de Espejo, era totalmente colectiva[12].

«La verdad es que aquí había poca conciencia. Espejo era mucho mayor y tenía sus organizaciones socialistas y anarcosindicalistas. En mi pueblo, con sus 900 habitantes, que yo recuerde había sólo un centro socialista, pero no era muy importante. Recuerde la ignorancia y el atraso que a la sazón existían en el campo… A pesar de todo, y aunque La Reina fuera la peor de las tres, los colonos estaban en una situación mucho mejor que la de antes. Sus casas (si es que se las puede llamar así, ya que en realidad eran chozas) reventaban de trigo: 1934 fue un año magnífico. Algunos consiguieron ganar lo suficiente para comprarse la casa e incluso un poco de tierra, y eso después de pagar al IRA la parte correspondiente en concepto de jornales, aperos, simiente, mulas…»

El temor a la agitación rural hizo que la primera coalición republicana tomase medidas relativas a la reforma agraria. Al ver que la agitación no se materializaba (o, mejor dicho, al ver que aumentaba con mayor lentitud de la esperada), la coalición dejó que las cosas siguieran como estaban. «Sin duda, el interés relativo que la coalición gobernante mostró hacia el problema agrario lo explican la presión moderada y defensiva de la clase obrera (incluso en la industria), la resistencia activa de la patronal y la incierta coyuntura económica»[13]. Tras dos años y medio de gobiernos republicanos de izquierda y centroderecha, sólo 45 000 hectáreas cambiaron de dueño en beneficio de unos 6000 a 7000 campesinos.

El pacto electoral del Frente Popular prometía ayuda fiscal y financiera para los pequeños propietarios rurales y arrendatarios, a los que consideraba «la base más firme» para la necesaria reconstrucción nacional, así como una nueva Ley de Arrendamientos. Hasta entonces, la reforma agraria no había hecho nada para ayudar a los pequeños propietarios rurales: el primer gobierno de coalición había prometido un banco agrario nacional, una ley de arrendamientos y derechos de

amortización, pero ninguna de tales cosas se había puesto en práctica. Por consiguiente, el pacto electoral de 1936 intentó poner remedio a la situación. Sin embargo, no dijo virtualmente nada sobre el urgente problema de los sin tierra[14].

A los cuatro meses de la victoria del Frente Popular, la fuerte presión ejercida por el campesinado hizo que más de 100 000 trabajadores de la tierra fueran instalados en casi 600 000 hectáreas. A nadie, fuese terrateniente o trabajador, se le podía pasar por alto la diferencia. Mariano Ruiz-Funes, el republicano de izquierda que ocupaba la cartera de Agricultura, subrayó el hecho durante un discurso que pronunció un mes antes del levantamiento: «Una lucha de clases se está dirimiendo a través de la reforma agraria…»[15].

No por mucho madrugar

amanece más temprano,

en España no hay quien sea

católico y republicano.

Si los curas y frailes supieran

la paliza que les van a dar,

subirían al coro cantando

libertad, libertad, libertad.

Letra que se cantaba al compás del *Himno de Riego*,

que era el himno nacional de la república

Yo tenía una bandera,

hecha de sangre y de sol,

me dicen que no la quiera,

yo ya no soy español.

Alusión a la bandera roja y gualda

introducida en el siglo XVIII

y que la república sustituyó

por otra roja, gualda y morada

B. LA PEQUEÑA BURGUESÍA Y LA CUESTIÓN RELIGIOSA

En la década de los años treinta la pequeña burguesía urbana y provincial —artesanos, medianos propietarios rurales, tenderos, funcionarios, pequeños industriales, profesionales— contaría quizá con 1.300 000 miembros (comparados con los más de tres millones de proletarios urbanos y rurales). Con la excepción de los litorales nordeste del Mediterráneo y partes del norte del Atlántico, la pequeña burguesía *provinciana* [16] no había mostrado una predilección particular por la república antes del advenimiento de la misma. Pero, bajo la república, dicha clase adquiriría un considerable peso político de signo «negativo», negándole su apoyo directo al régimen al mismo tiempo que ocultaba su decidida oposición al mismo. Esta burguesía constituyó el apoyo electoral de los partidos republicanos conservadores, especialmente la CEDA a partir de 1933, mientras éstos le ofrecieran la esperanza de que seguirían intactos los intereses y posiciones sociales que había ocupado bajo la monarquía. Estos intereses eran, sobre todo, locales: la conservación del poder a nivel de ciudad o de pueblo tenía igual, cuando no más, importancia, que a nivel de gobierno nacional, el cual, además, era «centrista». La burguesía provincial desplegó una habilidad considerable en el mantenimiento de sus posiciones locales a pesar del cambio de régimen[17].

En la década de los treinta, casi el 60 por ciento de la población vivía en la España rural. Ello podía significar que vivía en ciudades de varios miles de habitantes, pero que tendían a ser comunidades relativamente autosuficientes y dependían de la agricultura, la ganadería, la pesca y, con menor frecuencia, la minería. Después de Madrid y Barcelona, cuyas respectivas poblaciones en 1936 eran de poco más de un millón de habitantes, la ciudad más importante, Valencia, tenía una población de 380 000 habitantes. Una capital provincial como Burgos, por ejemplo, tenía unos 45 000 habitantes. A menudo, en las pequeñas ciudades el estilo de vida se parecía más al del siglo XIX que al del siglo XX.

«Todos los cambios profundos que tuvieron lugar en Europa después de la primera guerra mundial llegaron de forma mediatizada y desvaída a España, país

que no había tomado parte en el conflicto. La vida siguió desarrollándose más o menos como antes…»

Jesús-Evaristo Casariego, nacido en 1913 e hijo de un dentista asturiano, fue criado por sus abuelos en la pequeña ciudad costera de Luarca (Asturias). Allí las muchachas no salían solas, las mujeres no fumaban, las bodas eran convenidas por las familias y las parejas, contando con el permiso de la familia, se cortejaban con el hombre en la calle y la muchacha en el balcón. Las comunicaciones eran por autobús y se tardaban cinco o seis horas en recorrer los 100 kilómetros que separaban Luarca de Oviedo. Las ideas nuevas se filtraban lentamente. «Era una vida arcaica. A mí me parecía aún más propia del siglo XIX debido a que me criaron mis abuelos, que todavía hablaban de la última guerra carlista, de la guerra francoprusiana y de la guerra de Cuba como si fueran cosa del día anterior…»

La pequeña burguesía en cuyo seno nació Casariego tenía una visión de las cosas que no encajaba con lo que en la Europa occidental se esperaba de dicha clase.

«En grandes zonas de España las miras de la pequeña burguesía seguían estando mucho más cerca de las del hidalgo español o de la pequeña nobleza, de Don Quijote, que del pequeñoburgués europeo típico de aquella época. Para él la religión era más importante que el negocio, y cuando los asuntos económicos le preocupaban no era tanto para montar un negocio y hacer dinero, siguiendo el modelo francés, como para conservar el dinero que ya tenía con el fin de dejárselo a sus hijos. El pequeñoburgués europeo, el tendero o pequeño comerciante que defendía los valores de la revolución francesa, que veía en el divorcio la forma de resolver sus problemas matrimoniales pero que no se sentía preocupado por su "masculinidad", no tenía realmente un equivalente a gran escala en la España provinciana…»

Esta pequeña burguesía fue monárquica hasta que cayó la monarquía y luego, a juicio de Casariego, se hizo republicana por conveniencia. Era una masa fluctuante que no estaba preparada para formar una base republicana sólida y liberal ni para enfrentarse claramente a la república. De ahí el éxito de Gil Robles y la CEDA, que proponían la defensa de la religión y del orden social existente, pero sin salir del marco de la república.

Casariego, que era carlista, se alzó con los nacionalistas. El doctor Carlos Martínez, asturiano como él y diputado radical socialista en las Cortes Constituyentes de 1931, luchó por la república. Pero también él era consciente del desarrollo desigual que caracterizaba a gran parte de la pequeña burguesía provinciana. En su propio partido, creado según el modelo del partido francés del

mismo nombre, encontraba a faltar la clase que debiera haber engrosado sus filas: abogados, médicos, ingenieros, empresarios de mediana envergadura. En lugar de ellos, había pequeños tenderos, disidentes del partido socialista y del anarcosindicalismo. Con la excepción de Cataluña, el País Vasco y Valencia, la pequeña burguesía no tardó en retirarle su apoyo a la república, pasando a ocupar una posición de neutralidad tendente a la hostilidad. El caso de Azaña era buen ejemplo de ello.

«Azaña era un intelectual, un demócrata liberal de estatura, que debería haber representado el ideal de la clase media: libertades democráticas, una política social liberal, etc. La pequeña burguesía debería haberse puesto unánimemente de su lado. En vez de ello, le negó su apoyo…»

Pero si no apoyó a Azaña —«y esta falta de apoyo determinó en gran parte el fracaso de Azaña»—, la pequeña burguesía asustada hubiera podido ingresar en los partidos conservadores y católicos que había a la derecha del partido de Azaña. En cierta ocasión, el doctor Martínez recibió el encargo de hacer proselitismo en Asturias por cuenta de tales partidos —el de Miguel Maura y el de Alcalá Zamora —, pero su éxito fue escaso. «Las clases medias no querían participar». A menudo se preguntaba por qué sería así y la única explicación que se le ocurría era que estaban asustadas ante la ofensiva anarcosindicalista contra la república.

Dionisio Ridruejo [18] fue criado en una ciudad provinciana de Castilla la Vieja y recibió la educación tradicional de la clase media de aquella época: «católica y patriótica», de manos de jesuítas y agustinos. Veía con ojos críticos el conservadurismo de su clase, pero al mismo tiempo compartía gran parte de sus valores religiosos. Para él la solución fue la Falange, en la que ingresó antes de la guerra.

A su modo de ver, la pequeña burguesía era más una «forma de ser» que una clase consciente de serlo. Se consideraba «distinta» porque se diferenciaba de la clase obrera por un estilo de vida que —en términos muy relativos— la acercaba a la privilegiada alta burguesía.

«Desde el punto de vista económico, un maestro, un tendero o un funcionario de poco rango estaban mucho más cerca del proletariado que de la clase alta. Pero el hecho de llevar zapatos y, generalmente, corbata le daba una dignidad personal que le hacía sentirse cerca de la clase alta. En las ciudades provincianas, además, había muy pocas diferencias entre el estilo de vida de los distintos estratos de la burguesía. Hay que reconocer que la gran burguesía no ejercía su poder indisputable de un modo particularmente ostentoso…»

De hecho, en estas pequeñas ciudades de provincias en realidad sólo había dos clases, a juicio de Ridruejo: la alta y la baja. Los señoritos y los proletarios. Eran señoritos todos los que llevaban corbata, tenían un empleo fijo y no trabajaban con las manos. Cuanto más pobre fuese la provincia, tanto más cierta era esta distinción.

«Objetivamente, esta pequeña burguesía provinciana, el gran sector de la misma que no se había visto influido por la burguesía ilustrada, habría encontrado su lugar en algún partido reformista bajo la república. Pero sus prejuicios culturales y religiosos la mantenían firmemente sujeta a sus posturas tradicionalistas. La religión era lo que mantenía unida a esta clase "tradicionalista", como yo la llamo. El hecho de que grandes sectores de la izquierda se opusieran violentamente a la iglesia producía una polémica innecesariamente cruda que influía en amplios sectores de la pequeña burguesía, del mismo modo que influyó en mí. El anticlericalismo, por supuesto, era un anticuerpo corriente de un clericalismo que desde hacía tiempo venía siendo la fuerza motriz de la historia de España… Por todas estas características (el concepto que tenía de sí misma, su posición económica, sus actitudes culturales y religiosas), la clase "tradicional" se veía fácilmente manipulada y dominada por las fuerzas conservadoras que representaban a los intereses capitalistas, militaristas y clericales…»

La pequeña burguesía provinciana era a la vez producto y víctima del débil desarrollo capitalista del país. La pequeña burguesía urbana, nacionalista y liberal intentó introducir una democracia liberal, pero le faltó el apoyo de su equivalente provinciano. Ninguna otra clase quiso sustituirla y, cuando los militares se sublevaron, se convirtió en la base civil de la ofensiva insurgente y del nuevo estado franquista[19].

La religión, al parecer, era una de las causas importantes que separaban a la pequeña burguesía «urbana» de la «provinciana». La primera era la heredera de los liberales anticlericales del siglo XIX, los cuales no habían sabido llevar la revolución burguesa hasta sus últimas consecuencias. La peculiar forma de dicha revolución, que había culminado en la alianza entre la burguesía y la aristocracia terrateniente, había llevado a la aceptación de la ideología dominante de la oligarquía. No hubo una «ruptura», no surgió una nueva ideología burguesa. El dominio ideológico de la iglesia —en los años treinta al igual que en el siglo pasado— constituyó el reverso del fracaso de la burguesía al intentar hacer su revolución ideológica. Desde el período absolutista precedente la iglesia aportaba las «categorías ideológicas que justificaban la represión y la intolerancia necesarias para mantener el sistema y las había traspuesto al plano religioso: la intolerancia asumía el carácter de santidad… La defensa inmovilista del sistema lanzaba la acusación de herejía contra toda actitud reformista»[20].

Al arremeter contra la iglesia, la coalición republicano-socialista que había subido al poder tras el advenimiento de la república se enfrentó con un oponente muy poderoso: 30 000 sacerdotes, 20 000 monjes y frailes, 60 000 monjas hacían que la iglesia española tuviera la proporción más alta de clérigos regulares y seculares por habitante fuera de Italia.

Su riqueza era desconocida, pero considerable. Sin embargo, su verdadera fuerza no estaba en su envergadura ni en su riqueza, sino en el dominio ideológico que ejercía dentro de la sociedad. Al tratar de romper tal dominio, especialmente en el importante campo de la educación religiosa, lo que hacía la pequeña burguesía urbana era atacar el mismísimo fundamento ideológico del dominio de la clase dirigente. La religión era lo que mantenía ideológicamente atados a los sectores de otras clases, incluyendo la pequeña burguesía de provincias, en la aceptación de dicho poder.

El nuevo régimen se echó de cabeza a la batalla. La libertad religiosa fue proclamada por decreto; la nueva constitución separaba a la iglesia del estado y preparaba el camino para que, en el curso de dos años, se abolieran los estipendios del estado a los sacerdotes, se prohibiera a las órdenes religiosas impartir cualquier tipo de enseñanza salvo la religiosa, toda la educación fuera laica, se disolviera la Compañía de Jesús, se introdujera el divorcio, y el matrimonio y el entierro civiles. Como era de esperar, la reacción no tardó en producirse.

«Muchos españoles se consideraban católicos por el hecho de haber sido bautizados. En su actitud hacia la vida poco más denotaba que lo fueran —opinaba el catedrático y diputado monárquico Pedro Sáinz Rodríguez—. En tiempos de la monarquía, cuando llegaba el día del Sagrado Corazón quizá siete de cada cien personas ponían colgaduras en sus balcones. Cuando la república prohibió las colgaduras, de pronto empezó a ponerlas gente que no creía en el Sagrado Corazón, en Jesús ni en el mismo Dios…»

En opinión de David Jato, el líder estudiantil falangista, los republicanos liberales olvidaron lo fácil que es confundir el anticlericalismo con el anticatolicismo. La gente que se sentía profundamente católica, aunque no fuese practicante, vio en el nuevo régimen una grave amenaza para sus sentimientos religiosos.

Antes de la introducción de nuevas leyes y de que hubiese transcurrido un mes desde la proclamación de la república, sucedió algo que soliviantó a la derecha y confirmó sus sospechas de que la república era anticlerical. Los monárquicos celebraron un mitin en el curso del cual se interpretó la marcha real. Terminado el acto, se produjeron disturbios. Al día siguiente, en Madrid fueron incendiados

varios conventos. La quema de conventos se extendió hacia el sur y alcanzó a Málaga y Sevilla. A juicio de un sacerdote madrileño, el padre Alejandro Martínez, la república se suicidó aquel día.

«He aquí un régimen que, aunque cueste creerlo, había llegado con apoyo clerical y que en menos de un mes condonaba la quema de conventos e iglesias. La izquierda española siempre había sido anticlerical, antirreligiosa… Fue a partir de aquel día (el 1 de mayo de 1931) cuando comprendí que nada se conseguiría por medios legales, que para salvarnos tendríamos que sublevarnos antes o después…»[21]

«La quema de conventos causó una tremenda impresión en todo el país —explicaba el marqués de Puebla de Parga, estudiante universitario monárquico—. Ante el poco respeto que la ley y el orden merecían a la república, los estudiantes antirrepublicanos comenzamos a organizamos, formando guardas nocturnas para defender los conventos…»

Otro estudiante, Enrique Miret Magdalena, que pertenecía a la juventud católica, vio que a partir de aquel momento el clero dividía el país en «católicos» y «no católicos», en derecha e izquierda.

«Incapaz de comprender las cosas nuevas del mundo, el clero se parapetó y empezó a fomentar una ideología que sirviera para mantener su posición en la sociedad. Se dio cuenta de que la república iba a combatir el clericalismo, que era la ruina de este país. A la sazón, yo compartía el parecer del clero. Hasta más tarde no empecé a ver las cosas de otro modo[22], a comprender que, en realidad, el republicano medio era muy respetuoso con la religión…»

Fue poquísima la gente que tomó parte en la quema de conventos. El nuevo régimen actuó torpemente al no impedir una provocación que posteriormente sería condenada de todo corazón por los partidos republicanos y socialistas. Pero los sucesos tuvieron una repercusión tremenda en la burguesía. Al fin y al cabo, lo sucedido era precisamente lo que dicha clase ya esperaba, lo que la historia moderna de España le había enseñado a esperar de los liberales anticlericales.

Un líder madrileño de la juventud de Izquierda Republicana, Andrés Márquez, negó que el anticlericalismo fuera la causa principal de la quema de conventos. El día antes había pasado por delante de la casa donde los monárquicos estaban celebrando su mitin.

«¡Qué provocación! ¡A sólo unas semanas de la proclamación de la república, que se había producido tan pacíficamente que podía ir a misa quien

quisiera! Al día siguiente se incendiaron varios conventos, pero no perdió la vida ningún sacerdote, fraile o monja. En tiempos de la monarquía del siglo pasado no sólo se quemaron conventos, sino que hubo también matanzas de sacerdotes… No, la verdad del asunto es que la derecha española tenía sus raíces en el clericalismo, era una oligarquía "religiosa"; pero era una religión que no tenía nada que ver con el cristianismo…»

La causa de la verdadera batalla, sin embargo, no sería la quema de iglesias. Había cosas más importantes en juego. Lo que movilizó a la opinión tradicional[23] fueron varios aspectos de la cuestión de la enseñanza, lo cual no debe sorprender a nadie.

«Se quitó el crucifijo que había en las aulas de las escuelas estatales y en éstas se suprimió la enseñanza religiosa. Ello dividió al país y provocó una reacción muy violenta —contaba el marqués de Puebla de Parga—. El asunto de los crucifijos fue el que más odio despertó; simbolizaba un intento de arrancar la creencia religiosa del corazón del país…»

Como reacción, los creyentes y sus hijos empezaron a llevar crucifijos negros sobre la ropa. La ley, no obstante, permitía que las escuelas estatales permaneciesen abiertas los domingos si un número suficiente de padres solicitaba que a sus hijos se les enseñase la religión.

«Eso fue un signo de tolerancia, es cierto. Maestros voluntarios y jóvenes como yo íbamos a las escuelas y dábamos clase de religión los domingos. A mí me gustaba, ya que me daba sensación de hacer algo útil. Después nos íbamos a tomar una cerveza en un bar de Carabanchel bajo, que era el barrio obrero donde estaba mi escuela. Los obreros endomingados bromeaban con nosotros. Parecía agradarles que les enseñásemos el catecismo a sus hijos. Sin duda, apoyaban a los partidos que en las Cortes votaban a favor de las medidas anticlericales. Es difícil entender este período de la historia de España, tan contradictorio…»

No todos los republicanos de izquierda compartían las opiniones de su partido sobre la cuestión religiosa. Régulo Martínez, el sacerdote que había dejado su parroquia para dirigir una escuela laica, me dijo que, a su juicio, la ofensiva contra la iglesia fue un error.

«Fue una cosa exagerada, equivocada. No se trataba de un simple anticlericalismo, sino que era una verdadera fobia hacia todo lo eclesiástico y religioso. Yo era favorable, y así lo decía, a la separación entre la iglesia y el estado: era fundamental para el bienestar de ambos. Estuve de acuerdo con la disolución de los jesuítas, ya que eran los enemigos más encarnizados de la república. Uno de

ellos, en un sermón, dijo que la mujer que solicitase el divorcio no era mejor que una puta. Me pareció justificada la medida de abolir los estipendios de los obispos y canónigos; pero no los del clero rural. La república quería ampliar la educación, pero carecía de maestros; dejó que los sacerdotes la ayudasen en esta tarea. Si la república les ayudaba a ayudarla, este clero rural se vería atraído hacia la república. A estos sacerdotes los había deformado la educación recibida en el seminario, como me había pasado también a mí. Y al igual que yo, tendrían que reeducarse…»

La reacción del clero fue menos estridente en lo que pasaba por ser una de las zonas más religiosas —por no decir la más religiosa— de la península: el País Vasco[24]. Para el padre José María Basabilotra, un sacerdote bilbaíno ordenado recientemente que ejercía su ministerio en un pequeño pueblo de Álava, había incluso aspectos positivos en las medidas tomadas por la república. Hicieron que el clero vasco trabajase aún más, estuviera más cerca del pueblo.

«Por supuesto que la quema de iglesias y la persecución contra el clero nos deprimía e indignaba. No era ésta la república que nosotros queríamos, pero ello no nos convirtió en antirrepublicanos. Yo estaba a favor de la separación de la iglesia y el estado. El apoyo a la iglesia debía ser cosa de los fieles…»

El clero vasco —«hijos del pueblo que vivían con el pueblo»— conservó la fe en las gentes humildes y corrientes. Si en otras partes no existía el profundo sentido de la religión que tenían los vascos, la culpa era de los sacerdotes y no del pueblo. En otras partes la mayoría del clero estaba demasiado apegada a los ricos y poderosos. «Aquí la gente iba a la iglesia para adorar a Dios y no a unas imágenes».

Al igual que el padre Basabilotra, que era partidario del nacionalismo vasco, el padre Luis Echebarría creía que, si la república hubiese limitado su legislación religiosa a la separación de la iglesia y el estado, pocas habrían sido las repercusiones. Pero, en vez de ello, lo que la república trataba de hacer era borrar la religión del mapa. Este propósito estaba condenado al fracaso en el País Vasco y en Navarra, «donde las creencias religiosas eran auténticas».

«En otras partes la religión era oficial y, como tal, carecía de la única cosa que era necesaria para impedir el éxito de la persecución: una base popular. Por esto en otras partes el clero se opuso totalmente a la república, mientras que aquí nos opusimos solamente a su legislación religiosa. A decir verdad, el anticlericalismo apenas nos afectaba…»

En Cataluña, patria del anarcosindicalismo industrial, no se habían

incendiado iglesias ni conventos en 1931. Maurici Serrahima, destacado miembro de Unió Democrática —«el único partido cristianodemócrata que ha existido en España»— opinaba que el nacionalismo catalán había sido beneficioso para la iglesia en Cataluña. Durante los pasados quince años más o menos el clero catalán —en respuesta a la defensa de los intereses catalanes que elevaron el nivel general de cultura del país— había concentrado su atención en las cuestiones culturales catalanas, lo cual había contribuido a que la iglesia estuviera mucho más abierta al mundo. «No puede decirse que fuese una iglesia conciliar, pero sí era preconciliar».

Sin embargo, a juicio de Tomàs Roig Llop, abogado liberal y católico practicante, ello no significaba que la república no hubiese cometido un gravísimo error político al enfrentarse al problema religioso. La evolución del católico español típico había sido lenta, suponiendo que hubiese habido tal evolución. Esperar que la gran masa de españoles afrontase simultáneamente una nueva situación política y una nueva situación religiosa era esperar demasiado en unos momentos en que «dicha masa no sabía cómo superar sus creencias religiosas». La república debería haber dejado en paz el problema.

«Era demasiado delicado para que se le pudieran aplicar soluciones radicales. Así era en Cataluña y más aún en el resto de España. Al mismo tiempo, era necesario hacer que la iglesia, especialmente la jerarquía, se diera cuenta de la necesidad de estar cerca del pueblo, como lo habían logrado el cardenal Vidal i Barraquer de Tarragona y unos cuantos más…»

Aunque Roig Llop no era partidario de la separación de la iglesia y el estado, tal vez ésta, mirando las cosas objetivamente, hubiese sido aceptada por los católicos. Pero existía el temor (reavivado por la quema de iglesias y confirmado por la legislación subsiguiente) de que la república estuviera atacando al catolicismo en general y a la enseñanza religiosa en particular[25].

Afrontar de golpe todo el problema de la dominación religiosa representaba atacar de frente a la clase dirigente en el nivel ideológico sin privarla de su verdadera fuente de poder: el control de la economía. Quizá porque habían sufrido más a causa de los problemas ideológicos culturales que a causa de los socioeconómicos, a los republicanos de izquierda les preocupaban más aquéllos que éstos; no fue casualidad que los mayores progresos conseguidos por la república durante los primeros dos años tuvieran por escenario la enseñanza. Sin embargo, los dos tipos de problemas eran inseparables si lo que se pretendía era establecer una democracia parlamentaria. La reforma agraria amenazaba el poder económico del mismo modo que la enseñanza laica amenazaba el dominio ideológico. La oposición lo vio claramente. Ernesto Castaño, uno de los que en

Salamanca más contribuyeron a movilizar la reacción católica y agraria en contra de la legislación agraria[26], no albergaba ninguna duda en el sentido de que la defensa de una cosa entrañaba la defensa de la otra.

«Los intereses materiales y religiosos estaban necesariamente entrelazados. La lucha encarnizada que estábamos librando nos obligaba a buscar apoyo en cualquier fuerza que se opusiera a la violencia republicana. Estábamos en primera línea, en las trincheras. La constitución confirmó la postura sectaria y antirreligiosa de la república, permitió que Azaña dijera que España había dejado de ser católica[27], del mismo modo que otras medidas demostraron que la república deseaba estimular la lucha de clases en el campo…»

No fue hasta más tarde, durante la guerra, cuando Castaño comenzó a ver a la iglesia bajo una luz distinta y se dio cuenta de que no había interpretado un papel cristiano, de educadora[28]. Pero antes de la guerra, y especialmente durante los primeros dos años de la república, la defensa de la religión, de la familia, de la propiedad y del orden social fueron las partes constituyentes de la contraofensiva global de la burguesía, contraofensiva que quedaba resumida en la frase «Al servicio de España».

C. DOS NACIONALISMOS

En su búsqueda de nuevas formas de expresión y legitimación del dominio burgués bajo el nuevo régimen, los republicanos de la pequeña burguesía se enfrentaban con varios problemas, entre los que se encontraba el de satisfacer los deseos de autogobierno de las pequeñas burguesías catalana y vasca. El éxito reforzaría a dichas burguesías en sus propios países y, por ende, a la república central. La coalición dominada por los republicanos supo entenderlo en el caso de Cataluña, que recibió un estatuto de autonomía en 1932. El País Vasco, sin embargo, tuvo que esperar hasta la guerra. La diferencia no era accidental.

«Los catalanes consiguieron su estatuto porque eran de izquierdas. Pero los nacionalistas vascos no éramos blancos ni negros, no encajábamos en ninguna definición, éramos odiados por todo el mundo…»

Esta opinión, expresada por Juan Manuel Epalza, miembro de una destacada familia bilbaína del PNV, señalaba una realidad ampliamente reconocida. La pequeña burguesía catalana y su partido político, la Esquerra Republicana de Catalunya, se hallaba muy a la izquierda del PNV, cuyo eslogan era «Dios y fueros viejos». Miembros de la futura Esquerra habían suscrito el Pacto de San Sebastián

en 1930, que puso los cimientos políticos de la nueva república. No así el PNV. Francesc Macià, el líder de la Esquerra, proclamó la República Catalana horas antes de que la Segunda República Española fuese proclamada en Madrid el 14 de abril de 1931[29] El PNV no imitó tan dramático gesto. Esperó tres días antes de dar la bienvenida a la república y pidió un régimen autónomo vasco dentro de una república federal que reconocería la «libertad e independencia de la iglesia católica».[30].

El PNV era un partido católico, liberal y antisocialista; la Esquerra era un partido radical cuyo programa incluía «la socialización de la riqueza en beneficio de la colectividad».

La diferencia entre los dos partidos nacionalistas reflejaba las diferencias socioeconómicas más profundas que existían entre los dos países y entre éstos y el resto del estado español[31].

El capitalismo catalán, basado en la empresa de propiedad familiar, principalmente en la industria textil, necesitaba tener un amplio mercado en España. En tiempos de la monarquía, la oligarquía agraria fue siempre un obstáculo para la expansión de dicho mercado al negarse a «modernizar» la agricultura y de este modo aumentar el poder adquisitivo nacional. Al carecer de capital financiero que le permitiera penetrar en la economía española, la burguesía catalana se replegó en su catalanismo con el objeto de tener una oportunidad mejor de hacerse cargo del estado español y «renovarlo», tarea en la que fracasó señaladamente. En los momentos cruciales, cuando sus intereses de clase se veían amenazados por el proletariado, sacrificaba su nacionalismo en aras de la intervención del gobierno central.

A diferencia de su equivalente catalana, la burguesía industrial y financiera del País Vasco no abrazó la causa del nacionalismo. La industria vasca, que producía principalmente bienes de capital, y capital financiero, dependía mucho menos del mercado consumidor español y estaba mucho más apegada a la oligarquía terrateniente. Durante el primer cuarto del siglo XX, de los seis principales bancos de España sólo uno no estaba directa o indirectamente vinculado con el capital vizcaíno; de hecho, dos de ellos fueron fundados en Bilbao. A diferencia de la empresa catalana, el capital vizcaíno operaba en sociedades anónimas. Gracias a sus recursos —el principal de ellos, el mineral de hierro, era totalmente independiente del mercado español— la burguesía vasca estaba mejor situada para sacar provecho político de su peso económico en Madrid. No necesitaba el nacionalismo para tener peso[32].

Al llegar los años treinta, tanto la pequeña como la gran burguesía de

Cataluña estaban en posición de sostener sus propios partidos nacionalistas de clase: la Esquerra y la Lliga Catalana, respectivamente. En el País Vasco el nacionalismo se veía representado únicamente por el PNV, que era interclasista y cuya política estaba más cerca de la Lliga liberal conservadora que de la Esquerra[33].

Políticamente hablando, tanto la Esquerra como el PNV desplazaron a sus respectivas oligarquías bajo la república. Ambos partidos contaban con el apoyo de más o menos la misma clase social: el campesinado y la pequeña burguesía urbana, pequeños industriales y artesanos. Pero aquí terminaba el parecido.

Tomàs Roig Llop, abogado nacionalista catalán que ingresó en la Lliga durante la república, me dijo que las diferencias se notaban fácilmente. En 1933 visitó el País Vasco como miembro de una comisión catalana invitada por el PNV. Le impresionó la intensidad del sentimiento religioso y nacionalista que vio allí. En el País Vasco el sentimiento nacionalista intuitivo era mucho más profundo que en Cataluña.

«Me impresionó tremendamente ver cómo obreros, sacerdotes y gentes de clase media se mezclaban espontáneamente, unidos por su intenso nacionalismo. Lo que faltaba en el nacionalismo vasco era el elemento cultural. Los catalanes viven y sienten con gran fuerza su cultura, sus tradiciones, especialmente su lengua…»

Fuesen cuales fueran las diferencias, a su juicio la república cometió un grave error no concediendo un estatuto de autonomía a los vascos al mismo tiempo que lo concedía a los catalanes.

En agosto de 1931 se preparó un borrador de estatuto que fue aprobado por el 75 por ciento del electorado catalán. En Barcelona, donde de su millón de habitantes había 370 000 no catalanes, sólo se registraron 3000 votos en contra. La clase obrera había votado claramente a favor del autogobierno. La CNT dio a sus miembros la libertad de actuar como quisieran. Josep Costa, obrero de la industria textil que era cenetista de toda la vida, simpatizaba con el concepto de la autonomía catalana. Si bien, según el movimiento libertario, votar era una «estupidez que no resolvía ningún problema» —postura con la que él se identificaba ideológicamente—, Costa votó a favor del estatuto.

«No fui el único. En Cataluña amplios sectores de la CNT eran más o menos catalanistas. Los trabajadores inmigrantes, por el contrario, tendían a ser contrarios. Antes de la guerra, en el barrio de La Torrassa aparecieron carteles que decían: "Aquí se prohíbe hablar catalán". Este tipo de trabajador inmigrante recién

llegado era el que apoyaba a los elementos extremistas de la CNT…»

Pero, cuando en septiembre de 1932 a Cataluña le fue concedido el estatuto, Costa se llevó un sobresalto. De pronto se dio cuenta de que, aunque Cataluña tenía ahora su propio gobierno, los intereses económicos seguían donde antes.

«Mi patrono era catalanista. Siguió jodiéndome a mí y a los demás obreros igual que antes. Comprendí que debía ver claramente dónde estaban mis verdaderos intereses… cosa que en aquel momento no ofrecía demasiadas dudas…»

El estatuto de autonomía aprobado por la Asamblea Constituyente de Madrid no preveía el «estado autónomo» por el que habían votado tres cuartas partes del electorado catalán. En su lugar, se refería a Cataluña como «región autónoma» y confería una porción de los impuestos internos considerablemente menor de la que se había pedido[34].

El nuevo estatuto reconocía el catalán como lengua oficial al lado del castellano y daba a la Generalitat —llamada así por ser éste el nombre del parlamento medieval del reino catalanoaragonés— competencia en los siguientes ámbitos de importancia: enseñanza, servicios internos de policía, transportes ferroviarios, marítimos y por carretera, obras públicas, justicia y ciertos aspectos de la recaudación de impuestos.

La derecha española se levantó en armas —y no se trata de una simple metáfora— a causa del estatuto. La sublevación monárquico-militarista de Sanjurjo, que tuvo lugar en Sevilla en agosto de 1932, fue un intento de impedir que el proyecto de ley fuese aprobado por las Cortes[35]. Cuatro meses antes, Calvo Sotelo, el líder monárquico, había calificado el proyecto de ley de «expoliación de la soberanía y robo del patrimonio».

Tras este arranque de cólera por parte del exministro de Hacienda del general Primo de Rivera había cierta realidad económica: el estado español recibía poco menos del 19 por ciento de sus ingresos totales de Cataluña, mientras que de su presupuesto total sólo gastaba el 5 por ciento en Cataluña[36].

Significativamente, la oposición en la Asamblea Constituyente no quedó limitada a la derecha, sino que incluyó también a los republicanos liberales. La hostilidad hacia el «separatismo» era uno de los pocos campos ideológicos en el que la vieja clase dirigente monárquica había hegemonizado a grandes sectores de las demás clases, incluyendo la obrera, fuera de los litorales avanzados atlántico y mediterráneo.

En realidad, la Esquerra jamás fue separatista, aunque a sus enemigos les gustaba mantener el mito de que sí lo era.

«En Cataluña el separatismo contaba únicamente con el apoyo de una reducida minoría y nunca jugó un papel predominante. Pero no hay que olvidarse de una cosa —sostiene Roig Llop—: en cuanto catalanes de distintas tendencias empiezan a agruparse debajo de la bandera del nacionalismo catalán, los españoles que antes muestran viva simpatía por Cataluña empiezan a observar nuestro problema con considerable hostilidad…»

La causa era el temor al separatismo, cosa que, a su juicio, era inconcebible geográfica, económica y «mentalmente». Cataluña era la ruta de tránsito entre España y el resto de Europa.

«Pero, en cuanto surge la más leve amenaza de separatismo catalán, todas las facciones de Madrid se combinan automáticamente para combatir la amenaza. Y el ejército ha ido siempre en cabeza cuando se trata de sofocarla…»

Tras salir victoriosa de las elecciones municipales de 1931 que llevaron a la proclamación de la república, la Esquerra pasó a ser no sólo el partido catalán dominante, sino el partido mayoritario en el gobierno. Su misión, por supuesto, consistía en resolver la crisis fundamental de la burguesía. Solucionada ya la cuestión de la autonomía (aunque la solución no satisficiera todas las aspiraciones nacionalistas), quedaba la cuestión obrera. La primera podía ayudar a resolver la segunda, que era más difícil. Una clase obrera radical hacía necesarias soluciones sociales también radicales que pudieran tomarse dentro del marco de una Cataluña autogobernada.

Dada la situación económica, sin embargo, no resultaba fácil encontrar tales soluciones. Aunque la depresión afectó menos a la industria textil catalana que a otros sectores industriales durante los dos primeros años de la república, la escasez de los medios económicos concedidos por el gobierno central a la Generalitat, así como la falta de capital financiero catalán, hacían difícil la reactivación de la economía catalana. Esta reactivación, como es obvio, era un elemento importante para «incorporar» a la clase obrera. En Barcelona, el paro entre los obreros de la construcción, principalmente anarcosindicalistas, era muy grande. A pesar de ello, a mediados de 1933, el peor año de la depresión, organizaron una huelga que duró tres meses y medio. La influencia de los «puristas» de la FAI en el seno de la CNT hacía aún más difícil la tarea de los republicanos pequeñoburgueses, ya que para seguir en el poder la Esquerra necesitaba del voto obrero.

Sebastià Clara, uno de los signatarios del manifiesto treintista que en 1931

había escindido a la CNT[37], se hizo partidario, aunque no miembro, de la Esquerra. De haber existido un partido socialista catalán con las mismas probabilidades de granjearse el apoyo de la clase obrera, habría preferido trabajar con él.

«Pero las masas de la CNT no hubieran compartido mi punto de vista. La CNT no era apolítica, sino que era fundamentalmente antipolítica. Y dentro de esta perspectiva, los militantes de la CNT eran mucho más hostiles a los partidos marxistas autoritarios que defendían la necesidad de un estado, que a los partidos republicanos de la pequeña burguesía, como por ejemplo la Esquerra. Con el apoyo de los votos de la clase obrera, la Esquerra se convirtió en el partido dominante de Cataluña y siguió siéndolo…» [38]

La Esquerra se mantuvo en el poder mediante una estrategia electoral consistente en incorporar elementos conocidos por su izquierdismo político y social, incluyendo socialistas, con el fin de atraerse a la pequeña burguesía radicalizada y al proletariado, republicanos independientes y representantes de la burguesía liberal catalana, así como líderes campesinos para asegurarse el importante apoyo de los *rabassaires*, el sindicato campesino catalán[39].

«El progreso no asustaba a la Esquerra —contaba Josep Andreu Abelló, uno de los diputados del partido en el parlamento catalán—. Aunque carecía de una clara postura socialista, era un partido progresista que incluía miembros de la burguesía, progresistas de izquierdas, socialistas e incluso cierto número de miembros de la CNT…»

En 1934, cuando en Madrid ocupaba el poder un gobierno de centro con el apoyo parlamentario de la CEDA, Cataluña era el único lugar del estado español donde seguían gobernando los republicanos de izquierda. La confrontación era casi inevitable. Su causa fue la agricultura, cosa paradójica tratándose de una región industrial: la Llei de Contractes de Conreu, la reforma agraria de la Esquerra, encontró la oposición de la alta burguesía, que la juzgó «anticonstitucional»[40]. Esto, unido a la lentitud con que se efectuaba la transferencia de poderes al amparo del estatuto de autonomía, impulsó a la Esquerra a participar en la insurrección de octubre de 1934.

Durante el año anterior, un ala del partido se había vuelto cada vez más nacionalista y protofascista. Su líder, Dencàs, consejero de Gobernación de la Generalitat, y su leal seguidor Miquel Badia, jefe de la policía barcelonesa, acosaban a la CNT, que se valió de ello como pretexto para no secundar la insurrección. Al caer la tarde del 6 de octubre, Lluís Companys, líder de la Esquerra y miembro del ala republicana democrática del partido, declaró —una

vez más— el estado catalán dentro de la república federal española. Los *escamots* de Dencàs, que esperaban una declaración de independencia, se echaron a la calle. Sin el apoyo de la CNT, no era de esperar que una insurrección triunfase en Barcelona. En menos de doce horas la Generalitat se rindió a una pequeña fuerza del ejército y el levantamiento quedó sofocado. Dencàs huyó antes de la rendición. Companys y los miembros del gobierno de la Generalitat fueron arrestados y condenados a 30 años de cárcel. El estatuto de autonomía fue suspendido.

La derrota tuvo un efecto importante en la Esquerra: dentro del partido significó el fin del ala llamada Estat Català, ultranacionalista y protofascista. En lo sucesivo la tendencia dominante fue la republicana democrática, que estaba más íntimamente vinculada con la pequeña burguesía. A resultas de ello, la Esquerra se hizo cada vez más moderada y dentro del régimen republicano buscó un *modus vivendi* con la Lliga Catalana, representante de la gran burguesía[41].

En febrero de 1936, la Esquerra, como miembro principal del Front d'Esquerres de Catalunya (que así era como allí se llamaba el Frente Popular), recuperó su posición dominante en la política. El Front d'Esquerres obtuvo el 59 por ciento del voto popular comparado con el 41 por ciento conseguido por la derecha. Companys y su gobierno fueron puestos en libertad. Al mismo tiempo, la Lliga Catalana adoptó una postura más centralista que la antiliberal y antiautonómica que exhibiera durante la campaña electoral y se preparó para interpretar el papel de leal oposición. Esto, según la opinión de Roig Llop, concordaba con la tradición de la clase media catalana. «Coexistencia, conciliación, diálogo, odio a la violencia… en resumen, el modelo inglés, que para nosotros representaba el ideal político…»

Cabría decir que Cataluña, a despecho del peso de la CNT, fue la única parte del estado español donde antes de la guerra se produjo un proceso de consolidación de la democracia burguesa avanzada.

Comparado con la Esquerra, el PNV de antes de la guerra era un partido no gobernante dentro de un país no autónomo que se enfrentaba con una clase obrera dirigida por los socialistas y bajo la fuerte influencia de la línea centrista de Prieto. El nacionalismo y la religión eran el «aglutinante» ideológico del PNV. Epalza, de los Mendigoxales, movimiento juvenil del partido, comparó el PNV con un disfraz de arlequín.

«Lo cubría todo, la clase alta, la clase media, los obreros, los campesinos. Todos ellos unidos por un hondo sentido de la religión, del patriotismo vasco y de la democracia[42]. Tenía sus alas izquierda y derecha; era como un movimiento de resistencia. Una vez se hubiera expulsado al opresor y conquistado la libertad, era

casi seguro que el partido se escindiría en las partes que lo constituían. Entretanto, representaba el espectro de un futuro parlamento vasco, puesto que los demás partidos se habían autoexcluido al negarse a abrazar la causa nacionalista…»

Pero ¿qué significaba la libertad en términos futuros? ¿Una nación estado independiente, o la autonomía dentro del estado español? El PNV, a juicio de Luis Michelena, siempre mostró ambigüedad en lo referente a mis objetivos. Militante del PNV desde los 15 años de edad (y posteriormente principal filólogo de la lengua vasca), Michelena sabía que el partido evitaba declararse a favor sencillamente del autogobierno.

«Pero también evitaba definirse como separatista. De hecho, creo que el grueso de sus seguidores quería realmente una autonomía suficiente para defender la "personalidad" del País Vasco…»

A juicio de Epalza, el separatismo nació en Madrid. Lo que quería el País Vasco era ser él mismo, vivir su propia vida.

«¿Era eso incompatible con el estar más o menos unido a España? No más de lo que, por ejemplo, lo es el Canadá con respecto a la Commonwralth. Pero si España se comportaba con nosotros del mismo modo que los terratenientes ingleses se comportaron en Irlanda, entonces el separatismo era inevitable. Finalmente nos hicimos separatistas porque no había otra manera de resolver el asunto. Éramos vascos y Euskadi era nuestra patria. Así era de sencillo y complicado a la vez. Levantar una muralla china alrededor de nuestro país era absurdo, desde luego. Pero si la actitud de los demás nos forzaba a ello, entonces íbamos a tener que hacerlo. Los sentimientos y los odios pueden ser tan intensos que uno preferiría verse unido a Alaska más que a sus vecinos…»

Jagi-Jagi (Arriba-Arriba), el movimiento juvenil que se había escindido del PNV, era declaradamente separatista. Según un miembro del Jagi-Jagi, la escisión se había producido porque el PNV «se preocupaba demasiado por la política española» y su política social no era lo bastante radical. Pero el separatismo, a juicio de Trifón Etarte, no era sinónimo de aislacionismo o exclusivismo. Significaba el deseo de ser libres para crear una unión de todos los vascos a ambos lados de los Pirineos.

«Una unión con su propia personalidad vasca y que luego se juntaría con otras uniones. Una vez se haya reconocido nuestra personalidad, no hay ningún problema para llegar a un acuerdo con España o con una confederación de los pueblos de España. Pero antes teníamos que ser libres, libres del estado central que nos oprimía…»

Este sentimiento de opresión, que comenzó con la erosión y abolición final de los derechos forales [43] tras la última guerra carlista en 1876, se notaba especialmente a nivel cultural. No había una universidad vasca e incluso para obtener el título de enfermera había que presentarse a examen en Valladolid (Castilla la Vieja). En las escuelas había discriminación contra los que hablaban en vasco.

«En casa no hablábamos vasco. Pero, pese a ello, mis padres conocían el vasco mejor que el español —comentaba Asunción Caro, hija de un capitán de la marina mercante—. Mi padre, que tenía el vasco como lengua natal, tuvo que luchar denodadamente para aprobar los exámenes en español. Por ello pretendía que sus hijos no sufriéramos las mismas dificultades…»

De igual opinión era su madre. Todavía recordaba que la hacían llevar «el anillo» en un dedo por hablar vasco en la escuela. «Era un horrible castigo que imponía la maestra española. No te quitaba el anillo hasta que denunciabas a otro alumno por hablar vasco». Asunción Caro no aprendió el vasco de niña.

«La mayoría de las monjas españolas que había en mi escuela consideraba que hablar vasco era una vulgaridad, cosa de campesinos. No podíamos hablar nuestra propia lengua en nuestra patria…»[44]

Por la misma razón, un elevado porcentaje de la pequeña burguesía nacionalista de Bilbao no sabía hablar vasco. Cuando reflexionaban sobre por qué, sentían reafirmarse la sensación de opresión, ya que eran conscientes de que sus abuelos, si no sus padres, sí lo hablaban.

Desde poco después de la proclamación de la república hasta el estallido de la guerra, se presentaron tres proyectos de estatuto de autogobierno sin que ninguno de ellos se convirtiera en ley. El primero, en 1931, encalló en la Asamblea Constituyente, debido a que una de sus cláusulas garantizaba la completa autonomía de las relaciones del «estado vasco» con la iglesia y el derecho de negociar un concordato independiente con el Vaticano. El segundo, en el que no constaba dicha cláusula pero hacía referencia a «una administración política autónoma vasca dentro del estado español», fue derrotado con escaso margen de votos por Navarra[45]. Un tercer proyecto fue presentado a plebiscito en noviembre de 1933. Si bien consiguió el 90 por ciento de los votos en Vizcaya y Guipúzcoa, las dos provincias costeras, no alcanzó el 50 por ciento en Álava, más hacia el sur. El hecho fue aprovechado por el gobierno de centroderecha, que acababa de subir al poder en Madrid, como excusa para no conceder el estatuto. Finalmente, tras la victoria electoral del Frente Popular, el tercer estatuto fue presentado de nuevo a las Cortes y lo estaba estudiando un comité parlamentario cuando estalló la guerra.

El PNV, que era demasiado derechista para encontrar apoyo en la coalición republicano-socialista de 1931-1933[46], era también demasiado nacionalista y liberal para el gobierno de centroderecha que sucedió a la coalición hasta 1935. La hostilidad de la derecha hacia la autonomía había aumentado y ahora el estatuto catalán era identificado con la izquierda. En 1934, tras una alianza electoral con los carlistas en 1931, el PNV apoyaba a la Esquerra en su conflicto con el gobierno central.

Aunque el PNV seguía una línea «que a veces parecía acercarnos a la derecha y otras veces a la izquierda», a juicio de Epalza era «una línea más recta que la de la derecha o la de la izquierda».

Era una línea que perseguía consistentemente la autonomía pero que, al menos al principio, interpretó mal las realidades políticas existentes. Así lo creía Michelena.

«En gran parte fuimos nosotros mismos los responsables de que quedasen bloqueadas las posibilidades de autonomía durante la Asamblea Constituyente. Éramos demasiado clericales, mientras que el régimen republicano era excesivamente anticlerical. Traer a colación cuestiones religiosas, proponer relaciones directas con el Vaticano, como se hizo en la primera propuesta de estatuto, era claramente inaceptable para Madrid. En estas cuestiones los catalanes estaban más avanzados que nosotros. Y además lo sabían. Prieto nos acusó de tratar de crear un Gibraltar vaticano en el norte…»

Pero la derecha, que al principio había apoyado la autonomía, vio que la república estaba «echando raíces» y que la autonomía vasca no haría más que consolidarla. Por lo tanto, empezó a oponerse a ella.

«Vimos claramente que no se nos concedería la autonomía bajo el régimen de centroderecha. Y así, poco a poco, empezamos a movernos hacia la defensa de posturas democráticas, apoyando a la Esquerra en el conflicto suscitado por su ley para la reforma agraria…»

Los sucesos de octubre de 1934 ilustraron claramente la diferencia que existía entre el PNV y la Esquerra. Mientras ésta secundó la sublevación, el PNV —pese a considerar que el principal peligro provenía de la derecha— ordenó a sus miembros que se abstuviesen. Fue un preludio de la actitud que, a juicio de muchos de sus miembros, el partido debería haber adoptado al empezar la guerra[47].

Si era suspicacia mutua lo que había entre los liberales republicanos de

Madrid y el PNV, sólo de franca hostilidad puede calificarse a lo que había entre los nacionalistas vascos y los partidos obreros del País Vasco. Durante los primeros dos años de la república hubo choques callejeros, tiroteos y muertos. Ramón Rubial, tornero y miembro del ejecutivo del sindicato ugetista de metalúrgicos, recordaba que el grito de «¡Gora Euskadi!» (¡Viva el País Vasco!), bastaba para que los socialistas se lanzasen al ataque. Los nacionalistas vascos eran «conservadores, confesionales y racistas». En las minas se habían hecho fortunas a expensas de la mano de obra inmigrante que virtualmente vivía en *ghettos* en los pueblos mineros de Las Encartaciones.

«Creíamos que la liberación de la región debía llegar con la liberación de toda España, con la supresión del capitalismo. Cuando la nueva constitución republicana incorporó la idea de la autonomía regional, nosotros la aceptamos. Mas no por ello cesó nuestra hostilidad hacia el PNV como partido. Conviene recordar que por aquel entonces el partido socialista era resueltamente anticlerical. Cualquier miembro se exponía a la expulsión por casarse por la iglesia o bautizar a sus hijos. La iglesia estaba aliada con los capitalistas y nosotros teníamos que defender una postura de clase…»[48]

La acusación de racismo la hizo también Saturnino Calvo, un joven minero comunista.

«Los capataces y supervisores eran vascos, mientras que la mayoría de los mineros procedía de otras partes de España. Los seguidores del PNV tenían su propia palabra insultante para referirse a los que no éramos vascos: *maketo*[49]. Sin embargo, hay que reconocer que la actitud del partido comunista hacia los nacionalistas fue bastante sectaria durante los primeros años de la república…»

Entre los partidarios del PNV estaba muy extendida la opinión de que la afluencia de trabajadores inmigrantes era una amenaza y que los partidos izquierdistas eran el enemigo mortal. Pedro Basabilotra, hijo de un contratista de obras, había ingresado en el partido tras pasar tres años en una escuela católica de Escocia y creía firmemente que los vasos debían defender su patrimonio.

«La invasión de inmigrantes amenazaba la pureza de la raza vasca, de nuestra sangre. No éramos racistas… ¡No y no! No tengo nada contra los pueblos de las otras naciones, sólo contra sus gobiernos. Además, muchos de estos inmigrantes entraban en el partido socialista. La izquierda era tan sectaria como la derecha. Nosotros luchábamos por un estado independiente. Si Inglaterra nos hubiese ayudado, yo habría apoyado gustosamente nuestro ingreso en la Commonwealth…»[50]

Al no encabezar la lucha en pos del derecho a la autodeterminación, los partidos proletarios no pudieron granjearse el apoyo de grandes sectores de obreros y campesinos vascos. Esto quedó claramente demostrado en 1936 cuando el Frente Popular abrazó la causa de la autonomía y la suspensión de los desahucios rurales, y el PNV perdió 5 de los 12 escaños que había ganado en las anteriores elecciones generales de 1933. El Frente Popular ganó ahora siete escaños, con lo que quedó igualado con el PNV. Éste no formó parte de ninguna alianza, fuese de izquierdas o de derechas, en las elecciones de 1936, y se presentó a ellas con un programa que quedaba resumido por su eslogan electoral: «¡Por la civilización cristiana! ¡Por la libertad vasca! ¡Por la justicia social!».

A diferencia de la pequeña burguesía catalanista, el movimiento nacionalista vasco pudo sostener un sindicato[51]. Se trataba de la llamada Solidaridad de Trabajadores Vascos (STV), que en sus orígenes había sido un sindicato católico. Su presidente era Manuel Robles, linotipista, que fue elegido para el cargo en 1933, el mismo año en que pasó a ser diputado a Cortes por el PNV. El sindicato no creía en la lucha de clases, que para él era una «enfermedad social».

«Nos era imposible creer que la historia del mundo debiera reducirse a dos clases. Ciertamente eran los capitalistas los responsables de imponer un sistema contrario a los trabajadores. Pero teníamos siempre presente la historia vasca, los tiempos anteriores a la pérdida de nuestra libertad y en los que existía la lucha de clases…»

El «comunitarismo» fue la solución propuesta por la STV. Se trataba de una tercera vía entre el socialismo marxista y el capitalismo. A juicio de Robles, lo malo del socialismo era que al trabajador le daba poco control sobre los medios de producción, de los que se hacía cargo el estado. En cuanto al capitalismo, la STV quería demostrar a los propietarios, a los monopolistas, que era posible dirigir la industria de otra manera, permitir la participación de los obreros con el fin de que cada uno de ellos comprendiese la finalidad de lo que producía.

La STV, que en los años treinta ya no era un sindicato confesional, creó cooperativas de consumidores y productores y organizó al campesinado. En 1936 afirmaba contar con 100 000 miembros[52].

Si bien era el más grande, el PNV no era el único partido nacionalista vasco. Acción Nacionalista Vasca (ANV), resultado de una escisión habida en el PNV en 1930, se declaró republicana desde el principio y entró en el bloque antimonárquico antes de la república. En 1936 formó parte del Frente Popular.

«Lo que más nos distinguía del PNV era nuestro deseo de separar la política

de la religión —explicaba Gonzalo Nárdiz, uno de los fundadores de ANV—. No éramos separatistas. Políticamente hablando, la existencia de una nación con sus propios derechos es compatible con la existencia del estado español. El separatismo lo considerábamos una imposibilidad, y dedicábamos nuestros esfuerzos a encontrar el modo de llegar a un entendimiento con el estado español…»

ANV adoptó una plataforma socialista que pedía la nacionalización de las industrias básicas, la banca y las comunicaciones. Sus miembros procedían principalmente de la pequeña burguesía urbana y no creció rápidamente, lo cual es prueba de que tenía que moverse en un medio nacionalista conservador.

La cuna del nacionalismo vasco eran Vizcaya y Guipúzcoa, las dos provincias industrializadas. Los vascoparlantes eran allí más numerosos que en Álava, la tercera provincia vasca, o que en Navarra. Esta última, como ya hemos visto, rechazó con un escaso margen de votos unirse a la autonomía vasca en 1931. El uso del vascuence había declinado gradualmente en Navarra y estaba concentrado principalmente en las montañas del norte, donde el campesinado era partidario del nacionalismo. Pero en otras partes de Navarra, donde era autosuficiente o relativamente próspero, el campesinado se inclinaba hacia el carlismo. En las extensas fincas situadas a orillas del Ebro, en el sudoeste de Navarra, los trabajadores agrícolas estaban afiliados a la UGT o a la CNT[53].

Por regla general, los carlistas rechazaban el nacionalismo vasco por considerarlo «separatista». Eran regionalistas, defensores de sus fueros[54] y no tenían ningún deseo de «desmembrar» la nación. Durante la república, el PNV sólo una vez había ganado un escaño parlamentario en Navarra, y eso había sido en 1931.

Pero quizás había otras razones por las cuales algunos sectores de la burguesía carlista de Navarra no apoyaban la autonomía vasca.

«No nos sentíamos 15 bastante identificados con el País Vasco como para cambiar la dependencia de Madrid por la dependencia de Bilbao o San Sebastián», explicaba Mario Ozcoidi, un carlista de Pamplona…

La fuerza financiera e industrial de las dos ciudades del norte podía parecer más amenazadora que la del Madrid no industrializado a ojos de una burguesía carlista que era predominantemente rural. La Navarra agraria podía encontrarse indefensa ante una de las dos regiones industriales más avanzadas del estado español.

Sin embargo, Antonio Izu sugirió que no era necesariamente éste el punto de vista del campesinado carlista. Según él, el responsable de la escisión respecto del nacionalismo vasco eran los líderes del carlismo, personificados en el conde de Rodezno.

«En la lucha entre el centralismo y el regionalismo, los líderes siempre se pusieron de parte del primero. En este caso arguyeron que la fe católica no podría defenderse si se llegaba a un acuerdo con un gobierno republicano anticatólico y exigieron un estatuto que respetase la religión. Nosotros, que no compartíamos la tendencia de los líderes, indudablemente habríamos aceptado el estatuto de autonomía si los carlistas y los nacionalistas hubiesen llegado a un acuerdo…»

Pero no sería así. La división de 1931, y el rechazo por parte de los carlistas de su heredero político, el nacionalismo vasco, se dirimiría con las armas en la mano seis años más tarde en la verde campiña de Guipúzcoa y Vizcaya.

D. LOS LIBERTARIOS Y LA REPÚBLICA

A los dos meses del advenimiento de la república, en el que extraoficialmente habían participado algunos líderes anarcosindicalistas, la CNT declaró que seguía «en guerra abierta con el estado. Las Cortes Constituyentes se nos enfrentan como lo haría cualquier otro poder de los que nos oprimen».

La coalición republicano-socialista respondió con una declaración parecida. A resultas de ello, aunque no fue oficialmente proscrita, quedó virtualmente fuera de la ley la mitad de la clase obrera del país afiliada a la CNT. Ello representaba una situación seria para un régimen nuevo cuyo éxito político dependía en gran parte de la incorporación de la clase obrera. Más seria aún era la situación de la clase obrera, que se encontraba irremediablemente escindida en el principio de un nuevo período revolucionario.

Como se sabe, la escisión no era nueva. En el siglo pasado el anarquismo llegó a España antes que el socialismo. Entonces al igual que ahora, la clase obrera se vio dividida ante la cuestión del estado y de la participación del movimiento obrero en la política. Hasta 1932 la CNT, que sin duda era la organización más revolucionaria de la clase obrera europea, superó numéricamente a la UGT socialista. El anarcosindicalismo se hallaba profundamente arraigado en ciertas zonas de España: entre la clase obrera industrial de Cataluña y el proletariado rural de Andalucía, así como en ciertos puntos de Galicia y Asturias y, de forma creciente, en Levante, Zaragoza y Madrid. Donde mayor fuerza tenía era entre los

jornaleros agrícolas y los obreros textiles, de la construcción y de la madera. Asturias era casi el único sitio donde tenía fuerza en la industria pesada o en la minería. Esta fuerza se daba especialmente en la ciudad siderúrgica de La Felguera.

Proscrita durante la dictadura, la postura de guerra abierta contra la república fue adoptada por la CNT en el congreso, el primero en doce años, que celebró en Madrid. La decisión representaba una victoria de los «puristas» de la ultraizquierda, organizados alrededor de la FAI, y manifestaba una división que venía marcando al movimiento ya desde la década de 1880. A un lado estaban los que creían que la revolución podía conseguirse mediante acciones violentas que provocasen el movimiento espontáneo de las masas; al otro lado, los que pensaban que antes de hacer la revolución había que organizar y educar a las masas dentro de una estrategia revolucionaria coherente.

Ambas tendencias coincidían en cuáles eran los objetivos revolucionarios en última instancia: la abolición de la propiedad privada, del gobierno y del estado, y la administración de la producción por parte de los mismos productores: la autogestión obrera. El proletariado barrería a los capitalistas rurales e industriales, desaparecerían el estado y la política, y las granjas y las fábricas serían dirigidas por asociaciones libres de productores. Donde surgían las diferencias era en cómo se conseguiría todo esto y qué estructura se le daría una vez conseguido.

Como el nombre indica, en el anarcosindicalismo se daban cita dos conceptos diferenciados y a la vez vinculados. En los años treinta ambos conceptos podían plantearse esquemáticamente recurriendo a una serie de polaridades: rural/urbano; local/nacional; artesanal/industrial; espontáneo /organizado; autárquico/interdependiente; antiintelectual/intelectual.

Para la primera de la serie, a la que podría categorizarse como el punto de vista anarquista, el comunismo libertario y su consecución se caracterizaban por su sencillez: «No hace falta inventar nada o crear un nuevo organismo. Los núcleos de la organización en torno a la cual se organizará la vida económica del futuro ya existen en la sociedad actual: el sindicato y el municipio libre… [Este último] de antiguo origen y en el cual, espontáneamente, los habitantes de pueblos y aldeas se congregan, ofrece una vía hacia la solución de todos los problemas de la coexistencia en el campo»[55]. Este punto de vista, expuesto por el doctor Isaac Puente, uno de los autores anarquistas españoles más influyentes de la época, expresaba una confianza total en las masas y su espontaneidad; el municipio libre, que era la asamblea soberana de los trabajadores en una localidad pequeña, debía conservar su autonomía, ya que sólo su buen funcionamiento garantizaba el funcionamiento del conjunto. Sobre ella no debía haber ninguna superestructura,

excepto la que ejerciera funciones especiales que no pudieran llevarse a cabo a nivel local. Debía rechazarse cualquier forma de anarquismo «constructivo», ya que contenía las semillas de la burocracia que llevaría a la restauración del estado. El municipio libre era la única institución que garantizaba el desarrollo de la libertad individual.

Esta visión se basaba en la vida rural, en la revolución rural. La insurrección partiría de los pueblos, aprestados para la guerra por «un puñado de camaradas audaces o por un pequeño sindicato rural», mientras que los obreros urbanos declararían una huelga general para contener a las fuerzas armadas. «La mayor parte de la población española vive en municipios pequeños y su reorganización en una forma libertaria es lo más fácil que imaginarse quepa»[56]. Además, si las ciudades resultaban un obstáculo, un foco de reacción, «será preferible borrarlas de la faz de la tierra. Los municipios rurales absorberán su peste reaccionaria y la purificarán»[57].

Esta tendencia, con su virulencia apolítica, antiparlamentaria, antimilitarista, anticlerical, su profunda hostilidad hacia todos los gobiernos y partidos políticos —incluyendo (especialmente) los partidos obreros-[58] consideraba que sus métodos de acción fundamentales eran la huelga insurreccional, el sabotaje, el boicot y el motín. La dimensión popular de su ideología cabría expresarla por medio de una serie de ecuaciones: política = «el arte de estafar al pueblo»; partidos = «ninguna diferencia entre ellos»; elecciones = «estafa»; parlamento = «el lugar de la corrupción»; el ejército = «la organización del crimen colectivo»; la policía = «los asesinos pagados de la burguesía»[59].

En modo alguno era una imagen totalmente falsa de la monarquía. ¿Era una imagen funcional para enfrentarse a las realidades de la república? La mayoría afirmaba que sí lo era.

Unido tensamente a este punto de vista, estaba el otro, el sindicalista. Éste, en esencia, estaba moldeado por la industrialización y se centraba en la premisa de que, para derrocar el orden burgués, hacía falta una organización proletaria y fuerte: el sindicato. «Para nosotros la revolución social no consiste simplemente en alzarse violentamente contra las fuerzas organizadas del estado… La revolución social consiste en apoderarse de las fábricas y las minas, de la tierra y de los ferrocarriles, de todos los medios de producción, en ponerlos a disposición del pueblo. No basta con hacerse cargo de la riqueza social, es necesario saber utilizarla —*y utilizarla inmediatamente, sin ninguna discontinuidad*»[60].

El papel crucial en este proceso revolucionario y postrevolucionario incumbía al sindicato, toda vez que el derrocamiento del capitalismo no significaba

una ruptura con las estructuras productivas capitalistas, sino la necesidad de asegurar la continuación de su funcionamiento bajo la gestión sindical. Esto, a su vez, exigía organización y disciplina.

El sindicato tenía una función triple: bajo el capitalismo (1) actuaba en defensa de los intereses del proletariado mientras (2) «preparaba, mediante sus actividades prácticas y educativas, el marco económico de un nuevo orden social igualitario», que (3) después de la revolución llevaría a cabo realizando «las transformaciones económicas que permitieran la consolidación del comunismo libertario como primera etapa de la comuna libre»[61].

Debido a la creciente concentración capitalista y al papel que deberían jugar los sindicatos en la sociedad postrevolucionaria, se necesitarían federaciones industriales nacionales para enlazar a los sindicatos industriales locales, los cuales serían responsables de organizar las relaciones entre las fábricas de su industria local, una vez el comité sindical se hubiese hecho cargo de la fábrica o lugar de trabajo para administrarlo[62].

Una idea común a ambas tendencias era que la clase obrera «sencillamente» se hiciera cargo de las fábricas y lugares de trabajo y los dirigiera colectivamente, pero, por lo demás, igual que antes. «Nadie supone que después de la revolución las fábricas vayan a funcionar al revés… todos los trabajadores tendrán que hacer lo mismo que hacían el día antes…»[63] Debajo de esta visión de simple continuidad estaba el concepto anarcosindicalista de la revolución no como la ruptura, destrucción y sustitución del orden burgués, sino como su *desplazamiento*. La ocupación de las fábricas y lugares de trabajo, por muy violenta que fuese, no era el principio de la revolución destinada a crear un nuevo orden, sino que era su objetivo final. A su vez, este concepto se veía condicionado por una visión particular del estado. Cualquier estado (burgués u obrero) era considerado un poder opresivo *tout court* y no como la organización del poder coactivo de determinada clase. El «estado», por consiguiente, más que la existencia de la producción capitalista que le daba forma, era lo que a menudo aparecía como el enemigo principal. El estado no debía ser conquistado y aplastado para establecer un nuevo *poder* revolucionario. No. Si se lograba barrerlo, abolirlo, desaparecería todo lo demás, incluida la opresión. El orden capitalista era sencillamente desplazado por la recién conquistada libertad de los obreros para administrar los lugares de trabajo de los que se habían apoderado. Autoorganizados en comunas autónomas o en poderosísimos sindicatos, los obreros, como factor primario de la producción, *prescindían* de la burguesía. Las consecuencias de esto se vieron en la revolución de Barcelona en 1936: la producción capitalista y las relaciones de mercado continuaron existiendo dentro de la industria colectivizada.

A los dos meses del congreso de Madrid, en el que se declaró la guerra a la república, 30 destacados militantes de la CNT firmaron un manifiesto en el que expresaban su adhesión a la postura de que la revolución no la harían exclusivamente unas minorías, por muy audaces que fuesen, sino que la llevaría a cabo el «abrumador movimiento de las masas trabajadoras. Queremos una revolución que surja del pueblo y no una revolución que puedan hacer unos cuantos individuos…». La ultraizquierda, concentrada en la FAI, atacó inmediatamente a los treintistas (nombre que debía su origen al hecho de ser 30 los firmantes del manifiesto) tachándolos de reformistas y contrarrevolucionarios. Las disputas se hicieron excesivamente enconadas y al acabar el año habían sido expulsados de la CNT sindicatos por un número total de afiliados de cerca de 70.000. La confederación anarcosindicalista, que acababa de salir de la clandestinidad en que permaneciera durante la dictadura y que tenía más de medio millón de miembros, se escindió siguiendo la línea de la tensión principal.

Sebastià Clara, extrabajador del corcho y ahora periodista en el principal periódico cenetista de Barcelona, *Solidaridad Obrera*, fue uno de los 30 firmantes del manifiesto. Éste, a su juicio, no era contrarrevolucionario, sino que era una nueva formulación de cómo lograr la revolución en oposición a las tácticas de la FAI. A la sazón, la gran masa de cenetistas no estaba preparada para dar un salto al vacío revolucionario. Los que la componían habían ingresado en la CNT para defender sus intereses de clase y lo que querían era poder actuar abiertamente como sindicato. «Por esto había luchado para traer la república y por esto habían visto con agrado su proclamación». Lo que hacía falta ahora era realismo político y agilidad para edificar sobre este movimiento con fines revolucionarios.

Ricardo Sanz, miembro de la FAI y del grupo «Nosotros» de Barcelona, en el que había militantes tan destacados como Durruti, Francisco Ascaso y García Oliver, no discrepaba de la opinión en el sentido de que tanto la CNT como las masas trabajadoras no estaban preparadas para la revolución. Pero esto podía llevar a conclusiones radicalmente distintas.

«Tras siete años de clandestinidad, los miembros generalmente no sabían dónde iban ni qué querían. En semejante situación lo que hacía falta era práctica, ejercicio, gimnasia revolucionaria. Nosotros éramos el motor o la chispa capaz de poner en marcha dicha gimnasia…»

La «gimnasia» tenía unos objetivos definidos, unas fechas específicas: enero de 1932, enero de 1933, diciembre de 1933; insurrecciones revolucionarias para instaurar el comunismo libertario. La primera quedó prácticamente limitada a la zona minera de Cataluña; la segunda se extendió a los pueblos agrícolas de Levante y Andalucía[64], la tercera afectó principalmente a pueblos de Aragón y La

Rioja. Si bien cada una de ellas movilizó más participantes que la anterior, ninguna fue la chispa que incendiara el campo. Con algunas excepciones notables, los jornaleros sin tierra y el campesinado no respondieron masivamente. Pero cada una, más grave que la anterior, amenazó el orden republicano.

«No nos sentimos indebidamente decepcionados ante el fracaso. Dada la situación, ya desde el principio dudábamos de que los resultados fuesen efectivos. Pero como estábamos convencidos (nosotros, la clase obrera que se había formado bajo la dictadura, especialmente la juventud) de que tales ejercicios eran necesarios, los llevamos a cabo. La clase obrera tenía que aprender a marchar hacia la conquista, no del poder o del estado (de estas cosas nunca hablábamos), sino de los medios de producción y consumo…»

Un gran sector del movimiento anarcosindicalista catalán no estaba de acuerdo con ninguno de los dos bandos en disputa. Anarquistas como Andreu Capdevila[65] y anarcosindicalistas como Josep Costa, del sindicato textil cenetista de Badalona, eran contrarios a la gimnasia revolucionaria. A juicio del segundo, la clase obrera no estaba para estas insurrecciones revolucionarias, las cuales, por si fuera poco, hicieron mucho daño a la CNT.

«En aquel período perdimos por lo menos una cuarta parte de militantes en Badalona[66]. Muchos de los que no apoyábamos a ninguno de los dos bandos, y en vez de ello adoptábamos una postura "centrista", "nos fuimos a dormir a casa". Nuestro sindicato textil quedó virtualmente paralizado por la disputa…»

«La FAI quería llevar a cabo la revolución libertaria, conseguir una sociedad sin Dios ni patronos, sin leyes ni policías, utilizando un material humano que no estaba preparado para ello», afirmaba Josep Robusté, contable de la CNT. La FAI actuaba como un grupo político dentro de la CNT, tomando sus propias decisiones y tratando de imponérselas a la CNT, «hablando de libertad y comportándose como dictadores».

Algunos militantes destacados que compartían los puntos de vista de Robusté fueron expulsados no sólo de sus sindicatos, sino también de sus puestos de trabajo. Empezó a pensar que lo que hacía falta era lo que tenía la UGT: un verdadero partido político capaz de expresar las exigencias y necesidades de la CNT a nivel político y que despertara aún más la conciencia de los trabajadores.

Desde el punto de vista anarquista, la FAI no se equivocaba del todo al considerar que la postura treintista llevaba una «politización», un «reformismo» inherentes; tampoco se equivocaba al ver los peligros que comportaba la necesidad política que de «incorporar» a la clase obrera tenía el nuevo régimen republicano.

Sin embargo, la verdad es que cuando Ángel Pestaña, treintista y exlíder de la CNT, fundó el partido sindicalista, en el que Robusté ingresó, no se consiguieron muchos miembros, ni siquiera entre los sindicatos treintistas. La política seguía siendo un anatema y el anarcosindicalismo todavía era objeto de mucha lealtad.

La escisión se produjo a nivel tanto de organización como de generaciones, y a menudo casi a nivel personal. Su historia inmediata se remontaba a la década anterior. Tras el auge económico y la creciente militancia proletaria registrados durante la primera guerra mundial, los patronos catalanes trataron de hacer frente a las vacas flacas aplastando al movimiento anarcosindicalista de Barcelona. Para ello crearon sindicatos «amarillos» y, con la aprobación y guía de las autoridades, contrataron pistoleros para asesinar a los líderes de la CNT. Comenzó una espiral de asesinatos y contraasesinatos: entre 1917 y 1923 hubo más de 800 ataques criminales contra la vida, de los cuales 440 fueron contra obreros, 218 contra patronos y sus subordinados y el resto contra las autoridades[67].

El auge económico había atraído a la ciudad a obreros jóvenes, que ingresaban también en la CNT. Formados en esta lucha dura y sangrienta, dichos obreros se convirtieron en un nuevo tipo de militante. Fue el momento en que se formó el grupo «Solidarios» (precursor del grupo «Nosotros», muchos de cuyos militantes habían pertenecido al grupo anterior). Se formó expresamente para vengar los asesinatos de obreros, pero no en la persona de los pistoleros que los ejecutaban, sino en los patronos que los organizaban y pagaban. Poco después, cuando la dictadura declaró fuera de la ley a la CNT, muchos militantes tuvieron que huir a Francia y otras partes. No regresaron hasta la proclamación de la república. Entre ellos estaba Sebastià Clara, el signatario treintista.

«Antes de los años veinte, la CNT era una organización en la cual las masas podían expresarse democráticamente. Luego dejó de serlo. Las cosas cambiaron cuando se creó la FAI en 1927, A partir de entonces fue ella la que impuso sus decisiones…»

Recalcó que no había que olvidar que el nivel de cultura revolucionaria era muy bajo. En el mejor de los casos, los militantes habían leído uno o dos panfletos, *La conquista del pan*, de Kropotkin, y se acabó. No habían leído a Marx, a Engels y mucho menos a Hegel. «El movimiento libertario albergaba suspicacia y hostilidad hacia los intelectuales, los cuales habrían podido ayudarle en gran medida».

Aunque eran corrientes las quejas suscitadas por los métodos de la FAI, especialmente en Barcelona, sería una equivocación suponer que la FAI era una agrupación «política» coherente en toda España. Era una federación de grupos anarquistas individuales (cada uno de los cuales estaba formado sobre el principio

de la «afinidad» personal). La FAI no tenía una «línea» general a la que debieran adherirse todos los grupos. Ello habría sido contrario a la naturaleza misma del anarquismo.

Progreso Fernández, un anarquista valenciano que había vivido y trabajado en Francia, volvió a su ciudad natal para asistir al mitin fundacional de la FAI en nombre de los grupos anarquistas españoles de Francia. El mitin se celebró «en el amplio patio cubierto de la casa de un compañero, el 24 de julio de 1927». Al día siguiente, los 30 o 40 delegados de toda España y Portugal se reunieron entre los pinos de El Saler. Algunos de los participantes montaron guardia para enterrar todos los documentos en la arena en caso de ser sorprendidos.

«La federación de todos los grupos anarquistas esparcidos por España se formó con el propósito de que dichos grupos salieran de sus torres de marfil con el fin de propagar los ideales anarquistas revolucionarios entre la clase obrera. Por aquel entonces era inevitable que ello se hiciese clandestinamente, ya que estábamos en tiempos de la dictadura y la CNT era ilegal. Todos los miembros fundadores eran también miembros de la CNT. Era completamente falsa la alegación de que la FAI se fundó para manipular y controlar a la CNT. En aquellos momentos no se temía que la CNT fuera a caer en la trampa del revisionismo. El único problema era que se estaba intentando legalizar a la CNT siguiendo el modelo de la UGT[68]. Tampoco es verdad que la FAI se creara para mantener la pureza ideológica de la CNT. Desde luego es posible que en ciertos sitios, en Cataluña, por ejemplo, se creyera que éste era el papel de la FAI; pero no era así en Valencia…»

Es casi seguro que el peso específico de la FAI era mayor en Cataluña que en otras regiones. Esto en sí bastaba para darle una importancia aún mayor, ya que el peso de la CNT catalana dentro de la Confederación era indisputable. Y dentro de la CNT catalana era la de Barcelona la que dominaba[69].

La CNT de otras regiones de España, especialmente donde la UGT era el sindicato principal, no podía o no quería permitirse el voluntarismo de la gimnasia revolucionaria. Allí donde la UGT era el principal sindicato, como sucedía en Madrid y Asturias, la CNT adoptaba una postura menos ultraizquierdista. En Madrid, por ejemplo, los pequeños sindicatos de la CNT habían tenido una experiencia distinta bajo la dictadura: en lugar de entregarse a la violencia que reinara en Barcelona, la media docena de sindicatos madrileños ingresaron en la UGT (en calidad de miembros individuales) con el fin de protegerse y conseguir nuevos afiliados. A juicio de Miguel González Inestal, destacado militante de la CNT y la FAI en la capital, esto había marcado una diferencia importante en su trayectoria.

«Por ejemplo, considerábamos que eran peligrosos los intentos insurreccionales de la FAI catalana, si bien admirábamos su iniciativa y espíritu combativo. Pero era indudable que los levantamientos y huelgas revolucionarios estaban desgastando el espíritu combativo de los militantes y a la misma organización. Nos dábamos cuenta de que se avecinaban tiempos difíciles, dada la actitud de la derecha, y de que esa combatividad iba a hacernos falta. Nuestra postura era apoyada por grandes sectores del movimiento libertario en Levante, Andalucía y Asturias…»

A su modo de ver, dentro de la FAI había dos tendencias principales. Una de ellas creía en la necesidad de edificar una fuerte organización sindical, educar a los miembros y preparar los medios para la revolución. La otra se formó a la sombra de ciertos grupos que querían controlar a la CNT, aunque esto no formaba parte de los principios fundacionales de la FAI, y en gran medida lo consiguieron en Barcelona. «Se podía decir muchas veces que se trataba de la tendencia barcelonesa contra la del resto de España». Madrid permaneció fiel a la primera tendencia, aunque, al producirse la escisión, se opuso al movimiento treintista por considerarlo reformista.

«Creíamos que una de las cosas que más daño hacían al movimiento obrero eran los sindicatos del tipo que sólo se ocupa de las reivindicaciones salariales y de las mejoras en las condiciones de trabajo. Era necesario conservar las tradiciones morales, doctrinales y culturales del anarquismo, los ideales capaces de elevar el nivel de los miembros en términos humanos…»

En Asturias, la escisión treintista no tuvo repercusiones serias. La FAI asturiana no compartía la postura de la catalana. Ramón Álvarez, secretario del comité regional de la CNT y miembro de la FAI, expuso los puntos de vista de sus militantes ante un pleno nacional de la CNT celebrado en Madrid.

«"La revolución no es como una huelga que pueda convocarse para determinado día del mes. La revolución es un fenómeno social que madura a su tiempo, que se ve influido, acelerado, retrasado, por la conciencia del hombre, pero que no se produce sólo porque alguien haya fijado una fecha…" En Asturias pensábamos que los que creían que España estaba preparada para la revolución eran víctimas de su propio entusiasmo, un entusiasmo que hasta cierto punto nosotros compartíamos, en vez de hacer un análisis desapasionado y lúcido de la situación…»

Con ello no quería decir que la teoría de la gimnasia revolucionaria estuviera completamente equivocada. Si la CNT hubiese sido una organización que se sentara tranquilamente a esperar que sus afiliados pagasen la cuota, los militares la

habrían pillado desprevenida el 18 de julio.

Al convocarse las elecciones generales de noviembre de 1933, la CNT ordenó a sus miembros que se abstuvieran. Este gesto declaradamente político reflejaba la profunda desilusión causada por la república en el movimiento libertario. La república había resuelto pocos —o ninguno— de los problemas de la clase obrera y había reprimido duramente a los anarcosindicalistas que habían participado en las insurrecciones. Aliada con otros factores (el voto femenino por primera vez, el desorden de la coalición republicano-socialista y la cohesión de la reacción derechista dirigida por la CEDA), la abstención de la CNT dio por resultado el triunfo de la derecha. La CNT había prometido desencadenar la revolución si tal triunfo se producía. Su levantamiento en diciembre de 1933 fue el tercero en menos de dos años. La CNT asturiana estaba en desacuerdo y propuso una alternativa «política». La política abstencionista respecto de las elecciones debía ir acompañada por algo positivo. Si la CNT quería probar ante los socialistas —que acababan de ser expulsados del gobierno— que las conquistas proletarias se conseguían en la calle y no en las urnas, entonces había que preparar el terreno para tales conquistas.

«Lógicamente, esto entrañaba llegar a un entendimiento con los socialistas. El éxito sonríe a los que se preparan de antemano y no a los que improvisan. Así lo dije ante el pleno de 1933 en Madrid que votó por la abstención. Nuestra tesis fue rechazada. Durruti y otros dijeron que si el índice de abstención llegaba al 50 por ciento, la CNT haría la revolución. Pero en nuestras mentes ya había germinado la idea de la Alianza Obrera…»

La insurrección de diciembre se extendió por Aragón y La Rioja, pero fracasó a los pocos días igual que las dos precedentes. Del grupo «Nosotros» Durruti fue el único que participó en ella. Sin embargo, de este proceso salió la formidable alianza con la UGT que la CNT inició en Asturias y que ambos sindicatos sellaron en marzo de 1934[70]. En comparación con el ultraizquierdismo que a nivel nacional se enseñoreaba de la CNT, la CNT asturiana contaba con un largo historial de realismo revolucionario. Quizá fuese por su posición minoritaria dentro de una región minera fuertemente proletaria dominada por el socialdemócrata Sindicato de Mineros Asturianos; quizá fuese por su aislamiento respecto de la extrema pobreza de las zonas rurales del sur; pero ciertamente por la presencia de un hombre, Eleuterio Quintanilla, el que más influyó en el desarrollo anarcosindicalista asturiano, la CNT siempre se había mostrado dispuesta a unir sus fuerzas con las del proletariado socialista en la lucha contra el enemigo de clase[71].

Después de tres levantamientos fracasados, la CNT de fuera de Asturias —

en especial la catalana— no supo responder al desafío de la revolución de octubre de 1934. Los libertarios catalanes habían sido perseguidos por el ala ultranacionalista de la Esquerra y la CNT veía la insurrección de Barcelona como un asunto de la pequeña burguesía.

«Le dije a Durruti: "El deber de un revolucionario es canalizar un movimiento así por el camino correcto…". Pero la verdad es que no querían tener nada que ver con la Esquerra, que estaba planeando un levantamiento, junto con las fuerzas de la Alianza Obrera. Después de haber dicho siempre "nos encontraremos en las calles", su única excusa fue que la Generalitat había arrestado a algunos de sus militantes. En parte, las detenciones obedecieron a que la CNT había advertido a la opinión sobre el levantamiento…»

Álvarez sabía que la CNT asturiana podía haber sido criticada por firmar un pacto con la UGT a nivel regional sin que ello se hubiese decidido a nivel nacional. José María Martínez (que resultó muerto durante la insurrección de octubre) y Álvarez asistieron a un pleno de la CNT que se celebró en Madrid en junio de 1934. Su propósito era explicar la postura de la CNT asturiana. Tras muchas negociaciones, se llegó a un compromiso.

«Si en el plazo de dos meses se reunía una conferencia nacional de la CNT y votaba en contra de tal alianza, romperíamos nuestro pacto con la UGT. Si, por el contrario, lográbamos persuadir a la conferencia nacional de que nuestra postura era correcta, el pacto pasaría a ser nacional. La conferencia nunca llegó a convocarse…»

De la posibilidad de un pacto nacional con la UGT no volvió a hablarse hasta el congreso extraordinario que la CNT celebró en Zaragoza dos meses antes de empezar la guerra. En este congreso, durante el cual gran número de sindicatos treintistas volvieron a incorporarse a la organización, quedó consagrada la tendencia anarquista dentro del movimiento.

La comuna libre sería la piedra angular de la sociedad libertaria del futuro. Las federaciones y planes económicos, si bien eran reconocidos, solamente se crearían en el caso de que las comunas los considerasen necesarios. Con el tiempo cada comuna recibiría los elementos agrícolas e industriales necesarios para su autonomía, «de acuerdo con el principio biológico que afirma que el hombre —en este caso la comuna— es tanto más libre cuanto menos necesite de los demás», decía la resolución sobre la naturaleza del comunismo libertario.

No fueron las masas rurales de la CNT las que impulsaron este bucólico programa, sino que fueron los principales sindicatos barceloneses, en particular el

de obreros textiles. Abad de Santillán, el escritor anarquista, que de confiar en la «espontaneidad de las masas» había pasado a creer en la necesidad de la organización económica, criticó el programa.

«Se habla de la familia, de la delincuencia, de los celos, del nudismo y de otras muchas cosas» (la resolución se había ocupado de todo esto como parte de la vida futura bajo el comunismo libertario) «pero apenas se encuentra una palabra sobre el trabajo, los lugares de trabajo y la organización de la producción». Ésta era la condición en que la CNT se encontró dos meses más tarde cuando tuvo que emprender la tarea de establecer un orden económico revolucionario en Cataluña.

Las insurrecciones anarcosindicalistas que se produjeron durante los primeros dos años del nuevo régimen desestabilizaron a la república. Pero también fueron expresión del incipiente descontento que la clase obrera sentía ante la república, descontento que entre los socialistas era amortiguado por su participación en el gobierno, pero que pronto, al desplazarse hacia la izquierda, sentirían también. El drama de los revolucionarios residía en que, a excepción de en Asturias, el descontento anarcosindicalista y el de los socialistas no coincidían. Los socialistas del gobierno compartían la responsabilidad de declarar fuera de la ley a los militantes del sindicato rival. Los anarcosindicalistas no querían ver que la revolución, si era posible hacerla, necesitaba algo más que la CNT. Con ello contribuyeron en gran medida a la falta de unidad de la clase obrera.

E. OCTUBRE DE 1934, EL FRENTE POPULAR,

COMUNISTAS ORTODOXOS Y DISIDENTES

En 1934 sonaron los primeros disparos de la guerra civil y se adoptaron las posturas que harían virtualmente inevitable el conflicto.

Entre las organizaciones obreras, el partido socialista, tras dos años de participar en la coalición republicano-socialista, viró marcadamente hacia la izquierda en 1933-1934. El auge del fascismo, la subida de Hitler al poder, la dictadura corporativa socialcristiana de Dollfuss —algunos de cuyos aspectos parecían ser compartidos por la CEDA— que pronto ahogaría en sangre a los socialistas austriacos, se contaban entre los factores internacionales. En España 1933 fue el peor año de la depresión. El desempleo, la ineficacia de la reforma agraria, la represión sufrida por los anarcosindicalistas en Casas Viejas, el crecido

número de presos políticos, sin olvidar la cada vez mayor resistencia presentada por los patronos, fueron algunos de los factores que hicieron que, en poco más de un año, el partido socialista pasara de la colaboración reformista a la oposición revolucionaria. En 1933, un mes antes de que los ministros socialistas abandonasen el gobierno de coalición, Largo Caballero, ministro de Trabajo y secretario general de la UGT, manifestó que se había confirmado su convicción de que era imposible «llevar a cabo tareas socialistas en el marco de una democracia burguesa»[72]. No hay duda de que la derrota sufrida en las elecciones de 1933 contribuyó aún más a radicalizar a sectores del partido. La Federación de Trabajadores de la Tierra (que a la sazón representaba casi la mitad de las fuerzas de la UGT, cuyos afiliados se habían cuadruplicado en dieciocho meses) declaró que sin revolución no podía haber reforma agraria. Las juventudes socialistas se declararon partidarias de la revolución y la dictadura del proletariado.

«El desengaño producido por los resultados de la colaboración con la pequeña burguesía fue tan grande que el partido y la juventud vio en la revolución el único modo de avanzar —comentaba Sócrates Gómez, líder madrileño de la juventud socialista—. No había motivo para sorprenderse, toda vez que la conquista del poder por el proletariado era uno de los principios fundamentales de nuestro partido, que era el partido socialista con mayor conciencia de clase y más marxista de Europa…»

Hasta Prieto, el líder socialista de centro, advirtió que el partido desencadenaría la revolución si el nuevo gobierno intentaba un golpe de estado. No todo el partido estaba de acuerdo, ni tampoco todos los que lo estaban tenían los mismos motivos para ello. Sin embargo, con la misma inevitabilidad que la oscilación de un péndulo, un gran sector del partido pasó del apoyo incondicional a la alianza republicana a una ruptura total con ella. Esta postura extrema se vio apoyada además por la evidencia de que, antes o después, la CEDA, que era el partido con mayor representación en las nuevas Cortes, exigiría participar directamente en el gobierno en vez de limitarse a apoyarlo en las Cortes. «Mejor Viena que Berlín» pasó a ser uno de los eslóganes de los socialistas. La conquista del poder —o al menos la denegación del poder a la CEDA— se convirtió en un objetivo cada vez más inmediato.

Un amplio espectro de la opinión republicana, que abarcaba del centro a la izquierda, veía en la CEDA un «enemigo de la república», una amenaza fascista. En apoyo de tal concepto cabía recurrir a gran número de afirmaciones hechas en público por los líderes cedistas, incluyendo a Gil Robles[73]. Su política contrarrevolucionaria y antisocialista era innegable; su negativa a declararse claramente republicana resultaba sospechosa; su retórica a veces era amenazadoramente fascista, especialmente en los mítines de su movimiento

juvenil (El Escorial en abril de 1934 y Covadonga en agosto del mismo año). A pesar de todo, seguía siendo un partido clerical-conservador y *parlamentario*[74], cuyas ambigüedades eran las de las masas que le seguían: una burguesía a la que asustaba la revolución y que no sabía a ciencia cierta si el régimen republicano estimularía dicha amenaza o la tendría a raya. Inspirándose en el catolicismo social del papa León XIII, sus principios eran la defensa de la religión, la patria, la familia, el orden, el trabajo y la propiedad. Su decisión de aplastar a la izquierda, su propósito de revisar la constitución de acuerdo con la «afirmación y defensa de los principios fundamentales de la civilización cristiana» y sus objetivos corporativos a largo plazo eran la amenaza principal que la CEDA representaba para las organizaciones republicanas de izquierda y obreras.

No cabe duda de que durante 1934 había un tono de provocación en la retórica de la CEDA. Temiendo que tarde o temprano se produjera un golpe revolucionario, consideraba aconsejable afrontarlo desde una «posición de fuerza antes de que el enemigo estuviese mejor preparado»[75].

Donde más arraigó la radicalización socialista fue en los valles mineros de Asturias, especialmente entre la juventud. Después del fracasado levantamiento monárquico del general Sanjurjo en Sevilla, en 1932, muchos creían que la única forma de avanzar era conquistar el poder. A principios de 1934 se formaron los primeros grupos que eufemísticamente se llamaron «de defensa». En marzo del mismo año se produjo un hecho de suma importancia: la UGT y la CNT asturianas firmaron un pacto acordando que «ante la situación económica y política existente bajo el régimen burgués emprenderían una acción conjunta con el objeto exclusivo de efectuar la revolución social». El nuevo régimen revolucionario se basaría en «principios federalistas socialistas». La Alianza Obrera, que había sido creada en Cataluña por el Bloc Obrer i Camperol (uno de los dos partidos que más tarde fundarían el POUM), iba a tener su culminación en Asturias, donde la unidad proletaria tenía una larga tradición[76].

«Los socialistas y anarcosindicalistas asturianos eran distintos de los del resto del país —afirmaba Alberto Fernández, prominente afiliado a la juventud socialista—. Las relaciones entre unos y otros habían sido malas a veces, pero en conjunto eran buenas. Lo original de la Alianza Obrera radicaba en que fue acordada en primera instancia por las dos organizaciones sindicales. Los partidos políticos no entraron en ella hasta más tarde…»

«Pensamos que la colaboración con la UGT era esencial, especialmente debido a que la clase obrera se había dado cuenta de que la república no iba a satisfacer sus aspiraciones», recalcaba Eladio Fanjul, siderúrgico de la FAI en La Felguera.

Sólo un partido proletario, el Partido Comunista de España, se negó al principio a entrar en la Alianza Obrera, a la que llegó a calificar de «centro nervioso de la contrarrevolución»[77]. A una quincena escasa de la sublevación de octubre, sin embargo, el partido, al no recibir respuesta a su llamada para la formación de un solo frente con el partido socialista y la CNT, se embarcó en lo que denominó «un audaz giro táctico» y entró en la Alianza. Dicho cambio señaló el fin del aislamiento que se había impuesto a sí mismo y fue, además, la primera vez que el partido entró de veras en la política de la clase obrera que tantos beneficios le reportaría.

A principios de octubre Gil Robles le retiró al gobierno el apoyo de su partido. A resultas de la crisis, tres miembros de la CEDA —aunque no Gil Robles — entraron a formar parte del gobierno radical. Líderes republicanos situados tan a la derecha como Miguel Maura escribieron al presidente de la república para manifestarle que rompían toda relación con las «instituciones existentes» del país y acusándole de entregar la república a sus enemigos. La jefatura del partido socialista en Madrid, que había rechazado una propuesta de huelga general presentada por los comunistas, ordenó por cuenta propia el inicio de un levantamiento armado.

En la pequeña población asturiana de Figaredo, al sur de Mieres, Alberto Fernández, de la juventud socialista, llevaba dos noches aguardando la señal. A las dos de la madrugada del 5 de octubre oyó el ruido de un coche viejo que se acercaba y salió corriendo a la carretera. Era el coche de *Avance* (el periódico socialista de Oviedo). En él iba Antonio Llaneza, hijo del gran líder minero.

«Me cogió de la mano y con gran entusiasmo dijo: "Esto es lo que hemos estado esperando. ¡A la calle!" "¿Hasta el final?" "Sí". Aquello significaba la revolución. La conquista del poder. La inauguración del socialismo. No se trataba solamente de hacer que el régimen republicano volviera a ser lo que había sido en sus primeros dos años, como más tarde dijeron algunos. Nos pusimos en marcha…»

Cuarenta y ocho horas después, los mineros y metalúrgicos habían reducido casi 70 puestos de la guardia civil en los valles mineros, ganado su primera batalla encarnizada contra el ejército en las afueras de Oviedo y estaban luchando dentro de la ciudad. Más hacia el sur tenían inmovilizadas a las unidades militares enviadas desde León. Como anticipo de lo que sucedería en la mayor parte de la España del Frente Popular menos de dos años después, en los pueblos y poblaciones se crearon comités revolucionarios. Cada uno de ellos emprendió la tarea de hacer la revolución e instituyó formas de comunismo de guerra. Durante dos semanas el proletariado tuvo el poder en sus manos en los valles mineros del

Nalón y el Caudal.

La insurrección fracasó en otros sitios. En Barcelona, la Esquerra, cuyo conflicto con el gobierno radical de Madrid era casi inevitable, se alzó en armas el 6 de octubre y fue reducida a las seis horas por una pequeña unidad del ejército. La CNT, que se había negado a entrar en la Alianza Obrera de Barcelona, se negó también a secundar el levantamiento. Sin el apoyo de la CNT ningún levantamiento podía triunfar en la capital catalana[78].

Bajo la indecisa dirección del propio Largo Caballero, el movimiento no tardó en fracasar en Madrid. En el campo la huelga nacional de campesinos convocada por los socialistas en junio del mismo año había dejado desmantelada a la Federación de Trabajadores de la Tierra y muy confusos a los campesinos, a los que no había prestado apoyo el proletariado industrial. En respuesta a tal falta de apoyo, los campesinos no se movilizaron *masivamente* en octubre[79]. En Bilbao la huelga duró once días. Juan Iglesias, dependiente de comercio y tesorero de la juventud socialista bilbaína, no entendía por qué los huelguistas no lanzaban un ataque contra el centro de la ciudad y se apoderaban de él. Tenían controlado todo el barrio obrero, que se extendía alrededor dé la calle San Francisco y la casa del pueblo, y disponían de algunas armas y granadas de mano de fabricación casera.

«Esperamos cuatro días, luego decidimos actuar por nuestra cuenta. Dos horas antes de ponernos en marcha recibimos orden de no movernos…»

A juicio de Ramón Rubial, metalúrgico y presidente de la juventud socialista de Erandio, en la margen derecha de la ría, la contraorden se dio cuando se vio claramente que, después del fracaso en Cataluña, el levantamiento de la clase obrera de Bilbao hubiese sido un sacrificio inútil. La huelga continuó, pero los obreros de las industrias pesadas de la margen izquierda y de las minas de hierro, donde el partido socialista y la UGT eran los más fuertes, no emularon el intento insurreccional por conquistar el poder que hicieron sus camaradas asturianos.

Aislada en Asturias, la revolución no podía prosperar. En el transcurso de sus dos semanas de duración se dieron muchas lecciones para el futuro: se desperdiciaron municiones, de las que había menos que armas; esta escasez (que en poca medida se vio mitigada por la captura de la fábrica de armas de Oviedo) perjudicó a la insurrección. Los bombardeos aéreos causaron el pánico entre los milicianos[80], la capacidad combativa de éstos aumentó gracias al asesoramiento militar que les brindó un teniente de la guardia civil que, tras ser capturado, ofreció sus servicios a los insurrectos. En la retaguardia hizo su aparición un lumpenproletariado y se produjeron pillajes así como asesinatos injustificables. Y se registró la huida de varios comités revolucionarios ante la amenaza de derrota

que se hizo visible a partir del 11 de octubre, cuando las fuerzas del gobierno empezaron a reconquistar Oviedo.

Siguiendo el consejo del general Franco, el gobierno ordenó que entrasen en acción la Legión y las tropas regulares. Fue la primera vez que esta clase de tropas se utilizaban militarmente en la península. Al cabo de quince días, Belarmino Tomás, el veterano líder socialista asturiano, negoció la rendición de los pueblos mineros con la condición de que la Legión y los regulares no formasen la vanguardia de las fuerzas de ocupación.

Alberto Fernández, el panadero de Figaredo perteneciente a la juventud socialista, resultó herido en los combates y se encontraba hospitalizado en Mieres cuando entraron las tropas.

«Los moros sacaron algunos heridos y los fusilaron. Yo tuve suerte. Me salvé gracias al general Burguete, que en 1917 había sofocado la huelga general revolucionaria de Asturias y ahora era representante de la Cruz Roja. Estuve hablando con él mientras se llevaban a los demás… Aunque la revolución había fracasado y pronto hubo 30 000 presos en la cárcel, creímos que había servido para algo positivo: retrasó el advenimiento del fascismo…»

Lo mismo pensaba Ramón Álvarez, secretario del comité regional de la CNT, que pasó casi cinco meses escondido antes de huir a Francia. Para él sólo había habido una alternativa.

«O dábamos a los capitalistas y reaccionarios tiempo para que se organizasen desde sus posiciones en el poder, o afrontábamos la situación antes de que estuvieran preparados. Optamos por lo segundo. Si no lo hubiéramos hecho, puede que nunca se hubiese producido la guerra civil. En vez de víctimas de guerra, hubiese habido víctimas civiles de la reacción capitalista durante centenares de años…»

José Mata, minero socialista que fue encerrado con otros 2000 en la prisión de Oviedo, recibió grandes palizas en la cárcel, como las recibió la mayoría de los que habían tomado parte en la revolución. A la larga llegó a la conclusión de que ni siquiera Largo Caballero había querido poner en marcha una revolución socialista. Pero la insurrección era inevitable.

«Teníamos que defender los derechos que habíamos conquistado y que los capitalistas españoles trataban de arrebatarnos. Si no nos hubiéramos sublevado, el fascismo hubiese conquistado el poder sin lucha… y sin guerra civil…»

«Para nosotros la CEDA era la dictadura corporativa socialcristiana de Dollfuss. O lo que es lo mismo: el fascismo tal como entonces lo concebíamos —dice Alberto Fernández—. Quizás estábamos equivocados. Quizá fuera otra cosa: la reacción española a la usanza antigua que, como luego haría Franco al justificar su alzamiento, adoptó una ideología fascistoide porque no tenía otra y aquélla estaba de moda…»

Los partidarios de Prieto, el líder socialista de centro, nunca se hicieron ilusiones sobre la puesta en práctica de la revolución socialista. Según Ramón Rubial, la insurrección tuvo lugar para impedir que la CEDA entrase en el gobierno y para nada más. Prieto esperaba que el presidente de la república, antes que afrontar las consecuencias de una confrontación armada, no permitiera a la CEDA entrar en el gobierno.

«Desde un punto de vista puramente insurreccional, el levantamiento fue una equivocación. No podía tener éxito. Pero políticamente hablando, la república fue "reconquistada" gracias al sacrificio de gran número de socialistas. Debido a la represión desencadenada después de octubre (no sólo en Asturias, sino también en Bilbao y otras partes), se consiguió un amplio apoyo para la creación y victoria electoral del Frente Popular. Éste, aunque en realidad no perjudicase los intereses de la clase gobernante, dio a ésta y a sus agentes el pretexto para montar varias acciones que luego ella y el ejército utilizaron para justificar la necesidad de un levantamiento ante la supuesta "incapacidad de la república para mantener la ley y el orden". Así, si bien lo de octubre llevó a la reconquista de la república debido a la victoria del Frente Populat, también condujo a la guerra civil…»

La insurrección causó gran impacto en la derecha. Pero a juicio de un falangista prominente, Dionisio Ridruejo, el hecho fue transformado subjetivamente en perspectivas más optimistas. Al principio la burguesía se asustó mucho ante lo ocurrido en Asturias.

«Pero luego, creyendo que una revolución podía sofocarse con relativa facilidad, se confió demasiado. Sin embargo, carecía de medios para llevar a cabo lo que la confianza les hacía creer que podían hacer y, como siempre, buscó el apoyo de la única fuerza capaz de prestárselo: el ejército…»

En el caso de la izquierda, las secuelas de los hechos de octubre favorecieron más al partido comunista que a los socialistas, la mayoría de cuyos líderes estaba en la cárcel. Al mismo tiempo, los socialistas se veían debilitados por la polémica sobre el resultado de la insurrección y los objetivos para el futuro.

Cuando la insurrección de octubre, el partido comunista afirmaba contar con

unos 20 000 miembros, lo cual significaba que había crecido considerablemente bajo la república, ya que al fundarse tres años antes eran sólo 800 los afiliados. Sin embargo, todavía no podía compararse con el partido socialista, que contaba con 70 000 miembros y controlaba más de un millón en la UGT; tampoco podía equipararse a la CNT, que contaba con un número parecido de afiliados. Aunque el partido se había unido a la Alianza Obrera a última hora, sus militantes habían jugado un papel significativo en Asturias. Llevando bien alta la bandera de octubre en los meses siguientes, mientras los socialistas la llevaban plegada, la influencia del partido comunista aumentó. Tocaban a su fin los seis años de extremo sectarismo ultraizquierdista durante el «tercer período» del Comintern y durante los cuales no fue posible la colaboración con los socialdemócratas, a los que tachaban de «socialfascistas». A nivel nacional habían conducido al partido español hasta un punto muerto, mientras que a nivel internacional habían llevado a la subida de Hitler al poder en enero de 1933.

Bajo una nueva dirección desde 1932, el PCE fue uno de los primeros partidos comunistas que anunciaron un cambio de línea cuando en marzo de 1933 —«contra la opinión de muchos miembros y del delegado del Comintern», según José Sandoval—[81] el partido propuso a socialistas y anarcosindicalistas un frente antifascista que ambos rechazaron. En mayo de 1934, el Comintern indicó a sus secciones nacionales que podían proponer la acción unida a los líderes socialistas. Rápidamente se firmaron pactos en Francia e Italia y en España —donde la propuesta había sido rechazada por el partido socialista— el PCE ingresó en la Alianza Obrera a pesar de la presencia de trotskistas en ella[82]. En la víspera de la insurrección de octubre el partido declaró: «Cuando empiece la lucha, las alianzas obreras tomarán la jefatura en sus manos; ellas son el organismo fundamental de la lucha por el poder».

José Sandoval, militante comunista (que posteriormente formaría parte de la comisión que escribió la historia oficial de la guerra civil por encargo del partido, de cuyos comités central y ejecutivo sería miembro) me informó de cuál era la postura del partido comunista a la sazón. No se trataba, como quería el ala izquierda del partido socialista, de una lucha en pos de la revolución socialista, sino más bien de completar la revolución democrática burguesa.

«El capitalismo era el modo de producción que dominaba en España. Por consiguiente, la principal contradicción era la que había entre el proletariado y la burguesía. Pero en el campo existían aún fuertes vestigios feudales que impedían el pleno desarrollo del capitalismo. La revolución democrática burguesa, que podía abolir tales vestigios, no podía completarse a menos que a su cabeza marchasen la clase obrera y el campesinado, precisamente porque ninguna otra clase tenía unos intereses tan íntimamente relacionados con el logro de tal revolución. Era la

postura de Lenin en 1905, en Rusia, y se remontaba virtualmente a la fundación del PCE…»

A juicio del partido, bajo la república se había hecho un tímido intento de iniciar la revolución democrática burguesa. Pero no había llegado ni siquiera a la mitad de la distancia que lo separaba de sus objetivos finales. Aunque creyera que debía completarse dicha revolución, el partido no descontaba la posibilidad de postular y alcanzar objetivos más elevados mientras se llevaba a cabo la primera fase de la revolución. «Es decir, que la revolución democrática burguesa podía transformarse en la revolución socialista».

«Pero había una diferencia entre la estrategia de 1905 y la nueva situación: el nacimiento del fascismo. A partir de 1933 el principal problema que orientó la estrategia y las tácticas del partido comunista fue esta amenaza, la necesidad de que la clase obrera se uniera y de que esta unidad buscase la alianza con todas las clases y estratos sociales antifascistas que desearan hallar una solución democrática para los problemas del país…»

En junio de 1935, siguiendo el ejemplo francés, el PCE propuso la formación de un Bloque Popular Antifascista. Dicho bloque, como dijo José Díaz, secretario general del partido, consistía en un programa mínimo que contase con el acuerdo de todos los antifascistas. El PCE propuso que el programa citado consistiera en: la confiscación de las tierras de los grandes terratenientes y de la iglesia, que inmediatamente serían entregadas a los pobres; la devolución a Cataluña del derecho a la autodeterminación (ya que a causa del frustrado levantamiento de octubre había perdido su estatuto de autonomía), y la aplicación de tal derecho a Euskadi, Galicia, etc.; la mejora general del nivel de vida de la clase obrera; la amnistía para los presos políticos y la formación de un gobierno revolucionario provisional que pusiera este programa en práctica. Al mismo tiempo, José Díaz dijo: «El proletariado debe ser la fuerza dirigente de esta concentración antifascista. Ésta es la mejor garantía de que este programa de lucha se llevará a cabo»[83].

Al mes siguiente, el VII Congreso del Comintern aprobó oficialmente esta nueva línea de colaboración con sectores de la burguesía y pidió la formación de frentes populares para combatir la amenaza del fascismo. El núcleo de este nuevo tipo de alianza debía constituirlo el frente unido de todos los partidos proletarios. «Toda la actividad política de nuestro partido debe girar en torno a la tarea de organizar alianzas de obreros y campesinos. A estas alianzas debemos darles un programa revolucionario, convertirlas, en la práctica, en el origen de todo el movimiento de frentes unidos de trabajadores y campesinos… transformarlas en los organismos vivos de la lucha en pos de las exigencias inmediatas de las masas trabajadoras y la preparación de la conquista del poder», dijo Ventura (Jesús

Hernández) en nombre del PCE[84].

La represión posterior a octubre de 1934 llevada a cabo por el gobierno de centroderecha contribuyó a poner de relieve la necesidad de la unidad de acción[85], no sólo entre los partidos proletarios, sino también entre los republicanos de izquierda: Manuel Azaña había sido encarcelado y sañudamente atacado por la derecha bajo la acusación no probada de haber tomado parte en la insurrección en Barcelona. Ante la perspectiva de unas elecciones generales, el Frente Popular se convirtió en realidad a los seis meses de ser propuesto por primera vez. Sin embargo, no era el pacto que había propuesto el partido comunista. El concepto de frente unido dentro del mismo fue diluido por el partido socialista, que seguía siendo la fuerza dominante en la izquierda, reduciéndolo a una comisión encargada de negociar los términos con los republicanos liberales. Con ello desaparecieron las alianzas de obreros y campesinos «como origen de todo el movimiento de frentes unidos». Y en el curso de las negociaciones pronto desaparecerían todos los puntos menos dos del programa mínimo propuesto seis meses antes por el PCE. Los dos que quedaron fueron la concesión de una amnistía y los estatutos de autonomía para las nacionalidades.

Las organizaciones obreras con representación en la comisión encargada de negociar en Madrid fueron el partido socialista, la UGT y la juventud socialista, los partidos comunista y sindicalista y el POUM, este último representado por Juan Andrade. En la comisión eran los socialistas los que dominaban y Largo Caballero quien los dominaba a ellos.

«Todas sus sugerencias eran aprobadas. Se le daba demasiada libertad de acción. Es necesario tener en cuenta lo que se sentía a la sazón: Largo Caballero era como un dios, podía hacer lo que quisiera y lo que quería era llegar a un acuerdo fuesen cuales fueran las dificultades, con el fin de participar unidos en las elecciones. Para esto estaba dispuesto al compromiso. Era un hombre de buena voluntad, un burócrata sindical ante todo y no demasiado inteligente…»

Andrade pronto se dio cuenta de que era inútil intentar poner reparos a los términos del pacto, tratar de que dentro del mismo la fuerza política dirigente la constituyera la clase obrera.

«El partido socialista estaba empeñado en suicidarse. Y el resto, como se dice en español, no éramos más que los parientes pobres, los que estábamos allí gracias a los socialistas. Largo Caballero dijo que no deseaba excluir a ninguna tendencia obrera. El POUM estuvo representado gracias a él. En la primera reunión, Jesús Hernández, el representante del partido comunista, planteó el problema de la exclusión del POUM. Insistiendo mucho en que su actitud no tenía nada personal

que ver conmigo, dijo que estaba motivada por la política de mi partido. Largo Caballero puso fin a la cuestión con un "De aquí no se expulsa a nadie". Hernández no volvió a la carga… Al leerlo ahora, uno se da cuenta de que el pacto fue una equivocación. Yo personalmente no era partidario de firmarlo. Se aplazó el acuerdo final mientras yo hablaba por teléfono con el ejecutivo del POUM en Barcelona, el cual me dijo que firmase. En realidad no había otra alternativa; teníamos que concurrir a las elecciones unidos. El POUM se hubiera escindido si no hubiésemos firmado. Además, a nuestro partido, cuya fundación era reciente, le daba una magnífica oportunidad de darse a conocer en los mítines electorales que, como parte del programa del Frente Popular, llegaban a centenares de miles de personas. En estas reuniones cada partido, tras insistir en la necesidad de apoyar al Frente Popular en los comicios, era libre de desarrollar su propia política… Al POUM se le asignaron cuatro candidatos en las listas del Frente Popular. Pero sólo Maurín pudo presentarse en Barcelona. Los otros tres candidatos, entre los que estaban Nin y Gorkín, fueron rechazados por los comunistas en las provincias donde debían presentarse…»

En esencia, el pacto —«un plan político común que servirá como base y programa de la coalición para las próximas elecciones y como norma de gobierno en caso de victoria»— era una declaración de la postura de los republicanos liberales, que manifestaban en él su rechazo a las exigencias socialistas[86]. Sobre el candente problema de la reforma agraria se limitaba a decir que estimularía la cooperación y la explotación colectiva de la tierra y «llevaría a cabo una política consistente en asentar a los campesinos y proporcionarles los recursos técnicos y financieros necesarios». Prometía más ayuda a los pequeños propietarios rurales que a los campesinos sin tierra, considerando a los primeros la «base más firme» de la reconstrucción nacional y ofreciéndoles ayuda fiscal y financiera, así como una nueva ley de arrendamientos. Se establecería un salario mínimo decente para el sector agrícola.

En cuanto al sector industrial, el pacto se proponía proteger a la pequeña industria y al comercio y poner en marcha un amplio programa de obras públicas que incluiría las zonas rurales y serviría para absorber el desempleo. Rechazaba explícitamente el catálogo de exigencias socialistas, que incluía la nacionalización de la tierra y de la banca, así como el subsidio de paro.

No puede decirse que todo esto representase un gran avance hacia la completación de la revolución democrática burguesa bajo la dirección de la clase obrera y el campesinado. Pero, a ojos del partido comunista, la «lucha de la democracia contra el fascismo» tenía ahora prioridad sobre todos los demás objetivos.

«La tarea de crear una alianza antifascista ocupaba el primer plano estratégico, imprimiendo su marca especial en la situación y en la política del partido —recuerda José Sandoval—. Era necesario hacer todas las concesiones posibles a la pequeña burguesía y a ciertos sectores de la burguesía con el fin de atraerlas hacia el campo antifascista. Había que darles el campo más amplio posible para la participación, incluso la dirección de la lucha si era preciso. Fue esto lo que modificó la estrategia leninista de 1905; hizo imposible disputarle a la pequeña burguesía la dirección del gobierno y alteró la estrategia fundamental de las fases de la revolución democrática burguesa. Significaba que la subsiguiente revolución socialista ahora se haría, hasta donde fuese posible, conjuntamente con todos los sectores involucrados en la lucha antifascista. Por el camino, algunos de tales sectores se apartarían y otros seguirían, y nosotros seguiríamos con ellos, dándoles participación en todo el proceso de transformación democrática… Estoy convencido de que la alianza del Frente Popular ofrecía enormes posibilidades de transformación social. Dentro de ella, el papel de la clase obrera creció de día en día tras las elecciones de 1936. Y aunque parezca paradójico, ya que el resultado fue una guerra civil, el Frente Popular brindaba la posibilidad de un desarrollo pacífico, de reforzar la revolución democrática e incluso de transformarla en una revolución socialista…»

Se había alterado fundamentalmente la estrategia que tenía el partido seis meses antes, por no hablar de la estrategia expuesta oficialmente por el Comintern. La lucha entre «la democracia y el fascismo» no la dirigirían la clase obrera y el campesinado, sino los republicanos liberales de la pequeña burguesía.

Fue este concepto lo que atacaban los comunistas disidentes del POUM. El fascismo constituía el «último y desesperado intento» de la burguesía para resolver las contradicciones internas del sistema capitalista y asegurar la continuación de su dominio como clase.

En un momento en que el capitalismo vivía una crisis sin paralelo no se podía combatir al fascismo subordinando la clase obrera a la burguesía, el socialismo al «renacimiento de una forma de dominio capitalista que ya está superada: la democracia burguesa»[87]. Retrasar la revolución democrático-socialista, negar unas exigencias que iban más allá de las libertades democráticas burguesas, con el fin de atraer a la pequeña burguesía al campo antifascista representaba procurar la victoria del fascismo. Cuando, como era inevitable, los partidos políticos de la pequeña burguesía volvieran a demostrar su incapacidad para satisfacer sus necesidades y resolver sus problemas el desengaño les llevaría a convertirse en la base social que el fascismo no tenía en España. Sólo la revolución democrático-socialista podía resolver estos problemas, captar a la pequeña burguesía y a las masas populares[88]. El punto de vista del POUM daba a entender

implícitamente que si no se hacía la revolución, se crearían las condiciones para el éxito de la contrarrevolución fascista. Si era esto lo que pensaba, ¿por qué el POUM había firmado el pacto del Frente Popular?

«Lo hicimos porque era sencillamente un bloque electoral que en Cataluña, donde más fuertes éramos, no tenía una plataforma escrita y era llamado Front d'Esquerres de Catalunya. Dado el sistema electoral que existía entonces, para ganar era necesario formar un bloque. No queríamos un Frente Popular como organización; a decir verdad, el partido comunista fue el único que empleó esta expresión. Nosotros queríamos la unidad de la clase obrera, la libertad de los presos políticos y volver a poner en marcha el proceso revolucionario…»

Esta postura, expresada por Wilebaldo Solano, que más adelante pasaría a ser secretario general del movimiento juvenil del POUM, había que entenderla en términos de estrategia electoral, para la cual, como bien sabía la clase obrera, los pactos electorales eran necesarios.

«Trotski nos atacó con gran violencia por haber participado. Dijo que los obreros reprocharían al POUM el haberse comprometido. Pero era al contrario: los obreros nos hubiesen reprochado el que no hubiéramos participado. Había un tremendo ambiente de unidad de la clase obrera ante la necesidad de derrocar a la derecha. La clase obrera sabía que el sistema obligaba al POUM a participar si quería conseguir algo. Pero también comprendía que las condiciones tácticas podían dictar elecciones un día y lucha armada al día siguiente, como en realidad sucedió: la tarea esencial (la conquista del poder y la destrucción del estado burgués) podía exigir el empleo de tácticas diversas. Si a Trotski se le hubiese explicado correctamente la situación que estábamos atravesando, lo habría entendido. Pero como vivía en México, donde las comunicaciones eran lentas, y estaba atravesando el peor período de su vida, era inevitable que no estuviese bien informado…»

Después de las elecciones, la postura del POUM fue que la clase obrera se esforzase para colocarse a la cabeza de la lucha. Pero para los comunistas y muchos socialistas la perspectiva no era ésa: «Era sencillamente el establecimiento del Frente Popular».

En Asturias, Ignacio Iglesias, veterano poumista de la insurrección de octubre, consideró una gran equivocación la política de consolidación del Frente Popular. En vez de preparar el proletariado para la revolución, la política del partido comunista dio a los republicanos de la pequeña burguesía un papel que habían perdido[89]. «Era notorio su fracaso durante los primeros dos años de la república; no había motivo para permitirles conservar la dirección». Sin embargo, a

juicio de Ignacio Iglesias, la culpa no era del partido comunista.

«La culpa la tenía el Comintern y en especial la Unión Soviética, que unte la amenaza muy real del fascismo trataba de establecer alianzas con las democracias burguesas, Inglaterra y Francia. Esto explicaba su política en relación con la burguesía indígena…»

El VII Congreso del Comintern había definido el eslogan central para los partidos comunistas como «la lucha por la paz y en defensa de la URSS». Sin embargo, según José Sandoval, era «tendenciosa» la idea de que la única finalidad del Frente Popular era servir las necesidades de la política extranjera de la Unión Soviética.

«Las necesidades de la Unión Soviética y las de la revolución democrática española eran complementarias y no contradictorias. Lógicamente, todos los partidos comunistas de la época en teoría estaban obligados a defender a la Unión Soviética, pero la mejor forma de cumplir dicha obligación era participando en la lucha revolucionaria en el propio país de uno. El VII Congreso y la nueva línea indudablemente servían a los intereses de la Unión Soviética, pero la decisión de crear una alianza lo más amplia posible contra el fascismo no contradecía los intereses de las clases obreras de cada país específico. En España, concretamente, comprendimos la necesidad de crear un Frente Popular y ni pensamos en los intereses de la Unión Soviética ni los tuvimos en cuenta…»

De hecho, la necesidad de la URSS de buscar alianzas antifascistas con las democracias burguesas encajaba perfectamente en la necesidad, a nivel nacional, de alianzas entre las secciones nacionales del Comintern y los partidos burgueses que podían reclutarse para luchar contra el fascismo. Así lo percibió claramente Antonio Pérez, miembro de la juventud socialista de Madrid. Por muy necesario que fuera para la política exterior de la Unión Soviética, el Frente Popular era una necesidad absoluta para España. «El ejemplo de Austria y la matanza de socialdemócratas nos habían alertado sobre la necesidad de combatir al fascismo…»

«La radicalización que habíamos experimentado los de la juventud socialista —recuerda otro miembro, Sócrates Gómez— no nos impedía creer en la necesidad de reanudar la colaboración con la burguesía. Sin que por un solo momento abandonásemos las esperanzas de repetir lo de octubre de 1934, esta vez con éxito…»

En opinión de Pérez, la juventud socialista carecía de preparación teórica, sabía muy poco del marxismo y, en general, no podía responder a los comunistas

con posturas propias.

«Cuando los comunistas hablaban de completar la revolución democrática burguesa antes de poder pasar a la revolución socialista, no sabíamos qué contestarles. Nuestra educación política era virtualmente nula, el 98 por ciento de nosotros jamás había leído una palabra de marxismo. La juventud comunista, que llevaba a término la política de su partido matriz, estaba mejor preparada que nosotros. También era más dogmática y virulenta. Y lo que nos pasaba a nosotros le pasaba también a nuestro partido matriz: la mayoría de sus líderes tampoco había leído jamás una palabra de Marx…»

El rápido crecimiento del partido comunista ilustra la radicalización sufrida por España en los últimos meses que precedieron a la guerra. De los 20 000 afiliados que decía tener en octubre de 1934 había pasado a tener 35 000 en febrero de 1936, 102 000 en mayo y 117 000 en la víspera de la guerra[90].

F. EL EJÉRCITO

Al proclamarse la república, en el ejército español había un oficial por cada 11 soldados, un general en activo por cada 1266 hombres[91]. Esta pesada estructura no era nada nuevo. Procedía de la primera mitad del siglo XIX, cuando se permitió que ingresaran en el ejército como oficiales de carrera primero los cabecillas guerrilleros de las guerras antinapoleónicas y luego los oficiales carlistas. Huelga decir que dicha medida no contribuyó a la creación de una eficiente fuerza de combate.

En las postrimerías del siglo XIX y durante el primer cuarto del XX el ejército protagonizó escasas campañas victoriosas. A la pérdida de Cuba, las Filipinas y todas las posesiones españolas en el Pacífico en 1898 siguió la larga y costosa «pacificación» de las tribus del Riff, en el Marruecos español. Las operaciones comenzaron en 1908 y condujeron a la desastrosa derrota de Annual, en 1921, donde más de 8000 soldados españoles perdieron la vida en una sola batalla. Cuando por fin se consiguió la pacificación del territorio en 1925, fue gracias al poderío militar francés tanto como al español.

El exceso de personal se veía acompañado por la insuficiencia de equipo. Aunque en 1931 la defensa (ejército y marina) se llevó el 18 por ciento del presupuesto nacional[92] los militares sólo tenían 300 ametralladoras adquiridas después de las guerras de Marruecos. La mayoría de los fusiles eran de un modelo de 1893 y la mayor parte de la artillería era inadecuada.[93], En resumen, el ejército

estaba mejor dotado para desempeñar el papel de policía nacional que para luchar en guerras internacionales o coloniales.

Anteriormente se habían propuesto diversos planes para reducir el cuerpo de oficiales, pero ninguno de ellos fue llevado a la práctica. La monarquía alfonsina estaba apegada al ejército. Éste, sin embargo, habiendo cargado con la responsabilidad de la dictadura de Primo de Rivera[94], no estaba dispuesto a soportar la carga de Alfonso XIII contra la voluntad republicana expresada por el voto urbano en 1931. Su pasividad permitió la proclamación incruenta de la república.

«La actitud de la mayoría de los militares hacia la nueva república era pasiva y expectante», ha escrito un historiador del ejército español[95]. Esto no significa en modo alguno que el ejército fuese «republicano». El recuerdo del largo historial de intervencionismo político por parte de los militares hizo que los republicanos liberales —particularmente Azaña— considerasen que para una democracia burguesa avanzada era urgente la reforma del ejército. Como ministro de la Guerra en el gobierno provisional republicano de 1931, Azaña emprendió la tarea sin dilaciones. A la semana de la proclamación de la república, hizo público un decreto que virtualmente permitía a todos los oficiales optar por el retiro con la paga completa. Según sus planes, el nuevo ejército consistiría en unos 7600 oficiales y 100 000 soldados en la península, y 1700 oficiales y 40 000 soldados nativos y europeos en Marruecos.

En el plazo de un año, de 5000 a 6000 oficiales optaron por retirarse[96]. La cifra en sí constituye un elocuente testimonio de que el cuerpo de oficiales aceptó este aspecto de las reformas de Azaña.

«Fue la mejor solución posible para el problema —opinaba el marqués de Marchelina, oficial carlista de artillería que se retiró al amparo de la nueva ley—. La ley de Azaña respetaba los derechos y opiniones políticas de los oficiales. Era consciente de que no podían servir a la república los oficiales de carrera que se sentían monárquicos…»

La reducción del cuerpo de oficiales no era lo que más preocupaba a muchos oficiales derechistas.

«Si la nación consideraba que hacía falta un ejército más reducido, que así fuera. A los oficiales siempre se nos había obligado a llevar la carga más pesada —decía con énfasis Pedro Salazar, un oficial monárquico de infantería, de Burgos—. Pero lo que nos pareció realmente mal fue que la república nos privase de nuestra bandera. Lloré como un niño cuando la bandera republicana fue izada en lugar de

la española. Tuvimos que jurar lealtad a la república. Muchos teníamos reservas personales sobre ello, pero prestamos juramento…»

La intención de Azaña era crear un ejército republicano permitiendo que salieran de él los que se oponían al régimen, pero, según el marqués de Marchelina, no le salió como quería.

«Lo que en realidad pasó fue que gran número de oficiales republicanos aprovecharon la reforma para abandonar el ejército. Creían que, estando su régimen en el poder, la vida civil les ofrecería mayores posibilidades. Al mismo tiempo, tenían asegurada su paga de oficiales…»[97]

Entre las otras reformas de Azaña se incluía la reducción del número de divisiones en la península, que de 16 pasarían a ser 8; hacer que el 60 por ciento de las plazas de las academias militares fuese para los suboficiales destacados; exigir que todos los candidatos para el ingreso en las academias contasen con seis meses de servicio activo, y abolir tres instituciones militares: la Academia General Militar de Zaragoza, dirigida por el general Franco; el ascenso acelerado por méritos en combate; y la jurisdicción militar independiente.

Incluso los oficiales liberales opinaban que la abolición de la primera de estas instituciones se habría conseguido mejor haciendo cambios radicales en los mandos de la academia, compuestos principalmente por africanistas (es decir, oficiales que habían servido en Marruecos). La segunda reavivó la vieja disputa entre los ejércitos peninsular y africano. En general, el primero era partidario de que los ascensos siguieran estrictamente el escalafón, mientras que el segundo, que exigía compensación por el servicio activo, defendía los ascensos por méritos en combate[98]. La tercera abolió una ley que, desde 1906, daba a los tribunales militares el derecho a juzgar todos los «crímenes contra la patria y el ejército».

Estas medidas despertaron suspicacias entre los oficiales de derechas, especialmente los africanistas. La patria y el ejército compartían su identidad. Atacar a una era atacar al otro y viceversa. «Donde un gobierno mediante sus actos deshonrase a la nación ante los ojos del mundo, ya fuese demostrando su incapacidad para mantener el orden, o colocándola bajo el control, por remoto que fuese, de una potencia extranjera, entonces era deber ineludible del oficial del ejército levantarse en defensa del país contra el gobierno: porque por muy legalmente constituido que el mismo fuera, había dejado de ser legal al causar la deshonra de la nación». Estas palabras, escritas por un biógrafo de Franco al estudiar la educación como miembro del cuerpo de oficiales recibida por Franco, describen sucintamente la relación entre el cuerpo de oficiales y la patria[99]. El concepto tenía prioridad sobre el juramento de lealtad a un régimen determinado.

Las suspicacias aumentaron cuando Azaña, con su particular don de regalar a sus enemigos frases que pudieran utilizarse contra el régimen, habló de «triturar» al ejército[100].

«La república quería aplastar al ejército. El régimen estaba decidido a formar un ejército nuevo, más fuerte, como hace todo estado comunista —me dijo el teniente Carlos Bravo, oficial de infantería que se había alistado en la guardia civil en Marruecos—. Para la mayoría de nosotros Azaña era un pervertido, un desastre moral. Si no hubiéramos sido cristianos, los oficiales le hubiésemos ahorcado con una soga, una soga que lo hubiese ahogado lentamente durante toda una semana…»

Los oficiales de derechas, especialmente en Marruecos, donde el gobierno civil había reemplazado al militar, tenían la sensación de que se estaba denigrando al cuerpo de oficiales. Pero lo que concentró su hostilidad sobre la república fueron otras cuestiones, las mismas que empezaban a soliviantar a los civiles de la misma clase social: la ley y el orden, el «separatismo» y (quizás en menor medida) los ataques contra la iglesia. Ello no tiene nada de sorprendente. El desarrollo desigual de España se reflejaba en el cuerpo de oficiales, que no estaba compuesto por hombres procedentes de las regiones industriales avanzadas, sino por castellanos y andaluces principalmente. Estos últimos procedían, sobre todo, de la pequeña burguesía «provinciana[101]» y compartía la mayor parte de sus presupuestos. A ello había que añadir su sentido particular de ser los defensores del honor de la nación.

«Aceptamos la república hasta que comenzó el desorden —explicaba el teniente Bravo—. Quizá me supiera mal la desaparición de la monarquía, pero me parecía aceptable el cambio de régimen en sí. Mejor dicho, me lo hubiese parecido si el desorden no hubiese empezado casi en seguida…»

En su opinión, la gente tenía derecho a manifestarse y exigir lo que considerara sus derechos. Pero debía hacerlo de forma disciplinada, ordenada. En vez de ello, se creían los «jefes» ahora que la república ya había llegado.

El «desorden», tal como lo concebía el teniente Bravo, empezó en Marruecos casi en el mismo instante de la proclamación de la república. En Tetuán se declaró una importante huelga a principios de mayo de 1931 y, como respuesta a ella, se proclamó la ley marcial y se llamó a una compañía de regulares[102]. En varias bases del ejército se descubrieron actividades izquierdistas. El general Sanjurjo, que a la sazón era director de la guardia civil, fue enviado a Marruecos para restaurar el orden. No obstante, los oficiales del ejército seguían viéndose insultados por la calle, según el teniente Bravo, que había decidido ingresar en la guardia civil porque era un cuerpo que todavía gozaba de cierto respeto.

«Me di cuenta de que tarde o temprano iba a ser necesario restaurar el orden y que tendrían que hacerlo las fuerzas armadas. Le daré un ejemplo. Un día iba por la calle, en Ceuta, cuando unos obreros de la construcción se sentaron en la acera para impedirme el paso. Esperaban que me bajase de la acera o pasara por encima de ellos. De haber hecho esto último, habrían protestado diciendo que les había pisado. No estaba dispuesto a consentir semejantes cosas, así que saqué la pistola y dije: "Despejad la acera". Obedecieron cabizbajos…»

La guardia civil, por supuesto, era la policía de primera línea para la defensa del estado burgués. Fundada a mediados del siglo XIX como policía rural destinada a combatir el bandidaje, pronto se había convertido en una fuerza paramilitar eficiente y bien armada para la represión de la «agitación» en las zonas rurales. Patrullaba siempre en parejas y con sus tricornios de charol la guardia civil pasó a ser un símbolo de opresión para los jornaleros sin tierra del sur. Si hacía falta, siempre cabía el recurso de hacerla actuar en las grandes ciudades. Bajo la república, la fuerza contaba con unos 25 000 hombres y sus mandos procedían casi sin excepción del cuerpo de oficiales del ejército. Su director general siempre era un militar.

A modo de contrapeso, la república creó los guardias de asalto. Esta policía nacional republicana debía utilizarse para suprimir las manifestaciones en las ciudades y así evitar el tener que recurrir al ejército o a la guardia civil. Además, como es lógico, se esperaba que fuese una fuerza leal a la república. Su suerte en este sentido la hemos visto en las páginas del presente libro que hablan del levantamiento de 1936. Tras el frustrado alzamiento de Sanjurjo, la fuerza fue doblada hasta contar con 10 000 hombres, y en julio de 1936 estaba compuesta nominalmente por 18.000[103].

Lo poco dispuesto que a alzarse estaba el ejército al principio quedó demostrado en agosto de 1932, cuando el general Sanjurjo, que se había creado una reputación en Marruecos, trató de sublevarse. Sólo el 5 por ciento del cuerpo de oficiales apoyó directamente el complot[104]. El levantamiento cuajó en Sevilla durante un día, pero Sanjurjo tuvo que huir al declararse una huelga general y llegar tropas leales. En Madrid el único apoyo lo recibió de un batallón de caballería que no contaba con todos los soldados que debía tener. El gobierno estaba enterado de lo que iba a suceder. Los conspiradores monárquicos habían tenido que dar seguridades a los conspiradores que no lo eran en el sentido de que no se intentaría restaurar la monarquía inmediatamente, y algunas unidades militares de Sevilla se negaron a prestar más apoyo cuando corrió la voz de que el levantamiento tenía por fin volver a traer al rey.

Unos meses antes, Sanjurjo había expresado claramente la actitud de los

oficiales derechistas hacia la república. «Serviremos lealmente al gobierno existente; pero si por casualidad la tendencia hacia la izquierda hundiera a España en la anarquía, asumiremos rápidamente toda la responsabilidad para el restablecimiento del orden. Nuestro primer deber es el mantenimiento del orden público y lo cumpliremos a toda costa. Ningún gobierno revolucionario será establecido en Madrid»[105].

En opinión del diputado monárquico Pedro Sáinz Rodríguez, que antes del levantamiento gestionó un encuentro entre Sanjurjo y Franco, lo que precipitó la insurrección fue el deseo de impedir que las Cortes aprobasen el estatuto de autonomía de Cataluña[106].

«Por eso fracasó el alzamiento. Fue necesario llevarlo a cabo en agosto en vez de, por ejemplo, en el siguiente mes de enero, cuando habría habido tiempo de prepararlo bien. El separatismo era un tema candente en el ejército, al igual que en otras partes. Franco le dijo claramente a

Sanjurjo que no iba a apoyar la insurrección. Creo que se daba perfecta cuenta de que no estaba bien planeada…»

Sanjurjo fue condenado a muerte, pero la sentencia se le conmutó por la de cadena perpetua. La purga afectó a cerca de 300 oficiales más. La facilidad con que se había aplastado la sublevación creó una exagerada sensación de triunfo entre los republicanos, sensación que más tarde les costó cara[107]. Asimismo, hizo que, como hemos visto, las Cortes aprobasen rápidamente la Ley de Reforma Agraria y el estatuto de Cataluña.

Si bien las reformas de Azaña redujeron la fuerza numérica del ejército, a juicio de los expertos en poco aumentaron su combatividad.

Bajo el gobierno centroderechista de 1933-1935 el ejército vio satisfechas varias de sus aspiraciones. Sanjurjo y los que se habían alzado con él fueron amnistiados. Cuando Gil Robles pasó a ser ministro de la Guerra en mayo de 1935, nombró a Franco jefe del estado mayor, al general Mola comandante en jefe de Marruecos y encargó al general Goded de una inspección especial del ejército en el Ministerio de la Guerra. Nuevamente se autorizaron los ascensos por méritos. Gil Robles y Franco llevaron a término una purga de oficiales republicanos liberales y se comenzó a reequipar a la artillería y a aumentar la producción de cartuchos.

La sublevación de Asturias en octubre de 1934 fue sofocada por la Legión y por los regulares del ejército de África. Franco jugó un papel destacado en la coordinación de las operaciones. La sublevación dio también ímpetu a una

organización clandestina de derechas dentro del ejército: la UME. La componían principalmente oficiales de rango medio y bajo. Después de lo de Asturias, sus miembros mantuvieron conversaciones con la Falange.

A principios de noviembre de 1934, Calvo Sotelo, el líder monárquico, alentó a las Cortes a considerar la posición del ejército.

«Es necesario afirmar que España tiene necesidad de contar con un ejército poderoso y restaurar la satisfacción moral y la dignidad espiritual de los mandos de ese ejército», dijo. «Es necesario, en resumen, que el honor del ejército sea el honor mismo de España». Refutando la afirmación de Azaña en el sentido de que el ejército era el brazo de la patria, añadió: «Es ahora evidente que el ejército es mucho más que el brazo de la patria. No diré que sea su cabeza, pues no debe serlo; pero es mucho más que el brazo. Es la columna vertebral… y si se rompe, dobla o resquebraja, es España la que se dobla o rompe».

En el otro extremo del espectro político, sólo el partido comunista comprendió plenamente la importancia de organizarse dentro del ejército. Desde hacía años venían publicando *La Voz del Cuartel* como medio de expresión de las opiniones y quejas de los soldados rasos. Después de octubre de 1934, Franco intentó aplastar a la izquierda dentro del ejército[108].

Fue éste el momento en que Francisco Abad, un comunista andaluz, ingresó en el ejército como regular. Tras ser expulsado de su empleo de tonelero en Almería, se alistó en el ejército porque tenía la esperanza de poder realizar en él su ambición de hacerse músico. Ingresó en el regimiento de infantería n.º 6, de Madrid, y se encontró con que se había puesto fin a la organización clandestina que existía antes. Se dispuso a crearla de nuevo. En marzo de 1935 salió el primer número de un periódico clandestino llamado *Soldado Rojo*.

«Era el órgano de la organización de soldados y cabos y lo publicaba el partido comunista. Por encima de todo, expresaba la necesidad de defender las libertades democráticas, la república, y advertía constantemente para que se estuviera alerta ante la posibilidad de un golpe militar. En diciembre de 1935 pertenecían ya a la organización unos 175 soldados y cabos de mi regimiento. Entre ellos casi no había miembros del PCE, ni sabían que la organización fuera guiada por el partido comunista…»

En octubre de 1935 su regimiento tomó parte en unas maniobras en la sierra de Guadarrama. Su organización publicó un folleto en el que se denunciaban las maniobras diciendo que eran un «ensayo fascista» para la toma de Madrid. El comité de cuartel que él había organizado, y que controlaba la organización de

soldados y cabos, consistía en sólo dos o tres hombres. El teniente coronel del regimiento encargó a un soldado que vigilase a Abad. El coronel no sabía que el soldado pertenecía a la organización de Abad y era el encargado de introducir propaganda clandestina en el cuartel. Abad tenía toda la propaganda escondida en la habitación de su capitán, sin que éste lo supiera.

En diciembre de 1935, al nombrarse un nuevo gobierno para preparar las elecciones generales de 1936, Gil Robles, en uno de sus últimos actos como ministro de la Guerra, pidió a los generales Franco, Goded y Fanjul que hicieran un sondeo en el ejército para comprobar qué apoyo ofrecería a la declaración de la ley marcial. La respuesta no fue alentadora. Los oficiales de alta graduación no deseaban actuar contra un gobierno constitucional mientras éste siguiera en manos de moderados. Después de la victoria electoral del Frente Popular, Gil Robles pidió al jefe del gobierno —y Franco al ministro de la Guerra— que declarase el estado de guerra (la ley marcial). Ambos rechazaron la petición.

El gobierno republicano liberal destinó a los generales que más temor le inspiraban a puestos que consideraba geográficamente periféricos: Franco a las islas Canarias, Goded a las Baleares, Mola a Pamplona. Antes de partir a ocupar sus puestos, dichos generales y otros celebraron una reunión en Madrid. No se trazaron planes precisos, pero al parecer se acordó que todos ellos actuarían si se producía alguna de las siguientes cosas: la disolución de la guardia civil, el licenciamiento de los reclutas, la disolución del cuerpo de oficiales, una rebelión armada de signo izquierdista o un golpe prematuro por parte de una sola guarnición[109].

Sin embargo, la mayor parte de los mandos militares en activo no era declaradamente antirrepublicana, militarista o partidaria de las soluciones autoritarias. Parece ser que Franco, con su habitual cautela, deseaba dar al régimen republicano liberal tiempo para ver si era capaz de «contener» la situación nacida de la victoria del Frente Popular. Algunos otros generales, la mayoría de los cuales se había retirado al amparo de la reforma de Azaña, eran menos optimistas y trataron de organizar levantamientos en abril y mayo de 1936. Ninguno de ellos tuvo éxito. Fue después del primero de dichos intentos que Mola se hizo cargo de planear la sublevación definitiva.

No fue casualidad que un africanista se responsabilizase de planear la operación. Tras pasarse años pacificando a los tribeños del Riff, los oficiales del ejército de África tendían a considerar que la misma España era «una nueva forma de problema marroquí: infestada de tribus rebeldes camufladas de partidos políticos y pidiendo a gritos una mano de hierro, aunque paternal»[110].

Aun cuando los planes políticos de Mola para el régimen posterior al levantamiento fuesen algo más sofisticados de lo que el espacio nos permite indicar[111], al joven oficial que servía en Marruecos le resultaba fácil ver la necesidad de pacificar la península.

«No podía permitirse que las cosas siguieran como estaban. La quema de iglesias, los atracos a mano armada, la censura de prensa, la intervención del correo privado. Y por si fuera poco, estaba el separatismo. No sólo en Cataluña y el País Vasco, sino que ahora el separatismo había infectado también a regiones como Andalucía y Castilla, donde nunca había existido…»

Este punto de vista, expresado por el teniente Julio de la Torre, de la Legión, lo compartían muchos oficiales jóvenes. Era entre ellos donde más fuerte era la decisión de sublevarse. «Los oficiales de alta graduación, los de más edad, estaban dispuestos a soportar la situación, a ver qué iba a pasar». Muchos de los oficiales jóvenes simpatizaban con la Falange.

«En ella veíamos los principios de disciplina y orden, el sentido de la patria. Aunque yo no era miembro, consideraba que la Falange representaba mis ideales. Tras las elecciones del Frente Popular, se hizo evidente que la influencia de comunistas y masones aumentaba de día en día, ¡incluso en el ejército de África! Para conseguir un destino decente, tenías que ser masón… la mayoría de los que ocupaban altos puestos civiles y militares lo era…»

Otra amenaza se cernía sobre el ejército de África, según el teniente De la Torre: una revolución de sargentos. La organización comunista entre los suboficiales legionarios empezaba a tener efecto y ya existían células…

«Temíamos que se sublevasen. En marzo o abril de 1936 llegó un momento en que hubo que traer regulares para rodear a ciertas unidades de la Legión. Los comunistas habían prometido a los sargentos que serían ascendidos a oficiales…» [112]

La victoria del Frente Popular aumentó la fuerza de la organización de soldados y cabos en Madrid. En el regimiento de infantería en el que servía Abad los afiliados aumentaron hasta llegar a 300. También se crearon comités del Frente Popular, en los que participaban soldados de todos los partidos y organizaciones antifascistas. Abad asistió a la primera conferencia de la organización antimilitarista de la guarnición de Madrid, celebrada bajo los auspicios del partido comunista el 1 de enero de 1936. Durante las amenazas de insurrección de la primavera de aquel año, la organización de soldados y cabos permaneció alerta y se hizo cargo de la entrada principal y las armerías de los cuarteles.

Los miembros del partido comunista no eran los únicos que se organizaban entre los soldados. Cuando eran llamados a filas, los obreros revolucionarios de otras organizaciones formaban comités de cuartel. Tal fue el caso de Ramón Fernández, carpintero barcelonés del POUM, que en octubre de 1935 fue destinado a un regimiento de infantería de Jaca.

Era el mismo regimiento a la cabeza del cual los capitanes Fermín Galán y García Hernández habían hecho un intento frustrado para derrocar la monarquía en diciembre de 1930. Ambos fueron ejecutados por ello. Fernández ingresó en el comité de cuartel, formado por ocho hombres, que «controlaba» una de las compañías y el destacamento encargado de acompañar a la artillería.

«Sabíamos que los jefes de la UME en el cuartel eran un comandante y un teniente. Conseguimos apoderarnos de unos documentos que estaban haciendo circular en los que hablaban de la necesidad de sublevarse. Enseñamos los documentos a los republicanos y socialistas de la ciudad, pero no hicieron más que reírse. No creyeron nada de todo ello…»

Su comité de cuartel trazó planes por si los oficiales del regimiento intentaban levantarse. Los hombres se apoderarían de la armería, luego arengarían a la tropa y abrirían fuego contra «cualquiera que llevase gorra de oficial». Una noche los hombres se despertaron al oír disparos. Se apoderaron de la armería —un cabo que pertenecía al comité tenía la llave— y resultó que el ruido procedía de una fábrica de alpargatas de la ciudad que se había incendiado: el recubrimiento de amianto del techo estaba estallando a consecuencia del calor[113].

Durante la primavera de 1936 la UME creció rápidamente. Según ella, estaban afiliados unos 3400 oficiales en servicio activo y 1800 de la reserva o retirados[114]. La mayoría de los grupos, sin embargo, funcionaba de forma más o menos aislada. La organización contraria, la UMRA, era más pequeña. El capitán Orad de la Torre, que pertenecía a ella, calculaba que en el mejor de los casos tendría como unos 200 oficiales, la mayoría en Madrid.

«Pero, si los oficiales eran pocos, mayor era el número de suboficiales y sargentos, ya que la UMRA estaba abierta a otros rangos. Alrededor de 1933 recibimos una carta anónima amenazando de muerte a todos los oficiales de la UMRA. No hicimos caso. Pero el 9 de mayo de 1936 el capitán Carlos Faraudo, miembro de la UMRA, fue abatido a tiros en la calle cuando paseaba con su hija de cinco años. La razón de su asesinato, si es que era una razón, fue que estaba entrenando a la milicia socialista. Fue entonces cuando hicimos pública una declaración en el sentido de que pagaríamos con la misma moneda no en la persona de nuestros hermanos oficiales, sino en la de algún político, si se repetía

un asesinato parecido…» [115]

Durante toda la primavera fue creciendo el fermento prerrevolucionario, a la vez que se endurecían las actividades del cuerpo de oficiales y de sus equivalentes civiles. Aumentó la violencia entre los izquierdistas y los oficiales. Los socialistas y los anarquistas eran resueltamente antimilitaristas y a la izquierda no le cabía ninguna duda sobre la amenaza de un alzamiento militar. En el desfile del Primero de Mayo en Madrid se había lanzado el eslogan de un ejército rojo. Los oficiales de derechas dieron crédito a los rumores de un complot comunista destinado a establecer un soviet en España. Y, pese a ello, el grueso del cuerpo de oficiales de la península no estaba dispuesto a levantarse.

Las clases medias increpaban ya a los oficiales por negarse a tomar medidas. Las mujeres de clase media que en Madrid fueron invitadas a un baile militar esparcieron por el suelo comida de la que se suele dar a las gallinas, para señalar su indignación ante la «cobardía» de los oficiales[116]. La burguesía esperaba que el ejército la defendiese una vez más. Laura Keller, esposa de un oficial, estaba embarazada y fue a una clínica de Madrid para que la viese el médico. El ginecólogo miró a su marido.

«"Y ustedes los oficiales… ¿qué están haciendo?", preguntó a mi esposo mientras subíamos en el ascensor. El ginecólogo era muy de derechas y en otros tiempos había asistido a la reina. Pero desde las elecciones del Frente Popular la gente venía diciéndole cosas así a mi esposo, pensando que por ser oficial era forzosamente de derechas…»

Mola esperaba poder llevar a cabo el levantamiento a finales de junio. En una de sus primeras directrices señalaba explícitamente los medios y objetivos de la operación. «Se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta, para reducir lo antes posible a un enemigo fuerte y bien organizado. Desde luego, serán encarcelados todos los directores de partidos políticos, sociedades o sindicatos desafectos al movimiento, aplicándose castigos ejemplares a dichos individuos para estrangular los movimientos de rebeldía o huelgas»[117].

Mola planeaba conservar un régimen republicano, pero bajo un directorio de cinco hombres que ejercería el poder «en toda su amplitud». La constitución de 1931 sería suspendida, el presidente de la república y el gobierno serían desposeídos de sus cargos y se abrogarían todas las leyes que no estuvieran de acuerdo «con el nuevo sistema orgánico del estado».

Se declararían fuera de la ley todas las organizaciones políticas y sociales y sectas que estuvieran «inspiradas desde el extranjero». Entre las medidas

«sociales» de Mola estaban: la separación de la iglesia y el estado y la libertad de culto; el subsidio de desempleo; la abolición del analfabetismo; un programa de obras públicas e irrigación y una solución del problema agrario basado en las pequeñas propiedades y la explotación colectiva donde fuera posible. En lo sucesivo todos los decretos del directorio serían aprobados por un parlamento constituyente «elegido de la forma que se determinase»[118].

Sanjurjo, a la sazón exiliado en Lisboa, sería el presidente del directorio. La fecha del levantamiento se aplazó para después de finales de junio debido a las dificultades que presentaba su organización cuando sólo una minoría del cuerpo de oficiales de la península estaba dispuesta a participar activamente en él. A pesar de las protestas en el sentido de que no iba a producirse ninguna rebelión, el gobierno de Madrid era consciente de que algo se estaba tramando. En junio dos regimientos de caballería fueron trasladados de Madrid porque su lealtad era dudosa. El día 29 de junio el director general de seguridad se trasladó personalmente de Madrid a Pamplona con una fuerte escolta policíaca, aparentemente en busca de armas de contrabando. Mola ya había tomado precauciones, dado que el día anterior había sido avisado por su contacto, el jefe de la policía madrileña[119].

Perfectamente consciente de que el alzamiento no podía ser un pronunciamiento militar al viejo estilo, Mola había buscado apoyo entre los civiles: sus planes preveían que el levantamiento tuviera una estructura gemela militar-civil. Sin embargo, esto ocasionó complicaciones con los carlistas y, en menor medida, con la Falange. Los líderes carlistas cortaron sus relaciones con él porque no tenían la seguridad de que fuesen a estar a cargo de la reconstrucción «orgánica y corporativa» del nuevo estado y también porque el levantamiento tendría lugar bajo la bandera republicana en vez de la monárquica[120]. No se llegó a un acuerdo hasta dos días antes de la sublevación en Marruecos. La base del acuerdo fue un compromiso anodino sugerido por Sanjurjo. Mientras tanto, José Antonio Primo de Rivera, el líder de la Falange, sospechaba de los conspiradores militares y se sentía preocupado ante el aplazamiento de la rebelión. Desde la cárcel de Alicante exigió que se fijara una fecha concreta. Mola indicó una nueva fecha: el 12 de julio.

Durante junio Mola había enviado cuatro mensajes a Franco, sin recibir respuesta a ninguno de ellos. El 23 de junio Franco escribió una carta al presidente del consejo y ministro de la Guerra, Casares Quiroga, indicando que la campaña antimilitar desarrollada por la izquierda estaba minando el espíritu del ejército, y protestando por la eliminación de oficiales derechistas. Advirtió al presidente del consejo del peligro que ello entrañaba «para la disciplina del ejército». Dicha carta, como dice Hugh Thomas, «era una declaración final de Franco "ante la historia" de que había hecho todo lo posible para conseguir la paz, aunque por entonces ya

debía de saber que era demasiado tarde para intentar nada»[121].

El 12 de julio los preparativos todavía no estaban terminados. Seguía sin resolverse la disputa entre Mola y los carlistas. El 14 de julio Mola recibió de Madrid un mensaje cifrado diciendo que Franco no iba a participar. Para entonces Mola ya había enviado un mensaje al ejército de África ordenándole que se preparase para el levantamiento a partir de las 00.00 horas del 17 de julio. El 15 de julio se recibió un nuevo mensaje rectificando el anterior relativo a Franco[122]. Si bien es indudable que el error fue imputable a las comunicaciones, es seguro que Franco no se decidió definitivamente a unirse al alzamiento hasta pocos días antes del mismo.

El asesinato de Calvo Sotelo como respuesta al del teniente Castillo en Madrid hizo que el alzamiento, fuesen cuales fueran sus resultados, ya no pudiera aplazarse más. Pero incluso entonces, sólo dos días antes de que se produjera, Eugenio Vegas Latapié, director del periódico monárquico *Acción Española*, descubrió que los oficiales de la academia de artillería de Segovia no habían recibido instrucciones. Tampoco las había recibido su hermano, que era oficial del regimiento de transmisiones destacado en El Pardo, en las afueras de Madrid.

«Fue el día después del entierro de Calvo Sotelo. Estaba hablando con un comandante de artillería en Segovia cuando su padre, un coronel retirado, le insultó en mi presencia por no haberse sublevado aún. "Si yo fuera un oficial joven, no toleraría esta situación ni un momento más". Me impresionó que un anciano, un hombre que normalmente hubiera debido preocuparse sólo de llevar una vida tranquila, incitase a su hijo a emprender una acción semejante…»

APÉNDICE

A. LAS COLECTIVIZACIONES Y EL CAPITAL EXTRANJERO

El decreto catalán de colectivizaciones mencionaba la compensación a los propietarios de empresas expropiadas, pero no indicaba las condiciones. En uno de los borradores del decreto se decía que la Caja de Crédito Industrial se encargaría de las compensaciones, pero esta cláusula no estaba incluida en el decreto definitivo al ser publicado[1]. A causa de esta ambigüedad hubo que hacer frente a un problema importante: las presiones del capital extranjero en lo relativo a las compensaciones.

«Fue una especie de juego del gato y el ratón en el que nosotros hacíamos de ratón —contaba Albert Pérez Baró—. No podíamos hacer nada, ya que no se había llegado a un acuerdo sobre las condiciones legales para el pago de compensaciones…»

Nada podía ofrecerse a las compañías extranjeras, toda vez que no se había creado la Caja de Crédito Industrial. Por otra parte, puede que dichas compañías no hubiesen aceptado bonos del gobierno a largo plazo —«siempre pedían compensación en divisas extranjeras»— en el caso de que se les hubieran ofrecido. Pero por lo menos, según Pérez Baró, la oferta les habría hecho callar.

Se presentaron reclamaciones por cuenta de poco más de 100 compañías extranjeras. La mitad de ellas eran francesas, 16 británicas, 5 norteamericanas y 9 argentinas. Pérez Baró recibió a sus representantes.

«Indudablemente el cónsul británico era el peor. Cuando venía a presentar una queja por cuenta de una firma británica (Fabra & Coats, por ejemplo, exigía un millón de libras) se comportaba como si estuviera en su propio despacho. Siempre se presentaba acompañado de una estenógrafa para que tomase nota de cada una de las palabras que se dijeran. A los cónsules de Bélgica y Argentina había que manejarlos con cuidado, pero al menos éstos mostraban cierto respeto…»

Muchas de las compañías extranjeras con intereses en Cataluña llegaron a un acuerdo para boicotear a la economía republicana. Los directores del Banco de España estaban en la zona nacionalista y, como es natural, se valieron de su

influencia en el extranjero para asegurarse de que el capital internacional saboteara la economía colectivizada. «Nos encontramos con que las escasas exportaciones que conseguíamos efectuar eran embargadas en cuanto llegaban a los puertos extranjeros».

Con el objeto de ahorrarse problemas, el Consejo de Economía decidió que las firmas con participación extranjera que en principio entrasen en el decreto de colectivizaciones fueran colectivizadas sólo si así lo querían los trabajadores de la firma. Así, pues, unas 20 compañías extranjeras no fueron colectivizadas. Pero incluso cuando lo eran, sus propietarios del extranjero no se sentían forzosamente satisfechos con el ofrecimiento de descolectivizarlas. Así lo comprobó Joan Ferrer, secretario del centro cenetista de dependientes de comercio.

Tras colectivizar las minas de potasa de Sallent, propiedad de una compañía franco-belga, los mineros le habían pedido que fuese el administrador de la empresa colectivizada. La potasa era una importante fuente de exportaciones para Cataluña. En 1935 se habían producido 165 000 toneladas. Pese a que habían desaparecido los técnicos e ingenieros extranjeros, las minas reanudaron el trabajo rápidamente. Se presentó entonces el problema de encontrar mercados. La producción de una semana bastaba para satisfacer la demanda interior, por lo que los mercados de exportación tenían una importancia vital. A la sazón España tenía establecido un cupo dentro de un cártel internacional y, a través de los buenos oficios de la Generalitat, la empresa colectivizada no tardó en encontrar compradores extranjeros, la mayor parte de ellos en Asia. En vista de que el decreto de colectivizaciones había legalizado las empresas colectivizadas catalanas, Ferrer no veía ninguna razón por la que no debiera exportarse la potasa.

«Sin embargo, en cuanto nuestros barcos mercantes llegaban a alta mar, eran apresados por las fuerzas del comité de no-intervención y el cargamento era embargado por orden de sus propietarios originales. Intentamos que nuestros cargueros zarpasen bajo distintos pabellones, pero no sirvió de nada. Cuando el hecho se hubo repetido una docena de veces, llevamos el caso al Tribunal Internacional de La Haya. Falló en contra nuestra, a principios de 1937, por una razón, sólo una: el decreto de colectivizaciones era una ley regional y no nacional…»

Antes de la vista de la causa, Ferrer y otros miembros de la empresa colectivizada hicieron varios viajes a Valencia para exponer el caso a Negrín, que a la sazón era ministro de Hacienda en el gobierno central.

«Se negó a reconocer el decreto de colectivizaciones. Él y la mayoría de los que formaban el gobierno central estaban decididos a no aceptarlo y, en particular,

a no permitir que la CNT controlase parte alguna de la economía. Le explicamos que había una diferencia entre una fábrica de propiedad extranjera, construida con capital extranjero, y una concesión minera. En todo el mundo el subsuelo es propiedad del estado y las compañías mineras sólo tienen concesiones estatales para explotar los recursos minerales durante un número determinado de años: no son propietarias del subsuelo. Tratamos de persuadirle para que la concesión les fuese retirada a los extranjeros que la tenían y transferida a la colectividad, a cambio de lo cual el estado pagaría una compensación por la pérdida de los derechos de concesión. Negrín se negó incluso a esto, que era la única salida legal. No quería tener nada que ver con la colectivización catalana…»[2]

Tras el fallo contrario en La Haya, decidieron dirigirse a los propietarios de la concesión, la compañía franco-belga Potasas Ibéricas. Lo importante, a juicio de Ferrer, era hacer que los 700 mineros siguieran trabajando y, por medio de la exportación, conseguir las divisas extranjeras que tanta falta hacían para el esfuerzo bélico. En compañía de dos delegados de los mineros y un representante de la Generalitat, se trasladó a París para negociar con los propietarios.

«Tuve que hablar yo, dado que el presidente de la compañía hablaba francés y de nosotros yo era el único que conocía un poco dicha lengua. Nuestra propuesta era sencilla: la compañía recobraría el control de las minas y las dirigiría como antes con sólo dos condiciones: seguiría existiendo el consejo de empresa y se aceptarían diversas mejoras en las condiciones de trabajo. Antes de la guerra la compañía había sido particularmente explotadora. De hecho, lo que ofrecíamos era "descolectivizar" las minas y permitir que la compañía obtuviera y conservase sus beneficios igual que antes… Se negaron rotundamente a escuchar nuestra propuesta. Dijeron, literalmente, que preferían perder dos, tres o cuatro años de la producción española, ya que sabían que tarde o temprano recobrarían el control. "Ustedes serán barridos y las minas volverán a ser nuestras", nos dijeron. Rompimos las relaciones y regresamos a Barcelona…»

A nivel de anécdota, Ferrer quedó impresionado por lo que ocurrió al final: el presidente se despidió de la delegación en perfecto español. Durante toda la entrevista había hablado en francés, aun cuando se daba cuenta de que Ferrer no lo hablaba con demasiada soltura. Además, Ferrer tenía que traducir las palabras del presidente para que las entendiesen sus compañeros. Éstos contestaban con pocos miramientos y de vez en cuando soltaban cosas gordas contra el presidente. Éste, que durante los tres días de negociaciones se había mostrado impasible, al final resultó que lo había entendido todo.

«Y no sólo eso: la compañía estaba perfectamente informada de nuestros movimientos. Habíamos llegado dos días antes de que empezasen las

conversaciones y el presidente, durante uno de los intervalos, me dijo exactamente lo que habíamos estado haciendo… Su servicio de información fuera de Cataluña era excelente; sabían siempre cuándo se disponía a zarpar un buque cargado de potasa. Nunca conseguí averiguar cómo lo tenían organizado, pero supongo que debía de haber sido alguno de los técnicos…»

Hubo que cerrar las minas. La Generalitat envió los mineros a construir carreteras. A partir de entonces y durante toda la guerra, de las minas de Sallent no se extrajo ni un gramo de potasa.

Finalmente, en la segunda mitad de 1938, Josep Tarradellas, consejero de Finanzas de la Generalitat y militante de la Esquerra, creó un tribunal especial dentro del tribunal catalán de apelaciones para que atendiese las reclamaciones extranjeras. Al modo de ver de Joan Grijalbo, representante de la UGT en el Consejo de Economía, puede que esta medida fuese un arma de dos filos en lo que se refería a la colectivización.

«En realidad, el tribunal nunca funcionó del todo. Pero de haberlo hecho, la demanda de compensación habría planteado el problema de la constitucionalidad del decreto de colectivizaciones que podía haber sido declarado anticonstitucional. Al nuevo tribunal lo consideramos un arma para defenderse del capital extranjero; pero en realidad fue un intento de la Esquerra destinado a frenar la revolución en Cataluña…»

B. LA COLECTIVIZACIÓN NO LIBERTARIA

La visión que de la revolución catalana tenía el PSUC la resumió su secretario general, Joan Comorera, en marzo de 1937: «siete meses de errores graves, aventaras, experimentos lamentables y peligrosos… que han terminado como inevitablemente terminan todos los experimentos de esta clase»[3]. A pesar de ello, el PSUC no se proponía abolir la colectivización. De hecho, existían varias colectividades de la UGT y, al parecer, pocas —o ninguna— propiedades grandes fueron devueltas a sus dueños burgueses. A diferencia del PCE, que defendía la nacionalización de la gran industria, el PSUC, que todavía debía hacer frente a una clase obrera militante y cenetista, prefirió intentar la centralización de las colectividades bajo el control de la Generalitat (o del PSUC) a partir de junio de 1937, fecha en que Comorera pasó a ser consejero de Economía. Un factor ayudó mucho a Comorera a conseguir su propósito: muchas colectividades se habían hipotecado con el «banco de empeños» de la Generalitat para poder pagar a sus trabajadores[4]. Como era inevitable, en el curso de esta centralización Comorera

modificó muchos aspectos esenciales del decreto de colectivizaciones, incluyendo el papel del Consejo de Economía, que de órgano ejecutivo pasó a serlo consultivo. Las modificaciones podrían haber preparado el camino para pasar posteriormente de la centralización a la nacionalización. Ésta, en todo caso, se consiguió en gran medida en agosto de 1938, cuando el gobierno central se hizo cargo de las industrias bélicas de Cataluña, en las que se hallaban incluidas no sólo las plantas de ingeniería y productos químicos, sino también las textiles y de curtidos. Durante los últimos meses de la guerra, en parte debido a que el capital extranjero y el gobierno central eran hostiles a la colectivización catalana, el PSUC hizo propuestas de apoyo a la pequeña burguesía para transformar las colectividades en cooperativas[5]. Pero para entonces las colectivizaciones ya estaban en franca decadencia y no parecía probable que la guerra durase mucho más

La UGT catalana no se oponía a la colectivización. A decir verdad, abogó por la extensión del sistema al resto de España. Pero, al igual que el PSUC, se oponía resueltamente al poder de los sindicatos (o al poder de la clase obrera autónoma).

Las experiencias de un obrero del PSUC que trabajaba en una empresa colectivizada de la UGT nos revelan hasta cierto punto las complejidades del problema. Antonio Ribas trabajaba en la sección de mantenimiento de una empresa fabricante de gas oxiacetilénico, vital para la industria de ingeniería y el esfuerzo bélico. En su fábrica había sólo 80 obreros, pero la compañía tenía otras plantas en Berga y en Valencia (así como en otras poblaciones que ahora estaban en la zona nacionalista). Juntas, las dos plantas de Cataluña reunían a más de 100 obreros, por lo que, según el decreto, estaban sujetas a la colectivización. La planta no fue colectivizada hasta que el decreto entró en vigor.

«Si hubiéramos ocupado la empresa así por las buenas, nos hubiera pesado en la conciencia. La dirección no nos había tratado mal. Además, ninguno de los gerentes había huido de Barcelona después del 19 de julio. Si no lo hacíamos no era porque la UGT fuese el sindicato mayoritario (ya que al fin y al cabo la UGT no se oponía a la colectivización), sino porque creía que hacerlo no corría ninguna prisa. Esperábamos que la guerra terminase pronto a nuestro favor y creíamos que debíamos esperar hasta la victoria para poner los cimientos del futuro régimen económico, de lo contrario inevitablemente se hubiese hecho de cualquier modo…»

Pronto, al ver las cuentas de la compañía y «empezar a darle vueltas la cabeza», comprendió que para que la planta siguiera funcionando debían seguir en ella los directores de antes, ya que ellos conocían los negocios de la compañía. «Sabía que personalmente no iba a ser capaz de dirigir la empresa y creo que la mayoría de los trabajadores tenían la misma impresión». Pero, al igual que los

demás obreros, era partidario decidido de que se crease un comité de control. A los trabajadores les gustaba la idea de participar en la marcha de la planta.

«Venían y me decían: "Oye, ¿por qué no hacemos esto?, ¿por qué no intentamos aquello?". Tenían ideas sobre lo que había que hacer, sobre cómo mejorar las cosas…»

La participación era una cosa; la colectivización a toda escala, otra. Él creía que los trabajadores no estaban preparados para esta última. En Cataluña se dedicaba un exceso de tiempo y energía a colectivizar en vez de a echar las bases que permitieran el éxito del experimento. Lo primero era dedicar todas las energías a ganar la guerra.

Cuando el decreto les obligó a colectivizar, formaron una colectividad de las tres plantas.

«El problema más inmediato de la colectivización era que cada fábrica se consideraba una unidad independiente. Eso queríamos evitarlo. Si eran autónomos los trabajadores de la planta de Berga, donde se producía carburo, tal vez pronto empezarían a hacer negocios por cuenta propia…»

El consejo de empresa lo formaban tres trabajadores de cada planta, además de un contable y los directores de la fábrica. Si bien los trabajadores estaban en una mayoría indisputable, por lo general dejaban los asuntos técnicos en manos de la anterior dirección. Sin embargo, las condiciones de trabajo eran otra cosa. El consejo de empresa se reunía una vez a la semana, para lo cual los representantes de Valencia y Berga se desplazaban a Barcelona. Cuando no había ninguna reunión, los nueve obreros del consejo, entre los que había dos cenetistas, ocupaban sus habituales puestos de trabajo.

«Aunque hubo uno o dos casos de trabajadores que creyeron que la nueva situación significaba que podían hacer lo que les diera la gana, la mayoría reaccionó bien y desde el principio comprendió que era necesario trabajar mucho. De hecho, en la fábrica siempre se había trabajado a ritmo intenso, pero ahora trabajábamos aún más, convencidos de que cuando la guerra terminase con la victoria de los republicanos se consolidarían todos los progresos realizados…»

Que él supiera, la colectividad no consiguió beneficios. Pero tampoco pasaron hambre los que constituían la fuerza laboral. La colectividad creó su propio almacén y disponía de un camión que recorría los pueblos en busca de comida. Además, negociaba intercambios directos de carburo por aceite de oliva. Si tenía un excedente de aceite, lo cambiaba por jabón, parte del cual lo daba a los

campesinos a cambio de conejos o carne de cabrito. «Dirigíamos nuestra propia economía, como quien dice. Era una economía pequeña, pero nuestra…»

El carácter polémico de las colectividades aragonesas a veces no permite ver el alcance de la colectivización rural en otras regiones, y el grado en que la UGT participó o inició colectividades que, en algunos aspectos, poco se diferenciaban de las anarcosindicalistas.

Una de ellas fue la del pueblo de Cardenete, con una población de menos de 2000 habitantes, en la provincia de Cuenca. Fue creada por iniciativa de José Millán, de 34 años, alcalde socialista, que había leído libros sobre los experimentos soviéticos, así como obras de Joaquín Costa, el reformador social y erudito español. Hijo de un mediano propietario rural de un pueblo dominado por las grandes propiedades que, en algunos casos, incluían hasta 1000 hectáreas de tierra montañosa cubierta por bosques de pinos, de joven le había impresionado lo que le contaba su padre sobre los tiempos en que todos los bosques, así como los dos molinos de aceite y las dos panaderías del pueblo, eran de propiedad comunal, hasta que pasaron a manos de terratenientes feudales. Con el tiempo se convenció de que la única respuesta al problema agrario era la colectivización, que haría posible la mecanización.

El 19 de julio los terratenientes derechistas del lugar hicieron una breve demostración de fuerza, pero desistieron cuando se vio claramente que el levantamiento no iba a triunfar en Madrid. No obstante, cuatro días más tarde, cuando de Cuenca llegaron milicianos de la CNT en busca de armas, fueron recibidos a tiros y su jefe cayó mortalmente herido. Llegaron más milicianos y los derechistas se rindieron: 38 de ellos fueron trasladados a Cuenca y aproximadamente una docena fue fusilada. El hecho iba a tener un efecto importante, ya que, a excepción de dos hermanos, la totalidad de los grandes terratenientes o bien había huido o estaba en manos de la milicia.

Millán envió jornaleros de confianza a cuidar de su ganado. La tarea de recoger la cosecha siguieron haciéndola braceros contratados.

«La verdad es que apenas cambió nada. Los jornaleros siguieron haciendo lo que de todos modos habrían hecho. Los terratenientes nunca trabajaban en sus campos. Al ser cosechado, el grano lo guardaban en sus casas…»

Millán era un socialista moderado y había fundado la UGT de la localidad, pero se había visto apartado por el comité revolucionario del pueblo (la CNT no existía allí antes de la guerra), que había reducido sus poderes de alcalde prácticamente a nada. En septiembre de 1936, el ministro comunista de Agricultura

publicó un decreto en virtud del cual los alcaldes pasaban a ser los delegados locales del Instituto de Reforma Agraria, debiendo cuidar de todas las fincas abandonadas. Dicho decreto devolvió a Millán parte de su poder administrativo. Fue entonces cuando comenzó a pensar que lo que antes había pertenecido a los del pueblo y ahora estaba en manos de los cuatro o cinco terratenientes podía ser devuelto a los del pueblo «para que de nuevo pudieran ser libres».

«Teníamos noticia de que en otras partes se estaban creando colectividades, aunque no en la provincia de Cuenca, que era una de las más reaccionarias de España. La mayor parte de los terratenientes de allí no se había alzado con los militares, sino que, camuflándose como mejor podía, seguía en posesión de sus tierras. Pero en mi pueblo las cosas habían sido distintas. La base de la colectividad podían formarla las fincas de los terratenientes que yo debía administrar. Conocía al delegado de la reforma agraria de Cuenca y fui a verle. Me dijo que era una idea excelente, así que, sin más, seguimos adelante. No teníamos una base legal apropiada para ello…»

La colectividad fue fundada en enero de 1937. De los 160 lugareños que ingresaron en ella la mayoría eran jornaleros sin tierra; sólo ingresaron unos 20 pequeños propietarios, es decir, cerca del 5 por ciento del total de los que había en el pueblo. Aportaron su tierra, ganado, aperos, etcétera, pero no sus ahorros particulares. Incluyendo las familias, formaban la colectividad unas 500 personas, lo que equivalía a poco más de la cuarta parte del pueblo. La colectividad trabajaba unas 300 hectáreas de tierra cultivable y varios miles más de tierra montañosa y bosque. El capital inicial lo constituían la tierra, el grano producido en la anterior cosecha y la incautación de dos tiendas propiedad de los ricos que habían huido. En los dos establecimientos había prendas de vestir y alimentos en cantidad bastante apreciable, amén de reservas en metálico.

El dinero fue abolido como moneda para las transacciones dentro de la colectividad. Quienes ingresaban en ella lo hacían de modo totalmente voluntario. Millán, que aportó su molino de aceite, su tienda de provisiones y las 25 hectáreas de tierra de su padre, pasó a ocupar el cargo de secretario adjunto de la colectividad.

«La abolición del dinero causó algunas complicaciones, pero no tantas. Impidió que los colectivistas malgastasen el fruto de sus esfuerzos en cosas innecesarias. Utilizando la cartilla de racionamiento familiar, podía sacar del almacén de la colectividad todo cuanto él y su familia necesitasen. Y eso era lo que a la sazón más deseaba: que él y su familia tuvieran bastante para comer. Más adelante, de haber continuado el experimento, habrían surgido otras necesidades, nuevas aspiraciones…»

Para obtener sus raciones, el colectivista debía demostrar que había cumplido sus obligaciones como productor: al terminar la jornada, el capataz de cada grupo de trabajo estampaba una sola palabra en la cartilla: «trabajó».

La colectividad cultivaba y criaba todo lo que la gente necesitaba para comer. Consiguió engordar 120 cerdos por lo menos en las pocilgas de la colectividad, ya que la cría de un cerdo era entonces la base de la economía doméstica de los campesinos.

«La gente no tenía gustos exóticos y el campesinado estaba acostumbrado a la vida sencilla y dura. Prefería las cosas producidas en la localidad. No hubo escasez de comida. De hecho, hubo siempre un excedente que principalmente era vendido, aunque de vez en cuando lo cambiábamos directamente por productos de un pueblo vecino. Esto ya se había hecho anteriormente, de modo privado, y la colectividad siguió haciéndolo. A decir verdad, la colectividad era como una gran familia…»

Parte del dinero obtenido con la venta de los productos de la colectividad era distribuido entre los colectivistas. El resto pasaba a un fondo de reserva que, a su debido tiempo, permitiría comprar maquinaria agrícola. En primer lugar se construyó un molino de harina; no se encontraba maquinaria agrícola. «De hecho, por estos pagos apenas sabíamos qué era eso por aquel entonces».

«La distribución del dinero se hacía sencillamente para que los colectivistas tuvieran una pequeña reserva con la que satisfacer sus caprichos individuales. Yo albergaba la esperanza de que al final, una vez la colectividad dispusiera de un fondo permanente, pudiéramos distribuir todo el excedente entre los colectivistas. Pero, claro, el experimento no duró lo suficiente para eso… Podíamos vender todo lo que producíamos, ya que no teníamos que mandar suministros al frente. A veces venían milicianos a pedir productos, pero nunca tuvimos que entregar un cupo regular. A decir verdad, como la colectividad tenía dinero, llevaba una existencia bastante autónoma. Apenas llegaba a nosotros la autoridad del gobierno; los organismos oficiales funcionaban, pero de un modo que apenas se notaba su presencia. Hacíamos lo que nos parecía mejor…»

No se olvidaron de la cultura. Se creó una pequeña biblioteca y se organizaron clases para los hijos de los colectivistas. Las daban maestros evacuados de los sitios próximos al frente. Libremente, sin conflictos con el gobierno o con campesinos reacios, la colectividad vivió en su propio mundo hasta el fin de la guerra…

El espíritu, si no la práctica, que impulsaba al campesinado socialista a

colectivizar en poco se difería del de los libertarios. Sin embargo, son evidentes las diferencias prácticas entre esta experiencia socialista y las colectividades aragonesas que ya hemos visto: fue enteramente voluntaria, no trató de incluir a los que ejercían otras ocupaciones en los pueblos (aunque en algunas colectividades socialistas también ingresaban a veces los zapateros y barberos), no formaba parte de un sistema económico regional, funcionaba a base de intercambios y tenía su propio cuerpo regulador o gobierno, como el Consejo de Aragón.

Era este tipo de colectividad socialista, con algunas modificaciones importantes, el que estaban dispuestos a apoyar y promover los militantes del partido comunista.

En la provincia de Toledo, por ejemplo, el secretario provincial del partido comunista, Trinidad García, dijo a los campesinos locales que tenían derecho a trabajar la tierra como deseasen, pero alentó a los jornaleros a formar colectividades. Hizo hincapié en que de esta manera les sería más fácil obtener créditos del estado, fertilizantes, maquinaria agrícola y semillas.

«"El Ministerio de Agricultura no puede conceder un préstamo o un tractor a cada uno de vosotros, compañeros; pero sí se los puede conceder a la colectividad. Ya veréis que el jornalero que forma parte de una colectividad vive mejor y gana más que el campesino que cultiva su propia parcela. Si no ingresáis, toda la familia tendrá que trabajar mucho para ganar lo mismo, y al final querréis entrar en la colectividad. Solos no podréis vender vuestros productos en el pueblo. Piénsalo, compañero"…»

García estaba convencido de que las colectividades, como forma de organización social, eran superiores a las cooperativas. En éstas los medios de producción seguían siendo propiedad personal de cada uno de los miembros y cada campesino continuaba trabajando su propia tierra. Pero para él resultaba evidente que, en la presente etapa, ésta era la única solución para el pequeño campesino que fuera reacio a entregar su parcela y su ganado. «¿Por qué íbamos a aportar todo cuanto poseíamos cuando los jornaleros no aportaban nada?». Así se resumía su actitud. Como García pudo comprobar personalmente, incluso resultaba difícil convencer a los jornaleros para que formasen colectividades, ya que lo que ellos querían era tener una parcela propia. En este sentido, hacía cuanto podía; pero en el caso de los pequeños propietarios, de momento era partidario de las cooperativas, «cooperativas que a la larga serían sustituidas por colectividades; eso es lo que pretendía el Ministerio de Agricultura, apoyado por el partido comunista». Mientras tanto, en todo pueblo sin colectividad no había más que problemas.

«La gente decía: "Ayer era don José y hoy es don comité". Comprendían muy bien lo que estaba pasando. Allí donde el comité se limitaba a controlar las cosas y trabajaba la tierra en lugar del terrateniente de antes, la gente se daba cuenta de que no había mejorado su posición y que a veces hasta era peor. Así sucedió en Corral de Almaguer, uno de los pueblos más ricos de Toledo. La mentalidad de cacique seguía funcionando. Tuvimos que ir allí y decirles a los miembros del comité, entre los que había socialistas y comunistas, que debían aplicar el Decreto de Reforma Agraria promulgado por el gobierno. Al no recibir una respuesta concreta, convocamos una asamblea del pueblo. En cuanto explicamos la situación, la gente del pueblo resolvió el problema inmediatamente: ocuparon la tierra ellos mismos…»

El comité del pueblo se quejó ante el comité provincial del Frente Popular, diciendo que García había puesto a los lugareños en su contra. Él y sus compañeros del partido fueron llamados al orden. «Les dije que habíamos hecho lo que deberían haber hecho ellos». La gente del pueblo no quería un comité cuyos miembros comían carne «expropiada» mientras los demás tenían que pasarse sin; no quería trabajar para cobrar lo que el comité decidiera pagarles; no quería un comité que no tuviera que rendir cuentas ante nadie. «A la gente hay que decirle la verdad. Estamos en guerra. Si no hay más que pan, entonces sólo pan; pero debe saber la verdad…»

Los comunistas no apoyaban la colectivización «total». Sólo debía colectivizarse la producción, no el consumo De modo parecido, no apoyaba la abolición del dinero ni un jornal igualitario. García tuvo que explicar a los colectivistas que necesitaban capataces y especialistas, igual que antes, y que a éstos había que pagarles más.

«La diferencia con respecto al pasado estribaba en que a tales capataces y especialistas debían elegirlos los colectivistas y, además, tenían que trabajar más horas que los demás. A causa de ello, así como de su mayor responsabilidad, era justo que cobrasen 25 céntimos más por día. Así lo comprendieron los colectivistas cuando se les explicó…»

Estos factores, así como todas las demás diferencias políticas entre comunistas y anarquistas, hicieron que la colectivización fuese motivo de fuertes disputas en la provincia de García. Según él, el rápido crecimiento de la CNT se debía en gran parte al hecho de que admitiera derechistas. Por otro lado, según me dijo Eduardo de Guzmán, director de *Castilla Libre*, el periódico de la CNT, algunos militantes cenetistas resultaron muertos por las tropas que intentaban disolver las colectividades. El citado periódico atacó a García más de una vez por su trabajo en la provincia. Pero él siguió adelante, con el firme convencimiento de que el decreto

de la reforma agraria representaba un paso gigantesco hacia el socialismo.

«Siempre dije que nosotros queríamos la revolución y que, aunque tal vez no hubiera llegado aún el momento apropiado para la dictadura del proletariado, marchábamos decididamente hacia el socialismo al amparo del pluralismo del Frente Popular…»

Tras ser herido durante la retirada hacia Madrid en noviembre de 1936, Timoteo Ruiz, el joven que empezó la guerra armado con una lanza, pasó cierto tiempo convaleciendo en Los Navalmorales de Pusa, su pueblo natal de la provincia de Toledo. Allí se encontró con que se había ocupado la tierra perteneciente a la media docena de grandes terratenientes y con qué florecía una colectividad, uno de cuyos miembros fundadores era su padre, un pequeño propietario rural.

«"Nunca he visto tan guapas a las campesinas", me dijo mi padre, y comprendí lo que quería decirme: las campesinas nunca habían comido tan bien, ni disfrutado de mejor posición…»

La propuesta de formar una colectividad con todas las tierras del pueblo había tropezado con la oposición de muchos de los 500 pequeños propietarios que había en el lugar, los cuales querían conservar sus parcelas. Los organizadores de la colectividad respetaron sus deseos y, además, acordaron que la colectividad les ayudaría con aperos, semillas, fertilizantes, etc.

«Y no fue sólo eso, sino que a cada uno se le dio tierra de más, tierra procedente de las fincas expropiadas, con el fin de que su parcela fuese lo bastante grande como para darle trabajo todo el año, pero nunca tanto que no pudiera cultivarla sólo con la ayuda de su familia. No podía contratar mano de obra…»

Ruiz, que era miembro de las JSU y pronto ingresaría en el partido comunista, asistió a una asamblea de la colectividad. En el pueblo todavía eran más los socialistas que los comunistas, pero a él le pareció que estos últimos tenían las ideas más claras. Una parte de la asamblea, un grupo compuesto por unos 20 miembros de la CNT, arguyó que a los pequeños propietarios se les podía obligar a ingresar en la colectividad y los acusó de egoísmo.

«El secretario comunista de la localidad dijo que no hubiera estado bien, que había que convencerles mediante el ejemplo. Los pequeños propietarios ingresarían cuando viesen el desarrollo y progreso alcanzados por la colectividad. "Si les obligamos a ingresar, se convertirán en enemigos nuestros… y no sólo eso, sino que tal vez intenten sabotear la colectividad", recuerdo que dijo el secretario.

Consiguió persuadir a la asamblea de que su punto de vista era el más acertado».

Al ingresar en la colectividad, el padre de Ruiz había aportado su pequeña propiedad, había sido «uno de los que dieron ejemplo». Más tarde le dijo a su hijo que, al finalizar la guerra, sólo permanecía fuera de la colectividad un 5 por ciento de los pequeños propietarios que se habían empeñado en cultivar sus propias parcelas.

«La razón era sencilla: vieron que funcionaba bien, que podía adquirir maquinaria, aperos nuevos, fertilizantes que nunca se habían empleado allí. Vieron que, en comparación con antes, la gente trabajaba con mayor entusiasmo y menos preocupaciones. Después del trabajo, por ejemplo, el labrador no tenía que llevar las mulas al establo y darles de comer. Otros se encargaban de hacerlo, con lo que él podía irse directamente a casa. Al terminar el día, el pequeño propietario tenía que hacer todas estas tareas extra…»

Antes de la guerra en el pueblo no existía la CNT. Tras su fallido intento de obligar a los pequeños propietarios a ingresar en la colectividad, los cenetistas formaron la suya propia y acusaron de reformismo a la del pueblo, «ya que esperar a que los pequeños propietarios se decidieran era retrasar la revolución», según me dijo Ruiz.

«La CNT cometió un tremendo error al abrir sus puertas a todo el que quisiera ingresar. Sé por experiencia propia, porque después de la guerra fueron ellos los que con más odio persiguieron a los trabajadores, que los elementos falangistas más reaccionarios del pueblo ingresaron en la CNT… Aunque tampoco el partido comunista quedó exento de tal error. Como es obvio, el partido quería atraerse tantos miembros como fuera posible, captar a los mejores elementos. Pero en modo alguno puede decirse que fueran buenos elementos todos aquellos a los que se les permitió ingresar. En mi pueblo se permitió el ingreso a gente que no tenía la más ligera inclinación comunista y que, por su condición, jamás la tendría…»

CRONOLOGÍA.

CRONOLOGÍA

	España	*Internacional*
1875-1923	Monarquía constitucional.	
1898	Guerra con los EE. UU., pérdida de Cuba, las Filipinas, Puerto Rico, etc.	
1917	Huelga general revolucionaria dirigida por los socialistas, comienzo de la crisis de la monarquía.	
1921	Derrota del ejército español en Annual (Marruecos).	
1917-1923	La patronal intenta aplastar a la CNT en Barcelona; espiral de la represión y el terrorismo.	
1923	Dictadura del general Primo de Rivera.	
1930		
enero	Destitución de Primo de Rivera.	
agosto	Los líderes republicanos acuerdan objetivos políticos en el pacto de San Sebastián.	
diciembre	Fracasa un levantamiento militar republicano en Jaca; huelgas generales en numerosas ciudades. Ejecución de los líderes del levantamiento, los capitanes Fermín Galán y García Hernández.	
1931		
12 abril	Elecciones municipales.	
14 abril	Proclamación de la república; el rey abandona el país.	
25 abril	Decretos de Azaña para la reforma del ejército.	
10-11 mayo	Quema de conventos.	
28 junio	Elecciones para las Cortes Constituyentes.	
agosto	Publicación del manifiesto treintista, preludio de una escisión en la CNT.	

	España	*Internacional*
octubre	Alcalá Zamora dimite como presidente del gobierno tras el debate sobre el artículo 26 de la constitución (prohibiendo que las órdenes religiosas se dediquen a la enseñanza, etc.); Azaña pasa a la presidencia del consejo.	
diciembre	Alcalá Zamora pasa a la presidencia de la república. Castilblanco: los campesinos asesinan a unos guardias civiles. Formación de las JONS en Valladolid. Primer número de la revista monárquica *Acción Española*.	
1932		
enero	Arnedo: los guardias civiles disparan contra una manifestación. Primera sublevación inspirada por la FAI en Cataluña; huelgas generales de la CNT. Disolución de la Compañía de Jesús.	Dollfuss ocupa el cargo de canciller de Austria (mayo).
10 agosto	Fracasa el levantamiento del general Sanjurjo contra la república.	
septiembre	Las Cortes aprueban el estatuto catalán y la Ley de Reforma Agraria.	
octubre	Fundación de la CEDA.	
1933		
enero	Segunda sublevación inspirada por la FAI. Los guardias de asalto asesinan a unos anarcosindicalistas en Casas Viejas.	Nueva constitución de tipo fascista, inspirada por Salazar, en Portugal (febrero).
		Hitler sube al poder en Alemania (marzo).
agosto	Largo Caballero declara que las «tareas socialistas» no pueden llevarse a cabo en una democracia burguesa.	
octubre	Nuevo gabinete bajo Martínez Barrio con vistas a las elecciones generales. José Antonio Primo de Rivera funda la Falange Española en Madrid.	

	España	*Internacional*
noviembre	Victoria electoral de la derecha; Lerroux (radical) pasa a ser presidente del gobierno.	
diciembre	Tercer levantamiento anarcosindicalista, con epicentro en Aragón.	
1934		
febrero	Unificación de la Falange y las JONS en Valladolid.	Dollfuss aplasta una insurrección socialista y proscribe a todos los partidos políticos (febrero).
marzo	Se firma en Asturias el pacto de la Alianza Obrera.	
abril	Acuerdo monárquico-carlista con Mussolini en Roma con el fin de recibir ayuda para un levantamiento. Creación de Izquierda Republicana bajo Azaña. Sanjurjo y sus compañeros son amnistiados.	El Comintern señala que los partidos comunistas pueden proponer la acción unida con los líderes socialistas (mayo).
junio	Huelga de los trabajadores agrícolas dirigida por los socialistas. Se declara anticonstitucional la ley de reforma agraria propuesta para Cataluña por la Esquerra.	Firma de pactos entre los partidos comunista y socialista en Francia (julio) e Italia (agosto).
septiembre	El PCE ingresa en la Alianza Obrera, después de que el partido socialista haya rechazado un pacto con los comunistas.	
4 octubre	Nuevo gobierno con tres ministros de la CEDA.	
5 octubre	Empieza la revolución en Asturias; dura dos semanas y es aplastada por unidades del ejército de África.	
6 octubre	Fracasa en Barcelona un levantamiento dirigido por la Esquerra.	
noviembre	Represión de los insurgentes por parte del gobierno.	
1935		
mayo	Oposición de la CEDA a los proyectos de reforma agraria presentados por sus propios ministros. Gil Robles ocupa el puesto de ministro de la Guerra. Franco es nombrado jefe del estado mayor.	Tratado de asistencia mutua franco-soviético (mayo).

	ESPAÑA	*Internacional*
junio	Formación del Frente Popular propuesto por José Díaz, secretario general del PCE. Companys y los ministros de la Generalitat son condenados a 30 años de cárcel por la insurrección de octubre.	El VII Congreso del Comintern aprueba la táctica de frentes populares (julio-agosto).
septiembre	Congreso de unificación del BOC y la IC para formar el POUM.	Se dictan en Nuremberg leyes antisemitas (septiembre).
octubre	Azaña participa en un mitin de masas en Comillas, en las afueras de Madrid.	Los italianos invaden Abisinia (octubre).
diciembre	Formación de un nuevo gobierno de cara a las elecciones generales.	
1936		
15 enero	Firma del pacto del Frente Popular por los republicanos de izquierda, socialistas, comunistas, UGT, juventud socialista, Partido Sindicalista y POUM.	
16 febrero	El Frente Popular gana las elecciones generales.	
19 febrero	Gobierno Azaña. Liberación de los presos de octubre de 1934.	
26 febrero	Restauración de la Generalitat.	
14-15 marzo	La Falange es declarada fuera de la ley; detención de José Antonio Primo de Rivera.	
25 marzo	Bajo inspiración socialista, las masas ocupan tierras en Extremadura.	
1 abril	Las Juventudes Socialistas y Comunistas se funden en las JSU.	
1 mayo	Apertura del Congreso de la CNT en Zaragoza. Prieto pronuncia en Cuenca un discurso en el que advierte de los peligros de la violencia.	
10 mayo	Azaña ocupa la presidencia de la república tras la destitución de Alcalá Zamora por las Cortes. Casares Quiroga (republicano de izquierda) pasa a ser el nuevo presidente del consejo después de que el partido socialista haya rechazado el puesto para Prieto.	Gobierno de Frente Popular en Francia. Huelgas masivas y ocupación de fábricas (junio).
junio	Huelga de la construcción en Madrid.	

	España	*Internacional*
12 julio	Asesinato del teniente José Castillo (miembro de la UMRA).	
13 julio	Asesinato de Calvo Sotelo, líder monárquico.	
17-20 julio	Alzamiento militar en Marruecos y la península.	
18 julio	Casares Quiroga dimite como presidente del consejo. El alzamiento triunfa en Sevilla.	
19 julio	Martínez Barrio dimite como presidente del consejo. José Giral (republicano de izquierda) nombrado nuevo jefe del gobierno. Se arma al pueblo. El levantamiento es derrotado en Barcelona.	
20 julio	Derrota del levantamiento en Madrid. Comienza el puente aéreo para transportar al ejército de África. El general Sanjurjo muere en un accidente aéreo. En Barcelona los líderes libertarios rechazan el poder. Se forma el Comitè Central de Milícies Antifeixistes de Catalunya.	

	Zona republicana	*Zona nacionalista*	*Internacional*
24 julio	Las columnas catalanas se dirigen a Aragón.		
25 julio			Hitler accede a la petición de ayuda de Franco.
30 julio		Aviones italianos llegan a Marruecos español.	
4 agosto		Las columnas del ejército de África empiezan a avanzar de Sevilla a Madrid.	
6 agosto		Pastoral conjunta de los obispos a los vascos.	
8 agosto			Francia cierra la frontera con España; comienzo unilateral de la no-intervención.

	Zona republicana	*Zona nacionalista*	*Internacional*
14 agosto		Los insurgentes toman Badajoz.	
24 agosto			Italia, Alemania y Portugal aceptan «en principio» la no-intervención propuesta por Inglaterra y Francia (1 agosto).
26 agosto	Creación de los tribunales del Frente Popular.		
29 agosto	El embajador soviético presenta sus credenciales en Madrid.		
3 sept.		Los insurgentes entran en Talavera.	Empiezan las purgas estalinistas: ejecución de Zinoviev y Kamenev.
4 sept.	Caída del gobierno Giral. Largo Caballero forma gobierno de socialistas, comunistas y republicanos.		
5 sept.		Los insurgentes toman Irún y cortan la frontera vasco-francesa.	
9 sept.			El comité de no-intervención se reúne por primera vez en Londres.
13 sept.		Los insurgentes toman San Sebastián.	
25 sept.		Decreto prohibiendo todas las actividades políticas y sindicales.	
26 sept.	La CNT entra en el nuevo gobierno de la Generalitat.		
27 sept.		Los insurgentes toman Toledo y liberan el Alcázar.	

	Zona republicana	*Zona nacionalista*	*Internacional*
29 sept.		Franco nombrado jefe del gobierno del estado español y generalísimo de los ejércitos.	
30 sept.	Decreto «militarizando» las milicias y creando el Ejército Popular.		
1 octubre	Las Cortes aprueban la autonomía vasca.		
4 octubre	Empieza la ofensiva contra Oviedo.		
6 octubre			La URSS afirma que no se siente ligada a la no-intervención más que Alemania, Italia y Portugal.
7 octubre	El estado decreta la expropiación de la tierra de los partidarios de los insurgentes. Aguirre presta juramento como presidente vasco en Guernica.		
12 octubre	Llega la primera ayuda rusa.	Unamuno ataca a los nacionalistas en un discurso pronunciado en Salamanca.	
17 octubre		El ejército nacionalista toma Illescas, a 37 km de Madrid.	La Texas Oil Co. asegura a Franco que dispondrá de petróleo a crédito mientras dure la guerra.
24 octubre	Decreto catalán de colectivicaciones. Los primeros tanques rusos entran en acción en el frente de Madrid.		
2 nov.	Los cazas rusos entran en acción.		

	Zona republicana	*Zona nacionalista*	*Internacional*
4 nov.	Los anarcosindicalistas entran en el gobierno central.		
6 nov.	El gobierno abandona Madrid y se traslada a Valencia.		
7 nov.	Se forma una Junta de Defensa de Madrid bajo el general Miaja.	Empieza la ofensiva contra Madrid.	
8 nov.	Los defensores de Madrid son reforzados por la primera (XI) Brigada Internacional y contienen la ofensiva en la Casa de Campo.		
15 nov.		Legionarios y moros consiguen llegar hasta la Ciudad Universitaria.	
15-17 nov.	Fuertes ataques aéreos contra Madrid.	La Legión Cóndor nazi entra en acción.	
18 nov.			Alemania e Italia reconocen al régimen de Burgos.
20 nov.	Durruti muere en Madrid. José Antonio Primo de Rivera es ejecutado en Alicante.		
23 nov.	Termina la batalla de Madrid con las líneas estabilizadas.		
diciembre	Se organizan las brigadas mixtas del nuevo Ejército Popular.		
17 dic.	El POUM es expulsado del gobierno de la Generalitat.		
22 dic.		Llegan a Cádiz los primeros camisas negras italianos.	
23 dic.	El Consejo de Aragón es reconocido por el gobierno central.		

	Zona republicana	*Zona nacionalista*	*Internacional*
1937			
5-24 febrero	Batalla del Jarama. Los nacionalistas intentan rodear Madrid y son rechazados por el Ejército Popular.		
7-8 febrero		Málaga es capturada con la participación de fuerzas italianas.	
8-18 marzo	Batalla de Guadalajara. Las fuerzas italianas son derrotadas por el Ejército Popular en lo que sería el último intento nacionalista de tomar Madrid hasta el fin de la guerra.		
31 marzo	Durango (Vizcaya) es bombardeada por la Legión Cóndor.	Comienzo de la ofensiva nacionalista en Vizcaya.	
19 abril		Unificación de la Falange y los movimientos carlistas bajo Franco.	Empiezan a actuar las patrullas terrestres y marítimas de la no-intervención.
25 abril		Hedilla, líder de la Falange, es detenido y sentenciado a muerte (9 junio).	
26 abril	Bombardeo de Guernica.		
3-7 mayo	Guerra civil dentro de la guerra: los anarquistas y el POUM se enfrentan a fuerzas comunistas y de la Generalitat en las calles de Barcelona.		
17 mayo	Nuevo gobierno bajo el doctor Negrín.		
3 junio		Mola muere en accidente aéreo.	
12 junio			El mariscal soviético Tukachevski es sentenciado a muerte. Bujarin y Rikov comparecen a juicio en la Unión Soviética.

	Zona republicana	*Zona nacionalista*	*Internacional*
16 junio	Disolución del POUM y detención de sus líderes.		
19 junio		Captura de Bilbao por el ejército nacionalista.	
21 junio			En Francia cae el gobierno Blum.
1 julio		Carta colectiva de los obispos.	
6-26 julio	Ofensiva del Ejército Popular en el frente de Madrid; captura de Brunete, que vuelve a caer en poder de los nacionalistas el 24 de julio.		
8 agosto			Guerra chino-japonesa. Pekín ocupada por los japoneses.
10 agosto	Disolución del Consejo de Aragón; Líster invade Aragón.		
15 agosto	Creación del SIM.		
24 agosto	Ofensiva del Ejército Popular en Aragón: captura de Belchite, pero la ofensiva es contenida y termina el 15 de septiembre.		
26 agosto		El ejército nacionalista captura Santander.	
1 sept.		Empieza la ofensiva nacionalista en Asturias.	
19 octubre		Con la caída de Gijón los nacionalistas completan la captura del norte.	
31 nov.	El gobierno se traslada a Barcelona.		
14 dic.	El Ejército Popular lanza una ofensiva sobre Teruel; la última resistencia de la ciudad es vencida el 8 de enero. Los nacionalistas reconquistan la ciudad el 22 de febrero.		
1938			
30 enero		Franco forma su primer gobierno.	
22 febrero		Reconquista de Teruel.	
9 marzo		Promulgación del Fuero del Trabajo.	Hitler ocupa Austria.

	Zona republicana	*Zona nacionalista*	*Internacional*
10 marzo		Comienza la ofensiva nacionalista en Aragón.	
18 marzo			Blum de nuevo primer ministro; apertura de la frontera, pero el gobierno cae a las cuatro semanas.
16-18 marzo	Barcelona bombardeada día y noche por los italianos.		
3 abril		El ejército nacionalista llega a la frontera catalana. El estatuto de autonomía catalana es abrogado (8 de abril).	
5 abril	El presidente del gobierno, Negrín, releva a Prieto y ocupa su puesto como ministro de Defensa.		
14 abril		El ejército llega al Mediterráneo por Vinaroz, cortando en dos la zona republicana.	
21 abril		Empieza la ofensiva contra Valencia, que continúa hasta el 23 de julio, pero sin ningún avance importante.	
1 mayo	Declaración de los «13 puntos» de Negrín sobre los objetivos de la república en la guerra.		
5 julio			El comité de no-intervención aprueba los planes para la retirada de voluntarios.

	Zona republicana	*Zona nacionalista*	*Internacional*
24 julio	El Ejército Popular lanza la ofensiva del Ebro; comienzo de la mayor batalla de la guerra, que durará hasta mediados de noviembre.		
30 sept.			Pacto de Munich entre Hitler, Mussolini, Chamberlain y Daladier.
28 octubre	Desfile de despedida de las Brigadas Internacionales en Barcelona.		
30 octubre	Juicio de los líderes del POUM.		El Frente Popular francés se deshace.
16 nov.	Fin de la batalla del Ebro con la retirada en orden del Ejército Popular a la otra orilla del río.		
8 dic.	Cancelación del desembarco del Ejército Popular en Andalucía.		
23 dic.		Empieza la ofensiva contra Cataluña.	
1939			
5 enero	La última ofensiva importante del Ejército Popular queda atascada en el frente de Extremadura.		
15 enero		Captura de Tarragona.	
26 enero		Captura de Barcelona.	
5 febrero	Azaña, Companys y Aguirre abandonan España y se trasladan a Francia. Éxodo masivo hacia la frontera franco-catalana.		
9 febrero		Ley de Responsabilidades Políticas.	
10 febrero	Algunos ministros del gobierno, incluyendo a Negrín, regresan al centro de España.	El ejército termina la conquista de Cataluña y llega a la frontera francesa.	
27 febrero	Azaña dimite como presidente de la república.		Inglaterra y Francia reconocen al régimen de Burgos.

	Zona republicana	*Zona nacionalista*	*Internacional*
2 marzo	Ascensos militares de Negrín.		
4 marzo	Levantamiento contra Negrín en Cartagena.		
5 marzo	Formación del Consejo Nacional de Defensa por socialistas, anarcosindicalistas y republicanos en Madrid para sustituir al gobierno de Negrín.		
6 marzo	Negrín y el gabinete huyen a Francia y al norte de África.		
6-12 marzo	Luchas entre comunistas y fuerzas del Consejo de Defensa de Madrid.		
15 marzo			Hitler penetra en Praga.
24 marzo	Representantes del Consejo de Defensa se trasladan a Burgos para negociar la rendición.		
25 marzo		Franco interrumpe las negociaciones para la rendición.	
27 marzo		El régimen de Burgos ingresa en el pacto anti-Comintern (Alemania - Italia - Japón). El ejército ocupa Madrid.	
28 marzo	Huida de Madrid.		
29-31 marzo	Los refugiados tratan de huir del puerto de Alicante.		
31 marzo			Garantías anglo-francesas a Polonia.
1 abril		Franco anuncia el fin de la guerra.	Los EE. UU. reconocen al régimen de Burgos.

BIBLIOGRAFÍA

La siguiente lista de libros y artículos representa sólo una pequeña parte de lo que se ha escrito sobre la república y la guerra civil. En ella se incluyen las obras a las que hago referencia en las notas a pie de página o que me han sido útiles para escribir el presente libro. En los casos en que las obras han sido reeditadas, he procurado dar la fecha de publicación más reciente.

Abad de Santillán, Diego, *Por qué perdimos la guerra*, G. del Toro, Madrid, 1975.

Abella, Rafael, La vida cotidiana durante la guerra civil: la España nacional, *Planeta, Barcelona, 1973.*

—,*La vida cotidiana durante la guerra civil: la España republicana*, Planeta, Barcelona, 1975.

Aguirre y Lecube, José Antonio de, *Report on the civil war*, primeras 95 pp, original mecanografiado, sin fecha, colección Bolloten.

Alba, Víctor (seudónimo de Pedro Pagés Elias), *Historia del POUM*, Nartex, Barcelona, 1974.

Alpert, Michael, *El ejército de la república en la guerra civil*, Ibérica de Ediciones y Publicaciones, Barcelona, 1978.

Álvarez, Ramón, *Eleuterio Quintanilla, vida y obra del maestro*, Editores Mexicanos Unidos, S. A., México, 1973.

Álvarez del Vayo, Julio, *Freedom's battle*, A. A. Knopf, Nueva York, 1940 (traducción de *La guerra empezó en España*, Séneca, México, 1940). Arana, Sabino, «Minuta: Errores catalanistas», *Obras completas*, Sabindiar-Batza, Bayona, 1965.

Aub, Max, *Campo cerrado*, Tezontle, México, 1943.

—, *Campo del moro*, México, 1963 (nueva edición: Andorra, Barcelona, 1969).

—, *Campo de los almendros*, México, 1968.

Azaña, Manuel, *Obras completas*, 4 vols., Oasis, México, 1966-1968.

—,*Memorias políticas y de guerra*, 2 vols,, Crítica, Barcelona, 1978.

Balances para la historia, Barcelona, s.d, (mimeografiado).

Balcells, Alberto, *Cataluña contemporánea, II (1900-1936)*, Siglo XXI, Madrid, 1974.

Baleztena, Dolores, *Veinticinco años al volante. Memorias de una chófer*, inédito.

Barea, Arturo, *The forging of a rebel*, Davis-Poynter, Londres, 1972 (traducción de *La forja de un rebelde*, Losada, Buenos Aires, 1951).

Bizcarrondo, Marta ,*Araquistáin y la crisis socialista de la II república. Leviatán (1934-1936)*, Siglo XXI, Madrid, 1975.

Blinkhorn, Martin, «Carlism and the Spanish crisis of the 1930s», *Journal of Contemporary History*, VII (julio-octubre 1972).

Bolloten, Burnett, *The grand camouflage*, Pall Mall Press, Londres, 1968 (trad. cast.: *El gran engaño*, Luis de Caralt, Barcelona, 1961).

Borkenau, Franz, *The Spanish cockpit*, The University of Michigan Press, Ann Arbor, 1963 (trad. cast.: *El reñidero español*, Ruedo Ibérico, Barcelona, 1977).

Brademas, John, *Anarcosindicalismo y revolución en España (1930-1937)*, Ariel, Barcelona, 1974.

Brenan, Gerald, *The Spanish labyrinth*, Cambridge University Press, Cambridge, 1943 (trad. cast.: *El laberinto español*, Ruedo Ibérico, París, 1962; citamos por esta edición).

Bricall, Josep María, *Política econòmica de la Generalitat (1936-1939)*, Edicions 62, Barcelona, 1970.

Broué, Pierre, *La révolution espagnole*, Flammarion, París, 1973 (trad. cast.: *La revolución española (1936-1939)*, Península, Barcelona 1977).

—y Émile Témime, *La révolution et la guerre d'Espagne*, Éditions de Minuit, París, 1961 (trad. cast.: *La revolución y la guerra de España*, 2 vols., Fondo de Cultura Económica, México, 1977).

Burgo, Jaime del, *Conspiración y guerra civil*, Alfaguara, Madrid, 1970.

—, *Requetés en Navarra antes del alzamiento*, Editorial Española, San Sebastián, 1939.

Cabezas, Juan Antonio, *Asturias: catorce meses de guerra civil*, G. del Toro, Madrid, 1975.

Carr, Raymond, *Spain 1808-1939*, Oxford University Press, Oxford, 1966 (trad. cast.: *España 1808-1939*, Ariel, Barcelona, 1969; citamos por esta edición).

—, ed., *The republic and the civil war in Spain*, Macmillan, Londres, 1971 (trad. cast.: *Estudios sobre la República y la guerra civil española*, Ariel, Barcelona, 1973; citamos por esta edición).

Casares, Francisco, *La CEDA va a gobernar*, Gráfica Administrativa, Madrid, 1934.

Castillo, Alberto del, *La Maquinista Terrestre y Marítima, personaje histórico*, Seix Barral, Barcelona, 1955.

Cattell, David Tredwell, *Communism and the Spanish civil war*, Russell and Russell Inc., Berkeley, 1955.

Claudín, Fernando, *The communist movement, from Comintern to Cominforrn*, Penguin Books, Harmondsworth, 1975 (traducción de *La crisis del movimiento comunista*, Ruedo Ibérico, París, 1970).

Colodny, Robert G., *The struggle for Madrid*, Paine-Whitman, Nueva York, 1958 (trad. cast.: *El asedio de Madrid*, Ruedo Ibérico, París, 1970).

Comín Colomer, Eduardo, *Historia del Partido Comunista de España* ,2 vols., Editora Nacional, Madrid, 1973.

Contestacions al qüestionari que ens ha estat adreçat per la Generalitat relacionat amb la requisa dels nostres tallers per la subsecretaría d'armament del Ministeri de Defensa Nacional ,Barcelona, mayo 1938 (mimeografiado).

Cordón, Antonio, *Trayectoria. Memorias de un militar republicano* ,Crítica, Barcelona, 1977 2.ª ed,

Cores Fernández de Cañete, A., *El sitio de Oviedo*, Librería Editorial San

Martín, Madrid, 1975.

Cruells, Manuel, *Els fets de maig*, Juventud, Barcelona, 1970 (trad. cast.: *Mayo sangriento: Barcelona 1937*, Juventud, Barcelona, 1970).

De Companys a Prieto: documentos sobre las industrias de guerra de Cataluña, *Servicio de Propaganda de España*, Buenos Aires, 1939.

Díaz, José, *Tres años de lucha*, Ediciones Nuestro Pueblo, Toulouse, 1947 (edición reciente: Laia, Barcelona, 1978).

Díaz del Moral, Juan, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*. Córdoba, Alianza Editorial, Madrid, 1967.

Durán de Velilla, Marcelino, y Manuel García Prieto, *18 de julio. Episodios del glorioso movimiento nacional en Córdoba*, Imprenta Provincial, Córdoba, 1938.

Elorza, Antonio, *La utopia anarquista bajo la segunda república española*, Ayuso, Madrid, 1973.

Escobar, José Ignacio (marqués de Valdeiglesias), *Así empezó…*, G. del Toro, Madrid, 1974.

Escofet, Frederic, *Al servei de Catalunya i de la república*, Edicions Catalanes, París, 1973.

Federación Nacional de las Juventudes Socialistas, *Octubre*, Madrid, s. d.

Fernández, Alberto, *Procès à Madrid*, La Ruche Ouvrière, París, 1973.

Fernández Clemente, Eloy, *Aragón contemporáneo (1833-1936)*, Siglo XXI, Madrid, 1975.

Franco Salgado-Araujo, Francisco, *Mis conversaciones privadas con Franco*, Planeta, Barcelona, 1976.

Fraser, Ronald, *In hiding. The life of Manuel Cortés* ,Alien Lane, Londres, 1972.

Gallo, Max, *Spain under Franco: a history*, George Alien and Unwin, Londres, 1973 (trad. cast.: *Historia de la España franquista*, Ruedo Ibérico, París, 1971).

Gárate, Rafael de, *Diario de un condenado a muerte*, Bayona, 1974.

García-Nieto, María Carmen, y Javier M. Donézar, *La dictadura*, vol. 7 de la serie Bases Documentales de la España Contemporánea, Guadiana de Publicaciones, Madrid, 1973.

—, *La segunda república I*, vol. 8 de la serie Bases Documentales…, Guadiana de Publicaciones, Madrid, 1974.

—, *La segunda república II*, vol. 9 de la serie Bases Documentales…, Guadiana de Publicaciones, Madrid, 1974.

—, *La guerra de España, 1936-1939*, vol. 10 de la serie Bases Documentales…, Guadiana de Publicaciones, Madrid, 1975.

García Venero, Maximiano, *Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla* ,Ruedo Ibérico, París, 1967.

—, *Madrid, julio 1936*, Ediciones Tebas, Madrid, 1973.

Gibson, Ian, *The death of Lorca* ,W. H. Alien, Londres, 1973 (trad. cast.: *La muerte de Federico García Lorca. La represión nacionalista de Granada en 1936*, Ruedo Ibérico, París, 1975).

—, *Granada, 1936. El asesinato de Federico García Lorca* ,Crítica, Barcelona, 1979.

Girón, José, «Un estudio de sociología electoral: la ciudad de Oviedo y su contorno en las elecciones generales de 1933», en Manuel Tuñón de Lara, ed., *Sociedad, política y cultura en la España de los siglos XIX-XX*, Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1973.

Goñi, María Victoria, *El abstencionismo electoral durante la segunda república en Sant Feliu de Guíxols* ,memoria de la Fundación Juan March (no publicada).

Grossi, Manuel, *L'insurrection des Asturies*, París, 1972 (traducción de *La insurrección de Asturias*, Gráficas Alfa, Barcelona, 1935?).

Guarner, Coronel Vicente, *Cataluña en la guerra de España*, G. del Toro, Madrid, 1975.

Guzmán, Eduardo de, *El año de la victoria*, G. del Toro, Madrid, 1974.

—, *La muerte de la esperanza*, G. del Toro, Madrid, 1973.

—, *Nosotros, los asesinos*, G. del Toro, Madrid, 1976.

Hermet, Guy, *Les communistes en Espagne. Étude d'un mouvement politique clandestin* ,Armand Colin, París, 1971 (trad. cast .:*Los comunistas en España* ,Ruedo Ibérico, París, 1971).

Hills, George, *Franco: the man and his nation*, Robert Hale Ltd., Londres, 1967 (trad. cast.: *Franco: el hombre y su nación*, Librería Editorial San Martín, Madrid, 1969).

Ibárruri, Dolores, y otros, *Guerra y revolución en España, 1936-1939* ,3 vols., Progreso, Moscú, 1967-1971.

—, *They shall not pass: the autobiography of La Pasionaria*, Lawrence and Wishart, Londres, 1967 (traducción de *El único camino*, Éditions Sociales, París, 1962; edición reciente: Bruguera, Barcelona, 1979).

Irujo, Manuel de, *La guerra civil en Euskadi antes del estatuto*, Bayona, 1938 (mimeografiado).

Iturralde, Juan de (seudónimo del padre Juan de Usabiaga), *El catolicismo y la cruzada de Franco*, 3 vols., Editorial Egi-Indarra, Toulouse, 1965.

Jackson, Gabriel, *The Spanish republic and the civil war 1931-1939*, Princeton University Press, Princeton, 1965 (trad. cast.: *La república española y la guerra civil*, Crítica, Barcelona, 1976 2.ª edición; citamos por esta edición).

—, *A concise history of the Spanish civil war* ,Thames and Hudson, Londres, 1974.

Jellinek, Frank, *The civil war in Spain*, Víctor Gollanz Ltd., Londres, 1938.

Kaminski, Hans E., *Ceux de Barcelone*, Les Éditions Denoël, París, 1937 (trad. cast.: *Los de Barcelona*, Ediciones del Cotal, Barcelona, 1977; y catalana: *Els de Barcelona*, Ediciones del Cotal, Barcelona, 1977).

Kaplan, Temma, *Anarchists of Andalusia, 1898-1903*, Princeton University Press, Princeton, 1977 (trad. cast.: *Orígenes sociales del anarquismo en Andalucía*, Crítica, Barcelona, 1977; citamos por esta edición).

—, «Spanish anarchism and women's liberation», *Journal of Conternporary History*, VI (1971).

Koltsov, Mijail, *Diario de la guerra de España*, Ruedo Ibérico, París, 1963 (edición reciente: Akal, Madrid, 1978).

Leal, José Luis, L. Leguina, J. M. Naredo, L. Tarrafeta, *La agricultura en el desarrollo capitalista español (1940-1970)*, Siglo XXI, Madrid, 1975.

Leval, Gaston, *Collectives in the Spanish revolution*, Freedom Press, Londres, 1975 (trad. cast.: *Colectividades libertarias en España*, Aguilera, Madrid, 1977).

Lizarza Iribarren, Antonio, *Memorias de la conspiración, 1931-1936*, Editorial Gómez, Pamplona, 1953.

Lorenzo, César, *Los anarquistas españoles y el poder*, Ruedo Ibérico, París, 1972.

Maíz, B. Félix, *Alzamiento en España. De un diario de la conspiración*, Editorial Gómez, Pamplona, 1952.

—, *Mola, aquel hombre*, Planeta, Barcelona, 1976.

Malefakis, Edward E., *Agrarian reform and peasant revolution in Spain* ,Ann Arbor, Michigan, 1970 (trad. cast.: *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Ariel, Barcelona, 1976 3.ª edición; citamos por esta edición).

Martínez-Alier, Juan, *Labourers and landowners in Southern Spain*, Alien, Londres, 1971 (traducción de *La estabilidad del latifundismo*, Ruedo Ibérico, París, 1968).

—, «¿Burguesía débil o burguesía fascista?: La España del siglo XX», *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, París (enero-junio 1975).

Martínez Bande, José Manuel, *La guerra en el Norte*, Librería Editorial San Martín, Madrid, 1969.

—, *La campaña de Andalucía*, Librería Editorial San Martín, Madrid, 1969.

—, *La marcha sobre Madrid*, Librería Editorial San Martín, Madrid, 1968.

—, *Los cien últimos días de la república* ,Luis de Caralt, Barcelona, 1972.

Masip, Antonio, «Apunte para un estudio sobre la guerra civil en Asturias», en Manuel Tuñón de Lara, ed., *Sociedad, política y cultura en la España de los siglos XIX-XX*, Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1973.

Maura, Miguel, *Así cayó Alfonso XIII*, México, 1962 (edición más reciente: Ariel, Barcelona, 1966).

Maurice, Jacques, *La reforma agraria en España en el siglo XX* ,Siglo XXI, Madrid, 1975.

—, «Problemas de la reforma agraria en la segunda república», en Manuel Tuñón de Lara, ed., *Sociedad, política y cultura en la España de los siglos XIX-XX*, Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1973.

Maurín, Joaquín, *Revolución y contrarrevolución en España*, Ruedo Ibérico, París, 1966.

Medina, Rafael de (duque de Medinaceli), *Tiempo pasado*, edición del autor, Sevilla, 1971.

Mera, Cipriano, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, Ruedo Ibérico, París, 1976.

Mintz, Frank, *L'autogestión dans l'Espagne révolutionnaire*, Éditions Belibaste, París, 1970.

Miravitlles, Jaume, *Episodis de la guerra civil espanyola*, Pòrtic, Barcelona, 1972.

Mitchell, *Sir* Peter Chalmers, *My house in Málaga*, Faber & Faber Ltd., Londres, 1938.

Modesto, Juan, *Soy del Quinto Regimiento*, Éditions de la Librairie du Globe, París, 1969 (edición reciente: Laia, Barcelona, 1978).

Molas, Isidre, *El sistema de partidos políticos en Cataluña, 1931-1936*, Península, Barcelona, 1974.

Morrow, Félix, *Revolution and counter-revolution in Spain*, Pathfinder Press, Nueva York, 1974 (trad. cast.: *Revolución y contrarrevolución en España*, América Continental Editorial, Bogotá, 1976).

Movimiento libertario español, El, Ruedo Ibérico, París, 1974.

Munis Granadizo, *Jalones de derrota: promesa de victoria (España, 1930-1939)*, Editorial Lucha Obrera, México, 1948.

Naredo, José, «Estudio de las motivaciones del paso del cultivo al tercio al de año y vez», original mecanografiado, Madrid, s. d.

Nin, Andreu, *Los problemas de la revolución española*, Ruedo Ibérico, París, 1971 (edición reciente: Ruedo Ibérico, Barcelona, 1977).

Onaindía, Alberto de, *Hombre de paz en la guerra*, Editorial Vasca Ekin, Buenos Aires, 1973.

Ortzi (F. Letamendía), *Historia de Euskadi: el nacionalismo vasco y ETA*, Ruedo Ibérico, París, 1975.

Orwell, George, *Homage to Catalonia*, The Beacon Press, Boston, 1959 (trad. cast.: *Homenaje a Cataluña*, Ariel, Barcelona, 1970; y catalana: *Homenatge a Catalunya*, Ariel, Barcelona, 1969).

Pastor, Manuel, *Los orígenes del fascismo en España*, Tucar, Madrid, 1975.

Payne, Stanley G., *Falange*, Stanford University Press, Stanford, 1961 (trad. cast.: *Falange*, Ruedo Ibérico, París, 1965).

—,*Politics and the military in modern Spain*, Stanford University Press, Stanford, 1967 (trad. cast.: *Los militares y la política en la España contemporánea* ,Ruedo Ibérico, París, 1968).

—, *The Spanish revolution*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1970 (trad. cast.: *La revolución española*, Ariel, Barcelona, 1972; citamos por esta edición).

—, *El nacionalismo vasco*, Dopesa, Barcelona, 1974.

Peirats, José, *La CNT en la revolución española*, 3 vols., Ruedo Ibérico, París, 1971.

—, *Los anarquistas en la crisis política española*, Editorial Alfa Argentina, Buenos Aires, 1964.

Peiró, Joan, *Perill a la reraguàrdia*, Edicions Llibertat, Mataró, 1936.

Pérez Baró, Albert, *Trenta mesos de collectivisme a Catalunya*, Ariel, Barcelona, 1970 (trad. cast.: *30 meses de colectivismo en Cataluña*, Ariel, Barcelona, 1974).

Pérez Salas, Jesús, *Guerra en España. 1936-1939*, Grafos, México, 1947.

Pérez Solís, Óscar, *Sitio y defensa de Oviedo*, Afrodisio Aguado, Valladolid, 1938.

Pons Prades, Eduardo, *Un soldado de la República*, G. del Toro, Madrid, 1974.

Preston, Paul, «Alfonsist monarchism and the coming of the Spanish civil war», *Journal of Contemporary History*, VII (julio-octubre 1972).

—, «Spain's October revolution and the rigthtist grasp for power», *Journal of Contemporary History*, X, n.º 4 (1975).

—, «The origins of the socialist schism in Spain, 1917-1931», *Journal of Contemporary History*, XII (enero 1977).

A preliminary official report on the atrocities committed in Southern Spain in July and August 1936, by the communist forces of the Madrid Government …,Eyre and Spottis-woode, Londres, 1936.

Prieto, Indalecio, *Convulsiones de España*, 3 vols., Ediciones Oasis, México, 1967-1969.

—, *Palabras al viento*, Ediciones Minerva, México, 1942.

Primo de Rivera, José Antonio, *Antología*, Ediciones FE, Madrid, 1942.

¿Qué es y qué quiere el Partido Obrero de Unificación Marxista?, panfleto del POUM, La Batalla, Barcelona, 1936; reeditado en París, 1972.

Ramón-Laca, Julio de, *Bajo la férula de Queipo de Llano. Cómo fue gobernada Andalucía*, Imprenta comercial del diario FE, Sevilla, 1939.

Revolución de octubre en España, La ,Bolaños y Aguilar, Madrid, 1935.

Richards, Vernon, *Lessons of the Spanisb revolution, 1936-1939*, Freedom Press, Londres, 1972.

Ridruejo, Dionisio, *Escrito en España*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1962 (edición reciente: G. del Toro, Madrid, 1976).

Robinson, Richard A. H., «The parties of the right and the republic», en Raymond Carr, ed., *The republic and the civil war in Spain*, Macmillan, Londres, 1971 (trad. cast.: *Estudios sobre la república y la guerra civil española*, Ariel, Barcelona, 1973;

citamos por esta edición).

Romero, Luis, *Tres días de julio*, Ariel, Barcelona, 1967.

Rosado, Antonio, *Tierra y libertad. Memorias de un campesino anarcosindicalista andaluz* ,Crítica, Barcelona, 1979.

Ruiz, David, *Asturias contemporánea (1808-1936)* ,Siglo XXI, Madrid, 1975.

—, *El movimiento obrero en Asturias*, Amigos de Asturias, Oviedo, 1968.

—, «Aproximación a octubre de 1934», en Manuel Tuñón de Lara, ed., *Sociedad, política y cultura en la España de los siglos XIX-XX*, Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1973.

Salas Larrazábal, Ramón, *Historia del ejército popular de la república* ,4 vols., Editora Nacional, Madrid, 1974.

Salcedo, Emilio, *Vida de don Miguel*, Anaya, Salamanca, 1964.

Sánchez del Arco, Manuel, *El sur de España en la reconquista de Madrid*, Editorial Sevillana, Sevilla, 1937.

Sanz, Ricardo, *El sindicalismo y la política: los «solidarios» y «nosotros»*, edición del autor, Toulouse, 1966.

—, *Los que fuimos a Madrid. Columna Durruti, 26 División*, edición del autor, Toulouse, 1969.

Semprún Maura, Carlos, *Revolució i contrarrevolució a Catalunya (1936-1937)*, Dopesa, Barcelona, 1975.

Serrano Súñer, Ramón, *Entre Hendaya y Gibraltar*, Ediciones y Publicaciones Españolas, S. A., Madrid, 1974.

Souchy, Agustín, y Paul Folgare, *Colectivizaciones. La obra constructiva de la revolución española*, Tierra y Libertad, Barcelona, 1937.

-y Bauer, *Entre los campesinos de Aragón*, Ediciones de la Comisión de Propaganda y Prensa del Comité Nacional de la CNT, Valencia, 1937.

Southworth, Herbert R., *Antifalange*, Ruedo Ibérico, París, 1967.

—, *El mito de la cruzada de Franco* ,Ruedo Ibérico, París, 1963.

—, *La destrucción de Guernica*, Ruedo Ibérico, París, 1975.

Tagüeña Lacorte, Manuel, *Testimonio de dos guerras*, Ediciones Oasis, S. A., México, 1973 (edición reciente: Planeta, Barcelona, 1978).

Tamames, Ramón, *Estructura económica de España*, Guadiana de Publicaciones, Madrid, 1969.

—, *La república. La era de Franco*, Alianza Editorial, Madrid, 1973.

Thomas Hugh, *The Spanish civil war*, Penguin Books, Harmondsworth, 1976 (trad. cast.: *La guerra civil española*, 2 vols., Grijalbo, Barcelona, 1976; citamos por esta edición).

Trotsky, León, *The Spanish revolution (1931-1939)*, Pathfinder Press, Nueva York, 1973 (trad. cast.: *La revolución española*, Fontanella, Barcelona, 1977).

Trueta, Josep, *Reflections on the past and present treatment of war wounds and fractures* ,Barcelona, s.d, (mimeografiado).

Tuñón de Lara, Manuel, *La España del siglo XIX*, Laia, Barcelona, 1973.

—, *La España del siglo XX*, 3 vols., Laia, Barcelona, 1974.

—, *El movimiento obrero en la historia de España* ,Taurus, Madrid, 1972.

—, ed., *Sociedad, política y cultura en la España de los siglos XIX-XX*, Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1973.

Tusell, Javier, *Las elecciones del Frente Popular*, 2 vols., Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1971.

Vicens Vives, Jaume, *Historia económica de España*, Vicens-Vives, Barcelona, 1967.

Vilanova, Mercè, «Un estudio de geografía electoral: la provincia de Gerona en noviembre de 1932», *Revista de Geografía*, Universidad de Barcelona (enero-diciembre 1974).

Vilar, Pierre, *Historia de España*, Librairie Espagnole, París, 1963 (edición

reciente renovada y puesta al día: Crítica, Barcelona, 1978; citamos por esta edición).

—, «La guerra de 1936 en la historia contemporánea de España», *Historia Internacional*, Madrid, n.º 13 (abril 1976).

Viñas, Ángel, *La Alemania nazi y el 18 de julio*, Alianza Editorial, Madrid, 1974.

Whealey, Robert, «How Franco financed his war-Reconsidered», *Journal of Contemporary History*, XII (enero 1977).

Willis, Lis, «Women in the Spanish revolution», panfleto n.º 48 de *Solidarity*, Londres, 1975.

Zugazagoitia, Julián, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Librería Española, París, 1968 (edición reciente: Crítica, Barcelona, 1977).

PERIÓDICOS y REVISTAS

ABC, Sevilla.

Azul, Córdoba.

Butlletí Oficial de la Generalitat de Catalunya.

Correo de Andalucía ,Sevilla.

Cuadernos de Ruedo Ibérico ,París.

Defensor de Córdoba.

Diario de Burgos.

Diario de Córdoba.

El Norte de Castilla ,Valladolid.

El Popular ,Málaga.

Guión, Córdoba.

Historia 16 ,Madrid.

Historia Internacional ,Madrid.

Historia y Vida ,Barcelona.

La Vanguardia Española ,Barcelona.

Libertad, Valladolid.

Nova Iberia ,Barcelona.

Nueva Historia, Madrid.

Revista de Estudios Históricos de la Guardia Civil ,n.º 9 (1972).

Revista de Geografía, Universidad de Barcelona (enero-diciembre 1974).

Solidaridad Obrera, Barcelona.

Tiempo de Historia ,Madrid.

Treball, Barcelona.

ÍNDICE DE PERSONAS[6]

Abad, Francisco, I: 157; II: 28, 41-42, 260, 378, 380, 381 n.

Abad de Santillán, Diego, I: 149, 182 n, 194, 246 n, 260, 292 n, 324; II: 350 n, 355, 415.

Abella, Rafael, I: 9; II: 415.

Adarraga, Ana María, II: 142.

Aguirre, Jesús, I: 9.

Aguirre, Koni, II: 139, 192-193.

Aguirre, Manolita, II: 138, 140, 192-194.

*Aguirre, Paulino, I: 100, 159, 396; II: 13, 243.

Aguirre y Lecube, José Antonio de, I: 264-265; II: 134 n, 135, 137, 141, 145, 152-153, 157 n, 407, 412, 415.

Aiguader, Artemi, I: 192.

Ajuriaguerra, Juan, I: 65-66; II: 143, 149 n, 152, 154-157, 163 n.

Alas, Leopoldo, I: 353 n.

Alba, duque de, II: 241 n.

Alba, Víctor, II: 60 n, 415.

Alberti, Rafael, I: 408; II: 222.

Alcalá Zamora, Niceto, I: 39, 41, 126;II: 319, 402, 404.

Alcón, Marcos, I: 309.

* Alfaro, José, I: 394.

Alfonso XII, I: 33.

Alfonso XIII, I: 38, 39, 40, 201; II: 371, 420.

Alfonso Carlos, pretendiente carlista, I: 135 y n.

Alier, Juana, I: 147, 199; II: 206-208, 259.

Alonso, Martín, I: 347.

Alpert, Michael, I: 10; II: 233 n, 371 n, 372 n, 379 n, 415.

Alquézar, Mariano, II: 79.

*Álvarez, Jesús, I: 227, 229 n.

Álvarez, José, I: 343, 346, 348, 353 n.

Álvarez, Melquíades, I: 239-240; II: 183.

Álvarez, Ramón, I: 337-338, 340-341;II: 352, 354, 361, 415.

Álvarez Arenas, general, II: 263.

Álvarez del Vayo, Julio, II: 273, 277 n, 415.

Alzina, J., II: 328 n, 331 n.

Allende, Salvador, I: 126.

Andrade, Juan, I: 42, 142, 156-157, 249-250, 252, 320 n, 322, 323; II: 52, 54, 55, 107, 113, 115 y n, 116 n, 120-123, 365.

Andreu Abelló, Josep, II: 210, 258, 333.

Andújar, Manuel, I: 9.

Antón, Francisco, II: 230.

Antonov-Ovseenko, Vladimir A., I: 197; II: 117.

Antufia, líder sindicalista, I: 129.

Antuña, Isidro, II: 13-14.

Apfel, director de puerto, II: 292.

*Aragón, Fernando, I: 183; II: 91-94 y n.

*Aragón, Francisca de, II: 91-94 y n.

Arana, conde de, II: 140.

Arana, Sabino, II: 329 n, 339 n, 415.

Aranda, Antonio, I: 84, 85, 88, 328,329, 341-352 y n.

Ardiaca, Pere, I: 141, 248-249; II: 39-40, 108, 124.

Areilza, José María de, conde de Mo trico, II: 153 n.

Ariza, Julián, I: 9.

Arquet, Jordi, I: 146, 160, 182; II: 58 n, 123.

Artola, gobernador, I: 55, 56.

*Arrazola, Concha, I: 265.

Ascanio, mayor, II: 274 n.

Ascaso, Francisco, I: 73, 79, 146; II: 347, 351 n.

Ascaso, Joaquín, I: 79; II: 62, 127.

Asensio, José, I: 425.

Astigarrabía, Juan, II: 33 n, 135 n.

«Asturiano, el», I: 161.

Aub, Max, II: 415.

*Ávila, Jaime, II: 74-75.

*Ávila, José, I: 120, 391, 392, 393 n.

*Axunguiz, Dionisio, II: 137, 138, 139.

*Axunguiz, José Antonio, II: 137.

Azaña, Manuel, I: 39, 41, 43, 46, 62, 64, 71, 89, 90, 92, 117 n, 129, 153, 310, 335, 383; II: 26, 107 n, 113 n, 222, 228 n, 233 n, 268, 269, 319, 327, 347 n, 365, 372-374 y n., 377, 379, 401, 402, 403, 404, 412,416.

Azcárate, militante de la juventud comunista, II: 270.

Azkue, Ramón, I: 262.

Badia, Miquel, II: 334.

Bakunin, Mijail, I: 220.

*Balaguer, Margarita, I: 400, 401 n.

Balcells, Alberto, I: 40 n, 206 n, 247 n; II: 313 n, 328 n, 331 n, 340 n, 349 n, 351 n, 416.

Baleztena, Dolores, I: 76, 135, 229-230; II: 11, 12, 416.

Baleztena, Joaquín, I: 135, 229.

Balius, Jaime, II: 112 n.

Barbieri, II: 110.

Barbón, Emilio, I: 9.

Bardasano, José, 1: 368.

Barea, Arturo, II: 416.

Barrio, José del, I: 181.

*Basabilotra, José María, II: 133, 141,155, 163, 164 n, 325.

*Basabilotra, Pedro, I: 262-263; II: 144, 146, 155, 157, 339.

Batet, Domingo, I: 64.

Bauer, Alfredo, II: 78 n.

Beltrán, Pedro, I: 9.

Benavente, Jacinto, I: 309.

Bermejo, profesor, I: 286.

Berneri, Camillo, II: 45, 110.

*Besaibar, José, I: 106.

Besnard, Pierre, II: 345 n.

Besteiro, Julián, I: 129; II: 225, 232, 272, 284.

Birlan, Antoni G., I: 255.

Bizcarrondo, Marta, I: 9; II: 356 n, 416.

Blanco Tobío, Manuel, I: 9.

Blinkhorn, Martin, II: 416.

Bloch, Joseph, I: 23.

Blum, Léon, I: 171; II: 147, 410, 411.

Bolloten, Burnett, I: 119 n; II: 40 n, 416.

Bonamusa, Francesc, I: 9.

Bonet, José, II: 120.

Borkenau, Franz, II: 416.

Borrás, Jacinto, I: 141, 205; II: 98 n.

Brademas, John, II: 416.

*Bravo, Carlos, I: 210; II: 374, 375, 376 n.

Brenan, Gerald, I: 41 n; II: 416.

Bricall, Josep Maria, I: 247 n, 312 n, 314 n, 326 n; II: 96 n, 391 n, 416.

Broué, Pierre, I: 47 n, 320 n; II: 40 n, 416.

Bueso, Adolfo, II: 53 n, 119, 257.

Buiza, Miguel, II: 264.

Bujarin, Nikolai I., II: 409.

Bulnes, Tomás, I: 63, 109, 111 n; II: 13.

Burgo, Jaime del, I: 9, 132 n, 166 n; II: 20 n, 383 n, 384 n, 416.

Burguete, Ricardo, II: 361.

Caamaño, Carmen, I: 371; II: 289.

Cabanellas, Miguel, I: 198, 277.

Cabezas, Juan Antonio, I: 337 n, II: 416.

*Cabrera, Francisco, I: 57.

Calopa, Ramón, I: 310 n.

Calvo, Eugenio, II: 155, 235-237.

Calvo, Saturnino, I: 266; II: 141, 145, 338.

Calvo Sotelo, José, I: 54, 69, 116, 117 n, 133-134, 145; II: 24 n, 331, 377, 384, 405.

Cambó, Francesc, II: 205.

«Campesino, El», I: 155; II: 225.

Campos, Juan, I: 57.

*Cancer, Alfredo, II: 82-83.

Candína, Asunción, I: 9.

*Canet, Marcel, II: 208-210.

Cantalupo, Roberto, II: 283.

Canterbury, deán de, II: 174.

Cañal, Ignacio, II: 58.

Capdevila, Andreu, I: 87, 105, 292, 293-298; II: 46-47, 106, 348.

Carabaño, Manuel, I: 95, 96, 369, 370, 374; II: 48-50.

*Caravaca, Miguel, I: 173, 174, 177.

Carlos, don, pretendiente carlista, I: 60 n, 135 n.

Caro, Asunción, II: 336.

Carod, Saturnino, I: 162, 178-180, 182, 403 y n.; II: 48 n, 64, 68, 71, 79, 80, 85-89, 98 n, 129-130, 198-199, 289, 290, 294, 297.

Carr, Raymond, I: 31 y n., 117 n, 252 n; II: 416, 422.

Carrasquer, Félix, I: 142, 148-149, 186, 187; II: 89-90, 129.

Carreño España, I: 416.

Carrero Blanco, Luis, II: 223.

Carrillo, Santiago, I: 365, 416; II: 27, 283 n.

Carrillo, Wenceslao, II: 283 n, 285.

Carrocera, militante anarquista, I: 333;II: 170 n.

Casado, Segismundo, I: 375; II: 264,265-288, 289, 291-293, 297, 298.

Casares, Francisco, II: 416.

Casares Quiroga, Santiago, I: 59, 71,134 n; II: 384, 404, 405.

Casariego, Jesús-Evaristo, I: 344, 345,349, 352; II: 318-319.

*Casas, Petra, I: 405.

Castaño, Ernesto, I: 108-109; II: 150, 158-162, 165, 310-311, 326-327.

Castellet, Eduard, I: 9.

Castilla del Pino, Carlos, I: 78, 211, 212, 213, 214.

Castilla Plaza, Carlos, I: 9.

Castillo, Alberto del, II: 417.

Castillo, José, I: 94, 133; II: 384, 405.

Castro, Cristóbal de, II: 308 n.

*Castro, Manuel, I: 174-176, 177.

Cattell, David Tredwell, II: 364 n, 370 n, 417.

Cazorla, José, I: 416.

Cebrián, Florentín, II: 75.

Cercos, Tosep, I: 74, 75, 82-83, 87,160, 161, 180; II: 301.

Cernuda, Luis, I: 23.

Ciano, Galeazzo, conde de, I: 171; II: 154, 202 n, 241 n.

Clara, Sebastià, I: 245, 322; II: 332,347, 349.

Claudín, Fernando, II: 40 n, 274, 363 n, 417.

Clavijo, Pedro, I: 126.

Clemente, María, I: 9.

Coco, Atilano, I: 248, 285 n.

Codón, José María, I: 63.

Colodny, Robert G., II: 417.

Coll, Antonio, I: 372.

*Coll, Miquel, I: 78, 79; II: 105, 117.

Comaposada, Mercedes, I: 398.

Comín, Alfonso, I: 9.

Comín Colomer, Eduardo, I: 132 n; II: 417.

Comorera, Joan, I: 318; II: 103, 104, 106, 107 y n., 108, 208, 391 y n.

Companys, Lluís, I: 73, 84, 147, 148,149, 150, 186, 191, 192, 197, 198, 244 n, 251, 260, 297, 335; II: 107 n, 109, 111, 118, 119, 215, 216,258, 334 n, 404, 412, 417.

Contreras, Carlos, *véase* Vidali, Vittorio.

Cordón, Antonio, II: 37?, n., 376 n, 417.

Cores Fernández de Cañete, A.. I: 350 n; II: 417.

Cortada, Roldán, II: 106.

Cortés, Manuel, II: 418.

Costa, Joaquín, I: 356, 393.

Costa, Josep, I: 316, 318 n; II: 110, 209 n, 219, 330, 346 n, 348.

Costa, Tomás, I: 356.

Crespo, Juan, I: 40, 128, 155, 156, 232-237, 282-286; II: 21, 244-245, 302-303.

Cruells, Manuel, I: 81, 142, 204; II: 109, 417.

Cruz Conde, familia, I: 219.

Cunningham, Nellie, I: 273.

Chamberlain, Neville, II: 211, 412.

Checa, Pedro, II: 274.

Daladier, Édouard, II: 211, 412.

Dalí, Salvador, I: 246.

Dávila, Sancho, I: 64.

Delgado, Álvaro, I: 156, 240-241, 363, 365; II: 220, 221, 222, 224, 226, 266, 268, 275, 287.

Dencàs, Josep, II: 334.

Díaz, José, I: 130, 377, 378; II: 9, 30 y n., 33, 101, 115, 227, 364, 404,417.

*Díaz, María, I: 363; II: 287.

Díaz del Moral, Juan, I: 121, 123 n; II: 417.

Díaz Tendero, Eleuterio, II: 260.

Díaz Varela, mayor, I: 134 n.

Diez Pastor, Fulgencio, I: 66, 67 n, 252 n; II: 312.

Dimitrov, Gueorgui, I: 367.

Dollfuss, Engelbert, II: 245, 355, 361,402, 403.

Domènech, Josep J., I: 189-190, 194-197, 254-255; II: 103 y n., 104 n.

Domingo, Marcelino, I: 41, 238; II: 308.

Donézar, Javier M., II: 63 n, 418.

Doval, Lisardo, I: 232.

Durán de Velilla, Marcelino, II: 417.

Durruti, Buenaventura, I: 73, 79, 146,150, 160, 161, 181, 182, 188, 192,198, 199, 369, 374, 403;II: 44, 45,47, 48, 50, 51, 61, 66, 67, 103 n, 110, 112 n, 128, 222, 347, 351 n, 353, 354, 408.

*Echebarría, Luis, II: 163, 164 n, 325.

Ejarque, Antonio, II: 294.

Elorza, Antonio, I: 9, 44 n; II: 321 n, 344 n, 351 n, 417.

Engels, Friedrich, I: 23, 220; II: 350.

Epalza, Juan Manuel, I: 262-264; II: 134, 135, 139, 140-141, 147-153, 154, 156, 158, 327, 335, 337.

Ercoli, *véase* Togliatti.

Palmiro Escobar, José Ignacio, marqués de Valdeiglesias, I: 169 n; II: 417.

Escofet, Frederic, I: 73, 74 n, 76 n, 78, 80, 82, 87, 147 y n.; II: 417.

Escuder, Matilde, I: 9.

Escudero, Manu, II: 339 n.

Escudero, Mariano, I: 107.

Estrada, Femando, I: 9.

*Etarte, Trifón, I: 264; II: 335-336.

Ezcurra, Esteban, I: 61.

Fàbregas, Joan P., I: 205 n, 246 n, 255, 288, 296.

Fal Conde, Manuel, I: 135; II: 20 n.

Falcón, César, I: 119 n.

Fanjul, Eladio, I: 335, 336; II: 358.

Fanjul, Joaquín, I: 93, 95; II: 378.

Faraudo, Carlos, I: 94, 133; II: 381.

Faustino, don, sacerdote, II: 168.

Felipe II, I: 408.

Fernández, Alberto, I: 129-130, 339;II: 358, 359-361, 417.

Fernández, Amador, I: 337 n.

Fernández, Damián, I: 351.

*Fernández, José, II: 164, 165.

Fernández, Nicolás, II: 187, 188.

Fernández, Progreso, II: 350.

Fernández, Ramón, I: 75, 83; II: 119,380, 381 n.

Fernández, Ramón, I: 337 n.

Fernández Clemente, Eloy, I: 9; II: 417.

Fernández Cuesta, Raimundo, II: 262.

Fernández de Castillejo, Federico, I: 126.

Fernández Fernández, Manuel, I: 9.

Fernando VII, II: 295.

Fernán-Núñez, duque de, I: 392.

Ferrer, Joan, I: 188, 291, 292, 303-305; II: 388, 389, 390.

Flórez, Antonio, II: 181.

Folgaré, Paul, I: 299 n, 302 n; II: 422.

Franco, José, II: 172, 173 y n.

Franco, Mariano, II: 79-85.

Franco, Máximo, II: 294.

Franco, Nicolás, I: 278, 279.

Franco Bahamonde, Francisco, I: 47,71, 127, 129, 170, 171, 172, 226,228, 229,

236, 238, 243, 275, 276, 277, 280, 283, 285, 287, 360, 361,362, 363, 382-383, 394, 395 n, 420; II: 9, 13, 19 y n., 20 y n., 21 y n., 25 y n., 35, 36, 39 n, 45,48, 51, 110, 111, 117, 133, 144 n, 152, 153, 155, 156, 157, 159, 162,163, 165, 170, 174, 180, 193, 202 y n., 203, 205, 206, 240, 241 n, 242, 243, 244, 255, 256, 261, 265,268, 269, 283-285, 295, 297, 301, 302, 360, 361, 373 y n., 374, 376-379, 384 y n., 403, 405, 407, 409, 410, 413, 417.

Franco Bahamonde, Ramón, I: 331.

Franco Salgado-Araujo, Francisco, II: 202 n, 417.

Fraser, Mark, I: 10.

Fraser, Ronald, II: 323 n, 418.

Fuente, Ricardo, I: 9.

Fuster, Enrique, I: 9.

Galán, Fermín, II: 198, 381, 401.

Gálvez, José, I: 422, 423 y n., 424.

Gállego, José, I: 340.

Gallo, Max, II: 15 n, 418.

Gambara, Gastone, II: 293.

Gamero del Castillo, Pedro, II: 239.

Gámir Ulíbarri, Mariano, II: 146, 152, 170.

Garagorri, Paulino, I: 9.

Gárate, Rafael de, II: 156 n, 418.

García, Onofre, I: 333.

*García, Paulino, II: 36, 60.

García, Pedro, I: 117.

García, Salvador, I: 347, 350.

García, Trinidad, I: 118; II: 396-398.

García Atadell, Agapito, I: 242.

García-Falces, Carmen, I: 85, 230; II: 11.

García Hernández, Ángel, II: 381, 401.

García Lorca, Federico, I: 224 y n., 282, 286, 426; II: 222, 418.

García Moya, Paulino, I: 9.

García Morato, Joaquín, I: 423 n.

García-Nieto, María Carmen, I: 36 n; II: 63 n, 364 n, 418.

García Oliver, Joan, I: 73, 79, 146,149, 186, 192, 251, 260; II: 49, 103, 109, 110, 346 n, 347, 351 n.

García Prieto, Manuel, II: 417.

García Serrano, Rafael, I: 86, 135, 163, 164, 223-224; II: 22-23.

García Venero, Maximiano, II: 418.

García Vivancos, Miguel, *véase* Vivancos, Miguel.

García Garmendia, Iñaki, II: 158.

Gazapo, Darío, I: 52.

Gero, Erno («Pedro»), II: 107.

Gibson, Ian, I: 224 n, 231 n; II: 418.

Gil, Rodrigo, I: 60.

Gil Robles, José María, I: 44 y n., 106, 107, 108 y n., 109, 115, 117 n, 133; II: 20 n, 169, 245, 311, 313, 319, 357 y n., 358, 377, 378, 403.

Giménez Fernández, Manuel, I: 417.

*Giner, Antonio, I: 105, 393, 395.

Giral, José, I: 67, 92, 252 n, 375; II: 405, 406.

Girón, José, I: 342 n; II: 418.

Godden, cónsul británico, II: 292.

Goded, Manuel, I: 83, 84, 87, 88, 198; II: 373 n, 377, 378, 379.

Goethe, Johann W., II: 275.

Goicoechea, Antonio, I: 133, 170.

Goicoechea, ingeniero, II: 143, 144.

Gomá, Isidro, I: 229.

Gómez, Pedro, I: 361-362, 413; II: 266, 274.

Gómez, Sócrates, I: 67-68, 415; II: 42, 271, 272, 276 y n., 283 n, 284, 285, 297, 356, 370 Gómez Ayllón, Víctor, I: 9.

Gómez Llorente, Luis, I: 9.

Gómez Ossorio, José, II: 276.

*González, Rafael, I: 397.

González Casanova, J. A., II: 328 n.

González de Lara, Gonzalo, I: 64.

González Giner, Vicente, I: 9.

González Inestal, Miguel, I: 55-56, 260-261, 359; II: 48, 351.

González Urién, Miguel, I: 9.

Gonzalo Soto, Julio, I: 276.

Goñi, María Victoria, I: 9; II: 333 n, 418.

Gorkín, Julián, II: 120, 366.

Goya, Vicente, II: 298, 299.

Grijalbo, Joan, I: 245, 323-324; II: 211, 390.

Grossi, Manuel, II: 358 n, 360 n, 418.

Guarner, Vicente, II: 418.

Güell, barón de, I: 9.

Guerra, Alfonso, I: 9.

Gutiérrez, Fernando, I: 52.

Gutiérrez del Castillo, Francisco, I: 155-156.

Guzmán, Eduardo de, I: 253, 366, 374; II: 45-46, 116-117, 271, 274 n, 284, 285, 398, 418.

Guzmán, Mario, I: 335.

Gyarmati, Susan, I: 10.

Halliday, Fred, I: 10.

Hamminck, capitán, II: 291 n.

Harding, Susan, I: 9.

Haya, Carlos de, I: 423 n.

Hedilla, Manuel, II: 19, 21 y n., 22, 409, 418.

Hegel, G. W. F., II: 350.

Heiberg, Mariano, II: 339 n.

Hermet, Guy, II: 32 n, 370 n, 418.

Hernández, Ignacio, I: 398; II: 244 n, 258.

Hernández, Jesús, I: 266; II: 26, 40 n, 135 n, 274, 364, 366.

Hernández, Manuel, I: 187, 203, 204, 306; II: 109.

Hernández, Miguel, I: 408; II: 222.

Hernández, Rafael, I: 330-333, 340;II: 217-218.

Hernández Saravia, Juan, II: 232.

Hidalgo, Manuel, I: 9.

Hills, George, II: 374 n, 418.

Hindenburg, Paul von, II: 240.

Hitler, Adolf, I: 109 n, 143 n, 170, 171, 375; II: 194 n, 199, 240, 260,261, 284, 321 n, 355, 362, 402, 405, 410, 412, 413.

Hoyo, Arturo del, I: 367.

Ibáñez, Bruno, I: 218, 220, 221, 386, 428, 429, 430.

Ibárruri, Dolores, I: 266, 364, 369,400, 408; II: 121, 135 n, 222, 270 n, 280 n, 419.

Iglesias, Ignacio, I: 250, 336; II: 51,53, 55, 57, 59, 60 n, 116, 117 n, 369.

Iglesias, Juan, II: 359-360.

Iglesias, Pablo, I: 239-240; II: 278.

Iñigo, Lorenzo, I: 360, 366, 412-416;II: 46, 264 n.

Irujo, Manuel de, I: 65, 260 n, 264;II: 118, 121-123, 247, 419.

Iturralde, Juan de, II: 163 n, 419.

Izu, Antonio, I: 61, 77, 86, 163-164, 165-169, 223, 224; II: 23, 302, 341-342.

Jackson, Gabriel, I: 35 n, 390 n; II: 326 n, 327 n, 419.

Jato, David, I: 69, 134, 420; II: 266,322.

Javier, don, pretendiente carlista, I: 135 n; II: 20 n.

Jellinek, Frank, I: 334 n; II: 419.

Jiménez, Manuel, I: 383.

Jiménez, Margarita, I: 10.

Jiménez de Asúa, Luis, I: 239.

Jiménez Lozano, José, I: 9.

Johnson, doctor, I: 273.

Juan de Borbón, don, I: 277; II: 20 n.

*Juárez, Pedro, I: 226-227.

Julià, I: 271, 272, 274.

Julián, Narciso, I: 70, 180-181, 185, 361, 372; II: 30, 273 n, 292, 293, 296-297, 378 n.

Junod, Marcel, II: 140.

Kamenev, L. B., II: 406.

Kaminski, Hans E., I: 300 n; II: 419.

Kaplan, Temma E., I: 37 n, 401 n; II: 419.

Keller, Carmen, I: 9 Keller, Laura, II: 382.

Koestler, Arthur, I: 423 n.

Koltsov, Mijail, I: 366, 376 y n.; II: 419.

Kropotkin, Prince, II: 87 n, 349.

Lafuente, camarada, I: 348.

Largo Caballero, Francisco, I: 39, 46,62, 69, 92, 116, 128, 129, 132 y n., 246 n, 251, 252 y n., 253, 264, 360, 364, 374, 416, 425; II: 26, 29, 34 n, 39 y n., 40 n, 44, 54, 57, 114, 134, 144 n, 229, 231, 232, 279, 283 n, 356 y n., 359 y n., 361, 365, 366,402, 406.

Lasarte, José María, I: 65.

Lastra, Faustino, I: 9.

Lázaro, Hipólito, I: 309, 310.

Leal, José Luis, II: 306 n, 419.

Leguina, J., II: 306 n, 419.

Lenin, V. I., I: 132 n; II: 30, 44, 45, 61, 222, 363.

León XIII, II: 357.

León, Francisca de, I: 377-378.

Lerroux, Alejandro, II: 403.

Letamendía, F., *véase* Ortzi Leval.

Gastón, II: 78 n, 87 n, 91 n, 94 n, 96 n, 419.

Lisón, Carmelo, I: 9 Líster, Enrique, II: 123 n, 125-127, 129 y n., 222, 410.

Lizarza Iribarren, Antonio, II: 384 n, 419.

Lopategui, Mirén, I: 10.

López, Jacobo, I: 352.

* López, Salvador, I: 370-371.

* López, Pepa, I: 421-425.

Lorenzo, César, I: 9, 203 n, 251 n, 255, 327; II: 66 n, 344 n, 345 n, 419.

Lortán, Eugenio, I: 93, 95, 96-97.

Lozas, César, I: 397.

Lumsden, capitán, II: 291.

*Luna, Alfredo, I: 53, 134.

Luna, Manuel, I: 9.

Llaneza, Antonio, II: 181, 359.

Macià, Francesc, I: 40 y n., 257; II: 328.

Machado, Antonio, II: 222.

Maíz, B. Félix, I: 9, 132 n; II: 383,419.

Makhno, Néstor, I: 183; II: 61.

Malefakis, Edward, I: 46 n, 119 n; II: 63 n, 64 n, 307 n, 311 n, 351 n, 419.

*Málzaga, Juan, I: 267; II: 238.

Manent, Joan, II: 47, 58, 110, 212-217, 219.

Mangada, Julio, I: 89, 155.

Manso, diputado socialista, I: 232.

Manzana, José, I: 161.

Mapelli, Luis, I: 9.

Marañón, Gregorio, I: 91.

Marchelina, marqués de, I: 215; II: 23, 372.

«Marianet», I: 194.

Margeli, Ernesto, II: 68-77, 126-128.

Marín, Juan, I: 127.

Márquez, Andrés, I: 99; II: 44, 295,323.

Martín, Lázaro, II: 71-74.

*Martín, León, I: 56, 58.

Martínez, Alejandro, I: 134; II: 165-170, 171-174, 322.

Martínez, Carlos, I: 84-85, 333, 340;II: 145, 172, 262, 319.

Martínez, José María, II: 354.

*Martínez, Juan, II: 81-82, 128.

Martínez, Misael, I: 349.

Martínez, Régulo, I: 62, 89-92, 237-239, 360, 368-369, 371-372, 375; II: 219, 221, 227, 268, 269 y n., 299,324.

Martínez, Victoria, I: 10.

Martínez Alier, Juan, I: 9, 10; II: 307 n, 420.

Martínez Anido, Severiano, II: 240.

Martínez Bande, José Manuel, I: 143 n, 181 n; II: 264 n, 268 n, 273 n, 274 n, 420.

Martínez Barrio, Diego, I: 61, 66, 67 y n., 69; II: 231, 269, 402, 405.

Marx, Karl, I: 220; II: 221, 256, 278, 350, 370.

Masip, Antonio, I: 9, 337 n, 338 n; II: 420.

*Masribera, Eulalia de, II: 202, 258, 259.

Mata, José, I: 129, 339, 347, 350; II: 175, 176-181, 361.

Matallana, Manuel, II: 249 n.

Maura, Miguel, II: 319, 358, 420.

Maurice, Jacques, II: 307 n, 308 n, 309 n, 316 n, 359 n, 420.

Maurín, Toaquín, II: 54 n, 55, 86, 366, 420.

*Maururi, Jon, I: 265.

Medina, Rafael, duque de Medinaceli, I: 54-55, 64 n, 120, 143, 215, 391, 392; II: 314, 420.

Mera, Cipriano, I: 360; II: 49, 117 n, 270, 275, 420.

Mera, José, I: 365, 367; II: 298.

Mérida, Luis, I: 218, 221.

*Mestres, Joan, II: 245-249, 275 n.

Miaja, José, I: 67 n, 177, 365, 374,375, 413-416; II: 249 n, 264, 274,408.

Michelena, Luis, I: 260, 261; II: 135, 152-153, 156 n, 335, 337, 338 n.

Mije, líder comunista, II: 269 n.

Millán, Álvaro, I: 221-222.

Millán, José, II: 393-395.

Millán Astray, José, I: 243 n, 284,285.

Mintz, Frank, II: 63 n, 91 n, 94 n, 96 n, 128 n, 343 n, 345 n, 420.

Miralles, II: 21.

Miravitlles, Taume, I: 191-193, 197-198, 203, 246, 251; II: 66 n, 113 n, 118, 197, 420.

Miret Magdalena, Enrique, I: 417-419;II: 287, 323.

Miró Buronat, Josep Maria, I: 324.

Mitchell, Peter Chalmers, II: 420.

Modesto, Juan, II: 420.

Mola, Emilio, I: 47, 52, 61, 64, 67 y n., 77, 86, 93, 129, 132-134, 153, 158 n, 161, 163, 169-171,226, 229,230, 277, 280; II: 133, 144, 326 n, 333 n, 371 n, 373 n, 377, 379,382, 383, 384 y n, 409.

Molas, Isidre, I: 10, 40 n; II: 333 n, 334 n, 340 n, 348 n, 420.

Molotov, Viacheslav, II: 26.

Molyneux, Máxime, I: 10.

Monasterio, José, II: 22.

Montaud, Gustavo de, II: 135, 141.

Montero Díaz, Santiago, I: 10.

Montseny, Federica, I: 399, 401 n; II: 114.

Monzón, Telesforo, I: 260, 261.

Mora, Tomás, I: 53; II: 229-234, 290, 291, 297.

*Morales, Josefa, I: 362-363, 373.

*Moreno, Anita, I: 222-223.

*Moreno, Fernando, I: 241-242.

Moreno, Juan, I: 121-124.

Moreno, Salud, I: 10.

Morrow, Félix, II: 122, 420.

Moscardó, José, I: 277.

Moutas, José María, I: 345 n.

*Moya, Pablo, I: 364; II: 224, 268, 286-287.

Múgica, Mateo, II: 162, 163 n.

Munis Granadizo, II: 420.

Muñoz Suay, Ricardo, I: 10.

Mussolini, Benito, I: 86, 143 n, 170; II: 15 y n., 155, 202 n, 240, 260, 321 n, 383 n, 403, 412.

Napoleón, I: 363 n; II: 38 n, 166, 192.

*Narcea, Francisco, II: 184, 186 y n.

*Narcea, José, II: 183, 184.

*Narcea, Juan, II: 183-186 y n.

*Narcea, Leopoldo, II: 183, 184.

*Narcea, Timoteo, II: 183, 184 y n.

Nárdiz, Gonzalo, I: 264; II: 135 y n., 141-142, 152, 340.

Naredo, José, I: 10; II: 306 n, 307 n, 419, 421.

Navarro, Ángel, II: 80-85.

Negrín, Juan, II: 44, 114, 116, 118,119, 125, 171, 204, 213, 214 y n, 216, 222, 224, 225, 228 y n., 229,231, 234, 260 y n., 261, 264 y n., 265, 268, 269, 270 y n.-274, 276 y n., 278, 284, 289, 389, 411, 412, 413.

Neruda, Pablo, I: 240.

Nin, Andreu, I: 130, 131 y n., 315 n; II: 26, 45, 55-57, 61, 102, 111, 113,115 n, 117, 119 n, 120, 121, 124, 321 n, 366, 368 n, 387 n, 421.

Novoa, Andrés, II: 118-119.

Núñez, Amadeo, II: 118.

Núñez, Miguel, I: 407-410; II: 30,275, 298, 299.

Núñez Larraz, Francisco, I: 10.

Ochoa, María, I: 206 Olaechea.

Marcelino, I: 229, 230; II: 162.

Onaindía, Alberto de, II: 163 n, 421.

Orad de la Torre, Urbano, I: 59, 88-89, 94, 95, 97, 133, 134 y n.; II: 376 n, 381.

Ortega, coronel, II: 118, 119.

Ortega y Gasset, José, I: 91, 236.

Ortiz, Antonio, I: 160; II: 127.

Ortzi (F. Letamendía), I: 259 n; II: 134, 329 n, 341 n, 421.

Orwell, George, II: 421.

Ozamiz, Ignacia, II: 136, 137, 138-141, 142-143, 194 n.

Ozcoidi, Mario, I: 61; 85-86; II: 341.

Pagés Elias, Pedro, *véase* Alba, Víctor.

*Palma, Justina, I: 400.

Pañeda, Anselmo, I: 349, 353.

*Partaloa, Francisco, I: 381-386, 430.

Pasionaria, *véase* Ibárruri, Dolores.

Pastor, Alberto, I: 63, 109-113, 229;II: 24-25, 301.

Pastor, Manuel, II: 421 '.

Pastor, Sevilla, II: 70-76, 129.

Payne, Stanley G., I: 395 n; II: 157 n, 233 n, 328 n, 364 n, 372 n, 373 n, 376 n, 379 n, 381 n, 382 n, 421.

«Pedro», *véase* Gero, Erno.

Peirats, José, I: 246 n, 321 n; II: 94 n, 308 n, 314 n, 389 n, 421.

Peiró, Joan, I: 203, 213, 345 n, 389 n; II: 421.

Pelayo, Mariano, I: 429.

Pemán, José María, I: 210, 228, 280, 283, 284.

Pepe «El Algabeño», I: 55.

Pérez, Antonio, padre, II: 291.

Pérez, Antonio, I: 99-100, 134; II: 41-42, 117, 277-283, 286, 298, 370.

Pérez, José Antonio, II: 252.

Pérez Baró, Albert, I: 205 n, 206 n, 288-292 y n., 305 n, 314, 321-322, 325, 326 n; II: 60, 387 y n., 388, 391 n, 421.

Pérez de Ayala, Ramón, I: 91.

Pérez González, Francisco, I: 10.

Pérez Mateos, Juan Antonio, I: 10.

Pérez Salas, Jesús, II: 382 n, 421.

Pérez Solís, Óscar, I: 350 n, 421.

Pestaña, Ángel, II: 349, 350 n.

Pinto, Antonio, I: 10.

Pitarch Carbó, Joaquín, I: 10.

Pla y Deniel, Enrique, I: 284; II: 163.

Plaza, Encarnación, II: 226, 288.

Polanco, Jesús de, I: 45-46; II: 222.

Polo de Franco, Carmen, I: 283, 285,286.

Pons, Joan, I: 192.

Pons Prades, Eduardo, I: 75, 185, 187, 203, 305-307; II: 106, 108, 200, 219, 421.

Pontvianne, César, I: 10 Pórtela, Luis, I: 46; II: 52 n, 116 n, 118 y n.

*Posadas, Felipe, II: 314, 315 *Posadas, Juan, I: 430.

Pozas, Sebastián, I: 238, 239; II: 107 n.

*Prada, Maximiano, I: 107.

Pradera, Javier, I: 10.

Prat de la Riba, Enric, II: 329 n.

Preston, Paul, I: 144 n; II: 357 n, 421.

Prieto, Casto, I: 232, 235, 282.

Prieto, Horacio, I: 288.

Prieto, Indalecio, I: 53, 85, 115, 127,152, 345, 413-415; II: 125, 180, 181, 197, 199, 228 y n., 229-234 n, 281, 334, 337, 356, 361, 404, 411, 417, 422.

Prim, Juan, I: 33.

Primo de Rivera, José Antonio, I: 55,111, 113-114, 135, 219, 236, 374; II: 15 y n., 18, 19 y n., 23, 24 n, 384, 402, 404, 408, 422.

Primo de Rivera, Miguel, I: 38, 47, 117 n, 212, 347; II: 331, 371, 401.

Primo de Rivera, Pilar, II: 9, 22.

Puebla de Parga, marqués de, I: 98, 268; II: 323-324.

Puente, Isaac, II: 343 y n.

Pujol, Rafael, I: 10.

Pumar, Prudencio, I: 388-389.

Queipo de Llano, Gonzalo, I: 55, 57-59, 64 n, 143, 159, 172, 173, 209, 214, 219, 223, 280, 376, 378, 381-390, 425, 426, 428, 430; II: 373 n, 376 n.

Quero, subsecretario, II: 260.

*Quero, María del Carmen, I: 421-425.

*Quintanar, Pedro, I: 222.

Quintanilla, Eleuterio, I: 244, 330; II: 353 y n, 354 n, 415.

Ramón-Laca, Julio de, I: 390 n; II: 422.

Ramos Loscertales, José María, I: 283.

Redondo, Marcos, I: 310.

Redondo, Onésimo, I: 63, 109, 111 n, 154, 232; II: 10, 13, 19.

Reíd, Alastair, I: 10.

Retoiaza, Luis, I: 10.

Rey, Mario, I: 93, 96, 242.

Reynaud, Paul, II: 211.

*Riba, Pere, II: 103-104, 106, 107 n.

Ribas, Antonio, II: 392.

Richards, Vernon, II: 422.

Ridruejo, Dionisio, I: 111 n, 114, 225, 395; II: 14-25, 240-243, 262-263, 302, 320, 362, 422.

Rikov, Aleksei I., II: 409.

Ríos, Fernando de los, I: 39.

Rivas Gómez, Fernando, I: 177 n.

Rizal, José, I: 285 n.

Roatta, Mario, II: 154 n, 155, 156.

Robinson, Richard A. H., I: 117 n; II: 422.

Robles, Manuel, I: 264; II: 340 y n.

Robusté, Josep, I: 40, 74, 80, 311; II: 348, 349.

Rodezno, conde de (Tomás Domínguez Arévalo), II: 342.

Rodríguez, Juan José, I: 10.

Rodríguez, Melchor, I: 243 n, 416.

*Rodríguez, Paulino, I: 334; II: 171, 175, 176-182 y n.

Rodríguez, Ricardo, II: 273.

Rodríguez Ania, Juan, II: 187-189.

Rodríguez-Vigil, Juan-Luis, I: 10.

*Roig, Joan, I: 188, 199, 200, 312, 313.

Roig Llop, Tomàs, I: 104; II: 203-206, 257, 326, 330, 331, 334.

Rojo Lluch, Vicente, I: 375; II: 230, 232, 233 n, 234, 269.

*Román, Victoria, I: 39, 361, 366, 367.

Romero, Luis, I: 10; II: 422.

Rosado, Antonio, II: 97 n, 422.

Rosal, Amaro del, I: 369; II: 48.

Rosel, Antonio, II: 95, 126.

Rous, Jean, II: 122.

Rovira, Josep, II: 119.

Royo, Macario, II: 47-48, 50, 65-67, 72, 77-78, 127.

Rubial, Ramón, I: 265; II: 144-146,151, 338, 360-362.

Rubio, José, I: 352.

Ruiz, David, I: 10, 112 n; II: 422.

Ruiz, Silverio, I: 10.

Ruiz, Timoteo, I: 354-358; II: 34, 125, 126 n, 256, 259, 300-301, 310, 398-399.

Ruiz de Alda, Julio, II: 19.

Ruiz de Galarreta, A., I: 10.

Ruiz Fornells, Ramón, I: 10.

Ruiz-Funes,Mariano, II: 316.

Sáenz de Buruaga, Eduardo, I: 177.

Sáinz Rodríguez, Pedro, I: 145 y n., 170-171; II: 322, 376.

Salas Larrazábal, Ramón, I: 10; II: 371, 422.

Salazar, Pedro, II: 372.

Salazar, Antonio de Oliveira, II: 402.

Salcedo, Emilio, I: 285 n; II: 422.

*Saler, Ricardo, II: 43, 270.

*Sampedro, Francisco, I: 93-95; II: 299-300.

*Sánchez, Faustino, I: 341 n.

*Sánchez, Fernando, I: 106, 394-395.

*Sánchez, Juana, I: 216.

Sánchez,, Manuel, I: 347-348, 351.

Sánchez, Rafael, I: 240.

Sánchez del Arco, Manuel, II: 422.

Sandoval, José, I: 370; II: 31, 41,363, 367, 369.

Sanfrancisco, Ángela, I: 10.

*Sangroniz, Juana, II: 138, 140, 141 n.

San Martín, Manuel, I: 10.

Sanmiguel, Francisco, I: 10.

Sanjurjo, José, I: 39, 134, 144-145, 280, 345 n; II: 306, 331, 357, 373 n, 375 n, 376, 377 y n., 383, 402,403, 405.

*Santacana, Luis, I: 187-188, 299-301, 303.

Santamarina, Luys, I: 10.

Santullano, Gabriel, I: 10.

Sanz, Ricardo, I: 73, 146-148, 150, 182; II: 47, 110, 347, 351 n, 422.

Saña, Juan, I: 309-310.

Sarazá, J, A., I: 10.

Schopenhauer, Arthur, II: 166.

* Segovia, Emilio, II: 78.

Seguí, Juan, I: 52.

Segura, Pedro, I: 91.

Selassie, Haile, II: 155.

Semprún Maura, Carlos, II: 422.

Serrador, coronel, I: 155.

Serrahima, Maurici, I: 207-209; II: 325-326.

Serrano Súñer, Ramón, II: 19 n, 20, 21 n, 22, 23, 162, 240-242, 422.

Sesé, Antonio, II: 110.

Simón, Juan, I: 416.

*Solana, María, I: 400, 402; II: 290.

Solano, Wilebaldo, I: 130-131, 160-161; II: 53-58, 111-112, 116, 368.

Solé Barbera, Josep, I: 314, 315 n; II: 28, 60-61, 257.

*Soler, Marisa, I: 410-412.

*Solera, Jaime, I: 157-158; II: 269, 285.

*Solís, Roberto, I: 125, 220, 430.

Sota, Ramón de la, II: 339 n.

Souchy, Agustín, I: 299 n, 302 n; II: 78 n, 94 n, 422.

Southworth, Herbert R., II: 141 n, 423.

Stalin, Josif V., I: 150; II: 26, 34 n, 37, 39 n, 42, 44, 115-117, 119, 121,222.

Stedman-Jones, Gareth, I: 10.

*Suárez, Pedro, I: 53, 96, 128, 155, 241.

Suñer, Joaquín, I: 395.

*Tafalla, Fernando, I: 97-98, 356 n.

Tagüeña Lacorte, Manuel, II: 265 n, 270, 273 n, 423.

Tamames, Ramón, I: 390; II: 300 n, 371 n, 374 n, 423.

Tamayo, *véase* Mata, José.

Tarradellas, Josep, I: 192, 197, 198, 288; II: 390.

Tarrafeta, L., II: 306 n, 419.

Taya, Regina, I: 10; II: 130 n.

Témime, Émile, I: 47 n, 320 n; II: 40 n, 416.

Thomas, Hugh, I: 43 y n., 200 n; II: 96 n, 145 n, 249 n, 260 n, 264 n, 267 n, 373 n, 379 n, 382 n, 384 y n., 423.

Togliatti, Palmiro, II: 199, 273-274.

Tomás, Belarmino, II: 170, 171, 360.

Torre, Julio de la, I: 52; II: 380.

Torre, Quintín de, I: 287 n.

*Torres, Antonio, II: 259.

Tovey, J., II: 291 y n.

Trotski, Léon, II: 61, 119, 121-122,368, 423.

Trueba, Manuel, I: 181.

Trueta, Josep, I: 72-73, 200-202, 205 n, II: 201 y n., 202, 423.

*Tudela, Carmen, II: 267 n.

Tukachevski, Mijail N., II: 409.

Tuñón de Lara, Manuel, I: 39 n, 45 n, 112 n, 338 n, 342 n; II: 316 n, 418, 420, 422, 423.

Tusell, Javier, I: 45 n; II: 423.

Udina, Santiago, I: 10.

Unamuno, Felisa, I: 282-287.

Unamuno, Miguel de, I: 228, 282-287 y n.; II: 407.

Unamuno, Rafael, I: 282, 286-287.

Urcullo, Luis, II: 152.

Uñarte, Juan María, I: 10.

Uribe, Vicente, I: 266; II: 33 n, 62, 100, 135 n.

Urquiaga, Esteban de, II: 158.

Urrutia, Gustavo, II: 237.

Usabiaga, Juan de, *véase* Iturralde, Juan de.

Valdés Guzmán, José, I: 427.

Valera Valverde, Eduardo, I: 428-430.

Valgañón, Ricardo, I: 65, 266.

Vallès, Edmon, II: 104.

Van der Beek, Rosalind, I: 7, 10.

Vara del Rey, capitán, I: 54.

Vázquez, Julián, I: 62, 67, 119, 362,371, 406; II: 274.

Vázquez, Mariano, I: 192; II: 88, 214.

Vázquez-Prada, Ricardo, I: 344-345,348, 351.

*Vega, Rosa, I: 399; II: 189-192, 261.

Vegas Latapié, Eugenio, I: 144, 145 n, 228, 277-278, 280-281, 283-285 y n.; II: 240-241 y n., 384-385.

Venegas, Dionisio, I: 426-429.

Vergara, José, I: 118, 360; II: 225-226, 287, 308, 310 n.

Vicens Vives, Jaume, II: 423.

Vicente, José, I: 10.

Víctor Manuel, II: 240.

Vidal, teniente, I: 95.

Vidal i Barraquer, Josep, I: 208; II: 326.

Vidali, Vittorio (Carlos Contreras), I: 356 n.

Vila, Salvador, I: 282 Vilanova, Mercè, I: 10; II: 333 n, 423.

Vilar, Pierre, I: 25, 32 y n., 34, 35 n; II: 423.

Villa-Abrille, José Fernández de, I: 57.

Villalobos, Filiberto, I: 286.

Villar Sánchez, José, I: 10.

Viñas, Ángel, I: 170 n; II: 15 n, 423.

Viñuales, Mariano, II: 294.

*Vitoria, Alejandro, I: 80, 184; II: 123.

Vivancos, Miguel García, I: 403; II: 198, 351 n.

Vivancos, Pilar de, I: 402-404.

Voroshilov, Clement, II: 26.

Whealey, Robert, I: 390 n; II: 153 n, 423.

Willis, Lis, I: 401 n; II: 423.

Yagüe Blanco, Juan, I: 278-279; II: 243.

Ybarra, Pedro, I: 9.

Zafón, Juan, II: 58 n, 66 n, 67.

Zinoviev, Grigori, II: 406.

Zugazagoitia, Julián, II: 118 n, 142 n, 423.

Zuluaga, Agustín, I: 427.

ÍNDICE DE LUGARES.

Abisinia, II: 404.

Acebeda, La (Madrid), I: 169.

Africa, I: 47, 52, 59, 78, 129, 133, 143 y n., 157, 171, 210, 223, 237, 277, 314 n, 354, 358, 359; II: 17 n, 147, 243, 273, 377, 379, 380,403, 405, 413.

Alaska, II: 335.

Álava, I: 65, 66 n, 159, 259; II: 325, 337 y n., 341 y n.

Albacete, I: 140 n, 141 n, 359 n.

Albatera (Alicante), II: 295, 297.

Alcalá de Henares, II: 117-118.

Alcañiz (Teruel), I: 179; II: 70, 85.

Alcorisa (Teruel), I: 179; II: 70, 80.

Alcubierre, sierra de (Zaragoza), I: 182.

Alemania, I: 170, 171, 263, 272, 279, 389, 390; II: 36, 147, 153, 232, 241 n, 402, 406, 407, 408, 413.

Alfaro (Logroño), I: 164.

Algeciras (Cádiz), I: 77-78, 384; II: 184 y n., 185.

Alicante, I: 272, 273, 275; II: 271-273, 288-295, 297, 298, 384, 408, 413.

Almería, I: 382, 384, 421; II: 248, 264, 308 n, 378.

Alsasua (Navarra), I: 167.

Alto de León, I: 155, 226, 232, 241; II: 25.

Alloza (Teruel), II: 78-85, 93 n, 94 n, 100, 128.

América, I: 283; II: 210, 301.

Andalucía, I: 35 n,-37, 55, 115, 116,119 n, 121, 127, 140 n, 173, 196, 197, 210-211, 215, 223, 388, 426; II: 39 n, 87, 97 n, 116, 237, 277,288, 307 n, 342, 347, 351 n, 352,379, 412.

Angüés (Huesca), I: 183; II: 91, 93, 94 n.

Annual (Marruecos), II: 401.

Aragón, I: 27 n, 87, 148, 160-162, 178-183, 188, 194, 196, 204, 210, 307, 358, 361, 369, 402; II: 48 y n., 62-68, 75, 78, 90, 91, 93, 95-99, 103 n, 110, 119, 125, 127-129 y n., 134 n, 147, 186, 197, 199, 294,348, 353, 403, 405, 411.

Arahal, El (Sevilla), I: 214 n.

Arán, valle de (Lérida), I: 306.

Aranda de Duero (Burgos), I: 163, 224.

Argentina, I: 331; II: 388.

Arnedo (Logroño), I: 117 n; II: 402.

Asturias, I: 27 n, 44, 69 n, 73, 84, 98 n, 129-130, 232, 240 n, 250,277, 281, 302, 329, 330, 337, 338 n, 339, 342, 345, 363; II: 38 n, 39 n, 51, 134, 145, 153 n, 157, 167, 170 y n.-175, 182 n-185, 217,218, 262, 318, 319, 342, 351-355, 357, 360, 361-362, 369, 377, 403, 410.

Aulestia (Vizcaya), II: 137.

Austria, I: 44; II: 199, 370, 402, 410.

Ávila, I: 232.

Avilés (Oviedo), II: 175.

Azaila (Teruel), I: 180.

Azpeitia (Guipúzcoa), I: 259 n.

Badajoz, I: 118, 223, 237; II: 406.

Badalona (Barcelona), I: 315, 316, 318, 321 n; II: 47, 110, 208, 209, 212, 214, 216, 219, 346 n, 348.

Baena (Córdoba), I: 173-178.

Baleares, islas, II: 379.

Baracaldo (Vizcaya), II: 151, 152.

Barbastro (Huesca), II: 92, 93.

Barcelona, I: 27 n, 37 y n., 39, 40, 58, 70-71, 72-76. 78-84. 86-88. 140-n., 184-186, 189, 191, 193, 195, 196, 198-209, 240, 244-255, 260, 289-293, 298, 303, 306, 307, 310, 314 y n., 315, 316, 318 n, 319, 332, 333, 335, 337, 398, 399-402, 409 n, 412, 414, 415; II: 45, 46, 51, 52 n, 55, 57 n, 59, 64, 68, 77-80, 84, 86, 90, 91, 93 y n., 97, 102-114, 115-117, 119,120, 122, 123, 129, 144 n, 147, 154 n, 180, 197, 199, 201, 243, 245, 247, 255-263, 271, 301, 318,330, 332, 334, 346, 347-352, 354, 359, 365, 366, 389, 390, 392, 393,401, 403, 405, 409, 410, 411, 412.

Barredos (Oviedo), II: 176.

Basurto (Vizcaya), II: 146.

Beceite (Teruel), I: 402-404.

Belchite (Zaragoza), I: 180; II: 98 n, 255, 410.

Bélgica, I: 312, 393; II: 142, 159, 192, 388.

Berga (Barcelona), II: 392, 393 Berlín, I: 70.

Bilbao, I: 65-66, 88, 140, 239, 261,263 y n,-266, 332, 333, 335; II: 117, 133, 135 y n.-138, 140-148, 151-154, 157, 160, 165, 172, 192, 194, 235, 238, 329, 336, 339 n, 341, 359, 360, 410.

Bizerta, II: 272.

Blimeo (Oviedo), II: 176.

Bolea (Huesca), II: 237, 238.

Brest, II: 300.

Bruc, paso del (Barcelona), II: 256.

Brunete (Madrid), I: 376; II: 153,244 n, 255, 410.

Bujaraloz (Zaragoza), II: 66.

Burdeos, II: 300.

Burgos, I: 63, 64, 88, 107, 144-145, 158 n, 159, 163, 164, 169, 170, 235, 281, 388, 391-394; II: 119 n, 156, 161, 223, 261, 282, 284, 285, 318, 372, 408, 412, 413.

Caceres, I: 140 n, 278.

Cádiz, I: 77, 88, 140 n, 173, 428;II: 315 n, 408.

Calaceite (Teruel), I: 178.

Calanda (Teruel), I: 179.

Canadá, II: 335.

Canarias, islas, I: 129; II: 235, 379.

Candamo (Oviedo), I: 339.

Cardenete (Cuenca), II: 393.

Cartagena (Murcia), I: 324; II: 271, 272, 284, 413.

Casas Viejas (Cádiz), I: 117 n; II: 347 n, 356, 402.

Caspe (Zaragoza), I: 161; II: 82, 90,127.

Castellón de la Plana, II: 78.

Castilblanco (Badajoz), I: 117 n; II: 402.

Castilla la Nueva, I: 116, 168; II: 164 n.

Castilla la Vieja, I: 27 n, 35 n, 107, 109, 112 n, 155, 168, 226, 229, 281,341, 392, 393, 395; II: 96 n, 100,164, 320, 336, 380.

Castro del Río (Córdoba), I: 121-123, 173, 177, 178, 181 n; II: 314.

Castrogeriz (Burgos), I: 105, 106 y n., 393, 394, 395.

Castro Urdiales (Santander), II: 146.

Cataluña, I: 35 n-38, 43, 73, 75, 80, 104, 130, 147-149, 161, 182 y n., 183, 187, 191, 192 n, 193 y n., 196, 197, 202, 204, 206, 207, 235, 240 n, 244-248, 250, 253, 263 n, 283,289, 293, 297-299, 309, 311, 314 v n., 315, 325, 329, 337, 389, 399, 402, 410 n, 412, 415; II: 26, 47, 52, 53, 56, 57, 60, 66, 90, 96 y n., 100, 101 n, 102, 104-106, 115-117, 123, 125, 129, 142, 147, 153 n, 154,169, 197, 199, 202-206, 210, 211, 214, 234 n, 237, 243, 244 y n., 255,256, 259, 262, 263, 283 n, 300, 313, 319, 325, 326, 328 n-334, 342, 344 n, 345, 351 y n., 355, 358, 360, 364, 376, 377, 379, 388, 390-392, 402, 407, 412.

Caudal, valle del (Oviedo), I: 344;II: 359.

Ceuta, II: 375.

Ciudad Real, I: 156.

Ciudad Rodrigo (Salamanca), I: 233.

Colloto (Oviedo), I: 343.

Córdoba, I: 27 n, 88, 119 n, 120, 125, 126, 140 n, 141 n, 173, 176-178, 181 n, 211, 214, 215, 218-222, 238 n, 384, 385, 386, 391, 428, 430; II: 11, 314, 315.

Corral de Almaguer (Toledo), II: 397.

Covadonga (Oviedo), II: 357.

Coventry, I: 373 Cuba, I: 174; II: 75, 318, 401.

Cuenca, I: 156; II: 49, 267 n, 393.

Chartres, II: 301.

Checoslovaquia, I: 263; II: 256.

Cherburgo, II: 301 Chile, I: 126, 240.

Chipiona (Cádiz), I: 427, 428.

Dover, II: 301.

Dresde, I: 373.

Dunquerque, II: 301.

Durango (Vizcaya), II: 133, 141, 409.

Ebro, río, I: 61, 159, 162, 396, 398; II: 69, 100, 244 y n., 248, 255, 256,268, 341, 412.

Echauri (Navarra), I: 61.

Egipto, I: 421.

Éibar (Guipúzcoa), I: 259 n.

Elda (Alicante), II: 272.

Erandio (Vizcaya), II: 360.

Escocia, II: 339.

Escorial, El (Madrid), II: 16, 357.

Espadán, sierra de (Castellón), II: 243.

Espejo (Córdoba), I: 120, 391, 392;II: 314, 315.

Estados Unidos, I: 171, 390; II: 202 n, 413.

Europa, I: 31, 68, 69, 210, 389; II: 211, 212, 356.

Euskadi, *véase* País Vasco.

Extremadura, I: 116, 127, 211, 223,237, 362, 375; II: 297, 312, 404, 412.

Fatarella, La (Tarragona), II: 100.

Felguera, La (Oviedo), I: 335, 341, 343; II: 343.

Figaredo (Oviedo), II: 359, 360.

Figueres (Gerona), II: 260, 261.

Filipinas, I: 285; II: 401.

Francia, I: 30, 169-171, 195, 203, 238,259, 263 n, 269, 272, 277, 297, 298, 306, 310, 382, 430; II: 32, 34-36, 51, 86, 121, 123 n, 142, 147, 155, 180, 182, 187, 192, 194, 202 n, 210, 227, 241 n, 246 n, 247, 256,260, 261, 264, 269 y n., 270, 273 y n., 283 n, 293, 297, 299-301, 349, 350, 361, 362, 369, 403, 404, 405 406, 410, 412, 413.

Fresno (Oviedo), I: 350.

Fuensalida (Toledo), I: 117 y n.

Galicia, I: 27, 140, 235, 334, 339, 352, 353 n, 395; II: 173, 236, 342,364.

Gandesa (Tarragona), II: 245.

Gandía (Valencia), II: 291-293.

Garabitas, cerro de (Madrid), II: 220.

Génova, I: 275.

Gerona, II: 258, 333 n.

Gibraltar, I: 77, 78, 143 y n., 211, 214, 381, 383; II: 17 n, 184, 337.

Gijón (Oviedo), I: 84, 85, 140, 141, 327, 329, 330, 331, 333, 334, 336, 337 y n., 340, 341, 342, 350; II: 165, 166, 171, 173-175, 184, 186,217, 235, 410.

Grado (Oviedo), I: 341 n.

Granada, I: 140 n, 173, 211, 224 n, 231 n, 238 n, 426-429; II: 248, 249, 308 n.

Gran Bretaña, *véase* Inglaterra.

Grañén (Huesca), I: 181.

Groenlandia, II: 173.

Guadalajara, I: 91, 156, 163, 376, 400; II: 13, 24, 153, 240, 409.

Guadalope, río, II: 68.

Guadalquivir, río, I: 211, 387.

Guadarrama (Madrid), I: 155, 156, 158 n, 163, 165, 169, 223, 224, 232; II: 23, 278, 378.

Guernica (Vizcaya), II: 136, 137, 141 y n.-144, 192, 193, 201, 202 n, 407, 409.

Guipúzcoa, I: 66, 160, 259 y n., 261,262, 264; II: 135, 142, 153 n, 163,337 y n., 338 n, 341 y n., 342.

Hamburgo, I: 373.

Haya, La, II: 389.

Hendaya, II: 223.

Híjar (Teruel), II: 127.

Huelva, I: 140 n.

Huesca, I: 160, 183; II: 63 y n., 91, 237.

Ibarranguelua (Vizcaya), II: 193.

Illescas (Madrid), II: 407.

Inglaterra, I: 143 n, 170, 171, 201,238, 272, 284, 294, 297, 324 n, 390; II: 32, 34-36, 51, 104, 121,142, 153, 187, 192, 202 v n., 211. 241 n, 256 n, 260, 261, 269, 339,369, 406, 412.

Inxorta, montañas de (Vizcaya), II: 136.

Irún (Guipúzcoa), I: 259-261, 349 n; II: 147, 406.

Isle d'Oleron, II: 192.

Italia, I: 170, 171, 272, 279, 287, 389, 425; II: 36, 147, 232, 241 n, 256 n, 363, 383 n, 403, 404, 406, 407, 408, 413.

Jaca (Huesca), II: 380, 401.

Jaén, I: 177.

Japón, II: 410, 413.

Jarama (Madrid), I: 353 n, 376; II: 409.

Kronstadt, II: 58, 108, 112 n.

Laredo (Santander), II: 155 y n.

Larrebezúa (Vizcaya), II: 143.

Laviana (Oviedo), II: 176.

Leningrado, II: 186, 187.

León, I: 339, 395.

Lequeitio (Vizcaya), II: 137.

Lérida, I: 315; II: 96, 199, 207.

Levante, I: 27, 361; II: 90, 96 n, 100, 129 n, 130, 199, 342, 347, 352 Lima, I: 272.

Línea, La (Cádiz), I: 78, 381, 383.

Lisboa, I: 134, 278; II: 383.

Logroño, I: 163, 164, 181 n; II: 64 n, 235.

Londres, I: 30, 202, 373; II: 104, 144, 241 n, 301, 406.

Lora del Río (Sevilla), I: 214 n.

Luanco (Oviedo), II: 166, 168.

Luarca (Oviedo), II: 318.

Madrid, I: 27 n, 32, 39, 40 n, 43, 45, 46, 53-54, 59-60, 61-62, 66 67, 70-71, 73, 80, 85, 86, 88-89, 92, 93-97, 99, 113, 116, 127-129, 130-132, 133, 140-145, 155-158 n, 161, 163, 169, 180, 192, 209, 211, 223,232, 237-243 n, 244, 246 y n., 250-253, 261, 264, 267-275, 277, 278,282, 291, 314 n, 323, 331, 336 n, 342, 347, 350, 353 y n, 354, 356,n.-361, 363 n, 364, 366, 369-376,381, 382, 398, 399-402, 404-406, 412, 414-416, 419, 420, 430; II: 13, 30, 38 n, 41, 42, 45, 46, 48, 50, 102, 110, 113, 116-118, 121, 122, 124, 133, 136, 144-146, 153,157, 165-167, 170, 197, 219-227, 230, 237, 243, 256, 263-274, 274-276, 277-

280 n, 283 y n., 284-288,290, 293, 295, 297-299, 301, 303, 318, 322, 324, 328-330, 332, 333, 335, 337, 338, 341-343, 346 y n., 350, 352-354, 358, 359, 365, 370,376, 378-384, 393, 398, 402, 404,405, 406, 407, 408, 409, 410, 413.

Málaga, I: 127, 140, 141, 211, 219,383, 422, 423 n, 425, 426, 428; II: 13, 14, 102, 114, 248, 284, 322, 391 n, 409.

Mancha, La, I: 221.

Mancha, canal de la, II: 301.

Manzanares, río, I: 240, 366.

Marbella (Málaga), I: 383.

Marquina (Vizcaya), II: 136, 137, 141 n.

Marsella, I: 294, 383; II: 104, 223, 292.

Marruecos, I: 47, 52, 54, 56, 61, 65,72, 78, 129, 133, 143, 145 n, 148,170, 210, 228, 341 n, 426; II: 17 n, 25 n, 39 n, 364 n, 371 n, 372-377, 379, 384, 405 Mas de las Matas (Teruel), II: 68-78 y n., 81, 84, 93 n, 94 n, 100, 127-129.

Mataró (Barcelona), I: 309.

Mazuco, paso del (Oviedo), II: 170.

Medina de Rioseco (Valladolid), I: 112 n, 113.

Melilla (Marruecos español), I: 52-53.

Mequinenza (Zaragoza), II: 245.

Mérida (Badajoz), I: 211.

México, I: 32, 142; II: 222, 369.

Mieres (Oviedo), II: 179, 180, 359, 360.

Miranda de Ebro (Burgos), I: 159.

Monegros, Los (Huesca-Zaragoza), II: 63 n.

Moneva (Zaragoza), II: 86.

Montalbán (Teruel), I: 179.

Monzón (Huesca), II: 90.

Mora de Rubielos (Teruel), II: 234.

Morasverdes (Salamanca), I: 232, 235.

Morella (Castellón), II: 68.

Moscú, I: 27, 59; II: 40 n, 44, 58,115, 116, 187, 188, 190, 191.

Motril (Granada), II: 248.

Munich, I: 27; II: 256, 412.

Muniesa (Teruel), I: 178-180; II: 79, 86,88.

Murcia, II: 339 n.

Musel, El, puerto (Oviedo), II: 165, 167, 171.

Nalón, valle del (Oviedo), I: 334, 344; II: 175, 176, 178, 359.

Naranco, monte (Oviedo), I: 343, 348.

Navalmorales de Pusa, Los (Toledo), I: 355; II: 309, 398.

Navalperal (Ávila), I: 232.

Navarra, I: 47, 60-61, 65, 76, 86, 135,161, 162, 165, 167 y n., 168, 229, 230, 259, 262, 395; II: 10, 236, 325, 337 y n., 341 y n.

Nueva York, II: 249.

Nuremberg: II: 404.

Odessa, I: 196.

Orduña (Vizcaya), I: 266.

Ortuella (Vizcaya), II: 235.

Oviedo, I: 84-85, 88, 141 n, 277, 312, 329, 332, 334 y n., 336, 339-344, 346, 347, 350, 351, 353 n; II: 136 y n., 173, 175, 176, 187, 359, 360, 407.

País Vasco, I: 35 n, 43, 65, 66, 161,235, 259-267, 283, 342 n, 349 n, 359; II: 48, 101 n, 133-136 n, 137, 144, 148, 153 y n., 158, 164,169, 194, 203, 238, 319, 325 y n., 327, 328 n, 329, 330, 335, 338 y n., 341, 364, 379, 407.

Palma de Mallorca, II: 291 y n.

Pamplona, I: 27 n, 47, 52, 61, 65, 66, 76-77, 85-86, 88, 99, 129, 132,135, 164, 165, 166, 169, 223, 224,229, 230; II: 11, 23, 162, 341, 379, 383.

Paracuellos de Jarama (Madrid), I: 365.

Pardo, El (Madrid), I: 367; II: 167, 384.

París, I: 170, 246, 382; II: 145, 172, 192, 269, 301.

Pasajes, puerto pesquero (Guipúzcoa), I: 55.

Peñamayor, sierra de (Oviedo), II: 178, 180, 182 n.

Perpiñán, II: 261, 301.

Perú, I: 272.

Pekín, II: 410.

Picos de Europa, II: 182 n.

Pirineos, I: 183; II: 210, 293, 335.

Pola de Lena (Oviedo), II: 183, 185.

Polonia, II: 284, 413.

Port-Bou, II: 260.

Portugal, I: 171, 389; II: 20 n, 402,405, 407.

Pozo Funeres, II: 182 n.

Praga, II: 284, 413.

Puerto Rico, II: 401.

Puertos del Aramo, montañas de (Oviedo), II: 176.

Puigcerdà (Barcelona), II: 106.

Renania, I: 171.

Rentería (Guipúzcoa), II: 135.

Reus (Tarragona), I: 298, 314, 315 y n.; II: 257.

Riff (Marruecos español), II: 371.

Rioja, La, I: 162, 396; II: 348, 353.

Roma, I: 86, 170; II: 154, 163 n, 241 n, 403.

Rusia, *véase* Unión Soviética.

Sabadell (Barcelona), I: 182 y n., 410.

St. Nazaire, II: 186, 301.

Salamanca, I: 27 n,, 40, 108, 128, 140 y n., 155, 156, 232, 233, 235,235, 243 n, 279, 282, 283, 284 n, 397; II: 21, 22, 150, 160, 163, 244, 302, 311, 407.

Sallent (Gerona), II: 388.

Sama de Langreo (Oviedo), I: 329-331, 333-336; II: 175, 180.

San Esteban de las Cruces (Oviedo), I: 344, 348.

San Juan de Luz, I: 135; II: 182 n.

San Pedro de los Arcos (Oviedo), I: 348.

San Roque (Cádiz), I: 77, 211, 214.

San Sebastián, I: 38, 40 n, 55-56, 65, 140, 141, 259 y n., 261, 263, 266; II: 48, 156, 341, 401, 406.

Santa Cruz (Córdoba), I: 391; II: 314.

Santander, I: 333, 342 n; II: 133, 134 y n., 146, 153, 157, 167, 222, 223, 235, 410.

Sant Hilari Sacalm (Gerona), II: 258.

Santoña (Santander), II: 153, 154 y n., 155, 157, 293.

Segòvia, I: 114, 225-231, 238; II: 10,278, 299, 384, 385 Sevilla, I: 27 n, 54-55, 56-59, 64 n, 88, 127, 140 y n., 141 n, 143, 144, 159, 171, 173, 210, 211, 214 y n., 216, 219, 221, 222, 237, 242, 279, 359, 377, 383, 384, 387-392, 426 n, 428; II: 315, 322, 331, 357, 376 y n., 377 n, 405.

Somosierra (Madrid), I: 163-164, 165,223.

Sotrondio (Oviedo), I: 334; II: 171, 175.

Suiza, I: 388; II: 142.

Tafalla (Navarra), I: 61.

Tajo, valle del, I: 237, 356.

Talavera de la Reina (Toledo), I: 356, 357; II: 235, 406.

Tamariz de Campos (Valladolid), I: 109, 112 n, 229; II: 301.

Tánger, I: 143 n.

Tarragona, I: 208, 314, 315; II: 96, 104, 207, 326, 412.

Tazones, puerto, II: 180.

Teruel, I: 160, 183, 398; II: 48, 49,62, 68, 197, 199, 219, 228-230, 232-234, 243 n, 255, 269, 410.

Tetuán (Marruecos español), I: 52;II: 375.

Teverga (Oviedo), II: 183.

Tierra de Campos (Valladolid-Palencia), I: 110.

Tierra Santa, I: 426.

Toledo, I: 27 n, 91, 117, 118, 156,236, 276-279, 314 n, 354, 357, 375; II: 225, 256, 308, 310, 315, 325 n, 396, 397, 398, 406.

Tortosa (Tarragona), I: 162.

Torrejón de Ardoz (Madrid), I: 365.

Tremp (Lérida), II: 199.

Trubia (Oviedo), I: 351; II: 172.

Ucrania, I: 197; 11:108.

Unión Soviética, I: 38, 128, 149, 154,170, 197, 319, 332, 355, 359 n, 364, 372; II: 19 n, 32 y n., 34, 37, 40, 44, 45, 56-58, 77, 101, 103,116, 117, 119, 142, 187, 188, 190-192, 231, 241 n, 256 n, 266, 302,363, 369, 370, 403, 407, 409 Usera, río, I: 366.

Valdepeñas (Ciudad Real), II: 186 n.

Valderrobres (Teruel), I: 403.

Valencia, I: 71, 88, 140, 141, 196,327 n, 360, 375, 378, 388, 398, 413-415; II: 29, 43, 99, 106, 109, 110, 113-116, 118, 121-123, 145 n, 190, 223, 225, 229, 244, 247, 249, 250,264 y n., 266, 270, 277, 282, 286, 288, 291-293, 300, 301, 318, 319,350, 389, 391 n-393, 408, 411.

Valladolid, I: 62-63, 88, 107, 109, 110,111, 155, 156, 158 n, 226, 227, 229 y n., 231 n, 232, 238, 284 n; II: 10, 11, 13, 24-25, 301, 336,402, 403.

Valls (Tarragona), I: 308, 314.

Vaticano, II: 161, 163 n, 321 n, 336,337.

Vega del Ciego (Oviedo), I: 339.

Vigo (Pontevedra), I: 171.

Villa de Don Fadrique, La (Toledo), I: 118.

Villarreal (Alava), II: 136.

Villaviciosa, ría, II: 180.

Vinaroz (Castellón), II: 199, 411.

Vitoria, I: 66 n, 144; II: 162.

Vizcaya, I: 27 n, 66 n, 259, 261-263 n, 265, 266; II: 133, 142-145, 148, 149 y n., 153 y n., 154, 156, 157,163 y n., 235, 325 n, 337 y n., 337 n, 341 y n., 342.

Zaragoza, I: 71, 88, 131, 140, 141 n, 150, 160-162, 178-181, 198, 247, 403; II: 49, 63 y n., 64, 79, 87, 95,235, 313, 342, 354, 373, 404.

ANEXO[7]

CATÀLEG DE LA COL·LECCIÓ RONALD FRASER DE TESTIMONIS ORALS DE LA GUERRA CIVIL ESPANYOLA.

Lluís Ubeda Queralt.

Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona. Departament de Fonts Orals Barcelona, 2006.

SUMARI

INTRODUCCIÓ

CATÀLEG

ÍNDEX ONOMÀSTIC

Edita: Ajuntament de Barcelona. Arxiu Municipal © Ajuntament de Barcelona.

1. INTRODUCCIÓ.

Presentar el catàleg d'aquesta col·lecció de 270 testimoni orals, obra del treball pioner, rigorós i tenaç de l'investigador britànic Ronald Fraser, representa per l'equip humà de l'Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona i, més concretament, pel Departament de Fonts Orals la culminació d'un compromís i, alhora, la manifestació evident de la nostra voluntat de preservar i difondre les fonts orals en la doble vessant, oral i escrita; en definitiva, el que nosaltres entenem com un correcte tractament d'aquest tipus de fonts.

La Guerra Civil Espanyola és el període historiat a partir de la memòria d'aquells que la van viure des de les més diverses posicions ideològiques,

condicions socials i procedències geogràfiques. L'aplec d'aquestes memòries individuals ens dóna una dimensió col·lectiva dels fets històrics i, com a producte de la memòria, també ens situa en el moment en que es recull el testimoni oral, en concret entre els anys 1973 i 1975, moment on també s'obria per a la majoria dels testimonis un període cabdal.

Arran de la donació, l'octubre de 1983, d'aquesta important col·lecció, es va constituir l'actual Departament de Fonts Orals i això va estar possible, en primer lloc, per la voluntat de Ronald Fraser de lliurar la seva documentació oral i escrita a una institució arxivística —un cop publicat el seu estudi titulat Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española (Barcelona, 1979)—..

Per altra part, el donatiu comportà unes negociacions que arribaren a bon port gràcies a la intervenció de la dra. Mercè Vilanova —vinculada com R. Fraser al moviment internacional d'historiadors orals— que va convèncer al llavors director de l'Arxiu Històric de la Ciutat, dr. Jaume Sobrequés, de la vàlua d'aquests qualificats aleshores com a «nous documents» i, a la vegada, va evitar que la col·lecció anés a formar part dels rics fons de l'Oral History Research Office de la Universitat de Columbia de Nova York.

D'aquesta manera es va trobar el suport necessari per a tirar endavant el projecte de creació d'un arxiu de fonts orals en el sí de l'Arxiu Històric de la Ciutat, comptant amb la garantia inicial d'una col·lecció de prestigi com la de R. Fraser, el que ens facilitaria posteriors nous ingressos i iniciar un treball amb continuat fins avui dia i amb projecció cap el futur.

El catàleg presenta els testimonis ordenats alfabèticament i en registre individuals. Cada registre inclou:

Dades bàsiques per a la identificació del document, com ara: nom o pseudònim del testimoni, data i lloc de naixement, data i durada de l'enregistrament sonor, localització i transcripció del document, i condicions d'accés al document.

Dades que incideixen més en la dimensió històrica i social del document:

La pertinença o simpatia del testimoni envers certs moviments socials, polítics o religiosos.

Els topònims relacionats en el document. S'han consignat de forma selectiva i només quan aporten informació de relleu.

La professió del testimoni durant els fets centrals de la seva narració. I la

professió en el moment que es produeix l'enregistrament del document oral.

Matèries que es desprenen de la narració del testimoni.

Resum del contingut de l'entrevista. No tots els testimonis tenen resum, donat que al llarg dels anys en que s'han realitzat les transcripcions (data d'inici 1983, data final 2005) les limitacions tècniques i a vegades de temps han fet que no s'elaborés el dit resum.

El catàleg es complementa amb un índex onomàstic dels testimonis indicant a més, a tall d'informació, el tema del document.

SIGNIFICAT DELS CAMPS.

Data naixement. Dia, mes i any.

Lloc naixement. Província o país i la localitat entre parèntesi.

Militància. Política, sindical o confessional.

Professió. En el moment del tema central.

Professió posterior. Amb posterioritat al tema central.

Tema. GC = Guerra Civil. El tema central va acompanyat de les següents referències geogràfiques: Andalusia, Aragó, Astúries, Cantàbria, Castella, Catalunya, Espanya, Euskadi, Extremadura, Galícia, Madrid, Marroc, Navarra, País Valencià.

Lloc històric. Topònims relacionats amb el document. S'inclouen topònims de països, poblacions i comarques, així com fronts de guerra i batalles. S'ha respectat la toponímia pròpia de les terres de parla catalana i els noms de països i ciutats estrangeres s'han consignat seguint la GEC; en els referents a la resta d'Espanya, s'han consignat en espanyol.

Data entrevista. Dia, mes i any.

Durada entrevista. Hores, minuts i segons.

Transcripció. Número de planes i inicials del transcriptor.

Sigles testimoni. Referència a l'arxiu de text on figura la transcripció.

Cota. Armari i prestatgeria i núm, registre.

Autorització. A = Consulta lliure. NOA = Restringida.

Resum. Informe sobre el contingut de l'entrevista i sobre les condicions de la transcripció.

SIGLES EMPRADES EN EL CAMP MILITÀNCTA.

AC: Acción Católica.

ACNP: Asociación Católica Nacional de Propagandistas.

AE: Acción Española.

AET: Agrupación Escolar Tradicionalista.

ANV: Acción Nacionalista Vasca.

AP: Acción Popular.

AR: Acción Republicana.

CA: Carlistes.

CEDA: Confederación Española de Derechas Autónomas.

CNS: Central Nacional Sindicalista.

CNT: Confederación Nacional del Trabajo.

CTC: Círculo de Trabajadores Católicos.

EC: Estat Català.

EM: Emakume Abertzale Batza.

ERC: Esquerra Republicana de Catalunya.

FAI: Federación Anarquista Ibérica.

FE: Falange Española.

FE-JONS: Falange Española de las JONS.

FET-JONS: Falange Española Tradicionalista y de las JONS.

FIJL: Federación Ibérica de Juventudes Libertarias.

FM: Federación de Mendigoizales.

FNEC: Federació Nacional d'Estudiants de Catalunya.

FUE: Federación Universitaria Escolar.

IR: Izquierda Republicana.

IRS: Izquierda Radical Socialista.

JAP: Juventudes de Acción Popular.

JAR: Juventudes de Acción Republicana.

JC: Juventudes Comunistas.

JCE: Juventud Católica Española.

JIR: Juventudes de Izquierda Republicana.

JONS: Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista.

JS: Juventudes Socialistas.

JSU: Juventudes Socialistas Unificadas.

JSUC: Joventuts Sociliastes Unificades de Catalunya.

LL: Lliga Catalana.

MOAC: Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas NA No afiliat.

PCE: Partido Comunista de España.

PNE: Partido Nacionalista Español.

PNV: Partido Nacionalista Vasco.

POUM: Partido Obrero de Unificación Marxista.

PRRS: Partido Republicano Radical Socialista.

PS: Partido Sindicalista.

PSAD: Partido Social de Acción Democrática.

PSOE: Partido Socialista Obrero Español.

PSR: Partido Social Revolucionario.

PSUC: Partit Socialista Unificat de Catalunya.

RE: Renovación Española SEU Sindicato Español Universitario.

SR: Socorro Rojo.

STV: Solidaridad de Trabajadores Vascos.

UDC: Unió Democràtica de Catalunya.

UGT: Unión General de Trabajadores.

UMRA: Unión Militar Republicana Antifascista.

UR: Unión Republicana.

URR: Unió de Rabassaires.

USDE: Unión Social Demócrata Española.

Altres termes que figuren en el camp militància són: Catòlic/a, Monàrquic/a, Republicà/na.

Entre parèntesi es pot incloure la tendència política (p. ex. republicà) o bé el grau d'adhessió envers un grup o moviment (p. ex. simpatitzant).

CATÀLEG

MARISA ABAD MIRÓ

Data naixement: 00-00-1910

Lloc naixement:

Militància: UGT * PCE

Professió: Llicenciada Ciències * Catedràtica Institut

Professió posterior:

Tema: GC Madrid

Lloc històric: València (Gandia) * Madrid * València * Alacant

Data entrevista: 17-09-1973

Durada entrevista: 1 h, 15 min

Transcripció: 36ps.*Ll.

Sigles testimoni: MAB

Cota: A1 E2-E3 (104-105-114).

Autorització: A

Resum: L'entrevista aporta la visió d'una dona pertanyent al sector intel·lectual que va dedicar gran part de la seva joventut a l'ensenyament. Les seves vivències de la guerra són interessants per a conèixer la nova línia pedagògica que es va portar a terme en l'ensenyament primari; així com les activitats que va portar a terme en el camp de la fotografia i en la ràdio, i ens informa sobre les activitats de tipus cultural i propagandístic iniciativa, principalment, del Quinto Regimiento i en el front de Madrid i a ciutat de València.

El testimoni és l'esposa del també entrevistat Fernando Tudela i que apareix, un cop, a l'entrevista com R2. Caldria revisar —donat que consultades les nostres obres de referència no hem trobat els seus noms o aquests són incomplets— la cita

al nom següent: Nataliset Bot (literata francesa).

FRANCISCO ABAD SORIANO

Data naixement. 00-00-1915

Lloc naixement. Almería (Alboloduy).

Militància: JC * UGT * PCE

Professió: Soldat * Capità

Professió posterior:

Tema: GC Madrid * GC Catalunya

Lloc històric: Madrid * València (Paterna) * Girona (Figueres) * Teruel * Madrid (Brunete) * Almería

Data entrevista: 15-03-1975

Durada entrevista: 2 h, 15 min

Transcripció: 96ps.*Ll.

Sigles testimoni: FAS Cota: A1 E3 (229-230).

Autorització: A

Resum: L'entrevista ens aporta la visió d'un jove comunista andalús que a finals del 34 ingressa com a soldat en un regiment de Madrid on participa en l'organització clandestina de la tropa fins el juliol del 36 que passa a defendre la República davant de l'aixecament dels militars revoltats. Participa en els fets de juliol i novembre a Madrid i, posteriorment, ingressa en l'Escola Popular de Guerra de Paterna d'on sortirà com oficial, arribant al grau de capità.

Entre els temes que es desprenen del seu discurs, cal destacar el retrat que fa del capità Eleuterio Díaz-Tendero Merchán i el paper que aquest va jugar abans i durant la guerra, la situació militar de Madrid, les batalles de Terol i Brunete, l'acció que va fer al castell de Figueres poc abans de la caiguda de Catalunya i, finalitza, amb un debat sobre la possible unitat de l'esquerra.

RAFAEL ABELLA BERMEJO

Data naixement: 14-11-1917

Lloc naixement: Barcelona

Militància: NA

Professió: Estudiant

Professió posterior: Escriptor

Tema: GC Galícia * GC Andalusia * GC Catalunya

Lloc històric. La Coruña * Sevilla * Granada * Badajoz

Data entrevista: 12-05-1974

Durada entrevista: 2 h, 35 min

Transcripàó: 57ps.*Ll.

Sigles testimoni: RAB

Cota: A1 E4 (174-175).

Autorització: A

Resum: L'entrevista aporta la visió d'un jove català d'origen benestant i monàrquic, que viu la guerra des de fora de Catalunya. Com intel·lectual té una visió crítica dels fets i analitza la situació de la zona dita nacional, amb alguna referència a l'experiència personal i familiar viscuda a Catalunya.

KONI AGUIRRE OZAMIZ

Data naixement. 00-00-1930

Lloc naixement: Vizcaya (Guernica).

Militància: NA

Professió: Infant

Professió posterior:

Tema: GC Euskadi

Lloc històric: Vizcaya (Guernica) * Vizcaya (Bilbao) * França

Data entrevista: 02-04-1975

Durada entrevista: 15 min

Transcripàó: 9ps.*Ll.

Sigles testimoni: KAG

Cota: A1 E5 (209-211).

Autorització: A

Resum: El testimoni reflecteix les vivències d'una nena de set anys de Guernica que presencià els bombardeigs del dia 26-IV-1937 i els seus efectes sobre la dita població. Juntament amb els seus germans, és trasllada a Bilbao on viurà a casa d'uns familiars durant un curt període i posteriorment, gràcies a les gestions d'un amic de la família, serà enviada ella i els seus germans a França en una colònia infantil de caire marxista.

L'entrevista, tot i ser curta, és interessant per a copsar l'impacte dels fets sobre la població civil, ja que es centra molt en els aspectes relacionats amb la vida quotidiana des de la perspectiva d'una nena que confessa haver patit —arran dels bombardeigs— un trauma. S'inicia amb un altre testimoni d'una dona (R3) de la comarca de Guernica, però aquest testimoni s'interromp per a donar pas al testimoni de Koni Aguirre.

La transcripció no ha plantejat problemes, i al llarg de l'entrevista intervenen fent aclariments i comentaris R2 (dona, probablement Manolita Aguirre) i R4 (home).

MANOLITA AGUIRRE OZAMIZ

Data naixement. 00-00-1928

Lloc naixement: Vizcaya (Guernica).

Militància: NA

Professió: Estudiant

Professió posterior:

Tema: GC Euskadi

Lloc històric: Vizcaya (Guernica) * Vizcaya (Bilbao) * França

Data entrevista: 02-04-1975

Durada entrevista: 40 min

Transcripàó: 19ps.*Ll.

Sigles testimoni: MAG

Cota: A1 E5 (211).

Autorització: A

Resum: L'entrevistada, filla d'Ignacia Ozamiz, era una nena de nou anys en el moment del bombardeig de Guernica, vila on residia amb la seva família. De sentiment nacionalista i profundament catòlica, haurà de fer-se responsable dels tres germans petits i, desprès d'una estada a Bilbao, seran evacuats a França en diverses colònies infantils de caire comunista, fins que posteriorment podran retornar a Euskadi.

Com a testimoni directe del bombardeig de Guernica del 26-IV-1937, dóna la seva experiència viscuda aquell dia i detalla les accions de l'aviació alemanya i els resultats esfereïdors que provocà sobre la vila. L'altre aspecte que cal destacar de l'entrevista és la seva vivència, juntament amb els seus tres germans petits, en els diversos refugis on van romandre durant uns tres anys i el contrast que els hi produeix el conviure amb gent d'altra ideologia i on la religió estava exclosa.

La transcripció no ha plantejat grans problemes i tan sols alguns noms propis o topònims no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats. Al llarg de l'entrevista intervé R2 fent aclariments (dona, Ignacia Ozamiz).

Bibliografia consultada.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Talón, Vicente. *El holocausto de Guernica*. Plaza y Janés. Barcelona, 1987.

LUIS AGUIRRE VERGARA

Data naixement. 13-08-1909

Lloc naixement:

Militància: NA * Catòlic

Professió: Capellà

Professió posterior: Capellà Tema: GC Euskadi

Lloc històric. Vizcaya (Bilbao) * Álava (Vitoria) * Vizcaya (Rentería) * Guipúzcoa (Mondragón) * Gran Bretanya * França * Bèlgica * Vizcaya (Guernica).

Data entrevista: 06-04-1975

Durada entrevista: 1 h, 30 min

Transcripàó: 37ps.*Ll.

Sigles testimoni: LAV

Cota: A1 E5 (210-213).

Autorització: A

Resum: El testimoni —capellà que durant la guerra civil actuà com a assessor i responsable d'afers religiosos de la Federació d'escoles basques— ens aporta informació sobre les activitats dutes a terme en el terreny escolar, les relacions entre l'Església, el PNB, el primer projecte d'Estatut basc, l'article 26 de la Constitució, la repressió de guerra i de postguerra que va patir el clergat basc, l'organització de colònies de nens refugiats a l'estranger (Anglaterra, França i Bèlgica), i l'actitud de certes autoritats eclesiàstiques durant la II República i la guerra. Per la seva actuació, el testimoni va ser comdemnat per un consell de guerra i restà més de tres anys empresonat.

La transcripció no ha plantejat grans problemes, tot i que hi ha algun petit fragment de l'entrevista que resta en blanc i alguns noms propis no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats. Al llarg de l'entrevista el testimoni utilitza el terme «el partido» per a referir-se al PNB.

JUAN AJURIAGUERRA OTXANDIANO

Data naixement. 06-08-1903

Lloc naixement: Vizcaya (Bilbao).

Militància: PNV

Professió: Enginyer * Polític

Professió posterior: Enginyer * Polític

Tema: GC Euskadi

Lloc històric: Vizcaya (Bilbao) * Guipúzcoa (San Sebastián) * Santander (Laredo) * Santander (Santoña).

Data entrevista: 02-04-1975 * 03-04-1975

Durada entrevista: 2 h, 20 min

Transcripàó: 59ps.*Ll.

Sigles testimoni: JAO

Cota: A1 E5 (222-224).

Autorització: A

Resum: L'entrevista amb el president del Bizkai Buru Batzar i un dels dirigents més destacats del PNB, aplega un seguit d'informació de primera mà sobre temes cabdals en el desenvolupament de la guerra civil a Euskadi, entre els que destaquen aspectes dels orígens de l'Estatut Basc; la seva participació activa en els primers moments del conflicte; el nacionalisme basc durant la República i la guerra; el poder a Euskadi durant la guerra; les negociacions i seguiment del conegut com Pacte de Santoña; i la repressió de postguerra.

En referència a la transcripció, alguns dels noms propis emprats pel testimoni no ha estat possible de confrontar i, per tant, s'han transcrit segons la cita textual; el mateix es pot dir d'algunes paraules de genealogia basca. Al llarg de l'entrevista intervé amb aclariments i alguna pregunta R2 (home). L'entrevista s'inicia el dia 2-IV-1975 i continua, a mitjans de la segona cara (plana 28 de la transcripció), el dia 3-IV-1975. Així mateix, resten espais en blanc quan no s'ha pogut esbrinar el contingut de la frase o paraula. Quan fa referències «al partido», el testimoni vol dir el PNB.

Bibliografia consultada.

—*Bidasoa Ingurazfiak*. Vols. 1, 2, 3. Bidasoa Institut d'Histoire Contemporaine (vol. 1). Geu Argitaldaria (vols. 2 i 3). Saint-Jean-de-Luz, 1975 (vol. 1). Bilbao, 1978, 1980 (vols. 2 i 3).

—González Portilla, Manuel i Garmendia, Jose María. *La guerra civil en el País Vasco. Política y economía*. Siglo XXI. Madrid, 1988.

—Historia 16. *La Guerra Civil*. Información y Revistas. Madrid, 1986. Volums 12 (La Campaña del Norte) i 24 (índex general).

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

DR. GUMERSINDO ALBERCA MONTOYA

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement. Ciudad Real (Alcázar de San Juan).

Militància: AR * IRS * PRRS * UGT * CNT

Professió: Metge

Professió posterior: Metge

Tema: GC Madrid

Lloc històric: Madrid * Ciudad Real (Alcázar de San Juan).

Data entrevista: 02-10-1974

Durada entrevista: 1 h, 30 min

Transcripció: 36ps.*Ll.

Sigles testimoni: DRAL

Cota: A1 E3 (126).

Autorització: A

Resum: L'entrevista tracta fonamentalment el tema de la sanitat durant la guerra civil a Madrid, ciutat on el testimoni desenvolupà les seves activitats professionals i polítiques ja des del període republicà on va formar part com a diputat de les Corts Constituents com a membre d'Acció Republicana.

Altres temes tractats són les relacions Església-Estat durant la República i amb referències a l'actualitat, el paper de les organitzacions sindicals i polítiques durant la guerra i, principalment per aquest període, el paper de la CNT de la qual en formà part.

Al llarg de l'entrevista manté una visió independent i crítica, carregada d'un profund humanisme i amb uns alts principis ètics que han estat el seu nord al llarg de la seva vida, tot i haver de patir la marginació dels triomfadors de la guerra.

El seu discurs, a voltes atropellat i molt ràpid, ha comportat certes dificultats en la transcripció i ha restat algun espai en blanc. Quan es refereix a Alcázar, és Alcázar de San Juan província de Ciudad Real. Alguns dels noms propis emprats pel testimoni no ha estat possible de confrontar i, per tant, s'han transcrit segons la seva cita textual.

Bibliografia consultada:

—*Guías Rápido*. Guía de Madrid. Rápido. Barcelona, 1932.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

JUANA ALIER DE MARTÍNEZ

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement: Barcelona?

Militància: NA * Catòlica

Professió: Mestressa

Professió posterior. Mestressa

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona

Data entrevista: 21-10-1974

Durada entrevista: 1 h, 55 min

Transcripció: 64ps.*Ll.

Sigles testimoni: JA

Cota: A1 E1 (1).

Autorització: A

Resum:

MARIANO ALQUÉZAR SALVADOR

Data naixement. 00-00-1897

Lloc naixement. Teruel (Alloza).

Militància: NA

Professió: Camperol * Transportista

Professió posterior: Camperol

Tema: GC Aragó

Lloc històric. Teruel (Alloza) * Teruel (Muniesa).

Data entrevista: 25-10-1974

Durada entrevista: 1h, 30 min

Transrpáó: 57ps.*Ll.

Sigles testimoni: MALQ

Cota: A1 E6 (251).

Autorització: A

Resum: Membre d'una família de camperols benestants d'Alloza, és un

home de tradició conservadora i amb afinitats falangistes que el juliol del 36 és tinent d'alcalde del seu poble. Formarà part del primer comitè que es constituí de forma paritaria entre esquerres i dretes, però arran de l'entrada de les forces de la Columna Carod Ferrer i la implantació del comunisme llibertari, serà destituït, detingut i processat en un judici popular, però finalment, a instàncies de Mariano Franco, serà alliberat i viurà en el seu poble el procés col·lectivista, i el posterior retorn a les pràctiques individualistes. El testimoni serà el primer alcalde nomenat pels nacionals, càrrec que exerceix durant la postguerra.

Del seu testimoni destaquem la informació relativa a la realitat social, política i econòmica d'Alloza, la relació dels fets succeïts a partir del juliol del 36, el funcionament de la col·lectivitat, la repressió durant la guerra i la postguerra.

La transcripció ha plantejat bastants problemes donat el discurs a voltes confós i entretallat del testimoni i, per tant, han restat alguns passatges sense transcriure i alguns noms propis no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats. Cap el final de l'entrevista intervé fent algun aclariment R2 (dona). El segon cognom del testimoni —Salvador— s'ha extret del propi enregistrament.

JOSÉ ÁLVAREZ

Data naixement. 00-00-1917

Lloc naixement. Asturias (Alta muntanya d'Astúries).

Militància: UGT

Professió: Comerç * Protèsic dental

Professió posterior: Comerç * Protèsic dental

Tema: GC Astúries

Lloc històric: Asturias (Oviedo) * Asturias (Gijón).

Data entrevista: 08-03-1975

Durada entrevista: 1 h, 50 min

Transcripció: 39ps.*FB

Sigles testimoni: JAL

Cota: A1 E5 (233).

Autorització: A

Resum:

PEDRO ÁLVAREZ

Data naixement. 00-00-1895

Lloc naixement:

Militància: FE

Professió: Empresari Metal. lúrgic

Professió posterior:

Tema: GC Andalusia

Lloc històric: Córdoba

Data entrevista: 15-08-1973

Durada entrevista: 1 h, 30 min

Transcripció: 64ps.*Ll.

Sigles testimoni: PAL

Cota: A1 E2 (87-92).

Autorització: A

Resum:

RAMÓN ÁLVAREZ PALOMO

Data naixement. 00-00-1913

Lloc naixement. Asturias (Gijón).

Militància: CNT * FAI

Professió: Dirigent obrer

Professió posterior:

Tema: GC Astúries

Lloc històric. Asturias (Gijón) * Asturias (Oviedo) * Barcelona

Data entrevista: 26-04-1975

Durada entrevista: 2 h, 55 min

Transcripció: 76ps.*Ll.

Sigles testimoni: RA

Cota: A1 E1 (21-22).

Autorització: A

Resum:

BARTOLOMÉ AMIL SÁNCHEZ

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement: Córdoba (Adamuz).

Militància: NA (republicà).

Professió: Camperol

Professió posterior:

Tema: GC Andalusia

Lloc històric: Córdoba

Data entrevista: 17-07-1973

Durada entrevista: 1 h

Transcripció: 35ps.*Ll.

Sigles testimoni: BAS

Cota: A1 E2 (86).

Autorització: A

Resum:

JUAN ANDRADE RODRÍGUEZ

Data naixement. 03-02-1898

Lloc naixement: Madrid

Militància: POUM

Professió: Polític * Escriptor

Professió posterior. Polític * Escriptor

Tema: GC Catalunya * GC Espanya

Lloc històric: Barcelona * Madrid

Data entrevista: 15-11-1973 * 04-05-1975

Durada entrevista: 4 h, 10 min

Transcripció: 101ps.*Ll.

Sigles testimoni: JAN

Cota: A1 E1 (29-30-31).

Autorització: A

Resum:

JOSEP ANDREU I ABELLÓ

Data naixement. 08-11-1906

Lloc naixement: Tarragona (Montblanc).

Militància: ERC

Professió: Advocat * Polític

Professió posterior: Advocat * Polític

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Tarragona (Reus) * Barcelona

Data entrevista: 04-03-1974

Durada entrevista: 2 h

Transcripció: 36ps.*Ll.

Sigles testimoni: JAA

Cota: A1 E1 (36).

Autorització: A

Resum:

MANUEL ANDÚJAR MUÑOZ

Data naixement. 04-01-1913

Lloc naixement: Jaén (La Carolina).

Militància: JS * JSUC

Professió: Funcionari * Periodista

Professió posterior: Escriptor

Tema: GC Catalunya * GC Andalusia

Lloc històric: Barcelona * Málaga * Madrid * Lleida * Front d'Aragó * Barcelona (Sabadell).

Data entrevista: 05-06-1974

Durada entrevista: 2 h, 25 min

Transcripció: 34ps.*Ll.

Sigles testimoni: MAN

Cota: A1 E6 (255-256).

Autorització: A

Resum: L'entrevistat, un intel·lectual, utilitza un lèxic molt correcte, només en algun cas té una lleugera supressió dels plurals degut al seu origen andalús. Les intervencions de la seva dona (R2) són purament accessòries a l'entrevista.

Bibliografia consultada:

—Casterás, Ramón. *Las JSUC: ante la guerra y la revolución (1936-1939)*. Ed. Nova Terra. Barcelona, 1977.

—Martín Ramos, José Luis. *Els orígens del PSUC*. Curial. Barcelona, 1977.

Revista Anthropos. Especial Manuel Andújar. Núm. 72 (V-1987).

PERE ARDIACA MARTÍ

Data naixement. 00-00-1909

Lloc naixement. Lleida (Balaguer).

Militància: PSUC

Professió: Polític

Professió posterior. Polític

Tema: GC Catalunya

Lloc històric. Barcelona

Data entrevista: 10-12-1973

Durada entrevista: 1 h, 45 min

Transcripció: 45ps.*Ll.

Sigles testimoni: PA

Cota: A1 E1 (51).

Autorització: A

Resum:

JOSÉ ARES MONTES

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement:

Militància: FUE

Professió: Batxiller Professió posterior:

Tema: GC Galícia

Lloc històric. La Coruña * Galicia * Madrid

Data entrevista: 01-07-1974

Durada entrevista: 1 h, 35 min

Transcripció: 33ps.*Ll.

Sigles testimoni: JAM

Cota: A1 E3-E6 (150-264).

Autorització: A

Resum: L'entrevista a aquest jove estudiant pertanyent a la FUE i de família de tradició republicana, ens permet copsar com es desenvolupava el conflicte bèl·lic a la reraguarda dels revoltats i, en concret, a la ciutat de La Corunya.

Els temes més importants que es tracten són la condició de republicà dins l'Espanya «nacional», analitzant aspectes tals com la seva posició davant l'actitud de l'Església catòlica enfront de la guerra, la repressió general i en contra del gallec

i dels seus representant polítics i culturals, i la visió i coneixença que des d'un bàndol es tenia de l'altre.

Al llarg de l'entrevista intervé de forma tangencial R2 (home). La transcripció no ha plantejat gaires problemes tècnics, i només alguns noms propis no ha estat possible contrastar amb fonts escrites i figuren tal com s'han enregistrat.

MANUEL ARGUDO LUQUE

Data naixement. 00-00-1917

Lloc naixement: Córdoba (Baena).

Militància: NA

Professió: Estudiant * Camperol

Professió posterior:

Tema: GC Andalusia

Lloc històric: Córdoba (Baena).

Data entrevista: 06-07-1973

Durada entrevista: 50 min

Transcripció: 19ps.*Ll.

Sigles testimoni: ARGUDO

Cota: A1 E2 (106).

Autorització: A

Resum: L'entrevista es centra en la població de Baena (Còrdova) i en els fets ocorreguts durant el mes de juliol de 1936, vistos des de la perspectiva d'un jove camperol fill de petit propietari, i en el sí d'una família de tendència conservadora i d'ordre.

Al ser un relat dedicat a fets quotidians tals com la família, el treball, el poble, no apareixen noms propis susceptibles de figurar en l'índex, a excepció dels

estrictament relacionats familiarment amb el testimoni i, per tant, hem optat per, en aquest cas, obviar la confecció d'un índex.

Com a material de consulta figura junt amb la transcripció, l'article del tinent de la Guàrdia Civil Fernando Rivas Gómez titulat «La defensa de Baena», aparegut a la Revista de Estudios Históricos de la Guardia Civil, núm. 9, any V, 1972.

JORDI ARQUER SALTOR

Data naixement. 00-00-1906

Lloc naixement. Lleida (Bellcaire d'Urgell).

Militància: POUM

Professió: Polític * Escriptor

Professió posterior. Polític * Escriptor

Tema: GC Catalunya

Lloc històric. Barcelona * Front d'Aragó

Data entrevista: 26-01-1974 * 04-03-1974

Durada entrevista: 3 h, 45 min

Transcripció: 130ps.*MS

Sigles testimoni: JAR

Cota: A1 E1 (17-26-27).

Autoritzaáó: A

Resum:

NIEVES ARRAZOLA

Data naixement. 00-00-1916

Lloc naixement. Madrid

Militància: PCE * JSU

Professió: Mestressa

Professió posterior. Mestressa

Tema: GC Madrid * GC Espanya

Lloc històric. Madrid * Albacete * Alacant

Data entrevista: 12-02-1974

Durada entrevista: 1 h, 30 min

Transcripció: 75ps.*MS

Sigles testimoni: NIEVES

Cota: A1 E1-E2 (44-74).

Autorització: A

Resum: Entrevista amb una militant del PCE. De família treballadora. Casada quan la guerra amb Manuel Tuñón de Lara. Interessa el punt de vista d'una militant no intel·lectual i el funcionament intern del partit durant la guerra civil a Madrid. La fugida cap a València i l'espera del vaixell que no va arribar, a Alacant. Dóna dades sobre aquest últim fet, sobre el funcionament d'una fàbrica d'armament de les Brigades Internacionals a Albacete i el funcionament de l'Escola de Quadres del PCE.

CONCHA DE AZAOLA

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement:

Militància: EM

Professió: Infermera

Professió posterior:

Tema: GC Euskadi

Lloc històric. Vizcaya (Bilbao) * França * Barcelona * Bèlgica

Data entrevista: 26-03-1975

Durada entrevista: 1 h, 15 min

Transcripció: 40ps.*Ll.

Sigles testimoni: CAZ

Cota: A1 E5 (216).

Autorització: A

Resum: Concha de Azaola, com a membre destacat del grup basc Emakume Abertzale Batza, i filla d'una família de tradició nacionalista, és molt interessant per a copsar la mentalitat i el tarannà dels membres del moviment nacionalista basc i, en aquest cas, incidint en els aspectes relacionats amb la participació de les dones en aquest moviment portant a terme tasques, fonamentalment, de tipus social i assistencial ja molt abans de l'esclat de la guerra civil.

El temes que tenen més relleu al llarg de l'entrevista són els orígens del grup Emakume, les activitats d'aquest grup durant el període de la República i de la guerra civil fonamentalment a Bilbao, l'actuació dels exiliats bascos a Barcelona durant la fase final de la guerra on destaquem la seva dedicació a la preservació i manifestació pública del culte catòlic malgrat l'oposició dels estaments religiosos catalans.

La transcripció ha plantejat alguns problemes i certes expressions massa ràpides no ha estat possible de transcriure i figuren en blanc, així com alguns noms propis no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats. Al llarg de l'entrevista intervé participant i fent preguntes R2 (dona) que possiblement és Teresa Rotaeche, així com de forma tangencial R3 (home) i R4 (dona).

Bibliografia consultada:

—Garitaonandía, Carmelo i José Luis de la Granja (eds.). *La guerra civil en el País Vasco 50 años después*. Servicio Editorial Universidad del País Vasco. Bilbao, 1987.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Talón, Vicente. El holocausto de Guernica. Plaza y Janés. Barcelona, 1987.

DOLORES BALEZTENA

Data naixement. 00-00-1895

Lloc naixement. Navarra (Pamplona).

Militància: CA

Professió: Política

Professió posterior. Escriptora

Tema: GC Navarra

Lloc històric. Navarra (Pamplona) * França (Sant Joan Lohitzune o Saint-Jean-de-Luz) * Navarra (Leiza).

Data entrevista: 13-04-1975

Durada entrevista: 1 h, 5 min

Transcripció: 30ps.*Ll.

Sigles testimoni: DBA

Cota: A1 E5 (201).

Autorització: A

Resum: Dolores Baleztena, pertany per tradició familiar al carlisme on participarà com a propagandista i dins de les Margarites durant la guerra treballarà a «Frentes y Hospitales». És germana de Joaquín Baleztena president de la Junta Regional carlista de Navarra i com a persona de la seva confiança, Dolores col·laborarà en els preparatius de l'aixecament militar a Navarra.

Tot i no arribar a aprofundir en la majoria dels temes que es tracten, l'entrevista té aspectes destacats com, per exemple, el carlisme com a moviment arrelat en el poble navarrès, el sentiment de creuada davant del que els carlistes consideraven un atac a les seves tradicions religioses i morals, les relacions del carlisme amb el nacionalisme basc, el paper de la dona en la reraguarda i en la guerra, les diferències en el bloc nacional i, fonamentalment, el diferent tractament

de la repressió per part dels falangistes, per una banda, i els carlistes per l'altre.

La transcripció ha plantejat alguns problemes i hi ha algun petit fragment de l'entrevista que resta en blanc i algun nom propi no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat.

Bibliografia consultada.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Ugarte Tellería, Javier. *La nueva Covadonga insurgente*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1998.

JOSÉ BARDASANO Y ORBEGOZO

Data naixement. 25-03-1910

Lloc naixement. Madrid

Militància: NA

Professió: Pintor * Cartellista

Professió posterior. Pintor * Cartellista

Tema: GC Madrid

Lloc històric. Madrid

Data entrevista: 08-10-1974

Durada entrevista: 45 min

Transcripció: 16ps.*Ll.

Sigles testimoni: JBAR

Cota: A1 E4 (155).

Autorització: A

Resum: L'entrevista aporta informació sobre els artistes compromesos amb

la causa republicana i les seves activitats durant el període de la guerra civil on es plantejà un art amb un marcat caràcter social.

A la plana onze hi ha una referència a un lloc de Madrid que no s'ha pogut corroborar. Per altra banda, hem trobat una referència a Bardasano a Treball de 19-V-1938.

Al llarg de l'entrevista es produeix alguna intervenció, citada com R2, de la seva dona (Paquita). Caldria verificar el nom complet dels artistes citats: Morales i Orbegozo.

Bibliografia consultada.

—*Carteles de la Guerra Civil Española*. Ed. Urbión. Madrid, 1981.

—*Cartells de la República i de la Guerra Civil.: Collecdó Arxiu Nacional de Catalunya*. Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya. Barcelona, 1986.

—Grimau, Carmen. *El cartel republicano en la guerra civil*. Cátedra. Mádrid, 1979.

JOSEP M.ª BERENGUER

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement: Tarragona

Militància: CNT

Professió: Metal. lúrgic

Professió posterior:

Tema: GC Catalunya

Lloc històric. Barcelona * Mallorca * Huesca * Barcelona (Poble Sec).

Data entrevista: 20-02-1974

Durada entrevista: 1h, 10min

Transcripció: 43ps.*Ll.

Sigles testimoni: JMB

Cota: A1 E1-E2 (42-76).

Autorització: A

Resum:

MARIA BERENGUER

Data naixement. 00-00-1919

Lloc naixement. Barcelona

Militància: NA (CNT).

Professió: Modista

Professió posterior. Modista

Tema: GC Catalunya

Lloc històric. Barcelona * Barcelona (Horta).

Data entrevista: 23-02-1974

Durada entrevista: 45 min

Transcripció: 30ps.*MS

Sigles testimoni: MX

Cota: A1 E1 (41).

Autorització: A

Resum: Entrevista amb una dona de sentiment anarquista, però no afiliada. Interessant des del punt de vista de vida quotidiana, laboral, col·lectivitzacions i aspectes relacionats amb la visió de les dones en general.

EMILIO BERNUZ

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement. Teruel (Mas de las Matas).

Militància: CNT * FIJL

Professió: Camperol

Professió posterior:

Tema: GC Aragó

Lloc històric. Teruel (Mas de las Matas) * Teruel (Muniesa) * Zaragoza (Farlete) * Andorra

Data entrevista: 28-10-1974

Durada entrevista: 1 h, 45 min

Transcripció: 55ps.*Ll.

Sigles testimoni: EBE

Cota: A1 E6 (249).

Autorització: A

Resum: El testimoni d'Emilio Bernuz és el d'un jove llibertari de Mas de las Matas, membre de les joventuts durant la República i la guerra civil, que inicia la seva participació amb el moviment de desembre de 1933 i, posteriorment, prendrà part en el procés revolucionari col·lectivista del Baix Aragó, enrolant-se primer en la columna Carod Ferrer i, després, en la columna Durruti que esdevindrà XXVI Divisió amb la militarització i on ell romandrà fins la caiguda del front d'Aragó. Serà denunciat per veïns del poble i comdemnat, per la qual cosa restarà dotze anys empresonat.

Els principals temes que es desenvolupen al llarg de l'entrevista són els antecedents econòmics, socials i polítics de Mas de las Matas, la formació del comitè del poble, la repressió de reraguarda, la implantació i el funcionament de la col·lectivitat, el front d'Aragó i la militarització de les columnes, la figura de Macario Royo com a líder dels col·lectivistes, i referències al moment actual del poble.

La transcripció ha plantejat alguns problemes donat la forma discontinua de parlar del testimoni, alguns noms propis i topònims no ha estat possible contrastar

amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats, i algun fragment no ha estat possible de transcriure i figura amb un espai en blanc.

Bibliografia consultada:

—Martínez de Sas, M.ª Teresa, Pagés i Blanch, Pelai (coord.). *Diccionari Biogràfic del Moviment Obrers als Països Catalans*. Ed. Universitat de Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat. Barcelona, 2000.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

MANUEL BLANCO TOBÍO

Data naixement. 29-10-1919

Lloc naixement: Pontevedra (Lérez).

Militància: FET-JONS

Professió: Estudiant batxillerat

Professió posterior. Periodista * Escriptor

Tema: GC Galícia

Lloc històric. Pontevedra * Galicia * Madrid (Ciudad Universitaria).

Data entrevista: 27-06-1974

Durada entrevista: 1 h, 35 min

Transcripció: 34ps.*Ll.

Sigles testimoni: MBT

Cota: A1 E4-E5 (158-205).

Autorització: A

Resum: Manuel Blanco Tobío, reconegut periodista i escriptor, va viure l'esclat de la guerra civil a la seva Galícia natal essent un estudiant de batxiller que residia a Pontevedra. Finalitzat el batxiller, ingressa en l'exèrcit com a soldat i,

posteriorment, fa un curs a l'Acadèmia Militar de Granada d'on surt nomenat alferes provisional, càrrec que exercirà fins al final de la guerra.

La seva adscripció a Falange es produirà després de la guerra per motius, segons ell, laborals, donat que per a treballar en la premsa era necessari el carnet del partit.

El testimoni fa una descripció del món gallec en el període republicà, on reflecteix principalment el tarannà del camperolat i de les classes mitjanes urbanes de Pontevedra. Altres temes que es desprenen del seu testimoni són la vida quotidiana a Pontevedra durant la República i la guerra, el sistema educatiu, aspectes relacionats amb l'exercit «nacional», i l'actuació dels alferes provisionals.

La transcripció no ha plantejat problemes tècnics i només alguns noms propis han restat sense identificar i figuren tal com han estat enregistrats. Al llarg de l'entrevista intervé de forma tangencial R2 (home). L'entrevistat empra algun cop paraules angleses que hem pogut identificar.

Bibliografia consultada:

—*ABC*. Any 1972.

Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

PEPE BLASCO

Data naixement. 00-00-1927

Lloc naixement:

Militància: NA

Professió: Estudiant

Professió posterior:

Tema: GC Castella

Lloc històric. Toledo (Méntrida).

Data entrevista: 29-08-1973

Durada entrevista: 50 min

Transcripció: 16ps.*Ll.

Sigles testimoni: BLASCO

Cota: A1 E2 (96-98).

Autorització: A

Resum:

JACINT BORRÀS BOUSQUET

Data naixement. 10-10-1901

Lloc naixement. Barcelona (L'Hospitalet).

Militància: CNT

Professió: Dirigent obrer

Professió posterior:

Tema: GC Catalunya

Lloc històric. Barcelona * Barcelona (L'Hospitalet) * Barcelona (El Prat) * Lleida (Arbeca) * Lleida

Data entrevista: 25-01-1974

Durada entrevista: 1 h, 50 min

Transcripció: 52ps.*Ll.

Sigles testimoni: JB

Cota: A1 E1 (12-26).

Autorització: A

Resum:

ADOLFO BUESO GARCÍA

Data naixement. 00-00-1889

Lloc naixement. Valladolid

Militància: POUM

Professió: Tipògraf * Dirigent obrer

Professió posterior:

Tema: GC Catalunya

Lloc històric. Barcelona

Data entrevista: 08-01-1974

Durada entrevista: 2 h, 25 min

Transcripció: 63ps.*Ll.

Sigles testimoni: AB

Cota: A1 E1 (49-50).

Autorització: A

Resum:

TOMÁS BULNES VILLALOBOS

Data naixement. 00-00-1908

Lloc naixement. Valladolid

Militància: JONS

Professió: Secretari sindicat agrari

Professió posterior. Secretari sindicat agrari

Tema: GC Castella

Lloc històric. Valladolid

Data entrevista: 18-11-1974

Durada entrevista: 2 h

Transcripció: 42ps.*Ll.

Sigles testimoni: TBV

Cota: A1 E4 (185).

Autorització: A

Resum: El testimoni de Tomás Bulnes té com a tema principal el camp castellà, des de la vessant dels productors de sucre de la província de Valladolid, on, com iniciativa promoguda per Onésimo Redondo, sorgeix el Sindicato Remolachero, del qual el testimoni formarà part com a vicesecretari i més endavant secretari.

En conseqüència, els temes més destacats de l'entrevista seran la política agrària, els sindicats agraris, els conreus, el paper de les JONS i d'Onésimo Redondo en el desenvolupament de les organitzacions camperoles castellanes i, donat el coneixement directe i personal, el retrat polític i humà d'Onésimo Redondo fet pel testimoni.

La transcripció no ha plantejat problemes importants i només algun nom no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat. Al llarg de l'entrevista intervé de forma tangencial R2 (dona).

CARMEN CAAMAÑO DÍAZ

Data naixement. 11-04-1909

Lloc naixement. Madrid

Militància: FUE * PCE

Professió: Llicenciada Fil. i Lletres * Bibliotecària

Professió posterior. Arxivera

Tema: GC Madrid

Lloc històric. Madrid * Cuenca * Alacant

Data entrevista: 20-06-1974

Durada entrevista: 1 h, 20 min

Transcripció: 36ps.*Ll.

Sigles testimoni: CCA

Cota: A1 E4 (164).

Autorització: A

Resum: Carmen Caamaño, membre de la FUE i del PCE, pertany al reduït grup de dones que van poder accedir, en aquella època, a la Universitat on es llicencià en Filosofia i Lletres i, posteriorment, treballarà de bibliotecària. A Madrid, amb l'esclat de la guerra, passa a fer tasques de salvaguarda del patrimoni dins de la Junta de Intervención y Protección del Patrimonio Artístico; l'any 37 va a València i treballa en el Ministeri d'Instrucció Pública i, posteriorment, va a Cuenca com a secretària del governador civil, càrrec que ocuparà els darrers mesos de la guerra. I, finalment, serà feta presonera a la sortida del port d'Alacant.

El testimoni aporta informació sobre aspectes de la cultura, la Universitat del període anterior a la República i de la República, els treballs de la Junta del Patrimoni Artístic, les seves tasques en el Govern Civil de Cuenca, la situació que es va viure al port d'Alacant la segona quinzena de març del 39, i la repressió de postguerra.

La transcripció no ha plantejat gaires problemes tècnics, només han restat sense transcriure alguns fragment i alguns noms propis no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats. Al llarg de l'entrevista intervenen R2, Ricardo Fuente, marit de Carmen Caamaño, fent alguns aclariments, i R3 (home) de forma tangencial.

Bibliografia consultada:

—Renau, Josep. *Arte en Peligro 1936-1939*. Ayuntamiento de Valencia. Valencia, 1980.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

FERNANDO CABADAS

Data naixement. 00-00-1918 aprox.

Lloc naixement. Madrid Militància: JS * JSU

Professió: Estudiant Arts i Oficis * Ebanista

Professió posterior. Ebanista

Tema: GC Madrid

Lloc històric. Madrid * Madrid (Carabanchel) * València

Data entrevista: 01-08-1974

Durada entrevista: 25 min

Transcripció: 17ps.*Ll.

Sigles testimoni: FCA

Cota: A1 E3 (144).

Autorització: A

Resum: El testimoni, membre de les JS i les JSU i identificat amb la línia comunista desenvolupada durant la guerra, actuà com a combatent en el front de Madrid des del començament del conflicte, finalitzant la guerra com oficial en l'Exèrcit d'Extremadura. L'entrevista de curta durada no contempla tota la trajectòria del testimoni i es centra fonamentalment en el període inicial.

Del relat destaquem aspectes sobre el moviment de les joventuts socialistes i comunistes, la formació de les milícies populars a Madrid i, concretament, el Quinto Regimiento, els primers combats i els esdeveniments bèl·lics que es desenvoluparen a la capital entre juliol i novembre de 1936.

Bibliografia consultada

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Thomas, Hugh. *La Guerra Civil Española*. Grijalbo. Barcelona, 1978.

RAMON CALOPA CEJUELA

Data naixement. 00-00-1914

Lloc naixement:

Militància: CNT * FIJL

Professió: Mestre * Dirigent sindical

Professió posterior. Mestre * Dirigent sindical

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona (Sabadell) * Barcelona

Data entrevista: 12-02-1974

Durada entrevista: 2 h

Transcripció: 100ps.*MS

Sigles testimoni: RC

Cota: A1 E1 (43-44).

Autorització: A

Resum: Mestre, fundador del Consell de l'Escola Nova Unificada (CENU), militant de les Joventuts Llibertàries. És molt interessant des del punt de vista de les concepcions ideològiques i pedagògiques de la CNT en el període de la guerra. Se situen els problemes de l'ensenyament de l'època, els canvis en l'orientació pedagògica, el percentatge d'analfabets arreu d'Espanya i de Catalunya, la situació de l'Escola Racionalista, l'adaptació a la nova escolaritat per part dels mestres, la preparació accelerada de nous mestres, i l'ocupació de locals, entre d'altres.

Membre actiu en l'assalt a les Drassanes, col·laborador en les Milícies Culturals al front. Fa un anàlisi sobre la influència de la FAI en les Joventuts Llibertàries.

L'interès d'aquest testimoni està en conjunt en l'anàlisi tant de la ideologia com de la perspectiva pedagògica durant la guerra, i les relacions entre els diferents partits en el sector de l'educació, per part d'un membre qualificat de la

CNT.

SATURNINO CALVO

Data naixement. 00-00-1920

Lloc naixement. Vizcaya (Ortuella).

Militància: JSU * PCE

Professió: Minaire

Professió posterior:

Tema: GC Euskadi

Lloc històric. Vizcaya (Ortuella) * Vizcaya (Somorrostro) * Vizcaya (Bermeo) * Vizcaya (Bilbao) * Catalunya * França * Santander

Data entrevista: 03-04-1975

Durada entrevista: 1 h, 10 min

Transcripció: 36ps.*Ll.

Sigles testimoni: SCA

Cota: A1 E5 (209-222).

Autorització: A

Resum: Saturnino Calvo, en el moment de la guerra és un jove miner, militant de les Joventuts Socialistes Unificades d'Euskadi, procedent d'una família d'esquerres —el pare de la UGT i els germans grans del Partit Comunista—, que s'incorpora voluntari a un batalló nacionalista i després forma part d'un altre de les JSU on participa en diversos fronts i des de Santander aconsegueix arribar en vaixell a França on resta un temps internat i retorna a l'Espanya republicana, concretament a Catalunya, on pren part amb la XI Divisió en el front de l'Ebre i, al produir-se la desfeta, cau detingut a Figueres i desprès d'una curta estada en un camp de concentració de Reus retorna a Euskadi on treballarà en les mines. Com a conseqüència de la posterior lluita clandestina, restarà al menys quatre anys i mig a la presó.

L'entrevistat és un bon coneixedor de les lluites socials basques i destaquem del seu discurs la conflictivitat obrera en el període la II República, l'actuació del Partit Comunista, la vida a la reraguarda, l'actuació del PNB, la complicitat de la major part de l'oligarquia basca amb el franquisme, i l'actitud de les autoritats franceses envers els republicans a França durant la guerra.

La transcripció ha plantejat alguns problemes i, per tant, hi ha algun fragment de l'entrevista que resta en blanc i algun nom propi no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat.

Bibliografia consultada:

—Garitaonandía, Carmelo i José Luis de la Granja (eds.). *La Guerra Civil en el País Vasco 50 años después*. Servicio Editorial UPV. Bilbao, 1987.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Salas Larrazábal. *Historia del Ejército Popular de la República*. Editora Nacional. Madrid, 1973.

EUGENIO CALVO PALACIOS

Data naixement. 00-00-1914

Lloc naixement:

Militància: JC * PCE

Professió: Obrer * Polític

Professió posterior:

Tema: GC Euskadi Lloc històric. Vizcaya * Zaragoza

Data entrevista: 22-06-1975

Durada entrevista: 2 h

Transcripció: 41ps.*Ll.

Sigles testimoni: EC

Cota: A1 E1 (7-8).

Autorització: A

Resum:

ASUN CANDINA

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement. Vizcaya (prov.).

Militància: EM Professió: Infermera

Professió posterior:

Tema: GC Euskadi

Lloc històric. Vizcaya (Bilbao) * Vizcaya (Las Arenas) * Navarra (Pamplona).

Data entrevista: 23-03-1975

Durada entrevista: 50 min

Transcripció: 23ps.*Ll.

Sigles testimoni: ACAN

Cota: A1 E5 (223-226).

Autorització: A

Resum: Asun Candina com a pertanyent a una família de sentiments nacionalista i de classe mitjana de Las Arenas (Biscaia), participa en el grup de dones Emakume Abertzale Batza en tasques relacionades amb la solidaritat i, durant la guerra, com a infermera. A causa de les seves activitats serà denunciada, empresonada durant un mes i mig i finalment desterrada a Pamplona; posteriorment retornarà a Euskadi.

L'entrevista es centra principalment en el paper de la dona nacionalista basca durant la República i la guerra, en aspectes relacionats amb la llengua i la cultura basca enfront de la política uniformitzadora de l'Estat central, les condicions de vida a la reraguarda, l'actuació de la «quinta columna», i la política

repressiva de postguerra

La transcripció no ha plantejat molts problemes i tan sols alguns noms propis no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats. Al llarg de l'entrevista intervenen fent aclariments R2 (Jon de Viar) i R3 (dona).

Bibliografia consultada:

—Garitaonandía, Carmelo i José Luis de la Granja (eds.). *La Guerra Civil en el País Vasco 50 años después*. Servicio Editorial UPV. Bilbao, 1987.

—González Portilla, Manuel et al, (eds.). *Industrialización y nacionalismo. Análisis comparativos*. Ed. Universitat Autònoma de Barcelona. Bellaterra, 1985.

—González Portilla, Manuel i José María Garmendia. *La guerra civil en el País Vasco. Política y economía*. Siglo XXI. Madrid, 1988.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

IGNACIO CAÑAL

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement:

Militància: FE

Professió: Advocat

Professió posterior: Advocat

Tema: GC Andalusia

Lloc històric. Sevilla

Data entrevista: 13-09-1973

Durada entrevista: 50 min

Transcripció: 18ps.*Ll.

Sigles testimoni: ICAÑ

Cota: A1 E2 (104).

Autorització: A

Resum: L'entrevista desprèn un cert ambient de tensió, no pas per la posició sempre neutral de l'entrevistador, sinó per la posició del testimoni que no es centra en les qüestions que li planteja i s'estima més parlar d'allò que ell vol i, finalment, el testimoni al·legant problemes de temps talla l'entrevista quan es començava a parlar dels temes concrets que l'entrevistador pretenia aclarir.

Com andalús, el testimoni té tendència a no utilitzar els plurals, però essent home de cultura parla un castellà correcte. La transcripció literal només ha modificat els plurals finals que s'han consignat tot i no ser dits pel testimoni.

MODESTO CAÑAL

Data naixement. 00-00-1920

Lloc naixement:

Militància: FE

Professió: Estudiant Batx. * Soldat

Professió posterior:

Tema: GC Euskadi * GC Andalusia

Lloc històric. Guipúzcoa (San Sebastián) * Sevilla

Data entrevista: 04-09-1973 * 05-09-1973 o 06-09-1973

Durada entrevista: 45 min Transcripció: 37ps.*Ll.

Sigles testimoni: MCAÑ

Cota: A1 E2-E3 (102-115).

Autorització: A

Resum: El testimoni té un marcat accent andalús i acostuma a eliminar les

terminacions plurals en s i les fa en singular. Hi ha zones de l'entrevista amb so defectuós que figuren marcades al llarg de la transcripció.

En conjunt, l'entrevista és interessant perquè aporta el punt de vista d'un franquista convençut però des d'una òptica falangista.

Caldria comprovar la referència (ps. 28 i 29) a la família Beca, de Sevilla.

ANDREU CAPDEVILA PUIG

Data naixement. 25-12-1894

Lloc naixement: Barcelona (Cardedeu).

Militància: CNT

Professió: Obrer tèxtil * Dirigent obrer

Professió posterior:

Tema: GC Catalunya Lloc històric: Barcelona

Data entrevista: 25-01-1974

Durada entrevista: 2 h, 10 min

Transcripció: 68ps.*Ll.

Sigles testimoni: AC

Cota: A1 E1-E2 (12-15-64).

Autorització: A

Resum:

MANUEL CARABAÑO

Data naixement. 00-00-1921

Lloc naixement:

Militància: FIJL * FUE * CNT * PSOE

Professió: Estudiant Medecina

Professió posterior:

Tema: GC Madrid

Lloc històric. Madrid * Cuenca * Alacant * Aragó

Data entrevista: 01-10-1974

Durada entrevista: 3 h, 10 min

Transcripció: 71ps.*Ll.

Sigles testimoni: MCARA

Cota: A1 E3-E4 (148-155).

Autorització: A

Resum: El testimoni de Manuel Carabaño —membre de les Joventuts Llibertàries que arribà al final de la guerra a ser capità amb divuit anys— és molt útil per comprendre l'evolució que va tenir lloc entre certs elements del moviment llibertari. Així, veiem com des d'una inicial espontaneïtat revolucionària que es materialitzava en les columnes paramilitars, el mateix desenvolupament de la guerra fa que ells vagin acceptant la militarització cap a un exèrcit regular i que, en el plànol polític, es va concretar en la participació en el govern republicà. Aspectes que destaquen de l'entrevista són l'assalt a la caserna de la Montaña de Madrid, l'organització i actuacions de la Columna del Rosal, el setge de Madrid i, en concret, els fets de novembre del 36 a la capital, la repressió de postguerra, i tot un capítol sobre les col·lectivitats camperoles a la zona de Castella.

Al llarg de l'entrevista participen de forma tangencial dues dones no identificades, R2 i R3. Quan fa referència als franquistes, diu «estos señores» o «esta gente».

La transcripció no ha plantejat grans problemes, excepte en els casos de noms propis que no han estat suficientment identificats o ho han estat parcialment.

Bibliografia consultada:

—Mera, Cipriano. *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*. Ruedo Ibérico. París, 1976.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*, Planeta. Barcelona, 1987.

—Salas Larrazábal, Ramón. *Historia del Ejército Popular de la República*. Ed. Nacional. Madrid, 1973.

—Thomas, Hugh. *La Guerra Civil Española*. Urbión. Madrid, 1979.

FRANCISCO CARMONA POZO

Data naixement. 00-00-1921

Lloc naixement. Badajoz (Quintana de la Serena).

Militància: JS

Professió: Camperol

Professió posterior:

Tema: GC Extremadura

Lloc històric. Badajoz (Quintana de la Serena) * Badajoz (Castuera).

Data entrevista: 05-08-1973

Durada entrevista: 3 h

Transcripció: 63ps.*Ll.

Sigles testimoni: FCAR

Cota: A1 E2 (89-90-91).

Autorització: A

Resum:

SATURNINO CAROD LERÍN

Data naixement. 21-02-1903

Lloc naixement: Zaragoza (Moneva).

Militància: CNT

Professió: Dirigent obrer

Professió posterior:

Tema: GC Aragó

Lloc històric: Zaragoza * Teruel * Alacant

Data entrevista: 09-12-1973 * 28-01-1974 * 14-02-1974

Durada entrevista: 7 h, 50 min

Transcripció: 123ps.*Ll.

Sigles testimoni: SC

Cota: A1 E1-E2 (14-25-47-48-71-76).

Autorització: A

Resum:

DR. DARÍO CARRASCO PARDAL

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement:

Militància: NA (republicà).

Professió: Metge * Professor Universitat

Professió posterior. Metge * Professor Universitat

Tema: GC Castella

Lloc històric: Salamanca

Data entrevista: 23-11-1974

Durada entrevista: 1 h, 20 min

Transcripció: 40ps.*Ll.

Sigles testimoni: DCP

Cota: A1 E4 (194).

Autorització: A

Resum: El dr. Darío Carrasco Pardal, és un home que es defineix com de sentiments republicans d'esquerra i que participà en l'Agrupació al Servei de la República. Resident a Salamanca on exercia la seva professió i la docència universitària. Donada la seva trajectòria, va patir la depuració feixista tant del càrrec municipal com del de la Universitat, però posteriorment va ser readmès.

El seu testimoni és útil per a conèixer la personalitat del llavors rector de la Universitat, Miguel de Unamuno, pel tracta personal que mantenien en les tertúlies de professionals. A més, l'entrevistat aporta informació sobre aspectes relacionats amb el cop militar a Salamanca, i la repressió posterior que ell mateix va patir, alhora que fa una previsió sobre la transició cap a la democràcia, i una crítica al paper de la maçoneria durant la República.

La transcripció ha plantejat certs problemes ja que l'expressió del testimoni és bastant ràpida i a voltes confusa i, per tant, resten alguns passatges sense transcriure i algun nom propi no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat. Al llarg de l'entrevista intervé de forma tangencial R2 (dona).

La referència, a la plana 1, a l'obra d'Emilio Salcedo és: *Vida de Don Miguel*. Anaya. Salamanca, 1964 (2.ª ed. 1970, 3.ª ed. 1998).

FÉLIX CARRASQUER LAUNED

Data naixement. 04-11-1905

Lloc naixement. Huesca (Albalate de Cinca).

Militància: CNT * FAI

Professió: Pedagog * Dirigent obrer

Professió posterior: Pedagog

Tema: GC Catalunya

Lloc històric. Barcelona * Huesca (Monzón).

Data entrevista: 21-02-1974

Durada entrevista: 1 h, 50 min

Transcripció: 62ps.*Ll.

Sigles testimoni: FC

Cota: A1 E1 (41-42).

Autorització: A

Resum:

JESÚS-EVARISTO CASARIEGO FERNÁNDEZ

Data naixement. 00-00-1913

Lloc naixement. Asturias (Tineo).

Militància: CA Professió: Historiador

Professió posterior. Historiador

Tema: GC Astúries

Lloc històric. Asturias (Luarca) * Asturias (Oviedo).

Data entrevista: 05-03-1975

Durada entrevista: 4 h, 20 min

Transcripció: 93ps.*FB

Sigles testimoni: JEC

Cota: A1 E5-E6 (236-269-270).

Autorització: A

Resum:

BENIGNO CASTAÑER

Data naixement. 00-00-1910

Lloc naixement: Teruel (Mas de las Matas).

Militància: CNT

Professió: Fuster

Professió posterior:

Tema: GC Aragó

Lloc històric: Teruel (Mas de las Matas).

Data entrevista: 24-04-1975

Durada entrevista: 3 h, 30 min

Transcripció: 129ps*Ll.

Sigles testimoni: BC

Cota: A1 E1 (32-33).

Autorització: A

Resum:

ERNESTO CASTAÑO ARÉVALO

Data naixement. 19-08-1901

Lloc naixement: Salamanca (San Muñoz).

Militància: CEDA * Bloque Agrario Salmantino

Professió: Ramader * Camperol * Dirigent agrari

Professió posterior: Ramader * Camperol

Tema: GC Castella

Lloc històric. Salamanca * Vizcaya (Bilbao) * Vizcaya (Larrínaga) * Vizcaya (Durango) * Portugal (Estoril) * Portugal (Lisboa).

Data entrevista: 27-11-1974

Durada entrevista: 5 h, 45 min

Transcripció: 104ps.*Ll.

Sigles testimoni: ECA

Cota: A1 E4 (186-187-188-189).

Autorització: A

Resum: Ernesto Castaño Arévalo fou dirigent del Bloque Agrario Salmantino, diputat a Corts per l'esmentat Bloque, amic i col·laborador de José M.ª Gil-Robles durant tota la seva llarga carrera política, i mitjà propietari camperol salmantí. L'entrevistat desenvolupa fonamentalment aspectes relacionats amb els orígens i evolució del Bloque Agrario Salmantino, el període de la II República (constituents, article 26, problemàtica agrària, les relacions amb la CEDA i la resta de grups polítics), però cal destacar la seva relació amb Gil-Robles des dels seus inicis polítics fins al seu retorn de l'exili a Espanya propiciat en gran part per l'actuació del testimoni. Altres temes que es tracten són aspectes de la guerra civil al País Basc i de la dita transició a la democràcia (esperit del 12 de febrer).

Al llarg de l'entrevista intervé de forma tangencial R2 (nen o nena), i aquesta es desenvolupa en tres sessions diferents. La transcripció no ha plantejat problemes importants i només algun nom no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat; no obstant, la darrera cara (7) té defectes en el seu enregistrament i alguns passatges han estat transcrits de forma parcial.

Bibliografia consultada.

—Gil-Robles, José M.ª. *La monarquía por la que yo luché (1941-1954)*. Taurus. Madrid, 1976.

—Gil-Robles, José M.ª. *No fue posible la paz*. Ariel. Barcelona, 1968.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

CARLOS CASTILLA DEL PINO

Data naixement. 15-10-1922

Lloc naixement. Cádiz (San Roque).

Militància: NA

Professió: Estudiant

Professió posterior. Psiquiàtre

Tema: GC Andalusia

Lloc històric. Cádiz (S. Roque).

Data entrevista: 08-07-1973

Durada entrevista: 3 h

Transcripció: 86ps.*Ll.

Sigles testimoni: CCP

Cota: A1 E2 (82-106-107).

Autorització: A

Resum:

FLORENTÍN CEBRIÁN

Data naixement. 00-00-1915

Lloc naixement: Teruel (Mas de las Matas).

Militància: CNT

Professió: Camperol

Professió posterior: Camperol * Obrer

Tema: GC Aragó

Lloc històric: Teruel (Mas de las Matas).

Data entrevista: 28-10-1974

Durada entrevista: 55 min

Transcripció: 21ps.*Ll.

Sigles testimoni: FCE

Cota: A1 E6 (248).

Autorització: A

Resum: El testimoni de Florentín Cebrián ens narra la seva experiència com a jove camperol d'una família de petits propietaris camperols de sentiments dretans. Quan esclata la guerra i el procés col·lectivista, ell ja té uns vint anys i, no obstant, al llarg de tota l'entrevista són constants les seves evasives adduint la seva poca edat per a copsar plenament els fets que es succeïen en el seu poble, tot i que s'inscriu a la CNT i participa en la col·lectivitat juntament amb la seva família i, posteriorment, març de 1937, anirà al front republicà. Altre fet de relleu és la seva utilització de refranys i llocs comuns per a respondre a les preguntes de l'entrevistador.

No obstant, el seu testimoni és molt útil per entendre la mentalitat camperola tradicional i dóna molta informació relativa al sistema de vida i de producció del camp en un entorn de petita propietat on s'alternaven aquestes feines amb els jornals o els treballs per altri. A nivell de lèxic empra modalitats pròpies de la seva zona.

La transcripció no ha plantejat molts problemes, tan sols algun petit fragment no ha estat possible transcriure i figura amb un espai en blanc i algun nom propi no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat.

JOSEP CERCÓS

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement:

Militància: CNT * FIJL

Professió: Obrer

Professió posterior:

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona * Front d'Aragó

Data entrevista: 08-03-1974

Durada entrevista: 1 h, 40 min

Transcripció: 43ps.*Ll.

Sigles testimoni: JC(II).

Cota: A1 E1 (15-16-17).

Autorització: A

Resum:

POLICARPO CÍA NAVASCUÉS

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement: Navarra (?).

Militància: CA

Professió: Capellà

Professió posterior: Capellà

Tema: GC Navarra

Lloc històric. Navarra * Vizcaya (Bilbao) * Vizcaya (Durango) * Guipúzcoa (Guernica).

Data entrevista: 14-04-1975

Durada entrevista: 1 h, 5 min

Transcripció: 33ps.*Ll.

Sigles testimoni: PC

Cota: A1 E1-E5 (3-202).

Autorització: A

Resum:

PILAR CLAUDÍN PONTES

Data naixement. 00-00-1923

Lloc naixement. Madrid

Militància: JSU (Unión de Muchachas) * PCE

Professió: Estudiant

Professió posterior:

Tema: GC Madrid * GC País Valencià * GC Catalunya

Lloc històric. Madrid * València * Barcelona * Girona (Figueres) * Segovia (presó).

Data entrevista: 04-09-1974

Durada entrevista: 1 h

Transcripció: 22ps.*ICJG-A.

Sigles testimoni: PCL

Cota: A1 E4 (165).

Autorització: A

Resum: L'entrevista amb Pilar Claudín és una mena de testimoni col·lectiu que ens aporta la memòria conjunta dels joves antifeixistes de l'àmbit comunista que actuaren a la reraguarda republicana. A través d'ella parlen molts joves i fonamentalment dones joves que des de la seva incipient ideologia van voler donar

un sentit a la lluita contra el feixisme.

El testimoni és útil per a comprendre l'activisme a la reraguarda, aspectes de la vida quotidiana a Barcelona, la caiguda de Catalunya, l'exili a França i els camps, el retorn forçós a Espanya, les presons de dones i la lluita clandestina durant la dictadura franquista.

La transcripció no ha plantejat problemes, excepte en el cas d'algun topònim o nom propi que no ha estat possible contrastar o identificar plenament.

Bibliografia consultada.

—Heine, Hartmut. *La oposición política al franquismo*. Crítica. Barcelona, 1983.

Morán, Gregorio. *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España 1939-1985*. Planeta. Barcelona, 1986.

PEDRO CLAVIJO

Data naixement. 00-09-1905

Lloc naixement. Sevilla (Santiponce).

Militància: JC * JSU * PCE

Professió: Funcionari * Dirigent polític

Professió posterior:

Tema: GC Andalusia

Lloc històric. Sevilla * Sevilla (Morón de la Frontera) * Sevilla (Carmona) * Sevilla (Santiponce).

Data entrevista: 08-09-1973

Durada entrevista: 1 h, 50 min

Transcripció: 37ps.*Ll.

Sigles testimoni: PCLA

Cota: A1 E2 (103).

Autoritzadó: A

Resum: Aquesta entrevista aporta informació sobre el desenvolupament del moviment obrer sevillà, principalment del sector d'influència comunista.

Caldria revisar —donat que consultades les nostres obres de referència no hem trobat els seus noms o aquests són incomplets— les cites als noms següents: Ceval, Luz (mare de Montesinos); Cox (patró anglès); Letrepo (carrer de Sevilla); Martínez Belgrat (comandant); Montesinos.

MARÍA CLEMENTE SAURAS

Data naixement. 00-00-1914

Lloc naixement:

Militància: NA

Professió: Mestre

Professió posterior. Mestre

Tema: GC Aragó

Lloc històric. Teruel (Andorra) * Teruel (Alloza) * Teruel (Muniesa).

Data entrevista: 26-10-1974

Durada entrevista: 1 h, 50 min

Transcripció: 72ps.*Ll.

Sigles testimoni: MCS

Cota: A1 E6 (254).

Autorització: A

Resum: María Clemente és una jove de sentiments catòlics que l'estiu de 1936 acaba el seus estudis de magisteri i a partir del setembre comença a exercir com a mestre d'escola en el poble d'Andorra (Terol) on resideix la seva àvia i on restarà fins l'entrada dels «nacionals». Per tal d'exercir la seva professió s'afiliarà a la FTE de la UGT. La seva mare, també mestre, resideix a Alloza.

El testimoni es centra en els temes relacionats amb el desenvolupament de l'ensenyament durant el període de la col·lectivització i durant el darrer període marcat per un restabliment de les autoritats republicanes a la zona de l'Aragó. Altres temes que es desprenen del seu discurs són la repressió a la reraguarda a Alloza i Andorra, el funcionament de la col·lectivitat i de les primeres columnes de milicians, l'actuació de les Brigades Internacionals, i la caiguda en mans dels «nacionals».

La transcripció ha plantejat alguns problemes donat la rapidesa en l'expressió del testimoni i la participació de dues persones més que intervenen fent aclariments i donant opinions, R2 (germana) i R3 (Arturo Fernández Cáncer). Per tant han restat alguns fragments sense transcriure i figuren amb un espai en blanc, i alguns noms propis no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats.

JOSÉ M.ª CODÓN FERNÁNDEZ

Data naixement. 00-00-1920

Lloc naixement. Burgos (Villarcayo).

Militància: CA * AET

Professió: Estudiant

Professió posterior: Advocat

Tema: GC Castella

Lloc històric. Burgos * Burgos (Villarcayo) * Madrid (Somosierra).

Data entrevista: 01-11-1974

Durada entrevista: 1 h, 30 min

Transcripció: 34ps.*Ll.

Sigles testimoni: JMCF

Cota: A1 E4 (180).

Autorització: A

Resum: José M.ª Codón Fernández, estudiant i membre destacat de l'Agrupación Escolar Tradicionalista de Burgos, ens aporta amb el seu testimoni el coneixement directe dels fets que van tenir lloc a la província de Burgos durant el període republicà, així com l'organització i el desenvolupament del cop que va donar el poder a l'aliança militar-feixista, els primers combats, i el front de Somosierra.

Des dels seus plantejaments carlistes, analitza l'actuació de la CEDA i la Falange, considerant al carlisme com a la primera força social i militar que existia a Burgos, tot i que amb l'evolució de la guerra el falangisme va anant guanyant protagonisme entre les masses urbanes i camperoles de Burgos.

La transcripció no ha plantejat grans problemes i només algunes expressions massa ràpides no ha estat possible de transcriure i figuren en blanc, i alguns noms propis no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats. Al llarg de l'entrevista intervé de forma tangencial R2 (home).

Per al seguiment de la transcripció ha estat molt útil l'escrit del propi testimoni on narra els principals fets viscuts fins el mes d'octubre de 1937 (pocs mesos desprès de la unificació entre Falange i Tradicionalistes) i on figuren molts dels noms que es diuen durant l'entrevista.

EDUARDO COMÍN COLOMER

Data naixement. 12-10-1908

Lloc naixement. Zaragoza

Militància: NA

Professió: Periodista * Policia

Professió posterior: Historiador

Tema: GC Aragó * GC Espanya

Lloc històric. Madrid * Zaragoza * Zaragoza (Fuendetodos).

Data entrevista: 26-09-1974

Durada entrevista: 1 h, 40 min

Transcripció: 37ps.*Ll.

Sigles testimoni: ECC

Cota: A1 E6 (268).

Autorització: A

Resum: Eduardo Comín Colomer, de sentiments carlistes, durant la II República es dedicà al periodisme a Saragossa, Madrid i Barcelona i a finals de 1935 es presentà a oposicions per a entrar a la policia, la qual cosa es farà efectiva a partir de juliol del 36 quan ingressa en la brigada político-social de Saragossa i posteriorment anirà a la «jefatura» de Valladolid. Més endavant es dedicarà a publicar diversos treballs sobre història contemporània d'Espanya i temes relacionats amb la maçoneria, el comunisme i l'anarquisme.

L'entrevista es centra en les seves activitats com a periodista durant la II República i en els seus coneixements que com a policia assoleix del moviment comunista i anarquista i de la maçoneria, a més de les vivències personals a Saragossa a partir del maig del 36 (congrés de la CNT, cop militar, repressió nacionalista, front d'Aragó).

La transcripció no ha plantejat grans problemes, tan sols alguns fragments no han estat possible de transcriure i figuren amb un espai en blanc i alguns noms propis no han estat possible de contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats.

Bibliografia consultada:

—Comín Colomer, Eduardo. *Historia secreta de la Segunda República*. AHR. Barcelona, 1959.

—Comín Colomer, Eduardo. *Historia del anarquismo español 1836-1948*. RADAR. Madrid, s/a.

—Comín Colomer, Eduardo. *Historia del Partido Comunista de España*. Editora Nacional. Madrid, 1965.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Salas Larrazábal, Ramón. Historia del Ejército Popular de la República. Ed. Nacional. Madrid, 1973.

MARIÀ COROMINAS

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement:

Militància: POUM

Professió: Tècnic * Estudiant

Professió posterior: Tècnic

Tema: GC Catalunya

Lloc històric. Barcelona * Mallorca * Barcelona (L'Hospitalet).

Data entrevista: 08-12-1973

Durada entrevista: 3 h

Transcripció: 43ps.*Ll.

Sigles testimoni: MC

Cota: A1 E1-E2 (47-54).

Autorització: A

Resum:

JOSEP COSTA FONT

Data naixement. 18-01-1906

Lloc naixement: Barcelona (Badalona).

Militància: CNT

Professió: Contramestre tèxtil * Dirigent obrer

Professió posterior:

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona (Badalona).

Data entrevista: 16-01-1974

Durada entrevista: 3 h, 25 min

Transcripció: 99ps.*Ll.

Sigles testimoni: JCF

Cota: A1 E1-E2 (11-67-77).

Autorització: A

Resum:

JUAN CRESPO

Data naixement. 00-01-1917

Lloc naixement: Salamanca

Militància: RE

Professió: Estudiant Dret

Professió posterior: Advocat

Tema: GC Castella

Lloc històric. Salamanca (Morasverdes) * Madrid (Alto del León, Brunete, Quijorna) * Ávila * Sevilla * Lleida (Tremp, Balaguer, Massalcoreig) * Batalla de l'Ebre * Huesca (Bielsa).

Data entrevista: 22-11-1974

Durada entrevista: 6 h

Transcripció: 156ps.*Ll.

Sigles testimoni: JCR

Cota: A1 E4 (190-191-192-193).

Autorització: A

Resum: Juan Crespo, jove salmantí, estudiant de Dret i adscrit a Renovació Espanyola, a l'esclat de l'aixecament militar participa en les milícies «nacionals» de RE amb les que fou testimoni, entre altres, dels fets del Paranimf de la Universitat de Salamanca, el dia 12 d'octubre del 36, on tingué lloc l'incident protagonitzat pel general Millán Astray contra el llavors rector de la Universitat, Miguel de Unamuno. Posteriorment, ingressa com oficial en el cos de Regulars intervenint en fets tals com la pressa de Bielsa, i la campanya de Catalunya on a finals de 1938 serà ferit i traslladat a un hospital de Vigo on rebrà l'alta mèdica l'abril de 1940.

El testimoni, donades les seves relacions de tipus familiar, és un bon coneixedor de la vida política i social de Salamanca; des de la seva òptica, té una certa capacitat autocrítica i, en conjunt, el seu relat resulta d'interès per entendre les expectatives que, entre sectors socials predominantment conservadors o tradicionals, aixecava el conegut com bàndol «nacional». Així mateix, J. Crespo ens narra amb detall aspectes relacionats amb la seva trajectòria dins del cos de Regulars on destaquem el seu coneixement directe del tarannà i la vàlua de les tropes magribines que el constituïen.

Al final de l'entrevista intervé de forma tangencial R2 (dona). La transcripció no ha plantejat problemes importants i només algun nom no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat, i alguns passatges —donada la rapidesa en l'expressió del testimoni— han estat transcrits de forma parcial.

Acompanya a l'entrevista transcrita unes notes manuscrites de R. Fraser amb més informació off the record del testimoni, un text de J. Crespo titulat «Oración por los vencedores» i tres croquis de Salamanca.

Bibliografia consultada:

—Lojendio, Luis María de. *Operaciones militares de la guerra de España 1936-1939*. Montaner y Simón. Barcelona, 1940.

—Martínez Bande, José Manual. *Servicio Histórico Militar. La campaña de Cataluña. Monografías de la Guerra de España*, núm. 14. Ed. San Martín. Madrid, 1979.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

MANUEL CRUELLS I PIFARRÉ

Data naixement. 00-00-1910

Lloc naixement: Barcelona

Militància: EC

Professió: Polític * Escriptor * Estudiant

Professió posterior: Polític * Escriptor

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona

Data entrevista: 19-12-1973

Durada entrevista: 3 h

Transcripció: 91ps.*Ll.

Sigles testimoni: MCR

Cota: A1 E2 (59-60).

Autorització: A

Resum:

LUIS CUERVO

Data naixement. 00-00-1913 aprox.

Lloc naixement:

Militància: NA (republicà).

Professió: Professor * Funcionari

Professió posterior:

Tema: GC Cantàbria

Lloc històric. Santander * Granada * Valladolid * Asturias * Euzkadi

Data entrevista: 25-07-1974

Durada entrevista: 2 h, 15 min

Transcripàó: 37ps.*Ll.

Sigles testimoni: LCU

Cota: A1 E3 (132).

Autorització: A

Resum: Luis Cuervo, home d'esperit republicà lliberal, sense pertànyer a cap organització es mostra, al llarg de l'entrevista, partidari de l'obra i de la causa republicana. Com sembla, tot i no ser gaire explícit, forma part del sector intel·lectual compromès amb les reformes que volien tirar endavant homes com Azaña o Prieto entre d'altres.

Pel que es desprèn del seu testimoni, ell era un professor especialitzat en comerç i economia que l'estiu del 36 es trobava de vacances a Santander, on es veu sorprès per l'esclat de la guerra. Un cop establert el govern de Cantàbria, passarà a formar part de l'administració en l'àmbit econòmic fins a la caiguda del front del nord, que serà detingut i destinat a un batalló de treballadors i serà també depurat i expedientat pel Tribunal de Responsabilitats Polítiques.

Dels temes que es desenvolupen destaquem, entre d'altres, el fracàs de l'aixecament a Santander, el govern de Cantàbria, la repressió d'ambdós bàndols, crítiques al franquisme i aspectes relacionats amb el moment present —1974— i les perspectives d'una transició cap a la democràcia.

El testimoni pronuncia la c com la s, omet les terminacions plurals i utilitza alguna expressió en francès que figura en cursiva en el text. La transcripció no ha plantejat problemes donat la fluïdesa del discurs i la capacitat oratòria del testimoni. Al llarg de l'entrevista intervé de forma tangencial R2 (dona).

TOMASA CUEVAS GUTIÉRREZ

Data naixement. 00-00-1917

Lloc naixement. Guadalajara (Brihuega).

Militància: JC * PCE

Professió: Obrera

Professió posterior. Mestressa * Escriptora

Tema: GC Madrid * GC Castella

Lloc històric: Guadalajara * Madrid

Data entrevista: 26-02-1974

Durada entrevista: 1 h, 50 min

Transcripció: 57ps.*Ll.

Sigles testimoni: TC

Cota: A1 E1 (40).

Autorització: A

Resum:

IGNACIO DE LA HUERTA Y FERNÁNDEZ DE HENESTROSA [MARQUÈS DE LA PUEBLA DE PARGA]

Data naixement. 00-00-1914

Lloc naixement:

Militància: RE

Professió: Estudiant Dret * Advocat * Alferes Legió

Professió posterior: Advocat

Tema: GC Madrid

Lloc històric: Madrid

Data entrevista: 26-09-1974

Durada entrevista: 7 h, 10 min

Transcripció: 85ps.*DC

Sigles testimoni: IHFH

Cota: A1 E3 (127-139-140-141-142).

Autorització: A

Resum: Ignacio de la Huerta, membre de la noblesa i de Renovació Espanyola, durant la República és un jove estudiant universitari que finalitza la carrera d'advocat i el 1936 s'instal·la a Madrid. A partir del juliol rep la protecció de l'Ambaixada anglesa i romandrà en un pis fins a poder sortir amb un vaixell italià, per retornar a l'Espanya nacional i prendre part en la guerra com alferes provisional de la Legió.

La transcripció ha estat realitzada per Dèbora Castel donat que hi han molts fragments de l'entrevista en anglès o bé passatges en els quals s'utilitza juntament amb el castellà.

Bibliografía consultada:

—Atienza, Julio de. *Nobiliario español*. Aguilar. Madrid, 1959.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

ÁLVARO DELGADO

Data naixement. 09-06-1922

Lloc naixement: Madrid

Militància: FUE

Professió: Estudiant Belles Arts

Professió posterior:

Tema: GC Madrid

Lloc històric: Madrid

Data entrevista: 21-06-1974 * 22-06-1974

Durada entrevista: 2 h, 30 min

Transcripàó: 76ps.*Ll.

Sigles testimoni: ADE

Cota: A1 E4-E6 (163-266).

Autorització: A

Resum: Álvaro Delgado, jove adolescent estudiant de Belles Arts i membre de la FUE, ens narra les seves experiències en el Madrid republicà i durant el període de la guerra civil. Pertanyent a una família de classe mitja amb elements majoritàriament d'esquerres, la seva visió es prou objectiva i sincera per aportar-nos vivències de la realitat que es vivia en aquells moments de conflicte, així destaquem la vida quotidiana (bombardeigs, problemes de subsistències, etc.), l'actuació dels elements emboscats o quinta columna, l'Escola de Belles Arts, la repressió a la reraguarda, l'anàlisi de la propaganda política —principalment el cartellisme—, el paper de la dona en la resistència popular de Madrid, i la repressió de postguerra. L'entrevista té una primera sessió el dia 21 de juny de 1974, i una segona sessió el dia 22 de juny de 1974. En aquesta segona sessió intervenen R2 identificat com Luis Candamo que aporta informació sobre la Casa de Velázquez, l'Ateneo de Madrid i els intel·lectuals; i de forma tangencial R3, Mercedes Gal, esposa d'Álvaro Delgado.

La transcripció ha plantejat alguns problemes donat la rapidesa en l'expressió del testimoni i certs fragments han restat sense transcriure. Així mateix, alguns noms propis no ha estat possible de contrastar amb altres fonts i s'han transcrit tal com han estat expressats.

La identificació de Luis Candamo ha estat possible gràcies a la informació obtinguda en l'Ateneo de Madrid. També, gràcies al Degà de la Facultat de Belles Arts de Madrid, ha estat possible identificar el nom de dos professors de la dita Escola.

Bibliografia consultada:

—Carulla, Jordi i Carulla, Arnau. L *a Guerra Civil en 2000 cartells. República-Guerra Civil-Postguerra*. Postermil. Barcelona, 1997.2 vols.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

FRANCISCA DÍAZ

Data naixement: 00-00-1918

Lloc naixement: Sevilla

Militància: JSU * PCE

Professió: Mestressa

Professió posterior:

Tema: GC Andalusia

Lloc històric: Sevilla * València * Barcelona

Data entrevista: 06-09-1973

Durada entrevista: 2 h, 15 min

Transcripció: 52ps.*Ll.

Sigles testimoni: LEONDIAZ

Cota: A1 E2-E3 (101-115).

Autorització: A

Resum:

SOLEDAD DÍAZ

Data naixement. 00-00-1920

Lloc naixement: Madrid

Militància: FUE * PCE

Professió: Estudiant

Professió posterior:

Tema: GC Madrid

Lloc històric: Madrid

Data entrevista: 18-12-1973 Durada entrevista: 1 h

Transcripàó: 31ps.*Ll.

Sigles testimoni: SD

Cota: A1 E2 (57).

Autorització: A

Resum:

MAURO DÍEZ

Data naixement. 00-00-1898

Lloc naixement: Burgos (Castrojeriz).

Militància: NA * CNS

Professió: Camperol

Professió posterior: Jubilat

Tema: GC Castella

Lloc històric. Burgos (Castrojeriz).

Data entrevista: 07-11-1974

Durada entrevista: 40 min

Transcripció: 19ps.*Ll.

Sigles testimoni: MDI

Cota: A1 E4 (176).

Autorització: A

Resum: Mauro Díez, camperol petit propietari, de mentalitat conservadora, membre durant la dictadura franquista del sindicat oficial i, en el moment de l'entrevista, jubilat, ens narra les seves experiències com a fill d'un camperol pobre

i les dures condicions de vida viscudes que queden reflectides en els episodis on evoca l'habitatge familiar —una cova— o el fet d'haver de demanar caritat per a poder sobreviure. Amb la perspectiva del temps i amb la millora general de la societat camperola, critica a la gent que durant els anys setanta demanen unes millors condicions de vida.

La transcripció no ha plantejat grans problemes, només a la part final s'ha tingut que identificar a les diverses persones que intervenen, R2 (Joaquín Moratinos) i R3 (Antonio Vicente) que completen les seves respectives entrevistes.

FULGENCIO DÍEZ PASTOR

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement: Cáceres (Berzocana).

Militància: PRSS * UR

Professió: Diputat

Professió posterior:

Tema: GC Madrid

Lloc històric. Madrid * Albacete * Cáceres (Berzocana).

Data entrevista: 26-05-1974

Durada entrevista: 1 h, 25 min

Transcripàó: 28ps.*Ll.

Sigles testimoni: FDP

Cota: A1 E4 (167-168).

Autorització: A

Resum: Fulgencio Díez Pastor, secretari general d'Unió Republicana, parlamentari procedent del Partit Radical, participà en la constitució del Front Popular i fou escollit diputat dins d'aquélla coalició. Durant la guerra civil, dirigirà el comitè de Front Popular de Madrid que, el novembre del 36, deixa per anar a València i, posteriorment, a Barcelona des d'on passarà a l'exili.

El testimoni, home de tarannà liberal i objectiu, mostra al llarg de l'entrevista les seves discrepàncies amb Diego Martínez Barrio —líder i màxim dirigent d'Unió Republicana— al considerar que aquest va prendre decisions molt importants sense consultar el partit. Altres aspectes que desenvolupa són el pacte de Front Popular, les causes de la guerra civil, i el comitè de Front Popular de Madrid.

La transcripció, tot i la difícil expressió del testimoni i el seu accent extremeny (fa els plurals en singular), no ha plantejat greus problemes i només algun passatge no ha estat possible transcriure i ha restat en blanc. En relació al ministre Pla —que cita el testimoni a la plana 13—, el ministre de comunicacions d'aquell moment era Bernardo Giner de los Ríos.

JOSEP J. DOMÈNECH [i. e. JOSEP JUAN I DOMÈNECH]

Data naixement. 00-00-1900

Lloc naixement: Barcelona

Militància: CNT

Professió: Dirigent obrer

Professió posterior:

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona * Barcelona (Sants).

Data entrevista: 13-01-1974

Durada entrevista: 2 h, 30 min

Transcripció: 57ps.*Ll.

Sigles testimoni: JD Cota: A1 E1 (13-14).

Autorització: A

Resum:

ANA MARÍA ECHEBARRÍA

Data naixement. 00-00-1921

Lloc naixement. Vizcaya(prov.).

Militància: NA

Professió: Estudiant

Professió posterior:

Tema: GC Euskadi

Lloc històric. Vizcaya (Luchana) * Vizcaya (Bilbao) * Santander * França * Barcelona

Data entrevista: 23-03-1975

Durada entrevista: 1 h, 5 min

Transcripàó: 28ps.*Ll.

Sigles testimoni: AMECH

Cota: A1 E5 (226).

Autorització: A

Resum: El testimoni d'Ana María Echebarría, és el d'una noia jove, estudiant, de família nacionalista de classe mitjana, resident a Luchana (Bilbao) en el moment que esclata la guerra. Viurà els esdeveniments a la reraguarda juntament amb la seva família amb qui també sortirà cap a Santander i, posteriorment, a França i Barcelona, per a, finalment, tornar a l'exili francès.

L'entrevista es centra en les seves experiències personals, per a la qual cosa tenen relleu els temes relacionats amb la vida a la reraguarda com els bombardeigs, la repressió, l'actuació dels nacionalistes bascos, les condicions de vida de la població civil, les evacuacions de nens, i la vida quotidiana. Cal destacar el relat que fa de la seva evacuació primer a Santander i després a França, així com dels bombardeigs de març de 1938 a Barcelona i la seva visió de la situació de Barcelona en comparança amb el País Basc.

La transcripció no ha plantejat grans problemes, tan sols alguns noms propis no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat

expressats. Algun petit fragment no ha estat possible d'entendre i figura amb blanc. Al llarg de l'entrevista intervenen fent aclariments i responent R2 (Jon de Viar) i R3 (dona).

Bibliografia consultada.

—Garitaonandía, Carmelo i José Luis de la Granja (eds.). *La Guerra Civil en el País Vasco 50 años después*. Servicio Editorial UPV. Bilbao, 1987.

—González Portilla, Manuel et al, (eds.). *Industrialización y nacionalismo. Análisis comparativos*. Ed. Universitat Autònoma de Barcelona. Bellaterra, 1985.

—González Portilla, Manuel i José María Garmendia. *La guerra civil en el País Vasco. Política y economía*. Siglo XXI. Madrid, 1988.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

TRIFÓN DE ECHEBARRIA YBARRA

Data naixement. 08-07-1911

Lloc naixement. Vizcaya (Somorrostro).

Militància: PNV * FM

Professió: Professor Mercantil

Professió posterior:

Tema: GC Euskadi

Lloc històric. Vizcaya (Ochandiano) * Vizcaya (Durango) * Vizcaya (Bilbao) * Santander (Santoña).

Data entrevista: 27-03-1975

Durada entrevista: 1 h, 40 min

Transcripció: 49ps.*Ll.

Sigles testimoni: TEY

Cota: A1 E5 (216-217).

Autorització: A

Resum: L'entrevista es desenvolupa en un bon clima de comunicació i és de destacar la franquesa amb que s'expressa el testimoni així com la seva capacitat d'autocrítica. Cara a la comprensió del text, sempre que es refereix al «partido» el testimoni vol dir el PNB (Partit Nacionalista Basc) i quan diu la «Federación» és la Federación de Mendigoizales.

Caldria revisar —donat que consultades les nostres obres de referència no hem trobat els seus noms o aquests són incomplets— les cites als noms següents: Abasterra (membre STV); Aranzadi; Echeverri; Gallastegui, Elías; Lezurrestieta (?); Sota, Ramón de la; Troncoso (comandant).

JUAN MANUEL EPALZA ARANZADI

Data naixement. 00-00-1911

Lloc naixement. Vizcaya (Bilbao).

Militància: PNV * FM

Professió: Enginyer * Advocat

Professió posterior:

Tema: GC Euskadi

Lloc històric. Vizcaya (Bilbao) * França (París) * Santander * Santander (Santoña) * Vizcaya (Guernica) * Santander (El Dueso).

Data entrevista: 22-03-1975

Durada entrevista: 4 h, 45 min

Transcripàó: 96ps.*Ll.

Sigles testimoni: JME

Cota: A1 E5-E6 (219-220-221-222-262).

Autorització: A

Resum: Juan Manuel Epalza és un jove enginyer i advocat, vicepresident dels Mendigoizales (moviment jovenívol del PNB), que pertany a una família de la burgesia basca de tradició nacionalista, i participa com a càrrec de confiança de la direcció del PNB en diverses activitats durant la guerra entre les que destaquen la compra d'armament, les indústries de guerra, la protecció dels empresonats pel govern d'Euskadi, i les accions que facilitaren el conegut com Pacte de Santoña. Comdemnat en tres consells de guerra, serà finalment bescanviat i anirà a Catalunya des d'on passarà a l'exili a França.

El testimoni tracta altres aspectes relacionats amb l'actitud inicial del PNB davant de l'aixecament militar de juliol de 1936, les relacions entre nacionalisme basc i carlisme, el govern d'Euskadi, l'Estatut basc, les relacions amb el govern central i l'actuació de l'Exèrcit del Nord, la justícia de postguerra a Euskadi, i la narració dels fets del seu bescanvi. També destaquem el retrat que fa del president José Antonio Aguirre.

En referència a la transcripció, alguns dels noms propis emprats pel testimoni no ha estat possible de confrontar amb altres fonts i, per tant, s'han transcrit segons com han estat expressats. Així mateix, resten alguns espais en blanc quan no s'ha pogut esbrinar el contingut de la frase o paraula. Quan fa referències «al partido», el testimoni vol dir el PNB. Al llarg de l'entrevista J. M. Epalza empra algunes paraules en francès, anglès i alemany. L'entrevista es va desenvolupar al llarg de diverses sessions.

Bibliografia consultada.

—Estornés Zubizarreta, Idoia. *La Sociedad de Estudios Vascos. Aportación de Eusko-Ikaskuntza a la cultura vasca (1918-1936)*. SEV. San Sebastián, 1983.

—Garitaonandía, Carmelo i José Luis de la Granja (eds.). *La Guerra Civil en el País Vasco 50 años después*. Servicio Editorial UPV. Bilbao, 1987.

—González Portilla, Manuel et al, (eds.). *Industrialización y nacionalismo. Análisis comparativos*. Ed. Universitat Autònoma de Barcelona. Bellaterra, 1985.

—González Portilla, Manuel i José María Garmendia. *La guerra civil en el País Vasco. Política y economía*. Siglo XXI. Madrid, 1988.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

MATILDE ESCUDER VICENTE

Data naixement. 13-12-1913

Lloc naixement: Castelló (Vilafranca del Maestrat).

Militància: CNT

Professió: Mestre

Professió posterior:

Tema: GC Catalunya * GC Aragó * GC País Valencià

Lloc històric. Castelló (Vilafranca del Maestrat) * Teruel (Mirambel) * Teruel (Cantavieja).

Data entrevista: 21-02-1974

Durada entrevista: 1 h, 50 min

Transcripció: 62ps.*Ll.

Sigles testimoni: ME

Cota: A1 E1 (41-42).

Autorització: A

Resum:

MARIANO ESCUDERO DE SOLÍS

Data naixement. 00-00-1902

Lloc naixement:

Militància: AP * ACNP * CEDA

Professió: Advocat

Professió posterior:

Tema: GC Castella

Lloc històric: Valladolid

Data entrevista: 13-11-1974

Durada entrevista: 1 h, 30 min

Transcripàó: 36ps.*Ll.

Sigles testimoni: MEDS Cota: A1 E4 (182).

Autorització: A

Resum: El testimoni de Mariano Escudero de Solís, advocat castellà vinculat als cercles catòlics de propagandistes, membre d'Acció Popular, seguidor del líder de la CEDA, José María Gil-Robles, i persona de sentiment monàrquic, és molt interessant tant per les agudes reflexions que fa dels principals temes, com de tot allò que ell considera que no és l'indicat per parlar-ne o bé que considera —segons diu— no adient comentar a un estranger com és el cas de l'investigador i entrevistador Ronald Fraser.

Destaquem com a principals temes de l'entrevista: La defensa que fa tant del republicanisme de la CEDA com del de Gil-Robles. La justificació de la tesi segons la qual l'aixecament militar és producte de la superació de la legalitat republicana per un clima de violència social promogut per l'esquerra socialista, comunista i radical. Les relacions de l'Església catòlica amb la República i el paper dels catòlics en aquest període. La radicalització de la dreta a partir, fonamentalment, del triomf del Front Popular. I, per últim, aspectes relatius a l'aixecament militar a Valladolid.

Com fet atípic, cal dir que l'entrevistat durant el seu testimoniatge té un qüestionari escrit que va responent, a més de les preguntes que van sorgint al llarg de l'entrevista.

La transcripció no ha plantejat grans problemes i només algunes expressions massa ràpides no ha estat possible de transcriure i figuren en blanc, i alguns noms propis i topònims no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats. En l'entrevista participa fent una pregunta i aclariments R2 (home).

Bibliografia consultada:

—Cabanellas, Guillermo. *La guerra de los mil días*. Grijalbo. Buenos Aires, 1973.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

PABLO ESTEBAN

Data naixement. 00-00-1899 aprox.

Lloc naixement:

Militància: UGT * PSOE

Professió: Funcionari * Metal. lúrigc

Professió posterior:

Tema: GC Madrid

Lloc històric: Madrid * Córdoba (Montoro).

Data entrevista: 24-09-1974

Durada entrevista: 1 h, 40 min

Transcripció: 44ps.*Ll.

Sigles testimoni: PEST

Cota: A1 E3-E6 (135-242).

Autorització: A

Resum: El testimoni, militant de base del PSOE i de la UGT, però de tarannà independent i crític, aporta informació valuosa sobre la vida quotidiana en el Madrid assetjat i, també, sobre certs aspectes de l'evolució del socialisme durant el primer terç de segle, principalment sobre les figures senyeres de F. Largo Caballero, I. Prieto i J. Besteiro.

La transcripció no ha presentat problemes importants, excepte en algun cas que donat la dificultat de l'expressió hem deixat en blanc, però que creiem no és res de fonamental en el discurs del testimoni. Quan es refereix a «éstos» vol dir franquistes i quan diu «éste» vol dir Franco.

Apareix de forma tangencial i sense incidir en el contingut de l'entrevista, R2

dona sense identificar.

Bibliografia consultada:

—Rosal, Amaro del. *Historia de la UGT de España, 1910-1939*. Grijalbo. Barcelona, 1977.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

RAFAEL ESTEBAN

Data naixement. 00-00-1905

Lloc naixement. Teruel (Villarquemado).

Militància: CNT

Professió: Camperol * Dirigent camperol

Professió posterior:

Tema: GC País Valencià

Lloc històric. València (Montcada) * València (Alfara) * Teruel (Villarquemado).

Data entrevista: 30-04-1975

Durada entrevista: 1 h, 30 min

Transcripàó: 52ps.*Ll.

Sigles testimoni: RE

Cota: A1 E1 (45-46).

Autorització: A

Resum:

FERNANDO ESTRADA VIDAL

Data naixement. 00-00-1918

Lloc naixement:

Militància: FE

Professió: Estudiant * Periodista

Professió posterior:

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona

Data entrevista: 05-03-1974

Durada entrevista: 1 h

Transcripció: 31ps.*Ll.

Sigles testimoni: FE

Cota: A1 E1 (35).

Autorització: A

Resum:

ELADIO FANJUL ROCES

Data naixement. 00-00-1901

Lloc naixement. Asturias (La Felguera).

Militància: CNT * FAI

Professió: Treballador Duro-Felguera

Professió posterior: Jubilat

Tema: GC Astúries

Lloc històric. Asturias (La Felguera).

Data entrevista: 11-03-1975

Durada entrevista: 3 h, 10 min

Transcripció: 62ps.*FB

Sigles testimoni: EFR

Cota: A1 E5-E6 (232-238-244).

Autorització: A

Resum:

ALBERTO FERNÁNDEZ

Data naixement. 00-00-1914

Lloc naixement. Asturias (Mieres).

Militància: JS * JSU * PSOE

Professió: Forner * Periodista * Polític

Professió posterior:

Tema: GC Astúries

Lloc històric. Asturias (Mieres) * Asturias (Moreda) * Asturias (Gijón).

Data entrevista: 28-04-1975

Durada entrevista: 3 h, 15 min

Transcripàó: 94ps.*Ll.

Sigles testimoni: AF

Cota: A1 E1 (22-23-24).

Autorització: A

Resum:

NICOLÁS FERNÁNDEZ

Data naixement. 00-00-1925

Lloc naixement. Asturias (Oviedo).

Militància: NA

Professió: Estudiant

Professió posterior: Pèrit industrial

Tema: GC Astúries

Lloc històric. Asturias (Gijón) * Unió Soviètica (Moscou).

Data entrevista: 08-03-1975

Durada entrevista: 35 min

Transcripció: 19ps.*FB

Sigles testimoni: NF

Cota: A1 E5 (235).

Autorització: A

Resum:

PROGRESO FERNÁNDEZ BAILÉN [i. e. ANTONIO FERNÁNDEZ BAILÉN]

Data naixement. 00-00-1897

Lloc naixement: València (Llíria).

Militància: CNT * FAI

Professió: Obrer manual

Professió posterior:

Tema: GC País Valencià

Lloc històric: València * València (Llíria) * Alacant (Alcoi) * Barcelona

Data entrevista: 18-01-1975

Durada entrevista: 1 h, 20 min

Transcripció: 40 ps*ICJG

Sigles testimoni: PFE

Cota: A1 E5 (206).

Autorització: A

Resum: L'entrevista amb P. Fernández —membre fundador de la FAI i destacat militant del moviment llibertari del País Valencià— es desenvolupa amb intervencions d'altres companys no identificats, excepte en el cas de R2 que correspon a José Villar amb el que finalitzarà l'entrevista (planes 32 a 37). També figura un home no identificat com P1.

El testimoni ens aporta informació sobre els orígens del moviment llibertari i en concret de les primeres organitzacions de camperols que amb el temps formaren la CNT al País Valencià, així com aspectes relacionats amb la constitució i evolució de la FAI, i del període col·lectivista durant la revolució i la guerra civil.

La transcripció, realitzada per l'Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, s'ha trobat com a principal dificultat la dels noms propis que hi figuren en molts casos de forma literal, sense haver-se pogut contrastar o identificar-se parcialment.

Bibliografia consultada:

—Bosch Sánchez, Aurora. *Ugetistas y libertarios*. Ed. Alfons el Magnànim. València, 1983.

—Brademas, John. *Anarcosindicalismo y revolución en España (1930-1937)*. Ariel. Barcelona, 1974.

—Gómez Casas, Juan. *Historia del anarcosindicalismo españo* l. Zyx. Madrid, 1973.

—Kaplan, Temma. *Orígenes sociales del anarquismo en Andalucía*. Crítica. Barcelona, 1983.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Ruiz Torres, Pedro (coord.). *Història del País Valencià. Època Contemporània*. Ed. 62. Vol. V. Barcelona, 1990.

—Vega, Eulàlia. *El trentisme a Catalunya*. Curial. Barcelona, 1980.

—Vega, Eulàlia. *Anarquistas y Sindicalistas 1931-1936*. Ed. Alfons el Magnànim. València, 1987.

ARTURO FERNÁNDEZ CÁNCER

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement. Zaragoza (Azuara).

Militància: NA * Catòlic

Professió: Mestre

Professió posterior. Mestre

Tema: GC Aragó

Lloc històric. Teruel (Alloza).

Data entrevista: 19-10-1974

Durada entrevista: 1 h, 55 min

Transcripció: 55ps.*Ll.

Sigles testimoni: AFC

Cota: A1 E6 (252).

Autorització: A

Resum: Arturo Fernández Cáncer, home de conviccions catòliques i amb una visió crítica però apolítica (conservadora) del món que l'envolta, fou mestre d'escola a Alloza des del període de la República, la guerra i el franquisme. Per tant, és un bon coneixedor de la realitat social, cultural, econòmica i política del poble, així com dels diversos grups de poder que al llarg del segle passat dominaren el panorama polític local.

Del seu testimoni cal destacar els aspectes relacionats amb l'educació durant la República i la guerra, la seva visió de l'aplicació del comunisme llibertari i de la col·lectivització als camperols aragonesos, la repressió a la reraguarda i durant la postguerra, el grau de polititzacio dels camperols, i certs passatges sobre retrats de persones que ell coneix o sobre les seves vivències personals i sobre la seva mentalitat.

La transcripció ha plantejat alguns problemes donat la rapidesa en l'expressió del testimoni i la seva avançada edat; així alguns petits passatges han restat sense transcriure i figuren amb un espai en blanc i alguns noms propis o topònims no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats. Al llarg de l'entrevista intervenen de forma tangencial R2 (dona) i R3 (dona).

Bibliografia consultada:

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Salas Larrazábal, Ramón. Historia del Ejército Popular de la República. Ed. Nacional. Madrid, 1973.

M.ª DEL CARMEN FERNÁNDEZ DE SEPÚLVEDA

Data naixement. 00-00-1927

Lloc naixement: Málaga

Militància: NA

Professió: Estudiant

Professió posterior:

Tema: GC Andalusia

Lloc històric: Málaga * Málaga (Alhaurín).

Data entrevista: 21-08-1973

Durada entrevista: 2 h, 35 min

Transcripció: 61ps.*Ll.

Sigles testimoni: MCF

Cota: A1 E2-E3 (95-97-112).

Autorització: A

Resum: Aquest testimoni ens dóna la visió d'una jove de la classe benestant malaguenya durant la II República i la guerra civil. Destaca, però, el període de domini republicà de la ciutat, on ella —juntament amb la seva mare— viu reclosa en un hospital mentre el seu pare, Ángel Fernández Ruano (advocat i membre d'AP), també viu amagat per tal d'evitar la més que possible repressió incontrolada molt habitual en els primers moments de l'esclat del conflicte bèlic.

L'entrevista es completa amb un altre testimoni, el de la seva mare Francisca de Sepúlveda.

MANUEL FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement:

Militància: PS Professió: Practicant (ATS).

Professió posterior: Practicant (ATS).

Tema: GC Galícia

Lloc històric. La Coruña * Pontevedra (Vigo).

Data entrevista: 28-05-1974

Durada entrevista: 1 h, 45 min

Transcripàó: 36ps.*Ll.

Sigles testimoni: MFF

Cota: A1 E4-E6 (168-263).

Autorització: A

Resum: El testimoni de Manuel Fernández ens aporta informació de primera mà de la resistència popular a l'aixecament militar el juliol del 36 a La Corunya i la posterior repressió que tingué lloc en contra dels elements republicans i obrers.

Ell, com a president del Partit Sindicalista i vinculat amb el moviment obrer gallec, informa sobre la situació prèvia a la guerra i, principalment, sobre les divergències dins del moviment llibertari que portaren a l'escissió del moviment trentista. Cal destacar també el seu coneixement personal d'Ángel Pestaña.

Molts dels noms propis que surten al llarg del relat han estat contrastats amb el text que el testimoni lliurà a R. Fraser, titulat «Algunos aspectos del alzamiento en La Coruña» obra del propi testimoni.

La transcripció no ha plantejat grans problemes i només alguns fragments no ha estat possible transcriure i resten en blanc, i alguns noms que no ha estat possible contrastar amb altres fonts figuren tal com han estat expressats.

Durant l'entrevista intervé de forma tangencial R2 (dona).

Bibliografia consultada:

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

Salas Larrazábal, Ramón. *Historia del Ejército Popular de la República*. Ed. Nacional. 4 vols. Madrid, 1973.

RAMÓN FERNÁNDEZ JURADO

Data naixement. 00-00-1914

Lloc naixement: Almería Militància: POUM Professió: Fuster

Professió posterior:

Tema: GC Catalunya

Lloc històric. Barcelona * Huesca (Sariñena) * Huesca (Jaca).

Data entrevista: 21-12-1973

Durada entrevista: 2 h, 45 min

Transcripció: 99ps.*Ll.

Sigles testimoni: RFJ

Cota: A1 E2 (61-69-70).

Autorització: A

Resum:

JOAN FERRER

Data naixement. 00-00-1918

Lloc naixement: Barcelona (Igualada).

Militància: CNT

Professió: Mercantil * Secretari Sindicat Empleats Comerç

Professió posterior:

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona * Barcelona (Sallent).

Data entrevista: 19-01-1974

Durada entrevista: 1 h, 40 min

Transcripàó: 50ps.*Ll.

Sigles testimoni: JF

Cota: A1 E2 (65).

Autorització: A

Resum:

MARIANO FRANCO GARCÍA

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement. Teruel (Alloza).

Militància: CNT

Professió: Camperol petit propietari

Professió posterior:

Tema: GC Aragó

Lloc històric. Teruel (Alloza) * Front d'Aragó

Data entrevista: 21-04-1975

Durada entrevista: 1 h, 35 min

Transcripció: 46ps.*Ll.

Sigles testimoni: MFG

Cota: A1 E1 (6-7).

Autorització: NOA

Resum:

RICARDO FUENTE ALCOCER

Data naixement. 02-11-1906

Lloc naixement: Madrid

Militància: UGT * PCE

Professió: Professor Institut * Periodista

Professió posterior: Dibuixant

Tema: GC Madrid

Lloc històric: Madrid * Alacant * Cuenca

Data entrevista: 20-06-1974

Durada entrevista: 1 h

Transcripàó: 33ps.*Ll.

Sigles testimoni: RFU

Cota: A1 E4-E6 (158-164-266).

Autorització: A

Resum: El testimoni de Ricardo Fuente, marit de la també testimoni Carmen Caamaño, es pot considerar com representatiu d'un sector de les classes populars madrilenyes que defensaren la República. El seu compromís inicial, relacionat amb la seva afiliació sindical a la UGT, evolucionarà cap a un compromís polític, ingressant en el PCE on desenvoluparà tasques relacionades amb la premsa del partit.

De la seva entrevista destaquem temes com l'ambient dels primers dies de l'esclat de la guerra viscuts a la redacció d'El Sol, la premsa de guerra, el front de Madrid, les Brigades Internacionals, el final de la guerra a Conca i Alacant, i la repressió de postguerra.

La transcripció no ha plantejat problemes tècnics i només han restat sense transcriure alguns passatges d'audició defectuosa, i alguns noms propis no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com s'han enregistrat.

Bibliografia consultada.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Salas Larrazábal, Ramón. *Historia del Ejército Popular de la República*. Ed. Nacional. Madrid, 1973.

MARTÍ FUSTÉ SALVATELLA

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement: Barcelona (Vilanova i la Geltrú).

Militància: NA

Professió: Advocat

Professió posterior: Advocat

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona * Barcelona (Vilanova i la Geltrú) * Barcelona (Montserrat).

Data entrevista: 05-03-1974

Durada entrevista: 1 h

Transcripàó: 29ps.*Ll.

Sigles testimoni: MFS

Cota: A1 E1 (16-35).

Autorització: A

Resum:

AGUSTÍ FUSTER

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement: Castelló (Forcall).

Militància: NA

Professió: Petit empresari

Professió posterior:

Tema: GC País Valencià * GC Aragó

Lloc històric. Castelló (Forcall) * Teruel (Mas de las Matas) * Teruel (Bajo Aragón).

Data entrevista: 28-12-1973

Durada entrevista: 1 h, 40 min

Transcripció: 65ps.*Ll.

Sigles testimoni: AFU

Cota: A1 E2 (61-62).

Autorització: A

Resum:

PAULINO GARAGORRI HERRANZ

Data naixement. 00-00-1916

Lloc naixement. Guipúzcoa (San Sebastián).

Militància: NA

Professió: Estudiant Filo. Lletres

Professió posterior. Filòsof * Prof. universitàri

Tema: GC Euskadi * GC Espanya

Lloc històric. Burgos (Miranda de Ebro) * Guipúzcoa (San Sebastián).

Data entrevista: 04-06-1974

Durada entrevista: 1 h, 25 min

Transcripció: 29ps.*Ll.

Sigles testimoni: PGA

Cota: A1 E6 (256).

Autorització: A

Resum: Paulino Garagorri, fill d'una família benestant d'arrels liberals, és un jove estudiant de filosofia a Madrid, que el sorprèn l'esclat de l'aixecament militar en un balneari del nord prop de l'Ebre, des d'on començarà a copsar els primers actes de violència. Posteriorment, torna amb la seva família a Sant Sebastià i a mitjans de 1937 és mobilitzat pel bàndol nacional i prendrà part en el front del nord i en el d'Andalusia.

El seu testimoni és el d'un pensador i es centra en la visió que té de les causes que portaren a la guerra, del paper jugat per la propaganda dels nacionals, de la repressió, del carlisme i del nacionalisme basc, del desenvolupament militar de la guerra, a la vegada que fa algun relat relacionat amb la seva participació personal en el front i alguna reflexió sobre el moment actual (1974) que viu el país i les perspectives de futur.

La transcripció no ha plantejat problemes donat la fluïdesa en l'expressió i l'estructuració del pensament del testimoni.

Bibliografia consultada.

—Ferrater Mora, José. *Diccionario de filosofía*. Alianza. Madrid, 1986.

GARCIA

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement:

Militància: POUM

Professió: Obrer tèxtil

Professió posterior: Obrer tèxtil

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona

Data entrevista: 08-12-1973

Durada entrevista: 2 h

Transcripció: 65ps.*Ll.

Sigles testimoni: G/MCiG

Cota: A1 E1-E2 (47-54).

Autorització: A

Resum:

PEDRO GARCÍA FERRERO

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement. Toledo (Fuensalida).

Militància: NA

Professió: Estudiant

Professió posterior:

Tema: GC Castella

Lloc històric. Toledo (Fuensalida) * Salamanca

Data entrevista: 31-05-1974

Durada entrevista: 45 min

Transcripció: 18ps.*Ll.

Sigles testimoni: PGF

Cota: A1 E4 (161).

Autorització: A

Resum: Tot i no esmentar-se al llarg de l'entrevista, mitjançant les notes i la transcripció parcial de Ronald Fraser, podem afirmar que el testimoni fa referència al seu poble, Fuensalida, on va viure el primer període de la guerra civil. Un poble inicialment en mans de la República, però que a partir del mes d'octubre del 36 cau en mans dels «nacionals».

Poc després, l'any 1937, el testimoni anirà a residir a Salamanca on continuarà amb els seus estudis en un col·legi dels salesians.

L'entrevista ens aporta, des de l'òptica d'un jove estudiant fill d'una família de classe mitja, informació sobre els canvis que es van desenvolupar en un poble agrari de la província de Toledo durant un curt període on va exercir el poder un comitè de Front Popular, sorgint temes com la repressió, l'actuació del comitè, o les expropiacions agràries. I, amb l'arribada dels «nacionals», podem assenyalar aspectes tals com la repressió «nacionalista» i l'educació nacional-catòlica.

A la plana 14 es fa referència a un film de Carlos Saura, que creiem és La caza.

La transcripció ha plantejat alguns problemes donat el to baix i la dicció ràpida del testimoni, i certs fragments han hagut de restar sense transcriure.

Al llarg de l'entrevista intervenen de forma tangencial R2 (dona), i R3 (home).

SALVADOR GARCÍA GIRALDO

Data naixement. 00-00-1906

Lloc naixement. Asturias (Oviedo).

Militància: NA

Professió: Comerç

Professió posterior: Comerç

Tema: GC Astúries

Lloc històric: Asturias (Oviedo).

Data entrevista: 10-03-1975

Durada entrevista: 35 min

Transcripció: 23ps.*FB

Sigles testimoni: SGG

Cota: A1 E6 (239-244).

Autorització: A

Resum:

PAULINO GARCÍA MOYA

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement:

Militància: FUE * CNT * PCE

Professió: Estudiant * Comissari polític

Professió posterior:

Tema: GC Madrid

Lloc històric: Cuenca * Madrid * Alacant (Monòver).

Data entrevista: 06-10-1974

Durada entrevista: 1 h, 45min

Transcripció: 32ps.*Ll.

Sigles testimoni: PGM

Cota: A1 E3-E4 (127-160).

Autorització: A

Resum: El testimoni, com a home d'esquerres pertanyent en el moment de

l'entrevista a la corrent comunista proxinesa, postula uns criteris crítics envers l'aparell oficial del PCE tot i haver participat com a comissari polític durant la guerra civil en el Quinto Regimiento i en altres unitats i destins. Com punts a destacar: La política d'aliances durant la guerra, les relacions internacionals del conflicte amb el seguit de dependències que això creà i, en aquest cas, la posició dependent del PCE envers la URSS, el cas Nin on critica l'actitud del PCE, i el desenllaç del conflicte amb els intents de negociacions.

Quan fa referència al «partido» vol dir PCE. La transcripció no planteja problemes específics i només han quedat sense transcriure curts passatges que figuren en blanc.

Bibliografia consultada:

—Morán, Gregorio .*Miseria y grandeza del Partido Comunista de España 1939-1985*. Planeta. Barcelona, 1986.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

MAXIMIANO GARCÍA PALACIOS

Data naixement. 00-00-1908 aprox.

Lloc naixement:

Militància: JAP * CTC

Professió: Impressor

Professió posterior: Jubilat

Tema: GC Castella

Lloc històric: Burgos * Madrid

Data entrevista: 04-11-1974

Durada entrevista: 50 min

Transcripció: 27ps.*Ll.

Sigles testimoni: MGP

Cota: A1 E4 (179).

Autorització: A

Resum: Maximiano García Palacios, impressor i soci actiu del Círculo de Obreros Católicos de Burgos, durant la República va militar en Acció Popular. De formació catòlica i partidari d'un ordre tradicional, critica els excessos comesos des dels sectors republicans causants, segons ell, del conflicte que van haver de resoldre —a la seva manera— els militars alçats i que va donar lloc a l'esclat de la guerra civil.

Destaca en el seu discurs les activitats i evolució del Círculo de Obreros Católicos de Burgos, les formacions de dretes a Burgos i, en concret, Acció Popular, així com la pugna entre el sindicalisme catòlic i la resta de sindicats de classe.

La transcripció no ha plantejat grans problemes i només algunes expressions massa ràpides no ha estat possible de transcriure i figuren en blanc, i alguns noms propis no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats. A llarg de l'entrevista intervenen de forma tangencial R2 (home) i R3 (home).

RAFAEL GARCÍA SERRANO

Data naixement. 11-02-1917

Lloc naixement: Navarra (Pamplona).

Militància: FUE * FE * FE-JONS

Professió: Estudiant * Militant * Periodista * Alferes

Professió posterior: Escriptor * Periodista

Tema: GC Navarra

Lloc històric. Navarra (Pamplona) * Madrid * Logroño (Alfaro) * Soria * Madrid (Somosierra).

Data entrevista: 25-06-1974

Durada entrevista: 3 h

Transcripció: 57ps.*Ll.

Sigles testimoni: RGS

Cota: A1 E5 (204-205).

Autorització: A

Resum: Rafael García Serrano, nascut a Pamplona dins d'una família de classe mitja, en el període de la II República és un jove estudiant universitari i militant falangista, que participarà en l'aixecament de juliol del 36 i formarà part de les primeres columnes de militars i de voluntaris que des de Navarra sortiran en direcció a Madrid, però que es veuran aturades en el front de Somosierra des d'on el testimoni començarà la seva tasca periodística que es refermarà a partir del moment en que ingressa en la redacció del diari Arriba España de Pamplona. Dins de l'exèrcit arribarà a ser alferes.

El testimoni aporta informació sobre l'organització i la ideologia de la Falange en el seus diversos períodes, des dels orígens fins a la institucionalització en el període franquista, destacant la figura de José Antonio Primo de Rivera. Altres aspectes que es destaquen al llarg de l'entrevista són l'aixecament a Pamplona, les relacions amb els carlistes, episodis de guerra a Logronyo, Alfaro i Somosierra, la premsa durant la guerra, i el paper dels intel·lectuals.

La transcripció ha plantejat alguns problemes i hi ha algun petit fragment de l'entrevista que resta en blanc i algun nom propi no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat. Al llarg de l'entrevista intervenen de forma tangencial R2 (dona) i R3 (home).

Bibliografia consultada:

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Ugarte Tellería, Javier. *La nueva Covadonga insurgente*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1998.

TRINIDAD GARCÍA VIDALES

Data naixement. 00-00-1906

Lloc naixement: Toledo (Mascaraque).

Militància: PCE

Professió: Obrer construcció * Dirigent polític

Professió posterior:

Tema: GC Castella

Lloc històric. Toledo * Toledo (Corral de Almaguer, Camarena, Puebla de Don Fadrique, Casasbuenas, Polán, Olías del Rey, Cuerva, Mora, La Jara comarca, Miguel Esteban, La Guardia, Madridejos, Ocaña).

Data entrevista: 23-07-1974

Durada entrevista: 3 h, 20 min

Transcripció: 57ps.*Ll.

Sigles testimoni: TGV

Cota: A1 E3 (129-130-131).

Autorització: A

Resum: El testimoni de Trinidad García, dirigent del moviment obrer de Toledo, ens aporta la visió d'un líder comunista sobre els esdeveniments anteriors a l'esclat de la guerra, fonamentalment en la vessant referent al procés d'expropiacions de terres per part dels camperols i en el període del Front Popular, així com de la implantació dels comunistes, tot centrat en la província de Toledo.

Pel que fa a la guerra, incideix en aspectes de la Reforma Agrària conduïda per V. Uribe, en la resistència popular a l'aixecament feixista, i en la seva actuació com secretari provincial del PCE de Toledo.

La transcripció no ha plantejat gaires problemes, excepte en el cas d'algun nom propi que no ha estat possible d'identificar. Quan es refereix al «partido» vol dir el PCE i quan diu «éstos» es refereix als franquistes.

Bibliografia consultada:

—Morán, Gregorio. *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España*. Planeta. Barcelona, 1986.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

CARMEN GARCÍA-FALCES

Data naixement. 00-06-1913

Lloc naixement:

Militància: CA

Professió: Fornera

Professió posterior:

Tema: GC Navarra

Lloc històric: Navarra (Pamplona).

Data entrevista: 11-04-1975

Durada entrevista: 1 h, 15min

Transcripció: 49ps.*Ll.

Sigles testimoni: CGF

Cota: A1 E5 (199).

Autorització: A

Resum: El testimoni de Carmen García-Falces, persona de família d'arrels monàrquiques alfonsines i posteriorment vinculada al carlisme dins de les «Margaritas», recull les seves experiències viscudes a Pamplona durant el període previ a la guerra, la guerra, la postguerra i alguna referència al moment en que té lloc l'entrevista (1975).

Els temes que tenen mes relleu d'aquesta entrevista són els relacionats amb les motivacions ideològiques i de tipus espiritual dels carlistes que els van portar a promoure de forma cada cop més progressiva un enfrontament amb la República i, posteriorment, defendre la causa dels militar revoltats. Altres temes que cal esmentar són la vida a la reraguarda «nacional», els fets del 18 de juliol a Pamplona, la repressió, les indústries de guerra, la visió que es té sobre el nacionalisme basc, l'actuació de las «Margaritas» i de la dona en general.

La transcripció ha plantejat alguns problemes donada la intervenció a

vegades constant del marit de la testimoni, Mario Ozcoidi (R2), que ho fa donant opinions, aclariments i que, creiem, en part condiciona el testimoni de Carmen García-Falces. Algun fragment de l'entrevista ha restat en blanc i algun nom propi no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat.

VICTORIA GIL DE RAMALES BUERO

Data naixement. 00-00-1915

Lloc naixement: Madrid

Militància: FUE

Professió: Estudiant Lletres

Professió posterior:

Tema: GC Madrid

Lloc històric: Madrid * València * Madrid (Paracuellos del Jarama) * Catalunya * Girona (Olot).

Data entrevista: 14-07-1974

Durada entrevista: 2 h, 40 min Transcripció: 70ps.*Ll.

Sigles testimoni: VGR

Cota: A1 E3 (128-129).

Autorització: A

Resum: El testimoni de Victoria Gil de Ramales, centrat en el Madrid de la guerra civil, ens aporta la visió d'una dona amb estudis universitaris que treballà en diversos camps com l'atenció d'orfenats, de guarderies, i feines administratives sota comandament comunista i socialista. D'aquesta manera ens ofereix les seves vivències des d'un òptica independent, ja que de forma organitzada només pertanyia a la FUE, però molt vinculada a la defensa popular de Madrid i a la causa de la República.

Entre els temes tractats, destaquen l'actuació de la dona tant durant la guerra com en la postguerra, la defensa de Madrid, el cas de Paracuellos del Jarama, aspectes de l'assistència social i les evacuacions de nens cap a zones

llunyanes dels fronts, la repressió del català durant la postguerra i, finalment, mitjançant l'actuació del seu pare, directiu de la Campsa, qüestions sobre l'ajut rus a la República.

La transcripció ha tingut com a principal problema, la rapidesa en les expressions del testimoni i que, a voltes, parlen a la vegada ella i R2 (Arturo del Hoyo) que també aporta algunes informacions sobre la situació del Madrid assetjat. Per tant, alguns fragments del testimoni no s'han pogut transcriure donats les dificultats pròpies del seu discurs i han restat en blanc. Caldria també comprovar alguns dels noms propis que cita, dels quals no en tenim referència.

Bibliografia consultada:

—*Guías Rápido*. Guía de Madrid. Rápido. Barcelona, 1932.

—Morán, Gregorio. *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España 1939-1985*. Planeta. Barcelona, 1986.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

MARCEL GIRÓ I MARÇAL

Data naixement. 00-00-1912

Lloc naixement: Barcelona (Badalona).

Militància: NA (republicà).

Professió: Fotògraf

Professió posterior:

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona * Girona (La Molina) * Girona (Puigcerdà).

Data entrevista: 07-01-1974

Durada entrevista: 1 h

Transcripció: 30ps.*Ll.

Sigles testimoni: MG

Cota: A1 E1 (49).

Autorització: A

Resum:

SÓCRATES GÓMEZ PÉREZ

Data naixement. 27-07-1914

Lloc naixement: Pontevedra (Vigo).

Militància: JS * JSU * PSOE

Professió: Polític

Professió posterior: Polític

Tema: GC Madrid

Lloc històric. Madrid * Segovia * València * Alacant * Catalunya

Data entrevista: 13-09-1974

Durada entrevista: 4 h, 15 min

Transcripció: 88ps.*Ll.

Sigles testimoni: SGO

Cota: A1 E3 (133-134-135).

Autorització: A

Resum: El testimoni, com a membre caracteritzat del socialisme i amb una llarga trajectòria en el seu sí, ens aporta informació de primera mà sobre el desenvolupament del socialisme al nostre país. Entre els temes que tenen més transcendència, destaquen el procés d'unificació de les Joventuts Socialistes amb les Joventuts Comunistes, les pugnes internes entre Largo Caballero i Indalecio Prieto, aspectes de la Junta Delegada de Defensa de Madrid, els orígens i desenvolupament del Consejo Nacional de Defensa, la reorganització de les

Joventuts Socialistes després del període de les JSU, l'afer de l'afusellament de José Antonio Primo de Rivera, i el retrat que fa de la figura del seu pare —José Gómez Ossorio—.

La transcripció no ha plantejat grans problemes, excepte quan parla sobre la mort del seu pare ja que no queda clar on va ser afusellat. Segons les nostres fonts, José Gómez Ossorio —junt amb Ricardo Zabalza— fou afusellat a Madrid el 25-II-1940. Del context de l'entrevista es desprèn que aquesta té al menys una segona sessió posterior a la del 13-IX-1974; això es detecta en la cara 3. En l'entrevista intervé de forma tangencial un home R2.

Bibliografia consultada:

—Agrupación Socialista d'Elx. PSPV-PSOE (ed.). *Historia del PSOE en Elx. Cien años de historia 1891-1991*. Agrupación Socialista d'Elx. Alacant, 1990.

—Fundación Pablo Iglesias. *El Socialismo en España. Desde la fundación del PSOE hasta 1975*. Fund. P. Iglesias. Vol. 1. Madrid, 1986.

—Heine, Hartmurt. *La Oposición política al franquismo*. Crítica. Barcelona, 1983.

—Morán, Gregorio. *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España 1939-1985*. Planeta. Barcelona, 1986.

—Rosal, Amaro del. *Historia de la UGT de España, 1910-1939*. Grijalbo. Barcelona, 1977.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—*Who's who in Spain*. Madrid, 1988.

MIGUEL GONZÁLEZ INESTAL

Data naixement. 04-05-1901

Lloc naixement: Salamanca (província).

Militància: CNT * FAI

Professió: Obrer construcció * Militant

Professió posterior:

Tema: GC Madrid

Lloc històric: Madrid * Guipúzcoa (Pasajes) * Burgos (Aranda de Duero) * Guipúzcoa (San Sebastián) * Barcelona

Data entrevista: 18-05-1974

Durada entrevista: 4 h, 15 min

Transcripció: 79ps.*Ll.

Sigles testimoni: MGI

Cota: A1 E4 (166-167-175).

Autorització: A

Resum: El testimoni, membre destacat del moviment llibertari de Madrid i de la zona centre, ens aporta la seva experiència personal en temes tals com els orígens i la trajectòria dels grups anarquistes dins de la CNT de Madrid a partir dels anys vint, l' «entrisme» de membres de la CNT —il·legal durant la Dictadura de Primo de Rivera— dins de la UGT, les diferències i convergències entre les diverses branques del moviment llibertari, la funció diferencial i expansiva de la CNT madrilenya, la crema de convents de maig de 1931 a Madrid, la premsa llibertària a Madrid, el seu treball com alliberat de l'organització en el sindicat de Pescadors de Pasajes, l'esclat de la guerra a Sant Sebastià, la creació i actuació de la Junta de Defensa de Guipúscoa, crítiques a la presència russa i a l'actuació dels comunistes, el procés de militarització de les antigues columnes anarquistes i, finalment, l'exili.

L'entrevista no ha plantejat problemes de transcripció, només fer constar que aquesta comença en una data (18 de maig) i té dues sessions posteriors sense datar. Durant l'entrevista intervé de forma tangencial R2 (home), i quan fa referència a Madrid, el testimoni utilitza el terme «aquí». Alguns noms propis no ha estat possible contrastar amb altres fonts, i figuren tal com han estat expressats.

Miguel González Inestal és autor del llibre Cipriano Mera, revolucionario. Atalaya. Cuba, 1943.

Bibliografia consultada:

—*Guías Rápido*. Guía de Madrid. Rápido. Barcelona, 1932.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Salas Larrazábal, Ramón. *Historia del Ejército Popular de la República*. Ed. Nacional. 4 vols. Madrid, 1973.

JOAN GRIJALBO I SERRES

Data naixement. 00-00-1911

Lloc naixement: Tarragona (Gandesa).

Militància: UGT * PSUC

Professió: Empleat banca

Professió posterior: Polític * Editor

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona

Data entrevista: 14-01-1974

Durada entrevista: 1 h, 30 min

Transcripció: 39ps.*Ll.

Sigles testimoni: JGR

Cota: A1 E2 (71-73).

Autorització: A

Resum:

CONTXA GUARRO I VALLBONA

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement: Barcelona?

Militància: NA

Professió: Bibliotecària

Professió posterior: Bibliotecària

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona * Front d'Aragó

Data entrevista: 28-01-1974

Durada entrevista: 45 min

Transcripció: 18ps.*Ll.

Sigles testimoni: CG

Cota: A1 E1 (25).

Autorització: A

Resum:

FRANCISCO GUTIÉRREZ DEL CASTILLO

Data naixement. 00-00-1917

Lloc naixement: Valladolid

Militància: FE-JONS * FET-JONS

Professió: Militant

Professió posterior: Militar

Tema: GC Castella

Lloc històric. Valladolid * Madrid (Alto del León) * Avila (Peguerinos) * Madrid

Data entrevista: 19-11-1974

Durada entrevista: 1 h, 25 min

Transcripció: 43ps.*Ll.

Sigles testimoni: FGC

Cota: A1 E4 (184).

Autorització: A

Resum: El testimoni de Francisco Gutiérrez del Castillo, militant falangista i en el moment de l'entrevista tinent coronel d'Aviació en actiu, ens aporta la visió de la guerra civil d'un jove falangista de Valladolid, fet que constantment està present en el seu discurs quan analitza la situació político-social que es vivia a Espanya durant el període del Tardofranquisme i, més concretament, fent una crítica vigilant al procés conegut com «aperturismo».

De la seva actuació cal destacar els aspectes relacionats amb la Falange de Valladolid, el seu coneixement personal d'Onésimo Redondo, i la seva participació militar en el conflicte, en primer lloc com a cap militar de Falange a l'Alto del León i en el front de Madrid i, posteriorment, com a oficial d'Aviació en diverses accions de control del trànsit marítim republicà, bombardeigs, la utilització de la propaganda aèria i el final de la guerra.

La transcripció no ha plantejat grans problemes donat el discurs prou fluït del testimoni, i només alguns noms propis no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats. L'inici de la cara 1 té el so una mica defectuós.

Bibliografia consultada.

—Payne, Stanley G. *Falange. A history of the spanish Fascism*. Stanford University Press. Stanford, 1967.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

LUIS GUTIÉRREZ SANTAMARINA

Data naixement. 00-00-1898

Lloc naixement. Santander (Colindres).

Militància: FE

Professió: Escriptor

Professió posterior: Escriptor

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona

Data entrevista: 14-02-1974

Durada entrevista: 1 h, 15 min

Transcripció: 35ps.*Ll.

Sigles testimoni: LSM

Cota: A1 E1-E2 (43-76).

Autorització: A

Resum:

EDUARDO DE GUZMÁN ESPINOSA

Data naixement. 00-00-1909

Lloc naixement. Palencia (Villada).

Militància: CNT

Professió: Periodista * Escriptor

Professió posterior: Periodista * Escriptor

Tema: GC Madrid * GC Espanya

Lloc històric. Madrid * Toledo (Puebla de don Fadrique) * Barcelona * Catalunya * Aragón * València (Gandia).

Data entrevista: 05-09-1974

Durada entrevista: 1 h, 45 min

Transcripció: 48ps.*Ll.

Sigles testimoni: EDGU

Cota: A1 E3-E4 (124-165).

Autorització: A

Resum: L'entrevistat, membre del moviment llibertari i actiu periodista de la premsa confederal de Madrid, coneix de primera mà la realitat de la ciutat al llarg de la guerra civil i ens proporciona una visió crítica del desenvolupament dels fets, així com de les posicions de la CNT catalana que, segons ell, no va estar a l'alçada de les circumstàncies tenint en compte la seva hegemonia en el sí de les forces antifeixistes de Catalunya. En un moment de l'entrevista apareix de forma tangencial R2 (dona).

La cita completa del llibre de José García Pradas és: *La traición de Stalin. Cómo terminó la guerra de España*. Cultura Proletaria. Nova York, 1939.

Bibliografia consultada:

—Mera, Cipriano. *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*. Ruedo Ibérico. París, 1976.

—Peirats, José. *Los Anarquistas en la Guerra Civil Española*. Júcar. Madrid, 1976.

RAFAEL HERNÁNDEZ

Data naixement. 00-05-1909

Lloc naixement. Asturias?

Militància: PSOE * UGT

Professió: Ferroviari

Professió posterior:

Tema: GC Astúries * GC Catalunya

Lloc històric. Asturias (Langreo) * Asturias (Gijón) * Asturias (Oviedo) * Barcelona * França (Narbona).

Data entrevista: 17-03-1975

Durada entrevista: 3 h, 50 min

Transcripció: 119ps.*Ll.

Sigles testimoni: RH

Cota: A1 E6 (240-241).

Autorització: A

Resum:

JOSÉ M.ª HEVIA

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement. Asturias (Laviana).

Militància: PSOE * UGT

Professió: Minaire

Professió posterior:

Tema: GC Astúries

Lloc històric. Asturias (Laviana) * Asturias (Oviedo) * León

Data entrevista: 11-03-1975

Durada entrevista: 1 h, 10 min

Transcripció: 24ps.*FB

Sigles testimoni: JMH

Cota: A1 E5-E6 (232-244).

Autorització: A

Resum:

MANUEL HIDALGO

Data naixement. 00-00-1915

Lloc naixement: Córdoba (Castro del Río).

Militància: CNT

Professió: Camperol

Professió posterior:

Tema: GC Andalusia

Lloc històric: Córdoba (Castro del Río) * Jaén (Mengíbar).

Data entrevista: 28-06-1973

Durada entrevista: 1 h

Transcripció: 56ps.*MS

Sigles testimoni: MH

Cota: A1 E2 (81).

Autorització: A

Resum:

ARTURO DEL HOYO MARTÍNEZ

Data naixement. 00-10-1917

Lloc naixement: Madrid

Militància: FUE

Professió: Estudiant Lletres * Tinent

Professió posterior: Escriptor

Tema: GC Madrid

Lloc històric: Madrid * Madrid (Usera) * València

Data entrevista: 12-07-1974

Durada entrevista: 1 h, 25 min

Transcripció: 32ps.*Ll.

Sigles testimoni: ARHO

Cota: A1 E3 (122-128).

Autorització: A

Resum: L'entrevistat, jove estudiant universitari membre de la FUE durant la República, amb l'esclat de la guerra civil participà com a voluntari en la defensa de Madrid i relata, principalment, el desenvolupament i desenllaç de la guerra a la capital.

Els termes i noms propis en els quals s'acompanya un interrogant, no ens ha estat possible identificar i figuren tal i com són citats pel testimoni.

Al llarg de l'entrevista participen amb intervencions de diversa vàlua R2 (Pedro Sánchez), R3 (Domingo) i R4 (dona).

Bibliografia consultada:

—Baztán Vergara, Francisco. *Manual Informativo de la Villa de Madrid*. Ayuntamiento de Madrid. Madrid, 1967.

—*Guías Rápido*. Guía de Madrid. Rápido. Barcelona, 1932.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

JUAN IGLESIAS

Data naixement. 00-00-1916

Lloc naixement. Vizcaya (Bilbao).

Militància: JS * JSU * PSOE

Professió: Militant

Professió posterior:

Tema: GC Euskadi

Lloc històric. Vizcaya (Bilbao) * Álava (Vitoria) * Navarra (San Cristóbal, fort).

Data entrevista: 08-04-1975

Durada entrevista: 1 h, 15 min

Transcripció: 25ps.*Ll.

Sigles testimoni: JIG

Cota: A1 E5 (214).

Autorització: A

Resum: El testimoni de Juan Iglesias és el d'un jove socialista, que participa en el procés de creació de les Joventuts Socialistes Unificades on ocuparà un càrrec en el moment de l'esclat de la guerra. Els principals temes de l'entrevista són el moviment revolucionari d'octubre de 1934 a Bilbao, la unificació de les joventuts comunistes i socialistes, els fets de juliol a Bilbao, la seva posterior detenció el mateix 19 de juliol a Orduña, el seu empresonament i condemna a mort i, per últim, l'intent de fuga col·lectiva que va tenir lloc al fort de San Cristóbal el 22 de maig de 1938.

La transcripció no ha plantejat grans problemes, tot i que alguns noms propis o topònims no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats.

Bibliografia consultada:

—Asociación Isaac Puente. *Isaac Puente. Independencia, libertad y soberanía individual*. Asociación Isaac Puente. Vitoria, 1987.

—Garitaonandía, Carmelo i José Luis de la Granja (eds.). *La guerra civil en el País Vasco 50 años después*. Servicio Editorial UPV-EHU. Bilbao, 1987.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Ugarte Tellería, Javier. *La nueva Covadonga insurgente*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1998.

IGNACIO IGLESIAS SUÁREZ

Data naixement. 00-00-1915

Lloc naixement. Asturias (Sama de Langreo).

Militància: POUM

Professió: Estudiant * Polític

Professió posterior: Escriptor * Polític

Tema: GC Astúries * GC Catalunya

Lloc històric. Asturias (Sama de Langreo) * Asturias (Oviedo) * Asturias (Gijón) * Barcelona * León (Ponferrada).

Data entrevista: 29-04-1975 Durada entrevista: 3 h, 5 min Transcripció: 95ps.*Ll.

Sigles testimoni: II

Cota: A1 E1 (24-45).

Autorització: A

Resum:

LORENZO ÍÑIGO GRANIZO

Data naixement. 10-08-1911

Lloc naixement: Guadalajara (Ledanca).

Militància: CNT * FIJL * FAI Professió: Dirigent sindical Professió posterior:

Tema: GC Madrid

Lloc històric: Madrid * València * Alacant (Alcoi) * Barcelona * Madrid (Majadahonda).

Data entrevista: 10-05-1974

Durada entrevista: 4 h, 5 min

Transcripció: 85ps.*Ll.

Sigles testimoni: LIG

Cota: A1 E4 (169-170-171).

Autorització: A

Resum: Lorenzo Íñigo Granizo, jove «dirigent» llibertari durant la República i la guerra civil, secretari del Sindicat del Metall de la CNT de Madrid, membre de diversos Comitès Nacionals del Moviment Llibertari, i conseller d'Indústries de Guerra de la Junta Delegada de Defensa de Madrid. Ens aporta una panoràmica general dels fets centrada en la seva trajectòria i, fonamentalment, en l'actuació que ell va tenir en la formació i consolidació de les indústries de guerra de Madrid.

Així mateix, és útil per a comprendre la correlació de forces existent dins del bàndol republicà i copsar, des de l'òptica anarcosindicalista, la influència dels comunistes en certes decisions de la guerra al comptar amb el suport de l'ajut soviètic. Altres aspectes que cal destacar d'aquesta entrevista són l'esclat de l'aixecament militar a Madrid i a València, el funcionament i problemes que tingué la Junta de Madrid i l'actuació del general Miaja en el seu sí, la posició de Negrín davant de l'acabament de la guerra i, per últim, l'intent d'arribar a negociar una pau amb condicions amb el bàndol franquista portat a terme per la Junta de Casado.

Durant l'entrevista intervé de forma tangencial R2 (home jove). Donat la durada de l'entrevista, aquesta té una segona sessió sense datar que es detecta en la cara 3. Alguns noms propis no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat esmentats pel testimoni.

Bibliografia consultada:

—Mera, Cipriano. *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*. Ruedo Ibérico. París, 1976.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Thomas, Hugh. *La Guerra Civil Española*. Grijalbo. Barcelona, 1978.

ANTONIO IZU BELZUNCE

Data naixement. 05-07-1913

Lloc naixement. Navarra (Echauri).

Militància: CA

Professió: Camperol * Requetè

Professió posterior:

Tema: GC Navarra * GC Espanya

Lloc històric. Navarra (Echauri) * Navarra (Pamplona) * Logroño * Logroño (Alfaro) * Soria * Burgos (Aranda de Duero) * Madrid (Somosierra) * Madrid (Madarcos).

Data entrevista: 12-04-1975 * 13-04-1975

Durada entrevista: 4 h, 45 min

Transcripció: 93ps.*Ll.

Sigles testimoni: AIB

Cota: A1 E5 (199-200-201-202).

Autorització: A

Resum: El testimoni d'Antonio Izu, petit propietari agrícola d'Echauri i oficial del Requetè, ens aporta tot un seguit d'experiències centrades fonamentalment en la ideologia i la tradició carlista dels camperols navarresos que, moguts per la defensa d'unes creences que ells veien ultratjades pel règim liberal i republicà, van participar en allò que avui dia —1974— encara creuen va ser una

«cruzada».

Com a membre de la primera columna que surt en direcció a Madrid —la columna García Escámez— el testimoni participa en la pressa d'Alfaro, Logronyo, Sòria fins arribar a la zona de Somosierra. Al llarg del seu relat es destaquen a més del s aspectes relacionats amb els fets de guerra, la repressió de guerra i de la reraguarda, les relacions del carlisme amb el nacionalisme basc, les diferències amb els falangistes, així com la situació del camp a Navarra, l'Estatut d'Estella, i l'organització militar —el Requetè— dels carlistes.

La transcripció ha plantejat alguns problemes i hi ha algun petit fragment de l'entrevista que resta en blanc i algun nom propi no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat.

Bibliografia consultada:

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta, Barcelona, 1987.

—Ugarte Tellería, Javier. *La nueva Covadonga insurgente*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1998.

DAVID JATO MIRANDA

Data naixement. 00-00-1917

Lloc naixement. Asturias (província).

Militància: FE * SEU

Professió: Estudiant Enginyeria

Professió posterior:

Tema: GC Madrid

Lloc històric: Madrid

Data entrevista: 12-06-1974

Durada entrevista: 2 h, 45 min

Transcripció: 54ps.*Ll.

Sigles testimoni: DJM Cota: A1 E4 (154-162).

Autorització: A

Resum: Aquesta entrevista té com un dels seus principals objectius, el de conèixer de primera mà les activitats desenvolupades en la reraguarda republicana pel moviment denominat com a «quinta columna» i les seves actuacions en la ciutat de Madrid que, segons la versió del testimoni, van ser crucials per arribar a la conclusió del conflicte amb el lliurament pacífic de la capital a les forces triomfadores.

Altres aspectes ha tenir en compte són la vida universitària del Madrid de la II República, les activitat del Sindicat Espanyol Universitari, el retrat polític-ideològic que fa d'en José Antonio Primo de Rivera, les causes que van portar a la guerra civil, i l'estratègia d'en Franco davant de la guerra civil.

La transcripció no ha plantejat gaires problemes tècnics i només algun nom propi no ha estat possible contrastar amb fonts escrites i figura tal com s'ha enregistrat

Bibliografia consultada:

—Jato Miranda, David. *Madrid, capital republicana*. Acervo. Barcelona 1976.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

ANTONIO JIMÉNEZ DEL RAYO

Data naixement. 00-00-1920

Lloc naixement: Córdoba

Militància: FE

Professió: Estudiant

Professió posterior:

Tema: GC Andalusia

Lloc històric. Córdoba * Córdoba (Fernán-Núñez) * Córdoba (Espejo) * Córdoba (Castro del Río) * Córdoba (Baena).

Data entrevista: 10-08-1973

Durada entrevista: 2 h

Transcripció: 66ps.*Ll.

Sigles testimoni: AJR

Cota: A1 E2 (87-88).

Autorització: A

Resum:

NARCISO JULIÁN SANZ

Data naixement. 00-00-1913

Lloc naixement:

Militància: PCE

Professió: Ferroviari

Professió posterior:

Tema: GC Madrid * GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona * Front d'Aragó * Madrid * Alacant * Alacant (Albatera).

Data entrevista: 14-12-1973

Durada entrevista: 3 h, 45 min

Transcripció: 103ps.*Ll.

Sigles testimoni: NJ

Cota: A1 E1-E2 (52-53-57).

Autorització: A

Resum:

LAURA KELLER ARQUIAGA

Data naixement. 03-10-1905

Lloc naixement: Burgos

Militància: NA

Professió: Mestressa

Professió posterior: Professora

Tema: GC Madrid

Lloc històric: Madrid * Alacant

Data entrevista: 29-03-1974

Durada entrevista: 1 h, 10 min

Transcripció: 33ps.*Ll.

Sigles testimoni: LKA

Cota: A1 E6 (246).

Autorització: A

Resum: Laura Keller Arquiaga, esposa del coronel d'Estat Major Federico de la Iglesia Navarro —militar fidel a la República—, ens narra les seves vivències personals i fa un retrat de la trajectòria del seu marit durant el període de la República, la guerra i l'exili. Resident a Madrid viu en aquesta ciutat fins el mes de febrer del 37, per a traslladar-se a Alacant, Barcelona i, finalment, tornar amb el seu marit a Alacant on ell prendrà el camí de l'exili i ella restarà un temps a Madrid fins que podrà sortir cap Anglaterra on es trobarà amb el seu marit.

L'entrevista es centra en l'experiència d'una mestressa de casa casada amb un militar republicà que actuà durant el setge de Madrid, la batalla de Terol i en la zona de Llevant i que sempre es mantingué en una actitud professional però compromesa amb la República. Apart d'això, l'entrevistada relata aspectes relacionats amb l'ambient que hi havia a Madrid abans de l'esclat de la guerra

entre els sectors de dretes, amb la vida a la reraguarda, els bombardeigs, els problemes de proveïments, els registres, o els emboscats. A més, l'entrevistada fa un petit retrat del seu sogre, Celedonio de la Iglesia.

La transcripció no ha plantejat molts problemes, tan sols un nom propi no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat, i algun fragment no ha estat possible de transcriure i figura amb un espai en blanc. Bibliografia consultada:

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Salas Larrazábal, Ramón. *Historia del Ejército Popular de la República*. Editora Nacional. Madrid, 1973.

FAUSTINO LASTRA

Data naixement. 00-00-1918

Lloc naixement: Mèxic

Militància: FE

Professió: Estudiant Dret

Professió posterior:

Tema: GC Astúries

Lloc històric. Asturias * Asturias (Oviedo) * Madrid * Asturias (Tineo).

Data entrevista: 14-05-1974

Durada entrevista: 1 h, 50 min

Transcripció: 40ps.*Ll.

Sigles testimoni: FLA

Cota: A1 E4 (171-175).

Autorització: A

Resum: El testimoni de Faustino Lastra, estudiant de Dret i militant de base de la Falange, ens aporta la visió d'un jove de classe acomodada que s'adscriu al feixisme però sense una formació política sòlida. Serà així com, amb posterioritat als primers moments de l'esclat de la guerra civil, ell s'anirà allunyant progressivament de les rengles falangistes per a prendre unes posicions més properes a l'esperit democràtic i humanista.

L'entrevista es centra en el darrer període republicà anterior al conflicte, la seva militància falangista, la guerra a Astúries, la repressió «nacionalista», i, pel fet de ser ciutadà mexicà, el seu abandó del bàndol franquista per anar-se a Mèxic. Altres temes tractats són el model de «señorito» falangista, un episodi d'espiritisme, aspectes de l'exili republicà, i la seva actuació personal davant de l'afusellament de Julián Grimau.

La transcripció no ha plantejat gaires problemes, i tan sols alguns noms propis no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats.

Bibliografia consultada.

—Robert, Paul (dir.). *Lepetit Robert 2*. Dictionaries Le Robert. París, 1987.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Salas Larrazábal, Ramón. *Historia del Ejército Popular de la República*. Ed. Nacional. 4 vols. Madrid, 1973.

FRANCISCO LEÓN

Data naixement. 00-00-1917

Lloc naixement: Sevilla (Guillena).

Militància: JC * JSU * PCE

Professió: Obrer

Professió posterior:

Tema: GC Andalusia

Lloc històric. Sevilla * Sevilla (Guillena).

Data entrevista: 06-09-1973

Durada entrevista: 2 h, 15 min

Transcripció: 52ps.*Ll.

Sigles testimoni: LEONDIAZ

Cota: A1 E2-E3 (101-115).

Autorització: A

Resum:

PAULINO LEÓN ÁLVAREZ

Data naixement. 00-00-1916

Lloc naixement. Asturias (Mieres).

Militància: PSOE

Professió: Camperol

Professió posterior: Minaire

Tema: GC Astúries

Lloc històric. Asturias (Mieres) * Asturias (Oviedo).

Data entrevista: 13-03-1975

Durada entrevista: 1 h, 30 min

Transcripció: 50ps.*FB

Sigles testimoni: PLA

Cota: A1 E5-E6 (230-243).

Autorització: A

Resum:

JOSÉ LÓPEZ REY Y ARROJO

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement: Madrid?

Militància: PSOE * FUE

Professió: Historiador de l'Art

Professió posterior: Historiador de l'Art

Tema: GC Madrid * GC Catalunya

Lloc històric: Madrid * València * Barcelona * Toledo (Illescas).

Data entrevista: 28-06-1974

Durada entrevista: 1 h, 45 min Transcripció: 49ps.*Ll.

Sigles testimoni: JLR

Cota: A1 E3 (150-151).

Autorització: A

Resum:

EUGENIO LOSTAU ROMÁN

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement:

Militància: FE * SEU

Professió: Estudiant Fil. i Lletres

Professió posterior: Professor universitari

Tema: GC Madrid

Lloc històric: Madrid * Toledo (Torrijos).

Data entrevista: 11-09-1974

Durada entrevista: 1 h, 5 min

Transcripció: 24ps.*Ll.

Sigles testimoni: ELO

Cota: A1 E3 (133).

Autorització: A

Resum: En primer lloc, cal fer esment de la personalitat del testimoni. Tal com figura en els documents de R. Fraser i en el seu llibre, el testimoni és nomenat Eugenio Lortán, però a partir de la primera transcripció vam descobrir que quan ell mateix es citava, deia Eugenio Lostau. A més, la seva identificació com professor universitari ens va fer anar a la recerca de més dades i així en el llibre Who's who in Spain (Barcelona, 1963) figura el nom d'Eugenio Lostau Román, antic combatent, membre del SEU i de la Falange, professor universitari i casat amb M.ª Nieves González Echeverría, i el testimoni en l'entrevista cita al germà de la seva dona com Martín Echeverría. Per tots aquests fets creiem que el nom del testimoni és el d'Eugenio Lostau Román.

L'entrevistat, estudiant universitari durant el període de la República i membre del SEU i la Falange, participà en aquest moviment i durant les jornades de juliol del 36 a Madrid defensà la caserna de la Montaña fins a la seva rendició, moment en el qual va poder escapolir-se i, posteriorment, restà amagat en un pis fins pràcticament la caiguda de la capital.

Dels temes que tracta cal destacar les causes de la seva adscripció a Falange, les actuacions durant el període republicà i principalment durant el Front Popular —que ell planteja com una època d'enfrontaments i de domini marxista—, la seva participació en l'aixecament militar a Madrid el juliol del 36 i, finalment, les activitats de la Falange clandestina i la presa de poder per part d'ells un cop es produeix la desfeta republicana.

La transcripció no ha plantejat problemes, excepte en el cas de certs noms propis dels que no hem trobat referències. Només hi ha un moment en que intervé de forma totalment tangencial un home que figura com R2. Beau Brummell (p. 9) és un personatge anglès de principis del XIX model d'elegància.

Bibliografia consultada.

—Jato Miranda, David. *Madrid, capital republicana*. Acervo. Barcelona, 1976.

—Payne, Stanley G. *Falange. A History of Spanish Fascism*. Stanford University Press. Stanford, CA, 1961.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Thomas, Hugh. *La Guerra Civil Española*. Urbión. Madrid, 1979.

MANUEL LUNA RIVERA

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement: Córdoba (Pozoblanco).

Militància: NA

Professió: Mestre

Professió posterior. Mestre

Tema: GC Andalusia

Lloc històric: Córdoba (Pozoblanco) * Córdoba (Valle de los Pedroches).

Data entrevista: 28-08-1973

Durada entrevista: 2 h, 20 min

Transcripció: 83ps.*Ll.

Sigles testimoni: MLR Cota: A1 E2 (94-96).

Autorització: A

Resum:

JOAN MANENT PESAS

Data naixement. 22-04-1902

Lloc naixement: Barcelona (Badalona).

Militància: CNT

Professió: Obrer vidre * Fabricant llexiu * Dirigent obrer

Professió posterior:

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona (Badalona).

Data entrevista: 26-04-1975

Durada entrevista: 2 h, 25 min

Transcripció: 78ps.*Ll.

Sigles testimoni: JMP

Cota: A1 E1 (33-34).

Autorització: A

Resum:

LUIS MAPELLI

Data naixement. 00-00-1911 Lloc naixement:

Militància: NA

Professió: Advocat

Professió posterior: Advocat

Tema: GC Andalusia

Lloc històric. Córdoba * Córdoba (Espejo) * Ciudad Real * Málaga

Data entrevista: 25-06-1973

Durada entrevista: 1 h, 45 min

Transcripció: 64ps.*Ll.

Sigles testimoni: LMAP

Cota: A1 E2 (79-81).

Autorització: A

Resum:

JUAN MARÍN

Data naixement. 00-00-1914

Lloc naixement:

Militància: CNT * FAI

Professió: Agent comercial

Professió posterior:

Tema: GC Andalusia

Lloc històric: Sevilla * Madrid * Jaén * Jaén (Linares) * Alacant

Data entrevista: 15-09-1973

Durada entrevista: 3 h

Transcripció: 63ps.*Ll.

Sigles testimoni: JMARIN

Cota: A1 E3 (110-111).

Autorització: A

Resum: Com aspectes a destacar de la transcripció, cal dir que el testimoni —sevillà— té un marcat accent andalús i, per tant, dels plurals normalment no pronuncia la s final, a més té una dicció bastant ràpida el que dificulta a vegades la comprensió del relat.

Al llarg de l'entrevista quan fa referència a «ellos» o «éstos» vol dir els franquistes. Al no trobar cap altra referència que la cita del testimoni, alguns dels

noms citats a l'índex poden no ser del tot correctes.

Fonamentalment l'entrevista aporta informació sobre la formació i funcionament dels grups anarquistes sevillans, així com sobre la reraguarda republicana durant la guerra a la província de Jaén.

Només intervé un altra persona —dona— i de forma tangencial durant l'entrevista i figura com R2.

Bibliografia consultada:

—Abad de Santillán, Diego. *El anarquismo y la revolución en España*. Ed. Ayuso. Madrid, 1976.

—Alloucherie, Jean. *Nits de Sevilla*. Ed. Europa-América. Barcelona-Madrid, s. d.

—Brademas, J. *Anarcosindicalismo y revolución en España*. Ed. Ariel. Barcelona, 1974.

—Delicado, Manuel. *Cómo se luchó en Sevilla*. Ed. Partido Comunista. Barcelona, 1937.

—Kaplan, Temma. *Orígenes sociales del anarquismo en Andalucía*. Ed. Crítica. Barcelona, 1977.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Ed. Planeta. Barcelona, 1987.

ANDRÉS CECILIO MÁRQUEZ TORNERO

Data naixement. 00-00-1912

Lloc naixement: Córdoba (Pozoblanco).

Militància: JIR * IR

Professió: Funcionari

Professió posterior:

Tema: GC Madrid

Lloc històric. Madrid * València * Alacant (Camp dels Ametllers) * Alacant (Albatera).

Data entrevista: 02-07-1974

Durada entrevista: 2 h, 35 min

Transcripció: 52 ps*Ll.

Sigles testimoni: ANMAR

Cota: A1 E3-E6 (119-121-264).

Autorització: A

Resum: Aquesta entrevista té una part en la que el testimoni llegeix les seves memòries i, pel fet de ser un text escrit, la transcripció no ha estat literal i s'han evitat les repeticions i les errades pròpies de la lectura. La resta del discurs del testimoni ha estat transcrit segons els nostres criteris de respecte màxim a l'original oral.

El testimoni, des de la seva posició republicana-liberal, ens apropa a la realitat del Madrid de la guerra (18-VII-36, 7-XI-36, Junta de Defensa…) alhora que defensa la seva alternativa política i social enfront de posicions reaccionàries i revolucionàries.

Només intervenen en l'entrevista i de forma tangencial una dona que figura com R2 i un nen com R3.

Al no trobar cap altra referència que la mencionada pel testimoni, alguns dels noms citats poden no ser correctes. Petits fragments de l'entrevista resten en blanc donat l'inintel·ligible de les paraules del testimoni.

Bibliografia consultada:

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*, Planeta. Barcelona, 1987.

—Salas Larrazábal, Ramón. *Historia del Ejército Popular de la República*. Ed. Nacional. Madrid, 1973.

—Thomas, Hugh. *La Guerra Civil Española*. Grijalbo. Barcelona, 1978.

LEÓN MARTÍN

Data naixement. 00-00-1909

Lloc naixement:

Militància: CNT

Professió: Mecànic

Professió posterior: Mecànic

Tema: GC Andalusia

Lloc històric: Sevilla * Córdoba (Castro del Río).

Data entrevista: 05-08-1973

Durada entrevista: 1 h, 30 min

Transcripció: 39ps.*Ll.

Sigles testimoni: LEMA

Cota: A1 E3 (116).

Autorització: A

Resum: L'entrevistat, membre del moviment llibertari sevillà, ens ofereix una descripció del món obrer a la Sevilla republicana fins els inicis de la guerra civil, de la qual destaquem el 18 de juliol a la mateixa ciutat. Al llarg de l'entrevista, ens demostra conèixer el moviment llibertari tant a nivell estatal com internacional, amb nombroses referències a la Revolució Russa.

Com andalús, el testimoni pronuncia la c com la s. Només intervé un altra persona —home— i de forma tangencial durant l'entrevista i figura com R2.

Bibliografia consultada:

—Archinoff, Pedro. *Guerrillas en la Revolución Rusa*. Ed. Proyección. Buenos Aires, 1973.

—Braojos Garrido, A., L. Alvarez Rey, F. Espinosa Maestre. *Sevilla, 36:*

Sublevación fascista y represión. Muñoz Moya y Montraveta eds. Brenes (Sevilla), 1990.

LÁZARO MARTÍN ESPINERO

Data naixement. 00-00-1919

Lloc naixement: Teruel (Mas de las Matas).

Militància: NA

Professió: Camperol

Professió posterior: Camperol

Tema: GC Aragó

Lloc històric. Teruel (Mas de las Matas) * Zaragoza

Data entrevista: 28-10-1974

Durada entrevista: 1 h, 25 min

Transcripció: 38ps.*Ll.

Sigles testimoni: LME

Cota: A1 E6 (247).

Autorització: A

Resum: Lázaro Martín Espinero, petit propietari camperol de Mas de las Matas (Terol), ens relata amb una considerable objectivitat les seves vivències durant la guerra civil en un poble on es va practicar el col·lectivisme. La seva família, sembla que donada la pertinença al Sindicato Agrícola, va ser repressaliada i el seu pare i el seu germà van ser afusellats i ell va haver de participar forçosament en la col·lectivitat fins novembre de 1937 que fuig al bàndol nacional on romandrà com a soldat fins el final de la guerra, amb destí a Saragossa.

Els temes de més relleu al llarg de l'entrevista són les condicions de vida i l'economia camperola de Mas de las Matas; l'anàlisi que fa de la col·lectivitat; la problemàtica amb els individualistes enfront de la col·lectivitat i, en aquest cas, principalment amb els membres d'Izquierda Republicana contraris a la

col·lectivitat; la repressió de reraguarda; la situació que viu quan es passa al bàndol nacional i la realitat que es troba a Saragossa; i alguna petita referència al moment actual del país.

La transcripció no ha plantejat molts problemes, només algun fragment confus resta sense transcriure i figura amb una línia en blanc, i algun nom propi no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat.

CARLOS MARTÍNEZ

Data naixement. 20-07-1899

Lloc naixement. Asturias (Gijón).

Militància: PRRS * IR?

Professió: Metge

Professió posterior: Metge

Tema: GC Astúries

Lloc històric. Asturias (Oviedo) * Asturias (Gijón) * Barcelona * Girona (Figueres).

Data entrevista: 13-09-1975

Durada entrevista: 4 h, 45 min

Transcripció: 88ps.*FB

Sigles testimoni: CM

Cota: A1 E5-E6 (235-237-239).

Autorització: A

Resum:

VICTORIA MARTÍNEZ

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement: Zaragoza?

Militància: PCE

Professió: Modista

Professió posterior:

Tema: GC Aragó

Lloc històric: Zaragoza

Data entrevista: 10-03-1974

Durada entrevista: 3 h, 50 min

Transcripció: 133ps.*Ll.

Sigles testimoni: VM

Cota: A1 E1 (4-5).

Autorització: A

Resum:

ALEJANDRO MARTÍNEZ GIL

Data naixement. 00-00-1900

Lloc naixement: Castella

Militància: NA * Catòlic

Professió: Capellà

Professió posterior: Capellà

Tema: GC Astúries

Lloc històric. Asturias (Luanco) * Asturias (Gijón) * Madrid * Madrid (El Pardo).

Data entrevista: 16-09-1974

Durada entrevista: 2 h, 50min

Transcripció: 65ps.*Ll.

Sigles testimoni: AMAGI

Cota: A1 E3 (120-145-146).

Autorització: A

Resum: El testimoni, rector d'una parròquia d'un barri benestant de Madrid, ens apropa a la situació de l'Església catòlica perseguida a l'Espanya republicana i, concretament, a Astúries lloc al que es traslladà poc abans de l'esclat de la guerra i on restà fins el final.

Tot i declarar-se partidari de la causa franquista, el fet d'haver viscut fins 1937 a l'Espanya republicana i des d'aquesta data fins l'acabament de la guerra en territori «alliberat», fa que el testimoni realitzi crítiques a l'actuació d'ambdós bàndols, sempre, lògicament, des d'una perspectiva catòlica conservadora.

Al no trobar cap altra referència que la mencionada pel testimoni, alguns dels noms citats poden no ser correctes. Petits fragments de l'entrevista resten en blanc donat l'intel·ligible de les paraules del testimoni.

Quan el testimoni empra «nosotros» es refereix als franquistes o «nacionales», i quan empra «ellos» es refereix als republicans o «rojos».

Les parts que corresponen a les cares 3 i 4 de les cintes, es van enregistrar amb posterioritat a la data en la que es va iniciar l'entrevista (16-IX-1974).

Bibliografia consultada:

—Cárcel Ortí, Vicente. *La persecución religiosa en España durante la Segunda República (1931-1939)*. Rialp. Madrid, 1990.

—Marquina Barrio, Antonio. *La diplomacia vaticana y la España de Franco (1936-1945)*. CSIC. Madrid, 1983.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*, Planeta. Barcelona, 1987.

MISAEL MARTÍNEZ HERNÁNDEZ

Data naixement. 00-00-1914

Lloc naixement. Asturias (Laviana).

Militància: JS * JSU

Professió: Minaire Professió posterior:

Tema: GC Astúries

Lloc històric. Asturias (Laviana) * Asturias (S. Esteban de las Cruces) * Asturias (Oviedo) * Vizcaya (Bilbao).

Data entrevista: 11-03-1975

Durada entrevista: 25 min

Transcripció: 13ps.*FB

Sigles testimoni: MMH

Cota: A1 E5 (232).

Autorització: A

Resum:

RAMÓN MARTÍNEZ HERNÁNDEZ

Data naixement. 00-00-1918

Lloc naixement. Asturias (Ribadesella).

Militància: JS * UGT

Professió: Obrer construcció

Professió posterior:

Tema: GC Astúries

Lloc històric. Asturias (Ribadesella) * Asturias (Gijón).

Data entrevista: 11-03-1975

Durada entrevista: 15 min

Transcripció: 8ps.*FB

Sigles testimoni: RMH

Cota: A1 E5 (232).

Autorització: A

Resum:

RÉGULO MARTÍNEZ SÁNCHEZ

Data naixement. 00-00-1893

Lloc naixement: Toledo (província).

Militància: IR

Professió: Professor

Professió posterior:

Tema: GC Madrid

Lloc històric. Guadalajara (Centenera) * Madrid * Segovia * Segovia (Cuéllar, presó) * Jaén (Carmona, presó) * Barcelona * França (París) * Toledo (Méntrida).

Data entrevista: 01-05-1974

Durada entrevista: 2 h, 25 min

Transcripció: 93ps.*Ll.

Sigles testimoni: RMAS

Cota: A1 E3-E4 (126-153-162-172-173).

Autorització: A

Resum: L'entrevistat, com excapellà i catòlic progressista, ens aporta una valuosa informació sobre la problemàtica de l'Església durant la II República i la guerra civil. També coneix de primera mà la situació de Madrid, del partit Izquierda Republicana, del que en forma part en la direcció de la capital i, així mateix, desvetlla l'actitud de Manuel Azaña davant de la guerra.

Altres aspectes que ens il·lustra l'entrevista són: la repressió «incontrolada» i la creació dels tribunals populars; com a testimoni dels Fets de Maig i de la situació a Barcelona; les negociacions finals de la Junta de Casado per a l'acabament de la guerra; i el sector progressista i republicà de l'Església en contraposició al sector conservador.

A partir de la cara 5 (cinta 126) s'inicia l'entrevista amb Josefa Monterde —la seva dona— que apareix com R2 i que anteriorment intervé de forma tangencial, no obstant aquesta entrevista finalitza amb un seguit de preguntes a Régulo Martínez. El testimoni de Josefa Monterde ens narra les seves vicissituds en el Madrid assetjat i és útil per entendre la vida quotidiana de la capital. Josefa Monterde té entrevista pròpia (veure cinta 153).

Bibliografia consultada:

—*Guías Rápido*. Guía de Madrid. Rápido. Barcelona, 1932.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

JOSÉ MATA CASTRO

Data naixement. 00-00-1911

Lloc naixement. Asturias (S. Martín del Rey Aurelio).

Militància: PSOE * UGT

Professió: Minaire

Professió posterior:

Tema: GC Astúries

Lloc històric. Asturias (S. Martín del Rey Aurelio) * Asturias (Hueria de S.

Andrés) * León * Asturias (Oviedo) * Asturias (Sama de Langreo).

Data entrevista: 22-04-1975

Durada entrevista: 3 h, 5 min

Transcripció: 85ps.*Ll.

Sigles testimoni: JM

Cota: A1 E1 (8-9-19).

Autorització: A

Resum:

JOSÉ MEDINA NAVAJAS

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement:

Militància: NA

Professió: Agent comercial

Professió posterior: Agent comercial

Tema: GC Andalusia

Lloc històric: Córdoba

Data entrevista: 19-07-1973

Durada entrevista: 2 h, 5 min

Transcripció: 45ps.*Ll.

Sigles testimoni: JMN

Cota: A1 E2 (84-85).

Autorització: A

Resum:

RAFAEL DE MEDINA Y VILLALONGA [DUC DE MEDINACELI]

Data naixement. 12-08-1905

Lloc naixement. Vizcaya (Bilbao).

Militància: FE

Professió: Propietari agrícola * Empresari

Professió posterior: Propietari agrícola * Empresari

Tema: GC Andalusia

Lloc històric. Sevilla * Sevilla (Pilas).

Data entrevista: 05-04-1974

Durada entrevista: 1 h, 5 min

Transcripció: 25ps.*Ll.

Sigles testimoni: RMED

Cota: A1 E4 (172).

Autorització: A

Resum: El testimoni tracta, principalment, la situació del camp andalús i en especial a l'entorn de Pilas i la seva zona d'influència El Aljarafe i els fets a Sevilla en els dies següents al 18 de juliol de 1936. Altres temes referenciats són el clima pre-revolucionari anterior a l'esclat de la guerra civil, el complot comunista internacional contra Espanya, la repressió d'ambdós bàndols, la reraguarda nacional en el període de Queipo. Al llarg de l'entrevista són nombroses les cites al llibre del testimoni titulat Tiempo pasado, publicat a Sevilla, 1971. A l'índex hem fet constar el nom de Luis de Medina que és el pare del testimoni.

Tres noms que consten en l'índex no els hem pogut contrastar amb altres fonts i figuren tal com són citats pel testimoni: Rafael Beca, García Tadell i Joaquín Romero Morube. A la plana 21 el citat Antonio Bahamonde y Sánchez és autor del llibre Un año con Queipo. Memorias de un nacionalista, Ed. Españolas, Barcelona,

1938. A la plana 22 el citat Antonio Sancho Corbacho és autor de Edificios religiosos y objetos de culto saqueados y destruidos por los marxistas en los pueblos de la provincia de Sevilla, Sevilla, 1937.Durant l'entrevista intervé puntualitzant alguna qüestió un home R2 sense identificar.

Bibliografia consultada:

—Braojos Garrido, A., L. Alvarez Rey, F. Espinosa Maestre. *Sevilla, 36. Sublevación fascista y represión*. Muñoz Moya y Montraveta editores. Sevilla, 1990.

—García Durán, Juan. *1936-1939 Bibliography of the Spanish Civil War*. El Siglo. Montevideo, 1964.

—Patronato Nacional del Turismo. *Sevilla*. Guías «España». Espasa-Calpe. Madrid, 1930.

LUIS MICHELENA ELISSALT

Data naixement. 00-00-1916

Lloc naixement. Guipúzcoa (Rentería).

Militància: PNV

Professió: Administratiu * Militar

Professió posterior:

Tema: GC Euskadi

Lloc històric. Guipúzcoa (Rentería) * Guipúzcoa (Pasajes) * Guipúzcoa (Oyarzun) * Guipúzcoa (Urnieta).

—Vizcaya (Guernica) * Front d'Aragó * Santander (El Dueso).

Data entrevista: 23-11-1974

Durada entrevista: 1 h, 45min

Transcripció: 46ps.*Ll.

Sigles testimoni: LMI

Cota: A1 E4 (194-195).

Autorització: A

Resum: Luis Michelena, jove treballador de Renteria i membre del Partit Nacionalista Basc, participà en l'exèrcit basc on arribà al grau de tinent, prenent part en la campanya del nord fins a la caiguda d'Euskadi; llavors és fet presoner i traslladat al penal d'El Dueso. L'agost de 1937 és condemnat en consell de guerra per rebel·lió militar a la pena de mort i així romandrà durant més de dos anys, però, finalment, serà alliberat l'any 43.

El testimoni és un bon coneixedor de la realitat social i política basca del període de la II República i la guerra civil, fonamentalment en els temes relacionats amb el nacionalisme basc, el món del treball, la formació i actuació de l'exèrcit basc, la repressió de reraguarda i la posterior del franquisme, així com alguna referència al moment històric en què té lloc l'entrevista —l'any 1974—.

La transcripció no ha plantejat grans problemes tot i que el discurs oral del testimoni és repetitiu i a voltes poc fluid. No obstant, resten alguns petits passatges sense transcriure i algun nom propi no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat. Al llarg de l'entrevista intervé de forma tangencial R2 (dona).

Bibliografia consultada.

—Garitaonandía, Carmelo i José Luis de la Granja (eds.). La guerra civil en el País Vasco 50 años después. Servicio Editorial Universidad del País Vasco. Bilbao, 1987.

—González Portilla, Manuel i José María Garmendia. *La guerra civil en el País Vasco. Política y economía*. Siglo XXI. Madrid, 1988.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Salas Larrazábal, Ramón. *Historia del Ejército Popular de la República*. Ed. Nacional. 4 vols. Madrid, 1973.

—Talón, Vicente. *El holocausto de Guernica*. Plaza y Janés. Barcelona, 1987.

JOSÉ MILLÁN CASTRO

Data naixement. 00-00-1907

Lloc naixement. Córdoba (Espejo).

Militància: FE

Professió: Camperol mitjà propietari

Professió posterior:

Tema: GC Andalusia

Lloc històric. Córdoba * Córdoba (Espejo) * Córdoba (Fontalba del Pilar).

Data entrevista: 24-08-1973

Durada entrevista: 1 h, 25 min

Transcripció: 47ps.*Ll.

Sigles testimoni: JMC

Cota: A1 E2 (94-95).

Autorització: A

Resum:

EUSEBIO MINGUILLÓN

Data naixement. 00-00-1908

Lloc naixement. Teruel (Alloza).

Militància: IR

Professió: Camperol

Professió posterior: Camperol

Tema: GC Aragó

Lloc històric. Teruel (Alloza).

Data entrevista: 25-10-1974

Durada entrevista: 1 h, 45 min

Transcripció: 45ps.*Ll.

Sigles testimoni: EMI

Cota: A1 E6 (253).

Autorització: A

Resum: El testimoni d'Eusebio Minguillón és el d'un camperol petit propietari d'Alloza, que participa com a membre d'Izquierda Republicana en la col·lectivitat del poble, fins que es decreta la llibertat de participació i torna a treballar de forma individual. Posteriorment és militaritzat com a minaire i, segons el seu testimoni, per tal d'evitar el ser destinat al front, prendrà la decisió de creuar les línies i anar al bàndol nacional, on serà destinat a diversos batallons de treballadors i finalitzarà la guerra a Santander en un batalló d'ordre públic.

El seu relat ens narra aspectes relacionats amb la pressa de decisions dins la col·lectivitat, l'actuació raonable i moderada de la major part dels responsables del poble, el paper jugat pels individualistes, així com els proveïments, l'economia local i la repressió a la reraguarda.

La transcripció ha plantejat alguns problemes donat la dicció del testimoni i alguns fragments no ha estat possible transcriure i figuren amb un espai en blanc. Així mateix, bastants noms propis no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats. Al llarg de l'entrevista intervé fent alguna aportació testimonial R2 (dona).

JAUME MIRAVITLLES I NAVARRA

Data naixement. 00-00-1906

Lloc naixement: Girona (Figueres).

Militància: ERC

Professió: Polític * Escriptor

Professió posterior: Polític * Escriptor

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona

Data entrevista: 25-02-1974

Durada entrevista: 3 h, 40 min

Transcripció: 108ps.*Ll.

Sigles testimoni: JMI

Cota: A1 E1 (37-38-39).

Autorització: A

Resum:

ENRIQUE MIRET MAGDALENA

Data naixement. 12-01-1914

Lloc naixement: Zaragoza

Militància: Catòlic * JCE

Professió: Estudiant Químiques

Professió posterior: Escriptor * Periodista * Teòleg

Tema: GC Madrid

Lloc històric: Madrid

Data entrevista: 03-07-1974

Durada entrevista: 1 h, 15 min

Transcripció: 26ps.*Ll.

Sigles testimoni: EMM

Cota: A1 E6 (257).

Autorització: A

Resum: El testimoni d'Enrique Miret Magdalena, químic i teòleg representant del catolicisme progressista espanyol actual, és el d'un jove estudiant universitari que a l'esclatar la guerra a Madrid viurà diversos episodis de persecució —motivats per les seves creences religioses— que finalment el portaran a haver-se d'amagar durant més de dos anys en unes dependències sota la protecció de l'ambaixada de Paraguai.

El seu discurs està ple de reflexions i anàlisis del paper desenvolupat per l'Església fonamentalment durant el període de la II República, així com referències a les activitats de les Joventuts Catòliques, les influències que va rebre de jove d'altres pensadors catòlics, les vivències en el Madrid en guerra (registres, avals, amagatalls, el túnel de la mort a Carabanchel), la seva posició davant de la «victòria» que per a ell representà la negació dels ideals catòlics i, per acabar, el llarg isolament que patirà durant el franquisme.

El discurs fluït i ben construït del testimoni ha permès una transcripció sense problemes, tan sols un cognom no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat.

Bibliografia consultada.

—Batllori, Miquel i V. M. Arbeloa (eds.). *Església i Estat durant la segona república espanyola, 1931 /1936*. Monestir de Montserrat, 1981.

—*Diccionari d'Història Eclesiàstica de Catalunya*. Claret. Barcelona, 1998.

—Montero, José R. La CEDA. *El catolicismo social y político en la II República*. Ed. Revista de Trabajo. Madrid, 1977.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

JOSEFA MONTERDE

Data naixement. 00-00-1919

Lloc naixement: Madrid

Militància: NA * SR

Professió: Estudiant * Administrativa

Professió posterior:

Tema: GC Madrid

Lloc històric. Madrid * Madrid (Cadalso de los Vidrios).

Data entrevista: 17-06-1974

Durada entrevista: 35 min

Transcripció: 28ps.*Ll.

Sigles testimoni: JMON

Cota: A1 E3-E4 (153).

Autorització: A

Resum: Aquesta entrevista té com a complement la del seu marit, Régulo Martínez Sánchez, on ella intervé fonamentalment a partir de la cara 5 (cinta 126).

En l'entrevista es desenvolupen aspectes relacionats amb el Madrid de la República, guerra i postguerra, tals com vida quotidiana, situació en el front, la quinta columna, la resistència popular i la repressió, amb la perspectiva d'una jove membre del Socors Roig i antifeixista.

Alguns fragments del testimoni no s'han pogut transcriure donat les dificultats pròpies del seu discurs i han restat en blanc. Al llarg de l'entrevista intervé R2 (Régulo Martínez Sánchez).

Bibliografia consultada:

—*Guías Rápido*. Guía de Madrid. Rápido. Barcelona, 1932.

—Morán, Gregorio. *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España 1939-1985*. Planeta. Barcelona, 1986.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

TOMÁS MORA IÑIGO

Data naixement. 00-00-1900

Lloc naixement: Toledo (Talavera de la Reina).

Militància: UGT * PSOE

Professió: Dirigent sindical * Comissari brigada

Professió posterior:

Tema: GC Madrid * GC Espanya

Lloc històric: Toledo (Talavera de la Reina) * Madrid * Cádiz * Málaga * Teruel * Alacant

Data entrevista: 14-09-1974 * 00-09-1974

Durada entrevista: 4 h, 45 min

Transcripció: 115 ps*Ll.

Sigles testimoni: TMO

Cota: A1 E3 (136-137-146).

Autorització: A

Resum: Aquest testimoni, membre de la UGT i del PSOE, ens aporta la seva valuosa visió, com a comissari de brigada, del què constituí el Comissariat General de Guerra dins de l'Exercit republicà. De la molta informació que s'extreu d'aquesta entrevista, destaquem aspectes relacionats amb la caiguda de Màlaga, el front d'Aragó i la batalla de Terol, diversos fets succeïts a la ciutat de València en el període en que ell va ser-hi, el final de la guerra al port d'Alacant, i la seva actuació a Madrid arran de l'esclat de la guerra el juliol del 36. Al llarg de l'entrevista manifesta una actitud objectiva davant dels fets i, en conjunt, critica la influència dels elements comunistes en el sí de les organitzacions socialistes i del govern republicà.

Al llarg de l'entrevista intervenen de manera tangencial R2 (home) i R3 (dona). Del context de l'entrevista es desprèn que la sessió que s'inicia amb la Cara 3, fou realitzada amb posterioritat a la primera —celebrada el 14-IX-1974—, però dins el mateix mes de setembre.

La transcripció no ha presentat problemes importants, excepte en el cas d'algun nom propi que no ha estat possible d'identificar.

Bibliografia consultada:

—Agrupación Socialista d'Elx. PSPV-PSOE (ed.). *Historia del PSOE en Elx. Cien años de historia 1891-1991*. Agrupación Socialista d'Elx. Alacant, 1990.

—Fundación Pablo Iglesias. *El Socialismo en España. Desde la fundación del PSOE hasta 1975*. Fund. P. Iglesias. Vol. 1. Madrid, 1986.

—Heine, Hartmurt. *La Oposición política al franquismo*. Crítica. Barcelona, 1983.

—Martín Nájera, Aurelio. *Fuentes para la historia del PSOE y de las Juventudes Socialistas de España*. Ed. Pablo Iglesias. 2 vols. Madrid, 1991.

—Martín Nájera, Aurelio i González Quintana, Antonio. *Fuentes para la historia de la Unión General de Trabajadores*. Ed. Pablo Iglesias. Madrid, 1988.

—Morán, Gregorio. *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España 1939-1985*. Planeta. Barcelona, 1986.

—Rosal, Amaro del. *Historia de la UGT de España*, 1910-1939. Grijalbo. Barcelona, 1977.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Salas Larrazábal, Ramón. *Historia del Ejército Popular de la República*. Ed. Nacional. 4 vols. Madrid, 1973.

AQUILINO MORAL MENÉNDEZ

Data naixement. 05-08-1893

Lloc naixement. Asturias (La Felguera).

Militància: POUM * CNT

Professió: Metal. lúrgic

Professió posterior:

Tema: GC Astúries

Lloc històric. Asturias (La Felguera) * Asturias (Oviedo) * Asturias (Gijón).

Data entrevista: 06-03-1975

Durada entrevista: 2 h, 30 min

Transcripció: 81ps.*FB

Sigles testimoni: AMM

Cota: A1 E5-E6 (231-270).

Autorització: A

Resum:

JOAQUÍN MORATINOS

Data naixement. 00-00-1918

Lloc naixement: Burgos (Castrojeriz).

Militància: FE

Professió: Administratiu

Professió posterior: Administratiu

Tema: GC Castella

Lloc històric. Burgos (Castrojeriz).

Data entrevista: 06-11-1974

Durada entrevista: 1 h

Transcripció: 31ps.*Ll.

Sigles testimoni: JMOR

Cota: A1 E4 (176-177-179).

Autorització: A

Resum: Joaquín Moratinos, membre del petit sector de serveis de

Castrojeriz, de mentalitat de dretes, afiliat amb posterioritat al 18 de juliol de 1936 a Falange, voluntari en la guerra civil, i alcalde durant la dictadura franquista, ens aporta un coneixement detallat de la realitat econòmica i social d'aquesta vila castellana al llarg de gran part del segle XX, donat, principalment, el fet d'haver treballat durant més de quaranta anys com auxiliar en el Registre de la Propietat de Castrojeriz. La transcripció no ha plantejat grans problemes, i tan sols alguns noms propis no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats. Al llarg de l'entrevista intervenen de forma tangencial R2 (home), i R3 (dona).

SALUD MORENO GARRIDO

Data naixement. 06-06-1925

Lloc naixement: Córdoba (Castro del Río).

Militància: FIJL

Professió: Estudiant

Professió posterior: Mestressa

Tema: GC Andalusia

Lloc històric. Córdoba (Castro del Río) * Córdoba (Lopera) * Jaén (Las Cuatro Casas).

Data entrevista: 14-07-1973

Durada entrevista: 1 h, 15 min

Transcripció: 54ps.*Ll.

Sigles testimoni: SMG

Cota: A1 E2 (83).

Autorització: A

Resum:

JOSÉ M.ª MOUTAS MERAS

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement. Asturias (Oviedo).

Militància: AP * CEDA

Professió: Advocat

Professió posterior: Advocat

Tema: GC Astúries

Lloc històric: Asturias (Oviedo).

Data entrevista: 25-09-1974

Durada entrevista: 1 h, 55 min

Transcripció: 28ps.*FB

Sigles testimoni: JMMM

Cota: A1 E3-E6 (139-242).

Autorització: A

Resum:

JUAN IGNACIO MUGURUZA

Data naixement. 00-00-1912

Lloc naixement:

Militància: NA

Professió: Enginyer * Empresari

Professió posterior: Enginyer * Empresari * Banquer

Tema: GC Euskadi

Lloc històric. Vizcaya (Bilbao) * Madrid * Huesca (Bolea) * Barcelona

Data entrevista: 25-03-1975

Durada entrevista: 1 h, 35 min

Transcripció: 33ps.*Ll.

Sigles testimoni: JIMU

Cota: A1 E5 (219-227).

Autorització: A

Resum: L'entrevistat és un jove enginyer industrial que té —des de l'any 1935— al seu càrrec l'empresa familiar de construccions metàl·liques que serà militaritzada durant la guerra. El seu testimoni ens aporta la visió empresarial dels conflictes socials anteriors a la guerra i la situació que visqueren com empresa militaritzada. Tot i manifestar-se apolític, el testimoni un cop es produeix la caiguda de Bilbao es presenta voluntari a l'exèrcit franquista on arribarà a ser tinent i actuarà en el front d'Aragó en l'arma d'Artilleria i posteriorment serà destinat a Logronyo com a tinent d'Aviació on finalitzarà la guerra i la seva carrera militar per a retornar als negocis familiars i, més tard, al sector bancari. Cal fer esment que és un dels primers professors que a la postguerra reprenen els cursos de l'Escola d'Enginyers de Bilbao.

Al llarg de l'entrevista intervenen R2 (home) que fa explicacions, aclariments i preguntes, i R3 (dona) que no intervé. Tant el testimoni com R2 utilitzen alguna vegada frases i paraules en anglès. La transcripció no ha plantejat molts problemes, tan sols alguns noms propis no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats; algun petit fragment no ha estat possible de transcriure i figura en blanc.

Bibliografia consultada:

—Garitaonandía, Carmelo i José Luis de la Granja (eds.). *La Guerra Civil en el País Vasco 50 años después*. Servicio Editorial UPV. Bilbao, 1987.

—González Portilla, Manuel et al, (eds.). *Industrialización y nacionalismo. Análisis comparativos*. Ed. Universitat Autònoma de Barcelona. Bellaterra, 1985.

—González Portilla, Manuel i José María Garmendia. *La guerra civil en el País Vasco. Política y economía*. Siglo XXI. Madrid, 1988.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta.

Barcelona, 1987.

LORENZO MUÑOZ DE HERRERA

Data naixement. 00-00-1911

Lloc naixement:

Militància: PRRS * UGT * JS * JSU

Professió: Funcionari

Professió posterior: Funcionari

Tema: GC Madrid

Lloc històric. Navarra (Pamplona) * Guipúzcoa (San Sebastián) * Santander * Madrid * Barcelona

Data entrevista: 11-07-1974

Durada entrevista: 1 h, 5 min

Transcripció: 28ps.*Ll.

Sigles testimoni: LOMU

Cota: A1 E3 (121-122).

Autorització: A

Resum: El testimoni, jove funcionari d'adscripció republicana, va combatre durant la guerra civil en el front de Madrid, tot i que amb anterioritat va presenciar l'esclat de la guerra a Pamplona des d'on va poder marxar a Donostia, després a

Santander i, en vaixell, a França per retornar a Madrid on va restar, excepte una petita estada a Barcelona, enquadrat en l'exèrcit republicà fent funcions principalment burocràtiques. Al finalitzar la guerra va estar condemnat a tres anys i amb posterioritat va tornar a exercir de funcionari públic.

Com a tema clau de l'entrevista, destaquem la visió que ens dóna del front de Madrid i de la vida quotidiana a la ciutat assetjada.

JOSÉ MUÑOZ SÁEZ

Data naixement. 00-00-1897

Lloc naixement: Santander

Militància: UGT * JS * PSOE

Professió: Treballador Alfa

Professió posterior: Propietari taller

Tema: GC Andalusia * GC Euskadi

Lloc històric. Córdoba * Guipúzcoa (Eibar) * Vizcaya (Bilbao).

Data entrevista: 24-03-1975

Durada entrevista: 1 h, 10 min

Transcripció: 19ps.*Ll.

Sigles testimoni: JMUSA

Cota: A1 E5 (226-227).

Autorització: A

Resum: En aquesta entrevista ens sembla apreciar que l'entrevistador es veu en la impossibilitat d'extraure els temes que inicialment es preveien, donat que el testimoni no es centra ni en el període ni en les qüestions tractades i s'estima més seguir el seu discurs que, en molts casos, s'apropa a la mera desqualificació dels contraris però sense aportar cap documentació que ho justifiqui.

Al no trobar cap altra referència que la mencionada pel testimoni, alguns dels noms citats poden no ser correctes. Alguns petits fragments de l'entrevista resten en blanc donat l'inintel·ligible de les paraules del testimoni.

RICARDO MUÑOZ SUAY

Data naixement. 28-08-1917

Lloc naixement: València

Militància: FUE * JS * JSU * PCE

Professió: Estudiant

Professió posterior: Cineasta

Tema: GC País Valencià * GC Espanya

Lloc històric: València * Madrid * Alacant

Data entrevista: 05-02-1974

Durada entrevista: 2 h, 40 min

Transcripció: 72ps.*Ll.

Sigles testimoni: RMS

Cota: A1 E2 (74-78).

Autorització: A

Resum:

GONZALO NÁRDIZ BENGOETXEA

Data naixement. 25-11-1905

Lloc naixement. Vizcaya (Bermeo).

Militància: ANV

Professió: Industrial * Polític Professió posterior:

Tema: GC Euskadi

Lloc històric. Vizcaya (Bilbao) * Guipúzcoa (San Sebastián) * Vizcaya (Baracaldo) * Santander (Santoña)* Santander (Laredo) * França (Saint-Jean-de Luz o Sant Joan Lohitzune).

Data entrevista: 08-04-1975

Durada entrevista: 2 h, 5 min

Transcripció: 38ps.*Ll.

Sigles testimoni: GNB

Cota: A1 E5 (203-214).

Autorització: A

Resum: Gonzalo Nárdiz, com a membre d' Acció Nacionalista Basca, va formar part de la Junta de Defensa de Biscaia en la comissaria d'armament i allotjament de tropes i, posteriorment, entrà en el govern d'Euskadi com a conseller d'agricultura. El seu testimoni tracta els aspectes relacionats amb la seva trajectòria durant la República i la guerra civil, així com sobre els orígens i desenvolupament d'Acció Nacionalista Basca dins de l'espai polític del nacionalisme basc que, tot i ser hegemonitzat pel PNB, va saber donar una alternativa més progressista i desvinculada de l'Església.

Del conjunt de l'entrevista destaquem l'anàlisi que fa del nacionalisme basc, la creació de la Junta de Defensa de Biscaia i la situació de Bilbao durant els primers mesos de la guerra, l'actuació del testimoni en la conselleria d'agricultura del govern basc, la relació personal que tenia amb el lehendakari Aguirre, els intents de negociació amb els italians a Santoña, el govern basc durant la guerra i l'exili.

La transcripció ha plantejat alguns problemes donat el soroll de trànsit intens que a vegades es produeix i, per tant, hi ha algun fragment de l'entrevista que resta en blanc i algun nom propi no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat. El testimoni quan diu «aquí» es refereix a França, ja que l'entrevista té lloc a Baiona, i quan diu «allí» es refereix a Euskadi o Espanya. Així mateix el testimoni cita com Ulíbarri Gámir al general Gámir Ulíbarri.

Bibliografia consultada:

—Garitaonandía, Carmelo i José Luis de la Granja (eds.). *La Guerra Civil en el País Vasco 50 años después*. Servicio Editorial UPV. Bilbao, 1987.

—González Portilla, Manuel i José María Garmendia. *La guerra civil en el País Vasco*. Política y economía. Siglo XXI. Madrid, 1988.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Salas Larrazábal, Ramón. *Historia del Ejército Popular de la República*. Editora Nacional. Madrid, 1973.

ÁNGEL NAVARRO NOEL

Data naixement. 00-00-1903

Lloc naixement:

Militància: CNT

Professió: Camperol

Professió posterior: Camperol

Tema: GC Aragó

Lloc històric. Teruel (Alloza) * Barcelona

Data entrevista: 25-10-1974

Durada entrevista: 2 h

Transcripció: 55ps.*Ll.

Sigles testimoni: ANAN

Cota: A1 E6 (250).

Autorització: A

Resum: Ángel Navarro Noel, membre de la CNT durant els anys vint a Barcelona, fou nomenat president del comitè d'Alloza en el període de la guerra quan en el poble es va desenvolupar un procés col·lectivista amb uns trets diferencials, ja que en general els camperols seguien treballant les mateixes terres, però agrupades per grups d'afinitats familiars o d'amistat. La seva actuació com a màxima autoritat municipal cercà en tot moment el respecte a les persones i evitar qualsevol mena de repressió; d'aquesta manera, si s'exceptua la repressió de reraguarda de l'estiu del 36, durant la qual ell no era alcalde, en el seu poble no es va produir cap acte violent.

El testimoni és un petit camperol pràcticament analfabet, però amb prou criteri i ètica per assumir la seva responsabilitat, amb una mentalitat possibilista al

marge de les ideologies imperants i amb uns coneixements procedents de la saviesa popular pròpia dels camperols del seu entorn. Els principals temes que es desenvolupen al llarg de l'entrevista són els relacionats amb el funcionament de la col·lectivitat d'Alloza, les transformacions que van tenir lloc al poble, la mentalitat i les actituds dels camperols enfront de la política i dels sindicats, fonamentalment en aquest darrer cas la CNT, l'actuació d el comitè d'Alloza i cal destacar també la relació personal del testimoni amb el dirigent llibertari i cap de milícies Saturnino Carod.

La transcripció ha plantejat algun problema donat la dicció a voltes confusa del testimoni, restant petits fragments sense transcriure que figuren amb un espai en blanc, i algun nom propi no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat. El testimoni empra un castellà ple de modismes propis amb influències catalanes.

MIGUEL NÚÑEZ GONZÁLEZ

Data naixement. 00-00-1920

Lloc naixement: Madrid

Militància: FUE * JSU * PCE

Professió: Estudiant

Professió posterior: Polític

Tema: GC Madrid * GC Espanya

Lloc històric: Madrid * Alacant

Data entrevista: 10-12-1973

Durada entrevista: 1 h, 10 min

Transcripció: 37ps.*Ll.

Sigles testimoni: MN

Cota: A1 E1-E2 (51-59).

Autorització: A

Resum:

JOSÉ NÚÑEZ LARRAZ

Data naixement. 00-00-1916

Lloc naixement:

Militància: JIR

Professió: Treballador premsa * Carrabiner

Professió posterior:

Tema: GC Castella * GC Madrid

Lloc històric: Madrid * Salamanca * Madrid (Alto del León) * França (La Guingueta d'Ix o Bourg-*Madame*) * Lleida * Ávila (Ramacastañas).

Data entrevista: 21-11-1974

Durada entrevista: 40 min

Transcripció: 27ps.*Ll.

Sigles testimoni: JNL

Cota: A1 E4 (184-190).

Autorització: A

Resum: José Núñez Larraz, jove castellà de família acomodada, pertany des d'abans de l'inici del conflicte a les Joventuts d'Izquierda Republicana. L'esclat de la guerra el sorprèn a Madrid quan amb un grup d'atletes anava a participar a la frustrada Olimpíada Popular de Barcelona. S'inscriu voluntari en el Batalló Octubre i lluita a la serra de Madrid i evoluciona cap a posicions properes a les JSU tot i mantenir-se independent. Posteriorment ingressa en el Cos de Carrabiners i es destinat a Catalunya on és nomenat oficial i des d'on passa a França on, durant un període curt, roman en un camp de la zona de Bourg-Madame, per tornar a Espanya on després d'un altre període d'empresonament és posat en llibertat —mitjançant un suborn— i fa el servei militar. Serà denunciat anònimament, però la causa instruïda no tindrà efectes. L'entrevista no té un gran contingut informatiu i molts dels temes que apareixen no s'aprofundeix en ells i només es donen petites

referències. Tot i això, destaquem aspectes relacionats amb l'organització de l'Olimpíada Popular, Madrid i el seu front durant els primers mesos de la guerra, el Cos de Carrabiners, la caiguda de Catalunya, el camp de Bourg-Madame, el dipòsit de presoners de guerra de la Seu de Lleida, i la justícia i la repressió franquista.

La transcripció no ha plantejat problemes importants i només algun nom no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat. Al llarg de l'entrevista intervé de forma tangencial R2 (home).

NATIVIDAD DE OAR-ARTETA (cunyada).

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement. Vizcaya (Guernica).

Militància: CA

Professió: Mestressa

Professió posterior. Mestressa

Tema: GC Euskadi

Lloc històric. Vizcaya (Guernica) * Vizcaya (Bilbao).

Data entrevista: 07-04-1975

Durada entrevista: 1 h

Transcripció: 28ps.*Ll.

Sigles testimoni: NOAA

Cota: A1 E5 (212-214).

Autorització: A

Resum: El testimoni de Natividad, cunyada dels germans Oar-Arteta, és el d'una dona de sentiments i d'ideologia carlista tradicionalista, que va viure a Guernica durant la guerra. Els aspectes més destacats de l'entrevista, a banda de la seves vivències familiars, són la vida i la repressió a la reraguarda basca, que ella mateixa va patir, l'experiència directa del bombardeig de Guernica, la postguerra a

Euskadi i certs trets del carlisme basc.

La transcripció no ha plantejat grans problemes, tot i que alguns noms propis no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats.

Bibliografia consultada.

—Garitaonandía, Carmelo i José Luis de la Granja (eds.). *La guerra civil en el País Vasco 50 años después*. Servicio Editorial UPV-EHU. Bilbao, 1987.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Talón, Vicente. *El holocausto de Guernica*. Plaza y Janés. Barcelona, 1987.

DIONISIO OAR-ARTETA

Data naixement. 00-12-1897

Lloc naixement. Vizcaya (Ajanguiz).

Militància: NA * Catòlic

Professió: Capellà

Professió posterior: Capellà

Tema: GC Euskadi

Lloc històric. Vizcaya (Guernica) * Guipúzcoa (Aulestia) * Bèlgica

Data entrevista: 06-04-1975

Durada entrevista: 1 h, 5 min

Transcripció: 22ps*Ll.

Sigles testimoni: DOA

Cota: A1 E5 (212-213).

Autorització: A

Resum: Dionisio Oar-Arteta, capellà de sentiment nacionalista, fou testimoni directe del bombardeig de la vil·la de Guernica el 26-IV-1937 i sobre aquest fet es centra l'entrevista, a més de tractar també aspectes relacionats amb l'Església basca durant la II República i la guerra i les colònies infantils de nens refugiats a Bèlgica on ell va participar.

La transcripció no ha plantejat grans problemes, tot i que hi ha algun petit fragment de l'entrevista que resta en blanc i alguns noms propis no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats.

Bibliografia consultada:

—Garitaonandía, Carmelo i José Luis de la Granja (eds.). *La guerra civil en el País Vasco 50 años después*. Servicio Editorial UPV-EHU. Bilbao, 1987.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Talón, Vicente. *El holocausto de Guernica*. Plaza y Janés. Barcelona, 1987.

JOSÉ ANTONIO OAR-ARTETA

Data naixement. 00-00-1900

Lloc naixement. Vizcaya (Ajanguiz).

Militància: NA * Catòlic

Professió: Capellà

Professió posterior: Capellà

Tema: GC Euskadi

Lloc històric. Vizcaya (Guernica) * Vizcaya (Marquina) * Santander (Santoña) * Bèlgica

Data entrevista: 06-04-1975

Durada entrevista: 1 h, 10 min

Transcripció: 25ps*Ll.

Sigles testimoni: JOA

Cota: A1 E5 (212).

Autorització: A

Resum: El testimoni de José Antonio Oar-Arteta, capellà de sentiments nacionalistes, es centra principalment en el seu coneixement indirecte del bombardeig de Guernica, la vida i la repressió a la reraguarda basca, el paper de l'Església basca durant el conflicte i el seu exili a Bèlgica on treballa amb els infants refugiats i a França on restarà fins 1947.

La transcripció no ha plantejat grans problemes, tot i que hi ha algun petit fragment de l'entrevista que resta en blanc i alguns noms propis no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats. Al llarg de l'entrevista intervé fent aclariments R2 (dona).

Bibliografia consultada:

—Garitaonandía, Carmelo i José Luis de la Granja (eds.). *La guerra civil en el País Vasco 50 años después*. Servicio Editorial UPV-EHU. Bilbao, 1987.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Talón, Vicente. *El holocausto de Guernica*. Plaza y Janés. Barcelona, 1987.

M.ª ROSA OCHOA

Data naixement. 00-00-1923

Lloc naixement: Barcelona

Militància: NA (republicà).

Professió: Estudiant

Professió posterior:

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona (Gràcia).

Data entrevista: 20-01-1974

Durada entrevista: 1 h, 20 min

Transcripció: 43ps.*Ll.

Sigles testimoni: MO

Cota: A1 E2 (72-75).

Autorització: A

Resum:

URBANO ORAD DE LA TORRE

Data naixement. 00-00-1903

Lloc naixement: Sevilla?

Militància: UMRA * PSOE

Professió: Militar

Professió posterior:

Tema: GC Madrid

Lloc històric. Madrid * Jaén (Andújar) * Jaén (Sta. M.-ª de la Cabeza) * Almería * Sevilla

Data entrevista: 18-09-1973

Durada entrevista: 1 h

Transcripció: 38 ps*Ll.

Sigles testimoni: UOT

Cota: A1 E3 (114).

Autorització: A

Resum: L'entrevista ens informa, des de l'òptica d'un militar compromès amb la República, sobre el context prerevolucionari del període de govern del Front Popular, amb els casos del tinent Castillo i Calvo Sotelo. Així mateix, és molt interessant per a conèixer la situació militar de Madrid el juliol del 36 i la constitució d'un exèrcit popular. El testimoni relata els fets ocorreguts a Madrid fins el 8 de novembre de 1936 data en la qual anà a València.

Només intervé un altre persona —home— i de forma tangencial durant l'entrevista i figura com R2.

No hem pogut trobar cap referència sobre el topònim que el testimoni cita com Arrebatacapa, port situat a la serralada del front de Madrid. Al no trobar cap altra referència que la cita del testimoni, alguns dels noms indexats poden no ser del tot correctes.

RAFAEL OTERO

Data naixement. 00-00-1920

Lloc naixement: Madrid?

Militància: JS * JSU * PSOE Professió: Militar Estudiant

Professióposterior: Practicant (ATS).

Tema: GC Madrid

Lloc històric. Madrid * Madrid (Vicálvaro) * Madrid (Rascafría) * Madrid (Buitrago).

Data entrevista: 24-09-1974

Durada entrevista: 1 h, 10 min

Transcripció: 27ps.*Ll.

Sigles testimoni: ROT

Cota: A1 E3 (137).

Autorització: A

Resum: El testimoni d'aquest jove estudiant madrileny de família treballadora i de pare socialista, ens narra les seves impressions que com a membre de les Joventuts Socialistes va rebre essent adolescent durant la II República i la guerra civil. Lògicament, les vivències no tenen, per tant, la transcendència o l'anàlisi profund que podrien tenir les d'homes més adults en el moment dels fets, però tenen això sí més espontaneïtat i sinceritat, i la forma d'exposar el passat des de l'avui es basa en una òptica prou objectiva.

Del discurs del testimoni destaquem aspectes com les Joventuts Socialistes i la posterior creació de les JSU, Madrid durant 1936-1939, els grups Alerta d'ajut al front, la crítica a l'actuació dels comunistes dins les JSU, i la repressió de postguerra (amb una referència a l'afer de «Las trece rosas») i la clandestinitat.

Al llarg de l'entrevista intervé fent algun aclariment R2 (home). La transcripció no ha plantejat gaires problemes tècnics, i només alguns noms propis no ha estat possible contrastar amb fonts escrites.

IGNACIA OZAMIZ

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement. Vizcaya (Ibarranguelva o Elejalde).

Militància: NA

Professió: Mestressa

Professió posterior. Mestressa

Tema: GC Euskadi

Lloc històric. Vizcaya (Guernica).

Data entrevista: 02-04-1975

Durada entrevista: 1 h, 5 min

Transcripció: 26ps.*Ll.

Sigles testimoni: IOZ

Cota: A1 E5 (211).

Autorització: A

Resum: Ignacia Ozamiz és una mare de família amb quatre fills petits, de sentiment nacionalista però sense afiliació específica, que fou testimoni directe del bombardeig que el dia 26 d'abril de 1937 destruí la simbòlica vil·la de Guernica. L'entrevista es centra en les vivències del testimoni i en els fets esmentats, a més de tractar altres aspectes com la vida quotidiana a la reraguarda, el paper del seu marit com a responsable d'ANB a Guernica, la postguerra en el País Basc, la problemàtica dels fills refugiats a França i la ideologia dels nacionalistes bascos.

La transcripció no ha plantejat grans problemes i tan sols alguns noms propis o topònims no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats. Al llarg de l'entrevista intervenen fent aclariments els fills d'Ign acia Ozamiz, R2 (dona), R3 (home), i R4 (dona).

Bibliografia consultada:

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Talón, Vicente. *El holocausto de Guernica*. Plaza y Janés. Barcelona, 1987.

MARIO OZCOIDI CIRAUQUI

Data naixement. 00-00-1910

Lloc naixement: Navarra

Militància: CA

Professió: Funcionari * Oficial Requetè

Professió posterior:

Tema: GC Navarra

Lloc històric: Navarra (Pamplona) * Logroño

Data entrevista: 10-04-1975

Durada entrevista: 45 min

Transcripció: 24ps*Ll.

Sigles testimoni: MOC

Cota: A1 E5 (199-203).

Autorització: A

Resum: El testimoni de Mario Ozcoidi, capità del terç de requetès de Navarra i funcionari de la Diputació Foral, és útil per entendre la mentalitat del carlisme navarrès i l'ambient que es vivia durant el període de la II República i el començament de la guerra civil a Navarra, tot i ser un testimoni limitat per un discurs atropellat i a voltes confós i que cau sempre en el tòpics i lloc comuns de la dreta tradicionalista com, per exemple, la conspiració comunista o la justificació de la guerra com una creuada d'arrel civil i militar. No obstant això, al llarg de l'entrevista es destaca la força del carlisme com a moviment popular en la zona de Navarra i País Basc. Altres aspectes que es tracten són l'Estatut d'Estella, el Partit Nacionalista Basc, i l'organització militar —el Requetè— dels carlistes.

La transcripció ha plantejat alguns problemes, donat la dicció del testimoni, i hi ha fragments de l'entrevista que resten en blanc i algun nom propi no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat.

Bibliografia consultada:

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Ugarte Tellería, Javier. *La nueva Covadonga insurgente*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1998.

ANSELMO PAÑEDA COTO

Data naixement. 00-00-1915

Lloc naixement. Asturias (Barredos).

Militància: JS * UGT

Professió: Minaire

Professió posterior:

Tema: GC Astúries

Lloc històric. Asturias (Barredos) * Asturias (Oviedo) * Vizcaya * Asturias (Laviana).

Data entrevista: 11-03-1975

Durada entrevista: 1 h

Transcripció: 24ps.*FB

Sigles testimoni: APC

Cota: A1 E6 (243).

Autorització: A

Resum:

FRANCESC PASCUAL

Data naixement. 00-00-1906

Lloc naixement: Girona (L'Escala).

Militància: URR * PS

Professió: Camperol

Professió posterior:

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Girona (L'Escala).

Data entrevista: 24-01-1974

Durada entrevista: 1 h, 55 min

Transcripció: 55ps.*Ll.

Sigles testimoni: FP Cota: A1 E2 (64-66).

Autorització: A

Resum:

ALBERTO PASTOR PALENCIA

Data naixement. 00-00-1910

Lloc naixement: Valladolid (Villalba de los Alcores).

Militància: JONS * FE-JONS * FET-JONS * CNS

Professió: Camperol propietari * Militar

Professió posterior: Camperol propietari

Tema: GC Castella

Lloc històric: Valladolid (Tamariz de Campos) * Valladolid * Ávila *

Valladolid (Villalba de los Alcores).

Data entrevista: 17-11-1974

Durada entrevista: 2 h, 20 min

Transcripció: 67ps.*Ll.

Sigles testimoni: APP

Cota: A1 E4 (182-183).

Autorització: A

Resum: L'entrevista amb Alberto Pastor Palencia, membre de les JONS de Valladolid i pertanyent a una família de classe acomodada amb mitjana propietat de la terra, ens aporta la visió d'un home d'idees nacional-sindicalistes amb la qual cosa pretén situar-se per sobre de la política de partits i dibuixar una difosa i «pendent» —encara a 1974— revolució que hauria de permetre una transformació més justa i equilibrada de la riquesa del país.

Els temes més destacats del conjunt de l'entrevista són la situació del camp a la província de Valladolid, aspectes relacionats amb les JONS i la Falange, el clima social i polític anterior a l'esclat de la guerra, aspectes relacionats amb la seva actuació durant la guerra i la dictadura franquista, i, per últim, la figura del seu pare.

La transcripció, donat el discurs atropellat del testimoni, ha plantejat problemes i certs passatges s'han hagut d'interpretar i algunes expressions massa ràpides no ha estat possible de transcriure i figuren en blanc, així com alguns noms propis no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats. Al llarg de l'entrevista intervé de forma tangencial R2 (dona).

L'entrevista va iniciar-se el dia 17-XI-1974, però a partir de la cara 3 (I) cinta 183 té lloc una segona sessió celebrada el 18-XI-1974.

PEDRO

Data naixement. 00-00-1918

Lloc naixement: Madrid

Militància: CNT

Professió: Treballador * Estudiant * Militar

Professió posterior:

Tema: GC Madrid

Lloc històric: Madrid * Alacant * Alacant (Albatera) * València (Portaceli).

Data entrevista: 08-05-1974

Durada entrevista: 1 h, 25min

Transcripció: 40ps.*Ll.

Sigles testimoni: PEDRO

Cota: A1 E4 (169-173).

Autorització: A (Anònim).

Resum: Sota el nom anònim de Pedro, s'amaga el testimoni d'un madrileny, militant de base cenetista, que a l'esclat de la guerra civil tenia divuit anys. Amb certes dosis de passió i amb la perspectiva que aporta el temps, ens narra els fets per ell viscuts els primers mesos del conflicte a Madrid i, posteriorment, ja com a tinent de l'Exèrcit Popular en el front de Llevant. Finalment, com soldat republicà que és fet presoner en el port d'Alacant, viurà la caiguda de la República i els camps de concentració i presons franquistes.

Altres aspectes que sorgeixen al llarg de l'entrevista seran la participació de la CNT en el poder durant la guerra, la repressió a la reraguarda republicana en comparança amb la franquista, la resistència popular en el setge de Madrid, la integració de les columnes en l'Exèrcit Popular, l'opinió crítica envers la persona del coronel S. Casado, la confrontació entre anarcosindicalistes i comunistes, i l'experiència personal en el port d'Alacant, camp d'Albatera i camp de Paterna.

L'entrevista no ha plantejat molts problemes a l'hora de la transcripció, no obstant algunes expressions no ha estat possible de reconèixer i resten sense transcriure. En relació als noms propis, alguns no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats. El testimoni empra algun cop el terme «esta gente» per referir-se als franquistes. El llibre que s'esmenta d'E. de Guzmán deu ser, segons les nostres recerques, El año de la victoria, Madrid, 1974.

Bibliografia consultada:

—*Guías Rápido*. Guía de Madrid. Rápido. Barcelona, 1932.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Salas Larrazábal, Ramón. *Historia del Ejército Popular de la República*. Ed. Nacional. 4 vols. Madrid, 1973.

ANTONIO PÉREZ

Data naixement. 00-06-1920

Lloc naixement:

Militància: JS * FUE * JSU * PSOE * PCE

Professió: Estudiant prof.mercantil

Professió posterior:

Tema: GC Madrid

Lloc històric. Madrid * València (Algar de Palancia) * València * Guadalajara (Almiruete).

Data entrevista: 03-06-1974

Durada entrevista: 4 h, 5 min

Transcripció: 89ps.*Ll.

Sigles testimoni: APE

Cota: A1 E4 (156-157-161).

Autorització: A

Resum: El testimoni, fill d'Antonio Pérez García —representant de la UGT en el Consell Nacional de Defensa presidit pel coronel S. Casado—, participà ja des de jove en els moviments estudiants i polítics a través de la FUE i de les Joventuts Socialistes. Posteriorment, ingressa en les JSU i al llarg de la guerra anirà prenent partit cada vegada més per les tesis defensades pel PCE, fins a la seva adhesió ja quasi al final del conflicte.

En aquest testimoni trobem, podríem dir, la radiografia del jove militant socialista i, alhora, la trajectòria de molts altres joves que participaren en la guerra. Ell, personalment, ingressa en Artilleria on passarà a ser comissari de batalló en el front de Llevant.

Aspectes que es destaquen en el seu discurs són: el funcionament de la FUE; el procés d'unificació que donà lloc a les JSU; valoració de l'actuació del PSOE, PCE i CNT durant la guerra; el paper dels comissaris; la guerra de columnes; la caiguda del front de Llevant; la resposta davant la constitució del Consell Nacional de Defensa; la repressió de postguerra a Madrid i la clandestinitat antifranquista.

La transcripció no ha plantejat problemes de realització, només alguns noms que no ha estat possible contrastar amb altres fonts, figuren tal com s'han enregistrat.

Bibliografia consultada:

—Fundación Pablo Iglesias. *El Socialismo en España. Desde la fundación del PSOE hasta 1975*. Fund. P. Iglesias. Vol. 1. Madrid, 1986.

—Martín Nájera, Aurelio. *Fuentes para la historia del PSOE y de las Juventudes Socialistas de España*. Ed. Pablo Iglesias. 2 vol. Madrid, 1991.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

INDALECIO PÉREZ

Data naixement. 00-00-1919

Lloc naixement: Teruel (Mas de las Matas).

Militància: NA

Professió: Camperol

Professió posterior: Camperol

Tema: GC Aragó

Lloc històric: Teruel (Mas de las Matas).

Data entrevista: 28-10-1974

Durada entrevista: 45 min

Transcripció: 22ps.*Ll.

Sigles testimoni: IPE Cota: A1 E6 (248).

Autorització: A

Resum: Indalecio Pérez, jove camperol d'una família de petits propietaris agraris de Mas de las Matas, té en el moment de l'esclat de la guerra i de la declaració del comunisme llibertari uns disset anys, per tant, i segons el seu testimoni, no és gaire conscient dels fets que van succeir en el seu poble, tot i participar dins de la col·lectivitat, assistir a la biblioteca de l'ateneu que es va crear tot just llavors, i que en els primers moments, donat les desavinences amb el seu pare, va deixar de treballar les terres familiars per anar a treballar en un menjador públic i en la col·lectivitat fins que la família també ingressa; posteriorment, al desfer-se la col·lectivitat, tornaran a treballar les terres familiars.

El testimoni tracta fonamentalment temes relacionats amb la vida camperola com el sistema de treball, l'economia familiar, la mentalitat i com van viure els canvis que es van produir durant el període col·lectivista.

La transcripció no ha plantejat molts problemes, tan sols algun petit fragment no ha estat possible transcriure i figura amb un espai en blanc. També cal destacar la utilització d'un lèxic característic de la regió que, a vegades, no ha estat possible de contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat.

JOSÉ ANTONIO PÉREZ

Data naixement. 00-00-1934

Lloc naixement: València

Militància: NA

Professió: Infant

Professió posterior:

Tema: GC País Valencià

Lloc històric: València

Data entrevista: 11-02-1974

Durada entrevista: 50 min

Transcripció: 33ps.*MS

Sigles testimoni: JAP

Cota: A1 E1 (44).

Autorització: A

Resum:

ALBERT PÉREZ BARÓ

Data naixement. 00-00-1902

Lloc naixement: Barcelona

Militància: NA

Professió: Escriptor * Sindicalista * Funcionari

Professió posterior: Escriptor

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona

Data entrevista: 03-01-1974

Durada entrevista: 2 h, 35 min

Transcripció: 73ps.*Ll.

Sigles testimoni: APB

Cota: A1 E2 (61-62-63).

Autorització: A

Resum:

ANASTASIO PÉREZ DORADO

Data naixement. 00-00-1916

Lloc naixement: Córdoba

Militància: NA

Professió: Estudiant

Professió posterior: Funcionari

Tema: GC Andalusia

Lloc històric: Córdoba

Data entrevista: 27-07-1973

Durada entrevista: 1 h, 50 min

Transcripció: 71ps.*Ll.

Sigles testimoni: APD

Cota: A1 E2 (85-86-92-93).

Autorització: A

Resum:

FRANCISCO PÉREZ GONZÁLEZ

Data naixement. 00-00-1927

Lloc naixement: Argentina (Buenos Aires).

Militància: FE-JONS (simpatitzant).

Professió: Estudiant

Professió posterior:

Tema: GC Cantàbria

Lloc històric: Santander

Data entrevista: 24-07-1974

Durada entrevista: 1 h, 5 min

Transcripció: 24ps.*Ll.

Sigles testimoni: FPG

Cota: A1 E3 (131-132).

Autorització: A

Resum: El testimoni de Francisco Pérez González —fill d'una família majoritàriament pertanyent a la Falange— és d'interès per a copsar la vida a la reraguarda republicana des de la visió d'un jove de nou anys influït per les idees falangistes de les seves germanes militants actives en la Secció Femenina i en el Socors Blau que actuà a la zona de Santander durant el període de la II República i la guerra civil.

Del conjunt de l'entrevista destaquen aspectes relacionats amb l'ensenyament, la vida quotidiana a la reraguarda de Santander, la repressió republicana i la posterior amb la caiguda del front del nord, les relacions de Falange amb els militars revoltats, la ideologia falangista, i l'ajut estranger a l'Espanya nacional.

La transcripció no ha plantejat problemes importants i només algun nom no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat pel testimoni.

Bibliografia consultada.

—Ortíz de la Torre, Elías. *Guía de Santander*. Patronato Nacional de Turismo. Madrid, 1930.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

LUZ PÉREZ GONZÁLEZ

Data naixement. 00-00-1910

Lloc naixement:

Militància: FE-JONS

Professió: Comerciant

Professió posterior: Comerciant

Tema: GC Cantàbria

Lloc històric. Santander * Santander (Muriedas).

Data entrevista: 17-03-1975 Durada entrevista: 1 h

Transcripció: 26ps.*Ll.

Sigles testimoni: LPG

Cota: A1 E6 (260).

Autorització: A

Resum: Luz Pérez González forma part d'una família espanyola procedent d'Argentina i establerta a Santander l'any 1932 que, segons es desprèn del seu testimoni, eren la mare i tres germans. Les dues germanes grans, Luz i Oliva, ben aviat formaran part de la Falange càntabra, tot i que amb més protagonisme per part d'Oliva. En el cas de Luz es dedicarà més a portar el negoci de papereria familiar i a certes activitats de suport al falangisme.

El testimoni ens narra la seva adscripció a l'ideari falangista, les tasques desenvolupades pel Socors Blau, la repressió i la vida quotidiana a la reraguarda, la seva detenció i empresonament, les activitats de la xarxa d'espionatge del denominat grup San Mamés durant el període de guerra a Cantàbria, la caiguda de Santander i els primers temps del nou règim establert pels militars revoltats.

Al llarg de l'entrevista intervé fent comentaris i aclariments R2 (Oliva Pérez González). La transcripció no ha plantejat molts problemes, no obstant, algun fragment no ha estat possible transcriure i figura amb un espai en blanc i algun nom propi no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat.

Bibliografia consultada:

—García Venero, Maximiano. *Testimonio de Manuel Hedilla*. Acervo. Barcelona, 1972.

OLIVA PÉREZ GONZÁLEZ

Data naixement. 00-00-1914

Lloc naixement:

Militància: FE-JONS * FET-JONS

Professió: Comerciant

Professió posterior:

Tema: GC Cantàbria

Lloc històric: Santander

Data entrevista: 17-03-1975

Durada entrevista: 1 h, 45 min

Transcripció: 45ps.*Ll.

Sigles testimoni: OPG Cota: A1 E6 (260-261).

Autorització: A

Resum: Oliva Pérez González, l'any 1936 és una jove de vint-i-dos anys que treballa en la botiga familiar de papereria, i que durant el darrer període de la II República participa i milita en la Falange de Santander, dins de la Secció Femenina. Al mantenir-se Santander dins la legalitat republicana en el moment del cop militar, ella serà empresonada per les seva activitat política i, posteriorment, amb l'entrada de les tropes nacionals esdevindrà cap provincial de la Secció Femenina, càrrec que deixarà cap a finals de l'any 1938 per motius, segons ella, personals, ja que s'havia de casar, tot i continuar afiliada fins l'actualitat (1975).

El seu testimoni es centra en el paper de la dona dins de la Falange, primer la de José Antonio i Hedilla, i desprès en el nou moviment que sorgeix a partir de la unificació amb el tradicionalisme —FET-JONS—. Admiradora de José Antonio, tan sols esmenta de passada l'afer Hedilla i mai es mostra crítica envers el procés que va portar a la creació del Movimiento. En el seu discurs, fonamentalment

desenvolupa aspectes relacionats amb la dona dins de la Secció Femenina com a complement de l'home, la funció del Servicio Social i certs relats sobre les activitats i militants de la Falange de Cantàbria.

La transcripció no ha plantejat molts problemes, tan sols alguns fragments no ha estat possible transcriure i figuren amb un espai en blanc, i alguns noms propis no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats. Al llarg de l'entrevista intervenen fent comentaris i aclariments R2 (Luz Pérez Gónzalez) R3 (home, marit de Luz Pérez G.). Bibliografia consultada:

Bibliografia consultada:

—García Venero, Maximiano. *Testimonio de Manuel Hedilla*. Acervo. Barcelona, 1972.

—Ortíz de la Torre, Elías. *Guía de Santander*. Patronato Nacional de Turismo. Madrid, 1930.

ENCAR PLAZA

Data naixement. 00-00-1927

Lloc naixement. Alacant (Oriola?).

Militància: NA

Professió: Estudiant

Professió posterior:

Tema: GC Madrid * GC País Valencià * GC Castella

Lloc històric. Alacant (Oriola) * Toledo (Quintanar de la Orden) * Madrid

Data entrevista: 29-08-1973

Durada entrevista: 45 min

Transcripció: 19ps.*Ll.

Sigles testimoni: EPL Cota: A1 E2 (96).

Autorització: A

Resum: El relat d'Encar Plaza és, des de la perspectiva d'una adolescent pertanyent a una família republicana, molt útil per comprendre el drama que van haver de patir moltes famílies republicanes tant al llarg de la guerra civil com en la posterior postguerra.

En el cas concret d'Encar Plaza, trobem que el pare és un republicà moderat, metge, que s'integrarà en la sanitat de guerra i amb la victòria nacional haurà de patir depuració i repressió per la seva fidelitat a la República tot i no haver participat mai en fets de sang, ans al contrari salvar la vida de moltes persones segons es desprèn del testimoni de la seva filla.

Del testimoni destacarem els aspectes relacionats amb la vida quotidiana del Madrid assetjat i les condicions de vida, la caiguda de la capital i la posterior repressió. També es tracten aspectes relacionats amb Oriola (Alacant) i Quintanar de la Orden (Toledo).

En la transcripció caldria verificar el nom d'un carrer de Madrid que figura com Gortubay a la plana 6. Així com completar el nom d'un alcalde d'Oriola que només surt citat com Mazón.

JESÚS DE POLANCO GUTIÉRREZ

Data naixement. 07-11-1929

Lloc naixement: Madrid Militància: NA

Professió: Estudiant

Professió posterior: Advocat * Empresari Tema: GC Madrid

Lloc històric: Madrid * Burgos * Santander

Data entrevista: 05-07-1974

Durada entrevista: 1 h

Transcripció: 21ps.*Ll.

Sigles testimoni: JPOL Cota: A1 E3 (119).

Autorització: A

Resum: Tot al voltant de la visió i els records d'un infant de sis anys —a

l'inici de la guerra civil— en el sí d'una família benestant i de dretes de Madrid, el testimoni és ple dels contrastos d'una persona que ha estat en els dos bàndols, i reflecteix tant la vida quotidiana del Madrid assetjat com, un cop traslladat a l'Espanya nacional, de Burgos i Santander.

Cal confirmar els noms de Gaspar Ges, oncle del testimoni, i Fernando Tráceres, amic del pare. Al llarg de l'entrevista apareixen de forma tangencial dos homes R2 i R3.

EDUARD PONS PRADES

Data naixement. 00-00-1920

Lloc naixement: Barcelona

Militància: CNT

Professió: Militant sindicat fusta CNT

Professió posterior: Periodista

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona

Data entrevista: 15-01-1974

Durada entrevista: 2 h, 50 min

Transcripció: 93ps.*Ll.

Sigles testimoni: EP

Cota: A1 E1-E2 (20-73).

Autoritzaàó: A

Resum:

CÉSAR PONTVIANNE

Data naixement. 00-00-1920

Lloc naixement:

Militància: NA (republicà).

Professió: Estudiant Enginyeria * Soldat

Professió posterior:

Tema: GC Castella

Lloc històric. Salamanca * Batalla de l'Ebre * Salamanca (San Felices) * Salamanca (Lumbrales) * Salamanca (Ahigal de los Aceiteros).

Data entrevista: 21-11-1974

Durada entrevista: 45 min

Transcripció: 25ps.*Ll.

Sigles testimoni: CPO Cota: A1 E4 (190).

Autorització: A

Resum: César Pontvianne, jove estudiant d'enginyeria a Madrid, de família republicana originaria i resident a Ahigal de los Aceiteros (Salamanca) on viu durant els primers temps de la guerra, per, posteriorment, anar a Salamanca i entrar a l'Aviació on farà funcions relacionades amb el subministrament de combustible a l'exèrcit.

Dels temes que es desprenen de l'entrevista, cal destacar el relacionat amb l'expedient de responsabilitats polítiques que es va portar a terme contra la majoria de petits propietaris d'Ahigal de los Aceiteros, aspectes relacionats amb la repressió a la província de Salamanca, la vida a la reraguarda, la propaganda de guerra i els subministraments de l'exèrcit franquista.

Al llarg de l'entrevista intervé amb apreciacions la dona del testimoni R2, i també però de forma tangencial R3 (dona jove). La transcripció no ha plantejat problemes; únicament algunes parts no ha estat possible de transcriure i resten en blanc.

LUIS PORTELA FERNÁNDEZ

Data naixement. 00-00-1901

Lloc naixement: Madrid

Militància: POUM

Professió: Tipògraf

Professió posterior. Tipògraf

Tema: GC Madrid * GC Espanya

Lloc històric. Madrid * Soria * Guadalajara * Guadalajara (Sigüenza) * València * Barcelona

Data entrevista: 31-01-1974

Durada entrevista: 2 h

Transcripció: 58ps.*Ll.

Sigles testimoni: LP

Cota: A1 E2 (58).

Autorització: A

Resum:

POSADAS (pseudònim).

Data naixement. 04-08-1904

Lloc naixement: Córdoba (Posadas).

Militància: NA

Professió: Empleat banca

Professió posterior: Empleat banca

Tema: GC Andalusia

Lloc històric: Córdoba (Posadas).

Data entrevista: 30-08-1973

Durada entrevista: 1 h, 35 min

Transcripció: 37ps.*Ll.

Sigles testimoni: POSADAS

Cota: A1 E2 (98-102).

Autorització: A (Anònim).

Resum:

FRANCISCO POYATOS LÓPEZ

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement: Granada

Militància: NA

Professió: Fiscal

Professió posterior: Fiscal

Tema: GC Andalusia

Lloc històric: Córdoba * Sevilla

Data entrevista: 24-09-1973

Durada entrevista: 1 h, 10 min

Transcripció: 22ps.*Ll.

Sigles testimoni: FPL

Cota: A1 E2 (99-100).

Autorització: A

Resum

JOSEFA POZO PARDO

Data naixement. 00-00-1893

Lloc naixement:

Militància: PSOE

Professió: Mestressa

Professió posterior. Mestressa

Tema: GC Extremadura

Lloc històric. Badajoz (Quintana de la Serena).

Data entrevista: 06-08-1973

Durada entrevista: 2 h, 15min

Transcripció: 81ps.*Ll.

Sigles testimoni: JPP

Cota: A1 E2 (89-90-91).

Autorització: A

Resum:

RAMÓN PRIETO

Data naixement. 00-00-1905

Lloc naixement: Burgos

Militància: PNE * Catòlic * CA

Professió: Treballador pell

Professió posterior: Jubilat

Tema: GC Castella

Lloc històric: Burgos

Data entrevista: 04-11-1974

Durada entrevista: 50 min

Transcripció: 24ps.*Ll.

Sigles testimoni: RPR

Cota: A1 E4 (178-179).

Autorització: A

Resum: El testimoni de Ramón Prieto, treballador, catòlic, membre del Partit Nacionalista Espanyol i del Círculo de Obreros Católicos de Burgos, és interessant per a conèixer la mentalitat i les opcions de tipus polític i social que es defensaven des dels sectors propers a l'Església catòlica durant el període de la II República, guerra i postguerra i, concretament, a Burgos.

Els temes més destacats de l'entrevista són, a més dels aspectes abans esmentats, la figura del dr. José María Albiñana, la confrontació entre catòlics i els identificats com a socialistes partidaris de la implantació del comunisme, la funció dels sindicats, les diferències amb Falange envers el PNE.

La transcripció de l'entrevista no ha plantejat grans problemes, només alguns passatges amb so defectuós i algunes expressions del testimoni no han estat possible de transcriure i resten en blanc, així com alguns noms propis que no han estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat esmentats. Al llarg de l'entrevista intervé fent algun aclariment R2 (home).

HERMENEGILDO PUIG MARTÍ

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement:

Militància: NA

Professió: Enginyer M. T.M.

Professió posterior. Enginyer M. T.M.

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona

Data entrevista: 20-12-1973

Durada entrevista: 1 h, 30 min

Transcripció: 36ps.*Ll.

Sigles testimoni: HPM

Cota: A1 E2 (69).

Autorització: A

Resum:

PRUDENCIO PUMAR CUARTERO

Data naixement. 00-00-1901

Lloc naixement:

Militància: NA

Professió: Advocat * Empresari

Professió posterior: Advocat * Empresari

Tema: GC Andalusia

Lloc històric: Sevilla

Data entrevista: 05-09-1973

Durada entrevista: 35 min

Transcripció: 15ps.*Ll.

Sigles testimoni: PPU

Cota: A1 E2 (102).

Autorització: A

Resum: El relat del testimoni es centra en la seva activitat empresarial com un dels fundadors de l'empresa tèxtil HYTASA durant la guerra civil a Sevilla.

L'entrevista no ha plantejat molts problemes de transcripció, només han restat espais en blanc en les referències a noms propis que no s'han pogut transcriure.

DR. ANTONIO QUINTANA

Data naixement. 00-00-1909

Lloc naixement:

Militància: NA (republicà).

Professió: Metge * Militar

Professió posterior: Metge

Tema: GC Castella

Lloc històric. Salamanca (Villaflores) * Salamanca (Cantalapiedra) * Salamanca (Cantalpino) * Lleida

(Seròs) * Batalla de l'Ebre * Barcelona

Data entrevista: 25-11-1974

Durada entrevista: 2 h

Transcripció: 42ps.*Ll.

Sigles testimoni: AQUINTA

Cota: A1 E5 (196-197).

Autorització: A

Resum: El testimoni del doctor Antonio Quintana recull les seves vivències com a metge abans de la guerra en el poble de Villaflores de la província de Salamanca i, posteriorment, com a tinent metge primer en l'Exèrcit del Nord i

desprès en el cos d'exèrcit Marroquí destinat en el front d'Aragó i participant en fets tals com el cap de pont de Seròs, la batalla de l'Ebre i la pressa de Barcelona.

El doctor Antonio Quintana, home liberal i amb idees properes i simpatitzant de l'Agrupació al Servei de la República i del partit Izquierda Republicana, per la seva professió és un bon coneixedor de la vida social i política de Salamanca i ens aporta informació sobre temes relacionats amb la repressió a la reraguarda, els grups polítics amb presència a la zona (socialistes, falangistes), així com sobre la sanitat militar i els fronts de batalla.

La transcripció no ha plantejat grans problemes, no obstant, resten alguns petits passatges sense transcriure i algun nom propi no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat.

R. B. (pseudònim).

Data naixement. 00-00-1915

Lloc naixement: Córdoba (Baena).

Militància: NA

Professió: Camperol

Professió posterior:

Tema: GC Andalusia

Lloc històric: Córdoba (Baena).

Data entrevista: 06-07-1973

Durada entrevista: 40 min

Transcripció: 14ps.*Ll.

Sigles testimoni: RB

Cota: A1 E2 (82).

Autorització: A (Anònim).

Resum:

MARIO REY JUANEZ

Data naixement. 00-00-1917

Lloc naixement:

Militància: JONS * FE-JONS

Professió: Fuster

Professió posterior:

Tema: GC Madrid Lloc històric: Madrid

Data entrevista: 10-09-1974

Durada entrevista: 2h

Transcripció: 50ps.*Ll.

Sigles testimoni: REJU

Cota: A1 E3 (149).

Autorització: A

Resum: El testimoni d'aquest aleshores jove madrileny militant de les JONS i després de FE-JONS, es centra en les activitats prèvies a l'esclat de la guerra així com en la seva actuació en la caserna de la Montaña el juliol del 36 i els episodis de presó (Model i Porlier) viscuts a Madrid des d'on va anar posteriorment a camps de treball de presoners de guerra. Altres aspectes que cal fer esment: l'actuació dels tribunals populars de justícia en la zona republicana, la formació «jonsista» confrontada a la falangista, i la figura de Ramiro Ledesma.

La transcripció no ha plantejat gaires problemes tècnics, i només alguns noms propis no han estat possible contrastar amb fonts escrites. Durant l'entrevista intervé de forma tangencial R2 (dona).

Bibliografia consultada:

—Montero, José R. *La CEDA. El catolicismo socialy político en la II República*. Ed. Revista del Trabajo. 2 vols. Madrid, 1977.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

JOSEP RIBA ORTÍNEZ

Data naixement. 00-00-1908

Lloc naixement: Barcelona (Igualada).

Militància: NA

Professió: Empresari

Professió posterior: Empresari

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona (Igualada) * Barcelona

Data entrevista: 04-03-1974

Durada entrevista: 25 min

Transcripció: 13ps.*Ll.

Sigles testimoni: JRO

Cota: A1 E1 (38).

Autorització: A

Resum:

ANTONI RIBAS

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement:

Militància: UGT * PSUC

Professió: Obrer

Professió posterior:

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona * Barcelona (Berga).

Data entrevista: 23-02-1974

Durada entrevista: 1 h, 10 min

Transcripció: 40ps.*Ll.

Sigles testimoni: ARI

Cota: A1 E1 (37-41).

Autorització: A

Resum:

ROSA RICART RIBERA

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement: Barcelona?

Militància: NA

Professió: Bibliotecària

Professió posterior: Bibliotecària

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona

Data entrevista: 06-01-1974

Durada entrevista: 1 h, 20 min

Transcripció: 46ps.*Ll.

Sigles testimoni: RRI

Cota: A1 E2 (63).

Autorització: A

Resum:

DIONISIO RIDRUEJO JIMÉNEZ

Data naixement: 12-10-1912

Lloc naixement: Soria (El Burgo de Osma).

Militànàa: FE * PSAD * USDE

Professió: Polític * Poeta

Professió posterior: Polític * Poeta

Tema: GC Castella * GC Espanya

Lloc històric. Segovia * Valladolid * Madrid * Asturias * Salamanca * Barcelona * Catalunya

Data entrevista: 03-07-1974 * 00-07-1974

Durada entrevista: 5 h, 20 min

Transcripció: 201ps.*MS

Sigles testimoni: DRJ

Cota: A1 E3-E6 (121-257-258-259).

Autorització:

Resum: Ideòleg de la Falange, l'entrevista està plantejada per part de l'entrevistat com una reflexió de la seva postura política durant tota la seva vida. Quan va començar a tenir consciència política i la seva evolució, la seva autocrítica per haver recolzat a Franco i la posterior postura davant del que ell defineix com una agressió intolerable a la classe treballadora a través de la repressió. És interessant també per conèixer la història de la Falange, els seus personatges, els seus pactes i l'evolució de la seva ideologia.

És una entrevista gens ingènua, està molt pensat i reflexionat durant anys el que aquí es diu. Frapa la sinceritat i la seriositat que dóna en l'intent d'analitzar fins el fons, del per què dels fets succeïts a la història d'Espanya des d'abans de la guerra civil en relació amb la Falange, i admetre el seu grau de responsabilitat.

MANU ROBLES-ARANGIZ

Data naixement. 26-08-1884

Lloc naixement. Vizcaya (Begoña).

Militància: STV * PNV

Professió: Linotipista * Dirigent sindical * Diputat

Professió posterior: Dirigent sindical Tema: GC Euskadi

Lloc històric. Vizcaya (Bilbao) * França * Navarra (Pamplona).

Data entrevista: 09-04-1975

Durada entrevista: 1 h, 40 min

Transcripció: 30ps.*Ll.

Sigles testimoni: MRO Cota: A1 E5 (215).

Autorització: A

Resum: Manu Robles-Arangiz, ha estat president de Solidaritat de Treballadors Bascos des de 1933 fins al retorn de la democràcia i diputat al Parlament pel Partit Nacionalista Basc durant les tres legislatures del període de la II República.

El seu testimoni es centra en els orígens, desenvolupament i ideologia del sindicat ELA-STB fins al Tardo franquisme, així com les relacions amb el nacionalisme basc i el PNB, la seva actuació com a diputat, l'acció de govern durant la guerra civil, l'Estatut basc, l'ajut als refugiats bascos i l'exili. Cal fer esment també de la teorització que fa sobre la ideologia comunitarista o cooperativista —tractant de superar la lluita de classes— que va a portar-se a terme des de l'esmentat sindicat. La transcripció no ha plantejat grans problemes gràcies a la qualitat de l'enregistrament i al discurs estructurat del testimoni, i tan sols algun nom propi no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha

estat expressat. El testimoni quan diu «el partido» es refereix al PNB.

Bibliografia consultada.

—Garitaonandía, Carmelo i José Luis de la Granja (eds.). *La Guerra Civil en el País Vasco 50 años después*. Servicio Editorial UPV. Bilbao, 1987.

—González Portilla, Manuel et al, (eds.). *Industrialización y nacionalismo. Análisis comparativos*. Ed. Universitat Autònoma de Barcelona. Bellaterra, 1985.

—González Portilla, Manuel i José María Garmendia. *La guerra civil en el País Vasco. Política y economía*. Siglo XXI. Madrid, 1988.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

JOSEP ROBUSTÉ PARÉS

Data naixement. 00-00-1900

Lloc naixement: Tarragona (Valls).

Militància: PS

Professió: Tenedor de llibres * Dirigent sindical

Professió posterior:

Tema: GC Catalunya

Lloc històric. Barcelona * Huesca (Angüés de Siétamo).

Data entrevista: 18-01-1974

Durada entrevista: 2 h, 20 min

Transcripció: 57ps.*Ll.

Sigles testimoni: JROB

Cota: A1 E2 (65-68).

Autorització: A

Resum:

PAULINO RODRÍGUEZ

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement. Asturias (Sotrondio).

Militància: UGT * PSOE

Professió: Minaire

Professió posterior: Minaire

Tema: GC Astúries

Lloc històric: Asturias (Sotrondio).

Data entrevista: 06-03-1975

Durada entrevista: 2 h, 45 min

Transcripció: 54ps.*FB

Sigles testimoni: PR

Cota: A1 E5-E6 (231-245-265).

Autorització: A

Resum:

LEOPOLDO RODRÍGUEZ ALCALDE

Data naixement. 00-00-1921 Lloc naixement:

Militància: SEU

Professió: Estudiant batxillerat

Professió posterior:

Tema: GC Cantàbria

Lloc històric: Santander

Data entrevista: 19-03-1975

Durada entrevista: 1 h, 2 min

Transcripció: 35ps.*Ll.

Sigles testimoni: LRA

Cota: A1 E6 (262).

Autorització: A

Resum: Leopoldo Rodríguez Alcalde, el juliol del 36 és un jove adolescent de Santander que acaba de finalitzar el batxillerat. Fill d'un metge d'idees liberals ben relacionat amb els sectors republicans i progressistes de Cantàbria. La visió que té inicialment el testimoni sobre la República, anirà canviant arran dels fets que es van desenvolupar a partir del fracàs del cop militar i de la creació del Consell de Santander. En ell, com en altres membres de la burgesia, es produeix una mena de desencís envers la República —motivat, segons ell, per l'atac a la religió, la repressió, la manca d'autoritat, etc.—, que el portarà a identificar-se amb els postulats dels revoltats i identificar-se ideològicament amb la Falange. Quan Santander sigui «alliberat», s'enquadrarà en el SEU i, posteriorment, serà cridat a files per a participar en el tram final de la campanya de Catalunya en el front de Lleida.

Els temes més rellevants de l'entrevista són els relacionats amb la ciutat de Santander durant la II República i la guerra, la repressió de reraguarda, la vida quotidiana, així com les valoracions que des del present fa de les causes de la guerra, la repressió posterior i certs retrats d'algunes persones de relleu de la societat càntabra. En tot moment el testimoni dóna la sensació de manifestar-se amb franquesa.

La transcripció ha tingut que fer-se eliminant les constants repeticions que des de l'inici de l'entrevista es produeixen en el discurs del testimoni, possiblement motivades pels nervis o algun problema físic. Hi han fragments que no ha estat possible transcriure i figuren amb un espai en blanc. Alguns noms propis no ha estat possible de contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats.

Bibliografia consultada.

—Ortiz de la Torre, Elías. *Guía de Santander*. Patronato Nacional de Turismo.

Madrid, 1930.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

JUAN RODRÍGUEZ ANIA

Data naixement. 00-00-1927

Lloc naixement. Asturias (Oviedo).

Militància: NA

Professió: Estudiant

Professió posterior: Torner

Tema: GC Astúries

Lloc històric: Asturias (Oviedo) * Unió Soviètica

Data entrevista: 08-03-1975

Durada entrevista: 1 h, 50 min

Transcripció: 22ps.*FB

Sigles testimoni: JRA

Cota: A1 E5 (234-235).

Autorització: A

Resum:

DR. JOSÉ RODRÍGUEZ CONTRERAS

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement:

Militància: NA (republicà) * FE-JONS Professió: Metge

Professió posterior:

Tema: GC Andalusia

Lloc històric: Granada * Málaga (Antequera).

Data entrevista: 18-08-1973

Durada entrevista: 1 h

Transcripció: 9ps.*DC

Sigles testimoni: DRC

Cota: A1 E3 (112).

Autorització: A

Resum: Ronald Fraser relata de viva veu, en anglès, les vivències del Dr. Rodríguez Contreras durant la guerra civil a Granada i com a metge forense d'Antequera. Home de sentiments republicans, fou denunciat i arrestat per socórrer els civils del barri de l'Albaicín que s'havien resistit als militars el juliol del 36. Gràcies a les seves relacions personals, és alliberat després de tres mesos de presó, ingressa a Falange i el tornen a destinar com a metge forense a Antequera. Es narren diversos casos succeïts a Granada i Antequera durant el període de la guerra.

Dins de la col·lecció tan sols trobem un altre cas de relat, el de Dinosio Venegas. La transcripció ha estat realitzada per Dèbora Castel.

BALBINA RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ

Data naixement. 00-00-1905

Lloc naixement:

Militància: NA

Professió: Mestressa

Professió posterior:

Tema: GC Andalusia

Lloc històric: Sevilla (Cantillana).

Data entrevista: 23-09-1973

Durada entrevista: 1 h, 30 min

Transcripció: 39ps.*Ll.

Sigles testimoni: VIUDA

Cota: A1 E2 (99).

Autorització: A

Resum: El testimoni ens aporta l'experiència directa d'una dona, mare de família, i esposa d'un ferroviari que va ser executat en la reraguarda per motius polítics. Els fets es centren en un poble de Sevilla, Cantillana.

Com és normal per la seva procedència, els testimonis pronuncien la «c» com la «s» («seseo») i ometen els plurals en molts casos. Al llarg de l'entrevista, hi han moments en que participen vàries persones alhora, pel que es fa difícil la comprensió de certes expressions i, per tant, això explica els espais en blanc que en alguns casos s'han tingut que deixar. No obstant, per al conjunt del document, aquestes omissions són irrellevants.

Aquest testimoni figura com Juana Sánchez en el llibre Recuérdalo tú y recuérdalo a otros, ps. 215-217.

Relació de persones presents a l'entrevista:

—R. Balbina Rodríguez Fernández («Viuda Ferroviario»).

—R2. Balbina Márquez Rodríguez (filla).

—R3. Pepe Márquez Rodríguez (fill).

—R4. Dona desconeguda (nora?).

—R5. Nen (net).

JUAN RODRÍGUEZ-VIGIL LORENZO

Data naixement. 00-00-1924

Lloc naixement. Asturias (Pola de Lena).

Militància: NA

Professió: Estudiant

Professió posterior:

Tema: GC Astúries

Lloc històric. Asturias (Pola de Lena) * Asturias (Fresnedo).

Data entrevista: 04-03-1975

Durada entrevista: 1 h, 20 min

Transcripció: 27ps.*FB

Sigles testimoni: JRVL

Cota: A1 E5 (236).

Autorització: NOA

Resum:

TOMÀS ROIG LLOP

Data naixement. 00-00-1902

Lloc naixement: Barcelona

Militància: LL

Professió: Advocat * Escriptor

Professió posterior: Advocat * Escriptor

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona

Data entrevista: 19-04-1975

Durada entrevista: 1 h, 10 min

Transcripció: 33ps.*Ll.

Sigles testimoni: TR

Cota: A1 E1 (6-10).

Autorització: A

Resum:

IGNACIO ROMERO Y OSBORNE [MARQUÈS DE MARCHELINA]

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement: Sevilla

Militància: CA

Professió: Propietari agrícola * Militar

Professió posterior: Propietari agrícola

Tema: GC Andalusia

Lloc històric: Sevilla

Data entrevista: 17-09-1973

Durada entrevista: 1 h, 25 min

Transcripció: 27ps.*Ll.

Sigles testimoni: MARCHE

Cota: A1 E2 (105).

Autorització: A

Resum: El testimoni fa una presentació del carlisme llegint un text al llarg de les quatre primeres planes de la transcripció. Com andalús, pronuncia la c com la s i aspira la r.

L'entrevistat aporta un relat sobre el carlisme durant la República i la guerra civil i l'evolució d'aquest moviment fins el Tardofranquisme on el carlisme defensà posicions «progresistes».

ANTONIO ROSELL

Data naixement. 00-00-1905

Lloc naixement. Zaragoza

Militància: PCE

Professió: Fonedor

Professió posterior:

Tema: GC Aragó

Lloc històric: Zaragoza

Data entrevista: 10-03-1974 * 23-10-1974

Durada entrevista: 6 h

Transcripció: 133ps.*Ll.

Sigles testimoni: AR

Cota: A1 E1 (4-5-27-28).

Autorització: A

Resum:

TERESA ROTAECHE

Data naixement. 00-00-1919

Lloc naixement. Vizcaya (Bilbao).

Militància: NA

Professió: Estudiant

Professió posterior:

Tema: GC Euskadi

Lloc històric. Vizcaya (Bilbao) * Gran Bretanya (Illa de Wight) * França (Saint-Jean-de-Luz o Sant Joan Lohitzune).

Data entrevista: 26-03-1975

Durada entrevista: 40 min

Transcripció: 23ps.*Ll.

Sigles testimoni: TRO

Cota: A1 E5 (216-219).

Autorització: A

Resum: Teresa Rotaeche és, en el moment de l'esclat de la guerra civil, una jove de disset anys que es troba cursant estudis a l'illa de Wight. Filla d'una família benestant de la burgesia basca nacionalista, els seus sentiments són profundament nacionalistes, tant política com culturalment, i catòlics. El seu testimoni es centra en la seva experiència escolar durant el període la II República, el seu despertar polític a l'escalf de l'ambient que vivia, el paper de l'Església en el conflicte, així com la seva trajectòria personal que com a exiliada viurà durant tota la guerra en el País Basc francès, no tornant a Bilbao fins l'any 1942.

La transcripció no ha plantejat grans problemes, tot i que algun nom propi no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat. Al llarg de l'entrevista intervenen fent comentaris R2 (Begoña) i R3 (possiblement Concha de Azaola).

Bibliografia consultada:

—Garitaonandía, Carmelo i José Luis de la Granja (eds.). *La guerra civil en el País Vasco 50 años después*. Servicio Editorial UPV-EHU. Bilbao, 1987.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

MACARIO ROYO LISBONA

Data naixement. 00-00-1896

Lloc naixement: Teruel (Mas de las Matas).

Militància: CNT

Professió: Camperol petit propietari

Professió posterior:

Tema: GC Aragó

Lloc històric: Teruel (Mas de las Matas) * Front d'Aragó

Data entrevista: 16-04-1975

Durada entrevista: 2 h

Transcripció: 52ps.*Ll.

Sigles testimoni: MR

Cota: A1 E1 (3-10).

Autorització: A

Resum:

RAMÓN RUBIAL CAVIA

Data naixement. 28-10-1906

Lloc naixement. Vizcaya (Erandio).

Militància: JS * UGT * JSU * PSOE

Professió: Metal. lúrgic * Polític

Professió posterior: Polític

Tema: GC Euskadi

Lloc històric. Vizcaya (Bilbao) * Vizcaya (Ochandiano) * Guipúzcoa

(Villarreal) * Vizcaya (Guernica) * Santander * Vizcaya (Baracaldo).

Data entrevista: 27-03-1975

Durada entrevista: 1 h, 45 min

Transcripció: 41ps.*Ll.

Sigles testimoni: RRC

Cota: A1 E5 (217-218).

Autorització: A

Resum: El testimoni de Ramón Rubial ens informa abastament de l'evolució i desenvolupament del socialisme basc i de la seva actuació durant el període de la II República i la guerra, amb algunes referències a la postguerra i la situació que ell personalment va viure a les presons del franquisme. Dels temes que es desprenen del seu discurs destaquem l'organització i realització de la Revolució d'Octubre del 34 a Euskadi, les relacions entre el socialisme i el nacionalisme basc, la seva participació primer com a tinent i desprès com a comandant en la campanya d'Euskadi, i el seu posterior procés d'empresonament que pateix per la seva activitat política de guerra i clandestina.

La transcripció no ha plantejat grans problemes, ja que el testimoni té un discurs fluït i ben estructurat; tan sols algun nom propi no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat. Al llarg de l'entrevista intervé de forma tangencial R2 (dona).

Bibliografia consultada:

—Garitaonandía, Carmelo i José Luis de la Granja (eds.). *La guerra civil en el País Vasco 50 años después*. Servicio Editorial UPV-EHU. Bilbao, 1987.

—González Portilla, Manuel i José María Garmendia. *La guerra civil en el País Vasco. Política y economía*. Siglo XXI. Madrid, 1988.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Salas Larrazábal, Ramón. *Historia del Ejército Popular de la República*. Editora Nacional. Madrid, 1973.

JORDI RUBIÓ I BALAGUER

Data naixement. 30-01-1887

Lloc naixement: Barcelona

Militància: NA

Professió: Bibliotecari * Investigador

Professió posterior: Bibliotecari * Investigador

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona

Data entrevista: 14-12-1973

Durada entrevista: 1 h, 15 min

Transcripció: 27ps.*Ll.

Sigles testimoni: JR

Cota: A1 E1 (52).

Autorització: A

Resum:

COL. RAMÓN RUIZ FORNELLS

Data naixement. 00-00-1901

Lloc naixement:

Militància: NA

Professió: Militar

Professió posterior:

Tema: GC Madrid

Lloc històric. Madrid * Murcia * Batalla de l'Ebre

Data entrevista: 25-06-1974

Durada entrevista: 1 h, 25 min

Transcripció: 38ps.*Ll.

Sigles testimoni: RRF

Cota: A1 E3-E4 (151-163).

Autorització: A

Resum: El testimoni del coronel Ramón Ruiz Fornells, militar professional que restà lleial a la República durant tot el conflicte, en el que desenvolupà les tasques pròpies al seu càrrec d'oficial d'Estat Major i altres comandaments, és útil per a entendre el punt de vista dels militars davant del fet bèl·lic. En el seu cas concret, ens destaca la influència negativa que va tenir la política en el desenvolupament de la guerra per la seva intervenció en decisions de caire estrictament militar.

Altres aspectes que es presenten de forma menys o més desenvolupada són la creació d'un nou exèrcit mitjançant les brigades mixtes, les dificultats de tipus material i humà que tenia l'exèrcit republicà, la participació de les Brigades Internacionals, fets bèl·lics com el setge de Madrid, la batalla del Jarama, Brunete, l'Ebre, el front d'Aragó, i les negociacions del coronel Casado per a la rendició final.

Al llarg de l'entrevista intervenen de forma tangencial quatre homes identificats com R2, R3, R4, R5. A voltes la veu del testimoni és molt feble i, a més, hi han bastants sorolls de fons, el que ha dificultat la feina de transcripció.

TIMOTEO RUIZ SÁNCHEZ

Data naixement. 00-00-1919

Lloc naixement. Toledo (Los Navalmorales).

Militància: JS * JSU * PCE

Professió: Camperol

Professió posterior: Obrer

Tema: GC Castella * GC Madrid

Lloc històric: Toledo (Los Navalmorales) * Toledo (Talavera de la Reina) * Toledo (Olías del Rey) *Madrid * Madrid (Quijorna) * Catalunya * França * Aragón

Data entrevista: 26-07-1974

Durada entrevista: 2 h, 25 min

Transcripció: 73ps.*Ll.

Sigles testimoni: TRUSA

Cota: A1 E3 (120-125-144).

Autorització: A

Resum: El testimoni, jove comunista durant la guerra civil, participa com a combatent des del començament del conflicte i lluita en diversos fronts fins a la caiguda de Catalunya i l'exili a França on, posteriorment, entrarà en la Resistència fins l'acabament de la Segona Guerra Mundial, moment en el que passarà a la clandestinitat primer com guerriller a Llevant i després dedicat al treball clandestí del PCE a Madrid.

La dicció del testimoni, molt ràpida i a voltes poc clara, ha fet que en certs passatges de l'entrevista el transcriptor hagi hagut d'interpretar el sentit del discurs. Com a peculiaritats del testimoni, destaquem que fa les terminacions plurals en singular. El terme «el partido», repetit al llarg de l'entrevista, fa referència al PCE.

Les cares 4 i 5 de l'entrevista van ser enregistrades amb posterioritat a la data en la que es va iniciar l'entrevista (26-VII-1974). Només intervé en l'entrevista i de forma tangencial una dona que figura com R2.

SÁINZ DE BARANDA

Data naixement. 00-00-1901

Lloc naixement: Santander (Torrelavega).

Militància: CNT (simpatitzant).

Professió: Mecànic

Professió posterior: Jubilat

Tema: GC Castella

Lloc històric: Burgos

Data entrevista: 02-11-1974

Durada entrevista: 2 h, 5 min

Transcripció: 51ps.*Ll.

Sigles testimoni: SBA

Cota: A1 E4 (178-180).

Autorització: A

Resum: El testimoni, nascut a Torrelavega i d'origen obrer, es traslladà abans de la guerra a Burgos on va obrir i regentà un taller de reparació d'automòbils. Com a simpatitzant del moviment llibertari, va viure l'aixecament militar des de la posició contraria a ell i, per tant, va haver d'amagar-se un cop triomfà la revolta, per, posteriorment, tornar a la seva feina sense patir represàlies greus. No obstant, durant la postguerra va ser detingut i processat per activitats contra el règim franquista.

Sáinz de Baranda ens aporta informació directa dels esdeveniments a Burgos durant el juliol de 1936, així com de la repressió viscuda a Burgos durant la guerra i la postguerra, i de les condicions de vida de la postguerra amb aspectes relacionats amb l'estraperlo.

El testimoni, amb un parlar ràpid i entretallat, a voltes ha fet difícil la transcripció i, per tant, alguns passatges han restat sense transcriure i, també, alguns noms propis no ha estat possible de contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats. Quan parla del bàndol nacional o dels franquistes utilitza el terme «estos».

Bibliografia consultada:

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Thomas, Hugh. *La Guerra Civil Española*. Grijalbo. Barcelona, 1978.

PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ

Data naixement. 14-01-1897

Lloc naixement: Madrid

Militància: RE

Professió: Literat * Catedràtic * Polític * Ministre

Professió posterior: Literat * Catedràtic

Tema: GC Castella * GC Espanya

Lloc històric: Burgos * Itàlia (Roma).

Data entrevista: 19-06-1974

Durada entrevista: 45 min

Transcripció: 18ps.*Ll.

Sigles testimoni: SAINZ

Cota: A1 E4 (152-164).

Autorització: A

Resum: En la transcripció del testimoni hi han dues referències que no ha estat possible d'aclarir: la primera, a la plana sis on es menciona Casina Baladier, local d'espectacles a Roma durant el període feixista. I a la plana 16 hi ha una referència a un polític francès que no hem pogut definir. El testimoni utilitza un llenguatge molt correcte i només en el cas de la paraula camuflaje l'empra amb accent francès (camouflage).

El testimoni aporta dades interessant donat el seu coneixement directe i personal de molts dels caps militars implicats en l'aixecament de juliol de 1936, així com les seves gestions a Roma cercant suport per a la causa nacional.

PABLO SALAZAR

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement:

Militància: CTC * Monàrquic

Professió: Militar

Professió posterior: Militar

Tema: GC Castella

Lloc històric. Marroc (Larraix o El'Araich) * Burgos

Data entrevista: 06-02-1975

Durada entrevista: 2 h

Transcripció: 44ps.*Ll.

Sigles testimoni: PSA

Cota: A1 E4 (181).

Autorització: A

Resum: El testimoni de Pablo Salazar, militar monàrquic i catòlic, ens planteja dos temes. La primera part de l'entrevista està centrada en l'actuació del Sindicat agrari catòlic, fonamentalment a la província de Burgos, on l'informant realitzà funcions de propaganda i diverses actuacions destinades a la millora de les condicions de vida dels camperols castellans. La segona part de l'entrevista, tracta sobre la seva actuació dins l'exèrcit i, concretament, a Larraix i al llavors Protectorat espanyol del Marroc, destacant les maniobres prèvies a l'aixecament del 17 de juliol de 1936, i l'aixecament i la presa del poder per part dels militars revoltats. Segons el testimoni, la principal oposició al triomf de l'aixecament, en el cas de Larraix, va venir dels militars integrats a la maçoneria.

La transcripció no ha plantejat grans problemes i només algunes expressions massa ràpides no han estat possible de transcriure i figuren en blanc, i alguns noms propis i topònims no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats. Al llarg de l'entrevista intervé fent aclariments i opinant R2 (dona, esposa del testimoni).

Bibliografia consultada

—Onieva, Antonio. J. *Guía turística de Marruecos*. Madrid, 1947.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

MANUEL SAN MARTÍN

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement:

Militància: FE-JONS

Professió: Hostaler

Professió posterior:

Tema: GC Cantàbria

Lloc històric. Santander * Vizcaya (Bilbao) * Madrid (Brunete).

Data entrevista: 18-03-1975

Durada entrevista: 1 h, 30 min

Transcripció: 39ps.*Ll.

Sigles testimoni: MSM

Cota: A1 E6 (261-262).

Autorització: A

Resum: El testimoni de Manuel San Martín, propietari d'una famosa cerveseria a la ciutat de Santander i membre de la Falange des dels seus orígens, ens aporta informació relativa a les activitats falangistes durant la II República i la guerra civil a Cantàbria. Es pot dir que a mesura que avança l'entrevista, el testimoni defuig d'aprofundir en molts dels interrogants que R. Fraser va plantejant. De l'entrevista cal destacar el retrat que fa de la figura de Manuel Hedilla durant el seu lideratge a Santander i, posteriorment, quan va ser confinat a Mallorca. Altres temes que es desprenen del discurs del testimoni són la desfeta

dels revoltats el juliol del 36 a Santander, el període d'empresonament a Bilbao en vaixells-presó i a Larrínaga, la seva actuació en l'exèrcit nacional on arribà a alferes provisional, la problemàtica de l'ideari falangista amb la unificació promoguda per Franco, i la posició «purista» falangista davant de temes com les relacions Església-Estat i la frustrada revolució nacional-sindicalista.

L'entrevista no ha plantejat molts problemes, tan sols alguns noms propis no han estat possible de contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats.

Bibliografia consultada.

—García Venero, Maximiano. *Testimonio de Manuel Hedilla*. Acervo. Barcelona, 1972.

—Ortíz de la Torre, Elías. *Guía de Santander*. Patronato Nacional de Turismo. Madrid, 1930.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

PEDRO SÁNCHEZ

Data naixement. 00-00-1917

Lloc naixement: Madrid

Militància: UGT

Professió: Treballador

Professió posterior: Treballador

Tema: GC Madrid Lloc històric: Madrid

Data entrevista: 12-07-1974

Durada entrevista: 40 min

Transcripció: 41ps.*Ll.

Sigles testimoni: PESA

Cota: A1 E3 (122).

Autorització: A

Resum: L'entrevistat, treballador d'una indústria de guerra a Madrid, afiliat a la UGT, ens relata les transformacions que es van produir en la seva empresa d'automòbils per a convertir-la en una indústria bèl·lica així com els canvis en la gestió i pressa de decisions de l'empresa. També aporta informació sobre la situació i la vida quotidiana en el Madrid assetjat.

Al llarg de l'entrevista intervenen aportant dades i fent preguntes R2 identificat com Domingo i R3 Arturo del Hoyo que posteriorment és entrevistat per Ronald Fraser.

Certs noms de carrers, zones de Madrid i noms propis, no ens ha estat possible identificar i figuren tal com són citats pel testimoni.

Bibliografia consultada:

—Guías Rápido. *Guía de Madrid*. Rápido. Barcelona, 1932.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

MANUEL SÁNCHEZ FERNÁNDEZ

Data naixement. 00-00-1915

Lloc naixement. Asturias (Oviedo).

Militància: JC * JSU

Professió: Militant * Oficial exèrcit

Professió posterior:

Tema: GC Astúries

Lloc històric: Asturias (Oviedo).

Data entrevista: 08-03-1975

Durada entrevista: 1 h, 15 min

Transcripció: 32ps.*FB

Sigles testimoni: MSF

Cota: A1 E5 (233-234).

Autorització: A

Resum:

PEDRO SÁNCHEZ SÁNCHEZ

Data naixement. 00-00-1912

Lloc naixement:

Militància: UGT * JS * JC * MAOC * JSU * PCE

Professió: Funcionari * Policia

Professió posterior:

Tema: GC Madrid

Lloc històric: Madrid * Alacant * Alacant (Camp dels Atmellers) * Alacant (Albatera).

Data entrevista: 07-10-1974

Durada entrevista: 1 h, 55 min

Transcripció: 53ps.*Ll.

Sigles testimoni: PSS Cota: A1 E3 (143).

Autorització: A

Resum: El testimoni, home d'orígens socialistes que evolucionà vers el Partit Comunista, ens aporta informacions de primera mà sobre la constitució de les Joventuts Socialistes Unificades i les Milícies Antifeixistes Obreres i Camperoles, així com del desenvolupament de la guerra civil a Madrid i la seva participació en l'assalt a la caserna de la Montaña. Donat la seva pertinència a la policia republicana, també és útil per analitzar l'actuació de la dita policia durant la

guerra.

Per últim, ens narra amb detall la situació viscuda en el port d'Alacant al final de la guerra i les condicions que patiren en els camps i presons de la postguerra.

Al llarg de l'entrevista intervé només de forma tangencial R2, un home no identificat. El testimoni té una expressió a voltes difícil de reflectir, el que ha portat que la transcripció no resulti del tot reeixida, deixant noms propis i frases sense identificar o completar. Quan es refereix a «éstos», vol dir els nacionals o franquistes.

Bibliografia consultada:

—Rubio Cabeza Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Salas Larrazábal, Ramón. *Historia del Ejército Popular de la República*. Ed. Nacional. Madrid, 1973.

—Thomas, Hugh. *La Guerra Civil Española*. Grijalbo. Barcelona, 1978.

RAFAEL SÁNCHEZ VENTURA

Data naixement. 00-00-1897

Lloc naixement: Zaragoza

Militància: NA * PCE (simpatitzant).

Professió: Professor H.ª de l'Art

Professió posterior: Jubilat

Tema: GC Madrid

Lloc històric: Madrid * Toledo (Illescas) * Toledo * Madrid (El Escorial).

Data entrevista: 18-06-1974

Durada entrevista: 1 h, 40 min

Transcripció: 28ps.*Ll.

Sigles testimoni: RSV

Cota: A1 E4 (152-153).

Autorització: A

Resum: El testimoni de Rafael Sánchez Ventura —professor universitari d'Història de l'Art, compromès amb la causa de la República i simpatitzant del Partit Comunista— ens aporta la visió del sector intel·lectual que amb la seva actuació va voler defensar la cultura popular, amb manifestacions tals com el grup de teatre La Barraca i els milicians de la cultura, així com amb la realització de tasques de salvament del patrimoni històric-artístic. En concret, ell formà part en la Junta de Incautación y Protección del Patrimonio Artístico creada a primers d'agost de 1936 i personalment va participar en el salvament dels grecos d'Illescas, en el palau de Líria dels ducs d'Alba i en El Escorial entre altres.

De la seva trajectòria, cal destacar també el seu paper en l'Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura, la participació en la creació de les denominades Milicias Aragonesas, el casos que narra sobre l'aplicació de repressió a la reraguarda madrilenya (M. Fernández Almagro i Pablo Neruda), i la seva actuació com a secretari i agregat cultural de l'ambaixada espanyola a París

L'emoció i la passió que en certs moments es desprenen del discurs del testimoni, són mostra de la força amb que ell va viure els esdeveniments i el que per a ell significaven

La transcripció ha plantejat alguns problemes donat la dicció atropellada del testimoni i, per tant, alguns fragments han restat sense transcriure.

Bibliografia consultada:

—Bonet, Juan Manuel. *Diccionario de las Vanguardias en España (1907-1936)*. Alianza. Madrid, 1995.

—Renau, Josep. *Arte en Peligro 1936-1939*. Ayuntamiento de Valencia. Valencia, 1980.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

JOSÉ SANDOVAL [i. e. JOSÉ AURELIO SANDOVAL MORÍS]

Data naixement. 00-00-1913

Lloc naixement. Asturias (Gijón).

Militància: PCE

Professió: Projectista

Professió posterior: Polític

Tema: GC Madrid

Lloc històric: Madrid

Data entrevista: 17-09-1974

Durada entrevista: 2 h, 55 min

Transcripció: 48ps.*Ll.

Sigles testimoni: JOSAN

Cota: A1 E3 (123-124).

Autorització: A

Resum: El testimoni, com a militant comunista, tracta principalment la trajectòria del PCE durant la República i la guerra civil, així com els antecedents del Front Popular i el seu desenvolupament des de febrer del 1936 i durant la guerra.

Per altra banda, el testimoni es dedica a reproduir tot un seguit de justificacions, per tal de donar una certa coherència als errors de la política comunista portada a terme durant la guerra civil. L'àrea d'actuació del testimoni és Madrid, fins el moment en que per circumstàncies bèl·liques s'ha d'anar traslladant a diversos fronts, per acabar exiliant-se a França.

Al llarg de l'entrevista participa de forma tangencial R2 (dona).

Bibliografia consultada:

—Morán, Gregorio. *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España 1939-1985*. Planeta. Barcelona, 1986.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

ÁNGELA SANFRANCISCO

Data naixement. 00-00-1920

Lloc naixement. Zamora (Casaseca de las Chanas).

Militància: FUE

Professió: Estudiant

Professió posterior: Metge * Mestra

Tema: GC Castella

Lloc històric: Zamora (Casaseca de las Chanas) * Salamanca * Zamora

Data entrevista: 24-11-1974

Durada entrevista: 1 h, 30 min

Transcripció: 47ps.*Ll.

Sigles testimoni: ASA

Cota: A1 E4 (192-195).

Autorització: A

Resum: Ángela Sanfrancisco, jove estudiant que finalitza el batxillerat superior l'any 1936 a Salamanca, procedeix d'una família benestant i de conviccions republicanes (IR) resident a Casaseca de las Chanas, provincia de Zamora. Fou vocal de batxillerat de la FUE i s'identifica amb la República des d'una perspectiva propera a les esquerres d'aquell moment. Posteriorment a la guerra, es llicenciarà en medicina i magisteri. És, per tant, una dona amb formació, cas bastant excepcional en un entorn camperol com era el del seu poble.

El seu testimoni ens aporta informació sobre els esdeveniments viscuts a Caseca durant el període de la guerra i la postguerra, dels quals destaquem —a part de la trajectòria del seu pare— els relacionats amb la repressió exercida als sectors republicans i obrers de Zamora, l'aplicació de la Llei de Responsabilitats

Polítiques, la confrontació entre Falange i Requetè, l'estraperlo, i certs aspectes de la vida estudiant i quotidiana a Casaseca i Salamanca. Finalment, A. Sanfrancisco també ens ofereix una visió sobre les perspectives polítiques de la transició vers la democràcia a Espanya.

La transcripció no ha plantejat grans problemes, però donat la rapidesa en l'expressió del testimoni, certs passatges curts han restat sense transcriure. Al llarg de l'entrevista intervé de forma tangencial R2 (home).

Bibliografia consultada:

—Casterás, Ramón. *Las JSUC: ante la guerra y la revolución (1936-1939)*. Nova Terra. Barcelona, 1977.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

F. SANMARTÍ

Data naixement. 00-00-1916 aprox.

Lloc naixement: Barcelona (St. Fruitós de Bages).

Militància: AC Professió: Obrer

Professió posterior: Petit empresari

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona * Santander * Front d'Aragó * Barcelona (St. Fruitós de Bages).

Data entrevista: 05-03-1974

Durada entrevista: 30 min

Transcripció: 23ps.*Ll.

Sigles testimoni: FS

Cota: A1 E1 (35).

Autorització: A

Resum: El testimoni, un jove treballador d'arrels catòliques, ens narra la seva experiència durant la guerra civil marcada per la persecució religiosa que es desfermà a Barcelona i a Catalunya, la qual cosa el va portar a evadir-se a França el juliol del 37 i passar-se al bàndol dit nacional on va lluitar com a soldat fins a l'acabament de la guerra. De l'entrevista cal destacar els aspectes relacionats amb el sindicalisme cristià, les xarxes de solidaritat amb els religiosos a Catalunya durant la guerra, la repressió a la reraguarda, i la vida en el front de combat.

FRANCISCO SANMIGUEL

Data naixement. 00-00-1917

Lloc naixement: Albacete

Militància: JAR * FUE

Professió: Soldat * Estudiant Professió posterior:

Tema: GC Madrid

Lloc històric: Madrid * Albacete * Barcelona

Data entrevista: 26-07-1974

Durada entrevista: 1 h, 35 min

Transcripció: 32ps.*Ll.

Sigles testimoni: FSAN

Cota: A1 E3 (125).

Autorització: A

Resum: L'entrevista desenvolupa el testimoni d'un home de conviccions republicanes, pertanyent a la FUE, que intervé directament, com a soldat, en els fets de la caserna de la Montaña el juliol del 36 a Madrid. Així mateix, al llarg de la guerra arriba a ser capità d'estat major i es troba immers en el procés d'ocupació de càrrecs militars per part dels elements afins als comunistes. Això provoca el seu voluntari trasllat de l'exèrcit del Centre al front de Catalunya on caurà malalt i, finalment, presoner del bàndol «nacional», per, posteriorment, evadir-se d'un camp de concentració d'Horta (Barcelona) a Madrid on serà denunciat i condemnat a mort. Desprès de nou mesos veurà reduïda la pena a trenta anys, i sortirà en

llibertat la primavera de 1946.

La fluïdesa del testimoni, fa que la transcripció no comporti gaires problemes i el discurs es desenvolupi seguint una estructura a voltes quasi literària, com en el cas de les dues anècdotes finals que ens narra referents a la seva evasió, ja en la postguerra, i al doble joc portat a terme per elements sense principis.

Bibliografia consultada:

—Guías Rápido. *Guía de Madrid*. Rápido. Barcelona, 1932.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

LLUÍS SANTACANA PELLICER

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement:

Militància: CNT

Professió: Obrer tèxtil

Professió posterior:

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona

Data entrevista: 16-01-1974

Durada entrevista: 2 h, 10 min

Transcripció: 46ps.*Ll.

Sigles testimoni: LSP

Cota: A1 E2 (73-77).

Autorització: A

Resum:

RICARDO SANZ GARCÍA

Data naixement. 00-00-1898

Lloc naixement: València (Canals).

Militància: CNT * FAI

Professió: Obrer Tèxtil * Militant * Cap 26 Divisió

Professió posterior: Jubilat

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona * Front d'Aragó * Barcelona (Granollers).

Data entrevista: 23-04-1975

Durada entrevista: 3 h

Transcripció: 70ps.*Ll.

Sigles testimoni: RS

Cota: A1 E1 (18-19).

Autorització: A

Resum:

JOAN SAÑA I MAGRINYÀ

Data naixement. 00-05-1898

Lloc naixement: Barcelona (Sabadell).

Militància: CNT

Professió: Mecànic ajustador * Vidrier * Dirigent sindical

Professió posterior: Jubilat

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona * Barcelona (Mataró) * Barcelona (Sabadell).

Data entrevista: 21-01-1974

Durada entrevista: 2 h

Transcripció: 55ps.*Ll.

Sigles testimoni: JSANA

Cota: A1 E2 (66-75).

Autorització: A

Resum:

JUAN ANTONIO SARAZA AYUSTANTE

Data naixement. 00-00-1917

Lloc naixement:

Militància: FE * SEU

Professió: Estudiant

Professió posterior:

Tema: GC Andalusia

Lloc històric: Córdoba * Málaga

Data entrevista: 18-07-1973

Durada entrevista: 1 h, 30 min

Transcripció: 48ps.*MS

Sigles testimoni: JASA

Cota: A1 E2 (80).

Autorització: A

Resum:

ENRIQUE DE SENA MARCOS

Data naixement. 00-00-1922

Lloc naixement: Salamanca (província).

Militància: FUE * FET-JONS

Professió: Estudiant batxillerat * Administratiu

Professió posterior: Periodista

Tema: GC Castella

Lloc històric: Madrid * Salamanca (La Armuña) * Salamanca (Forfoleda) * Salamanca (Santa Marta) * Salamanca * Salamanca (Cantalapiedra) * Salamanca (Ledesma).

Data entrevista: 27-11-1974

Durada entrevista: 2 h

Autorització: 37ps.*Ll.

Sigles testimoni: ESEMA Cota: A1 E5 (198).

Autorització: A

Resum: Enrique de Sena Marcos, home de sentiments republicans i alumne de l'Institución Libre de Enseñanza, va viure de jove els esdeveniments del període republicà i de la guerra civil, però els va viure amb la intensitat i a voltes l'apassiona ment propis de la joventut formada amb uns principis de caràcter democràtic. El seu testimoni és molt útil per a copsar aspectes de l'ambient polític i cultural del Madrid de la II República, així com —a partir de la seva arribada a Salamanca a principis de juliol de 1936— la vida quotidiana a una província «nacional», la repressió de reraguarda a diversos pobles de Salamanca, l'ensenyament nacional-catòlic, i les seves primeres passes que fa per a començar la professió de periodista en el diari La Gaceta Regional apartat on podem veure algunes pinzellades sobre la premsa de guerra.

Políticament E. de Sena va pertànyer a la FUE i, posteriorment, a Falange per tal de cercar alguna solució a la greu situació de la seva família que vivia a Madrid, però fou al poc temps expulsat.

Altres temes que es tracten durant l'entrevista són el procés d'unificació de la Falange, el paper de l'Església l'any 1936 en comparança amb el que desenvolupa en el moment que té lloc el testimoniatge (novembre 1974), la tasca educativa de l'Institución Libre de Enseñanza, l'actuació de la Creu Roja Internacional en un procés de reunificació familiar, i el retrat que fa del poeta Antonio Machado com a professor de l'Institut Calderón de la Barca de Madrid.

La transcripció no ha plantejat grans problemes i només algun nom propi no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat pel testimoni. En relació al suport sonor cal dir que l'inici, aproximadament un minut, de la primera cara té el so defectuós.

Al llarg de l'entrevista intervé fent suggeriments i aclariments R2 (home), i de forma tangencial R3 (dona).

FÈLIX DE SENTMENAT I GÜELL [MARQUÈS DE CASTELLDOSRIUS]

Data naixement. 07-04-1908

Lloc naixement: Barcelona

Militància: RE Professió: Advocat

Professió posterior: Advocat

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona

Data entrevista: 18-04-1975

Durada entrevista: 40 min

Transcripció: 18ps.*Ll.

Sigles testimoni: FSG

Cota: A1 E1 (10).

Autorització: A

Resum:

FRANCISCA DE SEPÚLVEDA

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement:

Militància: NA

Professió: Mestressa

Professió posterior:

Tema: GC Andalusia

Lloc històric: Málaga * Málaga (Alhaurín).

Data entrevista: 22-07-1973

Durada entrevista: 1 h, 7 min

Transcripció: 46ps.*Ll.

Sigles testimoni: PEPA

Cota: A1 E2 (93).

Autorització: A

Resum:

MAURICI SERRAHIMA I BOFILL

Data naixement. 14-06-1902

Lloc naixement: Barcelona

Militància: UDC

Professió: Advocat * Escriptor * Polític

Professió posterior: Advocat * Escriptor * Polític

Tema: GC Catalunya

Lloc històric. Barcelona

Data entrevista: 03-12-1973

Durada entrevista: 2 h, 30 min

Transcripció: 59ps.*Ll.

Sigles testimoni: MSB

Cota: A1 E2 (55-56).

Autorització: A

Resum:

WILEBALDO SOLANO ALONSO

Data naixement. 00-00-1916

Lloc naixement: Burgos

Militància: POUM

Professió: Estudiant * Polític

Professió posterior: Polític * Escriptor

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona

Data entrevista: 30-04-1975

Durada entrevista: 2 h, 55 min

Transcripció: 130ps.*MS

Sigles testimoni: WS

Cota: A1 E1 (31-46).

Autorització: A

Resum: Entrevista molt interessant des del punt de vista d'anàlisi política i d'història, a la qual cosa està molt acostumat l'entrevistat, perquè és un intel·lectual (va estudiar medicina). Malgrat la seva joventut, va tenir càrrecs molt importants que li van permetre conèixer molts aspectes de la història del POUM que d'altres de la mateixa edat no han conegut directament. A més de la història de Barcelona i de Catalunya, hi han aportacions valuoses de València.

El to de l'entrevista és en la seva totalitat d'intent d'anàlisi i síntesi del per què de la guerra civil i el seu desenvolupament. En les pàgines 48 i 55, sembla que faci un dibuix sobre un paper o estigui parlant davant d'un mapa de Barcelona, per ensenyar el trajecte o punts geogràfics a l'entrevistador.

JOSEP SOLÉ BARBERÀ

Data naixement. 00-00-1913

Lloc naixement: Girona (Llívia).

Militància: PSUC

Professió: Polític * Advocat

Professió posterior: Polític * Advocat

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Tarragona (Reus) * Tarragona * Barcelona * Tarragona (La Fatarella).

Data entrevista: 05-03-1974

Durada entrevista: 1 h, 50 min

Transcripció: 53ps.*Ll.

Sigles testimoni: JSB

Cota: A1 E1 (11-15).

Autorització: A

Resum:

SENYORA DE TAYA

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement: Lleida (província).

Militància: NA (republicà).

Professió: Mestressa * Metgessa

Professió posterior:

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona * Lleida

Data entrevista: 05-12-1973

Durada entrevista: 1 h, 25 min

Transcripció: 42ps.*Ll.

Sigles testimoni: TAYA

Cota: A1 E2 (55).

Autorització: A

Resum:

IGNACIO TOCA ECHEVARRÍA

Data naixement. 00-00-1917

Lloc naixement: Navarra (Estella).

Militància: CA

Professió: Estudiant * Tinent

Professió posterior:

Tema: GC Navarra

Lloc històric. Navarra (Estella) * Navarra (Irache) * Navarra (Tolosa) * Guipúzcoa (Hernialde).

Data entrevista: 31-03-1975

Durada entrevista: 1 h, 10 min

Transcripció: 29ps.*Ll.

Sigles testimoni: ITE Cota: A1 E5 (218-221).

Autorització: A

Resum: Ignacio Toca, era un jove estudiant de dinou anys a l'esclat de la guerra, pertanyent a una família de classe mitja d'Estella de tradició carlista, i que s'anirà de voluntari a la coneguda com Partida de Barandalla i, posteriorment, passarà a ser alferes i tinent en el Terç de Montejurra. L'entrevista es centra i desenvolupa fonamentalment aspectes relacionats amb el carlisme durant la II República i la guerra: la defensa de la religió catòlica com a causa principal de l'oposició del carlisme a les institucions democràtiques, les relacions amb el nacionalisme basc, l'aportació humana i material del carlisme al bàndol feixista, l'actitud del carlisme en el nou bloc hegemònic que es configura a partir del nomenament com a cap de govern i d'estat del general Franco i la posterior unificació política, el paper de certs membres de la jerarquia i del clergat durant la guerra, i l'actuació de la Partida de Barandalla en el front basc.

La transcripció no ha plantejat grans problemes, tan sols alguns noms propis no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats. A la plana cinc de la transcripció, el testimoni cita Alfonso Carlos quan hauria de ser Javier de Borbón Parma.

Bibliografia consultada.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Ugarte Tellería, Javier. *La nueva Covadonga insurgente*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1998.

JULIO DE LA TORRE GALÁN

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement: Málaga

Militància: FE (simpatitzant) * Catòlic

Professió: Militar

Professió posterior:

Tema: GC Marroc * GC Espanya

Lloc històric: Marroc * Marroc (Melilla) * Sevilla * Sevilla (Lora del Río) * Madrid * Toledo * Gibraltar * Marroc (Tànger).

Data entrevista: 03-10-1974

Durada entrevista: 1 h, 12 min

Transcripció: 33ps.*Ll.

Sigles testimoni: JTO

Cota: A1 E6 (267).

Autorització: A

Resum: Julio de la Torre Galán, és tinent de la Legió destinat a Melilla on el 17 de juliol participarà activament en l'aixecament militar i concretament en els fets inicials succeïts a la Comisión de Límites i en la posterior pressa del poder per part dels militars revoltats. Un cop arribat a la península, com oficial prendrà part en els primers combats a Andalusia, la pressa de Mérida, Toledo i posteriorment anirà al front de Madrid on serà ferit. Participarà també en tasques encomanades pel tinent coronel Beigbeder a Gibraltar i Tànger.

L'entrevistat es manifesta en tot moment com un home d'ordre, catòlic i ideològicament proper a la Falange, que justifica la seva actuació i la de la resta de companys d'armes com a necessària per a salvar al país del desgavell que representava el Front Popular, l'amenaça dels nacionalismes i de la maçoneria, i els atacs a l'Església. El seu testimoni es centra en la seva trajectòria militar i desenvolupa, fonamentalment, el paper i la mentalitat de la Legió, fa algun retrat

del seus superiors, a més d'algunes referències a situacions del moment polític i social present (1974).

La transcripció no ha plantejat grans problemes, però cal fer esment que el testimoni té un accent andalús que acostuma a fer en singular els plurals. Algun nom propi no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat.

TRENTA CINC (pseudònim).

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement:

Militància: PSOE

Professió: Fuster

Professió posterior:

Tema: GC Andalusia

Lloc històric: Sevilla

Data entrevista: 08-09-1973

Durada entrevista: 1 h, 10 min

Transcripció: 21ps.*Ll.

Sigles testimoni: 35

Cota: A1 E2 (101).

Autorització: A (Anònim).

Resum:

TRENTA QUATRE (pseudònim).

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement: Sevilla

Militància: PCE

Professió: Obrer construcció

Professió posterior:

Tema: GC Andalusia

Lloc històric: Sevilla

Data entrevista: 07-09-1973

Durada entrevista: 15 min

Transcripció: 6ps.*Ll.

Sigles testimoni: 34

Cota: A1 E2 (101).

Autorització: A (Anònim).

Resum:

JOSEP TRUETA I RASPALL

Data naixement. 27-10-1897

Lloc naixement: Barcelona

Militància: NA (republicà).

Professió: Cirurgià

Professió posterior: Cirurgià

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona

Data entrevista: 27-02-1974

Durada entrevista: 1 h, 10 min

Transcripció: 32ps.*KB

Sigles testimoni: JTR

Cota: A1 E1 (39-40).

Autorització: A

Resum:

FERNANDO TUDELA

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement:

Militància: PCE

Professió: Estudiant Arquitectura

Professió posterior: Arquitecte

Tema: GC Madrid * GC País Valencià

Lloc històric: Madrid * València * València (Gandia) * Alacant

Data entrevista: 09-09-1973

Durada entrevista: 2 h, 10 min

Transcripció: 43 ps*Ll.

Sigles testimoni: TUDELA

Cota: A1 E2-E3 (103-113).

Autorització: A

Resum: L'entrevista aporta informació sobre la constitució i funcionament del Quinto Regimiento i sobre l'aparell intel·lectual del PCE. El testimoni és l'espòs de Marisa Abad Miró també entrevistada. Quan al llarg de l'entrevista es fa referència al «partido», vol dir el Partit Comunista d'Espanya.

FELISA DE UNAMUNO LIZÁRRAGA

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement:

Militància: NA

Professió: Mestressa Professió posterior. Mestressa

Tema: GC Castella

Lloc històric. Salamanca * Salamanca (Candelaria) * Salamanca (Béjar).

Data entrevista: 26-11-1974

Durada entrevista: 40 min

Transcripció: 20ps.*Ll.

Sigles testimoni: FUNA

Cota: A1 E5 (197).

Autorització: A

Resum: El testimoni de Felisa de Unamuno, filla del filòsof Miguel de Unamuno, es centra fonamentalment en la figura del seu pare com a rector de la Universitat de Salamanca i home destacat per la seva heterodòxia i consciència crítica. El període que tracta és el de la guerra civil i, en ell, destaca els fets del Paranimf, la repressió a la reraguarda, i les relacions de tipus polític i intel·lectual que mantenia Unamuno en aquells temps.

De la trajectòria personal de Felisa de Unamuno es reflecteixen aspectes relacionats amb el paper de la dona en la societat durant l'època de la guerra, la repressió en la zona de Candelaria y Béjar i alguns comentaris sobre l'Església, l'extrema dreta i el futur del país relacionats amb el moment en que té lloc l'entrevista —l'any 1974—.

La transcripció no ha plantejat problemes importants i només algun nom propi no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat pel testimoni. S'adjunta una nota manuscrita de Ronald Fraser amb un recull de noves dades no enregistrades de F. Unamuno.

RAFAEL DE UNAMUNO LIZÁRRAGA

Data naixement. 00-00-1902

Lloc naixement:

Militància: NA

Professió: Metge * Militar

Professió posterior: Metge

Tema: GC Castella

Lloc històric: Salamanca

Data entrevista: 25-11-1974

Durada entrevista: 40 min Transcripció: 17ps.*Ll.

Sigles testimoni: RUNA

Cota: A1 E5 (196).

Autorització: A

Resum: El testimoni de Rafael de Unamuno, fill del filòsof Miguel de Unamuno, es centra, lògicament, en la figura del seu pare durant l'època de la II República i la guerra civil. D'aquesta manera es tractaran els fets relacionats amb la seva actuació política i com a rector de la Universitat de Salamanca on desenvolupà la seva activitat docent en el darrer període de la seva vida.

Rafael de Unamuno posa en evidència el rebuig del seu pare envers la cruenta repressió del bàndol revoltat i el seu progressiu distanciament de la causa «nacional», així com la seva actitud en els fets del Paranimf de la Universitat el dia 12-X-1936 i les conseqüències de tipus social i personal que tingué el seu improvisat discurs. Per altra part, de les pròpies vivències de Rafael de Unamuno cal destacar el retrat que fa de la vida quotidiana a Salamanca durant la guerra i la referència al paper de l'Església en el període on té lloc l'entrevista —1974—.

La transcripció no ha plantejat problemes importants i només algun nom propi no ha estat possible de contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat, i alguns passatges de l'entrevistat han estat transcrits de forma parcial.

Bibliografia consultada:

—Delgado, Buenaventura et al. *Cincuentenario de la muerte de Unamuno*. Fundació Caixa de Pensions. Barcelona, 1988.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

OLEGARIO UVIEDO MURCIANO

Data naixement. 00-00-1902

Lloc naixement: Cuenca (Cardenete).

Militància: PSOE * UGT

Professió: Camperol * Comerciant * Alcalde

Professió posterior:

Tema: GC Castella

Lloc històric: Cuenca (Cardenete) * Cuenca * Alacant

Data entrevista: 16-01-1975

Durada entrevista: 2 h, 10 min

Transcripció: 52ps.*Ll.

Sigles testimoni: OUV

Cota: A1 E5 (206-208).

Autorització: A

Resum: Olegario Uviedo Murciano, petit camperol, comerciant, membre de la UGT, alcalde de Cardenete (Cuenca) durant el Front Popular i responsable de la col·lectivitat agrària del poble, ens aporta amb el seu testimoni un ampli i detallat relat de la situació social i política del primer terç del segle XX en aquest poble de la serralada de Cuenca.

Els temes que destaquen de l'entrevista són la formació d'una col·lectivitat

camperola per membres de la UGT, l'aixecament de juliol del 36 a Cardenete, aspectes relacionats amb els rics propietaris del poble, i la repressió de postguerra. La transcripció ha plantejat alguns problemes i hi ha algun petit fragment de l'entrevista que resta en blanc i algun nom propi no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat. Al llarg de l'entrevista intervé fent aclariments la dona de l'entrevistat, Elvira, R2.

RICARDO VALGAÑÓN

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement. Vizcaya (Sestao).

Militància: JC * JSU * PCE * UGT

Professió: Fonedor

Professió posterior: Fonedor

Tema: GC Euskadi

Lloc històric. Vizcaya (Sestao) * Vizcaya (Bilbao) * Guipúzcoa (Mondragón) * Guipúzcoa (San Sebastián) * Vizcaya (Orduña) * Santander * Santander (Colindres) * Santander (Santoña).

Data entrevista: 05-04-1975

Durada entrevista: 3 h, 40 min

Transcripció: 81ps*Ll.

Sigles testimoni: RVA

Cota: A1 E5 (210-225).

Autorització: A

Resum: Ricardo Valgañón, jove metal·lúrgic afiliat a la UGT, nascut a Sestao, comença la seva militància arran de la Revolució d'octubre del 34, primer a les JC i desprès a les JSU. Com a membre actiu, participa amb les MAOC abans de l'aixecament militar i, posteriorment, pren part en els fets de juliol de 1936 a Bilbao i en una columna de voluntaris que actuà a Mondragón i a Sant Sebastià, ciutat en la qual tenen una intervenció destacada en les lluites que van tenir lloc enfront dels

militars revoltats. Posteriorment, actuarà en el front d'Orduña i viurà la desfeta de l'exèrcit d'Euskadi tot i la resistència que des de Santander es volia plantejar. Poc abans de caure definitivament Santander, tracta de fugir en un vaixell que serà apressat per la marina franquista, essent detingut i traslladat a diversos batallons de treballadors i, posteriorment, empresonat.

El testimoni al llarg de l'entrevista destaca pel seu coneixement de la realitat política i social d'Euskadi del període, i, per tant, és prou interessant l'anàlisi que fa del nacionalisme i fonamentalment el paper jugat pel PNB —entre d'altres, l'afer Altos Hornos i el pacte de Santoña—, així com l'actitud interclassista del sindicat ELA-STB, la influència de Prieto a les files socialistes basques, i la trajectòria del Partit Comunista d'Euskadi i les relacions amb el seu homòleg PCE.

La transcripció ha plantejat alguns problemes i, per tant, hi ha algun fragment de l'entrevista que resta en blanc i alguns noms propis no han estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats. Durant l'entrevista intervenen R2 (home) fent aclariments, i R3 (dona) de forma tangencial.

Pel que fa a l'índex, la majoria d'entrades que corresponen al PCE també poden fer referència a la formació PC d'Euskadi.

Bibliografia consultada:

—Garitaonandía, Carmelo i José Luis de la Granja (eds.). *La Guerra Civil en el País Vasco 50 años después*. Servicio Editorial UPV. Bilbao, 1987.

—Morán, Gregorio. *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España 1939-1985*. Planeta. Barcelona, 1986.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Salas Larrazábal, Ramón. *Historia del Ejército Popular de la República. Editora Nacional*. Madrid, 1973.

EDMON VALLÈS I PERDRIX

Data naixement. 00-00-1920

Lloc naixement. Zaragoza (Mequinensa).

Militància: FNEC

Professió: Estudiant * Mestre d'escola * Soldat

Professió posterior: Escriptor * Periodista

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Tarragona * Lleida (Ibars d'Urgell) * Front d'Aragó * Batalla de l'Ebre

Data entrevista: 20-01-1974

Durada entrevista: 1 h, 40 min

Transcripció: 62ps.*Ll.

Sigles testimoni: EVA

Cota: A1 E2 (72).

Autorització: A

Resum:

JOAQUÍN VÁZQUEZ FERNÁNDEZ

Data naixement. 00-00-1912

Lloc naixement:

Militància: Catòlic * JSU

Professió: Capellà

Professió posterior: Capellà

Tema: GC Madrid

Lloc històric: Madrid * Madrid (Leganés).

Data entrevista: 04-10-1974

Durada entrevista: 2 h, 15 min

Transcripció: 41ps.*Ll.

Sigles testimoni: JVF

Cota: A1 E4-E6 (160-267).

Autorització: A

Resum: Aquesta entrevista exposa els esdeveniments viscuts per un capellà que va romandre camuflat com a tal a Madrid durant els tres anys de guerra i va trobar de forma inversemblant aixopluc i suport dins de les JSU i, posteriorment, prestà serveis en l'exèrcit republicà.

El testimoni ens aporta el coneixement directe de la persecució religiosa, de les activitats religioses clandestines, de la vida quotidiana del Madrid assetjat, de la caiguda de Madrid en mans de l'exèrcit nacional, i de la funció dels avals en la postguerra.

La transcripció ha comportat alguns problemes davant d'expressions llatines i noms propis que no ha estat possible contrastar i que figuren tal com han estat expressades, i en certs passatges que han restat en blanc.

JULIÁN VÁZQUEZ SANZANO

Data naixement. 00-00-1911

Lloc naixement:

Militància: UGT * JS * PCE

Professió: Treballador confecció

Professió posterior: Treballador confecció

Tema: GC Madrid

Lloc històric: Madrid * Toledo (Puebla de Don Fadrique) * Barcelona * Alacant

Data entrevista: 04-07-1974

Durada entrevista: 3 h, 45 min

Transcripció: 108ps.*Ll.

Sigles testimoni: JVS

Cota: A1 E3 (117-118).

Autorització: A

Resum: Julián Vázquez Sanzano, dirigent sindical de la UGT i membre del PCE, ens narra les seves experiències sindicals i polítiques anteriors a la guerra civil, així com la seva participació en el conflicte. Com a sindicalista, desenvolupa tasques de direcció en el Sindicat del Vestit de Madrid i, posteriorment, ingressarà en l'exèrcit republicà tot i tenir uns primers contactes bèl·lics formant part del Cinquè Regiment i del Batalló Pasionaria.

Al participar des de molt jove en el moviment obrer, coneix l'evolució de l'esquerra a partir de l'escissió que originà la formació del Partit Comunista d'Espanya i al llarg de l'entrevista fa una crítica a l'actuació del Partit Socialista Obrer Espanyol i, especialment, a la figura de Fco. Largo Caballero.

Altres aspectes que destaquen al llarg de l'entrevista són la revolta de Jaca, l'aplicació de la Reforma Agrària durant el període del Front Popular, les experiències d'economia de guerra, la seva visió sobre la situació revolucionària de Catalunya, i l'acabament del conflicte al Llevant.

El testimoni fa esment a una publicació del Partit Comunista titulada Pueblo, que segons les nostres fonts ha de fer referència a la publicació titulada La Palabra.

La transcripció, iniciada per Mercè Soler, ha estat completada i indexada per Lluís Ubeda. L'estil de dicció a voltes apressat, ens ha fet que alguns passatges hagin tingut que restar sense transcriure. Així mateix, alguns noms propis no han estat possible de contrastar amb altres fonts i s'han transcrit tal com han estat expressats.

En un moment de l'entrevista intervé de forma tangencial R2 (Petra Cuevas) dona del testimoni.

Bibliografia consultada:

—Guías Rápido. *Guía de Madrid*. Rápido. Barcelona, 1932.

—Morán, Gregorio. *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España 1939-*

1985. Planeta. Barcelona, 1986.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

RICARDO VÁZQUEZ-PRADA BLANCO

Data naixement. 00-00-1912

Lloc naixement. Asturias (Pola de Siero).

Militància: FE

Professió: Periodista

Professió posterior: Periodista

Tema: GC Astúries

Lloc històric: Asturias (Oviedo).

Data entrevista: 08-03-1975

Durada entrevista: 1 h, 15 min

Transcripció: 40ps.*FB

Sigles testimoni: RVPB

Cota: A1 E6 (245).

Autorització: A

Resum:

EUGENIO VEGAS LATAPIÉ

Data naixement. 20-02-1907

Lloc naixement. Guipúzcoa (Irún).

Militància: AE * FET-JONS * Monàrquic

Professió: Advocat * Polític * Escriptor

Professió posterior: Advocat * Polític * Escriptor

Tema: GC Castella

Lloc històric: Madrid * Burgos * Salamanca * Itàlia (Roma).

Data entrevista: 25-09-1974

Durada entrevista: 2 h, 30 min

Transcripció: 61ps.*Ll.

Sigles testimoni: EVL

Cota: A1 E3 (138-139-140).

Autorització: A

Resum: El testimoni, membre actiu del sector monàrquic borbònic, destaca per la seva participació directa en la major part d'intents i trames contrarevolucionàries que tingueren lloc al llarg de la República, així com en la formació ideològica del sector monàrquic i en la defensa d'aquesta institució com alternativa política pel país. E. Vegas durant la guerra fou vocal de Cultura i Educació de la Junta Tècnica, després treballà en la Secretaria de Premsa i Propaganda, i fou dels pocs que dimití com a conseller nacional de FET i JONS, per les seves discrepàncies amb Serrano Suñer. A més, sempre es manifestà partidari de la institució monàrquica, representada en les figures d'Alfons XIII i de Joan de Borbó, la qual cosa li comportà la progressiva separació i crítica envers el règim franquista.

Els aspectes més rellevants de l'entrevista els trobem en la formació i desenvolupament d'Acción Española com a òrgan de difusió del pensament reaccionari i societat de conferències; la preparació del moviment de juliol del 36; l'actuació del testimoni en els càrrecs que va ocupar durant la guerra, on ens narra de primera mà fets com el cas Unamuno, les depuracions de mestres, la repressió i principalment la situació dels condemnats a mort en el bàndol nacional, impressions sobre la figura del general Franco o la seva relació amb el general Yagüe. Altre tema que surt al llarg de l'entrevista és les relacions entre la institució monàrquica i el règim franquista, així el testimoni relata els seus viatges a Roma, l'entrada de Joan de Borbó a l'Espanya franquista, i les relacions entre els diversos sectors monàrquics.

El testimoni és autor, entre altres, de:

—*El pensamiento político de Calvo Sotelo*. Cultura Española. Madrid, 1941.

—*Memorias políticas*. Planeta. Barcelona, 1983.

—*Los caminos del mundo*. Giner. 1987.

—*La frustración de la victoria. Memorias políticas, 1938-1942*. Bustelo. Actas. Madrid, 1995.

La transcripció no ha plantejar gaires problemes tècnics, i només algunes parts confuses han restat en blanc i alguns noms propis no han estat possible de contrastar amb fonts escrites.

Bibliografia consultada:

—Montero, José R.. La CEDA. *El catolicismo social y político en la II República*. Ed. Revista del Trabajo. 2 vols. Madrid, 1977.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Salas Larrazábal, Ramón. *Historia del Ejército Popular de la República*. Ed. Nacional. 4 vols. Madrid, 1973.

—Salmador, Víctor. *Don Juan de Borbón. Grandeza y Servidumbre del Deber*. Planeta. Barcelona, 1976.

ANTONIO VELASCO

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement: Madrid

Militància: IR

Professió: Barber * Policia secreta

Professió posterior: Barber

Tema: GC Madrid

Lloc històric. Madrid * Zaragoza (Caspe) * Teruel * Zaragoza (Belchite) * Madrid (Paracuellos de Jarama) * Murcia (Cartagena).

Data entrevista: 29-05-1974

Durada entrevista: 1 h, 5 min

Transcripció: 29ps.*Ll.

Sigles testimoni: AVE

Cota: A1 E6 (263).

Autorització: A

Resum: Antonio Velasco, barber de professió i membre d'Izquierda Republicana, participa en els primers moments com a voluntari i pren part en els combats de Somosierra i, posteriorment, amb les milícies aragoneses a la zona de Cifuentes (Guadalajara) i al front d'Aragó. Més endavant, aproximadament a finals de 1937, ingressa com agent del cos de policia a Madrid on actuarà principalment en tasques d'ordre públic i en la Brigada Social. Poc abans de finalitzar la guerra és destinat a Cartagena, però tornarà el març de 1939 a Madrid on presenciarà els darrers enfrontaments interns que conduïren a la rendició de la capital.

La narració del testimoni està plena de llocs comuns i justificacions a la seva actuació, tot i això aporta una certa informació sobre temes com les relacions entre el SIM i la Direcció General de Seguretat, la repressió de reraguarda, el problema dels refugiats a les ambaixades, la quinta columna, l'actuació dels llibertaris al front d'Aragó, i altres fets com la Brigada del Amanecer o el túnel de la mort de Madrid.

La transcripció ha plantejat alguns problemes donat, principalment, la dicció atropellada del testimoni i, en conseqüència, alguns fragments no han estat possible transcriure i figuren amb un espai en blanc. Així mateix, alguns noms propis no han estat possible de contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats.

Bibliografia consultada:

—Cervera Gil, Javier. *Madrid en guerra: la ciudad clandestina, 1936-1939*. Alianza. Madrid, 1998.

—Guías Rápido. *Guía de Madrid*. Rápido. Barcelona, 1932.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

ANANDA VELASCO GARRO

Data naixement. 10-07-19?

Lloc naixement. Asturias (Gijón).

Militància: FUE * UGT * PCE

Professió: Mestre Professió posterior:

Tema: GC Madrid

Lloc històric: Madrid * Madrid (Manzanare el Real) * València * Unió Soviètica (Moscou) * Catalunya * França

Data entrevista: 12-06-1974

Durada entrevista: 1 h, 55min

Transcripció: 38ps.*Ll.

Sigles testimoni: AVG Cota: A1 E3 (147).

Autorització: A

Resum: El testimoni d'Ananda Velasco, jove mestre a l'esclat de la guerra i membre de la FETE-UGT, tracta principalment els temes relacionats amb l'ensenyament en el període republicà i de guerra, així com la tasca que portà a terme en aquest camp a Madrid, en l'assistència en els trasllats de nens a les colònies infantils del Llevant i, finalment, la seva estada a Moscou com a mestre dels nens i nenes espanyols refugiats.

Aquest periple també la portà a ingressar en el PCE, del qual posteriorment es va anar allunyant. Del seu període a l'antiga Unió Soviètica, cal destacar la crítica que fa de l'estalinisme.

La transcripció no ha plantejat problemes i només alguns noms propis no han estat possible d'identificar o contrastar documentalment i figuren tal com s'han enregistrat.

Al llarg de l'entrevista intervé R2 (marit de l'entrevistada) fent aclariments i concrecions.

Bibliografia consultada:

—Rosal, Amaro del. *Historia de la UGT de España, 1910-1939*. Grijalbo. Barcelona, 1977.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

DIONISIO VENEGAS

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement:

Militància: UGT

Professió: Advocat

Professió posterior:

Tema: GC Andalusia

Lloc històric: Granada * Cádiz (Chipiona) * Cádiz * Córdoba

Data entrevista: 18-08-1973

Durada entrevista: 45 min

Transcripció: 9ps.*DC

Sigles testimoni: DVE

Cota: A1 E3 (112).

Autorització: A

Resum: Ronald Fraser relata de viva veu, en anglès, les vivències de Dionisio Venegas durant la guerra civil a Granada, Chipiona, Cadis i Còrdova. Advocat de sentiments republicans, membre del sindicat de treballadors de l'ensenyament de la UGT, romandrà amagat durant cinc setmanes a la catedral de Granada i,

posteriorment, protegit pels franciscans de Chipiona i pel governador de Cadis que l'acollirà a casa seva. Finalment, l'octubre de 1937, serà jutjat en consell de guerra a Granada, condemnat per rebel·lió militar i restarà quatre anys empresonat a Granada.

Dins de la col·lecció tan sols trobem un altre cas de relat, el del Dr. Rodríguez Contreras. La transcripció ha estat realitzada per Dèbora Castel.

DR. VENZOR

Data naixement. 00-00-1906

Lloc naixement. Asturias (Castropol).

Militància: NA

Professió: Metge

Professió posterior: Metge

Tema: GC Euskadi * GC Astúries

Lloc històric. Guipúzcoa (San Sebastián) * Asturias (Castropol) * Asturias * Madrid

Data entrevista: 07-06-1974

Durada entrevista: 2 h, 35 min

Transcripció: 47ps.*Ll.

Sigles testimoni: VENZ

Cota: A1 E4-E5 (154-228).

Autorització: A

Resum: El testimoni, jove professional de la medicina en el moment de l'esclat del conflicte, de simpaties republicanes, narra les seves experiències personals a Donostia així com, posteriorment, en la localitat asturiana d'on procedeix. Al llarg de l'entrevista manté una postura oberta, tot i voler conservar en l'anonimat el nom del seu poble.

Al procedir d'una zona camperola asturiana, el desenvolupament dels fets sols coincideix amb la resta del principat en el referent a la repressió nacionalista. Quan fa referència als franquistes, utilitza «éstos».

Només intervé de forma tangencial R2 (dona). La transcripció i l'estat de conservació de la cinta no han plantejat grans problemes tècnics i només han restat en blanc certs fragments i alguns noms propis no han estat possible de contrastar amb altres fonts escrites i figuren tal com s'han enregistrat.

JOSÉ VERGARA DORCEL

Data naixement. 00-00-1909

Lloc naixement:

Militància: NA Professió: Enginyer agrònom

Professió posterior: Enginyer agrònom

Tema: GC Madrid

Lloc històric: Madrid * Toledo (província).

Data entrevista: 30-03-1974

Durada entrevista: 2 h, 30 min

Transcripció: 54ps.*Ll.

Sigles testimoni: JVD Cota: A1 E4 (159-161).

Autorització: A

Resum: J. Vergara Dorcel, com a enginyer agrònom i funcionari tècnic del Ministeri d'Agricultura, participà en els treballs de l'Institut de Reforma Agrària durant el període republicà i, per tant, el seu testimoni és de gran vàlua per a conèixer l'origen de la llei, la seva aplicació i desenvolupament.

Posteriorment, amb l'esclat de la guerra civil, prendrà una posició de neutralitat i es mantindrà al marge, vivint durant tot aquest període a Madrid fins el final del conflicte, quan deixarà el Ministeri d'Agricultura per a entrar en l'Institut d'Estudis Polítics i després continuarà com a tècnic de l'administració.

Del seu discurs destaquem aspectes com, apart de l'esmentada reforma agrària, la crítica al treball d'E. Malefakis, la crítica a la resistència popular del Madrid de novembre del 36, els preparatius del cop del coronel Casado, les negociacions per a la rendició de Madrid, i el coneixement directe que té a l'exili de Juan R. Jiménez y Z. Camprubí.

La transcripció no ha plantejat problemes tècnics i només alguns noms propis han restat sense identificar i figuren tal com han estat enregistrats.

Bibliografia consultada:

—Malefakis, Edward. *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*. Ariel. Barcelona, 1971.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

JON DE VIAR

Data naixement. 00-00-1919

Lloc naixement. Vizcaya (Deusto).

Militància: PNV

Professió: Estudiant Medicina * Infermer

Professió posterior:

Tema: GC Euskadi

Lloc històric. Vizcaya (Bilbao) * Álava (Vitoria) * Zaragoza * Vizcaya (Deusto) * Vizcaya (Guernica) * Santander (Laredo) * Asturias (Trubia) * Barcelona

Data entrevista: 23-03-1975

Durada entrevista: 1 h, 40 min

Transcripció: 36ps.*Ll.

Sigles testimoni: VIAR Cota: A1 E5 (223).

Autorització: A

Resum: Jon de Viar a l'esclat de la guerra és un jove estudiant de 1.er de Medicina, de sentiments i de família catòlica i nacionalista —el pare és membre del PNB—, forma part de la Federació d'Estudiants Bascos, i actuà com infermer durant la guerra en els hospitals de Basurto i Bidarte on coneix i relata referències de ferits de guerra o de testimonis directes del bombardeig de Guernica. Altres temes tractats al llarg de l'entrevista són la manca d'armaments i ajut a diferència, segons ell, de la resta del nord, la poca entesa amb la gent de Santander, els emboscats a Euskadi durant la guerra, les relacions dels estudiants bascos amb la resta de forces polítiques i l'intent de Falange de atraure'ls. A la caiguda de Bilbao, es trasllada a Santander i després a Astúries des d'on surt cap a França, per anar a Catalunya on molts bascos com ell ja senten la guerra com aliena i és destinat com a sanitari a l'hospital Euzkadi i participa en les activitats de la comunitat basca a Barcelona (misses, bateigs).

La transcripció no ha plantejat grans problemes i tan sols algun nom propi no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat. Moltes vegades, el testimoni quan parla dels «bascos» es refereix al PNB o a ELA-STB. Durant l'entrevista intervé de forma tangencial R2 (home, Txiki), i R3 (Ana M.ª Echebarría) la seva esposa i que intervé mínimament.

Bibliografia consultada:

—Garitaonandía, Carmelo i José Luis de la Granja (eds.). *La Guerra Civil en el País Vasco 50 años después*. Servicio Editorial UPV. Bilbao, 1987.

—González Portilla, Manuel et al, (eds.). *Industrialización y nacionalismo. Análisis comparativos*. Ed. Universitat Autònoma de Barcelona. Bellaterra, 1985.

—González Portilla, Manuel i José María Garmendia. *La guerra civil en el País Vasco. Política y economía*. Siglo XXI. Madrid, 1988.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

ANTONIO VICENTE

Data naixement. 00-00-1903

Lloc naixement. Burgos (Castrojeriz).

Militància: NA

Professió: Camperol

Professió posterior: Camperol

Tema: GC Castella

Lloc històric: Burgos (Castrojeriz).

Data entrevista: 07-11-1974

Durada entrevista: 1 h

Transcripció: 23ps.*Ll.

Sigles testimoni: AVIC

Cota: A1 E4 (176-177).

Autorització: A

Resum: Antonio Vicente, camperol i fill de propietari benestant, ens aporta la visió d'aquest sector social que tingué com a principal antagonista a un moviment camperol incipient sorgit durant el període republicà.

El testimoni, concretament, és interessant per a conèixer les organitzacions de caire catòlic que es formaren a l'entorn dels camperols propietaris de la província de Burgos, així com per a copsar els fets i esdeveniments viscuts a Castrojeriz durant la República i la guerra civil.

La transcripció no ha plantejat grans problemes i tan sols alguns noms propis no han estat possible contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats. Al llarg de l'entrevista intervenen de forma tangencial R2 (home) i R3 (home).

JOSEP VILLAR SÁNCHEZ

Data naixement. 00-00-19?

Lloc naixement. València (Titagües).

Militància: CNT

Professió: Camperol * Treballador Arts Gràfiques

Professió posterior:

Tema: GC País Valencià

Lloc històric. València * Barcelona * València (Pedralba) * València (Titagües) * França (Argelers, camp).

Data entrevista: 18-01-1975

Durada entrevista: 1 h, 40 min

Transcripció: 8 ps*Ll.

Sigles testimoni: JVI

Cota: A1 E5 (206-207).

Autorització: A

Resum: Tal com consta al principi de l'entrevista, aquesta comença a partir de la plana 32 del testimoni de Progreso Fernández. L'enregistrament original de la cinta núm. 207, corresponent a la cara 2, té el so defectuós fins aproximadament la meitat de la dita cara.

El testimoni aporta informació sobre les col·lectivitats camperoles de la zona de Pedralba i Titagües, i tracta també aspectes relacionats amb la Columna de Hierro, l'exili a França i la CNT dels anys vint. Al llarg de l'entrevista intervenen de forma tangencial tres homes, identificats com R2, R3 i R4.

En la documentació complementària, hi ha una carta de J. Villar en resposta a R. Fraser sobre les col·lectivitats i un informe titulat «Lo que pasó en Titaguas durante el movimiento» (València, 22-IX-1975) redactat per J. Villar.

Bibliografia consultada:

—Bosch Sánchez, Aurora. *Ugetistas y libertarios*. Ed. Alfons el Magnànim. València, 1983.

—Ruiz Torres, Pedro (coord.). *Història del País Valencià. Època Contemporània*. Ed. 62. Vol. V. Barcelona, 1990.

—Vega, Eulàlia. *El trentisme a Catalunya*. Curial. Barcelona, 1980.

—Vega, Eulàlia. *Anarquistas y Sindicalista 1931-1936*. Ed. Alfons el Magnànim. València, 1987.

JOSEP M.ª VILLARRÚBIA I SILVA

Data naixement. 00-00-1904

Lloc naixement: Barcelona (Castellterçol).

Militància: PSUC Professió: Funcionari

Professió posterior:

Tema: GC Catalunya

Lloc històric: Barcelona * Barcelona (Pineda de Mar).

Data entrevista: 10-01-1974

Durada entrevista: 1 h, 5 min

Transcripció: 31ps.*Ll.

Sigles testimoni: JV

Cota: A1 E1 (13).

Autorització: A

Resum:

JOSÉ VIRTUS

Data naixement. 00-00-1901

Lloc naixement: Burgos (Castrojeriz).

Militància: NA

Professió: Camperol

Professió posterior: Jubilat

Tema: GC Castella

Lloc històric. Burgos (Castrojeriz).

Data entrevista: 07-11-1974

Durada entrevista: 20 min

Transcripció: 12ps.*Ll.

Sigles testimoni: JVIR

Cota: A1 E4 (177).

Autorització: A

Resum: El testimoni de José Virtus, és representatiu del camperol petit propietari de Castella, i útil per conèixer les condicions de vida i mentalitat d'aquest grup social.

Una veu feble i una dicció entretallada, ens ha fet que en molts passatges de l'entrevista s'hagin tingut que deduir el missatge i les paraules del testimoni. Al llarg de l'entrevista intervenen de forma tangencial R2 (Joaquín Moratinos) i R3 (home).

Per les altres entrevistes realitzades per R. Fraser a Castrojeriz, es pot afirmar que les referències al Bloc camperol són extensibles a la Unió General de Treballadors.

PILAR VIVANCOS.

Data naixement. 00-00-1920.

Lloc naixement. Teruel (Beceite).

Militància: FIJL Professió: Militant.

Professió posterior: Mestressa * Portera.

Tema: GC Aragó.

Lloc històric. Teruel (Beceite) * Teruel (Valderrobres) * Barcelona.

Data entrevista: 10-08-1973.

Durada entrevista: 2 h, 50 min.

Transcripció: 104ps.*MS.

Sigles testimoni: VIVANCOS.

Cota: A1 E3 (108-109).

Autorització: A.

Resum: Filla d'un cenetista de Beceite (poble amb horta i una fàbrica de paper que ocupava a la majoria de la gent), va conèixer als setze anys quan ell en tenia quaranta, el que seria el seu company fins a la mort, Miguel García Vivancos, del qual va tenir dues filles, Sara i Elena, general de Divisió (a la CNT van arribar a la categoria de general, Durruti a títol pòstum, Ricardo Sanz i ell) i integrant del grup «Los Solidarios» (d'aquest grup, que estava format per una vintena de membres, l'entrevistada cita a Durruti, Ascaso, García Oliver, Aurelio Fernández i Jover). Fa una síntesi del que va ser la seva vida amb ell sota la concepció llibertària de la parella, que ella defensa, i de la vivència del comunisme llibertari, a través de la col·lectivització agrària que es va fer al seu poble, el seu funcionament intern, el canvi de les relacions entre les persones, el canvi de la concepció econòmica de la producció i la relació amb el diner, etc. fins la seva desfeta per la Divisió Líster que la va eliminar. És de destacar el magnífic intent de transmetre el pensament de García Vivancos i la seva postura davant de múltiples fets de la guerra civil del 36 i les reflexions a l'exili, com per exemple la crítica del dirigisme que es feia des de França de la lluita a l'interior del país, l'aïllament dels exiliats i una autocrítica de la postura de la CNT en la seva línia tàctica quan Companys els ofereix el poder, la manca d'intel·lectuals, i d'altres.

També comenta què va representar el pensament llibertari per a l'alliberament de la dona, si bé al seu poble, com a organització només funcionaven les Joventuts Llibertàries i de Mujeres Libres en parla com una cosa de Catalunya.

Per últim destaca les vivències i problemàtiques que van resultar del fet que a l'exili ell es decantés cap a la pintura, i que ben aviat àdhuc se'l considerés millor que el pintor naïf Louis Vivin.

LUIS M.ª DE YBARRA ORIOL.

Data naixement. 00-00-1913.

Lloc naixement. Vizcaya.

Militància: RE.

Professió: Graduat Empresarials * Empresari.

Professió posterior: Empresari Tema: GC Euskadi.

Lloc històric. Vizcaya (Algorta) * Vizcaya (Las Arenas) * França (Biarritz) * Vizcaya (Bilbao).

Data entrevista: 12-04-1975.

Durada entrevista: 1 h.

Transcripció: 23ps.*Ll.

Sigles testimoni: LMY.

Cota: A1 E5 (209).

Autorització: A.

Resum: Pertanyent a una de les més importants famílies de l'oligarquia industrial i financera basca, el testimoni de Luis M.ª de Ybarra ens informa principalment sobre la figura del seu pare, Fernando M.ª de Ybarra —tant en la seva actuació en l'àmbit econòmic com en el polític—, a més de la seva pròpia experiència personal durant el període de la guerra civil que va romandre cinc meses amagat en zona republicana mentre el pare i un germà eren assassinats i, posteriorment, aconsegueix fugir a França per a incorporar-se a la zona nacional on actuà com alferes. Del seu discurs també destaquen el seu anàlisi sobre el nacionalisme basc, i els orígens del capitalisme basc.

La transcripció no ha plantejat grans problemes, però donat el discurs un xic atropellat del testimoni, hi ha algun petit fragment de l'entrevista que resta en blanc i algun nom propi no ha estat possible contrastar amb altres fonts i figura tal com ha estat expressat. Al llarg de l'entrevista intervenen de forma tangencial R2 (dona) i R3 (home, Perico). El testimoni utilitza a vegades termes en anglès i francès.

Bibliografía consultada:

—Díaz Morlán, Pablo. *Los Ybarra contra el «síndrome de Buddenbrooks». El éxito*

de seis generaciones de empresarios (1801-2000). Universidad de Alicante, s/a.

—López Rodó, Laureano. *La larga marcha hacia la Monarquía*. Noguer. Barcelona, 1977.

—Rubio Cabeza, Manuel. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. Planeta. Barcelona, 1987.

—Salas Larrazábal, Ramón. *Historia del Ejército Popular de la República*. Ed. Nacional. Madrid, 1973.

JUAN ZAFÓN BAYO.

Data naixement. 28-04-1911.

Lloc naixement: Barcelona.

Militància: CNT.

Professió: Dirigent obrer.

Professió posterior: Escriptor.

Tema: GC Aragó.

Lloc històric. Zaragoza * Huesca * Teruel * Zaragoza (Caspe) * Huesca (Bandaliés).

Data entrevista: 20-10-1974.

Durada entrevista: 2 h.

Transcripció: 49ps.*Ll.

Sigles testimoni: ZB.

Cota: A1 E1 (2).

Autorització: A.

Resum:

CARLOS ZAPATERO.

Data naixement. 00-00-1916.

Lloc naixement:

Militància: JAP.

Professió: Estudiant Farmàcia.

Professió posterior:

Tema: GC Madrid * GC Euskadi.

Lloc històric: Madrid * Guipúzcoa (San Sebastián) * Sevilla.

Data entrevista: 24-06-1974.

Durada entrevista: 40 min.

Transcripció: 19ps.*Ll.

Sigles testimoni: CZA.

Cota: A1 E4 (163).

Autorització: A.

Resum: L'entrevista amb Carlos Zapatero, jove estudiant universitari pertanyent a les JAP i de família burgesa, ens informa sobre el període previ a l'esclat del conflicte a Madrid, on ell viu i, posteriorment, el seu trasllat a Donostia on junt amb la família acostumava a estiuejar i on viurà pràcticament amagat fins a la pressa de la ciutat basca pels «nacionals».

Com a membre d'una família adscrita a l'Acció Popular, el testimoni manifesta les seves crítiques envers l'actitud que ell matisa com autoritària de certs elements falangistes en quant a la repressió de reraguarda.

Carlos Zapatero ingressa per la seva quinta a l'exèrcit on arriba a sotsoficial, actuant en una unitat de recuperació formada per treballadors bascos presoners de guerra, i en transports. En la seva narració destaquem la impressió que li produí l'entrada a Madrid a finals de març del 39, i certs comentaris sobre l'actuació política de José María Gil-Robles.

La transcripció no ha plantejat molts problemes, no obstant, diversos noms

propis no han estat possible de contrastar amb altres fonts i figuren tal com han estat expressats. I algunes expressions no han pogut ser transcrites i figuren amb un espai en blanc.

ÍNDEX ONOMÀSTIC

Abreviatures:

— GC: Guerra Civil. El lloc geogràfic indica on es desenvolupen els fets.

TESTIMONI	TEMA
Abad Miró, Marisa	GC Madrid
Abad Soriano, Francisco	GC Madrid * GC Catalunya
Abella Bermejo, Rafael	GC Galícia * GC Andalusia * GC Cat
Aguirre Ozamiz, Koni	GC Euskadi
Aguirre Ozamiz, Manolita	GC Euskadi
Aguirre Vergara, Luis	GC Euskadi
Ajuriaguerra Otxandiano, Juan	GC Euskadi
Alberca Montoya, Dr. Gumersindo	GC Madrid
Alier de Martínez, Juana	GC Catalunya
Alquézar Salvador, Mariano	GC Aragó
Álvarez, José	GC Astúries
Álvarez, Pedro	GC Andalusia
Álvarez Palomo, Ramón	GC Astúries
Amil Sánchez, Bartolomé	GC Andalusia
Andrade Rodríguez, Juan	GC Catalunya * GC Espanya
Andreu i Abelló, Josep	GC Catalunya
Andújar Muñoz, Manuel	GC Catalunya * GC Andalusia
Ardiaca Martí, Pere	GC Catalunya

TESTIMONI	TEMA
Ares Montes, José	GC Galícia
Argudo Luque, Manuel	GC Andalusia
Arquer Saltó, Jordi	GC Catalunya
Arrazola, Nieves	GC Madrid * GC Espanya
Azaola, Concha de	GC Euskadi
Baleztena, Dolores	GC Navarra
Bardasano y Orbegozo, José	GC Madrid
Berenguer, Josep M.ª	GC Catalunya
Berenguer, Maria	GC Catalunya
Bernuz, Emilio	GC Aragó
Blanco Tobío, Manuel	GC Galícia
Blasco, Pepe	GC Castella
Borràs Bousquet, Jacinto	GC Catalunya
Bueso García, Adolfo	GC Catalunya
Bulnes Villalobos, Tomás	GC Castella
Caamaño Díaz, Carmen	GC Madrid
Cabadas, Fernando	GC Madrid
Calopa Cejuela, Ramón	GC Catalunya

TESTIMONI	TEMA
Calvo, Saturnino	GC Euskadi
Calvo Palacios, Eugenio	GC Euskadi
Candina, Asun	GC Euskadi
Cañal, Ignacio	GC Andalusia
Cañal, Modesto	GC Euskadi * GC Andalusia
Capdevila Puig, Andreu	GC Catalunya
Carabaño, Manuel	GC Madrid
Carmona Pozo, Francisco	GC Extremadura
Carod Lerín, Saturnino	GC Aragó
Carrasco Pardal, Dr. Darío	GC Castella
Carrasquer Launed, Félix	GC Catalunya
Casariego Fernández, Jesús-Evaristo	GC Astúries
Castañer, Benigno	GC Aragó
Castaño Arévalo, Ernesto	GC Castella
Castilla del Pino, Carlos	GC Andalusia
Cebrián, Florentín	GC Aragó
Cercós, Josep	GC Catalunya
Cía Navascués, Policarpo	GC Navarra

TESTIMONI	TEMA
Claudín Pontes, Pilar	GC Madrid * GC País Valencià * GC
Clavijo, Pedro	GC Andalusia
Clemente Sauras, María	GC Aragó
Codón Fernández, José M.ª	GC Castella
Comín Colomer, Eduardo	GC Aragó * GC Espanya
Corominas, Marià	GC Catalunya
Costa i Font, Josep	GC Catalunya
Crespo, Juan	GC Castella
Cruells i Pifarré, Manuel	GC Catalunya
Cuervo, Luis	GC Cantàbria
Cuevas Gutiérrez, Tomasa	GC Madrid * GC Castella
De la Huerta y Fdez. de Henestrosa, Ignacio	GC Madrid
Delgado, Alvaro	GC Madrid
Díaz, Francisca	GC Andalusia
Díaz, Soledad	GC Madrid
Díez, Mauro	GC Castella
Díez Pastor, Fulgencio	GC Madrid
Domènech, Josep J.	GC Catalunya

TESTIMONI	TEMA
Echebarría, Ana María	GC Euskadi
Echebarria Ybarra, Trifón de	GC Euskadi
Epalza Aranzadi, Juan Manuel	GC Euskadi
Escuder Vicente, Matilde	GC Catalunya * GC Aragó * GC País
Escudero de Solís, Mariano	GC Castella
Esteban, Pablo	GC Madrid
Esteban, Rafael	GC País Valencià
Estrada Vidal, Fernando	GC Catalunya
Fanjul Roces, Eladio	GC Astúries
Fernández, Alberto	GC Astúries
Fernández, Nicolás	GC Astúries
Fernández Bailén, Progreso	GC País Valencià
Fernández Cáncer, Arturo	GC Aragó
Fernández Fernández, Manuel	GC Galícia
Fernández de Sepúlveda, M.ª del Carmen	GC Andalusia
Fernández Jurado, Ramón	GC Catalunya
Ferrer, Joan	GC Catalunya
Franco García, Mariano	GC Aragó

TESTIMONI	TEMA
Fuente Alcocer, Ricardo	GC Madrid
Fusté Salvatella, Martí	GC Catalunya
Fuster, Agustí	GC País Valencià * GC Aragó
Garagorri Herranz, Paulino	GC Esukadi * GC Espanya
Garcia	GC Catalunya
García Ferrero, Pedro	GC Castella
García Giraldo, Salvador	GC Astúries
García Moya, Paulino	GC Madrid
García Palacios, Maximiano	GC Castella
García Serrano, Rafael	GC Navarra
García Vidales, Trinidad	GC Castella
García-Falces, Carmen	GC Navarra
Gil de Ramales Buero, Victoria	GC Madrid
Giró i Marçal, Marcel	GC Catalunya
Gómez Pérez, Sócrates	GC Madrid
González Inestal, Miguel	GC Madrid
Grijalbo i Serres, Joan	GC Catalunya
Guarro i Vallbona, Contxa	GC Catalunya

TESTIMONI	TEMA
Gutiérrez del Castillo, Francisco	GC Castella
Gutiérrez Santamarina, Luis	GC Catalunya
Guzmán Espinosa, Eduardo de	GC Madrid * GC Espanya
Hernández, Rafael	GC Astúries * GC Catalunya
Hevia, José M.ª	GC Astúries
Hidalgo, Manuel	GC Andalusia
Hoyo Martínez, Arturo del	GC Madrid
Iglesias, Juan	GC Euskadi
Iglesias Suárez, Ignacio	GC Astúries * GC Catalunya
Iñigo Granizo, Lorenzo	GC Madrid
Izu Belzunce, Antonio	GC Navarra * GC Espanya
Jato Miranda, David	GC Madrid
Jiménez del Rayo, Antonio	GC Andalusia
Julián Sanz, Narciso	GC Madrid * GC Catalunya
Keller Arquiaga, Laura	GC Madrid
Lastra, Faustino	GC Astúries
León, Francisco	GC Andalusia
León Alvarez, Paulino	GC Astúries

TESTIMONI	TEMA
López Rey y Arrojo, José	GC Madrid * GC Catalunya
Lortán, Eugenio (Vegi's Lostau, E.)	GC Madrid
Lostau Román, Eugenio	GC Madrid
Luna Rivera, Manuel	GC Andalusia
Manent Pesas, Joan	GC Catalunya
Mapelli, Luis	GC Andalusia
Marín, Juan	GC Andalusia
Marqués de Marchelina (Vegi's Romero y)	GC Andalusia
Marqués Puebla de Parga (Vegi's De la Huerta)	GC Madrid
Márquez Tornero, Andrés Cecilio	GC Madrid
Martín, León	GC Andalusia
Martín Espinero, Lázaro	GC Aragó
Martínez, Carlos	GC Astúries
Martínez, Victoria	GC Aragó
Martínez Gil, Alejandro	GC Astúries
Martínez Hernández, Misael	GC Astúries
Martínez Hernández, Ramón	GC Astúries
Martínez Sánchez, Régulo	GC Madrid

TESTIMONI	TEMA
Mata Castro, José	GC Astúries
Medina Navajas, José	GC Andalusia
Medina y Villalonga, Rafael de	GC Andalusia
Michelena Elissalt, Luis	GC Euskadi
Millán Castro, José	GC Andalusia
Minguillón, Eusebio	GC Aragó
Miravitlles i Navarra, Jaume	GC Catalunya
Miret Magdalena, Enrique	GC Madrid
Monterde, Josefa	GC Madrid
Mora Iñigo, Tomás	GC Madrid * GC Espanya
Moral Menéndez, Aquilino	GC Astúries
Moratinos, Joaquín	GC Castella
Moreno Garrido, Salud	GC Andalusia
Moutas Meras, José M.ª	GC Astúries
Muguruza, Juan Ignacio	GC Euskadi
Muñoz de Herrera, Lorenzo	GC Madrid
Muñoz Sáez, José	GC Andalusia * GC Euskadi
Muñoz Suay, Ricardo	GC País Valencià * GC Espanya

TESTIMONI	TEMA
Nárdiz Bengoetxea, Gonzalo	GC Euskadi
Navarro Noel, Angel	GC Aragó
Núñez González, Miguel	GC Madrid * GC Espanya
Núñez Larraz, José	GC Castella * GC Madrid
Oar-Arteta (cunyada), Natividad de	GC Euskadi
Oar-Arteta, Dionisio	GC Euskadi
Oar-Arteta, José Antonio	GC Euskadi
Ochoa, Ma Rosa	GC Catalunya
Orad de la Torre, Urbano	GC Madrid
Otero, Rafael	GC Madrid
Ozamiz, Ignacia	GC Euskadi
Ozcoidi Cirauqui, Mario	GC Navarra
Pañeda Coto, Anselmo	GC Astúries
Pascual, Francesc	GC Catalunya
Pastor Palencia, Alberto	GC Castella
Pedro	GC Madrid
Pérez, Antonio	GC Madrid
Pérez, Indalecio	GC Aragó

TESTIMONI	TEMA
Pérez, José Antonio	GC País Valencià
Pérez Baró, Albert	GC Catalunya
Pérez Dorado, Anastasio	GC Andalusia
Pérez González, Francisco	GC Cantàbria
Pérez González, Luz	GC Cantàbria
Pérez González, Oliva	GC Cantàbria
Plaza, Encar	GC Madrid * GC País Valencià * GC
Polanco Gutiérrez, Jesús de	GC Madrid
Pons Prades, Eduard	GC Catalunya
Pontvianne, Cesar	GC Castella
Portela Fernández, Luis	GC Madrid * GC Espanya
Posadas (pseudònim)	GC Andalusia
Poyatos López, Francisco	GC Andalusia
Pozo Pardo, Josefa	GC Extremadura
Prieto, Ramón	GC Castella
Puig Martí, Hermenegildo	GC Catalunya
Pumar Cuartero, Prudencio	GC Andalusia
Quintana, Dr. Antonio	GC Castella

TESTIMONI	TEMA
R.B. (pseudònim)	GC Andalusia
Rey Juanez, Mario	GC Madrid
Riba Ortínez, Josep	GC Catalunya
Ribas, Antoni	GC Catalunya
Ricart Ribera, Rosa	GC Catalunya
Ridruejo Jiménez, Dionisio	GC Castella * GC Espanya
Robles-Arangiz, Manu	GC Euskadi
Robusté Parés, Josep	GC Catalunya
Rodríguez, Paulino	GC Astúries
Rodríguez Alcalde, Leopoldo	GC Cantàbria
Rodríguez Ania, Juan	GC Astúries
Rodríguez Contreras, Dr. José	GC Andalusia
Rodríguez Fernández, Balbina	GC Andalusia
Rodríguez-Vigil Lorenzo, Juan	GC Astúries
Roig Llop, Tomàs	GC Catalunya
Romero y Osborne, Ignacio	GC Andalusia
Rosell, Antonio	GC Aragó
Rotaeche, Teresa	GC Euskadi

TESTIMONI	TEMA
Royo Lisbona, Macario	GC Aragó
Rubial Cavia, Ramón	GC Euskadi
Rubió i Balaguer, Jordi	GC Catalunya
Ruíz Fornells Ruíz, Col. Ramón	GC Madrid
Ruíz Sánchez, Timoteo	GC Castella * GC Madrid
Sáinz de Baranda	GC Castella
Sáinz Rodríguez, Pedro	GC Castella * GC Espanya
Salazar, Pablo	GC Castella
San Martín, Manuel	GC Cantàbria
Sánchez, Pedro	GC Madrid
Sánchez Fernández, Manuel	GC Astúries
Sánchez Sánchez, Pedro	GC Madrid
Sánchez Ventura, Rafael	GC Madrid
Sandoval, José	GC Madrid
San francisco, Ángela	GC Castella
Sanmartí, F.	GC Catalunya
Sanmiguel, Francisco	GC Madrid
Santacana Pellicer, Lluís	GC Catalunya

TESTIMONI	TEMA
Sanz García, Ricardo	GC Catalunya
Saña i Magrinyà, Joan	GC Catalunya
Saraza Ayustante, Juan Antonio	GC Andalusia
Sena Marcos, Enrique de	GC Castella
Sentmenat i Güell, Fèlix de	GC Catalunya
Sepúlveda, Francisca de	GC Andalusia
Serrahima i Bofill, Maurici	GC Catalunya
Solano Alonso, Wilebaldo	GC Catalunya
Solé Barberà, Josep	GC Catalunya
Taya, Senyora de	GC Catalunya
Toca Echevarría, Ignacio	GC Navarra
Torre Galán, Julio de la	GC Marroc * GC Espanya
Trenta Cinc (pseudònim)	GC Andalusia
Trenta Quatre (pseudònim)	GC Andalusia
Trueta i Raspall, Josep	GC Catalunya
Tudela, Fernando	GC Madrid * GC País Valencià
Unamuno Lizárraga, Felisa de	GC Castella
Unamuno Lizárraga, Rafael de	GC Castella

TESTIMONI	TEMA
Uviedo Murciano, Olegario	GC Castella
Valgañón, Ricardo	GC Euskadi
Vallès i Perdrix, Edmon	GC Catalunya
Vázquez Fernández, Joaquín	GC Madrid
Vázquez Sanzano, Julián	GC Madrid
Vázquez-Prada Blanco, Ricardo	GC Astúries
Vegas Latapié, Eugenio	GC Castella
Velasco, Antonio	GC Madrid
Velasco Garro, Ananda	GC Madrid
Venegas, Dionisio	GC Andalusia
Venzor, Dr.	GC Euskadi * GC Astúries
Vergara Dorcel, José	GC Madrid
Viar, Jon de	GC Euskadi
Vicente, Antonio	GC Castella
Villar Sánchez, Josep	GC País Valencià
Villarúbia i Silva, Josep M.ª	GC Catalunya
Virtus, José	GC Castella
Vivancos, Pilar	GC Aragó

TESTIMONI	TEMA
Ybarrra Oriol, Luis M.ª de	GC Euskadi
Zafón Bayo, Juan	GC Aragó
Zapatero, Carlos	GC Madrid * GC Euskadi

Ronald Fraser (Hamburgo, 1930 – Valencia, 2012) fue uno de los grandes historiadores de nuestro tiempo. Formado en Gran Bretaña, Estados Unidos y Suiza, fue profesor visitante de historia contemporánea de España e historia oral en la Universidad de California, Los Ángeles. Entre sus libros destacan *Mijas. República, guerra, franquismo en un pueblo andaluz* (1985), *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros* (1979) —convertido en un clásico sobre la guerra civil española—, *Escondido. El calvario de Manuel Cortés* (2006) y *La maldita guerra de España Historia social de la Guerra de la Independencia, 1808-1814* (2006).

Notas

[1] «La guerra de 1936 en la historia contemporánea de España», *Historia Internacional*, n.º 13 (abril 1976). <<

[2] Es tanto lo que esta obra le debe que, aparte del prólogo, donde el lector encontrará las fuentes principales, no he querido sobrecargar el texto con repetidas notas de agradecimiento <<

[3] Son respectivamente Madrid-Toledo rural y Barcelona-bajo Aragón; la zona rural de alrededor de Sevilla-Córdoba y Salamanca-Castilla la Vieja-Pamplona; finalmente, el «norte»: Asturias y Vizcaya, que fueron capturadas por los nacionalistas hacia la mitad de la guerra. <<

[4] Sin embargo, a menudo he respetado el término empleado por los participantes para calificar al bando opuesto: «rojo» o «fascista». A pesar de que inducen a engaño y a menudo son deliberadamente provocativas, he respetado estas etiquetas porque evocan el concepto que a la sazón se tenía del enemigo. La solución que he adoptado es la siguiente: a los que se levantaron para derrocar el régimen republicano el 18 de julio de 1936 los llamo «insurgentes» hasta que, en octubre del mismo año, formaron su propio régimen; a partir de entonces, utilizando su propia nomenclatura, pasan a ser «nacionalistas». Es evidente que, al estallar la guerra, el régimen republicano se convirtió en algo nuevo. A menudo he utilizado el término «Frente Popular» para describir ese algo nuevo durante el período inicial, aun sabiendo que el término no es rigurosamente exacto: si bien luchaban en dicho bando, los anarcosindicalistas no formaron parte del Frente Popular antes ni durante la guerra. Más adelante, cuando el gobierno central reafirmó los principios democráticos burgueses, me he inclinado por utilizar de nuevo la palabra «republicano». <<

[5] Inevitablemente, con el paso del tiempo se han «modificado» los recuerdos que datan de 35 o 40 años atrás. Pero estoy convencido de que ello ha sido en medida mucho menor de lo que hubiera sido en otras circunstancias. Esto se debe, en primer lugar, a la misma naturaleza de la guerra; en segundo lugar, al inmovilismo político impuesto por los vencedores en la postguerra; y, finalmente, al hecho de que muchos participantes eran muy jóvenes. A causa de todo ello, los recuerdos han quedado «congelados». Indudablemente, algunos de los

participantes han cambiado de parecer (y a veces de afiliación política) con el paso de los años. Pero, en lo que a mí respecta, lejos de quitar valor a su testimonio, dicho cambio lo ha hecho más valioso, ya que ha dado a los participantes una visión más crítica de lo sucedido. Por otra parte, puede que, al tener que dar una totalidad coherente al libro, éste parezca decir «así fue cómo sucedió». Pero no es así. Lo que en verdad dice el libro es «así se recuerda lo que sucedió». <<

[1] R. Carr, *España 1808-1939,* Barcelona, 1969, p. 160. <<

[2] P. Vilar, *Historia de España*, Barcelona, 1978, p. 91. <<

[3] P. Vilar, *op. cit*., p. 98. <<

[4] G. Jackson, *La república española y la guerra civil*, Barcelona, 1976(2.ª ed.), p. 29 <<

[5] Fenómeno que se da en todo desarrollo, pero de modo especialmente marcado en el caso de España. Entre los ejemplos socioeconómicos más obvios entresacados de la década de los treinta, está el de que en el sur seguían existiendo varios miles de terratenientes —menos del 2 por ciento de todos los propietarios de la región— que tenían en su poder más de dos tercios de la tierra, mientras que 750 000 jornaleros vivían de unos sueldos casi de miseria. A su vez, estas fincas del sur contrastaban con las parcelas del noroeste y de otras partes, parcelas que eran demasiado pequeñas para que el campesino pudiera vivir de ellas. A nivel cultural, si bien entre el 30 y el 50 por ciento de la población —nadie sabe el porcentaje exacto— era analfabeto en la década de los treinta, un puñado de poetas, novelistas y dramaturgos llevaba el país hacia un renacimiento literario. En el plano político, por un lado había una clase obrera sumamente combativa y, por otro, una ausencia casi total de teóricos revolucionarios, fuesen marxistas o anarquistas. Aunque eran obvias las diferencias entre un jornalero sin tierra y anarcosindicalista de Andalucía y un pequeño propietario rural y católico de Castilla la Vieja, había diferencias menos obvias, pero igualmente grandes, entre un republicano de izquierda de clase media que viviera en una gran ciudad y un pequeñoburgués de provincias que se hubiese hecho republicano para proteger sus intereses; o entre la pequeña burguesía nacionalista de las dos regiones más avanzadas, Cataluña y el País Vasco. Este desarrollo desigual marcó la guerra civil desde su principio, y en parte explica el éxito o fracaso del levantamiento militar en las distintas regiones. Véase P. Vilar, «La guerra de 1936 en la historia contemporánea de España», *Historia Internacional*, n.º 13 (abril 1976). <<

[6] M. C. García-Nieto, *La segunda república* (Base Documentales, 8), Madrid, 1974, I, p. 12. De 1900 a 1935 se registró un rápido crecimiento demográfico. La población aumentó de 18,5 a 24 millones. Sin embargo, más de la mitad de la población (57 por ciento) seguía viviendo en el campo. <<

[7] Las explicaciones tradicionales que imputan esta persistencia a un «temperamento» mediterráneo en busca de una «religión secular» (milenarismo) o sujeto a una «furia irracional» sin dirección (aunque justificada) contra fuerzas sociales opresivas —el estado, la iglesia, etc.— no alcanzan a ver el anarquismo

como la respuesta a unas condiciones y necesidades socioeconómicas concretas. Por señalar sólo algunas: la necesidad, a principios de un período revolucionario (1868-1874), de dar una organización revolucionaria a la clase obrera; la intransigencia de los patronos (catalanes) rurales y urbanos y un estado opresivo; los vínculos que en una sociedad capitalista semidesarrollada existen entre la clase obrera urbana y sus antecedentes rurales; la proximidad entre patronos y trabajadores (en la producción a pequeña escala y la agricultura no mecanizada); la pobreza de grandes ciudades como Barcelona. El anarquismo respondió a estas condiciones de una manera específica, reforzando a menudo las tendencias ya existentes: su ideología antiestatal y apolítica apoyó, en las regiones donde arraigó, el odio que ya existía contra el estado y la política; su estructura y objetivos federales, su hincapié en la autoorganización local, llevaban en la misma dirección, reforzando los «localismos» existentes; su concepto de la autogestión de los productores reforzó la idea (dentro de la producción a pequeña escala) de que podía «prescindirse» de la burguesía, satisfaciendo a los artesanos amenazados por el crecimiento capitalista así como al proletariado; finalmente, su estructura suelta, antiburocrática, le permitía desaparecer y reaparecer en respuesta a la represión política. (Para un estudio extensivo de esta cuestión, véase T. Kaplan, *Orígenes sociales del anarquismo en Andalucía*, Barcelona, 1977). <<

[8] M. Tuñón de Lara, *El movimiento obrero en la historia de España* Madrid, 1972, pp. 844-845. <<

[9] En 1930 se celebró en San Sebastián una reunión de líderes republicanos, a la que asistieron Maciá y otros políticos nacionalistas catalanes. Se acordó que un futuro gobierno republicano buscaría una solución constitucional para las aspiraciones de los catalanes. De esta manera la causa republicana se ganó el apoyo de los catalanistas de la pequeña burguesía. Vale la pena observar, sin embargo, que no existía una identidad de objetivos parecida en el caso del principal partido nacionalista del País Vasco, el PNV, que no asistió a la reunión de San Sebastián, Los vascos tampoco secundaron la iniciativa de Maciá. En su lugar, recibieron con agrado la república y pidieron un régimen vasco autónomo dentro de una república federal que reconociera «la libertad e independencia de la iglesia católica». Los representantes del nuevo gobierno republicano de Madrid pronto persuadieron a Maciá para que rescindiera su declaración y esperase la aprobación de un estatuto de autonomía por las nuevas Cortes constituyentes. Sin embargo, la audacia de esta medida hizo que la autonomía catalana formase parte de los proyectos políticos inmediatos y aseguró la hegemonía política de la Esquerra en Cataluña hasta el estallido de la guerra civil. Véase. I. Molas, *El sistema de partidos políticos en Cataluña, 1931-1936,* Barcelona, 1974, p. 83, y A. Balcells, *Cataluña contemporánea II (1900-1936),* Madrid, 1974, pp. 23-24. <<

[10] G. Brenan, *El laberinto español*, París, 1962, p. 176. <<

[11] H. Thomas, *La guerra civil española, 1936-1939,* Barcelona, 1976[2], I, p. 130. <<

[12] Al servicio de la «anti-España» estaban: «la masa que niega a Dios y a los principios de la moral cristiana, que proclama las veleidades del amor libre en contraposición a la santidad de la familia, que sustituye la propiedad privada —base y estímulo del bienestar personal y la riqueza colectiva— por un proletariado universal a las órdenes de un estado que entroniza el imperio tiránico de una dictadura de clase». Del manifiesto fundacional, en 1931, de Acción Nacional, precursora de Acción Popular, el principal partido, dirigido por Gil Robles, de los que formaban la CEDA (citado por A. Elorza, *La utopía anarquista bajo la segunda república española*, Madrid, 1973, p. 228). <<

[13] Los signatarios del pacto fueron: Izquierda Republicana, Partido Socialista, UGT (dirigida por los socialistas), Partido Comunista de España, Federación Nacional de las Juventudes Socialistas, Partido Sindicalista y los comunistas disidentes del POUM. <<

[14] Las cifras exactas siguen siendo objeto de polémica. Oscilan (en el cálculo más reciente: J. Tusell, *Las elecciones del Frente Popular*, Madrid, 1971) desde un margen para el Frente Popular de 151 000 votos del total de 9.157 000 votos emitidos, a un margen de entre 700 000 y 840 000 de los 8.800 000 votos obtenidos por ambos bandos en conjunto. (A estos totales hay que añadir de 450 000 a 525 000 votos más obtenidos por los partidos de centro, incluyendo el Partido Nacionalista Vasco). M. Tuñón de Lara en su *La España del siglo XX* (Barcelona, 1974, II, p. 483) resume las distintas cifras que se han indicado. Debido al sistema electoral a la sazón vigente, sin embargo, la representación parlamentaria no reflejaba la escasa diferencia de votos. Al reunirse la nueva asamblea, ocuparon escaños 286 diputados del Frente Popular (siendo las representaciones más importantes: 99 socialistas, 87 republicanos de izquierda, 39 de Unión Republicana, 36 de Esquerra Republicana de Catalunya y 17 comunistas, incluyendo uno del POUM); la derecha ocupó 132 escaños (de los que 88 correspondían a la CEDA), y el centro 42 (ibid., p. 488). <<

[15] E. Malefakis, *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX* ,Barcelona, 1976[3], p. 425. <<

[16] P. Broué y E, Témime, *La révolution et la guerre d'Espagne*, París, 1961, p. 64. <<

[17] En tan pocas páginas no puede describirse adecuadamente la complejidad de los cinco años inmediatamente anteriores a la guerra civil ni los cambios que durante ellos sufrió la opinión popular. En el presente libro se describe con mayor detalle el período de cinco meses que va desde la victoria electoral del Frente Popular en febrero al levantamiento militar de julio de 1936. Al final del tomo II, en una sección especial titulada «Puntos de Ruptura», intento estudiar con mayor detalle el primero de los dos períodos citados más arriba. En dicha sección se estudian: A. La tierra; B. La pequeña burguesía y la cuestión religiosa; C. Dos nacionalismos; D. Los libertarios y la república; E. Octubre de 1934, el Frente Popular, comunistas ortodoxos y disidentes; F. El ejército. <<

[1] El líder monárquico derechista había sido asesinado por miembros de la policía actuando por propia iniciativa la semana antes (véase pp. 133-134). <<

[2] La guardia de asalto fue creada por el régimen republicano para disponer de un cuerpo de policía urbana y leal que sirviera de contrapeso a la guardia civil, el cuerpo paramilitar de policía rural, sumamente entrenado, que existía desde hacía casi un siglo. <<

[3] La denominación «carlistas» la recibían de don Carlos, cuya pretensión al trono, a principios del siglo XIX, había iniciado el movimiento contra la introducción del liberalismo. Eran acérrimamente tradicionalistas, católicos y antiliberales en el siglo XX (véase Prólogo, p. 31). Un «requeté» era un cuerpo militar de unos 250 carlistas, y por extensión, un soldado carlista. <<

[4] Más o menos en aquel mismo momento, dieciocho horas después de que Queipo se sublevara, Rafael Medina (más tarde duque de Medinaceli) vio con sorpresa que era el 187.º voluntario que se unía a los militares en Sevilla. La burguesía de la provincia prefirió que fuese el ejército el encargado de hacer lo que hiciera falta. <<

[5] El PNV era un partido confederal y la decisión afectaba solamente a la dirección del partido en Vizcaya (Biskai-Buru-Batzar). Horas más tarde, el PNV de Guipúzcoa tomó la misma decisión, como también lo hicieron los delegados de Álava. Posteriormente, tras el triunfo de los militares en Vitoria, capital provincial de Álava, el PNV de allí pidió a sus miembros que se pusieran a la disposición de las autoridades militares, con lo que expresaba su esperanza de evitar una guerra fratricida e impedir la anarquía. <<

[6] Más adelante Martínez Barrio negó haber hecho tal llamada. Diez Pastor: «Nunca me habló de la conversación telefónica. Pero el nuevo ministro de Comunicaciones la mencionó en una alocución radiada y dijo que había hablado con los generales sublevados». Del bando de Mola, varias personas han mencionado tal llamada, así como otra del general Miaja, al que Martínez Barrio había nombrado ministro de la Guerra en su efímero gobierno. <<

[7] La sublevación, inspirada por los socialistas, contra el gobierno de centro derecha que tuvo su epicentro en Asturias (véase Prólogo, p. 44, y Puntos de Ruptura, E, pp. 359-361 del tomo II). <<

[8] Este grupo, algunas veces llamados anarcobolcheviques, iba a proporcionar los principales jefes militares del Frente de Aragón durante la guerra (véase Puntos de Ruptura, D, pp. 347-350 del tomo II). <<

[9] F. Escofet, *Al servei de Catalunya i de la república*, París, 1973, pp. 184 y 189. <<

[10] Escofet, *op. cit*., pp. 213 y 426. <<

[11] Parte de un pequeño contingente que el ejército de África, la única fuerza profesional de combate del ejército español, había conseguido trasladar a la península por mar antes de que la flota republicana bloquease el estrecho de Gibraltar. <<

[12] Véase Puntos de Ruptura, B., pp. 317-327 del tomo II. <<

[13] Siglas de «Unión de Hermanos Proletarios», eslogan que se hizo famoso durante la insurrección de octubre de 1934 en Asturias. <<

[1] Para las cifras, véase el Prólogo, p. 45, nota 14. <<

[2] En un aspecto Castrogeriz no era un pueblo castellano típico, ya que tenía una gran proporción de jornaleros sin tierra que, al igual que en todas partes, tendían a incrementar los conflictos sociales (véase pp. 116-120). <<

[3] Véase Puntos de Ruptura, B., pp. 322-323 del tomo II. <<

[4] Véase Puntos de Ruptura, A, p. 313 del tomo II. <<

[5] Véase Puntos de Ruptura, A, pp. 310-312 del tomo II. <<

[6] Durante los últimos dos años, los dirigentes de la CEDA habían estado de acuerdo en servir y defender a la república con el fin de servir y defender a España. La campaña electoral de 1936 agudizó los temores de sus enemigos en el sentido de que, si triunfaba, en el peor de los casos impondría un régimen fascista y totalitario y, en el mejor de los casos, reformaría drásticamente la constitución. En público, Gil Robles abogaba por lo segundo. Al mismo tiempo, sus eslóganes electorales de «Todo el poder para el jefe», el saludo semifascista, las camisas pardas del movimiento juvenil, con sus lemas antisemitas, llevaban a sus oponentes a creer que sus verdaderos objetivos iban aún más lejos. No olvidaban que Hitler había subido al poder por medio de unas elecciones. (Véase también Puntos de Ruptura, E., pp. 355-358 del tomo II). <<

[7] Las similitudes fundamentales eran mayores que las diferencias: ambos movimientos eran fascistas con una capa de catolicismo. «Autoridad, disciplina, la sujeción de las masas, el control pero no la liquidación del capitalismo, un estado corporativo, eran elementos comunes a los dos», según me dijo Tomás Bulnes, amigo del cofundador de las JONS Onésimo Redondo. El intento de diferenciarse del fascismo surgía del hecho de que «como movimiento muy nacional, no queríamos que la gente pensara que imitábamos un modelo extranjero. Teníamos que volver la mirada hacia nuestro propio Siglo de Oro, seguir el ejemplo de los Reyes Católicos en el siglo XV». (Para un estudio más amplio de la Falange, véase MILITANCIAS 10, pp. 14-20 del tomo II). <<

[8] La influencia socialista llegaba de la ciudad más próxima, Medina de Rioseco, en la que había un núcleo de ferroviarios socialistas y era uno de los pocos centros de Castilla la Vieja donde tuvo repercusiones la insurrección de octubre de 1934 (David Ruiz, «Aproximación a octubre de 1934», en M. Tuñón de Lara, ed., *Sociedad, política y cultura en la España de los siglos XIX-XX*, Madrid, 1973). En Tamariz, 22 personas fueron detenidas durante los sucesos de octubre y acusadas de posesión ilegal de armas y bombas de gasolina, según Pastor. <<

[9] Gil Robles, líder de la CEDA, quería reforzar la autoridad de Azaña con la esperanza de que éste rompiera sus relaciones con la izquierda. La maniobra fracasó cuando el partido socialista impidió que Prieto pasara a ser presidente del gobierno en mayo (R. Robinson, «La república y los partidos de la derecha», en R. Carr, ed., *Estudios sobre la república y la guerra civil española*, Barcelona, 1973). Además, el fracaso electoral había debilitado la posición de Gil Robles; Calvo Sotelo, ministro monárquico de Hacienda, durante la dictadura de Primo de Rivera que precedió a la república, se hizo ahora cargo de la jefatura de la derecha. <<

[10] Todavía no había pasado un año desde las matanzas de Castilblanco, en la que los campesinos asesinaron a cuatro guardias civiles, y de Arnedo, donde la guardia civil abatió a tiros a siete pacíficos manifestantes, incluyendo cuatro mujeres y un niño, e hirió a otros 30. A los pocos meses de los tiroteos de Fuensalida, unos 20 campesinos fueron muertos por guardias de asalto en Casas Viejas, hecho que inmediatamente se convirtió en un caso célebre. <<

[11] Véase Puntos de Ruptura, A, pp. 305-316 del tomo II. <<

[12] Para un estudio de la postura del partido comunista sobre la necesidad de completar la revolución democrática burguesa, bajo la dirección de la clase obrera y el campesinado, antes de pasar a la siguiente etapa histórica, la revolución socialista, véase Puntos de Ruptura, E, pp. 362-370 del tomo II. <<

[13] Malefakis, *op. cit*., pp. 425-427. A causa de la censura de prensa, es imposible juzgar las dimensiones exactas de la agitación rural. Además, parece ser que los nuevos alcaldes eran reacios a dar cuenta de la ocupación de tierras. En abril, el gobernador civil de Córdoba, republicano de izquierda, les dio orden de que lo hicieran, dadas las «repetidas denuncias» presentadas por los terratenientes ante tales abusos (*Defensor de Córdoba*, 7 de abril de 1936). En Andalucía y en otras partes la situación empeoró a causa de las lluvias más fuertes caídas en un siglo, lluvias que impidieron trabajar la tierra. Mientras tanto, la prensa comunista extranjera publicó reportajes entusiastas sobre las ocupaciones de tierras. La «acción revolucionaria» del campesinado causaba un «pánico absoluto en los círculos gubernamentales», escribió el delegado del Comintern, César Falcón, en mayo (citado por B. Bolloten, *The grand camouflage*, Londres, 1968, p. 22). <<

[14] Para una descripción de la ocupación, véase Puntos de Ruptura, A, pp. 314-316 del tomo II. <<

[15] J. Díaz del Moral, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas. Córdoba*, Madrid, 1967, p. 329. Una mayoría del mismo congreso adoptó también una resolución manifestando que «debemos exigir a las autoridades constituidas que

entreguen las tierras mal cultivadas a los sindicatos de acuerdo con los índices imponibles actuales». La contradicción entre las dos resoluciones era sintomática de las tendencias anarquista y sindicalista dentro del movimiento. (Para un mayor examen de estas dos tendencias, véase Puntos de Ruptura, D, pp. 342-355 del tomo II). <<

[16] De hecho, la Ley de Reforma Agraria no concedía la propiedad de la tierra, sino su usufructo, a quien la recibía, que no podía venderla, hipotecarla o arrendarla. La propiedad quedaba en manos del estado. Los militantes anarcosindicalístas se oponían a ambas cosas. <<

[17] Díaz del Moral, *op. cit*., p. 355. <<

[18] Para un mayor estudio de este tema, véase Puntos de Ruptura, B, pp. 317-327 del tomo II. <<

[19] A. Nin, «Después de las elecciones del 16 de febrero», *Los problemas de la revolución española*, París, 1971. <<

[20] Para la trayectoria del movimiento anarcosindicalista y de su importancia crucial para la revolución, véase Puntos de Ruptura, D, pp. 342-355 del tomo II. <<

[21] «Para la revolución —escribió Lenin— no basta con que las masas explotadas y oprimidas tengan conciencia de la imposibilidad de seguir viviendo como viven y exijan cambios; para la revolución es necesario que los explotadores no puedan seguir viviendo y gobernando como viven y gobiernan. Sólo cuando los "de abajo" no quieren y los "de arriba" no pueden seguir viviendo a la antigua, sólo entonces puede triunfar la revolución». (*La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*, en V. I. Lenin, *Obras escogidas*, 3 vols., Editorial Progreso, Moscú, 1970, III, p. 405). <<

[22] Para la comprensión de este concepto, véase p. 24, nota 9, del tomo II. <<

[23] Al complot, ridiculizado a la sazón por *Claridad*, el periódico de Largo Caballero, todavía se le da crédito (Félix Maíz, *Mola, aquel hombre*, Barcelona, 1976; Jaime del Burgo, *Conspiración y guerra civil*, Madrid, 1970). Eduardo Comín Colomer, que fue responsable de mantener vivo el «complot» en su historia del partido comunista español (1965), se retractó de su anterior postura. «Sé que el complot fue obra de gente de derechas. Creyendo que España iba a caer en manos comunistas, urdieron el plan, basándose en el esquema bosquejado por el VII Congreso del Comintern, como advertencia al país. A Largo Caballero ya se le llamaba el "Lenin español". Cuando suscribí la autenticidad del complot, lo hice a

sabiendas, creyendo que aún no había llegado el momento de revelar la verdad» (declaración al autor, 26 de septiembre de 1974). <<

[24] Cuando el mayor Díaz Varela, uno de los ayudantes militares del presidente del consejo, informó a éste del asesinato, Casares Quiroga replicó: «"¡En menudo lío nos han metido!", palabras textuales que a menudo me fueron repetidas por Díaz Varela» (Orad de la Torre). <<

[25] Rey de los carlistas y pretendiente al trono de España, Alfonso Carlos era el último de la línea original de don Carlos; murió en septiembre de 1936 y le sucedió como regente el príncipe Javier. <<

[1] Sevilla, Córdoba, Granada y Cádiz. Las otras tres eran Salamanca, Cáceres y, brevemente, Albacete. Los republicanos reconquistaron esta última, pero, en contrapartida, no tardaron en perder Huelva en Andalucía. <<

[2] En ambos bandos, por supuesto, hubo otros factores que contribuyeron a la victoria o a la derrota. Entre ellos estaban el no maniobrar ofensivamente, la retirada a «baluartes» o barrios aislados, las divisiones entre las organizaciones obreras, la falta de decisión de los militares. Pero allí donde no había *fusión ofensiva* los militares triunfaron. Los guardias de asalto podían permanecer momentáneamente leales, como sucedió en Sevilla y Córdoba, pero a la defensiva y separados del pueblo, o bien podían pasarse inmediatamente a los militares, como en Zaragoza y Oviedo. El resultado final fue el mismo. Desarmadas, aisladas, desorganizadas, las masas no podían hacer otra cosa que presentar una resistencia desesperada. Los militares, cuya tarea resultó más fácil al disponer de cañones con los que obligar a rendirse a los edificios oficiales, tomaron la ofensiva, Hay que tener en cuenta, además, que no se levantó la totalidad de las guarniciones de Barcelona y Madrid. <<

[3] Sin los 20 aviones de transporte Junkers-52 facilitados por Hitler y los 9 Savoias-81 enviados por Mussolini, se habrían necesitado nueve meses para transportar el ejército de África a la península. Pero gracias a dichos aviones, en dos meses pasaron de Marruecos a la península poco menos de 14 000 soldados, 11 baterías de campaña y 500 toneladas de material bélico (J. M. Martínez Bande, *La campaña de Andalucía*, Madrid, 1969). Inglaterra jugó también su papel al no permitir que los buques republicanos repostaran en Gibraltar y al hacer que la Comisión Internacional que gobernaba Tánger prohibiera que la armada utilizase dicho puerto. El bloqueo naval quedó roto por los insurgentes a partir del 5 de agosto, aunque no consiguieron libertad completa en el mar hasta fines de septiembre, fecha en que el gobierno republicano ordenó a la armada que se dirigiera al norte. <<

[4] Fundada a fines de 1931, la revista cristalizaba un nuevo estilo de reacción monárquica ante la república. Citando las palabras de su director, era «antidemocrática» y creía no en las «virtudes del sufragio universal, sino en el principio hereditario». En sus páginas defendió el derecho a sublevarse contra «un poder ilegítimo»; otros colaboradores predicaban la necesidad de un estado corporativo jerárquico y universal como garantía más segura contra la revolución proletaria (Paul Preston, «Alfonsist monarchism and the coming of the Spanish civil war», *Journal of Contemporary History*, n.º 7, julio-octubre 1972). <<

[5] Sáinz Rodríguez nunca consiguió encontrar las notas referentes a la proclamación del plebiscito, mientras Vegas Latapié francamente dudaba de que

existieran. Sanjurjo, que se había ganado su reputación militar en las guerras de Marruecos, encabezó un fallido levantamiento militar contra la república en 1932. <<

[6] Escofet, *op. cit*., p. 403. <<

[1] No resiste un examen la creencia de que el ejército «en bloque» se sublevó contra el gobierno republicano. De los 24 generales de división en activo, se levantaron cuatro (y sólo uno de éstos mandaba tropas en la península). Los cuatro generales de la guardia civil y el que mandaba la fuerza aérea permanecieron leales. De los casi 60 generales de brigada, menos de una tercera parte se unió al alzamiento. Fueron los capitanes, los comandantes y —en medida mucho menor— los coroneles los que formaron el grueso de la oficialidad rebelde. Posiblemente hasta la mitad de los hombres que a la sazón servían en el ejército permanecieron en la zona republicana, junto con un tercio o la mitad de los oficiales en servicio activo. No obstante, tres factores redujeron su *eficacia combativa*: 1) El grave error del gobierno republicano al desmovilizar a los soldados (que luego se negaron a volver a sus unidades y, en vez de ello, a menudo ingresaron en las milicias). 2) El antimilitarismo de la clase obrera, particularmente de los anarcosindicalistas, pero también de los socialistas, combinado con una desconfianza general hacia los oficiales —desconfianza no infundada, ya que muchos aprovecharon la primera oportunidad para desertar—, hizo que no se utilizara a los oficiales. 3) Perdidas en mayor o menor grado las cadenas jerárquicas de mando, coherencia burocrática y coacción disciplinaria, existían unidades militares, pero no un ejército propiamente dicho. A pesar de estas desventajas, las fuerzas del Frente Popular detuvieron a los insurgentes en el Guadarrama, lo que hace pensar que el ejército de la península no estaba materialmente preparado para la guerra. Mola disponía del mando de dos divisiones, la 6.ª y la 7.ª (Burgos y Valladolid) para utilizarlas inmediatamente contra la 1.ª (Madrid). Esperaba tener que retirarse pronto hacia el norte debido a la falta de munición para fusil, Probablemente el ejército peninsular solo no tenía una *capacidad de combate* suficiente para realizar un avance decisivo en uno u otro bando; sólo el ejército de África tenía tal capacidad. <<

[2] La revolución carlista fue descrita a grandes rasgos por Jaime del Burgo, presidente de la Agrupación Escolar Tradicionalista (AET) en Pamplona: «La reacción es volver a la situación inmediatamente anterior a la presente. La revolución tiende a restaurar una situación mucho más antigua, que tenemos intención que sea el régimen tradicional… el siglo XVI …Por nada del mundo quisiéramos volver a lo que existía antes del 14 de abril. Ni a sus principios ni a sus hombres; ni a la monarquía constitucional ni al centralismo antiforal; ni a la tiranía dictatorial ni a gobiernos irresponsables que pactan con el enemigo. Por consiguiente, no somos reaccionarios. Buscamos otros principios más españoles, más cristianos, que se ajusten mejor al espíritu de clase… Son estos principios antiguos: una organización gremial, corporativa, española…» (de un artículo del 16 de febrero de 1934, en *a. e.t.,* citado por el mismo autor en su libro *Requetés en Navarra antes del alzamiento*, San Sebastián, 1939). <<

[3] Los derechos de autogobierno que Navarra conservó al unirse a la

monarquía española en el siglo XVI y que, de forma modificada, fueron reconocidos mediante un tratado al terminar la primera guerra carlista en 1841, cuando Navarra perdió su condición de reino. <<

[4] José I. Escobar, *Así empezó…*, Madrid, 1974, pp. 56-57. <<

[5] Ángel Viñas, *La Alemania nazi y el 18 de julio*, Madrid, 1974. <<

[6] Véase MILITANCIAS 3, pp. 121-124. <<

[7] Fernando Rivas Gómez, «La defensa de Baena», *Revista de Estudios Históricos de la Guardia Civil*, n.º 9 (1972). El autor, oriundo de la ciudad y teniente de la guardia civil, investigó en ambos bandos: «No puede haber ninguna duda de que se cometieron injusticias (en las ejecuciones sumarias), ya que la más leve acusación por parte de un defensor bastaba para que se fusilase a un hombre». Muchos habitantes todavía creen que la represión costó aún más vidas. <<

[8] En octubre consiguió que cruzasen las líneas. La naturaleza discontinua del frente hacía que resultara relativamente fácil cruzarlas y la CNT organizó la huida de la ciudad de un número considerable de militantes de izquierdas. <<

[9] Los bombardeos, de poca importancia comparados con los que tendrían lugar posteriormente, eran obra de unos pocos aviones insurgentes procedentes de Logroño. Ambos bandos lanzaban las primeras bombas con la mano. Aunque la república tenía en su poder la mayor parte de las anticuadas fuerzas aéreas, los insurgentes emplearon eficazmente sus escasos aviones contra los milicianoa que al principio abarrotaban las carreteras. El 20 de agosto los insurgentes detuvieron la primera ofensiva importante lanzada por la república contra Córdoba bombardeando y ametrallando una de las columnas atacantes en la carretera cerca de Castro del Río. Los Savoias italianos tomaron parte en los bombardeos (J. M. Martínez Bande, *La campaña de Andalucía*, p. 62). <<

[10] Según un miembro de la juventud libertaria que estaba en el grupo. Sabadell no fue escogida al azar: el sindicato de oposición treintista fue el único de Cataluña que no reingresó en la CNT al empezar la guerra. En vez de ello, se unió a la UGT. Parece exagerado el cálculo de Abad de Santillán, el escritor libertario y miembro del Comitè de Milícies Antifeixistes, en el sentido de que en la retaguardia se guardaban 60 000 fusiles. Para empezar, es dudoso que se hubiesen apoderado de tantos fusiles. Además, los anarquistas preferían las pistolas y granadas de mano para la lucha callejera, como quedó demostrado en Barcelona en mayo de 1937. <<

[11] Véase pp. 194-197. <<

[12] Ambos habían perdido el empleo de los instrumentos de coacción (las fuerzas de seguridad) y la credibilidad de sus instituciones (el Parlamento, el sistema legal, etc.) sobre los que descansa el poder del estado como expresión del gobierno de clase, Pero ninguna había perdido las instituciones en sí o los instrumentos coactivos (ya que no habían sido destruidos), sino solamente su utilización efectiva. <<

[13] Del mismo modo que decretaría toda una serie de medidas, incluyendo el nombramiento de un comisario de Defensa, la reducción de la semana laboral a 40 horas, un aumento general del 15 por ciento de los sueldos, la reducción en un 25 por ciento de la mayoría de los alquileres, el control de los bancos, etc. <<

[14] Tal como lo veían los libertarios: un representante del recién formado PSUC, uno del POUM y tres de la UGT. Hay que tener en cuenta que los libertarios, que fueron los que determinaron la representación, concedieron un solo puesto al POUM, que a la sazón era el mayor partido obrero de Cataluña. Es decir, la misma representación que al entonces minúsculo PSUC, que de hecho era el nuevo partido comunista de Cataluña. Si bien en teoría representaban a la CNT y a la FAI, todos los libertarios eran de la FAI y tres de ellos pertenecían al grupo «Nosotros». En la igualdad numérica entre las fuerzas políticas los libertarios veían el modo de contar con los mismos derechos en las regiones donde estaban en minoría. <<

[15] Véase p. 201, nota 1, del tomo II. <<

[16] El 25 de julio el boletín de la CNT-FAI en Barcelona publicó la noticia de que en el hospital un sacerdote había sostenido una acalorada discusión con un médico. Según el boletín, el sacerdote había sacado un revólver y disparado todo el cargador no contra el médico, sino contra los heridos. «Los testigos de esta escena se enfurecieron tanto que cogieron a cuatro de los más clericales y fascistas de los enfermeros y los fusilaron a quemarropa» (citado por H. Thomas, *op. cit*., p. 296). Hay que señalar también que en Barcelona y otras partes, la FAI era acusada, automáticamente, de asesinatos y crímenes, <<

[17] En la ciudad y en el campo la pequeña burguesía con frecuencia contrataba mano de obra en pequeña escala, lo cual explica en parte la violencia con que el proletariado industrial y rural atacó a dicha clase, a la que identificaba automáticamente con la gran burguesía. <<

[18] Actuaban como policía revolucionaria y se componían de 700 hombres:

325 de la CNT, 185 de la Esquerra, 145 de la UGT y 45 del POUM (C. Lorenzo, *Los anarquistas españoles y el poder*, París, 1972, p. 92). <<

[19] La siguiente anécdota es sintomática. Una patrulla anarquista estaba registrando el domicilio de una familia barcelonesa muy rica, conservadora y católica. Uno de los hombres de la patrulla salió al jardín y empezó a buscar. Al verle volver con las manos vacías, la familia creyó estar presenciando un milagro. No había encontrado los rosarios que tenían escondidos en el jardín. Al cabo de unos minutos de haberse marchado la patrulla, volvió el anarquista que había buscado en el jardín. «¡Idiotas!», les dijo en catalán, «si *ellos* los hubiesen encontrado, os habrían matado a todos». Tiró los rosarios sobre la mesa y se marchó. «Era catalán, ahí estaba la diferencia. No es que los catalanes sean mejores; es sencillamente que han sido catalanes durante generaciones y producen anarquistas auténticos» (profesor Josep Trueta). <<

[20] «Cuando venían a verme comisiones o elementos intransigentes, intolerantes, intratables, no tenía más recurso que invitarles a enseñarme su carnet sindical, siempre con el mismo resultado: los carnets nunca estaban fechados antes del 1, el 10 o el 15 de agosto [de 1936]» (Joan P. Fàbregas, miembro de la CNT, consejero de Economía, *Butlletí Trimestral de la Conselleria d'Economia*, n.º 2, citado por A. Pérez Baró, *Trenta mesos de collectivisme a Catalunya(1936-1939)*, Barcelona, 1970, p. 47, nota). Un ejemplo que viene al caso es el de los cobradores del alquiler. Eran muy odiados y mataron a muchos al empezar la revolución. En busca de protección, los supervivientes ingresaron en la CNT, donde se convirtieron en "ultrarrevolucionarios". Decidieron cobrar todos los alquileres de Barcelona y «pusieron manos a la obra como si fueran los propietarios de todas las viviendas. Asustaron a muchas personas de la pequeña burguesía, cuyos intereses —e incluso sus vidas— estaban en juego…» (declaración de Pérez Baró). <<

[21] A. Balcells, *Cataluña contemporánea II (1900-1936),* Madrid, 1974, p. 40. <<

[22] En Cataluña la iglesia era algo «más abierta», el sentimiento anticlerical de los republicanos era menos marcado y la democracia cristiana estaba más desarrollada que en la España central y del sur. (Véase Puntos de Ruptura, B, pp. 325-326 del tomo II). <<

[23] Véase pp. 77-78. <<

[24] «Dudo que la gente de los pueblos nos odiase a los de derechas tanto como el clero católico y nosotros, sus fieles servidores, la odiábamos a ella». Testimonio de un requeté que participó en la ejecución de izquierdistas en Lora del Río, población de 11 000 habitantes en la que se calcula que fueron fusiladas unas

300 personas, incluyendo por lo menos una mujer embarazada (véase «El comienzo: la "liberación" de Lora del Río (1936)», *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, París, n.º 46-48, 1975). Según los insurgentes, en Lora habían sido asesinadas 138 personas antes de que ellos la tomasen (véase *An preliminary official report on the atrocities committed in Southern Spain…*, Londres, 1936). En El Arahal, población de 12 000 habitantes próxima a Sevilla, con una larga tradición anarquista, 23 derechistas murieron abrasados en la cárcel poco antes de que los insurgentes tomasen la población. En respuesta, los legionarios «infligieron mi castigo ejemplar», informó el *Correo de Andalucía*, de Sevilla, el 25 de julio, matando unas «70 u 80 personas entre defensores, ejecutados y los que trataron de huir». <<

[25] Debido a su reputación mundial como uno de los principales poetas y dramaturgos de España, el asesinato de García Lorca en Granada ha venido a simbolizar la barbarie de la represión llevada a cabo por los insurgentes. Consta que en su ciudad natal, cuya población era de 125 000 habitantes, fueron ejecutados 2137 hombres y mujeres en el cementerio local: «la flor de los intelectuales, médicos, abogados, etc., de Granada… junto con gran número de simples izquierdistas» (Ian Gibson, *La muerte de Federico García Lorca*, París, 1975 2.ª edición, y *Granada, 1936. El asesinato de Federico García Lorca*, Barcelona, 1979). Muchos más, incluyendo al mismo Lorca, fueron ejecutados en otros sitios. <<

[26] Véase pp. 283-286. <<

[27]. Véase MILITANCIAS 2, pp. 109-113. Común a ambos bandos era la creencia —con frecuencia no infundada— de que el valor personal podía impedir que un asesino cometiera un crimen. «Un hombre valiente puede hacer que un cobarde —porque en esencia esto es lo que es un asesino— se avergüence de si mismo y se eche atrás; porque el hombre valiente dice: "Antes tendrás que matarme a mí si quieres llevar a cabo tu sucio trabajo". Y eso hace que el otro piense en las consecuencias de su acto, de su cobardía» (Jesús Álvarez, farmacéutico, Valladolid). En Castilla la Vieja el autor oyó ejemplos de sacerdotes rurales que, desplegando gran valor personal, impidieron la ejecución de sus feligreses. Véase, por ejemplo, MILITANCIAS 5, pp. 234-235 <<

[28] La cuestión del número de víctimas causadas por la represión en ambos bandos sigue esperando una respuesta histórica definitiva. La historia oral —salvo a nivel de pueblos— no proporciona respuestas exactas. En las grandes ciudades, debido a su tamaño, sólo las pruebas documentales (como las que da Ian Gibson en *La muerte de Federico García Lorca* sobre las ejecuciones efectuadas por los insurgentes en el cementerio de Granada) elucidarán definitivamente —si ello es posible— lo que a lo largo de los años ha sido objeto de una serie de cálculos insatisfactorios realizados desde posiciones distintas. Cabe decir sin temor a

equivocarse que, *en conjunto*, la represión franquista causó muchas más víctimas, por la sencilla razón de que fue más extensa en tiempo, espacio y amplitud. En espacio acabó ejerciendo su dominio sobre *toda* España, capturando nuevos territorios, la mayoría de cuyos habitantes a menudo le eran hostiles, durante la guerra, mientras que el territorio republicano iba disminuyendo. En el espacio porque continuó con toda su fuerza durante cuatro años *después* del final de la guerra. En amplitud porque el enemigo de clase —el proletariado industrial y rural (por citar sólo esa clase)— era hasta tres veces más numeroso que la burguesía. (Aunque no sea por otra razón que la de tener que dominar a una clase más *numerosa*, la historia ha demostrado que las contrarrevoluciones burguesas victoriosas son más sangrientas que las revoluciones). La diferencia de actitudes era significativa de por sí. El gobierno republicano (junto con todos los partidos y sindicatos) condenó los asesinatos y, al aumentar su poder, consiguió controlarlos. Aunque las autoridades insurgentes también pusieron fin a los asesinatos fortuitos, en la zona controlada por ellas nunca fueron condenados oficialmente. La república creó Tribunales Populares que, a pesar de sus defectos, establecieron los juicios por jurado al amparo del código legal existente (véase p. 239). Los consejos de guerra sumarísimos y en masa llevados a cabo por los nacionalistas eran poco más que una artimaña para «legitimar» la represión. (Como pudieron comprender los lectores del *Diario de Burgos*, que informó de uno de tales juicios celebrados en la cárcel de Valladolid, la vista de la causa empezó en la mañana del 2 de septiembre de 1936 y terminó antes de las 3 de la tarde. En dicho espacio de tiempo, según dijo el periódico, fueron juzgados 448 prisioneros acusados de rebelión militar, que era la acusación que se acostumbraba a formular contra los que se habían resistido a los militares. Aun suponiendo que se tratase de un error de imprenta, 44 o 48 prisioneros hubiesen sido muchos también). Algunas de las fuerzas políticas de la zona republicana tenían policías paralelas y checas (centros de interrogatorio y detención, llamados así en honor de la primera organización de seguridad de los bolcheviques) que se tomaban la justicia por su mano. Pasados los primeros momentos, esto no sucedió en la zona insurgente, donde la represión estaba organizada rigurosa y metódicamente y gran parte del terror —quizá la más cruel— consistía en tener a los presos bajo sentencia de muerte durante meses y meses, sin que supieran si los iban a fusilar al día siguiente. <<

[29] Véase pp. 155-156. <<

[30] En las primeras semanas de la guerra los republicanos utilizaron su superioridad en el aire (es decir, la superioridad que les diera su anticuada aviación) para bombardear las ciudades que estaban en manos de los insurgentes (Córdoba, Granada, Segovia, Valladolid para nombrar sólo algunas), causando bajas civiles en una escala parecida a la de los bombardeos aéreos de la primera guerra mundial. Los bombardeos insurgentes de Madrid con aviones alemanes

pronto alcanzarían un nivel que anunciaba el de principios de la segunda guerra mundial. <<

[31] Insistiendo en la ejecución de los condenados a muerte tras la insurrección de octubre de 1934 en Asturias y Cataluña, y retirando su apoyo —junto con la CEDA— cuando el gobierno de centro-derecha se negó a que se cumpliesen las sentencias. <<

[32] Allí seguía en noviembre, cuando Melchor Rodríguez, anarquista recién nombrado director de prisiones de Madrid, envió un delegado a la prisión de Porlier para que comunicase personalmente a los presos que nadie sería sacado de noche de la prisión para ser fusilado ilegalmente. «A partir de aquel momento terminaron las ejecuciones arbitrarias».

En el otro bando, en Salamanca, el general Millán Astray, fundador de la Legión, visitó la cárcel en nombre de Franco, el 1 de enero de 1937, para dar parecidas seguridades a los presos: en lo sucesivo nadie sería sacado de la cárcel para ser fusilado sin previo juicio (testimonio de un médico republicano que estaba encarcelado en Salamanca, ciudad que a la sazón era el cuartel general de Franco). <<

[33] Indicio de ese poder —que se impuso sencillamente por medio de amenazas verbales— es que se desechase el plan ya citado para traer fuerzas de la guardia civil a Barcelona (véase p. 192); así como el hecho de que, poco después, se obligase al PSUC a abandonar el gobierno recién formado por Companys (31 de julio de 1936) y que en aquel momento era virtualmente impotente. <<

[34] Véase Puntos de Ruptura, D, pp. 342-355 del tomo II, donde se examina esta problemática, así como también el resquebrajamiento treintista. <<

[35] Una comisión catalana se trasladó a Madrid en busca de créditos, pero éstos le fueron negados por el nuevo gobierno frentepopulista de Largo Caballero; también lo fue la solicitud para que se transfiriese a Cataluña parte de las reservas de oro españolas, que por su importancia ocupaban el cuarto lugar a escala mundial. Según Joan P. Fábregas, cenetista y consejero de Economía, la negativa se debía a que el gobierno «no simpatiza con los trabajos prácticos que se están realizando en Cataluña» (J. Peirats, *La CNT en la revolución española*, I, p. 205). En vista de ello, ciertos elementos libertarios planearon «expropiar» parte del oro guardado en Madrid, para cuyo fin movilizaron a 3000 hombres. Él plan fue rechazado por el comité nacional de la CNT (D. Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, Madrid, 1975). <<

[36] Evidentemente, la revolución no podía llevarse hasta sus últimas consecuencias de comunismo libertario; no si esa revolución exigía que las masas de la nación libre, espontánea y *unánimemente*, se declarasen a favor de ella. Pero asegurándose para sí la dirección de la revolución proletaria que se estaba produciendo en Cataluña, el movimiento libertario estaría en una posición fuerte para determinar los acontecimientos futuros y no solamente en Cataluña. Para tal fin había que forjar nuevos instrumentos de poder, embrión de los cuales era el comité de milicias. Los libertarios consideraban que la CNT misma era tal poder —y que a los sindicatos les correspondía la tarea de organizar la economía revolucionaria—, postura que era contraria a la creación de nuevos órganos de poder proletario. <<

[37] Aunque algo más pequeño que el POUM al estallar la guerra, los partidos constituyentes del PSUC habían gozado de mayor poder *político* para la negociación y habían conseguido el nombramiento (y posterior elección) de siete candidatos en las listas del Frente Popular en Cataluña en febrero de 1936. El POUM tenía un solo candidato. Para el rápido crecimiento subsiguiente del PSUC y la UGT, véase J. M. Bricall, *Política econòmica de la Generalitat (1936-1939)*, Barcelona, 1970, pp. 120 y 315; A. Balcells, *op. cit*., p. 43. <<

[38] En otras partes de la zona del Frente Popular el hecho de que la CNT aceptase a todos los aspirantes a ingresar en ella provocó parecidos comentarios despreciativos entre socialistas y comunistas. Sólo los partidos socialistas y republicanos no abrieron sus puertas a las grandes masas que querían ingresar en ellos. <<

[39] Vease pp. 330-338. <<

[40] Durante unos meses en los cuarteles funcionaron comités de obreros y soldados organizados por la CNT y la UGT. Su misión consistía en vigilar a los mandos militares, asegurando la disciplina y la cooperación entre los dos sindicatos. Pero ninguno de éstos propuso que fueran convertidos en soviets o nuevos órganos de poder proletario. <<

[41] Estaba formado por cinco miembros de la CNT, cinco de la UGT y cuatro republicanos. Véase C. Lorenzo, *op. cit*., pp. 97-102 y 179-190 para detalles de estas decisiones. <<

[42] «Si el comité no los aprobaba, los deseos del gobierno no pasaban de deseos», según recordaba Fulgencio Diez Pastor, secretario general del comité, de Unión Republicana. «El presidente Giral nunca podía tener la seguridad de que los partidos del Frente Popular obedecieran las decisiones del gobierno. En particular

Largo Caballero, que se negó a entrar en el gobierno y se reservaba para la única tarea que le parecía apropiada ocupar la presidencia del gobierno y convertirse en el salvador de España». <<

[43] Véase también pp. 244-247. Las lecciones de las revoluciones españolas del siglo XIX eran esclarecedoras en este sentido, como ha indicado Raymond Carr: «Primero se iniciaba la revolución provincial primitiva, que se difundía "como una enfermedad contagiosa" de ciudad en ciudad… En la segunda fase los políticos progresistas y prohombres locales se hacían con la revolución popular "restaurando la paz social" mediante el establecimiento de una junta de ciudadanos respetables… Ésta puede denominarse la fase de comités de la revolución… durante la cual el gobierno central abdicaba del control del país en una red de comités locales… La fase final, por lo tanto, consistía en la restauración del control central, por un gobierno que "representaba" la revolución» (*España 1808-1939,* pp. 168-169). <<

[44] El significado de esta opción será examinado más adelante (pp. 358-359); su contenido puede verse en Puntos de Ruptura, E, pp. 365-370 del tomo II. <<

[1] Tres juntas distintas funcionaban simultáneamente en Guipúzcoa: la junta de Éibar, dominada por los socialistas; el mando de la milicia del PNV en Azpeitia y la junta de defensa de Guipúzcoa en San Sebastián, bajo dominio Izquierdista. Las relaciones entre ellas no siempre eran buenas, lo cual no contribuyó a la eficacia militar en este frente relativamente reducido (Ortzi, Historia de Euskadi: el nacionalismo vasco y ETA, París, 1975, p. 215). <<

[2] M. de Irujo, La guerra civil en Euskadi antes del estatuto, Bayona, 1938 (mimeografiado), p. 60. La CNT se apoderó de todas las armas del cuartel de Loyola, desconfiando del PNV en lo que hacía al compromiso de éste con respecto al esfuerzo bélico. <<

[3] A diferencia de Cataluña, el País Vasco tenía una industria de armas antes de la guerra, pero no había grandes depósitos militares de armas y municiones de los que pudieran incautarse al estallar la contienda. La no-intervención congeló el suministro de materias primas, impidiendo que las fábricas de armas pudieran trabajar a pleno rendimiento. En agosto, el PNV se incautó del oro que había en el Banco de España de Bilbao y en embarcaciones de pesca lo envió a Francia para comprar armas. En lo que hace a la industria pesada, Vizcaya, contando con los recursos de la siderurgia bilbaína, disfrutaba de una ventaja considerable sobre Cataluña. <<

[4] Véase Puntos de Ruptura, C, pp. 327-342 del tomo II. <<

[5] Habiendo anulado un mes antes la incautación de todas las fincas que aún no hubiesen sido ocupadas. <<

[6] Tío de Juan Crespo; véase MILITANCIAS 5, pp. 232-237. <<

[7] Éstas tuvieron lugar en Salamanca al igual que en Valladolid (pp. 226-227), pero se cree que en la primera se fusiló a menos gente que en la segunda, <<

[8] El grito de la Legión. En cuanto al discurso de Unamuno, no hay constancia escrita. La mejor reconstrucción está en Emilio Salcedo, Vida de don Miguel, Salamanca, 1964. Vegas Latapié es el único que recuerda que Unamuno lanzase un ataque contra el ejército, acusándole de haber fusilado al doctor José Rizal, líder del movimiento independentista de las Filipinas. Atilano Coco, el pastor protestante, fue fusilado. <<

[9] Cartas inéditas de Unamuno a Quintín de Torre, fechadas el 1 y 13 de diciembre, citadas por cortesía de la familia Unamuno. <<

[10] En catalán en el original (N. del t.). <<

[11] Más tarde esto quedaría institucionalizado en forma del «banco de empeños», a través del cual los trabajadores de las empresas deficitarias percibían sus salarios a cambio de «empeñar» los bienes de equipo y las existencias de la compañía en la Generalitat, medida que daba a ésta el control virtual de la empresa. <<

[12] «A decir verdad, tengo una carta de Abad de Santillán, cenetista, que sería consejero de Economía de la Generalitat después de Fábregas, en la que dice: "Yo era enemigo del decreto [de colectivizaciones] porque lo consideraba prematuro… Destruyó la autonomía y espontaneidad de una obra que [en sus orígenes] era esencialmente popular… Cuando pasé a ser consejero, no tenía la menor intención de tener en cuenta o cumplir el decreto; me proponía permitir a nuestro gran pueblo que prosiguiera la tarea como mejor le pareciese, según su propia inspiración"» (Pérez Baró). <<

[13] La UGT, por su parte, propuso a la sazón la organización cooperativa de la industria abandonada por sus propietarios, el control obrero en el resto de la gran industria y la protección de la pequeña burguesía comercial e industrial. <<

[14] Movimiento de oposición expulsado de la CNT en 1932 por afirmar que la revolución libertaria no la harían pequeños grupos audaces. Fue atacado por la ultraizquierda, concentrada en la FAI, que lo acusó de reformista. (Véase Puntos de Ruptura, D, pp. 346-347 del tomo II). <<

[15] La cifra mínima de 100 obreros partidarios de la colectivización obligatoria fue un compromiso entre distintas posturas. <<

[16] Para un estudio más amplio del problema del capital extranjero y la colectivización, véase Apéndice A, pp. 387-389 del tomo II. <<

[17] Véase p. 187. <<

[18] Y también difiriendo el pago de todas las compras de la compañía efectuadas con anterioridad al 28 de julio, fecha en que los obreros pusieron la fábrica en marcha. Véase A. Souchy y Paul Folgare, «Raport sobre la actuación del comité central de la España Industrial», Colectivizaciones, Barcelona, 1937. <<

[19] «Pasé varias horas en la fábrica de La España Industrial. Muchos de los obreros han trabajado allí la mayor parte de su vida y existe una especie de "patriotismo de fábrica". Cuando les pregunté sobre las mejoras que deseaban, casi siempre me respondieron con vaguedades: libertad para todos, socialismo, fraternidad… Muy pocos pidieron otras cosas, incluyendo facilidades culturales»

(H. E. Kaminski, *Ceux de Barcelone*, París, 1937). <<

[20] El asunto de su periodicidad fue abordado en la asamblea anual celebrada en octubre de 1936, dos meses y medio después de la primera. El comité de empresa dijo que no se había tomado ninguna decisión al respecto, pero que, dado que no había surgido ningún asunto grave, no había considerado necesario convocar una asamblea antes (Souchy y Folgare, loc. cit). <<

[21] Las federaciones industriales habían sido aprobadas por la CNT en 1931, pero su creación fue combatida por elementos anarquistas del sindicato, por lo que sólo existían unas cuantas al estallar la guerra. (Véase Puntos de Ruptura, D. pp. 342-355 del tomo II). <<

[22] Pérez Baró, *op. cit*., p. 87. <<

[23] Para el concepto del paso continuo del capitalismo al socialismo vía la Autogestión como parte estructural de la ideología anarcosindicalista, véase; Puntos de Ruptura, D, pp. 342-355 del tomo II, <<

[24] Bricall, *op. cit*., p. 289. <<

[25] Las industrias de guerra catalanas se convirtieron en uno de los puntos principales de fricción entre la Generalitat y el gobierno central, que empezó a hacerse cargo de algunas fábricas aisladas a partir de principios de 1937. El conflicto era patente desde el comienzo de la guerra. En septiembre de 1936, la Generalitat pidió el traslado a Cataluña de parte de la maquinaria para la producción de municiones que había en Toledo y que se veía amenazada por el avance del ejército de África. La respuesta de Madrid fue categórica: «Cataluña nunca hará cartuchos» (véase Bricall, *op. cit*., p. 291; también, De Companys a Prieto: documentos sobre las industrias de guerra de Cataluña, Buenos Aires, 1939). En agosto de 1938 el gobierno central, a la sazón en Barcelona, se hizo cargo de toda la industria de guerra catalana, provocando una crisis del gabinete en la que dimitió el ministro catalán, apoyado por su colega vasco. Anteriormente la Generalitat se había negado a que los ingenieros y funcionarios del gobierno central pusieran los pies en sus fábricas de guerra. La ocupación de La Maquinista produjo considerable malestar entre los obreros. En contestación a un cuestionario presentado por la Generalitat a la colectividad, el consejo de empresa no ocultó que se había producido un descenso en la producción que, seis meses más tarde, empezaba a aumentar (véase Contestacions al qüestionari que ens ha estat adreçat per la Generalitat relacionat amb la requisa dels nostres tallers…, Barcelona, mayo 1938). <<

[26] Otro decreto que no entró en vigor en Reus fue el emitido por el consejero de Justicia del POUM, Andreu Nin, para la creación de Tribunales Populares. «No hacía falta. Yo tenía la situación bien dominada», me explicó Solé Barberà, que había sido nombrado juez del tribunal principal. «En las setenta y dos horas que siguieron a mi toma de posesión, quedó disuelto el tribunal revolucionario creado en los primeros días, nombré un nuevo director de prisiones y en breve puse en libertad a muchos detenidos». <<

[27] En principio, sólo tres fábricas habían quedado excluidas, dos por ser de propiedad extranjera y la otra porque la mayoritaria UGT optó por conservar el control de los obreros. «Creo que la CNT de Barcelona nos dijo que no expropiásemos las fábricas suizas y francesas que habían izado sus respectivas banderas» (Josep Costa). <<

[28] Informe de la reunión de febrero en *Balances para la historia* (Barcelona, s. f., mimeografiado), descripción de la experiencia badalonesa; la comisión de mayo, en Juan Andrade, «L'intervention des syndicats dans la révolution espagnole», *Confrontation Internationale* (septiembre-octubre 1949), citado en Broué y Témime, *La révolution et la guerre d'Éspagne*, p. 145. <<

[29]*Boletín de la CNT-FAI* (25 diciembre 1936), citado en Peirats, *La CNT en la revolución española*, I, p. 325. <<

[30] La razón por la que no se creó la Caja de Crédito, relacionada con el problema de la compensación por las empresas expropiadas, se estudia en Apéndice A, pp. 387-390 del tomo II. <<

[31] Cabe distinguir por lo menos cinco tipos de autogestión: la colectividad «individual» (o «cantón», como se le llamaba entonces); la «socialización» (en la que el sindicato dirigía toda la industria); «socialización cantonal» (tal como le practicaba en la industria textil de Badalona, por ejemplo); «control cantonal-estatal» (tal como funcionaba en La Maquinista y en gran parte de la industria de armamentos); y finalmente la colectivización, tal como la establecía el decreto de octubre (cuya mejor descripción posible es la de que era un proyecto de cantones federados económicamente y estrechamente controlados por Consejos Generales de cada industria). El hecho de que sólo los dos últimos tipos fueran «legales» no hace más que aumentar las complejidades. Al lado del sector colectivizado funcionaba la industria privada bajo control obrero. <<

[32] Sindicato organizado por el PSUC para los empresarios y artesanos de la pequeña burguesía. <<

[33] El paro total descendió en un 10 por ciento, mientras que el paro parcial ascendió al doble, debido principalmente a la reducción de jornadas en la industria textil. Es interesante recordar que, en un contexto no revolucionario, el mismo fenómeno ocurrió en Gran Bretaña durante el primer año de la segunda guerra mundial y que pasaron dos años más antes de que el paro desapareciese. <<

[34] Prólogo a un folleto, Col. lectivitzacions i Control Ohrer (febrero 1937), citado en A. Pérez Baró, *op. cit*., Apéndice 1, p. 193. <<

[35] Véase pp. 27-38 del tomo II para esto y para la reacción comunista ante la revolución libertaria en su conjunto. En enero de 1938, dieciocho meses después del comienzo de la revolución, la CNT, en su pleno económico ampliado de Valencia, revisó muchas de sus posturas previas. Se mostró de acuerdo con las diferencias salariales y con la creación de un cuerpo de inspectores de fábrica con facultad para sancionar a los obreros y consejos de empresa; con la centralización administrativa de todas las industrias y colectividades agrarias controladas por la CNT, y con una planificación general eficaz a cargo de un consejo económico de la CNT; con la creación de un banco sindical; con el desarrollo de cooperativas de consumidores. Al mes siguiente, en un pacto con la UGT, pidió la nacionalización de las minas, los ferrocarriles, la industria pesada, los bancos, las telecomunicaciones y las líneas aéreas. (Tal como la interpretaba la CNT, la nacionalización significaba que el estado se hacía cargo de una industria y la entregaba a quienes trabajaban en ella para que cuidasen de su gestión; los socialistas la interpretaban como la dirección de la industria por parte del estado). Sin embargo, como sucedió muy a menudo, la reacción de la CNT se produjo demasiado tarde y las resoluciones, aunque representaban un importante cambio Ideológico, quedaron consignadas al papel (véase Lorenzo, *op. cit*., p. 233). <<

[36] Aunque hubiese podido hacerlo. Antes de la república compró la mina San Vicente, que estaba en quiebra, y la explotó provechosamente. Más adelante se hizo cargo de otras tres o cuatro minas de las montañas. Financió el gran periódico socialista de Oviedo Avance, creó casas del pueblo en los principales pueblos mineros, un teatro en Sama, un orfanato para mineros, etc. <<

[37] F. Jellinek, *The civil war in Spain*, Londres, 1938, p. 413. <<

[38] Más tarde, cuando el poder quedó concentrado en el Consejo de Asturias (véase más adelante), el consejero de Agricultura, que era comunista, expropió las tierras de algunos grandes hacendados insurgentes. Las tierras se parcelaron y alquilaron (como era costumbre hacerlo) y a los que las alquilaron se les dio su usufructo. Se abolió el sistema de arrendamientos y se recuperaron algunos pastos comunales. «Nuestra antigua postura de que la tierra debía ser para quien la

trabajase se cumplió ahora», dijo un joven socialista hijo de campesino, que ya no tuvo que pagar al terrateniente local que vivía en Madrid. «Sin duda, muchos agricultores siguieron pagando el arrendamiento en secreto, para asegurarse contra lo que pudiera ocurrir; pero nosotros no lo hicimos». <<

[39] «Los sindicatos pueden y deben controlar la producción para asegurarse de que marche tan eficiente y económicamente como sea posible. Pero cuando se trata del ramo de la distribución, el sindicato no puede ejercer este papel», comentaba Amador Fernández, socialista y consejero de Comercio. «Estamos decididos a terminar la interferencia [en este sector]. Mientras no se haya abolido el concepto de la propiedad privada, tenemos que respetar los derechos de todos… Que quede bien claro: los sindicatos son los sindicatos, el control es el control, el gobierno es el gobierno, y el propietario de un negocio es el propietario, sujeto solamente a las limitaciones y controles que dispongan los órganos legítimos de gobierno» (citado en J. A. Cabezas, *Asturias: catorce meses de guerra civil*, Madrid, 1975, pp. 53-54). Sin embargo, a veces los papeles estaban trastocados. Los mozos de botica socialistas de Gijón se hicieron cargo de las Farmacias de la ciudad porque sus propietarios eran «fascistas»; el consejero de Sanidad, Ramón Fernández, de la juventud libertaria, ordenó que fueran devueltas a sus dueños (información obtenida gracias a A. Masip). <<

[40] A pesar del rápido crecimiento e influencia del partido comunista, especialmente en el ejército, en Asturias no llegó a tener el mismo peso político que en otras regiones. En las dos crisis importantes que hubo en el consejo, socialistas, libertarios y republicanos se unieron en contra de los comunistas. En abril de 1937, el partido comunista no consiguió que los candidatos de su lista fueran elegidos para la dirección de la UGT y perdió la dirección que compartía con los socialistas desde septiembre del año anterior. Las JSU, que casi en todas partes seguían la línea del PCE, en Asturias no lo hicieron en la misma medida y mostraron tendencia a unirse con las Juventudes Libertarias (véase A. Masip, «Apunte para un estudio sobre la guerra civil en Asturias», en M. Tuñón de Lara, ed., *Sociedad, política y cultura en la España de los siglos XIX-XX*, Madrid, 1973). Una sólida dirección socialista de signo «centrista», una UGT que no deseaba poner en peligro su alianza con la CNT, el aislamiento respecto de la parte principal de la zona del Frente Popular y la ausencia de ayuda y consejeros soviéticos en escala parecida a la zona central fueron algunos de los factores que impidieron al PCE afirmar su control en la misma medida que en otras partes <<

[41] También éstas tenían su parte correspondiente de «amateurismo», según un joven falangista asturiano que pudo escapar de su ciudad natal y unirse a la columna gallega después de caminar cuatro o cinco días por las montañas. «Fue como un paseo hasta que llegamos a Grado, a unos 25 km de Oviedo». Le dieron

un fusil, unos pantalones del ejército y una boina y marchó con la columna. Ésta la componían principalmente soldados bajo el mando de un teniente coronel retirado, un hombre barbudo que lucía un uniforme de la campaña de Marruecos y al que apodaban «El león del Riff». «Para nosotros los voluntarios no había mucha disciplina. Después de haber tomado mi ciudad natal, solía dejar la columna cuando me venía en gana e irme a pasar la noche en casa» (Faustino Sánchez), Sin duda a los elementos militares no se les permitían libertades parecidas, y en el curso de la guerra el campesinado gallego alcanzaría renombre por su capacidad combativa en el bando nacionalista. <<

[42] No hay que olvidar las extraordinarias dificultades con que se desarrollaba la guerra en el norte, aislado del resto de la zona del Frente Popular, sin control del mar y luego del aire, y con toda suerte de escaseces. Tampoco hay que olvidar la subsiguiente contribución asturiana a la defensa del País Vasco y Santander, así como la resistencia de los asturianos, especialmente en la batalla del Mazuco, en el otoño de 1937. <<

[43] J. Girón, «Un estudio de sociología electoral: la ciudad de Oviedo y su contorno en las elecciones generales de 1933», en M. Tuñón de Lara, ed., *Sociedad, política y cultura*… <<

[44] Unos meses antes, cuando los planes para el levantamiento aún se encontraban en fase preliminar, José María Moutas, diputado a Cortes por la CEDA, había sondeado a Aranda. «Todavía oigo sus palabras: "Mire, Moutas, siempre estoy dispuesto a participar en algo serio, pero no en aventuras infantiles". Él sabía que yo había estado implicado en la rebelión de Sanjurjo en 1932. Era un hombre sumamente frío y objetivo que, a su llegada, había cuidado de no expresar ninguna opinión abiertamente, salvo que personalmente desaprobaba la Falange». <<

[45] La medida, natural en esta clase de defensa, había causado un escándalo sólo dos meses antes, cuando las fuerzas del Frente Popular recurrieron a ella en su desesperada defensa de Irún, en el País Vasco. No fueron los nacionalislas vascos quienes menos la criticaron. <<

[46] El mejor relato día a día del combate desde el bando de los defensores es el propio Informe técnico del general Aranda, un resumen del cual figura en A. Cores Fernández de Cañete, El sitio de Oviedo, Madrid, 1975, pp. 103-112. Véase también. Ó. Pérez Solís, Sitio y defensa de Oviedo, Valladolid, 1938. <<

[47] Aranda había sido ascendido durante el asedio. Las insignias de general le habían sido lanzadas en paracaídas. <<

[48] Sólo cuatro meses después de la ofensiva de octubre, el Frente Popular lanzó un segundo ataque total contra la ciudad. Como la milicia estaba ahora militarizada y se disponía de más armamento, la ofensiva de febrero resultó aún más costosa en hombres y armas. No alcanzó ninguno de sus tres objetivos: cortar el estrecho pasadizo nacionalista, conquistar Oviedo y aliviar la presión que sufría Madrid, que a la sazón estaba en las últimas fases de la batalla del Jarama.

En octubre, la columna de socorro procedente de Galicia trajo consigo a Oviedo los rigores de la represión nacionalista. El día antes de la segunda ofensiva del Frente Popular fue ejecutado Leopoldo Alas, rector de la universidad de Oviedo e hijo republicano del famoso novelista «Clarín». José Álvarez, el repartidor de colmado, presenció la ejecución subido a los hombros de sus compañeros de cárcel. Le habían arrestado poco antes y le dieron tal paliza que pasó una semana sin poder levantarse del camastro de la cárcel. Pronto fue condenado a muerte bajo la acusación de no haber ingresado en el ejército (aunque su quinta todavía no había sido llamada), de ser miembro de la juventud socialista (cosa que no era cierta) y de haber cruzado las líneas (cosa que sí era cierta, aunque no presentaron pruebas de ello). Debía la vida a un teniente de la Guardia civil, hombre de edad avanzada, que le defendió en el juicio y consiguió que le conmutasen la pena de muerte. De los 25 presos que comparecieron ante el consejo de guerra con él todos menos tres fueron fusilados. <<

[49] Véase Puntos de Ruptura, A, p. 310 del tomo II. <<

[50] El 5.º regimiento, que surgió de uno de los cinco batallones de voluntarios creados en Madrid después del alzamiento, se convirtió en centro regimental de instrucción para las veintiocho compañías llamadas «Acero», creadas para dar ejemplo de disciplina, y otras unidades enviadas al frente. El regimiento pasó de los 600 a los 6000 hombres en menos de diez días; los otros cuatro batallones de voluntarios creados al principio quedaron en el papel. «No creo que, al principio, el partido comunista se imaginara que su iniciativa fuera a tener tanto éxito; fue algo sencillamente improvisado», me contaba Fernando Tafalla, estudiante de arquitectura y simpatizante comunista que se enroló en el regimiento en los primeros días y ayudó a organizar su infraestructura. «No todos los que se alistaron eran comunistas, pero éstos eran mayoría». El regimiento había sido inspirado en gran parte por Vittorio Vidali («Carlos Contreras»), el delegado del Comintern en España, que pasó a ser su comisario político, cargo que el regimiento fue el primero en iniciar a gran escala. En comparación con las columnas de milicianos, las unidades del 5.º regimiento mostraban mayor grado de organización y disciplina militar, pero sin alcanzar los niveles de las Brigadas Internacionales. Al incorporarse al recién formado Ejército Popular, en diciembre de 1936, el regimiento afirmaba tener 60 000 hombres. <<

[51] Para el análisis del partido comunista, véase Puntos de Ruptura, E, pp. 362-365 del tomo II. <<

[52] La Unión Soviética, que era miembro del comité de no-intervención, denunció a los italianos por violar el pacto de no-intervención, y en octubre empezó a enviar material bélico a España, incluyendo unos 100 tanques y otros tantos aviones de caza. Tanto los tanques como los aviones eran superiores a sus equivalentes alemanes e italianos. Al llegar esta ayuda, el gobierno del Frente Popular abrió una base en Albacete para los muchos miles de voluntarios extranjeros que, bajo los auspicios del Comintern, se estaban reclutando para luchar en España y con los que a la sazón se estaban formando las Brigadas Internacionales. Simultáneamente, se empezó la creación del Ejército Popular. A finales de octubre, el gobierno del Frente Popular envió gran parte de sus reservas de oro a la Unión Soviética para financiar las compras de armas. <<

[53] Véase pp. 259-261. <<

[54] El 2 de mayo de 1808, fecha en que el pueblo de Madrid se alzó contra las tuerzas de Napoleón, episodio conmemorado en un famoso cuadro de Goya. <<

[55] Habían fallado los planes para canjearlo, así como los intentos de rescatarlo de la prisión de Alicante, donde estaba encerrado al estallar la guerra. En el juicio se encargó de su propia defensa leyendo artículos de fondo de Arriba, el órgano de la Falange, para demostrar que sus puntos de vista eran distintos de los de los militares insurgentes. Fue sentenciado a muerte el 7 de noviembre. Para los efectos de su muerte en la zona nacionalista, véase pp. 19-20 del tomo II. <<

[56] M. Koltsov, *Diario de la guerra de España*, París, 1963, p. 193. <<

[1] Véase pp. 238-240. <<

[2] Véase pp. 218-222. <<

[3] *ABC*, Sevilla (23 de junio de 1937). <<

[4] La compañía daba trabajo a 2500 obreros y tenía un capital de 3500 millones de pesetas en 1973. <<

[5] Robert Whealey, «How Franco financed his war-Reconsidered», *Journal of Contemporary History*, XII (enero 1977). También G. Jackson, *op. cit*., 360-362, y R. Tamames, *La República. La era de Franco*, Madrid, 1973, pp. 345-348. <<

[6] Julio de Ramón-Laca, *Bajo la férula de Queipo de Llano. Cómo fue gobernada Andalucía*, Sevilla, 1939. <<

[7] Para un estudio de la reacción del capital internacional ante la zona del Frente Popular, véase Apéndice A, pp. 387-390 del tomo II. <<

[8] Según Ramón-Laca, *op. cit*. <<

[9] Véase pp. 277-278. <<

[10] Para una descripción del asentamiento, véase Puntos de Ruptura, A, pp. 314-315 del tomo II. <<

[11] «Sirvió también para nivelar el suministro de trigo. Anteriormente, los precios subían al cabo de un tiempo debido a que quienes podían almacenar la cosecha no la vendían, con lo que los mejor situados conseguían un beneficio mayor al final. El Servicio Nacional del Trigo también acabó con la trampa de pedir dinero prestado con un elevado índice de interés para financiar el almacenaje con la esperanza de obtener un precio mejor, precio que a menudo no cubría dicho interés…» (José Ávila). <<

[12] Véase también pp. 105-106. En el pueblo, que tenía unos 2500 habitantes, había 10 grandes terratenientes, 15 campesinos medianos y unos 130 pequeños campesinos que poseían entre 25 y 30 hectáreas, cantidad de tierra que podía ararse con un par de mulas. La mayoría de los pequeños campesinos —en contraposición a propietarios— estaba formada por arrendatarios, aparceros y propietarios combinados, que arrendaban tierra para incrementar sus pequeñas propiedades. Para ser un pueblo castellano había una proporción relativamente alta de jornaleros, lo cual contribuía a aumentar la agitación social. <<

[13] Desde el punto de vista político, Franco no se fiaba de los reclutas normales y hasta 1938 no los utilizó en una batalla importante. Aun entonces la vanguardia del ejército siguieron formándola las divisiones gallegas y navarras, junto con la Legión Extranjera y los regulares marroquíes (Payne, *Politics and the military in modern Spain*, Stanford, 1967, p. 389). <<

[14] «Empleo que me había tenido que buscar cuando fracasó nuestro intento de colectivizar la casa de modas». Con el pretexto de que la situación era «precaria», la propietaria despidió a cuarenta modistas, costureras y aprendizas después del levantamiento, Margarita Balaguer sugirió que el sindicato de trabajadores de la confección colectivizara la firma y ésta se dedicara a confeccionar prendas para la milicia. «En el sindicato de la CNT nos dieron un papelito. Ninguna de las otras chicas quiso enfrentarse con la señorita, así que fui a verla yo. Se puso roja de rabia y dijo que era una insolencia que una de sus costureras le hiciera aquello. Se negó a tener nada que ver con el asunto y sencillamente cerró el negocio. Nada podíamos hacer». <<

[15] Instituida en abril de 1937, esta medida fue posteriormente abolida debido a los numerosos casos de bigamia. Las dos primeras medidas se debían a Federica Montseny, consejera cenetista de Sanidad. La organización «Mujeres Libres», que estaba bajo la influencia libertaria y durante la guerra llegó a contar ton 30 000 miembros, organizó un sindicato de mujeres en los servicios de transporte público y alimentación de Madrid y Barcelona. Si bien sus miembros consideraban que luchaban por librarse de los papeles tradicionales de la mujer y de la opresión masculina y de la sociedad capitalista, en la práctica la federación raras veces habló en contra de dichos papeles durante la guerra (véase Temma E. Kaplan, «Spanish anarchism and women's liberation», *Journal of Contemporary History*, VI, 1971; también L. Willis, «Women in the Spanish rcvolution», panfleto n.º 48 de *Solidarity*, Londres, 1975). El partido comunista creó varias organizaciones de mujeres, incluyendo la Organización de Mujeres Antifascistas, la Unión de Madres Jóvenes, la Unión de Muchachas, etc. <<

[16] Véase p. 162. La columna de Carod liberó Beceite en su marcha hacia Zaragoza durante las primeras semanas de la guerra. Carod ascendió a brigada y más tarde a comisario político de la división. <<

[17] La forma tradicional con que el varón pide a la mujer que lo acepte como pretendiente. <<

[18] Las instrucciones nunca prohibieron la creación de colectividades, ya fuesen industriales o rurales; pero el partido comunista condenó la colectivización «forzada», la «socialización» anarcosindicalista (gestión sindical), el salario

personal o familiar y otros principios de la revolución libertaria. En gran parte la polémica comunista sobre la colectivización se refería menos a la cuestión del trabajo colectivo (la colectivización rural estalinista estaba en su apogeo) que a la cuestión más vital de *quién* la controlaba, Véase también pp. 319-327.<<

[19] Miembro de la directiva del PSUC, vivía clandestinamente en Barcelona cuando le entrevisté en 1973. <<

[20] En Cataluña el Consell de l'Escola Nova Unificada (CENU) llevó a cabo un notable programa escolar y, al hacerlo, dio muestras de una unidad política sin paralelo. «Al crearse el CÉNU, se acordó que sólo se tratarían temas relacionados con la educación y no se hablaría de política. Al PSUC hay que reconocerle el mérito de haber cooperado lealmente en los trabajos de organización», me dijo Ramón Calopa, cenetista, maestro y presidente del CENU en Sabadell. Incluso después de los sucesos de mayo (véase pp. 102-114 del tomo II), que acabaron colocando al POUM fuera de la ley, el poumista que era vicepresidente del CENU siguió en su puesto, defendido por los comunistas del PSUC. <<

[21] Las dos hijas del doctor Gálvez estaban casadas con hombres que se habían hecho famosos como aviadores nacionalistas: Joaquín García Morato y Carlos de Haya. La esposa de este último estaba prisionera en la ciudad. Más tarde fue canjeada por Arthur Koestler, capturado al caer Málaga en manos de los nacionalistas. <<

[22] Alocución por radio Sevilla (7 de marzo de 1937). <<

[23] Véase Puntos de Ruptura, B, pp. 322-325 del tomo II. <<

[1]*Azul*, Córdoba (9 de enero de 1938). <<

[2] Ahora se sabe que, a partir de 1934, Mussolini financió a Primo de Rivera con la suma de 50 000 liras al mes. Véase Max Gallo, *Spain under Franco: a history*, Londres, 1973, pp. 48-49; Ángel Viñas, *op. cit*., pp. 168, 500-501. <<

[3] Para la descripción de la pequeña burguesía provinciana, véase Puntos de Ruptura, B, pp. 317-321. <<

[4] «No creíamos que, de hecho, España pudiera expandirse territorialmente, yu que el reparto colonial ya estaba hecho y era poco probable que lo que a España pudiera tocarle resultase económicamente provechoso. España ya llevaba mucho tiempo perdiendo dinero en Marruecos. Por consiguiente, las demandas de expansión territorial en el norte de África, así como la devolución de Gibraltar, eran en su mayor parte retóricas, aunque tenían mucho valor emocional para nuestros seguidores. En esto la Falange se diferenció del fascismo italiano, con su política claramente definida de expansión territorial; y del nazismo se diferenció por no tener una política racista, cosa que en un país con tanta mezcla de razas y tan católico como España habría sido una tontería» (Dionisio Ridruejo). <<

[5] «De buenas a primeras nos creímos la noticia de la ejecución de José Antonio; luego dimos crédito a una noticia contradictoria en el sentido de que estaba vivo y lo tenían como rehén. Al fin y al cabo, políticamente hablando tenía sentido. Hasta Franco se la creyó. Serrano Súñer [cuñado de Franco que pronto pasaría a ser la personalidad política dominante de la zona nacionalista] me dijo en una ocasión que Franco tenía celos de él; se daba cuenta de que las masas de la Falange no tenían otra ideología y otro mito que José Antonio. Franco se lo tomaba como un insulto. Le dijo a Serrano Súñer que José Antonio había sido entregado a Rusia y que los soviéticos le habían castrado. Evidentemente, Franco creía lo que quería creer. José Antonio ya no podía hacerle sombra como hombre o como mito. Como lo primero había sido destruido al ser castrado, como lo segundo, por estar vivo en vez de ser un mártir muerto…» (Dionisio Ridruejo). <<

[6] Un político carlista, el conde de Rodezno, dijo que, antes del acontecimiento, Franco le había dicho que la unificación era necesaria para impedir el resurgimiento de la disensión entre la derecha y la izquierda, así como de la lucha de clases. La izquierda, según le dijo, se alistaba en la Falange, y la derecha en los carlistas. La unificación permitiría que los carlistas sirvieran de contrapeso a los elementos falangistas más extremistas (Jaime del Burgo, *Conspiración y guerra civil*, pp. 777-778). Los posibles aspirantes civiles al poder estaban siendo quitados de en medio sin dificultad. Fal Conde, el secretario general carlista, había sido exiliado por Franco en diciembre por intentar crear academias militares carlistas

sin su aprobación; don Juan, el heredero del trono, había sido acompañado hasta la frontera anteriormente (véase p 277 del tomo I); Gil Robles estaba exiliado en Portugal; don Javier, el pretendiente carlista, sería requerido a abandonar España seis meses; más tarde. <<

[7] Hedilla pasó cuatro años incomunicado en una celda. «Más tarde, en más de una ocasión, cuando surgía algún problema, le oí decir a Franco que lamentaba no haberle fusilado, Hedilla había hecho todo lo posible para contener la represión, sin llegar al extremo de condenarla. Protestó de que los falangistas participasen en ella, así como de los aspectos "orgiásticos" de la guerra: la proliferación de guardaespaldas, armas, coches. Pero era un hombre sin talento para ser líder; discreto, prudente y, en última instancia, débil. Eso hizo que a Franco le resultase fácil hacerse con el mando» (Dionisio Ridruejo). <<

[8] Al que se le dio el título híbrido de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, generalmente abreviado en FET. Su secretariado político lo componían figuras de segunda fila bajo Serrano Súñer, que era su secretario general. <<

[9] Concepto básico de la democracia orgánica (en contraposición a la democracia «inorgánica» burguesa) es que la lucha de clases puede ser superada mediante la armoniosa cooperación de los distintos grupos sociales dentro de una sola corporación. Los sindicatos de clase, los partidos políticos y el sufragio universal son abolidos. «Nuestro régimen hará que la lucha de clases sea radicalmente imposible porque todos los que cooperen en la producción constituirán una totalidad orgánica», como dijo José Antonio Primo de Rivera. Las tres «funciones» de un individuo —como trabajador, miembro de una comunidad y miembro de una familia— se hallan representadas dentro de una organización de intereses que se corresponden. En la variante fascista/falangista el estado es importantísimo y las corporaciones forman parte integrante del mismo; en la versión católica, estas corporaciones existen con *anterioridad al estado* y, por consiguiente, éste ocupa un lugar subordinado. Ésta era la postura carlista (que explica su hostilidad hacia el totalitarismo de la Falange), así como la perspectiva a largo plazo que antes de la guerra tenía la CEDA. En lo que estas dos diferían era en los medios para alcanzar el fin deseado. Los monárquicos también favorecían un «estado corporativo y fuerte» como forma de terminar con la «época ruinosa de la lucha de clases», como dijo Calvo Sotelo. La democracia orgánica era el común denominador político que abrazó Franco, convirtiéndolo en uno de los medios para dominar la sociedad civil durante cuarenta años. <<

[10] Subalternos voluntarios y temporales que eran entrenados, en parte por instructores militares alemanes, en rápidos cursillos para mandar las unidades de combate nacionalistas. Su índice de mortalidad era tan elevado que a los alféreces

provisionales se les llamaba cadáveres efectivos. <<

[11] No se suele atribuir a él esta formulación, aunque Franco utilizó el término «cruzada» durante la primera semana de la guerra, cuando, todavía en Marruecos, pidió al ejército que tuviera «fe en el resultado de la cruzada», según *El Defensor de Córdoba* (25 de julio de 1936). <<

[12] Véase Puntos de Ruptura, E, pp. 362-370 <<

[13] José Díaz, *Tres años de lucha*, Toulouse, 1947, pp. 295-297. <<

[14] De la misma manera que la creación del Frente Popular había correspondido a las necesidades «complementarias y no contradictorias» de la Unión Soviética y de la revolución democrática española. Véase Puntos de Ruptura, E, pp. 369-370. <<

[15] Excluyendo los tenderos y artesanos incluidos por el partido entre los obreros industriales. Guy Hermet (*Les communistes en Espagne*, París, 1971) calcula que el proletariado industrial no comprendería más del 25 por ciento de los miembros del PCE entre 1937 y 1939. Esto significaría que los tenderos y artesanos formaban el 10 por ciento del partido, elevando a un 50 por ciento la participación pequeñoburguesa en el mismo. <<

[16] Cualquiera que no siguiera la línea se encontraba en dificultades, como le sucedió a Juan Ástigarrabía, secretario del Partido Comunista de Euskadi (véase p. 135, nota 3). <<

[17] Guerra y revolución, 1936-1939 —historia oficial de la guerra escrita por el partido—, II, p. 31. En agosto de 1937, el ministro comunista de Agricultura, Vicente Uribe, publicó un decreto regularizando las cooperativas agrícolas. <<

[18] Esto fue bloqueado por los ministros socialistas, que buscaban la nacionalización de las fincas expropiadas, cosa que el ministro comunista se vio obligado a aceptar. Sin embargo, se mantuvo el criterio del PCE en el sentido de que sólo debían estar sujetos a expropiación aquellos propietarios que directa o indirectamente hubiesen intervenido en el alzamiento. Para un mayor estudio de la cuestión agraria, véase pp. 116-120 del tomo I. <<

[19] Carta de Stalin a Largo Caballero (21 de diciembre de 1936). <<

[20] Como, en efecto, se hizo en Asturias, donde la iniciativa la tomaron la UGT y la CNT y el resultado fue aplaudido por los partidos comunista y

republicano. Véase pacto UGT-CNT, p. 338 del tomo I. <<

[21] No puede haber ninguna garantía histórica de que una guerra popular hubiese triunfado. El aislamiento internacional, la ausencia de bases más allá de las fronteras nacionales, la continua falta de unidad obrera tal vez hubiesen resultado una carga demasiado pesada. Pero muchos factores eran favorables a ella: entre ellos, el terreno, la gran longitud de los frentes, escasamente guarnecidos, la vulnerabilidad de la retaguardia enemiga (que de hecho nunca vio seriamente amenazada su moral de victoria), el hecho de que el pensamiento militar de Franco fuese tradicional, la falta de armas contra los insurgentes y, sobre todo, los recuerdos históricos y la experiencia reciente: la guerra de guerrillas en tiempos de Napoleón, las victorias del 18-20 de julio y de Madrid en noviembre gracias a la fusión de las fuerzas armadas y los civiles. En su carta a Largo Caballero, Stalin le aconsejaba que no pasara por alto la creación de partisanos campesinos en la retaguardia enemiga. El Ejército Popular incluía un cuerpo de guerrilleros que realizó incursiones pero no formó un maquis. Éste existía aisladamente en algunas partes de Andalucía y más tarde de Asturias (para la experiencia guerrillera en Asturias, véase pp. 177-182). Las guerrillas, los partisanos, etc., no hubiesen formado más que parte de una estrategia de una guerra popular prolongada. <<

[22] Como se vieron impedidas otras medidas, tales como la declaración de independencia para el Marruecos español con el fin de perjudicar la retaguardia enemiga y dejar a Franco sin una de sus principales fuentes de reclutamiento, la legalización de las conquistas revolucionarías en la península, etc. <<

[23] Jesús Hernández, ministro comunista y posteriormente jefe del comisariado político, dijo, después de abandonar el partido, que cientos de organizadores comunistas y de las JSU invadieron las unidades militares. «Nuestros oficiales recibieron instrucciones categóricas de ascender al máximo número de comunistas, reduciendo así la proporción de ascensos abiertos a los miembros de otras organizaciones. Pero es mi deber manifestar que mientras se llevaba a cabo esta política temeraria, los comunistas no dejaron de combatir al enemigo y su resolución y disciplina en los frentes demostraron que eran mejores que los mejores, factor que facilitaba la labor de proselitismo que habíamos emprendido» (Bolloten, *op. cit*., p. 231). <<

[24] El hecho de que la Unión Soviética fuese el único proveedor de armas en cantidad y que el gobierno hubiese mandado a Moscú el grueso de las reservas de oro españolas significa que la influencia fue superior a la ayuda. <<

[25] Apoyando la formación de un gobierno obrero basado en una alianza UGT-CNT con exclusión de los republicanos. La formación de tal gobierno o junta

fue propuesta a fines de agosto de 1936. La participación, basada en hacer que la revolución fuese necesaria para ganar la guerra, no habría excluido el luchar para retener a la pequeña burguesía en la lucha. Se dice que el nuevo embajador soviético se opuso a ello y apuntó cuál sería el resultado final: un gobierno frentepopulista bajo Largo Caballero (F. Claudín, *The communist movement, from Comintern to Cominform*, Harmondsworth, 1975 [edición original castellana: *La crisis del movimiento comunista*, Paris, 1970], pp. 703-704; Broué y Témime, *op. cit*., p. 180). <<

[26] Del mismo modo que la experiencia propia había convencido a otros líderes de la milicia cenetista, como Saturnino Carod en el frente de Aragón (véase pp. 178-180 del tomo I). <<

[27] La sección valenciana del POUM, situada a la derecha del POUM barcelonés (de igual manera que la CNT valenciana estaba a la derecha de la catalana), apoyó la creación del Ejército Popular y creía que «podíamos ganar la guerra sin hacer la revolución, pero no podíamos hacer la revolución sin ganar la guerra, En Barcelona estaban verdaderamente obsesionados con la revolución» (Luis Portela, POUM). <<

[28] Véase pp. 192-193, nota 14, del tomo I. <<

[29] La actitud general en el sindicato de impresores, uno de los tres principales de la FOUS, la resumió Adolfo Bueso, impresor del POUM que había ingresado en la CNT ya en tiempos de la primera guerra mundial y ahora se oponía a ingresar en la UGT. «Si volvemos a la CNT no nos dejarán pintar nada, la FAI seguirá manipulándolo todo como antes». La afiliación a la UGT se hacía en calidad de miembros individuales, no como sindicato. «Una vez la FOUS hubo ingresado en la UGT, los comunistas, empleando sus técnicas habituales, pronto se hicieron con el control». <<

[30] Joaquín Maurín, secretario general del POUM, que estaba en zona insurgente al producirse el alzamiento y fue hecho prisionero, la había llamado «coloso con los pies de barro». <<

[31] Una descripción más amplia de esto, así como de la relación con el POUM, la encontrará el lector en pp. 102-114, en las que se tratan los sucesos de mayo en Barcelona. <<

[32] «Jordi Arquer, el líder del POUM, una vez me preguntó por qué no se admitió a su partido en el Consejo de Aragón de la CNT. Le contesté que el consejo era un experimento revolucionario nuestro que no tenía nada en común con su

partido —el POUM no hizo nada por promover las colectividades rurales— o con ningún otro». (Juan Zafón, delegado de propaganda de la CNT en el Consejo de Aragón). <<

[33] I. Iglesias, *El proletariado y las clases medias*, Barcelona, 1937, citado en Víctor Alba, *Historia del POUM*, Barcelona, 1974, pp. 146-147. <<

[34] Antes de la guerra las tres provincias aragonesas producían el 7,6 por ciento del valor total de las cosechas de cereales de España. De dicha cifra Zaragoza producía más de la mitad, Huesca un poco más de una cuarta parte y Teruel un poco más de la quinta parte. Las mejores tierras trigueras zaragozanas estaban en manos de los nacionalistas. Los rendimientos en la provincia de Huesca, especialmente en las tierras esteparias de los Monegros, presentaban tremendas fluctuaciones que dependían del régimen de lluvias; mientras que Teruel, una de las provincias menos pobladas de España, que cultivaba un tercio de las tierras de cereales de Aragón antes de la guerra, recogía sólo un 21 por ciento de la cosecha total (atendiendo al valor), indicio de la calidad de la tierra (Malefakis, *op. cit*., pp. 63-64; M. C. García-Nieto y J. M. Donézar, *La dictadura*, Bases Documentales de la España Contemporánea, n.º 7, Madrid, 1973, p. 344; F. Mintz, *L'autogestion dans l'Espagne révolutionnaire*, París, 1970, p. 99). <<

[35] Mintz, *op. cit*., p. 102. Menos de la mitad del millón de habitantes de Aragón vivía en las tres cuartas partes de la región que estaban bajo control republicano. <<

[36] Las medianas propiedades (10-100 hectáreas) cubrían cerca de una cuarta parte de la tierra, y las pequeñas propiedades poco más de la mitad, representando cerca del 1 y del 98 por ciento respectivamente de las propiedades totales. Véase Malefakis, *op. cit*., pp. 30 y 32 (aunque debe tenerse en cuenta que sus cifras incluyen Logroño). <<

[37] A juicio de Royo, la contradicción entre el empleo de la fuerza y los ideales libertarios siempre había existido en el anarquismo. «Establecer el comunismo libertario significa hacer la revolución. Las revoluciones se hacen por la fuerza. Todo lo que se impone por la fuerza debe mantenerse con la fuerza. Puede que el resultado sea comunismo, pero no es libertario. Si lo fuera, no sería comunista, por la sencilla razón de que la masa del pueblo no es comunista. El comunismo libertario podría establecerse sólo si la mayoría del pueblo ya apoyara el comunismo y luego empezase a organizar ese comunismo *libremente…*» <<

[38] Juan Zafón (véase p. 67) afirmó que la máquina propagandística de la Generalitat, dirigida por Jaume Miravitlles, rechazó su oferta de coordinar su

propaganda, con la que ya se había mostrado de acuerdo el gobierno central, y manifestó que seguiría enviando a Aragón sus camiones de propaganda y cine. Zafón amenazó con expropiarlos si así lo hacían. También hubo protestas porque las columnas de milicianos requisaban alimentos, ganado, etc., lo cual amenazaba con «arruinar toda la región» (Lorenzo, *op. cit*., p. 120). <<

[39] A cambio del reconocimiento por parte del gobierno, admitió partidos del Frente Popular (a excepción del POUM) en noviembre de 1936, aunque la CNT siguió teniendo la representación mayoritaria. <<

[40] Quizá porque la colectivización rural se estaba haciendo más rápida y extensamente en Aragón que en la misma cuna del anarcosindicalismo, los militantes catalanes tendían a poner de relieve el aspecto de comunismo de guerra de la colectivización, mientras que los militantes aragoneses hacían hincapié en la revolución social. <<

[41] Adoptado en muchas colectividades rurales, el salario familiar consistía en un sueldo diario base para todos los cabezas de familia que trabajaran, más un sueldo para cada persona que dependiese de él, sueldo que variaba según si dicha persona había alcanzado o no la edad de trabajar. Los sueldos se pagaban con la moneda de la colectividad. (Véase pp. 300-302 del tomo I.) <<

[42] Unos quince meses después, Martín consiguió pasarse a las líneas nacionalistas. Después de pasar tres noches en las montañas, un grupo de 18 personas fue conducido al otro lado por un guía. <<

[43] De la colectividad de Mas de las Matas hay descripciones hechas por anarquistas contemporáneos en G. Leval, *Collectives in the Spanish revolution*, Londres, 1975; y en A. Souchy y Bauer, *Entre los campesinos de Aragón*, Valencia, 1937. No existe parecida descripción para la colectividad de Alloza. <<

[44] Véase Puntos de Ruptura, D, p. 349. <<

[45] En esto seguía las enseñanzas de Kropotkin en La conquista del pan: la revolución no desposeería a los pequeños propietarios, sino que «enviaría a sus jóvenes a ayudarles a segar el maíz y recoger la cosecha» (Leval, *op. cit*., p. 86). <<

[46] Entre los principales acuerdos a los que se llegó en el congreso estaban el de abolir *todo* el dinero, incluyendo la moneda local, y sustituirlo por una cartilla normalizada de racionamiento; permitir que los pequeños propietarios no ingresaran en la colectividad mientras no se «interfiriesen en los intereses del mismo» ni esperasen beneficiarse; organizar las colectividades a nivel de distrito

en vez de a nivel local; y negarle al Consejo de Aragón el monopolio del comercio exterior (Leval, *op. cit*., pp. 83-90, 197, 203; Mintz, *op. cit*., pp. 100-102). <<

[47] El problema de la libertad de movimientos de los colectivistas preocupó a los observadores desde el principio. Con la abolición del dinero la colectividad llevaba la voz cantante, ya que cualquier persona que quisiera viajar debía obtener dinero «republicano» del comité. Para ello tenía que justificar su viaje. Dados los tiempos que corrían, hay que tener presente que la gente no viajaba a menos que fuese muy necesario. La colectividad de Mas de las Matas se enorgullecía porque mandaba gente a Barcelona para que la visitasen los especialistas médicos. Asimismo, la colectividad pagaba el billete de autobús de las familias que visitaban a sus hijos en el frente. Peto para que una persona sin carnet sindical saliera del pueblo, aunque fuese para un viaje corto, hacía falta tener un pase, según me dijo un derechista. En Alloza se consideraba que la mala salud era una justificación válida y el suegro del maestro salió del pueblo para que le operasen de hernia, aprovechando la ocasión para no volver. Como con frecuencia salían camiones cargados de productos para Barcelona, no era difícil hacerse llevar. Evidentemente, las condiciones variaban de una colectividad a otra y, como en otros muchos aspectos, es imposible generalizar. <<

[48] Mientras que en Mas de las Matas y Alloza me fue posible hablar con partidarios y detractores de las colectividades no pude hacer lo mismo en la colectividad de Angüés (por razones ajenas a mi voluntad). No hay descripciones contemporáneas en las obras de Leval, Souchy, Mintz o Peirats. Angüés, pueblo de 1500 habitantes, era un centro importante que contaba con 36 colectividades en su distrito en febrero de 1937, número que en los meses siguientes subió hasta 70 (Leval, *op. cit*., p. 70). No es posible añadir nada al testimonio de Fernando Aragón y su esposa, sobre los peligros antidemocráticos inherentes al experimento colectivizador. <<

[49] Cifras del Ministerio de Agricultura republicano citadas por Thomas, *op. cit*., II, p. 606, nota 22. Las cifras mostraban un pequeño descenso en Levante, que a la sazón estaba relativamente menos colectivizado que Aragón con sus 340 colectividades; y un aumento del 16 por ciento en Castilla, donde había 230 colectividades con un total de unos 100 000 miembros (Leval, *op. cit*., pp. 150 y 182). En el momento culminante del movimiento, en julio de 1937, unos 400 000 colectivistas agrarios trabajaban en cerca de 800 colectividades, aunque en modo alguno puede decirse que todos ellos hubiesen sido organizados por los libertarios (Mintz, *op. cit*., p. 148). Así, pues, Aragón representaba poco más de la mitad de las colectividades y poco menos de la mitad de los colectivistas que había entonces en la zona del Frente Popular. <<

[50] Bricall, *op. cit.*, p. 44. Otras cosechas de cereales en Cataluña mostraron poca mejora o incluso descensos. Por el contrario, aumentó la producción de patatas y verduras. <<

[51] Fuera de Aragón muchos libertarios pensaban que en dicho lugar la colectivización había llegado demasiado lejos. Antonio Rosado, cenetista andaluz que fue nombrado coordinador de todas las colectividades de la CNT en la Andalucía no ocupada, abogaba por una política mucho más moderada. «La gente no estaba preparada para tales medidas extremas. Nosotros no expropiamos tierra y montamos colectividades exclusivamente en las fincas que habían sido abandonadas y con la tierra que los pequeños propietarios quisieron aportar. Por lo demás, éstos podían seguir cultivando su propia tierra como antes y vender sus productos libremente». (Al finalizar la guerra, según Rosado, en la Andalucía no ocupada existían 300 colectividades con 60 000 miembros, muchos de ellos explotados por jornaleros que habían huido de los nacionalistas). Para más amplia información, véase Antonio Rosado, Tierra y libertad, Barcelona, 1979.

La colectivización tampoco garantizaba necesariamente el control de la producción y el consumo en cualquier circunstancia. Jacinto Borrás, director del periódico campesino catalán Campo, de la CNT, y que desde hacía tiempo abogaba por la colectivización rural, me dijo que las colectividades catalanas habían cambiado mucho al llegar el último año de la guerra (para entonces Aragón ya había caído en manos de los nacionalistas). «Las privaciones despertaron el egoísmo del campesinado, La juventud había partido para el frente, dejando las colectividades en manos de hombres más viejos cuya mentalidad no había cambiado necesariamente. En aquellas penosas circunstancias, era natural que la gente pensara ante todo en sí misma y en sus familias…» Al igual que los individuos, las colectividades eran capaces de acaparar comida cuando había escasez <<

[52] O, mejor dicho, sucedió solamente de forma embrionaria. Los milicianos ayudaban a los colectivistas cuando llegaba la época de cosechar y arar. «Y yo he visto colectivistas presentarse en primera línea con escopetas de caza y aperos de labranza para ayudarnos cuando estábamos en apuros en el frente de Belchite —contaba Carod—. Era un indicio de la tremenda solidaridad que existía». <<

[53]*Guerra y revolución en España*, II, p. 274. <<

[54] Al amparo del Decreto de Reforma Agraria, en poco más de un año fueron incautadas oficialmente más de cuatro millones de hectáreas de tierra en la zona del Frente Popular, excluyendo Cataluña y el País Vasco. Esto representaba el equivalente de una quinta parte del total de tierra arable en toda España antes de

la guerra. Sugiere, además, que las decisiones sobre quién había intervenido directa o indirectamente en el levantamiento, decisiones que se tomaban a nivel local, se tomaban siguiendo un criterio bastante amplio. (Para un ejemplo del poder local ejercido en sentido contrario, véase mi libro *In hiding, The life of Manuel Cortés*, Londres, 1972, p. 147). Que el partido comunista no se oponía del todo a las colectividades lo demuestra el hecho de que el Instituto de Reforma Agraria, controlado por los comunistas, ya había dado 50 millones de pesetas en créditos, aperos, semillas, etc., a las colectividades en junio de 1937, Sin embargo, para recibir ayuda, las colectividades tenían que legalizar su situación con el Instituto. Muchas colectividades libertarias se negaban a hacerlo por principio <<

[55] Véase pp. 194-197 del tomo I, para la organización alimentaria de Domènech. En diciembre de 1936 se produjo una crisis en la Generalitat que acabó con la expulsión del POUM. A causa de la misma crisis, Domènech pasó a ocupar la cartera de Servicios Públicos. «Fue una maniobra de García Oliver, Durruti y otros libertarios, que se reunieron y decidieron que la CNT debía controlar la consejería de Guerra. Intentaron llevar a cabo su plan a escondidas y aprovecharon la crisis para cambiar la cartera de Abastecimientos por la de Guerra» (Doménech). García Oliver, que actuaba virtualmente como consejero de la Guerra de la Generalitat, poco antes había sido nombrado ministro cenetista en el gobierno central; el grupo «Nosotros» estaba preocupado, ya que creía que, a resultas de ello, se veía amenazado el control libertario del frente de Aragón. <<

[56] Instaladas con independencia de la consejería de Domènech, según éste. <<

[57] Un año después de que el PSUC se hiciera cargo del aprovisionamiento, su sindicato, la UGT, se quejaba de la «desorganización en el suministro de alimentos y los enormes gastos». Mientras que en los seis primeros meses de la CNT la inflación hizo que el coste de la vida aumentase en un 47 por ciento, en los siguientes seis meses, los del dominio del PSUC, aumentó en un 49 por ciento. <<

[58] Véase p. 290, nota 10, del tomo I. <<

[59] Más adelante sería suplente del presidente del gobierno húngaro y se haría famoso por apoyar a los rusos durante la rebelión húngara de 1956. <<

[60] Se decía que algunos ministros del gobierno central, así como el presidente Azaña, habían tenido «incidentes» al hablar por teléfono. De Azaña se decía que un par de días antes, cuando estaba conversando por teléfono con el presidente Companys, una voz le había interrumpido diciéndole que ya había hablado bastante. <<

[61] «Más adelante Comorera me hizo nombrar secretario del general Pozas, supuesto miembro del PSUC, que se hizo cargo del mando del ejército catalán. Me indicó claramente que debía actuar como informador del partido» (Riba). <<

[62] El grupo fue formado por militantes anarquistas de la columna Durruti que se habían negado a la militarización y abandonaron el frente para regresar a Barcelona «con sus armas y equipo», según Jaime Balius, uno de los principales organizadores del grupo. La propuesta junta revolucionaria deberían componerla combatientes de las barricadas. «No éramos partidarios de la formación de soviets; en España no había motivo para formarlos. Nosotros pedíamos "todo el poder para los sindicatos". En modo alguno estábamos orientados políticamente. La junta era simplemente una salida, una fórmula revolucionaria para salvar las conquistas revolucionarias de julio de 1936. No podíamos ejercer gran influencia debido a que los estalinistas, ayudados por los reformistas de la CNT y la FAI, emprendieron muy pronto su agresión contrarrevolucionaria. Nuestro intento iba dirigido sólo a salvar la revolución; a nivel histórico puede compararse con Kronstadt, porque si allí los marineros y los obreros pidieron "todo el poder para los soviets", nosotros lo pedíamos para los sindicatos» (Jaime Balius, carta al autor, abril de 1976). <<

[63] Durante los combates, el presidente Azaña se había visto sitiado en el edificio del Parlamento catalán, donde se alojaba. Jaume Miravitlles, el político de la Esquerra, consiguió salir de la Generalitat para visitarle. «¿Qué habría pasado si alguien le hubiese capturado y utilizado como rehén para negociar condiciones? Felizmente, a nadie se le ocurrió, salvo al mismo Azaña, a quien día y noche le atormentaba aquella posibilidad». <<

[64] Al poco tiempo, la policía catalana e incluso los bomberos eran trasladados de Cataluña, las industrias de guerra catalanas pasaban a manos del gobierno central, que se instaló en Barcelona para imponer un control más estricto, hasta que, finalmente, toda la industria bélica pasó a sus manos. <<

[65] Y como el POUM mismo había declarado oficialmente en diciembre de 1936, cuando rechazó la Segunda Internacional (socialista), la Tercera (comunista) y la Cuarta (trotskista) por considerarlas incapaces de actuar como «instrumento de la revolución mundial». Condenó a la última por su «carácter sectario» y por «carecer de raíces en las masas». Izquierda Comunista, el otro componente del POUM, entre cuyos líderes estaban Nin y Andrade, había pertenecido a la Cuarta Internacional hasta 1934. <<

[66] Hasta el POUM estaba escindido. La sección madrileña, a quien se le había negado representación en la Junta de Defensa por intervención del embajador soviético y que posteriormente vio clausuradas su radio y su prensa,

publicó una declaración desentendiéndose de la postura del POUM de Barcelona. (La reducida sección madrileña, que había sufrido una fuerte influencia trotskista en los meses anteriores, fue «víctima de una opinión pública hostil a Cataluña», según Andrade). La sección valenciana hizo pública una nota «lamentando» los sucesos, aunque sin condenarlos específicamente (Luis Portela). <<

[67] Significativamente, Cipriano Mera, el destacado comandante militar de la CNT en el frente de Madrid, sólo menciona de paso los hechos de mayo en una nota a pie de página en sus memorias, «Cuando le pregunté por qué, dijo que en el frente la noticia les llegó con retraso y no comprendieron su importancia» (Ignacio Iglesias). <<

[68] No fue un caso aislado, como más adelante descubrió Portela. En la quinta visita que hizo en relación con los dos militantes del POUM cuya puesta en libertad había sido ordenada por el ministro, pero que seguían en la cárcel, Portela le reveló su impotencia: «Camarada Zugazagoitia, creo que deberías dejar tu escritorio, coger el fusil de ese guardián, ocupar su puesto ante la puerta y dejar que él ocupase el tuyo detrás del escritorio. Porque, evidentemente, tus órdenes no surten ningún efecto…» <<

[69] A modo de tapadera, *Mundo Obrero*, el órgano madrileño del PCE, publicó una historia sensacionalista según la cual Nin, tras ser sacado de la cárcel por agentes de la Falange, estaba en Burgos. <<

[70] Durante las luchas, la diminuta sección bolchevique-leninista de la Cuarta Internacional pidió el desarme de la policía, una huelga general en todas las industrias, salvo las relacionadas con la guerra, «hasta que dimitiese el gobierno reaccionario», que se armase por completo a la clase obrera y se creasen comités de defensa revolucionaria en tiendas, fábricas, etc. «Sólo el poder proletario puede asegurar la victoria militar» (F. Morrow, *Revolution and counterrevolution in Spain*, Nueva York, 1974, p. 144). <<

[71] Encarcelados en Barcelona, el día antes de que la ciudad cayera, en 1939, fueron trasladados a un pueblo cerca de la frontera francesa. Con la esperanza de que su puesta a salvo en Francia le sirviera para su propia protección, el director de la prisión había conseguido permiso del ministro de Justicia para el traslado. Casualmente, Enrique Líster, el jefe militar comunista, instaló su cuartel general en el mismo pueblo. Andrade: «"Si nos encuentran aquí, nos liquidarán esta noche", nos dijimos. Si se habían olvidado de nosotros era solamente porque los agentes de la GPU estaban asustadísimos ante la caída de Barcelona. Muchos militantes fueron ejecutados durante la huida hacia Francia. Insistimos para que el director de la cárcel nos trasladase inmediatamente. Consiguió encontrar unos guías catalanes

que aquella misma noche nos llevaron a Francia a través de las montañas». <<

[72] Para la experiencia favorable vivida por Ruiz y otro comunista en relación con la colectivización —así como las diferencias entre los modelos comunista y anarquista—, véase Apéndice B, pp. 398-399. <<

[73] En comparación con mediados de 1937, el número de colectividades agrarias aumentó en un 25 por ciento en toda la zona del Frente Popular hasta el fin de 1938, mientras que el número de colectivistas disminuyó en casi la mitad (Mintz, *op. cit*., p. 148). El aumento relativo de colectividades rurales fue en realidad mayor, ya que a principios de 1938 Aragón ya había caído en manos de los nacionalistas y no estaba incluido en estas cifras. Antes de penetrar en Aragón, Líster ya había llevado a cabo una operación semejante en ciertas zonas de Levante. También en ellas se dio a los campesinos la opción de abandonar las colectividades. <<

[74] Comisión de Incorporación Industrial y Mercantil, n.º 3, *Estudio sobre la riqueza del Levante español*, Valencia, 1940. Regina Taya fue quien llamó mi atención sobre este documento. <<

[1] Véase pp. 261-263 del tomo I. Ciertamente, Aguirre, presidente de Euskadi, afirmó (diciembre de 1936) que la guerra se estaba librando entre el viejo orden capitalista, en cuya defensa se habían levantado las clases privilegiadas, y «el profundo sentido de la justicia social que tienen muchos obreros». Esto debe leerse en el contexto del programa del gobierno según el cual al trabajador debía dársele acceso al capital, los beneficios y la cogestión de las empresas (Ortzi, *Historia de Euskadi*, pp. 222 y 224); Aguirre, además, veía las implicaciones más amplias de la guerra. <<

[2] Semanas después, Largo Caballero, el jefe del gobierno español, aseguró al presidente Aguirre que no existía un ejército del Norte. El general a quien Largo Caballero había nombrado para mandarlo se sintió desanimado, como es natural, y trasladó su cuartel general a Santander. Ni el estatuto de autonomía vasco ni el catalán conferían el derecho de mantener un ejército; dadas las circunstancias, era casi inevitable que ambos debieran hacerlo. Pero, mientras que las fuerzas catalanas, más o menos dominadas por la CNT, cubrían una línea continua en Aragón, no ocurría lo mismo en el norte, donde tres regiones distintas aunque contiguas luchaban más o menos por separado. <<

[3] El Partido Comunista de Euskadi era una rama «autónoma» del PCE, al que había proporcionado una buena parte de destacados militantes, entre los que se contaban Dolores Ibárruri, Jesús Hernández y Vicente Uribe. Defendía el derecho a la autodeterminación e independencia de Euskadi y sus líderes hablaban vasco. Tras la caída de Bilbao, las acusaciones del PCE fueron llevadas hasta el final: Juan Astigarrabía, secretario general del partido de Euskadi y ministro en el gobierno vasco, fue expulsado del partido. <<

[4] Con excepción de la propuesta de mandar comisarios políticos no vascos formulada por el gobierno central. «Sólo los comunistas estaban dispuestos a aceptar; Astigarrabía incluso amenazó con dimitir, pero cuando vio que los demás estábamos unidos permaneció en el gobierno» (Nárdiz). <<

[5] En la ofensiva de febrero contra Oviedo habían participado siete batallones, formados por voluntarios en lo que a los nacionalistas vascos se refería, ya que la directiva del partido no quería obligar a nadie a luchar fuera de las fronteras de Euskadi (véase p. 353, nota 47, del tomo I). <<

[6] La protesta internacional y la lenta pero progresiva erosión que en las décadas siguientes sufrió la historia inventada por la propaganda franquista, en el sentido de que Guernica había sido incendiada por la milicia vasca, pueden seguirse en H. R. Southworth, *La destrucción de Guernica*, París, 1975. Fue una historia a la que se suscribieron algunos derechistas locales, aunque sólo fuese con

su silencio. Juana Sangroniz (carlista): «No teníamos la conciencia tranquila al respecto. Después de haber vivido el bombardeo, sabíamos de sobra que la destrucción había venido del aire. Entre los nuestros teníamos que reconocer la verdad: nuestro bando había bombardeado la ciudad y eso estaba mal. "Pero ¿qué le vamos a hacer?", nos decíamos. Lo mejor era, sencillamente, no decir nada. La propaganda era tan patentemente falsa». El número exacto de muertos nunca ha quedado establecido satisfactoriamente (véase Southworth para un examen de los datos contradictorios). Tres días después del bombardeo, al romperse el frente por Marquina, Guernica cayó en poder de las fuerzas franquistas. <<

[7] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Barcelona, 1977 3.ª ed., p. 276. <<

[8] El general Mola, que estaba al mando de la ofensiva, murió en un accidente aéreo a principios de junio, una semana antes del ataque final contra Bilbao. <<

[9] El gobierno central creía que el gobierno vasco buscaba una paz por separado. En mayo un cable no cifrado procedente del Vaticano había sido enviado vía Barcelona, en vez de Londres, para su reexpedición a Bilbao. En el cable se establecían los términos acordados por Franco y Mola para la rendición de Euskadi. El gobierno central no reexpidió el cable, sino que envió un amargo cable de denuncia al gobierno vasco, que desconocía la causa. La preocupación por la resistencia de Vizcaya fue uno de los factores que influyeron en la caída de Largo Caballero tras los sucesos de mayo en Barcelona. <<

[10] Sin embargo, dado el tipo de guerra que se estaba librando, las líneas defensivas fijas podían resultar valiosas, como al año siguiente demostraría la línea XYZ. Empotradas en las montañas, las fortificaciones —con trincheras capaces de soportar bombas de 1000 libras— impidieron que los nacionalistas tomasen Valencia (Thomas, *op. cit*., II, p. 894). En comparación, el cinturón de hierro estaba mal construido, mal acabado y fue traicionado. <<

[11] Véase pp. 262-263del tomo I <<

[12] «Algunos creíamos que el gobierno, pese a todas las dificultades, incluyendo el hecho de que el cuerpo de policía hubiese tenido que crearse partiendo de cero, hubiese podido actuar más rápida y eficazmente para impedir la matanza, y en una reunión del partido presentamos la dimisión. Pero a nadie acusamos de responsabilidad y aceptamos la nuestra en lo que era una terrible mancha sobre nuestra reputación» (Juan Ajuriaguerra, presidente del PNV de Vizcaya). <<

[13]*Guerra y revolución en España*, III, p, 140, nota 4, cita una lista de las plantas y equipo destinada al jefe del estado mayor del ejército del Norte. <<

[14] Antes de emitir juicio sobre el hecho de que en Vizcaya no se saboteasen las industrias de guerra, hay que recordar que ni en la Asturias dominada por los socialistas, como veremos más adelante, ni en la Cataluña cenetista hubo sabotaje a gran escala antes de la derrota. <<

[15] Al mismo tiempo, el concierto económico, el derecho a fijar los propios impuestos, fue abolido para Vizcaya y Guipúzcoa. Citando las palabras de José María de Areilza, conde de Motrico, recién nombrado alcalde de Bilbao: «La horrible, siniestra pesadilla llamada Euskadi ha sido conquistada… Vizcaya es una vez más un pedazo de España por pura y simple conquista militar…». <<

[16] Robert Whealey, «How Franco financed his war-Reconsidered», *Journal of Contemporary History*, XII (enero 1977). <<

[17] Al amparo del pacto, a todos los oficiales vascos se les debía permitir que se marchasen —«nuestro propósito era trasladarlos a Barcelona para ocupar nuevos puestos de mando»—; ningún soldado vasco debía servir en el ejército nacionalista; no habría represalias contra los civiles. A cambio, los vascos rendirían las armas, mantendrían el orden público y garantizarían la vida de los prisioneros derechistas en la zona de alrededor de Santoña. «Las negociaciones no fueron muy duras, Los italianos no trataron de imponer más condiciones. En realidad sólo querían su pequeña victoria» (Ajuriaguerra). <<

[18] «En el plan de capitulación que yo había negociado se incluían una serie de fases y los distintos sectores se rendirían en etapas sucesivas. No éramos militares expertos y cometimos errores de cálculo; más tarde, tras quién sabe cuántas presiones por parte de Franco, nuestro fracaso fue utilizado para justificar el pretexto italiano de que habíamos roto el pacto, aunque sus oficiales mantuvieron que era válido. A decir verdad, cuando los italianos entraron en Laredo, no paraban de decir: "Aquí no hay españoles, sólo hay italianos y vascos"…» (Ajuriaguerra). <<

[19] El 15 de octubre fueron fusilados en la playa los primeros prisioneros escogidos cuidadosamente: dos líderes políticos del PNV, dos líderes militares del PNV, dos líderes del STV (Sindicato de Trabajadores Vascos), dos socialistas, dos comunistas, dos anarcosindicalistas, dos republicanos. Si bien la represión en Vizcaya fue menos feroz que en otras partes (320 prisioneros fueron ejecutados en las cárceles del Dueso y Larrínaga entre octubre y el siguiente mes de julio, según Rafael de Gárate, *Diario de un condenado a muerte*, Bayona, 1974), no era nada raro

pasarse dos años o más, como les ocurrió a Ajuriaguerra, Luis Michelena y otros muchos, bajo sentencia de muerte, sin saber si la sentencia iba a cumplirse al día siguiente. <<

[20] Veinte años después de la guerra, el presidente Aguirre le dijo al historiador americano Stanley Payne que un tercio del País Vasco apoyaba a la coalición antifascista, un tercio se oponía a ella y un tercio era neutral (S. Payne, *El nacionalismo vasco*, Barcelona, 1974, p. 238). <<

[21] Véase Puntos de Ruptura, A, pp. 310-312. <<

[22] «Argüimos que, como resultado, los obispos —ambos vascos— no podían estar enterados de lo que pasaba. Los teólogos se mostraron de acuerdo. Después de misa la gente corriente nos preguntaba si nos habíamos enterado de la pastoral y tomado una decisión. Cuando les decíamos que sí, se iban sin hacer más preguntas. Tenían una confianza absoluta en nuestro juicio» (Juan Ajuriaguerra, presidente del PNV de Vizcaya). Las tribulaciones del obispo Múgica, un integrista de extrema derecha que apoyó a los militares al principio y fue exiliado por éstos a los dos meses del alzamiento, reflejaron parte del drama de las relaciones entre la jerarquía española y el nacionalismo vasco. En Roma protestó ante el Vaticano por la ejecución de sacerdotes vascos, se negó a firmar la carta colectiva de los obispos, pero igualmente se negó a atender a las peticiones del clero vasco para que rectificase su pastoral conjunta. Sus posturas públicas y privadas siguieron siendo muy distintas. Según él, le habían dicho que «callase la boca». Sin embargo, en 1945 rompió su silencio en *Imperativos de mi conciencia*, obra en la que expresaba los puntos de vista que hasta entonces mantuviera para sí y se excusaba por su postura pública (véase A. de Onaindía, *Hombre de paz en la guerra*, Buenos Aires, 1973; J. de Iturralde, *El catolicismo y la cruzada de Franco*, Toulouse, 1965, III). <<

[23] Tanto el padre Basabilotra como el padre Echebarría fueron sometidos a consejo de guerra por las fuerzas franquistas, junto con casi otros 50 sacerdotes vascos, y sentenciados respectivamente a 12 años y cadena perpetua. Ambos pasaron tres años incomunicados antes de ser desterrados a parroquias de Castilla la Nueva. <<

[24] Véase Puntos de Ruptura, B, pp. 322-323. <<

[25] Véase Puntos de Ruptura, B, pp. 322-323. <<

[26] La defensa del paso de El Mazuco, en Asturias oriental, donde durante treinta y tres días fuerzas mandadas por Carrocera, un siderúrgico libertario de La Felguera, lucharon cuerpo a cuerpo por posiciones que constantemente cambiaban

de manos, fue una de las más notables de estas acciones. <<

[27] Anteriormente el coronel Franco había sido sometido a consejo de guerra y absuelto por las fuerzas del Frente Popular en Asturias. <<

[28] Al finalizar la guerra civil en abril de 1939, las cosas empezaron a cambiar para las guerrillas. El régimen intentó eliminarlas lanzando ataques directos contra sus baluartes de las montañas y tomando represalias contra los civiles que les prestaban apoyo. Las represalias resultaron más eficaces que los ataques. «A causa de la derrota en la guerra la desmoralización empezó a cundir entre los guerrilleros y muchos se entregaron. Otros, demasiado jóvenes para haber luchado en la guerra, se nos unieron más tarde…» En 1940 Mata y otros intentaron llegar a Francia, pero se vieron obligados a librar una batalla en los Picos de Europa, la más alta de las cordilleras del norte. Mata resultó herido. Regresó a la zona de Peñamayor, donde mandaba un grupo compuesta por unos 40 guerrilleros. Entre sus acciones se contaron muchos más tiroteos en los pueblos a los que acudían en busca de comida y pertrechos. (Las armas y municiones las capturaban o compraban —indirectamente— a la guardia civil: «en los años de hambre que siguieron a la guerra eran tan pobres que se vendían la munición a peseta el cartucho»). Destacados falangistas fueron muertos a tiros por los guerrilleros como respuesta a la represión, que incluyó la matanza de 22 personas en Pozo Funeres en 1948. Al aproximarse el final de la segunda guerra mundial y verse claramente que los aliados no iban a intervenir en España, los guerrilleros socialistas pidieron a su partido que reforzase la lucha y le asignara un objetivo o que la abandonase después de once años. Se optó por lo segundo y Prieto se encargó de sacar a los hombres. A las diez de la noche del sábado 21 de octubre de 1948, tras un verano de preparativos, un pesquero francés llegó a la altura del pequeño puerto asturiano de Luanco. Sólo Mata y otro hombre conocían los detalles del plan. Ante las mismas narices de la guardia civil, cuya casa cuartel estaba cerca del puerto, 31 personas, incluyendo una mujer, subieron a bordo. «Toda la operación quedó lista en tres minutos y el pesquero ni siquiera amarró. Queríamos sacar a otros, pero no pudimos ponernos en contacto con ellos. A las cuatro de la mañana del lunes 23 de octubre estábamos en la ciudad francesa de San Juan de Luz…»

Diez meses después del final de la guerra civil (y veintiocho meses después de que la contienda hubiese terminado en Asturias) Paulino Rodríguez salió de su escondrijo. Había escrito al gobernador civil diciéndole que estaba dispuesto a entregarse y comparecer a juicio con la condición de que no tuviera que rendirse a falangistas ni dar información sobre los que le habían escondido. Aceptaron sus condiciones. Al salir recibió un trato razonable, le dieron un salvoconducto y no le acusaron. Su esposa le reprochó el haber abandonado su escondrijo. «Lo único que te dejarán hacer es asistir a mi entierro. Después te matarán. En el poco tiempo que

nos queda, tenemos que encontrar a alguien que cuide de los niños. Ellos son los que sufrirán por todo esto…» Le habló de las palizas que ella y su hija habían recibido en la casa cuartel de la guardia civil, a resultas de las cuales la hija perdió el conocimiento y murió poco después. La mujer les había dicho a sus torturadores que sabía dónde estaba escondido su marido, pero no pensaba decírselo. No sería ella la causa de su muerte.

«Quince días después de abandonar mi escondrijo, ella murió. Mi hija también había muerto. Todo a causa de los malos tratos que recibieron por protegerme. Y yo estaba vivo». <<

[29] «Recientemente un hermano mío fue a Algeciras para localizar su tumba. El vigilante del cementerio se acordaba de Timoteo y de su ejecución. Le enseñó a mi hermano el registro donde constaba su entierro. Decía sencillamente: "Caridad para la fosa común". Algo parecido decía junto a los nombres de una larga lista de personas ejecutadas allí». <<

[30] Silencio que descendió también sobre la segunda generación. Tal como me explicó el sobrino de Juan, es decir, el hijo de Francisco: «En mi familia nunca se hablaba de la guerra civil. El hermano de mi padre fue fusilado por los franquistas; al padre de mi madre, que vivía en Valdepeñas, lo fusilaron los rojos. Mi padre tenía un montón de medallas. Las encontramos cuando murió. Pero nunca me dijo en qué frentes había luchado ni me habló de sus experiencias. Todo lo que sé sobre lo que hizo en la guerra es lo que he averiguado por mí mismo. En casa había un silencio total…». <<

[31] Véase pp. 399-400 del tomo I. <<

[32] La elección de un tema que sería estudiado en todos sus aspectos interrelacionados (lingüísticos, matemáticos, geográficos, etc.) por los niños que formaban los grupos de trabajo. <<

[33] Al final, lo que les hizo volver al País Vasco fue la segunda guerra mundial y la invasión de Francia por Hitler. «En 1940, casi un año después del final de la guerra civil, recibí un telegrama diciendo que los iban a mandar a Bilbao. Fui allí para esperarles. La alegría que sentí al verlos quedó empañada al ver cómo las monjas españolas los trataban a empujones, como si fueran leprosos, como si pertenecieran a una especie infrahumana…» (Ignacia Ozamiz, madre de los niños). <<

[1] El tratamiento lo había desarrollado lentamente partiendo de la experiencia obtenida antes de la guerra con víctimas de accidentes industriales y de carretera. Su parte más notable consistía en inmovilizar la herida escayolándola. Pero ésta no era más que una, concretamente la última, de las cinco fases del tratamiento. Las otras eran: una pronta intervención quirúrgica, que era posible gracias al eficiente servicio de ambulancias; limpieza de la piel y la herida con sustancias no tóxicas tales como agua y jabón; la meticulosa eliminación de toda materia extraña y la supresión de todos los tejidos debilitados; drenaje abierto con gasa seca y sin suturas en la piel y, finalmente, la inmovilización con escayola. En el curso de la contienda trató 1073 fracturas de guerra con este método. Sólo seis pacientes murieron. (Véase *Reflections on the past and present treatment of war wounds and fractures*, sin fecha, discurso pronunciado por el doctor Trueta ante una conferencia de médicos del ejército de los EE. UU.). <<

[2] Mussolini declaró su entusiasmo ante el hecho de que los italianos estuvieran horrorizando al mundo. Los bombardeos levantaron una tempestad de protestas en Inglaterra, Francia y los Estados Unidos. Ciano manifestó que los bombardeos italianos contra Barcelona de dos meses antes, en enero de 1938, se habían llevado a cabo sin previa consulta con ningún mando militar español. Treinta años más tarde, Franco, contradiciendo a Ciano, declaró que «todas las incursiones aéreas se llevaban siempre a cabo por decisión expresa del mando español» (Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco*, Barcelona, 1976, p. 494). Es discutible que esta afirmación pueda aplicarse a Guernica, en torno a la cual la versión franquista sigue manteniendo que la Legión Cóndor actuó sin conocimiento del alto mando español. <<

[3] Su oposición a la legislación anticlerical de la república, especialmente a la supresión de las órdenes religiosas, le había conducido indirectamente a ingresar en la Lliga Catalana, que representaba los intereses nacionalistas de la gran burguesía conservadora de Cataluña (véase también Puntos de Ruptura. B, p. 326). <<

[4] Servicio de Investigación Militar, organización de contraespionaje y policía política creada por el gobierno republicano después de los sucesos de mayo en Barcelona. <<

[5] Donde el sindicato textil de la CNT siguió pagándole el mismo salario que a los demás obreros, aunque no volvió a su fábrica, según el secretario del sindicato, Josep Costa. <<

[6] La imposibilidad de recaudar impuestos de las colectividades industriales y agrarias fue factor importante de la hostilidad que hacia ellos sentía el gobierno

central, particularmente bajo Negrín, que había sido ministro de Hacienda antes de ocupar la jefatura del gobierno. <<

[7] Véase MILITANCIAS 7, pp. 330-333 del tomo I. <<

[8] Véase Puntos de Ruptura, A, pp. 308-309. <<

[9] Véase pp. 40-42. <<

[10] *Frente Rojo*, Barcelona (29 marzo 1938). <<

[11] En esencia, los socialistas reformistas, bajo Prieto, estaban de acuerdo con Azafia, presidente de la república, en creer que un arreglo negociado debía alcanzarse sobre la base de «conservar las instituciones republicanas, en lo esencial». Partiendo de esta base, podían hacerse «muchas concesiones» al enemigo. No habría bolchevismo ni dictadura en España (Azaña, 31 de agosto de 1937, véase *Memorias políticas y de guerra*, Barcelona, 1978, II, p. 248). Ciertamente los comunistas se contarían entre las «concesiones» al enemigo para llegar a un acuerdo negociado. Los objetivos de Negrín eran los mismos, pero su táctica era doble: negociaciones alternando con una resistencia total, según las circunstancias. Al fracasar las primeras, la resistencia se convirtió en la única esperanza de enlazar la guerra civil con la inminente guerra mundial y conseguir lo que se venía esperando en vano desde hacía mucho tiempo: ayuda inglesa y francesa. <<

[12] Véase pp. 66-68 del tomo I. <<

[13] En septiembre de 1938 el Ejército Popular tenía 6444 oficiales provisionales con entrenamiento bélico, según Alpert, *El ejército de la república en la guerra civil*, Barcelona, 1978. Hasta el final de la guerra, seis meses después, el ejército nacionalista había entrenado 22 936 alféreces provisionales (S. Payne, *Politics and the military in modern Spain*, p. 389). Teniendo en cuenta que en noviembre de 1937 el ejército nacionalista era cerca de un tercio mayor que el Ejército Popular, la disparidad en oficiales con entrenamiento bélico seguía siendo muy grande. Hablando de las escuelas para el adiestramiento de oficiales republicanos, Rojo, el jefe del estado mayor, le dijo a Azaña que «rinden muy poco» (Azaña, *op. cit*., II, p. 345). <<

[14] Prieto propuso que se le diese escolta hasta la frontera francesa y allí fuera puesto en libertad. El gabinete se opuso a la idea y el obispo permaneció en la cárcel hasta el año siguiente, momento en que fue asesinado durante los últimos momentos de la retirada de Cataluña. <<

[15] A principios de 1938 el ministro italiano de Asuntos Exteriores, Ciano, le dijo a Vegas Latapié y a una misión española que visitaba Roma que la España nacionalista debía salir de la guerra con una «ideología clara y fuerte, como la de Italia o Alemania». Luego, atacó a altos cargos franquistas por ser anglofilos. Insistió en que la guerra se estaba librando más contra Gran Bretaña y la influencia británica en España que contra la Unión Soviética o la república. Vegas Latapié: «La idea de que el principal peligro para España procedía de Inglaterra y Francia era bastante común en la zona nacionalista. Inglaterra seguía reconociendo oficialmente al gobierno republicano, como estaba obligada a hacer por el derecho internacional, ya que los nacionalistas, los militares, eran rebeldes. A pesar de ello, los británicos hicieron muchas cosas, entre ellas la no-intervención, para ayudar a la causa nacionalista. Sé que el duque de Alba, que era el agente extraoficial de Franco en Londres, recibía información de un oficial del almirantazgo sobre los buques que llevaban armas a los puertos republicanos». <<

[16] Véase Militancias 10, pp. 14-20. <<

[17] También fue éste el momento en que quedó definido el papel de las mujeres en el nuevo estado (véase pp. 10-11). <<

[18] Véase p. 145, nota 10. <<

[19] Desde dentro, el ejército nacionalista a veces parecía menos profesional de lo que se creía que era. Un alférez provisional de 17 años que fue herido siete veces en las campañas del norte, la contraofensiva de Teruel, el avance hasta el mar, las ofensivas del Ebro y Cataluña, me dijo que, en lo que hacía a la infantería, había poco que elegir entre uno y otro bando. Ignacio Hernández: «En todo caso tenían mejores ametralladoras [checas] y fusiles automáticos; los de la infantería nacionalista cogíamos estas armas siempre que podíamos. A ambos ejércitos les faltaba capacidad de maniobra. En el nacionalista había muy pocos oficiales profesionales y el nivel de adiestramiento de los que encontré era deplorable. Recuerdo que un coronel extendió el mapa en el suelo y, sin medir con el compás, nos ordenó tomar una colina que nosotros sabíamos que estaba en dirección contraria a las líneas enemigas. Yo, a mis 17 años, mandaba una compañía. Contaba sólo con unas cuantas semanas de adiestramiento y no había hecho ninguna instrucción con armas. El batallón fue mandado por un alférez provisional durante mucho tiempo. El oficial de carrera que en teoría mandaba el batallón pasaba largas temporadas en la base del regimiento. Nos faltaba movilidad. Hicimos toda la campaña de Cataluña a pie… Lo que hizo que el ejército nacionalista ganase la guerra fue su superioridad en artillería y capacidad de bombardeo. Casi se podría decir que la guerra la ganó la Legión Cóndor». A todo esto habría que añadir que el mando nacionalista podía margen3transportar

refuerzos a los frentes amenazados con mayor rapidez que el Ejército Popular. En poco más de doce horas, por ejemplo, fuerzas nacionalistas fueron trasladadas del frente del norte a Brunete para contener el avance republicano en el verano de 1937. <<

[20] Posteriormente, la organización se dedicó al espionaje y al sabotaje, ayudó a gente a escapar a Francia, extendía certificados médicos declarando exentos del servicio militar a sus simpatizantes, organizaba servicios religiosos en secreto, etc… <<

[21] Los generales Miaja y Matallana se negaron a apoyar la operación. El gobierno republicano tuvo que aceptar esta insubordinación (Thomas, *op. cit*., II, p. 932). <<

[1] Un mes más tarde las Brigadas Internacionales (que a estas alturas estaban formadas principalmente por españoles) se retiraron, siguiendo sugerencias soviéticas en el sentido de que Rusia se retiraría gustosamente de España. El comité de no-intervención aprobó un plan para la retirada de todos los voluntarios. Fueron retirados unos 10 000 «voluntarios» italianos (dejando todavía 12 000 en España). Al mismo tiempo que oficialmente apoyaba la no-intervención y la retirada de voluntarios, Inglaterra negoció un acuerdo con Italia reconociendo la presencia de tropas italianas en España hasta el final de la guerra. <<

[2] Véase Militancias 16, pp. 203-206. <<

[3] Véase pp. 34-36. <<

[4] Véase p. 228. Negrín también probó otros canales de negociación, incluyendo contactos directos con representantes del régimen nazi (Thomas, *op. cit*., II, p. 911). <<

[5] Thomas, *op. cit*., II, pp. 957-958; J. M. Martínez Bande, *Los cien últimos días de la república*, Barcelona, 1973, p. 96. Inmediatamente a su regreso dio una impresión distinta a los líderes anarcosindicalistas. Lorenzo Íñigo, secretario general de la juventud libertaria, fue uno de los tres miembros que fueron a verle en Valencia para averiguar qué se proponía hacer el gobierno. «Los líderes militares afirmaron —según Íñigo— que no era posible resistir más de dos meses. ¿Contaba el gobierno con los medios para organizar la resistencia? Si así era (y haría falta algo más que seguridades verbales), le dijo al jefe del gobierno que el movimiento libertario se pondría a la cabeza de la resistencia. "Le felicito por su claridad", replicó Negrín. "Ahora le contestaré con la misma claridad y sinceridad. El gobierno ha venido a Valencia para salvar los valores morales de la república. Consideramos perdida la guerra. No hay ninguna posibilidad de organizar la resistencia. Ya he dado órdenes a todos los gobernadores civiles para que preparen la evacuación de los hombres cuyas vidas estén en peligro". No había nada más que decir, así que nos marchamos…» <<

[6] Véase, por ejemplo, M. Tagüeña, *Testimonio de dos guerras*, México, 1973, pp. 306 y 323. <<

[7] Citado por Thomas, *op. cit*., II, p. 958. «Era casi imposible hacer que el campesinado entregara su trigo en Cuenca, que era una conocida provincia reaccionaria», observó Carmen Tudela, que había ingresado en el partido comunista durante la guerra y posiblemente ella fue la única mujer que ocupó el cargo de gobernador civil en la España de aquel tiempo. «A pesar del racionamiento, se veía abundancia de pan en los pueblos, pero sólo a la fuerza se

hubiese conseguido que los campesinos entregasen su trigo, y no se consideró político el empleo de la fuerza». <<

[8] Martínez Bande, Los cien últimos días de la república, pp. 123 y 131. <<

[9] Martínez consiguió regresar a Madrid cuarenta y ocho horas antes de que cayera la capital, tras hacer caso omiso de los consejos de que se quedase en Francia. «Sin duda alguna te hubiesen fusilado de haberte atrapado allí», le dijo Mije, el líder comunista español, felicitándole por haber llegado a lugar seguro. «Uno muere cuando le llega la hora», replicó él, agregando que era necesario dar ejemplo y volver a España. No obstante, le costó mucho conseguir dinero de los ministros republicanos que estaban en Francia para poder regresar a España. <<

[10] «Si el gobierno desea continuar la resistencia, el partido comunista le apoyará. Si, por el contrario, está decidido a negociar condiciones de paz, el partido comunista no pondrá ningún obstáculo en su camino», le dijo a Negrín una delegación del partido comunista (D. Ibárruri, *They shall not pass*, Londres, 1967 [edición original castellana: *El único camino*, París, 1962], p. 335). <<

[11] Véase, para más detalles, pp. 276-277, nota 14. <<

[12] Tagüeña, *op. cit*., p. 316. El comunista que mandaba el cuerpo comentó que la línea política no era una improvisación de última hora y explicó la pasividad del partido ante Casado, cuyos planes eran conocidos. Hasta dos días después, en Francia, no se enteró por los periódicos de que sus camaradas luchaban contra Casado. La confusión inicial, sin embargo, fue muy grande. Narciso Julián fue arrestado cuando trataba de regresar a Madrid y se encontró con que incluso comunistas y miembros de las JSU se habían unido a las fuerzas de Casado en los primeros el sentido de que atacasen al Consejo Nacional de Defensa. Véase Martínez Bande, *Los cien últimos días de la república*, pp. 181-182. Guzmán, que después de la guerra estuvo en la cárcel con el mayor Ascanio, el oficial comunista que condujo las primeras fuerzas contra Casado, afirma que le dijo que había recibido del partido orden de atacar. Pero no está nada claro a qué nivel se dieron tales órdenes. «Me refiero a los oficiales que no fuesen comunistas, naturalmente, y que luego se incorporarían al nuevo ejército unido, con un rango por debajo del que ahora ostentaban…» <<

[13] El precedente histórico sugirió la idea. La primera guerra carlista terminó en 1839 con el acuerdo de Vergara, que salvaguardaba la paga y escalafón en el ejército español de los oficiales carlistas derrotados.

En el frente del sur, a algunas unidades del Ejército Popular se les

entregaron los guantes blancos que el reglamento del ejército español prescribe para los días de gala. «No había tenido uniforme en el tiempo que llevaba en el ejército. Multiformes más que uniformes eran lo que llevábamos todos. ¡Y ahora guantes blancos! Era como si los mandos esperasen un glorioso desfile de reconciliación entre los dos ejércitos opuestos…» (Joan Mestres; véase Episodios 13, pp. 245-249). <<

[14] Dado que el discurso nunca fue pronunciado y las notas se perdieron, no se pueden aportar pruebas de esta versión, como reconoció Sócrates Gómez. Sin embargo, existen algunas evidencias. El 5 de marzo el gabinete se hallaba discutiendo el discurso que Negrín debía pronunciar por radio al día siguiente cuando llegó la noticia del golpe de Casado. El último mensaje que Negrín envió por télex a Casado el 6 de marzo (y que, como hemos visto, no obtuvo respuesta) decía lo siguiente entre otras cosas: «Si ellos [el Consejo de Defensa] hubiesen esperado hasta recibir una explicación sobre la situación existente, explicación que debía darse esta noche en nombre del gobierno, seguro que este desgraciado episodio nunca habría tenido lugar. Si se hubiese podido establecer a tiempo contacto entre el gobierno y los sectores que al parecer no están de acuerdo, no cabe ninguna duda de que se habrían eliminado todas las diferencias». Y, finalmente, se dejaba entrever que, si la paz lo exigía, el gobierno estaba dispuesto a ceder su sitio al Consejo de Defensa: «Puesto que es de interés para España, es de interés para el gobierno que, pase lo que pase, cualquier transferencia de autoridad se haga de una manera normal, constitucional» (véase el texto de la declaración en Álvarez del Vayo, *Freedom's battle*, Nueva York, 1940 [edición original castellana: *La guerra empezó en España*, México, 1940], pp. 298-299). <<

[15] El congreso provincial del PCE, celebrado en Madrid del 8 al 11 de febrero de 1939, «descubrió la debilidad de nuestra labor en Madrid en el momento en que los socialistas habían incrementado sus actividades y estaban socavando la influencia que habíamos adquirido a costa de tanto esfuerzo y sacrificios», escribió Pasionaria (D. Ibárruri, *op. cit.*, p. 332). <<

[16] No fue éste el único caso de familia dividida: Wenceslao Carrillo, socialista que anteriormente había apoyado a Largo Caballero, sirvió en el Consejo de Defensa de Casado. Su hijo, Santiago Carrillo, comunista y secretario general de las JSU, que no había regresado de Francia después de la caída de Cataluña, siguió oponiéndose rotundamente. Por otra parte, Sócrates Gómez, socialista y miembro del Consejo fue elegido presidente de la juventud socialista, a la que reorganizó, retirándola de las JSU. Al mismo tiempo, su padre, el gobernador civil de Madrid, fue elegido presidente del ejecutivo del reorganizado partido socialista. Así, pues, durante un breve período, padre e hijo dirigieron las organizaciones socialistas gemelas. <<

[17] Véase Militancias 11, pp. 85-89. <<

[18] Véase Militancias 17, pp. 229-234. <<

[19] Véase Militancias 18, pp. 282-283. <<

[20] Las autoridades habían mostrado su conformidad con la evacuación de los 168 italianos el 26 de marzo, a condición de que no fuesen llevados a un puerto español. En la noche del 28 al 29 de marzo, los republicanos cambiaron de parecer y dijeron que podían llevarlos a Palma de Mallorca. Unos 40 presos debían canjearse por un número parecido de presos británicos que estaban en manos de los nacionalistas. Para esto y detalles subsiguientes de la evacuación de Casado, véanse los informes del contraalmirante Tovey, el capitán Hammick y el capitán Lumsden a sus superiores (archivos del Almirantazgo, Public Records Office). <<

[21] En 1940, según las estadísticas oficiales, había 213 000 presos, comparado con la media de anteguerra de 10 000, nivel que no volvió a alcanzarse hasta después de 1950. (Tamames, *La república. La era de Franco*, pp. 353-355. El autor calcula que se perdieron 875 000 hombres/año para la economía española en los primeros doce años de la postguerra. La remisión de sentencias debe verse en este contexto: la clase obrera hacía falta para producir plusvalía en vez de vegetar en la cárcel a expensas del estado). <<

[1] No era la única posibilidad, por supuesto. En la época franquista de postguerra tuvo el efecto deseado un modelo distinto, utilizando los mecanismos de la represión para asegurar que los salarios agrarios fuesen bajos y el mercado negro para asegurar unos beneficios elevados que, a través del sistema bancario, fueron transferidos al desarrollo industrial. Véase J. L. Leal, J. Leguina, J. M. Naredo, L. Tarrafeta, *La agricultura en el desarrollo español (1940-1970),* Madrid, 1975. <<

[2] Véase E. Malefakis, *op cit*., pp. 100, 264, 412; también J. Martínez Alier, «¿Burguesía débil o burguesía fascista?: La España del siglo XX», *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, París (enero-junio 1975).

En 1936, el boletín de la reforma agraria hizo referencia a la evolución de una agricultura «medio feudal, medio burguesa hacia una agricultura capitalista». Citó 34 casos de derechos y servicios feudales que se habían abolido durante los tres años anteriores. J. Maurice, al citar esto (*La reforma agraria en España en el siglo XX,* Madrid, 1975), añade que uno sólo de estos casos se refería a Andalucía. No hay que sorprenderse, ya que históricamente el feudalismo no se había establecida en Andalucía. Quizá la mejor forma de explicar la confusión contemporánea acerca del carácter noble y «semifeudal» de los latifundios sea atendiendo a: *a*) el hecho de que la mayor parte de las tierras propiedad de la alta nobleza se hallaba concentrada en las regiones latifundistas; *b*) el hecho de que la burguesía rural adoptó *formas* de cultivo (extensivas, subcapitalizadas, no mecanizadas) parecidamente «aristocráticas». «… Las grandes propiedades eran administradas sin iniciativa ni imaginación… sus propietarios no empleaban técnicas modernas de explotación y… la tasa de inversión era mínima» (Malefakis, *op. cit*., pp. 101-102). El hecho de que la burguesía terrateniente «desplegase poco del espíritu emprendedor que distinguía a sus colegas del noroeste de Europa» no le impidió ser una clase capitalista. El problema residía en el *pleno desarrollo* de la agricultura capitalista, y no en la *introducción* del capitalismo en la agricultura. La base lógica de la economía capitalista se hallaba debajo incluso del sistema de cultivo extensivo, aparentemente «retrasado», llamado «al tercio» en contraposición al llamado «de año y vez», más intensivo, que reducía los barbechos. Sin mecanización, el primero resultaba más rentable que el segundo. Véase J. Naredo, «Estudio de las motivaciones del paso del cultivo al tercio al de año y vez», Madrid, s. d. <<

[3] La contradicción quedó expresada en la primera declaración de principios efectuada por el gobierno republicano provisional. «La propiedad privada queda garantizada por la ley; en consecuencia, no podrá ser expropiada, sino por causa de utilidad pública y previa la indemnización correspondiente. Mas este gobierno, sensible al abandono absoluto en que ha vivido la inmensa masa campesina

española… adopta como norma de su actuación el reconocimiento de que el derecho agrario debe responder a la función social de la tierra» (*El Sol*, 15 abril 1931, citado en Malefakis, *op. cit*., p. 199). <<

[4] A las 13 provincias latifundistas se había añadido Almería, situada al este de Granada, no porque hubiera en ella muchas fincas de gran extensión, sino por su extrema pobreza (Malefakis, *op. cit*., p. 257, nota 19). <<

[5] Los grandes de España poseían 38 522 hectáreas en la provincia (J. Maurice, *op. cit*., p. 93) de un total de 633 000 hectáreas de fincas de extensión superior a las 50 hectáreas (Cristóbal de Castro, *Al servicio de los campesinos*, Madrid, 1931, citado en Peirats. *La CNT en la revolución española*, I, p. 273). Entre 1933 y 1934, que de hecho fue el único período activo de la reforma agraria hasta después de la victoria electoral del Frente Popular, el 33 por ciento de la tierra de los grandes de España fue expropiado y 883 trabajadores de la tierra fueron instalados en las 13 000 hectáreas (J. Maurice, *op. cit*., p. 131). <<

[6] Trabajadores sin tierra, campesinos que poseían menos de 10 hectáreas, arrendatarios y aparceros que trabajaban menos de 10 hectáreas y sociedades de trabajadores agrícolas legalmente constituidas tenían derecho a ser instalados en la tierra, cuyos derechos de propiedad retenía el estado. Los miembros de las sociedades podían elegir entre formar colectividades o trabajar la tierra en parcelas individuales. «Sin embargo, al final de un artículo se indicaba explícitamente que si una sociedad de trabajadores de un municipio cualquiera exigía que se le entregase tierra expropiada para trabajarla colectivamente, la petición debía ser atendida», comentaba Vergara. Pero creyendo que los campesinos no eran partidarios de esta solución, patrocinada por la socialista Federación de Trabajadores de la Tierra, hizo caso omiso de ella y distribuyó la tierra en parcelas individuales. <<

[7] «Un país predominantemente rural no genera renta nacional suficiente para reponer en unos pocos años el capital que ha producido tal renta. Esto era lo esencial de otro problema» (Vergara). No obstante, a pesar de su atrasada economía, España ocupaba por aquel entonces el cuarto lugar mundial por la importancia de sus reservas de oro. Obsesionado por la ortodoxia financiera —los primeros dos años de régimen republicano concluyeron con un superávit en el presupuesto— al Instituto de Reforma Agraria (IRA) sólo se le asignaron 50 millones de pesetas al año, poco más del 1 por ciento del presupuesto nacional y menos de la mitad de lo que el estado gastaba en la guardia civil. Desarrollar la agricultura capitalista iba a requerir *capital*; la reforma agraria no lo recibió. Después de tres años de funcionamiento, el IRA consiguió gastar menos de la mitad de su presupuesto. <<

[8] Un número de decretos patrocinados por los socialistas, incluyendo la Ley de Límites Municipales, durante los primeros meses de la república, aumentó los jornales reales y «el peso favorable de los derechos legales se desplazó de los propietarios al proletariado rural» (Malefakis, *op. cit*., p. 204). <<

[9] Para casos particulares del «cambio de camisa» política de la burguesía rural, véase 233 del tomo I; también mi libro *In hiding*, p. 112. <<

[10] Balcells, *op. cit*., pp. 127 ss <<

[11] Peirats, *La CNT en la revolución española*, I, pp. 123-124. Véase también Militancias 3, pp. 121-124 del tomo I, para las razones por las que un jornalero anarcosindicalista andaluz rechazó la reforma agraria. <<

[12] De las nueve fincas ocupadas en la provincia de Sevilla, seis fueron explotadas colectivamente; en la provincia de Toledo, fueron cuatro de nueve. Cuando el IRA decidió que cuatro fincas de Espera (Cádiz) debían explotarse individual en vez de colectivamente, ya que la colectividad no obtenía beneficios, hubo choques entre los partidarios de ambas soluciones, choques a los que se dio mucha publicidad. Por lo demás, parece ser que la cuestión se resolvió pacíficamente. <<

[13] J. Maurice, «Problemas de la reforma agraria en la segunda república», en M. Tuñón de Lara, ed., *Sociedad, política y cultura en la España de los siglos XIX-XX*. <<

[14] Vease apartado E. <<

[15] Citado en J. Maurice, ibid. <<

[16] El empleo de los términos «provinciana» y «urbana» en relación con los dos sectores de la pequeña burguesía resulta patentemente arbitrario, pero se trata de un intento de diferenciar entre la vida en las pequeñas ciudades y en las grandes capitales. Evidentemente, miembros de cada sector podían encontrarse en el marco geosocial del otro. <<

[17] Véase también el apartado A. <<

[18] Véase también Militancias 10, pp. 14-20. <<

[19] Fue Andreu Nin, el líder del POUM, quien planteó la cuestión de si antes de la guerra existía en España una base pequeñoburguesa para el fascismo. A menos que se hiciera la revolución, escribió en febrero de 1936, la pequeña

burguesía, que era incapaz de resolver sus propios problemas, se arrojaría «en brazos de la reacción y en tal caso el fascismo habrá encontrado la base social que le ha faltado hasta ahora» («Después de las elecciones del 16 de febrero», *Los problemas de la revolución española*, París, 1971). Nin no profundizó en el análisis. En teoría, la ausencia de una pequeña burguesía industrial amplia profundamente marcada por las contradicciones del desarrollo capitalista y, empíricamente, el lentísimo crecimiento de la Falange antes de las elecciones de 1936, así como el apoyo masivo obtenido por los clericales-conservadores de la CEDA —a la que, lo que no deja de ser significativo, el Vaticano siguió apoyando cuando había abandonado a los partidos católicos italianos y alemanes por Mussolini y Hitler— sugieren que Nin no se equivocó al decir que de momento no existía tal base. Sin embargo, para confirmarlo sería necesario hacer un análisis detenido de dicha clase, pero no se dispone de datos para ello. <<

[20] A. Elorza, «La mentalidad absolutista en los orígenes de la España contemporánea», *La utopía anarquista bajo la segunda república española*. <<

[21] Véase también Militancias 15, pp. 165-170. <<

[22] Véase Episodios 5, pp. 416-421 del tomo I; también R. Fraser, *op. cit*., pp. 102-103. <<

[23] Y también la opinión de la pequeña burguesía liberal y el proletariado. Una de las razones de los ataques a los conventos, así como a las iglesias, era que el clero regular monopolizaba virtualmente la segunda enseñanza en beneficio de los hijos de los ricos. <<

[24] El desarrollo desigual afectaba incluso a la iglesia, que históricamente se había desarrollado de manera algo diferente en el País Vasco, donde nunca había sido terrateniente, donde la Inquisición había tenido jurisdicción directa y donde, al amparo de los fueros originales de Vizcaya, al obispo le estaba prohibido entrar en su diócesis porque su nombramiento por el rey de España era considerado político. Las relaciones con la jerarquía «española» nunca fueron estrechas, ya que se consideraba que Toledo era «centrista». <<

[25] Significativamente, la separación entre la iglesia y el estado figuraba en el programa político preparado por el general Mola para el alzamiento. Las Cortes aprobaron la separación por 278 votos contra 41. Pero sobre el artículo 26, que limitaba las actividades de las órdenes religiosas y disolvía otras, concretamente los jesuítas, casi la mitad de los diputados se abstuvo y el voto fue de 178 contra 59 (Jackson, *op. cit*., p. 64). <<

[26] Véase también apartado A, pp. 311-312. <<

[27] El jefe del gobierno dijo que la situación religiosa de un país no la constituía la «suma numérica de creencias y creyentes, sino el esfuerzo creativo de su espíritu, la dirección seguida por su cultura». En este sentido, España había sido católica en el siglo XVI y, a pesar de su millón de creyentes, hoy ya no lo era (Jackson, *op. cit*., p. 64). La afirmación forzosamente tenía que ser provocativa y mal interpretada por los enemigos del presidente. <<

[28] Véase Militancias 14, pp. 158-162. <<

[29] Parece ser que primero proclamó el estado republicano catalán y pidió una confederación de pueblos ibéricos. Sin embargo, al poco cambió la fórmula por la de la república catalana «como estado integrante de una federación ibérica»; y más tarde, ante la insistencia de los representantes del nuevo gobierno republicano de Madrid, se avino a esperar la preparación de un borrador de estatuto de autonomía. Véase J. A. González Casanova, «La proclamació de la república a Catalunya», Canigó, Barcelona (abril 1975). <<

[30] Payne, *El nacionalismo vasco*, Barcelona, 1974, p. 171. <<

[31] La diferencia entre Cataluña y el estado en su conjunto se advierte fácilmente en la siguiente estadística del porcentaje de distribución de la población trabajadora en 1930. La cifra correspondiente a España en su conjunto figura entre paréntesis.

Agricultura Industria Servicio 26,6 (45,5) 50,7 (26,5) 22,0 (27,9)Fuente: A. Balcells, *op. cit*., pp. 60-61.

Las proporciones de los empleados en la agricultura y la industria están aproximadamente invertidas. Por desgracia, no he podido encontrar una estadística equivalente para el País Vasco. En la década de los treinta, los nacionalistas vascos afirmaban que con el 5 por ciento de la población total del estado español producían el 24 por ciento del capital bancario, el 42 por ciento de todos los depósitos bancarios, el 33 por ciento de todos los ahorros personales, el 78 y 74 por ciento respectivamente de toda la producción de hierro y acero, el 71 por ciento de toda la industria del papel y naval (Payne, *op. cit*., p. 163). Cataluña, con el 12 por ciento de la población total del estado, producía el 34 por ciento de todos los ahorros personales, el 31 por ciento de toda la electricidad, el 19,5 por ciento del capital bancario y el 28 por ciento del capital industrial (J. Alzina,

L'economia de la Catalunya autònoma, Barcelona, 1933, citado en A. Balcells, *op. cit*., pp. 110-111). <<

[32] Ortzi, *op. cit*., p. 145. Significativamente, el fundador del nacionalismo catalán, Prat de la Riba, hablaba en nombre del gran capital catalán, mientras que su equivalente vasco, Sabino Arana, hijo de un constructor de buques de madera que se habían visto desplazados por los de hierro, era hostil a la oligarquía vasca. <<

[33] En 1930, a causa de una escisión en el PNV, se creó la Acción Nacionalista Vasca (ANV). Sin embargo, ésta tuvo poca importancia durante toda la república. Véase pp. 340-341. <<

[34] «En 1933, para que el presupuesto de los servicios que el estado traspasaba a la Generalitat fuese igual al promedio nacional per cápita, la cifra debería haber sido de 251.500 000 pesetas. Es decir, el 12,1 por ciento del total, ya que éste era el porcentaje de población catalana dentro del total de la población de España. En vez de ello, el presupuesto concedido por el gobierno central fue de 135 millones» (A. Balcells, *op. cit*., p. 25). La falta de capital financiero —el Banco de Cataluña quebró en 1931— se hizo sentir ahora, ya que la Generalitat no se veía respaldada por ningún equivalente del Banco de España. <<

[35] Véase apartado F, p. 376. <<

[36] Según los cálculos realizados por el economista catalán J. Alzina, citado en Balcells, *op. cit*., pp. 111-112. <<

[37] Véase apartado D, p. 347. <<

[38] Hasta ahora no se ha empezado a estudiar en profundidad la cuestión del abstencionismo electoral, a la que tan a menudo le han sido atribuidos resultados políticos decisivos, especialmente por parte de los anarcosindicalistas. De momento, parece válido para Cataluña el comentario hecho por Isidre Molas en su *El sistema de partidos políticos en Cataluña, 1931-1936,* Barcelona, 1974. Es casi seguro que los anarquistas «puros» de la FAI nunca votaban, mientras que los anarcosindicalistas moderados que seguían la línea treintista, así como los miembros de los sindicatos de la CNT (que no eran necesariamente anarcosindicalistas), probablemente sí votaban. Mola estudia una serie de elecciones habidas en Cataluña en la década de los treinta. Los resultados corroboran este punto de vista y sugieren que muy probablemente una mayoría de la CNT votaba por la Esquerra. (Para un estudio detallado de las pautas del voto en unas elecciones celebradas en la provincia de Gerona, véase Mercè Vilanova,

«Un estudio de geografía electoral: la provincia de Gerona en noviembre de 1932», *Revista de Geografía*, Universidad de Barcelona (enero-diciembre 1974)); también M, V. Goñi, *El abstencionismo electoral durante la segunda república en Sant Feliu de Guíxols*, memoria a la Fundación Juan March (no publicada). <<

[39] Molas, *op. cit*., p. 83. <<

[40] Véase apartado A, p. 313. <<

[41] Molas, *op. cit*., p. 82. <<

[42] El clero bajo, profundamente enraizado en la vida vasca, era una de las principales bases de apoyo del nacionalismo. Pero a los sacerdotes no les estaba permitido ser miembros del PNV. <<

[43] Relativo autogobierno en cuestiones fiscales, militares y administrativas por medio de delegados, elegidos municipalmente, a las juntas generales enmarcadas en el estado monárquico español. <<

[44] Mientras que para el hispanoparlante el catalán es relativamente fácil de aprender, el vascuence, que no tiene ninguna raíz común con el castellano, es sumamente difícil. <<

[45] Por un voto de 123 a 109 municipios. Como se trataba de un solo estatuto para las cuatro provincias, hubo que reelaborarlo para que abarcase las tres restantes: Vizcaya, Guipúzcoa y Álava. (Para la situación de Navarra, véase pp. 341-342). <<

[46] Conviene tener presente que las suspicacias mutuas entre los dos tenían raíces históricas: los republicanos pequeñoburgueses de la coalición y los del PNV eran los herederos políticos respectivamente de los liberales y carlistas que habían hecho las guerras civiles del siglo XIX. <<

[47] Solidaridad de Trabajadores Vascos (STV), el sindicato nacionalista vasco, ordenó, sin embargo, a sus miembros que se declarasen en huelga. Por consiguiente, se vieron envueltos muchos miembros del PNV que también lo eran de la STV. «Pero la STV no nos ordenó apoyar la insurrección. Todas las fábricas de las zonas industriales de Guipúzcoa y Vizcaya se declararon en huelga y un número de militantes de la STV fue encarcelado posteriormente, como también lo fueron miembros individuales del PNV» (Michelena). Después de los sucesos, el gobernador civil ordenó la disolución de la STV <<

[48] La reconciliación entre el PNV y los militantes socialistas empezó después de la derrota de Euskadi en la guerra, cuando, estando juntos en la cárcel, aprendieron a conocerse. <<

[49] En el vocabulario de Sabino Arana, fundador del nacionalismo vasco, Maketania era España. En sus escritos condenaba el matrimonio mixto (vasco-español) y defendía la «pureza» de la raza y la lengua vascas como medio de conservar los valores y formas de la vida vasca. Que un español hablase vascuence sería la «ruina» de tales valores. (Hay que añadir que la burguesía catalana tendía a llamar despreciativamente «murcianos» a los obreros inmigrantes del sur, ya que Murcia era una de las provincias de donde procedían muchos de ellos). Al modo de ver de Sabino Arana, una de las diferencias entre los nacionalismos vasco y catalán estribaba en que el primero trataba de atraerse a los españoles, mientras que el nacionalismo vasco consistía en rechazar de sí a los españoles como extranjeros. (Estoy en deuda con Mariano Heiberg y Manu Escudero por esta observación, que se halla en Sabino Arana, «Minuta: Errores catalanistas», *Obras completas*, Bayona, 1965, p. 401). <<

[50] Ramón de la Sota, uno de los pocos grandes industriales de Bilbao que apoyaban al nacionalismo vasco, rechazó un título español y aceptó uno británico por los servicios prestados durante la primera guerra mundial. <<

[51] El CADCI (Centre Autonomista de Dependents del Comerç i de la Industria) y el sindicato de *rabassaires* abandonaron a la Esquerra y adoptaron posturas políticas de signo progresivamente obrero durante la república (Molas, *op. cit*., p. 86, y Balcells, *op. cit*., p. 36). <<

[52] «Incluyendo más de 9000 familias agricultoras, cada una de las cuales podía tener entre seis y ocho miembros» (Robles). <<

[53] Ortzi (*op. cit*., p. 207) comenta con mayor detalle la estructura socioeconómica y las lealtades políticas del campesinado. De los 400 000 vascoparlantes que había en los años treinta, 80,000 estaban en Navarra, 10 000 en Álava y el resto en Vizcaya y Guipúzcoa. La población de Navarra era de 350 000, la de Vizcaya de 500 000, la de Guipúzcoa de 311 000 y la de Álava de 105.000. <<

[54] En términos de autogobierno, los fueros navarros eran más extensos que los de las provincias vascas, que en 1876 habían sido reducidos a un «concierto económico» o derecho a negociar una contribución impositiva global al gobierno central y a distribuir por sí mismos la recaudación de impuestos. <<

[55] I. Puente, *El comunismo libertario*, 1932, reeditado en Toulouse, 1947, citado

en Mintz, *op. cit*., p. 36. <<

[56]*Tierra y Libertad* (agosto 1931), citado en Elorza, *op. cit*., p. 357. <<

[57]*El Libertario* (noviembre 1932), citado en Elorza, *op. cit*., p. 376. <<

[58] Cuando votaban, los anarcosindicalistas de todas las tendencias normalmente optaban por los partidos republicanos pequeñoburgueses como la Esquerra en Cataluña (que dependía de su voto para seguir en el poder) o por los socialistas radicales. No querían votar por un partido obrero «autoritario y marxista» (véase apartado C, pp. 332-333). <<

[59] Lorenzo, *op. cit*., p. 40. <<

[60] Joan Peiró, *Sindicalismo*, n.º 10 (abril 1933), citado en Elorza, *op. cit*., p. 403 (el subrayado es mío). <<

[61] *Les syndicats ouvriers et la révólution sociale*, de Pierre Besnard, el escritor sindicalista francés cuya obra traducida tuvo influencia en la España de entonces (Mintz, *op. cit*., p. 34). <<

[62] Desde 1918 la estructura básica de la CNT había sido la del sindicato de rama industrial; por ejemplo, cada uno de los oficios englobados en el ramo de la construcción tenía su propia sección dentro del sindicato de obreros de la construcción, estando cada sección representada en la directiva del sindicato. (El sindicato no tenía funcionarios pagados, no contaba con fondos para huelgas y las cuotas eran modestas). Cada sindicato estaba representado en la federación local de sindicatos, la cual, con los sindicatos locales, a nivel regional estaba federada en un comité regional. Existía un comité nacional, pero, con excepción del secretario, hasta el tiempo de guerra estuvo compuesto por militantes de la CNT en la ciudad donde el comité tuviera su sede. No había ningún vínculo *organizativo* directo entre los sindicatos de un mismo gremio o rama pertenecientes a regiones distintas. Los vínculos existentes dependían de las federaciones locales o comités regionales, que constituían las fuerzas decisivas de cada zona. Esto respondía al concepto anarcosindicalista de la autonomía local y el federalismo, pero hacía más difícil coordinar la acción sindical a nivel nacional. Las federaciones industriales nacionales, aprobadas en el congreso celebrado en Madrid en 1931, fueron combatidas por los «puristas» de la ultraizquierda por considerarlos organismos burocráticos en potencia que amenazaban las autonomías locales, tanto en el presente como en el futuro postrevolucionraio, en el que jugarían un importante papel en la dirección de la economía. Además, como base necesitaban sindicatos *industriales*. Éstos (como se vio en los creados en la industria textil de Badalona a

principios de 1936) englobaban a toda persona que trabajase en la industria, desde los obreros que fabricaban maquinaria textil a todos los trabajadores del ramo de la confección, tanto al por mayor como al por menor, e incluían a técnicos y capataces junto con los obreros de todos los niveles de la industria. «A los partidarios de viejos sindicatos de gremio les desagradaba esta nueva estructura, porque la de antes podía ser movilizada mucho más fácilmente por su directiva central, ya que, en su mayor parte, sus miembros pertenecían a un proletariado desesperado. En el sindicato industrial, el hecho de que perteneciesen a él técnicos y capataces hacía más probable el bloqueo de las acciones propuestas por los grupos anarquistas específicos», recordaba Josep Costa, secretario del nuevo sindicato industrial de Badalona y militante con un largo pasado en la CNT. Los sindicatos gremiales siguieron dominando la CNT, ya que al estallar la guerra el movimiento prosindicato industrial había progresado poco y solamente se habían creado unas cuantas federaciones industriales nacionales. <<

[63] García Oliver, interviu en *La Tierra* (octubre 1931), citado en *El movimiento libertario español*, París, 1974. <<

[64] Incluyendo Casas Viejas, donde los guardias de asalto del gobierno asesinaron a una veintena de anarcosindicalistas que ofrecieron resistencia. El gobierno de Azaña nunca se recobró plenamente del escándalo, que señaló el principio del fin de la coalición republicano-socialista. <<

[65] Véase Militancias 6, pp. 293-298 del tomo I. <<

[66] En agosto de 1931, la CNT regional catalana afirmaba tener casi 400 000 miembros (el 58 por ciento de los trabajadores de ambos sexos de Barcelona estaban afiliados a ella); en marzo de 1933, la cifra había descendido a 208 000 y, nuevamente, a 142 000 en mayo de 1936. Esta última cifra seguía representando el 20 por ciento de todos los trabajadores catalanes y el 30 por ciento de la clase obrera industrial (Molas, *op. cit*., pp. 117, 119). <<

[67] Balcells, *op. cit*., p. 17. <<

[68] La escisión de 1931 se había prefigurado durante la dictadura, cuando un grupo de militantes, dirigidos por Pestaña, favoreció un intento de legalizar la CNT mediante la renuncia de sus objetivos anarquistas. En la agenda de las reuniones fundacionales de la FAI estaba la discusión de la «plataforma Archinov». Ésta era una propuesta presentada por los anarquistas rusos exiliados en Francia dirigida a la toma de medidas para impedir la posible influencia del partido comunista en el movimiento libertario. Sin embargo, como la plataforma no había sido traducida, no se discutió en las reuniones. (Véase la síntesis de las

actas de las reuniones fundacionales de la FAI en *El movimiento libertario español*, p. 293). Con anterioridad a la fundación de la FAI (cuya existencia como organización clandestina no fue anunciada hasta dos años después), Abad de Santillán era partidario de la presencia de grupos anarquistas en la directiva sindical, con el objeto de asegurar la permanencia de un «movimiento obrero específicamente anarquista». La teoría de la «trabazón» entre los grupos anarquistas y el sindicato se inventó para impedir la infiltración comunista y la desviación del anarcosindicalismo hacia el reformismo o el sindicalismo puro (Elorza, *op. cit*., p. 413), Estas ideas no fueron completamente descartadas en Barcelona, pero, al mismo tiempo, es un error concebir la FAI como una fuerza anarquista exterior a la CNT. La FAI era parte de la CNT y representaba una tendencia que, en una u otra medida, había existido dentro del movimiento virtualmente desde sus inicios. <<

[69] Se ha intentado descubrir una relación simbiótica entre el anarcosindicalismo catalán y el andaluz, viendo en este último, con sus oleadas de trabajadores emigrando a Cataluña, combustible para el anarquismo revolucionario del primero. Sin embargo, las cifras de la emigración demuestran que no existe tal relación. La emigración andaluza era mínima (Malefakis, *op. cit*., pp. 132-134). En Barcelona (ciudad) los andaluces, en 1930, representaban solamente el 4,2 por ciento de la población, el tercer grupo de no catalanes después de los levantinos (13,2 por ciento) y los aragoneses (8 por ciento) (Balcells, *op. cit*., p. 61). Si bien en el pasado a veces el movimiento había favorecido numéricamente a Andalucía, la directiva había estado dominada por catalanes. En este sentido, quizá sea significativo el que no se mantuviera un sindicato dedicado específicamente a jornaleros y campesinos. Esto no representa negar la importancia de los trabajadores no catalanes en el movimiento; el grupo «Nosotros», pequeño pero influyente, estaba compuesto casi en su totalidad por no catalanes (Durruti, Ascaso, Sanz, Vivancos, etc.). García Oliver constituía la notable excepción. <<

[70] Véase apartado E, p. 358. <<

[71] Ya en 1919 Eleuterio Quintanilla, el líder anarquista asturiano, había argüido en pro de la unificación de la UGT y la CNT en pie de igualdad y a través de un congreso conjunto que crearía una nueva organización sindical. En vez de ello, la CNT había votado por «absorber» a la UGT, dando a los miembros de ésta tres meses para afiliarse o ser tachados de esquiroles. En el mismo congreso Quintanilla arguyó en favor de la creación de federaciones industriales nacionales. La CNT votó en contra. Luego propuso que la revolución bolchevique debía ser defendida contra sus agresores capitalistas, aunque no representaba la «dictadura del pueblo en armas», sino la dictadura de un gobierno, por muy revolucionario que fuese. La CNT votó a favor de ingresar provisionalmente en la Tercera Internacional. El ultraizquierdismo del movimiento catalán ya empezaba a hacerse

sentir. Tanto se oponía Quintanilla a escindir el movimiento obrero, que se mostró contrario a la creación de un sindicato minero de la CNT en Asturias, creyendo que una oposición a la política reformista de la UGT debía permanecer en el seno del sindicato socialista para aprovechar los instintos revolucionarios de los mineros y llevar el sindicato hacia un sindicalismo auténtico. (Cuando se formó un sindicato minero de la CNT, durante varios años fue dirigido por militantes comunistas, que también estaban en desacuerdo con el socialismo del sindicato socialista de mineros asturianos). <<

[72] Contrariamente a lo que suele suponerse, el gesto de Largo Caballero no se debió a un súbito cambio de actitud Marta Bizcarrondo ha demostrado que sus ideas sobre la colaboración con regímenes burgueses y sobre la revolución proletaria eran las mismas que trece años antes. Sin embargo, esto no impedía que tales ideas fuesen ambivalentes y reformistas (M. Bizcarrondo, *Araquistáin y la crisis socialista en la II república*, Madrid, 1975). <<

[73] Véase pp. 108-109 del tomo I. También Paul Preston: «Spain's October revolution and the rightist grasp for power», *Journal of Contemporary History*, X, n.º 4 (1975). <<

[74] Su adhesión a la vía parlamentaria, su progresiva aceptación de la república tras las elecciones de 1933, su poca disposición a embarcarse en soluciones extraparlamentarias (especialmente después de octubre de 1934) fue lo que le hizo perder su clientela electoral: la burguesía la abandonó cuando, tras la derrota en las elecciones de 1936, la vía parlamentaria dejó de parecer una garantía contra la revolución. <<

[75] Gil Robles, citado en Paul Preston, art, cit., p. 567. Más tarde el líder de la CEDA dijo que sabía que la participación de su partido en el gobierno provocaría un movimiento revolucionario y que lo había hecho deliberadamente para poder aplastarlo desde dentro del gobierno. <<

[76] Para la participación de la CNT asturiana en la inspiración del pacto, véase apartado D, pp. 353-354. <<

[77] M. Grossi, *L'insurrection des Asturies*, París, 1972 [edición original castellana: *La insurrección de Asturias*, Barcelona, 1935], p. 36. <<

[78] Véase apartados C y D. <<

[79] Largo Caballero arguyó en contra de organizar la huelga de campesinos en junio, cuando era casi seguro que se produciría una masiva confrontación con el

gobierno. En detrimento de octubre, no se hizo caso a su consejo. Pero la UGT hizo todo lo posible para no estimular los actos de solidaridad con el campesinado (Maurice, *op. cit.*, p. 52). <<

[80] «El 90 por ciento de nuestra derrota se debió a la aviación, que fue la que más contribuyó a sembrar el pánico y la desmoralización entre los revolucionarios, que no podían combatirla eficazmente» (Grossi, *op. cit.*, p. 127). <<

[81] Véase pp. 31 y 41. <<

[82] F. Claudin, *The communist movement*, p. 174. <<

[83] Discurso pronunciado en el Monumental Cinema de Madrid, el 2 de julio de 1935 (García-Nieto y otros, *La segunda república*, Bases Documentales de la España Contemporánea, n.º 9, Madrid, 1974, p. 317). El programa de cinco puntos era una versión reducida de otro de trece puntos, presentado el mes anterior, pidiendo la formación de una nueva Alianza Obrera y Campesina. Entre los puntos eliminados estaban: la disolución de las fuerzas armadas y la formación de una guardia roja de obreros y campesinos; la nacionalización de las principales industrias, las finanzas, el transporte y las comunicaciones; la inmediata e incondicional liberación del norte de Marruecos y de todos los demás territorios coloniales españoles; la reducción radical de los impuestos sobre las empresas y propiedades pequeñas (S. Payne, *La revolución española*, p. 174). <<

[84] D. T. Cattell, *Communism and the Spanish civil war*, Berkeley, 1955, p. 219. <<

[85] En el período 1934-1936, uno de los fenómenos más pronunciados que se registraron en la izquierda fue el del agrupamiento de fuerzas: las alianzas obreras, la incorporación de la comunista CGTU (Confederación General del Trabajo Unitaria) en la UGT, el regreso al seno de la CNT de la mayor parte de los sindicatos treintistas, la fusión de la Izquierda Comunista (trotskista) con el BOC (que en su origen era una escisión del partido comunista) para formar el POUM, comunista disidente, y las negociaciones para la fusión de los cuatro partidos catalanes que formarían el PSUC en los primeros días de la guerra. <<

[86] Véase Prólogo, p. 45 del tomo I. <<

[87] *¿Qué es y qué quiere el Partido Obrero de Unificación Marxista?*, panfleto del POUM, Barcelona, 1936, reeditado en París, 1972. La revolución democrático-socialista fue definida como «burguesa y socialista al mismo tiempo». Burguesa para el campesinado, para el cual se aplicaría el eslogan «la tierra para quien la

trabaje»; la tierra nacionalizada se daría en usufructo al campesinado; socialista en otras partes, con la nacionalización de la gran industria, la minería, el comercio y la banca. <<

[88] Véase apartado B, p. 321, nota 19, para la formulación de esta problemática por parte de Andreu Nin. <<

[89] El dominio de los republicanos liberales en los resultados electorales del Frente Popular —consiguieron 162 escaños (incluyendo los 36 de la Esquerra) en comparación con los 99 ganados por los socialistas y los 17 de los comunistas— representó su *fuerza para la negociación política* en la determinación de las listas de candidatos más que su fuerza social en el país. Esto se vio en cuanto empezó la guerra y las organizaciones proletarias demostraron ser la fuerza real, como lo habían sido desde las elecciones. <<

[90] Tanto Cattell (*op. cit*.) como G. Hermet (*op. cit*.) han calculado cifras mucho más bajas: 3000 miembros en 1934, 10 000 en febrero de 1936, 50 000 al estallar la guerra. La importancia no reside tanto en los números absolutos como en el crecimiento relativo en el espacio de menos de dos años. <<

[91] Había 190 generales y 20 303 oficiales de otra graduación para 240 564 hombres (R. Salas Larrazábal, *Historia del ejército popular de la república*, Madrid, 1974, I, p. 8). Deseo agradecer al doctor M. Alpert, autor de *El ejército de la república en la guerra civil*, Barcelona, 1978, la ayuda prestada para la interpretación de estas cifras y otras subsiguientes. <<

[92] R. Tamames, *La república. La era de Franco*, p. 128. <<

[93] E. Mola, *Obras completas*, Valladolid, 1940, pp. 1096-1098, citado en S. Payne, *Politics and the military in modern Spain*, p, 274. <<

[94] Entre las principales causas de fricción con ciertos sectores del ejército estaba el hecho de que el dictador nombraba oficiales para que supervisaran el gobierno local, y abolió el cuerpo de estado mayor, así como el ascenso por rigurosa antigüedad (el escalafón cerrado; véase p. 373). La resistencia que opusieron los oficiales de artillería a la medida referente al ascenso hizo que el dictador aboliera el cuerpo por una temporada. En 1925 y 1926 hubo conspiraciones militares contra él, aunque fracasaron. <<

[95] Payne, *op. cit*., p. 266. <<

[96] Según los cálculos de Alpert. <<

[97] Opinión general que fue corroborada, aunque por otras razones, por un oficial del ejército republicano, Antonio Cordón, a la sazón miembro de Izquierda Republicana, el partido de Azaña (y posteriormente distinguido miembro del partido comunista). Cordón escribió: «Veíamos que éste [el ejército] iba a seguir mandado en gran parte por los exlegionarios y exregulares, por los generales y jefes más reaccionarios. Eso hizo que muchos militares que habían defendido la implantación del nuevo régimen y habían aclamado jubilosamente la proclamación de la república se marchasen del ejército desengañados». Las reformas de Azaña, a juicio de Cordón, pusieron de manifiesto una ceguera casi total, un «legalismo… suicida» con respecto a democratizar el alto mando. (A. Cordón, *Trayectoria*, Barcelona, 1977 2.ª ed., pp. 168 y 165). <<

[98] En el ejército peninsular el oficial veía su rango «como su *status* burocrático permanente, sin relación con el mérito, la habilidad, la actividad o la competencia…» (Payne, *op. cit*., p. 127). Por el contrario, «los "africanistas" miraban con desprecio a aquellos de sus colegas "peninsulares" que no habían servido como voluntarios en la aventura imperial… [ellos] eran una élite ofensiva, románticamente conmovidos porque habían "escrito una página gloriosa" de la historia…» (H. Thomas, *op. cit*., I, pp. 116-117). Entre los africanistas que se habían beneficiado del ascenso acelerado por mérito de guerra estaba Franco, que en rápida sucesión fue el capitán, el comandante, el coronel y el general de brigada más joven del ejército. Otros generales africanistas —Mola, Goded, Queipo de Llano, Sanjurjo— serían los principales instigadores del levantamiento de 1936. <<

[99] G. Hills, *Franco*, Londres, 1967, p. 66. <<

[100] Durante la campaña electoral de junio de 1931, Azaña habló de poner toda su energía en triturar las «fuerzas tiránicas» que amenazaban España, como ya lo había hecho para «triturar otras cosas no menos amenazadoras…» (citado en Tamames, *op. cit*., p. 191). La alusión resultaba tan obvia como inexacta, aunque Azaña, posteriormente, dijo que se había referido al caciquismo y no al ejército (Azaña, *Obras completas*, México, 1966, II, pp. 38-39). <<

[101] Véase apartado B, p. 317. <<

[102] Tropas marroquíes llamadas así para diferenciarlas de los tribeños *irregulares* contra los que debían luchar. Los *regulares* eran mandados por oficiales españoles. <<

[103] Payne, *Polítics and the military in modern Spain*, p. 347. <<

[104] *Ibid*., p. 288. El teniente Bravo, que a la sazón estaba en Sevilla, fue uno

de los que se levantó. Pero otros muchos oficiales que pudieran haberse unido a la sublevación no estaban enterados de la conspiración o de sus objetivos. <<

[105] *Ibid*., pp. 282-283. <<

[106] Ni siquiera los oficiales republicanos liberales eran inmunes al sentimiento anticatalán y creyeron que el estatuto era «contra la unidad nacional» (Cordón, *op. cit*., p. 171). Un capitán de artillería que era socialista, Urbano Orad de la Torre, afirmó que la autonomía catalana y la persecución religiosa eran, entonces, los dos principales temas que movilizaban a la derecha del ejército. <<

[107] Los republicanos e izquierdistas de Sevilla atribuyen en gran parte la facilidad con que Queipo de Llano tomó la ciudad en julio de 1936 al falso sentimiento de seguridad que entre ellos había creado la derrota de Sanjurjo cuatro años antes. <<

[108] Según Narciso Julián, cualquiera que hubiese estado en la cárcel por motivos políticos se libraba de hacer el servicio militar. A otros izquierdistas los llamaron a filas, pero no les dieron armas ni uniformes y, al cabo de unos meses, eran enviados a casa con permiso prolongado. <<

[109] Payne, *op. cit*., p. 315. Los efectivos del ejército y de las fuerzas de seguridad en 1936 eran los siguientes, según los cálculos de M. Alpert: 103 generales, 15,728 oficiales, 120 286 soldados, 32 869 guardias civiles, 17 660 guardias de asalto, 14 113 carabineros, por un total de 15 831 oficiales y 184 928 hombres. <<

[110] H. Thomas, *op. cit*., I, p. 117. <<

[111] Véase pp. 382-383.

A pesar de su nombre, la Legión Extranjera era casi totalmente española. A la sazón consistía en dos tercios (regimientos) con un total de unos 4200 hombres. <<

[112] A pesar de su nombre, la Legión Extranjera era casi totalmente española. A la sazón consistía en dos tercios (regimientos) con un total de unos 4200 hombres. <<

[113] Fernández abandonó el ejército una quincena antes del alzamiento de julio. Por lo que pudo averiguar después, el comité no pudo evitar que el regimiento se sublevase al grito de «¡Viva la república!». El cabo que era el espíritu

que movía el comité era un «hombre valiente pero ingenuo y pagó su ingenuidad con la vida». En Madrid, por el contrario, el regimiento de infantería de Abad no se alzó (véase p. 157 del tomo I). <<

[114] Payne, *op. cit*., p. 317. <<

[115] Véase p. 133 del tomo I. <<

[116] J. Pérez Salas, *Guerra en España, 1936-1939,* México, 1947, p. 80, citado en Payne, *op. cit*., p. 327. <<

[117] Citado en Thomas, *op. cit*., I, pp. 197-198. <<

[118] El programa entero se encuentra en J. del Burgo, *Conspiración y guerra civil*, p. 534. <<

[119] B. F. Maíz, *Mola, aquel hombre*, pp. 214-217. <<

[120] En marzo de 1934 una comisión de carlistas y monárquicos había visitado a Mussolini para proponerle un plan encaminado al derrocamiento de la república. El dictador italiano acordó proporcionar 20 000 fusiles, 20 000 granadas, 200 ametralladoras y 1.500 000 pesetas. Sólo se cumplió la parte financiera del acuerdo. Fue la única ayuda material facilitada a los que conspiraban contra la república por un gobierno fascista antes de que empezara la guerra. Un número de requetés se desplazó a Italia para recibir entrenamiento militar, haciéndose pasar por oficiales peruanos. Más adelante los carlistas organizaron el envío de un buque cargado de armas procedentes de fuentes privadas europeas, pero el cargamento fue embargado por las autoridades belgas (A. Lizarza, *Memorias de la conspiración*, Pamplona, 1953, p. 48, y J. del Burgo, *op. cit*., pp. 516 y 520). <<

[121] H. Thomas, *op. cit*., I, p. 223. <<

[122] Véase Maíz, *op. cit*., pp. 219, 271 y 281, para detalles de las comunicaciones entre Mola y Franco. <<

[1] Albert Pérez Baró, secretario de la comisión para la aplicación del decreto, nunca consiguió llegar al fondo del asunto y averiguar por qué había sucedido esto. «Pero creo que la representación del PSUC en el Consejo de Economía, que estaba preparando el borrador del decreto, logró persuadir a los miembros cenetistas de que, en determinadas circunstancias, debía pagarse una compensación. Y creo que en la Generalitat, Nin, el líder del POUM, persuadió a los consejeros de la CNT para que rechazasen la cláusula de las compensaciones. Si mi interpretación es correcta, demuestra una vez más que la CNT carecía de consistencia y en este caso se dejó llevar en direcciones opuestas por dos personas que no pertenecían a su organización». <<

[2] Poco antes de que la CNT se retirase del gobierno central a raíz de los sucesos de mayo en Barcelona, Joan Peiró, el ministro de Industria de la CNT, dio orden para que el estado se hiciera cargo de las minas, que a su vez debían ser entregadas a los mineros a efectos de las ventas en el interior, al tiempo que un organismo estatal se encargaría de la exportación. De hecho, la orden se convirtió en papel mojado. Véase Peirats, *La CNT en la revolución Española*, II, pp. 205-206. <<

[3] Informe al pleno del comité central ampliado del PCE, Valencia, citado en Bricall, *op. cit*., p. 317. Comorera dijo que el día en que cayó Málaga (7 de febrero de 1937), la Generalitat, los partidos políticos, los sindicatos y la prensa estaban preocupados por un solo problema: la colectivización de las lecherías. <<

[4] Véase pp. 290, nota 10, del tomo I. <<

[5] Véase Pérez Baró, *op. cit*., especialmente los capítulos 4 y 5; también Bricall, *op. cit*., pp. 314-322. <<

[6] El asterisco delante de alguno nombre nos indica que son seudonimos. La numeración se corresponde con el original impreso *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, T. I y T. II, ed. Critica, Barcelona, 1979. [Nota del editor digital]. <<

[7] [NOTA DEL EDITOR DIGITAL]: Este Anexo no pertenece al libro. Es la colección de testimonios orales de la Guerra Civil Española que Ronald Fraser dono al Departamento de Fuentes Orales del Archivo Histórico de la Ciudad de Barcelona. Parte de estos testimonios fueron utilizados para escribir el libro y otros no. Creo que enriquece el libro y ademas nos ayuda a conocer el método de trabajo que Ronald Fraser utilizó. El problema es que no esta en castellano. El que no entienda el catalán o no le interese lo borra y ya esta.<<